Las Cruzadas

Zoé Oldenbourg

Ensayo Histórico

Las cruzadas son un episodio histórico en el que confluyen componentes religiosos, sociales y políticos inextricablemente asociados. Es por ello que el modo en que Zoé Oldenbourg aborda el tema en esta obra resulta especialmente efectivo y esclarecedor. Centrándose en la primera etapa de las cruzadas, que abarca de 1096 hasta finales del siglo XII, se remonta a los orígenes de este movimiento y a las relaciones que estableció el Occidente latino con las dos grandes civilizaciones orientales, Bizancio y el Islam, para detenerse luego en las particularidades de Jerusalén, Estado franco nacido de un brutal espíritu de conquista que acabaría por convertirse en el mediador entre Oriente y Occidente, y que debido a su situación geográfica se vería obligado a subordinar la religión a los intereses de Estado, antes de ser víctima de la embestida de un fanatismo religioso que, en alguna medida, alimentó y propició.

Paradójicamente, con el derrumbe del esplendor bizantino y el nacimiento del panislamismo, la Cristiandad se vería entonces muy seriamente amenazada. Zoé Oldenbourg es una prestigiosa autora en el campo de las cruzadas y el catarismo. Esta obra junto a La hoguera de Montsegur, también de Oldenbourg, es la obra cumbre de una de las mejores conocedoras de la historia medieval y una de las que mejor ha sabido transmitir el conocimiento y la pasión que despierta entre quienes se acercan a ella.

Zoé Oldenbourg

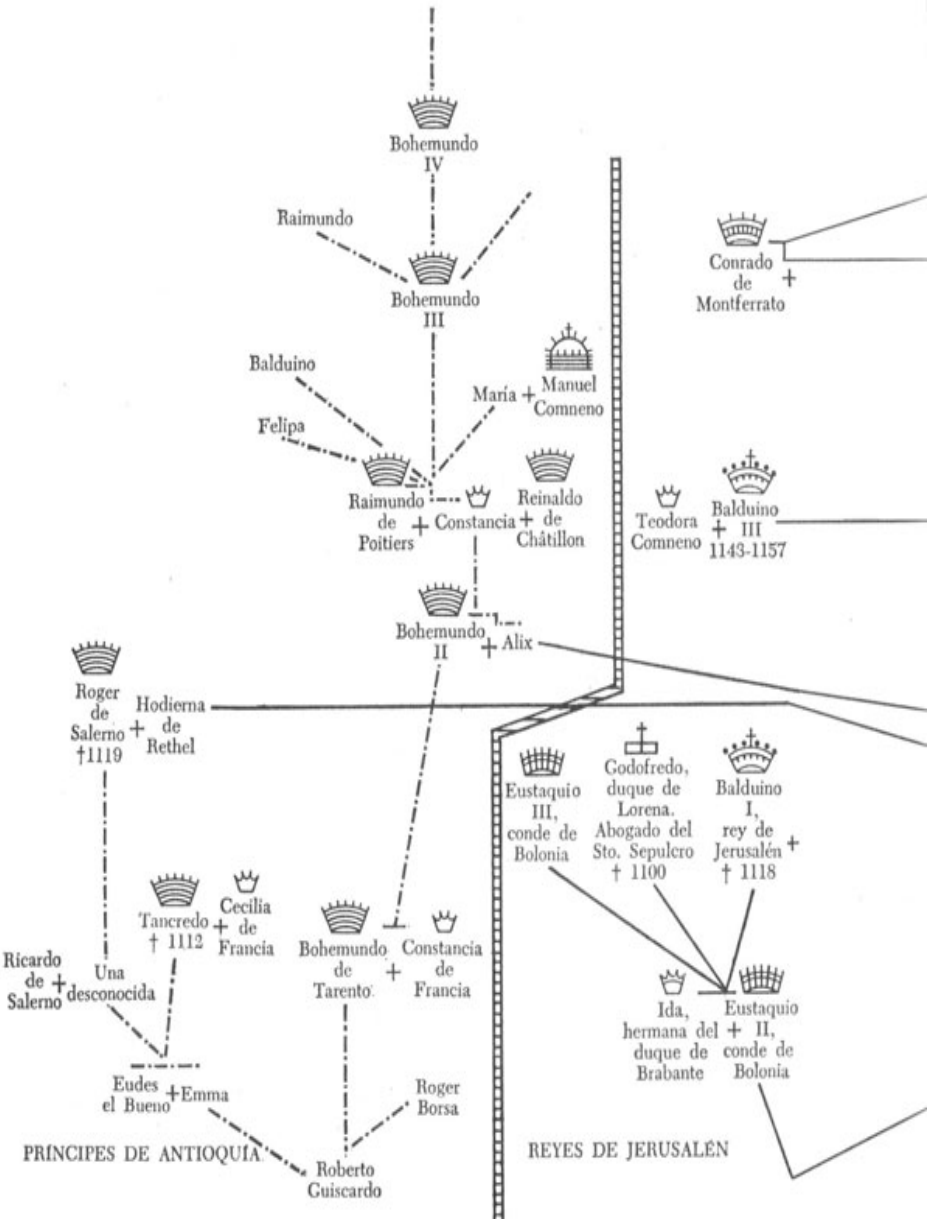
LAS CRUZADAS

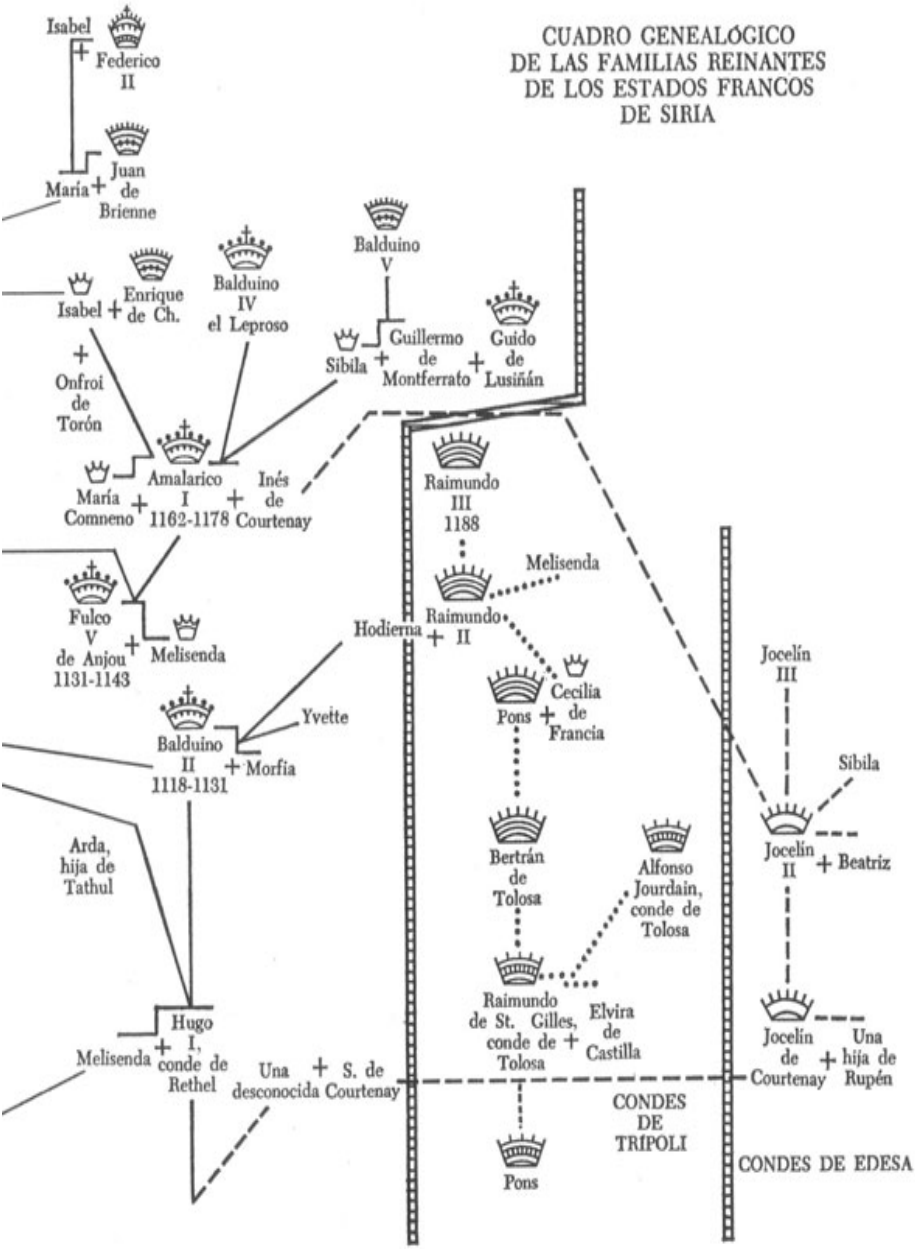
ePub r1.0
Titivillus 16.03.18

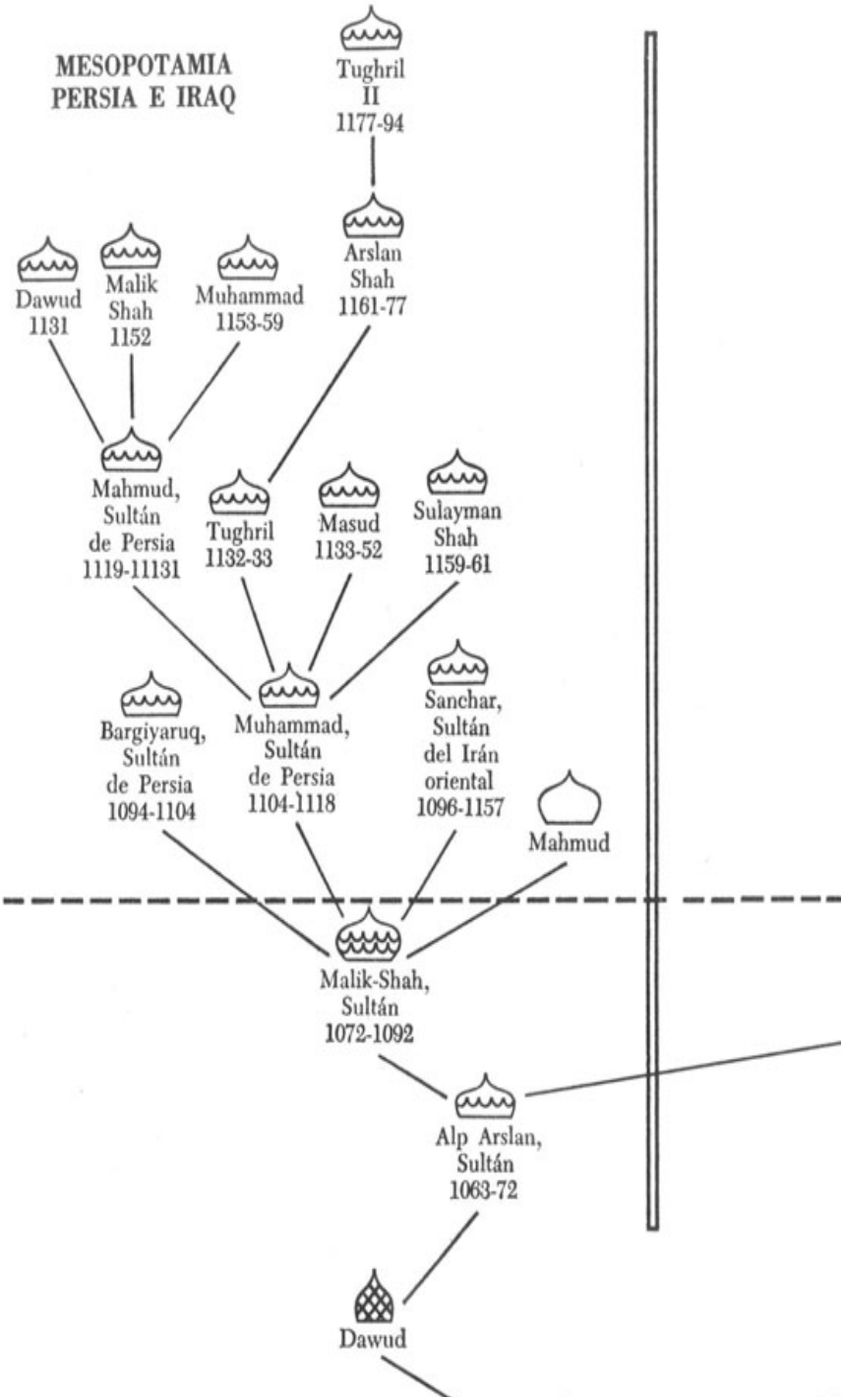
Título original: *Les Croisades*
Zoé Oldenbourg, 1965
Traducción: Margarita Aguyé
Retoque de cubierta: Titivillus
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

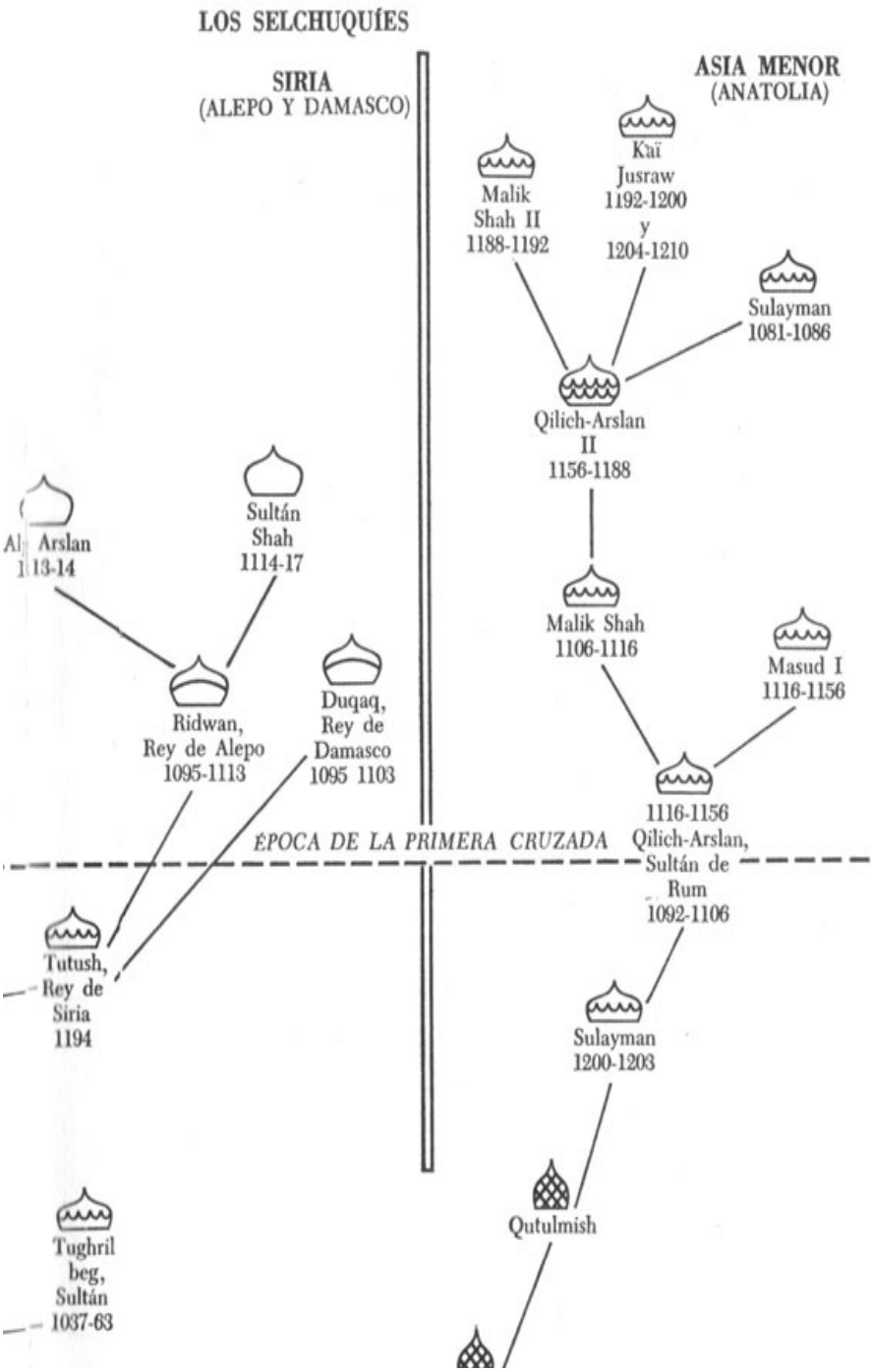
PROJECTO SCRIPTORIUM * EX - LIBRIS *
Titivillus in culpa est

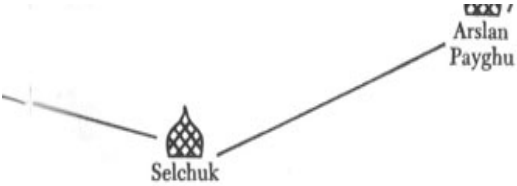
Cuadros Genealógicos.

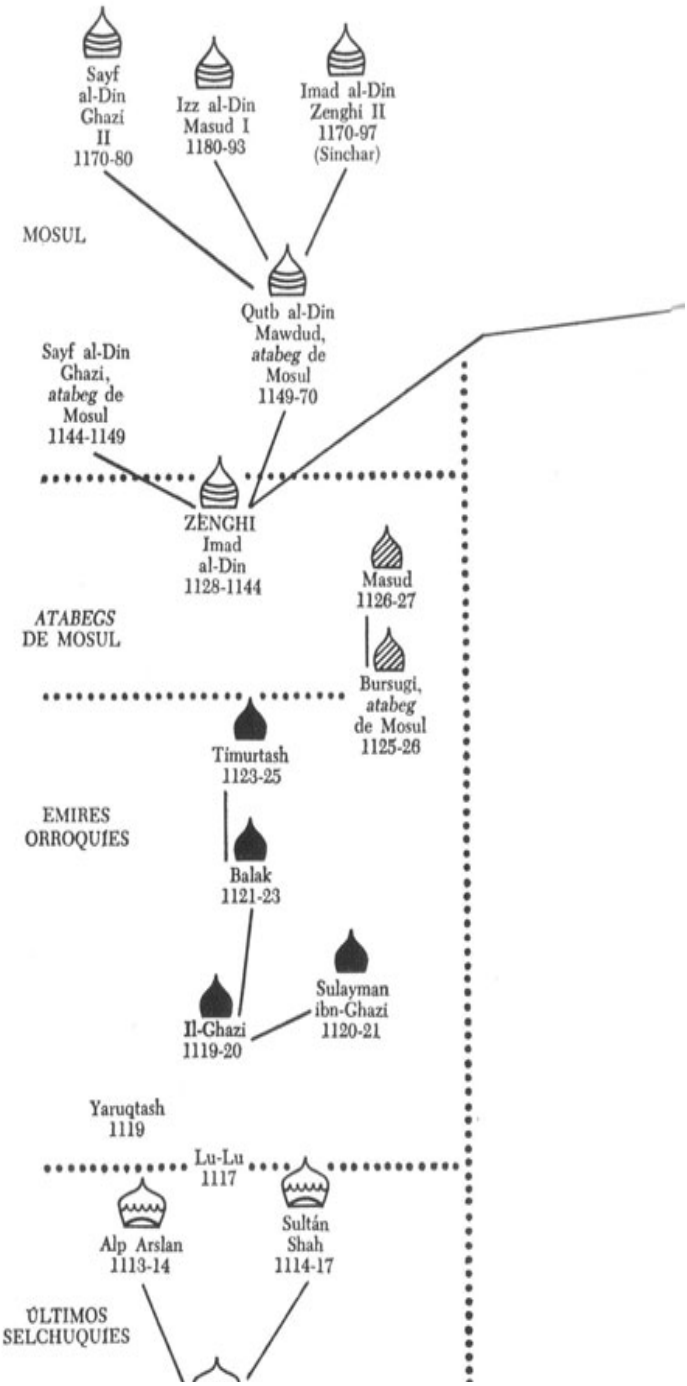

Bohemundo IV
Raimundo
Bohemundo III
Conrado de Montferrato
Balduino
María
Manuel Comneno
Felipa
Raimundo de Poitiers
Constancia
Reinaldo de Châtillon
Teodora Comneno
Balduino III 1143-1157
Bohemundo II
Alix
Roger de Salerno †1119
Hodierna de Rethel
Eustaquio III, conde de Bolonia
Godofredo, duque de Lorena. Abogado del Sto. Sepulcro † 1100
Balduino I, rey de Jerusalén † 1118
Tancredo † 1112
Cecilia de Francia
Bohemundo de Tarento
Constancia de Francia
Ricardo de Salerno
Una desconocida
Ida, hermana del duque de Brabante
Eustaquio II, conde de Bolonia
Eudes el Bueno
Emma
Roger Borsa
PRINCIPES DE ANTIOQUÍA
Roberto Guiscardo
REYES DE JERUSALÉN


CUADRO GENEALÓGICO
DE LAS FAMILIAS REINANTES
DE LOS ESTADOS FRANCOS
DE SIRIA
Isabel
Federico II
María
Juan de Brienne
Isabel
Enrique de Ch.
Balduino IV el Leproso
Balduino V
Sibila
Guillermo de Montferrato
Guido de Lusiñán
Onfroi de Torón
María Comneno
Amalarico I 1162-1178
Inés de Courtenay
Raimundo III 1188
Melisenda
Fulco V de Anjou 1131-1143
Melisenda
Hodierna
Raimundo II
Cecilia de Francia
Pons
Yvette
Balduino II 1118-1131
Morfia
Jocelín III
Sibila
Arda, hija de Tathul
Bertrán de Tolosa
Alfonso Jourdain, conde de Tolosa
Jocelín II
Beatriz
Raimundo de St. Gilles, conde de Tolosa
Elvira de Castilla
Hugo I, conde de Rethel
Melisenda
Una desconocida
S. de Courtenay
Jocelín de Courtenay
Una hija de Rupén
CONDES DE TRÍPOLI
Pons
CONDES DE EDESA

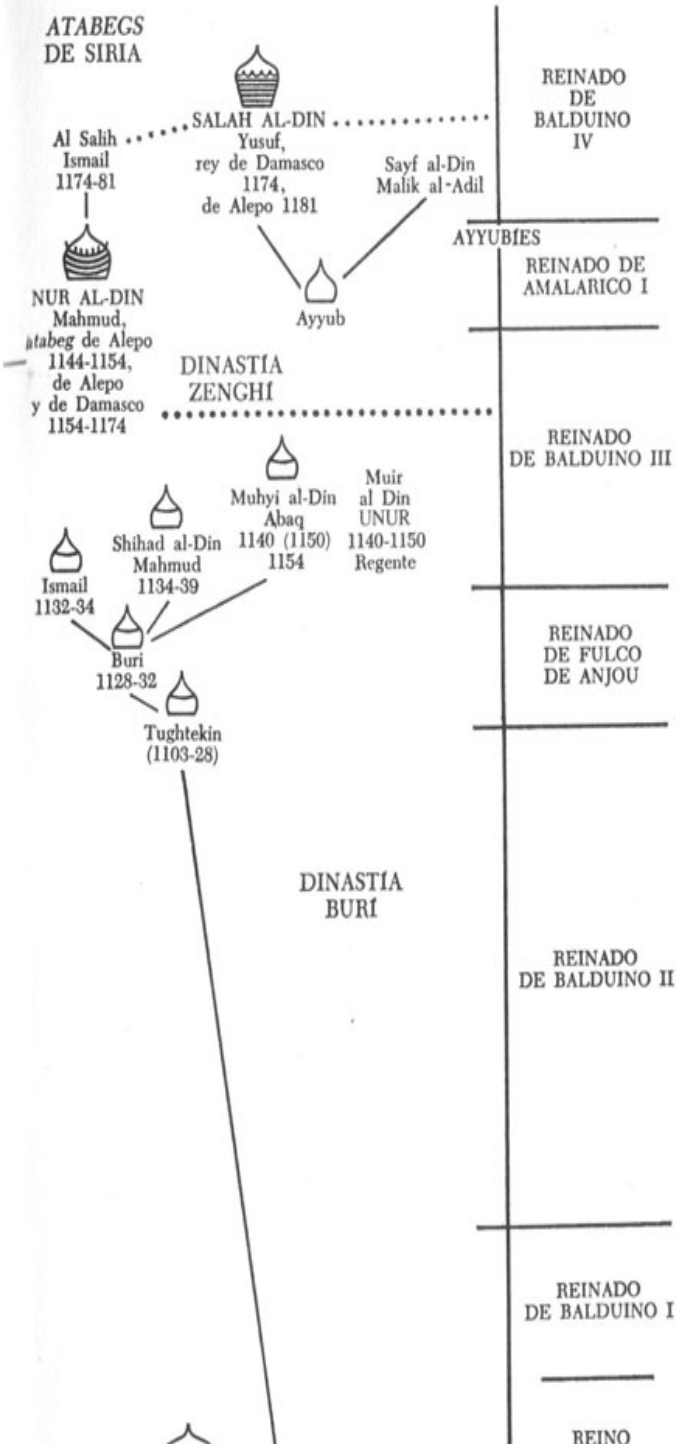

MESOPOTAMIA
PERSIA E IRAQ
Tughril
II
1177-94
Arslan
Shah
1161-77
Dawud
1131
Malik
Shah
1152
Muhammad
1153-59
Mahmud,
Sultán
de Persia
1119-11131
Tughril
1132-33
Masud
1133-52
Sulayman
Shah
1159-61
Bargiyaruq,
Sultán
de Persia
1094-1104
Muhammad,
Sultán
de Persia
1104-1118
Sanchar,
Sultán
del Irán
oriental
1096-1157
Mahmud
Malik-Shah,
Sultán
1072-1092
Alp Arslan,
Sultán
1063-72
Dawud


LOS SELCHUQUÍES
SIRIA
(ALEPO Y DAMASCO)
ASIA MENOR
(ANATOLIA)
Malik
Shah II
1188-1192
Kaï
Jusraw
1192-1200
y
1204-1210
Sulayman
1081-1086
Qilich-Arslan
II
1156-1188
Malik Shah
1106-1116
Masud I
1116-1156
1116-1156
Qilich-Arslan,
Sultán de
Rum
1092-1106
Sulayman
1200-1203
Qutulmish
Sultán
Shah
1114-17
Arslan
13-14
Ridwan,
Rey de Alepo
1095-1113
Duqaq,
Rey de
Damasco
1095 1103
ÉPOCA DE LA PRIMERA CRUZADA
Tutush,
Rey de
Siria
1194
Tughril
beg,
Sultán
1037-63


Arslan
Payghu
Selchuk


Sayf al-Din Ghazi II 1170-80
Izz al-Din Masud I 1180-93
Imad al-Din Zenghi II 1170-97 (Sinchar)
MOSUL
Qutb al-Din Mawdud, atabeg de Mosul 1149-70
Sayf al-Din Ghazi, atabeg de Mosul 1144-1149
ZENGHI Imad al-Din 1128-1144
Masud 1126-27
ATABEGS DE MOSUL
Bursugi, atabeg de Mosul 1125-26
Timurtash 1123-25
EMIRES ORROQUIES
Balak 1121-23
Sulayman ibn-Ghazi 1120-21
Il-Ghazi 1119-20
Yaruqtash 1119
Lu-Lu 1117
Alp Arslan 1113-14
Sultán Shah 1114-17
ÚLTIMOS SELCHUQUIES

Ridwan
† 1113
ALEPO


ATABEGS
DE SIRIA
SALAH AL-DIN
Yusuf,
rey de Damasco
1174,
de Alepo 1181
Al Salih
Ismail
1174-81
Sayf al-Din
Malik al-Adil
Ayyub
NUR AL-DIN
Mahmud,
atabeg de Alepo
1144-1154,
de Alepo
y de Damasco
1154-1174
DINASTÍA
ZENGHÍ
Muhyi al-Din
Abaq
1140 (1150)
1154
Muir
al Din
UNUR
1140-1150
Regente
Shihad al-Din
Mahmud
1134-39
Ismail
1132-34
Buri
1128-32
Tughtekin
(1103-28)
DINASTÍA
BURÍ
REINADO
DE
BALDUINO
IV
AYYUBÍES
REINADO DE
AMALARICO I
REINADO
DE BALDUINO III
REINADO
DE FULCO
DE ANJOU
REINADO
DE BALDUINO II
REINADO
DE BALDUINO I
REINO

Duqaq
† 1103
Buri
FRANCO
DAMASCO

Prólogo.

Esta obra no es una «Historia de las Cruzadas» propiamente dicha, ya que en realidad sólo trata de lo que se ha dado en llamar las tres primeras Cruzadas y de la historia del reino de Jerusalén hasta su conquista por Saladino.

La historia de estas tres primeras Cruzadas y de los Estados francos de Siria ha sido vista aquí bajo el ángulo de la situación política de Oriente Próximo en el siglo XII. El fenómeno de la Cruzada, las relaciones del Occidente latino con Bizancio y con el islam, y la tentativa, única en su género, de implantar un Estado occidental en tierras orientales, han quedado evocados en este libro de manera forzosamente esquemática e incompleta, dada la amplitud del tema; lo que sobre todo he intentado analizar, aun después de tantos historiadores eminentes con quienes no pretendo en absoluto compararme, es el lado humano de esta larga, trágica y compleja, pero, pese a todo, gloriosa aventura.

Cualquiera que sea el significado que queramos conceder a la palabra *gloria*, no cabe duda de que las primeras Cruzadas coinciden con el origen de una cierta noción de gloria propia del Occidente latino y de que, en este aspecto, han contribuido no poco a formar esta civilización occidental que en nuestros días ha terminado por identificarse, incluso ante los demás pueblos, con la pura y simple «civilización».

No se trataba de un movimiento migratorio, ni de una guerra de conquista emprendida por un soberano ambicioso, ni de un intento de abrir nuevos mercados o de colonizar países. Pues, si bien todas estas circunstancias coincidieron en realidad en el hecho de las Cruzadas (incluso en grado relativamente menor), la aventura de la Cruzada no halla paralelo en la Historia, ya que, aun siendo una verdadera guerra, no parece haber sido impulsada por ninguno de los imperativos que suelen provocar los con-

flictos bélicos. No puede compararse con la ruidosa expansión del islam en el siglo VII, pueblo este pobre y belicoso que, encendido por el ejemplo de un gran jefe iniciador de una religión, se lanzaba a la conquista del universo. Antes bien, muchísimo más modesto en sus proporciones y en sus objetivos, el fenómeno de la Cruzada tenía la singularidad de que por una vez se emprendía una «guerra santa» de una manera en apariencia desinteresada, sin auténtica necesidad y sin el impulso de un gran jefe o profeta. Es decir, a juzgar por los hechos en su más pura esencia, la Primera Cruzada fue una aventura descabellada que, por casualidad y por el mismo hecho de su extravagancia, no fue a dar en la catástrofe y acabó por triunfar más de cuanto cabía esperar.

Esta aventura —que fue adquiriendo con los años la amplitud suficiente como para comprometer más o menos a fondo la conciencia de toda la cristiandad— tenía pleno sentido, finalidad, móvil y justificación en el espejismo de la ciudad santa: Jerusalén. Sólo Jerusalén da y puede dar a esta larga cadena de miserias, atrocidades, guerras, guerrillas feudales y expediciones militares las más de las veces malogradas un esplendor que, pese a todo, el tiempo no ha empañado. Sin embargo, a finales del siglo XI, tras diez siglos de cristianismo y cuatro de dominación musulmana en Siria, no había necesidad alguna de que franceses, flamencos y provenzales fuera a pelear por Jerusalén.

Hemos de echar una breve ojeada a la situación de esta parte del mundo que no era la Europa que hoy conocemos y que, a partir de Alejandro y de las conquistas romanas, puede considerarse el lugar donde se formó nuestra civilización, esto es, la parte integrada por la actual Europa, África del Norte, Egipto, Asia Menor, Siria, Mesopotamia y Persia.

En este vasto conjunto de territorios que vivía entonces bajo el influjo de las religiones de la Biblia —el judaismo, antepasado renegado, el cristianismo y el islam—, la cristiandad católica y la latina estaban muy lejos de ser la fuerza dominante; tampoco

abrigaban la pretensión de dominar aquel mundo más poderoso, más rico y más civilizado que era el Oriente bizantino o musulmán, aquel Oriente del que habían quedado incomunicadas a consecuencia de las invasiones.

Aunque despojado desde el siglo VII de sus posesiones de África y Asia, de las que sólo conservaba Asia Menor, el Imperio romano de Bizancio, la gran potencia civilizada y civilizadora de toda la cristiandad, dominaba el Mediterráneo oriental y sometía a las influencias propias y de la religión griega ortodoxa a los pueblos de los Balcanes y a los invasores nómadas que iban a establecerse a aquellas provincias y a los pueblos eslavos de la gran llanura del este. El cristianismo latino ganaba cada vez más terreno hacia el norte y el oeste, hasta convertir a los pueblos escandinavos y tras haber convertido (desde los primeros siglos) a Inglaterra e Irlanda. La cristiandad griega y la latina, que hasta 1054 habían formado una Iglesia única, representaban la ortodoxia cristiana tal como la había definido el Concilio de Nicea, pero era aún considerable el número de cristianos heréticos, sobre todo en Oriente y en especial en los países sometidos al Islam. Las dos grandes Iglesias —Roma y Constantinopla— estaban separadas en apariencia sólo por disputas de orden jerárquico y administrativo, cuando en realidad las divergencias políticas y la diferente lengua litúrgica las convertían ya de por sí en dos Iglesias rivales.

La de Bizancio, la más rica, la más civilizada y la más tradicionalista, parecía ser también la más fuerte de ambas, pero la debilitaban al mismo tiempo su clara dependencia del poder secular y las constantes luchas que sostenía contra las herejías, las cuales eran en Oriente tan antiguas como la Iglesia misma. En cambio, la de Occidente había triunfado desde el siglo VIII sobre el arrianismo, eliminaba progresivamente el paganismo germánico, conocía pocas herejías nuevas y aparentaba gozar de una buena in-

dependencia merced a la sumisión que guardaba al único pontífice de Roma.

Las dos Iglesias no se enfrentaban aún de una manera consciente, y ambas seguían el juego propio de la política de los príncipes. La Iglesia católica tenía la ventaja de no depender oficialmente de ningún soberano «ungido del Señor» y de poder maniobrar apoyándose ora en uno, ora en otro de los poderes laicos, con lo cual no hacía sino acrecentar su independencia moral, precaria al principio, pero cada vez más efectiva.

Los siglos X y XI vieron aparecer, en el mundo cristiano y el musulmán, dos nuevas fuerzas que, después de siglos de periódicas invasiones, hicieron estremecer su equilibrio. Por el oeste, surgían bandas de saqueadores escandinavos cuyo número y agresividad hicieron de sus incursiones piratas algo comparable a la catástrofe de las invasiones de los bárbaros. Sin embargo, en los países donde fueron a establecerse, los normandos se revelaron como un pueblo fácilmente asimilable y que muy pronto se adaptó a la religión y a las costumbres locales. En Oriente, hacia finales del siglo X, emprendían su expansión hacia el oeste unos pueblos de origen mogol, los turcos y los turkmenos (o turcomanos), también pobres y belicosos. Mientras que Occidente pudo enseguida absorber y asimilar a sus invasores normandos, los turcos, aunque convertidos al islamismo, se presentaban ante los países que iban ocupando como conquistadores metódicos y se erigían en raza dominante, cosa que Persia, Mesopotamia y Siria, sometidas a su tutela militar, aceptaban con desagrado. A finales del siglo XI, los turcos habían ocupado ya prácticamente toda Asia Menor —tierra bizantina— y se convertían en una grave amenaza tanto para Egipto como para Bizancio.

Así pues, el Imperio de Bizancio se encontraba acorralado entre los turcos establecidos casi en el Bósforo y los normandos afrancesados, que, después de conquistar Sicilia y el norte de Italia, apuntaban ya a los Balcanes y a Constantinopla.

Mientras que la Iglesia romana sostenía una dura lucha por su independencia moral y material contra el Sacro Imperio Romano germánico y los papas se veían expulsados de Roma y sustituidos por antipapas a gusto y devoción del emperador, los normandos expulsaban a los árabes de Sicilia, conquistaban Inglaterra a los sajones y se presentaban, aun sin formar un Estado único, como una de las grandes fuerzas dirigentes de Occidente. Eran los aliados de los papas contra los musulmanes; y eran también, por definición, los adversarios de los griegos.

Ahora bien, el Imperio de Bizancio, en particular Constantinopla, era, incluso para los cristianos de rito latino, uno de los grandes centros de la cristiandad y su prestigio continuaba siendo importante. Los enemigos con que el imperio contaba en Occidente eran los normandos, conocidos por su ansia de saqueos y de conquistas, y, de un modo más ocasional, las grandes repúblicas comerciales de la costa italiana, para cuyo comercio Bizancio constituía un rival. Los progresos de los turcos no alarmaban tan sólo a los griegos, sino que el peligro que amenazaba a Constantinopla era sentido como propio por toda la cristiandad.

Cuando el emperador de Bizancio Alejo Comneno escribió en 1094 al papa Urbano II solicitándole ayuda contra los turcos, se trataba de la llamada de un jefe cristiano a otro jefe cristiano en vistas a una obra común de defensa de la cristiandad, y así, naturalmente, lo entendió el papa Urbano. La salvación del Imperio griego era, en efecto, tarea urgente y digna de interesar a todos los soldados cristianos de buena voluntad.

Sin embargo, por útil que fuera dicha tarea, sabemos que los resultados y hasta los fines de las guerras que se llamaron Cruzadas fueron en realidad muy diversos. Los ejércitos que se reunieron a la llamada de Urbano II no pretendían la salvación del imperio, sino realizar conquistas por cuenta propia; sólo que el territorio que había que conquistar era nada menos que Jerusalén.

Capítulo 1

El hombre medieval

Aun con riesgo de enunciar verdades archiconocidas, creemos útil recordar cuáles eran las condiciones de vida de los países de Occidente en época inmediatamente anterior a las Cruzadas. Para que los acontecimientos nos aparezcan como más próximos y comprensibles, debemos abstraernos de nuestra época y apreciar la diferencia entre nuestras condiciones de vida y las de nuestros antepasados.

Los historiadores del XVII que representaban a Clodoveo con una peluca estilo Luis XIV, no iban quizá tan equivocados como parece: el rey franco, con o sin peluca, era un hombre como ellos y como tal le consideraban. Nosotros, en cambio, tendemos a exagerar las diferencias de «mentalidad» que crearían, entre nosotros y los hombres de los siglos pasados, un abismo casi infranqueable, así como a explicar los hechos mediante un supuesto «espíritu de la época». De esta manera, la Edad Media resultaría ser una etapa de la Historia con una psicología muy distinta de la nuestra. Cierto es que ignoramos una gran parte de los datos que, a través de estos Pirineos infranqueables que son los siglos pasados, nos darían la explicación de muchos «errores» que en otros tiempos se tenían por verdades. Pero no se trata de prehistoria y existen documentos, que, examinados con atención, nos muestran que la naturaleza humana siempre ha sido la misma y que lo que cambia son las condiciones de vida, las formas de expresión y la clase y el nivel de sus conocimientos intelectuales.

La documentación que poseemos nos muestra que el hombre occidental de los siglos XI y XII tenía una inteligencia y una sensibilidad bastante cercanas a las nuestras. Comprendemos mejor a un Godofredo de Bouillon que a un hindú o a un tibetano del

siglo XX, como también podemos afirmar que los musulmanes de la Edad Media son hermanos de los de hoy. Se trata, pues, de un pasado relativamente reciente. Por eso conviene recordar lo que en definitiva nos separa de aquellos siglos.

Las condiciones de vida

Debemos recordar, ante todo, como punto esencial, un hecho simple y evidente: que en aquella época el hombre era aún la «medida de todas las cosas», ya que la máquina no existía sino en su estadio más rudimentario. La gran fuerza motriz era el caballo o, más generalmente, el animal de carga. Todo, desde la fortaleza gigantesca hasta los tejidos más finos, era creación de la mano del hombre; y hasta los libros se copiaban a mano y eran cada uno obra de un obrero hábil y paciente. El hombre estaba mucho más cerca de la materia de lo que podamos estarlo hoy. La materia bruta y la herramienta tenían una presencia y un valor que nos resulta difícil entender. Este contacto directo con la materia, cuyas leyes sólo conocía de manera muy empírica, volvía al hombre más supersticioso de lo que hoy es, pero al mismo tiempo más hábil y más emprendedor.

Por lo que respecta a Occidente y en especial a los países occidentales en el siglo XI, la vida era muy dura comparada con la nuestra, pero mucho menos dura sin embargo que la que en el siglo XX se vive en algunas regiones de Extremo Oriente o de América del Sur. Europa occidental estaba relativamente poco poblada, pero aún demasiado con relación a la extensión de tierras cultivables; los bosques cubrían más de la mitad del terreno, y la roturación y la caza eran todavía tareas de primera necesidad, puesto que lobos, jabalíes y ciervos suponían una amenaza para campos, rebaños y hombres.

Los campos, labrados con arado y sin abonos y dejados alternativamente en barbecho cada dos o tres años, producían la mitad que hoy y no rendían lo suficiente para alimentar a la pobla-

ción; el campesino, casi siempre siervo, tenía que dejar la mitad de la cosecha para su amo y, con el resto, no llegaba nunca a terminar el año; el crecimiento de la población, además, era bastante más rápido que el de las tierras cultivables.

Los países de Europa occidental eran casi exclusivamente agrícolas. Había grandes centros comerciales, como los grandes centros fluviales y marítimos. Marsella, París, Troyes, Londres, Colonia, Toulouse, Barcelona, Lyon, Milán, Génova o Venecia eran en diverso grado ciudades cosmopolitas donde se daban cita mercaderes de todos los países y en especial de Oriente, de donde llegaban aún la mayoría de productos manufacturados. Las industrias locales, aunque numerosas, no pasaban del nivel de la gran artesanía: los productos de primera necesidad se hacían en cada sitio, los campesinos tejían la lana y el lino y en las ciudades había talleres de tejido al igual que herrerías, calderérías, alfarerías… A lo largo de todo el Rhin y en el norte de Francia, existían ya, por ejemplo, importantes centros de industria textil. Los transportes, con excepción de las caravanas de mercaderes, estaban poco organizados, los productos fabricados iban muy caros, y los pobres —y hasta los ricos— prescindían de objetos que parecen indispensables al confort más elemental y que habían sido del uso más corriente en la Roma antigua y lo eran también en Oriente durante la Edad Media.

La cama era un lujo, y hasta gentes adineradas, incluso nobles, dormían a menudo sobre la paja o en el suelo; rara vez tenían vajilla, y en un mismo cuenco de madera solían comer varias personas que utilizaban como plato rebanadas de pan seco. Unas tablas dispuestas sobre caballetes hacían de mesa en el momento de servir las comidas. El único mueble propiamente dicho era el cofre, que, aparte de servir de asiento o de cama, podía guardar vestidos y objetos de valor bajo llave, lo cual ya de por sí hacía de él un mueble indispensable. Los príncipes y los grandes señores tenían asientos de madera esculpida para las ocasiones solem-

nes, pero en cualquier momento podían sentarse en el suelo, en una estera o sobre un haz de paja.

Los ricos —nobles siempre— vivían en castillos de piedra y la riqueza se medía por el espesor de los muros y la solidez de las fortificaciones exteriores; los campesinos se hacían unas chozas de adobe que a menudo se incendiaban y había que reconstruir. Su propietario no tenía gran cosa que perder en el siniestro: algunos potes de barro y mantas de pieles de animal. Si se quemaban también los sacos de grano, ello significaba el hambre; para evitarlo, las reservas de grano de un pueblo solían enterrarse. Las casas de los ciudadanos se construían más de madera que de piedra y, como se encontraban apiñadas unas encima de otras en el interior de las fortificaciones, los incendios eran muy de temer.

No había alcantarillado ni sistema alguno de conducción de aguas; las calles de las ciudades y de las aldeas parecían cenagales, sobre todo en época de lluvias. Dado el gran número de animales de carga, el estiércol sobreabundaba, incluso en la ciudad; hasta en las casas de los señores reinaba un olor a pocilga y, en las grandes comidas, los perros y los mendigos se disputaban bajo la mesa los trozos de carne y los huesos que los comensales cedían.

A pesar de todo, no debemos dejarnos impresionar demasiado por esta suciedad, esta falta de confort y la promiscuidad que de ahí se seguía. El olor de establo resulta poco más desagradable que el de la gasolina, y es casi seguro que los hombres del siglo XI habrían juzgado nuestra vida apenas soportable. El agua que había que ir a buscar al pozo o a la fuente, el fuego que había que encender y alimentar, el alumbrado que proporcionaban unas velas caras y escasas o unas antorchas resinosas que despedían tanto humo cuanta luz eran cosas muy estimadas. El que viajaba a pie se veía obligado a conocer los lugares que recorría. La obligación de luchar por las necesidades más elementales de la vida diaria enriquece al hombre al igual que lo esclaviza; y lo cierto es que en aquella época la habilidad manual y el espíritu de ini-

ciativa y de inventiva eran en proporción cosas más corrientes que ahora. Todo se hacía a mano e incluso, teniendo en cuenta las modestas exigencias de la época, el número de obreros calificados —carpinteros, herreros, caldereros, escultores, tejedores, alfareros, guarnicioneros, bordadoras, pasamaneras, cinceladores, zapateros…— era proporcionalmente mayor que el de nuestros días.

La rudimentariedad de las herramientas creaba una capacidad mayor de adaptación. Como la escritura era un lujo, la memoria la sustituía y el hombre no poseía otro caudal de conocimientos que el que en ella lograba almacenar, lo que no quiere decir que este caudal hubiera de ser forzosamente reducido. El hombre del vulgo sabía orientarse con las estrellas y los movimientos del sol, poseía una vista ágil y una mano muy diestra, conocía bien las plantas y en su mente llevaba grabado un calendario preciso en el que, fiesta por fiesta y santo por santo, las estaciones se sucedían y donde estaba prevista la meteorología de cada uno de los días. Se basaba, para sus conocimientos teóricos, en el testimonio de la gente anciana, en los relatos de los viajeros y de los narradores profesionales y en los sermones del clérigo de la parroquia. Y, para sus conocimientos prácticos, en la experiencia adquirida en largos años de oficio.

La tierra

El hombre dependía de la tierra mucho más entonces que hoy, y la tierra se le resistía, pero también se le sometía más. Los sistemas de abono y de riego eran rudimentarios y, por tanto, las cosechas resultaban pobres, y el ganado, atacado por las epidemias constantes y necesario en mayor cantidad, resultaba muy difícil de alimentar. En efecto, el caballo, el asno, el mulo y el buey suplían a la máquina, el tren y el coche de nuestros días y proporcionaban la fuerza motriz y hasta a veces la materia prima: por ejemplo, en albañilería se hacía el cemento con sangre de buey; en período de guerra las pieles de centenares de bueyes desolla-

dos servían para protegerse del fuego; y la piel del animal, la tripa, el nervio y el cuerno se destinaban a usos domésticos diarios y se contaban entre los productos de primera necesidad. El cordero, abundante en todas las regiones, proporcionaba lana para el vestido, los campos de lino y cáñamo se extendían junto a los de trigo y cebada y los campesinos hilaban, tejían y ponían a blanquear en los prados los tejidos de lana y de hilo. Resultaba trabajoso fabricar la tela, pero ésta era tan sólida que un vestido podía durar una vida entera. A falta de jabón, la gente se lavaba con ceniza, y aun raramente (por lo que se refiere al menos a los pobres, a quienes las canciones reprochaban el no mojarse excepto cuando llovía). Los pobres, como en el cuento del hombre feliz, no tenían camisa, y los ricos no siempre la llevaban; se dormía desnudo, se andaba descalzo en verano, y a veces también en invierno; los niños, hasta los seis o siete años y mientras no hacía mucho frío, corrían desnudos; y el traje de adulto era sencillo y estaba confeccionado de manera tosca, pero muy decentemente.

La gente se hacía ella misma el alumbrado con sebo, con madera cubierta de resina, con aceite o con cera, y se levantaba y se acostaba con el sol para no desperdiciar sus reservas. El campo y el prado daban cuanto podía servir de cama y de alfombra, al mismo tiempo que pan y alimento para el ganado, pues se dormía en jergones y había heno esparcido por los suelos. Las aves de corral, muy abundantes, proporcionaban a los ricos pluma para sus mantas y almohadas, y los cuernos de los animales muertos servían de copas para beber y de trompas de caza.

Con el crecimiento de la población y con la desaparición de las grandes extensiones forestales, las especies animales se extinguen con tal rapidez que ahora nos vemos obligados a repoblar artificialmente los bosques que quedan. Nos es difícil imaginar cuán abundante sería la caza hace unos ochocientos e incluso cuatrocientos años, hasta qué punto las madrigueras y los nidos menudeaban en los matorrales, malezas y árboles, cómo los pája-

ros alborotaban con su canto el bosque por la mañana y cómo el cielo se cubría de bandadas de aves de paso. Manadas de ciervos, antílopes y corzos poblaban los claros y bajaban hasta los campos que rodeaban las ciudades, y manadas de jabalíes devastaban las cosechas; añadamos a ello los conejos y las liebres y también la zorra y el lobo, siempre al acecho de las aves de corral y del ganado. Y el hombre defendía con aspereza su suelo contra el animal salvaje.

La pasión del hombre medieval por la caza no tenía en verdad nada en común con la que un hombre del siglo XX puede llegar a tener; no era lujo ni pasatiempo, sino trabajo, que tenía a la vez algo de deporte, de festín y de guerra, cuyo botín solía ser el alimento cotidiano del cazador y los suyos. La carne de ganado doméstico no se comía, con excepción de la de cerdo y la de corral, pero los nobles, grandes comedores de carne, traían de sus incursiones por el bosque hecatombes de perdices, urogallos, liebres y corzos. El oso, el ciervo y el jabalí muertos se llevaban en triunfo y, en la vigilia de los grandes banquetes, los pájaros pequeños, como codornices y tordos, muertos a centenares, se sacaban de los morrales y se amontonaban ensangrentados por los suelos de las cocinas. En las cocinas reinaba un olor a sangre, a pieles recién desolladas y a humo de carnes asadas que se juntaba con el olor de los perros, de los halcones de caza y de la gente. La carne, secada al sol o ahumada en tas enormes chimeneas, se conservaba bastante mal y era necesario renovar a menudo tas provisiones, por lo que había una constante escasez de sal y de pimiento, indispensables para sazonar los alimentos y para prolongar la conservación de estos víveres, que continuamente amenazaban con corromperse.

Tanto para caldear los interiores como para construir, había que cortar árboles, lo que se hacía sin cálculo previo. Los pobres debían contentarse con tas ramas y la madera muerta y los ricos utilizaban centenares de troncos de árboles para empalizadas, vi-

gas y fortificaciones de los castillos que acababan siempre destruidas por el fuego, y sacaban la madera de cualquier parte para construir maquinaria de guerra, puentes levadizos, balsas, barcas, patíbulos, escaleras… Desperdiciada así sin control de ninguna clase, la madera, materia primordial, parecía ser un don tan gratuito como el aire que se respiraba. Había que luchar todavía contra el bosque, despoblarlo y roturarlo con el fin de crear tierras cultivables. Estas tierras escaseaban, pues demasiado trabajo costaba hacer producir los campos y viñas ya existentes para emprender labor tan inmensa como la de despoblar los bosques. El hombre del siglo XI no había dominado aún todos los secretos de la tierra, y ésta le parecía una fuente inagotable de riqueza que debía ir conquistando con el sudor de su frente.

La «domesticación» de la tierra, si bien había decaído después de la época galorromana, iba poco a poco progresando: los ricos propietarios poseían estanques que convertían en viveros, la vid se cultivaba casi en todas partes y la cría de la oveja y del cerdo eran más importantes que hoy día; cada aldea tenía sus colmenas y el cultivo de plantas oleaginosas como la colza y el girasol estaba muy extendido, al igual que el del olivo, ya ancestral en las regiones del Midi. El comercio local, basado tanto en el trueque como en el pago en moneda de plata y de cobre, estaba bastante desarrollado, mientras que el gran comercio de productos exteriores manufacturados y de tas especies seguía siendo monopolio de las grandes ciudades y estaba fuera del alcance de la mayoría de la población, demasiado pobre para tener artículos que tas dificultades de transporte y las tarifas de aduana encarecían de valor incluso por diez. La piel de marta era más frecuente que un traje de seda y la pimienta se vendía a precio de oro.

El nivel de vida de los príncipes occidentales hubiera parecido pobre y rústico a los nobles bizantinos, egipcios o persas, y los señores orientales, aparte de alguna que otra embajada, no sentían ningún interés por visitar aquellas regiones atrasadas y aque-

llos pueblos cuyos nombres y hasta a veces cuya existencia ignoraban. Los occidentales, en cambio, lejos de ignorar la existencia de Oriente, se forjaban de aquellos países —de donde procedían la seda, las especias, los tapices y las joyas de orfebrería— una idea fabulosa, un tanto llena de fantasía, en la que la admiración se mezclaba con la envidia.

El siglo XI vio, sin embargo, el comienzo del resurgir industrial de las grandes ciudades de Occidente, pues si las industrias del hierro, del cuero y de la madera, que habían adquirido gran desarrollo en las ciudades, no rebasaban el nivel de una artesanía de mayores proporciones, la industria textil, sobre todo en el norte de Francia, Flandes y el sur de Alemania, empezaba a adquirir la proporción suficiente para modificar el equilibrio social de estas regiones. Al necesitar muchos obreros, las fábricas de tejidos atraían a las ciudades a los campesinos arruinados y, como no había ninguna costumbre que reglamentara la relación entre patronos y obreros, estos últimos se encontraban enseguida excluidos del resto de la sociedad, se les explotaba con dureza y se veían amenazados por el hambre en caso de paro o de pérdida en las ventas, es decir, llegaban a constituir una especie de proletariado mucho más esclavo y desprotegido que los mismos siervos de la gleba. A finales del siglo XI, estos trabajadores desfavorecidos no eran aún sino una pequeña minoría, una minoría perturbadora y algo anárquica que no pensaba todavía en salir a la conquista de unos derechos que una sociedad sólidamente jerarquizada le negaba.

Occidente había forjado ya en el siglo XI su propia estructura social, tenía un pasado rico en costumbres y en tradiciones y una civilización propia, bastante coherente en su diversidad. La cristiandad occidental, en apariencia anárquica, formaba ya un todo consciente de su profunda unidad interior.

La sociedad medieval

1. El pueblo

El campesino medieval, ya fuera propietario, agricultor o pastor, vivía, como todos los campesinos del mundo, al compás de las estaciones. Conocía a la perfección el sol, el agua, la nieve y el viento necesarios para que la cosecha del año diera fruto o se echara a perder. Su vida dependía de ello. Los períodos de hambre eran frecuentes y crueles por falta de medios de transporte. El campesino vertía en sus prácticas religiosas, heredadas de sus antepasados paganos, casi tanta energía como en el trabajo propiamente dicho. Procesiones, exorcismos, festividades, ceremonias expiatorias y espectáculos que reproducían ya vidas de santos, ya la imagen simbólica del favor que se pedía (lluvia o sol), todo se cumplía con la gravedad que se confiere a las cosas misteriosas y con el orgullo de celebrar mejor que el vecino los ritos locales. Pero lo que había de riqueza y de creación espontánea en esta vida campesina de antaño, apenas si podemos adivinarlo por algunas alusiones en las canciones de trovadores y de poetas bastante más tardíos (del siglo XIV o XV), al no considerarse estas manifestaciones populares dignas de transmitirse.

La sociedad medieval —y sobre todo la sociedad anterior a las Cruzadas— se dividía en castas muy bien delimitadas, cada una con su vida propia. La burguesía, que vivía en las ciudades —numerosas pero poco organizadas—, estaba aún al servicio de la nobleza, que tenía en sus manos todos los privilegios: administrar justicia, declarar la guerra y ordenar el pago de impuestos, que cobraba en frutos y en dinero. Era la clase libre, por contraposición a la de los siervos.

2. La Iglesia

La Iglesia era poderosa en teoría (de hecho, sólo lo era en la medida en que los obispos y los abades eran lo bastante ricos y estaban lo suficiente armados para hacer frente a los señores laicos) y formaba en cierto modo un Estado dentro de otro Estado;

se sometía a las reglas que le eran propias, tomaba sus miembros de la nobleza y del pueblo y servía de intermediario y de fuerza moderadora y civilizadora; constituía una clase diferente por entero de la nobleza y del pueblo, al ser la única en poseer una fuerte tradición religiosa y cultural que había conseguido salvaguardar a través de siglos y siglos de miseria y de anarquía. En el siglo XI, la reforma de Cluny acababa de dar prueba de su vitalidad y de su fuerza espiritual e iba recuperando deprisa el prestigio perdido a raíz de guerras feudales, de la lucha contra el Sacro Imperio germánico y de la decadencia del Papado. La Iglesia representaba la única fuerza espiritual incontestable y, como hacía dos siglos que la cristianización de Occidente podía darse por terminada, tenía que ser poderosa, aunque sólo fuera porque la sociedad no podía prescindir de la religión.

La lengua de la Iglesia era el latín, a pesar de que nadie entendía esta lengua ni siquiera en los países latinos. Y, aunque es cierto que la Iglesia contaba con muchos clérigos iletrados, papas y obispos se dedicaban con energía a combatir este abuso. Los oficios sólo podían celebrarse en latín, los textos sagrados sólo podían leerse en latín y el clérigo era en principio el hombre capaz de hablar dicha lengua. Esto confería a la Iglesia romana la ventaja de ser una institución supranacional y era al mismo tiempo un factor importante para el mantenimiento de su unidad interior, pero por otro lado le creaba una conciencia de casta aparte. Y en realidad lo era, debido a los privilegios de que disfrutaba, privilegios que ricos y pobres solían reconocer y respetar, dada la importancia y extensión del papel social que desempeñaba. La ayuda a los enfermos y necesitados —insuficiente y poco organizada todavía— era tarea reservada a la Iglesia y llevada a cabo de acuerdo con la mejor o peor voluntad de cada obispo y en la medida en que sus medios se lo permitían. Los conventos tenían sus hospicios y sus hospitales, los obispos organizaban colectas, mantenían a los peregrinos pobres y las limosnas de los particu-

lares se recogían en las plazas de las iglesias en nombre de Dios. Sólo la Iglesia tenía escuelas y, al ser sus hombres la única gente letrada, éstos ocupaban cerca de los príncipes, barones y señores los puestos de secretarios, consejeros, escribas y contables y hacían de ingenieros, arquitectos, médicos, notarios, diplomáticos y juristas. Los monjes transcribían libros y llevaban los registros y fue también en los conventos donde debía de tomar forma la inspiración creadora del románico, además de la orfebrería, la pintura y la miniatura que en aquel momento florecían, ya liberados de sus modelos bizantinos. Todo ello —dejando aparte los movimientos intelectuales, teológicos y filosóficos, sin profunda relación aún con la vida social— hacía de la Iglesia un poder respetado. Sin embargo, estaba lejos de hacerse oír y de ejercer una verdadera influencia sobre la conducta de la clase que de hecho gobernaba: la nobleza.

3. La nobleza

Ésta fue durante toda la Edad Media, y especialmente en la época de las Cruzadas, la única clase dirigente que manejaba un poder efectivo e indiscutible: el de las armas. Más tarde veremos que el movimiento de las Cruzadas contribuyó no poco a la aparición en el escenario político de otra fuerza, nada pacífica y con armas diferentes. Nos referimos al gran comercio y a una burguesía de mercaderes. Pero, en la segunda mitad del siglo XI, el comercio occidental, aunque muy activo, no era lo bastante importante todavía como para desempeñar un papel decisivo en los acontecimientos políticos.

Esta nobleza era en su mayoría de origen franco o germánico. Cuatro siglos después de haberse establecido los germanos en la Galia, España y el norte de Italia, los descendientes de los invasores continuaban formando la aristocracia de estos países. La fusión de razas se llevó a cabo sin dificultad, aunque sí con cierta lentitud, pues las tribus germánicas no habían hecho su entrada organizadas en ejércitos conquistadores, sino como pueblos nó-

madas, con mujeres y niños. Una vez asimilados, no por ello los bárbaros dejaron de figurar como raza dominante, hasta el punto de que la palabra «franco» se convirtió en sinónimo de «libre», pues los no francos en principio no lo eran. Con el transcurso de los siglos, los descendientes de los francos, burgundios, visigodos y demás pueblos germánicos, si bien perdieron hasta el recuerdo de la religión y de la lengua que antaño poseían, siguieron formando una especie de aristocracia militar. Y, aunque hubieran perdido la conciencia de raza diferente, y por más que las familias francas prefirieran encontrarse ascendientes romanos antes que vanagloriarse de sus orígenes bárbaros, la nobleza occidental seguía siendo, de sangre y sobre todo de mentalidad, más germánica que latina. Había heredado de los antiguos conquistadores y nómadas germanos su temperamento inestable, su carácter altivo y un culto especial al honor, unido a un fuerte sentido de solidaridad militar; de su pasado de pueblo dominante, le quedaba el orgullo de casta; y, aunque latinizada y cristianizada, permanecía poco permeable a influencias exteriores.

Las invasiones normandas del siglo X representaron para la nobleza franca un peligro que dio nuevo ímpetu a sus fuerzas, y el asentamiento de los normandos en Inglaterra y el litoral de La Mancha sirvió de poderoso estímulo para esta nobleza guerrera. El franco aceptó pronto al normando, que fue visto ya no como adversario, sino como un pariente a quien le unía la misma sangre y la misma mentalidad, y una extensa política matrimonial hizo que la sangre normanda se mezclara pronto con la de gran parte de familias importantes de Occidente.

La importancia de este elemento escandinavo, ya asimilado en el siglo XI, junto con un elemento germánico que hacía más tiempo que existía, no es tanta como para considerar a la nobleza occidental como una especie de clase dirigente de origen extranjero. El recuerdo se borra con facilidad de la memoria de los pueblos, y más aun tratándose de pueblos iletrados; lo que deter-

mina una nacionalidad es su lengua y su religión, y no su pertenencia racial. Por eso, los francos, inclusive los de raza más pura, eran sin lugar a duda latinos, mientras que sus vecinos del otro lado del Rhin habían seguido siendo germánicos; sólo que estos latinos tenían un pasado corto, y por tanto, su caudal intelectual y afectivo resultaba relativamente pobre.

En cualquier caso, era una sociedad fuerte, desbordante de vitalidad; fuerte no sólo porque poseía el poderío militar, sino porque también sabía tomar conciencia de su valor y tenía una moral propia y una concepción definida de la vida.

El sistema feudal

El sistema feudal era ya una institución antigua. Creado y elaborado según lo exigían las circunstancias, llegó a ser en el siglo XI el único sistema social concebible y reconocido en Occidente, hasta tal punto que incluso las relaciones del hombre con Dios se medían en términos de derecho feudal. Este derecho ataba el hombre al hombre por un vínculo personal en principio indisoluble y se basaba mucho más en la noción de persona que en las nociones más abstractas de Estado, justicia o bien común.

El feudalismo reconocía dos valores esenciales: el hombre y la tierra, pues en países casi exclusivamente agrícolas como aquéllos, la tierra constituía el Bien por excelencia. «Ni señor sin tierra, ni tierra sin señor». El feudalismo, que era en su origen un sistema de contratos recíprocos entre un soberano por un lado y por otro un súbdito a quien se confiaba el cuidado de una cierta porción de tierra, se convirtió en el siglo X en un sistema casi por completo basado en el derecho hereditario; es decir, el feudo que el soberano dejaba en manos del vasallo era de hecho propiedad de la familia de este último. Cuando se trataba de una tierra extensa o de toda una provincia, este feudo se dividía en otros feudos cuidados por vasallos del vasallo y también hereditarios, de modo que el barón, dueño nominal de todas las tierras de sus va-

sallos y de los vasallos de sus vasallos, sólo podía disfrutar de hecho de los bienes que constituían su herencia personal, y a menudo tenía vasallos más ricos y más poderosos que él.

Las obligaciones del vasallo para con su dueño eran bastante limitadas: 1) prestación de servicio militar durante un cierto número de días al año (cuarenta días por lo común); aunque, en caso de existir un vínculo de «feudo ligio», el vasallo debía prestar servicio mientras durara la guerra que el señor tenía declarada, que, como veremos, no podía prolongarse a su capricho; 2) ayuda financiera en determinadas ocasiones: en la guerra, en la ceremonia de investidura del primogénito o en la boda de la hija mayor y en el pago del rescate en caso de que el señor cayera prisionero; 3) deber de consejo o de parlamento de corte, o sea, la obligación de asistir tres o cuatro veces al año a una reunión general de todos los vasallos del señor, con el fin de ayudarle a resolver las cuestiones de interés público (guerras, trabajos de construcción…), a administrar justicia o a realzar su prestigio con ocasión de fiestas y grandes recepciones; 4) obligación de recibir y hospedar al señor cuando éste se encontrara en tierras del vasallo.

Fuera de estas cuatro obligaciones, el vasallo era independiente. Así, el sistema feudal parecía haberse inventado ex profeso para ofrecer al noble la mayor libertad con el máximo de garantías de seguridad posible, ya que el señor estaba a su vez obligado a defender al vasallo caso de que éste recibiera una ofensa.

Cuando al príncipe o al gran barón ya no les quedaban más feudos que repartir so pena de encontrarse un día sin tierras, su autoridad pasaba a ser algo simbólico y dependiente de la voluntad de sus primeros vasallos, quienes a su vez no siempre tenían los medios necesarios para hacerse obedecer por los suyos propios. Y el poder efectivo se hallaba tan bien repartido que se ha llegado a considerar el sistema feudal una anarquía organizada más que un orden social. La multiplicidad de los feudos traía

consigo la multiplicidad de administraciones; y, si bien sólo los príncipes de las grandes provincias tenían derecho a acuñar moneda, hasta sus vasallos más secundarios poseían el derecho de alta justicia, es decir, a aplicar la pena de muerte; y, como además el mismo señor podía, en virtud del derecho hereditario, ser titular de varios feudos concedidos por soberanos distintos, podía considerarse aliado o adversario de uno de sus soberanos contra el otro, según los vaivenes políticos del momento. Sólo el jefe dotado de una personalidad poderosísima podía tener el orgullo de reinar y mandar efectivamente, pues en realidad un príncipe no podía tomar una decisión de cierta importancia sin el consentimiento de sus vasallos. Y era rara la ocasión en que sus intereses convergían, por lo que toda decisión se hacía difícil.

Ahora bien, aunque reinaba una anarquía, ésta era sin duda «organizada». El juramento de homenaje no era una simple formalidad. A pesar de muchas excepciones, se tomaba en serio. En primer lugar, es natural que en el grado más ínfimo —el que ligaba al pequeño valvasor (vasallo de otro vasallo) a su señor inmediato— se respetaba siempre como un deber sagrado. Luego, a medida que se iba remontando el curso de la jerarquía social, este vínculo se distendía, y por ejemplo el rey de Francia, soberano del conde de Tolosa, del duque de Guyena o del rey de Inglaterra, recibiría de estos sus vasallos un homenaje meramente platónico. Cuando se trataba de una provincia, de una diócesis o de un cantón, la fidelidad al soberano se confundía con la solidaridad de clan, y es natural que los vasallos más fieles fueran los que estaban unidos a su señor por vínculo de vecindad, de parentesco o de amistad y en particular aquellos a quienes el señor había armado caballeros. Pero el juramento de homenaje y la investidura de las armas eran por encima de todo un acto simbólico y místico cuyo valor se reconocía por unanimidad.

Este sistema de contratos de asistencia mutua, que en la práctica originaba las situaciones más enrevesadas y complejas, se ba-

saba en un principio muy simple, y, de hecho, dio como resultado una sociedad homogénea, dotada de un fuerte sentido de casta, una especie de fraternidad internacional, tan auténtica, que en los siglos posteriores se asimilaría a una Orden: la caballería.

La idea de «caballería» no coincidía con la de la nobleza, ni con la del oficio de las armas; correspondía más bien a nuestro concepto del grado de oficial, con la diferencia de que el título se aplicaba tanto al general como al lugarteniente. Era a la vez un título, un grado y una virtud, y calificar a un hombre de «buen caballero» era hacerle objeto del mayor de los elogios. Ya fuera joven o viejo, rico o pobre, modelo de virtudes o saco de vicios, el militar noble era considerado según sus dotes de caballero. En el siglo XI al menos, la noción de caballería no implicaba otros valores morales fuera del valor militar, aunque el caballero se viera obligado a no infringir de manera demasiado brutal las normas de la moral corriente. Pero tales exigencias no eran válidas sólo para los caballeros, sino que regían para todo el mundo; más bien eran los caballeros quienes, pese a todo, se apartaban de ellas con mayor facilidad.

En cambio, las obligaciones relativas de las armas eran muchas y complejas. Se respetaban rigurosamente y tenían el valor de ley y de código moral. Esta ley no escrita —pues ni había un manual del perfecto caballero, ni tampoco el caballero sabía leer—, pero reconocida unánimemente, revestía un cierto carácter de reglamento, puesto que se refería al manejo de las armas y al conocimiento de toda la parte técnica del oficio, conocimiento que, debido a la escasez de medios mecánicos, implicaba mucha rapidez e ingenio y abarcaba actividades muy diversas. El caballero debía ser capaz en un momento dado de dirigir los trabajos de construcción de aparatos de guerra, y de convertirse en ingeniero, arquitecto, estratega —siquiera a pequeña escala—, médico, enfermero y veterinario; y debía poseer en general nociones

de balística, de mecánica y hasta de contabilidad, indispensables para ejercer su oficio de soldado.

Entre las obligaciones morales del caballero, ocupaban un lugar primordial la fidelidad al señor y el deber de proteger a los soldados puestos bajo sus órdenes. La noción de disciplina militar propiamente dicha no existía sino de manera muy vaga, por lo que la iniciativa personal del caballero cobraba una importancia considerable. Entre las otras virtudes caballerescas, se contaba el ingenio, esta especie de inteligencia práctica que consiste en adaptarse con rapidez a cualquier situación imprevista y en sacar de ella el mayor partido posible.

Así pues, el perfecto caballero no era ningún ignorante: vivía en una época y en un ambiente donde el interés por leer y escribir no era mayor que el que hoy día se da a la esgrima o la equitación, es decir, se consideraban ocupaciones de lujo, costosas y sin ninguna aplicación práctica. El saber del hombre culto —el clérigo— se valoraba según su utilidad, y ésta era mínima en caso de guerra.

La nobleza feudal era exclusivamente militar, tan bien adiestrada y formada para la guerra que acababa por no tener otro móvil en la vida, por más que resulte difícil imaginar a una clase dominante y numerosa estrechamente unida con la vida de su tierra y ocupada sólo en pelear. Había pasado el momento de las invasiones; hasta en España y en el norte de Alemania la lucha contra los moros o contra los paganos eslavos y lituanos revestía un carácter de refriegas locales y periódicas; el empuje normando había cesado de representar una amenaza; no había ningún poderoso agresor al que hacer frente ni tierras por conquistar. Occidente recobraba su equilibrio interior, aunque sin duda precario. Incluso las luchas entre el Papa y el emperador por el predominio en Italia, las rebeliones de los príncipes feudales alemanes, de los grandes feudatarios de la corona de Francia, de los sajones y normandos en Inglaterra y en España la de cristianos

contra musulmanes no impedían a Europa ir convirtiéndose paso a paso en lo que todavía es hoy: un conjunto de pueblos tributarios de una civilización producto del cristianismo y del feudalismo occidentales. Ahora bien, este sistema feudal que venía a ser como la fuerza latente y el elemento activo de esta nueva civilización, era una sociedad deliberadamente militar y estaba dotada de una agresividad que superaba en mucho las exigencias y las posibilidades guerreras de Occidente.

La ley del más fuerte

El noble feudal ocupaba en su sociedad el puesto de opresor. Es cierto que existían unos derechos del pueblo: el campesino no transigía en la suma de los tributos que debía pagar al señor ni en la duración del período de prestación de sus servicios y, una vez establecida la costumbre, el pueblo no toleraba usurpación alguna. Las relaciones sociales se basaban en un sistema de contratos colectivos respetados en general por ambas partes. Sólo que las cláusulas del contrato eran para la masa del pueblo —pequeños labradores, casi siempre siervos— de una singular dureza: el señor debía proteger a sus campesinos, y era así efectivamente en la medida en que sus medios se lo permitían, pues tenía interés en ello; pero les explotaba con dureza y, no satisfecho con cobrar su parte de cosecha correspondiente —la mitad o más según las regiones— y con exigir jornadas de trabajo gratuito, se reservaba el monopolio de bienes de utilidad primordial, como el molino, la prensa, el horno del pan…, y forzaba al campesino a pagar un impuesto por el derecho a usarlos.

Los derechos del pueblo eran, pues, irrisorios comparados con los de la nobleza; pero existían, así como también la idea de derecho, lo que de por sí ya representaba algo. Como consecuencia, existía en el campesino un espíritu de rebeldía, que raramente llegaba a convertirse en acción, pues en caso de revuelta las represiones eran terribles.

La Iglesia cristiana proclamaba la igualdad de todos los hombres, por lo menos ante Dios. Las imágenes del Juicio Final representaban a reyes y obispos en la primera fila de los condenados, pero está claro que los pobres tenían que esperar hasta el fin del mundo y la vida del más allá para poder imaginar tal inversión de valores. En la tierra reinaba el rico. Si bien es verdad que hoy sucede igual, hay que notar que en la Edad Media esto se toleraba con un realismo cínico, y también que en Occidente esta distancia del pobre al rico era menor que en nuestros días, debido a la existencia de una religión común y al pobre nivel económico y cultural de la vida.

Al igual que el campesino, el noble comía con las manos, dormía sobre paja, se moría de frío o se ahogaba en una estancia llena de humo en invierno, caminaba por el fango, se bañaba en los ríos y estanques y vivía pendiente del clima, ya que su alimento dependía de los mismos campos que el campesino. A falta de palacios lujosos y de espaciosos salones, los principales señores recibían a sus visitantes en «vergeles floridos» y acampaban al aire libre. Según los desplazamientos, se traían consigo algunos tapices, algunas piezas de vajilla, cofres con vestidos y arquetas con joyas que poseían. No desdeñaban sentarse en la hierba, se solían trenzar coronas con las flores del campo y con guirnaldas de hojas se adornaban tiendas, tribunas y lugares de festejos.

La tierra constituía el recurso principal del noble y el campesino era, por tanto, su principal instrumento de trabajo. Éste era siervo, es decir, estaba vinculado a la tierra. Además de lo que debía al señor, pagaba el diezmo o impuesto que debía a la Iglesia y que equivalía a la décima parte de sus beneficios.

Los señores se reservaban casi todos los bosques y ríos para la caza y la pesca. Los prados destinados al ganado de los campesinos eran poco extensos y éstos tenían que pagar por el derecho a apacentar a sus animales en los pastos pertenecientes al señor. Y

lo mismo sucedía con la madera, necesaria para calentar y fabricar útiles de toda clase.

El pequeño señor tenía derecho de baja justicia, consistente en poder aplicar penas corporales, multas y condenas a prisión, mientras que el señor rico que dominaba muchas tierras tenía derecho de alta justicia, es decir, poder para castigar crímenes con mutilación o pena de muerte. Para el pueblo, cualquier fechoría podía ser un crimen: se ahorcaba a un hombre por haber robado una suma de dinero, un caballo o un buey, sobre todo si el perjudicado era un noble. Los señores pretendían ejercer este derecho de alta justicia incluso en casos de delitos tales como la caza furtiva: en el siglo XIII, san Luis condenaría a prisión a un señor feudal por haber ahorcado a tres muchachos acusados de tal falta. (Dicha decisión real parece que sorprendió a las gentes, cuando en realidad no hacía más que castigar un abuso de poder ilegal).

Las gentes del pueblo que vivían en contacto directo con el señor —las que éste empleaba para sus trabajos domésticos— estaban prácticamente a su merced, y era libre de pegarles o insultarles sin temor a ser perseguido por la justicia, o se exponía como máximo a la censura de la Iglesia (la cual se veía obligada a recordar a las damas de la nobleza que pegar fuerte a sus sirvientas era un pecado). Aun dentro de la misma nobleza, se castigaban en general los delitos que los inferiores cometían en contra de sus superiores, aunque las posibilidades de abusar del poder estuvieran limitadas por una costumbre según la cual el hombre libre, ya fuese clérigo, noble o comerciante, sólo podía ser juzgado por los de su misma condición.

La nobleza estaba a menudo por encima de las leyes, en razón del poder que le conferían las armas. Por poco importante que un señor fuera, en cuanto éste poseía un castillo de espesos muros, podía no presentarse al proceso o bien manifestar su disconformidad con la sentencia, con la certidumbre de que después, encerrado en su fortaleza, escaparía fácilmente a la justicia, tanto

más cuanto que no existía ministerio público, o sea, que la persecución de un delito era asunto que incumbía a la parte civil. Para aplicar la ley, hacía falta una autoridad poderosa, y en aquella época ni el propio rey de Francia podía obrar contra un Hugo de Puiset encerrado en su torre a veinte kilómetros de París.

El noble se regía por la ley de la venganza, una venganza legal, si es que puede llamarse así. Un hombre tenía derecho a tomarse la justicia por su mano cuando tenía un motivo válido para ello; por lo común, el asesino se veía perseguido por la familia de la víctima; las diferencias se arreglaban con el arma en mano; el marido ofendido tenía derecho de vida y muerte sobre la mujer adúltera y su amante… Pero, como siempre, la fuerza equivalía a la ley y, si el ofensor era más poderoso que el ofendido, este último no podía vengarse.

Luego el señor que poseía un castillo y soldados podía permitirse casi todo con la condición de no atacar a otro más fuerte que él. Cierto es que en realidad los señores-bandidos formaban una débil minoría, pues la opinión pública no era favorable a este tipo de conducta; pero el noble feudal, amando la independencia ante todo, practicaba el culto a la fuerza, única garantía de su propia libertad.

Como consecuencia, los señores que vivían pobremente y sin mobiliario invertían la mayor parte de su renta en equipo militar —armas y caballos— y mandaban construir moradas con los muros más espesos posible. Por eso vemos que los muros de los castillos que datan del siglo XI tienen ya más de dos metros de grosor. También en el curso del siglo XI se levantaban alrededor de los castillos murallas y fortificaciones de piedra en vez de las antiguas empalizadas hechas con estacas, y se abrían fosos y se elevaban torres de vigilancia en las lindes de los dominios y en lo alto de los torreones. La armadura, con sus elementos principales —casco, escudo, vestido de cuero o de hierro—, de eficacia probada desde hacía siglos, se hace cada vez más resistente; y, si bien

en Occidente no existía aún la cota de malla, la brunia —túnica con medias mangas que cubría todo el cuerpo hasta las rodillas— se recubría ya toda de anillos o placas de metal incrustadas en el cuero y resistía muy bien los golpes de lanza y de espada. Los caballos, cuya forma se adaptaba a este tipo de vestidura, eran fuertes, anchos y gruesos, pero también rápidos, pues habían sido previamente adiestrados para la lucha.

La experiencia iba a demostrar que el guerrero occidental era en esta época superior a los guerreros bizantinos o musulmanes, tanto por la calidad de las armas como por sus virtudes bélicas. Pero, aunque mejor preparado para la guerra, parecía no tener razones serias para combatir y gastaba su energía en saldar cuentas con los señores de las localidades vecinas. La Iglesia, en Francia sobre todo, no cesaba de reprobar en vano este estado de cosas, y los testimonios de los papas y de los obispos nos llevarían a creer que la belicosidad de los barones de Occidente representaba una verdadera calamidad para la tierra. Si por una parte los caballeros salían bastante bien librados de estas guerras, por otra, los pequeños guerreros —arqueros y soldados de infantería—, peor armados, morían en gran cantidad, mientras que los campesinos salían perjudicados incluso cuando los combates no acarreaban pérdidas de vidas humanas, pues la táctica militar más corriente era la de quemar las cosechas y quitar el ganado al adversario. Resultaba de ahí la situación paradójica de que la nobleza contribuía a empobrecer una tierra a la que por natural definición debía proteger, al tiempo que invertía una gran parte de las riquezas del país en material de guerra. Esta situación se prolongaría durante siglos, pues las guerras feudales no se extinguirían sino con todo el feudalismo. Veremos, sin embargo, que las Cruzadas sirvieron de remedio poderoso contra este mal.

Las costumbres feudales

1. La mujer del Medioevo

Las costumbres de esta nobleza guerrera eran rudas; no disolutas, como se ha llegado a decir, sino simplemente primitivas. Aquí, como en todo, triunfaba la ley del más fuerte. El hombre reunía todos los derechos, mientras que la mujer no tenía, por así decirlo, ninguno, ni siquiera desde el punto de vista legal, y se hallaba en una situación de eterna minoría de edad. La mujer noble estaba obligada a ser virtuosa y a guardar absoluta fidelidad al marido so pena de muerte inmediata, mientras que el hombre, considerado polígamo por naturaleza, se permitía una entera libertad sexual y, si se guardaba de deshonrar a las mujeres y a las hijas de otros nobles, era más bien por respeto a la propiedad ajena.

Al hombre lo bastante rico para mantener concubinas, poco le importaban los reproches de su mujer y las censuras de los eclesiásticos; lejos de avergonzarse de sus bastardos, estaba orgulloso de ellos y los tenía como preciados elementos de su mesnada; y, si bien los bastardos no tenían derecho a heredar —ley razonable, pues bastante frecuentes eran ya las luchas por la herencia entre hijos legítimos—, cerca del padre gozaban más o menos de las mismas prerrogativas que éstos.

Además de tener el señor derecho sobre las mujeres de baja condición, el noble, por poco que fuera rico e influyente, no renunciaba a la antigua costumbre de repudiar a la esposa, y los divorcios eran frecuentes en el medio feudal a pesar del veto formal de la Iglesia. Ésta, obligada a inclinarse de mejor o peor grado ante la voluntad de los poderosos, había accedido a un compromiso que permitía la disolución del matrimonio, al mismo tiempo que mantenía intacto el principio de indisolubilidad: si bien el divorcio propiamente dicho no existía, sí en cambio era fácil obtener la anulación, casi siempre por causa de consanguinidad entre los cónyuges. No se tenía por nada anormal el que un hombre se diera cuenta, tras varios años de matrimonio, de que su mujer era prima suya en cuarto grado. También podía

alegarse consanguinidad entre ahijados de un mismo padrino, entre el hijo del padrino y la ahijada de este último… Comoquiera que cada uno de los esposos separados se volvía a casar —al menos en este caso, la esposa repudiada se beneficiaba de las mismas ventajas que el marido—, lo hacían a menudo más de una vez y en cada matrimonio tenían hijos, los vínculos familiares llegaban a ser tan complejos que tenía que haber momentos en que se hacía difícil ver claro el grado de parentesco entre una pareja de esposos. A veces la Iglesia, tomándose la revancha, hacía uso rígido de su derecho a anular el matrimonio y separaba por la fuerza —pues la excomunión era todavía un arma terrible— a cónyuges que tenían un bisabuelo o un tatarabuelo común.

Lo más corriente es que la mujer noble se escogiese en matrimonio por razones de interés o de conveniencia, como vínculo entre dos familias o en prenda de amistad entre dos beligerantes reconciliados. El caballero proponía a su hija, a su hermana o hasta a su madre a cualquier señor con quien le interesaba reforzar una alianza; el señor podía entregar a la viuda de un vasallo muerto al hombre que él veía capaz de defender su tierra, concedía la mano de la heredera a algún vasallo que él quería recompensar, y la hija podía reclamar y obtener, si lo deseaba, la mano del asesino de su padre, como nos lo muestra el *Cantar de Mío Cid*. La mujer, incluso noble, formaba parte de una humanidad secundaria: la de los no combatientes.

Las *chansons de toile* son el único vestigio de lo que podía ser la sensibilidad femenina en la época de las primeras Cruzadas. Compuestas para mujeres y seguramente también por mujeres, nos muestran una adoración al hombre casi comparable a la que hoy encontramos en cierta prensa sentimental femenina donde el hombre es el dueño y el bien por el que se suspira. No obstante, la hija del noble, criada con relativa libertad junto a sus hermanos, buena amazona, buena cazadora y a veces experta en deportes menores, tales como el lanzamiento de jabalina, tenía una

tendencia natural a hacer suyas cualidades viriles tenidas como superiores. Por poco carácter que tuviera, la mujer noble se tomaba los derechos que la ley le negaba; pero por lo común sólo llegaba a ejercer su autoridad sobre las mujeres, que solían ser muchachas del pueblo o de la pequeña nobleza. Tampoco era del todo infrecuente que la esposa o la madre del señor gobernaran el castillo y el dominio en ausencia del dueño, o que en tiempo de guerra defendiera una plaza y mandara soldados.

Algunas iban más lejos: Sichelgaita, mujer normanda casada con Roberto Guiscardo, llevaba a sus hombres al combate vestida con armadura y manejaba como un hombre la lanza y la espada; en Bizancio, Ana Comneno habla de esta mujer como de una especie de monstruo, oprobio de su sexo; pero, a ojos de los caballeros de Occidente, esta matrona viril pasaba por una heroína. La mujer guerrera, que como el clérigo guerrero era un fenómeno chocante para los cristianos de Oriente, inspiraba estima en la sociedad feudal de Occidente, para la que el valor militar equivalía a la mayor de las virtudes. De todos modos, amazonas del tipo de Sichelgaita eran gloriosas excepciones; al igual que en nuestra época, en que ninguna actividad masculina está vedada a las mujeres, vemos que por lo general no destacan en boxeo, ciclismo o fútbol.

En medio de esta vida señorial dura y pobre, la mujer no sobresalía aún por sus actividades artísticas ni de recreo, ni tan siquiera en las artes del adorno ni en ninguna actividad específicamente femenina, a no ser la ya sabida de ama de casa. Era también primaria y tosca y, al no dársele lugar a que formara su propio mundo, se convertía en una especie de subhombre, tanto más cuanto que la sociedad franca o feudal no tenía prejuicios y no establecía una separación sistemática de los sexos. Por lo menos no llegaba en esto al mismo punto que las sociedades antiguas o las de Oriente, puesto que no existían harenes ni gineceos. Y los nobles occidentales, herederos de las tradiciones nór-

dicas, no forzaban a sus mujeres a huir de la sociedad masculina: las mujeres comían —y bebían— con los hombres, tomaban la palabra en su presencia y conversaban libremente con los extranjeros. La hija de la casa solía hacer los honores y servir la bebida al huésped que su padre quería honrar, y hasta a veces le ayudaba a tomar el baño. (La escena de Tristán, en que Iseo sirve al caballero sentado en la bañera y, reconociendo en él al asesino de Morholt, se precipita con una espada con intención de matarle, no escandalizaba al lector del siglo XII, que encontraba natural tanto este singular enfrentamiento como el gesto de la muchacha).

Sin duda el ideal femenino de la época no era la mujer hombruna que repartía golpes y estocadas. Antes diríamos que este ideal no existía, y que una sociedad exclusivamente centrada en los valores masculinos se desinteresaba de la mujer, hasta el punto de olvidarse de construir todo el andamiaje de convencionalismos, prohibiciones y prejuicios de orden intelectual y moral que en las sociedades más civilizadas, desde China hasta Grecia, hacían de la mujer un ser radicalmente distinto al hombre. La Iglesia se esforzaba en llenar este vacío, pero también por su parte era resueltamente antifeminista. La mujer que vivía dentro de la sociedad feudal, respetada en la medida en que constituía un aliado fiel y valeroso, pero tratada como un subalterno por su debilidad física, tendía más pronto a ser viril, pues adoptaba sin darse cuenta el modo de pensar y de actuar del hombre. Ya llegaría el momento en que esta inconsciente virilidad de su carácter, unida al deseo del hombre occidental de crearse una imagen propia de la mujer, iba a engendrar el fenómeno que conocemos con el nombre un tanto desabrido de «amor cortés».

(El amor llamado «cortés» nació del amor a la guerra; a un tiempo sublimación del duelo, del homenaje feudal, del sacrificio voluntario del soldado y de toda una mística guerrera en que se mezclaban el deseo de victoria, de sumisión total y de muerte.

Era necesario que el soplo de las Cruzadas pasara después por todo esto para acabar de sublimar la idea de la guerra y proyectar sobre las aspiraciones más terrenas una luz de amor sagrado. Era necesario también que la mujer, imagen a la vez altiva y humillada del hombre, estuviera dispuesta a asumir —al menos en teoría— este papel de señor que ninguna civilización hasta entonces le había otorgado).

2. El hombre del Medioevo

La duración media de la vida era de treinta a treinta y cinco años, como aún lo es en los países subdesarrollados y lo iba a ser aún durante siglos en Europa, ello siempre y en todas partes por razones semejantes: infraalimentación, falta de higiene e insuficiencia de conocimientos médicos.

La mortalidad infantil era terrible; en todas las clases sociales, las tres cuartas partes de los niños morían al poco tiempo de nacer, por lo común antes del primer año; era cosa tan corriente que las familias se resignaban de antemano. El índice de natalidad era elevado; las mujeres, casadas desde muy jóvenes, estaban continuamente preñadas, y los hijos que llegaban a sobrevivir, de entre los diez, quince o veinte que se tenían, eran ya suficientes. La población crecía muy rápido, demasiado en relación con los recursos del territorio, lo que daba lugar a una falta sistemática de alimentación.

El niño que conseguía pasar de los dos o tres primeros años era por lo común robusto y podía resistir aguas poco potables, carnes pasadas, el pan de salvado o de cáscara de trigo, corrientes de aire, humedad, insolaciones, parásitos y heridas. Pero la falta de alimento, la disentería, el tétanos y la fiebre puerperal vencían a las naturalezas más fuertes. Éstas eran las plagas más corrientes, pero aún había que añadir otras como las constantes epidemias de tifus, cólera, viruela y, con menor frecuencia, de peste.

La imposibilidad de luchar contra esto resulta difícil de concebir para una mente europea actual. Pero el hombre del Medioevo, en efecto, no tenía armas con que enfrentarse a la epidemia, a no ser una esperanza llena de terror y de superstición en la misericordia divina, que había que obtener por medio de ruegos y de sacrificios, y un pánico que forzaba a los padres a abandonar a los hijos y a los amigos a emparedar a sus amigos. Si había quienes tenían el valor de socorrer a los enfermos, aquéllos eran tenidos por héroes cuando no por locos y se les trataba como a los apestados. Y también sabemos el ostracismo cruel al que se veían condenados los leprosos, más temidos por el horror que producía su mal que por el peligro de contagio.

Los medios de la medicina eran rudimentarios y brutales; aparte de la sangría y de la purga, aplicadas a menudo sin discernimiento, se reducían a métodos empíricos más o menos eficaces según los médicos y que, dependiendo de la naturaleza del enfermo, podían tanto matarle como curarle. El único método para desinfectar era la quemadura. Las llagas se curaban con aceite hirviendo, con peligro de provocar así una infección mayor. Una herida siquiera superficial o un absceso mal cuidado producían la septicemia o la gangrena. Los casos de apendicitis aguda, de perforaciones de úlceras e incluso de crisis cardíacas se atribuían a menudo al veneno y hasta se buscaba —y se encontraba — al posible criminal. Por supuesto, el veneno existía, pues siempre es más fácil matar que curar.

Al no existir una policía organizada, el asesinato, cometido ya por venganza, ya con el fin de saquear, se llevaba a cabo con más facilidad que en nuestros días. Las leyes, severas para con la gente del pueblo, preveían la pena de muerte por delitos que en nuestros días se castigan con penas de dos a cinco años de prisión. Por último, los transportes no estaban organizados y una mala cosecha en una región determinada provocaba hambres periódicas,

de tal manera que no era nada extraño ver a la gente morir de hambre.

Se comprende, pues, que el hombre soliera morir antes y que, en expediciones guerreras, viajes, tiempos de epidemias o de carestía, esto sucediera con una espantosa facilidad. Todo ello hacía que el ánimo de las gentes se endureciera ante el sufrimiento ajeno. Hoy todavía la mirada occidental se extraña de la indiferencia con que los habitantes de la India miran a los mendigos y niños que mueren de hambre en plena calle. Aunque parece que incluso en la Edad Media los occidentales, quizá por ser menos desgraciados, eran más emocionales, es indudable que el sufrimiento antes engendra la dureza de ánimo que suscita compasión; además, debemos tener en cuenta que el hombre medieval estaba más acostumbrado que nosotros al sufrimiento. Lo que no significa que fuera más insensible, sino que su sensibilidad se manifestaba en otras cosas. Hoy nos parecería extraño ver a unos militares respetables romper en llanto, tirarse del pelo y arañarse la cara al enterarse de la muerte de un compañero de armas, o ver a un hombre ya mayor verter lágrimas de enternecimiento al visitar un santuario venerado.

A juzgar por Molière y otros autores de los siglos XVII y XVIII que veían en los hombres medievales de cuarenta años a unos vejancones, se habría divulgado la opinión de que nuestros antepasados envejecían precozmente y que, por consiguiente, también duraban menos tanto la juventud del cuerpo como la del espíritu. No parece, sin embargo, que fuera así, por más que las mujeres —casadas desde jóvenes y a menudo con ocho o diez hijos a la edad de treinta años— tendieran a envejecer antes, como es natural. Los testimonios de la época nos muestran cómo los hombres que morían a una edad ya madura no envejecían más rápidamente que nuestros contemporáneos. Tenemos como ejemplo a Bohemundo, quien, pasados los cuarenta años, seguía teniendo un físico admirable, y a Andrónico Comneno que, a los

cuarenta y siete, pasaba por un seductor irresistible; Abelardo tenía más de cuarenta años en el momento de su encuentro con Eloísa y él mismo se consideraba un hombre en la flor de la edad; Raimundo de Saint-Gilles, a la edad de sesenta, desplegaba en las operaciones militares una energía que muchos jóvenes hubieran envidiado; y tenemos noticia de que la emperatriz Zoe seguía siendo bella a la edad de sesenta años, aunque fuera poco presumida y hasta tuviera escaso cuidado de su persona… Por lo que respecta al caballero, el servicio militar era obligatorio hasta los sesenta años, edad que más o menos se tomaba como término de la juventud física. Pero hay que decir que los hombres de sesenta años o más no eran demasiado frecuentes.

El hombre no envejecía más aprisa, pero sí maduraba antes. Se le educaba más duramente. La gente de la Edad Media —sin que por ello podamos poner en entredicho sus buenos sentimientos paternos o maternos— no rendía culto alguno a la infancia. El niño, a quien se vestía desde la edad de los cinco o seis años como a un hombre en pequeño, no era más que un adulto en potencia. Tanto si era rico como si no, se le educaba a fuerza de golpes y de privaciones en el oficio que estaba llamado a ejercer, y se le trataba como inferior por más amor que se le prodigara. Sólo se le consideraba responsable de sí mismo desde el momento en que su desarrollo físico le permitía medirse con los adultos. No era raro ver que jóvenes de dieciséis o diecisiete años, usando del privilegio que les otorgaba su estirpe noble, mandaran tropas, administraran dominios e hicieran prueba de una madurez de carácter que hoy nos desconcertaría. (En el caso de Balduino IV, lo que sorprendía a sus contemporáneos era su entereza ante la enfermedad y no su juventud, a pesar de que el rey leproso no había cumplido aún los dieciséis años cuando vencía en Montgisard).

Físicamente, el hombre medieval era bastante parecido al hombre del siglo XX. Solía ser más bajo de estatura y sin duda

más robusto. Había una mayor diferencia de tipo étnico entre la nobleza y el pueblo. Pero a través de los siglos el tipo occidental ha cambiado poco, tal como adivinamos por el realismo de ciertas esculturas. El germano y el escandinavo eran como hoy, más rubios y más altos que el celta o el latino y, según el testimonio de sus contemporáneos, tanto unos como otros quedaron sorprendidos por la poca estatura de los orientales y en particular de los griegos. Pero si bien físicamente debemos representarnos a este hombre bastante parecido a nosotros, aunque aquejado con más frecuencia de ceguedad o con cicatrices de viruela y lastres de otras enfermedades infecciosas, ¿cómo será el retrato que podremos trazarnos de su fisionomía moral y de su mundo interior?

Vida espiritual

1. El pueblo

Pocos documentos nos revelan el pensamiento y la sensibilidad occidentales en aquella época en que la mayoría de la población no sabía escribir. La clase que escribía se hallaba al margen de la vida laica y del pueblo y, aun cuando escribiera, lo hacía en una lengua extranjera y juzgaba por criterios igualmente extranjeros al espíritu del pueblo. El miembro de la Iglesia, en cuanto que hombre cultivado, pertenecía a una clase supranacional. Las divergencias filosóficas y teológicas surgidas en el seno de la Iglesia romana no deshacían, con todo, esta unidad intelectual que resultaba del empleo de una misma lengua y de la referencia a unas mismas autoridades, aparte de la unidad en la fe, la doctrina y la liturgia. Hasta el fin del siglo XI y salvo raras excepciones, los clérigos fueron los únicos en escribir, y los testimonios que como historiadores o cronistas nos transmiten acerca de la vida laica nos dan a conocer infinidad de hechos, pero vistos a través del prisma un tanto uniforme de la disciplina intelectual eclesiástica.

Esto no quiere decir que la Iglesia dominara la vida social de la Edad Media ni que haya impuesto a la sociedad, tanto noble como plebeya, sus maneras de pensar, ni tampoco que fuera la única en poseer valores de tipo intelectual o moral. Lo que ella no ha registrado ha quedado sepultado en el olvido. Siglos enteros nos son conocidos sólo a través de su testimonio, por lo general honrado y perspicaz, pero limitado. De la poesía popular han sobrevivido en redacciones más tardías leyendas de inspiración religiosa —y aún medio pagana— y epopeyas guerreras. Sabemos que en el siglo VII san Eloy llevaba a cabo una dura lucha contra el paganismo arraigado entre la gente de su campo, que mostraba un apego primario por sus ritos y celebraciones tradicionales y veía el cristianismo como una religión impuesta por la fuerza. El paganismo antiguo, sin duda aún prerromano, que parecía cristianizado pero en realidad lo había sido a veces de modo superficial, pervivía en todas partes. Sin embargo, no quedaban ya vestigios conscientes de paganismo en el siglo XI.

La leyenda religiosa, ya sea de origen oriental como la mayoría de los relatos de la Leyenda áurea, ya sea formada en el terruño sin salir de la provincia o tan siquiera del pueblo, obedece en sus situaciones a las mismas leyes que se encuentran en todas las leyendas de todos los folclores de la tierra: el dragón —o el monstruo—, el héroe redentor, la mártir inocente y vengada, la búsqueda místico-simbólica del objeto sagrado, el milagro fácil y, como tema más cristiano, la eterna lucha contra el diablo, consistente sobre todo en el triunfo sobre las tentaciones carnales. Encontramos en estos relatos, tanto si son de origen oriental y muy anteriores al gran cisma como si son occidentales, la misma obsesión erótica, cuya violencia puede sorprender hoy. Estas leyendas eran recogidas y transmitidas por monjes, y es así como toda la civilización occidental termina marcada por este horror monástico por el pecado de la carne, sin que la sociedad laica se viera nunca sujeta a tormentos de este género. Parece ser que la

tradición puramente popular recibió poca influencia del cristianismo y que, por tanto, los santos y héroes que integraban el folclore campesino no se diferenciaban esencialmente de los personajes de los mitos populares precristianos o hindúes.

¿Es cierto que el bagaje intelectual de aquellas gentes era pobre? Hay veces en que sólo una vidriera de época tardía —siglo XIV o XV— evoca algún episodio a menudo indescifrable de estas historias terroríficas o edificantes, o fantásticas o impregnadas de simple realismo. Las leyendas, que se narraban en el curso de veladas o de largos viajes, saciaban la imaginación de oyentes que a su vez se convertían en narradores. Así es que no podemos llegar a saber cuánto podía haber de misterio, de belleza y de riqueza espiritual en la historia del santo de una localidad. Lo cierto es que el hombre, animal imaginativo, encontraba un sustento intelectual a su medida, ni más ni menos el mismo que hoy nos proporcionan los mitos colectivos difundidos por la prensa y el cinematógrafo. Sin embargo, a causa de la dificultad de comunicaciones y del aislamiento en que vivía el hombre del campo, la diversidad de creencias, supersticiones, ritos y fábulas era mucho mayor y la misma historia se repetía sin cesar a través de los siglos y de los continentes, siempre de modo distinto según fuera el pueblo o de región.

El hombre poseía una originalidad que hoy no tiene y, aunque había una similitud entre él y su antecesor del siglo V o entre él y su descendiente del XVII, su tan distinta personalidad impedía que se confundiera al hombre de Auvernia con su vecino de Limosín, y al de Artois con el picardo; de una ciudad a otra no se veneraba al mismo santo, no se seguían las mismas costumbres locales, y más bien había una tendencia a exaltar a la Virgen de la localidad propia denigrando a la del pueblo vecino.

Había sin embargo una unidad religiosa, pero esta fe única, que había sustituido a todas las demás, iba adquiriendo un aire más familiar y local. Como el pueblo no se contentaba con vene-

rar a los santos del lugar, trasplantaba del lejano Oriente a los grandes santos, es decir, a la Virgen y a los Apóstoles, y se les aproximaban bien por medio de reliquias, bien por numerosas apariciones milagrosas. Hacía tiempo que el cuerpo de Santiago había atravesado el Mediterráneo para ser enterrado en Compostela, al igual que los de María Magdalena, Marta y Lázaro habían ido a parar a Provenza. Su presencia entre los creyentes era así más auténtica, pues podían ir a venerar las reliquias. Tampoco era extraño que el propio pueblo, para beneficiarse de la presencia de un santo, recurriera a un hurto piadoso o a la violencia (como en el caso del monje de Vézelay, que robó el cuerpo de María Magdalena del convento de Saintes-Maries, donde reposaba).

La Virgen, que no había dejado cuerpo que pudiera venerarse, se aparecía con frecuencia o por signos especiales daba a conocer el lugar escogido para que allí se levantara una iglesia en su nombre; también se aparecía en forma de estatuas misteriosas que, como la Virgen de Chartres, se han descubierto providencialmente. La fe popular se nutría de estos vestigios tangibles de divinidad, de los que iba adueñándose con fervor y que le servían para recuperar la ventaja que Oriente le llevaba en este aspecto.

Es muy cierto que el culto a los santos y la veneración de las reliquias tenía mucho de un paganismo o, mejor, de un fetichismo del que el hombre a menudo difícilmente se libera si no lo hace de la fe; y es también cierto que esta pasión por ver lo sagrado en forma material era una manera de concebir la comunión de los santos, y que quizás era más generoso atribuir a la virgen y mártir Apolínea el don de curar los dolores de muelas que negarse del todo a venerar a esta virgen «porque no es Dios».

El culto a los santos y la veneración de las reliquias, lejos de ser propios del Occidente latino, tenían su origen principalmente en Oriente. Pero con los siglos la cristiandad latina se separó de la oriental, debido a la diferencia de lengua y a la falta de co-

municaciones; y no, como se dice, por razones doctrinales. Esta separación fue lo que provocó en este Occidente algo atrasado una especie de particularismo, un apego cada vez mayor a las manifestaciones materiales de la divinidad y un deseo cada vez más vivo de acercarse al objeto venerado y de apropiárselo. Ésta es la razón de que la piedad occidental fuera y haya seguido siendo menos trascendente que la oriental y también más familiar, más «materialista» y más atada a la naturaleza humana de Cristo que a su naturaleza divina. No había por ninguna de las dos partes desviación ni herejía algunas, pero sí, incluso en las manifestaciones del fervor popular, una concepción diferente. Tan grande era la diferencia que los orientales no llegaron a comprender nunca la oleada de fervor que en Occidente impulsó la emigración en masa hacia Jerusalén. No es que ellos sintieran menor devoción por los Santos Lugares, pero su fervor era menos activo y más interior y más vuelto hacia el misticismo y la especulación teológica.

La cultura popular se centraba, pues, sobre todo en lo religioso. Ritual cristiano, ritos paganos cristianizados, tradiciones, concepción del universo…, todo se refería en mayor o menor grado a la religión cristiana, afirmada hasta tal punto que el sacerdote, el monje o el obispo no tenían ya su monopolio y a veces incluso eran juzgados con severidad por el pueblo. El hombre del vulgo era creyente, de la misma manera que el hombre del siglo XX es español o francés u obrero, campesino o burgués. Si en ruso, por ejemplo, se designa al campesino con el nombre de «cristiano» —la distinción que el lenguaje actual hace de ambas palabras es tardía—, se debe a que esta etimología corresponde a una manera de sentir bastante general en la Edad Media. El individuo era ante todo miembro de una sociedad de fieles y se veía a sí mismo como ser religioso, mientras que la idea de ser hombre y de pertenecer a una humanidad no venía sino después.

El hombre dependía por entero de Dios; el Dios que según su albedrío mandaba lluvia o sequedad, paz o guerra, mandaba epidemias, incendios y toda clase de males individuales y colectivos y era dueño del destino de los hombres después de su muerte, era un soberano al que no se ofendía impunemente. Si las leyes de la moral usual eran respetadas según las exigencias de la sociedad, los preceptos religiosos —ayunos, asistencia a los oficios, veneración de objetos del culto…— se respetaban todavía más, como es común en los fieles de todas las religiones. (Vemos, por ejemplo, que el jefe turco Mawdud, herido de muerte, se niega a tomar la medicina que hubiera podido salvarle, a fin de no romper el ayuno del Ramadán, acto de virtud que suscitaba más admiración que cualquier acto de heroísmo o de caridad).

El hombre creaba en torno a sí un clima espiritual radicalmente distinto del nuestro. Hoy día la ciencia ha despojado a la religión de su carácter de necesidad absoluta, y ya no se considera que ésta deba poseer la verdad en todos los dominios. En la Edad Media, los conocimientos científicos eran de tipo meramente utilitario y nadie hubiera pensado que su concepción del mundo pudiera fundarse en cómo construir una máquina. La ciencia, tal como hoy se concibe, era la contenida en las Escrituras y ningún descubrimiento llevaba a los hombres a dudar de la exactitud de dicha revelación. Sería, pues, injusto tratar a nuestros antepasados de ingenuos o de crédulos porque aceptaran sin titubear los relatos de milagros y, en general, de hechos que parecen contradecir las leyes físicas, las cuales no existían para ellos sino como simple experiencia empírica, sin ninguna garantía de verdad.

Esta experiencia les enseñaba que la Tierra es inmóvil y mayor que el Sol y que éste da vueltas alrededor de nuestro mundo. No es que lo contrario nos resulte más manifiesto, y lo creemos sin embargo con tanta certidumbre como los hombres de la Edad Media creían en los acontecimientos llamados «milagrosos». Pues si el milagro es, por contraposición a las leyes físicas, un fenó-

meno por definición inexplicable, la ignorancia de dichas leyes hace aparecer como milagrosos muchos de los fenómenos naturales y deja un amplio margen a la interpretación de los hechos observados: la aparición de un cometa se convierte en un signo enviado por Dios; una alucinación pasa a ser una visión sobrenatural; un fenómeno sin importancia, como el desencadenamiento oportuno de una lluvia o de una tempestad, puede tomarse como manifestación del poder divino, lo mismo que una curación o una muerte repentinas. El milagro era cosa frecuente y que se podía esperar con facilidad. Para el hombre, que vivía en un mundo creado por su imaginación antes que en un mundo real que de hecho ignoraba, los santos, los demonios y los ángeles ocupaban en su espíritu un lugar parecido al que nuestra imaginación concede a las virtudes del átomo, de la medicina, del psicoanálisis o del amor pasional.

¿El hombre del pueblo era cristiano tal como lo entendemos hoy o tal como lo entendió la Iglesia primitiva? Según hemos podido ver, la religión popular era y tendía a permanecer en gran parte pagana. Por su parte, judíos y musulmanes trataban a los cristianos de politeístas e idólatras, a causa del dogma de la Trinidad y del culto de veneración de imágenes. El hombre de la Edad Media era cristiano en la medida en que estaba más o menos ligado a la persona de Cristo, del Cristo reconocido como Dios. Sobre este punto, la Iglesia había conseguido desterrar cualquier equivocación. Toda la literatura popular prueba cómo la divinidad de Cristo era un hecho universalmente admitido. Aquel mismo Dios que había nacido en Belén era el que había creado el universo. La gente no leía el Evangelio y los sacerdotes lo explicaban rara vez; antes bien, el pueblo se nutría de relatos apócrifos o de tradición tardía y de los hechos referidos en los libros canónicos y solía conocer bien la vida de Jesús, las historias del Antiguo Testamento y la vida de los santos; le ofrecían ocasión para ello las fiestas religiosas que desde el principio del año

hasta el final le sumergían en el mundo revivido sin cesar de los misterios de la Encarnación, de la Pasión y de la Resurrección o de todas las etapas de la vida de Cristo, de los Apóstoles, de la Virgen y de los santos más venerados.

La devoción popular era por lo común más intensa y estaba más cerca del cristianismo primitivo que la de las clases superiores y que a veces la del propio clero.

2. La nobleza

Sobra decir que la nobleza era devota; pero, como hemos visto, poseía unos valores propios que, si bien en un cierto sentido independientes de la religión, aún eran singularmente poderosos.

Se ha llegado a hablar de una «germanización» del cristianismo a lo largo de los siglos X y XI o, por lo menos, de una «feudalización», como sugiere A. Waas. Los dos términos se ajustan bastante a la realidad. La clase dominante era puramente guerrera, y su ideal de inspiración germánica, incluso en los países de lengua latina como Francia y España. También la oleada normanda pobló tierras mediterráneas antes sometidas a la influencia bizantina o la árabe, como Sicilia y el sur de Italia. El norte de Italia estaba habitado, desde el siglo VIII, por colonos germanos ya latinizados, pero cristianos de fecha reciente (a partir de Carlomagno). Inglaterra, cristianizada en los primeros siglos, pasó sucesivamente por la conquista de sajones y normandos, quienes hacía poco tiempo que se habían convertido al cristianismo. Los países escandinavos conservaron su paganismo hasta el siglo X y en parte hasta el siglo XI, mientras que los países bálticos mantenían aún sus creencias. Alemania, pese al arraigo que tuvo ahí el cristianismo, continuaba más o menos conscientemente sometida a influencias paganas, debido al parentesco lingüístico que reinaba entre ella y sus vecinos del norte, lo mismo que en Bohemia, donde los recuerdos del paganismo pervivían hasta el punto de

formar la base de la epopeya nacional. Por lo que respecta al este de Europa, tributario de Bizancio en la cultura y en la religión, hay que notar que sus distintos pueblos eran de conversión reciente y que en las llanuras del sudeste eran víctimas de las constantes invasiones de pueblos nómadas de origen mogol, paganos de tradición chamánica, convertidos a veces muy fácilmente, pero sólo de nombre.

Por tanto, la sociedad feudal, nacida de las invasiones germánicas de los siglos IV y V y mantenida a partir del siglo IX gracias a las constantes oleadas de pueblos escandinavos, heredó algo del antiguo paganismo germánico, religión que había reinado en los países bárbaros durante casi un milenio. Aunque resulta difícil aquí trazar su historia desde sus orígenes, los pocos datos que de ella nos dan los historiadores romanos muestran que esta religión era la más extendida por los pueblos germánicos entre el siglo I a. C. y el siglo I de nuestra era, y que había variado poco a través de los siglos.

Los descendientes de los soldados de Clodoveo habían perdido el recuerdo de sus antiguas divinidades y la lengua de sus antepasados. No así los pueblos que conservaron su lengua, en los que las reminiscencias paganas se mantenían más vivas entre el pueblo que entre las clases elevadas, convertidas de modo más consciente a la religión de Roma. En cualquier caso, quedaban siempre en esta clase vestigios que imprimían a la religión feudal un carácter pagano, tanto más profundo cuanto que inconsciente.

El paganismo germánico, de origen indoiranio, nada tenía que ver con el culto a los ídolos, y no podemos decir que los germanos fueran más idólatras que los cristianos de la Edad Media. Eran politeístas, adoraban a dioses a los que simbolizaban como fuerzas de la naturaleza pero que no se identificaban con ellas, unos dioses muy individualizados, ni perfectos ni todopoderosos, y condenados en un porvenir más o menos lejano a extermi-

narse entre sí y a desaparecer para ceder sitio a la suprema justicia.

En esta religión pesimista, el gran dios, jefe de los demás dioses —Wotan u Odín—, visionario y dios de la guerra, era tuerto; Thor, dios de la justicia, era manco…; el único que era perfecto, Baldr, hijo de Odín, el que era todo belleza, sabiduría y bondad, con la extraña característica de que ninguna decisión suya podía ejecutarse, terminaba muerto por los maleficios del demonio Loki y quedaba prisionero del Infierno o, mejor, de la hija de Loki, Hel (nombre que ha dado en las lenguas germánicas *Hell* y *Holle*, infierno).

Como puede verse, había elementos en esta religión que podían facilitar la adhesión al cristianismo: la misteriosa figura de Baldr, la idea de la destrucción final de los dioses y, en el canto del hijo de Odín «colgado en un árbol», «inmolado a sí mismo y por sí mismo» (el texto deja quizás entrever una influencia lejana del cristianismo, pero hace pensar también en ritos de iniciación chamánicos), en su extraña vocación de un dios que sufre y se sacrifica voluntariamente, resuena un eco casi cristiano. La Iglesia, como es lógico, no intentó explotar tales similitudes; al contrario, condenó toda la mitología pagana con el fin de evitar todo compromiso, todo peligro de sincretismo y todo lo que hubiera podido hacer del Cristo encarnado una figura mítica asimilable a otras divinidades legendarias.

Los germanos, al convertirse, quemaban todo lo que habían adorado y se exponían valerosamente a las iras de los dioses que abandonaban. Quizás al principio, paganos y politeístas no hacían sino renunciar a unos dioses inferiores en favor de un dios más poderoso. Pero los descendientes de los adoradores de Odín llevaban aún en la sangre la pasión por el dios guerrero y de los guerreros, cuyo símbolo supremo era la guerra. El Paraíso estaba prometido a cuantos morían luchando heridos por la lanza de Odín, y los enfermos, antes de morir en sus lechos, se hacían he-

rir el costado con una lanza ritual a fin de tener acceso a la felicidad de Walhalla. La felicidad suprema tal como la imaginaba esta aristocracia guerrera (pues Odín era el dios de los nobles) era reflejo de sus aspiraciones terrenas; las almas de los valerosos, sin conocer nunca más el dolor, medían sus fuerzas en combates sin fin, interrumpidos tan sólo por banquetes donde se embriagaban con la bebida de los dioses, todo ello hasta el día del cataclismo final. Leyendo la literatura guerrera del siglo XII, es fácil darse cuenta que un Paraíso así hubiera colmado los deseos de la mayoría de caballeros cristianos.

Ni Cristo ni la Iglesia católica prometían este Paraíso. Aun así, a partir de los primeros siglos del cristianismo, la predicación de los misioneros atrajo con facilidad a los germanos, cuyos jefes se convertían e imponían el bautismo a sus ejércitos. Pero, espontáneas o forzadas, estas conversiones eran duraderas y los dioses de antaño quedaban pronto olvidados. Por eso la belicosidad germánica contaminó mucho más el cristianismo en Occidente que en Oriente la de los sucesores de Constantino.

La antigua religión pagana era una religión de casta, y no era sino un fuerte orgullo de casta lo que impulsaba a los nobles vikingos a invocar la protección especial del dios de la guerra y a esperar el Paraíso reservado a los valerosos. Dicho orgullo, en el alma del cristiano feudal, pervivió en estado latente a través de los siglos. Una clase dominante no renuncia con facilidad a tan seguros privilegios. Así pues, todo lo más que la Iglesia podía era lograr que el noble no fuera consciente de su orgullo, pero no podía impedirle que se formara una concepción propia de la religión, aun dentro del cristianismo.

Una mística de la guerra (la epopeya medieval).

Tal como demuestra A. Waas en su notable estudio sobre las Cruzadas, la Iglesia no es directamente responsable de esta forma que adopta la fe cristiana. La reforma de Cluny lleva a más de un

caballero a renunciar a las armas y a abrazar una vida conforme a la religión. En el siglo XI, un caballero incorporado al movimiento cluniacense podía vanagloriarse de no utilizar nunca su espada, hazaña muy poco común en la época pero prueba indiscutible de una conversión sincera. La Iglesia ponía tales casos como ejemplos y los hombres piadosos los admiraban. Cincuenta años más tarde, sin embargo, un caballero así habría suscitado más sorpresa que admiración.

Incluso entre los primeros cruzados hubo hombres movidos por un ideal cristiano que nada tenía que ver con el espíritu de cruzada: así, por ejemplo, Gautier Sans Avoir, que murió luchando al pie de las murallas de Nicea y fue al parecer uno de estos laicos ganados por la predicación del Evangelio que, después de haber cedido sus bienes a los pobres, consagraron su vida a las obras de caridad. (La conducta de Gautier muestra que este hombre, uno de los cabezas de la Cruzada llamada «popular», tomó la cruz sin intenciones guerreras, sólo para servir de guía y proteger a los peregrinos). En parte, fue este mismo espíritu el que presidió la creación de las órdenes militares, puesto que, al principio y antes de ser soldados, templarios y hospitalarios eran monjes.

De todos modos, una sociedad militar que desde hacía tiempo había roto el vínculo con las tradiciones paganas de sus abuelos, al vivir como vivía en un país donde la Iglesia era la única salvaguarda de una cultura, se fue impregnando cada vez más de una fe que le era de por sí extraña. La permanente hostilidad que a través de toda la Edad Media reinó entre clérigos y caballeros muestra hasta qué punto la aristocracia guerrera de Occidente no había terminado de adaptarse a lo que desde hacía siglos era su religión. La Iglesia, para los laicos, era quizá demasiado poderosa y demasiado independiente, pero en realidad los constantes ataques de los barones al poder eclesiástico ponían en evidencia que la Iglesia había convertido a las clases feudales digamos que a

medias, como prueba el hecho de que ni Bizancio ni el islam dieron muestras de un antagonismo tan sistemático.

La sociedad laica, consciente de su autoridad y celosa de su independencia, se creaba unos valores propios y cristianizaba otros que de por sí nada tenían de cristianos (al igual que hizo el bajo pueblo). Así como los antiguos santuarios paganos, galorromanos y galos se convirtieron en capillas y hasta a veces el santo local heredó el nombre mismo de la divinidad pagana, así también la caballería se cristianizó sometiendo la religión cristiana a su propio ideal moral. El cristianismo no poseía divinidades guerreras, pero pronto el panteón cristiano se vio enriquecido con figuras que podían asimilarse merced al culto de que eran objeto los santos. Es más, remontando el Nuevo Testamento hasta la antigüedad bíblica, se podían encontrar las justificaciones más sobradas y evidentes del derecho a hacer la guerra.

El guerrero cristiano tomaba al pie de la letra el término «Dios de los Ejércitos» aplicado a Jehová y se colocaba en el sitio de un israelita en cuanto su contrario podía pasar por un enemigo de la religión. A san Miguel, jefe de la milicia celestial, se le transformaba en divinidad guerrera, y los santos que ejercieron durante su vida el oficio de soldado gozaban del favor especial de los soldados cristianos, tanto de Oriente como de Occidente. De estos santos mártires, todos ellos orientales —san Jorge, san Teodoro, san Mauricio, san Mercurio y san Juan—, san Jorge, el que había vencido al dragón, era el que más se invocaba y se quería, no por ensalzarse en él la entereza del mártir, sino la valentía del guerrero. Este soldado cristiano llegó a transformarse en el soldado de Cristo que, lejos de disfrutar de la paz celestial, descendía de nuevo sobre la tierra y tomaba parte en combates que, como se verá, nada tuvieron de espiritual ni de simbólico.

Estas intervenciones de los santos guerreros en batallas terrenas no son invención occidental: una antigua tradición atribuye a la lanza de san Mercurio la herida mortal de Juliano el Apósta-

ta. No cabe duda de que muchas leyendas de este tipo circularon de Oriente a Occidente excitando la imaginación del pueblo. A los emperadores bizantinos se les veía entrar en combate blandiendo la espada en una mano y con la otra sujetándose contra el pecho un icono de la Virgen. Y ésta ahuyentaba a los ejércitos del adversario y provocaba la muerte repentina de los jefes enemigos… Pero en Occidente, debido al espíritu belicoso de la sociedad feudal, el santo y el arcángel guerreros eran objeto de especial devoción, e incluso resulta difícil distinguir hasta qué punto no se les trataba como divinidades secundarias.

Al principio, la caballería no era una institución, ni menos aún una institución cristiana. El ansia natural de organizarse impulsó a los guerreros feudales a entrar —al menos en teoría— en una especie de fraternidad militar regida por las reglas ya existentes y sometida a las mismas normas morales y a las mismas prohibiciones. Esta sociedad, que ni era primitiva ni tampoco todavía civilizada, se forjó, si bien no un ideal, sí al menos la imagen consciente de su propia vocación. El caballero del siglo XI era algo más que un simple guerrero más o menos rico o poderoso.

El joven a quien se promovía al grado de caballero pasaba por una especie de ceremonia de iniciación, algo rudimentaria por no tener carácter religioso (o por haberlo perdido), pero a la que se concedía un valor místico verdadero, sin duda pervivencia de antiguas tradiciones célticas y germánicas. El que «armaba caballero» al postulante le confería la virtud de caballería que él mismo había de poseer en mayor grado posible. Y los años de aprendizaje del joven no eran sino un largo período de iniciación en vistas a la conquista de su propia dignidad de caballero. Sólo hacia mediados del siglo XI la caballería intentó vincularse a la religión o, al menos, ponerse bajo su tutela. Nada más natural que la Iglesia aceptara entonces extender su influencia sobre aquella casta militar que de hecho la ignoraba todo lo que podía. Sacerdotes y prelados fueron llamados a participar en las cere-

monias de homenaje y, en pago a todas las bendiciones que acordaban, pidieron exigir la promesa de respetar los bienes de la Iglesia y de combatir contra sus enemigos y observar los preceptos de la religión.

Cierto es que la reforma de Cluny ejerció verdadera influencia en todos los estratos de la población y también en el espíritu caballeresco. Pero, en la mayoría de los casos, la fe de aquellos caballeros cristianos conservaba un extraño primitivismo. Recordemos el episodio de *Raúl de Cambray*, cantar de gesta cuya redacción data del siglo XII: tras quemar un convento, con todas las monjas que se encontraban dentro, Raúl exige que le sirvan un plato de carne; sus caballeros le responden: «¿Acaso pretendéis matar a nuestras almas? ¡Hoy es Viernes Santo!». Y Raúl, a pesar suyo, renuncia a la carne: no quiere ofender a Dios. La devoción más sincera se juntaba con la más brutal superstición y se vivía siempre más dispuesto a aplacar la ira de Dios con donativos a las iglesias y con puros ritos que con un sincero arrepentimiento.

La moral caballeresca, marcada por un arrogante estoicismo no desprovisto de belleza, debía poco a la moral de la Iglesia. Sólo las canciones de gesta —y aún éstas son de redacción más tardía, pues ninguna se remonta al siglo XI— dan idea de lo que podía ser el sentir de aquella sociedad iletrada pero no bárbara. El cantar de gesta es una exaltación continua, que llega hasta el límite de lo obsesivo, y casi mística de la fuerza, el arrojo y la más vital energía. Golpes de espada prodigiosos, adversarios muertos a docenas y descripciones de caballos, de armas y de armaduras crean un clima de negra y al mismo tiempo brillante crueldad. Cerebros destrozados en los cascos, intestinos que se esparcen por el suelo, manos cortadas, caballeros partidos en dos hasta la cintura, dientes que saltan por los aires…, toda esta orgía de golpes y de sangre va a dar en su conclusión lógica: la muerte violenta del héroe. El cantar de gesta no es como un *Western*, pues

no lo inspira el placer de la virtud que vence, sino el gusto por la muerte. El héroe puede estar lleno de virtudes, como Roldán y Oliveros, o de maldad, como Raúl; lo que importa es que sea fuerte y valeroso. Por fin muere, lo que a menudo sucede después de haber recibido innumerables heridas, mientras se está desangrando, «llevándose la mano a las tripas», como el rey Renaud del cantar, mientras que el cerebro se le ha derramado y le corre por la frente (a pesar de lo cual sigue viviendo). Dos guardabosques dan muerte estúpidamente a Bègue al tomarle por un cazador furtivo, mientras que Raúl sucumbe en duelo por justa venganza; pero la sangre llama a la sangre y se reanuda el combate después de que los supervivientes hayan llorado a sus muertos.

Los héroes que tienen la ocasión de verse morir se vuelven hacia Dios en estos instantes de su agonía. Ningún sacerdote asiste la muerte de Roldán, último superviviente de la carnicería; el joven Vivien morirá en los brazos de su tío Guillermo confesándole sus pocos pecados; estos héroes muestran su arrepentimiento, ruegan ante su espada, cuya guarda contiene reliquias y a veces comulgan con una hostia consagrada que llevan en una bolsita en el pecho; se encomiendan a Dios con todo el fervor de los que van a morir, y su fe humilde y violenta no tiene necesidad del socorro de la Iglesia ni de sus sacerdotes. Mueren tal como han vivido, sirviendo a la más alta de las virtudes: el valor.

¿Cómo hubieran aceptado dichos hombres que aquella virtud no era la más estimada de Dios? Este culto al valor y a la fuerza física equivalía a una religión. Y se trataba de una fe ardiente, consciente, opuesta por momentos a la otra y en la que se menospreciaba a menudo al clérigo, pues el hombre que se niega a luchar es —razonamiento simplista, pero lógico— un cobarde. El convento era el refugio indicado para los muchachos débiles o temerosos y para las hijas no casaderas. Sin embargo, la nobleza, en compensación, proporcionó a la Iglesia más de un monje ba-

tallador y más de un prelado caballero, ello mucho antes de la creación de las órdenes militares.

El espíritu del caballero francés tal como se nos revela a través de la epopeya medieval nos parece bastante pobre, no de sentimientos, sino de tradiciones y de ideas. No se sumerge en un pasado legendario y precristiano, como el que nos revelan las sagas escandinavas y los poemas épicos alemanes o hasta la novela bretona. El cantar de gesta carece del simbolismo y del encanto del mito popular. Y es que la caballería franca no conocía antepasados y su posibilidad de evocar antiguos misterios no se remontaba más allá de Carlomagno. La epopeya guerrera francesa, que se mueve en una esfera humana, se asemeja en algo a la crónica histórica y en algo a la novela. Es realista, pese a una fantasía bastante superficial. Veamos ahora cómo es la imagen que nos da del hombre.

La fuerza del héroe constituye la base y el elemento primordial del poema; esta fuerza está hecha de una energía y de un valor extraordinarios; y, por último, el héroe va provisto de armas de una calidad excepcional, pues éstas son parte integrante de su persona. Dos cosas le son esenciales: el caballo y sobre todo la espada, cuya gloria es inseparable de la de su dueño, aunque en conjunto todas las armas y todo el equipo militar del caballero gozan más o menos del mismo prestigio. Y cuando el caballero procura embellecer lo mejor posible su equipo de guerrero, es que las armas son por sí solas objeto de amor.

La hermosa Alda es descrita en tres palabras, a saber, «una hermosa dama», mientras que son necesarios veinte versos a lo menos para describir el equipo de un caballero musulmán que aparece un solo instante antes de recibir un golpe mortal. El lector moderno puede tachar de torpes tales procedimientos literarios, pero, en la época en que se redactó el cantar, un buen casco o una coraza bien hecha tenían más valor que una mujer hermosa, se codiciaban más y se soñaba más con ellos. Roldán al morir no

dirige un solo pensamiento a su «bella Aude», y habla en cambio a Durandarte como se le hablaría a una prometida, lo que el público aceptaba como cosa más natural (empieza dulcemente a lamentarla: «¡Ay, Durandarte, qué blanca y hermosa eres! Tantas reliquias hay en tu guarda dorada…»).

Guerra y fe se unen aquí en un mismo sentimiento de amor, ya que Durandarte es sagrada, y no sólo por sus reliquias. No es su guarda dorada lo que la hace objeto de culto, sino su filo liso y cortante. Roldán intenta romperlo para no dejarlo en manos del enemigo y parte así la roca de manera milagrosa. Las reliquias, sin embargo, la protegen y acrecientan su virtud hasta conferirle un carácter sagrado.

Pero se trata también de un arma mortal, mil veces manchada con sangre humana —que no era en absoluto una mancha; antes bien imaginemos el prestigio que tendría una espada que no hubiese conseguido matar a nadie—, y por tanto las reliquias no sólo sirven para proteger la vida del héroe, sino para volver el arma más mortífera. Ninguna nación cristiana ha podido eludir tal inconsecuencia. Parece, sin embargo, que fue la caballería francesa quien la llevó hasta el límite. El amor a la guerra y el amor a Dios tienden a confundirse cada vez más durante el siglo XI, como si la caballería, poderosa moralmente y a la par organizada y consciente de su valor, hubiera intentado oponer a una Iglesia por principio pacifista su propia visión del mundo, y, por tanto, de la religión. Es de notar que no es en Alemania —donde el cristianismo era más reciente y las tradiciones precristianas habían arraigado más— ni en España —donde hacía tiempo que los musulmanes eran vecinos, tan pronto enemigos como aliados —, sino en Francia donde la idea de guerra santa iba a encontrar un mayor eco. La caballería francesa no era la más guerrera, pero sí la más atormentada por el ansia de hallar una justificación moral a su pasión por la guerra.

Reflejo de este espíritu, el cantar de gesta no nació con finalidad moral. Sus héroes combaten sin descanso, porque el auditorio no se interesa por nada que no sea esto: historias de venganzas familiares, de conquistas justas o injustas, de guerrillas feudales… Los cantares vuelven con una marcada predilección a la gesta de Carlomagno, y este héroe legendario se asemeja ya a los de la Antigüedad. En efecto, el eterno anciano de barba blanca —sabemos que en realidad no fue así— se nos presenta sin querer como una figura mitológica en la que se encarnan las divinidades guerreras ya olvidadas y hasta quizá Jehová, Dios de los Ejércitos.

Carlomagno lucha para conquistar cuantas tierras le sea posible, y siempre a los paganos. Éstos no son sajones ni lombardos, sino los musulmanes de España y del sur de Francia. A este mismo tema se refiere el ciclo de Guillermo de Orange, en el que se demuestra que los musulmanes son la única gente pagana entonces imaginable, pues la esposa pagana de Guillermo, la escandinava Witburgis (Guibourc), se convierte en el cantar en la sarracena Orable, hecha prisionera por Guillermo y convertida luego al cristianismo. La imaginación del guerrero francés gira en torno a estos sarracenos míticos, eternos adversarios de Carlomagno y de sus huestes. Estos musulmanes son además imaginarios y, si en la descripción de «caballeros» paganos se mezclan recuerdos de guerras y de viajes por España, no se trata sino de observaciones muy superficiales. En efecto, según los poetas franceses, los sarracenos son paganos de la más primitiva especie y adoran ídolos que consideran dioses. El propio Mahoma es uno de ellos. En lo demás, tienen más o menos las mismas características que los caballeros franceses.

Al enemigo no se le odia *a priori*, pues no se le conoce siquiera, sino que tan sólo se le imagina. Este fuerte, valiente y feroz sarraceno, a quien siempre se acaba venciendo, es el enemigo ideal que en la imaginación del guerrero medieval sustituye al

adversario más próximo y real, al enemigo diario, al vecino más cercano, al duque, conde o quizás obispo contra quien se está en guerra… Pero el héroe tiene que tener la conciencia perfecta para serlo plenamente, y ha de luchar para defender su patria y su fe, y como en Francia no existía ninguna amenaza para esta tierra que los franceses consideraban ya como patria, y menos aún amenazas para la fe, había que remontarse a la época de Carlomagno. Entonces Francia, fragmentada en provincias más o menos independientes unas de otras, soñaba ya en su grandeza nacional y proyectaba su sueño hacia un pasado con un gran emperador, un vasto imperio y espectaculares luchas de conquista. Roldán y sus doce pares no luchan en favor de los cristianos de España, sino por el honor de «la dulce Francia». El público de los cantares de gesta no tenía ninguna necesidad de remontarse hasta Carlomagno para imaginar las glorias y los desastres de la guerra, pero lo emocionante y ennoblecedor de las hazañas de los héroes épicos residía en que sus adversarios eran paganos.

Esta epopeya guerrera, difícilmente cristiana, latía como un deseo dentro de los corazones, de tal manera que podemos creer que la llamada de Urbano II fue a dar en algo muy profundo que yacía en la conciencia de cada uno de aquellos soldados que de repente descubrieron su vocación de «soldados de Dios».

Mucho antes de las Cruzadas, los papas solían dirigirse a los sentimientos religiosos de los combatientes que se ponían al servicio de la Iglesia, ya sea para defenderla directamente, ya para luchar contra los infieles. Se les prometía a cambio recompensas de orden espiritual, con lo que la Iglesia no anduvo jamás escasa de piadosos mercenarios que respondieran positivamente. Y, sin embargo, la iniciativa de Urbano II tuvo una resonancia que el mismo Papa estaba lejos de prever. Urbano, noble de Champaña, formado en un medio feudal en que la guerra se tenía como el honor y el fin supremo de la vida de un hombre, guardaba el recuerdo, si no la nostalgia, de las tradiciones de sus antepasados.

Quería explotar el espíritu batallador de la caballería francesa para el mayor bien de la cristiandad. Y supo hablar con elocuencia, conmover y emocionar a sus oyentes, dirigirse a su generosidad y a su compasión, a su orgullo nacional, a su amor por la guerra, a su fervor y hasta a su codicia y a su miedo al castigo eterno. Es decir, que su discurso, tal cual nos lo transmiten los cronistas, fue hábil e inspirado. Y al mismo tiempo nada más natural que el Papa —que no había ido a Francia sólo para solicitar ayuda para Tierra Santa— dirigiera en público sermón una llamada a los fieles exhortándoles a una obra piadosa.

El papa Urbano no se apartaba con ello de las predicaciones de todos los papas anteriores y de los que vinieron después, condenando de manera enérgica las interminables guerras fratricidas de los laicos. Los nobles estaban cansados de oír estos sermones que hacía tiempo se les venía repitiendo. La mayor parte de los presentes en este memorable sermón sabían muy bien las desgraciadas vicisitudes en que se hallaba Tierra Santa y lo difícil de la peregrinación, y no representaba nada nuevo para ellos la noticia de Urbano II de que los turcos amenazaban el Imperio cristiano de Oriente. La habilidad consistió, sin duda, en presentar al mismo tiempo el mal y el remedio, y en mostrar que otra guerra, que sería santa y merecería la aprobación de Dios, podía sustituir a todas aquellas guerras criminales. Sin que quizá ni el propio Urbano II lo imaginara, todo el futuro del pensamiento político occidental se hallaba evocado en este sermón: utilización de las fuerzas guerreras desaprovechadas e indisciplinadas con vistas a un objetivo común considerado *a priori* como justo, y proclamación de una misión divina que se imponía a los cristianos de Occidente como una necesidad.

Urbano II, familiarizado ya con las cuestiones de política internacional e informado de los progresos de los turcos en Asia Menor, de las dificultades que atravesaba Bizancio, de las intrigas del visir de El Cairo y de las rivalidades de los príncipes selchu-

quíes, veía en esta posible intervención de una fuerza militar occidental un medio para reunir a los cristianos griegos y latinos en una empresa de común interés y la esperanza de terminar con el poderío turco, que parecía ir en declive.

Por su parte, sus oyentes —y lo prueba su reacción— vieron en esta llamada, antes y por encima de todo, una aventura mística: la liberación de Jerusalén. La idea de Jerusalén y de la Tierra Santa se apoderó de la imaginación de las gentes desde que oyeron el primer sermón. Nobles y gentes del pueblo respondieron con el mismo entusiasmo. La expedición militar proyectada por el Papa llegaba a su tiempo debido y respondía a una necesidad real que no se había formulado hasta entonces.

Jerusalén

Es necesario distinguir, dentro de la Primera Cruzada, la Cruzada llamada «popular» de la de los barones. Se trataba de dos movimientos diferentes, paralelos y simultáneos. Resulta a veces difícil trazar el límite entre ambos. Entre nobles y gentes de clase humilde hubo solidaridad en la persecución del ideal común y emulaciones e influencias recíprocas. Es de notar que era ésta la primera vez, desde que existía el Occidente católico, que una empresa de interés general arrastraba la adhesión de todos los estratos de la sociedad. No es que la Cruzada impulsara a todas las poblaciones a una partida en masa, sino que se hizo popular desde el instante mismo de su predicación.

En ella, la nobleza veía, como es natural, una empresa militar, y el pueblo, una peregrinación. Cada uno imaginaba esta misión bajo el aspecto que le resultaba más familiar, y todos creían firmemente en su grandeza y en la protección que Dios aseguraba a todo hombre que tomaba la cruz.

Como ya hemos visto, la nobleza feudal, en especial la nobleza francesa, aspiraba desde hacía tiempo a una renovación de sus valores espirituales y morales o, mejor, a una consagración de és-

tos por la religión, y le era cada vez más necesario ver que la fe cristiana aprobaba y exaltaba lo que para la sociedad feudal era una razón de vivir. Era un imperativo de orden moral y no político.

Urbano II había sabido dar en el blanco: el caballero cristiano comprendía por fin que su estado y su oficio no eran contrarios a la religión, sino que constituían el medio más glorioso para obtener el Paraíso. En su interior ya hacía tiempo que estaba persuadido de ello, pero nunca hasta ahora la Iglesia, por boca del Papa, se había pronunciado en este sentido. El verdadero pecado residía en la mezquindad de las guerras entre señores, promovidas por la envidia y el rencor personales. Pero la guerra en sí, limpia de intereses como aquéllos, podía ser santa.

Se trataba de una guerra contra los enemigos de los cristianos y por la defensa de los hermanos en la fe, pero veremos que esta consideración humanitaria no era la que los cruzados anteponían a las demás, aunque también tuviera su importancia. Los cristianos perseguidos de España y de Sicilia no levantaban el entusiasmo de las masas, y aun menos los cristianos de Oriente. La Persona oprimida y a la que había que defender era el propio Cristo, humillado en el mismo sitio en que vivió, Jerusalén, el Santo Sepulcro y Belén, lugares que para los cristianos tenían un sentido, místico y mítico, y la única y extraña virtud de ser a un tiempo rincones de tierra existentes en la realidad y símbolos que desde siglos habían recibido el amor y la meditación de los fieles.

La atracción que Jerusalén ejercía sobre los cristianos no fue nunca tan poderosa como la de La Meca para los musulmanes, pues la peregrinación no contaba como deber religioso propiamente dicho. Pero ya antes de Constantino era algo muy extendido entre la gente y se había infiltrado en sus costumbres. Una gran parte de la población de los países cristianos se ponía en marcha en dirección a tal o cual santuario, y las rutas de peregrinación se iban convirtiendo en grandes arterias comerciales. Para

Occidente, Jerusalén era un lugar de peregrinación lejano, adonde pocas personas podían ir. De hecho, permanecía ante todo como un símbolo. La Jerusalén de los Salmos y la Jerusalén celeste del Apocalipsis vivían en el corazón de los fieles. El clérigo del siglo XI que describe para los peregrinos los diversos santuarios de Palestina (*Itineraria*), se cree obligado a prevenir a sus lectores con el fin de evitarles una decepción: la ciudad de Jerusalén no era ni tan grande ni tan rica, sino que se trataba de una ciudad como cualquier otra… Esto se sabía. Pero no, no era la tierra en sí lo que desencadenó la vocación de los cruzados e impulsó a las muchedumbres a gritar: «¡Dios lo quiere!». Si en la base del fenómeno de la Cruzada hubo un elemento de histeria colectiva, ello vino provocado por una confusión involuntaria entre la Jerusalén celestial y la Jerusalén terrena; confusión entre el orden del tiempo y el orden de la eternidad. El cruzado asumía al mismo tiempo la cruz de Cristo y la cruz de tela bendecida, partía a la conquista del cielo a la vez que a la conquista de Palestina y acudía en socorro de Cristo, como si éste estuviera siempre a punto de ser entregado por Judas y crucificado por Pondo Pilato.

Es evidente que tal estado de exaltación no podía mantenerse igual durante años, pero las constantes predicaciones fueron alimentándolo y reavivándolo hasta permitir a los voluntarios de la Primera Cruzada superar las dificultades más terribles y, por fin, alcanzar el objetivo deseado (al menos, el más puramente terreno: la liberación de Jerusalén).

No hay que olvidar que a cuantos caballeros se comprometían a mudar sus guerras impías por una guerra santa no se les proponía el Paraíso a cambio de nada. Para merecer la recompensa prometida, no sólo había que tener el corazón puro y una conciencia recta, sino que además los caballeros debían exponerse a unos gastos que amenazaban con arruinarles —y que de hecho les arruinaron en muchos casos— y a innumerables peligros y fati-

gas. El Papa les prometía ciertas garantías materiales y la posibilidad de un rico botín, lo que hizo que muchos aventureros, llevados por el puro interés, se unieran al movimiento. Pero, incluso para esta clase de aventureros, el esfuerzo que exigía la empresa estaba fuera de toda proporción con la probabilidad de enriquecerse a costa de los infieles.

Los ejércitos cruzados no se pusieron en camino hasta un año después del Concilio de Clermont, pues hubo que esperar a que los jefes militares y sus caballeros se equiparan y organizaran para una expedición que no era una guerra como las demás. No fue en un momento de irreflexivo entusiasmo cuando hombres como Raimundo de Saint-Gilles o Godofredo de Bouillon tomaron la cruz. El primero abrigaba este proyecto quizás antes de la llamada de Urbano II, puesto que ya había sido cruzado en España y ya otros papas como Gregorio VII habían sugerido la idea de una lucha contra los turcos. Godofredo de Lorena y su hermano Balduino comprendieron enseguida el interés práctico de una campaña en Oriente, al igual que Roberto duque de Normandía y que Roberto conde de Flandes. Todos estos grandes señores, hombres de juicio maduro, entendían servir a Dios como podían servir a su señor temporal, es decir, razonando y calculando las posibilidades de triunfar y con miras a un resultado concreto. Nada permite dudar de su sinceridad ni de su deseo de llevar a cabo una obra en pro de la religión. Los jefes de la Cruzada no iban movidos por una ambición personal. Godofredo de Bouillon se arruinó empeñando sus dominios para poder equipar a su ejército. Raimundo de Tolosa juró morir en Tierra Santa, sacrificio no poco considerable para un hombre entrado en años, colmado de honores y señor de una de las provincias más ricas de Occidente. Ya veremos luego que ni Roberto de Normandía ni Roberto de Flandes abrigaron jamás pretensiones sobre las tierras que conquistaron los cruzados. El beneficio que estos grandes barones esperaban obtener era más que nada de orden espiri-

tual o, si se quiere, político. El término «político» no existía en el sentido actual de bien común o simplemente de bien; esto y la gloria de Dios eran casi sinónimos. Y los jefes cruzados no eran unos exaltados ávidos de heroísmo y de martirio ni unos aventureros en busca de conquista, sino militares de carrera que concebían la política de acuerdo con la manera propia del tiempo y del medio en que vivían.

Tras los grandes barones, cientos de señores menos importantes se apresuraron a responder a la llamada. Esto significaba resolverse a abandonar las tierras por tiempo indeterminado y a arriesgar gran parte de sus fortunas. Muchos fueron los caballeros que se vieron obligados a vender o a empeñar a toda prisa sus tierras y sus castillos en condiciones poco ventajosas. Los gastos del viaje corrían a cargo de los mismos voluntarios, quienes, aparte de lo que les costaban las armas, armaduras, caballos y material de guerra, tenían que llevarse consigo cantidades de dinero considerables para proveerse durante la marcha. Todo tenía que estar cuidadosamente previsto y calculado. Si se necesitó alrededor de un año, fue porque los caballeros no disponían de dinero en efectivo, tenían que pasar semanas y meses realizando gestiones, transacciones, ventas y compras, debían organizar la administración de sus dominios para el tiempo que durara la expedición y habían de reunir y preparar el material, los caballos, el ganado y los medios de transporte. Así es cómo aquellos sedentarios aún medio nómadas en su vida cotidiana se prepararon con ardor para varios años de vida vagabunda, expuestos a toda clase de vicisitudes y peligros.

A juzgar por cómo los cinco ejércitos de la Primera Cruzada efectuaron el viaje, podemos comprobar que los jefes de aquellos ejércitos eran excelentes organizadores. Durante meses, tuvieron que atravesar países extranjeros llenos de miseria a veces y otras hostiles, al frente de tropas en las que, junto a una élite de soldados, se daban cita muchos espíritus exaltados y elementos irres-

ponsables; y a pesar de todo consiguieron llevar a sus tropas ante Constantinopla, sanas y salvas y en orden, tras un mínimo de incidentes y de tropiezos.

Todos los cronistas atestiguan que el ánimo de las tropas fue casi siempre extraordinario a lo largo de los casi cuatro años que duró la expedición. Este enorme cuerpo de voluntarios se había lanzado a una aventura cuyas dificultades no habían previsto ni ellos ni sus jefes; pero en general estos hombres resistieron bien y la gente de a pie dio en más de una ocasión lecciones de energía a los propios jefes.

Al tomar la cruz, cada soldado creía ponerse al servicio directo de Dios. La cruz de tela que se llevaba cosida en el vestido —invención de gran resonancia— se convertía para todo el que la enarbolaba en un signo tangible de pertenencia a Dios y de protección divina, algo así como si se le concediera un valor místico, casi mágico. Aunque se hallasen bajo las órdenes de tal o cual barón, los cruzados no tenían más jefe que Dios, de quien los barones eran los lugartenientes temporales. El grueso del ejército guardaba respeto a los jefes cruzados y sobre todo al jefe oficial de la Cruzada, Ademaro de Monteil, obispo de Puy y legado del Papa, pero el verdadero guía de los hombres que iban en la Primera Cruzada era el «pequeño Pedro», el endeble anciano que iba montado en un asno… De los jefes, sobresalieron Bohemundo de Tarento, que por su personalidad inigualable llegó a gozar de gran popularidad entre sus tropas, y Godofredo, el cual llegó a despertar, con su fortaleza física y sus muchas otras virtudes, la más viva admiración. Pero las gentes no les seguían; ni tampoco al legado, por más que se le estimara; ni al Papa, puesto que no era él quien conducía al ejército, y la prueba está en que su nombre quedó pronto borrado de la vista de la mayoría.

El que conducía el ejército era Cristo en persona.

Este hecho en sí resulta excepcional: no sólo uno, sino varios ejércitos se reunían, no para seguir a un jefe admirado ni a un gran conquistador, ni obedeciendo a un más o menos consciente deseo de expansión ni a un orgullo nacional despertado de pronto, elementos que existieron en la Primera Cruzada, pero de manera secundaria. El primer móvil fue el deseo de servir a Dios. El grito famoso de «¡Dios lo quiere!» no era una metáfora.

Sabemos que por otra parte esta caballería amante de la guerra se encontraba en lucha constante con la Iglesia, por tener una escala de valores y un ideal distintos. Y ahora por fin la Iglesia les hablaba en un lenguaje que conciliaba su conciencia de cristianos con sus profundas aspiraciones. De ahí que resultara una transmutación de valores muy singulares, pues, si los mejores cruzados pusieron sus instintos guerreros espontáneamente al servicio de Dios, muchos más fueron los que colocaron su fe al servicio de su natural agresividad y se libraron sin escrúpulos a su pasión por la guerra, declarándola sagrada y voluntad de Dios.

Fuera como fuese, Jesucristo, una vez proclamado y reconocido como el Dios de la batalla, inspiró una confianza sin límites y una adhesión capaz de someterse a toda prueba. Por este Dios sí valía la pena servir; y pelear y morir.

El ejército de Cristo

La imagen de un Cristo rey guerrero no era una invención tardía debida a influencias paganas. Su fuente se remontaba a la más antigua y venerable de las tradiciones: la del mesianismo judaico. Los apocalipsis judíos, los apocalipsis cristianos apócrifos y sobre todo el Apocalipsis de san Juan que habían comentado teólogos de todas las ramas del cristianismo, nos presentan, en el triunfo final de Dios sobre el Mal, al Mesías victorioso sometiendo bajo su poder a todas las naciones.

Cualesquiera que fuesen las interpretaciones de los exegetas cristianos, la imagen de un Mesías vengador y terrible, cabalgan-

do a la cabeza de las cohortes de elegidos y aplastando a sus enemigos bajo los pies del caballo, sugería la idea de una guerra santa y de la destrucción del mal por las armas. Una Iglesia que tenía ya mil años había dejado de vivir con la idea de un fin del mundo próximo e inminente. A pesar de ello, son tantos y tan inquietantes por su imprecisión y por su carácter amenazador los fragmentos relativos a la catástrofe última, que parece imposible para un cristiano sincero no tomarlos al pie de la letra. Muy pronto (a partir de Orígenes), la Iglesia intentó distraer la espera de este fin desviándolo hacia el pasado —la Crucifixión y la Resurrección de Cristo— y situándolo al mismo tiempo en un futuro vago y lejano; pero aun así la noticia de este fin del mundo precedido de toda clase de catástrofes —guerras y cataclismos naturales—, unida a las minuciosas aunque simbólicas descripciones del Apocalipsis, daba lugar a tantas interpretaciones que muchos cristianos podían tener la impresión en cualquier momento de que se trataba de una realidad viva que podía llegar de un momento a otro. Cuantos conocían de cerca o de lejos las revelaciones del Apocalipsis, tendían a interpretar las «señales del tiempo» y a reconocer al Anticristo o a uno de sus inmediatos precursores en la figura de cualquier soberano perverso o en cualquier enemigo poderoso de la cristiandad.

El Apocalipsis, es cierto, no prevé una guerra terrena, sino más bien una perturbación cósmica en que las fuerzas del Espíritu triunfarán sobre el Mal, tras haber llegado éste a su más horrible degradación; y los hombres sólo tendrán un papel desdibujado en esta terrible confrontación, pues la victoria final será la obtenida por Cristo junto con su milicia celestial. No obstante, en este Cristo jefe guerrero que se ponía al frente de las legiones de ángeles, convergían a la vez el Jehová-Dios de los ejércitos de la religión hebraica y los dioses guerreros del paganismo.

Dios tanto más fascinante y terrible cuanto que se trataba al mismo tiempo del Crucificado, de la Víctima o Cordero inmola-

do, es decir, que el guerrero invencible era el Dios eternamente mártir y digno por ello de la más exaltada piedad. (Con ello, no tratamos, claro está, de explicar o de discutir un dogma y sus interpretaciones, sino de resaltar la fuerza puramente emocional de las concepciones religiosas). La religión cristiana concentraba en una Persona toda la piedad por la Víctima inocente y pura y toda la admiración por un Dios vencedor y terrible. Las consecuencias de esta contradicción aparente —si es que nos situamos en un plano no religioso— son de un alcance insospechado, pues de ella resultan ideas capaces de cambiar el espíritu de los pueblos y el destino de las civilizaciones.

El escándalo de la Cruz, eludido en parte por los cristianos de Oriente, quienes —incluso los más ortodoxos— seguían siendo implícitamente monofisitas, había sido asumido del todo por la cristiandad occidental. El Cristo de los latinos era ante todo y ya en el siglo XI el Dios encarnado. Si esta tendencia no llegó a manifestarse hasta el siglo XIII, ello se debió a que antes de las Cruzadas el Occidente cultural no se liberó de una influencia bizantina mejor o peor asimilada. El éxito de las Cruzadas se debe en gran parte a una pasión sincera por la patria terrena de Cristo, por todo lo que Tierra Santa conservaba del paso de Cristo por la Tierra y por el Santo Sepulcro, el Gólgota y Belén. Nada parecido se produjo en los países cristianos de Oriente, donde el sentimiento religioso no era menos ferviente ni la inspiración cristiana menos auténtica. Occidente, terrestre, provincial, pobre y ávido de todo, poseía en aquel momento una fe a la medida de sus aspiraciones: su Cristo era el niño nacido en Belén, a quien había que restituir su tierra natal y a quien había que vengar de sus perseguidores.

No parece ser que Godofredo de Bouillon, Raimundo de Saint-Gilles, Roberto de Flandes y Roberto de Normandía creyeran que la conquista de Tierra Santa iba a precipitar la venida de Cristo y el día del Juicio Final. Eran hombres de guerra y, co-

mo tales, estaban demasiado cerca de la realidad inmediata para creer que su acción personal podía tener tan grandes repercusiones. Después de todo, no se trataba sino de combatir a los turcos, cierto que con la ayuda de Dios, pero sobre todo con espada, lanza y máquinas de guerra. Su conducta ulterior probaría que no juzgaban esta guerra distinta *a priori* de cualquier otra.

Poseemos menos pruebas que nos muestren el ánimo con que el pequeño caballero o el militar de oficio tomaban la cruz, ya sea por devoción, ya sea por fidelidad a su señor. Pero pensamos que sus fines y sus esperanzas eran semejantes a los que abrigaban sus cabecillas, pues la sociedad feudal era en aquella época un bloque monolítico y el caballero medio apreciaba, ante todo, la fuerza y el honor y la gloria de combatir.

Para la masa de simples combatientes, era distinto. Si el soldado de oficio, a menudo simple mercenario, peleaba para ganarse el pan, a la mayoría de los combatientes cruzados les dominaba la fiebre de la guerra santa, y a los voluntarios de condición modesta que tomaban la cruz sin ser soldados de profesión todavía más. Una cantidad relativamente escasa de estos voluntarios se encontró en los ejércitos de los barones, los ejércitos propiamente dichos[1]. En cambio, llegaron a formar toda una legión dentro de las tropas que partieron desde 1095 bajo la guía de Pedro el Ermitaño y sus émulos. Fueron las llamadas Cruzadas «populares». Docenas de miles —¿más de cien mil?— partieron del norte y del centro de Francia y del sur de Alemania en varias oleadas que corrieron suertes diversas y ninguna de las cuales llegó hasta Jerusalén.

René Grousset ha denominado este fenómeno de la salida en masa de gente civil no preparada para la guerra la «demagogia de la Cruzada». El término es peyorativo y apunta contra los iniciadores de esta empresa llamada al fracaso, en primer lugar Pedro el Ermitaño. Ya volveremos después a hablar de este extraño personaje, quien, a pesar de sus fallos, es una figura notable. No

parece haber razón para acusarle de «demagogia», puesto que su conducta fue, sin duda alguna, sincera.

La muchedumbre que siguió a Pedro el Ermitaño era una masa entusiasta de gente ganada por el discurso de Urbano II. Y es difícil saber hasta qué punto fue Pedro el incitador o él mismo se dejó llevar por la exaltación de sus discípulos. Los cronistas nos enseñan que el discurso que el Papa pronunció en Clermont era conocido en toda Francia al día siguiente mismo[2], lo que nos permitiría pensar que el telégrafo es un invento superfluo. Hay que creer que la gran noticia, o sea la declaración de una guerra santa para liberar Jerusalén, se confundía tanto con las aspiraciones del pueblo —en Francia y en el sur de Alemania al menos—, que produjo el mismo efecto que una chispa que prende en un campo agostado por la sequía. ¿Era algo que se esperaba de veras? ¿O es que ya corrían vagos rumores antes del viaje de Urbano II a Francia? El terreno estaba preparado sin duda por una propaganda cuya responsabilidad no debió de incumbir al Papa. El propio Pedro el Ermitaño, aunque no tengamos prueba de ello, habría emprendido un viaje a Jerusalén y conocía sin duda las dificultades de la peregrinación y estimaba en mucho los beneficios espirituales que se concedían a cuantos visitaban los Santos Lugares. Pero la idea en sí de lanzar contra los turcos —que en Occidente tenían fama de ser los primeros soldados del mundo— a tropas compuestas de gente civil sin experiencia militar, con mujeres y niños, parece tan fuera de lugar que es difícil atribuirla a Pedro el Ermitaño o a uno de sus auxiliares.

Miles de campesinos se pusieron en marcha con sus familias; de los alrededores de las ciudades donde había industrias textiles salieron muchos obreros sin trabajo; de las regiones asoladas el año anterior por el hambre, multitudes de campesinos arruinados se unían a los voluntarios; sin contar a los mendigos y vagabundos que tomaban la cruz para tener alimento y compañía; y hombres dueños de fortunas, burgueses y caballeros vendían sus

bienes y partían tras los «pobres de Dios» para ayudarles y protegerles. Estas salidas en masa se han podido explicar por el paro existente y por los períodos de hambre que eran plaga casi permanente en las regiones que oyeron la predicación de Pedro. Se huía de la miseria con la esperanza de encontrar en otra parte algo mejor, tanto más cuanto que el Papa en su discurso había hecho alusión a las comarcas fértiles y al clima suave de que disfrutarían los cristianos, una vez los turcos hubieran sido expulsados. Hay que tener en cuenta también el gusto por la aventura, siempre vivo en los jóvenes, aunque, según testimonio de contemporáneos, el ejército de los pobres no estaba compuesto en su mayoría por hombres jóvenes y robustos, sino que un contingente muy numeroso estaba formado por mujeres, niños y ancianos.

No era la esperanza de vencer a los turcos con sus propias fuerzas y de apropiarse de sus tierras lo que llevaba a este improvisado ejército a afrontar las circunstancias de un largo viaje. La idea que hizo ponerse en marcha a este pueblo de vagabundos voluntarios era más descabellada aún, pues parece ser que éstos creyeron de verdad que se acercaban los tiempos últimos, y que Dios les llamaba a Jerusalén a fin de que allí asistieran a su triunfo final. Si Dios quería, aplastaría a los sarracenos y concedería a sus pobres una victoria que a los fuertes y a los ricos estaba vedada, y cuantos sucumbieran en la campaña serían recibidos al instante en el Paraíso.

Compuesto de desgraciados que no tenían nada más que perder, de exaltados resueltos a arriesgarlo todo, de voluntarios al martirio, de curiosos, de pecadores arrepentidos, de aventureros de todo tipo y de santos laicos llevados por pura caridad, el ejército popular marchaba bajo el signo del milagro, con la esperanza de que todo les vendría de Dios, cuyo signo llevaban cosido en su vestido. La Jerusalén celestial y la terrena se confundían tanto en sus mentes que la llamada del Papa parecía haberles he-

cho comprender que el Paraíso podía tomarse sobre la tierra, y de viva fuerza.

Es difícil precisar lo que había de reivindicación social y de espíritu «revolucionario» en este movimiento en gran parte de inspiración mística, pues aquellos revolucionarios, desafiando a los ricos y a los barones que tardaban demasiado en ponerse en marcha, se arrojaban al suicidio con una inconsciencia que no se explica ni por su simplicidad de espíritu. Después de todo, Pedro el Ermitaño, Gautier Sans Avoir y Gautier de Teck no eran tan simples ni ignorantes, pero a lo mejor esperaban alguna intervención providencial de Dios en favor de los pobres a quienes lideraban. Sabemos que Pedro infundía valor a sus tropas animándolas a seguir adelante y que su verdadero fin era la peregrinación antes que la guerra, y no cabe duda de que la aventura era ya de por sí lo bastante grande y heroica para hacer merecedores del perdón de Dios a cuantos la habían emprendido.

¿Hasta qué punto las esperanzas de orden escatológico preocupaban a aquella muchedumbre de peregrinos, animada por un espíritu tan diferente del que empujaba a los barones y caballeros a Tierra Santa? Dichas esperanzas, que resurgían en la Edad Media, sobre todo a partir del siglo XI, con ocasión de cualquier plaga o de cualquier corriente de opinión nueva o insólita, no son nombradas por los cronistas que hablan de la Cruzada de Pedro el Ermitaño. Y es que los cronistas, letrados y clérigos, vivían ajenos a las creencias y aspiraciones que agitaban al vulgo. La amplitud de este movimiento popular sorprendió a sus contemporáneos, pero, al quedar la aventura saldada por un fracaso, los historiadores le prestaron menos atención. No poseemos relatos de gente que participara directamente. Alberto de Aix, Foucher de Chartres, Ana Comneno y sobre todo Raimundo de Agiles rinden honor al entusiasmo religioso que animaba a las multitudes de peregrinos, y señalan también su falta de organización y su miseria. Las desgracias sucedidas a los primeros cruzados no

impidieron a Pedro el Ermitaño continuar desempeñando su papel de predicador y de inspirador de las gentes. En los ejércitos de los barones, los pobres constituyeron más tarde un elemento digno de tenerse en cuenta. El beneficio moral y material de las Cruzadas iba a ser para los caballeros y en segundo lugar para la Iglesia. Pero las gentes pobres fueron quienes pagaron más caro el honor de servir a Dios.

Imperio bizantino
Países musulmanes (Imperios fatimí y abasí)
Territorios paganos o convertidos después del siglo XI
Católicos ortodoxos
Empuje normando (siglos X y XI)
Empuje turco (siglo XI)
Islandia
PA
PRÓXIMO
DEL S.XI
NORUEGA
FINESES
SUECIA
ESCOCIA
ESTONIOS
IRLANDA
DINAMARCA
LETONES
LITUANOS
INGLATERRA
POMERANIA
ESLAVOS
SACRO
PRUSIA
IMPERIO
POLONIA
Rin
París
Aquisgrán
BOHEMIA
NORMANDÍA
Reims
BAVIERA
Orleans
Viena
POITOU
Lyon
VÉNETO
HUNGRÍA
STURIAS
Burdeos
LOMBARDÍA
Toulouse
PROVENZA
ARAGÓN
Marsella
Venecia
BOSNIA
Toledo
Ebro
SERBIA
Roma
BULGARIA
ALUCÍA
Bari
Durazzo
Granada
CERDEÑA
Amalfi
MACEDONIA
CALABRIA
GRECIA
Palermo
Túnez
SICILIA
ECOS
CRETA
Alejandría
EGIPTO
El Cairo
Volga
Ural
Dniéper
JÁZAROS
PECHENEGOS
GEORGIA
ARMENIA
Constantinopla
Ankara
Konia
Tigris
Alepo
Antioquía
Bagdad
Eufrates
CHIPRE
Damasco
Jerusalén
ARABIA

EURO
Y ORIENTE
A FINALES
PORTUGAL
MARRU
0
500 k

Capítulo 2

El occidente latino y Bizancio

Tanto la Cruzada popular como la de los caballeros eran expediciones que los cristianos emprendían con la idea de expulsar a los musulmanes de Tierra Santa. Éstos tenían en su poder los Santos Lugares desde hacía más de cuatro siglos, pero era la primera vez que los países cristianos de Occidente lo decretaban como escándalo intolerable.

Una de las principales causas políticas de la Primera Cruzada fue la aparición en Oriente de un nuevo poderío que hacía casi un siglo venía progresando hacia el Oeste, imponiéndose al viejo impero abasí de Persia, adueñándose de Mesopotamia y de Siria y avanzando por Asia Menor hasta presionar cada vez con más fuerza el Imperio bizantino. Un gran pueblo conquistador estaba entrando en la Historia, un pueblo cuyo poderío iba a durar ocho siglos. Sus progresos se habían vuelto tan amenazadores en la segunda mitad del siglo XI que empezaban a ser motivo de inquietud incluso para Occidente. Hacía tiempo que existía un islam árabe y éste se admitía como legítimo, pero aquel nuevo pueblo con fama de bárbaro y de invencible que eran los turcos hacía zozobrar un equilibrio logrado desde hacía siglos y se presentaban como verdadero peligro para la cristiandad.

Los turcos estaban lejos de Roma y no representaban aún ninguna amenaza para la cristiandad occidental si no era que obstaculizaban el comercio y constituían una dificultad para las peregrinaciones. La amenaza más directa era para los cristianos de Oriente y, más que para los cristianos del Imperio árabe, para los cristianos de las provincias bizantinas que los turcos habían conquistado a lo largo del siglo XI y para el mismo Imperio bizantino. En la víspera de las Cruzadas, uno de los príncipes turcos

selchuquíes estableció su capital en Nicea, casi enfrente del Bósforo. Si bien los Santos Lugares no corrían peligro inmediato, pues no había razón para que los turcos representaran para los cristianos un peligro mayor que los árabes, en cambio Constantinopla parecía estar en vísperas de sufrir cualquier asalto de los turcos.

El Imperio de Bizancio era el Estado cristiano más extenso y también el más antiguo. En el siglo XI era todavía un centro de irradiación cultural y económico al que Occidente debía mucho. La toma de Constantinopla por los turcos debió de sentirse en la época como el golpe más duro de cuantos podían afectar a la cristiandad. Urbano II recordó a su auditorio del concilio de Clermont que el gran Imperio cristiano de Oriente se hallaba en peligro y que era el patrimonio común de todos los cristianos y que había que defenderlo acudiendo en socorro del emperador griego. Poco tiempo antes, este mismo emperador había dirigido al papa un mensaje en nombre de toda la cristiandad, solicitando ayuda[3]. El primer objetivo propuesto a los cristianos consistía en rechazar a los turcos y reconquistar las provincias cristianas de Asia Menor. El proyecto de Urbano II era, como sabemos, de mayor envergadura. De todos modos, el enemigo contra quien se apuntaba era el turco. El momento para atacarle era tanto más propicio cuanto que el poderío turco parecía declinar, a causa de rivalidades en el seno mismo de un Imperio todavía mal consolidado. Quien en principio había de beneficiarse de la devota expedición era Bizancio, baluarte de la cristiandad frente al islam.

El Imperio bizantino, que había poseído antaño todo Oriente Próximo, comprendiendo Libia y Egipto hasta el Cáucaso y las fronteras de Persia, los Balcanes, sur de Grecia y este de Italia y Sicilia, conservaba sólo a finales del siglo XI la península Balcánica en Europa, en el Mediterráneo las islas de Chipre y Creta, y en Asia, Asia Menor, de la que sólo le quedaban las costas, pues acababa de perder las otras tres cuartas partes. Ya hacía tiempo

que su poderío no correspondía a su fama ni a sus ambiciones. A pesar de ello, seguía siendo con diferencia el Estado cristiano más fuerte.

En tanto que los turcos, nómadas y guerreros, partían a la conquista de los Imperios de Oriente, otro pueblo no menos emprendedor y enérgico, aunque peor organizado, sembraba el terror por las costas mediterráneas orientales: los normandos. Éstos, escandinavos cristianizados, establecidos en Inglaterra tras adueñarse del país, al igual que en el noroeste de Francia y a lo largo de las costas nórdicas y de los ríos de la gran llanura oriental, salían a la conquista de las posesiones árabes y bizantinas en el Mediterráneo. El Imperio bizantino se encontraba aprisionado al Este por los turcos y al Oeste por los normandos. Unos y otros eran guerreros temibles. Y el imperio, cuyas fronteras por tierra y por mar eran demasiado anchas con relación a la superficie territorial, estaba siempre falto de soldados.

Este imperio cristiano amenazado constituía para los cruzados un primer aliado natural. Constantinopla iba a ser el punto de reunión de los ejércitos voluntarios; y el emperador, su auxiliar, su guía y su árbitro. Y, no obstante, en esta gran aventura de reconquista cristiana, Bizancio estaba llamado a representar un papel secundario, si no poco definido. Conviene comprender desde un principio cuáles fueron las relaciones entre ambos lados de la cristiandad, pues las Cruzadas fueron tanto un enfrentamiento, primero inconsciente y luego consciente, de dos cristiandades rivales como una guerra contra el islam.

Bizancio

Entre los puntos que Urbano II y sus seguidores desarrollaron en su predicación, se contaban la opresión que los turcos ejercían sobre los cristianos de Oriente y los sufrimientos de los peregrinos que allí acudían. Sus oyentes estaban ya familiarizados con este último. En cuanto a los cristianos de Oriente, se trataba de

hermanos en la fe, cierto, pero de hermanos cuya existencia apenas si sospechaban cuantos oyeron el sermón del Papa. (Por eso, cuando los compañeros de Pedro el Ermitaño se encontraron con ellos por primera vez en Asia Menor, los mataron de manera salvaje, creyendo que se trataba de turcos). Aquellos cristianos eran unos desconocidos. En cuanto a los demás cristianos de Oriente, o sea, los griegos de Bizancio, es cierto que los occidentales no podían ignorar su existencia, pero en general se hacían de ellos una idea bastante vaga, en la que el respeto y la admiración empezaban a ceder sitio a un seco desprecio, debido, a la vez, a un complejo de inferioridad y a la decepción provocada por las recientes derrotas de los griegos en Turquía.

La separación desde 1054 de la Iglesia griega y la Iglesia latina se tenía por un hecho consumado y ambas Iglesias se trataban mutuamente de cismáticas, sin que por ello desapareciera toda esperanza de reconciliación. El Occidente latino creía cada vez más que su propia tradición cristiana era la única verdadera, y no como consecuencia de profundas diferencias doctrinales, sino por ignorancia y por indiferencia. Lo mismo sucedía en la Iglesia griega.

Pero la cuestión está en que, ante el Oriente musulmán, más poderoso, más rico y más civilizado entonces que el Occidente latino, Bizancio —o Roma, como a sí misma se llamaba y como la llamaban los musulmanes— pasaba por ser la gran potencia cristiana. (Para el islam mediterráneo, el peligro normando servía, en compensación, para contrarrestar el poderío griego). Esta segunda Roma había sufrido muchos reveses a lo largo de los siglos, y las revoluciones interiores y los continuos ataques fronterizos de sus vecinos la habían debilitado considerablemente. A pesar de ello, era todavía un gran Imperio. Su escuadra poseía el control del Mediterráneo oriental, y la amenaza de un gran ejército imperial era aún capaz de intimidar a los soberanos selchuquíes.

El llamamiento de Alejo Comneno a Urbano II, si bien no fue lo que provocó las Cruzadas, sí representó un pretexto. Sin duda, por mediación del Papa, el emperador de Bizancio esperaba obtener refuerzos para su ejército, que iba escaso de soldados. Al dirigirse a Urbano II, expuso las dificultades de su situación frente al progresivo avance de los turcos en las provincias bizantinas de Anatolia y solicitó al soberano pontífice que usara de su influencia moral animando a gente voluntaria a enrolarse en el ejército imperial. Solicitud razonable, pues no faltaban en Occidente hombres de armas sin empleo y el emperador estaba dispuesto a pagar bien.

Urbano II concibió y realizó un proyecto que poco tenía que ver con la demanda de Alejo Comneno. A los futuros cruzados no se les pedía que se pusieran al servicio del emperador griego. ¿Cuál sería entonces el papel que el Papa quiso asignar al emperador? ¿Y en qué sentido lo comprendieron sus oyentes?

Sabemos ya que el éxito de la predicación superó las previsiones de Urbano II, tanto que los griegos se asustaron creyendo encontrarse ante una migración de pueblos y no un ejército de voluntarios. Pero el Papa, en sus cálculos, pensaba responder, al menos en parte, a los deseos del emperador y dar comienzo a una era de colaboración entre las dos Iglesias al servicio de la cristiandad y en pro de su reunificación. Podía esperar así que el emperador griego, agradecido por la ayuda recibida contra los turcos e impresionado por el despliegue militar de Occidente, aceptaría proclamar oficialmente y sin discusiones la primacía de la Santa Sede.

Alejo Comneno estaba sin duda dispuesto a mostrarse complaciente (y en realidad hay que reconocer que los prelados de la Iglesia griega eran mucho más intransigentes que él). Comprendía que el Papa era un buen aliado, justo lo que le hacía falta. Hacía quince años que ocupaba el trono imperial cuando tuvo lugar el llamamiento a la Cruzada. A fuerza de habilidades y di-

plomacia y de arriesgadas medidas financieras y a través de incesantes guerras, este hábil monarca había conseguido salvar el Imperio romano de la catástrofe, tras diez años de luchas civiles. Y ahora Bizancio, que hacía cerca de cien años iba camino de una lenta descomposición interior, y a quien los turcos y normandos acababan de arrebatar una gran parte de sus dominios, tenía que enfrentarse a dificultades cuya importancia estaba fuera del alcance de la mente del Papa, por mejor informado que estuviera.

En realidad, pensando ayudar al emperador y merecer así su gratitud, el Papa no vio que este favor podía producir en Alejo Comneno un efecto del todo equívoco. No solamente el *basileus* recibía diez veces más de lo que había solicitado, lo que resultaba ya molesto, sino que es más, recibía exactamente lo contrario de lo quería: pretendía refuerzos para su propio ejército y se veía llegar un ejército independiente y nada dispuesto a ponerse bajo su servicio.

Por su parte, los voluntarios que respondieron a la predicación de Urbano II tenían todas las razones para creer que el emperador de Oriente esperaba tan sólo su llegada para precipitarse sobre los turcos y expulsarlos de las provincias cristianas que ocupaban. En todo caso, pensaban que, si era verdad que el emperador estaba falto de hombres, o que sus hombres carecían de valor, no podía ser sino una suerte para él ver que otros cristianos se cuidaban en su lugar de reconquistar los Santos Lugares.

Pero la solidaridad cristiana era un mito, o más bien uno de esos buenos sentimientos cuya falta se reprocha siempre a los demás. Los cristianos de Occidente llevaban siglos guerreando entre sí sin descanso, reino contra reino, provincia contra provincia; la mayoría de los pequeños señores estaban en guerra continua contra sus vecinos o hasta sus parientes; y la Iglesia misma se veía obligada a subordinar los intereses de la cristiandad a aquéllos, más acuciantes, de su política. Así es cómo en el momento en que los turcos se apoderaron de Antioquía, una de las mayo-

res y más antiguas ciudades cristianas del Próximo Oriente, el Papa se hallaba aliado con los normandos, y éstos, aunque cristianos, no tenían otra intención que la de aprovecharse de las dificultades de Bizancio para arrebatar al Imperio sus posesiones occidentales. Así pues, el Papa se convertía indirectamente en aliado de los turcos contra Bizancio. El entonces papa Gregorio VII tenía sus pretextos: necesitaba el apoyo de los normandos en la guerra que sostenía contra el emperador de Alemania y, habiendo sido expulsado de Roma por el ejército imperial, no teniendo en Italia adonde ir y amenazado por el antipapa que los alemanes habían nombrado, no podía mostrarse muy exigente en la elección de sus aliados; además, había que anteponer los intereses de la Iglesia de Roma a toda posible lealtad para con un Imperio cristiano cismático. Por su parte, Alejo Comneno, tras ver amenazada su capital por las tropas normandas de Roberto Guiscardo, no vaciló en llamar a los turcos y pedirles mercenarios para su ejército; es más, las circunstancias hicieron que se aliara con el emperador de Alemania contra los normandos, o sea, contra el Papa.

Luego, había por lo menos un punto en que Urbano II se había equivocado: la Cruzada que predicaba, lejos de servir al acercamiento de las dos Iglesias, no podía sino ser ocasión de innumerables conflictos, tropiezos y vejaciones recíprocas. Este clima de desconfianza iba a establecerse a partir de los primeros contactos entre los cruzados y Bizancio. El Papa, realista pero demasiado generoso, había sobreestimado la generosidad de aquellos aliados a quienes imponía por la fuerza una cooperación, sin que unos ni otros se sintieran dispuestos a llevarla a cabo.

Alejo Comneno

Alejo Comneno consideraba, no sin algo de razón, que el combatir a los turcos era una acción que le incumbía a él. Concebía su manera de hacerlo y para ello sólo necesitaba dos cosas: la paz en sus fronteras occidentales y un ejército poderoso. En

cuanto a los normandos, el peligro estaba alejado de momento: con miras a este fin, había establecido buenas relaciones con el Papa, sacrificando su anterior alianza con el emperador de Alemania. Pero las provincias bizantinas de los Balcanes se veían sin cesar atacadas y asoladas por los pechenegos, nómadas guerreros a quienes se juntaban siempre nuevas tribus, y con éstos no parecía haber ni alianza ni paz posibles desde hacía más de un siglo.

El siglo XI había asistido al auge vertiginoso y luego a la rápida dislocación del poderío turco en Oriente Próximo. En la época del llamamiento a la Cruzada, veinticuatro años después de la victoria de Malazgerd (Mantzikert), que marcó el ocaso de la dominación griega en Asia Menor, los descendientes del gran Malikshah se disputaban la herencia de dicho territorio. Bizancio ya no tenía que hacer frente ahora al gran poderío turco, sino a distintos príncipes rivales que no estaban aún del todo establecidos en este país que acababan de conquistar. Con una política de divisiones, de intrigas y de tergiversación de alianzas, Alejo Comneno esperaba debilitar poco a poco a sus adversarios, indisponiendo a unos contra otros, y salirse así con la suya.

El emperador, cuya familia era oriunda de Asia Menor, consideraba Anatolia, Cilicia, Capadocia y la provincia de Antioquía como tierras griegas que le correspondían de derecho y de hecho, y estaba dispuesto a toda clase de sacrificios con tal de hacer que estas provincias volvieran al Imperio. De buena gana hubiera tomado a sueldo a todos los ejércitos cruzados, por más que ello hubiera representado para su país un esfuerzo financiero exorbitante, siempre que aquéllos se hubiesen comprometido a servirle fielmente y a seguir sus instrucciones. Y hasta hubiera estado dispuesto a explotar el tema de la guerra santa con el interés volcado en sus propias conquistas, tal como lo hizo en el siglo X su predecesor Heraclio.

Pero el que se tratara de infieles no era para él una razón para combatir a los turcos, pues bastante había tenido que soportar de

los mismos cristianos para tener que fijarse ahora en esta clase de prejuicios; ni tampoco sentía un gran interés por la liberación del Santo Sepulcro, idea loable, pero quimérica y peligrosa. La aparición de un poderoso ejército occidental en Asia Menor era para Alejo un arma de doble filo: este ejército podía quizás oponerse a los turcos, pero también podía hacer que éstos se reconciliaran entre sí y que los príncipes musulmanes se unieran ante el peligro común. Era evidente —y el emperador lo sabía mejor que los cruzados— que los distintos reinos selchuquíes que a lo largo del siglo se habían formado en Oriente Próximo sólo podían ser atacados aisladamente, y siempre había que estar en buena disposición con uno mientras se atacaba al otro.

Por último, no hay que perder de vista que hacía poco tiempo que las tierras por donde iban a penetrar los ejércitos cruzados habían caído en manos de los turcos, y que casi toda la población tanto griega como armenia era cristiana. Si las relaciones entre Bizancio y los armenios eran muy tensas, no pasaba lo mismo con las poblaciones de Anatolia y de Capadocia, ni tampoco con Antioquía y Cilicia, donde los griegos ortodoxos seguían estando en mayoría. Por eso, el emperador, considerándolos súbditos suyos, temía exponerlos a la buena voluntad de un ejército extranjero.

Sin embargo, el juramento de vasallaje que exigió de los jefes cruzados, produjo a éstos el efecto de una insoportable y humillante pretensión. Vamos a intentar descifrar el porqué de ello.

Guillermo de Tiro nos pone al corriente al principio de su *Historia* de que el trono de Constantinopla estaba ocupado, en el momento de la Primera Cruzada, por un «griego muy falso y desleal» (*vir subdolus*) llamado Alejo Comneno. El arzobispo de Tiro pudo hablar con una perspectiva de ochenta años y ver las cosas a la luz de acontecimientos ulteriores, pero aun así podemos tener por cierto que la «perfidia bizantina» entraba en el lenguaje político de la época que tratamos. Los cronistas que inspi-

raron a Guillermo de Tiro y que fueron testigos oculares de la Primera Cruzada están de acuerdo en execrar a los griegos y condenar la conducta de Alejo Comneno.

Al referirse a la retirada de Alejo durante el asedio de Antioquía, Guillermo de Tiro hace esta curiosa reflexión que traduce el sentir de la mayoría de los cristianos de Occidente «No obstante [esta retirada] fue obra de Dios, ya que, si este emperador hubiera realizado el sitio y vencido a los turcos, Nuestro Señor no hubiera podido recibir tantos honores…». Al parecer, aun con toda su carga de cristianos, los griegos no eran dignos de participar en la liberación de los Santos Lugares, ni siquiera en la de los territorios propios, y Dios rechazaba su ayuda, para vencer con la única fuerza de los cristianos de rito latino. Jamás la separación de las dos Iglesias se había proclamado con tan despreocupado orgullo.

Los cruzados atravesaban los territorios de Bizancio, se establecían en los alrededores de la capital, exigían refuerzos para combatir en las provincias que durante siglos habían pertenecido a Bizancio y que tan sólo hacía dos decenios habían sido desgajadas del Imperio, y mostraban al mismo tiempo una independencia total frente a los griegos, como si olvidaran que todo el asunto concernía a Bizancio en la misma medida que a ellos o más. Pero, si unos tenían razones válidas para no ponerse al servicio del emperador, éste tampoco estaba dispuesto a ponerse al servicio de los primeros. Y eso es lo que jamás pudieron perdonarle cuantos iban movidos por el entusiasmo por la causa de Jerusalén.

Bizancio era en parte merecedora del desprecio que le mostraban sus aliados occidentales: había demostrado ser incapaz de salvaguardar sus provincias de Asia Menor; la derrota de Román Diógenes en Malazgerd, en 1071, había revelado la impotencia de los ejércitos imperiales ante la invasión turca y, en el curso de los años que siguieron a esta batalla —uno de los mayores desas-

tres de la historia de Bizancio—, varios generales rebeldes ambiciosos de poder fueron uno a uno solicitando ayuda a los turcos contra sus propios compatriotas, cediendo o prometiendo las ciudades y provincias a cambio de socorros militares y contribuyendo así a fortalecer el dominio turco en Asia Menor.

Había razón para que tales hechos provocaran la indignación de Occidente. (Y aun sin olvidar que Roussel de Bailleul, mercenario normando católico, desempeñó un papel un tanto dudoso en el desastre de Malazgerd y supo contribuir al debilitamiento de Bizancio al intentar crearse un reino en Anatolia). Los errores políticos de Bizancio y la inconsciencia manifiesta de la corte de Constantinopla ante la amenaza turca después de 1071 aseguraron a Occidente que los griegos eran gente degenerada, sin valor ni energía. Hay que decir, sin embargo, que Alejo Comneno no merecía este reproche. No esperó a los cruzados para emprender la reconquista de los territorios invadidos por los turcos. Recobró Cícico en 1092 y volvió a conquistar las islas de Focea, Clozómenas, Lesbos, Quíos y Rodas. Practicaba una política muy hábil, indisponiendo a unos contra otros y preparando así el terreno para una guerra ofensiva, y hubiera hecho más todavía si por el Oeste no se hubiera visto tan acosado por los normandos y pechenegos.

Este general, que había subido al trono tras una serie de intrigas palaciegas y gracias a la popularidad de que gozaba en su ejército, tenía más temperamento de diplomático que de soldado, pero no dejaba de ser un militar de carrera que desde su juventud se ejercitaba en las campañas contra los turcos y que se había pasado la mitad de la vida en campamentos y batallas. Sin duda, al parecer de los cruzados, no era lo bastante guerrero, aunque tampoco podían acusarle de cobardía.

Veinte años más tarde y ya próximo a la muerte, el emperador tuvo que hacer frente a las intrigas de su mujer y de su hija y defender contra ésta los derechos de su hijo Juan, a quien daría en

secreto la orden de recibir los juramentos de su ejército. La emperatriz Irene, viéndose burlada, dejaría escapar estas palabras ante el moribundo, ya incapaz de hablar: «En toda tu vida no has hecho más que urdir engaños. ¡Ni siquiera al morir dejas de hacerlo!». Se trataba, sin embargo, de un engaño legítimo, destinado a proteger los derechos del auténtico heredero del imperio… Alejo fue el hombre de las astucias, compasivas y crueles, inocentes y pérfidas, un griego que, digno de competir con Ulises, situaba la astucia al lado de las armas más nobles. Los cruzados, que tenían cierta habilidad para discernir este rasgo de su carácter, se equivocaron y supusieron que este hombre tan sumamente astuto sólo podía abrigar siniestros designios contra ellos. Pero, si bien es cierto que el emperador no estaba dispuesto a arriesgar por ellos demasiado, y aunque pretendía utilizarlos para su política, nada en su conducta permite creer que se portara con ellos de modo desleal.

Los barones de Occidente, formados en la tradición feudal del respeto, teórico al menos, a los juramentos, a la legitimidad dinástica, a los deberes recíprocos entre señor y vasallo, se irritaron al verse tratados con una condescendiente cortesía por un hombre que, después de todo, no era más que un general rebelde y un «usurpador»: el que quince años antes había asaltado la capital y destronado a Nicéforo Botaniates con la ayuda del ejército que este último le había confiado. Cosa tan cierta como lo era también el hecho de que para conseguir su propósito se había procurado en secreto los favores de la emperatriz. Pero, por ser sobrino de uno de los anteriores emperadores, creía tener tanto derecho al trono como Botaniates, general que también se había hecho con el poder por la fuerza. La emperatriz había sido esposa del antes emperador Miguel, depuesto por Botaniates, quien al vencer la obligó a casarse con él. Si no llegó a ser por tercera vez emperatriz fue porque Alejo, cuando dio el golpe de Estado, necesitaba el apoyo de los Ducas, padres de la joven Irene, su es-

posa, también emparentada con su predecesor en el trono. Estas rivalidades entre las grandes familias griegas, estos odios de clan, estas alianzas que se concluían según los vaivenes y las intrigas de palacio y estas revoluciones en que el papel de la Iglesia consistía en favorecer ora a uno, ora a otro candidato al trono, todo en conjunto respondía a la buena tradición bizantina. La majestuosidad de la púrpura lo cubría todo. Los occidentales veían ahí un signo certero de corrupción y de decadencia.

Ahora bien, se hubiera dicho que el emperador, afable y sonriente, pero con una majestuosa ostentación de solemnidad y de fastuosidad que los latinos juzgaban excesiva, pretendía hacerles notar su superioridad. Sin embargo, por más deslumbrados que se quedaran ante el lujo bizantino, no llegó a producirles la reacción calculada. No había que tomarles por hombres primitivos capaces de extasiarse ante un despliegue incontenido de oro y de pedrerías. Ni el encanto exterior de la persona de Alejo ni los suntuosos y desmedidos regalos que distribuyó a sus nuevos aliados consiguieron ganar a los cruzados a la causa de Bizancio.

Los «bárbaros».

De todos los historiadores bizantinos, sólo uno nos ha dejado un relato algo detallado del paso de los cruzados por Constantinopla: la hija de Alejo, Ana Comneno. Un acontecimiento así, sin duda importante cuando se mira a nueve siglos de distancia, no pareció a sus contemporáneos griegos digno de especial atención, pues demasiado absorbidos estarían por sus propias guerras y por los obstáculos de su propia política para darse cuenta de la significación histórica de este fenómeno, que, sin embargo, iba a sorprenderles, y que de momento les ocasionó no pocas inquietudes y estorbos. Al contrario, estaban muy lejos de imaginárselo.

Por su parte, Ana Comneno, en general bien informada y nunca parca en detalles ni en explicaciones, trata este episodio

del reinado de su padre con una brevedad y una sequedad que prueban que la sociedad en que vivían se interesaba poco por unos «bárbaros», esos «celtas», como les llama… Pasaron por las tierras del Imperio y por Constantinopla como una nube de langostas, haciendo algunos estragos —no muchos, gracias a la habilidad del *basileus*—, y luego se marcharon para proseguir su objetivo, es decir, la conquista de los Santos Lugares. El único cruzado por el que Ana muestra un interés auténtico es Bohemundo. Pero este normando no se nos presenta en la *Alexiada* como cruzado, sino como un tenaz, indomable y turbulento adversario del Imperio griego.

Ana explica el origen de las Cruzadas de una manera vaga y fantasiosa, en un estilo que sorprende bajo la pluma de un historiador serio: un estilo de cuento popular. Un cierto monje llamado Pedro —se trata, claro está, de Pedro el Ermitaño— decidió un día llegarse hasta Jerusalén; desalentado por las dificultades y los peligros del viaje, volvió a su país; y, comprendiendo que era menos peligroso viajar en compañía de otros muchos y bajo la protección de hombres de armas, se puso a predicar y a exhortar a sus compatriotas a que fueran a Jerusalén… (Ana Comneno no es la única en atribuir la iniciativa del movimiento a Pedro el Ermitaño; de todos modos, parece olvidar por completo el papel que el Papa desempeñó en el asunto). Este Pedro, pues, que simplemente tenía miedo de viajar solo, supo explotar tan bien la piedad y la credulidad de los «celtas» y de otros franceses, gente, como se sabe, ingenua y supersticiosa —la princesa bizantina se hace una idea muy pobre del nivel intelectual de los pueblos latinos—, y excitó los ánimos tan bien que, para seguirle hasta Jerusalén, muchedumbres con sacerdotes, soldados, ciudadanos, mujeres, ancianos y niños se alzaron en masa. Todo un pueblo de peregrinos se puso en marcha hacia Constantinopla.

Ana Comneno, que tenía trece años en 1096, vio pasar sucesivamente las bandas de gentes de Pedro el Ermitaño, los ejércitos

de Godofredo de Bouillon, de Bohemundo, del conde de Tolosa, del conde Flandes y de Hugo de Vermandois y, cuatro años después, las tropas de Lombardía, de Aquitania, de Poitou, de Alemania, etc. Se trata de sucesos tan alejados y de gentes que le interesan tan poco que se mezclan en su memoria: «… Aun contra mi voluntad, prefiero no dar los nombres de estos jefes. No me acuerdo de cuáles son, en parte porque soy incapaz de pronunciar tales sonidos bárbaros, que resultan inarticulables, y en parte también porque desisto ante el gran número de ellos. ¿Para qué enumerar los nombres de tanta gente que nada más con su sola presencia ya molestaba a los contemporáneos[4]?».

Ana no es un testigo imparcial, pues en el relato de la mujer madura asoma el recuerdo de sus antipatías de muchacha, como por ejemplo, al hablar repetidas veces de lo largo y fastidioso de aquellas visitas oficiales en las que los francos iban a exponer sus proyectos al *basileus*. Puede que nos extrañemos —después del halo de leyenda que los siglos otorgaron a estos acontecimientos — de que la simple presencia en la corte de los héroes de la Cruzada resultara molesta. Godofredo de Bouillon mismo, o Roberto de Flandes o el conde de Tolosa se hubieran quedado muy sorprendidos de haber conocido el juicio que sobre ellos emitía una princesa griega.

Sabemos, pues, por Ana Comneno que el tal Pedro consiguió dar origen en su país y en Alemania a un gran movimiento popular y provocar una avalancha de gente hacia Jerusalén. Con una tendencia a exagerar que le es propia, la princesa nos describe la llegada de innumerables masas de gentes igual que si se hubiese tratado de una migración de algún pueblo nómada. Creemos que la aparición de las hordas de Pedro el Ermitaño fue un hecho chocante para los contemporáneos, y lo que les sorprendió por encima de todo fue la pobreza de esta muchedumbre de peregrinos y la presencia de tantas mujeres y niños. Pero, por lo demás, esta Primera Cruzada de gente del pueblo estaba formada

por entre unas veinte y treinta mil personas cuando llegó a Constantinopla, cifra treinta veces menor que la de la simple población de la capital.

Cinco meses después, y durante toda la primavera del año 1097, otras muchas tropas de gente civil y armada, siempre numerosas —la menor era la de Bohemundo y tenía varios miles de hombres—, iban a seguir a estos primeros cruzados, tantas que a la larga esta llegada de peregrinos por oleadas sucesivas debió de parecer algo inaudito y monstruoso.

Ana, racionalista y algo cínica, no puede creer que a los barones latinos les haya movido el simple deseo de liberar el Santo Sepulcro. Nota que entre los peregrinos pobres había muchos a quienes animaba un sincero fervor. Cosa curiosa, como también la opinión favorable que de ellos tenía el pueblo griego, pues algunos de estos pobres se portaban como auténticos bandidos por los alrededores de Constantinopla. Dejando aparte la debilidad humana y los desórdenes inevitables que acarrean esta clase de aventuras, el fervor de los compañeros de Pedro el Ermitaño era tan manifiesto y su pasión por los Santos Lugares tan conmovedora que se les perdonaba la falta de sentido común y los excesos que llegaban a cometer. Alejo en persona se dignó conversar con Pedro, le trató con respeto e hizo todo lo posible por ayudar a los «pobres de Dios» en su empresa. Pero Ana les considera como unas almas llenas de simplicidad, cuyo fervor explotan aventureros ambiciosos para fines que nada tienen que ver con el servicio de Dios. Es así como juzga también a los ejércitos de los príncipes cruzados: los soldados rasos, los combatientes pobres —dice — eran sinceros. Pero los demás…

Los demás, a saber: Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena y su hermano Balduino, Hugo de Vermandois, hermano del rey de Francia, los condes de Flandes y de Normandía, y dos personajes que no hay que confundir con los otros: Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa, y Bohemundo de Tarento.

Ninguno de estos barones —asegura Ana Comneno— era piadoso ni sincero (habrá sin embargo una excepción, el conde de Tolosa); tan sólo aspiraban a enriquecerse a costa del Imperio romano y hasta incluso a apoderarse de Constantinopla.

(Hay que reconocer que dicha opinión, aunque errónea, se explica por los primeros contactos entre Godofredo de Bouillon y Alejo Comneno. Hubo entre ellos un verdadero comienzo de hostilidad. Es cierto que Alejo Comneno hizo mal al exigir con tanta dureza el homenaje del duque de la Baja Lorena, ya vasallo del emperador de Alemania. Pero, al fin y al cabo, se trataba para ambos de una cuestión de principios y de prestigio. Una vez vencedor, Alejo perdonó con una facilidad que muestra menos su generosidad que la poca estima en que tenía a los barones; pero Godofredo no se lo perdonaría jamás).

Los jefes de la Cruzada pasaban, pues, ante los griegos, por unos personajes peligrosos, llevados únicamente de la ambición y la codicia. En cuanto a su piedad religiosa, ¿cómo creer en ella, si el duque Godofredo de Bouillon no había vacilado en hacer que sus soldados atacaran Constantinopla un Jueves Santo, justo cuando toda la población, militares inclusive, estaba orando y no podía esperarse, por parte de unos cristianos como ellos, un acto de perfidia tal? (Es verdad que también Alejo Comneno había de escoger este día para cortar el suministro de víveres a los cruzados; pero, por más que el procedimiento resultara poco cristiano y por más que se esperara alguna que otra protesta, el emperador, como cualquier otro de sus súbditos, no concebía la posibilidad de empuñar las armas un Jueves Santo). Los griegos, horrorizados ante el sacrilegio, de ahora en adelante sólo podían considerar a sus huéspedes como unos salvajes, como unos seres con una sensibilidad tosca y unas reacciones imprevisibles y brutales.

Fuera como fuese, el caso es que después de obligar al duque de la Baja Lorena a aceptar sus condiciones y a que prestara este juramento que durante tres meses le había estado negando, el

emperador colmó de regalos al nuevo vasallo y mandó distribuir oro, plata, vestidos y ricas telas, caballos y acémilas con una generosidad casi humillante para el orgullo de Godofredo. Éste tenía necesidad de dinero y aceptaba los regalos y la paga acordada a su ejército, pero sin entusiasmo ni gratitud, como lo demostrarían los hechos que siguieron después. Ni Alejo ni los de su alrededor ni, muchos años después, su hija Ana Comneno acertaban a comprender por qué aquellos extranjeros se mostraban tan desleales y por qué sentían tan poca simpatía por los romanos, mientras el emperador se mostraba con ellos tan bueno y tan atento aparte de algunos malentendidos, en los que tan sólo era de reprochar su propia obstinación. La respuesta la encontramos, sin embargo, en los propios escritos de Ana Comneno: es posible llegar a sentir simpatía por los enemigos, pero no por gentes que «resultan molestas» nada más verlas.

Se lamenta Ana Comneno —haciéndose sin duda eco de las opiniones de su padre y de cuantos le rodeaban— diciendo que estas gentes tienen siempre puestos los ojos en las riquezas. Su codicia no tiene límites. Piden y aceptan dinero, y después se niegan a cumplir la tarea que se les encomendó a cambio. Se les colma sin cesar de beneficios, y se les ve redoblar su orgullo y su ingratitud. Faltan a sus juramentos con una facilidad vergonzosa. Son ligeros, inconsecuentes, antojadizos, supersticiosos… Así hablarían hoy los europeos de tal o cual pueblo «subdesarrollado». Los francos lo estaban, en relación a Bizancio, desde el punto de vista económico al menos. Pero, dejando de lado estas quejas de orden general, unos personajes exóticos como eran los jefes cruzados no tuvieron el honor de despertar la curiosidad de la vivaz e inteligente porfirogéneta. La que fue tan buena observadora y que supo trazar de sus compatriotas retratos tan vivos y tan interesantes desde el punto de vista psicológico no se molesta en preguntarse por la personalidad de un Godofredo, de un Balduino, de un Roberto de Flandes. Tan sólo se limita a elogiar al

conde de Tolosa en algunas líneas convencionales en las que nos manifiesta que el emperador apreciaba en Isangeles —Saint-Gilles— «su espíritu superior, su rectitud y su integridad» y también su «cuidado en decir la verdad». Es evidente que hay, por debajo de este elogio, consideraciones políticas que nos lo explican y lo están dictando: en efecto, Raimundo de Saint-Gilles debía convertirse más tarde en un aliado de Bizancio.

El personaje Hugo de Vermandois sirve de pretexto para que la princesa pueda ejercitar su vena satírica: este hombre, hermano de un monarca de un país pequeño, pobre, lejano y atrasado —Francia—, se creía tan importante que se tomó el trabajo de escribir a Constantinopla para anunciar su llegada y rogar al *basileus* que se prepara a recibirle con los honores debidos a su rango. Al parecer, habría escrito: «Soy el *basileus* de los *basileis*…». ¿Es ello cierto, o no será que Ana Comneno añade algo de su fantasía por el placer de divertirse un poco a costa del bárbaro?

Godofredo, por su parte, parece que sorprendió de modo especial a la corte de Constantinopla por su actitud arrogante. «El hombre era muy rico y estaba muy orgulloso de su nobleza…». No es decir gran cosa, pero indica ya algo: que el orgullo de este príncipe valón, descendiente de Carlomagno, debió de infundir respeto a los griegos, quienes podían despreciar la nobleza de los bárbaros, pero reconocían en este caso, a pesar suyo, la existencia de una especie de tosca majestad. Éstas son más o menos todas las observaciones que nuestra historiadora nos transmite acerca de la personalidad de los distintos jefes francos. Se encuentra también el incidente, un tanto cómico, del caballero que se sentó en el trono imperial, momento de la narración que Ana aprovecha para señalarnos un rasgo bastante revelador del carácter de Balduino de Bolonia, pero sin prestarle, al parecer, ninguna atención.

(Es cierto que, al tratar de Bohemundo, Ana Comneno le dedicó más de una página y más de un capítulo, y llega a trazar de él un retrato físico tan detallado como lleno de admiración. Ya

fuera porque la poderosa personalidad del normando acaparase la atención de la princesa y borrara de su memoria los rostros de los demás «celtas», ya sea simplemente que Bohemundo le interesara por el papel que llegó a representar en la historia de Bizancio, la cuestión es que Ana Comneno no cesa de hablar de la inteligencia, la astucia, la perfidia, la crueldad y la energía sobrehumanas de este hombre. Fue uno de los grandes jefes de la Cruzada, pero es muy difícil afirmar que fuera un cruzado).

La cooperación grecolatina

Los «celtas» llegaron a Constantinopla y mandaron a sus ejércitos acampar por los alrededores. El emperador, con una paciencia sin límites, se cuidaba de hacerles llegar los víveres y de subsanar las diferencias que podía provocar en la región la existencia de tantos soldados extranjeros; mandaba trasladar en barcos, al otro lado del Bósforo, el grueso de las tropas, los caballos y demás animales y el material de guerra; y, en tanto iba esperando el fin de esta lenta migración de hombres de armas y de peregrinos, recibía a los jefes en sus palacios, daba fiestas en su honor y cambiaba con ellos impresiones acerca de la futura campaña contra los turcos.

Godofredo de Bouillon llegó ante Constantinopla a finales de diciembre de 1096. En mayo de 1097 estaba reunido todo el ejército cruzado. Éste comprendía cuatro grandes ejércitos: el de los brabanzones y flamencos, con Godofredo de Bouillon al frente; el de los normandos de Italia, con Bohemundo; el de los provenzales, con Raimundo de Saint-Gilles, y el legado del Papa, Ademaro de Monteil; y el de los franceses y vasallos del rey de Francia, con los condes de Normandía y de Blois. Godofredo llegó tres meses antes que los demás, Bohemundo lo hizo en Pascua (5 de abril), Raimundo de Saint-Gilles algunos días después de Bohemundo y los franceses hacia mediados del mismo mes.

Este impresionante ejército, la mayor conjunción de fuerzas occidentales hasta entonces conocida, tenía que asustar a los griegos, cuyo número de soldados era siempre insuficiente. Por eso, para impedir que estos ejércitos se reunieran junto a las murallas de Constantinopla, Alejo Comneno tuvo que recurrir a sus dotes diplomáticas y a toda clase de medidas de intimidación. El ejército de los loreneses pasó el Bósforo el mismo día que Bohemundo llegó con sus normandos. Al fin, una vez restablecidas mejor o peor las buenas relaciones y los jefes cruzados colmados de regalos, tratados de amigos y de «hijos» y llevados a admirar las bellezas de la capital y a venerar las reliquias conservadas en sus santuarios, la amenaza que el emperador llegó a temer para Bizancio pareció disiparse y, en lugar de unos virtuales enemigos, aparecieron ante Alejo Comneno algo mejor que unos aliados: unos vasallos, o hasta quizás unos mercenarios. Un ejército capaz de imponer e imponerse, bien equipado y dispuesto a emprender por encargo del imperio la reconquista de Asia Menor. Después de todo, para el emperador se trataba de un excelente negocio. Es cierto que sacaba dinero del tesoro sin hacer cálculos y que toda la aventura le había costado ya muy cara, pero, si por aquel precio podía expulsar a los turcos de Anatolia, no tendría de qué arrepentirse.

Los cruzados no tuvieron motivo alguno para quejarse del emperador desde el día mismo en que le prestaron homenaje. Les trató con bondad; tanto es así que, movido por el entusiasmo, el conde de Blois —uno de los últimos en llegar—, escribiría a su mujer: «En verdad te digo que hombre como éste no hay otro en toda la superficie de la tierra». Ya veremos que Esteban de Blois era un hombre impresionable, tan pronto a la alegría como a la desazón. Pero esta clase de sentimientos iba a ser común a muchos barones, pues no en vano Ana Comneno insiste tanto en el ansia con que los bárbaros se precipitaban sobre los tesoros que se les ofrecían. Su alegría y su deslumbramiento debían de ser de-

masiado manifiestos. De los jefes principales, parece ser que Raimundo de Saint— Gilles, hombre de edad madura y más cultivado y educado que sus compañeros, quedó sinceramente cautivado por la personalidad del emperador, y la simpatía fue recíproca. Y, a pesar de la actitud intransigente del conde, que fue el único en no querer rendir homenaje al emperador, los dos hombres conversaron largamente en privado, queriendo cada uno inspirar al otro desconfianza hacia Bohemundo, sin que en el fondo ninguno de los dos lo necesitara; también se pusieron de acuerdo sobre otros temas, pues Ana Comneno nos afirma que su padre tenía en gran estima el elevado carácter del viejo conde.

Así pues, el acuerdo reinaba y ambas partes podían considerarse satisfechas. Alejo Comneno, no queriendo perderse la ocasión de derrotar el poderío turco, se disponía a salir él mismo en campaña y equipaba a su ejército, una parte del cual debía acompañar a los cruzados bajo la guía del general griego Tatikios, mientras la otra acometía a los turcos en la provincia del litoral. El deseo de Urbano II se veía así realizado, y griegos y latinos enarbolaban juntos la cruz y emprendían de común acuerdo una acción contra el islam.

Eso era en teoría, porque en la práctica los griegos querían servirse de los latinos para reconquistar las provincias perdidas, en tanto que los latinos estimaban que los griegos debían ayudarles en la empresa mucho más importante de la reconquista de los Santos Lugares. A pesar de una fiel colaboración, la confianza no reinaba, pues cada una de las dos partes estaba en el fondo de sí convencida de la básica deslealtad de la otra. Más tarde, fundándose en escritos de la época, Guillermo de Tiro acusará a Alejo de haber intentado traicionar a los cruzados en el preciso instante en que les cedía su oro, sus pedrerías y sus caballos de combate. En cuanto a los «celtas», ¿quién no conoce su desprecio por el juramento prestado? El emperador —nos dirá su hija— no se

hacía de ellos ninguna ilusión sobre éstos, pues conocía bien el temperamento de aquella raza.

Los griegos eran, para los cruzados, gente blanda, afeminada, vana, amantes del lujo y, lo peor de todo, malos soldados. Los latinos no poseían a ojos de los griegos estos defectos, pero se hubieran quedado muy sorprendidos al saber que los griegos los tenían por una gente variable, de carácter débil, litigadores y mezquinos, y lo que hoy nos resulta curioso es que el defecto que Ana Comneno reprocha más enconadamente a los cruzados, el que parece haberla pasmado, consternado, horrorizado y por fin exasperado más, era su excesiva habladuría. Según ella, los cruzados eran unos insoportables e inconcebibles charlatanes, siempre a punto de desviarse del tema en unos interminables discursos llenos de constantes digresiones; una gente que no tenían la educación de mirar la clepsidra (reloj de agua) para regular la onda de su elocuencia, y que mataban literalmente a su auditorio con su insípida charla y su placer por las discusiones vanas. (Parece que no exagera cuando describe cierta recepción en la que el emperador, que se había visto obligado a permanecer de pie para recibir a sus huéspedes latinos, contrajo una grave enfermedad en los pies a causa de la extrema duración de aquellas audiencias que se prolongaban hasta bien entrada la noche y en las que los cortesanos, agotados y desmayándose casi de fatiga, se apoyaban en la pared o salían por turno de la sala para irse a la estancia vecina a descansar).

Por supuesto, los cruzados latinos no tendrían esta impresión de hablar y de no decir nada, y hasta quién sabe, quizá habrían podido aportar algo a los griegos, si éstos se hubieran tomado la molestia de escucharles.

Bizancio y el «bizantinismo».

Como hemos visto, los latinos reprochaban a los griegos su perfidia y el mismo reproche dirigían los griegos a los latinos, y

con igual razón. Tras la desaparición de Bizancio, más bien han sido los latinos quienes han escrito la Historia, con lo que los griegos han quedado para siempre en la mente de la posteridad como pérfidos (aunque no les faltaron más tarde algunos eminentes defensores). Vemos con curiosidad que, en un cierto aspecto y en particular por lo que se refiere a Bizancio, no hemos progresado mucho desde 1097. Sin poseer la energía ni la exaltación religiosa de los cruzados, los hombres del siglo XX comparten en general sus prejuicios y, si «bizantinismo» es una palabra en sí despectiva, ello quizá se deba a que Godofredo de Bouillon interpretó mal la actitud de Alejo Comneno, o más probablemente a que Bohemundo soñaba con apoderarse de Constantinopla. No importaban los verdaderos errores cometidos por los bizantinos; lo importante es ver que Occidente les juzgó y llegó a condenarles a partir de una serie de errores imaginarios y en un clima de apasionamiento.

Los griegos, desbordados por los interminables discursos de aquellos fanáticos de la guerra santa, sin duda no comprendieron lo que aquellos discursos querían decir, y estaban a cien lenguas de imaginarse que era la moral y la lógica de aquellas gentes lo que en definitiva iba a triunfar.

Los cruzados reprochaban a los griegos su «molicie» y su aversión a las armas, pero, si leemos a Ana Comneno y a los demás historiadores griegos de la época, nos resulta imposible creerlo. No faltaban en Bizancio enfurecidos y avasalladores guerreros de la talla de un Balduino o un Bohemundo, pero no eran tantos como en Occidente, y muchos nobles griegos se entregaban más al placer de la especulación teológica, de la literatura o simplemente de la vida humana que al de la guerra. La nobleza occidental, para quien la guerra era la única actividad, no era capaz de comprender esto y menospreciaba con todas sus fuerzas a aquellos nobles «afeminados», pues era indudable que, si no hacían la guerra, era porque se trataba de unos cobardes. (Podemos

muy bien pensar que en un momento en que el país estaba tan necesitado de un ejército sólido, aquellos patricios hubieran hecho mejor dedicándose a las armas siguiendo la incitación del gobierno. En cualquier caso, en una sociedad como aquélla, el interesarse por otras cosas que no fuera la guerra no se consideraba un deshonor, y el hecho en sí no es ningún indicio de degeneración).

Bizancio, atacada en todo momento y siempre en estado de guerra, andaba escasa de soldados de origen griego a consecuencia de la política poco hábil de los sucesores de Basilio II, que creyeron conveniente reducir los créditos y privilegios concedidos al ejército por temor a un golpe de Estado militar. Se trataba de una medida administrativa más que de una muestra de irresponsabilidad del pueblo y la nobleza griegos. Sin embargo, había ahora un hecho evidente: que el poderoso ejército de Bizancio estaba en el siglo XI compuesto en su mayoría de mercenarios extranjeros, y hasta parte de los generales eran de origen extranjero. Algunos de estos mercenarios eran un verdadero lastre para el imperio, pues, ya fueran turcos, pechenegos o normandos, se les había reclutado de entre los pueblos contra quienes Grecia luchaba.

¿Cómo no iban a indignarse los cruzados ante tal estado de cosas? Si bien los príncipes latinos contrataban también mercenarios, la flor y nata de sus ejércitos estaba compuesta por vasallos que les servían por un vínculo de homenaje y por juramento. Si bien este sistema ofrecía también algunos inconvenientes, al menos no podía reprocharse a la nobleza franca su poco amor a la guerra.

Lo que para los occidentales era una verdad primordial, a saber, que el valor de un hombre se medía ante todo por sus cualidades en el manejo de las armas, significaba una exaltación excesiva y exclusiva del valor físico que los griegos no podían comprender. Para los griegos, era una cualidad estimable, pero de la

que un mercenario cualquiera podía dar ejemplo. Estaban sin duda demasiado acostumbrados a comprar el heroísmo con oro. El *basileus* y los grandes señores griegos, si bien habían de ser buenos militares, se sentirían insatisfechos si sólo fueran esto. Tenían que estar también orgullosos de ser además teólogos, letrados e incluso poetas, juristas o músicos, de ir al día de todos los refinamientos de las distintas cortes y de rivalizar con los prelados en justas filosóficas. El ideal del *honnête homme* propugnado por el clasicismo francés les hubiera parecido poco refinado y superficial. Un pueblo como el griego, heredero de la civilización europea más antigua, no hacía las cosas a medias.

En Occidente una cultura así no podía concebirse aún. La misma cultura que poseían los eclesiásticos era limitada y fragmentaria y los grandes señores eran prácticamente iletrados. De ahí el reproche de «bizantinismo» aplicado a los griegos —siempre se tiende a menospreciar los valores ignorados—. Así las cosas, ¿cómo hubieran podido los latinos no pasar por bárbaros a la vista de los griegos?

En Bizancio, tanto entre la aristocracia como entre el pueblo, se había llegado a un nivel de cultura como el que sólo podía encontrarse en las grandes ciudades musulmanas de Bagdad o El Cairo. Se sabe la pasión que en Constantinopla el vulgo sentía por las discusiones teológicas. Los albañiles, aguadores y vendedores callejeros se apasionaban por cuestiones de dogma del mismo modo que hoy hubieran discutido de política. Tenían que estar dotados de un sentido crítico y de una curiosidad intelectual. La curiosidad intelectual es un factor de disgregación y al mismo tiempo una riqueza indiscutible. Así pues, en Occidente, un prelado —y un prelado enviado en misión a Constantinopla para discutir sobre diversos puntos doctrinales[5]— podía ignorar que el *filioque* que era una adición posterior que no figuraba en el Credo de Nicea. Si un hecho como éste constituía para los griegos un motivo de escándalo, no parece ser que a los latinos les

afectara en particular. Y, sin embargo, la ignorancia del cardenal Humberto fue una de las causas de la ruptura oficial entre las dos Iglesias.

Así pues —siendo, además, la diferencia de lengua un obstáculo importante para la mutua comprensión de las dos civilizaciones—, los cruzados se mostraron insensibles a las cualidades intelectuales de los griegos. Lo que más les sorprendió de todo fue que los griegos no lucharan y dejaran a los extranjeros luchar en su lugar. Como los griegos eran o pasaban por ser ricos, había un mucho de envidia en este sentimiento de hostilidad de que eran objeto. Compraban sangre y vidas humanas con dinero, exigían que se les guardara la misma fidelidad a su dinero que un hombre debe a su señor natural o a su patria y se imaginaban que todo puede comprarse. Justamente, al vender sus bienes y abandonar sus tierras por el privilegio de ir a servir a Dios, los cruzados acababan de dar una prueba contundente de su poco apego al dinero, y no podían perdonar a Alejo Comneno que se ocupara de la Cruzada como se trata de negocios.

Los griegos no despreciaban la valentía ni el oficio del soldado. Su sistema de fortificaciones, su escuadra guerrera, sus máquinas y su artillería iban entonces a la vanguardia del progreso. El Imperio estaba siempre en guerra, por tierra y por mar. Durante el curso del siglo XI, fueron sobre todo guerras defensivas, a menudo desafortunadas. Y los relatos de los historiadores de la época no vibran de entusiasmo guerrero. Sin embargo, nos revelan un profundo y apasionado interés por todo lo referente a la guerra, y hasta una mujer la misma Ana Comneno, sabe describirnos con todo detalle el funcionamiento de la ballesta, la disposición de un campamento fortificado y el desarrollo de la batalla naval, y nos habla del jefe de un ejército con la misma y despreocupada precisión que si se tratara de un ingenio de guerra… Sí, no cabe duda de que los griegos eran también guerreros y de que poseían en este dominio una antigua experiencia, una

energía aún muy digna de tenerse en cuenta y una agresividad de la que poco tiempo después el hijo de Alejo, Juan Comneno, iba a ser el ejemplo más representativo.

Lo que les faltaba era, por decirlo así, la poesía de la guerra. El ganar una batalla les llenaba de júbilo, pero les satisfacía aún más el poder evitarla por una hábil negociación. Los triunfos diplomáticos eran auténticas victorias para ellos, quienes es posible que consideraran que al comprar la paz a precio de oro se cubrían de honor y hasta de gloria, puesto que era más agradable a Dios. Incluso en nuestros días el mito de la guerra conserva un cierto prestigio, hasta llegar a parecer más hermosa la victoria tras un derramamiento de sangre. Ni qué decir entre los cruzados, quienes ardían en deseos de verter su propia sangre, y la de los turcos. Pero, si se piensa en la terrible proporción de muertos habidos entre soldados de a pie y gentes del bajo pueblo, en tanto que los jefes salían casi siempre indemnes de los combates más cruentos, puede deducirse que la relativa «cobardía» de los generales griegos no estaba del todo falta de nobleza.

No por ello los griegos estaban dotados de una mayor bondad natural que la de los bárbaros latinos. En las provincias donde la población cristiana no era griega se les detestaba por su dureza. La crueldad de la plebe de Constantinopla horrorizó a los occidentales que la conocieron de cerca. La condición de las gentes del pueblo que vivían en el campo era más dura que en Occidente, debido a la codicia de los grandes y de los funcionarios imperiales. Tales costumbres orientales, así como la práctica de la castración, ya fuera voluntaria u obligatoria, resultaban del todo excesivas para los latinos. El sistema de gobierno de los bizantinos, manifiestamente despótico, podía parecer bárbaro también a los señores feudales. Sin embargo, había en la civilización del decadente aunque todavía poderoso Imperio una cierta tradición de humanidad, de la que ya no quedaban huellas en Occidente.

Los bizantinos sentían respeto por la vida del hombre. Claro que ello se daba sólo en teoría, pero no deja de ser mucho. No hay que olvidar que el suplicio de la ceguera, si bien era de por sí algo tan cruel que hasta podía matar a la víctima, había sustituido de hecho la pena de muerte[6] y que, si bien los griegos, siguiendo las órdenes de Basilio II, cometían en el siglo X un auténtico genocidio al exterminar la población de Bulgaria hasta el punto de ostentar dicho emperador el título de «asesino de los búlgaros». (Bulgaróctono), hay que decir que en el siglo XI ninguno de sus sucesores se distinguió por hazañas semejantes. Del mismo modo, tampoco imaginamos a un Alejo Comneno aspirar al título de «asesino». (A este respecto, conservamos una rara anécdota que nos cuenta en detalle Ana Comneno y que a la vez nos ilustra sobre el carácter de Alejo y sobre un aspecto de la moral bizantina: en 1074, el joven Alejo Comneno era general y se encontraba luchando en Anatolia contra los turcos y contra el mercenario Roussel de Bailleul. Este personaje, de una energía poco común, se había apoderado de varias fortalezas griegas y había hecho prisioneros a Isaac Comneno, hermano mayor de Alejo, y al general Juan Ducas. Atemorizado, el emperador Miguel hubo de acudir a los turcos. Entonces, Alejo Comneno, por medio de una hábil negociación con el príncipe turco Tutush, consiguió que el temible normando le fuera entregado, prometiendo a cambio una fuerte suma de dinero que en realidad no poseía. Así pues, Alejo tenía a su prisionero en la fortaleza de Amadea, donde la población era favorable al normando, en tanto que los griegos, que disponían de muy débiles tropas, vivían con el temor de que el pueblo les arrebatara a Roussel. Entonces Alejo recurrió a una estratagema fuera de lo común: llama al verdugo, y en presencia del pueblo finge cegar a Roussel, quien, advertido con anterioridad, interpreta a la maravilla su papel. Nadie a partir de este momento querrá alzarse en favor de este hombre ciego y, por tanto, acabado. Pero el primo de Alejo, Do-

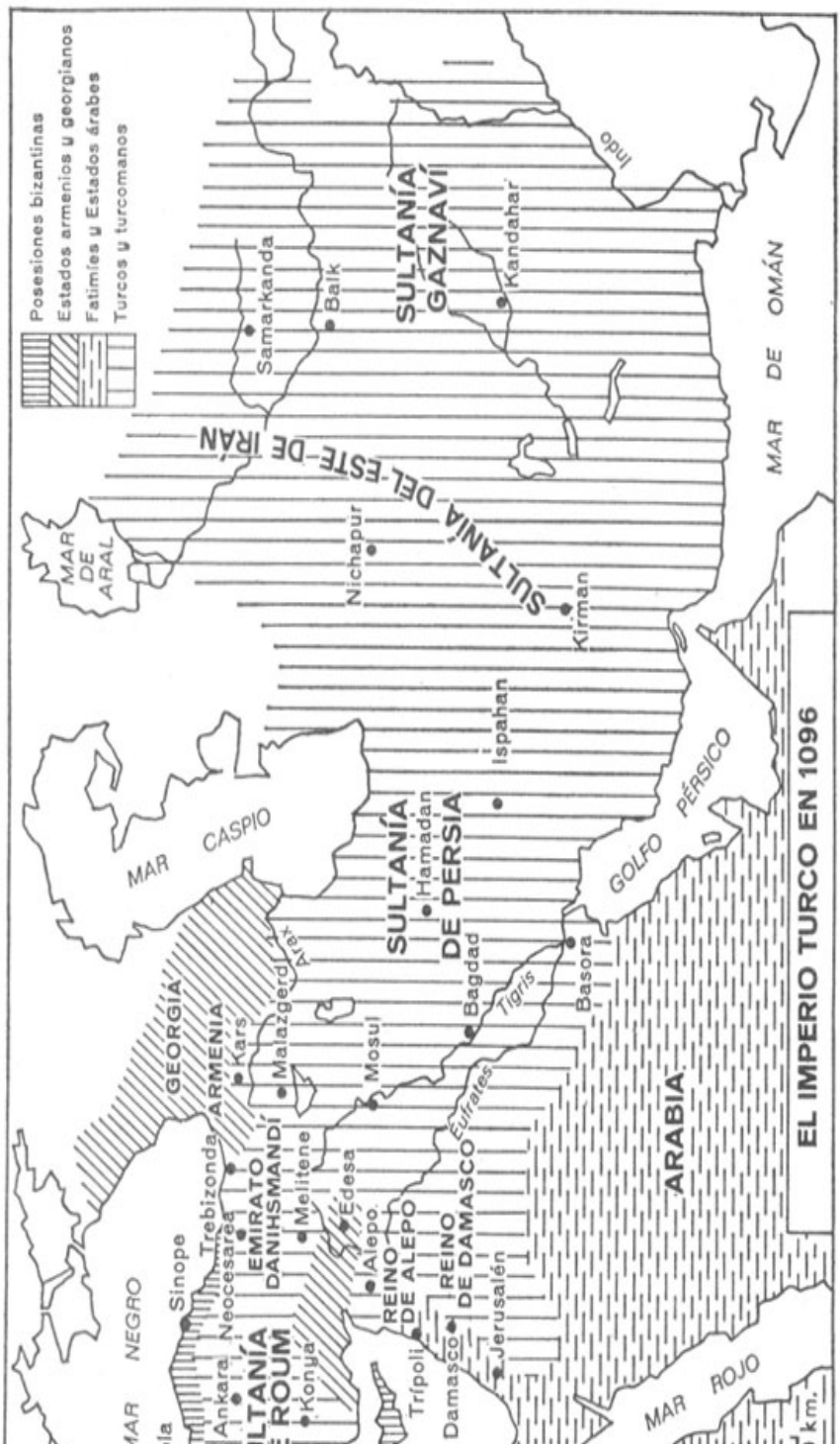
keianos, cree como todo el mundo en la veracidad del suplicio y va a ver a su primo, a quien cubre de reproches, diciéndole que no tenía derecho a tratar con tanta crueldad a tan gran héroe: como si este heroísmo no hubiera actuado en contra de los griegos. El joven general sonríe entonces y, saboreando de antemano la sorpresa que Dokeianos se va a llevar, le conduce hasta el interior de la tienda del cautivo y le muestra a Roussel con los ojos intactos, «lucientes como estrellas». Y los dos primos manifiestan juntos su regocijo. Podemos afirmar que no había interés mezclado con esta alegría, pues el gobierno griego ya no volvió a pensar, como es lógico, en utilizar los servicios del demasiado combativo normando. Sin embargo, Ana Comneno asegura que el emperador Miguel y toda su corte se alegraron sobremanera al enterarse de que Roussel no había perdido los ojos).

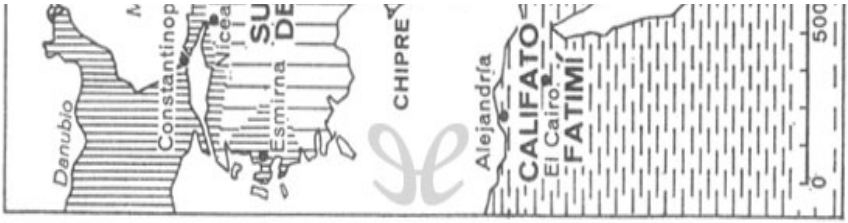
La diferencia profunda e irreductible entre la tradición de Roma y la de Bizancio residía en la actitud de ambas ante la matanza o, si se quiere, ante la guerra. Si unos y otros hacían la guerra y la aprobaban, si celebraban sus victorias e invocaban a Dios pidiéndole la victoria y corrían al combate blandiendo la cruz y estandartes con imágenes de santos, la guerra, aun siendo «santa», fue siempre para los griegos un pecado y algo de un nivel puramente humano. Pecado necesario y venial, pero pecado al fin y al cabo, hasta el punto que un soldado cualquiera, por legítima que fuera la guerra en que tomaba parte, quedaba excluido de la participación de los sacramentos por un tiempo más o menos largo y a título de penitencia. El acto de derramar sangre, ni aun tratándose de la sangre de los enemigos de Dios, no podía considerarse como una buena obra. El héroe que sucumbía bajo la acometida turca podía a lo sumo esperar el perdón *in extremis*, a semejanza del buen ladrón, si es que tenía tiempo de confesarse.

También en Occidente era así en teoría. No obstante, desde el momento en que los papas, a partir de la mitad del siglo XI, concedieron indulgencias especiales a los soldados que venían a Es-

paña a luchar contra los moros o se ponían al servicio directo de la Iglesia, la matanza, en su forma noble, es decir, la guerra, no sufría desde hacía tiempo de prejuicios en su contra. La clase dirigente de la sociedad laica estaba compuesta por militares, gente cuyos valores espirituales eran puramente guerreros. En vano la Iglesia luchaba contra este estado de cosas. Y no obstante las amenazas de excomunión, tan sólo una minoría de caballeros observaba la tregua de Dios y la paz de Dios dictadas por la Iglesia. Como es lógico, la Iglesia no podía condenar a los que luchaban por defenderla, y se veía obligada a estimular la lucha que los cristianos mantenían en España para reconquistar sus territorios en poder de los musulmanes. Si en Bizancio el emperador, jefe temporal de la Iglesia, era también el jefe del ejército, la Iglesia misma, mientras iba concediendo su bendición a cuantos tenían declarada una guerra justa, se mantenía aparte, teóricamente fiel a su horror por todo lo que fuera derramamiento de sangre. Los griegos hubieran quedado escandalizados de ver a su arzobispo montado en un caballo de combate, con casco en la cabeza y espada en mano, mientras que un espectáculo así no disgustaba a los latinos, al menos a los caballeros.

En Occidente, la diferencia profunda residía en el hecho de coexistir dentro de una misma conciencia el ideal guerrero y el ideal cristiano. En cambio, no parece que Bizancio conociera jamás tal coexistencia: el realismo griego rechazaba tan flagrante contradicción.


Posesiones bizantinas
Estados armenios u georgianos
Fatimíes u Estados árabes
Turcos u turcomanos
Samarkanda
Balk
SULTANÍA GAZNAVÍ
Kandahar
Indo
MAR DE OMÁN
SULTANÍA DEL ESTE DE IRÁN
MAR DE ARAL
Nichapur
Kirman
Ispahan
MAR CASPIO
SULTANÍA DE PERSIA
Hamadán
GOLFO PÉRSICO
Bagdad
Basora
Tigris
Éufrates
Alex
GEORGIA
ARMENIA
Kars
Malazgerd
Mosul
Edesa
Alepo
EMIRATO DANIHSMANDÍ
Melitene
Trebizonda
Neocesarea
Sinope
Ankara
Konya
REINO DE ALEPO
REINO DE DAMASCO
Trípoli
Damasco
Jerusalén
ARABIA
MAR ROJO
MAR NEGRO
EL IMPERIO TURCO EN 1096


Danubio
Constantinop
Nicea
SU
DE
Esmirna
CHIPRE
Alejandría
CALIFATO
El Cairo
FATIMÍ
0
500

Capítulo 3

La Primera Cruzada (1096-1099).

La campaña de Pedro el Ermitaño

La primera idea de Cruzada, tal como se comprendió y realizó, corresponde sin lugar a duda a Urbano II Después de él, el segundo artífice de la Cruzada fue Raimundo de Saint-Gilles, a quien el Papa fue a consultar ex profeso antes de su llamamiento en el Concilio de Clermont y quien tomó enseguida una parte tan activa en la propaganda y en la preparación de la guerra santa que casi creemos que él también debió de estar dándole vueltas al proyecto desde hacía algún tiempo.

Sin embargo, los rumores del vulgo en torno a los acontecimientos para modelarlos a su manera atribuyeron enseguida al Papa (y con mayor razón al conde de Tolosa) un papel secundario. Dichos rumores fueron tan persistentes que algunos de los cronistas de la época se hicieron eco de ellos. Así, el verdadero iniciador de la Cruzada habría sido Pedro el Ermitaño, a quien Jesucristo se habría aparecido en sueños y entregado una carta —que incluso apareció en la realidad— dirigida al Papa. Pedro habría ido a Roma al encuentro del Papa para darle parte de su visión y enseñarle la milagrosa carta, en la que, por mediación de Pedro, Cristo mandaba a Urbano II predicar la guerra santa para liberar Jerusalén.

Pero nada prueba que Pedro estuviera en Roma en ninguno de los años anteriores al concilio y hubiera visto jamás al Papa. En cuanto a la carta, él hablaba en efecto de ella y la mostraba a su público, pretendiendo que era Jesucristo quien se la había entregado. Él mismo debió de ser el inventor de la leyenda. Sea co-

mo fuere, el hecho es que la fama de Pedro el Ermitaño eclipsó rápidamente la de otros participantes y propagandistas de la Cruzada en proyecto, cosa tanto más sorprendente cuanto que este hombre se dirigía sobre todo al vulgo sin tener contacto directo alguno con la Iglesia ni con los barones cruzados.

Se le ha juzgado de muy diversas maneras, y en especial los historiadores de los siglos XIX y XX: ¿fue un demagogo, un iluminado o bien un santo? Lo cierto es que, aparte de un desfallecimiento pasajero de que dio muestra durante el sitio de Antioquía, inspiró en todo momento y a cuantos se dirigían a él el mayor respeto y nadie dudaba de su santidad. Era, para todo el mundo, el hombre de Dios; pasaba por ser uno de los jefes espirituales de la Cruzada, y los barones le mandaban como embajador cerca de los musulmanes, a quienes imponía su fama de hombre santo. En Constantinopla, el emperador le recibía con todos los signos de respeto y le escuchaba con más deferencia que a los grandes barones. Gozaba de un crédito enorme, por lo que al menos deducimos que tenía una fuerte y excepcional personalidad.

Era uno de estos hombres que fascinan a todo el que le trata; y era tal su elocuencia que al escucharle parecía estar oyéndose a un ángel del cielo. Pequeño, delgado y pobremente vestido y siempre montado en un pequeño asno que pronto se convirtió en legendario, Pedro era uno de tantos predicadores ambulantes que el pueblo veneraba más que a obispos y abades. En aquellos hombres de vida y de aspecto apostólico, el pueblo solía depositar todo un fervor que la actitud de la Iglesia oficial a menudo desalentaba. Estos «hombres santos», que por voluntad propia se mantenían al margen de la jerarquía eclesiástica, atraían a las muchedumbres tan sólo con su aparición. Hubo entre ellos impostores, extravagantes y locos, y hubo también —y a lo largo de los siglos XII, XIII y XIV su número se incrementó— heréticos más o menos declarados que la Iglesia persiguió despiadadamen-

te. Algunos fundaron sectas que en un momento lograron tener cierta solidez, pero que pronto se disgregaron; otros se adhirieron a grandes movimientos heréticos, como ocurrió en el Midi de Francia; y en su mayoría fueron bastante mal vistos por la Iglesia, que los consideraba unos sembradores de desorden incluso cuando no predicaban doctrinas heterodoxas.

(Sin embargo, a esta profunda corriente de fervor popular que dio a luz a falsos o a verdaderos hombres de Dios debemos el renacimiento franciscano, que al principio fue tan sólo tolerado por Roma).

De los predicadores inspirados y los apóstoles laicos, Pedro el Ermitaño fue y sigue siendo el más célebre por la parte activa que tomó en la Primera Cruzada. No podemos decir, sin embargo, que su popularidad se fundara en la predicación de la guerra santa; muy al contrario, la Cruzada debió en gran parte su popularidad a la presencia del «pequeño Pedro». En efecto, Pedro era un predicador bien conocido en todo el norte y el noroeste de Francia y, cuando se predicó la Cruzada, ya había pasado años recorriendo Normandía, Champaña, Picardía e Île de France, seguido de muchedumbres de fieles que, llevados de su ejemplo, habían elegido la vida errante de los apóstoles.

En la comunidad de Pedro, los discípulos donaban sus bienes a los pobres, llevaban una vida ascética y se consagraban a las obras de caridad y a la predicación del Evangelio.

Dondequiera que Pedro, siempre con su pequeño asno, hiciera su aparición, allí se juntaba la muchedumbre para escucharle. Predicaba tan bien el arrepentimiento y la caridad, que despertaba en sus auditorios un sentimiento de auténtica adoración: los que tenían la suerte de llegar a arrancar un pelo a su asno lo guardaban como una reliquia. Se le decía hijo de un caballero normando; no era monje ni sacerdote, obedecía estrictamente a la Iglesia y nunca se le reprochó que sus propósitos estuvieran

manchados de herejía. Su predicación, del todo popular, perseguía un fin moral y, por tanto, tampoco tenía nada de las sutilezas dogmáticas. Eran muchos los fieles ricos y nobles que, convertidos por la predicación de Pedro, dejaban en sus manos todos o parte de sus bienes, y las sumas importantes de que disponía la comunidad se destinaban a obras de caridad. Alberto de Aix nos da a conocer en particular que una de las mayores preocupaciones de Pedro el Ermitaño era la de dotar a las muchachas públicas arrepentidas, con el fin de permitirles fundar un hogar.

Así pues, adorado por el pueblo y respetado por los grandes, Pedro el Ermitaño ya era en 1095 un instigador de masas. ¿Intentaría Pedro explotar la idea de la guerra santa con vistas a acrecentar su propia popularidad? Lo cierto es que seguramente intentó disputar al Papa el mérito de una empresa que desde un principio sedujo la imaginación de las gentes —lo que no quiere decir que él mismo no estuviera entusiasmado con la idea.

Con sus discípulos recorrió las provincias de Francia, recogiendo el dinero necesario para el viaje, arrastrando tras de sí a cuantos deseaban cruzarse y a quienes los barones, razonables y previsores —y hasta los curas de sus parroquias— no querían dejar marchar. El movimiento adquirió enseguida una amplitud considerable, pues, para su piadosa obra, Pedro se dirigía a los señores, a los burgueses ricos y hasta a los judíos. Unos daban dinero por devoción y los otros —los judíos— por temor. Sabemos que en Rouen, Pedro obtuvo del gran rabino de esta ciudad una carta de recomendación destinada a los judíos de Maguncia con el fin de persuadirles a que se mostraran caritativos para con los pobres de Dios. Este último detalle muestra que Pedro no renunciaba a sus principios evangélicos en favor de la Cruzada, y que sabía estar en buenas relaciones incluso con los judíos. No parece que, como se ha dicho, la predicación de la Cruzada provocara en Normandía excesos de antisemitismo; de lo contrario,

la carta de recomendación obtenida por Pedro no hubiera tenido probabilidades de atraerle el favor de los judíos de Maguncia.

Por lo demás, estos cruzados civiles, en teoría meros peregrinos dispuestos a arrostrar toda clase de peligros por amor a Tierra Santa, iban acompañados y rodeados de militares, la mayoría discípulos de Pedro el Ermitaño. Otras masas de peregrinos parecidas a la de Pedro se formaron primero en Francia y después en Alemania. Una de ellas, guiada por un caballero entregado al servicio de los pobres, Gautier Sans Avoir, eso es, «sin bienes» (se trataba de un sobrenombre adoptado sin duda por humildad), tomó la delantera a Pedro el Ermitaño y los suyos y partió primero. Todos los testigos están de acuerdo en alabar la dignidad y el valor de Gautier, que no era ni un fanático ni un aventurero. Aun cuando no siempre consiguió evitar los choques con la población de las tierras que atravesaban ni establecer el orden cuando surgían disputas en su campamento, parece ser que a él, como tampoco a Pedro, no se le pueden imputar los desórdenes de Constantinopla ni la responsabilidad del desastre final.

Sin embargo, los ejércitos populares enseguida adquirieron una triste reputación. En Hungría, y después en Belgrado, estallaron sangrientos conflictos. En Semlin (Hungría) llegó a darse una verdadera batalla, pues se habló de cuatro mil húngaros muertos (Alberto de Aix). El gobernador de Belgrado tuvo que hacer evacuar la ciudad temiendo por la seguridad de sus habitantes. No obstante, gracias a las exhortaciones de Pedro y a las amenazas de los oficiales bizantinos, se restableció el orden y la tropa llegó a las puertas de Constantinopla después de cuatro meses de marcha.

Pedro no había limitado su predicación a las provincias francesas, donde ya se le conocía: su enorme celo le llevó a predicar la partida para Jerusalén hasta en los países que atravesaba con sus tropas en ruta hacia Palestina. En todas partes donde aparecía él a la cabeza de sus peregrinos, que parecían un pueblo de nómadas,

con sus estandartes con la cruz y entonando cánticos, reunía en un campo a la población local y predicaba la buena nueva: la partida de pobres y pecadores hacia Jerusalén. En Alemania, a pesar de que el pueblo no podía comprender lo que decía, causó un profundo impacto y su predicación dio también allí sus frutos. Mientras, tanto en Francia como en Alemania, eran ya muchos los predicadores de la Cruzada. Si por una parte en Francia los voluntarios de la Cruzada se agruparon en su mayoría alrededor de Pedro el Ermitaño hasta formar una tropa capaz al menos de impresionar por su tamaño, si no por su buen adiestramiento, por otra salieron en poco espacio de tiempo de Alemania varias de estas expediciones piadosas. Éstas estaban mucho menos nutridas, pues no sumaban más que unos miles de hombres (en todo caso ninguna llegaba a los veinte mil). No se sabe cuántos peregrinos seguían a Pedro el Ermitaño y a sus compañeros; su muchedumbre, la más numerosa de todas, contaba al menos con unas cuarenta o cincuenta mil personas al salir de Alemania, en todos los sitios por donde pasaron dieron la impresión de ser una innumerable tropa o de un pueblo en marcha.

Hubo entre los jefes de las Cruzadas populares alemanas hombres honorables, como Gautier de Tubinga y Gautier de Teck; sin embargo, no eran «hombres de Dios» públicamente reconocidos como tales. Otros jefes iban animados por un espíritu que no puede ser calificado de cristiano.

Emich de Leisingen era un caballero-bandido, conocido por su vida de rapiñas. Un buen día, al oír hablar de la predicación de la Cruzada, se le encendió un celo sagrado por la causa de Jesucristo y de pronto llegó más lejos que Pedro el Ermitaño, quien pretendía tener una carta de Jesucristo: Emich aseguró haber recibido los estigmas y llevar la cruz de Cristo milagrosamente impresa en sus carnes. Poseía un verdadero ascendiente sobre las masas y soñaba con una cosa del todo distinta de una peregrinación: se creía designado por Dios para ser emperador

de Jerusalén. Era tal la atracción que ejercía en los ánimos de sus seguidores que mucho tiempo después de su muerte su recuerdo perviviría en su provincia natal, donde varias veces circularon rumores sobre su milagrosa resurrección… Emich concebía la Cruzada no como peregrino ni como militar de carrera, sino como caballero-bandido. Su primera idea fue la de lanzarse, él y sus tropas, armados con los medios más diversos, contra los enemigos de Dios más próximos y más desarmados: los judíos de Alemania. Sus hordas se volvieron tristemente célebres por las matanzas de judíos y no tuvieron ocasión de arremeter contra otros infieles.

Mientras Emich de Leisingen, oponiéndose a la resistencia de los obispos, dueños de estas ciudades, hacía dar muerte a los judíos de Espira, Maguncia, Colonia, Tréveris y Worms, otro jefe de banda, Volkmar, tenía puestos los ojos en la comunidad judía de Praga. Su verdadero objetivo era el saqueo, y el odio religioso le servía de mero pretexto. Una vez encendido este odio, era fácil alimentarlo, pues el celo por Jerusalén reavivaba el fervor por la Pasión de Cristo y el odio por el pueblo deicida. Varios miles de judíos perecieron en Alemania víctimas del interesado fanatismo de los jefes de banda.

Compuestas en gran parte de aventureros, de mendigos y de reos, tras haber empezado por hacer víctimas a los judíos, estas tropas mal organizadas no se detuvieron más en esta pendiente y comenzaron a atacar a la población cristiana de los países por donde pasaban. En Hungría chocaron con los ejércitos de Colomán, los cuales dieron muerte a los peligrosos cruzados como se hace con animales feroces. Emich de Leisingen fue casi el único en escapar, gracias a la velocidad de su caballo. Sus partidarios habían sido de siete a ocho mil, incluyendo a mujeres y niños.

Los pobres del norte de Francia no sufrieron la trágica suerte de los cruzados alemanes (al menos en Europa). Tardaron varios meses en atravesar Alemania, Bohemia, Hungría y los Balcanes,

y su número hacía el viaje muy dificultoso. Incluso con dinero, ¿cómo abastecer de víveres a tanta gente, sobre todo en las regiones pobres? A causa de la penuria de víveres y de las dificultades de transporte, las mercancías se vendían muy caras, lo que provocaba roces inevitables con las poblaciones locales. El viaje a pie por territorios montañosos era muy penoso y por el camino muchos peregrinos morían de fatiga y falta de alimento. Los ahogamientos en las travesías de los ríos, las caídas mortales, las insolaciones y las epidemias que suelen causar estragos en todo desplazamiento de tropas mal provistas redujeron en una considerable proporción el número de pobres de Pedro el Ermitaño.

Y, sin embargo, parece que cuando llegaron a Constantinopla eran varias docenas de miles, a juzgar por el estupor que en los griegos produjo su aparición. «… Un pueblo incontable…». «Más numerosos que las arenas del mar[7]…». Al leer a Ana Comneno se diría que los griegos se imaginaron que todos los bárbaros de Occidente se habían puesto en marcha de repente y que las provincias se habían quedado sin habitantes…

Más prudentes, los pobres del Midi francés se unieron a los ejércitos del conde de Tolosa, el cual consideró un honor el tomar a los pobres bajo su protección. Ello acarreó a sus tropas mayores dificultades en lo que se refiere al aprovisionamiento y a las relaciones con las poblaciones locales, pero estos pobres al menos siempre estuvieron protegidos por un número suficiente de hombres de armas y durante toda la campaña compartieron la suerte del ejército.

A la vista de Constantinopla, los cruzados de Pedro el Ermitaño no deseaban más que una cosa: obtener del emperador barcos y atravesar el Bósforo a fin de proseguir su marcha hacia Jerusalén. Ya se habían reunido con las tropas de Gautier Sans Avoir, del conde de Tubinga y de Gautier de Teck, y se sentían lo bastante fuertes para afrontar toda clase de peligros. Ignoraban —y tampoco sus jefes debían de saberlo muy bien— hasta qué punto

era largo y duro el camino que les quedaba y la amenaza terrible que ofrecían los ejércitos nómadas de los turcos.

Alejo Comneno recibió en su palacio a Pedro el Ermitaño, le trató con deferencia y le aconsejó que esperase la llegada de tropas mejor armadas, consejo que podía ser muy bien desinteresado, pues la obligación de alimentar a tantas bocas inútiles representaba un gran sacrificio para el tesoro imperial, y la presencia de aquella gente en los alrededores de la capital no tenía nada de tranquilizador. Los pobres, impacientes por ponerse de nuevo en marcha e irritados contra el «rey de los griegos», que parecía querer impedir que se cumplieran sus deseos, se dejaron llevar de una agitación que sus jefes no supieron cómo controlar; y se formaron enseguida bandas de cruzados que saqueaban e incendiaban las aldeas cercanas a Constantinopla, sin respetar siquiera las iglesias, y que pasaban al ataque de los suburbios de la ciudad. Alejo, inquieto y cansado ya de soportarlos, se resolvió a proporcionarles por fin barcos. Pero recomendó a los turbulentos peregrinos que se mantuvieran en las proximidades de la orilla, en la región sometida al gobierno imperial, y prometió suministrarles víveres hasta la llegada de los barones cruzados.

Sin embargo, apenas hubieron desembarcado en Asia Menor, los pobres de Dios —o por lo menos algunos de ellos— se creyeron en tierra «pagana». Ya hemos visto que estos peregrinos formaban una masa heterogénea, donde, junto a personas armadas de buenas intenciones y cuyo fervor enternecía a los griegos, se encontraban muchos fanáticos peligrosos más cercanos al espíritu de Emich de Leisingen que al de Pedro el Ermitaño, y sin duda también gran cantidad de simples malhechores, convertidos sólo a medias o peor. Estos últimos constituían el elemento más dinámico del extraño ejército. Algunos hombres armados bajo el mando de un tal Reinaldo abandonaron el campamento, se echaron al campo y ocuparon al asalto una aldea fortificada en donde vivían campesinos griegos; y, tomando a estos cristianos

por sarracenos, los cruzados los pasaron a cuchillo con la más refinada e inaudita crueldad (siempre y cuando demos crédito a Ana Comneno, quien habla de niños pasados por el asador y quemados vivos). Hubo una tropa emprendedora que decidió avanzar por territorio enemigo y atacar a los turcos —esta vez a los auténticos—, y cosechó el primer éxito al apoderarse de la fortaleza de Jerigordon; pero casi enseguida todos sus componentes murieron en manos de los turcos.

Pedro el Ermitaño, ante el temor de ver que el ejército desertaba, se fue a Constantinopla con la esperanza de obtener del emperador protección armada lo bastante eficaz para sus tropas, lo que en mala hora hizo, pues dejaba sin jefe a una multitud de por sí ya bastante desorientada y mal dirigida. La multitud de peregrinos, haciendo caso omiso de algunos caballeros con experiencia que se hallaban entre ellos, decidió arrebatar a los turcos la ciudad de Nicea. Pero las tropas del sultán Qilich-Arslan, advertidas de la llegada de una tropa considerable de cristianos latinos, avanzaban ya en dirección a la ciudad. Cuando vieron a la multitud de peregrinos, de los que sólo una cuarta parte era capaz de defenderse, se precipitaron sobre ellos. Hubo una cruenta matanza, pues de los treinta o cuarenta mil que eran apenas quedaron dos o tres mil supervivientes, en su mayoría rezagados que no estuvieron presentes en el lugar de batalla. Gautier Sans Avoir murió, como también Gautier de Teck y el conde de Tubinga. No parece que esta vez los turcos se entretuvieran en seleccionar, siguiendo su costumbre de respetar a los hombres robustos y a las mujeres para convertirlos en esclavos. Los historiadores, tanto Ana Comneno como Raimundo de Agiles y Alberto de Aix, aseguran que fue una pura y total carnicería.

La Cruzada «popular» había terminado. Pedro el Ermitaño no tuvo más que esperar con el puñado de supervivientes que le quedaban la llegada de los barones. Tenía que unirse al grueso del ejército y continuar desempeñando allí su papel de predica-

dor y de excitador de masas. Su prestigio era aún considerable, si no entre los barones, sí al menos entre los soldados del ejército. Se acordó que los desgraciados peregrinos habían sido mártires y que desde el cielo sus almas acompañaban y protegían al ejército de Cristo. El hecho está en que el sacrificio involuntario de los primeros cruzados se reveló útil al ejército de los barones: Qilich-Arslan y sus emires, mal informados sobre las causas del arranque místico que condujo a los pobres al cruel desenlace, se imaginaron haber aplastado a un verdadero ejército franco y pensaron que los bárbaros de Occidente no eran tan de temer. Y, mientras un poderoso ejército formado por una coalición de barones latinos proseguía su marcha en dirección a Asia Menor, los príncipes selchuquíes pasaron a ocuparse de sus querellas de familia, sin temer lo más mínimo el ataque de enemigo tan poco digno. Este malentendido contribuyó en gran parte a las primeras —y decisivas— victorias de los cruzados.

Los barones

El ejército o ejércitos de los barones latinos eran, ya para la época, dignos de consideración. Cada uno de ellos era por sí solo capaz de decidir la suerte de un país en una batalla campal. Pero los historiadores de la época se muestran por lo común tan imprecisos al evaluar el número de sus componentes que resulta difícil arriesgar una cifra siquiera aproximada[8]. Se cree, sin embargo, que las filas de los ejércitos cruzados sumaban en conjunto varios miles de caballeros: Raimundo de Saint-Gilles, Godofredo de Bouillon y Roberto de Normandía mandaban cada uno cerca de mil caballeros; el conde de Blois y el conde de Flandes, a varios centenares; y Bohemundo, cuyo ejército, a fuer poco numeroso, se elevaba a siete u ocho mil hombres, debía de tener no menos de quinientos caballeros bajo sus órdenes. El caballero a su vez representaba una unidad combatiente que comprendía, además de él, a cinco o seis soldados escogidos. Aparte de los caballeros, estos ejércitos contaban con arqueros, con toda clase de

técnicos, desde ingenieros hasta simples encargados de las máquinas de guerra, un extenso número de personal auxiliar y de servicio y todos los profesionales del oficio de las armas; por su parte, los soldados rasos, gente de a pie armada con lanzas pequeñas, garrotes y cuchillos, también tenían criados a su cargo que no combatían, pero que se empleaban en otras mil tareas de campamento y de asedio[9].

Los ejércitos —eran cinco: el de los loreneses, el de los provenzales, el de los flamencos y los franceses, el de los normandos y el de los normandos de Sicilia— asustaron por sus enormes dimensiones a Alejo Comneno, quien, sin embargo, era un soldado de experiencia y que desde su juventud había luchado contra los turcos, normandos y generales griegos rebeldes. Ana Comneno asegura (con cierta exageración sin duda) que todos los ejércitos imperiales reunidos no hubieran podido equipararse con siquiera uno de los contingentes «celtas». No sólo Constantinopla, ningún país de los entonces conocidos había visto jamás igual concentración de hombres de armas. Y, como hemos podido ver, los griegos, atemorizados, creyeron que los latinos podían apoderarse de Constantinopla y de todo el imperio con sólo proponérselo. Pero no hubo ningún conflicto armado, lo que brindó la ocasión a Alejo para felicitarse de su prudente diplomacia, aun cuando en realidad lo que querían los cruzados era simplemente obtener su ayuda.

Iban bien preparados. Sabían que los turcos eran unos temibles adversarios y no creían que fueran a vencerles con la sola intervención divina. Sabían también que en Asia Menor los turcos eran los dueños del terreno, que tenían en su poder todas las plazas fuertes y vigilaban los caminos, que, bien afianzados en el territorio, superaban en número a todo posible ejército venido de fuera, y que desde allí controlaban el aprovisionamiento y los recursos de agua potable. Sabían perfectamente el riesgo que corre un gran ejército en un país extranjero y hostil. Y tenían como

enemigo a un pueblo conquistador, dominante y por definición militar, dueño de un país por la fuerza de las armas y siempre en estado de alerta.

Los cruzados sabían también —antes de su salida y aún mejor después de su encuentro con Alejo Comneno— que los turcos no constituían una fuerza homogénea y que la herencia de Malikshah había caído en manos de diversos herederos que se disputaban la hegemonía; que éste era el momento acertado para intentar derribar el poderío turco y el camino de Jerusalén pasaba por Nicea, Anatolia, Antioquía y Siria, y que tanto ellos como Bizancio necesitaban vencer primero a los turcos en Asia Menor y restablecer el dominio griego en el camino de los Santos Lugares.

El primer objetivo del ejército cruzado —que contaba ahora en sus filas con el contingente griego al mando de Tatikios— fue, como es natural, la ciudad de Nicea, fortaleza grandiosa situada casi enfrente del Bósforo, ciudad venerable por su largo pasado cristiano y plaza de capital importancia en vistas a la seguridad de Constantinopla. Nicea, que dieciséis años antes había caído en manos de los selchuquíes, era ahora la capital del sultán Qilich-Arslan, hijo de Sulayman y primo lejano de los hijos de Malik-Shah, actual dueño y señor de Anatolia. En el momento del desembarco de los cruzados, el sultán guerreaba en las montañas de Armenia contra otro soberano turco, Malik Ghazi Gumushtekin, hijo de Danichmand, que hacía tiempo disputaba a los selchuquíes el dominio del norte de Asia Menor, desde el mar Negro hasta el Caspio. Cuando Qilich-Arslan logró comprender que el ejército cristiano podía representar un verdadero peligro para la capital, mandó refuerzos a toda prisa. Pero demasiado tarde: la ciudad estaba rodeada y las tropas turcas fueron rechazadas con facilidad. Tras un mes y medio de sitio, la guarnición de Nicea y la sultana, esposa de Qilich-Arslan, negociaban la capitulación de la ciudad.

Durante todo el sitio, difícil por tratarse de una ciudad grande y bien defendida, cruzados y griegos trabajaron en estrecha colaboración, rivalizando en ímpetu y en habilidad técnica, pues, si los latinos eran, de lejos, los más numerosos, los griegos desempeñaron en las operaciones militares, gracias a su maquinaria de guerra y a su flota, un papel considerable. Todo junto sirvió para que griegos y turcos se dieran cuenta de que aquellos cristianos bárbaros, a quienes no habían temido por no haberlos conocido antes, constituían una fuerza militar de primer orden.

La toma de Nicea fue la primera gran victoria del ejército cruzado, pero también la causa de un sensible enfriamiento de las relaciones entre griegos y latinos. Y es que la guarnición sitiada creyó prudente negociar con Tatikios y a través de él con el emperador, a espaldas de los cruzados: para los turcos, el rey de Rum era el jefe de la cristiandad y por ende su vecino, por lo que consideraban más natural dirigirse a él que a sus aliados los jefes bárbaros. Pero los cruzados se disponían a un asalto general para apoderarse de la ciudad por la fuerza y, por su parte, ni Alejo ni Tatikios juzgaron oportuno ponerles al corriente de las negociaciones en curso. La mañana del 28 de junio, cuando los cruzados se disponían a atacar con sus escaleras y arietes las murallas, vieron que en las torres ondeaban las banderas imperiales: Nicea volvía a ser bizantina. Los cruzados ya no podían hacer nada más sino entrar otra vez en sus tiendas de campaña.

Se comprende que tal sorpresa llegara a herirles. Sin embargo, los jefes fueron aún lo bastante correctos y no demostraron su descontento. Alejo Comneno se apresuró a demostrarles su gratitud con nuevas dádivas. Pero entre los hombres de armas quedó un poso de mal sabor, pues estimaban que su valor y esfuerzo merecían un rico botín. Justamente lo que el emperador y sus lugartenientes habían pretendido evitar.

Nicea era una ciudad griega que había pasado dieciséis años bajo dominio extranjero, y el libertarla era la gran precaución de

Alejo, quien sin duda antes hubiera preferido dejarla para los turcos que abandonarla a la suerte de una toma por asalto. Pero la más elemental cortesía exigía en aquel momento que se consultara a los jefes cruzados y se les tuviera al corriente de las negociaciones. La actitud de éstos una vez tomada la ciudad muestra que hubieran sido del todo capaces de comprender las razones del *basileus*.

En efecto, a pesar del descontento del ejército, que empezaba ya a hablar de una «traición» de los griegos, los barones, con excepción de Tancredo, sobrino de Bohemundo, renovaron el juramento de fidelidad al emperador. Y Alejo les prometía juntar a todas sus tropas, que se reunirían con ellos por el camino de Siria. Se trataba, a juicio de unos y otros, de una empresa llevada a cabo en común: mientras que los latinos se encontraban en el país, el emperador avanzaba con sus tropas siguiendo la orilla del mar Negro, tomando a los turcos las provincias griegas de Misia, Jonia y Lidia. No se le podía acusar, pues, de permanecer con los brazos cruzados y de dejar que los demás actuaran en su lugar. Pero, como suele suceder en estos casos, los que pelean tienen tendencia a no ver más que las propias dificultades y las propias hazañas. Todos los historiadores latinos están de acuerdo en afirmar que el emperador, después de privar a los cruzados de las ganancias de la primera victoria, les mandaba continuar, con la seguridad de que los turcos harían con ellos una matanza.

De hecho, Alejo no renunciaba a su política de división, consistente en establecer buenas relaciones ora con uno ora con otro de los príncipes turcos, y en excitar sus odios recíprocos con pérfidos mensajes. Por una extraña ironía del destino, en el momento en que los griegos tomaban Nicea a Qilich-Arslan, Alejo Comneno estaba haciendo todo lo posible para conciliar al joven sultán, que le parecía entonces menos temible que el emir de Esmirna o que los emires danishmandíes. Ya sea por política o por cortesía, recibió con grandes honores a la sultana hecha prisione-

ra en Nicea y, tras haberla colmado de presentes, la volvió a mandar a su esposo sin exigir rescate alguno. Este gesto caballeresco no mereció la justa apreciación de los caballeros cruzados, quienes aún tenían mucho que aprender en cuestión de buenos modales.

Dorilea

Pero al enterarse de la caída de la capital, Qilich-Arslan comprendió que la cuestión se volvía cada vez más seria. Hacía tres días que las tropas de los cruzados acababan de salir de Nicea, cuando de improviso se vieron atacadas por un formidable ejército turco mandado por el propio sultán, el cual había reunido a toda prisa las fuerzas de que disponía en Anatolia y había llamado en su ayuda a su ayer enemigo Ghazi-Ibn-Danichmand. Los dos principales príncipes turcos de Asia Menor pensaban llevar a cabo así un gran golpe y liquidar definitivamente al nuevo adversario, cuya fuerza no habían valorado antes.

Sin que puedan darse cifras exactas, las crónicas latinas, a todas luces redactadas tomando como base los recuerdos de testigos oculares, muestran el terror de los cristianos ante las multitudes de soldados enemigos, «turcos, árabes y sarracenos», que les asaltaron aquel día. «Todos los montes, las colinas y los valles y todas las llanuras que quedaban al interior y al exterior estaban por entero cubiertas de esta raza excomulgada…» (Anónimo, trad. francesa de Bréhier, p. 47).

Esta vez los cruzados no sólo eran menores en número, sino que además cometieron la imprudencia de separarse en dos grupos que siguieron rutas diferentes para facilitar el aprovisionamiento. No esperaban que el ataque fuera tan rápido. Los turcos cayeron primero (1 de julio de 1097) sobre la parte de ejército que conducía Bohemundo, la más débil de ambas. Bohemundo no era hombre que se desconcertara con facilidad y supo organizar rápidamente la defensa, sin otra esperanza que la de resistir

hasta la llegada del otro ejército. En el momento en que los turcos, habiendo debilitado primero al adversario con una lluvia ininterrumpida de flechas, pasaban al ataque directo, las tropas de los loreneses, franceses y provenzales se abalanzaron sobre ellos por la retaguardia y los rodearon por todas partes. La superioridad de los caballos y de las armaduras de los caballeros francos venció ahí la resistencia de unos adversarios más numerosos, pero armados más a la ligera. Gracias a unas maniobras hábiles y estratégicas, un ejército inferior en número consiguió cercar y tomar por detrás a las tropas turcas y sembrar el pánico entre ellas.

La derrota de Qilich-Arslan y de Ghazi fue total; sus soldados se desbandaron y huyeron, arrastrando consigo al propio sultán, el cual abandonó el campamento con todas las riquezas que allí había, a saber, el tesoro real que siempre llevaba en sus campañas.

Como hemos visto, había entre los dos adversarios una diferencia radical en la técnica y en la armadura militares. Ambos se encontraban desprevenidos y se desconcertaron ante una manera de hacer la guerra hasta entonces ignorada. El texto del anónimo nos refiere el terror que se apoderó de los guerreros francos a la vista de aquella multitud de jinetes armados a la ligera que avanzaban en filas apretadas mientras iban vaciando sus aljabas y se replegaban para ceder sitio a otras oleadas de arqueros a caballo. Se describe la caída de flechas y jabalinas comparándola con una lluvia espesa como el granizo, los gritos salvajes y agudos del enemigo y la rapidez diabólica de aquella caballería que lograba atacarlo todo y salir siempre a salvo… Para los turcos, la batalla terminó con una total derrota. Y es que ellos no conocían tampoco al nuevo enemigo, con sus caballos macizos y sus armaduras que hacían del hombre una especie de torre ambulante. Pues, aunque menos importantes que en los siglos XII y XIII, las armaduras francesas eran ya como caparazones de hierro y de cuero que hacían al caballero invulnerable a las flechas y a menudo a

los golpes de espada y desempeñaban algo así como la función reservada hoy a los tanques. Aquellos hombres de hierro, con las armas pesadas, debieron dar la impresión al soldado turco de otros tantos monstruos escapados del infierno. Lo que contó más aún fue quizá la desesperada energía de aquellos hombres enardecidos ante la enormidad del peligro. Necesitaban vencer, pues el mismo número de los asaltantes les hacía ver que de ser derrotados todos morirían o a lo sumo huirían los pocos que montaban caballos veloces.

Grandes muestras de regocijo siguieron a esta bien merecida victoria, merced al inmenso botín conquistado en el campamento de Qilich-Arslan. Cinco días después de tomar Nicea, la batalla de Dorilea fue uno de aquellos acontecimientos decisivos capaces de dar nueva orientación al destino de todo un pueblo. Acababa de crearse un mito, el de un ejército franco invencible. Y tanto para vencedores como para vencidos, este primer encuentro iba a adquirir el valor de un símbolo.

Los cristianos vieron en él una prueba manifiesta del favor divino, mientras que los turcos justificaron la derrota atribuyéndola al salvaje e irrefrenable ímpetu de los bárbaros latinos. El caso es que el choque fue muy duro. Tras la derrota de los grandes potentados turcos de Asia Menor, la causa estaba ya medio ganada para los cruzados, pues tan violenta reacción ante un ataque imprevisto desconcertó a los príncipes musulmanes que vivían en tierras de conquista mal sometidas y hostiles; las poblaciones locales empezaron a alzar la cabeza, dispuestas a unirse con sus providenciales aliados de Occidente. El ejército cruzado prosiguió adelante al frente de terribles pruebas y sin que los turcos se dieran por vencidos. La confianza que infunde un primer triunfo iba a asegurar por largo tiempo la superioridad de los cruzados frente a sus adversarios.

Dorilea, más aún que las predicaciones del Papa, les había consagrado como soldados de Dios, y con toda gratitud recono-

cían como jefe a este Dios que les había dado la victoria y, con la gozosa certidumbre de estar sufriendo por Dios y de ser guiados y protegidos por Él, avanzaban por un territorio difícil, devastado y sembrado de emboscadas.

Sabemos —pues a cuantos las conocieron no les fue fácil olvidarlo— las penalidades sufridas por el ejército en la travesía de Asia Menor: hambre y sed. Al replegarse, los turcos habían transformado en desierto una tierra ya arrasada por las continuas razias, y cientos de caballos y acémilas necesarios para un ejército en campaña caían muertos, y los hombres —y ya no digamos las mujeres, pues había muchas en el ejército— morían de fatiga y de insolación.

Tatikios, conocedor del país, decidió guiar el ejército pasando por Frigia, sin prever tampoco que encontraría la región devastada y los pozos llenos de piedras o con aguas contaminadas y los ríos secos, debido a la estación. Al punto los cruzados acusaron al general griego de haber pretendido extraviarles al indicarles tan mal camino, cosa en la que él ningún interés tenía en realidad, ya que tanto Tatikios como su ejército habían compartido con los cruzados las penalidades del viaje.

Fue terrible lo que llegaron a sufrir las pobres gentes del ejército. No sabemos a ciencia cierta cuántos murieron en el curso de esta marcha forzada, si bien algunos historiadores que escribieron mucho tiempo después sobre los acontecimientos la pintan con horror, como preludio del infierno. Era tanto el calor y el deber de avanzar tan apremiante por el miedo a que les sorprendieran las hordas de turcos nómadas que los ricos —aunque creemos que resistirían mejor— padecían tanto como los pobres; y también las mujeres, de las que Guillermo de Tiro nos cuenta que todas las que estaban encinta, tanto damas nobles como pobres campesinas, dieron a luz prematuramente, cuando atravesaban el desierto de Liconia, «lo que daba lástima de ver[10]».

Esta marcha a través de las antiguas provincias de Asia Menor duró cuatro meses. Los cruzados salieron de Nicea el 27 de junio y los primeros destacamentos, al menos, llegaron cerca de Antioquía el 20 de octubre. Gran ciudad cosmopolita, clave de Siria y del litoral de Palestina y estupenda plaza fuerte, Antioquía era una ciudad que los cruzados tenían que tomar como fuera si es que querían llegar a Palestina. Para los griegos, constituía el principal objetivo de la expedición, pues era una de las primeras ciudades del Imperio bizantino. Cuando llegaron ante Antioquía, los cristianos habían superado la fase de entusiasmo que da una primera victoria y, ya con una cierta experiencia del territorio, del adversario y de sus aliados indígenas, estaban de lleno dados a la guerra, que sabían iba a ser larga y dura. Habían aprendido a convivir normandos con loreneses, provenzales con franceses, bretones con flamencos, y el acuerdo reinaba al parecer tanto entre los jefes como entre las tropas, pues el ejército había podido medir en su momento el valor de los jefes, y éstos formaban un equipo aún coherente y unido ante la necesidad de un común esfuerzo.

Tan sólo Tatikios, con su contingente de griegos y de mercenarios, parecía un extranjero en medio de aquel ejército cristiano. El alto dignatario griego no consiguió, en efecto, inspirar confianza a sus aliados y se acabó por tenerle aparte y considerarlo un espía y un traidor. Nada permite sospechar de su lealtad, pero es probable que fuera su actitud altiva y distante lo que despertó el recelo de los cruzados. A medida que avanzaba aquella guerra contra los infieles, parece que la exasperación y la amargura de los cruzados se iba concentrando más sobre los griegos que sobre los turcos. Había razón para que así fuera, pues todo el heroísmo de que los cruzados dieron muestra hasta la llegada a Antioquía y todas las penalidades que soportaron en los cuatro meses de dura campaña sólo fue provechoso para los griegos. Las ciudades reconquistadas y los territorios ocupados no corres-

pondían de derecho sino al *basileus*. Y, mientras restablecían gobernadores bizantinos o vasallos de Bizancio en las fortalezas desertadas por los turcos —Cesarea, Placencia, Marash, Arth, etc.—, los cruzados soportaban con oculta impaciencia el papel de mercenarios que Alejo Comneno parecía haber querido imponerles.

Este ingrato papel les pesaba hasta el punto de que dos de los jefes secundarios del ejército cruzado, sin esperar la llegada a Antioquía, decidieron separarse del resto de sus compañeros y guerrear por su cuenta: Tancredo, el sobrino de Bohemundo, y Balduino, hermano menor de Godofredo de Bouillon. Ambos abandonaron el ejército el 14 de septiembre y se adentraron en las montañas de Cilicia, lo que les alejaba de Siria, pero también de las provincias que habían de reconquistar por cuenta de Bizancio. Los cruzados empezaron a darse cuenta de que, en las tierras conquistadas por los turcos, los dueños seguían siendo en principio los griegos, pues el enemigo parecía ocuparlas provisionalmente con una fuerza militar reducida a guarniciones locales. Esta guerra se revelaba, pues, de momento como desprovista de todo interés, tanto moral como material; les había costado ya muy cara y los que debían beneficiarse de tantos sacrificios cosechaban ahora todo el mal sabor que durante meses había estado acumulando un ejército paciente y sufrido, pero sin duda más dominado por la pasión y las ideas preconcebidas que un simple ejército profesional.

Una vez llegados a Antioquía, la suerte estaba echada y los cruzados, por más que en teoría se mantuvieran fieles a su juramento al emperador, consideraban que su deuda quedaba saldada.

Antioquía era una ciudad inmensa, con la que ninguna ciudad de Occidente podía igualarse, siquiera de lejos, ni en dimensiones ni en riqueza. Una magnífica ciudad fortificada, provista de los últimos adelantos del arte militar bizantino. Con su muralla

de más de diez metros de ancho, sus cuatrocientas torres, su ciudadela, que desde una altura de más de doscientos metros dominaba los suburbios de la ciudad, y con su contorno montañoso, era una ciudad prácticamente inaccesible. Para apoderarse de ella, había que atacar al parecer por sorpresa y con el arma del terror. Ésta era al menos la opinión de Raimundo de Saint-Gilles, viejo soldado cuyo ímpetu natural era equiparable a su experiencia. Pero su acertado cálculo pareció temerario a los demás jefes.

El hombre que se opuso con más fuerza al proyecto del conde de Tolosa y que convenció a la mayoría de los barones fue Bohemundo de Tarento, cuya reputación se debía más a su excesiva audacia que a su prudencia. Los hechos iban a demostrar que Bohemundo, menos ingenuo que el viejo conde, pretendía algo más que la simple toma de una plaza fuerte. Por eso se dejó pasar la ocasión de tomar Antioquía por sorpresa. El momento era bueno, sin embargo, pues el gobernador de la ciudad, el emir turcomano Yaghi-Siyan, estaba ya casi dispuesto a capitular, al ver que delante de las murallas de la ciudad estaba el formidable ejército franco.

Sólo que de una rápida conquista de la ciudad se habría seguido la entrega de Antioquía y de toda la provincia a los griegos, puesto que, como hemos visto, Antioquía era una plaza tan importante que su sola reconquista hubiera servido para justificar la Cruzada a la vista del emperador. En tal circunstancia habría sido inútil discutir los derechos de Bizancio. No importa cuáles fueran las ideas de los demás jefes; Bohemundo había pensado en evitar a toda costa tal situación. Más valía exponer el ejército a un peligroso y difícil asedio que dejar Antioquía en manos de los griegos. Así pues, en vez de un asalto fulminante que hubiera tenido muchas probabilidades de éxito, el ejército se vio condenado a un asedio difícil, imposible de llevar a buen término. Tan sólo una serie de aventurados azares y la resistencia casi sobrehu-

mana de los soldados-peregrinos fueron capaces de salvar la Cruzada de un aniquilamiento total.

Los jefes

El ejército cruzado estaba dirigido de hecho por un consejo de barones presidido por el legado Ademaro de Monteil, obispo de Puy. Todos los grandes barones respetaban oficialmente la autoridad del legado, jefe nominal de la Cruzada, pero lo cierto es que cada uno de ellos abrigaba más o menos la pretensión de dominar a los demás y ninguno había jurado al legado su incondicional obediencia. El conde de Tolosa, amigo hacía tiempo de Ademaro y señor de su familia, era quien demostraba mayor respeto al legado. Pero no era de temperamento dócil. A su entender, a él le tocaba desempeñar el papel de jefe laico de la Cruzada y, para disminuir la autoridad de los otros barones, invocaba la del obispo de Puy. Godofredo de Bouillon, militar disciplinado, pero ambicioso, con el fin de atraerse la opinión de la Iglesia, se guardaba muy bien de discutir las decisiones del obispo de Puy. Y el tercero de los grandes jefes cruzados, Bohemundo de Tarento, era un ambicioso sin escrúpulos y un hombre por naturaleza demasiado independiente para obedecer cualquier orden; pero en este momento estaba jugando fuerte la carta de la guerra santa y no consideraba oportuno provocar un conflicto con Ademaro, prelado tan popular entre los caballeros como entre los soldados.

Este legado, de familia noble y también antiguo caballero, era un obispo del estilo del Turpín de la *Chanson de Roland*: montado a caballo, intervenía en las batallas contra los turcos al frente de sus tropas, y hasta llegó a desempeñar en Dorilea un papel importante, al tomar la iniciativa de una maniobra estratégica que decidió el resultado de la batalla. Por lo demás, no hacía sino guiar a los soldados sin intervenir directamente en la batalla. Era un hombre respetado, de una vida ejemplar, ponderado en sus juicios y dotado de una autoridad incontestable. Mientras presi-

dió el consejo del ejército, parece ser que consiguió hacer reinar el acuerdo entre los jefes laicos, al menos en apariencia. Y no permitía que nadie olvidara que se trataba de una guerra santa.

Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa, fue el primero en tomar la cruz. Cruzado ya en España, este gran barón se atribuía el mérito de haber ayudado al Papa con sus consejos antes ya de Clermont, y su pasión por Jerusalén era tal que juró, como sabemos, morir en Tierra Santa. Había empeñado en ella su fortuna y dejado el condado a su hijo Bertrán y había equipado a un ejército más numeroso que el de sus compañeros y rivales; y había extremado su fervor hasta el punto de tomar a cargo a los peregrinos civiles y pobres que querían unirse a su ejército. De todos los cruzados, era el más rico y poderoso. Era también el de más edad (pasaba de los cincuenta años) y el más experimentado en el oficio de las armas; y su rango y su riqueza le habían hecho más refinado en sus modales y de inteligencia más sutil que sus compañeros, y superaba a los demás en su categoría de hombre que emprende una guerra santa sin cálculos ambiciosos, por puro amor a Cristo. Ambicioso sí lo era, pero a modo de un simple idealista, más deslumbrado por sueños de gloria personal que por un apetito de conquistas.

Cualesquiera que fuesen los defectos de su carácter —era impulsivo, inestable y con más testarudez que voluntad— nadie ha discutido sus muy honorables virtudes: la dignidad de su vida privada, su fervor sincero y su fidelidad a la palabra dada. (Refiriéndose a él, Ana Comneno escribe una frase curiosa que evidencia la idea un tanto ingenua que la cultivada princesa se hacía de los a su juicio ingenuos bárbaros celtas. Dice que cuando se descubrió la Sagrada Lanza, se confió la reliquia a «Isangeles» porque era «más puro que los demás». Nos cuesta imaginar a Godofredo, el conde de Flandes, o a Bohemundo reconociendo tan oficialmente la «pureza» de uno de sus rivales).

Raimundo poseía el sentido de la frase efectista y del gesto teatral, según tendremos ocasión de ver. Al ser hombre más de imaginación que de acción, cumplía —y sin duda con sinceridad— con su papel de cruzado mejor que los demás barones. Él fue quien de todos ellos se negó hasta el final a prestar juramento a Alejo Comneno, declarando con orgullo que se había puesto al servicio de Dios y que no quería servir a otro señor que no fuese Jesucristo. Y fue él quien prometió homenaje al *basileus*, si este último quería ir en persona a la cabeza del ejército cruzado, con lo que recordaba al emperador de Bizancio su papel histórico de campeón de la lucha contra el islam. (Alejo rechazó la oferta alegando que no podía aventurarse por tierras asiáticas a causa de las guerras que sostenía en los Balcanes. Ana Comneno asegura que su padre tuvo miedo simplemente de la inconstancia de los cruzados, cuyas fuerzas eran además muy superiores a las suyas). Raimundo de Saint-Gilles permaneció inflexible y nunca prestó el juramento exigido, y fue el único de todos los jefes cruzados que logró intimar con el emperador y que sostuvo largas conversaciones con él hasta despertarle un sentimiento de estima del que los demás no pudieron gozar.

Raimundo no fue un hábil diplomático ni un idealista impenitente, ni un fanático, ni un gran ambicioso. En él se unían la energía del soldado y el aire antojadizo del gran señor que sólo pretende hacer las cosas a su capricho. A pesar de todos los atributos de que hacía gala, no consiguió que los barones le tomaran realmente en serio.

Godofredo de Bouillon, hijo del conde de Bolonia y duque de la Baja Lorena, iba a adquirir con el avance del tiempo una fama que empañaría la de los demás jefes. Varios historiadores de nuestra época, y en particular R. Grousset, han puesto en duda su valía y dado a entender incluso que fue un hombre estimable, pero secundario y en conjunto bastante mediocre. No fue ésta la opinión de sus contemporáneos, quienes antes de que la leyenda

envolviera a la figura del defensor del Santo Sepulcro fijaron ya su atención en la natural arrogancia y el valor militar de Godofredo de Lorena.

Ana Comneno nos lo atestigua. En 1095, Godofredo tenía alrededor de treinta y cinco años. Era bien parecido o debía de tener mucho atractivo personal; de acuerdo con el canon de belleza de los cantares de gesta, «era corpulento, ancho de espaldas y estrecho de cadera», estaba dotado de una fuerza proverbial y era capaz en los momentos críticos de levantar el ánimo del ejército con una elocuencia sencilla y directa. Este cumplido caballero no había logrado, sin embargo, mucha fama en su tierra. Descendía de Carlomagno por parte de su padre, Eustaquio II, conde de Bolonia, y era de ascendencia normanda por parte de su madre Ida de Brabante (Baja Lotaringia), pero, a pesar de su alto linaje, era un pequeño señor al lado del conde de Tolosa, ya que, al ser el segundo de los hijos del conde de Bolonia, la herencia paterna recaía en el mayor, Eustaquio. Sin embargo, Godofredo acabó por heredar el ducado de su tío materno, el duque de la Baja Lorena. Tenía entonces veintiocho años y hacía tiempo que esperaba esta herencia, ya que, si bien el ducado le correspondía por derecho, Enrique IV había dispuesto de esta tierra para su hijo Conrado. Así, la juventud de Godofredo resultó ser la del segundón que se resigna difícilmente a perder una gran fortuna. Una vez duque de Brabante, y, como tal, vasallo del emperador de Alemania, Godofredo no se vinculó en absoluto a su ducado, a juzgar por la facilidad con que lo dejó. Parece que fue un administrador mediocre y duro. Se le reprueban los daños causados a abadías de sus dominios. Cuando tomó la cruz después del Concilio de Clermont, los rumores le atribuyeron la intención de vengar a Cristo con la sangre de los judíos de su provincia. En efecto, los judíos, alarmados, se apresuraron a aplacarle con dádivas en dinero que él aceptó porque, si bien en realidad se trataba de un simple chantaje a costa de las inquietudes de los judíos, és-

tos le conocían lo bastante bien para creerle capaz de poner en práctica cualquier amenaza.

Hasta aquí nada permite ver en Godofredo a un exaltado, ni tampoco creer que su decisión de servir a Dios no fuera sincera. En cambio, es cierto que liquidó todo el ducado y empeñó todos sus bienes en las abadías de Brabante y que, al no estar casado ni tener hijos, abandonó su tierra natal sin duda con la idea de establecerse en Oriente. Igual intención tenía su hermano Balduino, que no era conde ni duque y, por tanto, no podía sino salir ganando con el cambio.

Balduino, uno o dos años menor que Godofredo, no formaba parte del grupo de los grandes jefes del ejército cruzado y secundaba a su hermano. Llevaba con él a su mujer, Godvera de Tosny, y a sus hijos, aún menores. Era cosa poco prudente, aunque muchos fueron los caballeros que hicieron lo mismo, pensando que su fortuna les permitiría ahorrar a sus familias las fatigas y los peligros del viaje. Las mujeres que se marchaban así, por devoción o por amor conyugal, no hacían sino seguir una costumbre ya hacía tiempo establecida, según la cual, mientras los señores feudales guerreaban, combatían y asediaban ciudades, su familia estaba instalada en la mejor tienda del campamento. Sea como fuere, la decisión de Balduino permitiría suponer que estaba muy unido a su esposa. El caso es que salía con la idea muy concreta de conquistarse un feudo en Oriente y de no volverse de nuevo a Europa. La guerra santa le interesaba mucho menos que la perspectiva de llegar a ser señor de extensos territorios.

Tendremos otras ocasiones de hablar de Balduino. Al principio de la Cruzada, este segundón, que antes de llegar a Siria se separó del ejército de Cristo para lanzarse a la realización de su propia aventura, no era más que un simple aprendiz en el oficio que él mismo había elegido. Era, al igual que su hermano, un gran soldado. En lo demás, no llegaba al nivel de Godofredo: su

físico y sus modales no eran tan agradables como los de Godofredo; de estatura casi gigantesca —«como Saúl, pasaba a todos los hombres de una cabeza[11]»—, grueso, corpulento e imponente, con la mirada dura y el porte grave, no era, en suma, uno de esos hombres que provocan entusiasmo y ganan fervorosas adhesiones, y sabía mejor hacerse obedecer que hacerse querer. En su infancia se le destinó al estado eclesiástico y recibió la instrucción necesaria para un hijo de gran barón a quien le está reservado un alto cargo en la Iglesia. Fue canónigo en Reims, Cambray y Lieja, según nos da a conocer Guillermo de Tiro, pero de muy joven, por falta de vocación, abandonó el estado de clérigo por el oficio de las armas. Los años que pasó en los conventos dejaron en él cierta huella, pues mucho más tarde, en plena madurez y con el mando sobre las espaldas, tenía el aspecto «más de un obispo que de un caballero[12]». Sin embargo, no puede negarse que era en todo el tipo del caballero, el batallador más ensañado, el más audaz y más infatigable que hubo nunca. Era además un espíritu inquieto y despierto a todo, ágil y rápido. Dotado de una insaciable ambición, fue más que un ambicioso: fue un hombre político y un hombre de Estado. Tenía por lo menos la clase para serlo. Pero para llegar tuvo que partir de muy abajo y pasar por singulares y sórdidas aventuras, como tan sólo suceden a los hombres resueltos a no retroceder ante nada.

Durante el primer año de la Cruzada, el hombre que ante los contemporáneos parecía dominar sobre los demás fue el normando Bohemundo de Tarento. En el ejército se le tuvo durante mucho tiempo por el héroe de la guerra santa y obtuvo muestras de adhesión excesiva y fanática. No obstante, este hombre no se movía por el deseo de reconquistar el Santo Sepulcro.

El hijo mayor de Roberto Guiscardo estaba guerreando en Italia cuando casualmente se enteró por los relatos de marineros de la gran noticia que Francia conocía desde hacía tiempo: se preparaba una guerra santa que tenía por objetivo Jerusalén, y

como punto de reunión, Constantinopla. Primero sorprendido y luego interesado, Bohemundo decidió tomar la cruz. Tenía ya cuarenta años y se había pasado casi toda la vida luchando, primero junto a su padre y después solo, contra los sucesivos emperadores bizantinos y sus respectivos generales por el dominio del Mediterráneo. Aventurero de grandes empresas, Roberto Guiscardo, tras haber partido de la nada, llegó a conquistar Sicilia y el sur de Italia y, cuando estaba ya ante las puertas de Constantinopla murió víctima de la peste que arrasó a su ejército. Bohemundo quería continuar la obra de su padre, para lo cual su gran proyecto consistía en destruir el poderío griego y establecer en el Mediterráneo un Imperio normando. Su padre y su tío reinaban ya en Italia y en Sicilia; en cuanto a él, primogénito de Roberto Guiscardo, pero nacido de madre menos noble que su hermano, no poseía extensos territorios, a pesar de haber conquistado una parte de Lombardía y logrado reunir un ejército. Él apuntaba más lejos. Su verdadero objetivo era Constantinopla.

Esta ambición no tenía de por sí nada de insólito, pues hacía ya tiempo que la ciudad imperial suscitaba las envidias de los jefes escandinavos y normandos, piratas de una intrepidez y un apetito desmesurados. Bohemundo, aunque francés de habla, pues era descendiente de los guerreros de Rolón establecidos en el litoral de la Mancha, era aún un vikingo por la tradición y el temperamento. Pero este vikingo latinizado y cristianizado ya no se satisfacía con la simple rudeza de sus antepasados. Éstos descendían antaño por las costas de los países del Sur hasta llegar lo más lejos posible, con la intención de arrasar todo lo que podían y de llevarse a sus tierras un rico botín para la mayor gloria del clan. Al volverse semisedentarios, los normandos de Francia, de Inglaterra, de Italia y de Sicilia siguieron llevando siempre en la sangre esta sed de grandes correrías fáciles y brutales que durante siglos les habían hecho ser uno de los grandes azotes de la cristiandad. En el Mediterráneo disputaban el terreno a los ára-

bes y a los griegos, y no precisamente por intolerancia religiosa, sino porque árabes y griegos eran los que allí dominaban. Y, una vez convertidos muy a su pesar en campeones de la cristiandad occidental, se dedicaban a explotar las ventajas morales que les reportaba este papel, a un tiempo que eran demasiado altivos de temperamento para ponerse a fingir un fervor religioso que no les importaba. Y, si ahora eran aliados del Papa en Italia, del mismo modo se aliaban con los turcos en Asia Menor.

Bohemundo no era como uno de esos barones de Occidente que soñaban con labrarse un principado en Oriente a costa de los enemigos de Dios. Un odio tenaz y apasionado contra Bizancio alimentaba su pasión sin límites y, durante veinte años de guerras, este odio había estado madurando hasta transformarse en una auténtica obsesión. El hombre vivía obcecado, era salvaje y feroz cual animal de presa y estaba dotado de una inteligencia aguda y práctica, propia de los seres a quienes domina una idea fija.

Ana Comneno nos cuenta que poseía una belleza poco común. Alto, rubio, con el pelo corto y lleno de bucles y la barba afeitada (los demás francos eran muy cabelludos y tenían mucha barba), respondía —nos dice— al canon de Policleto; pero su sonrisa tenía algo de inquietante y la mirada de sus ojos azules daba miedo. Era, literalmente, un personaje fascinante. Y poseía un ascendiente certero sobre sus soldados, que intuían en él al jefe seguro de sí hasta el final y capaz de hacerse obedecer por todos los medios. La gesta anónima le denomina siempre «el prudente Bohemundo»; prudente como lo había sido Ulises, fecundo en estratagemas, nunca falto de recursos y soldado audaz y experimentado. Al pie de Antioquía iba a darnos la plena medida de su personalidad, sirviéndose con igual resultado de la valentía y del engaño. Y el grueso del ejército veía instintivamente en él al jefe de la Cruzada. Sin embargo, de todos los barones era el

más pobre en fortuna, en hombres y, como subraya con desdén Ana Comneno, en nobleza.

Su ejército propio se componía de siete u ocho mil hombres a lo sumo. Ana Comneno nos dice que reclutaba por la fuerza a ancianos, adolescentes y campesinos casi ineptos para el oficio de las armas y los lanzaba a combatir tras una sumaria instrucción; y que andaba siempre faltado de dinero, pues lo que sacaba de unas guerras lo empleaba enseguida en otras guerras de mayor envergadura. A pesar de todo ello, Alejo Comneno le tenía tanto miedo que prefirió enfrentarse con Godofredo de Bouillon y arrancarle por la fuerza el juramento antes que permitir que el ejército de Bohemundo se juntara con los loreneses al pie de las murallas de Constantinopla.

El viejo enemigo de Bizancio se había presentado a la corte del emperador como aliado, prestó sin vacilar el juramento que los demás jefes se negaban a prestar, y manifestó tan buenas disposiciones respecto del imperio, que reclamó para sí el cargo de gran servidor de Oriente, o sea, de jefe de los ejércitos. Alejo, con buenos modales, rehusó. Se dice que, mientras Bohemundo continuaba haciendo propaganda de su buena disposición para con el emperador, tenía tanto miedo a ser envenenado que no tocaba nada de los platos que le servían. Alejo pensó seducirlo con regalos e hizo que le trajeran oro, plata y objetos preciosos tan abundantes como para llenar con ellos una estancia. Bohemundo lo aceptaba, pero sin dejar de creerse traicionado. Al conocer cuáles eran de hecho las relaciones entre los dos hombres, no es de extrañar en absoluto esta desconfianza.

Tendremos múltiples ocasiones de volver a hablar de Bohemundo. Este hombre hizo mucho para asegurar tanto el triunfo de los cruzados en el plan militar como la consolidación de su establecimiento en Siria. Y, sin embargo, no fue sino un cruzado ocasional. Nada tenían que ver con Jerusalén sus sueños y sus ambiciones, más elevados y más modestos. Este normando repe-

tía, en más extensa escala, la tentativa de Roussel de Bailleul e iba a aprender, a su pesar, que el Imperio de Bizancio era un pedazo demasiado grande para él.

Los barones que tan sólo tenían la mirada puesta en Jerusalén eran, a fin de cuentas, más realistas.

Antioquía

El sitio de Antioquía duró siete meses y medio (del 20 de octubre de 1097 al 3 de junio de 1098); después, los cruzados quedaron a su vez sitiados en Antioquía durante tres semanas; y finalmente el ejército emprendió de nuevo su marcha hacia Jerusalén en enero de 1099.

Durante este memorable asedio y este largo alto en el camino para Tierra Santa, el ejército —parece extraordinario— no se desalentó ni disgregó y, a pesar de las pérdidas sufridas, partió de nuevo hacia su objetivo inicial con un ardor acrecentado. Pasaremos brevemente por los distintos episodios de esta epopeya de Antioquía, que por sí sola mereció la dedicación de un largo cantar de gesta. Los cruzados, tanto caballeros como soldados y peregrinos, aprendieron a medir los riesgos que habían corrido, a conocerse entre sí, y un poco también a conocer al adversario. Y los que tuvieron la fuerza —o el valor— de aguantar hasta el final pudieron de nuevo salir a la conquista de Tierra Santa aguerridos y resueltos a continuar y dispuestos a soportar toda clase de eventualidades por el amor de Cristo.

Aquel sitio era una empresa descabellada, pues, por grande que fuera el ejército cruzado, no podía asegurar el bloqueo de la ciudad. Ésta no sólo estaba provista de víveres y de agua en abundancia, sino que además podía en todo momento recibir refuerzos desde fuera, tanto en víveres como en armas y en soldados. Los ejércitos cruzados establecieron los campamentos frente a las puertas principales y delante de los puentes, pero no pudieron controlar la vertiente montañosa que servía de soporte a la

ciudadela. Los cruzados construyeron fortalezas de madera y torres de asedio, pero el ataque a una ciudad como aquélla resultaba ser tan ineficaz como el intento de rodearla. Además, el ejército sitiador, después de requisar por los alrededores todos los víveres que encontró —en abundancia, pues los campos eran muy ricos—, no supo administrarlos debidamente. Y el campamento, abastecido con dificultad por los campesinos de las cercanías, quienes traían los víveres de muy lejos y los hacían pagar a un precio elevado, empezó a padecer hambruna tras dos meses de sitio.

El invierno, de costumbre bastante crudo en aquella región montañosa, lo fue en particular aquel año. Los cruzados se vieron tristemente decepcionados, pues los discursos de propaganda les habían hecho esperar un clima más suave que el de sus respectivos países. Unas lluvias heladas y torrenciales transformaban los campos en grandes cenagales, sin que nada pudiera hacerles frente, ni tiendas ni campamentos, y durante semanas los pobres del ejército y los combatientes humildes vivieron, por así decirlo, sumergidos en el agua sin que nunca acabara de secárseles el vestido, «que se les pudría encima[13]». Y, como además estaban mal alimentados, en todos aquellos meses de invierno hubo docenas de muertos por día; tan terrible fue la mortalidad.

Mientras, Yaghi-Siyan, señor de Antioquía, una vez se hubo recuperado de su primera turbación, organizaba la defensa de la ciudad, hacía entrar a nuevos soldados, expulsaba a todos cuantos representaban bocas inútiles —que se convertían en otras tantas bocas inútiles para el bando cruzado, ya que se trataba de cristianos— y dirigía una llamada a sus superiores Kurbuqa, *atabeg*, esto es, gobernador, de Mosul y Duqaq, rey de Damasco. Por suerte para los cruzados, Yaghi-Siyan acababa de negar su obediencia a Ridwan, rey de Alepo, que era su señor natural, para alinearse en el partido de Duqaq, hermano y rival de este último. Así pues, el rey de Alepo, cuyos dominios se hallaban próxi-

mos a la ciudad sitiada (a menos de cien kilómetros, mientras que Mosul se encuentra a setecientos kilómetros de Antioquía a vuelo de pájaro, y Damasco a cuatrocientos kilómetros), no hizo nada para socorrer a su vasallo. Pero al fin los hijos de Yaghi-Siyan, enviados uno a Mosul y otro a Damasco, consiguieron que los dos príncipes turcos les prometieran importantes refuerzos, con lo cual ya no había peligro de que Antioquía fuera tomada por asalto; el asedio se presentaba cada vez más como un fracaso para el ejército sitiador.

Ante la escasez de víveres, los barones enviaban destacamentos para recorrer el campo en busca de provisiones. Pero los turcos vigilaban los campos y los cruzados no podían aventurarse por los alrededores si no era en batallones constituidos por varios centenares de hombres armados. Por otra parte, la falta de hombres aptos se dejaba sentir cada vez más, pues la fiebre y las epidemias asolaban el campamento. Una gran parte del ejército, con Bohemundo y Roberto de Flandes a la cabeza, se dirigió por todo el Orontes hacia el mar, saqueando los fértiles campos de la llanura costera; pero, sorprendidos por los turcos de Siria, tuvieron que regresar a Antioquía tras una batalla en la que sufrieron serias pérdidas y se vieron obligados a abandonar todo el botín. El ejército estaba completamente desanimado.

Éste fue el momento que Bohemundo eligió para quitarse de encima a Tatikios, quien hacía tiempo alimentaba sospechas en los latinos e iba camino de convertirse en la oveja negra del ejército. El descontento de los caballeros francos iba en aumento, y como consecuencia tendían a creerse traicionados. Y no podían serlo sino por el emperador de Bizancio y por su plenipotenciario Tatikios. Ello no ocasionó, sin embargo, ningún conflicto abierto. Pero sabemos por Ana Comneno (a quien debió de informar el propio Tatikios) que Bohemundo salió en secreto al encuentro del general griego para ponerlo en guardia contra los demás barones, los cuales —decía—, llevados a la desesperación

por tantos fracasos, echaban la culpa de todo al emperador y se disponían a vengarse de la «traición» de Alejo en la persona de su lugarteniente. Tanto es así que Tatikios, siguiendo siempre el consejo de Bohemundo, decidió abandonar de noche el campamento, llevándose consigo a su destacamento de soldados griegos. Acto seguido, Bohemundo se apresuró a proclamar en voz bien alta la traición del griego, que todo el ejército cruzado reprobó por unanimidad.

La verdad es que el cuerpo de ejército de Tatikios no era demasiado grande y que su presencia tampoco pesaba mucho en el desarrollo de las operaciones militares; pero en cambio la deserción del general bizantino levantó la cólera de los barones, que interpretaron el hecho como un gesto de hostilidad del emperador para con ellos. En medio de su desconcierto, se veían ya traicionados por todas partes y entregados de un momento a otro a los turcos. En los relatos de los cronistas, llegamos a sentir que un secreto alivio se mezclaba en su cólera y que ello se debía a la alegría de ver desenmascarada la perfidia de aquellos a quienes hacía tiempo odiaban y a la satisfacción de verse, de ahora en adelante, con las manos libres… Ahora bien, es posible que Tatikios se marchara por su propia voluntad, ya fuera cansado del sitio, ya atemorizado por la actitud de los latinos, y que hiciera recaer sobre Bohemundo la responsabilidad de su marcha con el fin de justificarse ante el emperador. Sabemos de cierto que Bohemundo no se vanaglorió de su engaño, y por tanto debemos creer a Tatikios. Sin embargo, reconocemos que la anécdota encaja a la perfección con lo que conocemos del carácter de Bohemundo.

El sitio se prolongaba un mes y otro en las peores condiciones, sin que a los cruzados les quedara otra opción que esperar la llegada de un ejército turco superior al suyo o levantar el campamento y retirarse sin pena ni gloria hacia los puertos de la costa mediterránea, con riesgo de que las tropas se desbandaran y fue-

ran aniquiladas por el camino. No pensaban levantar el sitio. Ahí Bohemundo dio muestra de tal energía que, se mire como se mire, los barones hubieron de considerarle, si no como su jefe, al menos sí el miembro más influyente de su consejo. Como se verá, el normando tenía excelentes razones para mostrarse más apasionado que los demás. No en balde tenía ante sus ojos, desde la mañana hasta la noche, el espectáculo de la gran ciudad con sus cuatrocientas torres, sus palacios, sus jardines y, en lo alto, su estupenda ciudadela.

Aun agotados, enfermos y descorazonados, los francos conservaban la energía suficiente para rechazar los asaltos de los ejércitos turcos que probaban de libertar Antioquía. Poco a poco, al ser abastecidos por mar por el puerto de San Simeón, los cruzados pudieron rodear casi por completo la ciudad; todas las salidas de la guarnición de Yaghi-Siyan quedaron bloqueadas; pero ahora los turcos poseían en la ciudad unas tropas seleccionadas y cada salida era una encarnizada batalla. Se ha dicho que el 6 de marzo de 1098 los sitiados perdieron mil quinientos hombres, entre los que se contaban doce emires. Pero no se dejaron abatir. Sabían que el gobernador de Mosul, Kurbuqa, avanzaba en dirección a Antioquía a la cabeza de un gran ejército por orden del sultán Barqiyaruq. Kurbuqa era un guerrero temible, a quien nadie hasta entonces había logrado vencer.

También los cruzados lo sabían. Por fin se presentó una ocasión inesperada y de la que se iba a beneficiar Bohemundo. Ello es justo, pues tanto en el bando de los sitiados como en el de los sitiadores se había ganado la fama de ser el más «prudente» y el más poderoso de los cruzados. Un emisario de la ciudad sitiada fue a verle y le prometió hacer entrar por traición a los francos en Antioquía. (Se trataba de un tal Firuz, oficial encargado de la defensa de una de las principales torres de la muralla, la torre llamada de las Dos Hermanas. De origen armenio y un cristiano renegado, sin duda no olvidaba sus orígenes, y sus simpatías eran

como es natural para los cristianos). Bohemundo se guardó muy bien de comunicar la grata noticia a sus compañeros. Simplemente les dio a entender que conocía un medio para penetrar en la ciudad, que la ciudad —decía— fuera reconocida como propiedad del que lograra apoderarse de ella por la fuerza o por la astucia. Adivinando más o menos de qué se trataba, los barones empezaron por rechazar la proposición, pero después, ante la noticia de la llegada de Kurbuqa, prometieron al normando todo lo que quiso (Raimundo de Saint-Gilles fue el único que no prometió nada, pero su oposición no se tomó en cuenta).

Así, Bohemundo, después de haber entrado en contacto con Firuz, pudo escalar la torre que le cedían, durante la noche del z al 3 de junio, y hacer que se abrieran las puertas al grueso del ejército, que irrumpió en la ciudad. La guarnición, tomada por sorpresa, no tuvo tiempo de reaccionar, la población indígena se unió a los francos y los turcos que se encontraban en la ciudad no tuvieron más remedio que refugiarse en la ciudadela para huir de la matanza, de la que muchos no lograron escapar. Yaghi-Siyan, al darse cuenta de que los pendones de los cruzados colgaban de los muros, montó a caballo de un salto y sin casi escolta se precipitó fuera de la ciudad.

Merced a la traición de uno de sus defensores, Antioquía estaba en poder de los cristianos. Los campesinos de los alrededores llevaron al día siguiente a los vencedores la cabeza de Yaghi-Siyan, muerto en pleno campo por unos leñadores armenios. La ciudadela guardada por el hijo de Yaghi-Siyan, Shams al-Dawla, seguía resistiéndose. Y el ejército de Kurbuqa estaba ya a las puertas de la ciudad. De haber llegado dos días antes, hubiera, sin duda, aniquilado a los cruzados, quienes hubieran quedado aprisionados entre las fuerzas de la guarnición sitiada y las del gobernador de Mosul.

(De hecho, tanto como a Bohemundo, los cruzados debían su salvación a otro jefe franco, del que hacía tiempo no oían hablar:

Balduino de Bolonia. En lugar de ir directo contra Antioquía, Kurbuqa pasó tres semanas sitiando en vano la ciudad de Edesa, que aquél gobernaba entonces).

Los francos, que de sitiadores pasaban a ser sitiados, lejos de cantar victoria se veían en una situación más crítica que nunca. En la ciudad faltaban víveres y el ejército se hallaba diezmado, debilitado y sin fuerzas, mientras que Kurbuqa y sus emires multiplicaban sus ataques. En suma, parecía que el triunfo del 3 de junio no había servido sino de pausa y que, como víctimas de una trampa, los cruzados habían penetrado en la ciudad para dejarse matar con más facilidad. Fue tanta la miseria sufrida en aquellas semanas de junio que los soldados, muertos de hambre, se negaban a salir de sus moradas; hubo deserciones en masa; y los desertores, presa del pánico, difundían ya el rumor de la toma de Antioquía por las tropas de Kurbuqa. Pedro el Ermitaño intentó en aquel momento huir, pero Bohemundo le alcanzó y le reprendió vivamente, lo que no arruinó su prestigio a pesar de todo, ya que poco tiempo después se le mandaba como embajador a Kurbuqa. Más grave resultó la deserción del gran barón francés Esteban, conde de Blois, que huyó acompañado de sus hombres, y la de Guillermo de Grandmesnil; ambos, huyendo como si Kurbuqa les viniera pisando los talones, tomaron el camino de regreso para Asia Menor y fueron a refugiarse junto a Alejo Comneno.

En efecto, el emperador, cumpliendo al fin con su promesa de unirse a la Cruzada, después de reconquistar las provincias del litoral mediterráneo avanzaba con todo su ejército hacia Antioquía con la idea de obligar a Kurbuqa a que levantara el sitio. Tanto cruzados como turcos lo sabían. Pero ahí tuvo lugar un hecho lamentable para unos, providencial para otros, pero en cualquier caso de profundas consecuencias, y cuya causa se debía simplemente a la desesperada vergüenza de unos hombres que pretendieron justificar su propia cobardía: Esteban de Blois y sus

compañeros aseguraron al emperador que la Cruzada había terminado, que Kurbuqa había aplastado ya a todo el ejército cristiano y que el vencedor tenía que estar ahora avanzando al encuentro del *basileus*, que era inútil, peligroso e impensable proseguir la marcha hacia Antioquía y que valía más replegarse en posiciones más seguras. Alejo, consternado, decidió escuchar los prudentes consejos y mandó dar marcha atrás, aun a pesar de los ruegos de Guido, hermano de Bohemundo, que servía a sus órdenes. Para que tomara una decisión así, los fugitivos debieron de pintarle la situación con tintes muy pesimistas y en desacuerdo con la realidad. Sin embargo, hubiera podido informarse mejor antes de renunciar a la campaña proyectada.

Los cronistas de la Cruzada, aun siendo latinos y hostiles al emperador, reconocen que el papel que Esteban de Blois desempeñó en la cuestión fue decisivo y que, de no haber sido por él, jamás el emperador hubiera detenido la marcha[14]. Pero los cristianos sitiados en Antioquía, desconocedores de este detalle, se enteraron únicamente de que, sin dar explicaciones, el *basileus* a quien esperaban como a un salvador y dispuestos a perdonárselo todo, les abandonaba a su propia suerte y se retiraba, justo cuando sólo unas jornadas de marcha le separaban de Antioquía. Fue grande la desesperación que se apoderó del campamento, así como también la alegría de Kurbuqa y de los turcos.

Parecía en este momento que sólo un milagro podía salvar al ejército de Dios. Tan desmoralizado y tan abatido se hallaba, que los soldados, sin fuerzas ya para asegurar la defensa de los muros, se negaban a obedecer a sus jefes. En estas terribles jornadas, Bohemundo supo probar que era un hombre que valía por sí solo todo un ejército, pues defendía con una energía salvaje esta ciudad que tan caro le había costado y que ya consideraba como bien suyo. Los demás jefes no pensaban ni tan siquiera en disputarle el mando. Él organizaba la defensa de las murallas y de las puertas, presente en todo y vigilándolo todo, y de noche reco-

rría la ciudad con una antorcha en la mano en busca de los espías y desertores y mandando de nuevo a sus barrios respectivos a cuantos sorprendía en flagrante delito de fuga. En el momento del asalto de Kurbuqa, el 12 de junio, como una parte de los soldados se negaron a salir de sus casas para responder a la llamada, Bohemundo hizo prender fuego a los barrios de la parte baja de la ciudad y, como animales que aprisionados entre el humo huyen de sus madrigueras, los soldados se precipitaron hacia las murallas. Y el asalto se contuvo.

La Sagrada Lanza

Fue un milagro, sin embargo, lo que salvó al ejército cruzado. Todos los historiadores coinciden en este punto, aun cuando difieran en la manera de interpretar los hechos. Es el autor del «milagro» digno de tan poca atención que los historiadores no latinos no pudieron siquiera explicar su identidad. «Un monje astuto», dice Ibn al-Athir, y «el obispo Pedro», dice Ana Comneno, confundiendo el hombre en cuestión con Pedro el Ermitaño o con el obispo de Puy. No se trataba de un obispo ni de un monje, ni tan siquiera de un soldado, sino del criado de un burgués pobre[15]. Un hombre del pueblo, un provenzal que formaba parte de los peregrinos que había seguido al ejército del conde de Tolosa.

Se llamaba Pedro Barthélemy. No solamente era un hombre de baja extracción, sino que gozaba de la más triste reputación entre sus compañeros, que le tenían por un disoluto y un hombre sin carácter. En fin, este cruzado todo menos que santo recibió en varias ocasiones la visita en sueños ora de san Andrés, ora del propio Cristo. Tanto le obsesionaron estos sueños que terminó por dar parte de ellos a sus superiores, y luego al mismo conde de Tolosa. San Andrés y Jesucristo mandaban a Pedro Barthélemy que notificara a los cruzados que su conducta perversa y sus libertinajes con mujeres paganas les habían atraído la cólera divina. Revelación que nada tenía en sí de original si no hubiera

habido más que esto, a saber, que Dios, en su misericordia, estaba dispuesto a perdonarles los pecados y les mandaba una señal manifiesta de su perdón. Les revelaba que la Sagrada Lanza que había atravesado el costado de Cristo se encontraba enterrada debajo de las losas de una iglesia de Antioquía.

Sin embargo, la Sagrada Lanza, debidamente reconocida como la auténtica, se hallaba en Constantinopla, donde los jefes de la Cruzada habían podido venerarla junto con las demás reliquias de la Pasión. Por eso, Ademaro de Monteil, informado de las visiones de Pedro Barthélemy, no tomó en serio la «revelación». No obstante, el estado a que les llevaba su debilidad y la sobreexcitación en que se encontraban los soldados y los peregrinos suscitaba en todo momento fenómenos que podían tomarse como mensajes de lo alto. Varios de los demás cruzados, y entre ellos un sacerdote de excelente reputación, llegaron a oír voces y a tener hasta visiones relacionadas con la preciosa reliquia que yacía enterrada en algún lugar de la ciudad. Por fin, los jefes del ejército, con Raimundo de Saint-Gilles a la cabeza, decidieron poner las cosas en claro. El legado del Papa seguía mostrándose obstinadamente escéptico, pero acabó autorizando a Pedro Barthélemy, para que, acompañado de sacerdotes del séquito del conde de Tolosa, efectuara excavaciones en la iglesia de San Jaime.

La Sagrada Lanza —o lo que podía parecérsele, pues era simplemente un trozo de hierro roído por el moho— se encontró en efecto, tras largas e infructuosas búsquedas, bajo las losas de la antigua iglesia. Y cuando Pedro Barthélemy salió del hoyo cavado en la tierra con el hierro entre las manos, los asistentes ya no dudaron más: todos, empezando por Raimundo de Agiles (el futuro cronista), capellán del conde de Tolosa, se precipitaron sobre la pobre reliquia todavía manchada de tierra y la cubrieron de lágrimas y besos. Al punto, la noticia se divulgó por el campamento y por la ciudad, y la alegría del ejército fue tan grande que el obispo de Puy, aunque de mala gana, tuvo que admitir

que la reliquia podía ser auténtica. De igual modo, los jefes laicos de la Cruzada comprendieron enseguida el beneficio que podían sacar del providencial hallazgo. Aunque, con excepción de Raimundo de Saint-Gilles, no parece que los barones creyeran de verdad en la autenticidad de la lanza, juzgaron oportuno fingir creer en ella para no decepcionar a los soldados.

La invención en nuestros días de una nueva arma nuclear o el lanzamiento de un satélite a la Luna hubieran levantado menos entusiasmo del que entre la multitud de cruzados provocó el descubrimiento de la dudosa reliquia. Toda comparación debemos situarla en este plano, si es que queremos comprender la transformación súbita que se produjo en el ejército de Antioquía. Unos hombres extenuados y desmoralizados se convirtieron en soldados resueltos y dispuestos a arrojarse sobre un enemigo mucho más numeroso y en plena posesión de sus fuerzas. Incluso los historiadores musulmanes, por lo general mal informados de lo que ocurría en el bando de los francos, atribuyen la victoria de los cruzados en Antioquía a la invención de la Sagrada Lanza (se contentan con creer que fue un ardid tramado con el fin de levantar la moral del ejército). ¿Cómo un pedazo de hierro mohoso pudo, con su sola presencia, infundir nueva fuerza y valor a aquellos miles de hombres a quienes apenas el fuego prendido la víspera en sus casas hacía salir de la cama? Se proclamó por toda la ciudad que la Sagrada Lanza era una prenda certera de la victoria, una señal enviada por Dios. Había que creer en ella, ya que, si bien es verdad que en una situación desesperada los jefes nunca se muestran avaros en promesas de victoria ni en invocaciones a la divinidad, raramente sus esfuerzos se ven coronados con tan buen resultado.

La Sagrada Lanza no era en verdad un proyectil interplanetario. Era mucho más, puesto que en el espíritu de aquellas humildes gentes era el mismo hierro que había tocado el costado de Jesucristo. En primer lugar, era objeto merecedor de su amor, de

un amor delirante —no olvidemos que los combatientes de grado inferior se encontraban en un estado tan débil que tan pronto les predisponía a la exaltación como al más total desaliento—; objeto de veneración y de orgullo, puesto que además era en uno de los suyos, un pobre, quien había tenido el honor de descubrir la maravillosa reliquia hasta entonces oculta a los ojos de los hombres; y, por último, objeto dotado de una fuerza sobrenatural capaz por sí sola de ahuyentar a los paganos. Se ordenó en el campamento un ayuno de varios días, que estuvo acompañado de oraciones y de penitencias públicas. El ejército volvía a encontrar la vocación del martirio y la alegría de servir a Dios.

Los jefes (Bohemundo el primero) acapararon a un tiempo la reliquia (que se confió a Raimundo de Saint-Gilles, por ser los provenzales quienes la desenterraron) y la persona del visionario Pedro Barthélemy, cuyas revelaciones fueron dictadas a partir de este momento por santos muy bien enterados de las necesidades militares del momento y por lo general favorables a Bohemundo. Se dispuso que el ejército franco dejaría tan sólo una débil guarnición para defender la ciudad y realizaría una salida en masa para combatir en campo raso al ejército sitiador. La empresa parecía desesperada. Sin embargo, organizada por unos jefes con experiencia, estrategas avezados a toda clase de estratagemas, la empresa tuvo más éxito del que cabía esperar. Kurbuqa, pese al consejo de sus emires, cometió la imprudencia de dejar que todo el ejército cruzado saliera de la ciudad y se dispusiera en orden de batalla, en vez de atacar a cada uno de los distintos cuerpos del ejército a medida que éstos iban apareciendo por el puente. Pensó que sus adversarios eran tan débiles que prefería dejarlos salir a todos para acabar con ellos de una vez, en lugar de arriesgarse a prolongar el sitio. Y, como había grandes desacuerdos entre el propio ejército, una parte de los emires se negó a intervenir cuando debía. Bajo los ataques de los cruzados, el ejército turco quedó envuelto y acorralado en dirección al río hasta que

se desbandó, y Kurbuqa, viéndose abandonado por sus aliados, tomó a su vez el camino de la huida y dejó el campamento con todas sus riquezas.

De acuerdo con las instrucciones de Pedro Barthélemy, el ejército cruzado no se entretuvo en saquear el campamento y persiguió al adversario por la llanura del Orontes, dando muerte o dispersando a los fugitivos de tal manera que el temible jefe turco volvió a Mosul casi sin ejército, desesperado y desprestigiado para siempre a la vista de todo el islam, y casi dispuesto a creer que nada podía resistir a aquellos salvajes hombres de hierro venidos del norte. La suerte de la Cruzada quedaba decidida en Antioquía: después de Nicea y de Dorilea, la derrota del *atabeg* de Mosul esparcía a través de los países musulmanes el terror por aquellos francos hasta entonces desconocidos y que se revelaban como los primeros guerreros del mundo.

Sin embargo, los cruzados, lejos de explotar esta victoria, que tuvo una inmensa resonancia, permanecieron aún seis meses en Antioquía. Los soldados necesitaban descansar. Nadie les amenazaba ahora. Eran dueños de Antioquía y de todo el territorio circundante, y las fortalezas todavía en manos de los turcos, escasas de defensores, se rendían a ellos. Las guarniciones turcas, odiadas por la población de las localidades, abandonaban el territorio, y los cruzados, recibidos en todas partes como libertadores, ocupaban las plazas y establecían sus propias guarniciones. Y los jefes se disputaban entre sí el dominio de Antioquía.

Después de quince meses de guerra, la Cruzada se presentaba como empresa viable, más importante, más difícil y quizá más compleja de lo que sus iniciadores habían creído. La verdad era ésta: el ejército de Dios, pese a hallarse en constante inferioridad numérica y a su falta de adaptación al clima y a las condiciones locales, acababa de derrotar en ocasiones sucesivas a aquellos mismos ejércitos turcos a los que en Oriente nadie había podido hacer frente hasta entonces. Y el prestigio de los turcos era tanto

que los cristianos, haciendo prueba de orgullo y a la vez de modestia, atribuían sus éxitos al favor divino. En realidad, no importa cuál fuera el valor de los soldados y la energía de los jefes; fue el empuje moral del grueso del ejército lo que permitió a los cruzados hacer frente al enemigo; y la Sagrada Lanza y el pobre Pedro Barthélemy vencieron a Kurbuqa tanto como Bohemundo y como Godofredo.

Primeros contactos entre «francos» e indígenas

Los francos penetraban en Oriente como un cuerpo extranjero o una especie animal desconocida, contra la que todavía no existe medio natural de defensa. Al principio llegaron a crear un desequilibrio de fuerzas que actuó en su favor.

La Cruzada empezó, pues, por desconcertar a sus adversarios como también había desconcertado a sus posibles aliados, los griegos. El islam no ignoraba, sin embargo, la existencia de aquellos a quienes acabó bautizando con el nombre de sus representantes en mayoría, los «francos», es decir, los franceses «firendj». En Asia Menor, con ocasión de sus luchas con Bizancio, los turcos habían tenido bastantes ocasiones de enfrentarse con mercenarios normandos, escandinavos, alemanes, ingleses o franceses, que integraban la élite del ejército de los emperadores. Se sabía desde hacía tiempo que se trataba de guerreros temibles, feroces e intrépidos; los reinos árabes del Mediterráneo conocían aún mejor lo que eran la agresividad y el vigor de los normandos; y, en España, todo guerrero cristiano, fuera normando, francés o español, era considerado un adversario peligroso.

El islam (que no supo comprender las razones de la Cruzada hasta el punto de que los cronistas la atribuyeron a las intrigas del normando Roger de Sicilia) se vio sorprendido por las dimensiones del ejército cruzado y también por su cohesión interior. Se trataba de un ímpetu excepcional que no estaba acos-

tumbrado a ver en sus anteriores y largos contactos con los mercenarios occidentales.

Los turcos, principales adversarios de los cruzados, fueron los primeros en labrarles una reputación de guerreros sin par. No podían hacer menos tras las espectaculares derrotas que acababan de sufrir. Pero el autor de la *Historia* anónima de la Cruzada exagera sin duda cuando atribuye a los turcos un sentimiento de estima por los francos que en realidad los francos experimentaban frente a los turcos. Los cruzados adquirieron pronto fama de una horda de bárbaros y de animales feroces armados de hierro; tanto es así que su valor no extrañaba y se atribuía a una insensibilidad diabólica arraigada en lo más profundo de su ser.

Sin embargo, no puede decirse que al principio de la Cruzada los francos se destacaran por su especial ferocidad; no eran mucho más crueles que los mismos turcos; y, si exceptuamos los excesos que cometieron los pobres cruzados de Pedro el Ermitaño, no se les podía reprochar más que las inevitables exacciones de las que todo ejército en un país extranjero es culpable. Pero, a partir del sitio de Antioquía, la actitud del ejército cambió. Primero, a causa de las dificultades de aprovisionamiento: durante meses, las tropas armadas arrasaron los campos del Orontes y llevaron sus razias cada vez más lejos, y, cuando daban con aldeas de población musulmana, mataban a los hombres y reducían a las mujeres a la esclavitud. Apurados hasta el máximo y aislados en un país extranjero, aunque a veces no hostil, los francos empezaban a recurrir al arma habitual en tales circunstancias: el terror. Guillermo de Tiro nos revela de manera muy explícita esta intención de aterrorizar a la vez al enemigo y al habitante. Atribuye la iniciativa a Bohemundo. Con el fin de atemorizar a los espías que se encontraban en el interior del campamento, el jefe normando mandó matar a un cierto número de prisioneros, abrasó sus cabezas con el asador y dejó que se divulgara el rumor de que los barones francos se alimentaban con carne humana[16].

Los espías —y todos los que temían que se les tomara por tales — desertaron del campamento el mismo día y fueron a contar por todas partes que aquellas gentes [los francos]… «eran más duros que la roca y que el hierro y que su crueldad superaba la de los osos y la de los leones» (éstos al menos no asan a sus presas antes de comérselas). Esta extraña medida de intimidación no sólo impresionó a los turcos, sino también a la población local. Y, cuando el obispo de Tiro se divierte claramente con la estratagema de Bohemundo, parece olvidar lo lamentable del hecho de hacer pasar por caníbales a unos hombres que se dicen soldados de Cristo.

Este absurdo orgullo de ser tenidos por los hombres más feroces y que empujó a los francos a bravatas de mal gusto al estilo de la de Bohemundo, no aparece sino raramente en los relatos de los cronistas. Ya veremos que no todos los francos, muy al contrario, eran como la «espada de Dios» que se cierne sobre los enemigos de su fe. Pero la fama de su extremada crueldad, que los turcos se cuidaron de mantener y en parte merecida, permaneció igual. Después de la toma de Antioquía, toda Siria quedó sumida en el terror y en la consternación. La derrota del *atabeg* de Mosul, primer general de la sultanía de Persia, hizo creer a los reyes de Alepo y de Damasco, y más aún a los pequeños príncipes del litoral sirio, que era inútil ofrecer ninguna resistencia. Así, los cruzados, en aquel verano de 1098, hubieran conquistado fácilmente toda Palestina si hubieran tenido la audacia —y la fuerza — de proseguir la campaña.

Los intereses vitales de los turcos no se veían sin embargo afectados por esta guerra. Los príncipes selchuquíes que se habían repartido el imperio del gran conquistador Malik-Shah reinaban en las grandes ciudades de Irán y de Mesopotamia. Sus capitales eran Ispahan, Bagdad y Mosul y, más cercanas a Siria, Alepo y Damasco. Asia Menor, recientemente invadida, quedaba siempre a merced de una probable reconquista por parte de los

griegos. Ya hemos visto la ausencia de los soberanos turcos frente al ataque de los cruzados contra Antioquía. La gran ciudad, más griega que musulmana, sólo representaba para los príncipes turcos una riqueza para explotar y su pérdida no pareció entristecerles. Se encontraban inmersos en disputas más importantes, a su entender, por la posesión de tierras de antiguo dominio musulmán y consideraban estas guerras contra cristianos, ya fueran latinos o griegos, unas simples guerras fronterizas, como siempre resulta haberlas. Nos damos perfecta cuenta de ello al leer a los cronistas turcos y árabes que tratan de los acontecimientos de la época. Todo su interés se centra en las guerras entre las distintas sultanías del Próximo Oriente y de Egipto, en la política de los sultanes, de los visires y de los califas, las disensiones religiosas, las rivalidades dinásticas, las guerrillas feudales… Los invasores francos, sobrevenidos de una manera accidental, muy molestos y en principio odiosos, no parecen preocupar.

Sin embargo, por lo que respecta a Cilicia y sobre todo Siria, la acción de la Cruzada tuvo una importancia capital. En cuanto al litoral de Asia Menor, hemos visto que la Cruzada dio como resultado la reconquista de estas provincias por los griegos. Bitinia y las provincias de Esmirna y de Éfeso pasaban de nuevo a la obediencia del emperador bizantino. (Quizá sin la ayuda de los cruzados esta reconquista no hubiera tenido lugar, y aún esto no es del todo seguro). Las provincias que recibieron más directamente el peso de la guerra santa, o sea, Cilicia, la provincia de Antioquía, Siria occidental y finalmente Palestina, aunque en diversa proporción, estaban pobladas en gran parte por cristianos: armenios —sobre todo en Cilicia—, sirios, cristianos autóctonos que, a pesar de las muchas conversiones al islam que hacía cuatro siglos se venían realizando, constituían aún la base de la población rural, y finalmente griegos. Estos países contaban también con fuertes comunidades de judíos, sobre todo Palestina. Y, en el sur de Siria y en Palestina, los musulmanes sumaban más de la

mitad de la población, en su mayor parte sirios o árabes hostiles a los turcos.

Los cruzados se habían iniciado con la conquista de territorios, de población cristiana en su mayoría, que los turcos acababan de tomar, por lo que casi en todas partes se les recibió como libertadores. Antes del sitio de Antioquía, se vio a la guarnición de «Maresse». (¿Mahrata?) huir ante la proximidad de los cruzados por miedo a las represalias de la población indígena, y en Artah (Artesia), los burgueses armenios dieron muerte a todos los turcos de la ciudad antes mismo de la llegada de los cruzados, los cuales vieron después que la población les abría las puertas y les recibía con grandes muestras de alegría. Dondequiera que el ejército franco ganaba una plaza fuerte, debía en gran parte su éxito a la complicidad de los cristianos indígenas. Ante ellos, los cruzados, cristianos venidos de la otra parte del mundo para expulsar a los turcos, aparecían como unos salvadores y, a pesar de las múltiples causas de descontento recíproco, una parte al menos de los cristianos de estas provincias —los armenios— iba a guardar por mucho tiempo simpatía a los francos.

Los griegos tenían sobradas razones para desconfiar de los latinos, dado el clima de desacuerdo que desde los primeros contactos se estableció entre los cruzados y el gobierno de Bizancio. Los sirios, que componían la parte más importante de la población campesina, salían perjudicados de todas las guerras, al igual que la plebe de todos los lugares, y jamás veían con buenos ojos al soldado extranjero, siquiera fuera cristiano. Y todos, tanto sirios como griegos como armenios, se dieron pronto cuenta de que sus hermanos por la fe eran señores tan inflexibles como los turcos.

Al menos sirios y armenios tenían una poderosa razón para ser favorables a los cruzados: que estos libertadores cristianos no eran griegos. Llegados de lejos y sin grandes inquietudes teológicas, los cruzados reconocían como cristianos a todo el que vene-

raba la cruz. Ni siquiera los sacerdotes y obispos latinos pensaban en preguntar a los que liberaban su opinión sobre la naturaleza de Cristo. Los cristianos de rito siríaco o jacobita eran monofitas y los armenios practicaban el rito gregoriano. Con una justa tolerancia en la que había buena parte de indiferencia, los cristianos no trataron de heréticos a aquellos hombres cuya lengua y costumbres les eran demasiado extranjeras para permitirles juzgar. Veremos que el clero latino adoptaría más tarde una actitud menos tolerante, pero que sería el colmo de la tolerancia, comparada con la actitud del clero bizantino.

Los pueblos que durante siglos habían vivido bajo el yugo de los griegos odiaban a estos dominadores. En las provincias de Asia Menor y del norte de Siria, una desafortunada política opresiva, suspicaz y dudosa había hecho desaparecer las simpatías que la población armenia, celosa de su independencia, sentía por los griegos. Los cristianos de rito jacobita llegaban a odiar tanto la tiranía de los «calcedonios», que se alegraban abiertamente de las victorias turcas y saludaban al selchuquí Malik-Shah como a un libertador. Los latinos no podían hacerse la menor idea —por no haber tenido nada semejante en sus países— de la violencia de los odios religiosos que dividían las distintas comunidades cristianas de Oriente.

La población cristiana de Antioquía, compuesta de griegos, armenios y sirios —ahí el elemento griego era preponderante—, había recibido la dura opresión de los turcos. Éstos, no por intolerancia religiosa, sino por propia seguridad, habían prohibido a los cristianos llevar armas y el acceso a funciones públicas (con razón, puesto que fue precisamente la traición de un oficial de origen armenio lo que permitió a los cruzados apoderarse de la ciudad). Cuando el ejército cruzado puso sitio a Antioquía, Yaghi-Siyan, para quitarse de encima bocas inútiles y ante el temor de un posible levantamiento de la ciudad, expulsó a gran parte de los cristianos, los cuales fueron a refugiarse cerca de los cruza-

dos o se dispersaron por el campo. Cuantos cristianos quedaron en Antioquía y en especial el clero tuvieron que sufrir durante el sitio la hostilidad de los turcos. Al patriarca de Antioquía, Juan IV, le ataron en medio de los combates a las almenas de una muralla exterior expuesta al tiro de los cruzados. Espectáculo de esta índole no pudo más que llenar a los cristianos latinos de indignación, quienes en efecto, después de tomar la ciudad, cubrieron de los mayores respetos a dicho prelado, uno de los primeros dignatarios de la Iglesia cristiana, y reintegraron en sus funciones al venerable anciano, sin que el obispo de Puy soñara siquiera con discutirle su rango ni con tratarle de «cismático».

Al encontrar las iglesias de Antioquía profanadas, los frescos y mosaicos enjalbegados de cal y las imágenes sagradas rotas, los cruzados se sintieron hermanos verdaderos de aquellos cristianos diferentes a ellos. Con un dolorido fervor se impusieron la tarea de reparar lo que los turcos habían saqueado, de reconstruir pieza por pieza las estatuas y los iconos, de rascar las paredes y de limpiar las losas y los altares con el fin de devolver el culto a las iglesias, en todo lo cual el clero latino y el clero griego fraternizaron sin mala fe, pues lo que unos y otros habían sufrido les hizo olvidar todo motivo de discordia. Este estado de cosas no podía durar.

En primer lugar, los latinos se creían —e iban a creerse cada vez más— los señores legítimos de Antioquía, mientras que los griegos, empezando por el patriarca, sólo podían reconocer la autoridad del *basileus*. Y, después, el abismo que separaba las dos civilizaciones era ya demasiado profundo, y el hombre del vulgo, ya peregrino o soldado, no acertaba a creer que aquellas gentes de tez morena que vestían al modo oriental y hablaban lenguas incomprensibles fueran auténticos cristianos, y no acababan de distinguirlos en realidad de los musulmanes. Cientos de mercaderes y de desertores, muchos de ellos espías, habían invadido el campamento durante el sitio; los campesinos de los alrededo-

res no siempre aceptaban vender sus cosechas a los cruzados, o bien se las hacían pagar a precios desorbitados, y los cruzados, sin ningún escrúpulo, les arrancaban por la fuerza la mercancía, si es que no podían obtenerla de buen grado.

Después de la toma de Antioquía, los cruzados, ayudados por los cristianos indígenas, dieron muerte a cuantos turcos encontraron en la ciudad, sin ningún remordimiento y convencidos de que tal matanza era del agrado de Dios. Las mujeres y las hijas de los musulmanes muertos se vieron presa de los vencedores. La misma suerte se cernió sobre muchas mujeres cristianas que quedaron sin defensa, y las más pobres llegaron a venderse a los soldados por un mendrugo de pan. Hubo muchas mujeres indígenas en el campamento de los cruzados, a juzgar por los cronistas y hasta por las «revelaciones» de Pedro Barthélemy que, de acuerdo con los rumores de la gente, atribuía las desgracias ocurridas al ejército al deshonroso comercio de los soldados de Dios con mujeres «paganas». El prejuicio racial se confundía en este caso con la intolerancia religiosa, pues lo que se condenaba de aquella manera era menos el libertaje en sí mismo que la impureza del contacto con mujeres extranjeras. Además, los cruzados, usando el derecho de todo soldado vencedor, se apoderaron de las mejores casas de la ciudad, en ocasiones sin querer devolverlas a sus legítimos propietarios, ni aun tratándose de cristianos. Es decir, a partir de Antioquía, entre latinos y orientales empezaban a establecerse las relaciones raramente cordiales de ocupante a ocupado.

Balduino

Sin embargo, la política de los barones hubiera tenido que estar en principio basada en la colaboración entre el ejército cruzado y los cristianos indígenas, si es que aquéllos tenían la seria intención de establecerse en Tierra Santa. Ya pensaban en ello, aunque sólo fuera para poder dejar el Santo Sepulcro bajo dominio cristiano. Sin embargo, entre los barones, tan sólo uno pro-

curó desde un principio y a conciencia poner en juego una política de colaboración con aquellas tierras; pero lo planteó en tal forma que hizo desfallecer para siempre las buenas intenciones de sus posibles aliados.

Balduino de Bolonia no difería a primera vista de los muchos segundones de gran familia que como fortuna sólo tenían una educación principesca (según las normas de la época), buenas armas y un orgullo indomable. En Occidente, el hombre que no poseía tierras no podía esperar volverse rico y poderoso. La riqueza se valoraba en campos, tierras y castillos, y las tierras estaban todas ellas en manos de propietarios legítimos. El sistema feudal presentaba un sistema de contratos recíprocos tan bien concebido que era difícil hasta para el más osado aventurero apoderarse de tierras ajenas. «No hay señor sin tierra, ni tierra sin señor». Para encontrar una tierra sin señor, había que ir muy lejos.

Balduino, a quien había tocado tener dos hermanos mayores que él, se había visto primero condenado por sus padres al estado clerical. Pero renunció muy joven a esta carrera y se casó. Así pues, parece que lo que retuvo mejor del discurso de Urbano II fue la promesa de las tierras conquistadas a los enemigos de Dios. Estaba enterado de la historia de Roussel de Bailleul. Recordemos que éste había sabido ganarse las simpatías de la población local y, gracias a ello, había estado a punto de escapar de manos de los griegos. Los tres hermanos de Bolonia habían tomado la cruz: Godofredo, el segundo, aquí desempeñaba el papel de jefe, ya que, renunciando virtualmente a su ducado de Brabante, había equipado a un importante ejército; el mayor, Eustaquio, conde de Bolonia, no había consentido tan grandes sacrificios y esperaba volver a su país; y Balduino había recibido de Godofredo el mando de una parte de sus tropas y fue quien, junto a Constantinopla, devastó por orden de su hermano los alrededores de la capital griega. Los tres hermanos se entendían perfectamente, sin envidias ni rivalidades.

El día que Alejo Comneno dio en Constantinopla una solemne recepción en honor de los barones latinos, un caballero (Ana Comneno no nos menciona su nombre) fue a sentarse en el trono imperial. Los griegos, aunque escandalizados, tenían demasiada educación para hacerle comprender la barbaridad del gesto; y el «conde Balduino» —dice Ana— agarró por la mano al grosero personaje, le forzó a levantarse y le informó de la inconveniencia de su conducta, puesto que iba en contra de las costumbres del país en que se hallaba. Balduino nada tenía de adulador y en nada tenía que temer la ira de Alejo Comneno, pero estaba dotado de una natural elegancia y, por ello, la ridícula acción de su compatriota habría debido chocarle más que a los otros barones. Muy poco tiempo después, al pie de las murallas de Nicea, Balduino entablaría amistad con un cierto Pakrad (o Bragat), el «Pancracio» de los cronistas latinos, noble armenio que servía a las órdenes de Tatikios. Esto prueba que el hermano de Godofredo de Bouillon se esforzó desde el principio en acercarse al medio cosmopolita que era en la época el ejército bizantino, en el que occidentales de toda clase de nacionalidades se codeaban con los griegos, los armenios, los pechenegos y hasta los turcos, y en el que muchos caballeros normandos, ingleses y escandinavos habían podido ya adquirir una primera noción de cuán diferente era este universo oriental del suyo. Balduino, que nunca había servido en el extranjero, aprovechó la primera ocasión que se le ofrecía para informarse acerca del Oriente; y el armenio Pakrad comprendió enseguida que este franco era de aquellos cuya patria es el lugar donde pueden hacer fortuna.

Siguiendo probablemente los consejos de su amigo armenio, Balduino abandonó el ejército cruzado en Marash con un cuerpo de quinientos caballeros y dos mil soldados de infantería, después de dejar a su esposa y a sus hijos al cuidado de sus hermanos. Y, mientras el resto del ejército proseguía camino hacia el sur, en dirección a Palestina, el cuerpo de ejército conducido por

Balduino se adentraba en las montañas de Cilicia, donde el elemento armenio era predominante, a pesar de que los turcos habían ocupado ya muchas de sus plazas fuertes.

En la conquista de Cilicia que proyectaba de acuerdo con Pakrad, Balduino topaba, sin embargo, con un competidor, que lógicamente habría tenido que ser su aliado, puesto que se trataba de un barón cruzado: Tancredo, sobrino de Bohemundo. El joven normando no tenía relación directa con los jefes armenios, pero conocía sin duda la situación local a través de los mercenarios normandos del ejército de Bizancio (su tío Guido servía en el ejército del emperador). O sea, que los dos hombres tuvieron la misma idea y abandonaron el grueso del ejército casi al mismo tiempo y en el mismo lugar, sin que por nada del mundo se hubieran puesto antes de acuerdo. Tancredo, joven de un temperamento muy independiente, había dado ya que hacer a Bohemundo durante las negociaciones de este último con Alejo Comneno; con Miguel Paleólogo, pariente del emperador, había estado a punto de llegar a las manos y proclamaba por todas partes que él no había jurado nunca nada a los griegos y que pretendía hacer la guerra por su propia cuenta y riesgo; pero le faltaban hombres y dinero y sólo disponía de un centenar de caballeros y varios centenares de infantes. En cualquier caso, no le faltaba talento militar y aún menos audacia. Con su pequeña tropa, puso sitio a la ciudad de Tarso, en Cilicia, ocupada por una guarnición turca, pero cuyos habitantes eran casi todos armenios. El joven normando supo entablar conversaciones con ellos y estaba a punto de tomar la ciudad, pues los turcos temían el levantamiento de la población local.

En esto, Balduino se presentaba al pie de las murallas de Tarso con sus quinientos caballeros. La guarnición, aterrorizada, emprendió la huida. La ciudad de Tarso volvía a ser cristiana, y la población, agradecida, se apresuraba a blandir en las torres las banderas de Tancredo. Pero con gran sorpresa por su parte iba a

comprobar que los hermanos latinos, que tanto se parecían entre sí, no podían soportar la vista de banderas de otros latinos, por más marcadas que todas estuvieran con el signo de la cruz. Balduino entró en Tarso después de Tancredo y, loco de rabia, derribó los pendones del normando y le ordenó largarse con sus hombres lo más pronto posible. Tancredo, ante la superioridad de las fuerzas de su rival, se inclinó y abandonó la ciudad que había tomado para ir a sitiar otra, que iba a ser Adana. Mientras, Balduino se erigía en dueño de Tarso y recibía a los notables de la localidad.

La tarde del mismo día, una tropa de normandos formada por la otra mitad del contingente de Tancredo —alrededor de trescientos— se presentaba ante Tarso. Encontraron las puertas cerradas y, como a pesar de sus ruegos Balduino les negara la entrada, se vieron obligados a establecerse en medio del campo. Y por la noche un destacamento de turcos los sorprendió y dio muerte a todos, del primero al último.

Balduino no había superado aún su etapa de aprendizaje. Más tarde sabría evitar semejantes errores. De momento, su conducta para con los hombres de Tancredo provocó tal indignación entre sus compañeros que tuvo dificultades para llegar a dominar una rebelión de las tropas. Se libró de ella como pudo, con una excusa bastante mala: decía que había jurado a los notables de la ciudad de Tarso no dejar entrar a ningún soldado que no sirviera bajo sus órdenes… Esta manera de invocar los sentimientos de la población local como determinante de su actitud era una excusa que los caballeros franceses no comprendieron.

El incidente de la matanza de los trescientos normandos disminuyó por mucho tiempo la estima de que gozaba Balduino de Bolonia ante los demás cruzados. Claro que él tampoco tenía mucho empeño en volverse a reunir con ellos. Después de un nuevo encuentro con Tancredo delante de Mamistra en el que los barones llegaron hasta el extremo de guerrear ante la mirada

sorprendida de los infieles, Balduino se dirigió a Marash, donde estaba acampado el gran ejército (15 de octubre de 1097). Su mujer estaba agonizando y su hermano Godofredo se encontraba gravemente enfermo a consecuencia de un accidente mientras cazaba (un oso le había herido). Balduino llegó justo a tiempo para decir adiós a su esposa; sus hijos ya habían muerto; a pesar de su duelo y de la enfermedad de su hermano, sólo permaneció dos días junto a los suyos. Suponemos que los demás barones, enterados de lo que había sucedido en Tarso, le hicieron comprender que su presencia era indeseable. Y volvió a marcharse, pero hacia un lugar donde podía estar seguro de no volver a encontrar más a Tancredo.

Ahí empezó la auténtica carrera del Balduino de Bolonia, conquistador latino en tierras de Oriente. Esta vez, siempre guiado por su amigo Pakrad, se dirigió hacia la antigua y poderosa ciudad de Edesa, no para expulsar a los turcos, sino para establecerse allí como aliado del príncipe reinante, el armenio Thoros. Sus hazañas en la provincia de Edesa le confirieron desde el primer momento la fama de valeroso capitán. Esta región, gran parte de la cual estaba en manos de pequeños potentados armenios fuertemente presionados por los turcos, le parecía un campo de acción mejor adaptado a sus planes. Para socorrer a los cristianos de Oriente, lo más cuerdo era aliarse primero con aquellos cristianos que se encontraban aún en condiciones de pelear con los turcos. Y, por otra parte, dadas las pocas fuerzas de que disponía, Balduino no podía pensar en conquistar un territorio importante sin el apoyo de los indígenas. Ahora bien, en la provincia de Edesa los armenios representaban efectivamente una fuerza, de modo que de hecho para Balduino no se trataba de conquistar una ciudad a los turcos, sino de adueñarse de una ciudad cristiana.

El mismo Pakrad, que era hermano de Kogh Vasil (Basilio el Ladrón), audaz capitán que había conquistado a los turcos las

fortalezas de Kaisun y Raban, había atraído a Balduino a las provincias armenio-sirias con la esperanza de que los armenios pudieran así dar fin a la conquista de la región, donde una gran cantidad de ellos había ido emigrando durante el siglo XI y dominando por las armas la población siria autóctona. El príncipe de Edesa, Thoros, hijo de Héthoum, había logrado mantenerse en la plaza, a pesar de que los turcos habían conquistado la mayor parte del país. Este hombre hábil y enérgico había sabido salvaguardar la independencia de la ciudad, en la que reinaba no a título de soberano heredero, sino como «curopalato» —dignatario bizantino—, título sólo honorífico, pues Bizancio no alcanzaba a proteger ni a oprimir provincias tan lejanas.

Por desgracia, los príncipes armenios de aquella tierra se habían visto obligados, para hacer carrera dentro del ejército bizantino, a abrazar la religión griega ortodoxa, lo cual les separaba moralmente de su propio pueblo y más aún de la población indígena de rito jacobita. Thoros no era en ello una excepción. En los cristianos de Oriente, la pasión religiosa superaba el sentimiento nacional y, para ellos, un armenio de religión griega era un griego, por más que se proclamara campeón de la independencia nacional. Por eso, la llegada de Balduino a Edesa desencadenó una serie de pasiones que ni quizás él mismo era capaz de prever.

Al hacer venir a su ciudad —a través de Pakrad— al aventurero latino, Thoros creía simplemente enrolar a un condotiero que le protegiera contra los ataques de los turcos. Y, cuando Balduino comprendió esto, montó en una violenta cólera y se dispuso a partir de nuevo. Thoros, que por su avanzada edad no podía mandar sus tropas él mismo, contaba demasiado con este inesperado auxiliar para dejarle marchar. Entre los dos quedó convenido que Thoros (que no tenía hijos) adoptaría a Balduino, le nombraría su heredero y compartiría con él el poder. La ceremonia de adopción se celebró públicamente en el salón del palacio

de Edesa: Balduino, desnudo hasta la cintura, hubo de pasar entre el cuerpo y la camisa de Thoros, que le apretó después contra su pecho y le dio un beso.

Una vez convertido en «hijo» del viejo armenio, Balduino no tardó en deshacerse de este padre adoptivo que entorpecía sus planes. Unos días más tarde, Thoros perecía en una revuelta que a decir verdad él no había provocado, pero de la que se hizo cómplice.

Si bien los historiadores latinos se empeñan en negar la responsabilidad del barón cruzado en este asunto, en cambio el historiador armenio Mateo de Edesa acusa de una manera expresa a Balduino de haber intervenido en el complot tramado por los enemigos del viejo soberano. El propio Alberto de Aix da a entender que se había dado parte del complot a Balduino, si bien él se había negado a intervenir. Ello nos permite suponer que su cinismo no fue tan lejos como para que expresara su abierta adhesión (lo que le hubiera hecho perder prestigio ante sus caballeros), pero sí que dejó entrever su acuerdo tácito, pues de haberlo querido hubiera podido fácilmente impedir la revuelta, establecidos como estaban él y sus hombres en la fortaleza y teniendo el mando de las fuerzas armadas.

Los vasallos de Thoros, contentos de poder quitarse de encima a un «griego» con la ayuda de un cristiano extranjero, excitaron a la muchedumbre contra Thoros. Y, cuando éste, lleno de temor, suplicó a Balduino que le dejara retirarse a Melitene con su esposa, Balduino se lo prometió solemnemente por las reliquias más santas de la ciudad; pero hizo respetar tan mal su promesa que el pobre anciano y su mujer fueron linchados por la muchedumbre ante las puertas de palacio. Balduino se convertía de derecho y de hecho en señor de la ciudad de Edesa. Y no tardó mucho en hacer que sus nuevos súbditos se arrepintieran de su ingratitud para con Thoros.

No era hombre de consideraciones para con nada ni con nadie. Llegó a sospechar (quizá sin razón) de su amigo Pakrad, por haber intercambiado éste algunos mensajes con su hermano Kogh Vasil. Y Pakrad fue sometido a tortura, despojado de sus bienes y encerrado en prisión. El emir Balduk, señor de Samosata y vasallo del conde de Edesa, después de haber intentado conquistar por su propia cuenta la ciudad de Saruch, fue acusado de traición y decapitado. Los nobles armenios de Edesa que se unieron en complot para derrocar al nuevo señor fueron castigados a la manera bizantina, con mutilaciones corporales consistentes en hundirles los ojos o cortarles la nariz, las manos o los pies. Tan pronto como se hubo establecido en Edesa, Balduino se quitó la máscara y, sin disimular más su desprecio por los indígenas y sin medir sus dádivas a expensas de la población local, concedió toda clase de cargos y favores a sus compañeros francos, con el fin de atraerse al mayor número posible de cruzados. Necesitaba soldados francos sobre todo. Éstos, agotados y sin ánimo después del largo sitio de Antioquía, podían encontrar en Edesa casas, caballos y tierras y una guerra menos arriesgada.

El conde de Edesa no tenía la pretensión de conquistar el Santo Sepulcro. Se entregaba por entero a la fundación de su propio reino en Oriente. Tanto por política como por interés pidió la mano de la hija de uno de los señores armenios más ricos de la región, Thatoul (?); pero hizo un mal negocio, ya que el suegro, atemorizado ante las crueldades de su yerno, huyó a las montañas, llevándose consigo la mayor parte de la dote, por lo que a Balduino ya no le quedó tiempo para dedicar sus atenciones a la joven armenia.

Balduino comprendió desde el principio que estaba claro que jamás podría contar sino con los suyos, es decir, con los caballeros de su séquito, con los que estaban ligados a él por parentesco, y, con suerte, con los señores cruzados que llegaría a atraerse con favores. Ya hemos visto que no poseía el arte de agradar y que

no gozaba, como su hermano Godofredo o como Bohemundo, de la adhesión incondicional de los hombres de sus tropas. Sabía hacerse respetar y temer. Su desmedido arrojo y la rapidez de sus decisiones forzaban a sus aliados y a sus enemigos a estimarlo. La verdad es que amigos tenía pocos.

Lo que marcó, pues, su establecimiento en el condado de Edesa fue una política de expoliación sistemática de los pobladores indígenas en provecho de la caballería franca. Como consecuencia, los soldados que Balduino lograba atraerse no eran los soldados de Dios más honrados ni los más desinteresados. Con una imparcialidad total, Alberto de Aix y Guillermo de Tiro denuncian la conducta escandalosa de los cruzados establecidos en las ciudades cristianas donde se les recibió como amigos, pues explotaban sin ninguna reserva a los nobles y burgueses del lugar, arrebatándoles por la fuerza sus casas y sus bienes y haciéndoles víctimas de toda clase de ultrajes. A partir del primer año del reinado de Balduino en Edesa, se formó una aristocracia franca llena de soberbia y de desprecio, brutal y decidida a tratar a armenios y sirios como a seres de raza inferior. ¿De dónde procedía este desdén que no podía explicarse ni por un nivel superior de civilización ni por una intolerancia religiosa? Los francos eran mejores soldados —ellos mismos habían podido comprobarlo y no sin sorpresa— y, embriagados por sus propios éxitos, ello les llevó a creerse una raza superior. El sentimiento religioso poco tenía que ver con este sentimiento de superioridad. Estaban dispuestos a respetar la fe de los cristianos indígenas, pues les reprochaban no su herejía, sino su debilidad en el terreno militar. Por lo que respecta al menos a los armenios, ello era bastante injusto, pues se trataba de soldados de un empuje notable. Pero los armenios conocían la complejidad de la política de su país y, de requerirlo las circunstancias, sabían aliarse con griegos, árabes o hasta con turcos, con el fin de salvaguardar la precaria independencia de sus principados.

En 1098 Balduino no había llegado aún a establecer lazos de amistad, ni estaba muy versado en las exigencias políticas de la localidad. Como hombre de sentido práctico que era, se dedicaba siempre por entero a la tarea más urgente. En algunos meses llegó a someter en un puño a toda la provincia de Edesa y a dar en feudo a sus caballeros las principales plazas fuertes. En un año se convirtió de hijo sin tierras en gran señor, soberano de importantes feudos, y fue eliminando a los turcos de su territorio. Cuando Kurbuqa, al dirigirse a Antioquía con su poderoso ejército, quiso volver a tomar Edesa a su nuevo dueño, Balduino le opuso una fuerte resistencia. El general turco perdió tres semanas delante de Edesa y después levantó el sitio. Sin saberlo, Balduino había salvado del desastre al ejército cruzado, pues, tal como hemos visto, Kurbuqa llegó a Antioquía justo a tiempo para enterarse de que la ciudad acababa de ser tomada.

La disputa de Antioquía

Después de la caída de Antioquía y la derrota de Kurbuqa, Balduino no tenía la menor intención de abandonar Edesa. Los intereses del condado acaparaban tanto su atención que llegó a persuadir a su hermano Godofredo de que le ayudara a expulsar a los turcos del alto valle del Éufrates, por lo que Godofredo recibió de manos de su hermano menor las fortalezas de Teil-Basher y Ravendan. Balduino se mostró buen hermano, pero Godofredo tenía grandes ambiciones y no permaneció mucho tiempo en Edesa.

En la propia Antioquía, una vez conquistada la ciudad por el ejército cruzado, los demás barones parecían también olvidar su verdadero objetivo: la conquista de Jerusalén. Uno de ellos, y no el menos importante, estaba firmemente resuelto a no continuar su peregrinación. Bohemundo consideraba que la ciudad de Antioquía le pertenecía de derecho, por lo que el único medio de conservarla era quedarse en ella.

Pero Raimundo de Saint-Gilles no había prometido nunca a Bohemundo dejarle esta ciudad, pues él, que tenía bajo su poder una de las principales torres, la codiciaba para sí. Comprendiendo que nunca llegaría a desposeer a Bohemundo de la plaza por sus propios medios, se mudó de golpe y, de una manera inesperada, se convirtió en el campeón más celoso de los derechos del emperador de Bizancio. La ciudad —decía— pertenecía sin contestación al Imperio y los cruzados tenían la obligación moral de devolverla a los plenipotenciarios de Alejo Comneno. Como sus argumentos no estaban faltos de peso (a pesar de que hubiera podido considerarse sospechosa la actitud probizantina del único gran barón que rehusó hasta el final prestar juramento al emperador), los demás barones, excepción hecha de Bohemundo, convinieron en enviar a Constantinopla a Hugo de Vermandois, hermano del rey de Francia, con objeto de ofrecer a Comneno la ciudad de Antioquía y obtener a cambio la promesa de una Cruzada bizantina, realizable a corto plazo. El ejército había quedado tan debilitado y sus efectivos tan mermados que los jefes se resignaron a esta propuesta, pues no se conformaban con limitar sus conquistas al valle del Orontes.

Así pues, se ofreció Antioquía a Alejo Comneno, aunque bajo condición. Y éste, absorbido por otros quehaceres, no se preocupó de responder. Bohemundo ganó la partida. En efecto, al ver los demás jefes cruzados (con excepción de Raimundo de Saint-Gilles) la violenta obstinación del normando, y acordándose de la promesa que le habían hecho la víspera de tomar la ciudad, estaban dispuestos a dejarle que se las compusiera él solo con Alejo Comneno y los derechos del imperio.

Pasaron el verano y el otoño. Se seguía esperando una respuesta del emperador (que no llegó) mientras que el ejército, abatido a causa de esta inactividad forzada y diezmado por las epidemias, se abandonaba a la agitación y manifestaba su creciente descontento. El hombre que de nombre e incluso de hecho era

el jefe de la Cruzada, Ademaro de Monteil, obispo de Puy, murió el 1 de agosto de 1098. Fue un duro golpe para el ejército. La Cruzada se quedaba sin jefe oficial, y también sin jefe efectivo, pues ninguno de los barones podía asumir esta función. Ni siquiera los que no codiciaban el cargo estaban dispuestos a someterse a las órdenes de uno de sus pares.

Un hombre, sin embargo, aspiraba ávidamente al título de jefe de la Cruzada: Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa. Llegó al punto de reunir a todos los barones y exponerles su propósito de tomar a todos bajo sueldo, pues era, en efecto, el único cuyas riquezas aún no se habían agotado del todo. El proyecto no se llevó a término. El objetivo del conde consistía en alejar de Antioquía a Bohemundo y empujarle a la conquista de Palestina. Bohemundo exigía a cambio la entrega de los barrios de la ciudad que Raimundo tenía aún en su poder, en lo que este último no quería consentir de ninguna manera.

Pero el plazo fijado para la reanudación de la campaña (noviembre) hacía tiempo que había pasado. La conferencia de los barones se había celebrado a principios de enero y nada se había decidido todavía. Continuaban los tratos y disputas entre los jefes. De hecho, los responsables de esta situación eran Bohemundo y el conde de Tolosa; sin embargo, tampoco Godofredo de BouilIon, ni el conde de Normandía, ni Roberto de Flandes parecían tener prisa por preparar su equipaje, sin duda porque la idea de marchar bajo las órdenes de Raimundo no les seducía y porque ninguno de ellos podía con honradez aspirar al título que el viejo conde parecía oficialmente arrogarse.

Después de la muerte del legado, Raimundo se creía designado en todo y por todo para el papel de jefe laico de la guerra santa. Su edad, su buena reputación y su fortuna le conferían derechos incontestables; además, se valía de una ventaja que en realidad nada tenía que ver con sus cualidades personales, pero que ante los soldados pesaba más que el dinero o la nobleza: tenía en

su poder la Sagrada Lanza, cuyo hallazgo recordemos que había permitido a los cruzados vencer a Kurbuqa. Creía en la autenticidad de la reliquia con una sincera obstinación, pero quizá no hubiera creído en ella con la misma fuerza de haberse hallado la Sagrada Lanza en poder de Bohemundo o de Godofredo. Ahora el profeta y visionario Pedro Barthélemy se vengaba de la incredulidad del difunto obispo de Puy hablando de una serie de sueños en los que Ademaro de Monteil, en medio de las llamas del Purgatorio, confesaba su pecado, es decir, el crimen de no haber creído en la Sagrada Lanza. Tales revelaciones escandalizaban no sólo a los clérigos, sino a todos aquellos cruzados que habían sentido respeto por el legado. Pero, pese al escepticismo de una parte del clero, en el bando provenzal se tenía a Pedro Barthélemy por un santo varón.

El ejército —quizá no los caballeros, pero sí los soldados y los peregrinos— no veía en la guerra otra finalidad que la conquista del Santo Sepulcro y la peregrinación a Jerusalén. En aquella tierra extranjera donde se sentían tan desplazados y tan desamparados y en la que el calor, las lluvias, las enfermedades, el hambre y unos meses interminables sin poder moverse de sitio iban agotando su resistencia nerviosa, no se mantenían sino con la esperanza de una aventura a un tiempo heroica y mística, tal como se les había prometido y seguía prometiéndoseles y a la que creían tener derecho. El espectáculo de las disputas y negocios entre los barones por la posesión de las plazas conquistadas acabó exasperando hasta tal punto a las tropas que el 5 de enero de 1099 tuvo lugar en Ma'arrat, fortaleza vecina a Antioquía, un auténtico levantamiento popular. Esta sublevación, que tuvo un carácter bastante especial, obligó a los barones a acordarse de la existencia de los «pobres» y de los «humildes».

Con el fin de eliminar todo pretexto de disputa entre los jefes, soldados y peregrinos decidieron destruir ciudades y castillos, objeto de tales disputas, y empezar por la ciudad en que se halla-

ba Ma'arrat. Saliendo de la inercia a la que se habían visto forzados, se pusieron manos a la obra con gran energía y demolieron las fortificaciones e incendiaron los barrios habitables, y, sin prestar oídos a los jefes y al obispo Pedro de Narbona, declaraban que ellos no habían ido a Oriente para conquistar ciudades, sino para servir a Dios, y que sabrían obligar a los barones a que hicieran lo mismo. Y ganaron el pleito. El 13 de enero el ejército —por lo menos una gran parte de lo que quedaba de él— salía de Antioquía. El conde de Tolosa, vestido con un sayal como un vulgar peregrino, con los pies desnudos y una cruz en las manos, marchaba a la cabeza del ejército.

Con este gesto espectacular en que de seguro había tanta demagogia como sincera devoción, Raimundo de Saint-Gilles se ganaba entre los «pobres» aquella popularidad que, a pesar de todos sus esfuerzos, no había logrado imponer entre los caballeros y barones. Y los sentimientos de la plebe merecían también tenerse en cuenta. Aun después de las grandes bajas sufridas en la guerra y pese las enfermedades, el estado de debilidad y la indisciplina, los soldados de Cristo seguían constituyendo una fuerza, y el desenlace de la guerra descansaba en definitiva sobre aquellos «pobres» inestables, exaltados, agotados, obsesos, tan prontos al martirio como al saqueo y ávidos de milagros y de sangre pagana, aquellos pobres que, sin esperar enriquecerse, cifraban su riqueza en la conquista de beneficios espirituales, de los que se forjaban una idea magnífica, imprecisa y un tanto materialista.

La Cruzada propiamente dicha se había salvado, merced en parte a la revuelta de los soldados de infantería en Ma'arrat, y merced también en parte a la ambición de Raimundo de Saint-Gilles. El conde de Tolosa dejaba en Antioquía a sus más poderosos rivales: Godofredo de Bouillon y Roberto de Flandes, y naturalmente Bohemundo. Se llevaba consigo la Sagrada Lanza (y a Pedro Barthélemy), y con el ejército se dirigía directo a Jerusalén. Tres años después de la partida y cuatro años después de la

predicación de la Cruzada, el ejército de Cristo iba por fin a penetrar en Tierra Santa.

La marcha sobre Jerusalén

En realidad, el ejército se había echado al camino con sólo mil caballeros y cinco mil hombres de armas, más los peregrinos mal armados o sin arma alguna, las mujeres, los niños, los sacerdotes y los monjes. Al lado de Raimundo de Saint-Gilles se hallaban Roberto de Normandía y Tancredo; más tarde, y un tanto a su pesar, Godofredo de Bouillon y Roberto de Flandes se reunirían con el ejército de Tierra Santa; y de Occidente, la predicación de los emisarios papales iba a conducir al litoral sirio flotas genovesas y pisanas con avituallamiento y una apreciable cantidad de combatientes y técnicos. Aun así, el ejército franco, con un número muy reducido de gente, no podía disponerse a que la campaña de Jerusalén fuera un simple paseo militar. El camino era largo y difícil, había —aunque bastante desunidos— muchos adversarios locales y los cruzados podían esperarse en cualquier momento la llegada de un ejército poderoso, ya del este, por el lado de Bagdad, ya de Egipto.

La impresión de terror que dejaron la batalla de Dorilea y la toma de Antioquía aún seguía latente. Los príncipes musulmanes de Siria no tenían la intención de oponer ninguna resistencia a los bárbaros del Norte y se conformaban con que al pasar por sus tierras no hicieran muchos estragos. Los emires de Shaizar se rescataron a sí mismos por un tributo y hasta ofrecieron a los cruzados guías para que les condujeran a través del valle del Sarut. Los señores de Trípoli, los Banu Ammar, esperaron también poder escapar al peligro franco a precio de oro, pero Raimundo de Saint-Gilles, tentado por la inmensa riqueza de la ciudad y de las tierras circundantes, se propuso conquistar Trípoli. Por ello, asaltó Tortosa, enfeudada a los Banu Ammar, puso sitio a Arqa y, con la obstinación que le era típica, se volcó por entero en este sitio, que no era en absoluto necesario para el desarrollo de la

guerra santa. Se hubiera quedado allí sin duda hasta tomar la ciudad y hubiera llevado adelante sus proyectos de conquista hasta sitiar Trípoli, de haber sido únicamente por él.

En aquel momento, Godofredo de Bouillon, dejando que su hermano gobernara Edesa y que Bohemundo se acabara de establecer en Antioquía, tenía a su vez la intención de hacerse su principado en Levante mediante el asedio de Chabala (o Gidel), otro de los feudos de los señores de Trípoli. Por desgracia, el cadí de Trípoli, en su afán por hacer retroceder a los cruzados, les hizo creer por sus espías que un poderoso ejército a las órdenes del propio califa de Bagdad avanzaba para aplastar al ejército franco. Raimundo de Saint-Gilles, lejos de levantar el campamento, mandó a toda prisa mensajeros a Godofredo y a Roberto de Flandes, pidiéndoles que acudieran en su ayuda. Lleno de generosidad, Godofredo abandonó el sitio de Chabala y se presentó con todas sus fuerzas ante Arqa, donde advirtió, al reunirse con Raimundo, que la noticia era falsa. Se mostró irritado hasta el máximo, y entre sus huestes hubo quien llegó a sospechar incluso que el conde de Tolosa había ideado esta intervención del «papa de los turcos» con objeto de impedir que él, Godofredo, se apoderase de Chabala. Las relaciones entre los dos jefes resultaron tensas desde el primer día. Mientras, Godofredo se convertía en el campeón de la guerra santa e insistía en la necesidad de marchar sobre Jerusalén. Pero Raimundo seguía empeñado en tomar Arqa. Y, por extraña arte, las visiones de Pedro Barthélemy ponían en conocimiento de los cruzados que Dios les ordenaba continuar el sitio.

Para los jefes de la Cruzada, la voluntad de Dios iba siendo cada vez más, si no un mero pretexto, sí al menos una realidad bastante ambigua que podía cambiar según los deseos y los intereses de unos y otros. En el campo de Godofredo y de Roberto de Flandes, se empezaba a decir abiertamente que Pedro Barthélemy no era sino un impostor y la Sagrada Lanza un simple trozo

de hierro que él mismo había enterrado debajo de la iglesia de San Jaime de Antioquía. Raimundo de Saint-Gilles y la mayoría de los provenzales, con un encendido fervor por la Sagrada Lanza que parecía una especie de patriotismo local, rechazaban indignados estos pareceres. Cruzados del Norte y del Midi francés se enfrentaban ahora, al pie de la ciudad sitiada, en apasionados debates acerca de la autenticidad de la tan famosa reliquia. Y el más apasionado, el más indignado de todos, era el propio Pedro Barthélemy, quien, fuera cual fuese el origen de sus visiones, defendía su Sagrada Lanza con un ardor nada ficticio.

La cuestión terminó de modo trágico. El capellán del conde de Normandía, Arnaldo Malecorne —del que todavía tendremos muchas ocasiones de hablar—, exigió de Pedro Barthélemy la prueba del fuego: si la lanza era auténtica, éste tenía que pasar con ella en brazos por un montón de brasas, o más bien entre dos hileras de leños encendidos. Pedro Barthélemy aceptó sin titubear. De resultas de ello, murió dos días más tarde, en medio de dolores atroces. Y, como consecuencia, la lanza quedó algo desacreditada[17]. Raimundo de Saint-Gilles no dejó por ello de venerar el trozo de hierro, metido en un relicario de oro y piedras preciosas que llevaba a todas partes consigo y dejaba al cuidado de sacerdotes. Pero quien ganaba la partida era Godofredo de Bouillon, pues el ejército deseaba no perder más tiempo delante de Arqa y partir para Jerusalén. El conde de Tolosa, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón entristecido, se resignó a levantar el sitio. Estaba tanto más desesperado cuanto que esta vez Godofredo de Bouillon se erigía en el campeón de la voluntad popular y de la guerra santa a un tiempo.

La salida se hizo en mayo (13 de mayo de 1099). Pero antes, el 10 de abril, los cruzados habían recibido una carta de Alejo Comneno: el emperador pedía que le esperaran delante de Trípoli hasta el día de San Juan, fecha en que contaba reunirse con ellos a la cabeza de su propio ejército y con las máquinas de ase-

dio, para después todos juntos reemprender la marcha hacia Jerusalén. Raimundo de Saint-Gilles, que lo que quería ante todo era no abandonar una provincia donde había cosechado ya notables éxitos y que consideraba más prudente asegurarse la intervención del ejército griego, abrazó otra vez la causa del emperador. Pero sus aliados iban ya tan prevenidos contra los griegos que preferían vencer por sus propios medios, aun corriendo mayores riesgos, que aceptar la tutela de Bizancio. La oferta de Alejo les parecía además un tanto imprecisa y las tropas querían proseguir la ruta de la ciudad santa, que quedaba sólo a unos cuatrocientos kilómetros. Así pues, una vez más fracasaba el proyecto de una Cruzada grecolatina para la conquista de los Santos Lugares, a causa tanto de los retrasos de Alejo Comneno como de los barones del Norte, obstinados en desconfiar de los griegos. Hay que reconocer, sin embargo, que Raimundo de Saint-Gilles mostraba en esta ocasión mayor sentido político que sus compañeros, ya que, en el caso de haber podido reinar un acuerdo sincero entre las dos grandes fuerzas de la cristiandad, la Cruzada se hubiera transformado en una empresa de mucha mayor importancia de lo que pensaban los barones cruzados.

La oferta de Alejo Comneno se rechazó por mayoría, en parte porque los jefes sabían que una colaboración con Bizancio aprovecharía ante todo a Raimundo de Saint-Gilles, el primero en abogar en pro de esta colaboración. Cerraron un trato con el cadí de Trípoli, el cual les proporcionó en abundancia dinero, caballos y provisiones, y les cedió unos guías que se encargaron de conducir al ejército a través de los desfiladeros del litoral libanés. Los musulmanes de Siria estaban, en efecto, dispuestos a ayudar a los cristianos de Occidente en su empresa de conquista, pues, como los turcos y Egipto amenazaban su independencia a la vez, no les parecía mal del todo la aparición de esta tercera fuerza capaz de neutralizar el empuje de sus poderosos vecinos.

Entretanto, mientras que los cruzados sitiaban y tomaban Antioquía, el visir del Cairo, Al-Afdal, aprovechando las rivalidades entre los príncipes turcos y las dificultades que les ocasionaban los francos, se fue hasta la ciudad de Jerusalén y se la arrebató al emir Soqman, lugarteniente del sultán de Persia[18]. Al-Afdal, armenio convertido al islam, no deseaba nada mejor que entenderse con los cruzados, y miraba con satisfacción cómo sus conquistas debilitaban el poderío de los selchuquíes. Al verlos resueltos a establecerse en el norte de Siria, les mandó embajadores para proponerles una alianza: los francos conservarían los territorios que habían conquistado hasta el momento y dejarían la parte sur de Palestina y Jerusalén para Egipto. Es obvio que este arreglo no convenía a los cruzados, cuyo objeto era precisamente la obtención de los Santos Lugares, y a quienes la promesa de peregrinaciones pacíficas, por pequeños grupos y sin armas, no podía en ningún modo seducir. Una declaración de guerra fue la respuesta que dieron los barones a la propuesta del visir.

Egipto era una potencia militar de gran magnitud y, para cualquiera que centrara su objetivo en Jerusalén, constituía el primer adversario digno de temer. Los cruzados lo sabían tan bien que por un momento pensaron ir directos a El Cairo y conquistar Egipto para adueñarse de Palestina. Se trataba de un proyecto temerario, dados los pobres efectivos de que disponían. Más valía empezar por Jerusalén, que estaba ya muy cerca.

El 7 de junio de 1099 el ejército cruzado comparecía con toda su fuerza ante las murallas de la ciudad santa.

En la seca y árida meseta de Judea y en pleno verano, el ejército, agotado tras varios meses de marcha, padecía el calor y la sed más crueles. La Tierra Santa, que hacía tiempo venía apareciéndose en sueños a fuertes y humildes, se revelaba una tierra decepcionante, y eran muchos los que se extrañaban de que el Señor hubiera escogido una tierra como aquélla para su Encarnación. Aun así, era indiscutible que se trataba de la misma tierra

de Jesucristo, y cientos de lugares de peregrinación lo atestiguaban con iglesias y capillas en las que desde siglos el fervor popular se complacía en venerar toda clase de reliquias, de las más respetables a las más caprichosas: un trozo del Arca de Noé, el sarcófago de san Jorge, la morada de la Virgen, la fragua donde se forjaron los clavos de la Pasión… El nombre del pueblecito más insignificante era un nombre bíblico. Ningún cristiano, ni aun el aventurero más cínico, podía permanecer insensible a esto. Los barones y caballeros que visitaban la iglesia de Belén apenas podían dar crédito a sus ojos cuando se les afirmaba que tal objeto era de verdad el pesebre donde se adoró al Niño Jesús. La población indígena, cristiana en su mayor parte —la mayoría de los musulmanes habían huido al acercarse los cruzados—, recibía a los soldados de Cristo con lágrimas de alegría y organizaba procesiones y festejos. Y en el campamento crecía una alegre exaltación que hacía olvidar la fatiga y los peligros que se avecinaban.

Cuando el ejército pudo al fin vislumbrar las torres y cúpulas de Jerusalén, hubo una verdadera explosión de fervor delirante. Soldados y caballeros, de rodillas, lanzaban gritos de alegría y vertían torrentes de lágrimas.

De lo que fue este primer encuentro —realización de tantas esperanzas, de tantos ruegos y de tantos sueños, y el gozo de ver por fin Jerusalén— los cronistas, testigos oculares, nos dan una idea sin duda lejana aún de la realidad. La ciudad, con sus alrededores de colinas revestidas de cipreses y de olivos, rodeada de un serpenteado cinturón de murallas flanqueado de torres y con sus grandes jardines y sus casas pintadas de blanco, sus cúpulas y minaretes, era muy hermosa, pero mucho más modesta que Constantinopla e incluso que Antioquía. Si bien en la imaginación de los peregrinos se confundía con la Jerusalén celeste, sabían en cambio que el esplendor de la Jerusalén que veían era enteramente espiritual y, como dice Guillermo de Tiro, ni el hombre de corazón más duro podía contener las lágrimas.

Esta pasión desencadenada, este entusiasmo místico que se apoderaba del ejército con tan repentino arrebato, era un fenómeno único que sólo el nombre de Jerusalén puede explicar y que no volvería a reproducirse. Era la primera vez que una muchedumbre tan numerosa de peregrinos de Occidente se acercaba a la ciudad santa, tras años de sufrimientos pasados con la esperanza de llegar un día a Jerusalén.

Hemos visto que muchos de los pobres y de los hombres del pueblo atraídos por los predicadores eran unos exaltados que creían que tan sólo con entrar en la Jerusalén rescatada a los paganos verían el cielo y la tierra transformarse, a los ángeles luchar al lado de los cristianos y a los pobres y los justos reinar en una Jerusalén purificada para siempre, apacible y abundante en riquezas de toda clase. Cómo eran estos sueños y hasta qué punto era consciente esta voluntad de triunfo unida al deseo de martirio son cosas difíciles de saber; pero las intenciones de los peregrinos y del grueso del ejército eran muy otras que la mera conquista de una ciudad objeto de una especial veneración. Toda la aventura tenía un color místico más que guerrero. Importaba mucho más llegar a tocar la tierra que había pisado el Salvador que cubrirse de gloria, y en aquella guerra y en aquel momento había de seguro más desinterés y olvido de sí que en ninguna otra guerra. El ejército estaba ahora más que nunca convencido de estar luchando por Cristo y de estar defendiendo, vengando y ganándose a Cristo, y le parecía que Cristo estaba tan presente como si se hubiera encarnado por segunda vez. Pues encontrarse en la misma tierra y en el mismo sitio en que había tenido lugar la Pasión de Cristo era en cierto modo revivir el misterio de la Encarnación. Sea cual fuera la conducta posterior de este ejército de Dios, sería injusto desestimar la grandeza de la experiencia y la sinceridad de quienes la vivieron.

Los cruzados no habían ido a Jerusalén únicamente para rezar y adorar. Estaban allí para combatir y arrancar la ciudad santa de

manos de los infieles. Cualesquiera que fuesen, desde hacía dos años, sus relaciones con dichos infieles, turcos o árabes —y ya hemos visto que no siempre habían sido malas—, ahora, ante Jerusalén, la guerra mudaba bruscamente de rostro. El musulmán se convertía o volvía a convertirse en el ser diabólico, el enemigo de Dios con toda la fuerza que puede tener esta palabra, puesto que profanaba y manchaba con su presencia un lugar que, para el cristiano, era el Santo de los Santos. Los soldados de Dios captaban en fin en toda su plenitud esta verdad que desde hacía tiempo les era familiar y que se materializaba, ante sus ojos, en las iglesias transformadas en mezquitas y en los estandartes egipcios que ondeaban en sus torres. Los musulmanes, que jamás hubieran tolerado la sola idea de la presencia de infieles en La Meca, no tenían ninguna razón para sorprenderse ante el fanatismo de los cristianos.

Para sostener el fervor del ejército, los predicadores no cesaban de recordar a los soldados las injurias con que los musulmanes abrumaban no sólo a los cristianos indígenas —detalle secundario—, sino al propio Cristo, los santuarios más venerados, las cruces y las reliquias. Las profanaciones de las que los musulmanes llegaban a ser culpables eran en realidad menos y no tan graves como imaginaban los cristianos, pero el solo hecho de que en un lugar tan santo dominara una fe «pagana» era ya de por sí un escándalo intolerable (aunque perfectamente tolerado por la cristiandad desde hacía más de cuatro siglos). Lo era al menos para esta masa de peregrinos que año tras año vivían con la obsesión de Jerusalén.

Jerusalén

El sitio debía durar un mes y diez días. Resultó muy penoso, a causa del calor tórrido de la región en el mes de junio y de la falta de agua (el enemigo había obstruido o envenenado los pozos, y quedaba sólo la fuente de Siloé, que no podía abastecer de agua a todo el ejército). La ciudad estaba bien defendida. El goberna-

dor egipcio, Iftijar al-Dawla, pudo contar con tiempo suficiente para tomar las medidas necesarias e impedir a los sitiadores los medios para proveerse. Las murallas de Jerusalén eran sólidas, y su guarnición se componía de soldados escogidos, árabes y sudaneses. Por temor a una traición, se expulsó de Jerusalén a la mayoría de cristianos de la ciudad, que reducía así el número de bocas inútiles.

Fracasó el intento de asalto del 13 de junio. El ejército cruzado no contaba con maquinaria suficiente y estaba debilitado por la sed; nada podían los hombres contra aquellas murallas bien defendidas, a pesar de su arrebato y de su voluntad de martirio. Foucher de Chartres afirma que el asalto fracasó simplemente por falta de escaleras. Los asaltantes tuvieron que retirarse dejando muchos muertos en el terreno y prepararse para un sitio que se presentaba difícil, pues no disponían de máquinas y, para construirlas, había que ir a buscar madera a varias docenas de kilómetros de allí. Merced a la ayuda de una escuadra genovesa que había conseguido apoderarse del puerto de Jaffa, los cruzados pudieron, no obstante, construir catapultas y torres móviles, dos «fortalezas» grandes de madera, una para los soldados de Godofredo de Bouillon y otra para los de Raimundo de Saint-Gilles, y más tarde una tercera para los normandos que dirigía Tancredo.

Mientras que, con la oportuna ayuda de ingenieros y de carpinteros genoveses y de sus propios equipos técnicos, los barones preparaban las máquinas de combate y continuaban el asedio a la ciudad, el ejército esperaba el asalto final en medio de una exaltación que con la sed y el calor no podía sino ir en aumento. Igual que en Antioquía, del sufrimiento y el agotamiento físico nacía nueva energía, provocando visiones, arrebatos colectivos de entusiasmo, deseos de purificación y esperanzas de milagros. Pedro el Ermitaño, quien a pesar del fracaso sangriento de su propia Cruzada seguía teniendo una cierta influencia sobre la

masa, atrajo a muchos discípulos hasta el Jordán y allí, mientras entonaban cánticos con ramas de palma en la mano, los peregrinos se purificaron en las aguas del mismo río en que Jesucristo había recibido el bautismo. Al pie de las murallas de Jerusalén, un clérigo llamado Pedro Didier veía aparecerse al difunto obispo de Puy, el legado Ademaro: el obispo, acogido entre los bienaventurados, volvía para guiar a su ejército; y, siguiendo órdenes suyas que Pedro Didier se cuidó de transmitir, el 8 de julio (un mes después de haberse iniciado el sitio) se organizaba una procesión solemne. Todos, clérigos, barones, caballeros, arqueros y soldados de infantería y gente civil desfilaron con cruces y cantando salmos alrededor de las murallas de la ciudad santa. Y si bien los muros de Jerusalén no habían de derrumbarse como los de Jericó, al menos este asedio solemne de la ciudad sitiada representaba en el espíritu de todos un paso decisivo hacia la victoria. Así lo entendían los cristianos, mientras se dirigían descalzos, cantando y rezando, al monte de los Olivos, y confundiendo en un mismo fervor el recuerdo de la Pasión, el amor por la ciudad santa y el odio a los paganos.

De lo alto de las murallas, la guarnición de Iftijar al-Dawla contemplaba esta demostración de fervor con una ironía un poco fuera de lugar. Aquellos rudos soldados de entre los nómadas del desierto de Arabia o de las tribus guerreras del Sudán no comprendían que la fuerza de sus adversarios residía precisamente en aquellos cánticos religiosos, aquellas lágrimas y aquellos ruegos clamados en voz alta, y que aquellas cruces blandidas al aire podían ser más peligrosas que las espadas. Unos musulmanes de pocas luces como eran los soldados del propio Iftijar alzaron cruces sobre las murallas, después de haberlas quitado de las iglesias de Jerusalén y, para provocar al enemigo, las insultaban, les escupían y, según la expresión de Guillermo de Tiro, las cubrían «de oprobios mayores todavía y de ultrajes de los que no resulta decente hablar» (I, p. 34). Esta necia grosería de que soldados de to-

das las épocas y de todos los países han sabido hacer gala debía de parecer a los devotos peregrinos que en aquel momento subían al monte de los Olivos una imagen viviente de la perversidad de Satanás, y los hombres que de aquel modo insultaban a Jesucristo en su propia ciudad, unos demonios hechos carne. Como nos relatan los cronistas, «en sus corazones crecía el deseo de vengar la deshonra de Jesucristo». (Guillermo de Tiro).

Cinco días más tarde, se producía el asalto general; asalto en toda regla con bombardeo masivo de murallas y puertas. Al cabo de tres días de encarnizada batalla y de ataques rechazados gracias a la ayuda del fuego griego que lanzaban los sitiados, los hombres de Godofredo de Bouillon penetraron en la ciudad por una pasarela tendida entre la torre móvil y la muralla (Bab-al-Sahira, cerca de la puerta de Herodes), y Godofredo y su hermano mayor, el conde Eustaquio, fueron de los primeros en poner pie sobre la muralla de Jerusalén.

A partir de este instante (el 15 de julio, hacia el mediodía), la toma de la ciudad no era cuestión sino de unas horas. Los soldados flamencos y brabanzones de los dos hermanos de Bolonia ocupaban toda la muralla norte y penetraban al interior del recinto y ahuyentaban a su paso a través de la ciudad a los defensores, los cuales se replegaban hacia la mezquita de Al-Aqsa (Templo de Salomón). Refugiados en la gran mezquita, los soldados de la guarnición pasaron todo el día defendiéndose y, cuando los flamencos irrumpieron en el templo, llevaron a cabo una tal carnicería, que —dice el anónimo— «los nuestros iban con los pies metidos en sangre hasta los tobillos[19]». Pronto penetraba al interior el grueso del ejército cruzado: los condes de Flandes y de Normandía, Tancredo, Balduino de Bourg (primo de Godofredo), Gastón de Bearn y Gerardo de Rosellón. Y entonces una batalla terrible se desencadenó en la ciudad. La guarnición egipcia era numerosa y parecía decidida a hacer pagar cara la derrota

a sus adversarios, que les superaban diez veces en número. Y los vencedores no estaban dispuestos a perdonarles la vida.

En el sur de la ciudad, donde se levantaba la ciudadela, la resistencia duró más. Raimundo de Saint-Gilles atacaba allí con su torre móvil y su ejército de provenzales. La batalla fue encarnizada; y todavía continuaba en las murallas, cuando grupos de fugitivos aterrorizados retrocedieron hacia la ciudadela y sembraron el pánico entre los defensores de la puerta de Sion. Los provenzales entraban a su vez en la ciudad. Jerusalén estaba en poder de los cruzados; ya no se les oponía ninguna resistencia. El gobernador, Iftijar al-Dawla, había conseguido encerrarse en la ciudadela con una parte de la guarnición. Rodeado allí por los provenzales, se rindió al conde de Tolosa a cambio de la promesa de que él y sus hombres conservaran la vida. Esta promesa se mantuvo; fue la única, pues, si bien aquel día se hicieron otras promesas como ésta, los jefes no tuvieron medios a su alcance para hacerlas respetar. Si Iftijar al-Dawla salió con vida, ello se debió sin duda tanto a la solidez de los muros de su ciudadela como a la lealtad de Raimundo de Saint-Gilles.

La gran matanza

La matanza que los cruzados llevaron a cabo en Jerusalén ha quedado hace ya tiempo clasificada entre los grandes crímenes de la Historia. No faltan las explicaciones psicológicas, y todos los historiadores, tanto los que son favorables a la Cruzada como los que no lo son, evocan con razón el estado de exaltación casi morboso en que se encontraba una muchedumbre a quienes la predicación de la guerra santa había vuelto fanática. Parece ser que no hay que incriminar aquí a los jefes, los cuales no tenían ningún interés en la matanza y hubieran preferido sin duda unos buenos rescates a una venganza tan radical de la deshonra de Cristo. Se sabe que Tancredo prometió respetar la vida a varios centenares de soldados árabes refugiados en la mezquita de Al-Aqsa y que no disimuló su ira al enterarse de la matanza de

los prisioneros que se hallaban bajo su bandera. En realidad, no había podido asegurar su protección.

Durante las jornadas del 15 y 16 de julio, los «soldados de Cristo», dueños de la ciudad santa, recorrieron las calles y callejuelas, jardines y patios, hundiendo las puertas de las casas y de las mezquitas y matando, matando todo lo que caía en sus manos, no ya a soldados —los primeros a quienes habían dado muerte— sino a gente civil, hombres, mujeres, niños y ancianos.

Se encerró a los judíos en la sinagoga —tantos como cabían en ella— y se le prendió fuego. Toda la comunidad judía de Jerusalén pereció en las llamas. Ibn al-Athir precisa que los cruzados se ensañaron en especial con los imanes y los ulemas y que profanaron las mezquitas y destruyeron los libros santos de los musulmanes. Lo que es cierto es que las manifestaciones de fanatismo constituyeron uno solo de los aspectos de la furia asesina que se apoderó aquel día del ejército, puesto que se sabe que mujeres y niños fueron muertos sin piedad.

Para disculpar esta monstruosa acción, algunos historiadores eminentes recuerdan que cien años antes, en la misma ciudad, musulmanes y judíos se habían precipitado contra los cristianos y habían sometido al suplicio al patriarca de Jerusalén. Esto no lo ignoraban sin duda los peregrinos y los soldados; sin embargo, resulta temerario atribuirles el deseo de vengar a los cristianos muertos hacía cien años, tanto más cuanto que los sirios, los armenios y los griegos ahora en vida les eran más bien indiferentes. Si es que había un afán de venganza —y es indudable que este afán era muy fuerte—, la persona que había que vengar era Jesucristo.

¿Hay que hacer responsables del desastre —pudo ser una de las causas— a los predicadores eclesiásticos y laicos que contribuyeron a mantener en estos hombres, al mismo tiempo que un laudable celo por su fe, el odio a los enemigos de ésta? Las predi-

caciones de los clérigos (empezando por el famoso sermón de Urbano II) habían sabido levantar la indignación de los voluntarios de la Cruzada en sus descripciones de las calamidades de Tierra Santa. Esta indignación, conscientemente reavivada por los sacerdotes, ¿podía ser aún tan fuerte después de dos años de guerra?

El nombre mismo de Jerusalén explica muchas cosas, al igual que las profanaciones que el 8 de julio cometieron los soldados de la guarnición. La sola vista de estos sacrilegios había sido suficiente para excitar en más de un cruzado el afán de destruir todo lo que llevaba el nombre de musulmán. Los hombres que veían en Jerusalén el objetivo último de su peregrinación y la realización de todas las promesas que se les había hecho creían sinceramente participar en una gran manifestación de la justicia divina, y se veían transformados en ángeles exterminadores que caían sobre los hijos del demonio.

Difícilmente atribuiríamos la responsabilidad de la matanza tan sólo a los pobres o a los hombres fuera de la ley —vagabundos, ladrones y asesinos en busca de perdón—, que sin duda abundaban entre la gente civil e incluso entre los soldados de oficio. Sin embargo, es probable que la exaltación de estos elementos más o menos turbios ayudara a contagiar al resto y que, en el furor del ataque, los más razonables perdieran la cabeza ante la vista de la sangre. Se degolló a millares de mujeres y niños. Es imposible saber cuántos exactamente, pues las cifras que citan los cronistas medievales resultaban al mismo tiempo imprecisas y exageradas. Ibn al-Athir y Abu'Fida hablan de 70 000 personas muertas sólo en la mezquita de Al-Aqsa (o, según otras interpretaciones, en el barrio alrededor de la mezquita). Pero la ciudad no llegaba en total a los 70 000 habitantes en el momento del sitio ni tampoco en tiempo de paz. Quitando a los cristianos expulsados antes del sitio, no debía tener, en julio de 1099, más de 50 000 habitantes, más la guarnición, que se elevaba muy proba-

blemente de 2000 a 3000 hombres. Se sabe que una parte de la población logró huir y escapar, pues uno de los suburbios en Damasco fue fundado por unos supervivientes del sitio de Jerusalén.

Sin embargo, los historiadores latinos y musulmanes dan a entender que la exterminación fue casi general. Nos quedaría, pues, para concluir, que los cruzados —que según los historiadores modernos, eran 10 000 como máximo— mataron, entre los días 15 y 16 de julio de 1099, a cerca de 40 000 personas, cuya gran mayoría eran gente civil indefensa. Para obtener tal resultado, el ejército regular hubo de actuar con el mismo ardor de los peregrinos; por su parte, las primeras figuras de la caballería serían por lo menos cómplices, y los jefes dejarían actuar a los soldados sin interponerse, mientras que los sacerdotes se abstendrían de mostrar su indignación. Sea como fuere, los testigos presenciales no nos hablan de llamamientos en pro de la clemencia y de la razón por parte de las autoridades tanto laicas como eclesiásticas; la muchedumbre desenfrenada que se echó a la calle por todos los barrios de la ciudad santa como una jauría de perros rabiosos llevados por la sed de morder no hubieran hecho caso de tales llamamientos.

Guillermo de Tiro diría, al escribir ochenta años después: «La ciudad era escenario de una carnicería y de un derramamiento de sangre tales que los mismos vencedores no podían sino quedar presos de horror y de repugnancia» (I, p. 354). Pero ello debió de ser después, cuando no quedaba ya nadie por exterminar. Al aludir a este horror y a esta repugnancia, el obispo de Tiro se basa, sin duda, en testimonios escritos o en recuerdos transmitidos oralmente, y vierte en ello sus propios sentimientos. Pero los cronistas contemporáneos al suceso no dicen que los cruzados experimentaran remordimientos ante la monstruosa acción que acababan de cometer. Alberto de Aix (un hombre de la Iglesia) insiste más bien en la alegría de los vencedores y en la magnitud

de la victoria conseguida, y no pretende condenar ni disculpar tan siquiera a los autores de la matanza[20]. Dios había triunfado. Las calles de la ciudad estaban inundadas —literalmente— de sangre, pero el que se tratara de sangre inocente, ni el anónimo ni Raimundo de Agiles parecen pensarlo, a pesar de que tenían que haber visto con sus propios ojos montones de cadáveres de mujeres y niños (sin contar a los hombres, a quienes una ley tan vieja como el mundo considera *a priori* culpables porque son capaces de defenderse, aunque se trate de pacíficos burgueses o artesanos).

De hecho, lo único que molesta, el único reproche achacable en esta ocasión es la ira de Tancredo. Ira propia de un soldado que había prometido la vida a otros y a quien se había hecho faltar a su palabra, y propia también del hombre que ve cómo le quitan la posibilidad de cobrar un fuerte rescate. Raimundo de Saint-Gilles consiguió proteger a sus cautivos —el gobernador de la ciudad con una parte de sus oficiales y un contingente de mamelucos y de árabes— y hacerlos llevar sanos y salvos hasta Ascalón. Al parecer, Iftijar no demostró su ingratitud y, si bien Raimundo aceptó un rescate, nada había en ello que no estuviera conforme con las leyes de la guerra. A pesar de lo cual, como había sido el único en tener prisioneros, al punto unos cruzados del norte, de quienes Alberto de Aix se hace eco, le acusaron de traición. Los musulmanes habrían «comprado» al conde de Tolosa. De no ser así ¿cómo explicar su mansedumbre para con los enemigos de Cristo? A decir verdad, Raimundo había salvado de la matanza sólo a un puñado de soldados, pero ello era ya sin duda demasiado a los ojos de un ejército ebrio de sangre y de una exaltación religiosa que alcanzaba la demencia.

Mientras bullía aún en la ciudad el furor de la matanza, la tarde de la terrible jornada del 15 de julio, los barones, que una vez tomada la ciudad daban su tarea por terminada y ya no pensaban en matar a nadie, se dirigieron todos juntos a la iglesia del Santo

Sepulcro. Roberto de Flandes, Roberto de Normandía, Tancredo, Godofredo de Bouillon y Raimundo de Saint-Gilles, rodeados de sus caballeros, capellanes y servidores, se instalaban ya en la ciudad conquistada con la tranquila rapidez de adaptación que hace que el soldado se sienta en todas partes como en su casa. Todavía sangrientos, magullados, bañados en sudor y muertos de fatiga después de combates de una violencia inaudita, se procuran hospedaje (ricas casas de la ciudad que habían quedado con motivo abandonadas) y se apresuran a lavarse y a cambiarse de vestimenta, no para echarse a descansar, claro está, sino para subir al Santo Sepulcro y dar gracias a Dios y a Jesucristo.

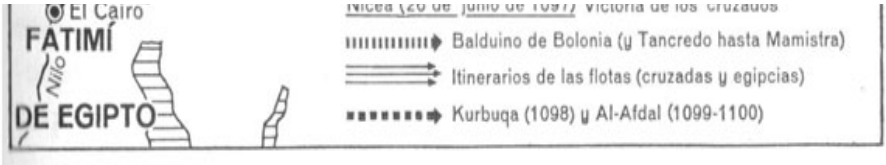
Dice Guillermo de Tiro que fueron «con los pies desnudos y con suspiros y lágrimas a través de los santos lugares de la ciudad donde Jesucristo el Salvador del mundo había vivido en su forma corporal. Y besaban con devoción los sitios que sus pies habían pisado». El clero cristiano que había permanecido en la ciudad al amparo de las iglesias y de los monasterios les acogió y les condujo en procesión hasta la iglesia del Santo Sepulcro. Y vuelve a ser Guillermo de Tiro quien, basándose en testimonios anteriores, nos evoca con una emoción intensa el fervor de aquellos barones llegados al término de su peregrinación. Lloraban «de alegría y de piedad» y caían en cruz en presencia del Santo Sepulcro. «A todos les parecía ver todavía el cuerpo de Cristo tendido allí, muerto… Les parecía hallarse en las puertas del Paraíso». ¿Podemos dudar de la sinceridad (casi se podría decir la pureza) de este arranque profundo de amor que de repente se apoderó de aquellos mediocres cristianos? ¿El Santo Sepulcro, el lugar santo por excelencia, podía realizar incluso este milagro?

A doscientos metros del Santo Sepulcro se seguía matando sin ton ni son de la manera más salvaje. Los pies chapoteaban en sangre, se andaba por encima de los cuerpos, miles y miles de cadáveres de gentes con la piel visiblemente morena y que no iban vestidos como cristianos. Y hasta es posible que, inspirándose en

las palabras del Salmo, los soldados tomaran por los pies a los niños e hicieran estallar sus cabezas contra las piedras. Eran los «hijos de Babilonia». Los barones y caballeros, mientras, recibían las bendiciones de los sacerdotes griegos y siriacos entre cirios y humaredas de incienso. A las puertas del Paraíso mismo.

Se había liberado Jerusalén. O mejor, la ciudad cambiaba una vez más de dueños. La matanza de la población jerosolimitana llenó de horror el mundo musulmán; y la victoria de los cruzados, muy pronto conocida en toda la cristiandad, llenó de alegría los corazones de los fieles de todo Occidente. Urbano II, promotor y primer responsable de la Cruzada, no vivió los días suficientes para enterarse de la gran nueva: murió el 21 de julio, antes de que pudiera llegarle la carta anunciándole la toma de Jerusalén.

Griegos
MAR NEGRO
Sinope
PAFLAGONIA
Qastamuni
Heraclea
Nicomedia
Nicea (26 de junio de 1097)
Dorilea
1de julio de 1097
Ankara
Kizil Irmak
Yechil Irmak
Neocesarea
Kelrid Irmak
Trebizonda
ARMENIA
Arax
Erzeroum
Erzinjian
Éufrates
Occ.
EMIRATOS
DANISHMANDIES
CAPADOCIA
SULTANÍA DE ROUM
Kayseria (Cesarea)
Zamanti
Melitene
Éufrates Oriental
Malazgerd
Lago de Van
ORTUQUÍES
Dyarbekir
Tigris
Kurbuqa 1098
Mosul
Tyana
Konia
Heraclea
(QUILICH-ARSLAND)
ARMENIOS
Marash
Edesa
Saruj
Adana
Mamistra
Tarso
Laias
REINO DE ALEPO
Alejandreta
Alepo
CILICIA
San-Simeón
Antioquía
(1097-98)
Ma'arrat al-Numan
Griegos y venecianos
Pisanos
Escandinavos e ingleses
Lattaquié
Orronte
Shaizar
Nicosia
CHIPRE
Margab
Homs
Arqa
Trípoli
Griegos
Pisanos y genoveses
Escandinavos e ingleses
Baalbek
Beirut
REINO DE DAMASCO
Damasco
Jordán
Tiro
Acre
Haifa
Alejandría
Flota egipcia
Jaffa
Cesarea
Jerusalén
15 de julio de 1099
Ascalón
Al-Afdal 1099-1100
CALIFATO
ATABEGS DE MOSUL
Éufrates
0
200 km
LA PRIMERA CRUZADA
Itinerario del gran ejército cruzado 1097-1099


El Cairo
FATIMÍ
Nilo
DE EGIPTO
Nicea (20 de junio de 1097) Victoria de los cruzados
Balduino de Bolonia (y Tancredo hasta Mamistra)
Itinerarios de las flotas (cruzadas y egipcias)
Kurbuqa (1098) y Al-Afdal (1099-1100)

Capítulo 4

Los pioneros de la Siria Franca (1099-1102).

Tierra Santa

Jerusalén, casi dos veces milenaria, capital de Judea, ciudad santa de los hebreos desde los tiempos de los profetas, ciudad santa de los cristianos y ciudad santa de los musulmanes —aunque estos últimos la situaban en tercer lugar después de La Meca y Medina—, había conocido tantos reveses en el curso de su historia y había sido sede de tantos conquistadores que a su carácter de ciudad sagrada sólo debía la suerte de ser aún una gran ciudad; continuamente destruida, convertida en ruinas y despoblada, volvía siempre a renacer con la constante afluencia de peregrinos de las tres religiones.

Situada en medio de un país pobre y árido, de importancia estratégica y comercial mediana, Jerusalén no era lugar de mucho paso y, desde el punto de vista político, sus conquistadores sucesivos la consideraron siempre una plaza secundaria. En cambio, era tan definido su carácter de importante centro religioso que, después de los judíos y de los cristianos, los conquistadores árabes la adoptaron y, durante siglos, los califas de Bagdad intentaron hacer de ella una rival de La Meca. No en balde los musulmanes le concedieron el nombre de Al-Quds, eso es, La Santa.

La caída de Jerusalén era una victoria indiscutible de la cristiandad frente al islam, victoria más bien simbólica que militar. Pero hacía ya tiempo que los dos grandes imperios musulmanes de Bagdad y El Cairo, a los que separaban odios políticos y religiosos irreductibles, se habían acostumbrado a considerar Palestina como una zona de influencia o una marca fronteriza en el

confín de sus Estados, conquistada ora por uno, ora por otro. Era además un territorio poco seguro. La mitad de la población, como mínimo, era cristiana y las ciudades de la costa y del valle del Jordán estaban en manos de pequeños príncipes árabes, celosos de su propia independencia. Así pues, la pérdida de Jerusalén representaba para Persia y Egipto una derrota en el plano religioso y una afrenta sin precedentes, pero no una catástrofe en el pleno sentido de la palabra. En todo caso el sultán selchuquí de Persia, Barqiyaruq, no manifestó el propósito de llevar a cabo una contracruzada, ya que, si bien los cristianos habían tomado la ciudad a los egipcios, ¿acaso éstos no se habían apoderado de ella el año anterior? En cambio, el visir de El Cairo, que había quedado más directamente afectado, iba a demostrar mayor energía; pero ya veremos que pasados los primeros tropiezos iba a abandonar la partida y dejar Siria y Palestina a la merced de su propio destino. En realidad, la Tierra Santa que los cruzados aspiraban conquistar para Jesucristo y para sí había pasado tanto tiempo abandonada al libre albedrío de sus distintos conquistadores que no poseía cohesión nacional ni unidad política ni religiosa. Podemos decir que no existía como país. Ya hemos visto que los emires de Trípoli y de Chabala estaban dispuestos a aceptar por vecinos a los príncipes francos y que la población cristiana les saludaba como a libertadores.

Lo que no se esperaban los musulmanes de Palestina —y a lo cual los griegos no les habían acostumbrado— era la extremada intolerancia religiosa de los cristianos de Occidente.

Jamás los musulmanes pretendieron convertir por la fuerza a los habitantes de los países conquistados. La guerra santa de los primeros compañeros de Mahoma tenía por objeto extender los dominios, realzar el prestigio del pueblo árabe elegido y anunciar al mundo entero la nueva del Corán; pero los conquistadores árabes no tenían interés alguno en convertir a todos los infieles en masa, pues éstos pagaban un impuesto del que los creyen-

tes estaban dispensados, y en los países conquistados dicho impuesto constituía una de las principales fuentes de ingreso para el Estado. Sin embargo, en África del Norte, Siria, Palestina y España las conversiones al islam fueron haciéndose cada vez más numerosas con el transcurso de los siglos, y la cantidad de infieles sometidos a la carga del impuesto disminuyó considerablemente. Por interés y por respeto hacia la religión de los vencedores y gracias a la predicación de misioneros bastante ajenos a consideraciones del tipo fiscal, millones de cristianos abrazaron la fe del islam.

Sin que se les hiciera víctimas de persecuciones, se consideraba a los cristianos (al igual que a los judíos) como ciudadanos de segundo orden. Los gobernadores musulmanes no estimulaban la expansión de comunidades cristianas, prohibían la construcción de nuevas iglesias y, si en principio no les estaba vedada ninguna carrera —excepto la de oficial militar superior— y el cristiano y el judío podían alcanzar las mayores dignidades, la situación de converso al islam era siempre más fácil que la del infiel. En Palestina especialmente, la población indígena, cristiana o judía en su totalidad en el momento de la conquista árabe, en el siglo XI, estaba compuesta en su mitad por musulmanes.

Los judíos, que no solían convertirse, equivalían a menos de la décima parte del total de la población. Desde que se les expulsó de Palestina tras la toma de Jerusalén por Tito, y después de las matanzas que siguieron a su rebelión bajo el reinado de Adriano y de las persecuciones de que fueron víctimas bajo el reinado de los emperadores cristianos y luego bajo los primeros conquistadores árabes, los judíos, que formaban la población autóctona de Palestina, desertaron del país de sus antepasados y se refugiaron ya en Occidente, ya en Persia o en África del Norte. Sólo quedó un reducido número en Judea y en la costa. Si bien en el macizo judaico vivían aún comunidades de samaritanos, las aldeas propiamente judías eran pocas[21]. El bloque de la población judía

había fijado su morada en las ciudades, en donde ejercía los oficios —muy importantes en la época— de tintoreros y de vidrieros, cuyo monopolio poseían. Les estaba prohibido el empleo de armas, como a los cristianos. Doce siglos de opresión no habían servido para hacer desaparecer la agresividad de un pueblo muy enérgico, al que sus conquistadores sucesivos habían privado de todo medio de acción y que no podía satisfacer sus instintos guerreros sino en matanzas con ocasión de una guerra extranjera. No obstante, las sangrientas persecuciones de que fueron víctimas por parte de los primeros seguidores del Profeta, los judíos aún preferían los musulmanes a los cristianos. Allí donde había muchos cristianos, los musulmanes procuraban no molestar a los judíos. Y las ciudades que opusieron mayor resistencia a los cruzados fueron —como Kayfa— aquellas cuya población civil era judía.

Los cristianos sí eran muchos. Descendientes de samaritanos, de arameos y de judíos convertidos en los primeros siglos después de Cristo y que, como los judíos, constituían la población autóctona, estuvieron estrechamente sujetos primero a Roma y luego al Imperio grecolatino de Bizancio. Aunque cristianos de muy antiguo, la mayoría de ellos habían sido, aún más que los judíos, víctimas de la intolerancia religiosa de sus dominadores, pues eran de rito siriaco o jacobita, o sea, monofisitas. Una pequeña parte de la población, de origen siriopalestino, pertenecía al rito griego ortodoxo, lo que valía a estos cristianos el apodo despectivo de «melquitas» (los de la religión del rey, *malk*) con que sus compatriotas jacobitas les nombraban. Tierra Santa contaba además con un cierto número de griegos: miembros del clero encargados de las iglesias, monjes y religiosas de muchos monasterios de Jerusalén y de otras ciudades santas, comerciantes, artistas y artesanos, letrados, hombres de leyes, etc. Y por último había especialmente en Jerusalén una colonia de religiosos de rito latino, establecidos allí desde los tiempos de Carlomagno y

que tenían también sus conventos y sus hospitales u hospicios para peregrinos y derecho a frecuentar los santuarios y a celebrar oficios en las iglesias. Por más que el cisma de 1054 consagrara la separación de las dos Iglesias, en aquellas provincias orientales latinos y griegos seguían considerándose miembros de una misma Iglesia. No olvidemos que para los griegos, puntillosos hasta el extremo en todo aquello relativo al dogma, los latinos eran, a pesar de sus errores, unos cristianos ortodoxos que no tenían nada que ver con las múltiples herejías de sirios y armenios.

Poseía Jerusalén un patriarcado, ortodoxo y griego, oficialmente reconocido por la Iglesia de Roma. Aún no se había abandonado por aquel entonces la esperanza de una reconciliación entre las dos Iglesias y no eran pocos los fieles que consideraban el Cisma como un mal pasajero. Los cristianos de rito latino, aunque pocos en Tierra Santa, compartían la suerte de los demás cristianos y se hallaban por consiguiente bajo la protección del patriarca local dependiente de Bizancio.

Los sirios aborrecían, como hemos visto, a los griegos y no deseaban ninguna intromisión bizantina en Tierra Santa. Era preferible, ya que nunca habían gozado de una independencia nacional, quedar sometidos a los árabes, contra quienes, al menos, no tenían demasiadas quejas, pues les dejaban practicar en paz su religión. Su suerte empeoró bajo la dominación de los turcos, no tanto a causa de la intolerancia de éstos como de las guerras que llevaban un cuarto de siglo asolando el país. En esta serie de guerras entre musulmanes, los cristianos acaban siendo maltratados por unos y otros y, cuando los turcos, desconfiando de la población local musulmana, favorecían a los cristianos, ello atraía sobre estos últimos la hostilidad de los árabes.

Puede decirse que en los cristianos de Palestina se dejaba sentir la anarquía que reinaba en el país debido a las guerras entre soberanos, príncipes y gobernadores musulmanes, de igual modo, más o menos, que el pueblo de Occidente se resentía de las gue-

rras feudales. Sólo que la diferencia de religión entre la clase dominante y la población civil agravaba, en esta última, el rencor y la amargura.

Eran muchos los musulmanes que vivían en el campo, donde formaban alrededor de la mitad de la clase campesina, y también en las ciudades. Sabían que eran los más fuertes y trataban a sus conciudadanos no musulmanes con cierta condescendencia e incluso con cierto desprecio. En las ciudades y las plazas fuertes, los musulmanes (árabes en su mayoría) constituían la aristocracia militar y administrativa y comprendían una gran parte de la burguesía y de los comerciantes. El país llevaba, pues, siglos de civilización esencialmente musulmana y árabe, a tal punto que los cristianos jacobitas habían medio olvidado su propia lengua y hablaban casi siempre árabe.

La civilización musulmana, que no era árabe propiamente, puesto que desde su origen había quedado sometida a las influencias persa y bizantina, era al mismo tiempo sólida y refinada, profundamente religiosa y muy superior a la civilización occidental, por lo menos si hay que regirse por los criterios de que hoy nos servimos para determinar el grado de civilización de un pueblo. Frente a los emires de Trípoli, de Shaizar, de Tiro o de Beirut, los barones cruzados resultan rudos, como también en comparación con algunos cortesanos de Alejo Comneno. Si ante el poder de atracción de la civilización griega se habían quedado insensibles, más difícil les iba a ser aún apreciar la de los árabes. Como en Bizancio, la riqueza de los orientales les llamó más la atención que su refinamiento intelectual o moral.

Sin embargo, la clase dominante, esta aristocracia amante de las letras, de la filosofía, del arte y la contemplación mística, no era muy numerosa. En las clases medias la cultura había penetrado gracias al gran número de escuelas y universidades, y el nivel de vida de sus integrantes era muy elevado. En cambio, el pueblo vivía sumido en una miseria aún mayor que la que reinaba en

el campo de los países de Occidente. Fueran o no musulmanes, al campesino y al simple obrero se les explotaba tanto más duramente cuanto que las exigencias del lujo y del perfeccionamiento técnico eran también mayores en las clases altas. Al igual que en los países cristianos, la religión aconsejaba las obras de caridad que se practicaban generosamente en público y en privado; lo que no impide que el trabajador fuera tratado con menos miramiento que el animal de carga. En realidad, el campesino tenía tan poco peso en la civilización y en la riqueza de la sociedad musulmana que tanto le daba cambiar o no de dueños.

Los cruzados llegaron a Palestina con la firme intención de quedarse, de salvaguardar el Santo Sepulcro y de conquistar tierras. Con ello no destruían un orden establecido, ni privaban a un país de su independencia, ni privaban de una patria a sus habitantes; eran conquistadores que llegaban después de muchos otros y que traían los desastres de la guerra a un país que había conocido ya muchas y ocupaban un lugar al que no tenían ni más ni menos derecho que los ejércitos de Egipto o de Bagdad. Es cierto que se trataba de extranjeros llegados de muy lejos, pero eran cristianos, y en una época en que los hombres se diferenciaban más por su pertenencia religiosa que por su nacionalidad. Y el país al que llegaban tenía también un largo pasado cristiano y la mitad de su población era cristiana.

La idea de un reino cristiano de Siria, prolongación o restauración de la dominación bizantina en Oriente Próximo, no era de por sí absurda. Cualesquiera que fueran las aberraciones cometidas por los cruzados, su guerra no puede mirarse como una guerra arbitraria de conquista y de saqueo, pues descansaba, en su origen, en reivindicaciones legítimas. El territorio adonde llegaban los cruzados con su espada y su ansia de salvación estaba ya tan fragmentado y dividido que su aparición podía —y así lo esperaban los cristianos indígenas— convertirse en un factor de

orden. En realidad, la matanza de Jerusalén había dado motivos para poner en duda esta esperanza.

El defensor del Santo Sepulcro

Al día siguiente de la toma de Jerusalén, los jefes cruzados tuvieron que darse cuenta a la fuerza de que no se encontraban todavía ante las puertas del Paraíso. La ciudad santa, la tierra que habían pisado los pies de Jesucristo, estaba manchada de sangre coagulada y llena de cadáveres que con el calor de junio se descomponían visiblemente y bullían de moscas. Sus casas habían quedado entregadas al pillaje, incendiadas o saqueadas. Los soldados y los pobres peregrinos que habían esperado quizá ver aparecer un cielo nuevo y una tierra nueva y entrar vivos en el triunfo final de Jesucristo, veían ahora que nada de todo esto sucedía y que seguían aislados en medio de un país árido y caluroso y a merced de cualquier otro ejército musulmán.

Había que trazar un plan urgente de acción. Los barones deliberaron en una gran reunión en la que, como es debido, fueron convocados los representantes del clero. El objetivo de toda la campaña había sido la conquista de Jerusalén. Una vez tomada la ciudad, había que conservarla y, para ello, asentar las bases de una organización militar y administrativa que permitiera a los cristianos seguir allí.

No se trataba, claro está, de poner la plaza en manos de los bizantinos. El propio Alejo Comneno nunca la había exigido, por la simple razón de que no era capaz de asegurar la defensa le una ciudad tan alejada de sus fronteras. En principio, el primer señor cristiano de Jerusalén tenía que ser su patriarca, regularmente entronizado, dependiente de Constantinopla. Pero por una casualidad providencial para los cruzados, el prelado que ocupaba este puesto, el patriarca Simeón, acababa de morir en Chipre, donde se había refugiado dos años antes, y ningún otro prelado había sido elegido en su lugar. Era, pues, una ocasión para elegir

un patriarca de rito latino, ya que Jerusalén había sido liberada por unos católicos. De este modo, gobernados legalmente por el patriarca, los Santos Lugares dependerían de la Santa Sede, que velaría por su defensa mandando nuevos ejércitos de cruzados.

Sin embargo, los barones consideraron «una locura» esta proposición de los clérigos. En una situación como aquélla, por incontestable que fuera la primacía de lo espiritual sobre lo temporal, en primer lugar había que elegir a un gobernador militar que, con el beneplácito de todos, recibiría en feudo la ciudad santa y la tendría en su poder a fin de poder defenderla mejor. En resumen, era cuestión de nombrar enseguida un rey de Jerusalén. La majestad de la ciudad santa exigía que fuera la capital de un reino.

La elección de los clérigos y de los barones acabó recayendo sobre Godofredo, duque de la Baja Lorena. No fue una sorpresa para nadie: de los grandes barones allí presentes, únicamente dos podían aspirar al título, y eran Godofredo de Bouillon y Raimundo de Saint-Gilles (los condes de Flandes y de Normandía no estaban en absoluto dispuestos a terminar sus días en Tierra Santa). Pero, al parecer, no se sabe por qué razón, se consideraba al conde de Tolosa un candidato incapaz de reunir todos los sufragios. Él mismo lo sabía y rechazó el título de rey, pues, como es natural, la elección de los delegados había recaído sobre él, lo que no podía ser menos, dada su edad y su fama. Debemos creer que la oferta se le hizo por pura cortesía y que así lo comprendió Raimundo. En parecida circunstancia, la costumbre mandaba rehusar al principio y hacerse rogar mucho; pero la negativa del conde de Tolosa fue aceptada con rapidez. Es cierto que los problemas que la tarea planteaba no bastaban para asustar a un anciano batallador como Raimundo, quien ambicionaba abiertamente más que ningún otro el título de rey de Jerusalén y que era, desde todos los puntos de vista, el candidato más aceptable y el que tenía mayores probabilidades para llegar a establecer una

política de colaboración con Bizancio, en principio necesaria para el asentamiento duradero de los cristianos en Oriente. Si en aquel julio de 1099 las voluntades de los barones se hubieran mantenido firmes en la elección de Raimundo de Saint-Gilles, la Cruzada hubiera acabado siendo una empresa grecolatina de reconquista de Oriente Próximo, es decir, lo que el papa Urbano hubiera esperado que fuera.

Precisamente no era eso lo que querían los barones del norte y lo que los miembros del clero que había en el ejército querían evitar también a toda costa, pues cualquier colaboración con el emperador implicaba ante todo la entronización de un patriarca griego en Jerusalén. ¿Debemos deducir que el fracaso de Raimundo de Saint-Gilles fue debido al temor de una intromisión de los griegos en el desenvolvimiento de la Cruzada? Querer construir un reino latino en Oriente con sólo unos miles de hombres incomunicados en un territorio que había estado durante siglos en manos del islam y pretender prescindir de la ayuda de la única gran potencia cristiana de Oriente no cabe duda que era una locura digna de la desmesura franca. La cuestión es que en aquel momento los cruzados preferían arriesgar el todo por el todo antes que verse obligados a contar con la ayuda forzosamente interesada de los griegos. Pero lo que perjudicaba a Raimundo era más que sus ideas políticas su carácter, ya que, aunque muy bien dotado de toda clase de virtudes —inteligencia, honradez, arrojo, piedad, experiencia militar y nobleza en sus modales y en su manera de hablar—, estaba claro que el hombre no poseía las cualidades de un jefe.

Así pues, Godofredo resultó elegido, tras una encuesta previa —pura fórmula— acerca de sus costumbres, que se revelaron perfectas, hasta tal punto que no se le vio nada que pudiera reprochársele sino su excesiva devoción: según decían sus capellanes, se quedaba tanto rato rezando en las iglesias que dejaba pasar con mucha frecuencia las horas de las comidas y condenaba así a

todo su séquito a comer platos fríos o demasiado cocidos. Censura diplomática, si es que podía llamársele censura. Los clérigos al servicio del duque de la Baja Lorena no tenían interés alguno en quejarse de los defectos de su señor. Cualesquiera que éstos fuesen, lo cierto es que los historiadores contemporáneos los silenciaron, y Godofredo pronto se convirtió en un personaje de leyenda.

Tanto para levantar el ánimo de la masa de los cruzados como para realzar en Occidente el prestigio de la Cruzada, había que crear la leyenda de un jefe cruzado ideal digno de entrar en el panteón cristiano y de ocupar un lugar al lado de Roldán y de Oliveros. No hay ningún historiador que ose mostrarse desfavorable al duque de la Baja Lorena, y la imagen que de él nos ha legado la Historia se nos presenta un tanto difuminada, hasta el punto de que los historiadores modernos han llegado a la conclusión de que el célebre Caballero del Cisne era un hombre mediocre, plácido y bonachón.

Su comportamiento, tal y como se revela en los hechos, nos hace, sin embargo, adivinar un carácter inflexible y hábil al mismo tiempo, calculador, ambicioso y muy celoso de su autoridad. Ya hemos visto que no fue ningún fanático del Santo Sepulcro y que tanto en Antioquía como ante Chabala perdió el tiempo reteniendo allí a sus hombres con el único propósito de conquistar tierras por su propia cuenta. El papel que desempeñó durante el sitio de Jerusalén podría hacer recaer sobre él y sus hombres ardeneses y flamencos gran parte de la responsabilidad de la matanza si es que en plena furia del asalto puede hablarse de responsabilidad. Los cronistas insisten en el hecho de que el duque ardía en deseos de vengar «en la sangre de los infieles» las afrentas hechas a Cristo. El fervor de Godofredo era sobre todo militar y muy parecido al que demostraría tener el más tosco e ignorante de sus soldados.

Era ambicioso sin desmesura, con aquella contención que constituía una de las virtudes más preciadas en la sociedad feudal. Se le elogió por no haber aceptado el título de rey; sin duda no hizo sino obedecer a un sentimiento general al declarar que no quería ceñir «una corona de oro allí donde Jesucristo había ceñido una corona de espinas». Esta aparente modestia iba igualmente dictada por el deseo de complacer al partido clerical.

El día en que después de una más o menos sincera resistencia terminó por aceptar el título no de rey, sino de «defensor del Santo Sepulcro», demostró que no tenía intención alguna de contentarse con un poder simulado. El conde de Tolosa tenía en sus manos la ciudadela de Jerusalén, la Torre de David. Godofredo le exigió su entrega e incluso llegó a amenazarle con hacerle abandonar la plaza, pues «¿cómo podía ser el señor de aquella tierra cuando otro en la ciudad poseía una fuerza superior a la suya?». Por no perder la costumbre, Raimundo no le quiso escuchar: él había tomado la torre y tenía por tanto el derecho de conservarla. Ante las amenazas de Godofredo, consintió en poner provisionalmente la ciudadela en manos del obispo de Al-Bara (uno de los clérigos provenzales a quien había hecho nombrar obispo de una ciudad conquistada), y algunos días más tarde éste entregaba la Torre de David a Godofredo. Preso de furia, Raimundo abandonó la ciudad con todos los suyos, anunciando el regreso inminente a su país. A la hora de la verdad se contentó con una simple peregrinación hasta el Jordán.

Godofredo triunfaba. Era por su parte lo bastante inteligente para comprender que jamás llegaría a entenderse con el conde de Tolosa y que el reino de Jerusalén —si es que tal reino llegaba a crearse— se construiría sin Raimundo, por más que a éste le pesara. El gran fallo del conde era el de no saber dominar ni someterse.

Los cruzados habían de suponer que el califa fatimí de El Cairo no se resignaría a perder Jerusalén así como así y que no vería

con indiferencia cómo se establecían en Siria y en Judea. Egipto era, por su flota, su número de soldados y todo su equipo técnico, una formidable potencia militar, aunque de lentos movimientos. La toma de Jerusalén provocó en todas las capitales musulmanas una tan profunda reacción que el visir Al-Afdal, aunque poco celoso de su religión (recordemos su origen armenio), se decidió a dar el gran golpe. Antes de que se cumplieran tres semanas de la caída de la ciudad santa, un poderoso ejército egipcio comandado por el visir en persona acampaba al pie de la muralla de Ascalón, a sesenta kilómetros de Jerusalén.

Godofredo, después de reunir con urgencia a todos sus camaradas y aliados, quienes, al principio reacios, se unieron a él en cuanto comprendieron la importancia del peligro, salió al encuentro del ejército egipcio. Eran dos mil doscientos caballeros y cerca de nueve mil soldados de infantería. El ejército fatimí era bastante más numeroso. Los cruzados atacaron por sorpresa; según Ibn al-Athir, los guerreros de Al-Afdal no pudieron ponerse las armaduras ni montar a caballo, pues «los francos no les dejaron tiempo para ello». (R. H. C., *Hist*. Or, I, p. 202). Sembrando el pánico en el bando egipcio con ataques simultáneos en los flancos y en el centro, los cruzados pusieron al ejército egipcio fuera de combate con tal rapidez, que el visir apenas tuvo tiempo de refugiarse en Ascalón con una parte de sus emires, desde donde iba a regresar a Egipto por mar; una parte de los soldados que los provenzales hicieron retroceder hasta el mar se ahogó, mientras que otros que se refugiaron en un bosque de sicomoros murieron abrasados en el fuego que los francos prendieron a los árboles. En algunas horas, los cruzados aniquilaron al ejército egipcio y se hicieron con un enorme botín. Los hechos corroboraban la leyenda de la invencibilidad de los francos.

La ciudad de Ascalón aparecía ahora como una presa designada para los vencedores, quienes enseguida le pusieron sitio contando con el terror que infundiría su presencia. Pensando en la

suerte final de los habitantes de Jerusalén, los ascalonitas estaban ya dispuestos a rendirse. Pusieron, sin embargo, una condición bastante hiriente para el amor propio del defensor del Santo Sepulcro, a saber, que no se rendirían sino a Raimundo de Saint-Gilles. Todo el mundo sabía que el conde de Tolosa había sido el único que en Jerusalén garantizara la vida de sus prisioneros. Ufano, Raimundo se apresuró a enviarle su bandera. Lejos de pensar Godofredo que esta plaza fuerte se encontraba mejor aún en manos del conde de Tolosa que de los infieles, mandó comunicar a Raimundo que Ascalón debía depender del reino de Jerusalén y, por tanto, en este caso, del defensor del Santo Sepulcro. Furioso, el conde levantó el campamento e hizo replegar al ejército, con lo que se rompieron las negociaciones; más aún, mandó a los ascalonitas un mensaje en el que les animaba a resistir, pues, según decía, Godofredo no disponía de fuerzas suficientes para quedarse con la ciudad. A su vez, Roberto de Flandes y Roberto de Normandía, irritados ante las pretensiones del duque de la Baja Lorena, se retiraron. Y, por culpa de esta lucha de intereses, Ascalón no hubo de caer en manos de los francos sino cincuenta y tres años más tarde.

Los mismos incidentes se produjeron ante Arsuf: Raimundo inició conversaciones para la rendición de la ciudad, Godofredo se reunió con él para impedirle que se apoderara solo de la fortaleza y Raimundo se retiró después de exhortar a los habitantes de la ciudad a que se resistieran. Sin poder, claro está, considerar el aspecto ridículo de la situación, Godofredo pensó seriamente en ordenar a sus tropas que arremetieran contra las del conde de Tolosa. La guerra santa se trocaba en guerra feudal. Costó conseguir que los dos barones se reconciliaran. Arsuf acabó rindiéndose y enarbolando los estandartes de Godofredo, mientras que Raimundo, furioso pero no desalentado, se retiraba al norte de Siria con la esperanza de hacerse con un reino fuera de la zona de influencia de su rival.

Es muy cierto que Godofredo era —en principio— rey o al menos gobernador de Jerusalén en nombre de la Iglesia y de la cristiandad; pero el espíritu de independencia y de competencia que reinaba entre los barones latinos estaba tan arraigado que aquel hombre que todo el ejército había elegido como jefe de los cruzados resultaba ser un gran señor sin vasallos. Los condes de Flandes y de Normandía, dando por terminada su peregrinación, se disponían a regresar a Francia, mientras que el conde de Tolosa se desentendía de Jerusalén y de su rey sin corona. De todos los barones, Godofredo sólo consiguió preservar a Tancredo, cuya humildad los cronistas nos presentan como un mérito muy especial, pues «por amor a la cristiandad» —dicen— se dignó someterse al duque de la Baja Lorena y hacerse vasallo suyo. ¿Debemos creer que Godofredo, lejos de ser el hombre conciliador y bonachón que presentan tantos historiadores modernos o el puro paladín de la fe descrito por la leyenda, era un personaje con quien no era posible vivir y de un desdén y un orgullo insoportables?

Aunque no pueda dudarse del orgullo de Godofredo, es más razonable considerar que la actitud de los demás barones se explica por su propio orgullo de grandes señores, demasiado acostumbrados a no inclinar la cabeza ante nadie. Lo vemos bien en las mencionadas líneas que Raúl de Caen y Tudebode consagran a Tancredo: hasta para este príncipe normando de no muy elevada nobleza, el hecho de «servir», tanto si se trataba de un duque del imperio como del defensor del Santo Sepulcro, era una vergüenza que sólo podía explicar una total entrega a la causa de Jesucristo. ¿Cómo un conde de Flandes hubiera podido, sin perder su propia dignidad, hacerse vasallo en Tierra Santa de un hombre que por nada del mundo le habría servido jamás en su país? ¿Podía pedirse a estos señores feudales que olvidaran en tres años el código de honor según el cual habían vivido siempre y que habían heredado de sus abuelos? A pesar de todo, tal como esta-

ba la situación, Godofredo no daba muestras de mal carácter sino más bien de sentido común al exigir a sus camaradas la obediencia debida a su rango de jefe de la cruzada.

Él mismo no debía hacerse muchas ilusiones. Le habían hecho revestirse de un título glorioso, tanto que ni él se había atrevido a aceptarlo, y los mismos que le habían elegido le discutían ya los derechos que le confería su rango. Era inútil contar con Raimundo de Saint-Gilles, que había marchado llevándose el ejército hacia el norte, mientras toda Tierra Santa quedaba por conquistar. Por lo que se refiere a los condes de Flandes y de Normandía, éstos embarcaron para Europa con sus caballeros y soldados de infantería. Su Cruzada había terminado, y ahora iban a regresar a sus países como vencedores. El último de sus soldados iba a quedar aureolado de gloria hasta el final de sus días como libertador de la ciudad santa.

Entretanto, el defensor del Santo Sepulcro seguía manteniéndose en su puesto con la misión de salvaguardar Jerusalén y sólo con unos centenares de caballeros y el apoyo de Tancredo, que había aceptado servirle sólo porque carecía de hombres para emprender conquistas por su propia cuenta y riesgo. Los otros dos grandes jefes cruzados estaban ocupados en someter sus provincias respectivas de Antioquía y Edesa. Parece muy bien ser que Godofredo, considerando naturales y legítimas las ambiciones territoriales de estos dos barones, no pretendió distraerles de su tarea. A los condes de Flandes y de Normandía les pidió simplemente que le mandaran refuerzos y que explicaran en Occidente cuán precaria era su situación. También contaba con el apoyo de la Iglesia en una nueva campaña de propaganda lanzada por el sucesor de Urbano II No en vano se mostraba, dentro de lo que cabía, conciliador para con los prelados establecidos en Jerusalén.

En los pocos meses que siguieron a la conquista de Jerusalén, Godofredo y Tancredo sometieron las plazas fuertes de Galilea y, hacia finales de 1099, tenían en su poder Belén, Hebrón, Ra-

mala, Lydda, Jaffa, Naplusa, Hayfa, Betsán, Tiberíades y Nazaret, es decir, una buena parte de las ciudades de Tierra Santa propiamente dicha. Abandonadas por sus respectivos señores, las desmoralizadas guarniciones de estas fortalezas se rindieron con bastante facilidad (con excepción de Hayfa, donde, como ya hemos visto, la población civil compuesta de judíos aseguró por bastante tiempo la defensa).

El terror franco, es decir, la fama de barbarie de que gozaban los francos en todo el país había facilitado la tarea de los cruzados. Y, sin embargo, los francos no tenían, según Guillermo de Tiro, más que «trescientos caballeros y dos mil hombres de a pie». La campiña de Judea estaba poblada sobre todo por musulmanes. La mayoría habían emigrado, ya sea a Egipto, ya sea a Damasco, por miedo a padecer la misma suerte de los habitantes de Jerusalén. Lo mismo sucedía en las ciudades, de donde las comunidades judías y la burguesía musulmana, la más rica y la más activa de todas, habían huido en masa. Por todo ello, aquella región se hallaba empobrecida y sin organizar. El reino de Jerusalén nacía en un mal momento. Y era para él una gran suerte que ningún otro ejército musulmán hubiera pensado aprovecharse de la circunstancia. De haberlo querido, Al-Afdal hubiera podido recuperar Jerusalén en aquel momento, pues debía tener noticia de la partida en masa de los cruzados. (Alberto de Aix eleva a veinte mil el número de personas que embarcaron para Occidente en el otoño de 1099. Aun en el caso de que la cifra sea exagerada, es cierto que el ejército que había triunfado en Ascalón no existía ya y que los trescientos caballeros que habían quedado en Judea dispersos en las distintas guarniciones de las ciudades ocupadas no podían considerarse en modo alguno una fuerza temible).

Ni Al-Afdal, ni el rey de Damasco ni el sultán de Persia quisieron alzar la espada en defensa de los musulmanes de Palestina. En todas las cortes musulmanas de Oriente se oían canciones so-

bre los tristes sucesos de Jerusalén, ya que en esta época las canciones y la poesía cumplían con la función de periódicos y discursos de propaganda. Tanto el califa de El Cairo como el de Bagdad manifestaron su condolencia y recibieron con honor a los fugitivos de Palestina, quienes, sin embargo, hicieron en vano un llamamiento a la solidaridad de los musulmanes. Únicamente luchaban contra los cruzados las guarniciones de las ciudades más amenazadas y las tribus nómadas de beduinos, movidos sobre todo por el afán de saquear. Los emires locales preferían en general entenderse con los nuevos dueños de Palestina.

A falta de ejército, Godofredo podía contar con la ayuda de bastantes escuadras genovesas y pisanas que habían acudido en cantidad considerable para proteger los puertos de la costa siria. Después de que Jaffa hubo quedado en manos de los francos y de que se tomara Arsuf (diciembre de 1099), los puertos de Ascalón, de Cesarea y de Acre cerraron con Godofredo un pacto con el fin de evitar que su comercio se arruinara, por el cual compraban la paz a cambio de un tributo anual de cinco mil besantes, más las donaciones en especie, consistente en caballos y productos alimenticios. En el momento en que podía creerse destinada al fracaso, la Cruzada perdía, quisiérase o no, su carácter de guerra santa. El rey de Jerusalén se convertía en un señor feudal entre tantos, que cerraba tratos comerciales con sus vecinos los musulmanes y negociaba acuerdos para la seguridad de sus caminos y puertos.

Esta súbita transformación en la actitud de los cruzados que vino impuesta por las circunstancias no deja de ser en gran parte obra de Godofredo de Bouillon, que se mostró tan complaciente para con los emires de Palestina como poco lo estuvo para con sus camaradas cruzados. Una vez decidido a representar hasta el final su papel de defensor del Santo Sepulcro, este hombre realista supo amoldarse admirablemente a las condiciones locales, sin lanzarse a ninguna empresa temeraria, no atacando sino cuando

estaba seguro de vencer, pactando sin renunciar por ello a su papel de vencedor y recibiendo los honores de sus vasallos árabes y los tributos de los emires con una impasible condescendencia. Lejos de estar inflamado de odio santo hacia los infieles, procuraba antes ganar sus simpatías (sin olvidar luchar contra ellos cuando podía), pues sabía que estaba condenado a vivir a su lado el resto de sus días.

Hay una anécdota que Guillermo de Tiro cita a propósito de una entrevista de Godofredo con unos jeques árabes durante el sitio de Arsuf: estos hombres que venían a traer presentes al gran jefe de los francos se quedaron sorprendidos al encontrarle en su tienda sentado en el simple suelo y con la espalda apoyada en un haz de paja, sin que hubiera guardia armada. Ante su extrañeza, Godofredo les mandó decir a través del intérprete que no había nada vergonzoso en el hecho de que un hombre se sentara en el suelo, dado que todo hombre después de muerto vuelve a la tierra y se vuelve tierra. Los árabes —dice Guillermo de Tiro— dedujeron que «aquel hombre merecía ser muy bien el señor de aquel país, pues carecía de orgullo y conocía la miseria de su naturaleza». La verdad es que Godofredo, escaso como siempre de dinero, no podía permitirse el lujo de comprarse ricas vestiduras y tapices de seda, y no es que estas cosas le quitaran el sueño. Era un viejo soltero de rudas costumbres, formado en los campamentos y soldado de la cabeza hasta los pies; uno de aquellos ascetas de la profesión militar que Occidente solía producir en la época.

Como ya sabemos, el reinado de Godofredo en Jerusalén (si puede llamarse reinado a una vida de guerras, de guerrillas y de maniobras en un país sometido menos que a medias) no iba a durar más de un año: Godofredo murió en 1100, el 18 de julio, un año casi exacto después de la toma de Jerusalén. El barón cruzado, a quien antes tanto le costaba hacerse obedecer por sus colegas, era al morir —después de haber abandonado la plaza sus ri-

vales— el dueño y señor reconocido oficialmente por la nueva provincia cristiana de Jerusalén y, como tal, respetado tanto por sus amigos como por sus adversarios. Un tanto hastiado de las discusiones de los clérigos, había dejado que ellos mismos zanjaran por su cuenta la cuestión de la primacía de la Iglesia sobre el Estado. Necesitaba demasiado la ayuda pontificia para irse a pelear con el clero. Había llegado hasta el punto de prometer que delegaría sus funciones al patriarca, en cuanto la situación del nuevo reino quedara lo bastante consolidada. Y, en realidad, sabemos por Guillermo de Tiro, quien se basa sin duda en fuentes autorizadas, que el duque de la Baja Lorena hizo en efecto testamento en favor de la Iglesia, por el que legaba la ciudad santa y la Torre de David al patriarca de Jerusalén. ¿Se trataba de una acción devota o bien política? Godofredo, joven aún —tenía cuarenta y un años—, ¿habría permitido que un prelado ambicioso le hiciera redactar este testamento en favor de la Iglesia, por el que legaba la ciudad santa y la Torre de David al patriarca de Jerusalén? ¿Se trataba de una acción piadosa o bien política? ¿Godofredo habría permitido que un prelado ambicioso le hiciera redactar este testamento en simple y provisional prenda de amistad? Al no conocerse la fecha del testamento, se hace difícil decir hasta qué punto el defensor del Santo Sepulcro era sincero al poner de este modo el reino en manos de la Iglesia. Sea como fuere, lo cierto es que Godofredo esperó beneficiarse del apoyo que ella le prestaba.

La Iglesia

Al día siguiente de la toma de Jerusalén, los clérigos cruzados intentaron forzar a los barones a que aceptaran la primacía del patriarcado sobre el poder laico. La ciudad santa, según decían, no podía depender de nadie más que de la Santa Sede y debía convertirse en dominio pontificio.

De haber vivido todavía Ademaro de Monteil, se hubiera adoptado probablemente esta solución. Pero después de su

muerte no había en el ejército ningún prelado capaz de reunir los votos de los barones, ni siquiera de la mayoría de los clérigos. Y, si los jefes cruzados rechazaron algo malhumorados la sugerencia de los eclesiásticos, ello se debió a que en aquel momento tenían motivos para quejarse del Papa: Urbano II, después de haber lanzado con exhortaciones y promesas a los voluntarios de la Cruzada a una empresa tan cara como arriesgada, poco a poco había ido desinteresándose de su obra. En especial después de la muerte de Ademaro de Monteil, dejó de responder a la demanda de los jefes cruzados, que le pedían que fuera él mismo en persona a dirigir la Cruzada o, si no, les mandara un nuevo legado. Es cierto que animó a las repúblicas marítimas italianas a que trabajaran por la causa de Jesucristo proporcionando material de guerra, aprovisionamiento y soldados a los cruzados (y hemos visto en efecto que durante el sitio de Jerusalén los marinos genoveses tuvieron un papel importante en el desarrollo de las operaciones militares). Pero, pese a ello, el ejército de Dios, que al día siguiente de la toma de Jerusalén contaba como máximo con una cuarta parte de los soldados que habían atravesado el Bósforo en 1097, y que estaba muy necesitado de refuerzos, esperaba una nueva campaña de propaganda y se quejaba del silencio del soberano pontífice. Sabemos que ello era injusto, puesto que Urbano estaba enfermo y había de morir antes de que se cumplieran dos semanas de la toma de Jerusalén.

Su sucesor Pascual II tardó un tiempo en familiarizarse con los problemas que le planteaba su reciente cargo. Los representantes del clero que acompañaban la Cruzada quedaban entretanto abandonados a sí mismos. Todo lo menos que puede decirse es que no eran conscientes en absoluto de la grandeza y dimensiones de su tarea.

La primera idea de los clérigos, entre los cuales el obispo de Maturano, Arnaldo, era el más influyente, consistía en conservar a toda costa Jerusalén y Tierra Santa bajo la jurisdicción de la

Iglesia de Roma, lo cual, visto con imparcialidad, no puede reprochárseles demasiado. Sólo que su proyecto perjudicaba los derechos del patriarca griego, y ningún Papa había pretendido hasta entonces discutir los derechos de los patriarcas de las Iglesias orientales. A pesar del Cisma, las relaciones entre los prelados de ambas Iglesias seguían siendo corteses. Además, el patriarca griego de Jerusalén, Simeón, había escrito cartas a los cruzados animándoles en su tarea y había hecho que les enviaran desde Chipre grandes cantidades de víveres y de dinero, regalo de los cristianos de la isla. Mientras él viviera, era difícil pensar en sustituirlo por un patriarca latino. Y, después de su muerte, lo lógico era esperar la decisión del clero oriental, la del emperador y la del Papa, ya que un paso de tanta gravedad exigía la participación de todas las autoridades eclesiásticas interesadas.

En cualquier caso, en esta ciudad, santa desde luego, pero todavía manchada de sangre musulmana y a merced de los soldados, los obispos y clérigos latinos obraron igual que las gentes que llegan a una casa abandonada y se adueñan de todo lo que encuentran sin preocuparse de los derechos de sus propietarios legítimos. La creación de un patriarcado latino en Jerusalén se decidió en plena fiebre de saqueo. Si por un lado los barones se apoderaban de las torres y de los palacios de los nobles musulmanes muertos o ahuyentados, por otro los clérigos se apresuraban a desposeer de sus derechos a aquellos mismos cristianos de Oriente que habían ido a libertar. Los vencedores asimilaron a aquellos griegos y sirios que les habían recibido con lágrimas de alegría a una población de vencidos cuya presencia es lo único que se les tolera.

Guillermo de Tiro atribuye a los clérigos del ejército el siguiente discurso: «… Os rogamos [a los barones] y requerimos, por Nuestro Señor Jesucristo, que no intervengáis con la elección de un rey, hasta que hayamos elegido a un patriarca de la ciudad…». Es posible que los barones, poco versados en materia

de procedimiento eclesiástico, no se extrañaran ante este lenguaje. Sin embargo, el solo hecho de dejar que un puñado de abades y de obispos, sin mandato del Papa, ni de otros obispos ni de la comunidad local, decidieran así de golpe nombrar entre ellos a un patriarca de una ciudad como Jerusalén sólo muestra a la vez el poco interés de los barones por las cuestiones de la Iglesia y el inconsciente desdén de los clérigos por la Iglesia de una provincia tan exótica, ni siquiera sabiendo que Jerusalén era su capital.

No faltaban precedentes. Durante la campaña de Antioquía, vimos que los grandes barones impusieron a clérigos de su cuerda en las ciudades conquistadas y les concedieron el título de obispos, pues, en un país como aquél, un sacerdote sin una gran fama podía llegar a ser obispo sin más, del mismo modo que un hijo menor sin tierra podía convertirse en conde o señor de un castillo. El hombre que el obispo de Maturano intentaba colocar en el trono patriarcal era de por sí el símbolo vivo del espíritu de aventura que dominaba la conducta de aquellos clérigos embriagados por el triunfo del ejército de Dios: Arnaldo de Zokes, llamado Malecorne, capellán del conde de Normandía, lo era todo menos un santo varón.

Cuando Raimundo de Saint-Gilles sitió Arqa, Arnaldo provocó con su cruento desafío la muerte del pobre Pedro Barthélemy con el consiguiente descrédito para la Sagrada Lanza. Este clérigo no carecía de inteligencia ni de energía y poseía un verdadero talento de orador, hasta el punto de que sus sermones habían levantado los ánimos del ejército durante el sitio de Jerusalén. Pero era también ambicioso e intrigante, y tan escandalosa resultaba su vida privada que los soldados componían canciones acerca de sus galantes aventuras. Este hombre difamado públicamente fue el que consiguió, sin estar tan siquiera investido de la dignidad episcopal, hacerse elegir patriarca. Esta elección se debía al esfuerzo del obispo de Maturano y a la influencia del conde de Normandía, que apreciaba mucho a su capellán.

El improvisado «patriarca» se aprovechó de su nuevo cargo para despojar de sus bienes a los eclesiásticos griegos y sirios; y, cuando estos últimos, indignados por el trato, se negaron a confiar al nuevo patriarca el lugar en que habían escondido el trozo de la Vera Cruz que se guardaba en Jerusalén, Arnaldo les mandó encarcelar y les amenazó con someterles a tortura. Se entregó la Vera Cruz a los latinos, pero, a partir de este momento, los cristianos indígenas iban a considerar la dominación franca como una ocupación extranjera casi tan odiosa como la musulmana.

El clero griego en particular iba a concebir un profundo rencor a los latinos. Así, los avatares de una guerra de conquista hacían cada vez más honda la brecha que se creaba entre las dos cristiandades rivales. La codicia y la insolencia de Arnaldo Malecorne no eran más que la expresión brutal de un desprecio más o menos consciente que los latinos sentían por la Iglesia de Oriente y por toda la cristiandad oriental.

Un patriarca como Arnaldo Malecorne no podía ensombrecer la autoridad de Godofredo; y ésta es sin duda la razón por la que éste toleró durante seis meses a este turbio personaje. Pero hacia finales de 1099, en diciembre, el reino de Jerusalén recibía huéspedes de categoría: hombres que, sin haber participado en la conquista de la ciudad santa, deseaban aun así dar a entender que también ellos estaban interesados en la cuestión: Balduino, conde de Edesa, y Bohemundo, príncipe de Antioquía. Éstos se creían lo bastante afianzados en sus nuevas posesiones y llegaban a Jerusalén para venerar los Santos Lugares. También sus hombres tenían que tener derecho a los beneficios espirituales que sólo la peregrinación hasta Jerusalén podía concederles.

Llegaban con todo su despliegue de fuerzas, con un gran cortejo de caballeros y de soldados de infantería, acompañados por un contingente de pisanos que se había unido a ellos después de desembarcar en Laodicea. (Según Foucher de Chartres, sus tropas sumarían entonces veinticinco mil hombres; debían de ser,

pues, al menos unos cuantos miles). Godofredo, Tancredo y sus camaradas recibieron a los recién llegados con una alegría harto comprensible. En realidad, después de haber cumplido con las exigencias de su piedad y sobre todo de la de sus soldados, de haberse prosternado ante todos los santuarios de Jerusalén y de haber tomado parte en las procesiones de las festividades de Navidad y de haber sido objeto de las aclamaciones y homenajes correspondientes —en lo que la población cristiana de la ciudad no se mostraba avara con los jefes cristianos—, en suma, después de diez días consagrados a piadosos regocijos y a consejos de Estado, Balduino y Bohemundo partieron hacia sus respectivas provincias. Dejaban en Jerusalén a un personaje que habían traído consigo y sin el cual Godofredo hubiera podido muy bien seguir viviendo.

La tropa de los cruzados pisanos iba guiada por el primer señor de Pisa: el propio arzobispo Daimberto, anciano autoritario y con una gran experiencia en la guerra santa de España, donde había ejercido el cargo de legado pontificio. Hombre instruido y apasionado y hábil político, llegaba de Italia respaldado por su flota de guerra, por pisanos consagrados en cuerpo y alma a su persona y por su título de obispo, y es posible que por un mandato del Papa. Traía consigo riquezas considerables que las malas lenguas le acusaban de haber sustraído del tesoro de la Iglesia durante su estancia en Castilla. En efecto, los rumores atribuían a este eminente prelado una sólida codicia. Aun así, Daimberto estaba todavía más ávido de honores y de poder que de riquezas. Utilizó los tesoros que había acumulado para comprar a la vez a Bohemundo, a Balduino y al propio Godofredo.

Llegaba a Tierra Santa lleno de encendido fervor por la causa del Santo Sepulcro. Alberto de Aix explica cómo este anciano no bien había acabado de desembarcar en el litoral sirio cuando se precipitó en dirección a los cruzados que habían salido a su encuentro, abrazándoles y bañando de lágrimas sus mejillas y

forzando con ello a los provenzales de Raimundo de Saint-Gilles y a los normandos de Bohemundo a una momentánea y nada pretendida reconciliación. (De hecho, más pisano aún que cristiano, el arzobispo había comenzado por sitiar, con su flota de ciento veinte navíos, la ciudad de Laodicea, donde había también provenzales y, al no poder tomarla, había fingido indignarse contra Bohemundo, el cual le había hecho creer que los griegos estaban aliados con los musulmanes…).

Así pues, Daimberto se había encaminado hacia Jerusalén acompañado de Bohemundo y Balduino, y había tenido tiempo suficiente para atraerse a su partido a aquellos dos barones bastante indiferentes a los intereses de la Iglesia. Apenas llegado a la ciudad santa, se apresuró a probar —lo que no era nada difícil— que la elección de Arnaldo Malecorne para la sede patriarcal era contraria a los cánones y, después de reunir en una asamblea a todo el clero latino de Jerusalén, hizo deponer a Arnaldo (a quien dejó aun así el cargo de arcediano, con todas las prerrogativas financieras de que había gozado hasta entonces el improvisado patriarca). Y, acto seguido, Daimberto se hizo elegir él mismo patriarca de Jerusalén en lugar de Arnaldo.

Para apoyar sus pretensiones, el arzobispo tenía a sus espaldas a los pisanos y a la flota, necesaria para el aprovisionamiento de la Cruzada. Los cronistas contemporáneos aseguran también que fue Bohemundo quien impuso a Godofredo el nuevo patriarca (*Cesta Francorum*). Por otra parte, el defensor del Santo Sepulcro se hallaba tan desprovisto de hombres y de dinero que estaba dispuesto a consentir todo. Sabemos por Alberto de Aix que recibió magníficos regalos de Daimberto.

Pero el viejo italiano hizo pagar caro sus presentes. Al día siguiente de su elección, aceptaba a Godofredo y a Bohemundo como vasallos suyos, y en nombre de la Iglesia les otorgaba la investidura de las tierras que habían conquistado por su propio esfuerzo, y aun los dos barones hubieron de «solicitarle» humilde-

mente de rodillas que les asegurara este favor. El arzobispo no quería dejar ningún cabo suelto. Jerusalén y todas las tierras conquistadas en Oriente por los cruzados eran bienes de la Iglesia y dependían del patriarcado de Jerusalén, es decir, de él, de Daimberto.

¿Creía Daimberto que él, prelado enérgico, pero luchador mediano, podía en el terreno bélico sustituir al jefe militar? En una tierra en la que los latinos sólo poseían algunas fortalezas que apenas defendían unas guarniciones poco nutridas, se portaba como si hubiera sido él otro Papa, en otra Roma milagrosamente liberada de sus enemigos temporales. Y se le oía afirmar que el patriarcado de Jerusalén era el *primero* de la cristiandad intentando por todos los medios desalojar de la plaza a Godofredo. El defensor del Santo Sepulcro, a quien aquel viejo ambicioso e intratable importunaba más que los árabes y los beduinos, acabó prometiendo, como hemos visto, que cedería la plaza a Daimberto en cuanto hubiera conquistado una ciudad de la misma importancia de Jerusalén, bien El Cairo bien Damasco. Ello no le comprometía a mucho de momento, ya que Godofredo no estaba en situación de realizar tan vastas conquistas, sino de cara a un porvenir muy lejano. Más que la religiosidad que tanto se le ha alabado, era la ayuda que le proporcionaba la flota pisana lo que forzaba a Godofredo a apaciguar el orgullo del viejo. No podemos saber cuál hubiera sido a la larga su actitud ni las consecuencias ulteriores de su política, pues, aunque cansado tras cuatro años de incesantes luchas, no esperaba sin duda morir tan pronto. En junio de 1100, en Jaffa, cayó enfermo (se cree que de peste) y de vuelta a Jerusalén murió al cabo de tres semanas, el 18 de julio. De acuerdo con lo tratado entre Godofredo y Daimberto, Jerusalén pasaba a manos de la Iglesia, y el arzobispo de Pisa podía creerse, después de Dios, el dueño de la provincia de Judea.

De hecho, en aquellas tierras lejanas en las que los mismos soldados no podían aun mantenerse fuera de la lucha, el poder de la

Iglesia tenía que ser a la fuerza ficticio. En su sueño senil de un reino teocrático, Daimberto pareció confundir Jerusalén con su buena ciudad de Pisa. Pero en vano reclamó el poder supremo y la propiedad de la ciudadela. Los compañeros del difunto defensor del Santo Sepulcro, o sea, Garnier de Gray, primo de Godofredo, Geldemar Carpenel, otros barones valones y flamencos, Roberto, nuevo obispo de Ramala y, como es natural, Arnaldo Malecorne, que constituían un partido lo bastante fuerte como para oponer resistencia al patriarca, estaban en poder de la Torre de David y afirmaban no reconocer como jefe a otro hombre que no fuera hermano o pariente de su desaparecido dueño. Que la rebelión de los compañeros de Godofredo no se hallaba dentro de los cauces de lo legal es algo que no escapa a los ojos de nadie, ni siquiera al propio Guillermo de Tiro, que era hostil a la política de Daimberto. Estaba conforme, sin embargo, con la costumbre feudal, y las muchas disputas habidas entre los distintos jefes de la Cruzada habían servido al menos para demostrar una cosa: que entre los latinos no podía existir ninguna solidaridad ni ninguna unión que no fuera la que creaba el vínculo feudal más directo y un patriotismo local bastante restringido.

Por eso, mientras Godofredo, Bohemundo, Raimundo de Saint-Gilles y otros luchaban juntos desde hacía años, entre sí eran rivales y enemigos; por el contrario, el pirata Guynemer de Bolonia, cuando se enteró de que Balduino, hijo del conde de Bolonia, su señor «natural», guerreaba en Cilicia, acudió al punto a ofrecer sus servicios a Balduino. Tanto en Oriente como en Occidente, el señor feudal podía contar sólo con sus compatriotas y sólo le servían de verdad hombres cuyos padres habían conocido a sus padres.

Los compañeros y vasallos de Godofredo se volvían espontáneamente hacia Balduino, pues parecía contrario al honor y al sentido común que aquellos que habían servido a las órdenes de Godofredo reconocieran a otro señor. Como hemos visto, Bal-

duino no gozaba de la estima popular; pero, incluso habiendo sido el propio diablo, para los caballeros valones y flamencos ante todo era uno de los suyos.

De nuevo estallaba un conflicto entre distintas ambiciones en el seno de esta guerra santa en que los cruzados —los jefes al menos— parecían empeñados en desmentir el proverbio «La unión hace la fuerza». Se creían tan fuertes que peleaban como si todavía se encontraran en su tierra natal. Daimberto, creyéndose un nuevo Gregorio VII perseguido por un nuevo Enrique IV, denunciaba furioso las maniobras del difunto Godofredo, y más aún las de sus vasallos, en especial las de Garnier de Gray. Según él, éstos se apoderaban ilegalmente de Jerusalén y de la Torre de David «para ruina de la Iglesia y opresión de la cristiandad» (Guillermo de Tiro, p. 406). Según Guillermo de Tiro, así lo decía Daimberto al escribir a Bohemundo. Al no disponer por sí solo de fuerzas suficientes para echar de la ciudad a los caballeros insumisos —los mismos que un año antes habían conquistado Jerusalén a sangre y fuego—, Daimberto amonestaba al príncipe normando de Antioquía con cumplir con su deber de cristiano consistente en prohibir a Balduino el acceso a Tierra Santa y declararle la guerra si era necesario. ¿No era él, Bohemundo —escribía el arzobispo—, hijo de aquel Roberto Guiscardo que antaño defendió el Papado contra el emperador de Alemania? ¿Cómo no iba a seguir el ejemplo de su padre? Y el patriarca parecía rechazar como indignos de su atención detalles materiales tales como la existencia de poderosos reinos musulmanes a una distancia de pocos días de marcha de Jerusalén.

Tenía además de su parte a un aliado de peso en la persona del único gran vasallo del difunto Godofredo: Tancredo. Éste no podía desear de ningún modo la llegada de Balduino, su enemigo jurado después de su disputa en Tarso. Estaba, por tanto, dispuesto a ayudar a su tío, si éste se resolvía a defender los derechos de la Iglesia.

Vemos, pues, que el primer patriarca latino de Jerusalén fue un sacerdote, cuya vida disoluta corrió en coplas de boca en boca por todo el ejército, y el segundo intentó provocar una guerra entre los dos primeros barones católicos que pudieron asegurar su dominación en Siria.

Tras estos comienzos, el patriarcado latino jamás iba a conquistar el puesto que hubiera debido ser el suyo, a saber, el de una autoridad eclesiástica universalmente reconocida y símbolo de la majestad de la Iglesia. Sin duda entre los patriarcas latinos de Siria tenía que haber algunos prelados respetables; pero las condiciones ambiguas en que se crearon dichos patriarcados les habían hecho tributarios de las intrigas políticas y de los caprichos del poder temporal.

El rey de Jerusalén

En el instante en que Jerusalén se quedó sin dueño o en que, mejor dicho, sólo tenía como dueño oficial a un viejo patriarca poco capacitado para comprender la situación política y militar del país, existían ya en Oriente dos principados latinos (o gobernados por barones latinos): el condado de Edesa, bajo el dominio de Balduino y el principado de Antioquía, que gobernaba Bohemundo. A lo largo de la costa se estaba esbozando, algo tímida aún, una tercera provincia latina, merced a los esfuerzos de Raimundo de Saint-Gilles, que, tras múltiples decepciones, había vuelto a su idea de apoderarse de la provincia de Trípoli.

En realidad, eran varios miles de caballeros los que se habían establecido en Oriente Próximo con el propósito de quedarse. Ello representaba una fuerza militar respetable. Pero las provincias de Edesa y Antioquía se encontraban a cientos de kilómetros del norte de Jerusalén y las separaba de esta ciudad un territorio en manos de los musulmanes, exceptuando una o dos fortalezas de la costa, cerca de Trípoli.

Si los pequeños príncipes árabes de Siria preferían evitar un conflicto abierto con los francos, no así los reinos más allá del Jordán como Alepo, Damasco y, yendo más lejos hacia el este, Mosul, en los que gobernaba una aristocracia turca enérgica y guerrera, ya recobrada de la sorpresa que produjo la caída de Antioquía. Para Garnier de Gray y sus amigos, era muy fácil llamar a Balduino de Bolonia a que fuera a ocupar el trono de Jerusalén, de igual modo que parecía fácil al patriarca Daimberto encomendarse a los sentimientos cristianos de Bohemundo. Pero era necesario que tanto Balduino como Bohemundo pudieran llegar hasta Jerusalén para cumplir con lo que de ellos se esperaba. La carta que Daimberto mandó a Bohemundo no llegó nunca a manos del destinatario, lo que nos impide saber si el príncipe normando, ocupado ya en luchar contra griegos y turcos, hubiera cometido además la locura de enfrentarse con Balduino. Cerca de Trípoli, los provenzales interceptaron la carta y la llevaron a Raimundo de Saint-Gilles, el cual se guardó muy bien de mandarla a su antiguo enemigo. En aquel mismo momento, Bohemundo, que guerreaba contra los turcos danishmandíes en las montañas del Taurus cerca de Melitene, caía prisionero. A pesar de una tentativa de Balduino, quien, al enterarse de la noticia, acudió lealmente en socorro del normando, Bohemundo fue encadenado de pies y manos y trasladado al norte, hacia el viejo thema armenio, entonces feudo de la familia de los Danishmand. El vencedor Ghazi Gumushtekin Ibn-Danishmand, que no iba a soltar con facilidad a tan formidable presa, encerró al cautivo en una torre de su capital de Neocesarea, ciudad perdida entre las montañas del Taurus, donde no había ejército cristiano capaz de aventurarse.

De este modo se terminaba la «Cruzada» de Bohemundo de Tarento, príncipe de Antioquía. Había de salir de su cautiverio al cabo de tres años, pero los acontecimientos se sucedían entonces en Oriente a un ritmo tan rápido que el jefe normando iba a ser

como un aparecido indeseable, así que se vería obligado a buscarse otro lugar donde medir sus ambiciones y sus energías.

Balduino, por el contrario, recibió el mensaje de los vasallos de su hermano y tuvo noticia de la muerte de Godofredo y su propia elevación al rango de rey de Jerusalén. Su capellán, Foucher de Chartres, que le conoció a fondo, nos lo presenta, en una frase que se ha hecho célebre: «bastante afligido por la muerte de su hermano, pero más contento aún con la herencia…». Pero la herencia no era una sinecura, ni tan siquiera una plaza fácil de tomar. Después de poner el condado de Edesa en manos de su primo Balduino de Bourg, Balduino se encaminó a Jerusalén al mando de una pequeña tropa compuesta por la flor y nata de sus caballeros.

Su condado de Edesa le había costado demasiados esfuerzos para que ahora pensara sacrificarlo, ni aunque fuera en provecho del reino de Jerusalén. Por eso dejaba en la ciudad misma y en los castillos de los alrededores unas guarniciones seguras y a las órdenes de vasallos dispuestos a defender sus feudos. Por su parte, Balduino de Bourg iba a ser para Edesa un dueño tan enérgico como lo había sido su primo. El nuevo candidato al trono de Jerusalén traía consigo a su séquito personal, a su esposa —la joven princesa armenia— y los hombres necesarios para atravesar el país sin ser apresado ni muerto. El peligro era mucho. Balduino lo sabía y por ello se apresuró a tranquilizar a los normandos de Antioquía (desamparados a causa de la reciente captura de su jefe), y luego a los griegos y a los provenzales establecidos en Laodicea (Lataquía). Unos y otros le recibieron bien. En Laodicea tuvo también contacto con el legado del Papa Mauricio de Porto, quien traía consigo una flota genovesa. El hermano de Godofredo había comprendido la necesidad de que reinara un buen acuerdo entre cristianos, fueran éstos normandos, valones o provenzales, y resulta bastante significativo notar que, desde su

marcha de Edesa, se iba afirmando, sin parecer siquiera advertirlo, como el campeón de la solidaridad entre cruzados.

Aquel título de rey de Jerusalén que de manera tan inesperada le caía del cielo y que no tenía aún, le confería esta tranquila seguridad que le valió el respeto de quienes habían sido sus rivales. Pero para llegar hasta Jerusalén había que atravesar el territorio enemigo. El peligro era tanto que prefirió embarcar a su mujer en Laodicea y mandarla por mar a Jaffa; y, de sus caballeros, apenas se atrevieron a seguirle la mitad. «¡Que se vuelvan atrás los que tengan miedo!». La travesía de Palestina parecía entonces una empresa tan fuera de razón que este desafío no evitó que muchos caballeros desertaran. Muy afortunadamente para Balduino, al poderoso emir de Trípoli no le consumía el odio vengador contra los infieles ni tenía la intención de reprochar al hermano de Godofredo los horrores de la matanza de Jerusalén. Muy al contrario, recibió al jefe franco con presentes y corroboraciones de amistad, y le hizo saber que el rey de Damasco, Duqaq, se disponía a atacarle entre Trípoli y Beirut. (En efecto, veremos que Ibn-Ammar estaba en aquel momento en malas relaciones con Duqaq, y le alegraba ver cómo entre su provincia y Damasco se establecía un Estado clave, fuera o no cristiano). Puesto en guardia acerca de la trampa que le tendían los damascenos, Balduino salió tan bien librado como pudo. Se trataba de atravesar una estrecha y abrupta pendiente con «… los navíos enemigos por el lado del mar; por el otro lado, la montaña que caía vertical; y enfrente, todo el ejército turco». Otro hubiera esperado para pasar un momento más favorable o hubiera buscado otro camino. Pero Balduino tenía prisa: se trataba de llegar a Jerusalén antes de que el patriarca tomara posesión de la ciudad. Se abalanzó de frente, fingió una retirada precipitada y, después de que los turcos hubieran emprendido su persecución, él y su menguada tropa formada por caballeros y soldados de a pie (los caballeros eran sólo ciento sesenta) dieron bruscamente media

vuelta y, tras sembrar la confusión entre el ejército enemigo, se abrieron paso a lo largo de la pendiente y obligaron a Duqaq a huir. El camino quedaba libre. El rey de Damasco no se atrevió a reincidir. Una vez más los turcos comprobaban que la furia y la astucia de aquellos hombres de hierro superaban todas las previsiones.

Balduino llegó a Jerusalén como un triunfador. La población cristiana y la caballería franca le recibieron con tan desbordado entusiasmo que forzó al patriarca Daimberto a callar. Los francos saludaban en él al hermano de Godofredo, y los cristianos indígenas, al valiente guerrero capaz de protegerles. En aquel momento, cualesquiera que fuesen los motivos de desavenencia entre latinos y cristianos orientales, estos últimos se encontraban totalmente a favor de los cruzados, puesto que, tras la matanza de musulmanes en Jerusalén, la población civil cristiana se sabía predestinada a la misma suerte en caso de que los francos fueran derrotados.

Balduino sabía muy bien que el talento militar constituía su principal virtud, y empezó a organizar razias por los alrededores de Jerusalén contra árabes y beduinos nómadas que atacaban las aldeas de Judea. Estas expediciones, de las que volvía cargado de botín y despojos de enemigos que había derribado, le sirvieron de campaña de propaganda, si es que ello le hacía falta aún. El patriarca que, temiendo la venganza de su rival, se había retirado a la iglesia de Monte Sion, aceptó la paz. Antes que perder aquella sede patriarcal que el expatriarca Arnaldo Malecorne codiciaba ya, Daimberto ciñó con sus propias manos la corona a aquel a quien todavía la víspera trataba de usurpador y perseguidor de la Iglesia.

El día de Navidad del año 1100 y por vez primera desde los tiempos de Herodes, había un rey en Jerusalén. La corona de oro que los conquistadores de la ciudad santa no habían querido llevar «allí donde Jesucristo había llevado una corona de espinas»,

se ceñía sobre la cabeza del tercer hijo del conde de Bolonia, segundón sin tierra y luego conde de Edesa. El primer mérito que le hacía acreedor de tal honor era su lazo de parentesco con Godofredo, el defensor del Santo Sepulcro, título que a lo largo de tan breve reinado había sabido imponerse de tal manera que su heredero natural parecía ser el único hombre cuyos derechos fueran incontestables. El patriarca, no obstante todos sus argumentos, sólo tenía junto a sí a un puñado de clérigos y a Tancredo. Balduino no vaciló en exigir la corona y una coronación solemne en la iglesia de Belén. Se guardó bien de recibir visitantes sentado por el suelo y apoyado en un haz de paja. Quería poner de relieve el título que su hermano no había podido o no había querido tomar. Era un rey casi sin ejército, casi sin tierras, un rey improvisado, aceptado de mala gana por el patriarca y condotiero de pasado algo turbio, pero tan aferrado a sus derechos y a sus deberes que, gracias a ello, su aventura iba a convertirse en un verdadero reinado. Además, Jerusalén no era una ciudad cualquiera y su solo nombre confería a esta ciudad precaria y enclavada artificialmente en una tierra extranjera una realidad que hacía de ella algo más que una mera aventura.

Balduino I, rey de Jerusalén, no poseía fuerzas demasiado superiores a las de su hermano. Si bien había traído consigo a una parte de sus vasallos, no podía contar, como es natural, con la ayuda de Tancredo. No habiendo olvidado éste sus altercados con Balduino de Cilicia, temía la venganza del nuevo rey y se negaba a reconocerlo y rehuía incluso su encuentro (a no ser que tuviera lugar a orillas del río Nahr al-Aiya, y con la condición de que las aguas del río le separaran de Balduino). Pero, llamado finalmente a Antioquía para ocupar como regente de la ciudad el puesto de su tío cautivo, el joven normando pudo abandonar la plaza sin dar la impresión de huir, con lo que Balduino se liberó de este vasallo incómodo, aunque también de sus soldados.

El nuevo rey de Jerusalén se hallaba, pues, en una extraña y crítica situación: algunos cientos de caballeros para mantener y defender los Santos Lugares cuya posesión era de gran importancia para la cristiandad; al norte, los reyes de Damasco y de Alepo; al sur, el califato de Egipto; al este, al otro lado del Jordán, tribus de árabes y de beduinos; y al oeste, una costa en parte gobernada por emires árabes, más o menos vasallos de Egipto, y un mar bajo el control de la flota egipcia. Balduino, hombre práctico y batallador infatigable, se dispuso a ampliar sus posesiones, pues el mejor medio para preservar Jerusalén era poseer el máximo control sobre los territorios circundantes. La escueta relación de las campañas que dirigió aquel hombre durante dieciocho años causa maravillas en el lector. Por más entrenados que estuvieran unos militares de carrera del siglo XII para una vida de correrías y de luchas, tal perseverancia en la búsqueda de combates, día tras día y en las condiciones penosas que implicaban el equipo militar y los medios bélicos de la época, hacen que nos inclinemos ante aquel hombre y los suyos como ante fuerzas de la naturaleza. Balduino tenía alrededor de cuarenta años cuando fue coronado rey y, cerca ya de los sesenta, no sucumbiría ni bajo el peso de la edad ni por la fatiga, sino de resultas de una antigua herida a la que sobrevivió para continuar luchando todavía después. Para los musulmanes de Siria, Balduino (Bardawil) llegó a convertirse en el franco, el rey franco por excelencia; tanto es así que cien años más tarde el cronista Ibn al-Athir se imaginará que todos los «países francos» estaban en aquel tiempo bajo el poder de un tal Bardawil.

Balduino inició su reinado con una serie de incursiones contra los árabes del desierto de Jordania. Atacaba y saqueaba las caravanas con el fin de aumentar, si no sus efectivos, muy reducidos siempre, sí al menos sus posibilidades financieras y los recursos para mantener su caballería, ya que en las batallas el caballo era el nervio principal de la guerra y, por tanto, su escasez era algo tan

grave como la falta misma de hombres. Después de sembrar el terror entre las tribus nómadas del este, el nuevo rey emprendió la conquista de las grandes ciudades de la costa. Iba siempre con trescientos caballeros y otros tantos soldados de infantería. Allí dispuso de las flotas italianas de Pisa y Génova, que estaban siempre ansiosas por suplantar en aquellos parajes a la flota egipcia y por competir con la de Bizancio. Con la ayuda de los genoveses, Balduino pudo primero apoderarse de Arsuf y luego de Cesarea, donde realizó una terrible matanza, no por fanatismo, sino con la intención de aterrorizar a los defensores de las demás ciudades de la costa.

Después de dos años de una inactividad que sorprende, el visir Al-Afdal decidió emprender la represalia contra los cristianos, y mandó un ejército poderoso a las órdenes del emir Saád al-Dawla al-Qawsi. El ejército tardó mucho en movilizarse, pues, en lugar de lanzarse al ataque, acampó algunos meses cerca de Ascalón, la fortaleza egipcia más poderosa de la costa, y sólo se puso en marcha en septiembre del año 1101, con la intención de volver a adueñarse de Jerusalén. Balduino salió con sus doscientos sesenta caballeros al encuentro del enemigo y le hizo frente en Ramala, después de dividir el ejército en cuatro cuerpos que debían atacar uno tras otro. Los dos primeros, comandados por dos de los mejores caballeros valones, fueron diezmados y sólo unos cuantos hombres lograron huir y retirarse a Jaffa. Cuando los egipcios creían tener la victoria de su parte y se disponían a perseguir a los fugitivos, Balduino arremetió contra ellos con la segunda mitad de su tropa, con tal furia que sembró el pánico en el campo adversario. El ejército egipcio se batía en retirada en el más completo desorden y Balduino se apoderaba del campamento y del botín.

En el momento en que en Jaffa y en Jerusalén se le daba ya por muerto y cuando su mujer enviaba una llamada desesperada a Tancredo (en Antioquía), Balduino se presentaba ensangrentado

y cargado de despojos de los enemigos ante los muros de Jaffa, junto al obispo de Ramala, Gerardo, quien sostenía en alto la Vera Cruz.

Esta Vera Cruz, que había tomado parte en la batalla y dado fuerzas a los combatientes, iba a encontrarse presente desde entonces en adelante en todas las grandes batallas y a adquirir casi tan gran renombre entre los musulmanes como entre los cristianos.

La victoria de Ramala salvaba el reino franco, y Balduino se cubría de gloria; pero había perdido casi la mitad de sus caballeros. Su ejército no tardaría en recibir nuevos refuerzos. Personajes de la alta nobleza y de gran fama servirían bajo sus órdenes: el duque de Aquitania, Guillermo IX de Poitiers; Hugo VIII de Lusiñán; Conrado, condestable del emperador de Alemania; Godofredo; conde de Vendôme; Esteban, hijo del conde de Borgoña y, finalmente, Esteban, conde de Blois, el hombre más rico de Francia, que de modo tan vergonzoso escapó antaño de Antioquía.

La razón por la que todos estos grandes señores se encontraban allí reunidos y dispuestos a ponerse al servicio del rey de Jerusalén es en realidad bastante triste, y ya tendremos ocasión de volver sobre ello. En efecto, venían como peregrinos y con poca escolta detrás, así que nada ganaba Balduino con su presencia, salvo el honor —que en aquel momento le tenía sin cuidado— de contar entre su ejército con una decena de hombres más nobles y más ricos que él. Estos hombres, supervivientes del mayor desastre de la historia de las Cruzadas, podían estar orando ahora en Jerusalén gracias a la rapidez de sus caballos de batalla. Pero, si bien a algunos se les podía reprochar su cobardía, Balduino iba a demostrarles que nada habían perdido con esperar.

Un nuevo ejército egipcio aparecía en el litoral de Palestina y avanzaba en 1102 en dirección a Ramala, el mismo lugar donde

un año antes Balduino cosechara la victoria. El rey de Jerusalén, al frente de una débil tropa —que comprendía sin embargo a una parte de los recién llegados: Hugo de Lusiñán, Esteban de Blois, el condestable Conrado, Esteban de Borgoña y Godofredo de Vendôme— avanzó al encuentro de los egipcios, creyendo que no eran muchos. En su prisa por combatir no se había preocupado de informarse, y ahora tenía ante sí el ejército entero llegado de Egipto y bajo el mando del hijo de Al-Afdal.

Imprudencia digna de la loca temeridad de Balduino. Este hombre, a quien se le podía reprochar todo excepto el odio a los musulmanes, se hallaba hasta tal punto poseído por la pasión del combate que tenía la tendencia de arremeter contra el enemigo con la rabia propia de una fiera herida; como dice Guillermo de Tiro, era «precipitado y rápido». Pero esta vez corría al suicidio. El único de sus compañeros que se arriesgó a aconsejarle prudencia fue por desgracia Esteban de Blois, aquel a quien hacía cinco años toda la cristiandad difamaba como el mayor de los cobardes. Y Balduino le dio a entender que no tenía derecho a hablar. Al encontrarse repentinamente ante un ejército de veinte mil hombres, la pequeña tropa no tenía más remedio que dejarse matar o vender cara su derrota. Ésta fue total. Algunos caballeros lograron escapar en dirección a Jaffa. Balduino y el resto de sus compañeros se refugiaron en el castillo de Ramala, pero la fortaleza era demasiado débil para resistir más de veinticuatro horas. Eran —según al-Athir— setecientos u ochocientos hombres, en su mayoría de a pie, pues los caballeros no eran más de cien. Ibn al-Athir dice que capturaron a trescientos hombres. Los caballeros fueron todos muertos, inclusive Esteban de Blois. Balduino se escapó solo durante la noche. Los tres escuderos que le acompañaron en su huida fueron muertos y, si él se salvó, fue gracias a la rapidez del caballo, su célebre *Gacela*. Estuvo dos días errando, solo, acosado por los exploradores egipcios en las montañas desiertas. Ante Jaffa, donde se encontraba en aquel momento la rei-

na con una considerable tropa de peregrinos y de caballeros cruzados, los egipcios galopaban vencedores mientras blandían con sus lanzas las cabezas, y entre ellas la de un caballero flamenco (Gerbod de Withinc) que se parecía al rey como si fuera su hermano gemelo.

El reino de Jerusalén perdió aquel día gran parte de su caballería, más algunos de los grandes barones de quienes antes hemos hablado. (Sin embargo, uno de ellos, Conrado, se defendió con tal valentía y coraje que los egipcios le dejaron con vida). Por lo que respecta a Esteban de Blois, Guillermo de Tiro le dedicará más tarde una oración póstuma muy singular: «Dio una gran alegría saber que había muerto de modo tan honorable… Dio la impresión de que Nuestro Señor le había perdonado (su cobardía de antaño), puesto que tanto apreciaba su servicio que le había prometido morir sirviéndole». No cabe duda de que, si se tiene en cuenta los beneficios espirituales que los soldados de Cristo contaban obtener de la peregrinación, lo de Ramala (1102) tuvo el gran mérito de poblar el cielo de los cruzados de mártires gloriosos. Esta guerra de Oriente tenía por lo menos la ventaja de mudarse en guerra santa en cuanto la cosa iba mal. Y Balduino lo sabía.

Cuando tres días después del desastre llegó a Jaffa sin más bienes que su propia vida a salvo, nadie se atrevió a reprocharle el haber perdido su ejército; tan grande era la fe que inspiraba. Dos semanas después, con la ayuda de peregrinos desembarcados nuevamente —franceses, ingleses y alemanes—, el rey volvía a formar un ejército, pasaba al ataque y hacía retroceder al ejército fatimí, el cual emprendió la huida y se retiró a Ascalón. Una vez más los cronistas hablarán de campamento abandonado y de enorme botín. Y una vez más los egipcios renunciarán a desalojar a los francos de la costa y de Judea. Y Balduino podrá reemprender su conquista tenaz y metódica.

En 1103 tomará Acre, en 1105 repelerá el ataque (en Ramala otra vez) de otro ejército egipcio, en 1108 se apoderará de Beirut y en mode Sidón, sirviéndose del prestigio de la guerra santa y enrolando bajo sus banderas a grandes contingentes de peregrinos de paso. Bajo la amenaza continua de la reconquista musulmana, el reino de Jerusalén y los principados francos del norte (Antioquía, Edesa y Trípoli) irán aprendiendo cada vez más a hacer valer su título de defensores de Cristo, a la par que adaptándose mejor a las costumbres y a las condiciones locales.

La Cruzada de 1101

Al día siguiente de la toma de Jerusalén, se despertó en los países cristianos un entusiasmo fácil de comprender. En Francia reinaba un gran júbilo por ser franceses los que habían desempeñado el papel principal en la conquista de Jerusalén. En Alemania y en los países escandinavos, el saber que los cruzados franceses se habían cubierto de gloria suscitó en la caballería, en los príncipes y en los obispos un ansia de emularles. Y, en Italia, donde las repúblicas marítimas tenían más influencia que la caballería en sí, el entusiasmo por la Cruzada se traducía más que nada en la ambición de conquistar nuevos mercados, mientras que las provincias sometidas a los normandos ardían en admiración por las hazañas de Bohemundo.

El nuevo papa Pascual II comprendía cuán provechosa era la conquista de los Santos Lugares para la causa de la cristiandad y estimulaba nuevas campañas de propaganda en favor de la Cruzada. La victoria de los cruzados parecía ser un signo manifiesto del favor divino; sin embargo, estos cruzados eran pocos y estaban rodeados de enemigos poderosos, y la mayoría de los peregrinos que habían emprendido aquel largo viaje había muerto o regresado a Europa; y Jerusalén se volvía, para cada uno de los cristianos de Occidente, una propiedad colectiva o un bien altamente preciado que había que defender y cuya guardia incumbía a sus países.

La segunda oleada de entusiasmo por la Cruzada no igualó la primera: la Jerusalén conquistada dejaba de tener el prestigio de una ciudad dolorida, desconocida y, por así decirlo, inaccesible, o accesible sólo a los elegidos. El gran sueño de las muchedumbres que se alzaban ante la llamada de Pedro el Ermitaño con la esperanza de un Juicio Final, de cierta misteriosa regeneración de la tierra por la sangre, el sufrimiento y la luz celestial, no se había realizado, o sólo para decenas de miles de pobres gentes, cuyos huesos hacinados en montones «más altos que colinas» blanqueaban y se resecaban al sol por la ruta de Nicea. Estos y otros muchos que habían llegado a ser mártires resplandecían ahora en el cielo como otras tantas estrellas acabadas de nacer. Y es que la esperanza de los pobres es tenaz, y también hacía tiempo que, en Occidente, los que nada tenían que perder sobre la Tierra se gloriaban de la miseria que Cristo bendecía.

Desertores y gentes que lograron sobrevivir a tantos infiernos —ya fuera el camino de Constantinopla, los desiertos de Anatolia, el sitio de Antioquía o los montes áridos de Judea— estaban ahí presentes para explicar con cuántos sufrimientos se compra la peregrinación, y sus relatos hacían vacilar a muchos voluntarios. Siguiendo las órdenes del Papa, los obispos condenaban, ya antes de salir la Primera Cruzada, la cobardía de aquellos que, habiendo tomado la cruz, dejaban su voto sin cumplir. A los desertores, se les juzgaba más severamente aún. Es sabido que el conde de Blois volvió a sus tierras después de su deshonrosa salida de Antioquía y fue objeto de tantas humillaciones y su mujer —Adela, hija de Guillermo el Conquistador— le cubrió de tantos reproches que se vio obligado a enrolarse de nuevo en contra de su voluntad. Otros desertores menos ilustres no recibieron un mejor trato de sus amigos y vecinos. Y los cruzados que tardaban demasiado en decidirse y que jamás salían de sus tierras se volvían objeto de burla ahora que la noticia de la toma de Jerusalén forzaba a la gente a acordarse de la Cruzada.

En resumen, después de que la gran noticia hubo provocado un sobresalto de entusiasmo, el Occidente latino conoció una nueva oleada de fiebre de Cruzada. Esta vez los franceses, que en la persona de los cruzados de 1096 habían ganado ya su parte de gloria, fueron menos numerosos.

Un gran ejército, compuesto en su mayoría por lombardos, salió de Italia en septiembre de 1100. Sus jefes eran el conde Alberto, de Biandrate, el arzobispo de Milán, Anselmo de Buis, el conde de Parma y Hugo de Montebello. La mitad de este ejército estaba compuesto de peregrinos civiles, gente pobre que esperaba recibir tierras recién conquistadas, pues sabían que Tierra Santa estaba necesitada de colonos. La presencia de población civil hacía más vulnerable el ejército. Aun así, era un ejército impresionante, integrado por varias decenas de railes de hombres, fueran o no combatientes.

El ejército francés, por el contrario, estaba compuesto sobre todo de unidades combatientes y bien equipadas. Al igual que Esteban de Blois, quien, deseoso de ganarse el perdón, no había reparado en gastos, Esteban, hijo del duque de Borgoña, el obispo de Soissons y Conrado, condestable del imperio, traían consigo a varios contingentes de caballeros y de soldados de infantería de primera línea.

Estos dos ejércitos fueron los primeros en partir. Les siguieron en febrero de 1101 el ejército del conde de Nevers, Guillermo II, que conducía a quince mil hombres, todos ellos soldados —ejército bien dirigido y muy disciplinado cuyos jefes estaban decididos a no repetir los errores de la Primera Cruzada— y, por último, un cuarto ejército muy numeroso, estimado en sesenta mil personas y que incluía a muchos peregrinos civiles, comandado por Guillermo IX de Aquitania, por el duque de Baviera, Welfo IV, y por la condesa Ida de Austria, madre del duque Leopoldo de Austria.

Los cuatro ejércitos reunidos constituían una fuerza espléndida, más que los ejércitos de 1097. Pero no pudieron unirse y pasaron el Bósforo por separado. El primero —el lombardo— lo hizo en abril de 1101, y el segundo —el de los barones franceses — pocos días después. Juntos siguieron camino hacia el sur. El ejército del conde de Nevers pasó por Constantinopla en junio, y el de los duques de Aquitania y de Baviera algo antes, en mayo o principios de junio.

Esta vez, parece ser que Alejo Comneno se apresuró a hacer pasar a los nuevos cruzados a Asia Menor para no dejarles tiempo de encontrarse en Constantinopla.

Hay que decir que recibió bien a todos (a pesar de los desórdenes a que dieron lugar los peregrinos del ejército lombardo), que les colmó de presentes, les prodigó buenos consejos y les proporcionó naves; es decir, su comportamiento fue intachable. Pero para él no se trataba ya de unir los destinos del imperio al de los voluntarios de la guerra santa, quienes por su parte sólo pedían un permiso para pasar. Sin duda alguna, les temía; les deseaba la victoria contra los turcos y la suerte de poder llegar hasta Jerusalén sin estar dispuesto a correr muchos riesgos por ayudarles. Tenía tantos motivos para hacerlo cuanto que el ejército lombardo era —y no lo disimulaba— totalmente adicto a Bohemundo, y que éste (aunque prisionero desde hacía poco de los turcos) era la persona más odiada por el emperador. Es cierto, sin embargo, que entonces había en el emperador un sentimiento de solidaridad entre cristianos más vivo que en los mismos cruzados. Era un sentimiento que, si bien lo habían debilitado justas quejas y una antipatía instintiva contra los cruzados, le impulsaba a ayudar a cristianos que iban a combatir contra los turcos. El ejército alemán recibió incluso una escolta de quinientos soldados de primera línea, si bien turcoples (mercenarios turcos); y les dio también un capitán: Raimundo de Saint-Gilles, que en aquel mo-

mento se encontraba en Constantinopla y se había hecho muy amigo del *basileus*.

Comandados por Raimundo de Saint-Gilles (pésima elección, puesto que era un extranjero tanto para franceses como para lombardos), los ejércitos lombardo y francoalemán emprendían el camino por el que cinco años antes pasaran los primeros cruzados. La cantidad de efectivos de los dos ejércitos juntos era abrumadora. El número que cita Alberto de Aix (200 000) es inverosímil y es probable que no alcanzara los cien mil hombres, lo que no le impedía ser una de las mayores concentraciones de tropas que se vieran jamás en la época. Esta fuerza numérica era de por sí un arma de doble filo, y más aún por el hecho de que una tercera parte estaba compuesta por civiles: mujeres, niños, ancianos y clérigos.

Se trataba de trazar un itinerario y establecer el plan de la campaña para este ejército dispar reunido bajo el signo de la cruz. En esto hay que considerar un hecho que nos lleva a pensar en la famosa broma de Pascal a propósito de la nariz de Cleopatra. Y es que, si la Cruzada se terminó como lo hizo, la culpa se debió a la excesiva popularidad de que Bohemundo gozaba entre los lombardos. Si el normando no hubiera sido tan hábil en organizar su propia propaganda, si a través de sus amigos y de sus trovadores no hubiera conseguido hacerse pasar por el mayor campeón de la cristiandad frente al islam, la suerte del Oriente latino hubiera podido cambiar. Los lombardos, que formaban más de la mitad del ejército, y su jefe, Alberto de Biandrate, el primero, concibieron la idea de atravesar Asia Menor y de seguir adelante hasta Neocesarea, en las montañas a orillas del mar Negro, con el fin de liberar a Bohemundo, aún prisionero de Ghazi Gumushtekin ibn-Danishmand.

Esta proposición se presentaba como un desafío a Raimundo de Saint-Gilles, a los griegos y a los alemanes del canciller Conrado, todos ellos más o menos enemigos de Bohemundo. La em-

presa era, desde todos los puntos de vista, una locura. En vano el conde de Blois, el conde de Tolosa y el general griego Tzikas intentaron recordar a sus aliados que su verdadero objetivo era la defensa de los Santos Lugares y que era poco prudente adentrarse en pleno verano en un país vigilado por los turcos y además desértico, mientras que, siguiendo el camino que habían tomado los ejércitos de la Primera Cruzada, atravesarían los territorios reconquistados en parte por los griegos y tenían muchas probabilidades de alcanzar, sin grandes pérdidas, Antioquía y Siria.

Hubieran hecho mejor en abandonar a los lombardos a su propia suerte, al ver su terquedad; pero no se atrevieron, sin duda por considerar su ejército insuficiente para enfrentarse a las fuerzas turcas que podían encontrar yendo de camino, y por saber también que los lombardos, con sus millares de hombres no combatientes, serían una presa demasiado fácil para los turcos. Como la muchedumbre de lombardos (donde los civiles se mostraban más encendidos que los militares en su deseo de liberar a Bohemundo) amenazó con rebelarse, los jefes se resignaron a tomar camino de Galacia y Capadocia y dirigirse a Ankara, y, a falta de otra cosa, luchar contra los turcos de Asia Menor, los cuales no ponían en peligro el Santo Sepulcro.

Desviado así de su objetivo verdadero por causa del entusiasmo irreflexivo de una masa de peregrinos y del espejismo que había creado el nombre de Bohemundo, el ejército se adentraba en un país hostil y se alejaba cada vez más de los territorios puestos bajo el control de los griegos. Al principio obtuvo algunos éxitos, pues los bizantinos, que ocupaban el litoral y la parte occidental de la península, le proporcionaban víveres con regularidad. En junio de 1101, los cruzados se apoderaron de Ankara, ciudad perteneciente al sultán Qilich-Arslan. La ciudad quedó bajo la tutela del poder bizantino. Pero esta vez, escarmentados, los turcos de Asia Menor no iban a dejar que el nuevo ejército franco les venciera. Así pues, organizaron la defensa, cosa tanto

más fácil cuanto que el país por donde se adentraba el ejército cruzado era prácticamente un desierto.

La provincia de Ankara era el feudo del selchuquí Qilich-Arslan ibn-Sulayman. El norte de la península pertenecía al emir danishmandí Ghazi Gumushtekin. Los danishmandíes unieron sus fuerzas a las de Qilich-Arslan, con lo que el nuevo ejército cruzado iba a enfrentarse con todas las fuerzas turcas de la península. Los turcos de aquellas regiones recién conquistadas, guerreros medio nómadas aún, que se desplazaban con sus ejércitos a una velocidad desconcertante, conocían el país a la perfección y eran muchos más de lo que podrían ser todos los cruzados de Occidente reunidos, se acordaban muy bien de las derrotas sufridas en Dorilea y en Antioquía y se tomaban el nuevo peligro muy en serio.

Acosado por el enemigo y con los soldados muertos de hambre y de sed, el ejército se veía perdido. La única salvación posible era la de intentar alcanzar la costa del mar Negro, cuyos puertos estaban ocupados por los griegos. Y, una vez más, a pesar de las advertencias de los jefes, los lombardos —quienes, sin embargo, habían quedado muy mal en el momento de un ataque impetuoso de los turcos— hicieron prevalecer su idea de seguir hacia el este, hasta la capital de Ghazi Gumushtekin, la ciudad maldita donde Bohemundo se consumía entre los hierros de su prisión. Su Dios ya no era Jesucristo, sino su jefe normando, como si de él hubiera de venirles toda salvación. En realidad, si el hombre que inspiraba tan desmedido fervor se hubiera encontrado entonces allí a la cabeza de aquel ejército, hubiera sido quizá capaz de salvarle, pues sabía imponerse y obrar con rapidez. Y un jefe que lo fuera de verdad era lo que buscaban los pobres peregrinos, cuyo ciego instinto les guiaba cada vez más lejos por las montañas desiertas, quemadas por el sol y auténtico hormiguero de jinetes turcos. ¿Dónde estaría el jefe? Al fondo de una celda subterránea, cargado de cadenas, impotente y consumiéndose de

rabia e ignorando sin duda que a cientos de kilómetros de allí un ejército avanzaba y seguía avanzando, torturado por el hambre, un ejército donde había millares de hombres y de mujeres que confiaban todavía en él.

Lo que no deja de ser extraño es cómo los jefes, guerreros con experiencia, habían podido imaginar que vencerían en terreno enemigo a un adversario al que ya no podían hacer frente, y menos en las condiciones en que se encontraba el ejército. Al ver que los franceses entraban en la provincia y amenazaban la capital, Ghazi llamó en su ayuda al rey de Alepo, el selchuquí Ridwan, el que se había negado a socorrer a su vecino y vasallo Yaghi-Siyan, señor de Antioquía.

El terror franco cosechaba sus frutos, ya que esta vez Ridwan no vaciló un segundo, y desde Alepo, separado del emirato danishmandí por seiscientos kilómetros (a vista de pájaro) de territorio montañoso, acudió con su ejército para unirse a sus antiguos enemigos Ghazi y Qilich-Arslan. Al parecer fue entre Amasia y Merzifun donde las fuerzas turcas reunidas atacaron el ejército cruzado, dispuestas a dar la batalla decisiva.

Los cruzados, que entre combates, emboscadas, enfermedades y hambre habían perdido gran parte de sus soldados de infantería (o al menos en número mayor que los caballeros), aún podían oponer una sólida resistencia. En efecto, si bien Conrado había perdido a setecientos alemanes, y Alberto de Biandrate a tres o cuatrocientos lombardos, las fuerzas de los franceses continuaban casi intactas. Incluso fundándonos en las consideraciones menos exageradas, podemos suponer que en aquel momento el ejército francolombardo contaba con dos o tres mil caballeros. El ejército era, como sabemos, numeroso, y los contingentes franceses y alemanes estaban compuestos sobre todo por soldados de oficio; por su parte, los provenzales de Raimundo de Saint-Gilles eran pocos, mientras que la caballería lombarda, que en lo que se llevaba de campaña había adquirido ya bastante mala re-

putación, debía de igualar en número a la francesa, a juzgar por la facilidad con que lograba imponer sus decisiones.

El ejército era fuerte, pero, como siempre que combatía un ejército franco, sólo podía desplegar su fuerza en una carga directa y masiva de la caballería. Los adversarios, escarmentados tras las anteriores experiencias, no le dejaron la posibilidad de pasar al ataque, agotándolo con una lluvia continua de flechas y jabalinas. Los lombardos fueron los primeros en retroceder (según Alberto de Aix, quien por lo demás tiende a hacer recaer sobre ellos toda la responsabilidad del desastre y aprovecha cualquier ocasión para colmarles de injurias). A lo largo de la batalla, que duró todo un día, la caballería franca sólo pudo defenderse, sin tomar nunca la iniciativa del combate y sin conseguir reagruparse. Hacia el atardecer, los mercenarios bizantinos, o mejor dicho, turcoples, abandonaron a Raimundo de Saint-Gilles, quien no tuvo otra salida que refugiarse con algunos provenzales en un peñón aislado, donde los turcos le hubieran rodeado de no ser por la ayuda de Esteban de Blois y de Conrado.

La batalla no parecía tocar a su fin. Al no poder atacar, el ejército franco se batía en retirada hacia el campamento perdiendo así a muchos hombres y caballos. Por la noche, el conde de Tolosa, jefe oficial del ejército, levantaba el campamento junto con sus provenzales y emprendía la huida.

Al enterarse de que Raimundo había huido, los demás barones huyeron también al amparo de la oscuridad. ¿Cuántos serían? Los cronistas nos dicen que los supervivientes que llegaron a embarcar en Sínope para Constantinopla eran pocos; ya no formaban ningún ejército, sino un puñado de caballeros, unos centenares a lo sumo, escuderos y criados incluidos. Era todo lo que quedaba de los ejércitos del conde de Blois, del conde de Borgoña, del condestable, del obispo de Soissons, del conde de Briandate, del conde de Parma… De los caballeros que murieron en aquel día aciago nada dicen Alberto de Aix ni ningún

otro historiador. Sabemos en cambio quiénes sobrevivieron en el campo de batalla la mañana en que el ejército vio que se había quedado sin jefes: miles de soldados de infantería, clérigos y monjes, todas las mujeres y todos los niños. Al ver a esta gente desamparada y presa del pánico, el ejército turco no hizo más que emprenderla con ellos a golpes de espada. Ahí dio comienzo una huida desenfrenada de caballeros que aún quedaban en el campamento y de los soldados de infantería que aún tenían fe en sus piernas, mientras que los caballeros turcos que no estaban ocupados en la matanza, se lanzaban a través del valle a la persecución de los fugitivos, pocos de los cuales lograron salvarse. Casi todos los hombres murieron, y a las mujeres —las jóvenes como mínimo— y a los niños se les estimó como se hace con el ganado. Aquel día se perdieron treinta o cuarenta mil vidas, ya sea con la muerte ya sea con la esclavitud. Y los mercados y los harenes turcos se vieron enriquecidos con varios miles de esclavas cristianas. Alrededor de tres mil hombres consiguieron sin embargo huir en dirección al mar a través de los desfiladeros de montañas, volvieron a juntarse en Sínope y embarcaron posteriormente en las naves griegas.

Los jefes llegaron a Constantinopla antes de quince días después de la batalla. Ya sanos y salvos, culpaban a los lombardos del desastre. Estaban poco orgullosos de su conducta; pero la cristiandad nada hubiera ganado tampoco de haberse quedado allí y dejarse matar. Sin embargo, Alejo Comneno reprochó con dureza a Raimundo de Saint-Gilles el haber abandonado a su ejército y a los pobres peregrinos, convencido de que, sin la huida del jefe, el ejército cruzado quizá no hubiera sido aplastado por completo. No podemos asegurarlo. Es muy probable que Raimundo tuviera una visión más clara de las cosas; pero no quita que su conducta —sin merma de su valentía personal, ya que había sabido pelear— aparece poco brillante a lo largo de la campaña. Por una vez que se le había brindado la ocasión de mandar un

gran ejército, todo se había desarrollado del mismo modo que si el ejército no hubiera tenido jefe alguno.

Esta vez, el desastre había sido completo y no tenía remedio. Había quedado aniquilada no una banda de peregrinos, sino un gran ejército. Es cierto que el gran número de civiles que en él había representó para éste una seria desventaja, y quizás incluso la causa misma del desvío de la Cruzada y por tanto del desastre; pero los turcos veían por fin que los francos no eran invencibles y que bastaba que todos se unieran contra ellos y atacaran violentamente. Ana Comneno escribirá estas crueles líneas: «… La raza celta tiene, entre otras características, la de ser independiente y no solicitar nunca consejo por propia inclinación, nunca hacen uso de la disciplina militar ni del arte de la estrategia, pero, cuando se trata de combatir y de hacer la guerra, la ira estalla en sus corazones y nada puede resistírseles… Y al contrario, si los enemigos no cesan de tenderles emboscadas con experiencia de lo militar y les atacan según las reglas del arte, pasan de la mayor valentía al extremo opuesto» (*a. C.*, XI, 6 § 3). En realidad, los francos, aun sin haber aprendido la estrategia en los libros, eran en este arte tan expertos como los griegos y los turcos. Sólo que en sus ejércitos había, como en todos, mejores y peores generales.

Lo que es significativo es que los latinos —no el conde de Tolosa ni los que compartieron con él la desgracia, sino la opinión general en Occidente, seguida de los historiadores— no dudaron en hacer recaer la culpa de esta derrota en quien por nada del mundo era responsable de aquel desastre, a saber, Alejo Comneno. Éste, «como el escorpión que no ataca de frente, sino por la cola». (Guillermo de Tiro), habría obrado a propósito al enviar a los cruzados a un país desierto y dominado por los turcos para que cayeran en manos de éstos. (Sin embargo, Alberto de Aix, quien también explica en detalle la odiosa conducta del emperador, nos informa de que Alejo salvó los restos del ejército que se

habían refugiado en Sínope, y que —para el cronista se trata ahí de hacer quedar mal al conde de Tolosa— reprochó muy severamente la huida de Raimundo de Saint-Gilles. Afirmaciones contradictorias que no impiden a nuestro historiador creer firmemente en una traición de los griegos). Alejo estaba, sin embargo, dispuesto a seguir ayudando a los cruzados, a condición de no comprometerse demasiado. Todos los jefes que pasaban por Constantinopla eran recibidos con buena disposición y ellos parecían considerarle una especie de padre o de protector a quien se le pide ayuda, dinero y consejos, de quien siempre se espera más de lo que puede dar, de cuya frialdad los hijos se quejan con amargura y a quien se cubre de los mayores reproches —siempre a sus espaldas— si no hace imposibles para sacarles de apuro. Era mucho el prestigio de que aún gozaba Bizancio, y el inconsciente respeto que inspiraba era más profundo de lo que los mismos latinos creían. Y la actitud de éstos tenía algo de amor defraudado.

Los supervivientes de la Cruzada, a quienes el peso de las circunstancias había hecho clientes de Alejo Comneno, no tenían razón alguna para querer mal al emperador. Él les infundió nuevos ánimos, les equipó de nuevo e hizo que embarcaran en sus naves en dirección a Siria, lo que les permitiría reunirse con el ejército de Balduino y llevar a cabo su peregrinación a Jerusalén. Mientras tanto, el ejército del conde de Nevers, con sus quince mil combatientes, avanzaba por la ruta de Anatolia, con la intención de bajar hacia el sur hasta Antioquía y de allí pasar a Siria.

En efecto, después de pasar por Ankara, Guillermo de Nevers, renunciando a unirse con los lombardos y con Raimundo de Saint-Gilles, había dado media vuelta y avanzaba hacia el sur en dirección a Iconium, capital de Qilich-Arslan. Cuando estaba ya cerca, todo el ejército de Ghazi y de Qilich-Arslan cayó sobre él, y los turcos, después de su reciente y relativamente fácil victoria sobre el ejército franco-lombardo y excitados todavía por la em-

briaguez del triunfo, se precipitaron sobre los niverneses, con tan encendido ímpetu que el ejército del conde Guillermo, después de una resistencia meritoria en varios combates sucesivos fue rodeado cerca de Heracles hasta sucumbir casi por entero en una terrible matanza. Guillermo de Nevers fue, junto con algunos caballeros, uno de los pocos en salvarse. Por el camino, unos guías infieles lo desnudaron y lo abandonaron y, cuando llegó a Antioquía, iba en jirones como un mendigo. Aún viviría cuarenta y seis años más.

El tercer ejército, mucho más considerable que el del conde de Nevers pero también con gran cantidad de civiles, había pasado por Constantinopla poco tiempo antes de este último y adoptado el itinerario de la Primera Cruzada. Sus jefes eran Guillermo IX, duque de Aquitania (que iba a tener más fama como trovador que como cruzado), Welfo IV, duque de Baviera y la margravina Ida de Austria. Los turcos habían dejado el terreno vacío ante la proximidad del enemigo, una tarea por demás fácil, pues el país era ya casi un desierto. En los meses de pleno verano (junio, julio y agosto) y en medio de aquel calor insoportable, el hambre y la sed aplastaron a este ejército antes que lo hicieran los turcos. Sin condiciones para luchar, se presentaban como una presa fácil para los arqueros de Qilich-Arslan y de Ghazi Gumushtekin. El 15 de septiembre de 1101 los turcos rodearon a los cruzados aquitanos y bávaros cerca del río Eregli, donde éstos esperaban poder saciar su sed. Guillermo y Welfo lograron escapar con dificultad, después de abandonar sus corazas. Guillermo huyó sólo con su escudero. La margravina no tuvo tanta suerte. Era tan sólo una mujer; se quedó en el campo de batalla sin que nadie supiera jamás cuál fue su fin. Había sido una de las bellezas más célebres de su tiempo.

En un mes, los príncipes turcos de Asia Menor —el selchuquí Qilich-Arslan y el danishmandí Ghazi con la ayuda del rey de Alepo— habían aniquilado a tres —o más bien cuatro— grandes

ejércitos francos tan radicalmente que los cronistas latinos sólo citan algunos supervivientes, que de hecho debían ser más de los que dicen, pues ellos centran sobre todo su atención en los jefes. Sin embargo, es seguro que ni siquiera una décima parte de la caballería llegara a sobrevivir, y casi todos los soldados de infantería (sin hablar de la gente civil) perecieron. Se trataba, para los turcos de Anatolia, de una espléndida victoria, que el prestigio de los antes vencedores en Antioquía y en Jerusalén hacía resaltar aún más. Si por un instante Grecia y Occidente habían podido creer que el poderío militar de los turcos estaba en declive, la Cruzada de 1101 les sacó del error y les hizo ver que las primeras victorias de los cruzados habían sido un puro azar, debido en gran parte a un efecto de sorpresa.

El aplastamiento de esta Segunda Cruzada, tan rápido y tan fácil e irrisorio, tuvo como primer resultado el desalentar por varios años a los voluntarios de la partida en masa para Tierra Santa. Y los cronistas de la época están de acuerdo en silenciar todo lo posible esta aventura tan poco gloriosa. Sin embargo, esta importante pérdida de vidas humanas no acertaba aún a ser un desastre para los países que habían enviado a aquellos ejércitos de voluntarios, pues había un exceso de caballeros pobres, de soldados improvisados o de soldados de oficio. El Occidente latino contaba a finales del siglo XI con más soldados de los que necesitaba, y muchos habían tomado la cruz por falta de espacio vital en sus respectivos países. Las muchedumbres de pobres (pues, si había peregrinos ricos entre la gente civil, éstos solían ser pocos) habían abandonado en gran parte sus países porque nada tenían que perder; y la vida de Occidente era tan dura y tan pocos los recursos del suelo que, incluso después de la salida en masa de decenas de miles de gentes míseras, continuaba habiendo demasiadas bocas insatisfechas. Los señores que habían corrido con todos los gastos de equipar a sus ejércitos y sólo conservaban una décima parte de ellos sufrían un daño material considerable (sin

hablar de la pérdida de prestigio que para ellos representaba la derrota). Pero, según veremos, ni Guillermo de Aquitania, ni Guillermo de Nevers, ni Welfo de Baviera habrán de sufrir demasiado las consecuencias de su dramática odisea, otra vez en sus tierras; ni la muerte de Esteban de Blois trajo la ruina a su familia (la noticia de su muerte fue recibida «con gran alegría»)… La campaña que en Occidente dejó a tantas viudas y huérfanos era un simple accidente que no modificaba profundamente las bases de la sociedad feudal.

En cambio, en Oriente, para los pequeños principados latinos que estaban en trance de formación, el aplastamiento de la Segunda Cruzada representó un desastre irreparable. Era, de hecho, el fracaso del intento occidental de instaurar un verdadero poder cristiano en Levante. Pero, si por casualidad los cuatro ejércitos desaparecidos hubieran llegado a Tierra Santa, su fuerza militar y la cantidad de efectivos con que contaban hubieran quizá podido permitirles crear un Estado lo bastante fuerte, base de una inmigración más importante aún, a fin de derribar uno tras otro a unos adversarios desunidos. Había que abandonar esta esperanza. Al ver Balduino, Tancredo y sus compañeros que los grandes barones de quienes esperaban refuerzos en hombres y en armas iban llegando ora uno ora otro, todos en un estado lamentable, no podían sino consolar a aquellos desgraciados y dejarles que hicieran su peregrinación a los Santos Lugares. Y por si fuera poco, como colmo de la ironía del destino, el propio Balduino iba, como hemos visto, a causar la muerte de una parte de los supervivientes.

Parece ser que los pioneros de la Primera Cruzada, actuales señores de las provincias de Levante —Balduino, rey de Jerusalén, Tancredo, regente de Antioquía, y Balduino de Bourg, conde de Edesa—, supieron soportar la desgracia con tanto mejor ánimo cuanto que no eran compatriotas suyos quienes componían los ejércitos aniquilados. No se dejaron llevar por el des-

aliento y continuaron su política de guerra metódica y semidefensiva, utilizando como podían a los débiles contingentes de que disponían para mantenerse en un país donde no eran más que unos miles.

Para Occidente, había terminado la Cruzada propiamente dicha. Así que no sabemos qué hubiera ocurrido si en aquel momento el ejército de Al-Afdal hubiera conseguido tomar de nuevo Jerusalén. Todos los esfuerzos del Papa y de los obispos no hubieran valido sin duda para provocar en masa un tercer levantamiento de cristianos. Unos pocos supervivientes del horror de las matanzas de Amasia y de Eregli recordaban con sus relatos lo sucedido, capaces de desanimar al más intrépido. No había lugar para el entusiasmo ni la exaltación, ni para gritar: «¡Dios lo quiere!». Estaba claro que Dios no había querido aquella Cruzada.

Mientras, Jerusalén continuaba en poder de los cristianos, cristianos latinos y católicos. El Papa no iba a permitir que se olvidara. En el curso de los años que siguieron, los cruzados afincados en suelo sirio iban a recibir regularmente por vía marítima refuerzos modestos, pero muy dignos de apreciarse. Se trataba de refuerzos por entero militares, de peregrinos guerreros que iban a saldar su deuda de servicio armado al Santo Sepulcro, y otros refuerzos más interesados de flotas mercantes a quienes las circunstancias obligaban a ser también guerreras. Puede decirse que la segunda fase del establecimiento de los cruzados en Oriente fue en buena parte obra de las escuadras pisanas y genovesas y, más tarde, venecianas.

Habremos de volver sobre el aspecto marítimo y comercial de la historia de la Siria franca. No fue en verdad lo menos importante, pero ello pertenece más que nada al dominio de la historia de los intercambios económicos y comerciales, que desde hacía siglos —o quizá milenios— iban realizándose por la gran ruta de la seda y de las especias. Los intereses de la Cruzada y los vaivenes de orden religioso y político de los que era causa coincidían

con el gran poderío internacional del comercio en la Edad Media, y hay que decir que dicho poderío era ya entonces de aquellos que, contra viento y marea, saben sacar provecho de todo. Las Cruzadas sirvieron al comercio, y éste se sirvió de ellas y las sirvió sin que por ello podamos atribuirle una influencia profunda y decisiva sobre los acontecimientos.

El reino de Jerusalén, el principado de Antioquía (que estaba sin príncipe, pues Bohemundo seguía prisionero) y el condado de Edesa iniciaban una dura y gloriosa existencia de guerrillas y de guerras feudales bastante parecidas a las guerras feudales de Occidente, con la leve diferencia de que los demás feudales resultaban ser —no siempre, sin embargo— infieles. En la costa libanesa se estaba constituyendo un cuarto Estado franco. En efecto, después de sus múltiples fracasos, Raimundo de Saint-Gilles se disponía a conquistar por su propia cuenta y riesgo la provincia de Trípoli.

El viejo barón, después de haber sido prisionero de Tancredo y haber tenido que jurar a éste que nunca más pretendería Antioquía ni ninguna otra ciudad dependiente de esta provincia, había vuelto al mismo país que, cuatro años antes, Godofredo le forzara a abandonar para marchar hacia Jerusalén. Aliado de Alejo Comneno, y como tal mal visto por los demás cruzados, había decepcionado al emperador por su conducta en Asia Menor y ya no aspiraba al papel de jefe de la Cruzada, ni de árbitro entre griegos y latinos. Ya no soñaba tampoco con volver a sus tierras. Según Guillermo de Tiro, a cuantos le aconsejaban que fuera a terminar sus días en las «delicias» de su tierra natal, él respondía «como buen cristiano que, cuando por él y por los demás pecadores, su Amo y Señor Jesucristo murió crucificado, no quiso bajar de la cruz, sino que se quedó clavado en ella hasta su muerte… Igualmente quería hacer él, y no dejaría su cruz hasta que su alma estuviera separada de su cuerpo». Si su cruz era la lucha contra los infieles, ella implicaba también la conquista de una

provincia rica, fértil, de clima suave y de hermosas ciudades fortificadas llenas de jardines y de palacios. Pues el mismo Dios no podía recompensar con menos los servicios de un conde de Tolosa.

Si bien Raimundo no tuvo el gozo de tomar Trípoli, se pasó los últimos años de su vida conquistando con una paciencia incansable y con un valor y una energía ejemplares cada una de las ciudades de los alrededores de la poderosa ciudadela marítima (que sus sucesores iban a tomar en efecto cuatro años después de su muerte). Mucho más competente en las empresas medianas que en los proyectos de gran envergadura, aquel hombre testarudo se establecía en el Líbano, con la firme intención de convertirlo en un reino provenzal. Con más de sesenta años, aún organizaba y dirigía los asedios de castillos y después de apoderarse de Tortosa y de Chebail, construyó una fortaleza delante mismo de Trípoli (poderoso castillo que los musulmanes bautizaron con el nombre de su fundador, Qalat Sanchil)[22], donde trasladó su residencia mientras hacía la vida cada vez más imposible a los habitantes de Trípoli. Ibn Ammar recibía muy mala recompensa por su política de tolerancia para con los francos. Dos veces seguidas les había facilitado el paso del litoral y con sus dones y consejos había hecho posible su establecimiento en Judea y Galilea. Cuando vio que no le bastaban sus propias fuerzas para detener los avances de los provenzales, y decidió llamar a sus vecinos y luego a su lejano señor, el califa de Egipto, ya era demasiado tarde. En 1109 Trípoli debía caer en poder de los francos.

Gracias a Raimundo de Saint-Gilles, iba a surgir un Estado franco que, desde el punto de vista territorial, serviría de enlace entre el reino de Jerusalén y los Estados francos del norte de Siria. Visto así, podemos decir que el conde de Tolosa había finalmente favorecido con algo apreciable la causa de la cristiandad latina en Oriente.

Capítulo 5

La formación de los Estados francos en Siria (1102-1112).

Situación del islam

El progresivo establecimiento en Siria y Palestina de los cristianos de Occidente después de su espectacular irrupción en el escenario político y militar de Levante inquietaba cada vez más a los Estados musulmanes, a quienes la intemperancia de los recién llegados afectaba de modo más o menos directo. Sin embargo, esta desazón apenas les alarmaba, pues exceptuando los tres fracasados intentos de Al-Afdal y sin hablar del de Kurbuqa, sólo se defendían los príncipes que se veían atacados en sus propias tierras. Quizá las grandes victorias de 1101 hicieran creer durante algún tiempo a los musulmanes que los francos, pocos como eran y aislados, constituían ahora un adversario que en cualquier momento podían quitarse de delante y utilizar mientras tanto como arma. Los príncipes musulmanes estaban demasiado ocupados en querellas intestinas para tomar en consideración los imperativos de una guerra santa que en teoría debían estimar necesaria.

El islam, que, visto desde lejos, aparecía ante los occidentales como una fuerza unida y uniforme, al menos dentro de su «incredulidad» (por su parte los musulmanes tenían la misma idea de los cristianos y sin hacer diferenciación alguna trataban a los francos de «rumies», es decir, de bizantinos), hacía dos siglos que se hallaba dividido a causa de un cisma religioso y político. Dos grandes tradiciones religiosas se oponían en el seno del islam: la Sunna y el sunnismo, que representaba la ortodoxia oficial, y, frente a ella, la Shiia, grupo al que pertenecían aquellos que se

decían descendientes directos de Alí, esposo de Fátima, la hija del Profeta, partido reformista que rechazaba la tradición escrita y oral (la Sunna) sin reconocer más autoridad que el Corán. El califato chiita, o fatimí, de Egipto se oponía al califato ortodoxo de Bagdad y, aunque Egipto era el principal feudo del chiismo, sus muchos partidarios se encontraban dispersos por todos los países musulmanes, y eran especialmente numerosos en Persia, en Mesopotamia, donde tomaron por un momento el poder (1058), y en Siria.

En el siglo X, el califato abasí de Bagdad se hallaba en plena decadencia, disgregado, debilitado por los bizantinos que presionaban por el oeste y bajo la dominación semioficial de los emires buyíes, iranios y chiitas. El siglo XI presenció el rápido encumbramiento, seguido de un aparente y momentáneo declive, del poderío turco.

Los turcos, pueblo de Asia Central de origen mogol y dotado de una vitalidad prodigiosa —su empuje repentino por oleadas sucesivas podría muy bien recordar el de los normandos en Occidente—, eran musulmanes sunníes y de conversión bastante reciente. Su islamismo era todavía superficial aunque sincero y, a los ojos de los musulmanes de antigua tradición, pasaban por unos bárbaros. Y lo eran, en efecto. Sus ejércitos, al igual que los de sus parientes lejanos los hunos, como también los de los antiguos germanos, se desplazaban con mujeres y niños y con todos sus bienes muebles, inclusive las tiendas que les servían de casa, sin olvidar la gran cantidad de ganado que llevaban tras de sí en busca de pastos y que les seguía a lo largo de todas sus conquistas. Estos nómadas, equipados con lo más indispensable, representaban por su gran número y su espíritu aventurero una fuerza digna de tenerse en cuenta. Su expansión por Oriente Próximo, iniciada hacia finales del siglo X, dio como resultado en el siglo XI la fundación de un vasto Imperio turco.

Empezaron por sacar de sus estepas a los califas abasíes y los gobernadores de las provincias, que veían en aquellos pobres nómadas a unos excelentes mercenarios, pero pronto los jefes turcos, cansados del estado de vasallaje en que se pretendía mantenerles, se impusieron por las armas y pasaron de mercenarios a hacer de árbitros entre los príncipes rivales y luego a dueños más o menos oficiales.

Los conquistadores turcos sucesivos —gaznavíes y después selchuquíes— eliminaron casi por completo a los bizantinos de Asia Menor y reunieron bajo su dominio a los distintos reinos musulmanes —Mesopotamia, Irán, Iraq y Persia—, donde llegaron a constituir una especie de aristocracia militar que ejercía de hecho el poden Los califas, cuyo poder no era ya más que una simple sombra bajo la tutela de los emires buyíes, quedaron bajo el amparo oficial de los «sultanes» turcos, verdaderos reyes que sólo dejaban al Jefe de los Creyentes sus funciones estrictamente religiosas. Hacia finales del siglo XI, los dominios del gran sultán selchuquí Malik-Shah y de su familia comprendían Persia, Mesopotamia, Siria, Palestina, Iraq y la mayor parte de Asia Menor y de Armenia. La concentración de toda el Asia musulmana en las manos de una misma dinastía pudo hacer que por un instante se creyera en la fundación de un gran Imperio turco.

Malik-Shah murió en 1092, y sus hijos y su hermano se repartieron tan extensa herencia, que dedicaron su tiempo a quitarse uno a otro su parte correspondiente antes que a extender sus dominios. Por fin Bizancio y Egipto podían respirar, pues el Imperio selchuquí había dejado de existir. En su lugar —por más que el único en tener efectivo derecho al título de sultán fuera el selchuquí de Persia Barqiyaruq, primogénito de Malik-Shah— había varios reinos o sultanatos siempre muy temibles debido a la dura disciplina militar de los turcos, pero tan desunidos que, unos años después de la muerte de Malik-Shah, toda el Asia musulmana se hallaba entregada a la más completa anarquía feudal.

Fue —recordémoslo— el momento en que los cruzados hicieron su aparición en Oriente.

Así, pues, a finales del siglo XI y a principios del XII, los turcos gobernaban en casi todos los Estados musulmanes de Asia:

En Persia reinaba Barqiyaruq, cuyo poder se extendía también sobre Bagdad, residencia del califa.

El reino de Mosul, provincia vasalla de Persia, era gobernado en lugar del sultán por lugartenientes capaces en un momento dado de emanciparse de la tutela de su dueño. En el momento de la Cruzada, Mosul estaba gobernada por Kurbuqa y después pasó a manos de Muhammad, hermano de Barqiyaruq.

Los reinos de Damasco y de Alepo estaban en poder de dos hermanos: Duqaq y Ridwan, hijos de Tutush (tío y durante tiempo rival del joven sultán). Los dos hermanos se odiaban entre sí.

En Asia Menor la sultanía de Rum (Bizancio), formada por las provincias conquistadas a los griegos, estaba bajo el gobierno de Qilich-Arslan, también selchuquí, pero primo de quinto grado de Barqiyaruq.

La Armenia oriental estaba gobernada por los emires ortuquíes, vasallos de los selchuquíes y que por un momento habían sido dueños de Palestina, de donde les habían expulsado las fuerzas de Al-Afdal.

El reino de Jurasán pertenecía a Sandiar, hermano de Barqiyaruq[23].

Y finalmente, al norte, a orillas del mar Negro y en la antigua Capadocia, reinaban los emires danishmandíes, miembros de una tribu turcomana que nunca se había sometido por completo a los selchuquíes y que les disputaba además el terreno en Asia Menor y en Armenia.

Aunque todos estos príncipes turcos o turcomanos era de confesión sunní y tenían la misma nacionalidad y en su mayoría eran

miembros de una misma familia, se odiaban y envidiaban entre sí y, guerreros hasta el fin (con excepción, sin embargo, de Barqiyaruq), se pasaban la vida luchando, arrancándose mutuamente de las manos ciudades y provincias y cerrando pactos de alianza entre sí o con el primer vecino que podía servirles. Es decir, la gran sociedad feudal turca, que seguía detentando el poder militar sólo constituía una verdadera potencia en las contadas ocasiones en que varios de estos príncipes decidían unirse para llevar a cabo una acción común.

Por otra parte, a lo largo del litoral de Siria las ciudades costeras estaban gobernadas por emires árabes, en teoría vasallos de Egipto pero de hecho independientes: en Trípoli los Banu Ammar, en Shaizar los Banu Munqidh, y en el valle del Orontes los Banu Mulaib (emirato de Homs). Por último, en el sudeste de Asia Menor, entre el alto valle del Éufrates y Anatolia, reinaban, rodeados de peligros y continuamente acosados por los turcos, príncipes armenios que eran aun así lo bastante enérgicos como para mantenerse en sus dominios: Gabriel en Melitena, Thatoul en Marash, Kogh Vasil en Raban, Rupen en Vakha y los hijos de Hetum en Lampron.

En Edesa se había formado un condado latino desde que en 1097 Balduino había ocupado el lugar del armenio Thoros; en Antioquía, de donde los cruzados habían expulsado al turcomano Yaghi-Siyan, reinaba desde 1098 el normando Bohemundo; y Jerusalén, recién pasada de manos de los turcos a las de los egipcios, era la capital del reino franco desde 1099.

Tal era, a grandes rasgos, la situación política de Oriente Próximo a comienzos del siglo XII. La situación, si bien compleja, no podía sorprender a los cruzados, quienes por su parte estaban muy versados en luchas feudales, disputas entre soberanos y vasallos, inversiones de alianzas, venganzas familiares y luchas de clan. En esto los musulmanes no diferían en demasía de los cris-

tianos. Sólo que en Siria y en Palestina la situación se hacía más grave —doblemente grave— debido al factor religioso.

Primero había, claro está, la oposición entre cristianos y musulmanes, y también entre cristianos y judíos, judíos y musulmanes (aunque los judíos sólo formaban una débil minoría), lo que daba ocasión a constantes conflictos, sobre todo en caso de guerra, que la había casi siempre. Después, hemos visto la hostilidad existente entre cristianos de distintas confesiones y cómo a sirios, griegos y armenios se unían los cristianos latinos. Por último, dentro de los acontecimientos en Siria, un factor determinante, a saber; el odio religioso que separaba a sunníes —califato abasí de Bagdad— de chiitas —califato fatimí de El Cairo— había tomado, y en especial en el siglo XII, un cariz particularmente grave y cuyas consecuencias ejercieron profunda influencia en la política de los varios príncipes musulmanes.

Los chiitas o ismaelitas eran adeptos a una poderosa corriente filosófica y mística y, aunque perseguidos, no renunciaban a sus actividades misioneras en los países de obediencia sunní. Contaban con numerosos partidarios tanto en Siria y en Bagdad como en Irán entre árabes y persas, pero no entre los turcos, quienes, una vez ya convertidos a la tradición sunní, no se implicaban en especulaciones teológicas, si bien, como es fácil de comprender; aborrecían la herejía chiita.

A pesar del prestigio que sus victorias les conferían frente a los cristianos, los turcos, conquistadores extranjeros y bárbaros (aunque adaptados enseguida a la civilización musulmana), no eran muy populares en las poblaciones árabes y sirias. Y, en muchos de los árabes de antigua tradición, la antipatía para con el turco se confundía con una inclinación hacia el chiismo. Si en Bagdad los turcos aparecían como los defensores a ultranza de la ortodoxia —y aun así veremos cómo los califas iban a sacudirse a veces su pesada tutela—, en las provincias de Siria, vasallas de Egipto, los progresos de los conquistadores selchuquíes inspira-

ban tanto más miedo cuanto que los turcos, sunníes a los que nada podía hacer cambiar, amenazaban la independencia física y moral de las poblaciones que abierta o secretamente favorecían la Shiia.

Los chiitas (o al menos sus miembros activos), que en Persia y en Siria eran muchos, formaban una comunidad secreta y fuertemente organizada y con fines políticos al mismo tiempo que religiosos. Eran, como puede suponerse, mandatarios de Egipto; pero tenían una organización y una política propias, y no obedecían órdenes de nadie, sino que desarrollaban una intensa actividad destinada a hacer triunfar sus creencias religiosas. No nos referimos ahí a los sufíes, místicos y filósofos que pretendían convertir con el ejemplo de su vida ascética, sino a los ismaelitas, los cuales formaban dentro del chiismo una secta minoritaria y poderosa más por el celo de sus adeptos que por su número mismo. Estos hombres se entregaban en nombre de la religión a una actividad declaradamente terrorista. Si el apodo que se les dio de *hashishin* («asesinos») acabó entrando en el lenguaje corriente, ello se debe a sus muchas hazañas y porque el crimen, perpetrado al instante bajo mando como un deber sagrado, constituía su misma razón de ser y el punto en donde radicaba su fuerza. No es del todo cierto que el miedo al «Asesino» no llegara a influenciar la política de los príncipes árabes e incluso turcos, pues vemos que en muchas ocasiones esta influencia se tradujo en una radical supresión —mediante el cuchillo ritual— de personajes poderosos. Este miedo era, pues, un hecho, así como también toda la situación de inseguridad que los peligrosos agitadores llegaban a crear en medio de una sociedad que la amenaza turca y la amenaza franca desmoronaban ya bastante.

Al igual que griegos y latinos, llenos de desconfianza los unos por los otros, hubieron de recurrir a veces a la ayuda del islam, igualmente los árabes y, en menor grado, los turcos, prefirieron la compañía de los cristianos a la de sus hermanos de religión.

Por esto Ibn-Ammar pensó que con palabras y oro podría atraerse a unos aliados en contra del selchuquí de Damasco; pero luego, viéndose poco a poco despojado de sus tierras y advirtiendo que en su propia capital, Trípoli, le cercaban por mar las escuadras italianas y por tierra el ejército de «Sanchil», ya pudo exhortar a su lejano soberano Al-Afdal a la guerra santa y luego ir en persona a suplicar ante el regente de Damasco, el turco Tughtekin, e invocar la solaridad de los musulmanes: todo fue en vano. Esta solidaridad, que él tan poco había tenido en cuenta antes, no presidió la conducta de Al-Afdal ni la de Tughtekin, el cual decidió ocuparse de Trípoli sólo con la intención de apoderarse él mismo de la ciudad, que acabó cayendo en manos de los provenzales.

Los francos en Levante

1. Dificultades iniciales

No obstante, la intrusión de los cruzados en un país dominado por musulmanes traía un perjuicio considerable a los reyes de Damasco y de Alepo y al califato fatimí de Egipto, ya que, mientras que los principados francos del norte de Siria amenazaban a los primeros, el reino de Jerusalén era un peligro para estos últimos.

En 1110 Edesa y Antioquía quedaban privadas de los dos hombres fuertes que las conquistaron: Balduino de Bolonia y Bohemundo. Balduino de Bourg sustituyó a su primo Balduino de Bolonia, y Tancredo, después de algunos meses de interregno, pasó a ocupar el cargo de su tío Bohemundo. Ambos demostraron ser hombres de acción, intrépidos, guerreros y jefes enérgicos; ambos reinaban en provincias de población cristiana; y su tarea se veía en parte facilitada, especialmente la de Balduino de Bourg, pues había, de mejor o peor grado, abrazado la causa de la nobleza militar armenia y pactado con los príncipes armenios de las provincias limítrofes (Melitene, Raban y Vakha). En esta

tierra en la que no hacía mucho habían inmigrado, pero que merecía ya denominar se «pequeña Armenia», los armenios constituían una fuerza digna de consideración y, a pesar de la caída de Melitene en manos de Gumushtekin en 1103, se aferraban cada vez más a estas provincias, en las que esperaban mantenerse con la ayuda de los francos. El condado franco de Edesa estaba, pues, desde un principio destinado a ser una provincia francoarmenia. A pesar de la inflexibilidad de los dos Balduinos, las necesidades del momento impusieron a los francos una política de alianza y de concesiones recíprocas. Ya veremos cómo el tercer conde franco de Edesa se ganó cerca de los armenios una popularidad auténtica y del todo merecida.

Los mismos armenios no eran sino una minoría, cierto que importante por su número y más aún por las funciones militares que ejercían y de las que los sirios estaban prácticamente excluidos. Sin embargo, dicha minoría estaba dividida en su interior por querellas religiosas entre «griegos» (ortodoxos), que, aunque pocos, ocupaban los principales cargos, y los armenios de religión gregoriana.

La población siria era casi tan hostil a los armenios como a los mismos turcos; ante unos cristianos extranjeros y por tanto neutrales como eran los francos, se mostraban con una cierta desconfianza o reserva; y, por más que los francos se esforzaron en conciliar a aquellos cristianos disidentes, continuaron siendo para ellos un elemento dudoso, del que se temía de un momento a otro una traición. Los francos no resultaban unos dominadores agradables y les era muy difícil serlo, pues estaban en guerra continua y la guerra es siempre un mal para el pueblo. Les era más fácil entenderse con los armenios.

Un año después de que los normandos se establecieran en la provincia de Antioquía, Tancredo expulsó de allí al patriarca griego Juan IV y a una gran parte del alto clero griego. Ello es comprensible si tenemos en cuenta su política de hostilidad fren-

te a Bizancio. Pero los griegos no lo vieron así, y la afrenta al patriarca de Antioquía fue una de las mayores quejas que Alejo Comneno acumuló contra los normandos. Los cruzados habían restablecido en su sede patriarcal al viejo prelado, a quien respetaban tanto latinos como griegos y cuyos derechos nadie se había atrevido a contestar. Guillermo de Tiro nos dice, al parecer con cierto embarazo, que aquel hombre venerable abandonó Antioquía «por su propio pie, sin que se le obligara por la violencia», por la simple razón de que los latinos no entendían el griego y que él «no tenía buenos ingresos». Extraña y poco clara razón para abandonar su puesto un prelado como él, que en tiempo de los turcos había preferido afrontar el martirio antes que dejar a su iglesia y a sus fieles. Si bien es verdad que los latinos no entendían el griego, quedaban en la ciudad griegos suficientes como para justificar el mantenimiento del patriarcado: los griegos y los sirios ortodoxos siempre fueron muchos más que los francos. Por consiguiente, se hace difícil creer que Juan IV se marchara por su propio pie, a no ser que tuviera la intención de ir a pedir socorro al emperador contra los invasores latinos. Sea como fuere, ni él había renunciado a su título, ni nadie le había depuesto. Y, después de su muerte, la Iglesia griega continuó coronando a patriarcas de Antioquía, que vivieron desde entonces en Constantinopla y fueron considerados los cabezas legítimos de la comunidad ortodoxa de Antioquía. Pero Tancredo, fundándose en el precedente de Jerusalén, incitó a los clérigos latinos de su ejército a que eligieran entre ellos a un nuevo patriarca. Se nombró patriarca de Antioquía al antiguo capellán de Ademaro de Monteil, anteriormente nombrado obispo de Artah, Bernardo de Valence, cuya autoridad se extendió a siete arzobispados y siete obispados[24]. Antioquía era una de las ciudades más antiguas de la cristiandad y la importancia de su patriarcado la había situado en tercer lugar, después de Roma y de Constantinopla. Con los siglos de ocupación musulmana y aun a pesar de las re-

conquistas bizantinas, estos obispados y arzobispados se quedaron sin comunidades cristianas que justificaran su título, y la mayoría ni siquiera poseían obispos titulares. Ello explica la facilidad con que se crearon estos obispados latinos, que tocaron en reparto a distintos clérigos del ejército cruzado favoritos de los jefes laicos.

Así es como Bohemundo —y Tancredo durante el cautiverio de Bohemundo— empezó por reducir en Antioquía al elemento griego, tanto más poderoso cuanto que tenía derechos indiscutibles sobre esta ciudad bizantina. Y, como los latinos estaban siempre en clara inferioridad, tuvieron que recabar apoyo de los demás cristianos. Los armenios ocuparon cargos secundarios en la administración de Antioquía, mientras que los sirios quedaron eliminados de toda participación en las cuestiones públicas. Y unos y otros recibieron mejor trato que los griegos y conservaron sus obispos y sus edificios religiosos. Por otro lado, el gobierno de los normandos fue una dura dictadura militar. El estado de guerra perpetua en que se hallaba el país no les permitía, sin embargo, obrar de otra forma.

La captura de un hombre tan temible y temido como Bohemundo salvó quizás al reino turco de Alepo, vecino de Antioquía. Bohemundo era en aquel momento el jefe más capaz y el de mayor renombre tanto para sus compatriotas como para los musulmanes, y sin duda no desearía limitar sus ambiciones a la sola provincia de Antioquía. Pero, una vez eliminado del teatro de las operaciones militares, quedó, si bien no olvidado (pues demasiado bien se le recordó, como hemos visto, en Lombardía), sí al menos eclipsado por aquellos que proseguían libres la lucha. Pero, aun dentro de su celda de Neocesarea, seguía representando un motivo de esperanza para unos, y un peligro para otros. Ghazi Gumushtekin tenía en su mano una bomba explosiva. Hubiera podido dejar que el franco muriera en su calabozo, pero

no era lo bastante desleal ni lo bastante desinteresado para hacerlo.

Bohemundo valía la pena. La posibilidad de cobrar de su peligroso cautivo un buen rescate se le presentó a Ghazi en las mejores condiciones, al menos a juzgar por las apariencias, en 1103: Alejo Comneno ofreció al danishmandí doscientos sesenta mil dinares a cambio de la entrega de Bohemundo. Suponemos que el *basileus* se habría preocupado de que el normando no volviera a aparecer por Asia Menor ni por Siria. Pero el sultán de Anatolia Qilich-Arslan reclamó para sí la mitad del rescate prometido. Ghazi se indignó ante las pretensiones del sultán sobre su prisionero, y acabó poniéndose de acuerdo con el propio Bohemundo, quien le prometió pagarle la mitad de los doscientos sesenta mil dinares y, además, ayudar a su carcelero y libertador a combatir contra Qilich-Arslan, Bizancio y todos sus demás enemigos. Gracias a este extraño arreglo cuyo involuntario instigador había sido Alejo Comneno, después de tres años de cautiverio el normando salió de prisión ante la indignación de los griegos y también ante la mayor indignación de Qilich-Arslan, quien al instante declaró la guerra a Ghazi, acusándole de haber traicionado al islam.

Bohemundo, con el corazón agriado y endurecido por estos tres años de prisión y ardiendo en ira contra los griegos que habían estado a punto de apropiarse de su persona, regresó a Antioquía, reunió como pudo —con la ayuda de Balduino de Edesa, de los cristianos de Antioquía y de sus súbditos lombardos— la suma de su rescate y volvió a ocupar su plaza de Antioquía, después de haber desposeído un tanto brutalmente a Tancredo del título de regente y también de los territorios que este último había conquistado a lo largo de los dos años precedentes. El sobrino de Bohemundo quedó amargamente resentido, pero no se atrevió a protestar, dado el enorme prestigio de su tío.

Si Bohemundo hubiera sido un fanático de la guerra santa tal vez hubiera podido, incluso con sus reducidos efectivos e incluso después de las terribles carnicerías de 1101, tomar Alepo, cuyo dueño, Ridwan, abandonado por sus soberanos, no podía defender solo. En aquel momento, tos francos de Edesa y de Antioquía tenían el control de la región de Alepo y llevaban sus razias hasta los alrededores de la capital. Resultaba muy lógico, cara a los intereses del Santo Sepulcro, consolidar primero la posición de los cristianos en Palestina. Pero Jerusalén no era ni había sido nunca el objetivo de Bohemundo, ni tampoco parecía ser el de Tancredo ni el de Balduino de Bourg. Bohemundo, que siempre albergó grandiosos proyectos, no atacó al vecino más inmediato y más fácil de vencer ni a los enemigos más lejanos que amenazaban de modo directo el Santo Sepulcro. Quería llevar sus empresas mucho más lejos hacia el este, en dirección a Bagdad y Mosul.

Aprovechando que los sultanes selchuquíes hijos de Malik-Shah se tenían entonces declarada la guerra, los francos de Antioquía y de Edesa se trasladaron, con un pequeño ejército que Alberto de Aix evalúa en tres mil caballeros y siete mil soldados de infantería, a la fortaleza de Harran, a orillas del río Balij, afluente del Alto Éufrates. Situada a cincuenta kilómetros al sur de Edesa, Harran era dependencia de los emires de Mosul. Además, la aparición de los francos en la orilla izquierda del río Balij amenazaba a los emires turcos ortuquíes, vecinos limítrofes del principado de Edesa. Los cruzados, que estaban ya lo bastante adaptados a las condiciones locales, escogieron el momento en que una revuelta militar sumía la ciudad en la confusión y en que subía al poder un nuevo dueño improvisado y, por tanto, de nula obediencia. Por desgracia, los jefes francos, si bien no llegaban al extremo de los turcos de degollarse entre sí, no conseguían ponerse de acuerdo, ni siquiera cuando lo distribuían de antemano, sobre el reparto del botín; y, debido a la disputa entre

Bohemundo y Balduino de Bourg, cada uno de los cuales quería ser el primero en colocar la bandera en la ciudad que iba a rendirse, les sorprendió un gran ejército turco. El *atabeg* de Mosul, Chekermish, y el emir ortuquí Soqman, renunciando a sus peleas mutuas, avanzaban hacia Harran a la cabeza de toda su caballería.

Simulando la huida desde la primera acometida, los turcos tuvieron la suerte de dividir en dos al ejército franco, de sembrar el caos y de infligirle una derrota aplastante. Los normandos, que al principio no se movieron del sitio, pudieron emprender la huida, pero gran parte del ejército de Edesa pereció en la matanza, mientras que los supervivientes, entre los cuales se encontraban Balduino de Bourg y su primo y principal auxiliar Jocelin de Courtenay, cayeron prisioneros. Para los turcos constituyó una magnífica captura. Con motivo de ello, los dos jefes Soqman y Chekermish rompieron su alianza y estuvieron a punto de pelearse por Balduino de Bourg, pues Chekermish arrebató a este prisionero de la tienda del propio Soqman, el cual no llegó a perdonar la afrenta a su aliado.

Después del desastre, a los dos normandos no les quedó otro remedio que retirarse a toda prisa, el tío a su ciudad de Antioquía y el sobrino a Edesa, donde las circunstancias le hicieron regente. La ciudad de Edesa, que era de las dos la más expuesta a la amenaza turca, tuvo que hacer frente a un duro sitio. Ello sirvió de ocasión para que los francos apreciaran la eficacia de su alianza con los armenios, pues fueron éstos quienes defendieron Edesa al encontrarse la ciudad totalmente desprovista de caballeros francos, y lo hicieron con tanta energía que en una salida organizada por Tancredo consiguieron poner en fuga al ejército de Chekermish.

El avance de los francos en dirección a Bagdad y Mosul había concluido. Y, si no acabó en un desastre, fue debido al desacuerdo reinante entre los jefes turcos. Sin embargo, después de la de-

rrota de Harran, éstos empezaron de nuevo a presionar la provincia de Antioquía, y no sólo esto, sino que además los cristianos indígenas, hartos de la altivez de los francos, empezaron a preguntarse si no sería preferible la dominación de los turcos. «Por odio a la tiranía de los francos», como dice Miguel el Sirio, los armenios entregaron a los turcos primero Artah y después Ablastha. También el armenio Mateo de Edesa felicita a los habitantes de Ablastha por su rebelión contra la guarnición franca. «¡Márchate a tu país! —dijeron al jefe de los francos—. Ante estas palabras, los francos se echaron encima de los habitantes, pero éstos les vencieron y les dieron muerte; no se les escapó ni uno [...]. El Señor tomó en cuenta la acción de las gentes de Ablastha como un acto de justicia». (Mateo de Edesa, *Hist, arm.*, I, pp. 80-81).

Si bien los turcos estaban entre sí muy mal avenidos, para aprovecharse de esta aminoración de la presión franca en Siria Alejo Comneno no dejó pasar esta ocasión para volver a la ofensiva. Con el concurso de la población griega de las ciudades de Cilicia, reconquistó las ciudades de Tarso, Adana y Mamistra, y después, con la ayuda de su flota, volvió a tomar Laodicea (que dos años antes había conquistado Tancredo).

La situación de los dos principados francos del norte de Siria era en aquel momento, como se ve, poco brillante. Sus ya diezmados ejércitos se habían quedado no sólo sin un tercio de la caballería, sino también sin dos de los jefes más capaces: Balduino de Bourg y Jocelin de Courtenay. A pesar de ello, en Bohemundo y Tancredo el egoísmo feudal podían más que la solidaridad franca o cristiana. Se les brindaba una ocasión magnífica para libertar a Balduino de Bourg. Al salir contra el ejército de Chekermish, durante el sitio de Edesa, Tancredo había hecho prisionera a una gran dama turca de tan preciada nobleza, que Chekermish había propuesto devolver la libertad a Balduino o pagar quince mil besantes a cambio de ella. Puesto al corriente

de la negociación, Balduino, el rey de Jerusalén, suplicó a los dos normandos que aceptaran la oferta (no, claro está, de los quince mil besantes, sino de la libertad de su primo). Pero ni a la dama turca ni a Balduino se les devolvió la libertad. Tancredo prefería sin duda dejar en su prisión al conde de Edesa y conservar para sí la provincia con todos los beneficios que reportaba (Edesa era un lugar de mucho paso y, por tanto, de gran comercio). Balduino de Bourg, uno de los mayores capitanes de la Siria franca, iba a permanecer prisionero durante más de cuatro años, después de los cuales, en contra del agrado de Tancredo, iba a obtener la libertad. De hecho, su primer proyecto, una vez libre, iba a ser el de declarar la guerra a Tancredo.

2. Bohemundo

Bohemundo no era hombre que soportara con paciencia los reveses. Al ver que su provincia de Antioquía había quedado reducida a la mitad, que los turcos la habían invadido por el este y los bizantinos por el oeste, y harto ya de esta guerra santa que para él —como también para Tancredo y para tantos otros— jamás había tenido nada de «santa», y terminando por considerar como indigna de él o simplemente demasiado monótona esta vida de incesantes guerrillas contra los príncipes turcos a la que los francos de Oriente parecían condenados sin remisión, Bohemundo decidió abandonar el Oriente y buscarse otro escenario más vasto donde desplegar su actividad. Nombró regente de la provincia de Antioquía a Tancredo, el mismo a quien un año antes había arrebatado este título. Decía marcharse a Occidente en busca de refuerzos.

Pronunció un solemne discurso en la basílica de San Pedro de Antioquía (R. de Caen, *H. Oc.*, III, pp. 712-713): «Es tan grande la tempestad que se ha levantado contra nosotros, que sin la Providencia, y si no reaccionamos, nuestra obra se va a ir a pique [...]. No somos más que un puñado de hombres (*pauci*) que va en progresiva disminución. Nos hacen falta refuerzos...». En reali-

dad, venía a ser una manera elegante de abandonar la partida. Bohemundo soñaba con algo muy distinto del título precario y frágil de príncipe de Antioquía. Si bien en los comienzos, cuando esperaba convertirse en jefe de un inmenso ejército de cruzados, se había visto ya conquistador de fabulosos reinos de Oriente, de Bagdad o de Damasco como mínimo, se daba ahora cuenta de que la Cruzada, fuera o no una guerra santa, era una empresa de bastante poca envergadura. De aquellas docenas de miles de cruzados (o centenares de miles, quizá, si contamos todos los que desde 1096 habían tomado la cruz), sólo quedaban en Oriente unos cuantos miles. Ni siquiera un jefe de guerra genial —como creía serlo Bohemundo, y quizás hasta lo fuera— podía pretender llevar a cabo conquistas muy extensas con tales efectivos. Y no cabían muchas esperanzas de que poderosos ejércitos de voluntarios quisieran una vez más pisar aquellas tierras, tan tristemente ya célebres.

Después de todo, quizá Bohemundo esperaba que así sucedería. Su comportamiento demuestra, sin embargo, que pronto renunció a predicar una Tercera Cruzada para la defensa del Santo Sepulcro. Y además, por lo que se refiere al Santo Sepulcro en sí, bastante bien defendido estaba por Balduino, a quien nadie soñaba con quitarle el prestigioso título de rey de Jerusalén. Es evidente que ningún interés tenía Bohemundo en trabajar para Balduino de Bolonia.

Vencido, hostigado en ambos frentes después de tres años de duro cautiverio y poseedor semilegítimo de una ciudad conquistada gracias a los esfuerzos del gran ejército de 1097, Bohemundo no tenía nada de qué enorgullecerse en especial. Aun cuando su valía personal no se hallaba en entredicho, los resultados no eran brillantes. Llegó, sin embargo, a Europa como triunfador, y realizó como tal toda una gira por las cortes de Italia y de Francia. (Hay que rechazar, como panfleto desprovisto de base histórica, el relato de Ana Comneno que pretende que Bohemundo,

temiendo la ira del *basileus*, habría hecho el viaje en un ataúd, haciéndose pasar por muerto). Lo cierto es que en Occidente supo causar, por la fastuosidad de que se rodeaba, por la salvaje energía que desprendía su persona y por la habilidad de sus discursos, la impresión de que él era, en efecto, el primer campeón de la guerra santa, el principal artífice de las victorias más importantes y el hombre que más había luchado y más había sufrido por la causa de Jesucristo.

No obstante, se veía obligado a presentarse como héroe desafortunado. Se sabía cuantos reveses había sufrido; y no había que imputarlo ni a su falta de valor, ni a la de los demás cruzados, ni al Papa ni a los príncipes de Occidente que hacían todo lo posible para ayudar a Tierra Santa. Bohemundo venía de Oriente para dar a conocer a los pueblos latinos su propia verdad: el verdadero responsable de todos los fracasos y de todos los infortunios acaecidos a los cruzados era Bizancio. Por fin mostraba su juego y ponía a la luz su odio contra Bizancio, el mismo que había heredado de su padre y que era tradicional en los normandos, mezcla de amarga envidia y de desprecio por una civilización que calificaban de decadente. Su ambición actual —o mejor dicho, su sueño, pues este hombre de acción era ante todo un gran soñador— era ceñirse la corona imperial.

En la corte del rey de Francia Felipe I, Bohemundo fue objeto de una calurosa acogida. Aunque normando de Italia, era de lengua francesa y popular en Francia, donde el prestigio de los cruzados era tanto mayor cuanto que la Cruzada se consideraba allí ya como una empresa nacional. Su presencia se festejó como convenía y hasta obtuvo para sí y Tancredo la mano de dos hijas del rey (hijas naturales, nacidas del matrimonio ilegítimo de Felipe I con Bertrade de Montfort). Bohemundo se casó con la princesa Constancia en Chartres y mandó a Antioquía a la menor, Cecilia. Pero si bien el rey concedió a los dos normandos la mano de sus hijas con una rica dote, en cambio no les proporcio-

nó soldados. Después de todas las derrotas de 1101, también los franceses preferían admirar las Cruzadas de lejos.

El desafortunado héroe de la guerra santa había de contentarse, en espera de algo mejor, con victorias diplomáticas. Pasó algún tiempo en Roma junto al papa Pascual II y se ganó su entera confianza. Como francés que era, Urbano II había tenido en Francia una poderosa influencia; en cambio Pascual II era italiano, y era en la propaganda papal en Italia donde Bohemundo cifraba sus esperanzas. Sin embargo, para satisfacer sus rencores personales y haciendo prueba de un profundo instinto demagógico, Bohemundo no iba a dirigir su campaña de propaganda contra Ghazi, Qilich-Arslan, Ridwan, Al-Afdal y otros poderosos personajes turcos o árabes de nombres poco conocidos en Occidente. El gran responsable de los fracasos de los cruzados era para él Bizancio, y los turcos habían sido simples instrumentos de los griegos. El verdadero enemigo de la cristiandad —de la cristiandad latina— no era otro sino Alejo Comneno. Tales revelaciones sólo podían llenar de alegría a las repúblicas marítimas de Italia, cuyos primeros competidores eran los griegos.

Con calumnias tan pronto hábiles como brutales y con aserciones que a veces se hacía difícil o no se ponía cuidado en verificar, Bohemundo logró trazar de la conducta del *basileus* y de los griegos un perfil tan negro que el Papa, conmovido en lo más profundo de su ser, pensó en efecto predicar una Cruzada contra Bizancio. Es de creer que la actitud de los cronistas latinos de la Cruzada (cuyas obras son todas ellas posteriores a 1105) quedó afectada por la influencia de los relatos de Bohemundo. Éste pasaba por un héroe y, por tanto, sus palabras hallaban crédito entre el público, y él, además, con la obstinación casi maníaca de todo hombre capaz de odiar profundamente, no reparaba en medios con tal de divulgar sus calumnias, que tenía —quizá con sinceridad— por verdades.

No era todo calumnia en las quejas que el normando manifestaba contra Bizancio. La política de Alejo Comneno era «fluctuante y variable», nada idealista y celosa sobre todo de los intereses del Imperio romano, y tenía tendencia a no ver en los demás pueblos cristianos —y a lo sumo— más que a unos simples auxiliares o unos aliados de rango inferior merecedores de simpatía siempre y cuando sirvieran con fidelidad al imperio y reconocieran su superioridad; la indignación de Alejo ante la insolencia, el egoísmo y la codicia de los francos no era siempre justificada; no siempre su actitud para con sus aliados había sido perfecta, ni siquiera en la época en que no tenía nada que reprocharles; y, en cuanto comprendió que Bohemundo pretendía quedarse con Antioquía, le trató como si hubiera sido un pagano y no vaciló en pactar con los turcos y Egipto en contra del normando (aunque, por su parte, tampoco Bohemundo hubiera vacilado en solicitar ayuda a los turcos contra Bizancio, en caso de haberle querido aquéllos como aliado). Como enemigo de los griegos, se hallaba en inmejorables condiciones para denunciar la perfidia con que le habían tratado. De haber sido antes de la Cruzada, esta perfidia no hubiera sorprendido ni indignado a nadie. Pero ahora, apoyándose en su título de cruzado —y eso era lo grave—, hacía de sus propios enemigos los enemigos de la cristiandad.

Ya sabemos que la guerra santa o más bien vengativa de Bohemundo contra Bizancio terminó con un fracaso lamentable. A pesar de sus desvelos, no llegó a crear en Occidente una corriente de opinión poderosa capaz de justificar de por sí una Cruzada. Constantinopla no era el Santo Sepulcro y, contra lo que se quiera pensar, el odio no es un incentivo tan poderoso como el amor. Tampoco puede hablarse en este caso de un verdadero odio y, por lo demás, debemos tener en cuenta que en Occidente se había extinguido —y por bastante tiempo— toda voluntad de Cruzada.

Con sus normandos y lombardos, Bohemundo emprendió el sitio de la ciudad albanesa de Durazzo con la intención de atacar Bizancio por el oeste. Pero no reunía lo necesario para poder luchar solo contra los ejércitos imperiales, y tuvo que pasar por la más humillante de las capitulaciones. Después de haber firmado un tratado por el que se comprometía a servir con toda fidelidad al *basileus*, a poner de nuevo Antioquía bajo la tutela de los griegos y a devolver al imperio todas las demás plazas que había conquistado, es decir, después de haberse sometido por entero a la voluntad de Alejo Comneno, nada pudo hacer sino volver a Italia. Allí, desprestigiado, deshecho y herido de muerte a causa de la derrota, arrastró durante algunos años (un año, según Ana Comneno, o cuatro, según Guillermo de Tiro) una vida sin rumbo. La misma incertidumbre de los historiadores respecto de la fecha de su muerte denota que dicha muerte debió de pasar casi desapercibida en la época.

De su matrimonio con Constancia de Francia dejaba un hijo de corta edad llamado como él, Bohemundo.

Éste fue el final del hombre que había hecho temblar a Bizancio y a los turcos, el hombre cuyas dotes naturales hacían esperar de él un brillante destino. Dicho hombre fue grande de verdad, del mismo modo que lo sería un gigante, pues todo en él parecía exceder las dimensiones de la naturaleza. La admiración de sus enemigos es sin duda alguna la mejor prueba de su valía. Una segunda prueba es su popularidad entre los ejércitos cruzados. Y, sin embargo, las páginas de los historiadores no nos muestran de este hombre terrible ningún gesto de bondad, de fervor o de lealtad, ni ninguno de los rasgos con los que se suele medir la grandeza de espíritu. Parecía hecho de una sola pieza, testarudo, indiferente a todo lo que no servía a su ambición personal y anclado en el culto de su propia grandeza; era astuto con la misma naturalidad de las personas simples que no ven diferencia entre la inteligencia y la astucia; cruel, con una crueldad bestial llena de

insensibilidad al sufrimiento ajeno; y valiente y sufrido hasta el máximo, y no por estoicismo, sino por exceso de apasionamiento. Este gran hombre sediento de acción que no acertaba jamás a encontrar una tarea a su medida poseía quizá la clase de un conquistador de imperios.

Posiblemente le faltó un mínimo de desinterés y de fría objetividad para llevar a cabo grandes empresas, y por ello no pasó de ser un aventurero de gran envergadura. Su sueño de destruir Bizancio era una utopía, una quimera, pues no sólo el gran poderío del Imperio griego continuaba aún entonces en pie, sino porque el mismo sueño, mero capricho de hombre bárbaro, carecía de sentido. Cien años más tarde, el veneciano Enrique Dandolo iba a concebir el mismo sueño, pero con una fuerza mucho mayor y, habiendo ya madurado los acontecimientos con el transcurrir del tiempo, iba a convertirlo en realidad.

Entretanto, la capitulación de Durazzo no destruyó la obra de Bohemundo. El principado de Antioquía, que él había fundado sin respetar los derechos de Bizancio, siguió siendo franco, a pesar de todas las promesas que había podido hacer Bohemundo y que Tancredo, que nada había prometido, no tuvo la intención de cumplir. Surgía así, entre griegos y latinos, una fuente inagotable de conflictos que iban a agudizarse cada vez más. En el momento de la derrota de Bohemundo, hacía siete años que Antioquía estaba en manos de los normandos, y sólo veintidós años que había formado parte del Imperio griego. Sin embargo, Alejo Comneno estaba en un error si creía que la ocupación franca sólo era un episodio lamentable y una etapa de tránsito para la reconquista griega de la ciudad. Despechado por las imperiosas negativas de Tancredo, llegó a concebir contra dicho bárbaro y contra todos sus aliados un odio virulento, que durante años iba a marcar la política de Bizancio respecto a los Estados francos. Tancredo, principal beneficiario, en suma, de la obra de Bohemundo, más joven y de figura menos impresionante que su tío, buen ca-

ballero, autoritario y enérgico, supo salir airoso de su tarea. Regente de Antioquía y luego, después de la muerte de Bohemundo, príncipe, volvió a tomar Artah a los turcos y Laodicea a los bizantinos, conquistó Apamea e impuso al rey de Alepo y a sus vecinos los emires de Shaizar una alianza que casi tomaba el carácter de protectorado. De este modo, batalla tras batalla y victoria tras derrota, logró consolidar su Estado hasta el punto que unos años después la provincia de Antioquía era sin discusión un Estado franco reconocido como tal, un Estado feudal como los demás Estados circundantes. Sólo que gobernado por un emir cristiano. (No es por pura casualidad que Tancredo, con la facilidad de adaptación ya clásica en los normandos, se vistiera en las ocasiones solemnes con el turbante y el traje orientales y se hiciera acuñar las monedas con su efigie y el título «Gran emir Tankridos»).

Antioquía había llegado a ser provincia franca y, gracias a su vecindad con la provincia de Edesa, también franca, la cual a su vez se apoyaba al nordeste en los principados armenios, estos Estados cristianos establecidos en una marca de Oriente antaño enfeudada al islam se hallaban en una situación peligrosa, pero aun así bastante favorable. Con todo, es evidente que, si Bohemundo hubiera puesto esta provincia en manos de Alejo Comneno en lugar de apoderarse de ella y hubiera dejado allí al patriarca griego, sin renunciar él mismo al título de «curopalata», la situación de la Siria cristiana, fuera o no franca, hubiera sido mucho más favorable. De haber sido así, Antioquía hubiera podido contar con el natural y fiel protectorado del emperador; sin embargo, en vez de esto, tenía en su persona a un enemigo más y no el más fácil.

Así pues, nos damos cuenta de que Bohemundo, lejos de servir a la Cruzada —al menos en el sentido en que lo entendía Urbano II, de reconquista de los Santos Lugares en provecho de la cristiandad—, la había, al contrario, perjudicado despojándola

del apoyo de Bizancio, que, por mucho que se diga, no hubiera podido sino servir a los intereses de la cristiandad. Fueran cuales fuesen los errores de los griegos, lo cierto es que su actitud respecto de los latinos de Oriente iba a estar determinada a lo largo de todo el siglo XII por la cuestión de Antioquía, cuestión en la que tenían el derecho de su parte.

El otro aspecto de la obra de Bohemundo —nos referimos a su esfuerzo por envenenar las relaciones entre la cristiandad latina y Bizancio— no es tan espectacular, pues es difícil saber hasta qué punto la actitud de Bohemundo no hallaba eco en un estado de ánimo semejante y bastante extendido ya en Occidente. Aun así, parece ser que la influencia del normando alcanzó el grado de su energía y de su odio. Él dio un nombre y una justificación moral a un sentimiento quizá latente y logró, si no crear, al menos sí organizar y alimentar una opinión. Una vez admitida, la imagen de la perfidia griega fue tomando proporciones cada vez mayores y, sin dejar de ir en aumento, llegó a convertirse en una de estas verdades que todo el mundo admite y nadie pone en duda.

Por nada del mundo hubiera podido el Papa, en 1105, pensar en una Cruzada —una guerra santa— contra aquellos mismos cristianos que Urbano II presentaba como la encrucijada de la cristiandad contra el islam. Pero, gracias a los relatos de Bohemundo, ello fue posible, hasta tal punto que fácilmente podía seguir ensanchándose el abismo reinante entre las dos Iglesias que medio siglo antes no formaban, en teoría, sino una sola. Después de esto, no resulta demasiado factible acusar a Alejo Comneno y a sus sucesores de «traición» a la cristiandad cuando se mostraban hostiles a los francos de Siria. Hay que reconocer que, al menos, ellos jamás concibieron el proyecto de una guerra santa contra Roma y que, en calidad de cristianos —y de cristianos que estaban directamente amenazados por el islam— eran ellos quienes

con toda legitimidad podían acusar a sus hermanos latinos de apuñalarles por la espalda.

Es justo recordar que, tras enterarse mejor de la verdad, Pascual II renunció en parte a sus prevenciones contra los griegos y que el escándalo de la Cruzada fratricida se evitó. Bohemundo no era, al fin y al cabo, lo bastante fuerte para imponer sus sentimientos a todo Occidente, lo que no impedía que su gran figura proyectara una sombra de grandeza incluso en sus calumnias más disparatadas. El proceso entre él y Alejo Comneno aún no había terminado. El emperador creía haber triunfado aplastando y humillando a su enemigo, pero la verdadera fuerza del normando no residía ni en sus ejércitos ni en su genio militar.

Siria franca

«… Hemos unido la sangre a nuestras abundantes lágrimas de tal manera que ya no hay sitio para los que pretendieran rivalizar con nosotros [en lamentos].

»¡Tristes armas las del hombre que tiene que derramar sus lágrimas cuando los agudos filos de las espadas han encendido el fuego de la guerra!

»¿Qué ojo podría cerrar el párpado para dormir indiferente a los sucesos que desvelan a todos los que duermen?

»Vuestros hermanos sólo tienen, para descansar en Siria, el lomo de sus caballos o el estómago de los buitres.

»Los rumies los cubren de ignominia, mientras que vosotros dejáis arrastrar vuestro vestido por la molicie, como alguien que nada tendría que temer.

»¡Cuánta sangre derramada! ¡Y cuántas muchachas hermosas que nada tienen, sino las manos, para esconder sus encantos!

»¿Se resignarán a semejante injuria los jefes árabes? ¿Y serán capaces los guerreros de Persia de dejarse envilecer de esta manera?

»Dios quiera que al menos se muestren celosos de la honra de sus mujeres, puesto que son ya incapaces de luchar por amor a su religión». (*Hist. Or.*, I, cap. I).

Así reza el poema que el poeta Al-Mudhaffir recitó en la corte de Bagdad el día siguiente al saqueo de Jerusalén. Cuando los habitantes de Bagdad se enteraban de la desgracia, lloraban —según Abul'Fida— «hasta el punto de romper el ayuno» del Ramadán (al tragarse las lágrimas). Pero, como hemos visto, a pesar de este estallido de dolor que se manifestó en todas las capitales islámicas, ni árabes ni persas ni turcos desencadenaron una guerra santa. La opinión pública respondió sólo con lágrimas a los acentos trágicos del poema de Al-Mudhaffir. Y también había poetas orientales que componían, sobre las luchas políticas y religiosas entre musulmanes, cantos llenos de imprecaciones y llamamientos a la guerra.

Unos «rumies» de países lejanos y desconocidos habían ido a sembrar el terror en Siria. Tales rumies eran guerreros intrépidos que iban armados de hierro y con lanzas de un tamaño monstruoso, y montaban caballos también recubiertos de hierro. Tanto por su aspecto como por su manera de ser, eran monstruosos y mucho más bárbaros que los ya tan odiosos cristianos griegos. Eran idólatras ignorantes y encendidos en un incomprensible fervor por la cruz y las imágenes santas, pues, si bien hacía mucho tiempo que los musulmanes de Siria estaban acostumbrados a la devoción de los cristianos por los Santos Lugares, nunca les habían visto verter en ella tanta energía; tampoco estaban acostumbrados a ver a los cristianos saquear con tanta naturalidad las mezquitas, pues los griegos eran más comedidos y hasta cuando hacían la guerra a los musulmanes mostraban un cierto respeto por su religión, pensando sin duda en los cristianos ortodoxos que vivían en dominio musulmán.

Cinco años después de la caída de Nicea —la primera victoria de los cruzados—, estos rumies, que a partir de aquel momento

iban a quedar bautizados con el nombre de francos, estaban tan bien afianzados en Jerusalén y en la costa que ninguno de los tres ejércitos sucesivos del visir de Egipto había podido lograr que se retiraran. Para los musulmanes sunníes fue un pretexto inmejorable para acusar a la corte fatimí de incapacidad y de desinterés. Pero por lo menos Al-Afdal había llevado hasta allí a tres ejércitos, mientras que los vecinos inmediatos de los cruzados no se movían. El aplastamiento de la Segunda Cruzada en Anatolia había sido obra de los turcos de Asia Menor.

En el norte de Siria, los francos gobernaban una población cristiana en su mayoría y por falta de soldados era inútil que pensaran en llevar sus conquistas mucho más lejos. Pero en la costa palestina llegaban a representar un verdadero peligro debido a su flota y a las escuadras que varias veces al año recibían de sus hermanos de Occidente, lo cual afectaba sobre todo a Egipto, única gran potencia marítima del islam oriental.

Las ciudades musulmanas de Judea y Galilea habían quedado vacías de habitantes, no por deseo de los francos, a quienes perjudicaba el no tener a nadie para cultivar sus tierras, sino porque después de la toma de Jerusalén una parte de los campesinos musulmanes había abandonado aterrorizada la región, llevándose consigo rebaños y bienes muebles. Los que habían decidido quedarse seguían labrando las tierras y recogiendo como antes sus cosechas y pagando al señor local su tributo en especias. Para ellos nada había cambiado sino el hecho de que dicho señor no veneraba al Profeta y de que rezaba en la iglesia cristiana en lugar de rogar en la mezquita.

En Jerusalén ya no quedaban musulmanes. Como antes se hallaban en mayoría, ahora la ciudad santa se veía desprovista de habitantes. Y —dice Guillermo de Tiro— los francos no bastaban «ni para llenar una calle». Los cristianos indígenas, más numerosos, eran en su mayoría gente pobre o religiosos.

En las ciudades que en años siguientes fueron tomando los cruzados, éstos respetaron a los musulmanes (con excepción de Cesarea, donde dieron muerte a toda la población civil), pero aquellos que eran lo bastante ricos habían preferido emigrar. Les sustituyeron colonos italianos o cristianos indígenas, pero en todas partes quedaba una parte de población musulmana sometida con resignación al yugo del infiel.

A pesar de un continuo estado de guerra que había llegado a convertirse en una costumbre, los territorios conquistados fueron aceptando insensiblemente a los invasores como un mal irremediable, sin duda transitorio y, en todo caso, menos terrible de lo que en un principio se creyera.

Antes de 1101, los cruzados establecidos en Levante pudieron por un momento esperar que muchos cristianos de Occidente, animados ante la nueva conquista de Jerusalén, se dirigirían a Tierra Santa para quedarse y fundar allí un verdadero reino latino en calidad de guardia del Santo Sepulcro. Había tenido que abandonarse esta esperanza. Ninguna muchedumbre de peregrinos se exponía a ir por tierra hasta los Santos Lugares, y este medio de peregrinación, ya peligroso antes de las Cruzadas, se había hecho del todo imposible. La peregrinación por mar resultaba muy cara y suponía también muchos peligros: el Mediterráneo estaba infestado de piratas de todas las nacionalidades, y los piratas árabes y egipcios se dedicaban a perseguir a las naves cristianas. Ahora con más frecuencia que antes de las Cruzadas, los peregrinos viajaban a Jerusalén por mar, y en aquellos años militares eran en su mayoría cruzados italianos o escandinavos. Entre ellos había pocos que desearan mudar de patria.

La colonización franca —si es que puede hablarse de colonización— tuvo lugar en las ciudades a través del comercio y de la artesanía a gran escala; más tarde se formó una clase campesina en las tierras del reino mismo de Jerusalén, cuyos colonos eran en su mayor parte de origen francés. En las ciudades, los prime-

ros «burgueses» de origen latino fueron los comerciantes italianos, pues cada república establecía su mercado en la mayoría de las ciudades conquistadas. Pisanos y genoveses tuvieron sus calles respectivas en todos los puertos comerciales; nunca llegaron a ser muchos y tuvieron una vida propia, marcadamente italiana, limitada a sus propios barrios y apenas sin mezclarse con la de las demás comunidades latinas o indígenas.

Lo mismo sucedía con los musulmanes, los judíos y los cristianos jacobitas, griegos o armenios, los cuales formaban en cada ciudad comunidades muy diferenciadas, que vivían en buena —o más bien peor— armonía según los casos, próximas y extranjeras unas a otras, más probablemente separadas por barreras religiosas que por el riguroso control legal, y que soportaban resignadamente la tutela de la fuerza militar, los francos.

En el reino latino de Oriente, incluidos los tres Estados del norte, es decir, Edesa, Antioquía y Trípoli, los propiamente francos fueron sobre todo un puñado de militares encargados de gobernar y de defender el territorio.

Un testigo presencial de la Primera Cruzada, el cronista Foucher de Chartres, escribía hacia 1125 estas líneas que se hicieron célebres y que citan todos los historiadores de las Cruzadas:

> Occidentales, nos hemos vuelto orientales. El italiano y el francés de ayer, trasplantados, son hoy galileos o palestinos. El hombre de Reims o de Chartres ha quedado convertido en tirio o en ciudadano de Antioquía. Hemos olvidado nuestras tierras de origen; ¿quién se acuerda si no? Ya no se oye hablar de ellas. Ya el uno posee aquí casa y servidumbre con la misma seguridad que si le hubieran sido transmitidas por derecho de herencia inmemorial en el país; ya el otro ha tomado por mujer no a una compatriota, sino a una siria, una armenia o hasta a veces una sarracena bautizada y vive con toda la familia indí-

> gena de ésta. Nos servimos indistintamente de las diversas lenguas habladas aquí. Tanto el indígena como el colono se han vuelto políglotas y la confianza acerca las razas más alejadas. Se cumple la palabra de la Escritura: «El lobo y el cordero pacerán juntos» (Is. LXV, 25). El colono es ahora casi un indígena y el inmigrado se asimila al nativo. Cada día vienen a reunirse con nosotros parientes y amigos de Occidente. Para ello no vacilan en abandonar todo lo que tienen allí. Pues el que antes era pobre llega aquí, por la gracia de Dios, a la opulencia. El que no tenía más que unos pocos denarios se encuentra aquí dueño de una gran fortuna. El que no tenía más que una aldea se ve ahora aquí, por especial gracia de Dios, amo de una ciudad. ¿Por qué habríamos de volver a Occidente, si Oriente se nos muestra tan favorable? (*Hist. Occ.*, III, p. 468).

Se ha discutido a menudo la veracidad de las afirmaciones de Foucher de Chartres, y de hecho parece ser que escribió dicho fragmento con fines propagandísticos, y que fue el deseo de atraer a Oriente a nuevos colonos lo que impulsó al respetable eclesiástico a escribirlo. Pues, por más que pretenda que sin cesar iban llegando de Europa «parientes y amigos» para reunirse con los francos de Palestina, la población de origen latino, aun veinte años antes de la toma de Jerusalén, se hallaba en clara minoría. Ya hemos visto que los príncipes francos andaban siempre carentes de soldados; y sucedía que los mismos voluntarios de la guerra santa eran los que emigraban con más facilidad. Y, pese a lo que diga Foucher de Chartres, los colonos italianos no se adaptaban fácilmente a la nueva atmósfera, ni tampoco la sociedad franca, a la vez militar, aristocrática y francesa, acababa de aceptarles.

Aparte de los caballeros, que en su mayoría eran de origen franco, provenzal o normando, la colonia franca comprendía a

todos los hombres de guerra nobles o plebeyos que de un modo u otro integraban la unidad militar representada por el caballero: escuderos, pajes, sargentos, lacayos y todo el personal encargado de las máquinas, de cuidar el equipo militar y de organizar la vida de los campamentos, y hasta los propios soldados de infantería. Pero éstos, así como los auxiliares, estaban mucho más expuestos a la muerte que los caballeros y, a medida que iban sucediéndose las guerras, su cantidad disminuía mucho antes de que aumentara con la llegada de nuevos peregrinos de Occidente.

Aunque no pueda afirmarse del todo, pues ningún historiador se tomó la molestia de registrarlo en su momento, es muy probable que una gran parte de los pobres que formaban parte de la Primera Cruzada y hasta algunos supervivientes de la de 1101 se asentaran definitivamente en Jerusalén, no teniendo a donde ir. Estos peregrinos aventureros debieron de mezclarse muy pronto con la población indígena, perder su carácter de «francos» y a menudo su lengua materna, ejercer oficios humildes que estaban a su alcance o acabar sus días mendigando ante las puertas del Santo Sepulcro. Componían el grueso de la colonia franca soldados en servicio o retirados, miembros de sus familias que acudían a Oriente a su llamada y criados, artesanos al servicio del ejército o de las familias señoriales. Hay que contar también y como es natural a los clérigos, es decir, capellanes, escribas, secretarios, notarios…, personal numeroso, medio eclesiástico y medio sirviente, que estaba vinculado al servicio de los grandes barones y a los muchos obispados más o menos ficticios que los cruzados se habían preocupado de crear.

El testimonio de Foucher de Chartres es lo bastante elocuente de por sí: «El que antes era pobre alcanza […] la opulencia […]. El que no tenía más que una aldea se ve aquí […] señor de una ciudad». No había tantas ciudades disponibles en Siria y en Palestina, y menos en 1125, para satisfacer las ambiciones de todos los caballeros necesitados de Occidente, y los grandes barones

necesitaban conquistar nuevos castillos, tanto para defender el territorio como para asegurarse el servicio de sus hombres. El caballero que del rey de Jerusalén recibía en feudo una pequeña fortaleza conquistada a los musulmanes se quedaban allí al mando de una guarnición, por lo general insignificante, percibía los beneficios de las tierras de sus alrededores, gobernaba como podía su dominio y se encontraba siempre expuesto a que los turcos o el mismo indígena dieran muerte a sus soldados. Por precaria que fuera la situación de que gozaba, es cierto que de hombre pobre y dependiente que era se veía promovido al rango de dueño de un castillo. Entre los más importantes, Balduino de Bolonia, luego Balduino de Bourg y después Jocelin de Courtenay —tomemos sólo como ejemplo los condes de Edesa— llegaron a tener unas fortunas que con razón podían cegar la imaginación de todos los pequeños señores feudales de su país de origen. Al ser el nepotismo la clave de la sociedad feudal, los primeros enfeudados resultaban ser los parientes —primos o sobrinos— de los grandes barones, y después venían sus más antiguos y más fieles compañeros de armas. Poco a poco fue constituyéndose en Judea, en Galilea y en Edesa una sociedad aristocrática valona y flamenca, en tierras de Antioquía una aristocracia normanda y en Trípoli una aristocracia provenzal; pequeñas sociedades feudales homogéneas, todas ellas fieles por entero a sus respectivos señores y que, si bien débiles numéricamente, se veían fortalecidas por el prestigio del valor franco y por su orgullo de «soldados de Dios».

«El que sólo tenía unos denarios se encuentra aquí dueño de una gran fortuna» (*possident bizantios numeros*). ¿Cómo los que sólo tenían unos denarios podían de un modo tan repentino hacerse ricos? Ante todo, con el saqueo. La toma de ciudades tales como Cesarea, Trípoli, Arsuf, Chabala, etc., sin contar las que se habían ocupado primero, es decir, Edesa, Antioquía y Jerusalén, donde bienes inmensos habían quedado sin dueño, enriqueció en

pocas horas a los soldados que supieron encontrarse en el lugar y en el momento propicios. A nadie se le ocurría la idea de que se tratara de bienes robados: en todos los países la ley de la guerra daba derecho a botín. Y, según los testimonios de la época, las riquezas que al huir dejaba el enemigo en el campamento eran fabulosas. Con algo de suerte, el soldado o el peregrino podían adquirir sin obstáculo una casa y elegir en los mercados de las grandes ciudades —donde con excepción de Jerusalén el comercio permanecía activo, a pesar de la guerra— los mismos objetos que en Europa sólo los príncipes podían permitirse el lujo de comprar.

¿Acaso Foucher de Chartres pensaría tan sólo en las riquezas obtenidas de los saqueos? Su texto parece sugerir una vida relativamente apacible, que el occidental vivía en Oriente en medio de una población amiga. Es evidente que al decir aquello piensa en un segundo medio de enriquecerse con facilidad: casarse con una indígena rica. La fuerza de las armas otorgaba también a los francos el derecho a elegir una de las dotes mejores, y el sirio y el armenio se mostraban a veces muy satisfechos de poder dar a su hija, pues se aseguraban así la protección de un yerno franco. La cosa era tanto más fácil cuanto que, dada la diferencia de lengua y de costumbres, el último de los reclutas podía pasar ante los ojos de un indígena por un hombre noble y considerado.

Así pues, hubo muchos francos pobres que, ya sea por botín de guerra, ya sea por casamiento o por la simple especulación a base del temor que infundían (ya vimos que en Edesa los compañeros de Balduino se portaron como auténticos saqueadores, haciendo suyas las casas de sus aliados los armenios), se encontraban dueños de «casa y servidumbre, con la misma seguridad que si le hubieran sido transmitidas por herencia». Y mantenían dicha seguridad por la fuerza de las armas. Lo que pensaba de todo ello el indígena nos lo dicen los cronistas sirios y armenios y hasta Alberto de Aix, no así Foucher de Chartres. Sólo afirma que el

acuerdo tácito reinaba entre el franco y el indígena y que los francos se habían vuelto políglotas y estaban satisfechos de vivir con suegros orientales.

Lo que sí parece cierto es que el franco medio, el hombre de pequeña fortuna y especialmente el francés pobre se adaptaban con mucha facilidad a esta nueva clase de vida y demostraban ser en general más moldeables y tener más curiosidad por las costumbres y la mentalidad orientales que los orientales respecto de los francos. No puede reprocharse a los francos que se encerraran en su orgullo de conquistadores, como tampoco el haber intentado imponer sus costumbres a los indígenas. Es cierto que poseían los medios para ello y ni los jefes ni la gente sencilla tenían la voluntad suficiente para llevarlo a cabo. Tan sólo los clérigos adoptaban, en su celo por la fe romana, una actitud un tanto opresiva. Los soldados, en cambio, se contentaban con imponerse por las armas sin meterse con la forma de vida del indígena.

Ello no es óbice para que los cruzados admitieran la igualdad de derechos entre ellos y los sirios, los cuales seguían en su condición de raza conquistada. Los francos estaban tan convencidos de su propia superioridad que ninguno de los historiadores latinos de la época sueña siquiera con ponerla en duda.

Es conocida la famosa anécdota que cuenta Guillermo de Tiro acerca de Balduino de Bourg cuando éste pasó a ser conde de Edesa y pidió y obtuvo la mano de Morfia, hija de Gabriel, príncipe armenio gobernador de Melitene. Era una boda de conveniencia, pues los barones feudales no practicaban otro tipo de matrimonio. Sin embargo, resultó una boda feliz y Balduino un esposo modelo. Morfia aportaba una generosa dote. Su padre pasaba por ser inmensamente rico. Pero, poco tiempo después de la boda, el conde de Edesa, necesitado como siempre de dinero, inventó la siguiente estratagema para sonsacar dinero a su suegro. Fue a visitarle con sus caballeros, a quienes de antemano había puesto al corriente de su proyecto. Dichos caballeros irrumpie-

ron en la sala donde yerno y suegro se hallaban conversando amigablemente (¿en jerga francoarmenia?) y con grandes voces empezaron a reclamar su soldada. Lleno de temor y de desconcierto, Balduino se puso a representar la comedia del hombre en apuros: que si andaba corto de dinero y que había prometido a sus hombres que si aquel día no les daba su soldada… «se afeitaría la barba». Gabriel se horrorizó (pues, como Guillermo de Tiro se complace en explicamos, los orientales consideraban la barba como esencial atributo de su dignidad: también entre los occidentales existía este respeto a la barba, pero era algo menos categórico). Gabriel —dice nuestro cronista— «se santiguó más de cien veces, y preguntó luego [a su yerno] cómo era posible que él hubiera aceptado tal cosa y corrido el riesgo de perder así su honra varonil; pues, del mismo modo que se afeitaba la barba, podía también dejarse castrar». Por lo tanto, antes de pasar la vergüenza de tener un yerno sin barba, el armenio se ofreció a pagar la fuerte suma que Balduino necesitaba. Guillermo de Tiro se divierte a costa de esta historia, sin pensar siquiera en lo que había de odioso en este abuso de confianza fundado en la ignorancia que Gabriel tenía de las costumbres francas.

Sin embargo, el hombre que en esta escena interpretaba ante el jefe cruzado y sus caballeros el papel de un Geronte poco avaro, nada tenía de personaje de comedia. Era un buen patriota armenio, un jefe temible y un guerrero valeroso que llevaba tiempo defendiendo su provincia contra los turcos, y un hombre de tal violencia de temperamento que antaño había matado personalmente al obispo sirio Juan porque el anciano había osado manifestar propósitos derrotistas durante el sitio de Melitene. Veamos a continuación la escena contada por Miguel el Sirio:

> Él iba a caballo, rodeado de soldados de infantería. Entonces el venerable anciano comenzó a suplicarle [en favor de los sirios condenados a muerte]: «Ten compasión, oh príncipe… Fuera, la gente se están matando

unos a otros, ¡que no haya muertes al menos en el interior [de la ciudad]!». Como sea que Gabriel había ya meditado la muerte del obispo, respondió: «¿Será que querrás entregar la ciudad a los turcos?»; e, irritado, dio la orden a uno de sus lanceros: «¡Mátale!», dijo. «Como éste no se atreviera a hacerlo, él mismo tomó la lanza, golpeó la cabeza del santo y le mató» (Miguel el Sirio, *Hist. Ar.*, II, P. 179).

Entre esta escena cruel y la contada por Guillermo de Tiro media un abismo. El abismo de desdeñosa incomprensión que impedía a los francos tomar con seriedad los intereses, las pasiones y el dolor de aquellos cristianos indígenas de quienes ellos se servían con la tranquilidad de conciencia que les daba el ser soldados de Cristo.

No hay ni que decir que los cristianos de Oriente juzgaban a los francos de un modo similar y que les hacían objeto de sus simpatías en la medida en que los nuevos amos del territorio servían sus intereses. Si los cronistas armenios o sirios tratan a los francos con mayor miramiento del que éstos demuestran respecto de aquéllos, ello se debe a que los francos eran por aquel entonces sus dominadores. Pero un Miguel el Sirio o un Mateo de Edesa sólo nos hablan de la personalidad de los jefes y de sus relaciones con las comunidades cristianas.

Es sabido que tanto sirios como armenios detestaron profundamente a Balduino I, antiguo conde de Edesa. Para ellos no fue sino un violento y avaro tirano. Balduino de Bourg supo atraerse algunas simpatías, pues —aunque en el fondo parece que lo hizo muy a desgana y de forma bastante desleal— se vio obligado a jugar la carta de la colaboración con el elemento armenio, debido a su matrimonio con la hija de Gabriel por un lado y, por otro, a la situación misma en que se encontraba Edesa. Mateo de Edesa, el gran historiador armenio le dedica un elogio: «… uno de los francos de rango más ilustre, guerrero valeroso, de una in-

tegridad ejemplar en sus costumbres, enemigo del pecado, lleno de dulzura y de modestia [...] y de una conducta y de un temperamento muy firme y recto». Entre estas frases elogiosas, Mateo no esconde sin embargo que este príncipe era enormemente codicioso: «Estas cualidades se veían empañadas por un ávido ingenio para adueñarse de las riquezas ajenas, por un insaciable deseo de riquezas y una falta total de generosidad». La alusión al «ingenio» ávido de Balduino de Bourg hace pensar que Gabriel no permaneciera quizá mucho tiempo en el engaño de la comedia que le había trazado su yerno, y que Balduino hubiera gastado bromas del mismo tipo a otros armenios.

La codicia constituye el pecado que todos los historiadores extranjeros coinciden en atribuir a los francos: los cofres de los príncipes y los señores de la Siria franca eran como un tonel de las Danaides. Solían expoliar o explotar los de los indígenas que poseían cierta fortuna, amontonaban enormes botines de guerra, saqueaban las caravanas, recaudaban tributos, vendían concesiones a las repúblicas mercantes y estaban siempre metidos en dificultades financieras. Es cierto que la guerra se llevaba la parte más visible de sus recursos, pero también lo es el hecho de que el espectáculo de la vida oriental, que, comparada con la de Occidente, era lo sumo del confort y de la opulencia, había excitado aún más la codicia de los barones, quienes, al verse vencedores, se sentían tentados a adueñarse de todo lo que podían acaparar, tanto más cuanto que nada tenían al llegar.

Hay que decir que los turcos hubieran hecho en su lugar lo mismo y que los cristianos indígenas preferían aún —si bien no siempre— estar sometidos a los cristianos. Y ya veremos que la Iglesia armenia, inclinándose en Cilicia a favor de los latinos, acabaría aproximándose a la Iglesia católica hasta el punto de reconocer oficialmente la autoridad del Papa (1198). Pese a la diferencia de lenguas o a causa de esta misma diferencia, los barones latinos se mostraban tolerantes para con las demás comunidades

cristianas. Afortunadamente, los jefes cruzados eran ante todo soldados y, como tales, indiferentes a las cuestiones doctrinales. Contribuían a hacer reinar entre el modo de vivir de griegos ortodoxos, de armenios (gregorianos) y de sirios (jacobitas) y el suyo una verdadera —si bien un tanto precaria— concordia y se esforzaban por vivir en paz con unos y con otros, guiados por su sentido común y basándose en razones de orden práctico y no en preferencias religiosas. Esto precisamente es lo que hacía su gobierno más soportable que el de los bizantinos. Los sirios jacobitas recurrían a la justicia de los príncipes francos para poner fin a sus diferencias; como buen soberano, Balduino de Bourg iba a intentar reconciliar al obispo jacobita de Edesa con su patriarca, que le había excomulgado; y el príncipe de Antioquía, actuando de árbitro entre eclesiásticos sirios y latinos, daría a veces la razón a los primeros. Claro está que todos estos favores y condescendencias de los príncipes latinos para con los representantes de las distintas confesiones se pagaban a precio de oro. Pero nadie se quejaba de ello, pues se trataba de una costumbre (y no exclusiva de Oriente). En cambio, ningún sirio hubiera podido comprar con dinero, en materia religiosa, el favor de un prelado o de un funcionario bizantino.

Más adelante veremos cuál fue el carácter que en Oriente revistió la administración franca, carácter eminentemente empírico, lo cual, dadas las circunstancias, era lo mejor que podía suceder. Los francos no colonizaron las tierras que yacían bajo su tutela militar. Ellos ocuparon —y aún de modo muy insuficiente — el lugar de los que fueron muertos o expulsados y, entre campaña y campaña, habían comenzado a adaptarse a una vida distinta.

Este Oriente que Foucher de Chartres describe como tan favorable a los occidentales apenas correspondía a la imagen de la «Tierra Prometida» descrita en la Biblia y no parecía muy especialmente hecho para atraer a los nuevos colonos. A principios

del siglo XII, los musulmanes tenían aún una parte de la costa palestina, libanesa y siria. Este litoral de clima suave y suelo fértil despertó desde el principio la envidia de los cruzados, quienes metódicamente intentaron convertirse en sus dueños. Por la época en que Foucher de Chartres escribía estas líneas tan optimistas, los musulmanes poseían en la costa Ascalón y Gaza, mientras que, remontando hacia el norte, Jaffa, Arsuf y Cesarea estaban en manos de los francos, y más tarde también Acre, conquistada en 1104, y Sidón, conquistada en 1106, entre las cuales la gran plaza marítima de Tiro permanecía musulmana. Beirut, Qebail, Trípoli (tomada en 1109) y Laodicea se encontraban bajo dominación latina. Es cierto que Tiro iba a caer en 1125 y Gaza en 1153, con lo cual los latinos debían adueñarse de toda la región costera. Por el contrario, las tierras del interior iban a quedar fragmentadas en su totalidad en posesiones francas y posesiones musulmanas, lo que traería consigo un perpetuo estado de guerra.

El reino de Jerusalén se extendía por Judea, Samaria y Galilea, tierras mucho más notables por su pasado histórico y religioso que por sus ventajas geográficas: montañas pobres, áridas y con sólo algunos rincones fértiles, como la región de Naplusa y de Tiberíades y que reportaban poco y nada tenían de tentador para los campesinos occidentales. En el principado de Antioquía, la costa y los alrededores de la ciudad eran fértiles y provistos de agua abundante, mientras que por la parte interior fronteriza el territorio era montañoso y bastante pobre. Edesa, situada en medio de montañas, comprendía las regiones fértiles próximas a la llanura del Éufrates, pero los alrededores inmediatos a la ciudad eran pobres. Y por lo general estas tierras, ricas o pobres, estaban siempre expuestas a las incursiones de los turcos y a todos los avatares de la guerra.

Hubo, sin embargo, a principios del siglo XII, un conato de colonización franca. Ochenta años después de la toma de Jerusa-

lén, la población franca propiamente dicha se elevaba a veinte o treinta mil personas, más algunos millares de francos nacidos de matrimonios mixtos. Aunque estas cifras sean bajas, hay que tener en cuenta que la Siria franca fue un verdadero Estado latino oriental, con una personalidad propia, una historia y, ya entonces, sus tradiciones; y cuya vida constituye una tentativa, nunca repetida desde entonces, de Colaboración e interpenetración entre Oriente y Occidente. En un capítulo posterior, estudiaremos más de cerca lo que fue la vida de este Estado que, pese a su carácter anómalo, tenía derecho a existir. Habremos de volver ahora a la historia de la formación política de este Estado.

El reino de Jerusalén

Si en Oriente llegó a constituirse un auténtico reino latino después de la dramática y gloriosa aventura de la Primera Cruzada, gran parte del mérito debe reconocerse al que fue el primer rey de este reino: Balduino de Bolonia, conde de Edesa, soberano un tanto improvisado, el cual, llegado a Jerusalén con un puñado de caballeros con el fin de disputar la sucesión de su hermano a un patriarca ambicioso, supo poner tan bien de realce un título en apariencia tan frágil como era el suyo que tomó enseguida la figura del monarca por derecho hereditario, descendiente de veinte reyes a la vez. El solo nombre del reino le daba de entrada un carácter de majestad que le situaba a él, hijo menor de un segundo vasallo del rey de Francia, a la misma altura que los primeros reyes de la cristiandad. ¿Cuál de ellos podía vanagloriarse de ostentar el título que fue antaño de David y Salomón? Una vez rey de Jerusalén, ¿acaso no era él el símbolo mismo del triunfo de la cruz sobre la media luna? ¿Cómo no iba a ser el ungido del Señor en el lugar más santo de la Tierra? Poco importaba que un prelado que la misma víspera le denunciaba como usurpador le hubiera aplicado el santo óleo. Un sacramento es un sacramento y una coronación es una coronación, y un patriarca de la Iglesia romana había colocado la corona real en la

cabeza del conde de Edesa, y Balduino no era precisamente un incrédulo en el valor místico de este acto.

La «corona de oro» ceñida «allí donde Jesucristo había ceñido una corona de espinas» era no sólo un arma poderosa contra el patriarca Daimberto, sino también una prenda de gala de primer orden en toda relación de Balduino con los demás cruzados, sobre todo con los grandes vasallos y los jefes de los demás principados francos, y en sus relaciones con el Occidente y con el propio papa. Se trataba también de una corona de espinas: al huir solo en medio de la noche a lomos de su *Gacela* tras haber llevado a su mejor caballería a la muerte, el vencido de Ramala (1102) había pagado ya lo suficiente para darse cuenta de lo que cuesta la vida de un rey de Jerusalén. Nadie le reprochó el hecho de haber huido y de no haber vendido cara su vida como los demás; nunca la hubiera vendido a un alto precio, porque de ella dependía ya la existencia misma del reino.

Más tarde, en su palacio de Jerusalén (el antiguo templo de Salomón o mezquita de Al-Aqsa), debía recibir a sus visitas en albornoz tejido de oro y con la corona puesta sobre un turbante tejido de oro también, y dejar que sus visitantes y súbditos se prosternaran ante él como se hacía con los emperadores de Bizancio y los sultanes. Con su altura gigantesca, su larga y negra barba, su nariz aguileña y su porte majestuoso, que recordaba el de un obispo, debía causar una cierta impresión. Y los musulmanes que le veían así ataviado ya no se sorprendían como los árabes que visitaban a Godofredo, pues el sultán de los francos no difería mucho de los reyes del islam.

Cuando tuvo lugar la serie de conflictos con Daimberto, Balduino supo imponer según su estilo la primacía del poder real sobre la Iglesia. Todos sabían que el patriarca era su enemigo jurado, y además rico. Su codicia y su falta de escrúpulos en cuestión de dinero eran ya proverbiales. Balduino exigía dinero para su ejército, y el patriarca pretendía poseer tan sólo doscientos

marcos de dinero. Un buen día, el rey, irrumpiendo en el palacio patriarcal en que Daimberto ofrecía un banquete al legado del Papa Mauricio de Porto, lanzó una invectiva contra los dos prelados en el más puro estilo de los escritores anticlericales de la época acusándoles de malgastar para sus placeres el dinero destinado al servicio de la cristiandad. Ante la ira del patriarca, el cual respondía que los que sirven a la Iglesia viven del altar y no tienen que rendir cuentas a nadie, el rey replicó: «Si así es, les toca primero a mis soldados vivir del altar, ya que ellos son los que lo sirven mejor, puesto que lo defienden todos los días contra los sarracenos. Y no sólo quiero el dinero de las limosnas eclesiásticas para pagar a mis tropas, sino que voy a tomar toda la plata de los santuarios y todo el oro del Santo Sepulcro para poder equipar el ejército, ya que los sarracenos acechan» (Alberto de Aix, p. 564). Comoquiera que Daimberto persistiera en su negativa de dar el dinero y, tiempo después, su avaricia le llevara al extremo de apropiarse sin derecho a ello de una suma de mil besantes que el príncipe Roger de Apulia había mandado con el fin de satisfacer las necesidades de Tierra Santa, Balduino le declaró despojado de sus derechos, le expulsó del reino y se apropió de su tesoro. Lo que es significativo en la actitud del rey es la continua alusión a su derecho a ser la primera persona que debía ser obedecida, como primer defensor que era de los Santos Lugares. Parecía quererse arrogar casi las prerrogativas de un rey-sacerdote o de un rey jefe de la Iglesia (como lo eran los emperadores bizantinos). No menores ambiciones había que tener para llegar a imponer su autoridad.

De hecho, el antiguo arzobispo de Pisa iba a recuperar su puesto gracias el apoyo de Tancredo, el cual, llevado por su hostilidad hacia Balduino, estaba muy satisfecho de poder entronizar en Jerusalén a un enemigo del rey. Como éste necesitaba con urgencia la intervención de la caballería de Antioquía después de la derrota sufrida en Ramala, Tancredo lo aprovechó para chan-

tajearle y llevar a cabo sus intenciones. Balduino accedió, pero luego convocó un sínodo en el que el viejo patriarca fue acusado de los peores delitos (la mayoría de los cargos que se le imputaban no eran calumnias), declarado culpable y depuesto oficialmente. Y, después del breve reino de dos patriarcas venerables pero poco influyentes —el Papa, ante las quejas de Daimberto, sustituyó al primero de ellos y el segundo murió de vejez—, el que fue el primer patriarca latino de Jerusalén, el poco respetable y hábil Arnaldo Malecorne, volvió a ocupar el puesto que ambicionaba desde hacía doce años y fue elegido canónicamente. Hacía tiempo que para el rey era un consejero complaciente, ducho en toda clase de artimañas y dispuesto a hacer toda clase de favores. El patriarcado de Jerusalén quedaba en buenas manos.

Tal como hemos visto, hacia finales de 1104 Bohemundo embarcaba para Occidente, sin que jamás hubiera de volver a Tierra Santa. Dejaba a Tancredo la regencia de Antioquía. El condado de Edesa, que después de la derrota de Harran se encontraba despojado de su caballería lorenesa y valona, y cuyo conde, Balduino de Bourg, estaba prisionero de los turcos, tuvo que aceptar provisionalmente la dominación normanda. En Edesa, Tancredo puso como regente a su cuñado, el normando Ricardo de Salerno, más conocido por el nombre de Ricardo del Principado. Tancredo no experimentaba ansia ninguna por recuperar a Balduino de Bourg ni a su primo Jocelin de Courtenay. Los dos normandos tenían en sus manos el control de todas las posesiones francas del norte de Siria. Su doble regencia no representaba para ellos ninguna sinecura, y la prueba es que en cuatro años Tancredo volvió a tomar Artah y Kafartab, Laodicea y Mamistra y conquistó Apamea, con lo que llegó a extender sus dominios desde la costa (Laodicea) hasta los dominios de los reyes de Aledo y de los emires de Shaizar. Por medio de incesantes incursiones en los territorios de unos y de otros, lograba proteger sus propios dominios. La guerra era en aquellas tierras como un conti-

nuo avanzar y retroceder. Ya no se trataba de una guerra santa, sino de una necesidad vital y, por así decirlo, mecánica.

Esta vida de correrías de una punta a otra de la provincia, de guerrillas, de algaras, de rápidos asedios de ciudades en que el sitiador podía en cualquier momento convertirse en sitiado, era la única concebible para los caballeros de ultramar. Tancredo no soñaba con grandes imperios, pero supo equipararse a sus vecinos musulmanes. No obstante, si bien los normandos iban aumentando su prestigio ante los musulmanes, frente a sus propios súbditos llegaban a hacerse odiosos, de modo que en Edesa, ante las exacciones de Ricardo del Principado, los armenios echaban en falta la codicia, después de todo más moderada, de Balduino de Bourg.

El 28 de febrero de 1105 moría el conde de Tolosa, Raimundo de Saint-Gilles. El viejo paladín acabó sus días en la fortaleza de Qalat Sanchil (Monte Peregrino), que había mandado erigir frente a Trípoli, la misma que hacía años anhelaba tomar para hacerla capital de sus Estados de Oriente. La ciudad más esplendorosa de todas, que con su cantidad de minaretes y de cúpulas, sus kilómetros de blancas murallas, con sus lujuriantes jardines y sus bosques de olivos y de cipreses era como un inmenso navío adentrándose en el mar, la que había elegido Raimundo en los últimos tiempos de su vida y constituía su último sueño en Oriente, pudo ser contemplada por él al morir, como siempre, próxima e inaccesible. Dejaba a sus descendientes el derecho a hacerse con ella.

Dejaba un hijo de un año, nacido de su matrimonio con Elvira de Castilla en aquel mismo castillo de Monte Peregrino. Este niño fue Alfonso Jourdain, que heredó el condado de Tolosa. Una delegación de nobles provenzales fue a buscar a la condesa y al joven príncipe a quien el país reclamaba como soberano. En el Líbano, el puesto de Raimundo fue a ocuparlo el pariente más próximo que tenía entonces allí: Guillermo Jourdain, hijo del

conde de Cerdaña y nieto por vía materna de una tía de Raimundo.

Así es como a principios de 1105 los dos grandes jefes de la Primera Cruzada habían desaparecido de la escena, lo que no hacía sino consolidar la autoridad de Balduino I cerca de los francos de Siria. El hermano menor de Godofredo de Bouillon aparecía ahora como veterano y, por poco consolidada que estuviera su realeza, su título de rey le concedía frente a Guillermo Jourdain e incluso frente a Tancredo una ventaja moral que por nada hubiera valido ante Bohemundo y el conde de Tolosa. Sin embargo, no podía todavía hablarse de una colaboración entre los Estados francos de Oriente para la defensa de unos comunes intereses. Sólo ocasionalmente se llegaba a una alianza, que se aceptaba de mala gana, para romperla en cuanto se dejaba de creerla necesaria.

Los provenzales seguían progresando en el Líbano, ya reforzando el bloqueo de Trípoli, ya apoderándose de las fortalezas de los alrededores, sin pensar siquiera por un momento en pedir ayuda al rey de Jerusalén ni nada que pudiera darle derecho a la conquista que llevaban a cabo. Tancredo, Guillermo Jourdain y Balduino guerreaban cada uno por su cuenta. Ante los musulmanes, todos quedaban confundidos bajo el nombre de francos y, ante el mundo occidental, bajo el nombre de soldados de Cristo. Desde fuera, pues, paulatinamente iba a imponérseles un cierto sentido de solidaridad como hermanos de raza y de religión.

Querellas feudales

Guillermo Jourdain se reveló un jefe enérgico. En tres años, y pese a todos los esfuerzos de Ibn-Ammar, Trípoli quedaba casi reducida por el hambre a causa del bloqueo por tierra cada vez más denso, y por mar, donde las escuadras pisanas daban caza a los navíos egipcios encargados de proporcionar víveres a la ciudad. Los provenzales juntaban en sus manos a casi todo el país:

en abril de 1108, Guillermo Jourdain tomaba por asalto la fortaleza de Arqa que el turco Tughtekin, *atabeg* de Damasco, había arrancado de manos de los vasallos de los Banu Ammar, en tanto que un emisario del visir de El Cairo desposeía al propio Ibn-Ammar de su ciudad de Trípoli. Así Egipto se aprovechaba de la desgracia de un vasallo rebelde para anexionarse la gran ciudad bajo pretexto de plantear usa mejor defensa contra los cristianos.

La verdad es que los egipcios, a pesar de que poseían una estupenda flota, no hicieron gran cosa para salvar a Trípoli, y sólo era cuestión de esperar unas semanas o unos meses para ver caer la ciudad en manos de los provenzales. Hacía cinco años que duraba el sitio. «Por una libra de dátiles —se cuenta en el libro de Kamil al-Tewarik— se pagaba una pieza de oro». «Los pobres emigraron y los ricos quedaron reducidos a la miseria». Ningún cuerpo expedicionario de los pueblos del interior se dirigió contra el pequeño ejército provenzal: ni los selchuquíes de Damasco y de Alepo, ni los *atabegs* de Mosul, ni el califa de Bagdad ni el sultán de Persia, todos los cuales disponían de excelentes ejércitos. La mejor ciudad musulmana de la costa, gran centro intelectual, artístico y comercial, en la que durante tanto tiempo había gobernado una dinastía de cadís pacíficos y liberales, sucumbía lentamente asfixiada a causa de la indiferencia de los príncipes musulmanes, ninguno de los cuales se sentía afectado por la suerte de una ciudad que había cometido el error de querer conservar demasiado su independencia.

Guillermo Jourdain se esforzaba e insistía en hacer realidad el sueño de Raimundo de Saint-Gilles, cuando vio desembarcar en Tortosa a un hombre que venía de Occidente para reclamarle este territorio que tenía en su poder, simplemente porque la guerra le daba derecho a ello. Bertrán de Tolosa era el hijo mayor de Raimundo, pero, al haber nacido de un primer matrimonio en que la esposa había sido repudiada por razón de consanguinidad, se le consideraba bastardo y se le había excluido de la herencia de

Tolosa en provecho del pequeño Alfonso Jourdain. Había, pues, vuelto sus ojos hacia las posesiones que su padre tenía en Siria. Pero Guillermo Jourdain estimaba, y no sin razón, que sus derechos debían prevalecer a los del recién llegado.

Bertrán llegaba con todo el aparato de un ejército de cuatro mil hombres y una escuadra genovesa. Antes de embarcarse hacia Siria, había llegado a un acuerdo con la república de Génova, a la que prometía amplias concesiones respecto a Trípoli. Se había puesto además en contacto en Constantinopla con Alejo Comneno, el cual le había recibido como a un hijo (en recuerdo de Raimundo de Saint-Gilles) y había prometido ayudarle a cambio de que él le jurara fidelidad en Bizancio. Bertrán tenía buenas cartas a su favor. Pero por lo demás su situación no era muy brillante: hombre de edad madura y padre de un hijo ya mayor, se veía de la noche a la mañana obligado a lanzarse a la aventura y, amargado por su situación de falso bastardo, se mostraba exigente y arrogante. Enseguida tuvo un conflicto con Tancredo, cuando invitó a este último a cederle la parte de la ciudad de Antioquía que el conde de Tolosa había ocupado diez años antes. Al no conseguir que su primo Guillermo Jourdain abandonara la plaza que este último había conseguido ganar con el sudor de su frente y con la sangre de sus hombres, se dirigió al rey de Jerusalén, Balduino, mientras dejaba a su escuadra amenazando tanto a las tropas provenzales como a las de los sitiados de Trípoli.

Era la primera vez que el rey de Jerusalén estaba llamado a arbitrar un conflicto entre dos príncipes francos. Aprovechándose de la ocasión que se le brindaba, se presentó a las puertas de Trípoli con sus quinientos caballeros dispuesto a defender los derechos de Bertrán, al mismo tiempo que Guillermo Jourdain había llamado por su parte a Tancredo. Sin pensarlo, Bertrán aceptó ponerse bajo la soberanía del rey de Jerusalén y le prestó homenaje, a cambio de lo cual Balduino se comprometió a ayudarle y

a tomar Trípoli. Al enterarse de esto, Guillermo Jourdain estuvo a punto de recurrir a las armas y de invitar a su aliado Tancredo a que hiciera otro tanto. Al fin, Balduino y Tancredo lograron apaciguar a los dos rivales y, en público debate, se decidió que los primos se repartirían las posesiones provenzales en el Líbano: Bertrán debía quedarse con Trípoli (que aún estaba por tomar) con el título de conde de Monte Peregrino y Gibelet, mientras que Arqa y Tortosa quedaban para Guillermo Jourdain. El primero hacía honor de sus tierras al rey, y el segundo a Tancredo, príncipe de Antioquía.

Trípoli cayó poco tiempo después de este acuerdo, que fue el primer pacto oficial entre los señores feudales francos de Siria. A principios de julio de 1109 los habitantes de Trípoli negociaron la capitulación, a condición de que se respetaran la vida de las personas y sus bienes y que cuantos lo desearan pudieran emigrar a tierras musulmanas. Los francos entraban en Trípoli el 12 de julio. Pero no se respetaron las cláusulas de la capitulación. No hay que acusar de ello a Balduino ni a Bertrán, quienes hicieron todo lo posible para mantener el orden. Sin embargo, los marinos genoveses no se sentían ligados por las promesas de los pequeños príncipes francos, y su escuadra no había dejado de desempeñar un importante papel en la caída de la ciudad. Y la saquearon, después de haber escalado el muro con cuerdas y escaleras, mientras el ejército del rey entraba por las puertas. La república de Génova percibió además un buen premio por su participación en este episodio de la guerra santa: Bertrán le ofreció la ciudad de Gibelet, que concedió en feudo hereditario al almirante de la escuadra, Hugo Embriaco.

Poco tiempo después moría Guillermo Jourdain al ser alcanzado «accidentalmente» por una flecha que le hirió en el corazón, cuando se interpuso en una riña entre sargentos con intención de separar a los beligerantes. Todos los historiadores coinciden en calificar de sospechosa esta muerte, sin atreverse expresamente a

acusar de ella a Bertrán. Sea como fuere, Tancredo se había alistado en el peor equipo: todas las posesiones francas pasaban a Bertrán, conde de Trípoli, al no dejar Guillermo Jourdain heredero alguno. Y el condado de Trípoli pasaba a ser el primer gran feudo del reino de Jerusalén, y en la práctica Bertrán iba a obrar de común acuerdo con Balduino y a estar presente en todas sus campañas.

Un año antes de la caída de Trípoli, la situación del rey de Jerusalén había mejorado de modo imprevisto gracias a la reaparición de un personaje del que no se oía hablar desde hacía cuatro años, Balduino de Bourg. Éste salía del cautiverio ataviado con suntuosos trajes y montando el caballo del propio emir que le había hecho prisionero. En efecto, el *atabeg* de Mosul, Chekermish, que por nada del mundo hubiera hecho el favor a los francos de liberar al conde de Edesa, había muerto, y su sucesor Chawali, había heredado al cautivo junto con el nuevo cargo. Pero el nuevo *atabeg* era un vasallo rebelde que, después de haber hecho la guerra a Chekermish, se había visto atacado por el sultán de Anatolia, Qilich-Arslan. Chawali pidió socorro al rey de Alepo, Ridwan, y Qilich-Arslan fue vencido y muerto. Pero los habitantes de Mosul se rebelaron contra su nuevo *atabeg*, ya que mientras Chawali hacía la guerra, la regencia había quedado en manos de su esposa, cuyo despotismo exasperaba al pueblo.

Expulsado de la ciudad, Chawali se llevó al prisionero franco y llegó a un acuerdo con él, prometiéndole que le dejaría irse a cambio de setenta mil dinares, la libertad de los prisioneros musulmanes y un pacto de alianza. Así pues, Balduino, y también su pariente y fiel camarada Jocelin de Courtenay, se veían libres. Y los burgueses de Edesa, no cabiendo en sí de gozo al recuperar a su antiguo conde y al verse libres por tanto del normando Ricardo del Principado, se aplicaron en reunir el dinero del rescate. Pero el retomo de Balduino aún no iba a poner fin al reinado de Ricardo. Por su parte, Tancredo, si bien contribuyó al pago del

rescate del conde de Edesa, se negó a restituirle las tierras a no ser que le prestara juramento de homenaje. Y no las hubiera recuperado de no ser por la intervención de su aliado Chawali y la del príncipe armenio Kogh Vasil, quien le prestó un considerable ejército de armenios y turcoples.

De nuevo en Edesa, Balduino de Bourg se sentía más solidario con Chawali que con Tancredo. Y los dos barones francos se declararon la guerra total, apoyándose en sus respectivos aliados turcos —o ayudándose de ellos—; Balduino de Bourg y Chawali iban contra Tancredo, el cual se había aliado en esta ocasión con su exenemigo, el rey de Alepo, Ridwan. Tancredo, con sus normandos y los turcos de Alepo, se apoderó del territorio después de una encarnizada batalla que —según Mateo de Edesa— costó la vida a dos mil cristianos, sin contar las pérdidas en el bando musulmán. El combate más encarnecido tuvo lugar entre la caballería de Tancredo y la de Balduino y ambos barones querían ante todo alcanzarse y darse muerte uno a otro. Después de que su caballería sufriera grandes pérdidas, los dos jefes francos de Edesa —Balduino de Bourg y Jocelin— se retiraron vencidos y lograron escapar con dificultad. Todavía en la fortaleza de Duluk, Tancredo sitió a Balduino, pero, ante un posible retorno del ejército de Chawali, el conde de Edesa se libró del peligro. Mientras tanto, los armenios de Edesa, según decían por temor a que Ricardo de Salerno les volviera a gobernar, se rebelaban y proyectaban darse a uno de los príncipes armenios de los alrededores. (Balduino, viendo a su regreso que los armenios eran elementos agitadores y demasiado fuertes, les expulsaría de la ciudad; en cambio, Jocelin de Courtenay se convertiría más tarde en el líder de la cooperación franco-armenia).

Después de más de cuatro años de dominación normanda, Edesa volvía a ser de nuevo el feudo de Balduino de Bourg, el cual era aliado y pariente del rey de Jerusalén. Pero, como acabamos de ver, el principado de Antioquía se desentendía de todo

vínculo con el reino y los dos jefes francos del norte de Siria se sentían más inclinados a aliarse con los musulmanes que a vivir en plena concordia.

Cuando Balduino rey de Jerusalén había reunido ante Trípoli, un poco contra la voluntad de ellos, a todos los barones de la Siria franca con el fin de dar solución al problema de la herencia provenzal, Balduino de Bourg y Tancredo se habían encontrado frente a frente en una reunión feudal bastante parecida a las que se celebraban en Occidente. El rey, como corresponde a un monarca feudal, supo hablar como dueño o como árbitro supremo. Se encontraba asumiendo un papel que hasta ahora no le había sido otorgado, pues la cuestión de someter el principado de Antioquía a la soberanía real no se había planteado nunca todavía. Ante un parlamento de barones, Tancredo se vio forzado a reconciliarse con Balduino de Bourg y Jocelin de Courtenay. No llegó al extremo de prestar homenaje al rey, pero sí se vio obligado a inclinarse ante su autoridad.

El rey tenía ahora en la persona de los dos condes a unos aliados seguros en Trípoli y en Edesa. Pero Balduino de Bourg, que en estos últimos cinco años había perdido la mayor parte de su caballería, primero luchando contra los turcos y después contra Tancredo, estaba en tan crítica situación que no podía ayudar a su primo. En lo que respecta a Bertrán de Saint-Gilles, él era en efecto el vasallo del rey de Jerusalén, pero lo era también de Alejo Comneno. Este hecho no molestaba a Balduino, pero sí exasperaba a Tancredo, que debía rechazar los ataques de los griegos al oeste y de los turcos al este, y a quien toda alianza entre francos y griegos parecía un acto de traición. Parece ser, no obstante, que la guerra entre el príncipe de Antioquía y el conde de Edesa —llamando los dos en su ayuda a musulmanes— llegó a escandalizar no sólo a los hombres de tropa francos, sino también a los caballeros. O, de no ser así, bastó sólo que Tancredo viera a los otros tres francos coligados contra él para que no se atreviera a

utilizar en contra de aquéllos los ejércitos de Ridwan. Los francos, herederos de una «guerra santa», se veían obligados, a su pesar, a algo que parecía la solidaridad.

En 1110, el nuevo sultán de Persia, Muhammad, segundo hijo de Malik-Shah, que sucedía a su hermano mayor, Barqiyaruq, se decidió, alarmado por fin ante los progresos de los francos en Siria, a preparar un ejército poderoso para organizar a su vez una «guerra santa» contra los infieles. Cuando el ejército, mandado por el *atabeg* de Mosul, Sharaf al-Dawla Mawdud, se hubo puesto en marcha, se le unieron por el camino las tropas de Soqman al-Qutbi, emir de Khilat, en la gran Armenia, y de Il-Ghazi, emir ortuquí de Mardin. Mawdud creía que la reconquista debía empezar por las tierras que el islam había perdido. Edesa, la posesión franca más vulnerable de todas, iba a ser la primera en recibir el choque de la contracruzada. En mayo de 1110 el gran ejército turco se encontraba a las puertas de la ciudad para dar comienzo al sitio.

En aquel momento, Tancredo estaba tan lejos de acudir en socorro de su vecino Balduino de Bourg que este último le acusó formalmente de haber intrigado con los turcos y provocado así esta expedición en contra de Edesa. (Mateo de Edesa pretende lo contrario, que Balduino de Bourg y Jocelin de Courtenay llamaron al *atabeg* de Mosul, invitándole a hacer la guerra a Tancredo).

Al final fue el rey Balduino quien, al enterarse de la situación de Edesa, reunió a todas sus tropas y a las de Trípoli bajo el mando de Bertrán de Saint-Gilles y consiguió no sin dificultad una reconciliación entre los dos príncipes francos del norte de Siria (Alberto de Aix). Siguiendo la opinión de los cronistas, Tancredo decidió unirse al ejército real sólo ante la presión que le hacían sus barones y, muy en contra de su voluntad, el normando salió con su ejército al encuentro del rey, el cual le exigió en un discurso humillante volver al orden. Balduino le hizo comprender que su causa era la misma, que todos habían ido allí a comba-

tir a los infieles, que la cristiandad de ultramar había elegido a un rey para que hiciera de jefe, de salvaguarda y de guía, y que este rey era él, Balduino, y por tanto tenía derecho a exigir a Tancredo que se reconciliara con Balduino de Bourg a fin de llegar a una total cooperación en la lucha contra los turcos. «Si no —añadía Balduino—, no puedes seguir siendo uno de los nuestros y lucharemos despiadadamente contra ti».

Semejante lenguaje encerraba el mérito de ser claro y actuar con sentido común. Pero no por ello Tancredo quedó convencido, y siempre continuó siendo aquel mismo joven que en Constantinopla y en Nicea, y a pesar de las censuras de su tío, se negaba montando un espectáculo a prestar juramento al *basileus*. Apenas se hubo agrupado el ejército franco y dispuesto a dirigirse contra los turcos, el cuerpo de los normandos dio media vuelta y se retiró, con lo que el rey Balduino se quedó sin gran parte de sus combatientes. El ejército de Mawdud y de sus aliados se había replegado al campo, a lo largo del río Balij, en espera de la ocasión propicia para presentar batalla. Pero no la hubo, pues el rey, consciente de que no podía contar con los normandos y ansioso por volver con su ejército hacia el Sur porque los egipcios se estaban aprovechando de su ausencia para atacar sus posesiones en Judea, resolvió no arriesgarse contra un ejército muy superior al suyo.

Matanzas de Armenia

Lo sucedido en aquella ocasión fue una de las peores desgracias de la historia de las Cruzadas. La responsabilidad de la catástrofe recae sobre los francos, en primer lugar sobre los dos Balduinos y de manera indirecta sobre Tancredo con su actitud algo equívoca. La matanza de los habitantes de la región de Edesa superó en horror al saqueo de Jerusalén y las matanzas de los ejércitos cruzados de Anatolia. Ahí sí podemos hablar de un auténtico genocidio.

Los francos habían tenido la desafortunada idea de hacer emigrar a toda la población civil de la región, inclusive la de las ciudades fortificadas, a la orilla derecha del Éufrates, con el fin de proteger a los armenios contra las incursiones de los ejércitos turcos y de defender mejor las plazas fuertes. No pensaron en lo imprudente que resultaba este éxodo en masa en el momento en que había un ejército turco maniobrando por los alrededores. Tan poco supieron proteger y dirigir a las cuantiosas muchedumbres de campesinos y de ciudadanos y tan mal organizaron su paso en barco a la otra orilla del río, que para Mawdud fue un juego el dejarse caer sobre los pobres desgraciados reunidos en la llanura junto al Éufrates. Docenas de miles de armenios sucumbieron ante la mirada espectadora de los francos, los cuales habían atravesado ya el río y asistían impotentes a la horrenda carnicería. «Los francos —escribe Mateo de Edesa— contemplaban estas escenas de desolación y vertían lágrimas amargas. Después de tal y tan marcado éxito, Mawdud volvió a Harran con una masa de cautivos y un botín incalculable». Los cautivos eran mujeres jóvenes y niños, a quienes los turcos solían dejar con vida. A los hombres se les mataba. Cuantos se echaron a las barcas, se ahogaron debido al exceso de carga, y los que intentaron atravesar el río a nado no pudieron alcanzar la otra orilla. Como dice Mateo de Edesa, «fue tan grande la carnicería que el Éufrates arrastraba olas de sangre». «Este día vio cómo la provincia de Edesa se quedaba sin población[25]». No es ninguna exageración: una provincia rica y fértil se vio convertida de la noche a la mañana en un país en ruinas, saqueado y como un desierto, sin que nunca más llegara a repoblarse.

No puede considerarse a los francos responsables de las atrocidades cometidas por los turcos, pero sí decirse que la decisión de llevar a cabo el gran éxodo iba a provocar una atrocidad que de lo contrario los turcos no hubieran cometido en tan enorme proporción. Hay que decir también que toda la operación estuvo

muy mal dirigida y que el ejército franco hubiera debido como mínimo proteger la retirada de la población civil. En cambio, los francos habían atravesado primero el río aun sabiendo que el ejército turco se encontraba al otro lado. Sea como fuere, hay que reconocer que la huida de los cristianos indígenas ante los turcos y la cruel reacción de los turcos contra los cristianos son consecuencia directa del mismo hecho de las Cruzadas, que había llevado a los musulmanes a ver en el cristiano el enemigo por definición. La historia del pueblo armenio iba a ser especialmente propensa a episodios trágicos de este género. Pero bien hubiera podido ahorrársele esta matanza. Incluso cuando actuaban con buena intención, los francos traían la catástrofe a sus súbditos.

Después del desastre, del que los francos no salían en absoluto perjudicados, puesto que no perdieron ni hombres ni armas, la confianza, ya dudosa de por sí, que los armenios de Edesa tenían depositada en ellos iba a sufrir una grave sacudida. De hecho, deseaban entregarse de nuevo a un príncipe de su propia nacionalidad. Al otro lado del Éufrates, el armenio Kogh Vasil, señor de Rabat y de Kaysún y dueño de un poderoso ejército, no dependía de turcos ni de griegos, y menos aún de los francos; y en las ciudades de Lampron y Vakha en Cilicia reinaban Oshid y Rupén, vasallos lejanos de Bizancio y de hecho independientes. Se comprende, pues, la falta de lealtad de los armenios para con Balduino de Bourg. Sin embargo, el condado de Edesa seguía siendo el primer baluarte de la Siria franca contra los ataques de los turcos.

Forzada unificación de la Siria franca

Aun con todas las dificultades, la Siria franca empezaba a formar, si no un Estado, sí al menos una unidad feudal a imagen de las de Occidente, con todas sus condiciones: un rey, soberano oficial y respetado, dos condes vasallos del reino, un principado no vasallo todavía pero destinado a serlo de un momento a otro y, dentro de cada uno de los cuatro Estados, feudos mis o menos

grandes gobernados por condes o por vasallos del rey. Y hasta Tancredo, pese al rencor que guardaba al rey y al odio contra Balduino de Bourg, no iba a tardar en comprender que estos últimos serían siempre unos aliados mejores que los turcos. Apenas había salido de Antioquía para responder a la llamada del rey, cuando Ridwan, su aliado, se disponía a saquear sus tierras. Cierto es que el normando se le adelantó una vez más y le infligió una humillante derrota, como también es cierto que dicho Ridwan era un vecino providencial con el que Tancredo podía a pesar de todo llegar a entenderse siempre que quisiera, pues este selchuquí, sospechoso de chiismo y hostil al sultán, prefería aún más obrar de común acuerdo con los francos cuando éstos se hallaban en guerra contra los turcos de Mosul o de Bagdad que la opción contraria. Sin embargo, veremos que, cuando en 1111 Mawdud ataque las tierras de Antioquía, Balduino I acudirá con todo su ejército, y hasta Balduino de Bourg, el gran enemigo de Tancredo, hará lo mismo. Así pues, el gran emir Tankridos, de no hacerse musulmán, iba a verse obligado a hacer causa común con los demás francos.

Tancredo moriría en 1112, a la edad de treinta y siete años, después de una vida rica en batallas —cuyo número por año fue mayor que el número de meses—, la vida propia de un señor feudal que había encontrado una tierra donde no faltaban ocasiones de luchan Por su energía incansable, se ganó el respeto de los propios musulmanes; como su tío Bohemundo, tuvo el don de mando y el don de inspirar confianza a sus hombres; continuó la política antibizantina de Bohemundo y mantuvo contra viento y marea la independencia de su principado de Antioquía y soñó con anexionarle el condado de Edesa; no habiendo podido extender sus dominios ni a costa de los turcos, ni de los árabes, ni de los francos, se resignó a medio someterse a la soberanía del rey de Jerusalén, su primer enemigo y su rival en Cilicia, que había acabado teniendo un éxito mayor que el suyo.

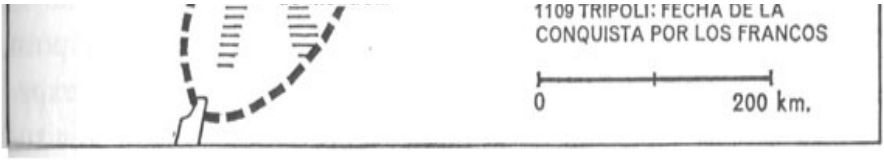
Tancredo moría sin hijos. Pero, antes de expirar, concertó la boda de su mujer; la princesa Cecilia de Francia, con el joven Pons, hijo de Bertrán de Trípoli, con lo cual proyectaba extender la influencia normanda sobre el condado de Trípoli (y también parece que —como lo indica Guillermo de Tiro— habría adivinado que los dos jóvenes estaban llenos de tiernos sentimientos el uno por el otro). Y el heredero del principado de Antioquía era —pues así lo exigía la costumbre feudal y así lo decidieron los barones normandos de Antioquía— el hijo de Bohemundo, el hijo que el primer príncipe franco de Antioquía había tenido de su matrimonio con Constancia de Francia. Pero este niño, llamado también Bohemundo, tenía sólo tres años y vivía en Italia junto a su madre. Para asegurar la regencia durante su minoría, los compañeros de Tancredo llamaron al sobrino de éste, Roger, hijo de Ricardo de Salerno. Este normando de Italia era un guerrero valiente, como Bohemundo y como Tancredo. Era joven aún (tenía alrededor de veinticinco años), y le faltaban la inteligencia y la experiencia de sus dos predecesores. Con toda naturalidad, aceptó como hecho consumado la soberanía de Balduino en tierras de Antioquía y fue un auxiliar leal del rey.

Pocos meses después de Tancredo, murió Bertrán de Saint-Gilles. Había sido conde de Trípoli durante sólo tres años. Aun cuando había obtenido el dominio de todo el condado a costa de la muerte de su primo Guillermo Jourdain, Tierra Santa no le había sido demasiado favorable. Le sucedió su hijo Pons, esposo de la viuda de Tancredo, hombre además muy joven y sin experiencia alguna. El gobierno del condado pasaba de hecho a la tutela de Balduino, el cual, en calidad de soberano, tenía derecho a intervenir en los asuntos de Trípoli.

Poco después, Balduino de Bourg daba su hermana en matrimonio a Roger de Salerno, regente de Antioquía. De este modo, las casas de Edesa y de Antioquía se hallaban unidas por un vínculo de parentesco que las costumbres de la sociedad feudal ha-

cían inevitables entre vecinos no enemigos. Al ser además el conde de Edesa primo del rey de Jerusalén, las casas reinantes de los cuatro Estados francos empezaban a adquirir un aire de gran familia feudal. Y, con la generación siguiente, estos vínculos familiares iban a estrecharse más aún[26].

EL REINO LATINO DE SIRIA (HACIA 1140)


1109 TRIPOLI: FECHA DE LA
CONQUISTA POR LOS FRANCOS
0
200 km.

Capítulo 6

El reino franco y sus vecinos (1112-1131).

Religión y política

La situación del reino franco de Jerusalén —que después de la muerte de Tancredo puede considerarse en efecto como reino único— podría compararse a grandes rasgos con la situación que hoy conoce el Estado de Israel, situado también en el mismo territorio y enfrentado con dificultades del mismo tipo: Estado fundado también como consecuencia de una corriente ideológica o religiosa; como aquél, creado por grupos de voluntarios y apoyado desde fuera por activas simpatías que resultaban ser desinteresadas unas y de pura conveniencias otras; y vuelto a sacar continuamente a flote por nuevas oleadas de voluntarios que venían de Occidente y dependiente de Occidente también en lo material. (Aunque todo el interés que el Occidente medieval ponía en el reino franco era naturalmente más amplio y más eficaz que aquel de que se beneficia el actual Estado de Israel). La cuestión es que, en el mundo musulmán, entre el cual había conseguido hacerse sitio el reino, éste debió de suscitar reacciones del mismo tipo y servir de catalizador, de factor de alianza o de discordia, de pretexto para ajustar cuentas o de ocasión a un jefe ambicioso de ganarse la popularidad o de ensanchar sus dominios.

Hemos podido ver que la voluntad de *yihad*, de guerra santa contra los infieles, era algo bastante ajeno a los príncipes musulmanes de la época. Esto no quiere decir que no se creyeran obligados por respeto a la opinión pública a dar muestra de una cierta preocupación por la guerra santa. Hemos visto que el cadí de

Trípoli Ibn-Ammar, que después de varios años de política conciliadora respecto de los francos se había convertido, a pesar suyo, en el paladín del islam gracias a la energía salvaje que desplegó durante cinco años en defensa de la ciudad, fue recibido en Bagdad con los mayores honores por el sultán de Persia, Muhammad. Para ello, el sultán le había enviado su propia embarcación con «el mismo cojín en el que él mismo solía sentarse». En la capital del islam, el sultán y el califa festejaron la presencia del señor de Trípoli, le colmaron de respetos, le ratificaron su amistad y le prometieron mandarle refuerzos… Pero nada hicieron de todo ello. Mientras tanto, otro potentado musulmán, el visir de El Cairo, aprovechaba la ausencia del cadí para arrebatarle la ciudad que tan valerosamente había defendido, haciéndolo en nombre de la guerra santa, a fin de defender mejor Trípoli contra los francos. En realidad, la razón era que para la flota de El Cairo resultaba más factible adueñarse de una ciudad que abría sus puertas a los emisarios del visir que desalojar a los cruzados provenzales del litoral y a las escuadras italianas de las aguas del mismo mar. El visir mandó una escuadra de combate que llegó después de haber sucumbido la ciudad. Había pasado un año antes de que se dispusiera a alzar velas.

Para los jefes de Estado, la idea de guerra santa contra los francos no pasaba de ser un simple deseo piadoso sin gran resonancia política. Pero ninguno de ellos se hubiera atrevido a declararse hostil a la idea. Y poco a poco, a medida que los francos iban echando raíces en el país, a medida que se iban acostumbrando a su presencia, más familiar se hacía la noción de guerra santa a los oídos musulmanes.

En 1108, Abu Tahir, jefe de los ismaelitas de Siria, decidía apoderarse de la fortaleza de Apamea en provecho del rey de Alepo Ridwan, que favorecía a los ismaelitas. Al emir de Apamea, Jalaf, hizo que se le tendiera la siguiente trampa: el cadí de la ciudad de Sermyn, tomada antes por Tancredo, se presentó

ante Jalaf con varias «cabezas de francos» a los que decía haber vencido en un combate y le propuso una alianza en vistas a una acción llevada a cabo en común contra el infiel. Jalaf aceptó y dejó entrar en la fortaleza a los nuevos aliados, los cuales le degollaron esa misma noche. El cadí y Abu Tahir entregaron Apamea a Ridwan. No iba a ser por mucho tiempo. El hijo de Jalaf acudió enseguida al campamento de Tancredo con su tropa de beduinos y gracias a este refuerzo el normando pudo tomar esta ciudad.

Un emir sunní hacía en tal ocasión causa común con los infieles para vengar a su padre y el chiita Abu Tahir resultaba ser adversario de los francos. Pero en el fondo se estaba estableciendo ya entre ismaelitas y francos un acuerdo tácito que ni unos ni otros podían manifestar. Los ismaelitas no deseaban que se les culpara de ser benevolentes para con los enemigos de la religión, y los francos, que conocían la reputación de la temible secta heterodoxa, a la vez poderosa y perseguida, no podían ser cómplices de los «asesinos». No podía haber ninguna relación, al menos declarada, desde el punto de vista religioso, pero los intereses políticos eran otro cantar.

Los francos tenían la gran suerte de que su vecino más inmediato, el selchuquí Ridwan, rey de Alepo, había recibido tanta influencia de la herejía chiita que protegía casi abiertamente a los ismaelitas. Por tanto, y a pesar de las repetidas guerrillas entre los dos príncipes por razones de vecindad, sus relaciones con Tancredo eran antes buenas que malas. Cuando el *atabeg* de Mosul, Mawdud, se dirigió otra vez, en 1111, contra Antioquía, sus soldados fueron atacados y hechos prisioneros por los de Ridwan. Y, sin embargo, en el momento en que el rey de Alepo jugaba a conciencia la carta de los francos, la población de la ciudad, más ortodoxa y menos sensible a las intrigas políticas, se sublevaba, reprobaba la inercia del rey para defender el islam y enviaba delegaciones a Bagdad; y allí, estos ciudadanos de Alepo

amotinaban a la población lanzando una arenga a los «hombres de buena ley», predicando la guerra santa, y llegaban incluso a impedir la celebración de las oraciones públicas del viernes y a destrozar el mimbar del predicador, no por falta de respeto a la religión sino, claro está, en señal de duelo y de protesta. El levantamiento de la población tomaba tales proporciones que el sultán y el califa no lograron apaciguarlo sino con promesas de una campaña inminente contra los francos. Ibn al-Athir nos hace saber que tampoco el viernes siguiente pudieron celebrarse las oraciones debido a que unos musulmanes henchidos de piadoso celo rompieron la verja de la mezquita del patio del califa y rasgaron otra vez el minbar. Hasta que por la presión de estas sublevaciones populares de carácter religioso el sultán Muhammad se decidió, en 1111, a enviar un nuevo ejército contra Edesa y Antioquía.

Un clima de guerra santa empezaba a dibujarse en el islam, aunque era muy débil, pues no sólo Ridwan, sino también el *atabeg* de Damasco, Tughtekin, nada propenso por cierto a favorecer la Shiia, preferían aún más intimidar a los francos por sus propios medios que hallarse bajo el dominio directo de los sultanes de Persia. Como observa Kamal al-Din: «La razón de todo reside en que los príncipes de la época tenían interés en prolongar la ocupación de las tropas francas para mantenerse ellos mismos en el poder».

Sin embargo, como no podían declararse amigos de los cristianos, la propaganda de la guerra santa seguía trabajando en silencio los espíritus de los pobladores musulmanes en espera de que aparecieran jefes enérgicos capaces de explotarla.

La mayoría de las veces eran discordias entre los barones cruzados y no su fidelidad a la religión lo que determinaba su política, pero las relaciones que reinaban entre ellos eran de una suavidad casi idílica comparadas con las que reinaban entre los príncipes turcos. Y, si bien entre los cruzados los miembros de una

misma familia se entendían por lo general bastante bien, en las grandes familias de la aristocracia reinante turca se solía desencadenar un odio cruel entre hermanos. Sucedía a menudo que, nacidos de esposas diferentes y rivales, los hijos de los sultanes no esperaban sino la muerte del padre para declararse la guerra a muerte. Podemos citar como ejemplo a los hijos del gran selchuquí Malik-Shah, quienes pasaron quince años disputándose el trono y el título de sultán; el mismo Malik-Shah no tuvo otro rival más temible que su hermano Tutush; los hijos de Tutush se pelearon a muerte y, Ridwan causó la muerte de dos de sus hermanos antes de subir al trono de Alepo… Entre vasallos y soberanos los contactos no mejoraban en absoluto y, tan pronto como el sultán investía a un *atabeg* con el gobierno de una provincia, éste sólo pensaba en reconquistar su independencia, dispuesto a combatir al propio sultán o, en todo caso, aliarse con sus enemigos.

Si a estos odios fraternales, dinásticos y feudales se añade el odio de los árabes contra los turcos y, para culminar, el fanatismo místico y asesino de los ismaelitas, se verá que la idea de guerra santa contra los francos acababa siendo casi el único punto sobre el cual estos musulmanes desunidos tenían cierta probabilidad de entenderse, caso de decidirse a actuar, es decir; a hacer la guerra. El terreno de este acuerdo no era muy sólido, pero al menos tenía la ventaja de descansar en una idea simple y concreta, a un tiempo que capaz de satisfacer la buena conciencia de todo el mundo.

En la primavera del año 1113 el *atabeg* de Mosul, Mawdud —cuyas hazañas a orillas del Éufrates no se han olvidado— se aliaba con el *atabeg* de Damasco, Tughtekin, con la intención de aplastar definitivamente a los francos. Los dos poderosos aliados atacaron esta vez por el lado de Galilea, y el rey Balduino, que no esperó esta vez a sus aliados y vasallos Pons de Trípoli y Roger de Antioquía para lanzarse a la batalla, fue derrotado y pues-

to en fuga. Pero la catástrofe no fue definitiva, pues los dos príncipes vasallos acudieron en su ayuda y, ante la reunión de las caballerías de Jerusalén, Trípoli y Antioquía, Mawdud no se aventuró a combatir una segunda vez y se retiró a Damasco. No debía dirigir una cuarta campaña contra los francos, pues al salir de la mezquita en Damasco fue asesinado por un ismaelita. Los rumores acusaron a Tughtekin de este crimen (tanto más sentido cuanto que el viejo *atabeg* supo morir como un verdadero santo musulmán), pues era harto sabido que los *atabegs* de Damasco desconfiaban de los de Mosul, plenipotenciarios del sultán. Tanto si Tughtekin era culpable como si no, Balduino I, que no podía sino alegrarse de la muerte de un enemigo poderoso, se creyó obligado a escribir al *atabeg* de Damasco una carta llena de reproches que decía, entre otras cosas: «Un pueblo que mata a su sostén, y esto en día de fiesta y en la casa de Dios, merece que Dios lo extermine de la capa de la tierra…». (Ibn al-Athir).

La diplomática indignación de Balduino muestra hasta qué punto ya se sentía este príncipe franco solidario de los demás príncipes orientales, cristianos o musulmanes. Hacía tiempo que mantenía con Tughtekin relaciones políticas, si no de alianza, sí al menos de frecuentes treguas fielmente respetadas. Él mismo había escrito al *atabeg* de Damasco, al ser éste vencido en 1108 por Guillermo Jourdain, una carta de lo más cordial: «No creas que el fracaso que acaba de sucederte me tiente a violar la tregua. Los príncipes están expuestos a pruebas mucho más duras que la que acaba de caer sobre ti, lo que no les impide restablecer el curso normal de sus cosas…». (Ibn al-Athir). Estas buenas relaciones —también la carta de reproche referente a la muerte de Mawdud constituye una prueba, si no de amistad, sí al menos de una cierta concordia en el terreno humano— iban a evolucionar hacia una alianza verdadera: Tughtekin llegaría a ser el aliado del rey de Jerusalén y del príncipe de Antioquía y lucharía a su lado contra las tropas del emir Bursuq, gobernador de Hamadan

(1115); y el príncipe turco y el rey franco cabalgarían codo a codo «como buenos y leales camaradas» (Guillermo de Tiro, I, p. 493).

El deseo de Balduino de acercarse todo lo posible a los musulmanes que pudieran tener con él intereses comunes es demasiado claro como para dejar de ver ahí el resultado de una política de asimilación constante y deliberada. Él, el guerrero indomable, el primero de los príncipes francos y el defensor del Santo Sepulcro, era el gran promotor de aquella política de alianza con el islam, lo único que podía permitirle seguir con su reino adelante. Pero, si por una parte razonaba como buen político, por otra parecía olvidar —y no lo olvidaba en el fondo— que no sólo su establecimiento en Tierra Santa tenía como causa primera unos incentivos religiosos, sino que toda la suerte y todo el porvenir del reino franco dependía no de combinaciones políticas, sino de pasiones religiosas, explotadas con fines políticos o hasta por puro desinterés. El recrudecimiento progresivo del fervor guerrero musulmán después del primer choque de la cruzada por un lado y, por el otro, el celo religioso de Occidente por la causa de Tierra Santa.

Occidente y la Siria franca

Oficialmente, la religión era inseparable de la política. Un hombre de Estado, ya fuera griego, latino o musulmán, no podía emprender ninguna acción importante sin antes haberle dado un móvil, una justificación, una explicación de acuerdo con los intereses de la religión. No se trataba de demagogia. Era un imperativo moral universalmente reconocido. En Alemania, país inmerso en una lucha abierta contra el Papa, sólo podían responder a dicho imperativo con la creación de un antipapa y declarándose como los verdaderos campeones de la Iglesia. Los turcos trabajaban para la ortodoxia sunní sometiendo bajo su yugo a Ispahan y Bagdad. Alejo Comneno defendía en Asia Menor y en Siria la causa de la Iglesia griega. Los intereses materiales y temporales

de un pueblo no podían concebirse fuera de unos intereses religiosos, lo cual en el fondo era una actitud lógica. No siempre estos intereses coincidían, pero rara vez los segundos se sacrificaban en favor de los primeros de una manera deliberada y oficial.

Pero el caso del reino franco de Jerusalén tenía algo de particular: para Occidente, este reino era una especie de Estado teocrático, cuya verdadera razón de ser era la religión y cuya sola existencia simbolizaba una gran victoria de la cristiandad. La oleada popular de entusiasmo por el Santo Sepulcro se había levantado y había vuelto a caer con bastante rapidez, dejando tras de sí un sabor de amargura y de decepción, pero Jerusalén estaba en manos de los cristianos latinos y, más en concreto, franceses, y el hecho de que un pueblo occidental se hubiera anexionado el verdadero santo de los santos de la cristiandad representaba una fuente de gozo y de orgullo, cuyo alcance no debe minimizarse. Esta Jerusalén lejana e inaccesible, tierra de leyenda y símbolo de las glorias del Paraíso y ahora convertida en cierto modo en suelo francés, reunía condiciones todas ellas susceptibles de crear un complejo de orgullo nacional en el interior de aquellos que nunca se habían movido de su ciudad natal ni habían empuñado una espada. Si bien pasaría medio siglo sin que se llevaran a cabo verdaderas Cruzadas, la conciencia del derecho imprescriptible de la cristiandad latina y francesa a la posesión de los Santos Lugares iría siempre en aumento. Y los pueblos de Occidente, si bien esta aventura en el fondo les conmovía poco, iban a ver su horizonte ensanchado ante la idea de la Jerusalén liberada y de la gesta de Dios por francos.

Poco a poco el vulgo, que había empezado a considerar las Cruzadas como algo suyo, fue vertiendo sobre ellas su imaginación y se esforzó en elevar a la dignidad de héroes de leyenda a los grandes jefes cruzados: Godofredo, Bohemundo o Tancredo. Aunque, paradójicamente, estos héroes reales jamás llegaron a suplantar a las figuras, ya sumergidas en la niebla de un pasado

casi mítico, de Roldán, de Oliveros, del multiforme Guillermo de Orange y, menos que ninguno, del gran Carlomagno con su blanca barba…, el pueblo, incluida la caballería, prefería aún más el sueño a la realidad y, si exceptuamos a Godofredo de Bouillon, cuyo recuerdo pervivió de una manera extrañamente idealizada, los demás héroes de la Cruzada no se transformaron en personajes de leyenda, aun cuando una literatura histórica e historicoépica, escrita en latín, francés, provenzal y alemán, relató y celebró desde el principio del siglo XII las hazañas de los ejércitos de Dios.

El público occidental demostraba viva curiosidad por los acontecimientos de Oriente. La mayoría de las pruebas que nos han llegado se redactaron en latín, lo que significa que iban destinadas a un público restringido; la prensa oral tenía en compensación una importancia capital que hoy nos es difícil imaginar, puesto que en aquella época era usual que los nobles no supieran leer ni escribir. La prensa oral, fiel o no a la realidad, era la fuente de información, y eran muchos los testigos que habían presenciado acontecimientos. Si bien no infundían en el ánimo de los oyentes un anhelo de seguir las huellas de los cruzados, sí supieron mantener un sentimiento de orgullo, de odio contra los sarracenos y de devoción por los Santos Lugares.

De hecho, las hazañas de los cruzados contribuían a aquietar la conciencia del Occidente latino. Pero la corriente general en los países de Occidente era la de dejar que reyes de Jerusalén y príncipes de Antioquía lucharan en un Oriente lejano por la gloria de la cristiandad y prefería creer que Dios había destinado a los francos de una vez para siempre la posesión de Jerusalén.

Si un poder había que siguiera interesándose en la causa de los Santos Lugares, éste era la Iglesia romana en la persona de los papas, quienes consideraban, y no sin razón, que la conquista de Tierra Santa era una obra magna, cuya responsabilidad la Iglesia había asumido, si no del todo, al menos en parte[27]. La recon-

quista de Palestina era de provecho para la Iglesia, la cual vio realzado su prestigio, además de enriquecerse con dos de los más venerables patriarcados, Antioquía y Jerusalén, arrancados casi por la fuerza de manos de la Iglesia griega. Estos patriarcados fantasmas, cuyos patriarcas estaban impuestos por el poder secular local, no añadían gran cosa al poder real de la Iglesia, pero su existencia, al igual que la de los dieciocho obispados que le estaban supeditados, se convirtió muy pronto en una cuestión de prestigio sobre la cual los papas no tenían la intención de transigir. Poco importaba al parecer a Pascual II que el patriarca de Jerusalén fuera un clérigo sin escrúpulos que hubiera alcanzado su dignidad a fuerza de intrigas. Poco importaba en efecto, pues lo esencial era que la cristiandad latina creara en Oriente un núcleo susceptible con el tiempo de desarrollarse y de someter a la influencia de Roma las provincias de Oriente, donde jamás hasta entonces había logrado penetrar. (El Papa no ignoraba que esto sería motivo de conflictos irresolubles con la Iglesia griega, y había adoptado ya su postura al respecto. En efecto, su prevención frente a los griegos quedaba probada al haber querido lanzar una Cruzada contra ellos. En consecuencia, tampoco el Papa pensaba aceptar los derechos del Imperio bizantino sobre Siria).

Basta leer el libro *Itinerarios de Jerusalén* para darse uno cuenta de hasta qué punto, para los cristianos de la Edad Media, fuesen de Oriente o de Occidente, Tierra Santa era merecedora de este nombre. El piadoso y secular ingenio del pueblo había transformado a la Tierra toda —no solamente Jerusalén, cuyo poder de atracción era demasiado evidente, sino cada ciudad, cada fuente y cada roca— en lugares santas. Durante los primeros siglos del cristianismo y todavía más después de la conversión de Constantino, varios arqueólogos, más interesados por la edificación de los fíeles que por la veracidad histórica, habían descubierto incluso los sitios en que se forjaron los clavos de la Pasión, donde se acuñaron las treinta monedas de Judas y hasta el emplaza-

miento exacto en que David tomó del suelo la piedra para matar a Goliat. El hecho más ínfimo de la vida terrena de Cristo y de la de los profetas y patriarcas del Antiguo Testamento quedó así localizado y asociado a tal o cual roca o capilla o pozo. Hasta la estrella que había guiado a los Reyes Magos había caído el día de la Epifanía en el fondo de las aguas de un pozo cerca de Belén, donde se hallaba ahora aprisionada.

Importantes peregrinaciones y otras de menor envergadura en estos lugares, todos ellos santos en un modo u otro, pero santos al fin y al cabo, hacían de la tierra que pisaban sin cesar los cascos de los caballos de Balduino y de Tancredo y de los reyes de Damasco y del visir de El Cairo una especie de santuario inmenso, una tierra de milagros bajo una bóveda de invisibles estrellas. Fue muy grande el ansia de peregrinación ya en el siglo XI, pero en el XII, desde la liberación de Jerusalén, Tierra Santa llegó a constituir para la piedad occidental —en su forma vagabunda y activa que es la peregrinación— un polo de atracción más poderoso aún que antes.

Sin embargo, la Cruzada había hecho impracticable el antiguo camino por tierra que pasaba por Constantinopla, el Bósforo, Asia Menor y Siria y que los peregrinos tomaban antaño divididos en grupos más o menos numerosos, los cuales, afrontando toda clase de riesgos, atravesaban más de tres mil kilómetros de territorio amigo u hostil para encontrar al final Jerusalén. Ningún peregrino cristiano podía ya arriesgarse por aquel camino, donde habían sido aniquilados cuatro grandes ejércitos. Quedaba la vía por mar, no muy segura tampoco a causa de los piratas. (Alberto de Aix afirma que sólo en el curso del año 1102 habrían sucumbido en manos de los piratas trescientas naves de peregrinos, con un total de ciento cuarenta mil personas. Por exagerada que parezca esta cifra, el hecho de que sea un contemporáneo quien la avance permite pensar en lo terrible que debía ser en la época la piratería). El peligro de ser capturado por los piratas era

verídico, así como también el peligro de naufragio. Muchos peregrinos hubieran preferido caminar por tierra firme antes que poner los pies en una nave. El viaje por mar tenía además un alto precio, al menos en el siglo XII, por lo que sólo podían emprenderlo personas de una relativa fortuna.

Pero si bien la peregrinación a Tierra Santa era una empresa extremadamente difícil que requería enormes sacrificios, en el siglo XII, al estar el territorio de Jaffa a Jerusalén en manos de cristianos, el peregrino que desembarcaba en uno de los puertos de la costa siria podía tener casi por seguro que llegaría sin otro impedimento a la ciudad santa. Y, sobre todo, podía visitar Jerusalén y todos los santuarios de Judea, de Galilea y de Samaria con la feliz certidumbre de hallarse en un país cristiano, de no ver la media luna del islam en el campanario de las iglesias, y de ver que un clero cristiano y latino reverenciaba, servía y cuidaba cada uno de los lugares de peregrinación. La Jerusalén cristiana, la Jerusalén de los cruzados y del reino franco, se convertía en la ciudad-templo, la ciudad adonde de todos los rincones de la cristiandad, ya fuera latina o griega, ortodoxa o herética, afluían los peregrinos que rivalizaban en fervor y se aglomeraban en masa en el Santo Sepulcro y en el Gólgota y en todos los santuarios de la ciudad y de los alrededores con una libertad jamás conocida en tiempos de la dominación musulmana.

Este poder adorar a Jesucristo en los mismos lugares en que vivió, y con toda libertad, con toda la dignidad, con toda la pompa y el fervor que puede exigir la gravedad del acto; el poder adornar y enriquecer las iglesias y construir otras nuevas y fundar conventos en la proximidad de los Lugares Santos; en suma, el privilegio de ver convertido el lugar más santo de la Tierra en verdadero centro de peregrinación era un logro que la cristiandad debía a los cruzados y al reino de Jerusalén. Ello era para el Occidente cristiano la verdadera función y el gran mérito de aquellos en cuyas manos descansaba el reino.

El guardián del Santo Sepulcro, Balduino I, era, pues, en cierto modo uno de los altos dignatarios de la cristiandad, sobre quien recaía una misión sagrada. No sólo su reino aseguraba la libertad de la peregrinación, sino que además el hecho de que los cristianos tuvieran este lugar era prueba de que Dios velaba por éstos en general y en particular por la Iglesia romana. Antes de la Cruzada, parecía como si la cristiandad hubiera olvidado este hecho, pese a dos serios esfuerzos de los bizantinos en los siglos IX y X para reconquistar Tierra Santa. Pero en el siglo XII, y sobre todo en Occidente, nadie dudaba de las enormes ventajas espirituales que a los cristianos confería la posesión de Jerusalén.

Los peregrinos —gente civil y militar— fueron desde un principio muy numerosos. Unos y otros peregrinaban a los Santos Lugares y volvían a marcharse. Los militares cumplían con su período de servicio en el ejército del rey de Jerusalén en espera de poder embarcar de nuevo. Colocándose bajo el signo de las banderas de Dios, tenían la impresión de estar sirviéndole al igual que se sirve a un señor terrenal. En 1110 el rey de Noruega, Sigurd, trajo allí a toda una escuadra, y los piadosos vikingos, después de haber venerado el Santo Sepulcro, ayudaron a Balduino a conquistar Sidón. Los cruzados italianos también eran en su mayoría marinos, los cuales venían con las escuadras a la vez guerreras y mercantes de las grandes repúblicas de Pisa y Génova. Esto permitió que Balduino, Bertrán de Trípoli y Tancredo se adueñaran de la costa. Pero, aparte de esta preciadísima pero limitada intervención, los Estados francos no recibieron refuerzos en hombres. Y en Tierra Santa la gente se moría enseguida, pues las batallas eran a muerte incluso para los caballeros y no todo el mundo soportaba el clima de aquellas tierras. Los caballeros cruzados hacían venir a sus parientes y amigos de ultramar; los cuales apenas servían para cubrir las bajas que los combates habían dejado en las filas de sus compañeros de Tierra Santa. Según Ibn al-Athir, a los turcos no les era difícil hacerse con

«cabezas de francos», aun sin mediar una operación militar verdadera…

Los nuevos cruzados llegaban por pequeños contingentes y quedaban encuadrados por los más antiguos, hasta su asimilación. A pesar de lo cual, ya a principios del siglo XII se dejaba sentir una diferencia de mentalidad entre los cruzados de la primera época y los demás, diferencia que con los años no iba sino a acentuarse. Bajo el reinado de Balduino I, no había aún antagonismo alguno y la posición de los pioneros de la guerra santa era por el momento aún demasiado sólida. Pero ya hombres como Balduino I, Balduino de Bourg y Tancredo, cuyo mérito y cuya equivocación a la vez consistía en aguantar firme y sobrevivir, quedaban sacrificados en manos de la opinión pública en favor de los grandes desaparecidos: Godofredo, Bohemundo… Eso se percibe en los relatos de los historiadores de la época. Cada vez la nueva generación de cruzados tendría más reproches que hacer a los de la vieja guardia.

Por más que lo pretendiera, Balduino I no era el dueño absoluto de su reino. Las cuestiones de Tierra Santa afectaban a toda la cristiandad, y en muchas ocasiones los reyes de Jerusalén habrían de comprobarlo. Dependientes en muchos aspectos de Occidente, su política habría de doblarse a las exigencias de los diversos poderes occidentales, no precisamente los Estados de Occidente, sino las verdaderas potencias, ya fueran internacionales como la Iglesia, ya fueran supranacionales y al mismo tiempo particularistas como las repúblicas mercantes, y, por último, al poder influyente que ejercía la opinión pública de puertas afuera, desunida e interiormente homogénea como era la caballería de Occidente. Aquellos francos que se labraban un reino en Palestina con la ayuda de la cristiandad católica y para beneficio de ésta tenían que estar siempre considerando todas aquellas fuerzas que de un modo u otro se sentían interesadas por la gran cuestión de Oriente.

De los primeros príncipes francos, Tancredo había sido el más independiente, el más codicioso y quizás el más ambicioso. En quince años de guerra santa había terminado por comprender que ni tan siquiera su principado de Antioquía podía salvaguardarse ni ensancharse poco más sino a base de un esfuerzo diario y de una incesante política de equilibrio respecto de los vecinos no cristianos. Él, que ante los enviados de Alejo Comneno se gloriaba de ser «un segundo Niños, el gran asirio» tan fuerte como para atravesar con su lanza las murallas de Babilonia (Bagdad), en el fondo sabía que el islam representaba una fuerza inmensa y que tenía un gran valor el hecho de haber logrado labrarse un feudo en una provincia semicristiana y en las fronteras del Imperio selchuquí. Pero los cruzados occidentales que desembarcaban en los puertos de Siria lo ignoraban o fingían ignorarlo. Su único programa era, en suma, la lucha sin cuartel contra el islam, la cual estaba destinada a traer consigo el triunfo total y definitivo del cristianismo.

Los caballeros de elevado y también de menor rango que resolvían emigrar a Oriente no eran sin duda unos fanáticos dispuestos contra viento y marea a exterminar al árabe y al turco por la mayor gloria de Dios. Pero resulta curioso comprobar que dicho estado de ánimo estaba más extendido entre los cruzados más tardíos que entre los de la primera expedición. Un cierto espíritu de exaltación guerrera, nacido en Occidente después de las victorias de los cruzados, fue importado a Oriente. El mito del turco o del sarraceno que en dos decenios había pasado a ser el enemigo tradicional tanto de Dios como de la caballería cristiana se divulgó en Occidente, si bien no en el Oriente latino donde no había sarraceno alguno que pudiera considerarse como un mito. Y, a mediados de siglo, la Segunda —o mejor Tercera, si contamos la expedición de 1101— gran Cruzada, la primera que fue de los reyes, pondría claramente al descubierto el divorcio

entre la actitud de los cristianos de Occidente frente a Tierra Santa y la política de los francos de Siria.

Fin del reino de Balduino I

A lo largo de sus dieciocho años de reinado, Balduino tuvo sobrado tiempo para valorar las dificultades, la complejidad, las ventajas y los inconvenientes de este Estado tan particular que era su reino. Como cualquier otro soberano enérgico, miraba ante todo por su independencia, sin duda precaria y necesitada de la intervención de refuerzos de Occidente, consistentes en hombres, dinero, armas y hasta víveres, pues Palestina no producía suficiente carne ni cereales. Esta dependencia material impedía al rey erigirse en dueño absoluto. Para calmar el interés de sus aliados pisanos y genoveses, les concedía privilegios comerciales en los puertos y ciudades que él ocupaba, lo que empobrecía su tesoro. Frente a la Iglesia había logrado imponer en el patriarcado a un hombre que él podía considerar de su creación y había sabido servirse con mucha habilidad de sus privilegios de protector del Santo Sepulcro. Jamás la razón de Estado quedó hasta tal punto confundida con el servicio a Dios.

El reino de Jerusalén percibía considerables beneficios de las peregrinaciones, ya que, si bien el gobierno real no hacía como los musulmanes, que exigían un impuesto por el derecho a visitar los Santos Lugares, se desquitaba de ello reclamando para sí una tercera parte sobre el total del precio del viaje por mar de los peregrinos, sin contar tasas y peajes diversos; y tenía también derecho a una parte de las donaciones que los peregrinos hacían a los conventos y a las iglesias. La afluencia de peregrinos favorecía como es natural el comercio, pero ahí el gobierno no tenía parte ninguna o muy reducida en los beneficios, pues las repúblicas comerciales estaban celosas de su monopolio.

Recordemos que Balduino se había casado con una mujer armenia, hija del príncipe Thatoul (o Taphnuz), llamada Arda.

Pues bien, la influencia de los armenios en Palestina era prácticamente nula, pues hacía tiempo que se había agotado el dinero de la dote y su esposa se convertía en un peso inútil para Balduino, quien la repudió y la obligó a ordenarse, alegando que en un viaje por mar de Laodicea a Jaffa unos piratas la habían violado. (En realidad, la conducta ulterior de la reina permite creer que no era precisamente un modelo de virtud, si bien tenía excusas para ello, con un marido siempre ausente y muy poco fiel como el suyo). El rey de Jerusalén buscaba ahora a una mujer rica.

Su elección recayó sobre Adelaida, viuda heredera de Sicilia y madre del príncipe normando de Sicilia, Roger. Era una de las mujeres más ricas de Occidente. Esta mujer, de edad ya madura, aceptó tanto por la gloria de convertirse en reina de Jerusalén como para servir los intereses de su hijo, pues quedó convenido que si no daba ningún heredero a Balduino, cosa muy poco probable, la corona de Jerusalén pasaría después de la muerte de su esposo a Roger de Sicilia. Llegó la prometida del rey a Tierra Santa, con dos trirremes y siete navíos repletos de oro, plata, objetos y telas preciosos y magníficas armaduras. El esplendor de su cortejo, de sus vestidos y de la recepción que le brindó Balduino —cuya descripción nos hacen maravillados Alberto de Aix y Guillermo de Tiro— contrastaba de modo extraño con las figuras mismas de los que se iban a casar, que nada tenían por cierto de pareja de cuento de hadas. La princesa de Sicilia, aunque un tanto molesta al enterarse de que su prometido tenía una esposa viva aún, quedó unida en solemne matrimonio al rey de Jerusalén por manos del patriarca Arnaldo Malecorne. Balduino mandó enseguida trasladar a los subterráneos los tesoros que la nueva esposa había traído en dote. El día en que lo hubo gastado todo para la defensa del Santo Sepulcro, o sea, cuatro años después de la llegada de Adelaida a Tierra Santa, aprovechó una grave enfermedad contraída por una herida casi mortal en los riñones para sentir remordimientos acerca de su bigamia.

El mismo Arnaldo, que le había aconsejado y luego bendecido la unión, le hizo comprender que no podía seguir viviendo en estado de adulterio. En realidad, la proximidad de la muerte había hecho comprender al rey el peligro que representaba dejar su herencia a Roger de Sicilia. Echó a la infortunada mujer de la manera más humillante. Despojada de su fortuna (que Balduino hubiera podido devolverle con dificultad, pues nada tenía ya) y ridiculizada ante todo Occidente, sólo le quedó ir a llorar en brazos de su hijo.

Roger riñó con Balduino y se negó a proporcionarle en adelante víveres y transporte de mercancías al reino de Jerusalén. Balduino prefería aún esto al riesgo de ver su obra destruida o en manos extranjeras, es decir, de ver a su reino de Jerusalén convertido en una dependencia del principado normando de Sicilia.

Parecía que había calculado su boda como una jugada sucia, apropiándose de los tesoros de Adelaida del mismo modo que antaño amenazara apoderarse de las riquezas del Santo Sepulcro. La defensa de Tierra Santa lo justificaba y cubría todo. Y era sincero al respecto. Su pasión por aquella tierra, por aquel pequeño reino tan débil y amenazado y a un tiempo tan grande, por lo que representaba y por los muchos santuarios que encerraba, no ofrece lugar a duda. Había llegado a ser para él una segunda vocación. Balduino de Bolonia se había transformado tan perfectamente en rey de Jerusalén que de él podía decirse lo que decía Foucher de Chartres refiriéndose a los colonos de Tierra Santa: «Hemos olvidado nuestras tierras de origen. ¿Quién se acuerda si no?». Jerusalén lo había conquistado en cuerpo y alma.

En marzo de 1117, en una de sus expediciones contra las tribus árabes del interior, una lanza hirió a Balduino en el riñón, por lo que su vida peligró durante un tiempo. Fue entonces cuando decidió expulsar a su tercera e «ilegítima» esposa. Tenía entonces entre cincuenta y cinco y sesenta años y, si bien se repuso de la herida, nunca más había de recobrar la salud. No por

ello renunció a sus guerras, destinadas sobre todo a extender el reino hacia el sur y el sudeste, y ora a caballo, ora transportado en litera, seguía llevando sus hostilidades contra los fatimíes de la costa y condujo incluso sus incursiones hasta el delta del Nilo.

Ibn al-Athir le atribuye el propósito de conquistar Egipto en aquel momento. Pero el cronista árabe ignoraba hasta qué punto Jerusalén andaba escasa de hombres; las campañas de Balduino se limitaban a simples razias con el fin de engañar al gobierno de El Cairo y quitarles las ganas de atacar los territorios francos. Eran contados los días que le quedaban al rey de Jerusalén. Sin duda él no lo sabía o no quería saberlo. En marzo de 1118 penetraba en Egipto con su pequeño ejército de doscientos caballeros y cuatrocientos soldados de infantería y sin lucha alguna se apoderó de la ciudad de Farama, cuyos habitantes, ante la llegada de los francos, habían evacuado a toda prisa. Desde allí alcanzó el delta del Nilo.

«Al ver este río —dice Guillermo de Tiro— quedó maravillado y con mucho gusto lo contempló, ya que se dice que este brazo [del Nilo] proviene de uno de los cuatro ríos del Paraíso» (Guillermo de Tiro, p. 508). Este breve saludo al gran río fue la última alegría del rey de Jerusalén. Sintiendo que su mal empeoraba, decidió precipitar su regreso a Judea y por el camino murió, al llegar a Al-Arish, a doscientos kilómetros de su capital (2 de abril de 1118). Sus compañeros trajeron su cadáver embalsamado hasta Jerusalén.

Al morir, Balduino no designó sucesor, negligencia que no deja de sorprendernos por parte de un hombre que llevaba un año sabiéndose condenado. Si bien había hecho lo necesario para apartar del trono de Jerusalén a Roger de Sicilia, no se le había ocurrido (ni siquiera en marzo de 1117, cuando se veía próximo a morir) arreglar oficialmente el asunto de su sucesión. Es evidente, no obstante, que sólo podía considerar la posibilidad de dejar paso a un miembro de su familia. Ni su caballería ni su cor-

te hubieran aceptado como legítimo a un soberano que no hubiera sucedido al rey por vía hereditaria[28].

La primera idea, que tuvieron los barones jerosolimitanos fue pues la de acudir al pariente más próximo del difunto rey, su hermano mayor Eustaquio, conde de Bolonia. Eustaquio había participado en la Cruzada junto a sus dos hermanos menores y había vuelto a Occidente después de la toma de Jerusalén. Llevaba dieciocho años gobernando su condado de Bolonia y jamás había manifestado el deseo de establecerse en Tierra Santa. Este barón había pasado ya de los sesenta, y no era seguro que a su edad quisiera lanzarse a una vida de aventuras. No obstante, se le mandó una delegación. Los barones de Jerusalén le anunciaban la muerte de su hermano y en nombre de los intereses de la cristiandad le invitaban a que aceptara la corona de Jerusalén.

Había sin embargo otro partido que proponía un candidato con menor parentesco, menos próximo, pero que presentaba la ventaja de vivir en aquellas mismas tierras y hasta de encontrarse —por una casualidad que no resulta difícil explicar— en la propia ciudad de Jerusalén, donde había ido con ocasión de la Pascua: Balduino I, conde de Edesa y primo hermano de Balduino. ¿Acaso no valía más elegir sin más demora a un rey de sobra conocedor de Tierra Santa, antes que dejar a un reino sin rey durante meses en espera de una hipotética aceptación del conde de Bolonia? Los principales abogados de Balduino de Bourg fueron el patriarca Arnaldo Malecorne y Jocelin de Courtenay. Este último parecía menos interesado en el asunto, ya que su primo, Balduino de Bourg, le había expulsado cinco años antes del condado de Edesa y confiscado el feudo.

En contra de la legitimidad más estricta, se acabó eligiendo a Balduino de Bourg, pero —al decir de los cronistas— por unánime acuerdo de los barones presentes. Era la solución más razonable. El conde Eustaquio, el cual, por deber más pronto que por ambición, había aceptado la corona que se le había ofrecido,

se enteró de la coronación de su primo cuando ya había realizado entonces, con toda solemnidad y a costa de muchos dispendios, la mitad del viaje a Tierra Santa. En el sur de Italia, en la región de Apulia, unos mensajeros fueron a anunciarle la noticia. El séquito de Eustaquio no lo tomó a bien, pero el viejo barón, que tenía un carácter enteramente razonable, declaró que él no iba «por envidia» a hacer la guerra «en una tierra en cuya defensa sus dos hermanos habían muerto tan santamente».

El conde de Edesa, antiguo adversario de Tancredo, esposo de la princesa armenia Morfia y opresor de los armenios, subía al trono de Jerusalén. Aparte de todo lo que podía reprochársele, era un hombre de guerra intrépido, de gran experiencia y viejo combatiente en Tierra Santa. Jocelin de Courtenay, que había contribuido a su elección, recibió en recompensa el condado de Edesa.

Cuatro años más tarde, Jocelin de Courtenay, prisionero del emir ortuquí Balak, respondió a este último ante la promesa de la libertad a cambio del condado de Edesa: «Somos como camellos que van cargados de literas; cuando uno de estos camellos perece, se pasa la carga a otro; de igual modo, lo que poseemos está ahora en otras manos». Dieciocho años antes, el mismo Jocelin, de acuerdo con Balduino de Bourg, se resistía tanto a ver pasar su feudo a manos de los normandos que no vacilaba en aliarse con los turcos con tal de hacer la guerra a Tancredo. Este momento había pasado ya. Con la experiencia de los años, el feudalismo franco de Tierra Santa empezaba a tomar conciencia de esta solidaridad de raza o de religión que en sus comienzos tanto le había faltado sólo porque entonces su existencia no se concebía aún en Occidente. Balduino I había sido sin duda el primero en concebir esta solidaridad y dar ejemplo de ella. Supo asumir en la medida de sus posibilidades su función de protector para con los primeros vasallos del norte de Siria, a quienes jamás trató como rivales. La política de los príncipes francos no iba a ser un

modelo de cooperación ni de concordia. Pero para los reyes de Jerusalén el camino estaba ya trazado: ellos se convertían por derecho y de hecho en los verdaderos soberanos de todos los francos de Siria.

Balduino II

Balduino II no hubo de imponer su autoridad. Sucesor de un hombre autoritario, heredaba por un lado el prestigio de su primo; y, por otro, su trato más agradable le hizo más popular. Los cronistas ensalzan su piedad —tenía callosas las manos y las rodillas a fuerza de arrodillarse y prosternarse—, la dignidad ejemplar de su vida privada, su sobriedad y su sencillez de modales y de vestido. A estas virtudes tan estimables a ojos de los eclesiásticos, se unían sus cualidades de jefe de guerra y su bravura casi excesiva que le granjeaba la estima de sus caballeros. Desde los comienzos de su reinado (1120), adquirió una gran popularidad entre la población civil, tanto latina como indígena, al suprimir toda clase de tasas, impuestos y derechos de aduana para facilitar el comercio de la ciudad de Jerusalén. Pero establecería y consolidaría su autoridad sobre todo a causa de las trágicas circunstancias que durante largos años dejaron sin dueño el principado de Antioquía. Balduino II supo asumir hasta su muerte la regencia y la defensa del principado, a tal punto que los francos de Antioquía se vieron obligados a volverse hacia el rey como su protector natural.

El conde de Trípoli, que al principio se negó a prestar homenaje al nuevo monarca, tuvo que someterse para evitar toda guerra con Balduino y por la lealtad jerosolimitana de su propia caballería. Más tarde, dos de las hijas de Balduino II se casaron con jefes de dos grandes dinastías vasallas: una con el príncipe de Antioquía y la otra con el hijo del conde de Trípoli. Su política se orientó hacia un constante desarrollo de las buenas relaciones entre los latinos de Oriente y, a su muerte, este veterano de la Primera Cruzada dejó un reino consolidado basado en la legiti-

midad dinástica y con unas tradiciones propias, un pasado, si no largo, ilustre, y una personalidad propia.

Este hecho no se debió al solo mérito de Balduino II, aunque el reino, apenas formado todavía, se apoyaba en la persona del rey como una planta en su rodrigón, y no fue poco el mérito de Balduino II al conseguir en un Estado tan dispar, tan precario y tan expuesto a contradicciones interiores como a peligros externos mantener una apariencia de orden y hacer posible la implantación de un control más efectivo.

Ager Sanguinis

Después de la muerte de Tancredo (1112), el sobrino de éste, Roger hijo de Ricardo de Salerno, se había quedado gobernando Antioquía en nombre del pequeño Bohemundo II Roger no era un veterano de Tierra Santa como su padre. Había pasado su juventud en Sicilia y de Occidente había llegado allí ante la llamada de los vasallos de Tancredo. Era un hombre de carácter impetuoso y conocido por su valor guerrero. Hubo de hacer frente a tan inmensos despliegues de fuerzas turcas que apenas puede acusársele de haber llevado a cabo una política de agresión. Pero era un amante de la guerra por la guerra misma. «Era —dirá de él Guillermo de Tiro— lujurioso hasta el extremo, sin ningún respeto por su matrimonio ni el de los demás, avaro y codicioso mucho más de lo debido en un hombre de su rango; pero era, sin lugar a duda, un caballero valiente y seguro de sí[29]». Roger de Salerno fue uno de los más brillantes jefes de guerra que haya conocido el Oriente latino. Defendió la tierra de Antioquía contra los ejércitos de Mawdud y luego los de Bursuq, gobernador de Hamadan, con una energía tal que le valió la admiración y el terror de los mismos musulmanes; al luchar ponía todo su ardor de vikingo, un fervor de cruzado y el ímpetu vital de quien se siente gozoso de arriesgar su vida y de verter sangre. Un hombre de tal carácter no necesitaba apoyarse en el pretexto de la guerra santa para combatir, pero, de los príncipes francos, fue el prime-

ro en encarnar este espíritu «cruzado», esta embriaguez de la guerra santa que los grandes jefes de la Primera Cruzada no habían conocido.

Después de haber rechazado los ataques de los turcos de Mosul y del *atabeg* de Hamadan, y de haber obtenido una brillante victoria en Tell-Danith contra el gran ejército de Bursuqi (septiembre de 1115), impuso prácticamente su soberanía en el reino de Alepo, que, después de la muerte de Ridwan en 1115, había quedado en manos de un joven príncipe incapaz y de su preceptor, un eunuco ambicioso, y conquistó las fortalezas de Azaz y de Biza y luego Marqab, en Armenia Menor, sin dejar de soñar en nuevas conquistas.

En 1119 la tregua con los gobernadores de Alepo había tocado a su fin y Roger de Salerno se dispuso a conquistar esta ciudad. Pero los musulmanes habían llegado a temerle demasiado. Las mismas victorias que había obtenido contra las tropas de Bursuq, mucho más numerosas que las suyas, hacían más peligrosa su situación. Ante la amenaza que pesaba sobre Alepo, una de las mayores ciudades de la Siria musulmana, el emir de Diyar Bakr, Il-Ghazi, y el *atabeg* de Damasco, Tughtekin (antes aliado de Balduino I y enemistado ahora con Balduino II), reunieron todas sus fuerzas y marcharon apresuradamente hacia la ciudad, expuesta a caer de un momento a otro en poder de los francos. Llamaron en su ayuda a Tughan-Arslan, emir de Bitlis en Armenia Mayor, y obtuvieron la alianza de los emires munquidíes de Shaizar, árabes vecinos del principado de Antioquía. Esta vez, la imprudencia de Roger de Salerno movilizaba contra Antioquía a una auténtica coalición de fuerzas musulmanas.

Roger recurrió al rey Balduino II y al conde de Trípoli, los cuales reunieron sus fuerzas y fueron a socorrer al príncipe de Antioquía. Pero este último no tuvo paciencia para esperarles, y con todo su ejército de caballeros francos, soldados de infantería, sirios y turcoples, se presentó ante el gran ejército turco. En la

batalla traía consigo la gran cruz brillante de pedrería que se veneraba en la gran basílica de Antioquía. Esperando encontrarse con el ejército de Il-Ghazi, el emir de Diyar Bakr, antes de unirse con el *atabeg* de Damasco, fue a plantar su tiendas a la entrada de un «estrecho desfiladero entre dos montañas» (siguiendo la expresión de Kamal al-Din), a medio camino entre Alepo y Antioquía, cerca de Al-Balat.

A decir verdad, Roger de Salerno no escogió por voluntad propia el peligroso honor de enfrentarse solo con el adversario. Él quería esperar a las tropas del rey, pero los vasallos de la región de Antioquía le pidieron que alejara a su ejército de sus tierras, por miedo a verlas saqueadas por los turcos. El príncipe de Antioquía tuvo que adelantarse al enemigo. La posición que había tomado era ventajosa en caso de rápido ataque del ejército adversario, pero peligrosa frente a una prolongada espera. Cuando habían pasado ocho días, en el momento en que el ejército franco empezaba a ser víctima del hambre y la sed, Il-Ghazi, sin esperar a sus aliados —ni a los del príncipe de Antioquía— atacó con sus cuarenta mil (?) turcomanos.

Roger de Salerno tenía setecientos caballeros además de tres mil soldados de infantería reclutados en su mayoría entre la población local. Después de rodear el pequeño ejército franco, cortándole así el camino de retirada, Il-Ghazi atacó. Enseguida Roger y los suyos se vieron perdidos, y sólo les quedó la esperanza de vender cara su piel a los turcos. Todo el ejército quedó destruido y, si hubo quienes no murieron en el combate, éstos hubieron de envidiar más tarde la suerte de sus camaradas. Al príncipe Roger le mataron al pie de la gran cruz, y los vencedores se llevaron como trofeos su cabeza, las armas y la cruz recubierta de piedras preciosas. Roger de Salerno era el primer príncipe de Antioquía que moría en combate; pero no iba a ser el último.

De los hombres de su ejército, sólo pudieron huir —según Gautier el Canciller— unos ciento cuarenta. El condestable de

Antioquía Reinaldo Masoier, después de haber hecho retroceder a los turcomanos, fue rodeado en la torre de Sarmeda y opuso tan sorprendente resistencia que Il-Ghazi le perdonó la vida. A los prisioneros se les dio muerte allí mismo, y a los demás se les arrastró hasta Alepo, donde se les paseó en triunfo ante el escarnio de la muchedumbre que, después de haber esperado con ansiedad el resultado del combate, festejaba la gran victoria del islam. Al día siguiente de la batalla, la plebe linchó a una parte de los cautivos.

Il-Ghazi, emir turcomano, vasallo secundario de los selchuquíes, había infligido a los francos una derrota como nunca éstos habían sufrido desde su establecimiento en Siria. Fue un gran día para el islam sirio, tanto más cuanto que Roger de Salerno, heredero de Bohemundo y de Tancredo, gozaba de un prestigio militar inmenso. En sus siete años de reinado en Antioquía, «Sirojal» (del francés *Sire Roger*) había logrado ensombrecer las hazañas de su tío.

El campo en que había tenido lugar la batalla quedó en las crónicas latinas y pasó a la Historia con el nombre de «Campo de Sangre», el Ager Sanguinis.

Al enterarse de la gran nueva, el califa de Bagdad, Al-Mustazhir, acordó dar a Il-Ghazi el título de «Estrella de la Religión». (Nachn al-Din) y los poetas lo celebraron en sus cantares. «… ¡El Corán se ha regocijado del triunfo que tú le has traído, y el Evangelio ha llorado la muerte de sus hijos!». (Al-Adhomi, citado por Ibn al-Athir). El triunfo de Il-Ghazi hubiera podido tener consecuencias incalculables si inmediatamente después de la batalla éste se hubiera lanzado contra Antioquía, vacía de defensores y sumida en el terror y la desolación.

Se entretuvo embriagándose, según los alegatos del emir munquidí Usama ibn-Munqid. «Cuando Il-Ghazi bebía licores fermentados, contraía una fiebre que le duraba veinte días. Des-

pués de exterminar a los francos, bebió y tuvo un violento ataque de fiebre. Cuando sanó, el rey Balduino había llegado ya a Antioquía» (Usama, I, p. 117). Antioquía, cuyo patriarca Bernardo de Valence había tomado las riendas del gobierno y donde la cuestión entonces más acuciante era la de impedir la revuelta de la población indígena, no fue sitiada y, por consiguiente, pudo abrir las puertas al rey de Jerusalén. Al día siguiente del desastre, los francos que quedaban en la ciudad recibieron a Balduino II como a un salvador. Lo único que pudo ver fue las dimensiones de la catástrofe. La caballería normanda, la más densa y batalladora de la Siria franca, ya no existía. Su ejército y el del conde de Trípoli sumaban entre ambos doscientos cincuenta caballeros (pues quedaba una parte de caballería en la guarnición de Jerusalén y en Judea). Con los hombres que había podido traer Jocelin conde de Edesa y los que quedaban aún en Antioquía el rey pudo reunir setecientos caballeros. Pero a las tropas de Il-Ghazi acababa de unirse el poderoso ejército del *atabeg* de Damasco, que, si bien no había llegado a tiempo para la primera batalla, confiaba en poder sacar por lo menos beneficio de la segunda.

El 14 de agosto (un mes después del exterminio del ejército normando), Balduino II libró la batalla decisiva. Decisiva en efecto, porque, si bien no fue una victoria, pues cada uno de los contendientes pretendía haber derribado al contrario, tampoco fue una derrota para los francos, quienes, aun con pérdidas considerables, quedaron dueños del campo de batalla sin batirse en retirada antes del día siguiente, mientras que el ejército turco abandonó el mismo día. Esta segunda batalla de Tell-Danith, cuatro años después de la primera —aquella gran victoria sobre Roger de Salerno— salvaba Antioquía y con ella toda la Siria franca del norte. Había sido necesario todo el desesperado valor de los cruzados y la protección de la Vera Cruz, que el obispo de Cesarea, Ebremar (antiguo patriarca de Jerusalén), había llevado

en alto, en medio del tumulto de la batalla, y blandido por encima de la multitud de combatientes para exaltar su valor.

También habían sido necesarias ardientes plegarias por parte del patriarca, de los obispos, de los caballeros y de Balduino II en persona, el cual antes de partir visitó todas las iglesias de Antioquía descalzo y en hábitos de penitente. No era ya cuestión de conquista, sino de lucha por la vida. Los hombres peleaban aquel día con el recuerdo muy próximo de los miles de muertos del Ager Sanguinis, con la visión llena de los horrores de la matanza, con las lamentaciones de las viudas, los toques de muerto y las alarmas, las súplicas y los gritos de terror y de venganza todavía resonándoles en los oídos. Balduino II había logrado salvar Antioquía y una parte de las fortalezas de los alrededores haciendo frente a unos ejércitos más numerosos que el suyo. No era una victoria, sino, como siempre, un intervalo. La situación de Antioquía y por ende la de Edesa estaba tan comprometida que uno podía preguntarse si estos dos Estados francos iban a seguir adelante. Mientras, por lo que a Jerusalén se refiere, Egipto y Damasco a la vez amenazaban el reino.

No era sin embargo culpa de Balduino II si el reino contaba ahora entre sus enemigos al *atabeg* de Damasco. Desde el instante de su advenimiento, el rey intentó renovar los tratados de alianza o al menos las treguas que Tughtekin había concluido con Balduino I. El turco, esperando sin duda que el nuevo rey resultara menos enérgico que su predecesor, prefirió aliarse con los heréticos fatimíes, que le parecían menos peligrosos que su propio soberano, el sultán de Persia. Este cambio de alianza aparecía como una acción muy atrevida por parte de un sunní ortodoxo, pues en Siria, si no se detestaba más a los fatimíes que a los francos, sí al menos se les conocía mejor y se los juzgaba con mayor apasionamiento. Ahora, el antiguo aliado «franco y leal» de Balduino I se convertía en el campeón del islam contra los francos y a la par, quizá porque los rumores le habían reprochado su tole-

rancia para con los cristianos, en el enemigo más feroz de sus anteriores «amigos».

No había sido la batalla del Ager Sanguinis una aventura más sangrienta que las matanzas de Armenia o el exterminio de los ejércitos cruzados en Anatolia. En el dominio militar era un desastre para los francos, pero no un desastre definitivo, puesto que su situación se restableció a pesar de todo con bastante rapidez. Señala una fecha en la historia de las relaciones entre los francos y el islam. La historia de los francos ninguna necesidad tenía de este episodio sangriento para volverse trágica, y, además, todas las tragedias se olvidan pronto, inclusive las más atroces. Los francos, que no pedían sino estar unidos a aquel suelo de Siria donde ya habían empezado a echar raíces, iban a guardar el recuerdo de aquel día como el de una terrible y magnífica siega de mártires. Fueron los últimos en sorprenderse y en indignarse. Alberto de Aix vería en ello el justo castigo a la vida disoluta de Roger de Salerno y todos los cronistas incriminarían de modo unánime la imprudencia del príncipe de Antioquía, que en contra de la ley y de las súplicas del patriarca, quiso afrontar solo al enemigo. Pero, a fin de cuentas, los torrentes de sangre se habían vertido para la gloria de Dios. Desde aquel día parecía que el odio al infiel había llegado a su exasperación no entre los francos, sino entre los turcos.

La guerra turcomana

Los turcomanos de Il-Ghazi habían procedido en el campo de batalla como tenían por costumbre, igual que sus hermanos de Anatolia habían hecho con los cruzados de 1101. Eran nómadas medio salvajes todavía a los que sin ninguna clase de indulgencia nos describe Ibn al-Athir: «La codicia era lo único que les llevaba a agruparse bajo una bandera. Se les veía avanzar uno a uno, con un saco de harina y un cordero cortado a tiras que antes habían hecho secar. Il-Ghazi se veía obligado a contar las horas que duraba la campaña y se volvía lo antes posible. En efecto, si la cam-

paña se prolongaba, los turcomanos se desbandaban, al no tener él más dinero por distribuirles» (*Hist. Or.*, I, pp. 332-333).

Estos hombres, por quienes los mismos turcos sentían poca estima, no eran ningunos campeones encendidos del islam. En el campo de batalla mataban al enemigo cuando éste se encontraba ya sin ninguna posibilidad de defensa, simplemente por crueldad o por ignorancia deliberada de las leyes de la guerra. Como diversión, colocaban jarras de agua ante los prisioneros medio enloquecidos por la sed y degollaban a los que querían avanzar para beber. Así pereció una parte de los prisioneros en el Ager Sanguinis.

Pero los que fueron llevados a Alepo fueron objeto de un desencadenamiento de odio popular, y los que se echaron sobre ellos no fueron precisamente turcomanos, ni siquiera turcos, sino burgueses árabes. Verdad es que todo el islam se acordaba de la matanza de Jerusalén, como también hay que reconocer que ésta era la primera vez que en una ciudad musulmana se veían centenares de cautivos francos. Hacía veinte años que Alepo soportaba su vecindad. Aquellos hombres desnudos y ensangrentados, encadenados y arrastrados por toda la ciudad como trofeos, al mismo tiempo que los caballos, las armaduras, las cabezas cortadas blandidas en la punta de las lanzas, las cruces y los ornamentos de los sacerdotes y todos los tesoros del campamento de Antioquía, aquellos hombres reducidos ya al estado de despojos, murieron torturados ante el salvaje regocijo de la multitud, que podía al fin tomar gusto a la sangre de los francos.

Los que se salvaron —pues Il-Ghazi reservó una parte de los cautivos para el cobro de rescates o para intercambios— quedaron esperando hasta el día siguiente de la segunda batalla de Tell-Danith. No habiendo podido aplastar al ejército de Balduino II, los dos aliados —Tughtekin e Il-Ghazi— regresaron de nuevo a Alepo sin duda bastante decepcionados (pese a que, según Kamal al-Din, presentaran la batalla como una victoria), y

mandaron sacar de las prisiones a los prisioneros francos restantes, a los que añadieron los hombres capturados durante la última batalla. Tughtekin fue quien dio la orden de ejecutar a los francos, al menos a todos aquellos que Il-Ghazi había querido dejar en sus manos (Gautier el Canciller pretende que el *atabeg* de Damasco llegó hasta el extremo de ofrecer cuarenta mil besantes de oro al jefe turcomano a cambio del total de los prisioneros).

Usama, quien muy joven entonces tomaba parte en la guerra como aliado de los turcos, nos describe la siguiente escena: «Roberto, señor de Sahiyun, acababa de caer prisionero. Él mismo valoró en diez mil monedas de oro su rescate. Il-Ghazi dijo: "Llevadle al *atabeg*, quizá logre atemorizarle y consiga de él más fuerte contribución". Y lo llevaron. El *atabeg* estaba en su tienda bebiendo. Cuando éste le vio avanzar, se puso en pie, se tiró de los faldones que habían quedado arremangados, blandió la espada y precipitándose hacia Roberto, le cortó la cabeza. Il-Ghazi fue al *atabeg* y le dirigió algunos reproches: "No tenemos siquiera una pieza de oro para la soldada de los turcomanos. Un prisionero nos ofrece diez mil monedas de oro por su rescate y yo te lo mando para que por el terror le sonsaques una más fuerte suma; ¡y tú nada menos lo matas!". El *atabeg* contestó: "¡Por lo que a mí respecta, no apruebo ningún otro medio para excitar el terror!" (Usama, *Aut*., pp. 445-448)». Pero lo curioso del caso no es sólo que Tughtekin conocía perfectamente a Roberto de Sahiyun, sino que, según Usama, era además «su viejo amigo».

Con ello, Tughtekin inauguraba a conciencia una política de intimidación de los francos por el terror, y quizá, muy conscientemente también, una política de incitación a la multitud musulmana al odio, por el espectáculo de la sangre. Los dos jefes turcos rivalizaron en crueldad; Il-Ghazi tuvo tan sólo interés en respetar la vida de los ricos. Ante la sangre de los francos mutilados, decapitados o atados a los postes para ser blanco de los arqueros, el pueblo de Alepo alimentaba su odio mucho más que

frente a las razias, saqueos y matanzas que los francos habían cometido en sus tierras. El cadí de Damasco, a quien Il-Ghazi ofreció un prisionero para que él mismo lo decapitara, rehusó hacerlo y prefirió ceder este honor a un soldado. Sesenta años más tarde hombres santos «dados a la oración y a la meditación» solicitarán, llevados de su piedad, el favor de decapitar a los prisioneros…

En realidad, para los turcos no se trataba aún de una contracruzada, si es que por este término hemos de entender un fenómeno comparable al de la Cruzada, es decir, una guerra provocada por motivos de orden religioso. El *atabeg* de Damasco pensaba tanto en extender su autoridad en Alepo como en luchar contra los francos, deseo que también Il-Ghazi abrigaba en secreto. El reino de Alepo, que ya durante el gobierno de Ridwan había quedado reducido a protectorado franco, se encontraba ahora entregado a la anarquía por la incapacidad de los sucesores del selchuquí. Después de la trágica muerte del hijo de Ridwan (el joven y medio loco Alp Arslan, que había muerto asesinado por su protector; el eunuco Lu-Lu), del asesinato de Lu-Lu y de la toma del poder por otro eunuco, el renegado armenio Yaruqtash, Alepo se había confiado a la discreción de los francos de Antioquía por miedo a que se la anexionaran Tughtekin o el sultán de Persia. Por eso, atacar Alepo en tales condiciones era la mayor insensatez que Roger de Salerno había podido cometer.

El *atabeg* de Damasco y el emir de Diyar Bakr, establecidos en la ciudad como libertadores, se sentían ahora dueños y señores, y su solo deseo era el de seguir extendiendo sus conquistas a expensas de los francos. Indiferente a los intereses de la religión, Il-Ghazi, jefe de las bandas de nómadas, recorría el país, con su ejército siempre dispuesto a desbandarse y a entregarse al saqueo, devastando, incendiando y dando muerte a los campesinos que caían en sus manos y «haciendo quemar y asar a los niños con una barbarie sin precedentes», dice Mateo de Edesa. Durante más

de un año estuvo sembrando el terror en toda la región entre Antioquía y Edesa. Al convertirse en dueño de Alepo, después de la partida de su aliado Tughtekin, Il-Ghazi esperaba explotar el prestigio que le había valido su victoria para ampliar su nuevo reino.

Ghazi había sido condecorado oficialmente con el título de «Estrella de la Religión», pero toda su guerra iba encaminada a hacerse con Alepo. En apariencia, nada había cambiado: los francos atacaban por un lado y los turcos por otro, y siempre era la misma guerra de razias, fortalezas conquistadas y vueltas a arrebatar, campos incendiados, saqueos y capturas de prisioneros. La ventaja acabó siendo para los francos, pues Il-Ghazi nunca disponía de tropas regulares, dado que los turcomanos no estaban acostumbrados a vivir largo tiempo sin sus familias y lo abandonaban en cuanto estimaban haber recogido el botín suficiente. Los francos se mantenían en cambio siempre fijos en un mismo sitio y, como debían defender sus propiedades, estaban mejor organizados y obraban con más tenacidad. En 1121 el hijo de Il-Ghazi, que había pasado a ser gobernador de Alepo, firmaba con los francos un tratado de paz, según el cual éstos se quedaban con las mismas posesiones de antes de la derrota, con excepción de la fortaleza de Athareb.

En cuanto al resto, la posición de Il-Ghazi no era tan sólida como podía creerse: su propio hijo no tardó en rebelarse contra él, y el rey de Georgia, David II, le vencía en el norte, cerca de Tiflis. El hijo rebelde, Sulayman, estuvo a punto dé cerrar un tratado de alianza con los francos por odio a su padre. El viejo jefe turcomano moriría en 1222, tres años después de su victoria en el Ager Sanguinis. Sus hijos se repartieron sus dominios en Diyar Bakr y su sobrino Sulayman heredó Alepo. De hecho, la fragmentación de la herencia de Il-Ghazi hacía menos peligrosos a los ortuquíes de Diyar Bakr ahora, a pesar de la anexión de Alepo, que antes de 1119.

La cautividad del rey

La situación del reino franco estaba sin embargo lejos de ser la mejor. Después del exterminio de la caballería normanda de Antioquía y la muerte del príncipe Roger, Balduino II había vuelto a distribuir mejor o peor los feudos de los señores muertos; casó a sus viudas y reorganizó la resistencia en las fortalezas con los soldados que podía tomar de su ejército de Judea, que bastante poco nutrido estaba ya. A la vez rey de Jerusalén y regente de Antioquía, pasó en 1122 a ser regente del condado de Edesa, al haber caído su primo Jocelin de Courtenay prisionero de Balak, señor de Jarput y sobrino de Il-Ghazi. El rey, a quien los continuos sucesos en los condados de Siria otorgaban siempre el rango de salvador providencial, supo hacer frente a sus responsabilidades y llegó incluso a recobrar la importante fortaleza de Athareb. Por desgracia, en el curso de una expedición que emprendió con la esperanza de libertar a Jocelin, conde de Edesa, él mismo cayó prisionero de Balak. Así, en 1123, tres de los Estados francos de Siria —el reino, el principado de Antioquía y el condado de Edesa— se encontraban a la vez sin dueño. Balduino fue a reunirse con su primo en las prisiones de la fortaleza de Jarput.

Después de haber capturado a los dos príncipes francos, Balak marchó sobre Alepo y arrancó esta ciudad a su primo Sulayman, a pesar de la ensañada resistencia de la población, y después, como cuatro años antes hiciera su tío Il-Ghazi, invadió las tierras del principado de Antioquía.

En esto, los cuatro años que los francos habían pasado en estado de alerta parecían haberles consolidado moralmente, pues hicieron prueba en aquella ocasión de un espíritu cívico muy notable y hasta de un sentido de la disciplina muy poco común en la sociedad feudal. Para gobernar las provincias en ausencia del rey, se nombró a un regente en la persona de Eustaquio Garnier, condestable de Jerusalén. Y, en los dos años que duró la cautividad

del rey, los francos no sólo lograron rechazar los ataques de Balak por el lado de Antioquía y los asaltos de los ejércitos egipcios contra Jaffa y Jerusalén, sino que también, con la ayuda de las escuadras venecianas, las cuales desempeñaron allí un papel decisivo, pudieron emprender y llevar a buen término el sitio de Tiro, el último de los grandes puertos musulmanes de la costa, si exceptuamos Ascalón.

No forma parte de nuestro propósito comentar en detalle el reinado de Balduino y de sus sucesores. Se trata de una cadena ininterrumpida y monótona de campañas, sitios y batallas, cual sería un cantar de gesta que se extendiera sobre varios años; contado día por día necesitaría dedicarle miles de páginas, y resumido acabaría cansando al pobre lector mediante una estéril repetición de nombres de lugar, casi siempre los mismos, y de personas, también casi siempre las mismas o de muy rápida aparición y desaparición para acordarse de ellas. Incluso el análisis de la situación, expuesto en líneas generales, resulta de una suma complejidad. Contentémonos sin embargo con ello y resaltemos, por medio de los hechos más significativos, los aspectos humanos más importantes en esta situación. Es evidente que, una vez conocidas las condiciones en que en aquella época se desenvolvía la guerra, todas las batallas tienen aproximadamente las mismas características, y así también todos los sitios de las ciudades, todas las guerrillas y todas las matanzas. Y que los hombres, en medio de una narración interminable de hazañas, son como peones de una partida de ajedrez sin reglas ni objetivo final o de acuerdo con un plan apenas discernible, donde el azar tiene una mayor primacía.

Hemos visto ya que Il-Ghazi, el emir ortuquí que por su enérgica intervención en las cuestiones de Siria había merecido el reconocimiento de los musulmanes, había extendido su dominación para desaparecer casi enseguida. Su sobrino Balak, emir de Charput y luego gobernador de Alepo, gran jefe de guerra

que, primero a expensas de sus primos y después de los francos, empezaba a su vez a reunir un poderoso reino turcomano, murió en 1124, herido por la flecha de un vasallo rebelde. «¡Éste es un golpe mortal para todos los musulmanes!», se dice que exclamó, mientras se arrancaba la flecha de la herida (Kamal al-Din, p. 642). No era sino la voz de un jefe ambicioso, a quien la guerra santa había servido de simple pretexto para acrecentar sus dominios. Balak había pasado mucho más tiempo luchando contra sus primos que contra los francos. Notemos que no fue un franco el que le dio muerte. Pero los francos, a quienes el peligro a que estaban expuestos por la ausencia misma de jefes ponía ahora más que nunca en guardia, iban convirtiéndose en una fuerza cada vez más patente.

En Jaffa, que sitiaron las escuadras de El Cairo, la población entera, cristianos indígenas y mujeres inclusive, se defendió tan furiosamente que, a pesar de lo insuficiente de la guarnición, se rechazó a los asaltantes. Y, cuando para descansar del sitio de Tiro, el ejército egipcio partió de Ascalón para marchar sobre Jerusalén, que había quedado sin defensores, los burgueses de la ciudad santa improvisaron su armamento y salieron de la ciudad dispuestos a echarse sobre el enemigo, que, poco numeroso, retrocedió.

Cuando tuvo lugar la concentración de las fuerzas francas de Jerusalén y de Trípoli, se vio al conde de Trípoli —que anteriormente había pretendido negarse a prestar homenaje a Balduino II— obedecer las órdenes del patriarca de Jerusalén «como el último de sus soldados». Y cuando, tras la victoria naval de los venecianos contra la flota egipcia, se habló de sitiar una de las dos grandes ciudades musulmanas de la costa, Tiro o Ascalón, y como la opinión de los barones estuviera dividida —los de Judea querían Ascalón y los de Galilea, Tiro—, antes que prolongar la discusión, se resolvió proceder a suertes: los nombres de las dos ciudades se escribieron en papeles distintos y se encargó a un ni-

ño que tomara uno. El sitio de Tiro quedó así decidido. Esta pacífica e inocente ceremonia bastó para que el acuerdo volviera a reinar entre los barones.

Después de un largo y difícil asedio, Tiro fue conquistada. Era, como Trípoli, una magnífica fortaleza, situada en la punta de una estrecha península. La flota egipcia, que los venecianos acababan de destrozar delante de Ascalón, no pudo intervenir. Tughtekin, el gobernador de Damasco, no disponía por su parte de fuerzas suficientes para desalojar de allí a los francos y, como mantenía muy frías relaciones con los fatimíes, éstos no le mandaron refuerzos y Balak fue asesinado cuando se disponía a acudir en socorro del gran puerto fenicio. Tiro, reducida al hambre, capituló el 7 de julio de 1124. En las torres de la ciudadela, el nuevo regente, Guillermo de Bures —Eustaquio Garnier había muerto en 1123— mandó plantar las banderas del rey de Jerusalén, pues Tiro quedaba ocupaba en nombre de Balduino II, entonces prisionero, con el beneplácito del conde de Trípoli y de los venecianos.

Historiadores latinos y musulmanes están de acuerdo en reconocer que la rendición se efectuó con orden, sin saqueo ni violencia, pese a que los soldados de infantería se amotinaron, furiosos al ver frustradas sus esperanzas de botín —«hubo un gran altercado entre pobres y ricos», escribe Guillermo de Tiro. Sucedió que la capitulación se negoció con Tughtekin, cuya guarnición, enviada de Damasco, defendía la ciudad. Era el mismo Tughtekin que cinco años antes había matado despiadadamente a los prisioneros francos. Y los francos habían aprendido en un cuarto de siglo a moverse con prudencia, aun después de una victoria. Así pues, en la capitulación de Tiro se llegó, si no a una fraternización, sí al menos a un encuentro pacífico entre los beligerantes de la víspera. Los defensores de Tiro tuvieron curiosidad por ver de cerca a los «cristianos» y se pasearon por su campamento y examinaron con interés su equipo militar y arma-

mento; los francos quedaron presa de la estupefacción al comprobar que no quedaban ya reservas de víveres en los graneros y «alabaron a los sitiados por haber resistido tanto tiempo en aquellas condiciones» (G. de Tiro, pp. 575-576).

Al salir de la prisión, en agosto de 1124, poco después de obtener los francos uno de los mayores éxitos desde la toma de Jerusalén, Balduino II pudo comprobar que su reino se hallaba tan consolidado que ni siquiera la ausencia del rey era motivo de desórdenes graves. La libertad fue obtenida por Balduino del sucesor de Balak, Timurtash ibn Il-Ghazi, príncipe poco guerrero, que prefería un buen rescate a la ventaja de privar de jefe a los francos. Balduino prometió sesenta mil dinares (de los que hubo que pagar veinte mil por adelantado), más la cesión de una gran parte del principado de Antioquía del lado derecho del Orontes y su contribución en la guerra que el entonces dueño de Alepo llevaba a cabo contra el jefe beduino Dubeis.

Pero no bien obtuvo la libertad (y a pesar de haber dejado en Alepo a su hija menor, Yvette, de cinco años de edad, y a varios jóvenes nobles entre los cuales se hallaba el hijo de Jocelin de Courtenay), se apresuró a violar la promesa. Quería, en efecto, pagar su rescate, pero no devolver los territorios, que, según decía, no le pertenecían al ser sólo su regente en nombre del príncipe Bohemundo II, tenía quince años de edad y vivía aún en Italia. «El patriarca (de Antioquía) —escribía Balduino a Timurtash —, al cual no podemos desobedecer, ha querido saber qué clase de concesiones eran las nuestras [...]. Y, cuando se ha enterado de que debía entregar Azaz, Athareb, Zerdana, Chazr y Kafartab, se ha negado rotundamente y me ha dado orden de renunciar a esta cláusula, añadiendo que asumía sobre sí la culpa de haber roto el juramento. No puedo ir yo contra su voluntad». Timurtash no debió de apreciar mucho estos piadosos escrúpulos. Parece que entre los rehenes hizo perecer a un sobrino de Jocelin de Courtenay y, en cuanto a la pequeña Yvette, el continuador

de Guillermo de Tiro pretende que durante su cautiverio los sarracenos la violaron. (Aunque es el único en afirmarlo, es raro que hubiera consignado un detalle así a propósito de una venerable abadesa, sin apoyarse en ningún hecho concreto). Balduino era demasiado hombre de Estado para vacilar entre su hija y el interés del reino.

Cometió un error más grave aún, el mismo tipo de error que trajo consigo la pérdida de Roger de Salerno: no sólo no se alió con el *atabeg* de Alepo contra Dubeis, sino que hizo justo lo contrario, es decir, pactó una alianza con Dubeis con el propósito de conquistar Alepo. Sabía, en efecto, que el indolente Timurtash era incapaz de defender la ciudad.

El rey franco entraba ahora de lleno en un juego de alianzas en vistas a una conquista, lo que desde hacía treinta años constituía la política de los príncipes musulmanes de Siria: al tomar en cierto modo bajo su protección al joven Sultán-Shah, hijo de Ridwan, con quien se había asociado, se convertía ahora en campeón de la legitimidad selchuquí contra el emperador turcomano. Con las tropas del beduino Dubeis, temible aventurero que con un ejército nómada recorría todo el país sembrando el terror hasta en la provincia de Bagdad, las del selchuquí Sultán-Shah y también las de un primo de Timurtash, Balduino II rodeó la ciudad de Alepo y la sometió a tan duro sitio que en ella se comían los perros y los cadáveres (Kamal al-Din, p. 647). Pero si bien Dubeis y Sultán-Shah, sin nada que perder y con mucho que ganar, podían jugar aquel juego impunemente, no era en cambio el caso de Balduino.

Los *atabegs* de Mosul

Ante la ausencia de Timurtash, el cual había abandonado la ciudad para refugiarse en Diyar Bakr, los habitantes de Alepo se volvieron desesperados a aquel cuya intervención había hasta en-

tonces desechado aun a precio de muchos sacrificios: el *atabeg* de Mosul.

El personaje que ocupaba entonces el importante puesto era un gran capitán turco, Aq-Sonqor Bursuqi. El sultán Muhammad acababa de nombrarle *atabeg* de Mosul, puesto que ya había ocupado antes de 1114, fecha en que había caído de su cargo al fracasar una expedición que dirigía contra los francos. Solicitado por los notables de Alepo, reunió al instante al ejército. (Fue tal su alegría ante la inesperada perspectiva de adueñarse de aquella ciudad que quedó repentinamente curado de una enfermedad que le tenía clavado en el lecho). No tuvo más que aparecer y el ejército francobeduino se dispersó a su llegada. Después de haber entrado en Alepo, se le aclamó y se le festejó, y allí se estableció como dueño de la ciudad. Así pues, Balduino II había tomado la iniciativa de una acción que dejaba a Alepo bajo la dependencia directa de los *atabegs* de Mosul, una de las primeras potencias militares del islam y mandatarios oficiales, aunque no siempre dóciles, de los sultanes de Persia.

Cierto es que la caballería franca, cuyo espíritu de cohesión y de disciplina no constituía por aquel entonces la menor de sus virtudes, logró rechazar victoriosamente una coalición formada por las fuerzas de Bursuqi y las de Tughtekin (Azaz, 13 de junio de 1125; Shaqhab, 25 de enero de 1126). Pero si a fin de cuentas el reino se salvó o por lo menos gozó de una tregua, en aquel momento preciosa, ello fue gracias a la muerte de Bursuqi, a quien un ismaelita asesinó el 26 de noviembre de 1126.

Los *atabegs* de Mosul tenían sin embargo puesto el ojo en Alepo y el poderío turco más irreductiblemente hostil a los francos se hallaba consolidado de modo más duradero que nunca. No hay que olvidar que los *atabegs* de Mosul, gobernadores nombrados por el sultán y oficialmente dependientes del califato de Bagdad, gozaban de una posición más privilegiada que los emires y

los reyes de Siria para llevar a cabo una guerra santa, incluso cuando lo que les interesaba era sólo ensanchar el imperio.

En Mosul sucedió a Bursuqui, tras breve gobierno del mameluco Chawali, un hombre joven aún pero conocido ya por su energía indomable: el hijo de Aq-Sonqor y uno de los principales lugartenientes del conquistador selchuquí Malik-Shah, Imad al-Din Zenghi. Era hijo de la aristocracia militar turca que en tiempos de Malik-Shah había impuesto su dominación por casi todo el Oriente musulmán. El gran selchuquí había nombrado ya a su padre Aq-Sonqor («Halcón blanco») gobernador de Alepo. Tutush, hermano de Malik-Shah, había dado muerte a Aq-Sonqor y se había apoderado de Alepo en 1094; Zenghi, todavía niño, se refugió en Mosul, donde sirvió a las órdenes de los *atabegs* de esta ciudad. En 1113, en una de las guerras de Mawdud contra los francos, el joven Zenghi supo distinguirse muy especialmente. Cuenta Ibn al-Athir que ante Tiberíades, «hallándose a la cabeza de sólo algunos hombres y viendo que los francos iniciaban una salida, arremetió contra ellos, pensando que sus compañeros le seguirían [...]. Los francos se apresuraron a entrar de nuevo en la ciudad, mientras que Zenghi avanzó hasta la puerta y la golpeó con la lanza hasta el punto de dejarla marcada. Allí quedó combatiendo al enemigo y en espera de que sus camaradas acudieran en su ayuda y se apoderaran de la ciudad. Viendo que no venía nadie, se resignó a retirarse». (*Hist. Or.*, 1, pp. 34-35).

El arrojo de Zenghi y su fidelidad al sultán le valieron el cargo de gobernador de Basora. En 1126, en el momento en que el califa Al-Mustarshid se rebelaba contra el sultanato, venció al ejército del califa en Wasil, por lo que se le nombró alto comisario de Iraq (gobernador de Bagdad a las órdenes del sultán). Después del asesinato de Bursuqi, el sultán Mahmud, pretendiendo asegurar la presencia de un gobierno fuerte en Mosul y alejar al mismo tiempo de Bagdad a un jefe militar demasiado ambicioso,

confió a Zenghi el cargo de *atabeg* de Mosul junto con la orden de hacer la guerra santa en Siria y de desalojar de allí a los francos.

Zenghi, a quien los francos, haciendo un juego de palabras con su nombre no del todo involuntario, llamarían «Sanguin», esto es, «sanguinario», no era ni un iluminado de la *jihad* ni un dócil funcionario del sultán, sino que trabajaba para él. De todos los conquistadores turcos, era el más inflexible, el más intrépido y con menos escrúpulos. Con una consumada habilidad, iba a servirse de las dos grandes atribuciones que se había depuesto en su persona: la misión de la guerra santa y el cumplimiento de la voluntad del sultán. Como campeón del islam, se atraía el justo favor de las poblaciones, mientras que como plenipotenciario del sultán cubría con un velo de legalidad aparente sus agresiones contra los príncipes musulmanes.

Su propósito era fundar un vasto reino que se extendiera desde Mosul hasta Armenia por el norte, y por el sur hasta Egipto, y que comprendiera Siria, Palestina, Damasco y Alepo. Este gran soldado era uno de aquellos hombres sedientos de poder, capaces de no retroceder ante nada, y se mostraba tanto o casi más duro con sus rivales musulmanes que con los cristianos.

Tan pronto como fue nombrado *atabeg* de Mosul, se apresuró a tomar posesión de Alepo, de donde su padre había sido gobernador treinta y cuatro años antes. La población le recibió con tal explosión de alegría y de regocijo «que sólo Dios puede medir su resonancia» (Ibn al-Athir, II, p. 69). Más tarde, fortalecido en su cargo de campeón de la guerra santa, se alió con el *atabeg* de Damasco, Buri, hijo de Tughtekin. Enseguida se aprovechó de esta alianza para arrebatar a traición la ciudad de Hama al hijo de Buri y después para encarcelar y hacer torturar al emir de Homs, Qirjan, con el fin de quedarse con su provincia, esto último tras haber cerrado con el propio Qirjan un pacto «contra los francos» y de haberle hecho caer en una emboscada.

Desde el momento de su aparición en Siria, Zenghi fue el terror de los príncipes musulmanes. Se sabía ya lo bastante fuerte y con la suficiente osadía como para imponerse por el terror. Derribó al emir de Diyar Bakr, Timurtash, que se había unido con sus primos para evitar que el conquistador dominara sus tierras, y se apoderó de estas provincias, feudo de los emires ortuquíes. Dueño de Mosul, de Alepo y de todo el territorio al norte del valle del Éufrates, Zenghi tenía ahora como principales competidores a los francos y a los *atabegs* de Damasco (sin contar al este, a los príncipes armenios de Cilicia ni a los príncipes árabes de Shaizar y de Homs). Aparte de los francos y de los armenios, podía inducir a todos los demás, ya por la persuasión o por la amenaza, a firmar una alianza equivalente en realidad a un vasallaje.

El error capital de Balduino II fue, como se ha visto, su primera expedición contra Alepo, en un momento en que dicha ciudad, hallándose ya debilitada, hubiera aceptado de buen grado la alianza franca. Cuando ya no le quedaron fuerzas para seguir resistiendo, Alepo se entregó al *atabeg* de Mosul sin que hubiera príncipe lo bastante enérgico para devolverle la independencia.

No contento con haber entronizado a un adversario poderoso en Alepo, es decir, en las puertas de Antioquía y de Edesa, a Balduino II no se le ocurrió nada menos que conquistar Damasco. La muerte de su viejo enemigo Tughtekin le hizo creer que la primera ciudad de Siria era una plaza que no había que dejar escapar. Se alió con los ismaelitas, que en la provincia de Damasco eran poderosos y a quienes el visir favorecía abiertamente, y con el jefe de éstos, Abul'Wafa, y el visir de Damasco negoció la rendición —a traición— de la ciudad prometiendo a cambio ceder Tiro a los musulmanes. El complot se descubrió y la población, fiel a la tradición sunní, dio muerte a los muchos ismaelitas que había en Damasco. La ciudad quedaba a salvo.

Sin desanimarse un solo momento, Balduino envió a Occidente al gran maestre de los caballeros del Temple —orden de la que tendremos ya ocasión de hablar— para procurarse refuerzos. En 1129 se dirigió contra Damasco, pero, dado lo pobre de su ejército y las dimensiones de la ciudad, la empresa fracasó y el rey tuvo que retirarse tras muy considerables pérdidas. En la práctica, el proyecto de Balduino sólo había aprovechado a Zenghi, pues el hijo de Tughtekin, Buri, prefería entenderse —provisionalmente al menos— con el *atabeg* de Mosul, que ver su provincia en manos de los francos.

Fulco de Anjou

En el momento en que una dominación turca más dura aún que la de los primeros selchuquíes amenazaba la Siria musulmana, el rey de Jerusalén, que suficiente trabajo tenía para mantenerse en las tierras de su gobierno, soñaba con apoderarse del primer reino musulmán de Siria. Esta inconsecuencia política por parte de un hombre que, como rey y soberano de las provincias francas de Oriente, sabía dar muestra de ponderación y de sentido común, tiene por qué sorprendemos. Militarmente, la posesión de Alepo y de Damasco, ciudades de población en su inmensa mayoría musulmana, exigía del reino franco un esfuerzo que era incapaz de realizar, e incluso con ejércitos diez veces mayores, el gobierno de todas las tierras al otro lado del Jordán y del Orontes, siempre expuestas a los continuos ataques de los turcos y situadas en medio de una población hostil, era una empresa destinada al más inmediato fracaso. Desde el punto de vista de la estrategia defensiva, la conquista del reino de Alepo junto a Antioquía y Edesa hubiera podido justificarse. Hay que reconocer que Balduino, al emprender el sitio de Alepo, tomó sus precauciones camuflando su proyecto bajo la apariencia de una alianza con los musulmanes y con la intención —según él mismo confesó— de restablecer en el trono de Alepo a un hijo de Ridwan. El cálculo hubiera podido resultar bien si sólo, después

de treinta años de incesantes guerras, las gentes de Alepo no hubieran sido los musulmanes más hostiles a los francos.

Por lo que respecta a la empresa contra Damasco, es posible que no toda la culpa fuera de Balduino. Su primera expedición contra la ciudad era menos una empresa de conquista que un episodio de su larga lucha con Tughtekin: vencedor en Tell-al-Shaqab, el rey no atacó Damasco, pero por primera vez los ejércitos francos penetraban en la inmensa y fértil llanura damascena, la cual tenía motivos para suscitar envidias. El rey de Jerusalén, que había engrandecido su poder después de su cautiverio gracias a la gran victoria que había representado la conquista de Tiro, podía sentirse satisfecho de su reino. Poseía toda la costa y conservaba intacta —e incluso había agrandado— la tan expuesta provincia de Antioquía, cuya regencia le había sido confiada. Sus primeros vasallos, el conde de Trípoli y el conde de Edesa, le eran fieles y estaban siempre dispuestos a sostener su causa. En 1126 llegaba a Siria para tomar posesión de su tierra el hijo de Bohemundo, Bohemundo II, en cuyo nombre llevaba Balduino catorce años gobernando Antioquía. Tan pronto como hubo desembarcado, Balduino II le casó con su segunda hija, Alix, con la esperanza de que su yerno fuera también un vasallo leal y valeroso.

Por aquella época, Balduino era ya un hombre de unos sesenta años. Agotado después de tres décadas de incesantes luchas (sólo había dejado de luchar en sus dos períodos de prisión, o sea, seis años en total), el rey empezaba a buscarse un sucesor. Poseía una energía poco común y la fortaleza de espíritu propia del soldado que ha envejecido bajo el peso de las armas, indiferente al peligro, tan duro consigo mismo como con los demás y sin dejar de asumir las responsabilidades más difíciles con el más sereno valor. En efecto, tantas y tantas cosas había llegado a ver que no parecía haber nada que pudiera estremecerle ni sorprenderle. Era rey y tenía que velar por los intereses del reino.

No tenía hijos, sólo cuatro hijas: Melisenda, Alix, Hodierna e Yvette, las dos últimas niñas aún. Su deseo era naturalmente asegurar su sucesión según la costumbre feudal francesa. La mayor de las hijas era, pues, la heredera del trono. Como no tuviera la intención de convertir al joven Bohemundo II en rey de Jerusalén, al príncipe de Antioquía le dio en matrimonio a la segunda. A la mayor, había que procurarle un marido que reuniera todas las cualidades y todo el prestigio que le hicieran acreedor de tan alta función. Con este fin, mandó en 1128 a su condestable Guillermo de Bures a la corte del rey de Francia, Luis VI el Gordo: en nombre de los intereses del reino de Jerusalén, suplicaba al soberano que escogiera de entre sus barones a un hombre de todo punto digno de asegurar firmemente el gobierno de Tierra Santa.

Con esta diligencia, Balduino se ponía, si no bajo la dependencia, sí al menos bajo la protección moral de la realeza de los Capetos, pues, según la costumbre feudal, era el rey quien debía escoger esposo para la heredera de un feudo importante. Sin que en absoluto fuera vasallo del rey de Francia, el rey Balduino tenía interés en recordar a Luis VI que Palestina era tierra en parte francesa. Luis VI supo elegir el esposo requerido: aconsejó a Balduino II que entregara su hija y su corona a Fulco V, conde de Anjou.

Fulco era un barón muy importante y poderoso, tanto como el propio rey de Francia. Poseía Anjou y Maine, y acababa de casar a su hijo Godofredo Plantagenet con la heredera del reino de Inglaterra; además conocía ya Tierra Santa, pues había ido allí en 1120, en una peregrinación militar. Era un guerrero temible y un administrador inflexible y enérgico que en sus tierras había puesto freno a la resistencia de sus grandes vasallos y paralizado los movimientos de emancipación de los municipios burgueses. Fulco V, de cuarenta años de edad y hombre de probadas virtudes tanto en la paz como en la guerra, era justo el sucesor que

Balduino II necesitaba, y ello sin hablar de su fortuna y de su nobleza, que emparentaban la un tanto improvisada dinastía de los Balduino con los más altos linajes de Francia.

Este cuadragenario pequeño, rechoncho, grueso y pelirrojo no estaba hecho para gustar a la joven y bella Melisenda, la cual quedó sacrificada a una razón de Estado. El 2 de junio de 1129 se celebró la boda en medio de un gran regocijo. Este matrimonio honraba a la vez a suegro y yerno, pues para un hombre como Fulco de Anjou, el título de rey de Jerusalén era una bella culminación para su carrera. El conde de Anjou era un señor lo bastante importante para no mostrar a su suegro más que una deferencia casi filial. Y jamás dejó notar al rey anciano ningún ansia indiscreta de ocupar su puesto.

Sin embargo, el gran batallador que sucesivamente se había enfrentado en sus propias tierras, en Francia y en Normandía, con los reyes de Francia y de Inglaterra y había combatido al lado de Luis VI contra el emperador de Alemania no parecía dispuesto a pasar el resto de sus días en pequeñas guerrillas locales. A él más que a Balduino corresponde sin duda la iniciativa de las campañas contra Damasco: también Fulco quería conquistar una gran ciudad musulmana en provecho de la cristiandad.

Balduino, que era muy dado a la aventura y que sólo ante los mayores peligros había hecho prueba de una relativa prudencia, consideró que valía la pena intentar el golpe, puesto que Tughtekin había muerto (1128) y que Damasco era presa de una agitación religiosa muy próxima a la guerra civil. Por más que hubiera pesado la influencia de Fulco en esta decisión, hemos de reconocer que éste, por ser extranjero en aquella tierra, tenía más disculpas que el rey de Jerusalén.

La empresa fracasó del modo más lastimoso. Entonces Fulco lo comprendió: él iba a ser rey de un reino que si subsistía era só-

lo gracias a su ejército y este ejército era demasiado débil incluso para un país que había pacificado todas sus fronteras.

El joven Bohemundo

El hijo de Bohemundo de Tarento y de Constancia de Francia heredaba el principado de Antioquía de su padre o, mejor dicho, de Tancredo, que en su lecho de muerte le había designado como sucesor. Ya vimos con qué imprudente arrojo Roger de Salerno defendió, engrandeció y casi arruinó esta herencia, y a costa de qué esfuerzos restableció la marcha de esta provincia Balduino II, quien ya estaba impaciente por ver el feudo en manos de su legítimo heredero.

También Bohemundo II estaría impaciente por dejar su dominio italiano e ir a recoger su herencia paterna. En Occidente, y sobre todo en Italia, una aureola de gloria cubría aún el nombre de Bohemundo; y el niño, que casi no había conocido a su padre, debía de haber sido también educado según el recuerdo de las grandes hazañas del gran jefe de la Primera Cruzada. Nada sin embargo hubiera perdido de haber esperado aún algunos años antes de asumir el cargo de gobernador de una provincia como el principado de Antioquía. En realidad no era más que un niño —no tenía tan siquiera dieciocho años— cuando desembarcó en las costas de Siria en 1126. Adiestrado en el oficio de las armas, alto, fuerte y no falto al parecer de ingenio, podía parecer mayor. Se ha dicho a menudo que en aquella época los hombres se volvían pronto maduros y que a los quince años podían portarse igual que adultos. No parece haber sido éste el caso del joven Bohemundo.

Los testimonios de los cronistas le son más bien favorables. Se le describe como un ser dotado de gran atractivo personal que le venía dado por su juventud, unido a la gracia natural de sus modales y el don de la palabra. Mateo de Edesa, que no siente por él ninguna inclinación, reconoce que «su ascendiente era irresisti-

ble». Los hechos demuestran, sin embargo, que el muchacho tenía bastante mal carácter y era autoritario, orgulloso, insolente, batallador como un gallo de pelea y colérico como un niño mimado. Por más irresistible que fuera su atractivo, no se hizo amar por su esposa, Alix de Jerusalén. Apenas dueño de Antioquía, se peleó a muerte con su primo y aliado el conde de Edesa, Jocelin de Courtenay; y la disputa adquirió tales proporciones que Jocelin llamó en su ayuda a los turcos e invadió las tierras de Antioquía, saqueó las ciudades e incendió las cosechas. (Miguel el Sirio explica en términos algo vagos esta disputa: «Bohemundo se mostró fatuo y orgulloso y quiso someter a todos los francos», lo que deja suponer que al anciano Jocelin le exigió un juramento de homenaje. La arrogancia del joven hubo de exasperar hasta el límite al gran soldado, héroe de tantas batallas y uno de los primeros barones de la Siria franca, para llegar ambos a tales actos de hostilidad). Fue necesaria la intervención del patriarca de Antioquía, el anciano y venerable Bernardo de Valence, la intervención del rey Balduino II y una grave enfermedad del propio Jocelin, para que se pusiera fin a esta guerra entre los dos príncipes francos.

Bohemundo II, que ya en Italia se había iniciado en las armas, acudía a combatir a los sarracenos con una juvenil inconsciencia y con el desmedido arrojo del niño grande para quien la guerra es el más sugestivo de los juegos. Comenzó su reinado en Antioquía tomando a las tropas de Bursuqi la fortaleza de Kafartab, que dos años antes el *atabeg* de Mosul había tomado a los francos. «En dicha plaza —dice Guillermo de Tiro— halló a muchos prisioneros nobles y ricos que querían dar mucho oro y plata para salvar sus vidas. Pero él [Bohemundo] nada quiso tomar, sino que hizo cortar la cabeza a todos, diciendo que era así como él quería inaugurar la guerra entre él y los turcos[30]».

Cualquier «sarraceno» le iba bien, tanto árabe como turco. La cuestión era precipitarse en cuanto se le presentaba la ocasión de

dar batalla. Usama nos lo presenta atacando al emirato de Shaizar, yendo a plantar sus tiendas ante esta misma ciudad y desafiando en duelo a todos los caballeros que encontraba a su paso. En una de estas escaramuzas, el joven emir munquidí tuvo ocasión de pelear contra Bohemundo. Con su vivacidad habitual, Usama nos describe la batalla que se desarrolla a orillas del río y en la que Bohemundo, «este caballero aún adolescente», se precipita, sin esperar a sus compañeros, contra un grupo de caballeros árabes y se retira después, al haber quedado herido de muerte su caballo (Usama, pp. 137-138). También Usama da cuenta de los despropósitos que el príncipe de Antioquía dirigía a sus caballeros: «Un solo caballero musulmán basta para rechazar a dos francos. ¡No sois hombres, sois mujeres!». (*Id.*, p. 139). Ahora bien, si tales frases podían llegar al conocimiento de un príncipe musulmán, hay que creer que los caballeros de Antioquía las oían a menudo de esta clase y peores. Y no eran, cierto, hombres a quienes faltaran el valor y la experiencia militar.

En 1130 el principado armenio de Cilicia, donde gobernaba la dinastía rupeniana, se hallaba debilitado y en peligro después de la muerte del príncipe Thoros I. Tras un complot en que el hijo de Thoros había hallado la muerte, la corona pasaba al hermano de Thoros, León I, que tenía dificultades para afirmar su autoridad y no se hallaba en disposición de defender sus fronteras. Bohemundo II se apresuró a aprovechar esta situación para invadir las tierras de Cilicia y quiso tomar la ciudad armenia de Anazarba, entonces sin defensores. Pero el vecino de León I por el norte, el danishmandí Il-Ghazi, había tenido la misma idea y con un nutrido ejército descendía en dirección a Anazarba. Bohemundo había llevado consigo sólo a un puñado de hombres. Tal como dice Miguel el Sirio: «Nada sabían los francos de la presencia de los turcos, ni los turcos de la de los francos, pero por ambas partes, francos y turcos iban contra los armenios».

Muy sorprendidos de hallarse frente a frente, francos y turcos lucharon en desigual batalla. En lo alto de una colina, los turcos rodearon a los francos y les dieron muerte, y los soldados de León I acabaron con los pocos fugitivos que escaparon a los turcos. Bohemundo había reinado en el principado de Antioquía tres años y cinco meses.

Cuando los turcos —dice después Miguel el Sirio— presentaron la cabeza de Bohemundo II al emir Il-Ghazi, éste la mandó preparar y enviar con diversos presentes, «armaduras y caballos al califa de Bagdad» (Miguel el Sirio, *R. H.* C., III, II, p. 227). Una vez cortada, la hermosa y rubia cabeza nada valía, e Il-Ghazi debió de sentir no haber podido capturar al príncipe de Antioquía vivo, y también lo sintieron sus caballeros. Pero éstos no creyeron que el jefe de los francos de Antioquía hubiera podido ausentarse de su provincia tan lejos y con tan poca compañía, y le dieron muerte por equivocación.

Es difícil afirmar si la muerte súbita de este niño-soldado representó una verdadera desgracia para la Siria franca. Con más experiencia que Bohemundo y mayor talento militar, Roger de Salerno había llevado al principado de Antioquía a una catástrofe sin precedentes. El hecho revestía ahora menos gravedad, pero, comoquiera que la juventud del príncipe daba cabida a toda clase de esperanzas, su muerte sumió en la consternación a los francos de Antioquía. De nuevo se encontraron sin jefe y sin otro recurso que acudir al rey Balduino II en busca de ayuda y consejo. El anciano rey, que durante algún tiempo había podido creerse libre del problema de Antioquía, reunió a sus caballeros y emprendió una vez más la ruta hacia el norte.

La princesa Alix

Balduino II era ahora doblemente responsable de la suerte del principado: primero, como señor soberano y exregente, y segundo, como suegro del difunto príncipe y abuelo de la herede-

ra de Antioquía (de su matrimonio con Alix de Jerusalén, el joven Bohemundo había tenido una hija, Constancia, que tenía dos años cuando su padre murió). Era natural que el abuelo materno de la niña asumiera en su nombre la regencia. Pero también este derecho recaía, según la costumbre, en la madre de la heredera.

Los historiadores guardan silencio en lo que respecta a las relaciones de la princesa con su joven esposo o se limitan a decir que las costumbres de Bohemundo II eran irreprochables. Fue por tanto un marido fiel. Pero los hechos demuestran que llegó a inspirar a su esposa, la joven princesa, un sentimiento cercano al odio. Fuera como fuese, la princesa Alix, no bien se hubo enterado de que era viuda, no dejó escapar la ocasión para apoderarse del poder, sin perder tiempo vertiendo lágrimas.

Quería quedarse con Antioquía. Pero, por muchos que fueran sus derechos, sólo podía ser regente en nombre de su hija y compartir el poder con su padre, el rey, y un consejo de barones. Con el fin de evitar que así fuera, Alix se apresuró a enviar un mensaje secreto a Zenghi, el cual, en calidad de gobernador de Mosul y de Alepo, se encontraba entonces en esta última ciudad, es decir, a sólo un centenar de kilómetros de Antioquía. Se ofrecía ella a una alianza, si él quería ayudarla a ser única dueña y señora de Antioquía. «Mandó por medio de un mensajero —dice Guillermo de Tiro— a un hermoso palafrén más blanco que la nieve y con las herraduras de plata; el freno y el antepecho eran de plata finamente labrada y la silla estaba cubierta de rica seda blanca[31]». Cabe preguntarse por qué Alix creía poder entenderse con Zenghi, pues no era éste persona que se dejara impresionar por este género de cortesías y es muy probable que, de haber recibido el mensaje, hubiera echado mano a Antioquía sin hacer ningún caso de los derechos de la joven mujer. Pero no lo recibió. El emisario fue detenido por el camino y conducido ante Balduino II. El rey, que se dirigía entonces a Antioquía con parte

de sus caballeros, mandó colgar al mensajero y prosiguió camino adelante.

La princesa le negó la entrada a la ciudad.

Pero la rebelión de ésta quedó pronto dominada, pues la mayoría de los caballeros francos —que representaban la fuerza armada— se declararon en su contra y abrieron las puertas al rey, a su yerno Fulco de Anjou y al conde de Edesa. Alix corrió a refugiarse con sus partidarios en una de las torres de la ciudadela, acabó rindiéndose y echándose a los pies de su padre. Balduino II le concedió el perdón, pero la culpable quedó más o menos obligada a no moverse de la ciudad de Laodicea, que su marido le había dejado en usufructo.

Cabe muy bien preguntarse cómo esta mujer de veinte años había podido lanzarse a tan extraordinaria aventura por el mero deseo de gobernar un Estado sobre el que ya tenía unos derechos oficiales. Pero quizás el simple hecho de que se resolviera a hacerlo baste para demostrar que su propósito no era en realidad tan extraño como podía parecer. Alix pensaba poner en práctica, treinta años después, la vieja política armenosiria consistente en levantar a los turcos contra los francos, a los griegos contra los turcos y a los francos contra griegos o turcos, todo ello con el fin de salvaguardar con ayuda de unos y otros esta independencia constantemente amenazada y ganada siempre a costa de dinero y de sangre. Alix podía tener una ambición monstruosa, pero no estaba loca en absoluto. No habría acudido al gobernador de Mosul de no haber contado con fieles partidarios, muchos de ellos susceptibles todavía de preferir el yugo de los turcos al de los franceses. La muerte de Bohemundo II era un accidente que nadie podía prever, pese a lo cual Alix había obrado con una rapidez que permitiría pensar que llevaba meditando este proyecto de alianza con los turcos desde hacía tiempo. ¿Qué agresivo rencor y qué odio llevaría incubando en su interior un ser tan joven

y aparentemente tan preservado de los reveses de la vida para moverlo a una rebelión así?

Los historiadores no nos instruyen demasiado a propósito de la reina Morfia, hija de Gabriel de Melitene; se contentan con afirmar que fue excelente esposa para Balduino II. Esta armenia, criada en un medio grecoarmenio (Gabriel era de religión ortodoxa) tenía a su cuidado las dependencias reservadas a las mujeres orientales que pasaban su tiempo en oraciones y ocupaciones femeninas. Se sabe que sus hijas fueron educadas al estilo franco, es decir, que gozaban de una mayor libertad de la que permitía la etiqueta oriental. Pero, dada la ausencia permanente del padre, la influencia de la madre debió de ser dominante en la educación de las princesas, y por tanto estas hijas, cuya lengua materna era el armenio, resultarían más armenias que francas. Tenían a su alrededor —como las damas francas en su mayoría— sirvientas y nodrizas armenias y toda una servidumbre oriental cuyo espíritu les era más próximo que el de la nobleza franca. En la época en que Balduino II era conde de Edesa, ellas tenían allí parientes y asistirían sin duda con su madre a los oficios de la Iglesia ortodoxa armenia y, por supuesto, conocerían a los eclesiásticos indígenas.

Por su parte, el padre de las princesas, el conde de Edesa, Balduino de Bourg, había hecho antaño todo lo posible para expropiar a los principales señores armenios del condado, con lo que no hacía más que seguir las huellas de su primo Balduino I, que se había instaurado en Edesa por la traición y la violencia. Balduino y el resto de los francos habían sido la causa indirecta de la espantosa matanza de armenios a orillas del Éufrates. En 1111 y en 1113, Balduino de Bourg había mandado torturar, mutilar y expulsar a gran número de armenios, ricos y pobres, al enterarse de los complots que contra él se tramaban en la ciudad, y hasta había abrigado la intención de arrancar los ojos al obispo.

Mateo de Edesa, que sin embargo se muestra bastante favorable a Balduino II, se hace eco de las desdichas de los armenios de Edesa y de su justa indignación contra los francos, los cuales, «en pago a los beneficios que Edesa les había prodigado, la hicieron objeto de los más indignos tratos». (*Op. cit.*, pp. 105-106). En 1115, para castigar a su aliado el armenio Vasil Dgha por haberse entendido con los turcos, Balduino de Bourg le arrebató las fortalezas de Raban y Kaysún; después, desposeyó de sus tierras a otro jefe armenio, señor de Biredjik, Abelgharib; se dirigió luego contra Pakrad, aquel mismo armenio hermano de Kogh Vasil que abrió una vez el camino de Cilicia a Balduino I; y no contento aún con haber quitado a Pakrad sus posesiones, hizo lo mismo con las de Constantino, señor de Cargar (1117), y encerró a éste en una prisión donde debía permanecer hasta el fin de sus días. «Hubiéramos deseado contar —dice Mateo de Edesa— los muchos crímenes cometidos por los francos, pero si no nos hemos atrevido a hacerlo es porque nos hallábamos bajo su autoridad». (*Op. cit., p.* 36).

Hay que creer, pues, que las hijas de Morfia, nietas del feroz Gabriel de Melitene, oían más quejas y maldiciones de lo debido contra los francos. Y era muy posible que no sintieran estimación por aquel padre que nunca veían y que conocían como el gran opresor de su pueblo. La conducta de las tres hermanas —tres, pues la cuarta, Yvette, se hizo monja y no tuvo después demasiados contactos con el mundo— deja entrever el gran afecto que se guardaban entre sí y la indiferencia casi total con que miraban los intereses del reino franco. La misma solidaridad fraterna de que siempre hicieron prueba implica en todo caso de por sí una muda hostilidad al medio en que vivían.

Sería difícil explicar la actitud de Alix por un ardiente patriotismo armenio. Era una persona ávida de poder, ante todo y contra todo. Pero también había en ella, no cabe duda, algo de patriotismo armenio que constituía su mejor carta a jugar. Gra-

cias a esto y al saqueo del tesoro de su difunto esposo, pudo ganarse partidarios entre la población civil de Antioquía. Dicha población, siempre hostil a los francos y al rito latino, pudo siquiera por un momento esperar que el gobierno de Alix traería consigo al menos una mayor independencia religiosa, aunque hubiera de ser bajo tutela turca. La princesa gozaba de popularidad entre los cristianos indígenas, que la consideraban una de los «suyos», y que, como sin duda también ella misma, sólo veían en su joven esposo a un opresor franco como los otros. No olvidemos que era precisamente en una guerra contra los armenios donde Bohemundo II había hallado la muerte.

Relegada primero en Laodicea y restablecida después en sus derechos de regente del reino de Antioquía a instancias de su hermana la reina Melisenda, Alix debía seguir siendo toda su vida una de las principales campeonas de la oposición al poder real. No estaba dotada de mucha visión política y, por el hecho de ser mujer, tampoco podía imponerse por sus facultades militares. Nada podía remediar su sed de poder, sus sueños y sus rencores. Su intención, al acudir a Zenghi, era eliminar el poder franco en Antioquía. Después, de un modo menos visible, intentaría garantizar sus derechos a través de una alianza con los bizantinos. Esta alianza era bastante conforme a los intereses del reino franco, pero demasiado tardía, y Alix murió joven sin sacar provecho de ella. Si los cronistas han intentado minimizar la envergadura de la rebelión de Alix, explicándola por un simple capricho de mujer, no por ello dicha rebelión dejaba de significar un gran escándalo, que en la carne del rey de Jerusalén era mucho más que una espina. Era la revelación repentina de un mal ya por desgracia arraigado: no había verdadero acuerdo posible entre los francos y la cristiandad indígena.

La muerte de Balduino II

Antes de que se cumpliera un año de su matrimonio, Melisenda, heredera del reino y esposa de Fulco de Anjou, daba a luz a

un hijo que fue bautizado con el nombre de Balduino. El anciano monarca no vivió lo bastante para ver crecer al futuro rey de Jerusalén, el primer rey franco nacido en Tierra Santa. Tuvo tan sólo la alegría de comprobar que se trataba de un niño robusto y que prometía vivir. El porvenir de la dinastía parecía asegurado.

Balduino II murió en agosto de 1131, después de trece años de reinado. Dejaba el reino en buenas manos, pues Folques era un hombre fuerte y, como esposo de la futura reina, podía contar con la fidelidad de los vasallos del reino, si no de los condes de Trípoli y Edesa. El principado de Antioquía, después de la muerte de Balduino II y la relegación de la princesa, dependía directamente del rey, al que la nobleza franca se sentía tanto más adicta cuanto que se sabía amenazada por el temible Zenghi. Balduino II podía morir en paz, en la medida que la palabra «paz» podía, claro está, significar algo en aquel reino guerrero.

La muerte del sabio y prudente batallador fue edificante. No permitió que le llegara desprevenido. Tuvo tiempo para arrepentirse de sus muchas faltas. Hizo que le llevaran a la casa del patriarca para así morir más cerca del Santo Sepulcro, requirió la presencia de su hija y de su yerno junto con el niño y allí les legó solemnemente el reino delante del patriarca y de los principales barones del país. Acto seguido, revistió el hábito de canónigo de la orden de la Iglesia del Santo Sepulcro para «morir con toda pobreza en honor a su Señor, el cual por él y por los demás cristianos se había hecho pobre en esta era» (G. de Tiro, I, pp. 601-602). La vieja costumbre de entregarse así a Dios en el momento de morir, que recordaba al bautismo *in extremis* practicado por los cristianos de los primeros siglos, estaba muy divulgada en Occidente, y más aún en Oriente. La tradicional majestad de los últimos momentos del rey coronaba su obra, si bien no de paz, sí al menos de arraigo en la tierra de Oriente que, bajo Balduino II, había definitivamente pasado a ser el reino de Jerusalén.

En 1096, es decir, treinta y cinco años antes, Balduino de Bourg, hijo del conde de Rethel, barón de noble pero también bastante oscura familia ardenesa, tomaba la cruz y partía para la guerra santa con las tropas de su primo Godofredo, duque de la Baja Lorena. Era un militar de carrera, más ambicioso que devoto, como la mayoría de los caballeros cruzados, aunque también religioso. Su devoción era sincera, estrecha, formalista, y coexistía con una inconsciente amoralidad. En efecto, aquel hombre, en resumidas cuentas bastante simple, podía tenerse por buen cristiano aun cometiendo las mayores injusticias, pues cumplía con sus prácticas devotas regularmente y permanecía fiel a su esposa. Sin duda por ello supo inspirar mejor que Balduino I el tipo de respeto que se debe al «hombre de bien». Aquél, en cambio, jamás lo fue y poco le importó el serlo. Balduino II, igual de inflexible, batallador y codicioso que su primo, dejaba detrás de sí la fama de ser el más sensato y comedido de los hombres.

Y como tal hombre sensato se había comportado a menudo. Las terribles dificultades que había tenido que afrontar le habían llevado a ello. Además, había sabido cumplir con la tarea de rey con la puntualidad del buen militar que ve confiársele una misión peligrosa. Pero, como era ante todo un soldado, en cuanto la inminencia del peligro disminuía, el demonio que llevaba dentro le arrojaba de nuevo al riesgo de la aventura.

Al morir dejaba el trono a un hombre de mucho valor, pero recién llegado a aquellas tierras. Con ello, Fulco de Anjou heredaba también un adversario temible como pocos, el primer gran jefe musulmán que puso todo su conocimiento y método en explotar contra los francos la idea de guerra santa. Sólo la resistencia de los príncipes musulmanes a la tiranía de Zenghi haría posible la consolidación y el arraigo del dominio franco en Siria.

Fulco de Anjou, rey de Jerusalén

El gran barón angevino que, como esposo de la princesa heredera, sucedía a Balduino II era un anciano llegado de Francia. Bajo su reinado, la corte de Jerusalén acabó de convertirse en una auténtica corte, bastante parecida a las cortes reales de Occidente, sólo que con algo más de fastuosidad oriental. Creía su deber administrar su reino como había administrado su provincia de Anjou. Y realizaba bien esta tarea, pero le faltaba tiempo para familiarizarse con la complejísima situación de su reino. Él, que había logrado en Anjou establecer una especie de monarquía feudal mucho más centralizada que el entonces dominio de los reyes de Francia, había de incomodarse ante el «organizado desorden» de aquellos Estados donde se hablaban cuatro lenguas predominantes (sin hablar de las secundarias) y donde se profesaban seis religiones distintas; donde los súbditos italianos del rey debían sólo obediencia a sus repúblicas respectivas y donde los caballeros de las órdenes monásticas, es decir; una gran parte de la caballería del país, sólo debían obediencia a su gran maestre y al Papa; donde los cristianos indígenas, pese a estar sometidos (por la fuerza de las armas), se sentían sujetos bien al emperador de Bizancio, bien a los jefes de sus respectivas Iglesias; y donde, por último, los grandes vasallos estaban tan celosos de su independencia como en Occidente, y esto con los turcos en sus fronteras, quienes eran adversarios mucho más peligrosos de lo que en Occidente podían serlo los más poderosos reyes vecinos.

Siguiendo una regla que en la Edad Media era más o menos general cuando moría un rey, Fulco tuvo que aplacar las rebeliones de los vasallos principales: Pons, el conde de Trípoli y la princesa Alix de Antioquía. El viejo conde de Edesa, Jocelin de Courtenay, no pudo en esta ocasión rebelarse (admitiendo que hubiera tenido intención de hacerlo), pues murió en una campaña contra los turcos en la región de Edesa, dos o tres meses después de la muerte de Balduino II. (Habremos de volver luego sobre la historia de este hombre, una de las personalidades más ori-

ginales de la Siria franca). Jocelin dejaba el condado a su hijo Jocelin O, quien estaba lejos de igualar a su padre en valor guerrero y no pecaba precisamente por exceso de lealtad para con el rey. La princesa Alix, a quien estaba vedado salir de su dominio y mezclarse en los asuntos de Antioquía, no se resignaba en modo alguno a su dorada cautividad. Se puso de acuerdo con Jocelin II (que era pariente suyo y, como ella, medio armenio), con Guillermo, señor de Sahiyun (Saône), y con el conde de Trípoli, quienes, después de la muerte de Balduino II debían ponerse en contacto con los habitantes de Antioquía (los cristianos indígenas más algunos barones francos) y llevar a cabo un complot para restaurar la regencia de Alix.

El conde de Trípoli y el conde de Edesa esperaban así poder debilitar el poder real. Cuando Fulco, advertido del complot tramado en Antioquía, quiso llegarse hasta esa ciudad con sus caballeros para restablecer el orden, Pons de Trípoli le negó el paso por sus tierras. El rey tuvo que embarcarse casi solo en Beirut hasta llegar al puerto de San Simeón de Antioquía por mar. Una vez allí, los barones francos hostiles a la princesa renovaron ante Fulco sus juramentos de fidelidad al rey Balduino y le nombraron regente suyo en nombre de la pequeña Constancia, heredera del principado.

Pons, furioso, invadió las tierras de Antioquía con intención de declarar la guerra al rey. Fulco le presentó batalla, le puso en fuga y trajo prisioneros a Antioquía a una parte de los caballeros provenzales. Pronto el conde de Trípoli hubo de arrepentirse de su rebelión: atacado por los turcomanos y sitiado en Montferrand, no tuvo más remedio que recurrir a la clemencia del rey. La condesa Cecilia, su mujer, hermanastra de Fulco[32], se arrojó a los pies de su hermano el rey suplicándole que fuera a ayudar a su marido. Fulco, movido de compasión hacia su hermana y por el sentimiento de solidaridad franca, partió a la cabeza de su

ejército y liberó Montferrand. Pons no le negó esta vez su juramento de homenaje.

Los turcos de Alepo, bajo las órdenes de Sawar, lugarteniente de Zenghi, acosaban entonces a Jocelin II en su territorio de Turbessel. Por tanto, la princesa Alix, al hallarse sin ejército ni aliados, no tuvo más remedio que quedarse quieta.

Después de la casi obligada demostración de independencia por parte de los grandes vasallos, todo el país reconoció oficialmente a Fulco.

Jocelin de Courtenay

El condado de Edesa, primer feudo oriental de Balduino de Bolonia —el cual se lo había apropiado traicionando al armenio Thoros—, era una tierra cristiana donde los armenios habían más o menos impuesto vasallaje a los sirios y donde ambos vivían en desacuerdo. A estas dos comunidades cristianas rivales se habían añadido los francos. Con la ayuda de las armas y llevado de una ávida codicia de condotiero, Balduino de Bolonia había puesto de acuerdo a todo el mundo. Los habitantes de Edesa inclinaron la cabeza ante aquel nuevo azote de Dios, esperando librarse de él por medio de algún que otro complot. El reinado de Balduino de Bolonia en Edesa duró sólo tres años, pues luego fue llamado a ser rey de Jerusalén. Le sucedió Balduino de Bourg, quien continuó la misma política de opresión y de exacciones, a veces quizá con algún miramiento más por consideración a su esposa y a su suegro Gabriel.

Con su hueste de caballeros ardeneses y valones, entre quienes distribuyó generosamente todas las tierras del condado, consiguió —aun sin dejar nunca de guerrear con los musulmanes— mantener cuatro años a la población local bajo su obediencia. Durante los cuatro años que siguieron, le sustituyó el normando Ricardo de Salerno, cuya dureza y codicia oscurecieron las hazañas de los dos Balduino. De nuevo en Edesa, Balduino de Bourg

tuvo que sofocar varias revueltas de armenios, y lo hizo con brutalidad y hasta con crueldad, y creyendo hacer buen uso de su derecho. Durante diez años más, fue conde de Edesa, o sea, hasta 1118, fecha en que subió al trono de Jerusalén. En este período, amplió considerablemente sus dominios, no a costa de los turcos, sino de los armenios vecinos. Confió uno de los principales feudos del condado —Tell-Basher (Turbessel, para los francos)— a uno de sus primos, un hombre joven aún y pobre a quien había hecho llegar de su Ardena natal después de establecerse en Edesa.

Jocelin de Courtenay, a quien el más rico y noble de sus parientes quiso favorece^ era un caballero brillante. Cruzado de la segunda época, era uno de tantos segundones ambiciosos a quienes movía más el prestigio de Oriente que el honor de servir a Dios. Una vez convertido en señor de Turbessel, combatió fielmente al lado de Balduino de Bourg; junto con éste fue hecho prisionero, y después se portó con tanta lealtad al negociar la puesta en libertad de Balduino que su actitud llevó al *atabeg* Chawali a tenerle aprecio; fue compañero de Balduino en todas sus querellas, estuvo a su lado en todas sus campañas y tomó parte junto a él en las crueles represiones de los rebeldes armenios; su fuerza y valor le valieron tal reputación que en todas partes se le consideraba casi como el par de su soberano.

Después de 1113, cuando el condado de Edesa propiamente dicho empezó a padecer escasez (la matanza de la población rural por los turcos en 1110 tuvo como consecuencia la ruina de las tierras), Jocelin se encontró que tenía más riquezas que su primo y bienhechor, pues la tierra de Turbessel sí era rica y fértil. Balduino de Bourg acusó a su primo de ingratitud, le atrajo a Edesa bajo un falso pretexto y le encerró en prisión. No le devolvió la libertad hasta que no hubo prometido cederle su feudo de Turbessel. Una vez despojado de todos sus bienes y expulsado del condado, a Jocelin no le quedó otra solución que ir a refugiarse al lado del rey de Jerusalén, Balduino I, quien, muy contento de

poder asegurarse los servicios de tan perfecto caballero, le otorgó el feudo de Galilea, vacante desde la muerte de su anterior titula^ Hugo de Saint Omer.

Ya hemos visto que, después de la muerte de Balduino I, Jocelin fue el principal artífice de la elevación al trono de Balduino de Bourg. El nuevo rey, agradecido, enfeudó a su primo el condado de Edesa. Jocelin se estableció pues en Edesa, donde, como en todas las demás partes, no le faltaron ocasiones para guerrear. Fue otra vez hecho prisionero y se evadió para continuar defendiendo sin descanso sus tierras de Edesa y en ocasiones las de Antioquía. Según afirman todos sus contemporáneos, su fuerza, su arrojo, su buena prestancia y su conocimiento del arte de la guerra le sitúan entre los primeros caballeros de la Siria franca.

Cuenta Miguel el Sirio que cuando Jocelin, mientras se esperaba la entrega del rescate de Balduino de Bourg, se ofreció como prisionero en su lugar, Chawali quedó tan sorprendido por la gallardía del caballero franco, su belleza y su cortesía que perdonó el resto de la deuda de Balduino, equivalente a treinta mil dinares, eso es, casi la mitad del total. Si bien puede pensarse que por parte del cronista sirio ha habido cierta exageración novelesca, el relato prueba sin embargo que la personalidad de Jocelin de Courtenay imponía a los propios musulmanes, y no sólo por sus cualidades militares —que, viniendo como venían de un franco, no extrañaban a nadie—, sino por una gracia especial para desenvolverse y entrar en contacto con los demás, incluso con los enemigos. No hay nada en el comportamiento de Jocelin que nos permita ver en él a un héroe de la fe: no era sino un caballero sin fortuna dotado de aquella misma sed de riqueza, que en su siglo pasaba por ser virtud, y que peleaba ardientemente por su soberano y por las tierras que se le habían confiado. No era un hombre bondadoso, pues bien sabemos que con ocasión de la revuelta de los armenios de Edesa en 1112, y de su consiguiente represión, dio muestras de una crueldad mayor aún que Baldui-

no de Bourg. Tanto para éste como para Balduino de Bolonia fue, en suma, un vasallo leal —no olvidemos que era también su pariente—, con las cualidades y defectos de todo buen caballero.

Guillermo de Tiro nos presenta, bajo una luz más bien desfavorable, su conducta en la disputa que tuvo con Balduino de Bourg. Guillermo de Tiro escribía —no hay que olvidarlo— en un momento en que los descendientes de Balduino de Bourg ocupaban el trono de Jerusalén y en que los nietos de Jocelin (Jocelin III e Inés) eran enemigos personales de nuestro historiador. A decir verdad, el arzobispo de Tiro no halla, para justificar sus acusaciones, más que chismes propios de sirvientes o, más bien, vagas habladurías que llegaron a cruzarse entre los criados de Jocelin y los de Balduino. La principal acusación contra Jocelin —que no se mostraba demasiado solícito en lo que al aprovisionamiento de las tropas de su primo respectaba y que prefería guardarse el trigo y el dinero para sí— no carecía de verdadero fundamento, pero no por ello hay que creer que esta avaricia llegara a alcanzar grandes proporciones, ya que las relaciones entre los dos hombres se mantenían en apariencia excelentes. Merece la pena dar cuenta de la famosa pelea, tal y como la vio Guillermo de Tiro:

Balduino, habiendo oído que los escuderos de Jocelin, señor de Turbessel, se burlaban de su pobreza y ensalzaban la riqueza de su amo, hasta el punto de decir que haría mejor en vender su condado de Edesa a Jocelin y de volverse a Francia, montó en violenta cólera. Pero se dice asimismo que «por las palabras de los criados es posible adivinar el pensamiento de sus dueños». Finge entonces caer enfermo y manda llamar a Jocelin a Edesa; y éste cree que es para confiarle el gobierno de su condado. Balduino, desde su pretendido lecho de enfermo, le cubre de durísimos reproches: «Tú, que todo me lo debes a mí, no haces nada por ayudarme cuando me encuentro necesitado, me reprochas la pobreza, intentas expulsarme de mis tierras», etc. Seguidamente,

sin escuchar las protestas de su primo, manda apresarle y meterle en prisión: «Le tuvo encerrado en duro cautiverio, y le hizo sufrir muchos tormentos, hasta que [Jocelin] le hubo cedido toda la tierra que tenía». Parecido comportamiento, incluso para con un jefe turco, hubiera merecido el nombre pino y simple de perfidia. Pero, como dice Mateo de Edesa, el sensato Balduino daba manifiestamente muestras y ponía en práctica una política de «ingeniosa avidez para adueñarse de los bienes ajenos», igual si se trataba de su primo y amigo como de los príncipes armenios de Cilicia. Las tierras de Turbessel eran fértiles. Y habría que añadir también que Jocelin era muy apreciado por sus súbditos indígenas. Su presencia en los alrededores de Edesa perjudicaba a Balduino.

Mientras estaba vacante el trono de Jerusalén, Jocelin habló mucho y bien a favor de Balduino de Bourg. «Bien supondréis —había dicho— que, si hablo así, no es por afecto hacia él, pues bastantes daños me ha causado además de hacerme víctima de muchas afrentas; pero, si digo esto, es por los intereses de la tierra y para mi conciencia [...]. Le conozco y os doy mi palabra de que es un hombre sabio y de mucho juicio [...], no hay tierra de donde pueda venirnos hombre más íntegro que él para cubrir este cargo». Guillermo de Tiro sospecha aquí, y no sin razón, que Jocelin se pone al servicio de Balduino esperando con ello obtener el condado de Edesa. «Es muy posible que las intenciones del patriarca [Arnaldo] y de Jocelin no fueran demasiado claras en aquella ocasión». (Guillermo de Tiro, cap. XII, 3, pp. 514 y ss). Es muy posible incluso que aun así fueran claras, pues su consejo no dejaba de ser prudente ni de responder a los verdaderos intereses del reino.

Jocelin I se había casado con una princesa armenia, hermana de Thoros I, señor de Vakha, nieto de Rupén I, fundador de una de las principales dinastías armenias de Cilicia. Ya sabemos que, al principio de su vida en Oriente, los dos Balduino se habían

procurado apoyo en la nobleza armenia local y habían tomado como esposas a dos mujeres armenias; Balduino de Bourg había hecho asimismo que una de sus hermanas se casara con el hermano de Thoros I, León, el cual iba a reinar en Vakha tras la muerte de su hermano (Bohemundo II halló precisamente la muerte en una expedición contra él). Jocelin, cuya reputación fue desde los comienzos casi tanta como la de su primo y soberano, pasó a ser, pues, cuñado del poderoso príncipe armenio y, contrariamente a Balduino, se tomó en serio estos nuevos lazos de parentesco.

Ha llegado a reprochársele su dureza a propósito de la rebelión de Edesa, cuando en realidad trabajaba por cuenta de Balduino de Bourg. Durante los trece años que fue señor de Turbessel, se hizo amar por sus súbditos, y los historiadores armenios no le reprochan ni crueldades ni exacciones. Parece que supo adaptarse sin esfuerzo al nuevo medio indígena, simplemente tratando a sus vasallos armenios como hubiera tratado a los caballeros francos, como iguales. Nombrado conde de Edesa después de 1118, se vio dueño de un extenso principado, cuya población, merced a las conquistas de Balduino de Bourg, era en su mayoría armenia. Aquellos territorios que había conquistado de manera bastante brutal no fueron una carga pesada para Balduino, pues todos los armenios le querían y le reconocían como señor legítimo, por no decir casi su héroe nacional.

Conocería la lengua armenia lo bastante como para entenderse con sus súbditos sin demasiado trabajo. Se sabe que había estrechado lazos de amistad con los prelados de la Iglesia armenia (y también por otro lado con los de la Iglesia jacobita). Y se pasó la vida defendiendo sin cesar contra las agresiones de los turcos aquellas ciudades de población indígena en las que los francos sólo estaban representados a través de pequeñas guarniciones, y que le importaban tanto como si hubieran sido francas.

Cuando en 1122 cayó prisionero, los habitantes de Edesa no pensaron un solo momento en aprovecharse de su ausencia para

rebelarse, sino que, sumidos en la desolación, se sometieron a Balduino Il en espera del regreso del conde. Pero, cuando Balduino cayó prisionero a su vez, Jocelin pensó en un medio de evadirse: en la ciudad donde estaban encerrados los dos jefes francos, una parte de la población era cristiana y armenia. La popularidad de Jocelin de Courtenay debió de traspasar los límites de su condado, pues se encontró con gente amiga, incluso en Charput. Logró así mandar mensajeros a Edesa para llamar en su ayuda a sus súbditos armenios. Éstos, lejos de advertir de sus proyectos a la caballería franca, decidieron liberar a su conde por sus propios medios. Cincuenta hombres de probado valor se disfrazaron de monjes, mercaderes y mendigos y, escondiéndose las armas bajo los trajes, se pusieron en camino hacia Charput. Tras haber conseguido penetrar en la fortaleza, se aseguraron la complicidad de los obreros armenios que se hallaban allí trabajando. Dichos trabajadores, súbditos del emir Balak, estaban dispuestos a arriesgar sus vidas con tal de salvar al conde franco de Edesa. Se produjo un levantamiento de toda la población armenia de Charput. Se forzó la entrada de la prisión, se degolló a los guardas, y los prisioneros, que eran bastantes, pues Balak era un guerrero temible, quedaron en libertad, de modo que pronto la capital de los emires ortuquíes estuvo en manos de los armenios, de Balduino de Bourg y de Jocelin.

No obstante, la empresa, con toda su singular heroicidad, estaba llamada al fracaso. Ningún ejército podía acudir en su socorro, y las tropas de Balak se encontraban muy cerca. Con tres armenios del lugar; Jocelin salió de la ciudad ya sitiada en busca de refuerzos. Mientras iba camino de Edesa, disfrazado de mendigo y rendido de hambre y de sed, un campesino armenio le reconoció, y él tuvo miedo de que le traicionara y le vendiera a los turcos. Nada había que temer en realidad; al contrario, el campesino estaba muy gozoso, decía de haber podido hacer un favor al conde que antaño «le había dado pan, cosa de que entonces él ca-

recía». Nada tenía el encuentro de providencial, pues Jocelin era conocido en todo el país, y muchos eran los campesinos que, como éste hizo, hubieran matado su único puerco para dar de comer al conde y hubieran arriesgado la vida para conducirle a Edesa disfrazado de armenio y con un bebé en brazos. (Foucher de Chartres nos describe al conde de Edesa presa del desamparo y de la tristeza en este extraño viaje, porque no sabía qué hacer para calmar el llanto del niño…).

La aventura de Charput tuvo un trágico final: después de reunir a toda prisa a los caballeros disponibles, tanto de Edesa como de Jerusalén y de Antioquía, puesto que se trataba de la libertad del rey, Jocelin no pudo llegar a tiempo. De nada le sirvió en esta expedición llevar consigo la Vera Cruz. Balduino II, sus compañeros de cautiverio y los armenios se batieron heroicamente, pero las tropas de Balak acabaron tomando por asalto la ciudadela. Todos los armenios que allí se encontraban, mujeres incluidas, fueron pasados a cuchillo. «Unos —dice Guillermo de Tiro— fueron atados a unos postes y utilizados como blanco; a otros se les despellejó vivos, mientras que otros fueron colgados, quemados o despeñados de lo alto de las murallas» (C. de Tiro, XII, 19, p. 541). La misma suerte les tocó padecer a los prisioneros francos, con excepción de Balduino II, de uno de sus sobrinos[33] y de Galeran de Puiset. La liberación de Jocelin había salido cara.

Para vengar a cuantos fueron por él sacrificados, Jocelin sembró el terror por los campos de las cercanías de Alepo y devastó sus alrededores, mientras que los pobladores de Alepo, para vengarse de las profanaciones que aquél cometió en las tumbas musulmanas, transformaron en mezquitas casi todas las iglesias de la ciudad.

Jocelin murió en 1130, poco después de Balduino II No era demasiado viejo, no debía de tener aún sesenta años. Mientras estaba examinando las obras de una mina que mandaba excavar al pie de la torre de una fortaleza sitiada, la galería se hundió. El

conde fue sacado de entre los escombros con los miembros rotos y herido de muerte. Estaba ya casi moribundo cuando los turcos danishmandíes —o, según pretenden otras fuentes, el sultán de Anatolia— atacaron el castillo de Kaysun, en la frontera nordeste del condado de Edesa.

El anciano conde mandó a su hijo Jocelin reunir a sus caballeros e ir a liberar esta plaza, pero el joven se negó, alegando que no disponía de tropas suficientes. Entonces el moribundo mandó que le llevaran en litera para ir él mismo a la cabeza de su ejército. Al ver que hacia ellos avanzaba una litera arrastrada por caballos y adornada con los estandartes del conde de Edesa y seguida de toda la caballería franca detrás, los turcos levantaron el sitio y huyeron. Jocelin de Courtenay no iba a ver más turcos en su vida.

Colocaron la litera en el suelo. Y el conde, según cuenta Guillermo de Tiro, «tendió las manos al cielo y dijo estas palabras: "Señor Dios, os doy todas las gracias que me es posible daros, por haberme honrado tanto en este mundo [...]. Vos, que al final de mi vida habéis sido tan misericordioso y generoso conmigo que habéis querido que mis enemigos tuvieran tanto miedo de mí, yo que yazgo aquí medio muerto, impotente y carroña ya, sin poderme valet, que no se han atrevido a esperarme y han huido ante mi llegada. Dios, mi Señor, reconozco que ello me ha venido de vuestra bondad y de vuestra benevolencia". Cuando hubo acabado de hablar^ se encomendó de todo corazón a Dios y al punto entregó el alma. Murió allí mismo y rodeado de sus gentes».

De todos los grandes de la Primera Cruzada, Jocelin fue el único que llegó a concebir y a crear lo que hubiera podido ser una fraternidad entre cristianos indígenas y latinos. No de forma premeditada y menos aún por idealismo humanitario, pues tales nociones no existían aún en aquella época, sino por la sola fuerza de un temperamento generoso y capaz de hacerse querer, por ser

él mismo, aun quizá sin saberlo, capaz de querer. El gran mérito de Jocelin de Courtenay no era haber hecho huir a los turcos con su sola aparición en la litera, sino haber creado tales lazos entre él y sus súbditos que todavía dieciséis años después de su muerte los habitantes de Edesa veían en su hijo a un dueño y salvador.

La población apreciaría también a Jocelin II, primero por ser hijo de su padre, y después, porque estuvo más próximo a los armenios de lo que jamás iba a estarlo ningún príncipe franco. Pero no supo conservar la herencia paterna. Aunque él mismo cometiera errores graves, es probable que fueran sus simpatías armenias lo que provocara su caída. El reino franco iba constituyéndose cada vez más en contra de los cristianos indígenas y orientado hacia un dominio de la aristocracia exclusivamente franca, occidental, latina y católica. Los armenizados, como Jocelin II o la princesa Alix, capaces de comprender y de favorecer los intereses de los cristianos indígenas en detrimento de los francos, parecían traidores. No es que hubieran intentado abrazar jamás la causa indígena, pero entreveían otras soluciones que no eran la pura y simple dominación franca. Acogían en su interior otras influencias y su horizonte era, por tanto, distinto. Eran como extranjeros dentro de un ambiente franco.

La experiencia inaugurada por los primeros reyes de Jerusalén de una política matrimonial en vistas a una fusión de las dos comunidades indígena y latina se reveló poco viable (nos referimos a las altas esferas, pues los francos pobres, ya fueran soldados o artesanos, se veían obligados a casarse con mujeres indígenas, pues no las había provenientes de su propio país. Estas últimas, por ser muy pocas, eran sin embargo más apreciadas). Los ricos preferían traerse mujeres de Ultramar, o casarse con las hijas de los barones locales, mientras que muchos otros habían traído consigo a sus familias a Tierra Santa. Los hombres que luchaban morían más rápidamente que en otros sitios. Los jóvenes se casaban con las viudas, que a veces resultaban serlo de segundas o

terceras nupcias. Salvo en el condado de Edesa, los barones ya no pedían en matrimonio a las hijas de hombres como Rupén, Thoros o León. Si bien es cierto que la nobleza franca de Edesa se armenizó y que la de Antioquía recibió cierta influencia oriental, las tentativas de asimilación parecían hacerse en detrimento de la comunidad franca propiamente dicha. Los reyes de Jerusalén, los príncipes de Antioquía y los condes de Trípoli seguían siendo para los cristianos indígenas unos dueños extranjeros. No habría un segundo Jocelin de Courtenay.

Las órdenes militares

En 1118, año de la muerte de Balduino I, un caballero de Champaña llamado Hugo de Payns (o de Payens) fundaba junto con otros ocho compañeros una cofradía a la vez religiosa y militar, cuyo objetivo debía ser proteger a los peregrinos pobres que se dirigían a los Santos Lugares. Al aumentar rápidamente los miembros de dicha cofradía, el patriarca y el rey le cedieron una casa que formaba hasta entonces parte de las dependencias del palacio real, el antiguo Templo de Salomón; esta institución tomó entonces el nombre de «milicia del Templo».

Por otro lado, existía en Jerusalén desde 1070 una cofradía, religiosa ésta, consagrada al servicio de los pobres de origen latino. Dicha cofradía, que habían fundado unos piadosos mercaderes de Amalfi cerca de la iglesia de San Juan Capellán y de la que formaban parte monjes y laicos, sostenía una hostería y un hospital y era de gran ayuda a los peregrinos que desde siempre venían a visitar Jerusalén. Se mantenía, como es natural, con los donativos en dinero procedentes de peregrinos de cierta fortuna y de eclesiásticos. Después del establecimiento de los cruzados en Tierra Santa, el jefe de esta piadosa cofradía, un amalfitano llamado Gerardo, dio a su organización el carácter de una verdadera orden religiosa independiente que, al mismo tiempo que observaba la regla benedictina, tuviera su gobierno propio y sus

estatutos, y que fue conocida bajo el nombre de orden del Hospital.

Sólo a partir de 1119 esta orden, primero destinada sólo a obras de caridad, asumió igualmente la obligación de proteger a los peregrinos y contó con militares entre sus miembros. La «milicia del Templo» de Hugo de Payns había servido de impulso.

La idea de una milicia a un tiempo religiosa y guerrera procedía de la misma oleada de fervor popular que había hecho posible la Primera Cruzada. Pues, si bien el entusiasmo de las gentes había sufrido un pronto desengaño y no había sobrevivido a los primeros y terribles años de la gran aventura, había un fervor que se mantenía siempre vivo y candente en el corazón de unos cuantos hombres para quienes la Cruzada no había sido jamás un pretexto de conquistas.

Absorbidos como estaban en sus guerras, los grandes barones parecían haber olvidado que el objeto de su permanencia en Oriente era la peregrinación: que, si había tanta necesidad de defender los Santos Lugares, era con el fin de que allí se sirviera mejor a Dios y para que el mayor número posible de cristianos pudiera adorarle en paz. La «caballería del Templo» se ganó muchos seguidores entre los caballeros de Tierra Santa y aún más entre los peregrinos que venían de Occidente por mar. El fervor aun siendo guerrero, no hallaba ya provecho alguno en las campañas incesantes que los reyes de Jerusalén y los demás príncipes francos organizaban contra turcos y egipcios.

Herederos espirituales de un Gautier Sans Avoir o de un conde de Tubinga, los compañeros de Hugo de Payns se entregaban al servicio directo de Dios, tal como le veían representado en la figura de sus pobres. Indiferentes a los intereses políticos y a las ambiciones territoriales de los Estados francos, se dedicaban al servicio exclusivo de los peregrinos, de aquellos pobres de Dios

que iban a Tierra Santa para adorar a Jesucristo y a quienes no preocupaban los reyes y los barones de Jerusalén.

La Edad Media practicaba un culto a los pobres o al pobre, en recuerdo de la parábola del Evangelio según San Mateo (XXV, 31-46). La piedad cristiana (así como también la piedad coránica) convertía el amor a los pobres en una obligación absoluta y hacía de la pobreza un ideal supremo. Si bien es verdad que en la práctica los ricos y poderosos se contentaban con comprar el perdón de Dios repartiendo limosnas —y éstas constituían, en efecto, una parte importante del presupuesto de los señores tanto laicos como eclesiásticos—, los hombres verdaderamente piadosos y hasta los que lo eran menos sentían cierta inferioridad frente a los pobres. Una piedad sincera no se acomodaba con la riqueza. El hombre que sin poseer vocación monástica alguna deseaba servir a Dios se ponía a menudo al servicio de los pobres. En época de muchas desigualdades y de gran injusticia social, ello creaba un cierto equilibrio, ya que la caridad, obligada a los particulares, pero considerada como algo natural, contrapesaba en parte la dureza de las condiciones en que vivía el pueblo.

En Tierra Santa el pobre era en primer lugar el peregrino, sobre todo el de origen latino, aunque en general los peregrinos de todas partes y de cualquier confesión cristiana gozaban del mismo favor. Muchos fueron siempre y bajo todos los regímenes estos vagabundos por amor a Dios, a quienes se tenía en gran consideración, tanto más cuanto que con sus oraciones contribuían no sólo a su propia salvación, sino a la de todos cuantos podían ayudarles y protegerles. El mero hecho de que, llevados por su fervor, hubieran consentido a los mayores sacrificios y afrontado los mayores peligros les hacía ya dignos de respeto. Llegaban aquellas gentes de todas partes de la cristiandad y acompañados a menudo de peregrinos ricos, cuyo ejército les escoltaba. Otras muchas veces desembarcaban en grupos más o menos organizados que por ambos flancos protegían varios hombres armados

con simples garrotes o cuchillos. Los monjes que iban a venerar los Santos Lugares iban por pequeños grupos que se unían cuando se les presentaba la ocasión a otras tropas más nutridas. E iban también largas caravanas, con gente de a caballo, con asnos y mulos que tiraban de los carros, gente a pie de todas las edades y de ambos sexos guiados por monjes de luenga barba y vestidos con un sayal, portando cruces y cantando salmos.

Así como habían sido los compañeros de Pedro el Ermitaño y sus muchos predecesores al ir en busca de su salvación eterna, así eran aún y debían ser durante siglos estas multitudes (más o menos cuantiosas, según los años) de piadosos vagabundos, de pecadores arrepentidos, gente cuya vida había marcado una cruel desgracia o comprometida en algún escándalo público, o deseosa de escapar a la justicia, de exaltados en busca de martirio o temperamentos inquietos, ansiosos de descubrir nuevas tierras, o simples aventureros. La Jerusalén cristiana, abierta a todos los cristianos y hospitalaria, era un polo de atracción para aquel fervor popular que poco se preocupaba de que príncipes, reyes y barones pudieran conquistar o perder en Tierra Santa, pues los asuntos de éstos cobraban muy poco valor comparados con la majestad del Santo Sepulcro.

Siempre habían sido difíciles las peregrinaciones a Tierra Santa. Sin embargo, fue desde el momento de la conquista turca cuando comportaron más peligros que nunca. Éste fue, recordémoslo, uno de los motivos de la Cruzada. Aún después de la toma de Jerusalén y pese al control que los francos ejercían en el país, el peligro seguía subsistiendo debido a las tribus de beduinos que, a pesar de las guerras que Balduino I sostenía contra ellos, llevaban a cabo algaras por campos de Judea y de Galilea. De hecho, el estado de guerra permanente en que se hallaba sumido el país había logrado que los campesinos musulmanes fueran mucho más hostiles a los cristianos que antes de las Cruzadas. Y por los caminos había tropas armadas egipcias y árabes

empeñadas en cualquier expedición militar que a menudo trataban a los peregrinos como enemigos.

Así es que en estas piadosas peregrinaciones quienes querían alcanzar Jerusalén o incluso Belén, hacerse «bautizar» en el Jordán, visitar la casa de Jesucristo en Nazaret, etc., habían de exponer sus vidas a todos los peligros. Y los caballeros de la milicia del Templo, animados por un laudable celo evangélico, ponían sus armas y su valor al servicio de los «pobres», les guiaban, les hacían de escolta, rechazaban o intimidaban a los posibles agresores, haciendo de lo que se podría considerar policía en los caminos de peregrinación, labor esta de pública utilidad y cuya necesidad resultaba a todas luces evidente.

Bajo el gobierno de Balduino II, la corriente de opinión en el seno de la nobleza militar que trajo consigo la creación y la rápida expansión de las dos piadosas cofradías adquirió proporciones tales que las dos nuevas instituciones se constituyeron en auténticas órdenes religiosas a imagen de las órdenes monásticas y tuvieron su regla, su organización jerárquica y su administración propias. Como tales las reconoció el Papa —los hospitalarios en 1120 y los templarios en 1128— y ambas órdenes quedaron directamente sometidas a la autoridad de la Santa Sede. Al final del reinado de Balduino II, contaban en sus filas a cientos y cientos de caballeros y de sargentos.

El rey, después de haber tomado como residencia la Torre de David, dejó a los templarios todo el Templo de Salomón, y los hospitalarios ampliaron su residencia situada cerca del Santo Sepulcro. Antes de 1130, era tanto el renombre de las dos milicias religiosas en Occidente que muchos caballeros de todos los países católicos fueron allí solicitando el honor de ser admitidos. Y el prestigio de las órdenes iba siempre en aumento.

No es difícil adivinar que las órdenes militares constituían, en el interior del medio feudal, una especie de reacción pietista o

puritana frente a la actitud manifiestamente secular de los primeros barones cruzados. Por una coincidencia que puede parecemos extraña, los grandes jefes de la Primera Cruzada —la empresa de carácter casi místico— habían sido todos hombres despojados de idealismo místico y de fanatismo. No cabe duda de que jefes así eran una bendición para la Cruzada, pues la mayoría no se dieron a verter sangre sin ton ni son sólo por la gloria de Dios, sino que su crueldad no pasó nunca de los límites de lo necesario. Al lado de las hazañas de los grandes barones, los testimonios de los cronistas citan las de los caballeros de menor rango y nos describen atrevidas hazañas, gestos de heroísmo y proezas diversas que nos dan idea de su extraordinaria fuerza física. No nos informan en absoluto sobre el espíritu que animaba a dichos caballeros, aun cuando dieran muestras de una cierta exaltación religiosa en momentos de grave peligro o de un arrojo sin límites que les llevaba a desear el martirio. Relatos sin duda verídicos, por lo que a los hechos en general se refiere, pero teñidos ya de leyenda y embellecidos para las exigencias de la causa. Así vemos cómo el Anónimo hace morir como «mártir» guerrero al conde Eustaquio de Bolonia, el cual, como es sabido, sobrevivió a sus dos hermanos y murió en Francia a una edad avanzada.

En la Primera Cruzada, los caballeros que se contentaron con hacer vida de guerras y de rapiñas en Edesa, Antioquía y Trípoli fueron como mínimo tantos como los voluntarios del Santo Sepulcro. Y estos últimos, los que tomaron Jerusalén, no debían ser todos demasiado diferentes de los que se quedaron en el norte de Siria. La mayoría de los piadosos, de los «puros», abandonaron Tierra Santa una vez conquistada Jerusalén y terminada su peregrinación, pues no habían ido a enriquecerse. Los que en cambio se quedaron hacían uso del derecho que como soldados tenían a enriquecerse en la medida de su gusto y posibilidades. Pero entre ellos había siempre una minoría que se quedaba en defensa del Santo Sepulcro, sin aspirar a nada más que al honor

de luchar contra los enemigos de Dios y de ganarse la corona del martirio.

Sin duda eran una minoría, pero una minoría importante. Sobre todo importante moralmente. Fueron sus componentes los que se unieron al grupo de Hugo de Payns. Y, si en tiempos de Balduino I hay que pensar que no eran muy numerosos, es porque los hombres de semejante temperamento suelen ser los más ardientes en la lucha y, como consecuencia, los primeros en sucumbir. Hugo de Payns no llegó a Tierra Santa sino después de 1110.

La caballería franca de Levante, que de modo tan continuo sucumbía en todos los frentes, contaba en 1120 con escasos supervivientes de los tiempos heroicos de la Primera Cruzada. Los nuevos reclutamientos llegaban con regularidad, pero siempre en pequeños contingentes. La mayoría de las tierras conquistadas estaban ya repartidas y parecía no haber más tierras por conquistar. Los feudos que quedaban vacantes pasaban a manos de los recién llegados si el titular no dejaba hijos al morir o, en otras ocasiones, el sustituto se casaba con la viuda, en cuyo caso sólo era regente de un feudo. La tierra que antes se ofrecía como botín había pasado a ser como las de Occidente, es decir, una tierra sobradamente provista de señores. En vano Balduino de Bourg desposeyó a sus vecinos armenios de sus posesiones, pues éstas quedaron enseguida repartidas y convertidas en feudos inalienables según la costumbre, o sea, que no podían aprovechar a nadie más.

En realidad, si Tierra Santa pudo, a partir de los años 1120-1130, contar con suficientes levas militares fue sin duda gracias a la expansión de las órdenes de caballería. De todas partes, del Norte y del Midi, de Alemania, de Inglaterra, de España, de Italia y sobre todo de Francia, acudían voluntarios que abrazaban la pobreza, la castidad y hasta la obediencia, caballeros dis-

puestos a pelear hasta la muerte, sin exigir nada a cambio a no ser el derecho de cruzar sus lanzas con las del infiel.

Pues aquellos caballeros —y ahí residía la novedad— eran verdaderos monjes. El Papa había aprobado su regla, así como también uno de los hombres más venerados y más admirados por aquel entonces, una de las mayores autoridades dentro de la Iglesia: el abad de Claraval, que entonces acababa de reformar la orden del Cister, el futuro san Bernardo. Este hombre de vocación apostólica, viendo en la iniciativa de Hugo de Payns una posibilidad de regenerar a través de la fe la clase impía, mundana y codiciosa que era para él la caballería, se lanzó con ardor a predicar la causa de aquellos auténticos «soldados de Dios» que llegaban a reunir dentro de sí las dos virtudes que se tenían como incompatibles: el valor guerrero y la humildad monástica.

No cabe duda de que la idea era hermosa y también nueva, pues hasta la creación de las órdenes militares los caballeros que practicaban la pobreza y la castidad no podían tener la conciencia tranquila si no renunciaban a la carrera militar y se convertían en monjes. Para aquellos hombres con más conciencia de sí mismos y más exigentes que los simples cruzados y cuyo interior se hallaba dividido entre el imperativo de una vida religiosa y el deseo de utilizar las armas en defensa de los débiles, las órdenes del Temple y del Hospital eran una solución providencial. Está claro que no toda la caballería occidental se dio a esta nueva clase de vida, pues los sacrificios que exigía eran grandes y la regla, estricta. Al menos, al principio, sólo entraron en las órdenes los hombres movidos por una auténtica vocación monástica.

Las órdenes comprendían unas clases delimitadas de acuerdo con el origen social de los monjes: los caballeros tenían que ser nobles, ya que sólo ellos recibían una educación militar completa, los sargentos podían ser burgueses y, finalmente, los hermanos clérigos y eran los únicos que tenían funciones sacerdotales, que, por llevar armas, no podían asumir los monjes guerreros.

De una manera absoluta, se obligaban a la pobreza, a la castidad y a la obediencia. Ésta debía prestarse incondicionalmente a los comendadores locales o al gran maestre de la orden. Gobernaban la orden el gran maestre y su estado mayor constituido por el condestable, el tesorero y el mariscal, y participaban en las reuniones del capítulo únicamente los caballeros. A partir de 1130, revistieron un uniforme, lo que en el hábito militar constituía una novedad, inspirada en la regla monástica: los templarios un manto blanco con cruz roja, y los hospitalarios, un manto negro con cruz blanca.

Con razón es célebre la oposición que establece san Bernardo entre la caballería laica, frívola y amante de la vanidad y del lujo, con la ruda y austera caballería de Dios. El testimonio del abad de Clara val, que data del primer tercio del siglo XII, nos permitiría creer que los guerreros feudales de aquella época eran como los pequeños marqueses de las comedias de Molière: con sus largos y cuidados bucles que les tapaban la mitad de la cara y unas manos «blandas y delicadas» que escondían en anchas y desahogadas mangas; les encantaba el adorno: pintaban con colores vivos sus lanzas y sus escudos, los arneses de sus caballos llevaban incrustadas piedras preciosas y vestían túnica de seda encima de la cota de malla… Este amor por el ornato, uno de los puntos característicos del caballero medieval, había aumentado en una sorprendente proporción con el contacto con Oriente y con la posibilidad de adquirir por medios más asequibles la seda, el oro y las piedras preciosas. No era san Bernardo el único en censurar esta vanidad mundana, sino que toda la corriente que desembocó en la creación de las órdenes militares fue en parte una reacción contra el insolente despliegue de riquezas que la Cruzada trajo consigo.

Veamos lo que dice san Bernardo de los templarios: «Van y vienen a la señal del comendador y llevan el vestido que él les da, sin ir en busca de otro traje ni de otro alimento. Se guardan de

todo exceso en la comida o en el vestido y se atienen sólo a lo indispensable. Viven todos en la misma casa, sin mujeres ni hijos. No se encuentran vagos ni holgazanes en su compañía y, cuando no están de servicio —lo que raramente sucede— ni están comiendo pan dando gracias a Dios, se ocupan en la preparación de sus vestidos y de los arneses rotos o desgarrados… Las palabras insolentes, los actos inútiles, las risas inmoderadas y las quejas y las murmuraciones no quedan impunes a no ser que pasen inadvertidos. Desprecian el ajedrez y los dados y aborrecen la caza; y en la ridícula persecución de los pájaros no hallan el placer acostumbrado. Evitan y desprecian a los saltimbanquis, magos y juglares, y las canciones picaras y las *soties*[34]. Se cortan el cabello al rape, pues saben por el Apóstol que es vergonzoso para un hombre cuidar de su cabellera. No se les ve nunca peinados y rara vez se lavan y van con barba hirsuta y malolientes de polvo, y sucios de los arneses y del calor».

San Bernardo no había ido a Tierra Santa, pero había encontrado templarios en Roma y en Francia y había oído hablar mucho de la vida que se llevaba al otro lado del Mediterráneo. Y admiraba a aquellos hombres «que rara vez se lavaban e iban con una barba hirsuta malolientes de polvo» por su ascetismo viril, su abierto desprecio hacia las cosas terrenas, olvidando quizá que aquellos hombres sin mujeres ni hijos, que menospreciaban el buen comer, el adorno, la caza, los espectáculos, los juegos de sociedad, la risa y la charla eran hombres a pesar de todo. Se hallaba demasiado imbuido de los prejuicios de su siglo para imaginar que el odio santo hacia los enemigos de Dios podía ser un pecado; y no preveía tampoco que aquella milicia de Dios tan ejemplar iba a quedar muy pronto contaminada de los grandes vicios de los monjes: orgullo, avaricia y sectarismo. Los templarios y los hospitalarios, los hombres más puros de todos cuantos hombres puros se entregaban al servicio de los pobres y a la protección de los débiles, una vez reunidos en comunidades y pro-

vistos de regla y de hábito, no iban a tardar en creerse la sal de la tierra.

Más tarde, hacia finales de siglo, las órdenes iban a convertirse en una especie de aristocrática Legión extranjera en la que se enrolaban no sólo los movidos por Dios o por el heroísmo, sino también —y cada vez más— los fracasados, los amantes rechazados, los ambiciosos insaciables y hasta criminales arrepentidos. Había que tener fortaleza de ánimo para soportar la dura disciplina de las órdenes y las pruebas que obligatoriamente imponía aquella vida predispuesta al peligro diario. Los componentes de las milicias religiosas fueron hombres fuertes, casi tan duros consigo mismos como intrépidos en el combate. No siempre merecen la aprobación de los autores contemporáneos, pero todos reconocen su valor y osadía y la austeridad de su vida.

Los principios de Hugo de Payns fueron, al igual que los de Gerardo, primer gran maestre del Hospital, y de su sucesor Raimundo de Puy, relativamente modestos. Su actividad se reducía a proteger los caminos y a socorrer a los peregrinos pobres. La orden del Hospital desempeñaba la noble función de ayudar materialmente a los pobres y de guiar a las tropas de los peregrinos, en tanto que la orden del Temple se contentaba con la segunda de estas obligaciones y era exclusivamente militar. Los monjes-soldados iban a esperar a las ciudades costeras, como Jaffa, y después, con mayor frecuencia, Acre, a los peregrinos civiles, y les servían de escolta armada y les llevaban a todos cuantos lugares de peregrinación deseaban visitan En cuanto se oía que unas bandas de beduinos merodeaban por los alrededores de tal o cual camino importante, un cuerpo de templarios o de hospitalarios corría hasta allí; y aquellos guardianes bienhechores patrullaban sin cesar en los caminos, haciendo vigilancia en los cruces o en lo alto de las torres que dominaban los valles y siempre dispuestos a luchar uno contra diez en cuanto una tropa enemiga amenazaba el libre paso.

Curtidos ya en el oficio, los primeros monjes-soldados, muchos de los cuales habían sido antes cruzados, conocían admirablemente el país y la táctica del adversario. Antes de 1128, las órdenes reunidas no sumarían más de un centenar de caballeros, probablemente menos, aun cuando el Hospital tenía un condestable desde 1126, título puramente honorífico que no correspondía a la amplitud de la orden. No fue sino después de 1128 cuando Balduino II pensó utilizar para sus fines guerreros a aquellos soldados distinguidos y mandó entonces a Hugo de Payns a Europa, con el fin de reclutar a nuevos hermanos para su orden y pedir socorros para Tierra Santa. De aquel viaje, el fundador de la milicia del Templo trajo un cierto número de voluntarios y la confirmación de su regla por el Papa. También llegó a despertar interés en Occidente, donde la milicia religiosa se conocía poco todavía. San Bernardo le prometió contribuir a su tarea, promesa que no iba a quedar en el aire, pues por toda la cristiandad iba a dar a conocer los méritos de la nueva institución. Unos años más tarde, las órdenes formaban ya una auténtica fuerza: recibían donativos que utilizaban en la construcción de nuevos fortines y hasta de castillos al pie de los caminos; se les confiaba la guardia de los puestos fronterizos y se recurría a ellos cuando había que librar batalla para la defensa del reino. La regla no especificaba límites sobre este punto, de modo que la defensa del reino podía ser una tarea tan urgente y tan agradable a Dios como la protección de las peregrinaciones.

A decir verdad, estas piadosas cofradías no eran «del reino». Aprobadas primero por el patriarca de Jerusalén, pronto se liberaron de su obediencia para acogerse a la autoridad directa del Papa. Y, puesto que no debían obediencia alguna al patriarca de Jerusalén, menos la debían aún al rey.

Se les confiaba la guardia de los castillos y, cuando esto sucedía, se apresuraban a declarar propiedad eclesiástica los feudos dependientes de dichos castillos, para así no tener que pagar el

diezmo al obispado correspondiente. Si un hombre que moraba en sus tierras resultaba excomulgado por los prelados locales, los oficiales de las órdenes, sin darle importancia al hecho, seguían acogiendo al culpable en sus iglesias. Guillermo de Tiro nos hace saber que los hospitalarios, velando hasta el exceso por la gloria de su orden, construyeron alrededor de la iglesia del Santo Sepulcro edificios tan altos y extensos que se hacía difícil el acceso a la iglesia, oculta tras las construcciones recientes. Es más, para importunar al patriarca, los monjes se ponían a tocar las campanas cuando aquél pronunciaba un sermón, «de tal manera que las gentes no podían oír a aquel hombre respetable, que se esforzaba en gritar para anunciar la palabra de Nuestro Señor». Más tarde, las cosas llegarían tan lejos que los hospitalarios irrumpieron un día en la misma iglesia del Santo Sepulcro armados con sus arcos «y tirando gran cantidad de flechas» (G. de Tiro, p. 821).

Si aquellos religiosos tenían un singular sistema de solucionar sus conflictos monásticos, ¿acaso la culpa no la tenía el mismo principio de la institución? ¿Cómo no iban a sentirse impulsados a utilizar las armas, si ya entre comunidades monásticas ordinarias las luchas se hacían a menudo tan ásperas que los monjes llegaban hasta a las injurias y a las manos?

Huelga decir que entre las dos órdenes el espíritu de competencia pronto degeneró en una declarada hostilidad, tanto es así que más tarde, cuando los reyes de Jerusalén se aseguraban el concurso de una de las órdenes, podían estar seguros de no contar con la ayuda de la otra, a no ser en caso de extrema urgencia. Aquellos hombres, que habían jurado obediencia a su gran maestre y le obedecían, en efecto, sin discusión alguna, no estaban en ningún modo sujetos a los príncipes locales, y los grandes maestres servían al rey únicamente cómo y cuándo les venía en gana.

Las órdenes se hicieron enseguida muy ricas, por razones, como veremos a continuación, muy obvias. En Occidente gozaban de gran popularidad cerca de los nobles, los cuales, como milita-

res, no imaginaban nada más digno que un monje-soldado y no reparaban en donativos ni vacilaban en ceder sus bienes en favor de tan piadosa institución. Y los templarios y los hospitalarios, ligados por el voto de pobreza, gastaban muy poco para ellos. Además, al entrar en las órdenes, cada uno de los miembros donaba todos sus bienes a la comunidad. Su probidad era legendaria. Si por una parte los hospitalarios hacían construir en Jerusalén enormes edificios, y si bien tanto templarios como hospitalarios levantaron en la ciudad docenas de castillos, también por otra parte las órdenes recibían en feudo castillos y tierras, de los que sacaban importantes rentas que no compartían ni con el rey ni con la Iglesia. Todo el dinero que recibían iba a parar al tesoro de la orden, cuya administración corría a cargo del gran maestre y de sus oficiales y que iba encaminado a acrecentar el poderío de la casa. Sin embargo, el templario o el hospitalario que caía prisionero no podía ser rescatado con bienes. («Un templario —había dicho Eudes de Saint-Amand, uno de los grandes maestres del Temple caído en manos de los musulmanes— sólo puede ofrecer como rescate su cinturón y su cuchillo». Él mismo, aun siendo jefe de la orden murió en el cautiverio). Era ésta una de las cláusulas de la regla, y se respetaba con todo rigor. Mucho más grave es, sin embargo, que, cuando la caída de Jerusalén, los grandes maestres se negaron a ceder dinero de su tesoro para pagar el rescate de los pobres.

Los caballeros del Hospital y del Temple sucumbían en las batallas en mayor proporción que los caballeros laicos. El valor a que estaban obligados y el deber de no retroceder ni huir jamás entraban a formar parte de las reglas de sus cofradías. Por ello sólo ingresaban en las órdenes aquellos a quienes por principio les tenía sin cuidado esta vida. Eran siempre los primeros en las batallas, los que siempre estaban dispuestos a correr riesgos inútiles y a arrojarse ciegamente a la carga. Había entre ellos muchos desesperados y voluntarios del martirio, pues a hombres de se-

mejante temperamento ninguna orden podía convenir mejor que el Temple o el Hospital. Hacia mediados de siglo, las dos órdenes constituían cada una un ejército de varios centenares de caballeros y de al menos un millar de escuderos y de sargentos. Cada combatiente valía, por sus cualidades militares, por dos. Además, no se pagaba a aquellos soldados de excepción, sino que el gran maestre los ponía a disposición de quien quería y reservaba únicamente para la orden las ventajas que reportaban las conquistas y el derecho de saquear.

Los reyes de Jerusalén, al ir escasos de soldados, tenían interés en estimular las órdenes militares. Pero, permitiendo su desarrollo, contribuían a crear un nuevo «Estado dentro del Estado», al lado de otros que no hay que olvidar que existían ya y que eran la Iglesia y las colonias comerciales. Los monjes-soldados vivían al margen de la sociedad franca de Oriente y, en tanto monjes, la despreciaban a causa del apego que aquélla tenía al lujo y a la comodidad y debido al relajamiento de sus costumbres (más relajadas, en efecto, que las de la sociedad laica de Occidente, bastante libres ya de por sí) y por su fácil adaptación al medio oriental. Si los nuevos peregrinos laicos que iban llegando de Europa se escandalizaban del modo de vida oriental de sus compatriotas de Tierra Santa, la reprobación de los monjes-soldados era aún más viva.

René Crousset establece una distinción entre el «espíritu cruzado» y el «espíritu pollino», término este que designa a los francos nacidos de matrimonios mixtos. Se aplicaba de manera peyorativa a todos los francos nacidos en Oriente o asimilados. El «espíritu cruzado» designaría una cierta actitud de intolerancia, de fanatismo y de falta de comprensión hacia las condiciones locales. De acuerdo con ello, podríamos decir que las órdenes de caballería, puritanas y guerreras, participaban de este espíritu en la medida en que una gran parte de sus miembros hermanos acababan de llegar a Tierra Santa. Pero, así que se amoldaban a la dis-

ciplina de la orden, dejaban de ser «cruzados» o «pollinos» para convertirse en simples hermanos del Templo o del Hospital de San Juan de Jerusalén, más vinculados a la orden que a sus países respectivos y que al Santo Sepulcro, al reino franco o a cualquier otra clase de grupo.

Prácticamente independientes de la Iglesia —pues aparte del Papa, que estaba lejos, no reconocían ninguna otra autoridad espiritual—, los hermanos de las dos órdenes o, al menos, aquellos que dedicaban un tiempo o se entregaban por gusto a la reflexión recibieron al parecer influencias orientales, más incluso que los demás francos, y entre ellos se dieron corrientes intelectuales y espirituales radicalmente opuestas al espíritu «cruzado». Es difícil asegurar la existencia de un contacto directo entre los templarios y los ismaelitas, quienes también eran voluntarios que aspiraban a la muerte y al crimen por obediencia a Dios; sin embargo, es verosímil que el ascetismo ismaelita, más profundo, más ardiente y más cargado de misticismo que el de los monjes guerreros, llegara por vía inconsciente a contaminar una orden cuyos miembros aspiraban también a la salvación por el derramamiento de sangre y por la obediencia absoluta. Las alianzas políticas de los francos con los ismaelitas son conocidas; en cambio, las influencias de orden espiritual no podían sino silenciarse. El proceso de los templarios, a principios del siglo XIV, iba a revelar «herejías» que en definitiva quedan sin explicación y que, si dejamos a un lado la pura y simple calumnia, tienen algo de desconcertante.

Es sabido que fueron los templarios quienes asumieron la defensa de Usama, cuando éste se vio brutalmente atacado por un caballero franco llegado de ultramar, que se había escandalizado al verle orar en una iglesia cristiana. La reacción de los templarios es una prueba de su cortesía para con el visitante árabe, pero también demuestra que el fanatismo religioso no era un vicio

que los caracterizara. Y notemos que los templarios eran monjes, en tanto que el caballero descortés era un laico.

Las dos poderosas milicias desempeñaron en la historia del reino franco un papel importante, primero por la cantidad de soldados que proporcionaron y que sucumbieron en todos los frentes y en las primeras líneas, y porque su ardor indomable decidió a menudo la suerte de las batallas. Desde el punto de vista social, su papel tuvo un resultado más bien negativo: se mantenían ostensiblemente aislados y no gozaban de la simpatía ni de la nobleza, ni del clero, ni del pueblo, al mismo tiempo que iban ganándose una reputación sin duda merecida de inhumanos y avaros. Las consecuencias de orden político variaron en cada momento y tanta era la primacía de aquellos ejércitos poderosos e independientes sobre el rey de Jerusalén que bastaba la presencia de un maestre incapaz o demasiado ambicioso para precipitar el reino hacia la catástrofe. Constituían una gran fuerza, ya que, si bien no todos los hombres de un gran vasallo seguían siempre a su señor, un gran maestre podía contar en cambio con la obediencia absoluta de toda la orden. Él, por otra parte, podía desobedecer impunemente al rey, quien no podía prescindir de la ayuda de las órdenes militares.

Los italianos

El reino dé Jerusalén era un reino franco, o francés, pues este elemento predominaba en el ejército de la Primera Cruzada. Los peregrinos y los cruzados de otros países —Alemania, Inglaterra, Escandinavia, Italia— contribuían a la gran obra de salvación colectiva que suponía la defensa del Santo Sepulcro, sin pensar siquiera en discutir a los franceses (y en Trípoli a los provenzales) el dominio en Tierra Santa.

Pero los barones cruzados se beneficiaban al mismo tiempo, como hemos visto, de la valiosa ayuda que les prestaban otros aliados, que salvó repetidas veces al reino de los mayores peligros

y le permitió afianzarse en el litoral y conquistar la mayoría de los puertos costeros. Ya en el sitio de Jerusalén, las naves genovesas de los hermanos Embriaco se cuidaron de proporcionar víveres y material de guerra a los cruzados, y los cronistas atribuyen gran parte del éxito final a los «excelentes carpinteros» que eran los marinos genoveses, pues la ciudad se tomó gracias a las torres móviles y al tiro de las máquinas. En consideración a este favor importante, vieron sus loables hazañas grabadas en letras de oro en la misma iglesia del Santo Sepulcro.

El año siguiente las escuadras pisanas se presentaban, a su vez, con el arzobispo Daimberto, ante los puertos de Palestina, sitiaban Laodicea y elevaban a su arzobispo a la sede patriarcal de Jerusalén, al mismo tiempo que aportaban donativos en dinero y sus naves dispuestas a detener los ataques de la flota egipcia.

En 1108, Bertrán de Saint-Gilles llegaba, con una escuadra genovesa, ante la sitiada ciudad de Trípoli. Este valioso refuerzo hizo que Balduino I se inclinara a favor de Bertrán y permitió, mediante un bloqueo por mar, tomar la ciudad, que resistía desde hacía cinco años.

En 1124, durante el cautiverio de Balduino II, una gran escuadra veneciana infligía una seria derrota a la flota de El Cairo y permitía a los ejércitos francos tomar Tiro.

El recuerdo de todos estos hechos basta para demostrar que los destinos del reino no se decidían únicamente por tierra, sino también por mar, y que, sin la intervención de una marina poderosa, los francos de Siria no hubieran podido apoderarse nunca de la costa, y, reducidos a un estrecho brazo de tierra rodeado de países musulmanes, pronto hubieran sido aplastados. El dominio de la costa era para ellos una necesidad vital y así lo comprendieron enseguida los primeros jefes de la Cruzada.

No tenían una marina propia. La marina egipcia, a la vez guerrera y comercial, tenía en su mano el control del sur del Medi-

terráneo, y, por tanto, poseía un cierto derecho de soberanía en las ciudades de la costa palestina. Las costas de Siria y de Asia Menor estaban gobernadas por Bizancio asimismo gran potencia marítima. Por las razones ya anteriormente expuestas, las relaciones entre los francos y Bizancio eran más bien tirantes, lo que impedía a los cruzados contar con la ayuda de la flota bizantina, tanto menos cuanto que habían arrebatado varios puertos de Siria al imperio y no habían querido tampoco devolverles los que habían conquistado a los turcos.

El siglo XI había visto progresar rápidamente las escuadras mercantes de los grandes puertos comerciales de Italia: Amalfi primero, y después Pisa, Génova y Venecia. Estas repúblicas, esencialmente burguesas y comerciantes, aspiraban a suplantar a Bizancio en el mercado mediterráneo y procuraban abrirse nuevos mercados en la ruta de Oriente. No hay que desechar la idea de que la intervención de los genoveses y de los písanos en la Cruzada se debía al celo de las repúblicas por la causa de Dios; sin embargo, hay que reconocer que la primera preocupación de las escuadras italianas fue en todo momento la de obtener privilegios para sus ciudades respectivas en cada una de las plazas conquistadas, empezando por Jerusalén. Los genoveses no se contentaron con unas simples letras de oro, sino que exigieron toda una «calle». Los mercaderes de Pisa lograron lo mismo en Jaffa. Después de la toma de Trípoli, los genoveses hicieron que, además de una calle en dicha gran ciudad, se les otorgara toda la ciudad de Gibelet. Los venecianos eran por entonces los aliados de Bizancio, a la que prestaban o, mejor dicho, alquilaban su flota. Para solventar sus dificultades económicas, Alejo Comneno había concedido a la república de Venecia tan exorbitantes privilegios en la misma Constantinopla que arruinó a su propio comercio; y, continuando al borde de la catástrofe financiera y yendo siempre de expediente en expediente, concedió igualmente a Pisa y después a Génova barrios enteros de Constantinopla, con

monopolios especiales y exenciones de impuestos, todo ello a cambio de elevadísimos préstamos de dinero (de este modo pensaba también contrapesar la influencia de Venecia, a quien Génova y Pisa hacían la competencia). El imperio iba creándose una serie de vínculos materiales que le hacían cada vez más dependiente de las tres repúblicas, las cuales, en el curso del siglo XII, iban a anular prácticamente a Bizancio como potencia comercial.

A principios del siglo, Alejo Comneno se sentía aún lo bastante poderoso para explotar las rivalidades de las grandes ciudades italianas: el establecimiento de los písanos en Constantinopla fue un duro golpe para los venecianos. Éstos, que hasta entonces habían estado dispuestos a sostener, de ser necesario, la causa de los griegos contra los cruzados, se vengaron inmiscuyéndose también en las cuestiones de Tierra Santa. Les interesaba debilitar a su vieja rival, la flota egipcia, y no les gustaba que Pisa y Génova acapararan los puertos francos de Palestina. La gran escuadra veneciana, con trescientas naves al mando del dux Domenico Michiel, destruyó delante de Ascalón a toda la flota militar de Egipto (30 de mayo de 1123) en una de las célebres batallas navales de gloriosas consecuencias para la historia de Venecia. Después de haber ayudado a los francos a apoderarse de Tiro, los venecianos exigieron y obtuvieron tales privilegios en el reino que Balduino II, recién salido de cautiverio, se apresuró a declarar impracticable el tratado firmado con Venecia. Aun así, era todavía mucho lo que dejaba a sus nuevos aliados: una tercera parte de la ciudad de Tiro, un barrio en cada una de las ciudades, una total autonomía en las tierras que se les concedían, exención de derechos aduaneros…

Génova, que en los mercados de Palestina suplantó a su rival Pisa gracias a su participación en el sitio de Trípoli, gozaba desde hacía tiempo de privilegios semejantes. Un poco más tarde, Pisa iba a pasar de nuevo al ataque. Marsella, otra gran república mercante, iba a tomar, pese a sus más estrechos vínculos con Francia

y el Languedoc, una parte más modesta que sus rivales italianas. Lo que no le impediría tener también su propio mercado en Jerusalén, una iglesia en Acre y un mercado en Jaffa.

Lo que los italianos esperaban obtener con ello era ni más ni menos que el control de todo el comercio del país en que abrían sus mercados, lo que a la vez requería la ruina del comercio local y la eliminación de los competidores extranjeros. Los comerciantes musulmanes, judíos o sirios, a quienes la guerra había empobrecido, no se beneficiaban de los mismos privilegios que los italianos. Junto a ello, la población indígena ejercía, bajo la dominación franca, actividades sobre todo industriales y artesanales, muy importantes en ciudades como Tiro, Trípoli, Acre o Jerusalén, además del pequeño comercio. El verdadero competidor de Venecia era Génova, y el de Génova, Pisa. Los súbditos de cada una de las ciudades italianas estaban divididos por odios irreductibles, y más violentos de lo que podían ser los odios entre cristianos y musulmanes o entre griegos y armenios. Vivían en barrios fortificados y separados del resto con cadenas, en una situación de paz armada, ya que no podían ajustar sus diferencias mediante batallas en un país en que no detentaban el poder militar. (Por otro lado, y si exceptuamos la ciudad de Acre, los puertos palestinos no tuvieron jamás en el siglo XII unas colonias italianas demasiado grandes: el «barrio» reservado para cada república contaba en general con unos cientos o, como máximo, un millar de personas).

A través de las escuadras que anclaban en todos los grandes puertos, llevando y trayendo peregrinos y cargando mercancías, los colonos italianos mantenían un contacto permanente con sus ciudades natales y se sentían ciudadanos de Venecia o de Génova mucho antes que de Acre, Tiro o Jaffa. Sus barrios eran grandes depósitos rebosantes de toda clase de mercancías de Oriente que tan preciadas eran en Europa desde hacía siglos: seda elaborada y en bruto, tejidos preciosos de China y de la India, piedras pre-

ciosas, perfumes, especias, frutos exóticos confitados o secos y objetos que se fabricaban allí mismo o se importaban de Oriente, como vajilla, orfebrería, cristalería, armas, cueros repujados, esmaltes, cerámica, marfil y ebanistería. Su establecimiento en las grandes ciudades de comercio orientales les permitía adquirir y vender estas mercancías a precios más bajos que antes de la Cruzada, sobre todo cuando se trataba de productos fabricados en los mismos lugares de venta. De este modo pensaban poder arruinar el comercio de Bizancio con Occidente. Se comprende que la suerte del reino franco sólo despertara medianamente el interés de los colonos italianos, pues eran funcionarios designados por las repúblicas para velar por los intereses de sus ciudades natales.

Trabajaban de hecho para Occidente. Ya en la primera mitad del siglo XII, puede advertirse una subida del nivel de vida de las clases acomodadas en Europa occidental y la aparición en el mercado de productos antaño raros y fuera del alcance de todo el mundo, como la seda y las especias. Este enriquecimiento súbito no fue resultado de las Cruzadas propiamente dichas, las cuales representaban para Occidente una fuente de gastos y no de beneficios. Fue la actividad del comercio italiano y la competencia despiadada de las ciudades rivales lo que durante unos decenios permitió a Occidente beneficiarse de una parte de las riquezas de Oriente.

El gran comercio marítimo poseía cartas de nobleza mucho más antiguas que las de todas las grandes casas imperiales, reales o feudales que desde la Antigüedad iban pasándose de unas a otras el poderío militar para luego desaparecen Fenicios, griegos y romanos, y después árabes, bizantinos e italianos que desde los grandes puertos del Mediterráneo echaban sus naves al mar hacia la ruta de las especias, eran todos miembros de una misma raza: la de los grandes aventureros del mar y de los grandes buscadores de fortuna. Intrépida, despiadada, sagaz, suficiente y codiciosa,

era una raza endurecida en su larga tradición de culto al dinero, y al poderío que da el dinero. Y no era oficio descansado ser comerciante en la ruta de las especias, cuando los barcos de vela y las caravanas de camellos eran los únicos medios de llegar hasta ellas.

Las repúblicas italianas fundaban mercados hasta en China y en las Indias. Sus naves daban la vuelta a todo el continente africano y sus caravanas hacían la travesía de Asia. Un simple marinero genovés sabía mucho más del ancho mundo que todos los sabios, vivía entre gentes de todas razas y de todos países y religiones y en toda clase de climas, y era rara la vez que moría placenteramente en su lecho. Los capitanes de navegación de altura seguían itinerarios que les transmitían sus predecesores y cuyo secreto guardaban celosamente ingeniándoselas como fuera para despistar y extraviar las naves de los competidores.

Los viajeros por tierra y por mar no revelaban a nadie las rutas que seguían ni los nombres de sus proveedores. Los secretos comerciales eran secretos de Estado y había que dejarse matar antes que transmitirlos. Los grandes armadores, los jefes de las casas mercantes de cada ciudad, reunidos en consejo y personificando los intereses de su ciudad, creaban una potencia que podía con todo derecho desafiar a la de los grandes barones de su país. No siempre demasiado unidos, pero formando un único cuerpo en cuanto se trataba de defender los privilegios de su república, indiferentes a toda consideración que no fuera la prosperidad de su comercio, animados de un patriotismo más a ras de suelo y más sensato que el de la nobleza, y cifrándolo en la explotación de una nueva ruta comercial o en el aniquilamiento de un competidor; los grandes burgueses italianos eran en el siglo XII una fuerza aún desconocida de los príncipes, pero una fuerza con la cual se veían obligados a contar ya.

El noble, por principio, menospreciaba al burgués. En la práctica, éste no tenía derecho a llevar armas; pero en las ciudades

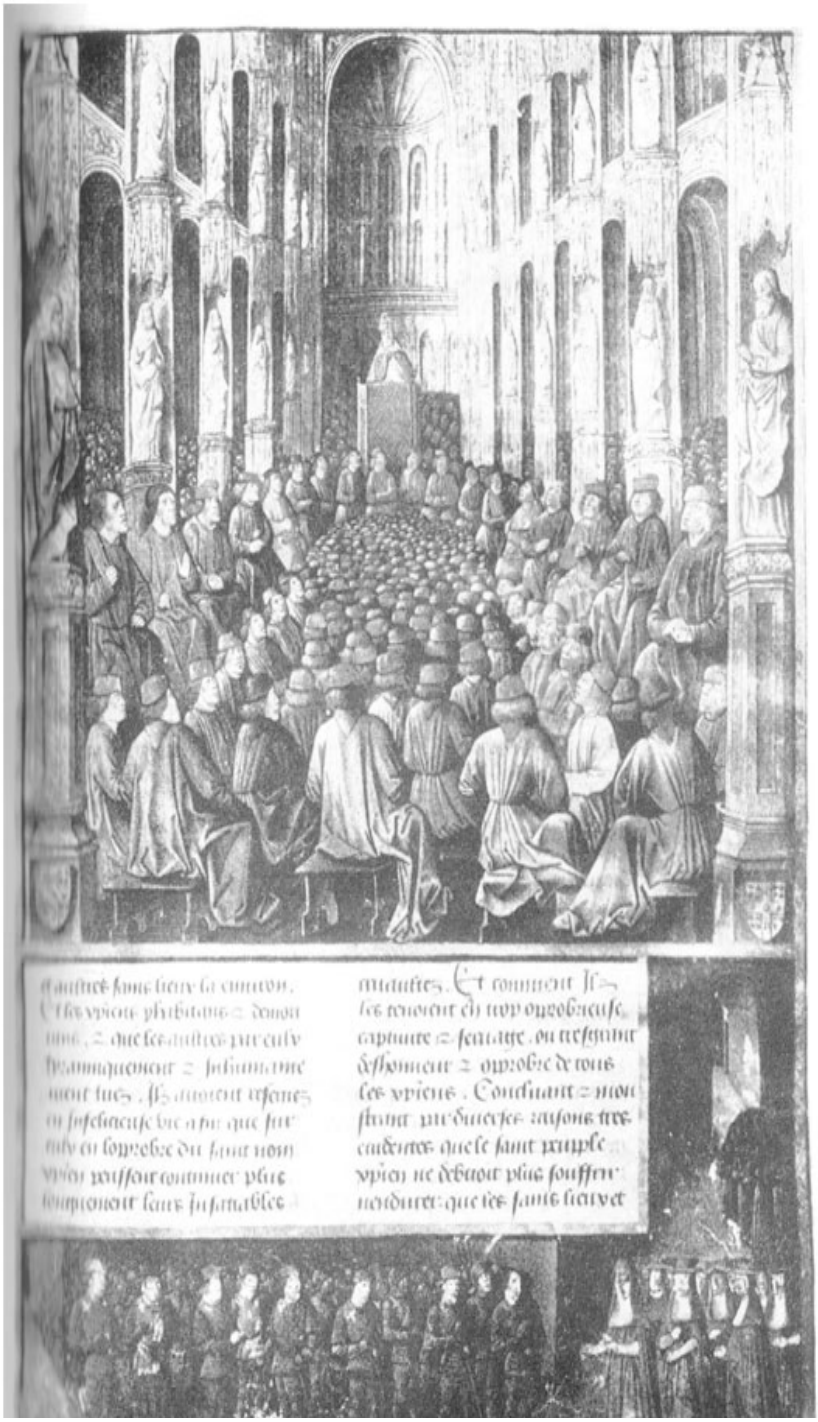
gobernadas por un concejo, nadie impedía al gran burgués pasearse rodeado de espadachines, y hasta a veces de atacar la persona de un noble. La nobleza de las grandes ciudades era también mercader, dado que los grandes burgueses se hacían ascender a la nobleza. A menudo los mismos mercaderes salían a la búsqueda de la mercancía. Las flotas comerciales eran al mismo tiempo flotas de guerra capaces de defenderse contra los piratas o las naves de las potencias enemigas. Centenares de navíos se perdían en el mar con todo lo que traían dentro, y así inmensas fortunas podían quedar en un solo día reducidas a la nada. El comerciante llevaba dentro de sí el placer por el riesgo, lo que no hacía sino aumentar su afán de ganancia. En cuestión de negocios, no había griego, ni turco, ni pagano que valiera. Un genovés hubiera, por ejemplo, cerrado un trato comercial con Egipto antes que con Pisa; del mismo modo, se vio a los comerciantes písanos de Antioquía mandar víveres a los habitantes de Tiro y de Trípoli en el momento en que estas ciudades estaban sitiadas por los francos.

No es que esta gran burguesía fuera indiferente a la religión. Los magnates del comercio italiano dotaban ricamente a las fundaciones piadosas, cedían ornamentos a las iglesias, hacían construir otras nuevas y ofrecían joyas de gran valor a la Madonna de su barrio. ¿Quién más que aquellas gentes, siempre a merced de una tempestad o de una correría de piratas, podía tener necesidad de la protección divina? ¿Quién la necesitaba más en su lecho de muerte? En su generosa piedad veían un medio de acrecentar la gloria de su ciudad y de su familia. Pero indudablemente los intereses de su ciudad, y en consecuencia de su comercio, pasaban para ellos por encima de todo interés por la religión, cualquiera que fuese el aspecto que ésta tomaba. En Tierra Santa, aquellas gentes se habían establecido para una mayor prosperidad de sus ciudades, y ni por un momento les pasaba por la mente la

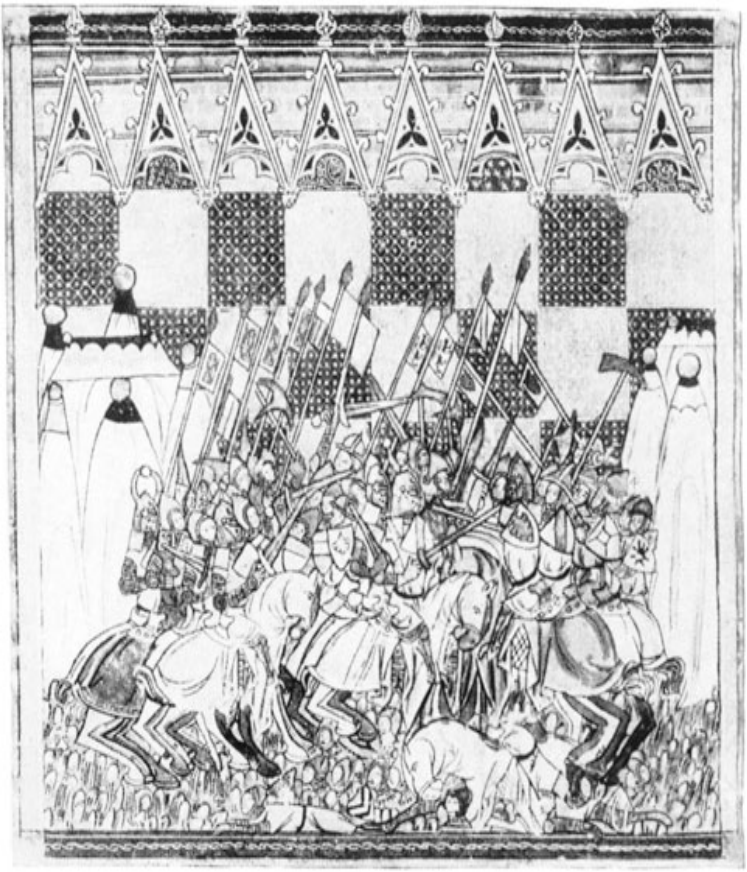
idea de considerar el reino franco como patria suya, ni de arriesgar sus bienes para la defensa del Santo Sepulcro.

Hay que decir que la caballería franca no facilitaba a los notables mercaderes italianos la asimilación en un país en que tanto unos como otros eran extranjeros y oriundos de Occidente. Los descendientes de Hugo Embriaco, que después de la toma de Tiro pasó a ser señor de Gibelet, representan una excepción. Y, no antes de la segunda mitad del siglo XII, la nobleza provenzal del condado de Trípoli aceptará a estos italianos ennoblecidos y afrancesados que, ya convertidos en señores de Embriaco, podrán considerarse barones francos de ultramar. El continuador de Guillermo de Tiro es muy explícito sobre este punto: ochenta años después de las primeras hazañas de Tierra Santa, se continuaba tratando a los italianos como raza inferior: «Los de Francia sienten desprecio por los de Italia, y un italiano, por rico o valeroso que sea, es considerado un villano, pues la mayor parte de los de Italia son usureros (banqueros) o corsarios o mercaderes; y por esto los que son caballeros les desprecian».

Entre los burgueses, de raza latina en general, y los nobles, de ascendencia en gran parte bárbara —ya germánica ya normanda—, había una diferencia de tradiciones, de cultura y de sistema de vida demasiado grande para que fuera posible una verdadera colaboración. El burgués —el gran burgués— que iba a conquistar por toda Europa su independencia por la fuerza del dinero y a menudo por la de las armas era por principio hostil al caballero. Incluso en Tierra Santa los colonos italianos se cuidaban mucho más de obtener nuevas ventajas para su comercio que de solidarizarse con los barones francos, quienes, aun siendo como ellos cristianos y católicos, les eran al fin y al cabo mucho más extranjeros que los comerciantes musulmanes.

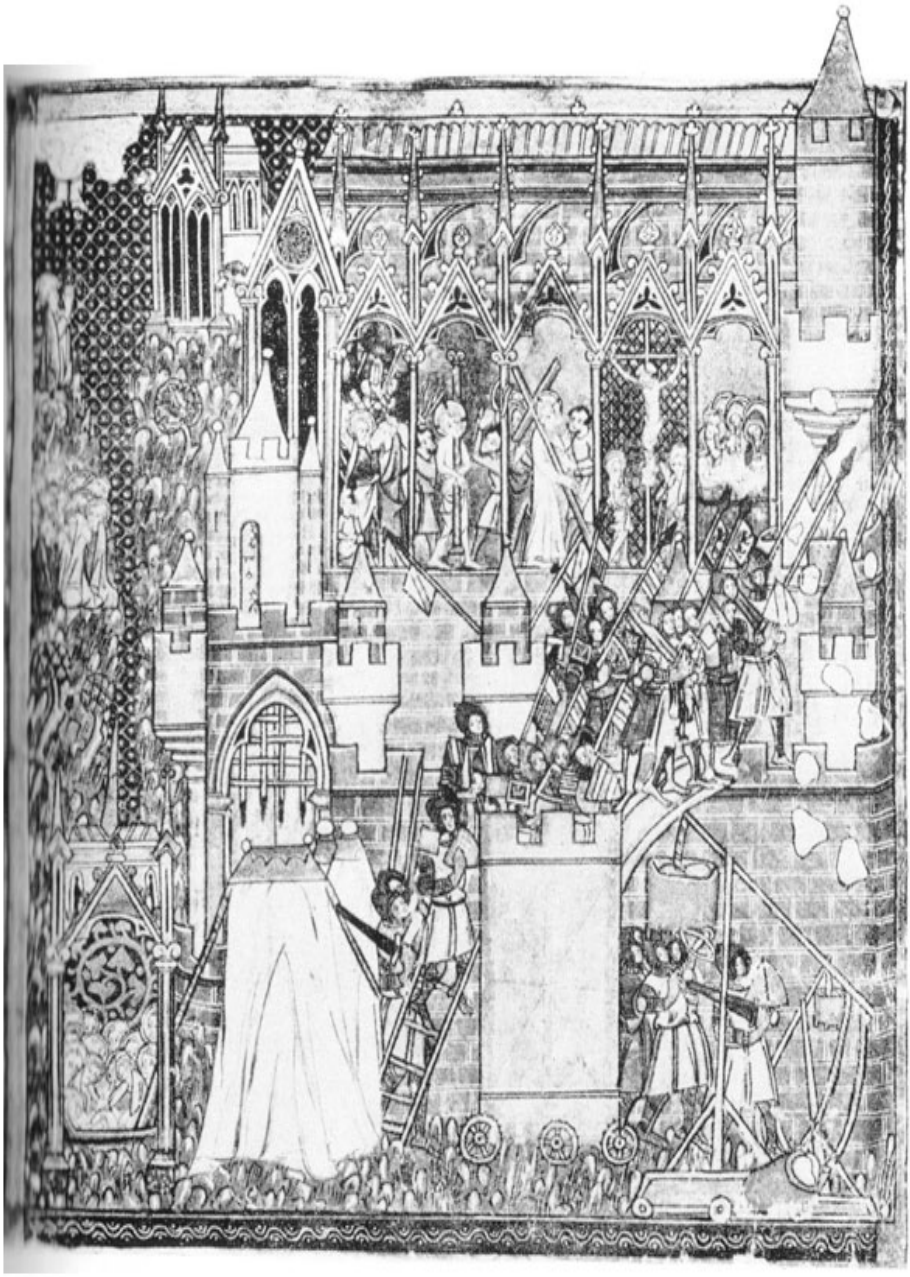


Concilio de Clermont. Miniatura del siglo XV procedente de *Passages d´outremer*, por Sébastien Monnerot. Giruadon.



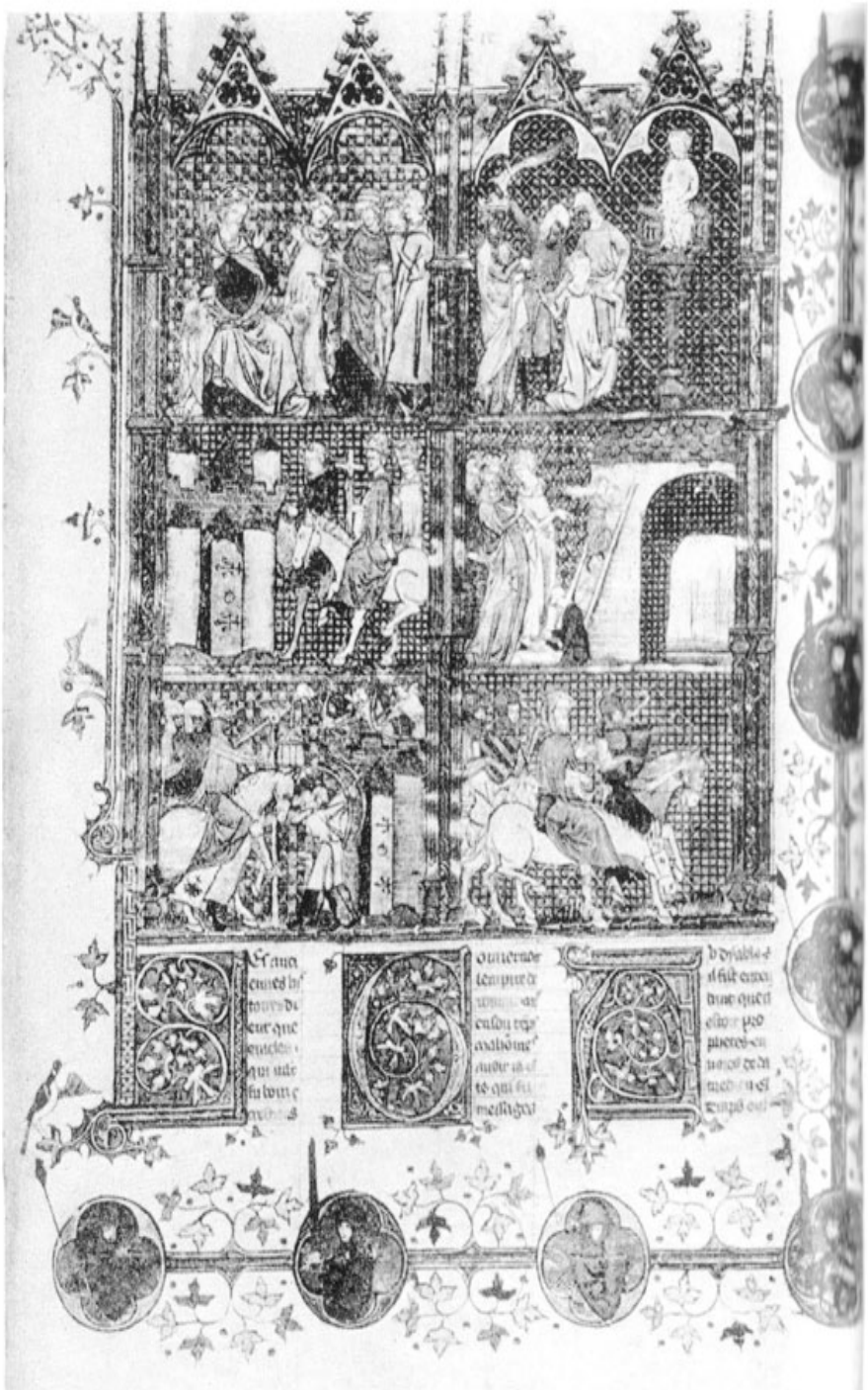
Batalla ante Jerusalén; miniatura del siglo XIV, procedente de La très noble et excellence *ystoire des saintes croniques d´outremer.* B. N., París

Godofredo de Bouillon en la torre Móvil. Miniatura del siglo XIV.
Giraudon.



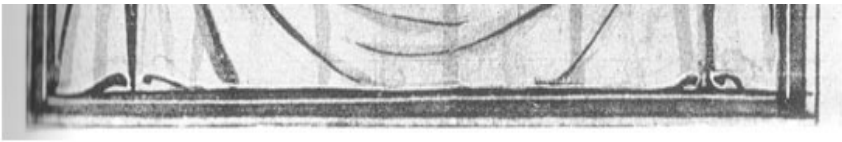
Entrada de los cruzados en Jerusalén. De La très noble et excellence

ystoire des saintes chroniques d´outremer. B. N., París



Escenas de la primera cruzada. Miniatura del siglo XIV, procedente del *Roman de Godefroi de Bouillon et de Saladin*. B. N., París

Godofredo de Bouillon corta la cabeza de un camello. Del *Roman de Godefroi de Bouillon et de Saladin*. B. N., París

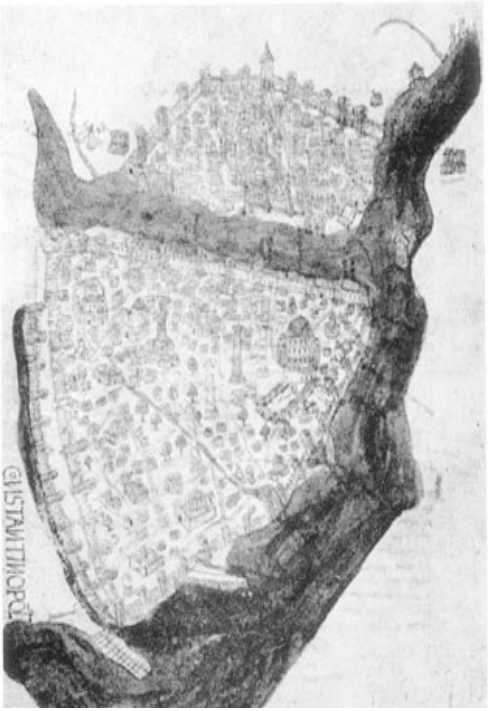


Muerte del rey Balduino I. Del *Roman de Godefroi de Bouillon et de Saladin*. B. N., París

Entrada de Conrado III y de Luis VII en Constantinopla. Miniatura del siglo XV, procedente de las *Grandes chroniques de France*. Giraudon.

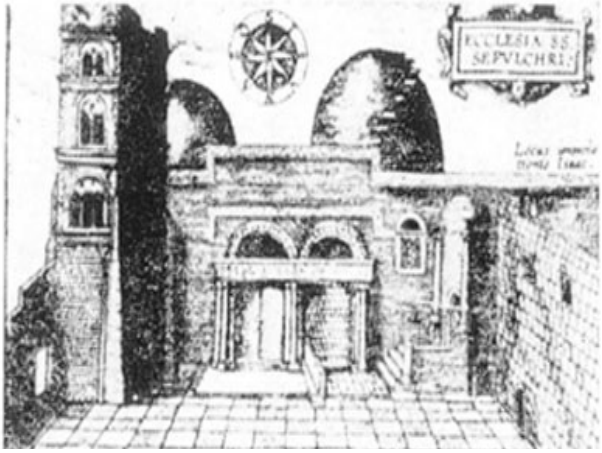
Saladino manda colgar a los cristianos, *Del Roman de Godefroi de Bouillon et Saladin*. B. N., París

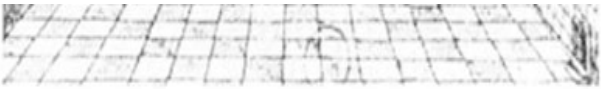
Plano de Roma. Miniatura procedente de *Les très riches heures de duc de Berry*, por Pol Limbourg, en el siglo XV, Museo de Chantilly. Giraudon.



Plano de Constantinopla. Dibujo del siglo XIII. B. N., París

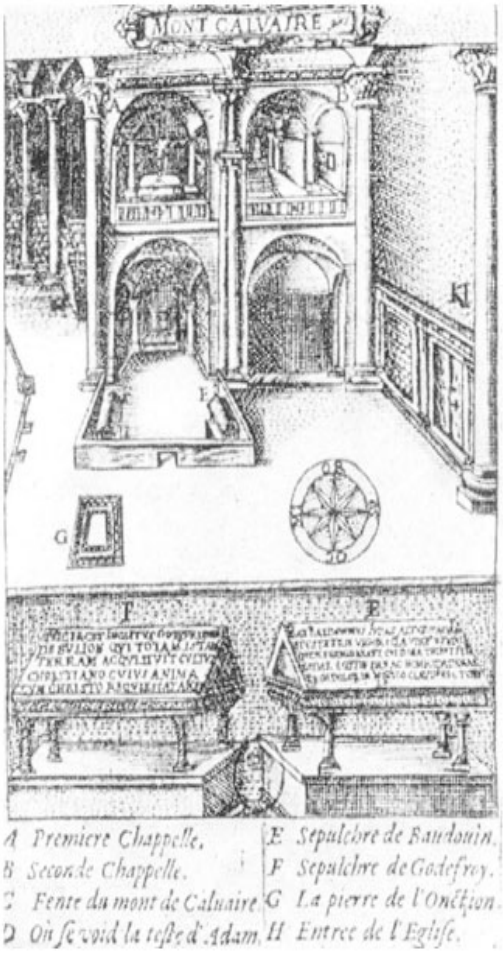
Vista de Antioquía. Grabado de finales del siglo XVI.
B. N., Estampes

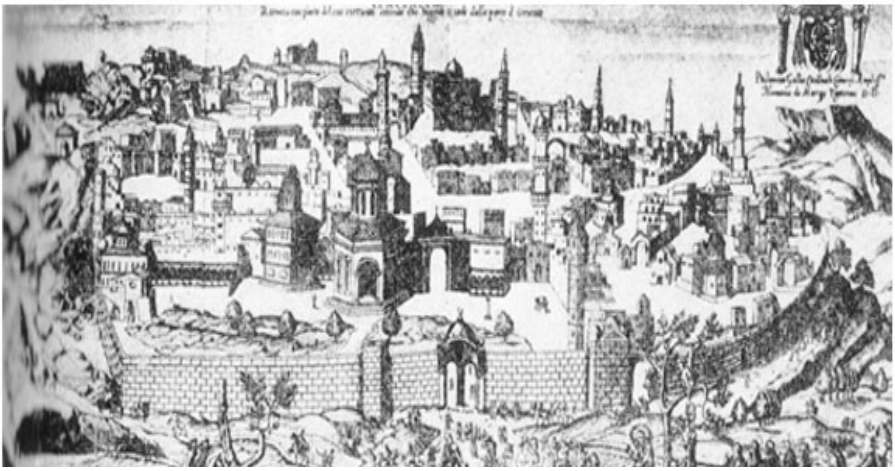




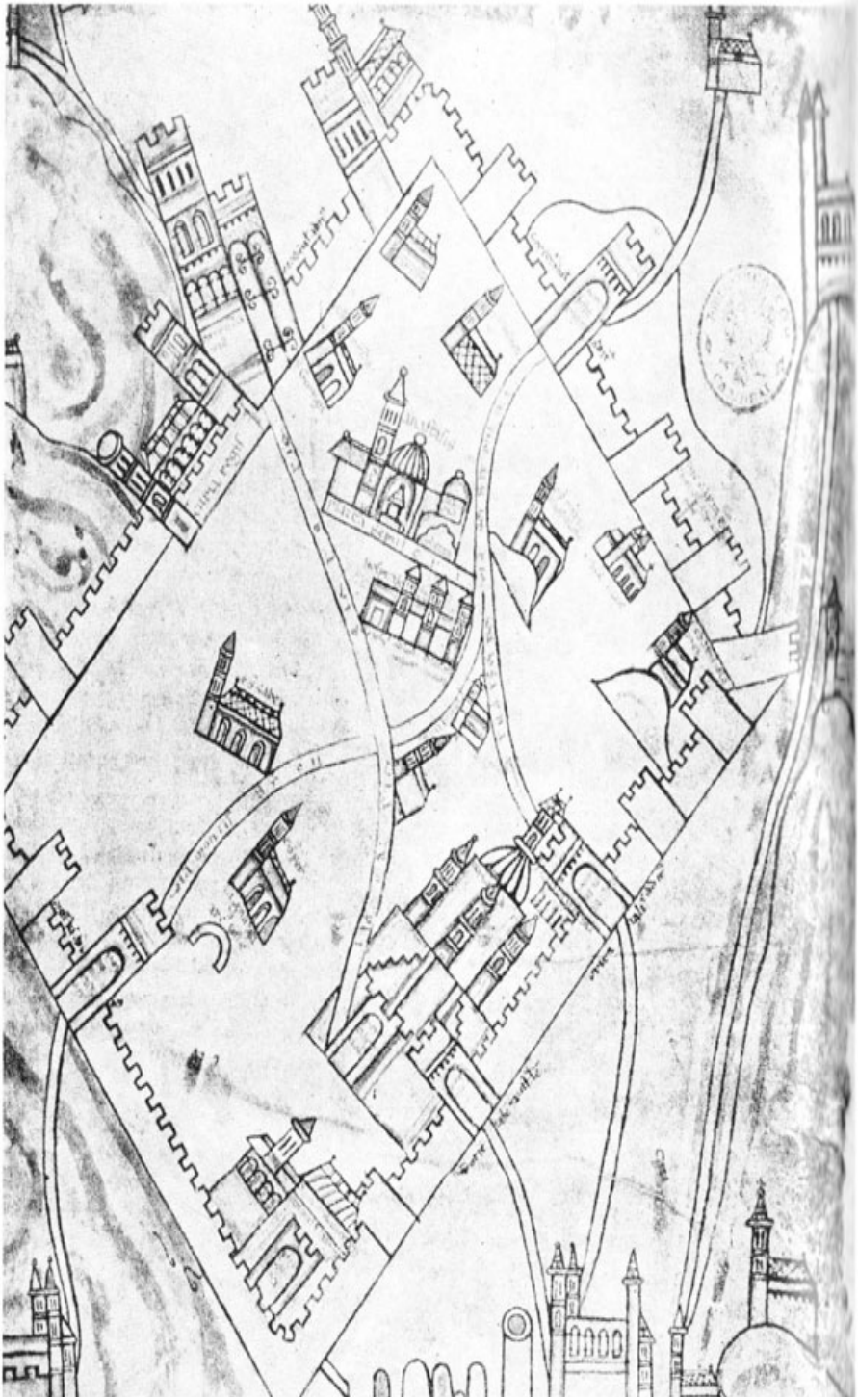
Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén. Grabado del siglo XVII.
B. N., Estampres.

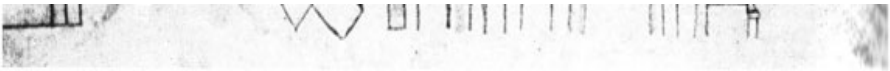
Iglesia del calvario, en Jerusalén, con las tumbas de Godofredo de Buoillon y de Balduino I. Grabado del siglo XVII, col, Lallemant de Betz, B. N., Estampes.





Vista de Jerusalén. Grabado de finales del siglo XVI. B. N., Estampes





Plano de Jerusalén. Dibujo del siglo XII. Bibl, Municipal de Cambrai. Giraudon.

Vista de Damasco. Grabado del siglo XVII. B. N., Estampres.

Castillo de los templarios en Margat, Grabado del siglo XVII, según miniatura de la época. B. N., Estampes, col, Lallemant de Betz.

Plano de Jerusalén y de

sus alrededores. Grabado del siglo XVII. B. N., Estampes, col. Lallemant de Betz.

Estatua funeraria de Roberto Courtheuse, duque de Normandía, uno de los jefes de la Primera Cruzada. Boudot-Lamotte.

Retrato de Juan Comneno, emperador. Mosaico del siglo XII. Santa Sofía, Constantinopla. Boudot-Lamotte.

Sello de Luís VII, anterior a 1148, según grabado del siglo XVII. B. N., Estampes.

Supuesto retrato de Saladino, hacia el 1180. Giraudon.

Retrato de Federico I Barbaroja,

siglo XII, Bibl, Vaticana, *Roberti Monachae Historiae Hierosolymitanae*. Giraudon.

Ricardo Corazón de León y su madre Leonor de Aquitania.
Estatuas funerarias de la abadía de Fontevrault. Archivos fotográficos.

Capítulo 7

Los francos entre Bizancio y el islam (1131-1174).

La amenaza zenghí y la política de Fulco I

El rey Fulco supo aprovecharse, a lo largo de su reinado (que duró doce años: de 1131 a 1142), de los disturbios políticos y religiosos que durante estos años trastornaron el mundo musulmán. Bagdad, Damasco y El Cairo fueron víctimas de revueltas palaciegas y levantamientos populares, y el mismo Zenghi, cuyo carácter tiránico preocupaba con razón a los príncipes árabes y selchuquíes, se vio obligado a abandonar sus proyectos de conquista.

Zenghi, el apóstol de la guerra santa contra los francos, se vio inducido a luchar contra el jefe religioso del islam sunnita, el califa de Bagdad, Al-Mustazhir. Este califa guerrero no se resignaba al papel de rey holgazán que los sultanes turcos habían impuesto al Gobernador de los Creyentes y quería volver a la tradición gloriosa de Harun al-Rashid. Al-Mustazhir, valiente y —como jefe religioso que era— popular, se había aprovechado de la muerte del sultán Mahmud y del interregno consiguiente para declarar la guerra a Zenghi, *atabeg* de Mosul y primer jefe guerrero del Imperio persa. Derrotado por el ejército del califa y sitiado en su capital de Mosul, Zenghi temía la revuelta de sus propios súbditos, fieles creyentes y favorables al califa. Pero, si bien al fin triunfó, ya que Al-Mustazhir fue derrotado por el sultán Masud y luego asesinado, tenía que hacer frente a demasiados adversarios musulmanes como para poder atacar a los francos.

Llamado por el *atabeg* de Damasco, Ismail ibn-Buri (nieto de Tughtekin), no logró apoderarse de la ciudad: Damasco, aunque trastornada por las revueltas palaciegas, supo resistir al temible *atabeg* de Mosul y, después del asesinato de Ismail, un antiguo mameluco de Tughtekin, Unur, tomó el mando de los ejércitos damascenos. Ante la enérgica resistencia de la ciudad, Zenghi tuvo que cejar en su empeño. Sólo después del asesinato del califa, en 1135, había de volver a llevar sus operaciones contra los francos.

Así pues, el reino franco, después de unos años de relativa calma, volvió a encontrarse en una situación crítica y, desde el momento en que sufrieron derrota tras derrota, los francos de Siria hubieron de comprender que no les sería posible mantenerse en el país por sus propias fuerzas. Tenían que pedir ayuda a Occidente y al mismo tiempo buscarse aliados en Oriente. Desgraciadamente, ambas iniciativas, tan necesarias la una como la otra, resultaban muy difíciles de conciliar.

Fulco de Anjou al ir, por consejo del rey de Francia, a tomar posesión de la herencia de Balduino II, no preveía seguramente que además de las numerosas responsabilidades del reino de Jerusalén tendría que contar también con la persona que le aportaba en dote la corona real. Parece cierto que este hombre ya maduro, endurecido por una larga experiencia en el ejercicio de las armas y del poder, se enamoró realmente de la joven princesa oriental que le había sido destinada como esposa. Ahora bien, Melisenda de Jerusalén no quería a su marido; estaba enamorada de otro hombre, un joven caballero, Hugo de Puiset, amigo de infancia y sobrino nieto de su padre. Este amor, fuese inocente o culpable, provocó los celos del rey y un escándalo en la corte; pero sin duda Fulco no llegó a estar directamente implicado en esta larga y complicada historia, en la que Hugo de Puiset no había desempeñado un papel muy brillante, ya que finalmente el joven caballero, llamado a duelo judicial por «traición» y condenado por no

haberse presentado al combate, se refugió junto a los egipcios de Ascalón. Desacreditado por esta alianza con los infieles, Hugo pudo no obstante obtener el perdón contra la promesa de exiliarse a Occidente; sin embargo, el día antes de su marcha fue apuñalado por un caballero bretón y murió poco tiempo después en Sicilia a consecuencia de las heridas.

Fulco, para disculparse ante su mujer y ante la opinión pública, mandó ajusticiar al asesino, el cual negó hasta el último momento que el rey hubiera tenido parte en el crimen. No sabemos si la reina Melisenda quedó convencida. Guillermo de Tiro le atribuye la intención de matar a su marido, o por lo menos afirma que «el rey [...] se creyó más de una vez en peligro de muerte», porque, según el testimonio general, la joven reina, después de la muerte del hombre que tanto había amado, estaba desesperada hasta el punto de no pensar más que en la venganza. «Ninguno de los que habían sido enemigos del conde [Hugo] se hallaban en seguridad y no se atrevían a desplazarse más que armados y con un nutrido grupo de gentes, y no podían aventurarse entre la muchedumbre por el temor a una puñalada». Para que Guillermo, que respetaba mucho a la reina, se atreviera a hablar así, era necesario que la desesperación de Melisenda hubiera sido realmente clara y terrible.

Este gran dolor dio a la joven reina un gran ascendente sobre el espíritu del rey. La conducta de Fulco muestra que no sabía qué hacer para consolarla y obtener su perdón. «Sometía todas las cuestiones del reino —narra Guillermo de Tiro— al consejo y a la voluntad de la reina: no celebró nunca una reunión por pequeña que fuera en la que ella no estuviera presente». Con lo cual, Melisenda, cuando el tiempo hubo calmado su dolor, se apresuró a sacar todo el provecho posible del sincero afecto que su envejecido esposo sentía por ella; y es de notar su carácter autoritario. Afortunadamente para Fulco, no se interesaba de una manera efectiva por la política.

En 1135 la reina obtuvo de su marido la rehabilitación de su hermana Alix; y el rey, seguramente muy a pesar suyo, devolvió a la temible princesa de Antioquía sus derechos de regente. En el mismo momento en que Zenghi iba a tener las manos libres en Oriente para centrar sus esfuerzos en la conquista de la Siria franca, el principado de Antioquía caía de nuevo en manos de una persona que ya antes había pensado en entregar la ciudad al mismo Zenghi. Pero el rey, a quien, pese a todo, el amor no cegaba completamente, no tardó mucho en volver a tomar lo que había concedido.

La princesa Alix se había hecho partidarios entre la nobleza franconormanda (por el dinero que distribuía generosamente, dice Guillermo de Tiro), y ya no pensaba en aliarse con los turcos. Contaba con el apoyo de Jocelin II, conde de Edesa, y gobernaba con la ayuda del patriarca de Antioquía, Raúl de Domfront, un prelado intrigante y ambicioso. En realidad ella era la regente, y la auténtica princesa de Antioquía era su hija, la pequeña Constanza; pero la aborrecía de tal manera que, según se decía, había pensado en encerrarla en un convento o en casarla con un hombre de baja condición. En 1135 Constanza tenía ocho o nueve años, estaba, pues, casi en edad de contraer matrimonio y, como Alix no podía atreverse a eliminarla, pensó en servirse de ella para sus fines políticos: la propuso, pues, en matrimonio al hijo del emperador de Bizancio, el joven Manuel Comneno, con lo que esperaba pasar de la tutela franca a la bizantina, más lejana y por tanto menos rígida. Los barones francos de Siria quisieron evitarlo por todos los medios y Fulco envió secretamente embajadores a Francia para que encontraran un esposo para la joven heredera de Antioquía.

La elección recayó en Raimundo, hijo menor de Guillermo IX de Poitiers, duque de Aquitania. Raimundo era un hombre de treinta y seis años, ya conocido por su valor y experiencia militares, y célebre sobre todo por su excepcional fuerza física y

su gran belleza. Pero las relaciones diplomáticas de la época eran de una complejidad tal y las diferentes rutas por tierra y por mar eran tan poco seguras que este gran barón de Francia tuvo que hacer el largo viaje disfrazado de «pobre peregrino» para no ser sorprendido y hecho prisionero a lo largo del trayecto. Y no sólo esto, sino que se mantuvo en gran secreto el objetivo de su viaje, para no suscitar las sospechas de la princesa Alix, quien tenía espías por todas partes y además había atraído a su causa al príncipe de Sicilia, Roger Il (que odiaba a los reyes de Jerusalén desde la afrenta que Balduino hizo a su madre y como primo de Bohemundo, era también pretendiente del principado de Antioquía). Roger II disponía de una importante flota y podía capturar con facilidad al indeseable pretendiente. Al fin, después de su aventurado viaje, Raimundo de Poitiers se presentó ante la ciudad de Antioquía, pero, para entrar en ella y rescatar a la joven Constanza, era necesario, ante todo, deshacerse de la princesa Alix.

Fue el patriarca Raúl, aliado de la princesa, quien la entregó. Para ello, llamó a Raimundo, le hizo prestar juramento de fidelidad y le exigió incluso el «feudo ligio» (pretensión inaudita por parte de un eclesiástico). Raimundo lo prometió todo. A continuación, el patriarca hizo creer a Alix que el hijo del duque de Aquitania quería casarse con ella y no con su hija (en efecto, Alix no había cumplido aún los treinta años, y este matrimonio hubiera sido más adecuado que el otro). La joven reina, cuya ingenuidad sin embargo no parece haber sido su principal defecto, cometió el error de creer al patriarca: recibió a Raimundo de Poitiers en la ciudad, le acogió con muy buenas maneras y se retiró en su palacio para prepararse para la boda. Mientras tanto, Raúl de Domfront celebraba en la iglesia de San Juan el matrimonio del barón de ultramar con la pequeña Constanza: la regencia de Alix había terminado. Raimundo, esposo legítimo de la joven Constanza, era, con pleno derecho, príncipe de Antioquía.

El patriarca hubo de arrepentirse luego de su perfidia para con la princesa: Raimundo de Poitiers no mantuvo los juramentos que el tan astuto Raúl, haciendo también prueba de ingenuidad, había cometido el error de creer al pie de la letra. El nuevo príncipe de Antioquía intrigó contra él, le hizo acusar de simonía y de otros abusos y obtuvo, finalmente, su deposición.

Antioquía, después de los dos normandos desaparecidos de manera tan trágica, tenía por fin un nuevo soberano, un hombre de ultramar como el rey Fulco, y un barón de la más alta nobleza de Francia. Valiente, duro, poco escrupuloso, como hemos visto, pero dispuesto a ser un fiel vasallo del rey de Jerusalén. Si desde el primer momento Raimundo fue víctima del odio de Jocelin Il de Edesa, Fulco por su parte no tuvo ninguna queja contra él. Había llegado por fin la hora de que el principado de Antioquía tuviera un jefe.

Zenghi, durante el corto reinado de la princesa Alix (1135), había conseguido arrebatar de nuevo a los francos las fortalezas de Athareb, Zerdana, Tell Aghdi, Ma'arrat Al-Numan y Kafartab, todas ellas dependientes del principado de Antioquía. El mismo año, Sawar, lugarteniente de Zenghi en Alepo, devastaba las tierras del principado y llevaba sus incursiones hasta Laodicea. Dos años más tarde, el conde Pons de Trípoli resultó muerto durante una expedición contra las tropas de Bazwach, mameluco y jefe del ejército de Alepo (y esta vez, detalle importante, en el ejército musulmán había «musulmanes piadosos» que querían conseguir su salvación[35], y el celo de estos hombres fue tan grande que mataron al conde de Trípoli desarmado y teniéndolo prisionero, y sabiendo quién era, a pesar de que hubieran podido pedir por él un rescate considerable. El poder de los francos parecía tan debilitado en aquellos momentos que los cristianos sirios de la zona montañosa del Líbano se sublevaron y se aliaron con los turcos. El hijo de Pons, el joven Raimundo II, incapaz de vengarse de los turcos, hizo torturar y asesinar a un gran número

de estos campesinos rebeldes: «De esta manera se consoló como pudo y consoló también a los otros que habían perdido a sus amigos[36]».

Durante el mismo año, Zenghi atacó personalmente las posesiones del conde de Trípoli, y el rey Fulco, que había acudido en su auxilio, fue vencido ante Montferrand y encerrado y sitiado en la ciudadela con el resto de su ejército. Esta vez la situación devino tan grave que el conde de Edesa y el príncipe de Antioquía, olvidando sus continuas disputas, reunieron todas sus tropas de a caballo y fueron en ayuda del rey. Pero llegaron demasiado tarde. Tras una resistencia desesperada Fulco capituló, pero vio con gran sorpresa cómo Zenghi le dejaba en libertad con todos los honores de la guerra. Sin duda éste tenía sus razones para obrar de esta manera: aceptó una capitulación honorable porque el ejército franco que iba en auxilio de Fulco no estaba más que a dos días de marcha y no quiso arriesgarse a quedar cerrado entre dos frentes.

Pero la derrota del rey mostraba que los francos iban perdiendo terreno de manera alarmante y que se hacía cada vez más urgente un replanteamiento de la orientación política del reino. Por lo menos Fulco parecía haberlo entendido. Esta nueva desgracia llegaba, pues, a su debido tiempo para indicar a los francos de Siria que era necesario adoptar otras medidas para hacer frente a sus dificultades.

Juan Comneno

Sabido es que la intromisión de los normandos en Antioquía había exasperado sobremanera a Alejo Comneno, y había convertido al *basileus* en un adversario de los cruzados ya desde los primeros años del siglo. El hecho de que una ciudad que Bizancio consideraba una de las más venerables de su imperio hubiese caído en manos precisamente de Bohemundo y de sus sucesores era para Alejo una injusticia indignante, un crimen merecedor de

todos los castigos. Tras haber vencido a Bohemundo y haberle condenado a terminar sus días en la humillación y el olvido, Alejo había exigido de Tancredo el cumplimiento de las promesas de su tío; sin embargo, Tancredo le había contestado con una insultante negativa, de tal manera que el emperador a punto estuvo de abandonar todos sus quehaceres y sus otras empresas militares para ir, al frente de su ejército, a castigar al insolente bárbaro que se atrevía a provocarle de este modo. La manifiesta oposición de cuantos le rodeaban le impidió hacerlo. Pero la cuestión de Antioquía se había convertido en una obsesión para el gran Comneno, y el odio que sentía por Bohemundo y que ni siquiera la muerte de éste había podido calmarle hacía considerar a Tancredo y a todos los francos susceptibles de ser partidarios suyos como a los peores enemigos de su imperio. No reparaba en medios para expulsar a los normandos de la vieja ciudad bizantina: incitaba a la corte de Egipto contra los francos, escribía hasta al califa de Bagdad y al sultán de Persia induciéndoles a la guerra santa contra los cristianos establecidos en Antioquía (en este sentido, tenemos el testimonio de unos ciudadanos de Bagdad que en mi apostrofaban al sultán con estas palabras: «¡No debes tener temor de Dios, si toleras que el rey de Rom tenga más celo que tú por el islam!»). No contento con esta guerra diplomática, Alejo intentaba arrebatar por las armas a Tancredo las ciudades del litoral dependientes del principado de Antioquía, ya que en ellas podía contar con la simpatía de los cristianos de rito griego, y a los normandos les era casi tan difícil defenderse contra los griegos por el oeste como contra los turcos por el este.

Al comprender que los otros francos —el rey de Jerusalén y el conde Pons de Trípoli— eran al fin y al cabo solidarios con los normandos de Antioquía y que no tenían ningún interés en que el principado volviera a ser una provincia del imperio, Alejo Comneno optó por considerar a todos los francos como enemigos o, lo que es peor; como traidores. En adelante, pues, adoptó

la actitud de no ver en ellos más que a unos mercenarios rebeldes e ingratos que le habían costado toda su fortuna (puesto que les entregaba «cantidades inconmensurables» de dinero) y que no sólo rehusaban hacer el trabajo «para el cual habían sido pagados», sino que, de una manera insolente, volvían las armas contra él[37]. Resumiendo, abandonó toda idea de solidaridad cristiana, ya que unos hombres que despreciaban de este modo el derecho de gentes no merecían ser llamados cristianos, tanto más cuanto que llevaban a cabo una política antigriega y, por consiguiente, anticristiana.

Bizancio era, pues, para los cruzados una potencia hostil, aunque no siempre, ni tampoco siempre de una manera abierta. Constantinopla era aún en este tiempo una especie de metrópoli de la cristiandad internacional, una encrucijada de peregrinaciones y del gran comercio, un centro de expansión cultural; una segunda Roma, en suma, capaz de erigirse en árbitro de los pueblos bárbaros. Y, si bien ya había perdido mucho de su antigua importancia, conservaba sin embargo frente a los pueblos de Occidente una actitud altiva, una especie de benevolencia exterior como paternalista, que les irritaba y les inspiraba respeto a un tiempo. El emperador; hiciera lo que hiciera, estaba siempre en su derecho, y su misión era recompensar a los buenos y castigar a los culpables, y en cuanto a los latinos, estaba dispuesto a colmarlos de favores siempre que se mostraran dignos de su confianza. (Así, los embajadores de Alejo dijeron en cierta ocasión al conde Bertrán de Trípoli: «No debes mostrarte inferior a tu padre Isangélès "Saint-Gilles")[38]», *inferior* en el sentido de menos fiel al emperador. Resulta, pues, difícil acusar a Alejo Comneno de perfidia, puesto que su conducta era, según sus normas, del todo moral y dictada únicamente por los intereses del imperio y la lucha contra los enemigos de éste.

Alejo murió en 1118, el mismo año que Balduino I. Le sucedió su hijo Juan, cuyo reinado duró veinticinco años y corres-

pondió exactamente en el tiempo a los de Balduino II y Fulco I de Jerusalén. Era el único hijo varón y su nacimiento hizo desvanecer las esperanzas de su hermana mayor, la princesa Ana, quien desde la infancia deseaba la corona imperial.

Esta mujer ambiciosa que durante la agonía de su padre luchaba aún por conseguir el trono y pretendía encarcelar —se ha dicho incluso cegar o matar— a su hermano evitará cantar las alabanzas de Juan en su *Alexiada*. Pero los otros historiadores griegos[39] e incluso los historiadores latinos hablarán con admiración de este noble guerrero y alabarán su valentía, su lealtad, sus costumbres ejemplares y su gran piedad. Porque, aunque menos hábil en la política que su padre, Juan fue ante todo un rey soldado (el «emperador caballero»). Pasó toda su vida entre campamentos y campos de batalla y continuó tenazmente la obra de su padre, la reconquista de las provincias griegas de Anatolia en poder de los turcos.

Tampoco olvidó lo que había constituido una de las mayores preocupaciones de su padre: la cuestión de Antioquía. Ocupado al principio en otras empresas militares más urgentes, esperaba resolver el problema pacíficamente por medio de una alianza matrimonial, pero sus tentativas fracasaron. Roger de Salerno hubiera quizás accedido a casar a su hija con un príncipe de la familia imperial a fin de afirmar sus derechos sobre el principado del cual era sólo regente, pero fue asesinado. Fracasó también el proyecto de matrimonio con una de las hijas de Balduino II. Finalmente, cuando la princesa Alix pensaba en casar a su hija con el joven Manuel, hijo de Juan, Raimundo de Poitiers —llamado por los barones de Antioquía y el rey Fulco— llegó por sorpresa y se adueñó de la doncella y del principado. Ante esto, Juan Comneno, convencido al fin, si no lo estaba ya antes, de la mala fe con que actuaban los francos de Antioquía frente a él, se decidió a emplear la fuerza.

En 1137 se presentó ante Antioquía, al frente de un ejército, en el mismo momento en que el rey de Jerusalén acababa de ser derrotado por Zenghi en Montferrand (Barin). Raimundo de Poitiers, para ir en auxilio del rey, había tenido que abandonar su capital mientras ésta se hallaba sitiada por los griegos; sin embargo, viendo la escasa eficacia de su ayuda, decidió volver a la ciudad para seguir defendiéndola. Juan Comneno puso en esta guerra, como en todas sus campañas, su máximo empeño, y el sitio fue muy duro. El emperador había levantado potentes máquinas de guerra, bombardeaba las murallas sin descanso y se disponía ya a minar la fortaleza.

Entonces Raimundo y una parte de sus barones decidieron negociar. Juan exigía que se le devolviera la ciudad, y Raimundo envió emisarios al rey Fulco, su soberano, para pedirle ayuda y consejo. El rey, una vez examinada la cuestión, mandó decir que los derechos de Bizancio sobre Antioquía eran imprescriptibles y que, por consiguiente, las pretensiones del emperador estaban plenamente justificadas. Es evidente que Fulco razonaba como un diplomático y no como un jurista, porque los derechos que los bizantinos reclamaban desde hacía treinta y cinco años eran reconocidos por los francos sólo ahora, cuando el ejército griego se hallaba a las puertas de Antioquía. Pero la decisión de Fulco no era un simple recurso, sino que demostraba un auténtico interés en revisar la política de la Siria franca con respecto a Bizancio.

Juan Comneno tenía la intención de llevar a cabo una gran Cruzada contra Zenghi. Contento de ver que aquellos a quienes trataba como a vasallos rebeldes estaban dispuestos a convertirse en sus aliados, no permitió que sus tropas ocuparan Antioquía, ni siquiera exigió el derecho de entrar en la ciudad. Pasó enseguida a sus planes de ataque. Sus ejércitos, junto a los de los príncipes latinos de Antioquía y de Edesa, habrían de apoderarse del reino de Alepo en el este, del emirato de Shaizar en el oeste y

continuar más tarde la Cruzada en dirección a Damasco. Una vez que los ejércitos aliados se hubieran apoderado de Alepo, Raimundo de Poitiers recibiría la ciudad en feudo y cedería a cambio Antioquía a los bizantinos.

Ahora bien, los príncipes francos de Siria, aun cuando vieron que por primera vez un emperador de Bizancio se dirigía a ellos con un auténtico espíritu de Cruzada, manifestaron bruscamente una extraña indiferencia por la guerra santa. ¿Fue acaso por prudencia? Podían quizá considerar que unas operaciones de tanta envergadura les expondrían a nuevos peligros. ¿Sería por miedo a que los griegos aumentaran su poderío y les hicieran caer bajo su dominio? Lo cierto es que Raimundo de Poitiers y Jocelin II de Edesa (que habían estado enemistados) se vieron de pronto unidos en la intención común de no secundar los esfuerzos de Juan Comneno.

Era también evidente que Raimundo de Poitiers no tenía ningún interés en conquistar Alepo, si esta conquista había de reportarle la pérdida de sus derechos sobre Antioquía. No fue, pues, contra Alepo que los ejércitos cristianos dirigieron su primera campaña, sino contra Shaizar el emirato árabe tan pronto aliado como enemigo de los francos, y uno de aquellos pequeños principados cuya existencia era más bien una ventaja que un inconveniente para el reino latino. Juan Comneno, por su parte, no miraba las cosas tan en detalle; su objetivo era someter toda Siria y le era igual comenzar por Shaizar. Pero, mientras él se esforzaba en gran manera, participaba en los trabajos del asedio exponiéndose como el más humilde de sus soldados y animando a sus hombres con su ejemplo, veía a los dos príncipes francos —Raimundo de Poitiers y Jocelin II— burlarse abiertamente de él, mientras pasaban el tiempo bebiendo y jugando a los dados en sus respectivas tiendas y disuadían a los caballeros de tomar parte en los combates. Desanimado al fin por la falta de seriedad de estos dos príncipes, el austero emperador-caballero, que había con-

seguido ya apoderarse de uno de los arrabales de la ciudad sitiada, se decidió a negociar en solitario. Obtuvo de los munquidíes un juramento de vasallaje y la promesa de un tributo anual, después de lo cual hizo levantar el campamento y decidió ocuparse de la solución del problema de Antioquía sin esperar a la toma de Alepo.

Obligó a Raimundo de Poitiers a cumplir su promesa de entregarle la ciudad; pero Raimundo, que se había comprometido a ello cuando el ejército griego levantó el sitio de Antioquía, no esperaba que su palabra seria tomada tan al pie de la letra, y enseguida pensó en la manera de librarse de la ejecución del convenio. Con la ayuda de Jocelin II, organizó un verdadero levantamiento de la población franca de Antioquía, que contaba ya por entonces con un gran número de ciudadanos franceses e italianos. La revuelta adquirió tales proporciones que no fue posible entregar la ciudad al emperador en semejantes circunstancias. Juan Comneno no se dejó engañar por la astucia de los dos príncipes; pero, lleno de indignación, se vio obligado a retirarse.

Zenghi, que se había alarmado al ver aparecer a los ejércitos imperiales en el Orontes y a Juan Comneno aliarse con los francos, y que había probado por todos los medios de sembrar la discordia entre los aliados (enviando cartas a Raimundo y a Jocelin en las que les prevenía caritativamente contra la perfidia del emperador), se tranquilizó al ver que Juan Comneno se retiraba. Poco a poco reconquistó al principado de Antioquía Biza, Athareb y Kafartab, fortalezas fronterizas cuya posesión garantizaba la seguridad del Estado normando y que Raimundo le había arrebatado poco tiempo antes.

El rey Fulco no tuvo más remedio que buscar la alianza de Damasco con el fin de impedir el avance de Zenghi por medio de una nueva coalición. «Los damasceno», al igual que el rey de Jerusalén, no querían caer bajo el dominio del *atabeg* de Mosul, «cuya fama de cruel se había extendido por todas parte». Esta

alianza salvó la independencia de Damasco y evitó a la Siria franca el desastre que hubiera significado la proximidad inmediata de un enemigo como Zenghi.

Mientras esta amistad francomusulmana se iba consolidando, Juan Comneno hizo de nuevo su aparición en el norte de Siria, decidido esta vez a obligar a los príncipes francos a cumplir sus promesas. Pero una vez más tuvo que retirarse sin haber obtenido nada. Raimundo de Poitiers, que no había dudado en reclamar al emperador su ayuda en el momento en que las tropas de Zenghi amenazaban su territorio, invocó de nuevo el desagrado con que los ciudadanos de Antioquía aceptarían el dominio griego, habló de los derechos del Papa, declaró que no podía disponer de una tierra que no era de su propiedad, sino de la de su mujer; en suma, se opuso rotundamente a las exigencias de Juan Comneno (1142).

Juan no quiso emprender un asedio en las proximidades del invierno, sino que, siempre con la firme resolución de no desistir de su empeño y en espera de comenzar las operaciones contra Antioquía, resolvió hacer una peregrinación a Jerusalén. Mandó primero avisar al rey Fulco, y éste le respondió que le recibiría con agrado, pero que fuese con una pequeña escolta, puesto que el territorio no era lo bastante rico para abastecer a todo el ejército bizantino. Juan le hizo responder que «cuando viajaba fuera de su imperio tenía la costumbre de cubrir toda la tierra con su ejército». (Guillermo de Tiro). Y no fue a Jerusalén. No sabemos si hubiera acabado por imponer su voluntad a los francos por la fuerza de las armas, porque murió la primavera siguiente, en sus campamentos de Cilicia, como consecuencia de una herida por una flecha envenenada recibida durante una cacería.

Ni Raimundo de Poitiers ni el conde de Edesa temieron ya que los griegos se anexionaran sus territorios, ni el rey Fulco que

el *basileus* se inmiscuyera en los asuntos de su reino. Pero Zenghi acababa de perder con Juan Comneno a su enemigo más temible.

Parece sin embargo que, en 1137, después de la alianza de los reyes francos de Siria con el emperador hubiera sido posible realizar una acción común. Juan Comneno, cristiano sincero, decidido a llevar a término su cruzada, estaba interesado en la colaboración de los francos y les hubiese permitido conservar sus territorios a cambio de concesiones religiosas y de una aceptación formal de su soberanía. Hubiera sido para ellos un aliado de gran interés, aunque hay que considerar también que hacia mitad de siglo el dominio griego estaba ya demasiado debilitado para poder, aun con la ayuda de los francos, igualar al del islam turco. Y la conquista de Siria, de Damasco y de Egipto hubiera corrido el riesgo de no tener continuidad. Quizá los príncipes francos consideraran los proyectos del *basileus* demasiado utópicos y prefirieran atenerse al estado presente de cosas, por más que inestable, antes que lanzarse a una aventura que podía hacerles perder todo. Comoquiera que fuese, una vez más se había demostrado la imposibilidad de una colaboración sincera entre griegos y latinos.

Lo que los griegos exigían —el reconocimiento de sus derechos sobre Antioquía— era en sí justo, y perfectamente razonable desde el punto de vista de los intereses de la cristiandad. Sólo perjudicaba los intereses de la colonia franca y de la Iglesia latina en Oriente; pero, a fin de cuentas, era la misma existencia de una hostilidad irreductible entre griegos y latinos lo que creaba entre las dos comunidades cristianas una tal divergencia de intereses. A lo largo de casi medio siglo, se había acumulado tanta desconfianza y tanto resentimiento entre los cristianos de Oriente y los de Occidente que era imposible pensar en una coexistencia pacífica, incluso en el momento en que se encontraban en presencia de un enemigo común temible y cuyo poder iba cada día en aumento.

¿Era culpa de los griegos? Es posible que Juan Comneno llegase cuarenta años demasiado tarde; con este emperador belicoso a la cabeza, una gran Cruzada grecolatina hubiera resuelto la cuestión de Oriente en favor de Bizancio. El reino franco no hubiera existido, pero sí hubiera habido seguramente barones francos enfeudados en Bizancio; porque resulta difícil creer que la empresa hubiese sido posible sin el potente estimulante que suponía el orgullo nacional de los francos. Pero en aquel momento Juan Comneno, que perseguía los mismos fines que los francos, que venía a salvarles del desastre frenando con su sola presencia el avance de Zenghi, que quería colaborar con ellos con toda sinceridad y que no podía ser acusado de traición ni de cobardía, sino que era un aliado de gran valor; fue considerado un enemigo.

Si leemos el relato que Guillermo de Tiro hace del sitio de Shaizar; podrá parecemos que la actitud de Raimundo de Poitiers y de Jocelin II es semejante a la de unos niños indóciles e insolentes, unos escolares contentos de gastar una mala pasada al maestro. (Esta actitud llega a resultar tan sorprendente que el historiador del reino franco excusa a los dos príncipes diciendo que eran «jóvenes», aunque Raimundo tenía ya cerca de los cuarenta años y Jocelin no debía tener menos de treinta). Hemos visto cómo, mientras los griegos sostenían la batalla de manera violenta, estos dos hombres permanecían en sus tiendas, vestidos con «telas de seda», jugaban a los dados o al ajedrez y se burlaban de los que resultaban heridos en el combate. El emperador en persona fue a suplicarles que cambiaran de actitud. «Les rogó con amabilidad que mostraran un poco más de energía en la empresa que habían comenzado, puesto que si él, que era más rico que ellos y que tenía bajo su dominio a reyes y grandes príncipes, no se concedía descanso alguno, sino que se exponía a peligros y trabajos por la gloria de Nuestro Señor, ellos no debían hacer menos [...]». Pero era precisamente la conciencia de esta superioridad del emperador esta superioridad oficial debida a la ri-

queza y a la gloria de su imperio, lo que exasperaba a los dos príncipes francos, pequeños señores feudales celosos de su propia independencia, siempre dispuestos a hacerse la guerra mutuamente, e indiferentes por igual a luchar por «la gloria de Nuestro Señor» que por grandes ideales de conquista.

Jocelin II era inteligente y astuto, pero más dado a los placeres que a la acción, y su actitud en esta campaña quedaría a menudo explicada por el miedo a que Raimundo se apoderara de Alepo y adquiriera demasiado poderío. Raimundo de Poitiers, por su parte, era un hombre de poca inteligencia, sin una gran voluntad, más bien déspota que autoritario, con más vanidad que orgullo, influenciable hasta el punto de escuchar los consejos de Jocelin, que le detestaba y a quien él mismo detestaba también. Lo que parece extraño es que estos dos hombres tan mediocres resultaran, a pesar de su mezquindad, más prudentes quizá que el valiente e intrépido Juan Comneno: ni a los francos ni a Bizancio les interesaba destruir Estados fronterizos clave como Shaizar; Alepo y Damasco; la misma conquista de Alepo hubiera sido un error; bastaba sólo con alejar de allí a Zenghi, el verdadero enemigo del momento. Juan Comneno no tenía tampoco interés en arrebatar Antioquía a los francos, ya que éstos la consideraban como su mayor bien y eran más capaces de defenderla por todos los medios; hubiera sido suficiente una amigable entente. Si en 1137 el proyecto de alianza írancobizantina fracasó, fue porque Juan Comneno mantuvo su idea de «Cruzada», mientras que para los barones francos —incluso para el recién llegado Raimundo — esta idea no tenía ya ningún sentido.

Veremos que en adelante los reyes de Jerusalén pensarán cada vez más en la alianza con Bizancio y que el sucesor de Juan Comneno, al comprender también esta necesidad, hará lo posible por atraerse al reino franco de Siria y contarlo entre sus adeptos. Pero no llegará a haber nunca una colaboración auténtica, dado que las prevenciones de unos contra otros serán dema-

siado profundas y los conflictos provocados por los intereses mutuos demasiado difíciles de resolver. Y sobre todo la oposición entre los dos orgullos —el viejo orgullo bizantino y el joven orgullo occidental— será tal que no podrá resolverse con ninguna consideración de tipo práctico.

Cuando Juan Comneno, después del fracaso de la campaña de Shaizar, entró triunfalmente en Antioquía con Raimundo de Poitiers y Jocelin O, que caminaban delante de él y sostenían las riendas de su caballo, creía estar actuando simplemente como soberano legítimo; estaba tan convencido del carácter sagrado de la majestad imperial que no podía comprender que los dos príncipes y sus barones consideraran esta ceremonia una auténtica humillación.

El rey Fulco sobrevivió a Juan Comneno sólo ocho meses, y como éste, murió a causa de un accidente de caza, al caer del caballo. Murió en el acto. Fue una gran pérdida para el reino franco. Fulco había sido un hombre fuerte, dotado de sentido del deber y de sentido práctico a un tiempo, buen organizador, hábil diplomático y gran guerrero. Había sabido hacerse respetar a la vez por sus grandes vasallos y por los barones del reino. Contra el peligro que amenazaba a los países francos, había sabido construir una sólida muralla, el reino de Damasco, al crear entre él y este país vecino un verdadero pacto de alianza que daba a francos y damascenos la fuerza suficiente para resistir a Zenghi. Había sabido también, en gran parte gracias a su mujer, establecer un clima de comprensión y estima mutuas con los cristianos indígenas, armenios y sirios. Extendió las posesiones francas por el lado de Transjordania y al este del mar Muerto e hizo construir en toda aquella zona fortalezas destinadas a vigilar las rutas de las caravanas. En Judea hizo construir castillos para proteger las tierras de los alrededores, previamente repobladas por colonos cristianos, que al poco tiempo se convirtieron en tierras cultivadas y ricas.

Fulco era, en el momento en que el poder de Zenghi se hacía más amenazador, el único hombre fuerte de la Siria franca. Los tres grandes feudos estaban gobernados por hombres incapaces y además separados por una férrea enemistad. A la muerte del rey, la Siria branca se encontró desamparada, la regencia caía en manos de la reina, mujer enérgica pero ignorante por completo en materia de política y terriblemente celosa de su autoridad. El sucesor natural de Fulco de Anjou era su hijo primogénito, el joven Balduino III, que al morir su padre tenía trece años de edad.

Melisenda

La reina Melisenda ejerció la regencia durante y después de la minoría de edad de su hijo. No había olvidado que su esposo había sido rey de Jerusalén gracias a ella, primogénita y heredera de Balduino II. La muerte de su marido —que lloró, en apariencia, con gran dolor— constituyó ante todo una ocasión para satisfacer finalmente sus ansias de poder.

Sabemos que, ya en vida de Fulco, había procurado intervenir en los asuntos del gobierno, valiéndose del ascendente que tenía sobre su marido. No contenta con el papel de consejera, había hecho su obra personal fundando conventos y realizando gestiones para conseguir el acercamiento de la comunidad franca y las comunidades cristianas indígenas, porque, como había nacido en el país y era en parte indígena, estaba en posición autorizada para hacerlo. Consiguió que su marido considerara al metropolitano Ignacio de Edesa como a un amigo íntimo, y Miguel el Sirio nos dice que Fulco, franco de ultramar, recibía con sumo gusto al prelado y le miraba «como a un ángel del cielo». La más joven de las hermanas de la reina, Yvette, se había ordenado y Melisenda se creyó en el deber de mandar construir con toda atención una nueva abadía, que enriqueció con generosos donativos. No tardó en servirse de su influencia para lograr que Yvette fuera nombrada abadesa de la comunidad.

Melisenda era piadosa, con una piedad oriental, austera, exaltada. Guardó hasta su muerte esta pasión por las iglesias y agotó su tesoro en donaciones. Pero, una vez en el cargo de regente, se mostró mucho más ávida de honores terrenos que de perfección espiritual y enseguida se hizo «temer» por los barones de Jerusalén, según asegura Guillermo de Tiro. De la misma manera se hacía temer, o por lo menos respetar, por sus dos hijos. El joven Balduino III estuvo sometido a la tutela de su madre hasta la edad de veintidós años y logró librarse de ella sólo por la presión de los barones y de la opinión pública, y después de una dura lucha. La piedad de Melisenda no era del todo desinteresada. Esta mujer ambiciosa buscaba dominar a los barones —la fuerza militar— gracias al apoyo del clero y de la población indígena.

Pero parece ser que a Melisenda le agradaba el poder por el poder. No tenía ni inteligencia política ni una verdadera conciencia de sus responsabilidades, ni siquiera el deseo de hacer triunfar un ideal o un partido cualquiera. Sabía hacerse obedecer y, en cambio, era incapaz de sacar provecho alguno de la autoridad que ejercía. Su regencia quedó señalada por catástrofes militares y errores políticos, ya que en situaciones críticas no sabía cómo actuar. Por último, para las decisiones más importantes —las relativas a la guerra y a la paz— se veía obligada a pedir consejo a los barones jerosolimitanos que la rodeaban y, entre ellos, a la camarilla más belicosa e intrigante. Desconfiaba de aquellos cuya conducta podía hacerle sospechar que secundaban a los grandes vasallos, y escuchaba los consejos de aquellos cuyas ambiciones se limitaban a la salvaguardia y a la prosperidad del «reino» propiamente dicho, aunque fuese a expensas de los otros Estados francos. Su hombre de confianza era su primo hermano Manasés de Hierges, sobrino de su padre, a quien hizo nombrar condestable. Manasés no era inferior a su prima ni en ambición personal ni en incapacidad política.

Zenghi podía considerarse dichoso: tenía las manos libres al mismo tiempo del lado de Bizancio, por la muerte de Juan Comneno, y del lado del reino de Jerusalén, por la muerte de Fulco. Supo aprovecharse de la situación: un año después de la muerte de Fulco sitió Edesa, la capital más expuesta y más aislada de los Estados francos. Melisenda hizo entonces todo lo posible por reunir un ejército para liberar su ciudad natal y primer feudo de su padre; pero no supo actuar con la suficiente rapidez, ni encauzar la energía de sus caballeros. Su ejército llegó demasiado tarde y, al enterarse de la victoria de Zenghi, no se preocupó de reparar la situación, sino que, después de un breve combate con un cuerpo de turcomanes, dio media vuelta, lo cual nos hace suponer que este ejército no era ni muy numeroso ni muy batallador.

Edesa

Edesa, la primera gran ciudad de Oriente que cayó en manos de los francos, la primera conquista de Balduino de Bolonia, gobernada por Balduino de Bourg y luego por Jocelin de Courtenay, ciudad «franca» desde hacía cuarenta y seis años, caía ahora en poder de los turcos, quienes antes de las Cruzadas la habían ocupado sólo durante unos años. Esta importante plaza bizantinoarmenia, una de las más amenazadas por el islam, se mantuvo, sin duda gracias a los francos, mucho más tiempo bajo dominación cristiana que si hubiera estado gobernada por príncipes armenios.

Hemos visto que sus habitantes, a comienzos de siglo, habían conspirado varias veces con la intención de entregar la ciudad a los turcos, ya que los francos no les resultaban unos señores demasiado agradables. Pero Jocelin de Courtenay y su hijo Jocelin II habían sabido crear un clima de comprensión tal entre los francos y la población indígena que, en el momento en que Zenghi sitió la ciudad, los habitantes de Edesa ya no pensaban en conspirar ni en rendirse al enemigo, sino que todos, tanto los si-

rios como los armenios y los francos, estaban firmemente resueltos a defenderse.

Desgraciadamente, Jocelin II no se encontraba en la ciudad. Vivía normalmente en su dominio de Turbessel, lugar más tranquilo, más rico, de paisaje más agradable, y donde llevaba una vida alegre, sin preocuparse de los planes de Zenghi. Éste, por su parte, llevaba a cabo por entonces una campaña en Diyar Bakr contra los emires ortuquíes, con el fin de inducirle a error respecto a sus intenciones.

La despreocupación de Jocelin II era tal que no había pensado siquiera en proveer la capital de víveres ni de una fuerte guarnición. Los cronistas latinos y orientales nos dicen que prefería abiertamente a los cristianos indígenas —sobre todo a los armenios, lo cual resulta comprensible— antes que a los francos, y no le gustaba indisponer a sus súbditos imponiéndoles la tutela militar de la caballería franca. La defensa de la ciudad de Edesa estaba confiada, pues, en primer lugar a los armenios, quienes eran buenos soldados, pero no poseían —o por lo menos es lo que Guillermo de Tiro les reprocha— la disciplina militar de los caballeros occidentales.

Al saber que su ciudad había sido sitiada, Jocelin llamó en su ayuda a la regente, quien se apresuró a mandarle refuerzos, y a Raimundo de Poitiers, su enemigo y su vecino, pero que se hallaba mejor situado que Melisenda para mandar su socorro a Edesa. Pero Raimundo se hizo el sordo a las súplicas de Jocelin II. Como dice Guillermo de Tiro, «el príncipe de Antioquía vio que el conde de Edesa estaba angustiado y en gran peligro de perder sus posesiones, y se llenó de alegría [...]». Reducido a sus propias fuerzas, Jocelin nada podía contra el ejército de Zenghi. Permaneció, pues, en Turbessel en espera de refuerzos.

Edesa era una ciudad fuerte, con murallas altas y gruesas, capaz de resistir los asaltos y los bombardeos de las máquinas. Toda

la población se hallaba junto a las murallas para ayudar a los defensores. Además de la falta de víveres, la defensa fue violentísima y causó terribles pérdidas entre las filas de los sitiados. Los mineros del ejército de Zenghi lograron volar una de las torres, abriendo así el paso al ejército sitiador. Los turcos se introdujeron en la ciudad e hicieron una horrible carnicería, en la que perecieron todos los francos, incluso el arzobispo latino, Hugo, que había dirigido las operaciones de defensa en ausencia del conde. Un gran número de cristianos indígenas fueron también asesinados o perecieron asfixiados entre la muchedumbre que, ante el avance de los turcos, se había lanzado hacia las puertas de la ciudadela.

El 23 de diciembre de 1144, Zenghi entraba en la primera gran ciudad cristiana reconquistada a los francos, sin que ningún ejército franco hubiera intentado siquiera disputarle la victoria. Ello constituía una catástrofe para toda la Siria franca, y Raimundo de Poitiers, que se alegraba de la ruina de su enemigo Jocelin, era ahora quien más peligro corría. Los barones latinos no comprendieron enseguida el alcance de esta catástrofe, precisamente porque la víctima inmediata era Jocelin, medio indígena, y como tal despreciado, el único príncipe franco que, jugando con el apoyo del elemento nativo, había roto los lazos de solidaridad que unían a los francos entre sí. Bien es verdad que Jocelin II, que no era mal soldado, carecía de energía y de espíritu de decisión. Pero la ruina del condado de Edesa reforzaba la postura de Zenghi, quien estaba decidido a seguir adelante por el buen camino que había emprendido.

Una vez dueño de Edesa, el terrible *atabeg*, que dos años antes había hecho crucificar a la guarnición musulmana de la ciudad de Baalbek, hizo que cesaran las matanzas y los saqueos, obligó a sus soldados a devolver todos los bienes que habían quitado a los habitantes, a devolver también todos los cautivos, y manifestó a los habitantes cristianos de la ciudad conquistada que tenía la in-

tención de tratarles con humanidad, y que había venido sólo para librarles de la tiranía de los francos. Quería, así, con el ejemplo de Edesa, ganarse las simpatías de los habitantes de las otras ciudades de la Siria franca. Y con estas inteligentes medidas logró asegurarse la colaboración de los sirios de Edesa (como explícitamente lo indica Miguel el Sirio en las frases que pone en boca del obispo jacobita Basilio Bar Shumana): «Lo que ha pasado está muy bien [...]. Para ti "Zenghi", porque has obtenido una brillante victoria; para nosotros, porque hemos merecido tu estima, pues, al igual que no hemos faltado a nuestros juramentos para con los francos, tampoco dejaremos de guardarte a ti la fidelidad que te hemos prometido, ya que Dios ha permitido que seamos tus esclavos».

En cuanto a los armenios de Edesa, no se sentían con ánimos para afirmar que «lo que había pasado» estaba «muy bien»; habían sido siempre mucho más hostiles a los turcos que los sirios. No obstante, Zenghi parecía bien decidido a apoyarse en el elemento indígena, y multiplicaba sus favores para con los vencidos. Devolvió a Edesa su gobierno propio, respetando en todo su carácter de ciudad cristiana, y contentándose con dejar en ella una guarnición turca, la cual tenía prohibición expresa de oprimir a la población[40].

Después de esta gran victoria, Zenghi arrebató a Jocelin II todas las plazas del condado de la orilla derecha del Éufrates.

Sin duda, Zenghi, hubiera podido apoderarse sin ninguna dificultad de todo el condado de Edesa, ya que ningún ejército franco acudía en auxilio del infortunado Jocelin, y Raimundo de Poitiers continuaba alegrándose de las derrotas que su enemigo sufría. Pero una revuelta estalló en Mosul, y el *atabeg* tuvo que levantar el campamento y llevar a toda prisa sus ejércitos a la capital. Este gran caudillo musulmán no era profeta en su tierra y tenía que luchar sin cesar contra sus hermanos de religión. Soñaba con conquistar Damasco y se hallaba sitiando una pequeña

fortaleza árabe, Qalat Chabar; cuando fue asesinado, el 15 de septiembre de 1146. Al parecer no se trató de ningún crimen político, sino de una simple venganza de unos servidores sorprendidos en falta.

«Zenghi —dice Ibn al-Qalansi—, después de haber bebido vino, se había quedado dormido. Se despertó de pronto y vio al eunuco [llamado Yaruqtash] que bebía el resto del vino con los pajes. Les amenazó con castigarles, y volvió a quedarse dormido. Entonces ellos le asesinaron» (*Op. cit.*, p. 271).

El hombre que desde hacía quince años constituía para la Siria franca y la Siria musulmana la más terrible amenaza había muerto. Sus adversarios creyeron poder respirar. La admiración que la valentía de Zenghi había sabido inspirar a los francos era inmensa. Los historiadores latinos contemporáneos, al mismo tiempo que maldecían como era debido la crueldad del Sanguinario, nos lo presentan como a un hombre infatigable, intrépido, omnisciente, siempre dispuesto a aprovecharse de la ocasión más favorable para perjudicar a sus enemigos. Incluso corría un rumor, tanto en Occidente como en Siria, sobre el posible origen «franco» del *atabeg* de Mosul: su madre podía haber sido la hermosa margravina de Austria, Ida, la cual, hecha prisionera, habría sido llevada al harén de Aq-Sonqor, padre de Zenghi… Sólo una gran dama de Occidente podía haber sido digna de dar la vida a este héroe, (La leyenda es del todo infundada, puesto que el padre de Zenghi había muerto siete años antes de los trágicos acontecimientos de 1101; y, si la margravina hubiera sobrevivido a la batalla, hubiera seguramente conseguido la libertad mediante un rescate).

Con la muerte de Zenghi, parecía que todas las esperanzas estaban permitidas. Sus adversarios no podían imaginar que su sucesor sería para ellos más peligroso todavía. En efecto, el reino apenas esbozado por el temible *atabeg*, quedaba después de su muerte dividido en dos partes: su hijo mayor, Sayf al-Din Gha-

zi, heredaba Mosul (no sin dificultades y después de una revuelta del príncipe selchuquí local); el menor, Nur al-Din Mahmud, heredaba Alepo. Ahora bien, esta división, que aparentemente debilitaba el poder zenghí, constituía para Siria un peligro más, ya que el joven y enérgico Nur al-Din al no tener como su padre los ojos puestos constantemente en el lado de Mosul, iba a dedicarse con un mayor ardor a la conquista de los territorios vecinos de Alepo, y en primer lugar de lo que quedaba del condado de Edesa, en espera de la ocasión para poderse ocupar de Antioquía y luego de Damasco.

Pero Nur al-Din era todavía un desconocido y un inexperto. Cuando la noticia de la muerte de Zenghi llegó a Edesa, los armenios de esta ciudad creyeron llegado el momento de su liberación. Jocelin II no abandonaba la esperanza de reconquistar su capital, y, desanimado por la apatía y la hostilidad de los príncipes francos, decidió intentar esta reconquista por sus propios medios. Con los caballeros que le quedaban, irrumpió en Edesa, cuyas puertas le fueron abiertas por la población. Fue recibido triunfalmente, hizo asesinar a la guarnición turca (una parte de la cual pudo refugiarse en la ciudadela) e hizo enviar mensajes a Antioquía y a Jerusalén para pedir refuerzos.

Guillermo de Tiro cuenta que la toma de Edesa fue en todo el país motivo de gran alegría (de alegría platónica, porque los refuerzos no llegaron), pero Nur al-Din marchó sobre la ciudad con todas sus tropas. Edesa no poseía prácticamente más defensa que el puñado de francos que Jocelin había llevado consigo, puesto que los edesianos habían sido desarmados por Zenghi dos años antes y no tenían sino armas improvisadas.

No esperando ya auxilio de nadie (Melisenda y Raimundo de Poitiers nada habían intentado para hacer que Nur al-Din levantara el sitio de Edesa), Jocelin resolvió llevar a cabo una acción desesperada y que resultó ser de una imprudencia criminal: antes que dejar a la población encerrada en la ciudad a merced de los

turcos, hizo evadirse a los ciudadanos, en una salida masiva, esperando que romperían las filas del ejército enemigo y se dispersarían por el campo. No disponía de fuerzas suficientes para proteger la salida de decenas de miles de personas, con mujeres, niños y enfermos y, después de una refriega furiosa y sangrienta en la que los nucos, exasperados por la «traición» de los edesianos, no perdonaron a nadie, la ciudad fue tomada por segunda vez. Pero en esta ocasión fue castigada sin compasión, todos los bienes fueron saqueados y los habitantes que quedaban con vida fueron expulsados o reducidos a la esclavitud. Jocelin pudo escapar y se refugió en el castillo de Samosata, en la otra orilla del Éufrates.

Miguel el Sirio estima que los dos sitios (el segundo más sangriento que el primero) costaron a Edesa treinta mil vidas humanas, más dieciséis mil personas vendidas como esclavos. Añade que un millar de hombres pudieron darse a la fuga, pero no así las mujeres y los niños. «Edesa quedó desierta, visión espantosa, infectada por los cadáveres de sus hijos, pasto de chacales» (*Op. cit.*, p. 271).

Esta catástrofe fue debida tanto a la imprudencia de Jocelin y a la impaciencia de sus súbditos armenios como a la apatía de los jefes de los otros Estados francos. En aquellos momentos ninguno de éstos estaba en guerra y les hubiera sido fácil aprovecharse de la muerte de Zenghi para intentar una acción conjunta contra su sucesor, aún no del todo afirmado en Alepo; pero ni siquiera pensaron en ello, sino que dejaron que Jocelin luchara solo y fuera derrotado, para hacerle luego víctima de su desprecio.

No obstante, esta segunda caída de Edesa, provocó a causa de la atrocidad de la matanza y de la ruina de la ciudad una gran conmoción en todo el país, tanto más grande cuanto que francos y musulmanes se dieron cuenta con gran consternación de que el hijo de Zenghi no era ni menos duro ni menos belicoso que su padre. Y pronto iban a comprobar que era más peligroso aún, si

cabía. Era, dirá Guillermo de Tiro, «un hombre piadoso e inteligente y que, según la tradición supersticiosa de su pueblo, temía a Dios». Le temía demasiado. Zenghi había sido un ambicioso, Nur al-Din era un fanático. Su odio hacia los francos era un odio religioso; su amor por la guerra santa, el resultado de una sincera piedad.

La Segunda Gran Cruzada

En Occidente, y sobre todo en Francia, el interés por la cuestión de Tierra Santa, aunque pasivo, se mantenía vivo; y desde que dos grandes señores de Francia —Fulco V de Anjou y Raimundo de Poitiers, hijo del duque de Aquitania— habían llegado a ser príncipes de Oriente, los señores feudales franceses se sentían unidos a los de Siria por lazos de solidaridad familiar. Barones de Francia e igualmente barones del imperio iban en peregrinación a Jerusalén y se relacionaban durante un período de varias semanas, y a veces de varios meses. Los intercambios diplomáticos y comerciales adquirían cada vez más importancia. Tierra Santa se había convertido desde hacía casi medio siglo en una especie de provincia francesa y católica, lo cual no excluye el interés que por ella sentían los demás países católicos, en particular Alemania, Inglaterra y los países escandinavos. En Occidente se había llegado a la convicción de que este estado de cosas era completamente natural y destinado a durar indefinidamente, y que las conquistas francas en Siria no podían sino progresar. Dios había manifestado, al otorgar la victoria a los cristianos, que su voluntad era hacerles triunfar sobre el islam por las armas.

Así pues, la caída de Edesa, en 1144, había levantado la inquietud de la nobleza de Occidente. Y, desde 1145, el rey Luis VII pensaba en tomar la cruz para ir en auxilio de Tierra Santa, que, según los acontecimientos, estaba cada vez más amenazada por los infieles.

Luis, joven piadoso en exceso, soñaba en la Cruzada un poco como los peregrinos de 1096, y hasta, por así decirlo, como los peregrinos de todas las épocas; tomar la cruz significaba para él una aventura mística más que política. Pero, rey de Francia, y convencido (después de medio siglo de dominación francesa en Jerusalén) de la vocación mesiánica de la monarquía francesa, pensaba reanudar la tradición de Carlomagno, el cual, según una tradición comúnmente admitida, había ido en peregrinación a Jerusalén.

Por su parte, el emperador de Alemania Conrado III alimentaba las mismas ideas y las mismas ambiciones. Por lo menos, cuando san Bernardo, ardiente predicador de la nueva Cruzada, hubo predicado delante de la dieta de Espira, el emperador empezó a arder en gran celo religioso por la causa de los Santos Lugares, y no quiso dejar a Luis de Francia el honor de ser el primer gran monarca de Occidente en poner el pie en Jerusalén.

Una leyenda popular rezaba que un emperador o rey cristiano, descendiente (o reencarnación) de Carlomagno, al tomar posesión de Jerusalén, ocasionaría el comienzo del *Millenium*, o mil años de paz y prosperidad, preliminares del triunfo final de Jesucristo. Lo cierto es que hacia la época de la Segunda Cruzada una nueva corriente de exaltación popular provocó la aparición de predicadores, de «profetas» que fundaban grandes esperanzas en la Cruzada del rey Luis, destinado a ser el «Rey de los Últimos Días» de las profecías apocalípticas.

San Bernardo, del que no podemos sospechar que se dejara influir por estas corrientes algo anárquicas de la piedad popular, veía sin embargo en la Cruzada un medio de salvación de las almas, y no una aventura puramente política y militar. Su predicación fue muy escuchada, y fue ciertamente su elocuencia apasionada, más que toda consideración de orden político, lo que decidió al emperador Conrado y a sus barones a tomar la cruz. San Bernardo predicó en Vézelay; allí se reunieron multitudes ente-

ras para escucharle, e incluso grandes barones se cruzaron en medio del entusiasmo. Al igual que en tiempos de la Primera Cruzada, los peregrinos pobres formaban legión. Los ejércitos regulares consideraban un honor dejar que estos pobres de Dios siguieran al ejército, y los barones mantenían con sus limosnas a estas bandas de civiles que, para un ejército en campaña, eran más bien motivo de dificultades y peligros.

Sabemos que los dos ejércitos —el francés y el alemán— hicieron el camino por separado, en la medida en que esto fue posible, y, si alguna vez se encontraron, se manifestaron la más franca hostilidad y el desprecio más ultrajante. Además, viéndose ambos forzados a atravesar territorios bizantinos y a pasar por Constantinopla, los dos ejércitos tuvieron serios problemas con el emperador Manuel Comneno, quien, como antaño su abuelo Alejo, no se fiaba de ellos y los temía más aún que a los turcos. Los dos ejércitos eran fuertes, aunque menos numerosos que los de la Primera Cruzada, su caballería era disciplinada e iba bien equipada y su infantería —formada en parte por peregrinos civiles— turbulenta y bastante desorganizada y fuente de eternos conflictos con la población de los países que atravesaban.

En el momento en que el rey de Francia y el emperador de Alemania se acercaban a Constantinopla, Manuel Comneno acababa de firmar la paz con los selchuquíes de Anatolia. Bien es verdad que los selchuquíes no eran exactamente los turcos a quienes los cruzados iban a hacer la guerra; pero el sultán de Konia no estaba dispuesto en modo alguno a dejar pasar por sus tierras a los ejércitos francos y el gesto de Manuel Comneno parecía un acto de hostilidad hacia los latinos. Los acontecimientos ulteriores iban a demostrar que los francos representaban realmente para Bizancio un peligro mayor que el de los turcos, por lo menos en el siglo XII. Pero hay peligros que se agravan a fuerza de temerlos demasiado. Manuel tenía prisa en hacer pasar a los ejércitos cruzados al otro lado del Bósforo y, una vez que

desembarcaron en Asia Menor, se desinteresó por completo de su suerte, de tal manera que, no sin algo de razón, se le acusó de complicidad con los turcos, por lo menos en lo que al ejército del rey Luis se refiere. (Es cierto que la llegada a Oriente de Luis VII, al que acompañaba su mujei; Leonor de Aquitania, comprometía las pretensiones de los griegos sobre Antioquía, puesto que la reina de Francia era sobrina de Raimundo de Poitiers. Y Manuel, completamente indiferente a los intereses de Francia y de los occidentales en general, prefería ver al ejército francés derrotado por los turcos, antes que ver constituirse en la Siria franca una potencia latina fuerte y hostil a Bizancio).

Jamás un conjunto tan espléndido de príncipes de Occidente había atravesado aún el Bósforo: al lado del emperador Conrado DI, figuraban, en el ejército alemán, el obispo Otto de Freisingen (hermanastro del emperador) y el sobrino de Conrado, Federico de Suabia (el futuro Barbarroja), Enrique, duque de Austria, Welfo, duque de Suabia, Herman, margrave de Bade, Enrique, obispo de Toul, Esteban, obispo de Metz, Guillermo, marqués de Montferrato, y muchos otros grandes barones del imperio.

En el ejército del rey de Francia, se habían cruzado algunos de los primeros vasallos del reino: Enrique, conde de Champaña, Alfonso Jourdain, conde de Tolosa, Thierry, conde de Flandes y Roberto, conde de Perche y hermano del rey. La mayor parte de los grandes señores llevaban consigo a sus mujeres, sus hijas y un séquito de criados nobles, damas de compañía, capellanes y servidores, sin contar a los pobres que tomaban a su cargo.

El destino de estos dos grandes ejércitos fue un poco menos triste que el de los ejércitos de 1101. Pero, en cuanto a los peregrinos civiles, los «pobres», parecían destinados a no ver jamás, ni de lejos, Tierra Santa. Puede decirse que casi todos siguieron la misma suerte de los compañeros de Pedro el Ermitaño y de las multitudes de pobres lombardos, alemanes y aquitanos.

El emperador Conrado, que desembarcó el primero en Asia Menor, fue derrotado en la región de Dorilea por las tropas del sultán selchuquí de Konia, Masud I. Otra vez, como en 1101, el calor y el desierto de Anatolia fueron los mejores aliados de los turcos. Muertos de sed y de hambre, los alemanes fueron rodeados, no pudieron llegar a vencer al adversario con una carga masiva de caballería y resultaron muertos o se vieron obligados a huir. Guillermo de Tiro estima que Conrado perdió en esta batalla del 26 de octubre de 1147 las nueve décimas partes de su ejército. Aunque esta cifra resulte exagerada, es cierto que perdió a casi todos sus soldados de infantería, todos los peregrinos y una gran parte de la caballería. Los jefes habían podido escaparse, pero el ejército prácticamente no existía ya. Millares de fugitivos fueron capturados y vendidos como esclavos. Conrado volvió a Constantinopla, desde donde se embarcó directamente para Tierra Santa. Los demás supervivientes del desastre no tuvieron más remedio que replegarse hacia Nicea y proseguir su camino bajo la protección del ejército francés. En la desbandada lo habían perdido todo. Miguel el Sirio afirma que el botín que los turcos hicieron después de la victoria fue tan grande que de un día a otro el valor de la plata en el país «llegó a ser como el valor del plomo».

Luis VII tuvo más suerte. Después de haber atravesado regiones montañosas y desérticas en las que perdió a muchos hombres, tanto por el hambre y las caídas en los precipicios como por los ataques de bandas de turcos, llegó a abrirse camino hasta Adalia, ciudad costera perteneciente a los bizantinos. Desde allí, los francos fueron trasladados en naves griegas, por pequeños grupos, hasta San Simeón, el puerto de Antioquía. No obstante, una parte de la infantería y de los civiles no pudo embarca^ y estos desafortunados, expulsados por los griegos y atacados por los turcos, perecieron casi en su totalidad.

Una vez más los pobres, arrastrados por una predicación imprudente (no nos atrevemos a decir criminal), pagaban el mayor precio. Esta Cruzada, al igual que las anteriores, se resolvía en una espantosa y absurda pérdida de vidas humanas, de vidas humildes de pobres gentes. También pereció un gran número de ricos y de caballeros, sobre todo entre los alemanes. Y hubo también muchos prisioneros (unos diez mil por lo menos).

Si del ejército alemán no quedaban más que los grandes barones y un centenar de caballeros, el ejército francés en total había perdido sólo a los combatientes de menos valor y las bocas inútiles. Con el tradicional egoísmo feudal, los ricos se consolaron pronto de las desgracias de los pobres. Podía decirse que el ejército francoalemán —o más bien el ejército francés acompañado de los restos del ejército alemán— era todavía un ejército fuerte. En cualquier caso, era lo suficientemente fuerte como para provocar la alegría de los francos de Siria y para intimidar a Nur al-Din. Los habitantes de Alepo, al enterarse de que un gran rey de los países francos estaba casi a las puertas de la ciudad, se vieron ante el desastre.

Occidentales y «sirios».

Con la ayuda de los ejércitos francos de Palestina, o simplemente de los de Antioquía y las órdenes militares, el ejército real hubiera podido en aquel momento apoderarse fácilmente de Alepo e infligir a Nur al-Din una derrota decisiva. Pero no lo hizo. Luis VII se detuvo en Antioquía, primera ciudad franca en el camino de Jerusalén; pero no parecía tener prisa en hacer la guerra, lo cual se comprende fácilmente si se piensa en la trágica y agotadora travesía de Asia Menor que acababa de realizar.

Raimundo de Poitiers, el príncipe de Antioquía, había recibido a estos huéspedes providenciales que venían, según pensaba él, a salvarle a la vez del poder bizantino y de los ataques turcos con solicitud, y les había colmado de honores y festejado. Rebo-

saba de alegría creyéndose ya liberado de Nur al-Din, dueño de Alepo y de las provincias que había perdido a orillas del Oronte. Tenía además la suerte de contar, en la persona de la reina Leonor; su sobrina, con el mejor abogado cerca del rey (sabemos, en efecto, que Luis VII amaba apasionadamente a su mujer; una princesa bella, inteligente, coqueta y voluntariosa). Pero, desgraciadamente, lo que Raimundo creía que iba a ser su mejor suerte, no hizo más que perjudicarle.

Se ha hablado mucho sobre la clase de sentimientos que unían a Leonor de Aquitania a su tío: Raimundo tendría unos cincuenta años, pero era todavía bastante guapo, y, en cualquier caso, más atractivo que el apagado y taciturno Luis. Pero, por otra parte, el príncipe de Antioquía era considerado como el más fiel de los esposos; y, si ya se sentía poco atraído por las aventuras galantes, se hace difícil creer que hubiera intentado seducir a su propia sobrina. Comoquiera que fuese, a fuerza de explicar a la reina las ventajas de una campaña contra Alepo, Raimundo de Poitiers se atrajo los celos del rey.

El rey y los grandes barones cruzados que acababan de ver de cerca lo que eran los turcos, no imaginaban seguramente la terrible amenaza que pesaba sobre esta floreciente provincia de Antioquía, sobre esta ciudad opulenta, tranquila en apariencia, donde los francos de ultramar llevaban una vida más lujosa que la de los reyes de Occidente. Raimundo de Poitiers, con el deseo de ser agradable a sus huéspedes, no dejó de exponer ante sus ojos todos los refinamientos de la hospitalidad oriental, que había ya entrado en las costumbres de los francos orientales. Pero, en lugar de ganárselos, el lujo de los palacios con ricos mosaicos, tapices de seda, espléndidos jardines llenos de surtidores, piscinas recubiertas de mármoles no hizo sino indisponer a los cruzados de Occidente. Un lujo que en Oriente no asombraba a nadie los debió llenar de envidia y de desprecio hacia aquellos compatriotas que, lejos de «defender el Santo Sepulcro», llevaban una vida

espléndida en unas ciudades de ensueño. Los ardientes discursos de Raimundo no llegaron a impresionarles. Y, no obstante, el príncipe de Antioquía sabía muy bien que vivía sobre un volcán; un año más tarde, su cabeza, cortada, había de ser llevada a Bagdad para reunirse con las de sus dos predecesores.

Desanimado por la actitud de Luis VII, Raimundo pensó en cambiar el signo de las alianzas, proyecto que, en el momento presente, no podía sino perjudicarle, y se volvió hacia la reina. Sabemos que Leonor de Aquitania era una persona de gran importancia: aunque sometida, como mujer que era, a la tutela de su marido, no por ello dejaba de ser duquesa de Aquitania, soberana de una provincia mayor y más rica que el dominio de los reyes de Francia. Raimundo de Poitiers creía, y con razón, poder contar con ella, y buscó desligarla de la alianza francesa. La única manera de conseguirlo era anular el matrimonio de la reina y que Aquitania pasara a manos de otro soberano. (En aquella coyuntura, el más indicado parecía ser Enrique Plantagenet, heredero del trono de Inglaterra, sobrino —por su padre Godofredo, hijo de Fulco de Anjou— del joven rey de Jerusalén). La boda con el príncipe inglés fue sin duda acordada por ambos, tío y sobrina, al mismo tiempo que la ruptura del matrimonio con el rey de Francia. Sabemos, de todas maneras (Guillermo de Tiro, p. 753), que fue Raimundo quien, con sus consejos, provocó la decisión de la reina: Leonor declaró a su marido que tenía la intención de separarse de él y de pedir el divorcio en el acto. Tras no haberse podido asegurar la colaboración de Luis VII, el príncipe de Antioquía se había por lo menos vengado provocando este divorcio que iba a poner en peligro el reino de Francia por varios siglos. Luis VII reaccionó inmediatamente con violencia: se llevó a la fuerza a la reina, la cual esgrimía su deseo de divorciarse, salió de noche y en secreto de Antioquía y, seguido de su ejército y de los demás barones, se dirigió a Jerusalén.

Raimundo de Poitiers veía desvanecerse la suprema alegría, que había entrevisto por un instante, de derrotar a Nur al-Din; y Luis, disgustado por la actitud de su mujer, podía consolarse ante la perspectiva de ver —¡al fin!— Jerusalén y el Santo Sepulcro.

Esta Segunda Cruzada no lograba tener suerte: después de las pérdidas sufridas en Asia Menor, después del abandono de un proyecto de campaña contra Nur al-Din —cuando esta campaña era precisamente la obra de mayor urgencia del momento—, después del drama entre político y sentimental que terminó con la riña de los dos esposos, un nuevo drama iba a comprometer las relaciones de los barones cruzados con la nobleza provenzal del condado de Trípoli.

El conde de Tolosa, Alfonso Jourdain, hijo de Raimundo de Saint-Gilles, nacido en Tierra Santa y llevado a Europa de pequeño para reinar en Tolosa, venía ahora con su mujer y dos de sus hijos a visitar el lugar de su nacimiento al mismo tiempo que los Santos Lugares y la tumba de su padre. Pero en Trípoli el conde Raimundo II y quienes le rodeaban no veían con buenos ojos esta doble peregrinación del conde de Tolosa. Antaño, Bertrán de Saint-Gilles, abuelo de Raimundo II, fue igualmente a Palestina para reclamar el condado de Trípoli a su pariente Guillermo Jourdain de Cerdeña. ¿No iría el conde de Tolosa, hermanastro del difunto Bertrán, a obrar de la misma manera y a pretender arrebatar Trípoli a su sobrino-nieto? El recuerdo de Raimundo de Saint-Gilles era aún venerado en la Provenza libanesa y la llegada de su hijo, nacido en el país y señor legítimo, aunque alejado, de los provenzales de Oriente (los cuales se sentían más ligados a su madre patria que los hombres del norte), era esperada con impaciencia. Si Alfonso Jourdain lo hubiera querido, no le hubiera costado mucho eliminar al joven Raimundo II y hacerse proclamar conde de Trípoli. Con toda segu-

ridad no tenía la intención de hacerlo; pero Raimundo II le temía.

El conde de Tolosa murió repentinamente en Cesarea, donde se había detenido en su camino hacia Jerusalén. Y, como la víspera del acontecimiento se encontraba en perfecta salud, enseguida se habló de envenenamiento. Efectivamente, aún en nuestros días resulta difícil comprobar una muerte por envenenamiento, y mucho más lo era en aquella época. Guillermo de Tiro, que tiene el crimen por seguro, dice sólo que «un hijo del diablo, que no sabemos quién fue ni por qué lo hizo», echó veneno en la comida del conde. Lo cierto es que, si la muerte de Alfonso Jourdain fue accidental, lo cual es muy posible, nadie lo creyó así.

Las sospechas de los tolosanos y de los demás barones cruzados recayeron, naturalmente, sobre el conde de Trípoli. A falta de pruebas, nadie podía ser acusado ni justificarse. Se sospechó incluso de la regente, la reina Melisenda, que podía haber obrado de esta manera para proteger la herencia de su hermana menor; Hodierna, casada con Raimundo II, aunque esto hubiera significado llevar hasta el extremo el amor fraterno (pero todo el mundo sabía que la reina quería muchísimo a sus hermanas). Comoquiera que sea, después de este drama que quedó sin explicación, la nobleza provenzal, ofendida por las sospechas que pesaban sobre el joven conde, se negó a ir a Jerusalén con el ejército cruzado.

El luto por el conde de Tolosa ensombreció el encuentro de los cruzados en Jerusalén. El emperador Conrado había venido al encuentro del ejército francés con los barones que le quedaban y toda la caballería del reino de Jerusalén se reunió para recibir a los nobles peregrinos. Luis VII pudo al fin prosternarse ante el Santo Sepulcro, visitar Belén y el Gólgota, y ello constituyó sin duda para su ardiente piedad una satisfacción que compensó las fatigas y los sufrimientos que había tenido que soportal; e inclu-

so sus decepciones sentimentales. Para este hombre, Jerusalén era un fin en sí. Había llegado a rechazar las proposiciones de Raimundo de Poitiers con el pretexto de que no había venido para luchar por Antioquía, sino para adorar a Cristo en Jerusalén. Pero los cruzados no habían ido a Oriente sólo para rezar.

La presencia en Jerusalén del ejército real de Francia y de tantos grandes señores de Occidente (sin contar con el emperador Conrado) constituía para los francos de Siria un acontecimiento extraordinario y providencial, una ocasión inesperada, algo nunca visto y que seguramente no iba a volver a darse jamás. En una palabra, este ejército que, después de las pérdidas que había sufrido en Anatolia, no era más fuerte que todos los ejércitos locales juntos, aparecía en cambio como una formidable fuerza, porque hacía mucho tiempo que se esperaba una Cruzada verdadera. Ahora el rey de Francia y el emperador de Alemania estaban allí; pero no para quedarse toda su vida en Siria, sino sólo por una peregrinación guerrera; era necesario, pues, apresurarse en aprovechar lo mejor posible esta ocasión única. Raimundo de Poitiers había ya intentado obtener la ayuda del rey, pero había fracasado. Jocelin II, por su parte, esperaba reconquistar Edesa, y Raimundo de Trípoli quería volver a tomar Montferrand. Mientras el rey se hallaba aún en Antioquía, estos dos príncipes habían mandado al rey y al emperador cartas de súplica y regalos muy valiosos, y sus emisarios importunaban continuamente a los príncipes cruzados con sus argumentos en favor de tal o cual plan de campaña. Luis VII, abrumado por las peticiones de cuatro partidos diferentes y bastante mal informado sobre la situación real de los Estados francos, había, como hemos visto, obedecido a la voz de su conciencia, que le hacía ver en Jerusalén la primera ciudad por defender. Pero, desgraciadamente, en aquel momento Jerusalén no corría ningún peligro y no tenía ninguna necesidad de ser defendida.

Se comprende fácilmente que los occidentales se sintieran un poco perdidos ante esta competencia febril, estas rivalidades, esta confusión de intereses locales, y comprobaron que los francos de Siria pensaban mucho en la seguridad de sus propios dominios y muy poco en cambio en la gloria de Dios, y que cada uno de ellos parecía querer aprovecharse de la ayuda de los cruzados en perjuicio del vecino. En Antioquía, Luis VII había recibido al patriarca de Jerusalén, Foucher de Angulema, que había sido enviado por la regente. El prelado se empeñó en hacer comprender al rey que su deber era ir ante todo a los Santos Lugares, y Luis se había dejado convencer fácilmente. Pero en Jerusalén el monarca encontraba de nuevo la misma atmósfera de intrigas, de desconfianza, el mismo deseo de aprovechar su presencia para fines de conquista —conquistas que él hubiera querido creer que eran necesarias a la defensa de los Santos Lugares—, y todos los partidos alegaban esta necesidad con el mismo convencimiento.

Había en aquel momento en Jerusalén un partido belicista que, exagerando la fuerza del ejército cruzado, creía que había llegado el momento de apoderarse de Damasco. Y, a fin de cuentas, al encontrarse en Jerusalén, los príncipes cruzados se adhirieron a la propuesta de estos barones jerosolimitanos. Es difícil ver en la idea de conquistar Damasco la voluntad de Balduino ID, quien no era más que un joven de dieciocho años que temblaba aún ante su madre; ni la voluntad de la regente, que no tenía grandes ambiciones territoriales. Hemos visto que en política extranjera Melisenda se dejaba aconsejar por su condestable Manasés de Hierges, y el condestable y su partido eran feudales ávidos de tomar todas las tierras posibles, y no pensaban más que en los intereses del reino propiamente dicho; para ellos, los condes de Trípoli y de Edesa y el príncipe de Antioquía eran rivales y no aliados. Pero es seguro que la campaña contra Damasco, al ser una empresa de conquista, gustaba más a los cruzados que las campañas defensivas o semidefensivas preconizadas por los jefes

de los otros Estados francos. Había mayor cantidad de tierras por conquistar, y es posible además que, entre los barones cruzados, más de uno soñara con la gloria de Godofredo y de Bohemundo; y en la Siria franca ya no quedaban tierras sin señor.

Sabemos que Fulco de Anjou había establecido un sólido pacto de alianza con el reino de Damasco. Cuatro años después de su muerte, este pacto había sido roto por iniciativa del condestable y de los barones de Judea, quienes con la esperanza de obtener nuevas tierras en el Hawrán habían concedido su apoyo al emir de esas tierras, que se había sublevado contra el *atabeg* de Damasco. Esto fue la declaración de la guerra; el ejército franco, bajo el mando del joven Balduino III, fue vencido por los damascenos y escapó por muy poco del desastre. El regente de Damasco, Muir al-Din Unur, antiguo lugarteniente de Tughtekin, prefería aliarse con los francos que con Nur al-Din. Era un temible guerrero, un hábil político, estaba celoso de la independencia de su país y dispuesto a resistir vigorosamente a los francos en caso de ataque, pero dispuesto también a concertar de nuevo una alianza que le mantuviera a salvo de las empresas del *atabeg* de Alepo.

Así pues, lanzar a los ejércitos francos de Siria y los ejércitos cruzados contra Damasco, cuando este reino no deseaba más que la paz y los Estados francos se veían amenazados gravemente al norte por Nur al-Din, era un tremendo error político. Pero Damasco ejercía sobre los cruzados una mayor atracción que la infortunada Edesa o incluso Alepo. El sitio de Damasco fue, por consiguiente, decidido casi por mayoría absoluta. Hay que notar, sin embargo, que la empresa sólo era conducida por los nobles jerosolimitanos, puesto que ni Raimundo de Poitiers ni el conde de Trípoli habían ido a Jerusalén.

Hacía cuatro meses que los cruzados habían llegado a Siria, y a Jerusalén algo más de un mes. Aún no habían tenido ocasión de desenvainar la espada contra los infieles, y no obstante era preci-

samente para esto por lo que habían tomado la cruz y soportado tantos sufrimientos en Asia Menor La expedición contra Damasco, preparada con detalle, fue llevada a cabo con toda seriedad, pero sin gran entusiasmo, a juzgar por los resultados. El sitio comenzó el 24 de julio de 1148, y terminó cuatro días más tarde. Después de algunos éxitos en los arrabales, siguió una maniobra desafortunada que llevó al ejército a acampar en una región estéril y falta de agua; después de haber desplegado un intenso trabajo en el sitio, entre excavar trincheras e instalar campamentos, después de negociaciones, más o menos secretas entre los barones sirios y los sitiados, se produjo un desacuerdo (que en realidad se preparaba ya desde hacía tiempo) entre cruzados y francos de Siria. Se decidió entonces que el sitio resultaba demasiado difícil y que era mejor levantar el campamento.

En esta empresa, los barones de Jerusalén fueron acusados abiertamente de traición y de corrupción por sus aliados de Occidente. Se dijo incluso que algunos de los barones habían sido sobornados por Unur. Y Miguel el Sirio precisa que la corte de Jerusalén cobró doscientos mil dinares y el señor de Tiberíades, cien mil (aunque el mismo historiador pretende que una gran parte de este tributo se pagó en moneda falsa)[41]. Esto nada tiene en sí de inverosímil, pero no justifica la acusación de traición. Ibn al-Athir explica la actitud de los barones francos por unas consideraciones de elemental prudencia política: Unur, dice, les había mandado el siguiente mensaje: «Sayf al-Din [*atabeg* de Mosul y el mayor de los hijos de Zenghi] acaba de llegar a la región. Si no levantáis el cerco, y si me considero demasiado débil como para defender la ciudad contra vosotros, se la entregaré. Y bien sabéis que el día en que posea Damasco, ya no os será posible manteneros en Siria[42]». Y, en efecto, el *atabeg* de Damasco, ante la amenaza franca, había llamado a los dos hermanos zenghíes, Sayf al-Din y Nur al-Din, quienes, la verdad sea dicha, sólo esperaban que se les brindara una ocasión como ésta para introdu-

cirse en Damasco, cosa que Unur temía por encima de todo. Por esto no se volvió hacia los zenghíes más que cuando se vio muy desesperado, y aún con la intención de intimidar a los francos.

Se comprende que los barones de Siria, incluso los más sedientos de conquista, hubieran sentido la gravedad de la amenaza. Al oír que los ejércitos de Mosul andaban por las cercanías de Damasco, no podían más que pensar en retirarse y en volver a entablar buenas relaciones con los damascenos. Y eso fue lo que tuvieron que explicar al rey Luis y a Conrado III cuando éstos, llenos de indignación, llegaron a Jerusalén. Según Guillermo de Tiro: «trataron la cuestión [...] y dijeron que los del país [los francos de Siria], a quienes se habían confiado, poniendo a su servicio sus personas y sus hombres, les habían traicionado del modo más desleal y les habían llevado a un lugar donde no podían combatir por la cristiandad y por su honor [...]». Era muy cierto que los barones de Jerusalén habían aconsejado mal al rey y al emperador y que, sin ser adivinos, hubieran podido prever un poco antes la posibilidad de una intervención de los zenghíes. Podemos afirmar, no obstante, que había habido una falta de prudencia, pero nunca la intención de traicionar.

Así pues, los ejércitos aliados volvían a Jerusalén humillados, ridiculizados a los ojos de los musulmanes y terriblemente decepcionados. Y no sabemos en qué bando fue mayor la decepción. «Hasta la llegada de estos acontecimientos —escribirá Guillermo de Tiro—, los franceses se sentían a gusto en el reino de Jerusalén, y su presencia era beneficiosa; pero, después de lo sucedido, ya no se entendieron con los del país, como ocurría antes; y, si alguna vez iban allí en peregrinación, procuraban marcharse lo antes posible». «Los asuntos de esta tierra [Siria] —sigue diciendo— comenzaron a disgustar cada día más a aquellos grandes príncipes [Luis y Conrado], y ya no quisieron emprender nada más en ella». Es decir; entre francos de Oriente y francos de Occidente hubo casi una clara ruptura. Existía una in-

comprensión recíproca, y, por parte de los occidentales, un franco desprecio hacia los «potros» —los nativos—, gente, para ellos, reblandecida por una vida demasiado fácil, desleal, cobarde y siempre dispuesta a entenderse con los turcos. Era, poco más o menos, la actitud que los primeros cruzados mantuvieron frente a los griegos. Sólo los caballeros de las órdenes militares supieron inspirar a los occidentales respeto y admiración.

Con todo, no podía decirse de los barones francos que no supieran luchar. Su vida era mucho más accidentada y peligrosa que la de los mayores guerreros de Occidente, y seguramente a causa de ello apreciaban su valor y no sentían la vocación del martirio inútil. Usama, que reconoce a los francos una valentía y una agresividad superiores a las de los musulmanes (y que compara a las de los animales feroces), reconoce, sin embargo, que en el combate los francos son «los hombres más prudentes que existen». Al ser un número reducido estaban obligados a no comprometerse si no se sentían completamente seguros y a calcular y a maniobrar tanto en las batallas como en las negociaciones. Esto parece explicar esta impresión de una cierta debilidad que pudieron dar a sus aliados de Occidente en el momento de tomar una decisión ante las murallas de Damasco, pues en los países cristianos era más frecuente pagar rescate por la libertad de los caballeros.

«La gente humilde en Francia —escribirá el traductor de Guillermo de Tiro— decía abiertamente a los sirios [francos] que no sería ningún buen negocio que conquistaran ciudades para su provecho, puesto que los turcos valían más que ellos». Dichos sirios, que se consideraban la barrera de la cristiandad y los defensores del Santo Sepulcro, debían sufrir amargamente al oír estas frases de boca de gente que vivía «en las delicias» de la buena tierra cristiana. Olvidaban lo que los peregrinos habían sufrido para llegar a Jerusalén. Y francos y cruzados no podían perdonarse unos a otros la humillación del sitio de Damasco. Los reyes, sus

barones y sus ejércitos se marcharon sin haber hecho en verdad nada, y habiendo causado muchas molestias, levantando falsas esperanzas y ocasionando auténticas disputas y humillando cruelmente a todos los príncipes francos.

Sólo un barón cruzado se quedó en Tierra Santa: Bertrán, el hijo del conde de Tolosa, Alfonso Jourdain, quien había muerto en Cesarea en circunstancias misteriosas. Este joven príncipe y su hermana no querían luchar contra los turcos: deseaban simplemente vengar a su padre. Comenzaron a hacer la guerra a su primo, Raimundo II de Trípoli, el cual llamó en su ayuda a Nur al-Din y al *atabeg* de Damasco a la vez. Los cruzados tolosanos fueron vencidos y Nur al-Din se llevó a Bertrán y a su hermana prisioneros a Alepo, donde permanecieron doce años.

Nur al-Din, que por un instante pudo temer seriamente por su principado de Alepo y por el futuro de su guerra santa contra los francos, comprendió que los francos eran en definitiva gente incapaz de entenderse entre ellos, destinada por Dios a la perdición y a perecer bajo la espada de los musulmanes.

Para los francos de Siria, esta Cruzada fracasada significaba un golpe terrible, aunque no hubieran, como el emperador Conrado, perdido inútilmente decenas de miles de hombres e inmensas riquezas. Veían ahora que no tenían mucho que esperar de Occidente y que esta insensata y vana demostración militar no había hecho más que enardecer los ánimos de sus enemigos y comprometer para siempre la fama de los francos cerca de los musulmanes.

Hasta aquel día, los conquistadores turcos más audaces habían vivido con la idea de que en algún lugar, lejos, en Occidente, unos grandes reyes tenían en reserva fuerzas formidables, a las cuales nada ni nadie podría resistir si algún día se ponían en marcha. Nur al-Din se había aterrorizado ante la idea de que se acercaba el gran rey de los francos. No se había dado cuenta, deslum-

brado por la categoría del personaje, que no se trataba más que de un gran cuerpo expedicionario, bastante reducido ya por las pérdidas sufridas en el camino. Los turcos, con sus ejércitos voladores, medio nómadas, siempre en campaña, no podían imaginar las dificultades que comportaba la puesta en marcha de un ejército cruzado a través de Europa. Constataron sólo que los reyes francos habían llevado consigo todas sus fuerzas y al cabo de cuatro días se habían sentido incapaces de tomar una sola ciudad musulmana. No era necesario ser profeta para comprender que después de una experiencia semejante no había ya que temer una intervención de los Estados de Occidente, y en todo caso no antes de transcurrido mucho tiempo.

Los francos que quedaban no habían ganado nada y habían, en cambio, gastado mucho dinero inútilmente, y no tenían ya más remedio que continuar defendiéndose por sus propios medios.

Edesa, Antioquía, Jerusalén y Trípoli

Y todavía iban a defenderse durante mucho tiempo. Pero, si bien la lucha era desigual, la tenacidad de los francos era tan grande y su voluntad de aferrarse al suelo conquistado tan decidida que el desastre final se debería al menos tanto a sus propios errores como a la fuerza de sus adversarias.

Después de la marcha de los cruzados, el príncipe de Antioquía, lleno de cólera, emprendió por su cuenta la guerra contra Nur al-Din. Pasó solo al ataque, puesto que ni la regente de Jerusalén ni el conde de Trípoli —y todavía menos Jocelin II— tenían la intención de meterse en sus asuntos. Atacó la provincia de Alepo, pensando continúan tal como habían hecho desde 1100 todos los príncipes de Antioquía, la guerra crónica, a base de rapiñas, de tomar y perder fortalezas y de devastar campos. Raimundo de Poitiers era un buen señor feudal, hecho para guerrear en cualquier circunstancia sin medir demasiado las posibilidades de éxito. Antaño se había negado a auxiliar a su vecino Jo-

celin II, pues no tenía ningún interés en hacer una guerra que iba a aprovechar a su enemigo. Ahora, en cambio, ante un adversario mucho más poderoso que él, traicionado por el mismo Jocelin, que había firmado con Nur al-Din un verdadero pacto de alianza, corría hacia la batalla con sus cuatrocientos caballeros y sus mil soldados de infantería, sin que hubiera verdadera necesidad, por mera fanfarronería, como para demostrar que era capaz de vencer; él solo, a aquel enemigo que los cruzados se habían negado a atacar.

Nur al-Din, resistiéndose a creer que el caudillo franco pudiera atacarle con unos efectivos tan pobres, creyó primero que Raimundo conducía sólo la vanguardia de un ejército más importante. Los historiadores contemporáneos, Guillermo de Tiro y Gregorio el Sacerdote, no logran explicarse el gesto del príncipe de Antioquía. Se trataba de un auténtico suicidio. Rodeado con sus tropas cerca de Fonz Murez (Ma'arrat), y viéndose perdido, Raimundo no quiso escapar y abandonar su ejército tal como le aconsejaba su aliado, un jefe ismaelí. La batalla tuvo lugar; una parte de los francos encontró la salvación en la huida, y Raimundo, con un grupo de fieles caballeros, luchó hasta el último momento. Recordemos que era un hombre alto, dotado de una fuerza hercúlea y a quien la edad todavía no había castigado demasiado. «Dejaba —dice Guillermo de Tiro— sitio libre a su alrededor; derribando a todos cuantos se le acercaban. Pero al fin se cansó [...][43]». «El cuerpo de este príncipe maldito fue hallado yaciente en medio de los cadáveres de los caballeros más valientes de su escolta. Le cortaron la cabeza y se la llevaron a Nur al-Din. Era uno de los caballeros más famosos entre los francos por su gran valentía, su gran vigor y su estatura[44]». En esta misma batalla, resultó muerto Reinaldo de Marash, señor de Kaysún, antiguo vasallo y yerno de Jocelin II, conde de Edesa (29 de junio de 1149).

La muerte del príncipe de Antioquía fue celebrada en toda la Siria musulmana como una gran victoria. Otra vez el principado de Antioquía había sido decapitado. El gobierno pasaba a manos de la joven viuda de Raimundo, Constancia, la cual asumió la regencia en nombre de su hijo Bohemundo III, menor de edad. Nur al-Din, aprovechándose de la consternación que la muerte del príncipe provocó en los francos, devastó la provincia y se acercó hasta Antioquía —plaza que estuvo a punto de tomar—, pero renunció a sitiarla porque las tropas del rey de Jerusalén se acercaban. Esta vez iba a reconquistar y a ocupar definitivamente las tierras del otro lado del Orontes que antaño había poseído; el principado seguía subsistiendo, pero reducido a la mitad y expuesto a la vecindad del *atabeg* de Alepo.

Jocelin II se alegró de la muerte de su antiguo enemigo. Una alegría amarga en realidad, puesto que, si la muerte de Raimundo le vengaba, en el fondo no hacía sino ponerle en una situación más difícil todavía. El conde de Edesa, que no era ya, de hecho, más que señor de Turbessel, abandonado de todos y obligado a jurar fidelidad al sultán selchuquí de Konia para conservar las tierras que le quedaban, vivía en espera del desastre final. Pero no se daba por vencido, sino que se defendía de los ataques de los turcos ortuquíes por el norte, y de Nur al-Din por el sudeste. Poco a poco fue perdiendo las provincias septentrionales, pero logró vencer a las tropas del *atabeg* de Alepo (finales de 1149) y hacer prisionero al escudero de Nur al-Din. Poco después cayó en una emboscada, fue hecho prisionero y conducido a Alepo (mayo de 1150). Tuvo un triste final: se negó a abjurar del cristianismo y le quitaron los ojos (según cuenta el Anónimo sirio, de quien sabemos que no tenía más bien simpatía por Jocelin). ¿Por qué sometió Nur al-Din a esta prueba, que generalmente no se hacía a los cautivos cristianos, al conde de Edesa? Quizás esta severidad pueda explicarse por las alianzas que Jocelin establecía con los turcos para romperlas luego tan pronto como po-

día. Después fue condenado a la prisión, y murió en ella al cabo de nueve años. Pero, para los suyos y para los francos de Siria, murió el mismo día en que fue hecho prisionero, ya que todos sabían que no podría ser liberado jamás contra rescate y no emprendieron ninguna gestión para conseguir su libertad.

Su viuda o, mejor; su mujer; Beatriz, una dama franca, viuda del señor de Saona (Sahiyun), sintió mucho su pérdida, y, al no poder defender sus tierras, acabó vendiendo a los bizantinos lo poco que le quedaba todavía: Turbessel y sus alrededores. Era una mujer animosa, pero se hallaba desamparada y sin recursos, y el joven rey Balduino III, a quien llamó en su ayuda, le aconsejó que aceptara el ofrecimiento de los griegos. La corte de Jerusalén, que sabía que, en cualquier caso, estas tierras eran imposibles de defender; decidió que «era preferible que fuesen los griegos quienes perdiesen estas tierras y no nosotros». (Guillermo de Tiro). La condesa Beatriz, resignada a aceptar los correspondientes sacos de monedas de oro y una renta anual de manos de los enviados bizantinos, abandonó su dominio para ir a vivir a Jerusalén con sus tres hijos.

Una parte de la población indígena —armenios e incluso sirios— que hubiese soportado todavía vivir bajo el yugo de los turcos prefirió en cambio el exilio a la dominación de los griegos y pidió a las tropas de Balduino III, que había ido a Turbessel para liquidar los asuntos del condado desaparecido, que la llevase a tierra franca. El joven rey atravesó el país, lleno de bandas turcas y turcomanas, escoltando con su pequeño ejército a la multitud de exiliados voluntarios, formando una caravana de gente de a pie, carretas y mulos cargados con los bienes que los emigrantes se llevaban. «A su marcha, hubo grandes gritos y llantos, y cuantos lo veían lloraban de compasión[45]». Balduino III logró frenar los ataques de los turcos y conducir el triste éxodo hasta las tierras del reino de Jerusalén.

Al año siguiente, Nur al-Din arrebató a los griegos las tierras que acababan de adquirir. Así todo el territorio del condado de Edesa (salvo la parte del norte, conquistada por los ortuquíes) estaba ahora en su poder.

La liquidación del condado de Edesa y la amenaza que se cernía sobre el principado de Antioquía hicieron comprender al fin a los barones palestinos que su propio interés les aconsejaba no limitarse estrictamente a las cuestiones del reino. Tenían en el norte a un vecino particularmente agresivo, que confesaba la intención de expulsar a los francos de Siria, y que había comenzado tan bien su actuación que ya más de la mitad de la Siria franca del norte estaba en su poder. Si Antioquía era ahora el primer objetivo designado, no tardaría en llegar la hora de Trípoli y de Jerusalén. De la manera más natural, se hizo responsable de las derrotas sufridas sin interrupción desde hacía nueve años —desde la muerte del rey Fulco— ante el gobierno de la regente y de su condestable. El joven Balduino III tenía, en 1152, unos veintidós años. Sus barones intentaron hacerle comprender que era indigno de un hombre de su edad el dejarse regentar por una mujer «como si fuese un niño».

El rey era, efectivamente, un hijo dócil. Aun asumiendo desde su más tierna edad el papel a veces peligroso de jefe de los ejércitos, y desempeñándolo con valentía, no parecía en modo alguno atormentado por la sed de poder. Poseía un carácter fácil, amable e incluso serio (aunque le gustara bromear y cortejar a las mujeres); era bien educado, culto, muy entendido en derecho y de una excelente piedad. Pero los cortesanos de este joven rey tan preparado para el gobierno tenían casi que forzarle a ocupar el poder que Melisenda parecía decidida a conservar durante toda su vida.

Si Balduino III respetaba a su madre, no tenía en cambio razón alguna para abrigar los mismos sentimientos respecto del condestable Manasés de Hierges, sobrino del difunto Baldui-

no II. Guillermo de Tiro nos describe a este personaje como un hombre de un orgullo insoportable, que no tenía para los demás barones más que «malas respuestas y palabras desagradables». El joven rey no le profesaba ninguna simpatía. Sus amigos hacían lo posible por avivar el odio de este joven excesivamente dócil contra el condestable. De tal manera que, al fin, Balduino, queriendo seguramente demostrar que ya no era un niño, consintió, el día de su coronación, en jugar una mala pasada a su madre. Ella quería que la coronasen junto a él, para conservar sus derechos al trono; pero Balduino se hizo coronar solo, sin que ella lo supiera. A continuación, pidió a su madre que le entregara el poder; pero ella no consintió más que un singular reparto: se quedó para sí Jerusalén, Naplusa y las provincias circundantes, es decir, las principales tierras del reino, y mandó a su hijo a «reinar» a Acre y a Tiro. Balduino aceptó. Pero sus barones fueron de otra opinión: no era nada oportuno que, en el momento en que toda la Siria franca corría el riesgo de desaparecer, se crearan dos reinos de Jerusalén en vez de uno. Y, comprendiendo al fin que una tal situación era contraria a los intereses del país, ayudado por su propio condestable, Onfroi de Toron y de la mayor parte de los barones palestinos, el joven rey se puso en marcha con su ejército contra Jerusalén. La población de la capital estaba a su favor; le abrieron las puertas y, tras una batalla con todas las de la ley, puesto que Melisenda y Manasés de Hierges, apoyados por el patriarca y el clero, se defendían «como si fuese una guerra entre moros y cristianos[46]», la reina madre acabó por capitular. Tuvo que renunciar definitivamente al poder y se retiró a su palacio de Naplusa.

En este extraño conflicto, a pesar de lo que pueda decir Guillermo de Tiro, el error estaba del lado de la reina, porque se aferraba al poder, pero no estaba capacitada para ejercerlo. Tenía muy poca visión política y regentaba el reino como si se tratara de un palacio o de un convento. Bien es verdad que el joven rey

Balduino III, a pesar de los elogios de que le hará objeto más tarde el arzobispo de Tiro, parece que fue un personaje bastante débil de carácter. Pero tenía mucha más conciencia de sus responsabilidades que su madre. Comoquiera que fuese, esta mujer tan poco maternal, dispuesta a hacer la guerra a su hijo cuando éste reclamaba un poder que le correspondía por derecho, demostraba con todos sus actos una verdadera hostilidad hacia lo que podemos llamar la sociedad franca del país: la nobleza y la burguesía de origen francés. Esto no quiere decir que la reina careciera de partidarios. Si entre los barones sólo una minoría había abrazado su causa, contaba sin embargo con el apoyo del clero. El patriarca (Foucher de Angoulema) la apoyaba con ardor y tenía tras de sí a todos los obispos y clérigos del reino. La reina había sabido ganárselos con su generosidad, podríamos casi decir con la desmedida prodigalidad con que vaciaba el tesoro del Estado en limosnas, donaciones y, sobre todo, en trabajos de construcción y de restauración de edificios religiosos. Su ambición hubiera sido transformar Jerusalén en un inmenso templo o en un magnífico convento. Los musulmanes de finales de siglo hablarán con admiración de las obras ejecutadas por los francos, y la mayor parte de las construcciones databan de la regencia de Melisenda.

A falta de inteligencia política, la reina poseía por lo menos una vocación hacia el mecenazgo y era espléndida cuando se trataba de adornar la ciudad del Señor. El clero, pues, estaba de su parte. Es de creer, a juzgar por su actitud en el momento de los conflictos entre las diferentes comunidades religiosas, que gozaba también del favor de los cristianos indígenas, y se sentía probablemente más cerca de ellos que de los francos. Ejercía el poder con bastante torpeza, pero representaba no obstante a un partido digno de ser tenido en cuenta, el de la nobleza asimilada, bastante próxima a las clases altas de la población indígena. A este clan había pertenecido la princesa Alix (quien no sobrevivió

mucho tiempo a la humillación que le había infligido Raimundo de Poitiers, y comprendemos por ello que Melisenda no hubiera sentido nunca deseos de socorrer al príncipe de Antioquía), Jocelin II de Edesa y sus vasallos mitad armenios. En el momento del conflicto que enfrentó a la regente con su hijo mayor, su segundo hijo, Amaury —entonces de diecisiete años de edad—, había tomado partido en favor de su madre, contra su hermano. Amaury se casó con una de las hijas del desafortunado Jocelin II, Inés, viuda de Renaud de Marash; y durante toda su vida, a pesar de las presiones que los barones ejercieron sobre él, iba a permanecer bajo la influencia de este clan «edesiano» asimilado de una forma más clara que la mayor parte de la nobleza franca.

Balduino III gozaba, sin embargo, del apoyo total de sus vasallos después de haber expulsado del país a Manasés de Hierges como consecuencia de la victoria sobre su madre. Los barones, descontentos de haber tenido que obedecer durante tanto tiempo las órdenes de una mujer; estaban dispuestos a apoyar contra viento y marea a este joven amable y valiente. Y, suponiendo incluso que su historiógrafo le hubiese idealizado un poco, podemos creer que este rey fue aproximadamente tal como lo describe Guillermo de Tiro: de cara «fresca y sonrosada», grandes ojos, cabello rubio, bella barba, alto y esbelto de estatura, de movimientos ágiles… Balduino III atraía tanto por su apariencia física como por su buen carácter su alegría y su finura. Iba, pues, a revelarse como un jefe de Estado, si no excepcional, por lo menos serio y responsable. De las guerras que hizo, el mérito se ha atribuido a su condestable, Onfroi de Toron. Poco dado a imponer su voluntad, Balduino no fue por ello menos amado, sino que, rodeado siempre de su consejo de barones, fue un excelente monarca constitucional.

Como su abuelo y como su padre el rey Fulco, el joven rey, además del gobierno de su reino, tuvo que asumir la regencia de los otros dos Estados francos: Antioquía y Trípoli. Antioquía,

tras la muerte de Raimundo de Poitiers, se hallaba gobernada por la princesa Constancia y por el patriarca Aimerí de Limoges. Trípoli, gobernada por Raimundo II, hijo de Pons, iba a quedarse sin gobernante el mismo año de la coronación de Balduino III.

Las causas de la muerte de Raimundo II han quedado hasta hoy sin explicar; ya que, si bien se trató de un asesinato político, no sabemos en beneficio de quién ni por qué razón fue cometido. El conde resultó muerto en el momento en que el rey de Jerusalén y su madre se hallaban en Trípoli, adonde habían ido con la intención de reconciliar a Raimundo II con su mujer, la condesa Hodierna, hermana de Melisenda. Se sabía que Raimundo, casado desde hacía trece años, se mostraba muy celoso de su mujer; ya desde un principio (llegó incluso a vacilar en reconocer como suyo a su primer hijo, la pequeña Melisenda), y que la condesa se lamentaba amargamente de la «vida aburrida» que su marido le hacía llevar. La reina Melisenda, después de haber sermoneado sin éxito a su cuñado, decidió llevarse consigo a su hermana a su dominio de Naplusa, lo cual Raimundo consintió. Pero, al volver a Trípoli, después de haber despedido a las dos princesas, fue asesinado, por un ismaelí, en las puertas de la ciudad.

No parece que hubiera que acusar de este asesinato ni a Melisenda ni a su hermana, pues de ninguna de las dos se sospechaba que tuvieran trato con ismaelíes. Recordemos que Raimundo II había llamado antaño a Nur al-Din, enemigo de los ismaelíes, contra su primo Bertrán de Tolosa. No sabemos tampoco qué relaciones pudo tener Raimundo II con la temible secta. Lo que no impidió que fuera ésta la primera vez que un príncipe franco sucumbía bajo el cuchillo de los Asesinos.

Raimundo II dejaba a un hijo y una hija. El primero, Raimundo III, que iba a tener también un destino trágico, tenía, en el momento del crimen, sólo doce años. Balduino III, primo del

joven príncipe, había de convertirse pues, siguiendo los acontecimientos, en su tutor; corregente y protector del condado.

Ésta era la situación de la Siria franca a mediados del siglo XII. Un rey joven, lleno de buena voluntad, pero sin demasiada energía, gobernaba el reino de Jerusalén. El condado de Trípoli y el principado de Antioquía habían quedado sin gobernante y estaban en manos de mujeres y de príncipes menores. El condado de Edesa había desaparecido. Por otra parte, un *atabeg* de Alepo enérgico y animado por la pasión de la guerra santa, y ya dueño de una gran parte de las provincias francas del norte de Siria se constituía en una amenaza. Pero el reino franco no estaba todavía en declive; todo lo contrario. A pesar de las derrotas políticas y militares y de la falta de entendimiento con Occidente, que se reveló con la Segunda Cruzada, los francos iban enraizándose cada vez más en el país y buscaban nuevas soluciones para sus problemas.

Desde la llegada de Zenghi al poder, y más aún después que su hijo Nur al-Din se hubo instalado en Alepo, los francos comenzaron a comprender que en el islam sirio se estaba formando un fuerte poder que además había jurado destruirles. Así, pues, su única solución era aliarse con Bizancio, con el reino de Damasco o con Egipto. La alianza con Bizancio excluía la alianza con Egipto; pero por otra parte los francos, al ver que la corte de Egipto estaba en plena decadencia, pensaban más bien en aprovecharse de este estado de cosas para extender su reino por el sur a expensas de sus vecinos fatimíes.

En lo que a la alianza bizantina se refiere, el pacto no era posible a menos que los francos aceptaran la soberanía efectiva de Bizancio sobre Antioquía, y en particular la restauración del patriarca griego en aquella ciudad, puesto que en Antioquía, a causa de las regencias que por minoría de edad de los príncipes se habían sucedido desde 1119, el patriarcado latino se había hecho muy fuerte y era enemigo acérrimo de la llegada de un patriarca

«cismático». Por estas razones de tipo religioso, más que por otras, resultaba más difícil entenderse con una potencia cristiana que con una potencia musulmana. No quedaba más que la alianza con Damasco. También ésta resultará imposible, sin que podamos por ello criticar a los francos.

El casamiento de Constancia

Balduino III no tenía ningún interés en perder el tiempo y agotar las fuerzas de su reino para defender las tierras de Trípoli y de Antioquía que no formaban parte del reino propiamente dicho. Pensaba más bien en agrandar el reino a expensas de los egipcios y en apoderarse de la única plaza importante que el califato fatimí conservaba aún en la costa de Palestina: Ascalón. La posesión de Ascalón era de gran interés para los francos y suponía una garantía de seguridad para las poblaciones de la Judea meridional y para los barcos de mercaderes y peregrinos. No había que temer ninguna contracruzada del lado de Egipto, y las demás potencias musulmanas habían de alegrarse a la fuerza de la decadencia de los fatimíes.

Con el fin de tener las manos libres por el lado de Antioquía, Balduino III quería casar a su prima Constancia con algún poderoso barón que asumiera la defensa del principado. Pero Constancia no quería volver a casarse. Viuda de su marido, con el que se había casado siendo aún una niña y él de edad avanzada, y siendo todavía joven y bella, no había adquirido el sentido de la responsabilidad que su nueva situación le exigía. Ejercía la regencia en nombre de su hijo, el pequeño Bohemundo, y estaba muy satisfecha de poder gozar de su libertad; dejaba los asuntos del gobierno en manos del patriarca y experimentaba un malicioso placer exasperando a su primo el rey al rechazar uno tras otro los pretendientes que se le proponían.

Rechazó a Yves de Nesle, conde de Soissons, alto barón que había venido de Francia en peregrinación; rechazó a Gautier de

Saint-Omer, señor de Tiberíades y de Galilea; rechazó también al césar Juan Roger, príncipe bizantino de origen normando que el emperador Manuel había mandado a Antioquía.

Todos estos grandes señores no eran lo suficientemente jóvenes ni atractivos como para gustar a la princesa. Mientras que raramente se pedía la opinión a una doncella, una princesa viuda, en cambio, madre de cuatro hijos y regente de un gran feudo, era libre de reivindicar, frente a los que le hablaban de los intereses del país, sus derechos al amor y a la felicidad. Era éste un caso de abuso de poder, porque lo que estaba en juego era mucho más importante que la felicidad o la desgracia de la joven Constancia. Balduino m no tenía la suficiente autoridad para imponer un marido a su prima. El patriarca Aimerí de Limoges, ávido de poder; animaba a la joven princesa en su deseo de independencia. El rey llamó a su madre y a su tía la condesa Hodierna de Trípoli, y las dos viudas suplicaron largamente a su sobrina «pidiéndole que tuviera piedad de su tierra»; sus esfuerzos fueron vanos.

Decidida a no casarse más que con un hombre a quien amase, Constancia se decidió al fin. Balduino ni estaba tan impaciente por verla casada que dio su consentimiento apenas se enteró de que la princesa se dignaba conceder su favor a un pretendiente. Era éste un hombre de origen oscuro, sin nombre, sin fortuna, recién llegado al país, un joven caballero que no tenía en su favor más que su juventud, su belleza y su valentía.

La elección de Constancia escandalizó a toda la nobleza del país y a los medios eclesiásticos. «Mucha gente —dice Guillermo de Tiro— vio con gran asombro cómo una mujer tan ilustre, tan distinguida y poderosa y viuda de un esposo tan noble se dignaba conceder su mano a un simple caballero» (*Op. cit.*, p. 803). Este hombre se llamaba Reinaldo de Châtillon, era el hijo menor de una familia de la pequeña nobleza angevina, carecía de medios y había llegado a Tierra Santa con la esperanza de ponerse al servicio de algún rico barón del país. Era valiente o, más que va-

liente, un fanático de la lucha, o, más aún, un ser dotado de una agresividad tan desmesurada que, a su lado, Bohemundo, Balduino I o Zenghi hubieran parecido modelos de ponderación. Basto, de inteligencia limitada, obstinado, estaba dotado de una energía fuera de lo corriente, ya que la extremada simplicidad de su carácter le hacía insensible a la prudencia, a los escrúpulos o miramientos que de ordinario informan la conducta de los hombres, aun de los más fuertes y ambiciosos. No sabemos si Constancia, una vez casada, siguió alegrándose durante mucho tiempo de su elección.

El patriarca Aimerí de Limoges había, como hemos dicho, ostentado el poder durante la viudedad de la princesa y ahora veía con disgusto cómo un simple caballero sin fortuna se establecía como señor de Antioquía. Este prelado, que gozaba de una reputación más bien mediocre —había llegado a la silla patriarcal gracias a sus intrigas contra su bienhechor y predecesor Raúl de Domfront—, era un hombre excesivamente autoritario y orgulloso; pero dotado de carácter ya que había sabido organizar la defensa de Antioquía después de la muerte de Raimundo de Poitiers. Altivo y orgulloso de sus riquezas, no disimuló su desprecio hacia el nuevo príncipe. Reinaldo, al enterarse de la opinión que merecía al patriarca y aspirando al mismo tiempo a apoderarse de su fortuna, hizo que sus soldados apresaran a Aimerí, y, no contento con encarcelarlo, le hizo azotar y luego colocarlo, sangrando, en lo alto de una torre, untado de miel, para que atrajera a las moscas y las abejas…

Informado Balduino III de este acto de barbarie, comprendió —un poco tarde— a qué príncipe había entregado la provincia de Antioquía al consentir la boda de su prima. Ordenó a Reinaldo que liberara al patriarca y que lo devolviera a sus funciones. Reinaldo obedeció; pero el patriarca no tenía ya ningunas ganas de quedarse en Antioquía y fue a refugiarse a Jerusalén. Con ello, el nuevo príncipe de Antioquía quedaba en adelante como

dueño y señor de su provincia, y ya no iba a encontrar resistencia alguna de parte de sus súbditos, ni obstáculo a sus iniciativas en su función de rey.

Nur al-Din

Balduino m había demostrado desde su adolescencia que no era de los que se echaban atrás ante los esfuerzos y los peligros, ni ante las responsabilidades de jefe militan Pasó, tal como lo habían hecho su padre y su abuelo, una gran parte de su vida en campañas y expediciones: batallas, sitios, algaras, ataques y retiradas. Su reinado efectivo, bastante breve, no fue más que una sucesión de operaciones militares, las más de las veces victoriosas. Bajo su reinado, el reino franco se engrandeció con la conquista de la ciudad y de la provincia de Ascalón, acontecimiento muy significativo, puesto que concedía a los francos el dominio de todo el litoral palestino y les permitía amenazar El Cairo. Bajo su mismo reinado, Damasco pasó a manos de Nur al-Din, hecho que constituyó una gran catástrofe para los francos de la que eran perfectamente conscientes, pero que no habían podido impedir.

A mediados del siglo XII Siria veía enfrentarse en su propio suelo a dos potencias rivales, de fuerza desigual, ambas guerreras, conquistadoras por naturaleza y opuestas la una a la otra sin posibilidad alguna de llegar a un acuerdo. En la costa y en Palestina, desde el desierto de Arabia, a lo largo del valle del Jordán y del Orontes hasta Cilicia, se hallaban los francos, divididos en tres Estados, si bien no unidos, por lo menos a menudo aliados. Más hacia el este, en la orilla derecha del Jordán y del Orontes y hasta las montañas del Antitaurus, paralelo al reino franco, se extendía el reino zenghí de Nur al-Din, independiente, pero apoyado por el norte por los turcos de Anatolia y los turcomanes ortuquíes y por el este por el reino también zenghí de Mosul.

Aunque estos Estados no eran forzosamente aliados de Nur al-Din, como musulmanes y sunníes estaban dispuestos a ayudarle en caso de necesidad. Hasta 1154, el reino de Damasco, que había pasado de manos de los selchuquíes a las de los descendientes del *atabeg* Burí, formaba un enclave en las posesiones de Nur al-Din y favorecía a los francos con el fin de conservar su propia independencia.

Nur al-Din, continuando la obra de su padre, había conseguido arrancar de la dominación franca una gran parte del norte de Siria, es decir, los países que se encontraban más hacia el interior del territorio: el condado de Edesa y todos los territorios al este del Orontes estaban sólidamente enfeudados al zenghí, y los francos los consideraban perdidos para siempre. Éstos, por el contrario, se afianzaban cada vez más en la costa y hacia el sur, en detrimento de Egipto y de las tribus árabes del desierto. Nur al-Din cifraba su ambición en conquistar una a una las posesiones francas del este del Jordán y luego empujar progresivamente a los francos hacia el mar. Ante la metódica presión que contra ellos se ejercía en el norte y en el este, los francos defendían sus posiciones, pero miraban cada vez más hacia el sur —Egipto— y reforzaban sus puertos pensando sin cesar en las potencias marítimas que representaban las repúblicas italianas. Se iba estableciendo un equilibrio, aunque precario, continuamente interrumpido por la victoria de uno u otro adversario; equilibrio real, en el fondo, porque tanto de un lado como del otro existía la misma voluntad de no ceder; y una apreciación bastante exacta de las fuerzas del adversario.

Nur al-Din era, tal como hemos dicho, un musulmán piadoso hasta el fanatismo, convencido de la absoluta necesidad de una guerra santa contra los francos infieles. Pero no por ello perseguía a los cristianos indígenas, habitantes autóctonos del país, sino que los dejaba vivir en paz, mientras estuviesen sometidos al islam. Lo que para él, como para todo musulmán piadoso, resul-

taba intolerable era que países que habían estado antaño en poder de los musulmanes estuvieran ahora en manos de cristianos, que tuvieran gobiernos cristianos, que hubiera mezquitas transformadas en iglesias, que la impiedad cristiana suplantara a la ley del Profeta en la santa ciudad musulmana de Jerusalén.

Así pues, Nur al-Din proseguía su conquista metódica de Siria en nombre de la unidad del islam, del triunfo de la verdadera fe. Predicaba con entusiasmo la fraternidad de todos los creyentes y estaba casi dispuesto a olvidar las divergencias doctrinales y a acudir en ayuda de los egipcios de Ascalón, que eran herejes chiitas. Ascalón cayó en manos de Balduino III en 1153 (19 de agosto). Sin embargo, unos meses después Nur al-Din se apoderaba de Damasco (25 de abril de 1154).

Si Ibn al-Agir pudo escribir a propósito de este acontecimiento «El islam recobró Damasco», él hablaba en la lengua de Mesopotamia, no en la de Damasco. El reino de Damasco había preferido durante medio siglo la proximidad, la alianza e incluso la protección de los francos al dominio de otra potencia musulmana, fuesen sultanes de Persia, *atabegs* de Mosul o *atabegs* de Alepo. Pero no por ello sus habitantes se consideraban infieles al islam.

Cuando Nur al-Din escribió al *atabeg* de Damasco, Mujier al-Din Abaq (nieto de Tughtekin), para que se comprometiese a aceptar su ayuda por el bien de la fe, los damascenos se mostraron poco sensibles a sus argumentos. Nur al-Din escribía: «Pero, ya que Dios me ha concedido el poder de proteger a los musulmanes y de combatir a los infieles, gracias a mis riquezas y al gran número de mis soldados, no puedo permitirme permanecer inactivo y no acudir en ayuda de estas gentes, porque sé que sois impotentes para defender y hacer respetar vuestro propio territorio. Es ciertamente esta impotencia lo que os ha obligado a pedir el apoyo de los francos para combatirme, y a colmarles de riqueza que habéis quitado por la violencia y la iniquidad a vuestros débiles y desgraciados súbditos. Una conducta de esta suerte

no puede ser aprobada ni por Dios ni por ningún musulmán». El gobierno de Damasco respondió a estas piadosas exhortaciones: «Sólo a la espada corresponde decidir entre nosotros y vosotros. Encontraremos en los francos el apoyo suficiente para haceros retroceder si nos atacáis[47]». El diálogo era claro: un Estado celoso de su independencia defendía sus derechos contra un vecino demasiado fuerte, mientras que un conquistador ambicioso invocaba pretextos ideológicos para justificar su intervención en los asuntos de un vecino más débil que él.

Pero Nur al-Din era terriblemente sincero. Su violencia, los ardides de que se servía para vencer la resistencia del *atabeg* de Damasco, todo ello se lo imponía el bien de la religión. Y cuando, gracias a sus ardides, hubo debilitado al adversario, cuando hubo tomado Damasco por sorpresa, antes de que los defensores hubieran tenido tiempo de llamar a los francos, sus aliados, supo imponerse gracias a la buena fe evidente con que defendía los intereses del islam. No pueden reprochársele ni actos de violencia ni abuso del poder. El gran unificador de la Siria musulmana había de dejar el recuerdo de un príncipe justo y piadoso en exceso, de una especie de santo guerrero. Con él, la «contracruzada», la *jihad* contra los francos, adquiría por fin su sentido auténtico, y ya no era un pretexto para conquistar lugares o llevar a cabo venganzas.

En 1164, durante el sitio de Paneas por los ejércitos musulmanes, el hermano de Nur al-Din resultó herido en un ojo por una flecha. Nur al-Din, lejos de lamentarse, dijo al herido: «¡Si vieras la recompensa que te está destinada en el Paraíso, pedirías que se te malograra el otro ojo!». (*Atabegs*, p. 234). Después de la toma de la ciudad, dijo al hijo de Uhur (que había sido antaño aliado de los francos y les había entregado la plaza): «Esta conquista es un motivo de alegría para todo los musulmanes, pero tu alegría debe ser doble. "¿Por qué?", dijo el otro. "Porque hoy —contestó Nur al-Din—, Dios refresca la piel de tu padre, que estaba

quemándose en el fuego del infierno"» (Ibn al-Athir, *H.* O., I, p. 542). Estos rasgos, entre muchos otros, bastan para mostrar qué clase de hombre era este cruzado del islam. Iba a reinar en la Siria musulmana durante treinta y un años (desde 1143 en Alepo; de 1154 a 1174 en Alepo y Damasco). Bajo su mandato, y gracias al incansable y contagioso ardor de su celo religioso, la guerra había de tomar cada vez más el carácter de una obra santa, y el ideal de la *jihad*, algo olvidado por los árabes y bastante extraño a los turcos, iba a adquirir, bajo el reino de Nur al-Din, una fuerza nunca conocida hasta entonces en el islam.

Ahora bien, los francos, que constituían el pretexto y el blanco más indicados para toda esa religiosidad guerrera, no eran ya los peregrinos fanáticos ni los soldados salvajes de Godofredo de Bouillon, que profanaban mezquitas, quemaban a los judíos y sumergían Jerusalén en un baño de sangre. Eran príncipes y emires muy parecidos a los príncipes y emires musulmanes, ni más belicosos ni más feroces que ellos, administradores conscientes y humanos de los territorios que dominaban, que vivían en completa armonía con sus súbditos musulmanes y cristianos, y que estaban siempre dispuestos a concertar alianzas con los príncipes musulmanes vecinos.

Balduino III, después de la lamentable experiencia de la Segunda Cruzada, había hecho todo lo posible por acercarse a Damasco, y había salvado dos veces la ciudad de las empresas de Nur al-Din. Entre 1149 y 1154, Damasco y Jerusalén habían hecho tan buen frente común contra su potente adversario que la diferencia de religión parecía haberse convertido para ambos reinos en un factor puramente secundario. Nur al-Din se había adueñado de Damasco por sorpresa, y quizá no sería exagerado decir que a traición. Los francos de Jerusalén denunciaron el hecho, pero esforzándose al principio en vivir en buenas relaciones con Nur al-Din. Por una especie de acuerdo tácito que esperaban que fuera duradero, intentaban avanzar en dirección a Egipto,

mientras dejaban al *atabeg* de Alepo los territorios que éste había conquistado en la Siria septentrional. Pero, entre las dos fuerzas en presencia una de la otra, ya no existía la posibilidad de ningún *statu quo*. Nur al-Din buscaba la guerra. Los francos no, pero carecían de espíritu de iniciativa.

Guillermo de Tiro es el primero en acusar el error de Balduino III (o más bien el de sus consejeros, porque parece ser que este rey se dejó llevar, las más de las veces, por los otros), error que debía atraer sobre la Siria franca la cólera de Dios y ser finalmente una de las causas de su desgracia (G. de Tiro, p. 837). Los habitantes de Damasco y los turcomanos tenían la costumbre de apacentar sus rebaños cerca del bosque de Baniyas (Paneas), en territorio franco, y habían obtenido para ello un permiso expreso del rey. Pero estos rebaños eran inmensos y, además de bueyes y corderos, comprendían también una importante cantidad de caballos. Durante el tiempo que duró la alianza con Damasco, Balduino m no hubiera seguramente pensado en poner la mano sobre estos animales; pero, según nos cuenta el cronista, tenía deudas y «sus acreedores le perseguían todos los días de tal manera que no sabía qué hacer». Hizo caso de «malos consejos» y se apoderó de los rebaños, asesinando a los turcomanos que los guardaban (febrero de 1157). «Quienes supieron la verdad del hecho —dice Guillermo de Tiro— lo vieron como una traición y no como una proeza».

Nur al-Din esperaba sólo un pretexto para poder pasar a las hostilidades. Infligió varias derrotas sucesivas a los francos, cerca de Paneas; y sus victorias, así como sus discursos y su ejemplo, iban excitando cada vez más el fervor popular. De Damasco, esa ciudad que, celosa de su independencia, le había resistido durante tanto tiempo, «una multitud considerable de jóvenes, de voluntarios, de juristas, de sufíes y de devotos se unieron a él» (Ibn al-Qalansi, p. 332).

El *atabeg* de Alepo y de Damasco se iba convirtiendo en el gran héroe del islam. En junio de 1157 el ejército del rey de Jerusalén era rodeado y derrotado delante de Paneas. La mayor parte de los caballeros fueron hechos prisioneros, y Balduino III se salvó casi de milagro. «Los prisioneros y las cabezas cortadas llegaron a Damasco el lunes (24 de junio). Cada camello llevaba a dos de sus guerreros con un estandarte extendido y sucio por los restos de piel de cráneo y de cabellos. Cada señor cautivo, o gobernador de una fortaleza o de un distrito, avanzaba a caballo, vestido con su cota de malla, yelmo a la cabeza y un estandarte en la mano. En cuanto a los soldados de infantería, iban atados con cuerdas en grupos de tres o de cuatro. Los habitantes de la ciudad, viejos, jóvenes, mujeres y niños, salieron en tropel para ver el espectáculo con que Dios obsequiaba al mundo musulmán después de este esplendoroso éxito». (Ibn al-Qalansi). El historiador cita un poema compuesto en aquella ocasión:

> Nunca habíamos visto, en tiempos pasados, un día de tan perfecta belleza, de tan gran esplendor;
>
> un día como aquel en que los francos quedan cubiertos por el oprobio del cautiverio, del desastre y de la ruina,
>
> humillados, aterrados y cautivos, se les paseó en camellos pardos, con sus estandartes en la mano.
>
> Después de haber sido poderosos, y después de que su fama hubo sembrado el terror entre las filas de los ejércitos y en los campos de batalla [...]
>
> La infamia que cometieron apoderándose de los rebaños les cubrirá de vergüenza día y noche.
>
> En su ceguera, rompieron el pacto de la tregua, después de haber jurado que lo observarían fielmente [...]
>
> No quiera Dios permitir que este pueblo disperso se reúna jamás, ni aun después de un período que rebasara

el límite de los tiempos[48].

«Esta vez —dirá Guillermo de Tiro— Nuestro Señor devolvió al rey y a sus hombres lo que habían hecho a los turcomanos y a los árabes, cuando a traición mataron y desposeyeron a quienes habían jurado proteger[49]».

Guillermo de Tiro, colono latino de origen italiano, nacido en el país, se hace —aquí como en otras ocasiones— eco de la opinión pública franca (por lo menos de una parte de ésta). En la segunda mitad del siglo XII existía un auténtico sentimiento de solidaridad entre la gente de un mismo país, fuesen cristianos o musulmanes. Y este sentimiento era más fuerte entre los cristianos francos que entre los musulmanes y los cristianos indígenas. Una frase como ésta en la pluma del arzobispo de Turo, que por lo general era favorable a Balduino III, muestra, pues, una mentalidad muy abierta, que no se encuentra jamás en los cronistas sirios o armenios, y mucho menos en los musulmanes.

En el momento en que el islam se hacía fanático e intolerante, un cierto humanismo, en el sentido moderno de la palabra, iba penetrando en los medios francos de Siria. Ello constituía un síntoma de debilidad, puesto que en el Estado demócrata, o mejor en la república aristócrata en que se estaba convirtiendo poco a poco el reino latino, no había ya un gobierno fuerte, ni un gran ideal que defender, sino que aquellos elementos más agresivos y perturbadores triunfaban gracias a la relativa debilidad de los otros, es decir, de los que se habían asimilado a su nueva patria y sólo pretendían vivir en ella en paz.

Pretendían vivir en paz con Nur al-Din en la retaguardia, y dejaban actuar a los que iban en busca de aventura. El desastre de Paneas había demostrado suficientemente la debilidad de los francos frente a su poderoso vecino. Balduino III no era un hombre de acción, pero no carecía de sentido político, con el cual iba a intentar orientar a su reino hacia nuevas alianzas. Su

sucesor; más inteligente, más autoritario que él, hará lo posible por gobernar solo y por imponer su propia política, desgraciadamente para fracasar después. Los sesenta años de dominación franca en Siria habían creado ya, con las nuevas generaciones, una sociedad feudal local, más dividida, más independiente aún que la de Occidente, y demasiado segura de su derecho a existir para poder medir la gravedad de las amenazas que pesaban sobre ella.

La alianza con Bizancio

Como acabamos de ver, la Siria franca, desposeída de sus territorios del norte, quedaba ahora reducida prácticamente a una ancha cinta costera, de unos cincuenta kilómetros por el lado de Antioquía y Trípoli, y de unos cien kilómetros en el sur, por el lado de Jerusalén, y acosada en su frontera oriental por una potencia musulmana dinámica y agresiva. En el sur estaba el desierto de Arabia y Egipto. En el norte, los turcos selchuquíes de Anatolia, y Bizancio. Para poder hacer frente a las agresiones de Nur al-Din, y puesto que ya no podía contarse con refuerzos de importancia por parte de Occidente, había que buscar nuevas alianzas. Había que excluir a los selchuquíes como posibles aliados. No quedaban, pues, más que Bizancio y El Cairo.

Egipto, ese «cetro roto», no parecía poder abastecer a sus aliados, quienesquiera que fuesen, con una ayuda militar eficaz. La corte de El Cairo estaba sumergida en intrigas de serrallo y revueltas palaciegas[50] y, a pesar de la gran simpatía que los francos profesaban a los ismaelíes, los califas de El Cairo no manifestaban ningún deseo de aliarse con infieles. En lo que a Bizancio se refiere, los francos habían aprendido, a lo largo de los últimos cincuenta años, a desconfiar de su política, que les parecía siempre perversa, y que a veces lo era efectivamente. Pero, dada la importancia del peligro, la corte de Jerusalén se veía obligada a volverse hacia Constantinopla.

Hemos visto cómo fracasó la tentativa de alianza francobizantina con ocasión de la Cruzada de Juan Comneno. Después de este fracaso, Raimundo de Poitiers estuvo dudando entre adoptar dos actitudes contrarias: llamar en su ayuda a Bizancio o temer una intervención griega. Asustado ante los avances de Nur al-Din, llegó hasta el extremo de ir a Constantinopla a declararse vasallo del emperador y pedir perdón por sus fallos ante la tumba de Juan Comneno; pero se negó repetidas veces a satisfacer las exigencias de los griegos. La política de este desgraciado príncipe, por incoherente que fuese, había sido lógica, la dictada a la vez por los peligros del momento y un deseo de independencia fácil de comprender. Pero el nuevo príncipe de Antioquía ni siquiera era capaz de esta elemental política de autodefensa. No se dejaba guiar más que por los intereses del momento y la esperanza del provecho inmediato. Por lo demás, era un soldado valiente, con grandes dotes de persuasión, capaz de comunicar a sus hombres la energía desbordante que lo animaba.

Reinaldo de Châtillon, jefe oficial de las fuerzas francas de Antioquía, por su matrimonio con Constancia, había empezado haciendo la guerra a los armenios de Cilicia, luchando en favor de los bizantinos. Thoros II, hijo de León I, había reconquistado a los griegos casi toda Cilicia y el *basileus* llamó a Reinaldo, que como príncipe era vasallo del emperador, para sofocar la revuelta de los armenios. Pero el príncipe de Antioquía no vaciló un instante en pasar de un campo a otro y se alió con Thoros II contra los griegos.

Junto con este príncipe armenio, cuyo odio hacia los bizantinos era un hecho de todos conocido, Reinaldo de Châtillon organizó una expedición contra la isla de Chipre, cercana a las costas de Siria y perteneciente a Bizancio. Ahora bien, Chipre había estado siempre en buenas relaciones con los francos, a los que vendía víveres con frecuencia. Los hombres de Reinaldo y de Thoros desembarcaron en la isla por sorpresa y las guarniciones

griegas, que eran escasas, no tuvieron tiempo de preparar su defensa. El gobernador de Chipre, Juan Comneno (sobrino del emperador Manuel) y Miguel Branas, jefe de las tropas griegas, se defendieron valientemente, pero fueron acorralados, vencidos y hechos prisioneros. Reinaldo pasó la isla de Chipre a sangre y fuego: devastó, saqueó y quemó las ciudades y profanó iglesias y conventos; los sacerdotes y los monjes fueron maltratados, las mujeres violadas y los hombres que intentaban defenderse asesinados sin piedad.

Después de haber hecho todo el daño que materialmente fue posible, después de haber obligado a los campesinos chipriotas a comprarle a precios altísimos los rebaños que les había robado, después de haberse llevado todo el oro y los objetos de valor que pudo encontrar e impuesto a los habitantes un elevado tributo de guerra (que estaban obligados a pagar a corto plazo, entregando rehenes como garantía), Reinaldo volvió a Antioquía con un botín que hubiera enriquecido a la provincia durante años, pero que entre él y sus compañeros malgastaron inmediatamente (1155).

El saqueo de Chipre, junto con las atrocidades que en él se cometieron, que ni siquiera los turcos se permitían cometer jamás, provocó no sólo la indignación de los bizantinos, sino también la cólera del rey y de la corte de Jerusalén. Balduino III supo demostrar a Manuel Comneno que él no había tomado parte en aquel acto de bandidaje. No había podido conseguir nunca que Reinaldo le obedeciera. Aunque, dicho sea de paso, Reinaldo no obedeció jamás a nadie durante toda su vida. Este vasallo, que en los combates resultaba ser un auxiliar precioso, consideraba al rey con tanto desprecio que se portaba como si en Antioquía fuese él el señor absoluto después de Dios. Y no sólo en Antioquía. Cuando las tropas del rey de Jerusalén, del príncipe de Antioquía y de un gran barón llegado de Occidente con un contingente de tropas cruzadas —el conde de Flandes Thierry de

Alsacia— estaban a punto de tomar la ciudad de Shaizar, capital de los emires munquidíes (octubre de 1157), ésta no fue ocupada por los francos, porque, según común acuerdo de todos los ejércitos, tenía que quedar en manos de Thierry de Alsacia. Pero Reinaldo no quiso permitirlo, más que con la condición de que el conde le prestara homenaje por ser esta ciudad vecina de su provincia. El conde Thierry declaró que un hombre de su categoría sólo podía prestar homenaje a un rey. La pretensión de Reinaldo de Châtillon, que procedía de la baja nobleza, de que el conde de Flandes le rindiera homenaje era tan escandalosa y tan contraria a las costumbres feudales que se prefirió abandonar la ciudad cuando ya estaba casi tomada. Inmediatamente después Nur al-Din se apoderaba de Shaizar.

Esta ciudad árabe que había salvaguardado su independencia durante tanto tiempo no había podido ser vencida ni por los francos ni por los turcos. En 1157 un gran terremoto había asolado toda la región, y Shaizar había sido la más dañada de todas las ciudades. La mitad de sus casas se habían derrumbado, una gran parte de la población —y,: entre otras, toda la familia de los emires munquidíes— había perecido. Sólo quedaron con vida, de esta noble y antigua familia, una princesa que pudo escapar de milagro del desastre, y Usama, quien en aquel momento se encontraba en El Cairo y que pasó el resto de su vida escribiendo sus memorias para salvar del olvido la gloria de sus antepasados. Nur al-Din mandó reconstruir la fortaleza y estableció en ella a su hermano de leche y fiel compañero Majd al-Din Abu Bekr.

La actitud de Reinaldo durante el sitio de Shaizar había exasperado a Balduino III, ofendido a Thierry de Alsacia e indispuesto a toda la caballería latina contra et príncipe de Antioquía. Como consecuencia de este acto, no se había podido crear un nuevo condado franco, y una plaza de primera importancia como Shaizar había pasado a manos de Nur al-Din. Pero lo peor del caso fue que Reinaldo dio pruebas de haber permanecido in-

sensible a la desaprobación de sus compañeros de armas y a las consecuencias militares y políticas de su manera de actuar. Ya no era el vasallo del rey, sino que, cuando se le antojaba, le concedía la gracia de unirse a sus tropas. Sin él, al año siguiente, Balduino III y Thierry de Alsacia consiguieron un brillante triunfo frente a Nur al-Din en Butaha, al noreste de Tiberíades.

Sin embargo, Manuel Comneno, después de terminar la guerra contra los pechenegos en el Danubio, volvía a Siria, decidido a vengarse de la odiosa agresión a Chipre. El príncipe de Antioquía iba a verse forzado a cambiar de actitud.

Balduino III por su parte esperaba desde hacía tiempo la ocasión de establecer buenas relaciones con Constantinopla. Balduino iba a intentar continuar la política que su padre Fulco de Anjou había esbozado tímidamente, no por simpatía hacia los griegos, sino porque éstos eran los últimos aliados en los que el reino podía esperar apoyarse. Thierry de Alsacia, una vez terminada su Cruzada, había abandonado el país. No estaba prevista ninguna otra Cruzada de ningún gran barón. El joven rey, que a sus veintisiete años era todavía soltero, decidió pedir en matrimonio a una princesa de la casa de los Comnenos, y sellar, valiéndose de esta unión, un tratado de alianza con el Imperio bizantino.

Manuel Comneno, al verse presionado de tal manera por los embajadores —el condestable Onfroi II de Toron y Guillermo de Bures—, aceptó, no sin alguna vacilación, después que los enviados de Balduino le hubieron asegurado que su rey no era en modo alguno amigo del príncipe de Antioquía. Era la primera vez que un rey de Jerusalén tomaba la iniciativa de una gestión tan abiertamente amistosa con respecto al Imperio. El *basileus* escogió para Balduino ID a una de sus sobrinas, la hija de su hermano Isaac, llamada Teodora. Esta niña de trece años resultó ser para su país el mejor embajador cerca de la corte de Jerusalén. Alta para su edad, muy hermosa, rubia y de tez blanca, parecía haber conquistado con su gracia juvenil no sólo al mismo rey

Balduino, sino también a toda su corte, de lo cual Guillermo de Tiro se hace eco (p. 857).

Fue llevada a Jerusalén con gran pompa, con una escolta principesca y una magnífica dote, y fue recibida por las aclamaciones de la muchedumbre. Los colonos francos no eran los que menos acalorados se mostraban en su alegría: la fe de los francos en el poder de los griegos era aún grande a pesar de todo y la boda real constituía la promesa de una verdadera alianza. Ahora la Siria franca iba a tener al Imperio bizantino para defenderla… lo cual le hacía mucha falta.

Balduino III, dice el cronista, se enamoró rápidamente de su joven esposa, y olvidó por ella a todas las demás mujeres. Si hasta entonces había sido bastante promiscuo, supo guardar a Teodora una fidelidad total. Pero ya veremos más adelante cómo ésta debió de sentirse bastante descentrada en aquel ambiente «bárbaro», donde la política de su tío la había obligado a exiliarse.

Una vez que Manuel Comneno se hubo convertido en tío político del rey de Jerusalén, ya no tenía que temer la intervención de este último en favor del príncipe de Antioquía. Marchó con su ejército a Cilicia (de donde Thoros II, por temor a la cólera imperial, huyó precipitadamente con su familia) y se acercó a Antioquía. Reinaldo de Châtillon, que sabía muy bien que Manuel estaba resuelto a vengar a sus súbditos chipriotas, no podía pensar en defender su provincia contra el formidable ejército del emperador. Lleno de terror decidió ir en persona a Mamistra, al campamento de Manuel, para implorar su perdón.

Cediendo a las súplicas del obispo de Laodicea, el *basileus* accedió a perdonarle. Reinaldo tuvo que presentarse ante él suplicándole, con los pies y los brazos desnudos, y prosternarse en el polvo a los pies de Manuel sentado en el trono. «Éste —escribe Chalandon en su *Historia de los Comnenos*, p. 444— se divirtió en hacer durar tanto esta ignominiosa escena que los que la presen-

ciaban sintieron repugnancia». «Muchos franceses —describe Guillermo de Tiro— se indignaron grandemente y acusaron al príncipe de no haberse levantado en aquel momento». Puede considerarse, no obstante, que, por la destrucción de todo un país, por haber matado y mutilado a millares de hombres y violado a las mujeres, Miguel Comneno tenía por lo menos el derecho de permitirse esta venganza más bien platónica. Acabó por hacer que el culpable se levantara, le besó en la boca y le perdonó. Las leyes feudales (como también las de nuestra época) eran muy suaves para con los criminales de guerra. Pero Chipre había sido arrasada de tal modo por Reinaldo que ya no volvió jamás a alcanzar la prosperidad de que gozara antaño. Por lo demás, Manuel, haciendo gala de buen príncipe, se contentó con el homenaje de Reinaldo de Châtillon y con las promesas formales que éste le hizo y que, prácticamente, no habían de mantenerse. Había hecho una demostración de fuerza y no tenía ninguna intención de exasperar ni de debilitar a los francos de Siria, quienes constituían una muralla apreciable contra el poder turco.

El rey Balduino fue a su vez a visitar al emperador en su campamento, en calidad de pariente y aliado. Fue recibido con amigable cortesía, y los cronistas griegos y latinos (Kinnamos y Guillermo de Tiro) nos dicen que el joven rey gustó al emperador por sus buenas maneras y que sus relaciones fueron muy cordiales. Tanto que Balduino logró que Manuel se reconciliara con su antiguo enemigo Thoros II, el cual a su vez prestó homenaje al emperador y fue confirmado en sus posesiones de Cilicia (1158-1159).

En el ánimo de Balduino III y de los barones francos, este encuentro de Mamistra había de ser el preludio de una Cruzada de todas las fuerzas cristianas de Oriente contra Nur al-Din. Pero parece ser que Manuel Comneno no veía las cosas de la misma manera. El ejército aliado —los bizantinos de Manuel, los francos de Balduino III y de Reinaldo de Châtillon y los armenios

de Thoros II— marchó efectivamente a Alepo, y Nur al-Din tuvo motivos para temer de nuevo, y con mayor motivo que en el momento de la Cruzada de 1148, el aplastamiento de su poderío, la toma de Alepo y, en consecuencia, la pérdida del norte de Siria. Pero, cuando los francos estaban dispuestos a continuar la campaña, el *basileus* negoció con Nur al-Din, y consintió en levantar el sitio a cambio de la puesta en libertad de todos los cautivos cristianos que el *atabeg* tenía en sus prisiones, y que eran muchos, seguramente más de seis mil. Estos prisioneros eran en su mayor parte o bien francos de Siria o bien supervivientes de la Cruzada de los reyes, y hacía diez años que se consumían en las fortalezas turcas. Entre ellos se encontraba Bertrán, hijo de Alfonso Jourdain, conde de Tolosa, y el gran maestre del Temple, Bertrán de Blancafort.

La decepción que en los francos causó esta victoria pacífica fue inmensa. Chalandon, el gran historiador de los Comnenos, explica el gesto de Manuel por el deseo de tener a los francos a su favor; bajo la amenaza permanente del poderío zenghí. No tenía ningún interés en aniquilar al gran enemigo de los francos y en hacer que éstos se sintieran lo suficientemente fuertes como para negarse a cumplir sus promesas de alianza. Estos cálculos, que parecen fundados en el hecho de que Manuel Comneno consideraba a los francos como bárbaros a los que sólo se podía tener sujetos por el miedo, confirmaban por otra parte la certeza del emperador de que jamás llegaría a entenderse con sus nuevos aliados. Y, sin embargo, Manuel era un «occidentalizante» y no dejó de practicar nunca una política más bien amigable con respecto a los francos. Es cierto que en 1159 Reinaldo de Châtillon era aún príncipe de Antioquía…

Y es cierto también que el emperador de Bizancio podía preferir no emplear todas sus fuerzas en una guerra contra un adversario que no le amenazaba directamente, mientras que estaba comprometido en una lucha, más importante para él, contra el

sultán selchuquí de Anatolia. En efecto, al año siguiente iba a vencer a Qilich-Arslan II y a obligarle a prestar juramento de homenaje. Conviene no olvidar igualmente que, a los ojos del emperador de Bizancio, la salvación de varios millares de prisioneros cristianos, aunque fuesen francos, era una obra más agradable a Dios que la guerra, y Manuel podía, de buena fe, considerar su negociación con Nur al-Din como una victoria y esperar que los francos de Siria se alegraran de reunirse otra vez con sus hermanos perdidos.

Pero, para los príncipes francos, estos prisioneros rescatados, la mayor parte de ellos alemanes del ejército de Conrado, ansiosos de volver a su país, no constituían ningún refuerzo en el plano militar. Y por otro lado no veían más que una cosa: habían creído en un principio que estaban a punto de ser liberados de su más peligroso enemigo, y ahora, su protector; su potente aliado, les traicionaba al negarles su ayuda. Es decir; la retirada de Manuel ocasionó un enfriamiento en las relaciones —tan amigables desde hacía poco— entre griegos y francos. Balduino DI continuó solo sus campañas contra los turcos, resignándose a contentarse con las razias y las pequeñas guerras de frontera. Y Reinaldo de Châtillon, por su parte, no atreviéndose ya a lanzarse a grandes aventuras, volvió a dedicarse al saqueo de las regiones vecinas.

Un año después de su humillación ante Manuel Comneno, el príncipe de Antioquía fue hecho prisionero por Nur al-Din, mientras robaba ganado (cuyos propietarios eran, por otra parte, cristianos) y fue llevado a Alepo y encarcelado. Balduino OI no lo lamentó siquiera y tampoco intentó nada para liberarlo. Podemos imaginar que también Constancia adoptó la misma actitud, puesto que hacía tiempo que no deseaba más que gobernar sola. Aimerí de Limoges, el patriarca tan maltratado antaño por Reinaldo, volvió a Antioquía, donde recuperó su puesto, y Reinaldo permaneció seis años en prisión.

Mientras tanto, Antioquía, que había quedado una vez más sin gobernante, corría un grave peligro, puesto que el temible enemigo de los francos pensaba sólo en sacar provecho de su última victoria, y la princesa Constancia, contenta de haber recuperado su independencia, se había adueñado del poder y quería gobernar sola sin tener en cuenta a su hijo, el joven Bohemundo III (de dieciséis o diecisiete años de edad), ni a los barones francos. Estos últimos llamaron una vez más en su ayuda al rey de Jerusalén, mientras que la princesa, por su lado, intentaba reforzar su poder apoyándose en Manuel Comneno. Para ello, hizo enviar un mensaje al emperador en el que le prometía entregarle la ciudad como a su protector y soberano. Balduino in, aunque aliado y pariente de Manuel, optó por el partido de los barones francos y, usando de sus derechos de soberano, impuso a Antioquía la regencia del patriarca. Constancia, definitivamente apartada del poder; tuvo que contentarse con una renta vitalicia; aunque había de morir tres años después. Aimerí de Limoges podía considerarse vengado.

Tal como hemos visto, los asuntos de la Siria franca interesaban al emperador de Bizancio sólo en la medida en que éstos podían ayudarle a recuperar Antioquía. La actuación de Balduino III hirió mucho a Manuel, aunque por el momento prefirió no aparentarlo; pero dio curso a una pequeña venganza de tipo diplomático. Así pues, al quedarse viudo, pensó en contraer nuevo matrimonio con una princesa franca, por lo que pidió cortésmente al rey de Jerusalén que le designara la persona que, a su juicio, convenía mejor para el cargo de emperatriz de Bizancio. Balduino III, por halagado que se sintiera, hizo una elección que, visiblemente, no respondía a los deseos del emperador. No había más que dos candidatas posibles: Melisenda, la hermana del conde de Trípoli, y María, la hermana mayor del príncipe de Antioquía, y era precisamente en esta última en quien Manuel debía pensar. Pero el rey de Jerusalén seguía temiendo más que

nada la influencia bizantina sobre el principado, y ofreció al emperador la condesa de Trípoli. Arregló las cosas de tal manera que el noviazgo fue enseguida considerado oficial, y el joven Raimundo III, contentísimo ante la idea de que su hermana iba a ser emperatriz, se arruinó literalmente haciendo preparar a toda prisa una magnífica dote. Hizo incluso construir y aparejar doce hermosas galeras destinadas a transportar a la princesa, sus riquezas y su séquito, y el rey Balduino, que era primo hermano de la doncella, contribuyó generosamente por su parte en la constitución del ajuar de la futura emperatriz.

Pero Manuel, que sin embargo nada ignoraba sobre estos preparativos, cambió de idea sin tener la más mínima consideración e hizo recaer su elección sobre la princesa de Antioquía. Este hecho provocó la indignación de Balduino y la ira vengativa del joven conde de Trípoli, el cual, armando las galeras que había preparado para la dote, atravesó el mar y fue a sembrar el terror en la desgraciada isla de Chipre, la cual, una vez más, y sin ninguna provocación por su parte, sufría el asalto de sus vecinos francos. La joven Melisenda, la novia desdeñada, no se rehízo jamás de esta afrenta; la invadió una profunda melancolía y acabó por retirarse a un convento, donde murió siendo todavía joven. El destino de María de Antioquía había de ser, sin embargo, más cruel que el suyo.

María, hija de la princesa Constancia y de Raimundo de Poitiers, no era evidentemente la heredera de Antioquía, ya que tenía dos hermanos y una hermana. No obstante, este matrimonio no dejaba de conferir a Manuel ciertos derechos que creía de posible utilidad. Además, a juzgar por lo que los historiadores griegos afirman, esta princesa era un auténtico prodigio de la naturaleza, «[…] hermosa, más que hermosa, hermosa hasta tal punto, y de una belleza tan extraordinaria, que a su lado parecían pura leyenda todas las descripciones de Afrodita, la de la dulce sonrisa, de Juno, la de los níveos brazos, de Elena, la del cuello delica-

do […]» (Coniates, citado por Diehi en *Figures bizantines*, O, p. 89). La boda fue concertada casi sin que el rey de Jerusalén lo supiera, a toda prisa, y sin que la princesa Constancia hubiera tenido tiempo de preparar un ajuar como era debido. Balduino III, aunque muy enojado, no planteó ningún obstáculo, porque no quería oponerse a la suerte de su joven pariente, y porque además nada podía contra el emperador.

La boda de María de Antioquía y de Manuel Comneno se celebró en diciembre de 1161 en Constantinopla. Emperatriz de Bizancio, esposa de un hombre demasiado mayor para ella, rodeada de admiradores interesados y desinteresados, María iba a entregarse pronto a las intrigas palaciegas, a ambicionar el poder después de la muerte de su marido y, finalmente, a pagar con una horrible muerte la peligrosa gloria que tanto le habían envidiado. Con este matrimonio, Manuel Comneno obtenía una esposa bella y joven y el derecho de controlar el principado de Antioquía, que seguía siendo tierra franca. Pero el emperador no dejó de tomarse en serio sus derechos de soberanía sobre esta provincia y, gracias a la protección de Bizancio, Antioquía pudo verse todavía libre de la dominación musulmana durante más de cien años.

El rey Amalarico

Balduino III murió dos meses después de la boda de María de Antioquía, con sólo treinta y dos años (10 de febrero de 1162). Esta muerte prematura causó un vivo dolor en toda la Siria franca, Durante el camino para trasladar el cuerpo del rey desde Beirut, donde le había sorprendido la muerte, hasta Jerusalén, los habitantes de los pueblos bajaban de las montañas y proferían lamentaciones junto al féretro. Y los árabes, dice Guillermo de Tiro, manifestaban tanto dolor como los cristianos. Por su dulzura, su belleza, su celo por el bien del pueblo, Balduino III había sabido hacerse amar, mejor sin duda de lo que había sabido hacerse obedecer.

La consternación de la caballería franca fue tan grande que los amigos de Nur al-Din aconsejaron a éste aprovechar el acontecimiento para infligir un golpe decisivo a sus enemigos, pero el piadoso *atabeg* rehusó noblemente: era indigno —dijo— atacar a unas gentes afligidas con razón por la muerte de su rey.

Balduino III no dejaba ningún hijo. La joven reina Teodora, viuda a los dieciocho años, abandonó Jerusalén para ir a vivir a su ciudad de Acre, que había recibido en usufructo, donde vivió en una soledad relativa, que prefería sin duda a la agitación y a las intrigas de una corte cuyas costumbres debían de parecerle bastante groseras. Cinco años más tarde, iba a abandonar el lugar de su retiro junto con su pariente Andrónico Comneno (el futuro emperador) y convertirse en la heroína de una de las más célebres historias de amor de la época.

El heredero natural de Balduino OI era su hermano menor Amalarico, quien, a la muerte del rey, tenía veintisiete años de edad. No poseía ni la belleza física ni los buenos modales de su hermano mayor, no había recibido tampoco una educación tan esmerada, y no contaba con el favor de la nobleza franca de Jerusalén, tanto a causa de su carácter orgulloso como por sus relaciones con un clan que podemos llamar partido de oposición. Estaba casado con la hija de Jocelin II de Courtenay y se rodeaba de barones del antiguo condado de Edesa, muchos de los cuales eran de origen armenio. Y los que antaño se habían levantado contra el despotismo de la reina madre Melisenda sabían que Amalarico permanecía fiel al partido de su madre. Por poco popular que este príncipe fuera, sus derechos resultaban indiscutibles, pero los barones de allí, a quienes la natural debilidad de Balduino m había ya acostumbrado a considerar el reino como una especie de república feudal, vacilaron durante algún tiempo en prestar homenaje a Amalarico, al cual sabían mucho menos dócil que su hermano. En definitiva, Amalarico fue reconocido como rey sólo después de un auténtico ultimátum, que además era bastante

extraño, puesto que se le pidió nada menos que repudiara a su mujer. La exigencia fue formulada (según la *Crónica* de Ernoul) de una manera bastante insolente: «Señor; sabemos que vos tenéis que ser el rey. Pero no aceptaremos de ningún modo que llevéis la corona mientras no os hayáis separado de esta mujer que tenéis. Porque no es tal como tiene que ser una reina, y más la reina de una ciudad tan alta como Jerusalén». ¿La conducta de Inés de Courtenay era —ya— tan reprensible a los ojos de todo el mundo? En cualquier caso, Amalarico se avenía bien con ella. ¿La persona a quien se quería designar sería la misma Inés, o bien su hermano Jocelin III, hombre extraordinariamente intrigante y agitador, cuya influencia era de temer? Sea como fuere, Amalarico aceptó e hizo anular su matrimonio bajo el pretexto habitual de «consanguinidad» (aunque el parentesco era bastante lejano: los abuelos maternos de los dos esposos eran primos hermanos).

Al mismo tiempo que repudiaba a su mujer, Amalarico hizo «legitimar» a los dos hijos que ella le había dado: Balduino y Sibila, que a partir de este momento se convertían en presuntos herederos del trono de Jerusalén. Pero quedaba estipulado que los niños iban a quedar separados de la madre. Balduino fue confiado a unos preceptores capaces de enseñarle el oficio de rey y Sibila fue educada por su tía abuela, Yvette, abadesa del convento de San Lázaro en Betania. Inés, que bien tenía derecho a una compensación, se consoló casándose con Hugo de Ubelin, uno de los primeros y principales barones del país.

Amalarico tenía un cerebro político y un temperamento de conquistador. Pese a la grandeza de sus aspiraciones, era lo bastante lúcido para comprender que no disponía de fuerzas suficientes para realizarlas. Parece ser que fue admirado más por parte de musulmanes que de francos. Ibn al-Athir escribirá: «Desde su primera aparición en Siria, los francos no habían tenido un rey que igualara a éste en valor, en estrategia y en habilidad». Es-

te príncipe, nacido en Siria, y más influido por el elemento indígena que su hermano, conocía admirablemente los problemas del país y apreciaba en su justo valor los factores políticos y religiosos que, tanto en la Siria franca como en el islam, podían perjudicar o aprovechar a los intereses de su reino. Este cristiano de escaso celo, este franco tan poco patriota, se parecía mucho más a los *atabegs* de Damasco y de Alepo suplantados por los zenghíes que a los primeros cruzados. Profundamente interesado por las costumbres de los países infieles, hasta llegar al extremo —tal como deja adivinar Guillermo de Tiro[51]— de dudar de la preeminencia de la Revelación cristiana sobre la de las otras religiones, estaba hecho para comprender a los musulmanes, por lo menos a los no iluminados, como Nur al-Din. Era calculador y escéptico y organizaba la política de su reino como una partida de ajedrez, sabía arriesgarse, sabía apostar alto y perder sin desanimarse. Era de temperamento autoritario y no obstante le costaba trabajo imponer su voluntad, ya que tenía que contar con fuerzas un tanto anárquicas, que se veía obligado a apaciguan Sin duda era su carácter frío y altivo la causa de que no llegase a inspirar confianza suficiente para que se le obedeciera espontáneamente. Muy grueso, rayando la obesidad (aunque no comiese ni bebiese en exceso), era sin embargo intrépido, capaz de soportar como el último de los soldados los trabajos y las fatigas de una campaña. Era además avaricioso en extremo y sacaba dinero de donde podía: recaudaba grandes impuestos, intentaba —aunque no fuese fácil— apoderarse de los beneficios eclesiásticos, intervenía personalmente en la administración de la justicia y exigía, en calidad de juez supremo, que se le pagaran los favores que hacía. Llevaba una vida modesta y no quería el dinero más que para las necesidades del Estado. Estas necesidades, dada la situación en que se hallaba el reino, se reducían a una sola: los gastos de guerra. Consciente del peligro que representaba para la Siria franca el reino unido de Damasco y de Alepo, vacilando en ponerse ba-

jo la soberanía bizantina, Amalarico había de continuar, en mayor escala, la política egipcia que su hermano había esbozado.

Su idea era conquistar Egipto. El califato fatimí se hallaba, hacia los años 1160-1170, en un estado de decadencia tal que Egipto parecía una presa lista para caer en manos de un nuevo dueño. Por el norte dos potencias la deseaban por igual: los francos y Nur al-Din. Una clara competencia quedaba ahora establecida entre ambos, y cada uno de ellos esperaba salir victorioso de la empresa. Pero tanto Nur al-Din como Amalarico obraban impulsados menos por la ambición que por el mismo temor de ver reforzada la posición del adversario.

Tras el asesinato del califa Al-Zafir y de sangrientas revueltas palaciegas, en 1164 el gobernador del Alto Egipto, Shawar se adueñó del poder y gobernó con el título de visir en nombre del joven califa. Destronado por su rival Dirgham, Shawar se refugió junto a Nur al-Din y empujó a éste a dirigirse hacia El Cairo con la esperanza de reconquistar el poder. Nur al-Din, contento de poder intervenir en los asuntos de Egipto, envió un ejército comandado por su mejor lugarteniente, el curdo Shirkuh. Este hombre extremadamente eficaz no tuvo ninguna dificultad en devolver a Shawar el cargo de visir. Pero mientras tanto, Dirgham había pedido por su lado ayuda al rey de Jerusalén. Amalarico llegó con un ejército y pudo comprobar la derrota de su aliado. Entonces Shawar, como podía suponerse, cambió de política y, para defenderse de las ambiciones de Shirkuh y de Nur al-Din, concertó un pacto de alianza con Amalarico.

El rey de Jerusalén acababa entonces (1163) de derrotar a Nur al-Din en la «Boquée» (al-Buqaia al Hosn), gracias a la ayuda que aportaron a su ejército dos grandes barones de Francia que se encontraban como peregrinos en Tierra Santa, Hugo VIII de Lusiñán, conde de la Marca, y Godofredo Martel, hermano del conde de Angulema, y también el gobernador bizantino de Cilicia, Constantino Colomán. La energía de los combatientes griegos

había impresionado fuertemente tanto a los francos como a los musulmanes, y Amalarico podía creer ahora que el norte de Siria, protegida por las tropas de Bizancio, ya no tenía necesidad de su ayuda y que, por consiguiente, podía dedicarse por entero a la cuestión de Egipto.

Así pues, los dos adversarios —Amalarico y Shirkuh— se enfrentaron durante varias semanas en los arrabales de El Cairo, sin atreverse a iniciar el combate; pero en realidad Shawar había obtenido lo que quería: el lugarteniente de Nur al-Din, al ver que los francos estaban decididos a expulsarle de Egipto, prefirió abandonar la lucha. De este modo, el ambicioso visir había vuelto a obtener el poder sin poner la independencia de su país en manos de los zenghíes. Bien es verdad que con ello se convertía en tributario de los francos, pero éstos veían demasiado próxima la amenaza de Nur al-Din para permitirse invadir Egipto. En el mismo momento en que Amalarico obligaba a Shirkuh a abandonar el terreno, él se retiraba también a toda prisa hacia el norte. Acababa de enterarse de que Nur al-Din había infligido una terrible derrota a las fuerzas francas delante de Harim (10 de agosto de 1164).

Esta derrota era tanto más grave cuanto que esta vez, para proteger el castillo de Harim, asediado por Nur al-Din, se había hecho un auténtico reclutamiento masivo entre los cristianos de Oriente, no sólo entre los francos, sino también entre los armenios y los griegos de Cilicia. El príncipe de Antioquía y el conde de Trípoli, y también el hijo del anterior conde de Edesa, formaban al lado del príncipe Thoros II y del griego Constantino Colomán. Para constituir una potente infantería, se había movilizado incluso a los monjes. Y, en efecto, gracias a su superioridad numérica, los cristianos llevaron ventaja al principio; pero Nur al-Din, por medio de una hábil maniobra, consiguió engañar a la caballería, que se había lanzado imprudentemente a perseguir a los turcos y la rodeó y separó de la infantería, cuyos soldados, al

encontrarse solos y sin jefe murieron despedazados. Los soldados de a caballo, después de una resistencia durísima, tuvieron que darse por vencidos, y todos los que no habían perecido en el campo de batalla fueron llevados cautivos. (Aquí, para realzar la gloria del vencedor; Kamal al-Din afirma que los francos se defendieron con una bravura ejemplar mientras que Guillermo de Tiro, por el contrarío, les acusa de su conducta cobarde y de haber «soltado las espadas e implorado misericordia». «Kamal al-Din, p. 549; Guillermo de Tiro, p. 887»). Sólo el armenio Thoros, quien, previendo la maniobra de los turcos, no se había lanzado en su persecución, consiguió escapar del desastre. El general griego Colomán y los tres jóvenes príncipes francos, cuyos nombres llevaban todos la cifra III (Bohemundo III, Raimundo III y Jocelin DI), fueron llevados a Alepo con sus caballeros y, tras pasearlos triunfalmente por las calles de la ciudad, se los encerró en prisión. Con este hecho, el norte de Siria quedaba sin defensores y expuesta a la merced de los turcos.

Se comprende, pues, que Amalarico hubiera tenido que abandonar Egipto precipitadamente y llevar sus tropas al norte para defender las provincias sirias que otra vez se habían quedado sin gobernante. Antioquía no había de permanecer así mucho tiempo. Bohemundo III fue liberado un año después. Y Nur al-Din, si bien había tomado las fuertes plazas estratégicas de Harán y Paneas, no pensó en sacar provecho de su victoria abalanzándose sobre Antioquía. Los francos pudieron comprobar que la situación había sufrido una evolución considerable desde los tiempos de Roger de Salerno y de Raimundo de Poitiers: Antioquía estaba perfectamente protegida por los griegos; sólo la amenaza de una posible intervención del emperador hacía que el intrépido Nur al-Din respetara el principado franco. A cuantos le reprochaban una aparente falta de energía, el *atabeg* de Alepo había respondido: «Prefiero tener a Bohemundo por vecino que al rey de los griegos[52]», puesto que temía que los francos, si no podían

defenderla, entregarían Antioquía a los griegos. Estas mismas consideraciones permitieron a Bohemundo III recobrar su libertad. Este príncipe era un joven sin experiencia y sin autoridad, que, comprendiendo perfectamente lo inestable de su situación, tenía sus esperanzas puestas en la alianza con el emperador Manuel, su soberano y cuñado. Poco tiempo después de su liberación, fue a Constantinopla y volvió acompañado de un patriarca griego de Antioquía. La solemne entronización de este prelado consagraba a los ojos de Bizancio el restablecimiento de la soberanía griega en esta ciudad.

Los otros dos príncipes francos, Raimundo III de Trípoli y Jocelin III de Courtenay, al igual que la mayor parte de sus caballeros, habían de permanecer en prisión durante ocho años o más. Jocelin III, cuyo padre había muerto cinco años antes en aquella misma prisión de Alepo, y Raimundo III, que, para vengar a su hermana, había asolado antaño las costas de Chipre, no presentaban ningún interés a los ojos del emperador. Nur al-Din no tenía, pues, por qué preocuparse de ellos, puesto que no temía la ira de Amalarico.

Aquellos griegos a quienes desde hacía mucho tiempo los francos trataban de cobardes, afeminados y poco combativos, inspiraban en realidad más miedo que estos últimos. Amalarico, comprendiendo al fin que la «perfidia» y la incapacidad de los bizantinos durante sesenta años no tenía otra causa sino la ignorancia de los francos de los derechos que el imperio tenía sobre Antioquía, se volvió, con mucho más convencimiento que su hermano, hacia Bizancio y comenzó a pensar en la creación de un extenso condominio francobizantino, que se extendería desde Cilicia hasta el valle del Nilo.

La lucha por Egipto

Algo más tranquilizado respecto a la situación del norte de Siria, el rey de Jerusalén, sin descanso y atraído por Egipto, volvió

a tomar el camino de El Cairo. Era demasiado buen militar para que no le obsesionara el deseo de apoderarse de un país del cual conocía a un tiempo las debilidades y las riquezas y que, si él no lo conquistaba, iba a caer en manos de su peor enemigo. Al comienzo de su reinado había escrito una carta a Luis VII, en la que le exponía con todo detalle la situación del Imperio fatimí, su aislamiento político, la facilidad con que creía poder apoderarse de él sólo con que el rey de Francia quisiera mandarle naves y un ejército, y le ofrecía ya por adelantado la soberanía de El Cairo y del valle del Nilo. Luis VII, cansado para siempre de la cuestión de Tierra Santa, no se tomó en serio el ofrecimiento. Amalarico se dirigió, pues, a Manuel Comneno. Para Bizancio, la conquista de Egipto presentaba unas ventajas más reales e inmediatas que para Francia, y Manuel, aunque siempre absorbido por sus guerras en Anatolia y en los Balcanes, estaba bastante dispuesto a prestar su marina y una parte de sus ejércitos para una expedición contra Egipto.

No obstante, el rey de Jerusalén obraba con cautela frente a Shawar y Shirkuh. Este último intentaba siempre, en nombre de Nur al-Din, despertar en el visir la idea de la solidaridad musulmana, y Shawar iba del franco al zenghí esperando engañar a los dos y salvaguardar así la independencia de su país. Conviene no olvidar el cisma religioso que separaba a Egipto, que era chiita, del resto del islam, sometido al califato de Bagdad. Si Nur al-Din aspiraba a conquistar Egipto, era en gran parte con la idea de restablecer la ortodoxia sunní; y muchos egipcios temían tanto esta anexión religiosa como la dominación franca. Shawar había contestado a Shirkuh, que le proponía unirse con Nur al-Din para luchar contra los francos y conseguir el triunfo del islam: «¡No, no son *firenj* [francos], son *firej* [la salvación]!».

Shirkuh, poderoso jefe kurdo, fiel a su soberano, se estaba convirtiendo en el hombre fuerte de la Siria musulmana, ya que Nur al-Din, después de una grave enfermedad que en 1157 le

había tenido bastante tiempo entre la vida y la muerte, se entregaba cada vez más a la meditación y a las oraciones y sólo en contadas ocasiones recuperaba su antigua energía. Shirkuh era un guerrero rudo, sin educación ni cultura, pero dotado de tanta inteligencia como valentía. Para Amalarico, constituía un terrible adversario. Después del pacto de alianza que francos y egipcios cerraron oficialmente, Shirkuh, al frente de sus tropas invadió Egipto y destrozó el ejército de Amalarico en Babayn (en el valle del Nilo, trescientos kilómetros al sur de El Cairo); luego remontó el curso del río y se apoderó de Alejandría. Pero Amalarico, con sus caballeros francos y las tropas egipcias, rodeó estrechamente la ciudad que defendía el sobrino de Shirkuh, Salah al-Din Yusuf, y le obligó a capitular. Una vez más, Shirkuh abandonaba Egipto con armas y pertrechos, mientras que en Alejandría se recibía a los francos como libertadores.

En el momento de la rendición de Alejandría, el rey de Jerusalén y sus caballeros entraron por vez primera en contacto con el futuro conquistador de la Siria franca: Salah al-Din, hijo de Ayyub y sobrino de Shirkuh, joven aún, pero ya un valiente capitán y un musulmán inflamado por el celo de la guerra santa. Al igual que su tío, no abandonaba la esperanza de conquistar Egipto. Mientras tanto, vencido y temiendo la ira de los habitantes de Alejandría, se vio obligado a refugiarse en el campamento de sus adversarios francos, quienes le trataron con la mayor cortesía. Amalarico llegó hasta a intervenir cerca de Shawar en favor de los egipcios que se habían puesto de lado de Shirkuh, recordándole el respeto a las cláusulas de la capitulación. El futuro Saladino debió de sentirse mortificado al ver a un franco sirviendo de árbitro entre los musulmanes, pero pudo al mismo tiempo hacer justicia a la lealtad de Amalarico.

Parece ser, además, que en tal circunstancia el rey de Jerusalén tuvo interés en mostrarse leal tanto para con los vencidos como para con sus aliados. Guillermo de Tiro nos lo muestra presiona-

do por sus barones, quienes le instaban a aprovecharse de su victoria y se apoderase de El Cairo. Nos dice incluso que los obispos que se hallaban en el ejército habían ofrecido al rey «cargar con el pecado y hacer que luego el Papa lo absolviera». Amalarico había contestado que jamás tendría nadie que reprocharle a él ni a sus hijos una traición semejante. Pactó con Shawar, quien le prometió, a cambio de su asistencia militar, un tributo anual de cien mil monedas de oro. Para los francos de Siria, representaba un buen negocio. Egipto se convertía de hecho en vasallo del reino de Jerusalén. Tanto si Shawar obraba movido por ambición personal como si lo hacía por lealtad a los fatimíes, lo cierto es que salvaba cuanto podía salvarse aún de la independencia de su país; pero, de compromiso en compromiso, estaba acabando con la paciencia de sus súbditos y con la frágil lealtad de los francos, mientras que la indignación interesada de Nur al-Din y de Shirkuh iba llegando a su límite.

Un año después del establecimiento del protectorado franco sobre Egipto, Amalarico se alió con Manuel Comneno con el proyecto manifiesto de conquistar Egipto en favor de la cristiandad. En 1167, el año de su campaña de Egipto, a ejemplo de su hermano, se casó con una sobrina nieta del emperador de los griegos, María Comneno, hija de Juan Comneno, sobrino de Manuel.

Este matrimonio iba a ser el preludio de una alianza militar. Fue precisamente el futuro arzobispo de Tiro y futuro historiador del reino, Guillermo (entonces arcediano de Tiro y de Nazaret), el encargado de negociar en Constantinopla el proyecto de esta alianza, cuya finalidad era una gran campaña francobizantina contra El Cairo. Se convino que en 1169, un año después de la ratificación del tratado, los griegos enviarían sus escuadras y un ejército que en las costas egipcias se unirían a las fuerzas francas.

Amalarico se sentía sin duda tentado por las fabulosas riquezas del Imperio fatimí, de las cuales sus embajadores debían haberle

hecho una descripción maravillosa. El Cairo era una de las ciudades más ricas del mundo, y la relación que Guillermo de Tiro hace de la recepción que el califa brindó al embajador franco (Hugo de Cesarea) muestra que ni siquiera un austero clérigo podía evitar la turbación ante el esplendor casi fantástico del palacio del califa (G. de Tiro, pp. 910-911). La ambición era el vicio que dominaba a la caballería franca y los reyes de Jerusalén andaban siempre, y de una manera desesperada, faltos de dinero. Parece sin embargo que fue ante todo el temor de que Nur al-Din se apoderara de Egipto lo que determinaba la política de Amalarico. Se hubiese contentado seguramente con el tributo anual de cien mil monedas de oro, puesto que era de esa clase de hombres que saben que más vale lo que se toca que lo que se sueña. Pero el tratado que había concertado con Shawar resultaba precario, pues los caballeros que el rey de Jerusalén había dejado en Egipto para que cuidaran de que el tributo se pagara se mostraban insolentes y agresivos y exasperaban a la población contra los francos y contra Shawar. El visir, temiendo continuamente que los francos violaran sus promesas e invadieran Egipto, negociaba secretamente con Nur al-Din, no para atraerle a Egipto, sino para enfrentarlo a los francos… En una palabra, la situación se hacía cada vez más complicada y Amalarico prefería todavía ver El Cairo en manos de los griegos que en las de Shirkuh.

Pero parece que los barones del reino —y en particular los de la orden militar del Hospital— habían comprendido perfectamente que, en caso de una conquista francobizantina de Egipto, los griegos se llevarían la mejor parte. Aconsejaron, pues, al rey que empezara la campaña en 1168, sin esperar la llegada de las naves bizantinas. Más que aconsejarle, lo que hicieron en realidad fue imponerle su decisión. Ibn al-Athir; que se hace eco de la opinión musulmana, nos muestra al rey oponiéndose formalmente a tal proyecto: «Los francos invitaron a su rey Murri a conquistar Egipto. Él, a pesar de los consejos de los oficiales más

distinguidos por su categoría y su experiencia, no quería dar su consentimiento. "Mi opinión —respondió el rey— es que no nos metamos en esta empresa. Egipto nos da víveres y nos da todas sus riquezas, las cuales nos procuran los medios para luchar contra Nur al-Din. Si entramos en el país con el fin de apoderarnos de él, ni el soberano, ni el ejército, ni la población de las ciudades ni la del campo consentirán en entregárnoslo. Lucharán contra nosotros para defenderse, y el miedo que les inspiraremos les decidirá a entregar el país a Nur al-Din. Y, si este príncipe se apodera de él y actúa como ha hecho Ased al-Din [Shirkuh], ello representará la ruina de los francos y su próxima expulsión de la tierra de Siria"» (Ibn al-Athir, *Dos jardines*, p. 113).

No obstante, sabemos que Amalarico sí proyectaba la conquista de Egipto; pero con la ayuda de los bizantinos, pues quería estar seguro del resultado. Quizá temía que Nur al-Din no esperase la unión de las fuerzas cristianas y quería prevenir a toda costa la ocupación de El Cairo por su enemigo. De todas maneras, esta campaña se decidió contra su voluntad. Los caballeros del Hospital, cuya opinión parece haber sido decisiva en esta empresa, dieron todos sus bienes para equipar tropas de su orden, y se hicieron prometer por anticipado toda la provincia de Bilbays en feudo. «Los grandes —dice Miguel el Sirio— no siguieron los consejos del rey, sino que dijeron: "Hemos de apoderamos de Egipto, antes de que Nur al-Din haya tenido tiempo de prepararse". Y vencieron así al rey». Guillermo de Tiro, por su parte, acusa formalmente al rey y a sus barones de violar la palabra empeñada e incluso de traición (con respecto a Shawar).

Una vez en campaña, el mismo Amalarico —bastante agobiado— explicará al enviado de Shawar que «[...] gentes de ultramar han llegado a nuestro país. Su opinión ha prevalecido contra nuestras determinaciones y se han puesto en marcha para apoderarse de vuestro país. Por temor a que logren su objetivo, venimos nosotros para servir de mediadores entre ellos y vosotros»

(Dos *jardines*, p. 136). Pero, si bien es cierto que en el ejército se encontraban también algunos cruzados de ultramar, sabemos que los principales responsables de la campaña eran los caballeros del Hospital.

El deseo secreto de Amalarico pudo muy bien haber sido dar largas al asunto, frenar el ardor de su ejército y retirarse después de haber conseguido un nuevo tributo; pero ni los francos ni los egipcios veían las cosas de esta manera, y hubo una verdadera guerra, que tenía que terminar exactamente como Amalarico había predicho.

Podemos, sin temor a equivocarnos, insistir sobre la importancia del error político que constituyó esta campaña de 1168. Al atacar a Egipto, cuando no disponía de fuerzas suficientes para mantenerse en aquel país y ni siquiera para conquistarlo, Amalarico trabajaba para Nur al-Din y aceleraba el acorralamiento del reino por el poderío musulmán, cuyo objetivo de todos conocido era la destrucción del reino franco de Siria. No podía prever que se estaba convirtiendo al mismo tiempo en el artífice de la elevación al poder de un hombre más peligroso aún que Nur al-Din.

Los francos esperaban entrar en Egipto como en un país conquistado, incapaz de resistir, puesto que ésta había sido su impresión durante las campañas precedentes; pero, por el contrario, encontraron una resistencia feroz tanto por parte de la población como de las guarniciones. En la ciudad de Bilbays, que fue tomada por asalto, se condujeron como auténticos salvajes, asesinando a las mujeres y los niños, ya que pensaban que así aterrorizarían a los habitantes de las otras ciudades y les quitarían las ganas de defenderse; pero no consiguieron sino fortalecer aún más el espíritu de resistencia. «Si los francos se hubieran comportado con humanidad frente a los habitantes de Bilbays, seguramente se hubiesen apoderado inmediatamente de Fustat y de El Cairo;

pero fue Dios quien, por sus designios, les llevó a comportarse de aquel modo». (*Dos jardines*, p. 141).

Finalmente, los francos no pudieron tomar El Cairo y se vieron obligados a retirarse de Egipto, después de haber exigido, para guardar las apariencias, un tributo de un millón de denarios. Pero Shawar, aterrorizado por la amenaza franca, se había visto obligado a llamar a Nur al-Din, quien le mandó enseguida a Shirkuh a la cabeza de un gran ejército.

Viendo que no podría resistir al mismo tiempo contra los egipcios y contra Shirkuh, el rey Amalarico, sin esperar el pago del tributo, levantó el campamento y regresó a Palestina, «dirigiendo vivos reproches a los que le habían aconsejado esta expedición». (*Dos jardines*, p. 117). Era justo que «dirigiera reproches». Justo después de la marcha de los francos, Shirkuh entraba con honores en El Cairo, y se convertía casi oficialmente en el dueño de Egipto (enero de 1169). Unos días después de la ocupación de El Cairo por las tropas de Shirkuh, el desdichado Shawar caía asesinado —o ejecutado de modo expeditivo— por Salah al-Din y sus amigos, a instigación del mismo califa fatimí. Dos meses después, moría Shirkuh y su sobrino se hacía cargo de la herencia.

Es fácil comprender hasta qué punto estos acontecimientos comprometían el futuro de la Siria franca. El reinado de un lugarteniente de Nur al-Din en Egipto significaba, ante todo, el fin —por lo menos oficial— de la disidencia religiosa en el seno del islam. Tres años después de la toma de El Cairo por Shirkuh, moría el joven califa fatimí Al-Adid. Hacía tiempo que su poder no era más que humo y Saladino no había siquiera esperado su muerte para hacer reconocer en Egipto la autoridad religiosa del califa de Bagdad.

El fin del cisma religioso llevaba consigo la unión, bajo el mando de Nur al-Din, de todo el Oriente Próximo musulmán.

El *atabeg* de Alepo y de Damasco, al que se daba ya corrientemente el título de sultán, controlaba ahora Egipto y, además, la muerte de su hermano Qutb al-Din (que había sucedido a Sayf al-Din) iba a hacerle, en 1170, dueño de Mosul. Ante esta formidable potencia, los francos, con su ejército insignificante —unos millares de caballeros a lo sumo—, con su territorio ya muy reducido y sin verdaderas fronteras naturales, no podían esperar resistir mucho tiempo. Aunque es verdad que Nur al-Din ya no era joven y que su muerte podía volver a plantear muchos problemas.

Desconcertado por las previstas consecuencias de su marcha sobre El Cairo, Amalarico pidió en vano auxilio a Occidente: si bien grandes barones llevaron sucesivamente contingentes de peregrinos armados, esta ayuda militar contribuía a lo sumo al éxito de algunas campañas defensivas; no hubo nunca una verdadera Cruzada. Cuando hubieran hecho falta decenas de miles de hombres, el reino de Jerusalén veía llegar a veces a doscientos, quinientos o mil, que por su parte nunca permanecían mucho tiempo en el país.

En 1169, la ayuda bizantina, que ya estaba prevista para este año, llegó efectivamente; pero Manuel no perdonaba a los francos su imprudente expedición del año anterior; mientras que los barones de Palestina parecían más celosos de los posibles éxitos de los griegos que inquietos por los progresos de los musulmanes. Los aliados emprendieron el sitio de Damieta, que duró mucho tiempo y acabó por fracasar. Y para colmo de males la flota bizantina fue en gran parte destruida por una tempestad.

Viendo que sólo llegaba a resistir a los ataques de Saladino por el sur y los de Nur al-Din por el norte, Amalarico decidió, aun en contra de la opinión de sus barones, poner oficialmente su reino bajo la protección del Imperio bizantino. En 1171 fue personalmente a Constantinopla y selló con Manuel un pacto de alianza que implicaba una especie de reconocimiento de la sobe-

ranía bizantina. Manuel, a pesar de la pérdida de su flota, debida sobre todo a la inercia de los barones latinos, estaba sinceramente dispuesto a colaborar con un reino cristiano vecino de sus Estados y que contaba con una ayuda regular de Occidente. Le costaba ya bastante mantener en un semivasallaje a los selchuquíes de Asia Menor para tolerar la creación de un Estado musulmán potente en Siria. Ni él ni Amalarico abandonaban la idea de conquistar Egipto; les parecía que por aquel lado la batalla no estaba aún perdida definitivamente.

Egipto había caído en manos de un lugarteniente de Nur al-Din; pero de un lugarteniente ambicioso, dispuesto a sublevarse contra su soberano. A merced de sus propias fuerzas y en un país donde la población le era hostil, Saladino podía ser vencido. Por lo menos así lo creían los soberanos cristianos.

En efecto, los súbditos del nuevo gobernador de Egipto, chiitas, no resignados a la supresión oficial del califato fatimí, estaban dispuestos a contar con la ayuda de los francos. Pero allí donde un visir que gobernaba en nombre de un califa había fracasado, ¿qué alcance podía tener una subversión clandestina, que iba a ser pronto descubierta y reprimida con dureza? Saladino era ahora el dueño absoluto de Egipto y, a pesar de no tener aún treinta y cinco años, su fama y su prestigio igualaban casi los de Nur al-Din, puesto que, en el espacio de tres años, gracias a su política a la vez flexible y autoritaria, había obtenido lo que el islam sunní esperaba en vano desde hacía ciento sesenta y ocho años: el fin del cisma chiita con la supresión del califato herético. A los ojos de los musulmanes piadosos, esta victoria era más importante que cualquier conquista militar. A francos y griegos no les quedaba más remedio que esperar que estallara la rivalidad entre el nuevo jefe de Egipto y el poderoso *atabeg* de Siria. De ahí la simpatía inesperada que desde el principio sintieron los francos por Saladino, el cual, por más belicoso que fuera, les parecía de todas maneras menos temible que Nur al-Din.

Amalarico se encontraba de nuevo ante el mismo dilema: por una parte intentar, con la ayuda de Bizancio, la conquista de Egipto (y el proyecto, precisamente gracias al apoyo del emperador, podía parecer a la vez legítimo y realizable, puesto que antes de la conquista árabe Egipto había formado parte del Imperio bizantino y contaba con una fuerte población cristiana, aunque no ortodoxa; en las montañas del sur, Etiopía era un reino cristiano de rito copto; y un retorno a la dominación cristiana en el valle del Nilo no era, en sí, una idea utópica). La otra alternativa, cultivar las desavenencias entre Nur al-Din y Saladino y buscar la alianza o, por lo menos, la neutralidad de este último, era quizá más prudente; pero el poder de Nur al-Din corría el riesgo de hundirse con su muerte, en tanto que Saladino era todavía joven. Así pues, el rey de Jerusalén se hallaba en una situación extremadamente delicada, que él mismo había provocado en parte, y dudaba entre estas dos soluciones igualmente peligrosas, mientras todavía podía dudar y reflexionan Las tropas de Nur al-Din no cesaban de atacar por el norte, por el lado de Antioquía y las de Saladino por el sur, por el lado de Ascalón. No era, pues, el momento de alarmar a Saladino y de hacer que se echara a los brazos de su soberano, amenazándole con una Cruzada francobizantina.

El porvenir de Siria se presentaba tanto más oscuro cuanto que a los peligros exteriores se unía ahora una cruel desgracia del todo imprevisible: el único hijo de Amalarico, el heredero del trono de Jerusalén, se hallaba, desde su más tierna infancia, atacado por un mal misterioso, que ningún remedio había podido curar. Cuando el niño hubo cumplido diez años, los médicos y cuantos rodeaban al joven príncipe tuvieron que rendirse a la evidencia: el pequeño Balduino era leproso.

Amalarico moriría en 1174 (11 de julio) de una disentería contraída en el sitio de Paneas, cuando tenía treinta y nueve años. Por infinidad de razones, hubiera querido vivir más tiem-

po. Desde hacía años, sabía que su hijo estaba gravemente enfermo. Su amor paterno y la preocupación por la continuidad de la dinastía hicieron que no desheredara a Balduino, tanto más cuanto que no había otros herederos varones. La hija mayor de Amalarico, Sibila, no estaba aún en edad de casarse, y de su segunda esposa, María Comneno, el rey había tenido sólo una hija.

Las leyes de la época ordenaban, en principio, una rigurosa exclusión de los leprosos de la vida social, y hacían de ellos una especie de muertos civiles, puesto que la lepra era una enfermedad bastante corriente, sobre todo en Oriente. Existía una legislación para los casos de lepra, exactamente como para los robos, los delitos contra las buenas costumbres o los actos contra la fe; y el leproso, una vez que su enfermedad había sido reconocida, perdía todos sus derechos y se veía obligado a no comunicarse con sus semejantes, medidas estas dictadas por la higiene y que no implicaban ninguna clase de tabú de tipo religioso. El pequeño príncipe de Jerusalén no fue nunca considerado como «impuro» ni indigno de reinar. Pero demasiado se veía lo que iba a ser su vida y se sabía de antemano que no viviría mucho tiempo.

Sabiendo que el joven Balduino no se casaría nunca, Amalarico buscaba por lo menos un esposo para su hija, lo suficientemente rico y poderoso para que pasara a ser defensor del reino. Pero Jerusalén, antaño tan deseada, ahora que se veía amenazada y a punto de caer de nuevo en manos de los musulmanes, no inspiraba a la cristiandad más que un interés bastante frío. Si los asuntos del rey de Jerusalén iban mal, se decía, tenían la culpa aquellos francos de Siria, «medio musulmanes». (G. de Neubrige), degenerados, disolutos, que no habían sabido conservar una heredad tan valiosa. El conde Esteban de Blois, hijo del conde de Champaña, que Amalarico había escogido para esposo de la princesa Sibila, llegó a Oriente en 1171, y partió al cabo de cuatro meses, pues —dice Guillermo de Tiro— «la estancia en la tierra (de Palestina) no le gustó, ya que las gentes del país no se

entendían bien con él». Este joven barón de Francia no tenía ningunas ganas de ser sólo el cuñado y el condestable de un rey leproso, y un leproso puede tardar muchos años en morir. Amalarico, por su parte, no quería tampoco desheredar, en provecho de un extranjero, al hijo a quien, a causa de su enfermedad, quería más todavía.

El joven Balduino parecía haber sido dotado por la naturaleza de un cuerpo vigoroso. Poseía indudables cualidades de carácter y una gran inteligencia. Era, según cuenta Guillermo de Tiro, que fue su preceptor «[…] durante su infancia, muy guapo, de espíritu rápido y abierto, y cabalgaba muy bien, mejor que ninguno de sus predecesores […]. No olvidaba nunca un insulto, y menos aún una buena acción». Tenía «una excelente memoria, era muy instruido, recordaba bien las historias y las contaba con gusto[53][…]». El joven debió de comprender enseguida que su enfermedad era incurable, y su reacción fue la de las almas fuertes, pues quiso olvidar hasta el fin y hacer olvidar a los demás que estaba enfermo. Pero, en el momento de la muerte del rey Amalarico, la enfermedad del joven Balduino había progresado tanto que comenzaba ya a hacerse visible y «las gentes del reino sentían un gran dolor cuando le miraban» (G. de Tiro, p. 1004).

El rey de Jerusalén moría, pues, joven aún, dejando su trono a un hijo herido de muerte, y su reino a merced de las agresiones de Saladino y de la anarquía feudal que siempre acompaña la subida al trono de un rey menor. El gran proyecto de Amalarico —conquistar o hacer vasallo suyo Egipto— había fracasado de modo lamentable, pero no exactamente por su culpa; la alianza bizantina en la cual había puesto sus esperanzas iba a verse comprometida por la latente hostilidad de los barones francos, y sobre todo de los cruzados de ultramar; y luego por la derrota de Manuel Comneno en Miriokéfalon, que volvía a plantear de nuevo el problema del poderío bizantino en Oriente.

Para el reino latino la única esperanza de sobrevivir estaba en el desacuerdo reinante entre los Estados musulmanes que lo rodeaban. Saladino se había sublevado casi abiertamente contra Nur al-Din. Amalarico, al mismo tiempo que se esforzaba en guardar buenas relaciones con el nuevo gobernador de Egipto —treguas periódicas entre dos campañas—, había hecho lo posible por acercarse a los ismaelíes y al partido chiita de Egipto con el fin de minar desde el interior el poder de Saladino[54]. Y con toda seguridad que, si Amalarico hubiera vivido más tiempo, hubiera dado aún mucho trabajo a Saladino, menos por su talento como jefe militar que por sus relaciones cada vez más estrechas con el sector disidente musulmán. Pero esta táctica hábil más que caballeresca había de verse comprometida por la insubordinación de los propios súbditos del rey de Jerusalén, o más bien por aquellos hombres que, si bien formaban parte del reino, no se consideraban súbditos del rey: los templarios. Hubo un momento en que Amalarico pensó incluso en sacrificar la orden a los ismaelíes y hacerla disolver; puesto que no quería ya más la ayuda de aquellos soldados que, en sus propias tierras, osaban oponerse abiertamente a su autoridad.

Amalarico tuvo por lo menos la alegría de ver desaparecer ante él al viejo enemigo de la Siria franca: Nur al-Din murió el 15 de mayo de 1174 en Damasco, dejando sus Estados a su hijo Malik al-Salih Ismail, de once años de edad. Los francos hubieran preferido sin duda un heredero de más edad y más capaz de defenderse; pero Amalarico no dejó de hacer comprender a los tutores del joven príncipe que estaba dispuesto a sostenerles contra las pretensiones de Saladino. Después de haber intentado apoderarse de nuevo de Paneas, Amalarico firmó una tregua con el gobierno de Damasco, ante la ira de Saladino, el cual sabía que esta tregua era en realidad el comienzo de una alianza francodamasquina contra él. Amalarico moría al día siguiente de este acuerdo.

Saladino ya no tenía ante él en Siria más que dos Estados entregados a las luchas feudales que el reinado de un príncipe menor suele llevar consigo. Y creía que no había de temer ni al pequeño Malik al-Salih ni al joven rey leproso que, a la muerte de su padre, contaba trece años.

Saladino

Saladino —Salah al-Din Yusuf, uno de los pocos musulmanes lo bastante conocidos en Occidente como para gozar de la «occidentalización» de su nombre— fue una de las grandes figuras de la historia del islam. No tenemos necesidad de insistir sobre su gloria, que atravesó los mares y los siglos, ni sobre su fama de justo y de sabio, fama que obligará a Dante a colocarle en el Paraíso de los justos no cristianos. La personalidad de este hombre exigiría un largo análisis que nos será posible hacer más adelante, cuando la sucesión de los acontecimientos nos permita apreciar mejor su actividad. En el momento en que, dueño de hecho de todo el Oriente Próximo musulmán, se disponía a apoderarse de los dos reinos faltos de sus cabezas —la Siria musulmana sin Nur al-Din y la Siria franca sin Amalarico—, Saladino tenía treinta y siete años.

La tradición musulmana, que exaltaría con pasión los méritos del gran unificador del islam, no le había glorificado ni canonizado aún. Pero era ya muy popular; tanto en el ejército como entre los hombres de leyes y todos los miembros fervientes del islam sunní. Siendo lugarteniente de Nur al-Din, había sabido ganarse las simpatías de una parte de los emires turcos. Y, como él no era turco, sino kurdo, se había ganado también la adhesión de los árabes, en general hostiles a los turcos. Espiritualmente era un discípulo de Nur al-Din, y no tenía más que seguir en la misma línea de la guerra santa que tan bien había inaugurado el hijo de Zenghi. En este terreno, Saladino se lo debía casi todo a Nur al-Din; la ardiente e incansable predicación de este guerrero místico que reinó en Siria durante más de treinta años había hecho

posible este gran despertar religioso del cual Saladino iba a beneficiarse.

Nur al-Din llevaba hasta la exaltación, casi hasta el absurdo, su adhesión a la fe del Corán. Ibn al-Athir nos lo presenta indignándose contra sus oficiales, que le reprochaban el que distribuyese todos sus bienes entre «los doctores de la ley, los derviches, los sufíes y los lectores del Corán». «No espero la victoria más que gracias a estas gentes —decía—. ¿Cómo podría yo dejar de dar limosna a los que, por sus oraciones, luchan por mí mientras yo duermo, y con flechas que no dejan nunca de alcanzar el blanco[55]?». Habiendo oído hablar de una tradición según la cual el Profeta llevaba el sable en bandolera, se escandalizó de ver que los guerreros musulmanes lo llevaban en la cintura, puesto que había que imitar al Profeta en los más ínfimos detalles de su conducta. El uso del sable en bandolera fue impuesto rápidamente en el ejército[56].

Y el mismo Ibn al-Athir cita las palabras de una plegaria del piadoso *atabeg* (revelada en sueños a un imán que pedía a Dios un signo para hacer reconocer por Nur al-Din la autenticidad de una visión): «Señor; es la religión lo que hay que proteger y no a Mahmud [Nur al-Din]. ¿Este perro de Mahmud es digno de tu protección?» (*id.*, p. 152). Con un celo ardiente por su fe, Nur al-Din trabajaba para la unidad musulmana como jamás hubiera podido hacerlo el más hábil político. Llegaba a exasperar a cuantos le rodeaban, provocaba las burlas de los emires cansados de su devoción exagerada y se ganaba al mismo tiempo el corazón de las masas.

Ibn al-Athir anota estas palabras significativas del emir de Diyar Bakr, Qara Arslan, un musulmán con poco celo para la guerra santa: «Nur al-Din ha adoptado para conmigo una política tal que, si yo no le proporciono tropas, mis propios súbditos se sublevarán contra mí y me expulsarán. Mantiene una correspondencia epistolar con los devotos y los ascetas de mi país. Les ex-

pone las desgracias que los francos causan a los musulmanes de Siria: la muerte, el cautiverio, el saqueo. Implora el auxilio de sus oraciones y les pide que muevan a los fieles a la guerra santa. Cada uno de sus corresponsales viene a sentarse en la mezquita con sus sectarios y sus amigos, y allí les lee las cartas de Nur al-Din. Oyéndolas, rompen a llorar y se maldicen, y claman a Dios venganza contra mí. He ahí por qué no puedo evitar el tener que luchar contra los francos[57]».

Nur al-Din tenía toda la razón al preferir las flechas invisibles de las oraciones de los devotos a las flechas «a menudo inciertas —decía— de los hombres que sólo combaten en [su] presencia». Cuando cayó enfermo (1157), sus vasallos, sus amigos más próximos, creyendo que iba a morir estuvieron a punto de disputarse su herencia; y hasta Shirkuh, que había hecho prueba de lealtad incondicional hacia su soberano, había intervenido, manteniendo con la complicidad de su hermano relaciones secretas con los dos bandos (Nur al-Din había de ignorar este hecho hasta el fin y seguir depositando en él toda su confianza). Para mantener intacto el ideal de la guerra santa, Nur al-Din no quería apoyarse en el ejército ni en sus vasallos, sino en la opinión pública del islam. Y lo había logrado. Este gran escritor de cartas, que inundaba las ciudades musulmanas con sus escritos llenos de imprecaciones contra los francos y de invocaciones a Dios, era el educador de toda una generación, o quizá de dos generaciones de guerreros de Dios. Y estos guerreros no eran sólo militares, sino también gentes del pueblo, simples servidores de la religión. Ponía una tenacidad y una seriedad tales en crear el espíritu de la guerra santa que bien hubieran podido envidiarlas los pontífices de Occidente. Porque en los países cristianos no hubo ningún predicador de Cruzada comparable a este gran jefe musulmán.

Yusuf, llamado también Salah al-Din —«el Protector de la Religión»—, era hijo de un emir kurdo, de origen bastante humilde, pero soldado valeroso, que fue nombrado por el sultán de

Persia gobernador de la pequeña ciudad de Tekrit, en la provincia de Bagdad. Nayim al-Din Ayyub se había señalado antaño por su lealtad con Zenghi, cuando éste, vencido, huía ante las tropas del califa (1132). Desde aquel día, Ayyub y su familia figuraron en las primeras filas de los compañeros de Zenghi y luego de Nur al-Din. Ayyub y su hermano Shirkuh, rudos soldados dotados tanto de astucia campesina como de un indomable arrojo, supieron muy bien abrirse camino, haciendo alarde de lealtad para con su jefe Nur al-Din. El joven Yusuf recibió una educación esmerada. Pasó varios años de su adolescencia en un monasterio, donde se inició en el estudio del Corán; su piedad era sólida y sincera. Pero no fue junto a los monjes y los derviches donde adquirió su pasión por la guerra santa, sino en el ejército y en la corte de Nur al-Din, donde reinaba una atmósfera de devoción exaltada y de ardiente misticismo militar (afán de imitar al Profeta luchando, tal como él lo había hecho, por la fe).

Hombre serio ante todo, Saladino había asimilado tan bien las enseñanzas de su maestro y de los devotos que le rodeaban que consideraba la guerra santa como su primer deben «Luchar por la causa de Dios —escribe Baha al-Din— era en él una auténtica pasión [...]. No hablaba de otra cosa. No pensaba más que en los útiles de guerra y sólo se preocupaba de sus soldados. Tenía todas sus preferencias puestas en los que hablaban de la guerra santa y que animaban al pueblo a tomar parte en ella». (*Vida de Yusuf*, I, p. 23). Pero el joven emir campesino que servía con una lealtad ejemplar bajo las órdenes de su padre y de su tío tenía un temperamento demasiado equilibrado para caer en los excesos de la devoción o en el iluminismo entre místico y guerrero que constituían la fuerza de Nur al-Din. Sería más exacto decir que consideraba la guerra santa como un deber y, por tanto, podía apasionarse por otras cosas.

En 1168 partió con su tío, por orden del soberano, a la defensa de El Cairo contra los francos. Con la modestia que constituye

la coquetería de los grandes hombres, él mismo cuenta (*Atabegs*, pp. 254-255) con qué repugnancia había aceptado participar en esta empresa: «Por el mismo Dios, aunque me dieran todo el reino de Egipto, no iría. He sufrido demasiadas penas y trabajos en Alejandría para poder olvidarlos. Mi tío dijo entonces a Nur al-Din: "Es necesario que venga conmigo, ordénale que me acompañe". Nur al-Din me dijo entonces: "Te mando que te pongas en ruta con tu tío". Le contesté quejosamente que me encontraba en mala situación, sin cabalgaduras ni medios suficientes para hacer el viaje. Me dio entonces todo lo que necesitaba para equiparme y yo partí como un hombre a quien se lleva al suplicio. Cabalgué, pues, junto a mi tío y, apenas él hubo establecido su autoridad en Egipto, murió. Dios me dio entonces la soberanía de este país sin que yo lo esperara».

Pero las cosas no eran tan sencillas. Ante todo, Shirkuh y Saladino no tenían mayor derecho sobre este país que los mismos francos; el califa fatimí y su visir los habían llamado en su auxilio y les habían abierto las puertas. Una vez que los francos se hubieron marchado, las autoridades egipcias habían colmado a sus libertadores de regalos y de honores, les habían prometido dinero y les habían asegurado también ceder a Nur al-Din la tercera parte de Egipto, con la esperanza de que retirarían sus ejércitos. El poder continuaba estando en manos de Shawar. Fue el califa Al-Adid quien, por traición, entregó a su visir a Shirkuh, o más bien a Saladino. Cuando el visir de El Cairo y el joven capitán sirio cabalgaban juntos en dirección a un lugar de peregrinación, Saladino y sus caballeros se echaron sobre Shawar y le golpearon; luego, valiéndose de una orden del califa, le cortaron la cabeza. El califa odiaba a Shawar del modo en que los reyes débiles suelen odiar a los ministros demasiado poderosos. Y, en efecto, Shawar se llevaba a la tumba la independencia de Egipto.

El gesto de Saladino se excusa, sin duda, por las costumbres del medio donde vivía; y más aún si se piensa que, según parece, Shawar pensaba hacer asesinar a Shirkuh y a su sobrino durante un festín. En medio de esta lucha salvaje que era la política de algunas cortes musulmanas, Saladino resultó ser en aquel momento el más hábil y rápido. No podemos decir que hubiese tenido el primer papel en aquel asunto.

El débil y pérfido califa confirió a Shirkuh el título de «rey victorioso», le dio las funciones de visir y tesoros inmensos; Shirkuh distribuyó feudos entre sus emires en Egipto e instauró una dictadura militar que organizó sólidamente. Cuando, tres meses después del asesinato de Shawar, murió de repente, Saladino pasó a ocupar su sitio. Es cierto que no podía esperar la muerte de su tío, pero Dios no había tenido gran cosa que ver en toda esta aventura.

Saladino era lo que hoy llamaríamos un *self-made man*. Al heredar el cargo de visir, después de la muerte de Shirkuh, se dedicó, poniendo en ello toda su habilidad, a extirpar, por la persuasión o por la amenaza de la fuerza armada, la herejía chiita, en la cual el pueblo egipcio vivía desde hacía más de un siglo y medio. Haciendo esto, obedecía a las exigencias del califa de Bagdad. La revolución religiosa se llevó a cabo, según los cronistas (todos ellos sunníes ortodoxos), por ella misma y sin ningún disturbio, lo cual significa, para quien sabe leer entre líneas, que debió tener lugar en medio de un clima de terror político muy bien organizado.

Pero algunos de los mamelucos del califa, con la esperanza de expulsar al dominador extranjero, intrigaban en la corte de Jerusalén e intentaron que la guardia del califa se sublevara contra Saladino; esta guardia era un potente cuerpo armado, compuesto por cincuenta mil negros del Sudán y de Nubia, conocidos todos por su fuerza física y su valentía y fieles hasta el fanatismo a su señor y jefe religioso. Creyendo que su jefe estaba prisionero

(y en realidad lo estaba de una manera relativa), se lanzaron al asalto de El Cairo (agosto de 1169). Saladino, viendo que su ejército no podía competir con aquellos hombres que corrían hacia el combate con el más absoluto desprecio hacia la muerte, tuvo la idea de hacer incendiar el campamento donde los soldados de la guardia tenían alojadas a sus familias. Los negros, al enterarse de que sus mujeres y sus hijos se estaban quemando vivos, se impresionaron vivamente, y una parte de ellos se precipitó hacia el campamento. Otros pudieron llegar al palacio del califa, donde su jefe, aterrorizado ante las amenazas de Saladino, se desentendió cobardemente de ellos: «¡Lanzaos sobre estos perros esclavos y expulsadlos del país!». Los negros, desmoralizados, se dieron a la fuga. De esta manera, toda la guardia fue asesinada poco a poco. La guardia armenia del califa no pudo intervenid puesto que fueron cerradas las puertas de los cuarteles antes de que los armenios hubieran podido salir y se les prendió fuego. Las matanzas y las hogueras de carne humana duraron varios días.

El califa, desde entonces prisionero y sin defensa, llevó aún durante dos años una vida miserable. El 10 de septiembre de 1171, un enviado de Bagdad hacía oficialmente en la mezquita de El Cairo su plegaria en nombre del califa sunní, Al-Mustazhir , Jefe de los Creyentes. «Nadie se atrevió a proferir una palabra de desaprobación. El viernes siguiente, todos los predicadores de El Cairo y de Fustat, por orden de Saladino, sustituyeron la kutba alí por la kutba abasí. Todo ello transcurrió con la mayor tranquilidad, sin que hubiera siquiera una riña entre dos cabras» (Ibn al-Athir, pp. 282-283). Sabido es que los musulmanes son muy fogosos en sus discusiones religiosas y están siempre dispuestos a inflamarse a propósito de la menor alteración de la tradición. Por más indiferentes y decepcionados que pudieran estar los egipcios del siglo XII, la alusión a la «tranquilidad» de estos hombres no puede menos que estremecemos.

El hombre que asesinaba al visir que le había llamado en su ayuda, que hacía quemar vivos a miles de mujeres y de niños —sin contar a los soldados—, que oprimía y aterrorizaba a la población de un país que había venido a defender, no tenía la excusa de un fanatismo llevado hasta la exageración, ni de una obediencia ciega a las órdenes de su soberano. Saladino era ante todo un hombre ambicioso. Se había hecho el dueño de Egipto y tenía la intención de permanecer en su posición. Nur al-Din, inquieto al ver la seguridad con que su joven lugarteniente se hacía dueño de su nuevo cargo y celoso de la creciente popularidad de este nuevo campeón del islam, trataba a Saladino como a un subordinado, le concedió sólo el título de emir y nunca dejaba de recordarle que poseía Egipto sólo a título de gobernador provisional.

En El Cairo, después de la proclamación de la kutba abasí, el desacuerdo entre el gran *atabeg*, ya anciano, y su joven rival se hizo tan patente que Saladino, temiendo que el poder de Nur al-Din se viera acrecentado, renunció a una campaña contra los francos (septiembre de 1171). «Si Nur al-Din —le decían sus consejeros— entra en territorio franco, en el estado en que se encuentran, atacados por ti por un lado y por el otro por el *atabeg*, este último se apoderará del territorio. Y, cuando los francos hayan desaparecido del país y su reino haya sido conquistado, tú ya no podrás hacer frente al *atabeg* en Egipto.» (Kamil al-Tewarik , pp. 581-582). Vemos así que la guerra santa no era la primera preocupación de Saladino. La perspectiva de la desaparición de los francos hubiera tenido que llenarle de alegría en lugar de preocuparle. Nur al-Din puso a la luz del día la maniobra de su exprotegido, mandó a Saladino cartas llenas de indignación y decidió dirigirse personalmente a Egipto con la intención de expulsar al que desde ahora consideraba como a un aventurero.

Saladino, alarmado, reunió a todo su clan: su padre, su tío, sus hermanos, sus sobrinos y sus primos, para celebrar un consejo de guerra. Su padre, el viejo Ayyub, le amonestó como a un joven

aún inexperto para maniobrar como se debe. Comenzó por una serie de declaraciones sobre la lealtad feudal: «Te afirmo ante Dios que, si yo o tu tío aquí presente viésemos a Nur al-Din, no podríamos evitar descabalgar y prosternamos delante de él. Si nos ordenara que te cortáramos la cabeza con la espada, lo haríamos sin dudar [...]. Si Nur al-Din se presentara ante nosotros, aunque fuese solo, ningún emir, ningún soldado se atrevería a permanecer en su cabalgadura. Este país de Egipto le pertenece. Tú no eres aquí más que su lugarteniente». Pero estos sentimientos dignos de un samurai no eran los del viejo jefe kurdo. Una vez que se hubo quedado solo con su hijo, Ayyub le aconsejó que obrara con astucia, que fingiera la más fiel sumisión y que escribiese: «Si mi señor mandara a un emisario que me pasara una cuerda alrededor del cuello, me dejaría llevar sin oponer ninguna resistencia». Nur al-Din se tranquilizó de momento y no fue a Egipto. Pero Saladino, sin llegar a la revolución abierta, seguía siendo un vasallo rebelde, más deseoso de tratar bien a los francos que de ayudar a su señor a combatirlos.

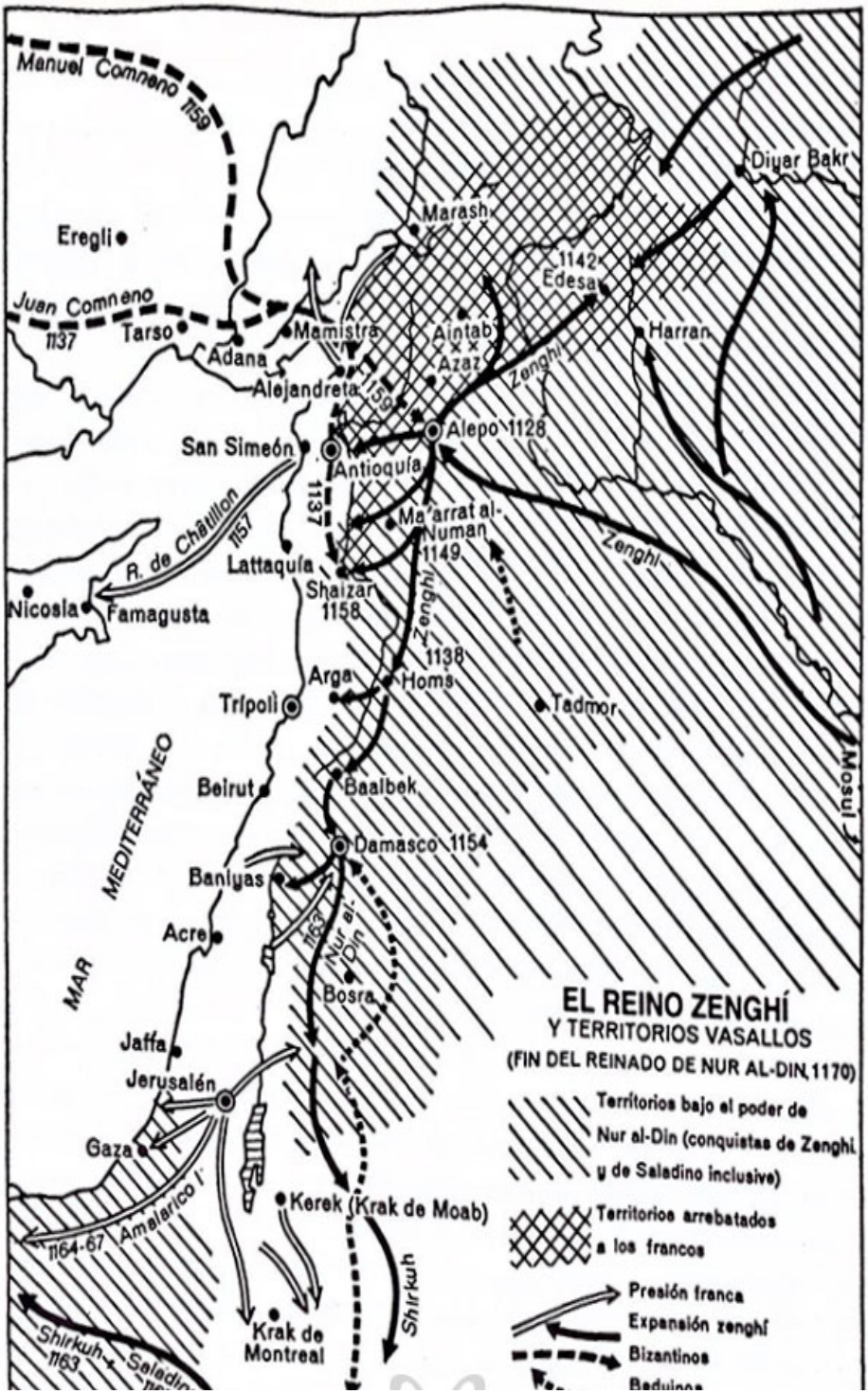
Por grande que fuera su fama, su prestigio no podía igualar el de Nur al-Din. Se veía obligado a fingir, a disimular, a engañar al *atabeg* con falsos pretextos, evitando a toda costa encontrarse con él cara a cara y enviándole cartas llenas de adulaciones y de declaraciones de fidelidad. Nur al-Din, cuyas fuerzas disminuían de día en día, puesto que se obligaba a observar unos ayunos rigurosísimos y a estar continuamente en oración, no se dejaba engañar, pero prefería hacer la guerra a los francos que a su vasallo. No obstante, la vigilia de su muerte pensaba todavía en ir a Egipto para expulsar a Saladino; sin embargo, no debía de prever que el ambicioso emir kurdo iba a heredar no sólo sus Estados de Siria, sino también esta gran causa de la guerra santa a la cual el hijo de Zenghi había consagrado su vida; y que los intereses de la religión iban a salir beneficiados.

Tras la muerte de Nur al-Din, Saladino puso los ojos, del modo más natural, en Damasco, la capital del reino zenghí. Dado que su soberano dejaba como heredero a un niño de once años, reclamó para sí la tutela del joven príncipe, «el hijo de su señor», al mismo tiempo que reclamaba, con evidente cinismo, las funciones de regente. «Si la muerte no hubiera sorprendido al *atabeg*, no hubiese confiado a otro la defensa y la educación de su hijo. Me dirigiré a la corte del hijo de mi señor y le agradeceré al niño los beneficios que recibí de su padre» (Kamil al-Tewarik, p. 608). Aquí se manifiesta de modo palpable la hipocresía de Saladino, puesto que, como veremos, sus sentimientos hacia el hijo de Nur al-Din nada tenían de paternales. Pero él era de esa clase de hombres para quienes el fin justifica los medios y que confunden con toda sinceridad su propio interés con el del ideal que sirven.

La muerte de Nur al-Din hacía inclinar el peso de la balanza política de Siria, y Saladino, poco antes aún deseoso de estar en paz con los francos, resultaba ser ahora su peor adversario y denunciaba violentamente las maniobras de la corte de Damasco que, por temor a Saladino, se inclinaba hacia una alianza con los francos. La lucha resultaba desigual. Contra un reino gobernado en nombre de un menor por regentes que no se entendían entre ellos, se levantaba el señor de Egipto, el campeón del islam, el hombre duro, dispuesto a todo, extremadamente inteligente, gran capitán, buen político, uno de estos hombres de los que hay contados en el mundo. Hay que albergar muchas reservas sobre el valor moral de este personaje, del cual resultaría pueril querer excusar los errores por la influencia del medio en que vivía o de la época; pero es cierto que Saladino fue, en sus actos, un personaje de auténtica grandeza. No había en él ni mezquindad, ni bajeza, ni vanidad. Incluso en sus astucias conservaba la inocencia del hombre que, al reclamar el primer puesto, tiene la impresión de pedir lo que se le debe. Y lo que es más, cuando hubo llegado a la cima del poder; supo conservar durante toda su vida la sen-

cillez y naturalidad del hombre que nunca ha sentido la necesidad de aparentar ser más de lo que en realidad es.

Para la Siria franca, la proximidad de un hombre como él era una catástrofe. Si Zenghi había comenzado a unificar la Siria musulmana, si Nur al-Din había infundido a los musulmanes el entusiasmo por la guerra santa, Saladino iba a encarnar en su persona el despertar del islam, a convertirse casi sin querer en su héroe y su paladín, y a imponer a sus mismos adversarios la supersticiosa conciencia de su superioridad[58].


EL REINO ZENGHÍ
Y TERRITORIOS VASALLOS
(FIN DEL REINADO DE NUR AL-DIN, 1170)
Territorios bajo el poder de Nur al-Din (conquistas de Zenghi y de Saladino inclusive)
Territorios arrebatados a los francos
Presión franca
Expansión zenghí
Bizantinos
Beduinos
Manuel Comneno 1159
Juan Comneno 1137
Eregli
Tarso
Adana
Mamistra
Alejandreta
Marash
Aintab
Azaz
1142
Edesa
Harran
Diyar Bakr
Zenghi
Alepo 1128
San Simeón
Antioquía
1137
Ma'arrat al-Numan 1149
R. de Châtillon 1157
Lattaquía
Shaizar 1158
Nicosia
Famagusta
Zenghi
1138
Homs
Arga
Trípoli
Tadmor
Mosul
MEDITERRÁNEO
MAR
Beirut
Baalbek
Damasco 1154
Baniyas
Acre
1163
Nur al-Din
Bosra
Jaffa
Jerusalén
Gaza
Kerek (Krak de Moab)
Amalrico I
1164-67
Shirkuh
Krak de Montreal
Shirkuh 1163
Saladino

0
200 km

Capítulo 8

La caída del reino franco (1174-1188).

El rey leproso

Saladino sabía que los francos no eran unos adversarios fáciles de reducir. Con todo, en las fechas en que moría Amalarico, no se imaginaba aún que le iba a costar tanto vencerles. Su victoria final había de ser el resultado de una serie de afortunadas coincidencias. Los francos eran más fuertes de lo que creía y quizá de lo que ellos mismos suponían.

De los dos gobiernos de regentes a los que Saladino tenía que hacer frente después de la muerte de Nur al-Din y de Amalarico, puso primero los ojos en el de Damasco. La acción le resultaba aquí más fácil, puesto que tenía aliados en la plaza gracias a su popularidad en el mundo musulmán. Los sucesores de Nur al-Din le facilitaban además el trabajo: Sayf al-Din Ghazi II, sobrino de Nur al-Din y *atabeg* de Mosul, se había aprovechado de la muerte de su tío para apoderarse de una parte de sus posesiones, el norte de Siria, con Nisibin, Harrán, Edesa y Saruch; el gobernador de Alepo, el emir Ibn al-Daya, estaba celoso del gobernador de Damasco, Ibn al-Muqadam, y las discordias entre ambas ciudades incrementaron cuando los emires de Alepo obtuvieron para sí la custodia del joven soberano Al-Salih Ismail. Los damascenos llamaron en su ayuda a Saladino, quien, contento de su suerte, entró en Damasco, se estableció en ella como señor y se proclamó súbdito fiel («mameluco») del joven zenghí, que, según decía él, los emires de Alepo retenían injustamente en su ciudad.

Pero los emires de Alepo, y el joven Al-Salih el primero, no se dejaron engañar por esta lealtad, y al ver aparecer el ejército de Saladino ante Alepo llamaron a los francos en su ayuda. El joven rey, montado en su caballo, arengó a las tropas y al pueblo, suplicándoles que le protegieran contra la perfidia de Saladino. La actitud decidida de los habitantes de Alepo y la proximidad del ejército franco obligaron a Saladino a levantar el sitio y a replegarse hacia Damasco. El *atabeg* de Mosul, primo del pequeño Al-Salih, intentó, con la ayuda de las tropas de Alepo, expulsarlo de Siria; pero resultó vencido (Qurun Hama, 23 de abril de 1175). Saladino, acabando de una vez con la comedia de su lealtad, se hizo proclamar rey de Damasco y declaró abiertamente su hostilidad hacia el hijo de Nur al-Din. Alepo tenía todas sus esperanzas puestas en los francos para garantizar lo que quedaba de su independencia. El mismo Al-Salih, si llegaba a gobernar, estaba condenado a no ser más que un vasallo de Saladino, el cual era ya prácticamente dueño de toda la Siria musulmana.

Los francos, sin embargo, eran más difíciles de liquidar. Pero, después de la muerte del rey Amalarico, el reino de Jerusalén estaba, como el de Damasco, en una situación bastante precaria, sin un gobierno estable, abandonado a las intrigas y a las luchas individuales que acompañan siempre los comienzos del reinado de un menor. A la muerte del rey, el gobierno pasó a manos del senescal Milón de Plancy, caballero francés, amigo íntimo de Amalarico, quien, a fin de cuentas, tenía unas ideas bastante claras sobre la necesidad de un gobierno riguroso y se había atribuido por su cuenta poderes de dictador. Pero lo que los barones habían aceptado de bastante mala gana de un rey coronado y legítimo no estaban dispuestos a tolerarlo de uno de sus iguales, que además era extranjero. La nobleza y la población franca en su mayoría oponían al senescal otro candidato a la regencia.

Milón de Plancy, que era muy impopular (Guillermo de Tiro nos hace de él un retrato de lo más siniestro, en el que, dejándose

llevar por el odio, deja de lado toda preocupación por la objetividad), se creía tan temido por sus súbditos, que, cuando en cierta ocasión le advirtieron de un complot que se había organizado contra él, respondió que, «incluso si [sus enemigos] lo encontraban dormido, no se atreverían a despertarlo» (Guillermo de Tiro, p. 1009). Una noche fue atacado en la calle por una banda de conjurados que lo mataron a puñaladas.

El hombre que pretendía oficialmente la regencia era el conde de Trípoli, Raimundo III. Sus derechos no podían dejar de ser reconocidos, pues era primo hermano del difunto rey, por su madre, Hodierna de Jerusalén, y el primer barón del reino latino, ya que Bohemundo III, príncipe de Antioquía, había pasado definitivamente a formar parte de la clientela del Imperio bizantino. Ya había pasado el tiempo en que los reyes podían permitirse el lujo de hacer frente a los grandes vasallos, como en Occidente. El pequeño reino, acosado por todas partes, reducido a la mitad, intentaba reunir las fuerzas que le quedaban. Jerusalén temía perder el apoyo del conde de Trípoli y sus habitantes se complacían ante la idea de poder contar con la ayuda del conde.

Raimundo III tenía, en 1174, treinta y cinco años. Dos años antes había salido de la cárcel de Alepo, donde había estado prisionero durante ocho años. Este cautiverio le había marcado con dureza; ya no era aquel joven irascible y ardiente que se precipitaba sobre Chipre y la saqueaba para vengar a su hermana. Era ambicioso, pero lo que sabemos sobre su carácter no nos da pie a creer que hubiera ordenado personalmente la muerte de Milón de Plancy. Reclamaba la regencia para sí y precisaba que si le era negada consideraría este hecho como un gesto de hostilidad. Los grandes barones tenían mucho interés en tratarlo bien porque acababa de casarse con la viuda del señor de Tiberíades y de Galilea y se encontraba, por consiguiente, en posesión de uno de los mayores feudos del reino. Después de la muerte de Milón de

Plancy fue nombrado regente, y comenzó a practicar una política prudente, tratando con diplomacia a la vez al joven rey de Alepo y a Saladino, y esforzándose sobre todo en evitar que Damasco y Alepo se unieran en manos de Saladino. «El enemigo —escribía Saladino, refiriéndose al conde de Trípoli— ha puesto a los habitantes de Alepo bajo la protección de la Cruz, y les ha contaminado su odio contra el islam». (*Dos jardines*, p. 168).

Pero, temiendo (sin razón) que el *atabeg* de Mosul quisiera apoderarse de Alepo y que, expulsando a Saladino de Siria, llegara a ser demasiado poderoso, Raimundo III firmó una tregua con Saladino y obtuvo incluso la restitución de todos los prisioneros francos (mayo de 1175). Viendo que Saladino no iba a tardar mucho en extender su poder por toda la Siria musulmana y que, de todas maneras, valía más estar en buenas relaciones con él, Raimundo III y el condestable Onfroi II de Toron le hacían una guerra prudente, continuamente interrumpida por treguas e intercambios de relaciones corteses. Sabían que su adversario era demasiado poderoso como para poder pensar en vencerle; sólo pensaban en hacerle comprender que eran aún una fuerza bastante considerable, y que era mejor para él no exasperarles hasta el límite.

A partir de 1175, el regente y los barones de Jerusalén pudieron contar con un auxilio inesperado, y más valioso de lo que se podía pensar a primera vista. El joven rey, de catorce años de edad, se estaba revelando como un intrépido guerrero, capaz de arrastrar las tropas al combate y más tarde de mandarlas y de dirigirlas en una batalla. Se le veía cabalgar a la cabeza de sus tropas, al lado del condestable y del conde de Trípoli, participando en las razias y en las campañas de diversión, atacando a veces por el lado de Damasco, a veces por el de Alepo, recogiendo botín, haciendo prisioneros, empujando incluso los ejércitos del hermano de Saladino, Shams al-Dawla (1176). En esta época, el rey, demasiado joven aún para mandar el ejército, era sobre todo para

sus hombres un símbolo y un estímulo, ya que todos combatían de mejor gana bajo las órdenes de un monarca legítimo. Por joven que fuese, era como la bandera que hay que proteger y que se sigue en las más duras refriegas; y él no temía exponerse a ningún peligro. Era aún entonces un jinete remarcable —a juzgar por lo que nos dice Guillermo de Turo— que montaba a caballo «mejor que sus predecesores». Sin embargo, para hacer una guerra era necesario cabalgar docenas de kilómetros, a menudo completamente armado, con cota de malla y casco, y había que lanzarse bajo un calor sofocante en medio de los enemigos con el escudo y la lanza en mano… A los catorce o quince años, hasta un niño robusto hubiera tenido dificultad en soportar estos esfuerzos.

La enfermedad debía habérsele declarado muy pronto, a una edad en que, según el testimonio de Guillermo de Tiro, era aún incapaz de comprender que su insensibilidad al dolor era algo anormal, puesto que, cuando sus compañeros de juego le pinchaban o le arañaban, no sentía nada. Así pues, cuando subió al trono, hacía por lo menos diez años que era leproso y, si la enfermedad comenzó a progresar con mayor rapidez en el momento de la pubertad, ya en su primera infancia debía de haber acabado con sus fuerzas. Pero él actuaba siempre como si se encontrara en perfecto estado, aun cuando nadie (por lo menos así parece) se hubiera atrevido a reprocharle que se preocupara tan sólo de cuidarse.

Había sido educado, como corresponde a un príncipe, por caballeros y maestros de armas, y también por eclesiásticos (entre ellos, el historiador Guillermo de Tiro); y estos últimos le habían enseñado a tener paciencia y estar preparado para la dura prueba que iba a ser su vida. También habían procurado despertar en él el sentido del deber, el orgullo de ser, a pesar de su enfermedad, rey de Jerusalén y defensor del Santo Sepulcro. De todas maneras, ya fuese como consecuencia de su educación o de

sus disposiciones naturales, Balduino IV parecía poco dado a compadecerse de sí mismo. Con el ardor del adolescente que, sabiéndose con un defecto físico, quiere demostrar a todo el mundo y a sí mismo que es capaz de igualar y de superar a los otros, el soberano niño superaba su mal, porque, si bien era un rey que tenía la desgracia de ser leproso, era también un leproso que tenía la suerte de ser rey.

Le gustaba el poder; no tenía otra cosa en la vida. Desde muy pronto manifestó el deseo de gobernar por sí mismo y no toleró que se le desobedeciese. En un muchacho tan joven, un carácter así hubiera podido degenerar en la tiranía o la veleidad, pero Balduino IV estaba dotado de una viva inteligencia, que había madurado antes de tiempo, y se aplicaba con toda sinceridad a actuar por el bien del reino; por lo menos hasta que el sufrimiento comenzó a dominarle la razón.

Descendiente de Balduino II y de Fulco de Anjou, de Gabriel de Melitene y de Jocelin de Courtenay, había nacido para la acción; y, por sincera que fuese su piedad, no había de encontrar nunca, ni siquiera al final de su vida, cuando los miembros se le caían literalmente a trozos y se le soltaban del cuerpo, el consuelo en la exaltación mística o en la paz de la oración. Quiso ser rey hasta el último momento, mandar y ser obedecido, porque era ésta su manera de aferrarse a la vida y tenía, además, el espíritu de un terrible luchador.

Educado en medio del desorden de una corte frívola y bastante disoluta, donde las intrigas galantes y las intrigas políticas ocupaban los ánimos tanto como la guerra, lúcido y sabiéndose situado por su extracción en el centro de este gran juego de odios, celos, ambiciones, de cálculos interesados y desinteresados, siendo consciente de que su muerte era considerada por todos un hecho consumado, que su sucesión era ya ambicionada (mientras que él mismo no iba a tener nunca un sucesor), percibiendo que, aun estando él con vida, todo el mundo esperaba

poder dominarlo y dirigirlo, el joven rey era desconfiado por naturaleza, poco dado a la amistad y a entregarse a los otros. Pues ¿quién iba a querer ser amigo de un leproso? Después de la muerte de su padre, que lo adoraba y a quien él había querido seguramente mucho, se vio rodeado de hombres cuyo afecto podía siempre, con o sin razón, serle sospechoso. Parece ser que tenía confianza en su condestable Onfroi de Toron, un hombre tan íntegro como bueno; pero Onfroi era un guerrero e intervenía poco en la política. Demasiado joven para gobernar por sí mismo, y poseedor de un carácter independiente, Balduino acabó por caer; al menos en parte, bajo la influencia de una persona limitada, egoísta, absolutamente indiferente al bien público y que abusaba sin escrúpulo de los innegables derechos que tenía sobre él.

Esta persona era la madre del rey. Inés de Courtenay, la esposa repudiada de Amalarico, que no llegó a ser nunca reina y que, por lo tanto, jamás fue designada con el título de reina madre, había sido separada de sus hijos cuando éstos eran aún muy pequeños; se había vuelto a casar con Hugo de Ubelin y luego, al quedarse viuda, había casado, en cuartas nupcias, con Reinaldo de Sidón, a quien abandonó poco tiempo después para llevar una vida bastante libre. Hay que reconocer que su juventud no había sido alegre: de muy joven había asistido a la ruina del condado de su padre, Jocelin II de Edesa, su primer marido murió[59], su padre fue hecho prisionero y cegado y su madre se vio obligada a liquidar los restos del dominio paterno. Arruinada y humillada, la princesa tuvo que soportar que, a la muerte de Balduino III, los barones, llenos de arrogancia, le prohibieran acceder al trono, y que su marido la repudiara y le quitara a sus hijos. Su hermano había sido hecho prisionero el mismo año, y la nieta de Jocelin de Courtenay, amargada y cínica, sólo pensaba en gozar de la vida de todas las maneras posibles. Parece ser que en el momento de la muerte de Amalarico ya estaba bastante desprestigiada, pues, aunque tenía ya unos cuarenta años, no renunciaba a sus

aventuras galantes; más tarde llegará a hacer gala de modo descarado de sus relaciones amorosas.

Pero una vez que Amalarico hubo desaparecido, se convirtió, por este mismo hecho, en un personaje importante en el reino. Era la madre del rey y de la princesa heredera, Sibila, y ahora, nadie podía impedirle que viera a sus hijos. No se sabe si fue el amor materno o el interés lo que le empujó a acercarse a ellos. Podemos suponer, en cambio, que los dos jóvenes, hasta entonces faltos de amor materno, se aferraron ávidamente a la ternura que se les ofrecía, ya que la influencia de Inés sobre su hijo y su hija fue muy grande.

Inés de Courtenay tenía una rival en la corte, la viuda de Amalarico, la princesa bizantina María Comneno. María no tenía parte alguna en el gobierno y vivía en su dominio de Naplusa; pero tenía una hija, muy pequeña todavía, Isabel. María podía reivindicar para ésta la herencia de Balduino IV, puesto que Balduino y Sibila, por ser nacidos de un matrimonio declarado nulo por la Iglesia, eran, en principio, bastardos. Si Balduino reinaba, porque era un varón, los derechos de Sibila eran más discutibles; pero por otra parte Sibila tenía la ventaja de estar en edad de contraer matrimonio y de poder dar un heredero al reino. El joven rey, al margen de los problemas de política exterior; debía aún hacer frente a estas luchas de mujeres, a las rivalidades de clan, a las intrigas de corte, todas ellas con un mismo objeto más o menos: adueñarse del poder el día en que él hubiera dejado de existir. Y él salía apenas de la adolescencia y parecía tener unas enormes ansias de vivir.

Para consolidar los derechos de su hermana y arreglar de una vez para siempre esta cuestión de sucesión, Balduino IV decidió casar a Sibila cuanto antes. En 1176 hizo ir a Palestina a un noble barón italiano, hijo de Guillermo III, marqués de Montferrato. Este joven, llamado también Guillermo y conocido por el sobrenombre Larga Espada, estaba emparentado a la vez con el rey de

Francia y con el emperador de Alemania; era guapo y valiente (pero desgraciadamente, según Guillermo de Tiro, muy iracundo) y parecía bastante capaz de defender el reino el día en que Balduino IV ya no pudiera hacerlo. Guillermo Larga Espada casó con la princesa Sibila, y murió tres meses después de su matrimonio, de una fiebre palúdica (junio de 1177) dejando a la joven viuda encinta. El rey y los barones de Jerusalén se encontraron más apurados que antes, porque, si el niño esperado resultaba varón (y efectivamente lo fue), éste tenía que heredar el reino, en cuyo caso Sibila se presentaba menos atractiva a los barones de ultramar, puesto que cualquier posible esposo que se le destinara no podía aspirar a gobernar la tierra más que a título provisional.

Durante el mismo año, un gran señor del norte de Francia, Felipe[60], conde de Flandes, nieto por parte de madre del rey Fulco de Anjou y, por consiguiente, primo hermano de Balduino IV, desembarcaba en Tierra Santa con un importante ejército cruzado. El rey y sus caballeros se alegraron al imaginar que este barón venía guiado por un piadoso celo por el Santo Sepulcro y por el afecto familiar; porque su madre, la condesa Sibila, se había hecho religiosa en un convento cerca de Jerusalén. Pero pronto se desengañaron. Felipe de Flandes venía para casar a los dos hijos de uno de sus primos, Roberto de Béthune, con las dos princesas de Jerusalén. Sin embargo, una de ellas era viuda desde hacía sólo tres meses y estaba encinta, y la otra no tenía más de siete años. Además, Felipe se negaba a tomar bajo su responsabilidad la defensa del reino, a pesar de las súplicas de Balduino IV, el cual —dada su confianza en el poder y el valor de las gentes de ultramar— estaba dispuesto a nombrar a su primo regente del reino, a poner a su disposición sus ejércitos, su tesoro y sus tierras. La oferta nada tenía de tentadora para el conde de Flandes; lo que le interesaba en realidad era casar a los dos herederos de Béthune, con el fin de obtener de su padre la cesión de dicho condado para sí. Sintiéndose humillados al ver su tierra de Jeru-

salén rebajada de tal suerte y convertida en objeto de regateo para unos vasallos del rey de Francia, Balduino IV y sus consejeros rehusaron sus ofertas.

Nada podía esperarse de Felipe de Flandes. Si le pedían que fuese a combatir a Saladino, respondía que no conocía lo bastante el país. Si le proponían tomar el mando del ejército franco para la expedición francobizantina contra Egipto —prevista en los tratados con Manuel Comneno—, respondía que temía que sus soldados se quedaran sin víveres. Las escuadras bizantinas que contaban con las tropas flamencas se volvieron hacia Constantinopla. Felipe, al que se suplicaba sin cesar que dejase señalado su paso por Tierra Santa con alguna acción brillante, se decidió al fin a acompañar a Raimundo III de Trípoli al sitio de Harim, en el norte de Siria. Pero se condujo de tal manera que el príncipe de Antioquía, Bohemundo III, prefirió levantar el sitio, después de haber arrancado a los sitiados una contribución en dinero. Los cruzados de ultramar, en lugar de pelear, no pensaban más que en correr alegres juergas en Antioquía, donde frecuentaban las casas de juego y los malos lugares.

Mientras el conde de Flandes perdía así el tiempo en el norte de Siria, adonde había llevado una parte de la caballería jerosolimitana y a los caballeros del Hospital, Saladino atacaba el reino por el sur, por el lado de Ascalón.

Creyó que enseguida se apoderaría de un país en aquel momento sin defensores y dejó que su ejército se desbandara y devastara los campos. Balduino IV, que había reunido a todos los caballeros que le quedaban y se había llevado la Vera Cruz, corrió primero a refugiarse a Ascalón, y desde allí se lanzó sobre el enemigo. El país creía que se encontraba ya al borde de la invasión, sin posibilidad de resistir a las tropas de Saladino, que, según Guillermo de Tiro, estaban formadas por veintisiete mil hombres.

El rey de Jerusalén llevaba con él a trescientos setenta y cinco caballeros, de los cuales ochenta eran caballeros del Temple que iban a las órdenes de su maestre Eudes de Saint-Amand; el «príncipe» Reinaldo de Châtillon[61] y Jocelin III de Courtenay, tío del rey, ambos recién salidos de las cárceles turcas; los hermanos de Ibelin, Reinaldo de Sidón y Aubert, obispo de Belén, que llevaba la Vera Cruz; los soldados de infantería, que habían sido reclutados a toda prisa, hasta entre los burgueses, eran más numerosos que los de caballería, pero no sobrepasaban los cuatro mil.

El ejército franco, muy inferior en número, atacó a Saladino por detrás y por sorpresa. «Los bagajes militares que llegaban en aquel momento obstruían el paso, dice Abu Shama. De repente aparecieron los escuadrones francos. Surgieron ágiles como lobos y ladrando como perros. Atacaban en masa, ardientes como la llama. Las tropas musulmanas se hallaban diseminadas saqueando los pueblos de los alrededores. La suerte de los combates se volvió pues contra ellas» (Dos *jardines*, p. 185). Los musulmanes no llegaron a poder agruparse y fueron rechazados y aniquilados uno tras otro. Saladino se salvó de milagro, gracias a la abnegación de los mamelucos de su guardia personal, que murieron casi todos a su alrededor.

Para el gran jefe musulmán, este hecho constituyó una terrible derrota, y los mismos cronistas musulmanes así lo reconocen (Kamil al-Tewarik, p. 628). El gran ejército de Saladino, en desbandada, tuvo que huir hacia Egipto, a través del desierto, muriendo de sed y perdiendo caballos y mulos, acosado en su retaguardia por los francos. Aunque la derrota hubiera sido debida ante todo a la imprudencia de Saladino, que aquel día se había mostrado demasiado seguro de sí mismo, el espíritu de decisión del rey de Jerusalén y la energía desesperada de las tropas francas habían logrado lo que parecía un milagro: un potente ejército musulmán mandado por Saladino en persona huía ante los francos, mientras que éstos no disponían ni siquiera de la mitad de

sus efectivos normales y llevaban por jefes a un joven leproso y la Vera Cruz.

Balduino —y la Cruz— volvieron a Jerusalén como unos triunfadores. La victoria de Montgisard (25 de noviembre de 1177), considerada como milagrosa por los contemporáneos, acababa de salvar la Siria franca del mayor de los peligros que había corrido hasta aquel día. Y en aquel momento parecía que aún nada se hubiera perdido. El rey acordó una tregua con Saladino, y los señores francos se emplearon en reforzar sus fortalezas y construir otras nuevas, decididos a seguir llevando indefinidamente esta vida de guerra defensiva que podía permitir subsistir al reino, a pesar de tener un vecino como Saladino. Éste no iba a ser eterno, y lo que importaba era conservar Jerusalén para la cristiandad.

El rey leproso continuaba organizando y conduciendo personalmente expediciones guerreras. Dos años después de Montgisard, fue vencido en un bosque cercano a Paneas. En aquella ocasión, durante un combate encarnizado, el condestable Onfroi de Toron fue literalmente acribillado a flechas mientras protegía con su propio cuerpo al rey, y murió como consecuencia de las heridas. Bajo Balduino III, Amalarico I y Balduino IV, este hombre había sido el general en jefe del ejército real y el mejor guerrero de los tres reinados. Su muerte era pues una pérdida irreparable. Ibn al-Athir pudo decir de él: «Es imposible dar una idea de lo que era Onfroi. Su nombre era tomado como sinónimo de valentía y de prudencia en la guerra» (Kamil al-Tewarik, p. 635).

Durante el mismo año, el 10 de junio, Saladino derrotaba otra vez a los francos en la llanura de March Ayun, donde sus tropas destrozaron al conjunto de los ejércitos francos, antes de que el conde de Trípoli y los templarios hubieran podido unirse al rey. El reino perdía así una buena parte de sus caballeros, entre muertos y prisioneros. Aquel día fue hecho prisionero Eudes de

Saint-Amand, a quien los cronistas latinos culpan del desastre. Dos meses más tarde, Saladino se apoderaba de la fortaleza del Vado de Jacob y la destruía minándola e incendiándola, después de haber hecho matar a la casi totalidad de sus defensores.

Al mismo tiempo, desde Egipto, mandó armar su flota para ir a saquear las costas francas y, al llegar a Acre, se llevó los barcos que se encontraban en el puerto.

Balduino IV pidió una tregua y Saladino, que tenía ciertas dificultades en mantener bajo su dominio Egipto y Siria al mismo tiempo, consintió en dejar a los francos tranquilos durante una temporada. Pero con ello no hacía más que aplazar la partida. Por otra parte, en esta época, el rey de Jerusalén, que iba a cumplir pronto los veinte años, comenzaba a verse seriamente afectado por su mal. Desfigurado, casi incapaz de servirse de las manos y de los pies, ya no podía pensar en montar a caballo ni en correr al combate a la cabeza de sus ejércitos. Era el principio de su decadencia y el principio del fin del reino.

Se defendía con todas sus fuerzas —ya no frente a Saladino, con el cual esperaba poder mantener la tregua el mayor tiempo posible—, sino contra aquellos de quienes sospechaba, con razón o sin ella, que querían apartarlo del poder. Un día el conde de Trípoli y el príncipe de Antioquía decidieron ir en devota peregrinación a Jerusalén, y el rey, enterado del hecho, creyó que iban con la intención de destronarle y quiso impedirles la entrada en el reino. A pesar de los argumentos que los dos príncipes esgrimieron para tranquilizarle, no dejó de sospechar de ellos y emprendió la tarea de buscar un marido para su hermana Sibila, no para tener un heredero (porque la joven princesa había dado a luz a un hijo, en 1178, que fue bautizado con el nombre de Balduino), sino para contar con un defensor a su lado.

Escogió a toda prisa y bastante mal; o, mejor dicho, su hermana y su madre lo hicieron en su nombre. Mientras que se había

pensado en casar a la joven viuda con el duque de Borgoña (el cual no llegó jamás) y luego con un gran barón del país, Balduino de Ramala, de la familia de Ibelin, Sibila se enamoró de un joven caballero de Francia que su madre y el amante de ésta, Amalarico de Lusiñán, habían hecho venir a Palestina expresamente para ella.

Amalarico de Lusiñán pertenecía a una de las familias más nobles de Francia, los Lusiñán, condes de la Marche y del Poitou. Segundón y sin heredad, había ido a Tierra Santa en busca de fortuna y había tenido la suerte de casarse con la hija de Balduino de Ibelin o de Ramala, el pretendiente de Sibila, y luego había conquistado a la madre del rey. Hombre inteligente, ambicioso y nada escrupuloso, Amalarico era demasiado francés de Francia para poder comprender los verdaderos intereses del reino de Jerusalén; pero quería el poder. Obtuvo una gran influencia sobre Inés de Courtenay, quien, a su vez, la tenía sobre su hija. Los dos amantes decidieron, pues, casar a Sibila según sus intereses, y Amalarico llamó de Francia a su hermano menor, Guido, valiente caballero, pero más famoso todavía por su belleza que por su valentía. El rey, acosado por su madre y su hermana y deseoso de casar a esta última, acabó por aceptar a este pretendiente. Guido de Lusiñán se casó con Sibila y recibió en feudo las tierras de Jaffa y de Ascalón, y el título de conde.

Se ha dicho de todo sobre la «simpleza» de Guido de Lusiñán y sobre la necedad de Sibila, que se empeñaba a toda costa en casarse con un joven agraciado. Pero si esta boda era un error desde el punto de vista político, la responsabilidad recaía sobre Balduino IV, cuyas intenciones, a pesar de lo que pueda decirse, no eran nada absurdas, sino muy comprensibles: quería conservar el poder y prefería tener por cuñado a un hombre como Guido, lo suficientemente noble como para poder gozar, si la circunstancia lo requería, del apoyo de Occidente (los Lusiñán estaban emparentados con el rey de Inglaterra), lo suficientemente pobre co-

mo para que no fuese peligroso (Guido no traía, para apoyar sus pretensiones, a ningún caballero cruzado) y lo suficientemente insignificante como para ser el dócil ejecutante de la voluntad del rey. Balduino, que era generoso por naturaleza, y que «no olvidaba nunca una injuria, y mucho menos un favor», no esperaba recibir la ingratitud del hombre cuya suerte había labrado. Se empeñaba en no comprender que, para los hombres sanos, un leproso ya no podía ser un hombre, ni su voluntad ser tomada en serio, por rey que fuera.

Balduino se había peleado, poco más o menos, con el conde de Trípoli, el hombre más poderoso del reino, el exregente, que —según la opinión de los cronistas musulmanes— deseaba abiertamente la sucesión al trono. Desconfiaba de los barones palestinos, que eran muy influyentes en Jerusalén, y sospechaba que pertenecían al partido de la reina viuda María Comneno y de su hija (María Comneno se había casado con Balián de Ibelin, uno de los jefes de la nobleza local). Al casar a su hermana con un extranjero sin fortuna, Balduino IV llenaba de descontento a toda la nobleza del país; pero él creía por lo menos que encontraría en Guido a un auxiliar fiel y seguro. El joven barón pictavino era, demasiado se sabía, un muchacho guapo; pero ello no quiere decir que le faltaran valentía y experiencia militar.

A la otra hermana del rey, la pequeña Isabel, se le dio también marido. Queriendo honrar a la familia del heroico condestable que murió para defenderle, y apreciando al nieto por lo que fue su abuelo, Balduino casó a su hermana con Onfroi IV de Toron, hijo de Onfroi in de Toron y de Estefanía de Milly, castellana del Krak de Transjordania. Pero este matrimonio era, por varias razones, una gran equivocación: ante todo, Onfroi IV, de catorce años de edad, era un muchacho blando, «que más parecía una mujer que un hombre» (*Itin.*, p. 120); luego, su madre y la madre de la novia se odiaban, hasta el punto de que esta boda se convertía en motivo de nuevas discordias e intrigas; y además Este-

fanía de Milly, al quedarse viuda, se había casado en terceras nupcias[62] —en 1177— con el antiguo príncipe de Antioquía, Reinaldo de Châtillon, y este personaje, ya de por sí bastante turbulento, se convertía ahora en suegro de una de las herederas del trono y, por consiguiente, en un futuro candidato al poder.

Parecía que la corte de Jerusalén, a imagen del rey leproso, se descomponía y se dislocaba. Se la hubiera podido calificar de corte de opereta, si su situación no hubiera sido tan peligrosa, las pasiones que en ella reinaban tan corrosivas y tan desesperada y triste la causa del desorden que en ella reinaba. Ésta era la lenta y atroz agonía de un joven que lanzaba un constante desafío a la muerte y luchaba sin ninguna esperanza por su vida, sus derechos y su reino.

No tuvo la habilidad de dejar, mientras vivía, el poder en manos del conde de Trípoli, el cual, cualesquiera que fuesen sus defectos, era aún el único hombre capaz de hacer respetar un orden, por lo menos relativo. Bien es verdad que Raimundo III tenía muchos enemigos; pero el rey era capaz de imponer su voluntad cuando quería y, en cambio, en lugar de buscar el apoyo del conde, hacía todo lo posible por apartarlo del gobierno. Aquí puede muy bien adivinarse la influencia de Inés de Courtenay y de su hermano Jocelin III; pero existía también el tenaz deseo del joven rey de no abandonar su puesto. Había ya soportado con impaciencia la regencia de Raimundo durante los primeros años de su reinado, y no quería volver a caer bajo la tutela de este hombre, al que a pesar de todo (y como más adelante se verá) apreciaba.

Inés de Courtenay y su hermano imponían su voluntad en la corte gracias a la benevolencia del rey. Jocelin III, príncipe desposeído de sus dominios de Edesa, era un hombre inteligente y enérgico, pero terriblemente amargado por diez años de cautiverio, celoso de todo y de todos, que odiaba a la nobleza jerosolimitana porque no había querido hacer nada ni por su padre ni

por él (había sido liberado gracias a la influencia de su hermana), y que se mostraba, al parecer; indiferente ante la posible ruina del reino. Ocupaba uno de los lugares más altos en la corte —había sido nombrado senescal— y se aprovechaba de ello para echar mano del tesoro sin ninguna vergüenza, de acuerdo con su hermana. Su único deseo era obtener de su sobrino la regencia durante la minoría de edad del futuro rey, el pequeño Balduino, hijo de Sibila. Ambicionaba al mismo tiempo la regencia el nuevo esposo de Sibila, Guido de Lusiñán, o más bien —por mediación de Guido— el hermano de éste, Amalarico, nombrado recientemente condestable. Jocelin y Amalarico se entendían por lo demás muy bien en su común deseo de hacer fracasar las pretensiones del conde de Trípoli.

El patriarca de Jerusalén, Amalarico de Nesle, murió en 1180. La personalidad del patriarca, sobre todo en los períodos de disturbios o de grave peligro exterior, era de capital importancia. En Antioquía vimos cómo varias veces la provincia se salvó del desastre gracias a la intervención de patriarcas lo suficientemente fuertes como para tomar el poder en ausencia de un gobernador laico. El candidato que los clérigos y la nobleza propusieron para la sede patriarcal de Jerusalén era un hombre eminente, respetado por todos, que en el pasado había gozado del favor de Amalarico I y que, en la actualidad, estaba sostenido por el conde de Trípoli. Había sido preceptor del rey leproso, embajador del rey en Constantinopla y arzobispo de Tiro. Era un hombre de esas tierras, conocía admirablemente las costumbres sirias, hablaba griego, hebreo y árabe; un hombre, en fin, que parecía especialmente designado para el cargo. Era el historiador del reino, Guillermo de Turo. Pero no tuvo que asumir las graves responsabilidades, que hubiera seguramente desempeñado con dignidad: se prefirió a él el candidato propuesto, o mejor dicho impuesto, por el rey.

Heraclio, pobre clérigo, procedente de Guévaudan, poco instruido, de moral y costumbres más que dudosas, pero de una belleza notable y dotado de una cierta elocuencia, tuvo la suerte de gustar a Inés de Courtenay. Había gozado durante bastante tiempo del favor de la madre del rey y, gracias a ello, llegó a ser arcediano de Jerusalén y luego arzobispo de Cesarea. Debía tener sin duda otros dones que el de gustar a las mujeres; era astuto y ambicioso y supo maniobrar tan bien —aprovechándose del favor de Inés— que los canónigos del Santo Sepulcro presentaron su candidatura al patriarcado, Guillermo de Tiro, al ver que se le enfrentaba con tal contrincante, propuso retirar su propia candidatura y suplicó al capítulo que designara a cualquier otro prelado, o incluso que hiciera venir a uno de ultramar, antes que elegir a un hombre indigno a los ojos de todo el mundo. («Si le nombráis, sabed que la ciudad se perderá, y se perderá toda la tierra…», Ernoul, p. 83). Pero los canónigos no le escucharon y Balduino IV, por su lado, dio su voto al amante de su madre, en detrimento del respetable prelado que había sido antaño su preceptor. ¿Hay que creer que el joven rey se decidió a llevar a cabo una acción tan grave sólo por complacer a su madre? Parece más bien que lo que perdió a Guillermo de Tiro en el ánimo del rey fue su visible apoyo a la causa del conde de Trípoli.

Y Heraclio fue elegido. Era un patriarca como no se había visto otro, tan abiertamente dado al libertinaje que albergaba en un palacio de Jerusalén a su concubina, una burguesa italiana que se paseaba por las calles con tales atuendos y rodeada de tan magnífica escolta que los extranjeros la tomaban por una condesa; pero les decían: «No, es la patriarquesa». Era más ávido de dinero que de poder; pero necesitaba éste para satisfacer sus deseos de lujo.

Hemos visto cómo eran el senescal, el condestable y el patriarca de Jerusalén hacia el final del reinado de Balduino IV. Pero había algo peor. El reino vivía a la defensiva y dependía en primer lugar de su ejército; pero una parte de este ejército, la

más disciplinada, la más experta, los batallones de choque, es decir, las dos órdenes militares del Hospital y del Temple, obedecían al poder central sólo cuando se les antojaba, se oponían abiertamente a la política del rey cuando ésta no les gustaba y, por si fuera poco, se entendían muy mal entre ellos.

Y peor aún: el hombre que Balduino III y Amalarico I habían visto encerrar, no sin un cierto alivio, en la fortaleza de Alepo, había recobrado la libertad después de dieciséis años de prisión, y pensaba sólo en recuperar el tiempo perdido. Como hemos visto, Reinaldo de Châtillon había combatido al lado del rey en Montgisard, y estaba siempre dispuesto a participar en todas las batallas. Balduino IV había pensado en ponerle al frente del ejército de Egipto. A pesar del tiempo que se vio obligado a permanecer inactivo, era un luchador de primera categoría, tanto más combativo cuanto que ahora tenía que recuperar además su juventud perdida. Ya no era príncipe de Antioquía, porque Constancia había muerto hacía mucho tiempo; pero se le seguía llamando el príncipe Reinaldo. Este título y su fama de valiente le permitieron casarse con la viuda de Onfroi III de Toron y de Milón de Plancy, Estefanía de Milly, ya mencionada, castellana del Krak de Transjordania. Reinaldo se veía de nuevo dueño de un gran feudo. Estas tierras se hallaban cerca de Egipto y de las rutas de paso de las grandes caravanas de las Indias, estaban orientadas hacia el desierto de Arabia, el mar Rojo y el camino de peregrinación hacia La Meca, y era Reinaldo de Châtillon quien debía encargarse de proteger este puesto avanzado del reino.

Desde hacía dieciséis años, los barones francos se habían sin duda olvidado de qué clase de hombre era Reinaldo. Se le creía enérgico; pero lo era incluso demasiado. Con la simplicidad de los grandes soñadores, creía poderse apoderar de todo lo que su ávida imaginación podía concebir como factible. Desde su inexpugnable fortaleza en los confines del desierto, organizaba expe-

diciones guerreras o más bien razias por la ruta de las caravanas, aliándose para estas empresas de bandidaje con tribus de beduinos. En 1181, en plena paz, menospreciando la tregua que el rey había jurado, Reinaldo penetró con sus tropas en Arabia y se lanzó por el camino de Medina. Al verse detenido por las fuerzas turcas, se desquitó asaltando una caravana que iba de Damasco a La Meca e hizo un gran botín. Cuando Saladino reclamó a Balduino IV la restitución de los bienes robados, reprochándole la violación de la tregua, Reinaldo respondió a los enviados del rey «[...] que, hiciese lo que hiciese el rey, él no devolvería la caravana; y que era inútil suplicarle más porque nunca lo haría» (Ernoul, p. 55). Balduino IV tuvo que confesar a Saladino, con el corazón lleno de rabia, que era incapaz de hacerse obedecer por su vasallo.

No podía hacer nada contra Reinaldo. Pero Reinaldo no era el único que se oponía a la voluntad del rey. Balduino había comenzado a reinar demasiado joven y ahora que había llegado a ser un hombre —tenía veintiún años— era un auténtico enfermo. Vivir no le resultaba nada fácil. Se veía atacado por unos sufrimientos físicos y morales tan terribles que no podía mostrarse paciente con los que le rodeaban. Su sola vista causaba horror. Su sola presencia infectaba el aire de olor a cadáver. Pero no por ello dejaba de seguir asistiendo regularmente a todas las sesiones del consejo de los barones. Podía hacer todavía que oyeran su voz; pero estaba condenado a ver que siempre tenían las de ganar las opiniones contrarias a la suya. Parece ser que era sólo rey para poder mandar a las tropas. En aquel estado, los enemigos le temían más que sus propios súbditos.

Después de la insensata provocación de Reinaldo, Saladino marchó en dirección a Transjordania con la intención de sitiar el Krak de Moab y de hacer justicia él mismo. El consejo de los barones decidió enviar allí al ejército franco para impedirle el paso y fue el mismo Balduino quien, llevado en una litera, condujo al

ejército. Durante este tiempo, el sobrino de Saladino, Farruk Shah, gobernador de Damasco, invadía Galilea. Cuando el ejército real se enteró de ello, dio media vuelta, y, por el camino del lago Tiberíades, chocó con el gran ejército musulmán conducido por Saladino. Los francos, aunque inferiores en número, consiguieron rechazar al adversario. Saladino cambió entonces de táctica, marchó hacia la costa y emprendió el sitio del puerto de Beirut, con el fin de separar el reino de Jerusalén del condado de Trípoli. El ejército franco, que se hallaba aún acampado cerca de Seforis, marchó a su vez hacia Beirut, y esta vez Saladino, sin esperarle, levantó el sitio.

Hasta finales del año 1182, la litera real recorrió el país en toda su extensión, rodeada de sus tropas, acompañada por la Vera Cruz. El ejército franco devastó la provincia del Hawran, en el sur de Damasco, sitió los castillos, amenazó a la misma capital, esforzándose en proteger contra Saladino la provincia de Alepo, cuyos gobernadores y habitantes se mantenían siempre fieles a la dinastía zenghí.

Balduino IV y Raimundo de Trípoli no querían otra cosa más que prestar ayuda con sus ejércitos al *atabeg* de Alepo, Imad al-Din Zenghi II, sobrino de Nur al-Din. Pero este príncipe, con gran indignación de sus súbditos, vendió Alepo a Saladino. Para los francos, ello constituía una nueva catástrofe. Ya sólo iban a poder vivir pendientes de las treguas que Saladino les concediera. El rey leproso, a lo largo de un año de campañas casi ininterrumpidas, había agotado las escasas fuerzas que aún le quedaban. En esta época, dice Guillermo de Tiro, ya no podía servirse de los pies ni de las manos y perdió la vista. (En realidad, no estaba aún completamente ciego, pero veía muy mal).

Sus amigos le aconsejaban que renunciase a toda actividad, que se retirase a «vivir honorablemente» de sus rentas en un palacio de la costa. Pero él se negaba. Un terrible ataque de fiebre que estuvo a punto de acabar con él le obligó a apartarse provi-

sionalmente de sus funciones, y confió la regencia del reino a su cuñado, Guido de Lusiñán. Sólo conservó para sí la ciudad de Jerusalén. Pensaba sin duda que Guido se mostraría respetuoso para con él y dispuesto a seguir sus consejos.

Pronto debió de salir de su engaño. Guido no tenía ningún respeto por su real cuñado, y bastante poco por los francos de Siria en general. Este joven noble de Occidente no se había adaptado a una corte medio oriental y un poco provinciana, llena de intrigas, absorbida por problemas que era incapaz de comprender. Cuentan que se mostró orgulloso y arrogante, aunque no tenía motivos para serlo. Compartía simplemente el desprecio de los francos de Francia hacia la nobleza «siria». Naturalmente, esta misma a su vez lo detestaba y sobre todo lo despreciaba. No tenía a su favor más que a las personas que rodeaban directamente al rey: Inés de Courtenay, que estaba siempre bajo la influencia de Amalarico de Lusiñán, el patriarca Heraclio y Jocelin III de Courtenay. Veremos cómo Guido gozará más adelante también del apoyo de otros dos «grandes» del reino: Reinaldo de Châtillon y el gran maestre de la orden del Temple. Se sabía que el marido de Sibila era un hombre débil y sin experiencia; pero se servían de él para cortar el camino al conde de Trípoli.

Balduino IV había casado mal a su hermana (aunque bien es verdad que Sibila, por lo menos, estaba contenta de su marido); había escogido mal a su regente. Desde hacía tiempo se le hacía creer que el conde de Trípoli intentaba apoderarse del reino y la desconfianza hacia éste era el verdadero móvil de la mayor parte de sus actos.

El año en que, por primera vez, el rey ya no marchó al frente de sus tropas, el ejército franco estuvo a punto (octubre de 1183) de ser rodeado y destruido completamente por las tropas de Saladino. Si se salvó fue sólo por la sangre fría y la prudencia de los jefes, que supieron evitar el combate pese a todas las provocaciones. Todos los grandes barones se encontraban allí presentes: el

conde de Trípoli y Reinaldo de Châtillon, Guido de Lusiñán y su hermano Amalarico, el condestable, Jocelin III de Courtenay y los señores de Ibelin. Rodeado completamente, junto a las estribaciones del monte Tabor, atormentado por el hambre, reducido en un pequeñísimo espacio y manteniéndose sólo a la defensiva, el ejército franco resistió durante varios días los ataques de los adversarios y la tentación de llevar a cabo un combate desigual, y fue Saladino quien no se atrevió a atacar a la masa compacta de la caballería franca y levantó el campamento.

Una vez pasado el peligro, la opinión pública —en las filas de los soldados— acusó a los barones de cobardía; unos cruzados italianos recién llegados al país creyeron que se había urdido una intriga contra Guido de Lusiñán, a quien sus compañeros habrían querido impedir que se llevase una victoria; y las gentes del país, por el contrario, recriminaban la incapacidad de Guido. Este, por su parte, que gozaba de las simpatías de los peregrinos de Occidente, se comportaba ya como dueño del país y se hacía cada vez más impopular.

Balduino IV, exasperado por la actitud de su cuñado, o simplemente torturado por su enfermedad y deseoso de cambiar de lugar de residencia, pidió a Guido que le cediese su ciudad de Tiro, cuyo clima era mejor que el de Jerusalén. Le ofrecía Jerusalén a cambio; pero Guido desconfiaba, porque ¿no era el rey más popular que él en la capital? Así pues, rehusó. Balduino comprendió que se le consideraba ya como muerto y enterrado y reaccionó de modo brutal: quitó a Guido el título de regente y de heredero de la corona e hizo que compartiera el trono con él su sobrino, el hijo de Sibila, de cinco años de edad, quien fue proclamado rey con el nombre de Balduino V (20 de noviembre de 1183). La regencia, tras la muerte del rey leproso, tenía que quedar en manos del conde de Trípoli, el hombre a quien Balduino había considerado hasta entonces su rival. Ahora, sabiendo que no le quedaba ya mucho tiempo de vida, el rey comenzó a resig-

narse a la cesión de los poderes. Hubiera aceptado a un cuñado leal y sumiso; pero no la arrogancia del advenedizo Guido.

Mientras tanto, Reinaldo de Châtillon organizaba una gran expedición en dirección a Arabia y armaba una escuadra que desde el golfo de Aqaba debía descender por la costa del mar Rojo, saquear sus ciudades y sembrar en ellas el terror. Por si esto fuera poco, el señor del Krak de Transjordania proyectaba —y no callaba sus deseos, sino todo lo contrario— apoderarse de todas las rutas de peregrinación hacia La Meca y tomar y saquear La Meca misma.

Ni el más atrevido de los reyes francos se había permitido hasta entonces abrigar tales proyectos, y sin embargo, en el momento en que la existencia del reino se hallaba pendiente de un hilo, un simple vasallo del rey, con el empuje de su audacia y con unos centenares de soldados, provocaba el estallido de la situación y hacía que todo el islam se estremeciera de terror y de indignación. «Se creyó que había llegado la hora del Juicio Final —escribe Al-Fadhel—, que los signos que habían de precederlo se manifestaban y que la Tierra iba a precipitarse en la nada» (Dos *jardines*, p. 230). No podía encontrarse nada mejor para acabar de cimentar la unidad musulmana y para crear un clima de guerra santa a ultranza. De haber sido Reinaldo un provocador pagado por Saladino, no hubiese imaginado nada más eficaz.

Saladino mostró esta vez trastorno e indignación como nunca lo hiciera. De frío político se mudó en auténtico paladín de la guerra santa. Malik al-Adil, su hermano y gobernador de Egipto, mandó a su armada a que destruyera las naves de Reinaldo en el mar Rojo, mientras que Saladino en persona iba a sitiar el Krak de Moab, la poderosa fortaleza desde donde Reinaldo de Châtillon amenazaba las rutas del desierto.

Sometió la fortaleza a un sitio en toda regla (noviembre de 1183). En aquel momento, Reinaldo y su mujer Estefanía de Mi-

lly celebraban la boda de Onfroi, hijo de ésta, con la princesa Isabel de Jerusalén. En el castillo había una gran fiesta, donde se habían reunido los más nobles señores y las más nobles damas del reino. Se celebraba un festín en la torre del homenaje con música, cantos y danzas, al tiempo que en las murallas se luchaba encolerizadamente. Saladino había llevado consigo máquinas de guerra y acribillaba las torres a cañonazos. En vano la dueña del Krak mandó a Saladino bueyes y corderos asados, para que él y su ejército tomaran parte en el festín de bodas. Saladino ordenó a sus hombres que no dispararan a la torre donde se hallaban albergados los jóvenes esposos, pero continuó bombardeando las otras torres con renovado ímpetu. Los defensores del Krak no podían esperar resistir mucho tiempo a causa del gran número de personas que se hallaban en el castillo. Pero el sitio fue levantado. El ejército real, mandado por el conde de Trípoli y acompañado por el rey en persona, se acercaba. Saladino no quiso esperarle y el 4 de noviembre destruía sus máquinas de guerra y se retiraba.

El rey leproso, ahora ya ciego e incapaz de moverse, fue llevado a la fortaleza salvada en su litera de cortinas cerradas. Una vez más —y ésta sería la última—, Balduino IV hacía huir a Saladino.

Había de morir poco después de un año. Hasta el último momento se comportó de tal manera que nadie pudo considerarlo como excluido del mundo de los vivos. Parecía, por el contrario, que su decadencia física hubiera acrecentado su necesidad de actividad.

Ahora, dispuesto a no dejar que su cuñado tomara parte en el poder, hizo estallar su cólera contra Guido de Lusiñán. Habló incluso de hacer anular el matrimonio de su hermana. Guido, ya desposeído de su regencia, y viendo que el rey leproso volvía a tomar las riendas del gobierno, se rebeló abiertamente y negó a Balduino la entrada en Ascalón, donde se había encerrado con su mujer. Balduino le confiscó inmediatamente sus tierras de Jaffa.

Guido, loco de rabia, se vengó del modo más vil: se lanzó, despreciando las treguas y la palabra del rey, a la matanza de los beduinos que apacentaban sus rebaños cerca de Ascalón. Al enterarse de ello, Balduino, cuya cólera fue terrible, mandó convocar inmediatamente un consejo de barones y en él hizo aprobar la desgracia definitiva de Guido y la elección, para la regencia del reino, de Raimundo de Trípoli. Luego les hizo prestar juramento al pequeño Balduino, su sobrino, a quien hizo coronar solemnemente en la iglesia del Santo Sepulcro.

El rey murió en marzo de 1185, tras doce años de reinado, sin haber cumplido aún los veinticinco años. El historiador árabe Al-Imad dirá de él: «Este joven leproso supo hacer respetar su autoridad[63]». Por primera vez se siente vibrar en la pluma de un musulmán un sentimiento de simpatía hacia un franco. Ante un destino tan terrible los prejuicios religiosos y nacionales permanecen mudos, y es que no hay nada que decir de esta vida, sino que fue ejemplar. Balduino IV no fue, como se ha podido decir; un santo. Este ser apasionado y autoritario, sensible y lúcido, este joven terriblemente humillado en su carne y que, en el último grado de la decadencia física, podía sentir aún «una gran angustia» y preguntarse «cómo podría socorrer» a los sitiados del Krak, este mutilado que, sin cara, manos ni piernas, se atrevía a reunir a sus barones y dictarles sus voluntades es uno de los mejores ejemplos de energía moral que la Historia nos ha dejado.

El reino dividido

Como en 1143 después de la muerte del rey Fulco y como en 1173 tras la muerte de Amalarico I, el Reino de Jerusalén volvía a ser gobernado por un rey niño. Balduino V tenía siete años. Los cronistas no nos dicen demasiadas cosas de este príncipe, hijo de Sibila de Jerusalén y de Guillermo de Montferrato (Guillermo Larga Espada). En efecto, no se trataba siquiera de una época de minoría de edad de un rey, porque parece que este niño sin padre —olvidado por su madre, que prefería a sus dos niñas nacidas de

segundo matrimonio— fue, al igual que Balduino IV, un enfermo, cuya muerte se esperaba a corto plazo. El conde de Trípoli, a quien el rey leproso había querido confiar el cuidado del joven soberano, había rehusado este honor, diciendo que si el niño se moría le acusarían a él de haberlo envenenado. Un argumento de esta clase no hubiera sido reconocido como válido en el caso de que la salud del príncipe no hubiese dado lugar a toda clase de temores.

El conde de Trípoli, nombrado regente del reino, era el hombre que tenía en su mano el poder por voluntad de Balduino IV y de la mayoría de los barones. Pero la última voluntad del rey leproso hería susceptibilidades al parecer legítimas: el niño había sido separado de su madre y del esposo de ésta, y la misma Sibila había sido prácticamente desheredada por su hermano. En el caso de que el niño muriese, el testamento de Balduino IV preveía la continuación de la regencia del conde de Trípoli hasta el año 1195, tras el cual el Papa, el emperador de Alemania y los reyes de Francia y de Inglaterra habían de decidir entre ellos cuáles eran los derechos de las dos hermanas del rey, Sibila e Isabel. Ello era poner a las claras el reino bajo la protección de las fuerzas internacionales de la cristiandad de Occidente, a la que Balduino IV estimaba, no sin razón, moralmente responsable de la defensa del Santo Sepulcro. Pero, de hecho, el verdadero heredero de la corona era el conde de Trípoli. Este testamento hace honor a la inteligencia política del rey leproso; pero en las condiciones presentes resultaba de difícil aplicación, ya que el conde tenía demasiados enemigos en Jerusalén.

Mientras el rey niño vivió, Raimundo III estuvo gobernando, porque nadie podía discutir la voluntad expresa del difunto rey. Toda la Siria franca, tanto los colonos latinos como los indígenas, consideraban al conde de Trípoli como a un señor legítimo, el hombre fuerte con el cual podía contarse. Los cronistas francos, que relatan minuciosamente las intrigas de la corte de

Jerusalén y las rivalidades de los distintos partidos enfrentados entre sí, olvidan por lo general reseñar este hecho, de tanta importancia, que sí notan en cambio los historiadores musulmanes. Ibn Chubair, árabe de origen español que en 1184 hizo un viaje por Oriente, constituye un buen testimonio, por hablar de forma neutral y aparecer como observador indiferente a los hechos de la política local. El conde (Al Commes) es el verdadero señor del país, «digno del trono para el cual parece haber nacido», al cual «se destinan todos los beneficios» y que «tiene poder sobre todas las cosas». Ésta era la impresión de un viajero extranjero, que contemplaba con curiosidad la situación del país y que fue admitido en los medios indígenas de la Siria franca.

Como hemos visto, Raimundo ID de Trípoli había permanecido largo tiempo prisionero de los turcos. Guillermo de Tiro dice que había aprovechado su cautiverio para instruirse y leer y que le gustaba hablar de las Sagradas Escrituras «cuando encontraba a alguien que supiera responderle» (y el arzobispo de Tiro era para esto el interlocutor más indicado). Guillermo no disimula su simpatía por el conde, y comoquiera que se juzgue la conducta de Raimundo III, la estima de un hombre como el gran historiador del reino es un precioso «testimonio de buena conducta». Raimundo había adquirido, a lo largo de su cautiverio, otros conocimientos además del de las Sagradas Escrituras: comprendía y amaba el mundo musulmán; llegaba quizás a admirarlo. Había adquirido además la convicción de que el reino franco no podía subsistir más que sobre la base de una estrecha colaboración con los musulmanes (e incluso de la aceptación de la soberanía musulmana). Preconizaba, pues, una política prudente. Pero su prudencia adquiría fácilmente el aspecto de una traición a la causa franca, porque, si ya los musulmanes no alababan del todo el hecho de que reconociera al sultán (Saladino) «como a su señor y libertador», sus enemigos francos se indignaban abiertamente ante tal actitud.

Apenas llegado a la regencia, Raimundo III se apresuró a pactar con Saladino una tregua de cuatro años. El pretexto fue la extrema sequía que en 1185 redujo en mucho las cosechas. Gracias a la tregua, la Siria franca pudo llegar a abastecerse a través de los musulmanes vecinos, y el conde, relatan Guillermo de Tiro y Ernoul, fue por ello «honrado y amado por las gentes de la tierra». Saladino, por su parte, tenía grandes dificultades para mantener su autoridad, pues se veía desobedecido por los miembros de su propia familia, que, instalados en el gobierno de las provincias, intentaban emanciparse de su tutela. A decir verdad, y tal como lo demostrarán los acontecimientos posteriores, los buenos sentimientos del conde de Trípoli hacia Saladino no eran en modo alguno correspondidos. Saladino no renunciaba a su esperanza de conquistar la Siria franca. Contemporizaba, mientras que Raimundo III esperaba poderle desarmar valiéndose de una política amistosa; por otra parte, no hay motivos para dudar de la sinceridad de su admiración por Saladino.

Tras un reinado de un año, el pequeño Balduino V murió en Acre, en el palacio de su tío abuelo materno, Jocelin III de Courtenay, en septiembre de 1186. Ello constituyó un duro golpe para Raimundo III. El problema de la sucesión al trono volvía a plantearse, tanto más cuanto que ahora, una vez muerto el heredero legítimo y coronado del rey leproso, era una solución muy fácil presentar al difunto Balduino IV como a un tirano, un tanto irresponsable y demasiado afectado por la enfermedad para poder decidir justamente la suerte del reino. Según el derecho dinástico, la heredera era Sibila. Si la mayor parte de los barones, el pueblo y la burguesía de las grandes ciudades pedían que continuara en la regencia Raimundo III —que por lo menos parecía prometer la paz—, la población de Jerusalén y de sus alrededores apoyaba a Sibila, la hija de Amalarico I, descendiente directa de los reyes de Jerusalén, de quienes Raimundo III no era sino un primo lejano.

Ahora bien, Sibila era una mujer insignificante, entregada completamente a un marido igualmente insignificante. Guido era un hombre débil, que se dejaba llevar por cualquier influencia, deseoso de reinar por frívola vanidad más que por ambición. Tenía partidarios enérgicos y fieles: ante todo Reinaldo de Châtillon —pues el señor del Krak sabía que el conde Trípoli era capaz de plantarle cara y pensaba que en cambio a Guido de Lusiñán podría vencerle con facilidad—; Inés de Courtenay y su hermano; naturalmente, el condestable Amalarico de Lusiñán; el patriarca Heraclio; y, por último, Gerardo de Ridefort, gran maestre del Temple. Será necesario decir algunas palabras sobre este personaje: Gerardo de Ridefort, caballero flamenco, en un principio allegado del conde de Trípoli, sentía por este último un odio mortal, pues el conde había concedido a otro la mano de la heredera de Botrun que antes le había prometido a él. Raimundo III había dado preferencia a un rico mercader italiano a cambio de diez mil besantes. Llevado por el desengaño, Gerardo de Ridefort se había hecho templario, y poco tiempo después fue elegido gran maestre. Lo que sabemos de este hombre hace que esta elección nos parezca sorprendente: el cargo de maestre de la orden del Temple era uno de los puestos más importantes del reino, e incluso en Occidente la orden gozaba de una muy elevada fama. Gerardo era un aventurero, y lo que es más, un hombre incapaz, mezquino y arrogante.

Sibila hizo, pues, su entrada triunfal en Jerusalén y, aclamada por la muchedumbre, fue llevada a la basílica del Santo Sepulcro, donde debía ser coronada, mientras que por medio de falsos pretextos se intentaba alejar a Raimundo III de la ciudad. La coronación se hizo casi por la fuerza, como por sorpresa, a pesar de las vehementes protestas del gran maestre del Hospital y de una parte del clero y de los caballeros. En esta ocasión, el papel del patriarca fue decisivo: Heraclio impuso su voluntad al clero local y coronó a Sibila. Sólo después de haberla coronado solemne-

mente reina, la invitó a «dar la corona al hombre que pudiere gobernar [su] reino». Entonces ella hizo acercarse a su marido y le puso la corona. (Según el continuador de la crónica de Guillermo de Tiro, el gran maestre del Temple debió murmurar en aquel momento: «Esta corona bien vale la heredad de Botrun». En efecto, Raimundo III perdía la corona; pero no por ello se calmó el odio de Gerardo de Ridefort).

La coronación de Sibila y de Guido dejó consternados a los barones de Jerusalén y de todo el reino, quienes, reunidos en parlamento en Naplusa, se preparaban para la solemne sesión, en el curso de la cual pensaban proclamar rey al conde Trípoli. Raimundo III, viéndose impotente para luchar contra una heredera legítima y ya coronada, tuvo la idea de oponer a Sibila a su hermana menor, Isabel, hija de la reina usufructuaria María Comneno y esposa de Onfroi IV de Toron. Onfroi pertenecía a la vieja nobleza del país y su candidatura podía atraer hacia el partido de los barones a Reinaldo de Châtillon, marido de la madre de Onfroi.

El parlamento optó por esta solución; pero fue el mismo Onfroi quien, apenas se enteró de ello, corrió a advertir a Sibila, puesto que no tenía ningún interés en ser nombrado rey. Ernoul cuenta la conversación entre Onfroi y Sibila (cap. XI, p. 136): «Señora, no puedo más. Me han retenido y querido hacer rey a la fuerza, y querían coronarme hoy. Y yo me he escapado porque querían hacerme rey a la fuerza». Sibila responde: «Cuñado Onfroi, tenéis razón: los que os querían hacer rey os hacían un gran deshonor. Pero ya que habéis obrado de esta manera, os perdono[...]». Ya no podía contarse con Onfroi ni discutir los derechos de Sibila.

Ante el hecho consumado, los barones no tuvieron más remedio que prestar homenaje a Guido de Lusiñán, de bastante mala gana, por cierto. Uno de los más poderosos, Balduino de Ramala, jefe de la familia de Ibelin (quien había estado durante mucho

tiempo aspirando a la mano de Sibila), prefirió abandonar el país antes que prestar homenaje al nuevo rey. Raimundo III se retiró a su condado de Trípoli y rompió completamente las relaciones con la corte de Jerusalén[64].

Raimundo III tenía la intención de llevar adelante su propia nave sin preocuparse en absoluto de la suerte del reino. Estaba tan seguro de la ayuda de Saladino que en el «parlamento» había prometido a los barones la ayuda de los sarracenos contra Guido de Lusiñán; y la propuesta no había sido considerada desleal. Ahora que ya no tenía que gobernar el reino, sino sólo el condado de Trípoli —y también el feudo de Tiberíades y de Galilea—, Raimundo in pasaba abiertamente a formar parte de los adeptos a Saladino.

Los historiadores de la Siria franca, favorables al conde, hablan poco de este aspecto de su política. El normando Ambrosio, partidario de Guido de Lusiñán, acusa formalmente al conde de traición. Los historiadores musulmanes son igual de duros: pintan la conducta de Raimundo III con las tintas más negras y casi toman partido en contra suya y en favor de los otros francos. (Kamil al-Tewarik, L, p. 674; *Dos jardines*, pp. 257-258). Ibn al-Athir declara que el conde había llamado a Saladino para que éste le ayudara a obtener el trono de Jerusalén, y, añade, «el germen de la discordia se introdujo entonces entre los cristianos. Fue ésta una de las principales causas de la conquista del país». (Ibn al-Athir ignoraba quizá que la discordia entre los francos venía de más antiguo). Al-Imad precisa: «El celo del conde en favor de los musulmanes fue creciendo; no juraba más que por la fortuna y el poder del sultán; y cometió incluso bajezas en perjuicio de su religión». «El conde tenía una camarilla que le ayudaba en sus empresas tanto justas como injustas, lo que trajo serios perjuicios a los francos».

Raimundo III no tenía sin duda ninguna intención de traicionar; así lo demostraría su conducta ulterior. Era un hombre de

ideas políticas, y perseguía por encima de todo su ideal: la paz con el islam. Irritado por su fracaso en Jerusalén, continuó practicando la misma política, pero de una manera que constituía efectivamente una traición, ya que el reino de Jerusalén no iba a permanecer mucho tiempo en paz con Saladino, y, una vez declarada la guerra, el conde, aliado de éste, pasaría a ser enemigo de sus compatriotas.

Al enterarse de la coronación de Guido de Lusiñán, Balduino de Ramala había exclamado: «¡No reinará siquiera un año!». Guido, que era un caballero valeroso, no era sin embargo un gran guerrero, y sabía, como todo el mundo, que su reino subsistía gracias al pacto de tregua que Raimundo III había cerrado en 1189; y esperaba sin duda que dicha tregua se renovaría. El sultán, que era un hombre de palabra, no iba a violar nunca un acuerdo que él hubiese concluido.

Reinaldo de Châtillon vivía en sus tierras de Transjordania como señor independiente, único dueño, después de Dios, de los dominios de su esposa. Se había entregado al bandidaje, como otros se entregan al oficio de las armas, y había buscado la complicidad de los beduinos nómadas que sometían a tributo las caravanas de mercaderes. A principios de 1187 cayó, con sus caballeros y los beduinos, sobre una caravana muy importante que iba de El Cairo a Damasco[65]. Consiguió un enorme botín y encarceló a los viajeros. Saladino hizo pedir al rey de Jerusalén la restitución de la caravana, y Guido, como antaño Balduino IV, suplicó en vano a Reinaldo que hiciera lo que se le pedía. Reinaldo mandó que le contestaran que él «era dueño de sus tierras igual que el rey de las suyas». «El asalto de esta caravana fue la causa de la perdición del reino de Jerusalén» (*Éracles*, II, p. 34).

La tregua había quedado rota. Y esta vez Saladino estaba decidido a acabar con los francos. Movilizó todos los ejércitos de Damasco, de Alepo, de Egipto y de todo el norte de Siria. Su ejército, según afirma Al-Imad, cubría los valles y las colinas, se

extendía varias leguas en todas direcciones; «el día en que se pasó revista hizo pensar en el Juicio Final». Los musulmanes sabían que los francos eran los guerreros más temibles, que sus fortalezas eran sólidas y que no iba a ser fácil reducirlos. Era la guerra santa, ya tantas veces predicada, cada vez con mayor exaltación; pero ahora era como un levantamiento en masa de los creyentes contra las cohortes del diablo.

El fervor del ejército, mantenido por la predicación de los ulemas y de los derviches, se hallaba en su momento álgido. Saladino iba a operar la unión de todos los ejércitos, dispuesto a no tolerar ninguna debilidad, ningún relajamiento de la combatividad de sus soldados, y a vencer a los francos de una vez por todas gracias a una superioridad numérica aplastante.

Aun así, durante este tiempo el rey de Jerusalén pensaba en ir a hacer la guerra al conde de Trípoli, para castigarle por haber rehusado unirse a él. Sus barones lograron impedírselo. Sin embargo, Raimundo III, que estaba unido a Saladino por las treguas, hacía el juego del sultán. Llegó incluso a dejar pasar a sabiendas por sus tierras a un cuerpo de ejército musulmán que quería atravesar Galilea con el fin de atacar el reino.

Este cuerpo de ejército debía dar una vuelta de reconocimiento del terreno y volver hacia el Jordán; y Raimundo in hizo saber a sus súbditos que los musulmanes pasaban por allí con su pleno consentimiento y que no había que atacarles.

Tal como era de esperar, los caballeros del Temple que se encontraban en los alrededores no aprobaron tan extraña tolerancia. El gran maestre reunió a toda prisa a cuantos hermanos pudo encontrar y a algunos caballeros que no pertenecían a la orden (entre ellos se encontraba el gran maestre del Hospital) y se lanzó al encuentro del ejército musulmán. Eran ciento cincuenta hombres contra varios millares.

Por valientes que fuesen, los templarios dudaron por unos instantes. Gerardo de Ridefort dio la orden de ataque. Sabemos las palabras que dirigió a su mariscal Jacques de Mailly: «¡Debéis amar mucho vuestra cabeza rubia, dado el interés que tenéis en conservarla!». Jacques respondió: «Yo moriré como un caballero; sois vos el que huiréis[66]». «Atacaron —dice Ibn al-Athir— con tanta furia que las más negras cabelleras hubieran encanecido de terror[67]» Fue un suicidio espectacular: todos resultaron muertos, menos tres, que huyeron. Uno de ellos era Gerardo de Ridefort.

Al enterarse de este desastre, Raimundo III olvidó todos sus rencores hacia el rey. Ya no se trataba de la amistad ni de la paz con Saladino, cuando los guerreros turcos y kurdos atravesaban sus tierras llevando cabezas de templarios en el extremo de las lanzas, e hizo saber a la corte de Jerusalén su deseo de reconciliarse con el rey.

Guido, que se hallaba en una situación desesperada, no pensó en reprochar al conde su equívoca conducta, sino que, al verle ir a su encuentro, fue él quien se apeó primero del caballo El conde, al ver esto, se apeó a su vez y se arrodilló delante del rey. En apariencia, fue una reconciliación total. Pero llegaba demasiado tarde. El inmenso ejército enemigo dominaba ya el país.

Hattin

Los francos, como los musulmanes, sabían que se trataba de una prueba de fuerza decisiva. No habían visto todavía un ejército comparable al que Saladino reunía al otro lado del Jordán. Sabían también que, si alguna vez llegaban a dominar a aquel ejército, tardarían mucho tiempo en ver otro semejante. Pero para hacer retroceder a aquella marea de hombres les hacía falta un ejército que no fuera muy inferior en número al de Saladino.

Se trataba de reunir todas las fuerzas francas. Se convocaron las tropas de Jerusalén y de todos los grandes feudos del reino, y

sólo se dejó en las fortalezas el número imprescindible de soldados. El conde de Trípoli llevó todas las tropas de que disponía. Todos los caballeros de las órdenes militares se unieron al ejército real, salvo unas pequeñas guarniciones que se designaron para guardar los castillos. La orden del Temple acababa de sufrir un rudo golpe, pues había perdido en Galilea aproximadamente a una tercera parte de su caballería. Gerardo de Ridefort enroló en sus milicias a mercenarios que hizo equipar a toda prisa. Guido de Lusiñán y Raimundo III llamaron en su ayuda al príncipe de Antioquía, Bohemundo III, quien desde hacía veinte años no se mezclaba ya en los asuntos francos y vivía en una relativa paz, gracias a la protección de Bizancio y a treguas con los turcos. Bohemundo no fue personalmente, pero envió a su hijo mayor; Raimundo, con cincuenta caballeros.

El reino contaba en aquel momento con un cierto número de gentes de paso, peregrinos y marineros, que fueron invitados a unirse al ejército. La *Historia del reino de Jerusalén* evalúa las fuerzas francas que se reunieron aquel verano en mil caballeros, veinticinco mil soldados de infantería, cuatro mil turcoples (mercenarios de origen musulmán), más mil doscientos jinetes y siete mil soldados de infantería equipados por los templarios gracias al tesoro que había confiado al Temple Enrique II de Inglaterra (quien había hecho a la orden una importante donación como expiación del asesinato de Tomás Becket). Si estas cifras son exactas, el ejército tenía a tres o cuatro mil jinetes, comprendidos los caballeros (y contando también a los turcoples, una parte de los cuales tenía caballos, y a los escuderos de a caballo que seguían a los caballeros); entre treinta y treinta y cinco mil soldados de infantería, de valor militar necesariamente muy desigual, pues al lado de los profesionales de la guerra había marinos —buenos soldados pero acostumbrados sobre todo a las batallas navales—, y peregrinos o voluntarios indígenas dotados de más celo que de experiencia.

Era un ejército imponente, uno de los mayores que los francos hubieran podido reunir jamás en Oriente. Desde los tiempos de la Primera Cruzada, no había habido nunca en los ejércitos de la Siria franca una unidad tan completa ni un tal deseo de resistencia. En Jerusalén y en todo el país, la reconciliación del conde y el rey hacía renacer la esperanza, pues de Raimundo in esperaban los francos de Siria la salvación. Pero Raimundo, que se ponía a la disposición de este rey a quien hasta entonces se había negado a reconocer, no podía ni quería reivindicar para él el mando supremo. Si lo hubiera intentado, hubiese encontrado demasiada oposición —no por parte de Guido, que, abrumado por el peso de las responsabilidades que le hacían asumir, hubiese quizá consentido en poner a la cabeza de los ejércitos a un hombre más maduro, más popular y más experto que él—; pero Reinaldo de Châtillon y Gerardo de Ridefort, a quienes un rey autoritario hubiese obligado a someterse totalmente con sólo haberles recordado sus desastrosas imprudencias, no tenían otra idea que imponer cada uno su propia voluntad. Incluso en aquel momento, con un ejército enemigo dispuesto a invadir el país, estos dos hombres pensaban antes que nada —y sobre todo Gerardo— en perjudicar al conde de Trípoli.

Así pues, este poderoso ejército, dotado de una caballería de élite y de una poderosa infantería y con una excelente moral —los cronistas musulmanes dan testimonio de ello—, se hallaba prácticamente desprovisto de jefe. Su jefe oficial, el rey, no tenía ninguna autoridad; era un extranjero y no era popular ni se le respetaba. No tenía más que la corona que llevaba. Ello era mejor que nada, pero era poco.

El gran ejército franco se concentró cerca de las fuentes de Séforis, hacia finales del mes de junio de 1187. Saladino, por su lado, reunía a sus fuerzas en la frontera de Galilea, y no quería dispersarse en razias y escaramuzas, sino que esperaba pacientemente a que los francos hubieran terminado de concentrarse en un

solo punto. Por temible que fuese el ejército franco, él tenía a su favor la superioridad numérica, unas buenas dotes de estratega, la bendición de Alá y las plegarias de todo el islam. Sabía que las ciudades y las fortalezas estaban desguarnecidas y que, si llegaba a derrotar a aquel ejército, en pocos días sería dueño de toda Siria.

Saladino quería combatir; aunque al mismo tiempo tenía miedo, porque la experiencia de ochenta años de guerras franco-musulmanas había demostrado que contra los francos la superioridad numérica era a veces una ayuda muy débil. Su caballería era —y los cronistas son en este sentido poco precisos— por lo menos dos veces más numerosa que la de los francos; pero, una vez más, se trataba de una caballería ligera contra una caballería pesada. La moral de sus tropas era muy buena, pero los francos habían llevado consigo la Vera Cruz, y, conscientes de que en esta batalla se jugaban la suerte del reino, parecían decididos a luchar con todas las energías que les quedaban.

El 2 de julio, una vez terminados los preparativos, Saladino hizo atravesar el Jordán a sus tropas, por el lado meridional del lago de Tiberíades, y, avanzando a lo largo de la orilla, puso sitio a la ciudad de este nombre.

La ciudad, situada junto al lago, y rodeada por todas partes por un inmenso ejército, no podía esperar resistir mucho tiempo. «El ejército del sultán, como un océano, envolvió el lago de Tiberíades, y las extensas llanuras desaparecieron bajo la invasión de tiendas». (*Dos jardines*, p. 263).

El principado de Galilea y de Tiberíades pertenecía a la princesa Echive, condesa de Trípoli y esposa de Raimundo m. El primer acto de hostilidad de Saladino iba, pues, dirigido contra el conde de Trípoli, a quien el sultán pretendía castigar por la ruptura del tratado de alianza. Hay que hacer notar que Saladino, al igual que la mayor parte de los musulmanes, consideraba a Rai-

mundo III como al verdadero jefe de los francos; pero, si pensaba que sitiando el castillo donde se hallaba encerrada su mujer le obligaría a pasar al ataque, es que conocía mal el carácter del conde. No fue Raimundo el responsable de la marcha sobre Tiberíades, aunque Al-Imad deje entender lo contrario.

El ejército franco estaba acampado en aquel momento junto a Acre. Permanecía siempre a la expectativa, esperando nuevos refuerzos o poder escoger un campo de batalla favorable. Pero resultaba imprudente dejar a los soldados mucho tiempo en un estado de inactividad forzada. Al saber que Saladino estaba ante Tiberíades, las grandes cabezas del ejército —Reinaldo de Châtillon y Gerardo de Ridefort— aconsejaron al rey que se pusiera en marcha para liberar la ciudad. El conde de Trípoli se opuso porque consideraba la operación demasiado arriesgada, y enseguida fue acusado de traición por sus adversarios. Tuvo, pues, que inclinarse. El ejército marchó en dirección a Tiberíades y se paró cerca de Séforis, a unos treinta kilómetros de la plaza sitiada, en una región bien protegida y provista de agua y con muchas fuentes. Allí, a pesar de las noticias alarmantes que mandaba la princesa Echive (la cual, una vez tomada la ciudad, se había refugiado en la ciudadela con sus damas y un puñado de soldados), Raimundo in se opuso decididamente a la marcha sobre Tiberíades. Un grito se propagó en el ejército entre los caballeros: «¡Vamos a socorrer a las damas y a las doncellas de Tiberíades!» (Ernoul, p. 159).

El conde argumentó durante largo rato ante el rey: se trataba de su propia tierra, de su propia ciudad, de su mujer y de los hijos de su mujer (a quienes quería, dice Guillermo de Tiro, como si fueran suyos); nadie en el ejército perdía tanto como él en la toma de Tiberíades, era cierto. «Prefiero que Tiberíades sea tomada y destruida y que se pierda mi mujer, mis hombres y mis bienes que ver que se pierde toda la tierra. Porque, si vais a socorrer la ciudad, sé que os matarán u os harán prisioneros, a voso-

tros y a todo el ejército. Os diré por qué. Entre aquí y Tiberíades no hay agua, salvo una pequeña fuente, la de Croisson, que para todo un ejército no es nada [...]. Y, si os veis obligados a acampar allí, ¿qué harán vuestros hombres y vuestros caballos sin nada que beber? ¿Se quedarán sin beber? Morirán de sed. Y al día siguiente los sarracenos os cogerán a todos». Palabras reseñadas sin duda con toda fidelidad, porque Ibn al-Athir, por su lado, pone en boca de Raimundo ni las mismas frases. «A mi mujer y a mis hijos, decía el conde, los rescataré más tarde y el castillo lo tomaremos más tarde [...]. Pero, si vais, se perderá todo» (Ernoul, p. 100).

Guido de Lusiñán, vacilante, se puso de parte del conde. Pero luego, cuando se quedó solo con Gerardo de Ridefort, se dejó persuadir de que Raimundo le traicionaba, de que era partidario de Saladino y de que quería hacerle perder el honor ante toda la cristiandad. Una vez más el débil Guido se dejó convencer y, en plena noche, hizo que las tropas se reunieran y marcharan hacia Tiberíades.

«Ante la noticia del movimiento de los francos, el sultán sintió una viva satisfacción. Esto —exclamó— es lo que deseamos». (Abu Shama). «Su intención al sitiar Tiberíades era sólo obligar a los francos a abandonar sus posiciones de Saffuriya (Séforis). Los musulmanes habían acampado cerca del agua (lago de Tiberíades) y el verano era muy caluroso» (Ibn al-Athir, p. 683).

Raimundo III, que tan bien había adivinado la táctica del adversario, fue, una vez comenzada la campaña, uno de los artífices del desastre. Con una carga rápida el ejército hubiera podido tener aún la posibilidad de hacer retroceder las filas de los musulmanes y de abrirse paso hasta el mar. Pero el conde de Trípoli propuso hacer acampar el ejército durante la noche en la colina de Hattin.

Era una colina rocosa y árida, sin una sola fuente, y el calor, en aquellos primeros días de julio, era tórrido. Durante la noche el ejército franco fue rodeado en la colina por las tropas musulmanas. Había caído en la trampa. Saladino, aprovechando el viento que soplaba en dirección al campamento enemigo, hizo prender fuego a la pradera de hierba seca. Los francos, medio muertos de sed, agotados por el calor bajo las armaduras de hierro, se veían envueltos por el humo y las llamas. Una parte de la infantería se rindió a las pocas horas de iniciada la batalla; el resto le siguió poco a poco, ya que la mayor parte de los hombres no estaban en disposición de combatir. La caballería resistió, esperando poder abrirse, de una manera u otra, un paso hasta el lago, que estaba a unos diez kilómetros del lugar de la batalla.

Cargaban con tanta energía que hubo un momento en que Saladino creyó que le habían derrotado. Su hijo Malik Al-Afdal dice que en aquellos instantes vio a su padre presa de la aflicción; había cambiado de color; se mesaba la barba con las manos y avanzaba gritando: «¡Que el diablo sea convicto de mentira!». Guido de Lusiñán no se mostró en esta ocasión indigno de su rango, sino que peleó con ejemplar valentía y fue de los últimos en rendirse.

En cuanto a Raimundo de Trípoli y los barones sirios que luchaban a su lado —Raimundo, hijo del príncipe de Antioquía, Balián de Ibelin, Reinaldo de Sidón y sus caballeros—, intentaron una carga desesperada por el lado de Séforis, y lograron empujar las filas de los musulmanes y escapar. Su conducta fue juzgada de modos muy diversos. Ibn al-Athir la presenta como un acto de arrojado valor: «La carga de los francos era la de unas gentes desesperadas [...] y no había manera de resistirles». Les habían dejado pasar simplemente porque toda resistencia parecía vana. Al-Imad presenta la acción del conde como una deserción en pleno combate, deserción que provocó la desmoralización del resto del ejército franco. El continuador de Guillermo de Tiro se

muestra muy evasivo: Ambrosio habla de traición pura y simple. Sea como fuere, una parte del ejército y algunos de los principales jefes escaparon de esta manera de la muerte o del cautiverio.

Pero fueron los únicos. Según opinión de los testigos, la carnicería fue terrible. Con todo, hubo mayor número de prisioneros y de heridos que de muertos. Los caballeros «se habían vendido caro», luchando hasta ver agotadas sus fuerzas y bien protegidos como estaban por las armaduras. Entre los cautivos se encontraban todos los jefes, muchos caballeros de mayor y de menor rango, por lo menos trescientos templarios y hospitalarios (algunos de los cuales eran simples sargentos). Aquí, como en todas las batallas de la Edad Media, la infantería pagaba un tributo infinitamente superior al de la caballería. El número de musulmanes muertos era igualmente grande, y la colina de Hattin y sus alrededores ofrecían al atardecer de aquel día el aspecto de una inmensa fosa de cadáveres de hombres y de caballos.

La Vera Cruz —que no llevaba el patriarca Heraclio, pues era hombre poco animoso, sino el arzobispo de Acre— fue capturada antes de terminar la batalla. Al-Imad atribuye el desaliento final de los francos a la pérdida de la Cruz: «Cuando supieron que la Cruz les había sido arrebatada, nadie quiso rehuir el peligro[...][68]». Para que un espectador musulmán llegara a consignar este detalle, es necesario que la consternación de los soldados cristianos se hubiese manifestado de manera muy evidente y espectacular. El espíritu de Cruzada resucitaba bruscamente en medio de aquel infierno de sed, sangre y derrota: los vencidos se convertían en los soldados de la Vera Cruz; una Vera Cruz profanada, ultrajada y perdida.

Todo se había perdido. Ya no quedaba ejército ni rey, y las ciudades, sin defensores, estaban expuestas a la entrada de Saladino. Durante aquel día de 4 de julio de 1187, el poder de los francos de Siria se había derrumbado definitivamente, y el reino de Jerusalén había dejado de existir:

Hattin era la mayor de las victorias de Saladino, debida ante todo al mismo Saladino y al arrojo de sus soldados, y también en gran parte a la imprudencia de los jefes francos, imprudencia que era de prever y que el conde de Trípoli había predicho. Pero los grandes vencedores del día eran en realidad el calor y la sed, porque es evidente que los francos eran —a pesar de la inferioridad numérica— los más fuertes, ya que, en un momento dado, en el estado de sufrimiento físico en que se encontraban, a punto estuvieron de hacer retroceder a Saladino.

Veremos más adelante lo que representó esta batalla para los musulmanes. Esta guerra era su propia Cruzada, y, a través de los textos de los historiadores musulmanes, veremos con qué espíritu fue llevada a cabo. Saladino, lleno de gozo y dando gracias a Dios, hizo disponer en el campo de batalla unas tiendas donde instaló a sus lugartenientes e hizo venir a los cautivos más nobles. Puede decirse que fue aquélla una buena presa: el rey de Jerusalén y sus dos hermanos —Amalarico, el condestable, y Godofredo—; Reinaldo de Châtillon, señor del Krak de Moab; Gerardo de Ridefort, gran maestre del Temple; Onfroi IV de Toron, esposo de la princesa Isabel de Jerusalén; el viejo marqués Guillermo de Montferrato, abuelo del pequeño rey difunto… Faltaban aún algunos nombres, y entre ellos el más ilustre: el conde de Trípoli. Al-Imad, en su descripción de la batalla, se muestra excesivamente severo para con el conde, pues Raimundo III, lejos de traicionar, lo que había hecho era salvar lo que podía ser salvado del ejército franco, y esto es precisamente lo que el historiador árabe no le perdonó, porque hizo que la victoria de Saladino no fuese completa.

Unos meses antes de la gran batalla de Galilea, Saladino, gravemente enfermo, había hecho voto solemne de inmolar a Dios, con sus propias manos, al conde de Trípoli y a Reinaldo de Châtillon. Sin duda Raimundo III ignoraba este detalle cuando concluyó sus tratados de alianza con el sultán. Reinaldo, por su par-

te, tenía sus razones para temer la cólera de Saladino. Podía así creer que su cabeza costaba lo bastante cara como para ser conservada.

Al atardecer de este gran día, después de haber hecho montar las tiendas en el campo de batalla, tras haber cumplido con sus oraciones y dado gracias a Dios, Saladino hizo que le llevaran a su presencia a los principales cautivos (aunque se decía que, en su propia tienda, recibió sólo al rey Guido y a Reinaldo de Châtillon). El desgraciado gentilhombre poeitevino, que no esperaba ciertamente, al llegar a Tierra Santa para casar con la heredera del reino, llegar a ser un día el hombre que haría perder la Vera Cruz a la cristiandad, estaba, según parece, tan abrumado por la desesperación y la vergüenza como por el sufrimiento físico. Parecía —afirman los cronistas musulmanes— un desecho humano, a punto de desvanecerse. Reinaldo, que era casi un anciano —tenía irnos sesenta años—, había luchado con menos dureza y era además de naturaleza insensible a los sufrimientos morales. En todas las narraciones, aparece haciendo frente a Saladino con una sombría arrogancia. Al oír las acusaciones del sultán y los reproches que le hacía de haber violado el juramento empeñado, rogó al intérprete que tradujera su respuesta: «Pero ésta es en verdad la costumbre de los reyes, y yo no he hecho sino seguir los mismos derroteros» (Al-Imad, *Dos jardines*, p. 275). Entre todas las respuestas que se atribuyen a Reinaldo en esta circunstancia, ésta es sin duda la más verosímil, y un narrador; tanto si iba con buena como con mala intención, no la hubiera inventado jamás. Al exponer a Saladino su corta y, después de todo, justa filosofía política, Reinaldo de Châtillon olvidaba sólo que había ignorado siempre el arte y la manera de practicar la costumbre de los reyes, y que un jefe de banda no se convierte fácilmente en jefe de Estado.

«El rey sufría sed —sigue diciendo Al-Imad— y la excitación producida por el terror le ocasionaba vértigo; el sultán le dirigió

la palabra con dulzura, calmó lo» temores de que era presa y calmó el espanto que hacía latir fuertemente su corazón. Luego hizo que le llevaran agua helada. Tras haber bebido y apagado su sed, el rey tendió su copa al príncipe Arnaldo (Amat = Reinaldo), «el cual la vació y calmó su sed [...]». (*Dos jardines*, p. 275). Según testimonio de Baha al-Din (*Vida de Yusuf*, p. 39), «Saladino, al ver esto, dijo al intérprete: "Advertid al rey de que es él quien ha dado de beber a este hombre y que yo no le doy ni de comer ni de beber". Pues es una noble costumbre de los árabes el que a un hombre se perdone la vida si ha bebido o comido en la mesa del que le ha hecho prisionero». Es de notar, con todo, que Saladino no se atrevió a arrancar la copa de la mano de un anciano que se moría de sed.

Reinaldo bebió, pues, por última vez en su vida. Después de esto, Saladino lo ejecutó. Golpeó al cautivo con su espada sobre el hombro, separándole casi el brazo derecho del cuerpo; sus lugartenientes terminaron la tarea y arrastraron el cadáver fuera de la tienda, ante la mirada aterrorizada de Guido de Lusiñán. A este último, juzgándole bastante castigado por el miedo, Saladino se dirigió con benevolencia diciéndole que «un rey no mata a otro rey» (Ibn al-Athir, p. 687).

Los prisioneros nobles, que podían pagar rescate o servir de rehenes, fueron encadenados y llevados a Damasco. Los otros —que eran miles— fueron amontonados como un rebaño (Al-Imad cita la cifra de treinta mil prisioneros, a los cuales habría que descontar casi la mitad, para ser exactos). Esta muchedumbre de cautivos francos debía causar impresión por su abundancia. El que veía a los muertos decía: «No es posible que haya habido prisioneros». El que veía los prisioneros decía: «No es posible que haya habido muertos» (Abu Shama, *Dos jardines*, p. 271). A causa de una maniobra desafortunada y de un terreno desprovisto de fuentes y de pozos, toda la fuerza armada de la Siria franca había sido destruida de un solo golpe. Y habían to-

mado parte en la batalla casi todos los hombres capaces de luchar (en la ciudad de Jerusalén habían quedado sólo dos caballeros).

La guerra santa musulmana

Al día siguiente de la victoria, Saladino tomaba la ciudadela de Tiberíades (5 de julio) y, dando muestra de gran cortesía, otorgaba a la princesa Echive un salvoconducto para dirigirse a Trípoli con sus mujeres y sus servidores y llevar con ella todos sus efectos personales. Luego hizo reunir a todos los caballeros del Hospital y del Temple que se encontraban entre los prisioneros; y, como muchos de ellos formaban parte ya del botín de varios guerreros musulmanes, Saladino los compró a estos últimos, ofreciendo cincuenta piezas de oro por cabeza. Le trajeron más de doscientos, que él añadió a su propia parte de botín correspondiente, resultando en total más de trescientos hombres. Algunos habían sido ya llevados a Damasco, al mismo tiempo que los jefes prisioneros. Todos los hermanos de las dos órdenes, caballeros y sargentos, fueron ejecutados: la mayoría en el mismo lugar de la batalla, ante Tiberíades; los demás en Damasco. Uno solo fue perdonado: Gerardo de Ridefort.

Después de haber realizado lo que él creía un acto de justicia agradable a Dios, Saladino tenía sólo que continuar su marcha victoriosa: en la Siria franca no había más que ciudades desprovistas de soldados y gentes aterrorizadas. Antes de terminar el año, había tomado más de cincuenta plazas importantes, entre ciudades y fortalezas, Jerusalén incluida.

El ejército franco se había marchado hacia Hattin como «las dunas movedizas, como un mar de olas tumultuosas y llenas de espuma[…]» (Al-Imad), un ejército magnífico y aterrorizador, con su caballería cubierta de hierro y llevando mil estandartes de vivos colores que rodeaban el cortejo del arzobispo de Acre, el cual blandía, por encima de la cabeza de su caballo, la Vera Cruz. Bajo su palio, con su oriflama levantada hacia lo alto, en medio

de los clérigos y de los monjes que formaban su escolta, la Vera Cruz era como el corazón y el jefe de aquel ejército, como el Arca de la Alianza de los israelitas, el más precioso tesoro de la cristiandad, el signo vivo de la presencia de Jesucristo. Desde hacía ochenta y siete años —desde el día en que Balduino I la había hecho llevar delante de sus tropas cuando fue a Ramala para detener al ejército del visir de Egipto—, la Vera Cruz había sido, en todas las batallas del reino, signo de grave peligro y garantía de victoria; y, si bien no todas las batallas en que tomó parte fueron victoriosas, no por ello había dejado de ser para los jefes y para los soldados el Santo de los Santos que se defiende hasta el final, que da la victoria o consuela de la derrota.

Los que se la llevaron a Hattin sabían que esta vez se trataba de una batalla en la que se jugaba la suerte del reino y rogaban por la victoria Como lo hicieran sus antepasados. Pero no era un ejército que iba a luchar por la Cruz; los jefes estaban divididos entre ellos y acudían empujados por intereses y rencores que les hacían olvidar la importancia de la empresa; los soldados tampoco iban a la conquista de Dios y del martirio, sino a defender su tierra contra un enemigo al que sabían mucho más fuerte que ellos.

Al otro lado había un ejército que se disponía a invadir un país que no le pertenecía, pero sobre el que creía tener derechos imprescriptibles; un ejército de soldados de Dios, animados por un ardiente deseo de triunfar sobre los infieles o de recibir el martirio, seguros del triunfo de la verdadera religión. Aquella guerra santa que durante tanto tiempo los príncipes musulmanes habían practicado por política, que los devotos habían proclamado sin resultado alguno, que Nur al-Din había preparado durante treinta años, predicado, soñado con todo el ardor de su piedad indefectible, esta guerra santa había llegado ya, había madurado, había tomado forma con el contacto de los francos, cuya piedad guerrera parecía haber penetrado en el islam por vías subterrá-

neas; la guerra santa había cambiado de bando. En las crónicas cristianas ya no se habla de milagros, de iluminación, de la alegría del martirio, sino solamente de esta piedad militar que se encuentra también en Occidente. Es cierto que el enemigo es el Infiel, pero ello es un detalle secundario: en realidad es sólo el Enemigo. Y Reinaldo de Châtillon (a quien, según Baha al-Din, Saladino propuso que abrazara el islamismo) no fue nunca considerado como un mártir de la fe.

Y es en cambio el tono de las crónicas musulmanas el que, poco a poco, pasa de la simple guerra a la guerra santa. No es que el tema de la *jihad* hubiera sido ignorado por los que, más tarde, redactaron la historia de los primeros decenios del siglo XII, sino que parece que los francos, en aquella época poderosos y agresivos, no excitaban entonces una verdadera indignación ni un odio religiosos. En tiempos de Nur al-Din y sobre todo de Saladino, los guerreros musulmanes que mueren se convierten en mártires, los soldados no son ya sólo musulmanes o miembros del ejército de tal o cual príncipe, sino que son soldados del islam o soldados de Dios. «Dios hizo descender la victoria del cielo sobre los que, aquí abajo, son fieles a su ley; concedió este favor a los que cumplían con el deber de la *jihad*...». (Al-Fadhel, p. 228, a propósito de la batalla de Kawkab).

Veamos una descripción de los guerreros musulmanes, durante el fracaso de la tentativa de rodear al ejército franco en 1186: «Aquí había guerreros que, con el sable en la mano, rodeaban al enemigo con la esperanza de verse rodeados de vasos de oro[69]; allá, unos valientes que marchaban hacia la muerte con el aspecto del esposo en el cortejo nupcial» (Dos *jardines*, p. 247). Ya no se detesta a los francos por su injusticia o por su crueldad (y, a decir verdad, excepto Reinaldo de Châtillon, quien por otra parte se unía a los beduinos, «gentes sin moralidad, oprobio de nuestra religión», los francos no se mostraban ni crueles ni injustos); se les detesta por la falsedad de su doctrina. Son considera-

dos como los «adoradores de Satán, los blasfemos de la naturaleza humana y de la naturaleza divina». Al-Imad, secretario privado de Saladino, hombre culto, cuyas cartas, incluso cuando pecan por exceso de exaltación, deben traducir la atmósfera que reinaba realmente en el ejército, nos da una imagen bastante viva de esta lucha entre el cielo y el infierno.

«La noche sobrevino y puso una barrera entre los dos ejércitos [se trata de la noche que precedió a la batalla de Hattin]; pero nuestra caballería ocupaba los dos caminos. Por un lado se abrían las escaleras del infierno, por el otro las del cielo. Malek [el ángel de la muerte] estaba a la espera, y Ridwan [el ángel guardián del Paraíso] se encontraba gozoso. Era la noche de Kadr[70], noche que se prefiere a mil meses, durante la cual los ángeles y Gabriel bajan a la tierra, noche cuya aurora anunció la victoria que la mañana había de tener. Grande fue nuestra alegría durante esta noche gloriosa, puesto que éramos aquellos de quienes Dios ha dicho: "Dios les da una recompensa en este mundo y otra aún mejor en el otro" (Corán, III, 141). Esta noche el cielo se presentaba ante nosotros con la ley santa que habíamos de cumplir; los vertedores de la fuente celestial estaban dispuestos, los jardines eternos nos preparaban sus frutos, la fuente de vida se abría ante nosotros[...]» (*Op. cit.*, p. 266). Tenían, como sabemos, agua en abundancia, y los francos, sitiados, no habían podido beber nada desde la vigilia.

El día se levanta. «Sobre estos hombres [los francos] armados de hierro la canícula extendía sus llamas y el odio no abandonaba sus corazones. El ardor del cielo avivaba su furor; las cargas de la caballería se sucedían entre las olas flotantes del espejismo, las torturas de la sed, el incendio de la atmósfera y la ansiedad de los corazones. Estos perros sacaban sus secas lenguas y aullaban bajo los golpes. Esperaban poder llegar al agua, pero tenían ante ellos las llamas del infierno y un calor insoportable les abrumaba».

Al-Imad describe al sultán «lleno de confianza en la ayuda de Dios, recorriendo las filas de sus soldados, excitando su ardor, prometiéndoles la acostumbrada ayuda del cielo, y arrojando a cien contra mil» (no tenía sin embargo ninguna necesidad de hacerlo, puesto que su ejército era más numeroso). «Un mameluco del sultán llamado Manguras se había lanzado el primero [...] se encontró solo en medio de los francos: en el fondo de aquel abismo de muerte se mantuvo firme y combatió hasta que sucumbió bajo el número de los adversarios. Los francos cogieron su cabeza creyendo que era la de un hijo del sultán. Era un mártir que subía a la morada de los misericordiosos». (*Id.*, p. 268.). El viento sopla hacia el lado de los francos y «uno de nuestros piadosos voluntarios puso fuego a las hierbas, éstas se inflamaron y los envolvieron. Así fue cómo los adoradores de la Trinidad sufrieron, desde esta vida, el suplicio de un triple incendio: el fuego del prado ardiendo, el fuego de la sed y el fuego de las flechas [...]».

Al-Imad tiene especial interés en describir a los francos como unos luchadores temibles, cuya derrota es sólo debida a la manifiesta protección de Alá; pero sabemos que la caballería franca estuvo a punto de romper las filas del adversario y de abrirse paso hasta el lago. Hay algo impresionante en la historia de esta batalla —que decidió la suerte del reino latino— en la que decenas de millares de hombres luchaban por el agua, «torturados por la idea del lago». Frente a ellos, unos combatientes a quienes el agua no faltaba. Los caballeros, cubiertos de flechas, como erizos, resultaban invulnerables mientras iban a caballo, no porque su armadura no pudiera romperse con un golpe de lanza o de espada, sino porque con las espadas y las lanzas se hacían un vacío a su alrededor y no se atrevían a atacarlos más que disparándoles flechas. Hacia el final del día, Guido de Lusiñán y sus barones principales, habiendo perdido los caballos, se refugiaron a pie, con los estandartes, en la cima de la colina, donde excavaron trincheras a toda prisa. El hijo de Saladino escribía: «Grité toda-

vía: "¡Los hemos ahuyentado!". Pero mi padre me dijo: "Cállate, no los habremos vencido hasta que este pabellón [el del rey] no se haya caído". En el momento en que me hablaba, el pabellón cayó». (Ibn al-Athir, I, p. 686).

Ya no había combatientes; «aquellos leones se convirtieron en débiles ovejas» (Al-Imad, p. 272). Nuestro narrador pasa luego revista al campo de batalla: «He pasado por el campo de batalla y lo he encontrado lleno de enseñanzas: he visto lo que los elegidos habían hecho con los malditos [...]. He visto cabezas tiradas lejos de los cadáveres inertes; ojos hundidos en las órbitas; cuerpos llenos de polvo, cuya belleza había desaparecido bajo la garra de las aves de presa». Sigue una enumeración minuciosa de desechos humanos, descripción de un lirismo macabro y exagerado: «¡Qué aviso para los que piensan! Al ver estos rostros esparcidos por el suelo y que ya no animaban los deseos, recité aquel pasaje del libro de Dios: "El infiel dirá entonces: ¡Quiera el cielo que me convierta en polvo!" (Corán, LXXVIII, 41). Pero ¡qué dulce perfume de victoria se desprendía de este montón de cadáveres! ¡Qué llamas de venganza envolvían estos cadáveres! ¡Cómo alegraba el corazón este horrible espectáculo!». (*Op. cit.*, p. 273).

Otro motivo de alegría fueron los prisioneros. Inmensas muchedumbres. Hombres agotados hasta el extremo de no tener ninguna reacción; treinta o cuarenta atados a una misma cuerda, conducidos por un solo jinete; cien o doscientos hombres reunidos en un solo lugar bajo la vigilancia de un solo guardián. «Estaban allí, humillados, estos insolentes, desnudos, estos rebeldes, cautivos, estos poseedores de tronos». Los hombres atados a una misma cuerda en grupos de treinta o de cuarenta no eran naturalmente más que unas pobres gentes que sólo tenían su libertad que perder. En medio del delirio de la victoria, los musulmanes creían ver en cada prisionero a un Reinaldo de Châtillon. «¡Cuántos jefes arrogantes cogidos como en la caza [...], reyes

subyugados, hombres libres hechos esclavos, impostores entregados a los justos!». (*Op. cit.*, p. 274).

La batalla había causado muchos muertos. No sabemos si todos fallecieron en el combate, ni cuántos fueron asesinados no hallándose ya en estado de combatir, puesto que sabemos que la infantería no había resistido durante mucho tiempo. Es de suponer que los cuatro mil turcoples fueron todos muertos, porque Saladino no tenía ninguna compasión de los renegados del islam. No hubo, sin embargo, matanza sistemática; los ejércitos de Saladino eran mucho menos feroces que las bandas de turcomanos. Pero, con todo, su jefe había de señalar con sangre el triunfo de la verdadera religión.

El asesinato de Reinaldo de Châtillon era cuenta personal suya, el cumplimiento de su promesa (él mismo escribirá al califa de Bagdad a propósito del señor del Krak «[…] y es vuestro servidor quien le ha matado con su propia mano, para cumplir su promesa»), y se comprende bastante bien la ira de Al-Imad —reflejo de la del sultán— contra Raimundo III, porque con su huida había impedido a Saladino cumplir la promesa que había hecho delante de Dios. El cronista se consuela diciendo que el conde de Trípoli, torturado por «espantosos sueños», no había de sobrevivir largo tiempo a la batalla. La muerte de Reinaldo, en cambio, parecía una victoria extraordinaria, como si la sola existencia de este hombre fuese un ultraje para el islam. Recordemos que había hablado de ir a saquear La Meca con sus tropas y que había dicho a los viajeros que había capturado: «¡Que vuestro Mahoma os saque de la cárcel!» (hemos de creer según esto que los francos de Siria se habían vuelto extremadamente corteses y tolerantes, porque si una simple insolencia de soldadote pudo llegar a causar tal escándalo…).

La acción de Saladino fue celebrada por los poetas:

«[…] ¡Noble y pura espada la que ha cortado la cabeza del príncipe, y ha abatido la infidelidad en su más pura infamia!

»Esta cabeza, al caer; se ha bañado en su propia sangre, como la rana que se sumerge en el estanque.

»Cegado por su perfidia, se precipitaba como una fiera; pero la muerte es la única respuesta a los ataques de un traidor» (Al-Imad, p. 190).

De este modo, glorificado más de lo que merecía y considerado como una especie de encarnación de Satanás, el caballero pobre antaño amado por Constancia de Antioquía, para desgracia de la Siria franca, hacía su solemne entrada en el panteón de los infiernos, de donde ningún historiador latino pensó jamás en sacarlo. Pero hacían falta otras víctimas para marcar el «triunfo de la verdad sobre la mentira».

Hemos visto que al día siguiente de la toma de Tiberíades, Saladino había ordenado la muerte de los caballeros del Temple y del Hospital. Era un gesto político, puesto que el sultán sabía que los hermanos de las dos órdenes eran temibles, aun siendo prisioneros, porque eran más capaces de escaparse que otros. «Quiero —decía Saladino— purificar el mundo de estas dos órdenes inmundas, cuyas prácticas no tienen ninguna utilidad, que no renunciarán jamás a su hostilidad y que ni siquiera como esclavos nos servirán de nada. Una y otra son lo peor que existe entre la gente infiel». (Sabemos que más tarde había de exigir el aval de los hermanos del Temple para garantizar la validez de un acuerdo con los cruzados, y sabía que los templarios eran incapaces de violar un juramento. Al día siguiente de la batalla de Hattin, les manifestaba su estima a su manera). Sus guerreros, tal como hemos visto, no daban tanta importancia a ver cortadas las cabezas de sus cautivos, y sólo los devolvieron contra la promesa de una buena recompensa. Pero la exaltación del ejército necesi-

taba una matanza especialmente dedicada a Dios, y otras víctimas que las que caían en el azar del combate.

«En la asamblea —escribe Al-Imad—, había un grupo de voluntarios, gente de costumbres piadosas y austeras, devotos, sufíes, juristas, sabios e iniciados al ascetismo y a la intuición mística. Todos ellos solicitaron la gracia de ejecutar a un prisionero, desenvainaron el sable y se arremangaron. El sultán estaba sentado y su rostro sonriente contrastaba con los ceños fruncidos de los incrédulos; las tropas estaban formadas en filas y los emires situados en dos hileras [...]». (*Op. cit.*, p. 277). Los condenados eran aproximadamente trescientos. La alusión a los ceños fruncidos muestran que los hermanos de las dos órdenes se comportaron con una cierta dignidad (aunque sería difícil exigir de ellos también un rostro sonriente). Los devotos, los iniciados en el ascetismo y en la intuición mística, lo aprovecharon para hacer gala de su habilidad. «El sable de unos cortó y despedazó de maravilla, y se les dio las gracias; el sable de otros apareció rebelde y poco afilado, y se les excusó; otros hicieron el ridículo y hubo que sustituirles». Hicieron el ridículo, es decir, indudablemente vacilaron o se horrorizaron al ver tanta sangre y tantas cabezas cortadas.

Saladino, en cualquier caso, gozaba con el espectáculo. «Y yo —prosigue Al-Imad— contemplaba al gran luchador sonriente, admiraba al maestro de la palabra y de la acción: ¡cuántas promesas ha cumplido, cuánta gloria ha cosechado, qué cantidad de recompensas están reservadas a este derramamiento de sangre, cuánto mérito se ha ganado haciendo caer estas cabezas!». (*Op. cit.*, p. 278). Estas líneas, escritas por un testigo ocular, pueden hacer dudar de la humanidad de Saladino; y sin embargo supo ser humano, para con los pobres, para con las mujeres y los niños. Pero su piedad y la de sus compañeros podía deleitarse también ante la vista del asesinato de unos hombres desarmados, asesinato llevado a cabo con sangre fría, si «sangre fría» puede lla-

marse a la exaltación sanguinaria de los devotos. Cualesquiera que fuesen las crueldades que los cruzados cometieron, cualquiera que hubiese sido su ardor por «vengar con la sangre de los infieles las injurias hechas a Jesucristo», nunca pudo reprochárseles tan extraña mezcla de piedad y de crueldad. Es cierto que aquí las víctimas eran soldados que de antemano estaban dispuestos a recibir el «martirio»; pero los verdugos no eran ni soldados, ni unos brutos ignorantes y fanáticos, ni siquiera hombres fuera de la ley disfrazados de peregrinos…

Sólo un templario había, como hemos visto, escapado a la matanza; el gran maestre había sido enviado a Damasco, junto con los otros cautivos de precio. Más tarde iban a correr extraños rumores sobre su suerte: con ocasión del gran proceso contra los Templarios en 1306, los hermanos explicaron que la abjuración de Cristo y el escupir sobre la Cruz que se les imponía en la ceremonia de recepción en la orden, provenía del hecho de que antaño un «mal maestre», hallándose prisionero del sultán, había logrado salvar su vida prometiendo introducir esta fórmula en el ritual de la orden. Este hecho concierne evidentemente a Gerardo de Ridefort. Pero, aun cuando hubiese hecho a Saladino esta extraña promesa, el maestre del Temple no hubiese dejado de acudir al Papa para que le excusara de la obligación de cumplirla. En realidad, Saladino había perdonado la vida a Gerardo por razones fáciles de comprender. Había aún en el país templarios y fortalezas defendidas por hermanos de la orden, y dos meses después de Hattin, Gerardo de Ridefort compraba su libertad haciendo entregar estas fortalezas a Saladino. Sujetos por el voto de obediencia incondicional a las órdenes del maestre, los hermanos obedecieron también en esto. La clemencia de Saladino, muy normal en este caso, ha parecido no obstante sorprendente a causa del odio religioso que el sultán profesaba a las dos órdenes. En efecto, nunca más volvería a perdonar a un hermano que hubiera hecho prisionero.

En Damasco remaba la alegría más total. El ejército traía un rico botín y millares de esclavos que se vendían públicamente en los mercados. «El precio de un prisionero ha bajado hasta tres dinares en Damasco». «Todos los días —escribe Mohamed Ibn al — Kadersi (*Dos jardines*, p. 286)— se ven llegar tantas cabezas de cristianos como sandías. El botín de bueyes, corderos, caballos y mulos es tan considerable que ya no se encuentra comprador». Y una «efigie del Crucificado» —no se trata aquí de la Vera Cruz, sino de una imagen— hace su entrada en la ciudad, llevada por el cadí Ibn-Arun, cabeza abajo y atada al palo de la cruz.

Al-Imad escribe: «Año feliz y afortunado, tiempo bendito cuya llegada estaban esperando las anteriores edades. Fue entonces cuando el lugar sagrado cuya santidad aclaman todos los santuarios fue purificado. Fue entonces cuando la gracia divina liberó a la tan martirizada Tierra Santa de sus sufrimientos. Dios destruyó los maleficios del politeísmo y decretó que la infidelidad sería anegada en ríos de sangre. La dinastía nazarí triunfó sobre las ruinas de la secta nazarena; el monoteísmo se vengó de la doctrina trinitaria y la gloria del reinado de Salah al-Din se extendió por el mundo» (p. 260).

La liquidación del reino

La guerra no había terminado. Y estaba muy lejos de terminal; porque Saladino, al querer expulsar de Siria a una pequeña colonia de cristianos de ultramar, no había sin duda previsto que precisamente de ultramar iban a llegarle un número de francos diez veces mayor que el que él había combatido durante los quince últimos años. Si ya no existía el reino de Jerusalén, existía por lo menos una Siria franca.

El ejército musulmán marchó hacia la costa tomando una ciudad después de otra. Acre, gobernada por Jocelin III de Courtenay (uno de los supervivientes de Hattin), se rindió sin resistencia, pues a las veinticuatro horas de la gran derrota nadie pensaba

ya en resistir. Pero Saladino no podía estar en todas partes al mismo tiempo y tomar todas las ciudades en dos semanas. Los francos intentaban unirse de nuevo y armarse. Ascalón, desprovista de soldados, pero defendida por las milicias burguesas, resistió durante varios días, a pesar de las súplicas de Guido de Lusiñán, quien, llevado al pie de las murallas, pedía a los defensores que rindiesen la ciudad para comprar su propia libertad. «Las gentes de Ascalón —dice Ibn al-Athir— le contestaron del modo más descortés y le dirigieron frases muy desagradables». (*Op. cit.*, p. 696). Ascalón se rindió sólo después de una fortísima resistencia y con todos los honores de la guerra (5 de septiembre).

Saladino era ya ahora dueño de toda la costa (Acre, Jaffa, Beirut y Ascalón), de Galilea y de Samaría. De las ciudades de la costa no quedaba en manos de los francos más que la formidable plaza fuerte de Tiro, aislada sobre su península y unida a la tierra por un istmo tan estrecho que el sitio, aun sin poseer una fuerte guarnición, se hacía extremadamente difícil.

Una vez se hubo hecho fuerte en el litoral y en el interior del país, Saladino marchó finalmente hacia Jerusalén —Al-Quds, «La Santa»—, la ciudad santa, cuya toma había de consagrar su prestigio a los ojos de todo el islam.

Hemos visto cómo se había dejado a Jerusalén sin defensores. Pero esta ciudad poseía una población franca muy importante, y considerablemente incrementada después de la derrota con los refugiados francos que escapaban de Saladino. Mientras el sultán conquistaba el resto del país, la capital, aterrorizada, pero decidida a defenderse, organizaba su resistencia. El alma de la resistencia era Balián de Ibelin, quien, junto con Raimundo III de Trípoli, había escapado providencialmente del desastre de Hattin y había luego obtenido de Saladino un salvoconducto para llegar hasta Jerusalén, de donde quería sacar a su familia. Una vez en la ciudad, fue retenido «por la fuerza» —según dijo a Saladino—, por el patriarca Heraclio.

Este prelado inepto se vio obligado por las circunstancias a mostrarse enérgico. Balián de Ibelin era uno de los primeros barones del reino y el esposo de la reina usufructuaria; la población le aceptó, pues, espontáneamente como jefe. Desde este momento, se consideraba a la reina Sibila despojada de sus derechos y se la alejaba de las cuestiones políticas; tan grande era la indignación de los jerosolimitanos contra el hombre que había perdido la batalla y dejado capturar la Vera Cruz.

Fueron, pues, Balián y el patriarca quienes se preocuparon de poner a la ciudad en estado defensivo, haciendo fundir los ornamentos del Santo Sepulcro para acuñar moneda, enrolando en el improvisado ejército a todos los hombres en edad de llevar armas. Armaron caballeros a todos los jóvenes nobles de más de quince años de edad y a los hijos de los grandes burgueses. Con el dinero obtenido del Santo Sepulcro, se pagó a soldados mercenarios. Cuando —el 20 de septiembre—, dos meses y medio después de Hattin, Saladino se presentó ante la ciudad santa, la encontró lista para la defensa y dispuesta a resistir el sitio.

No esperaba seguramente encontrarla tan bien preparada, puesto que sabía hasta qué punto la ciudad se hallaba falta de soldados. Tres semanas antes había ofrecido a los ciudadanos de Jerusalén una capitulación honorable, respetando a las personas y a los bienes, y la oferta había sido rechazada. De antemano seguro de la victoria, el sultán había escrito a la reina Sibila invitándola a ir a reunirse con su esposo prisionero en Naplusa, puesto que quería (o por lo menos eso decía) evitarle los peligros del sitio. Sibila, al no tener nada que hacer en Jerusalén, aprovechó la oferta. Permitió también abandonar la ciudad a la reina María Comneno, junto con los niños de la familia de Ibelin, a quienes recibió en sus tiendas con toda clase de cortesía, y hasta llegó a darles «joyas y trajes de precio». Desde su victoria tenía especial interés en manifestarse como un vencedor magnánimo. Trataba a las poblaciones de las ciudades conquistadas con la mayor dul-

zura, sobre todo a los indígenas, a quienes quería hacer comprender que los liberaba de la tiranía de los francos.

Incluso en la misma ciudad santa, una parte de la población sitiada clamaba por la victoria del sultán: eran los cristianos de rito griego, los cuales habían soportado siempre con escasa paciencia la dominación de sus correligionarios latinos. Los francos tenían pues que defenderse contra los musulmanes por fuera y ternes en el interior de la ciudad, el levantamiento de los griegos. No obstante, el sitio fue llevado con el mayor vigor y los asaltantes encontraron una feroz resistencia. Al-Imad, que describe el sitio dice, hablando de los francos: «Se movían como demonios, corrían como lobos, se agitaban como genios malignos. Sus guerreros esgrimían la espada; era como un tumulto comparable a un mar enfurecido. Los sacerdotes les exhortaban, los jefes inflamaban su arrojo, los ánimos se excitaban en el combate [...]. Levantaron una máquina en cada punto alto, cavaron profundos fosos, elevaron sólidos pilares por todos lados [...]. Multiplicaron los obstáculos y obstruyeron los caminos anchos para hacerlos inaccesibles. Cada uno tenía a su cargo una tarea que en otro momento hubiera sido superior a sus fuerzas». (*Op. cit.*, pp. 311-323).

Pero los habitantes de Jerusalén sabían muy bien que no podían llegarles socorros de ninguna parte, puesto que ya no había ejército. Los pocos hombres disponibles se habían refugiado en Jerusalén: algunos supervivientes de Hattin, como Balián de Ibelin y defensores de fortalezas entregadas a Saladino, entre los cuales se hallaban un cierto número de templarios y de hospitalarios. Pero con todo no eran más que un puñado de combatientes. Balián de Ibelin llegó a decir que en la ciudad había «un hombre por cada cincuenta mujeres y niños», aunque hablaba seguramente de los colonos latinos, porque los griegos no participaban en la defensa. En un pasaje bastante curioso, al que tendremos que referimos más adelante, Al-Imad se esfuerza en explicar

las razones de esta resistencia heroica, destinada de antemano al fracaso. Los musulmanes comenzaban a comprender que también para los cristianos Jerusalén era una ciudad santa y que su deseo de conservarla a toda costa podía ser un deseo legítimo.

«El islam —escribe el cronista árabe (Al-Imad, *Dos jardines*, pp. 319-320)— iba en busca de Jerusalén, su prometida, ofreciéndole por dote millones de existencias: le ofrecía la felicidad frente a la desgracia». A pesar de ser la «prometida» del islam, Jerusalén no era, ni mucho menos, la primera de las ciudades santas musulmanas, y Saladino, al arengar a sus soldados antes del asalto, tendrá que hacer un largo sermón en el cual les expondrá todas las razones por las cuales Al-Quds ha de ser venerada entre todas. «El lugar de los profetas, de los santos, el oratorio de los devotos [...] es aquí donde el género humano será reunido y resucitado [...]. Aquí está la roca de superficie brillante e intacta; el camino de la ascensión del Profeta, la cúpula sublime que forma una corona sobre la roca; aquí brilló el rayo y Borak comenzó su carrera [Borak —el rayo—, nombre de la jaca celeste que condujo por los aires a Mahoma]». (*Op. cit.*, p. 324).

Al enumerar los méritos de la ciudad santa, sus numerosos santuarios, los versículos del Corán que había inspirado, Saladino no enseñaba sin duda nada a los devotos ni quizá demasiado a la multitud de sus soldados, la mayoría bastante piadosos, pero precisaba con ello que se trataba de la tercera en dignidad de las ciudades santas del islam. En cambio, ningún predicador cristiano tenía necesidad de recordar a sus fieles más ignorantes, tanto en Oriente como en Occidente, las razones por las cuales hay que venerar Jerusalén; de la misma manera que ningún musulmán se hubiera tomado la molestia de hacer un discurso para explicar que hay que defender La Meca: ante la sola idea de que las bandas de Reinaldo de Châtillon proyectaban emprender el camino de la ciudad santa, un escalofrío de terror había estremecido al islam, y las gentes creyeron que el Juicio Final se acercaba.

Así pues, al considerar los hechos desde el punto de vista de la guerra santa, los derechos de los cristianos sobre Jerusalén eran a ojos vistas los más fuertes y también los más antiguos. «¡Qué grande y noble es [la mezquita de Al-Aqsa], qué gloriosa y magnífica, sublime y venerada! ¡Sus bendiciones son propicias, benditos sus presagios! ¡Qué conjunto de bellezas, qué encantos más perfectos, qué adornos más hermosos, qué ornamentos más espléndidos! Y con esta enumeración de privilegios y de méritos de la mezquita, el sultán afirmaba la vuelta cercana de aquellos pactos y del gozo de aquellos favores». (*Op cit.*, p. 325). Los soldados de Saladino estaban, pues, completamente convencidos de estar luchando por su fe al conquistar Jerusalén. Pero no estaban animados por la locura mística de los «pobres» de la Primera Cruzada: no sentían la terrible desesperación de los sitiados de 1187; por grande que fuese su celo religioso, sus razones de combatir eran, por tanto, menos poderosas.

Los francos de Jerusalén luchaban también para salvar su honor, y Al-Imad se equivoca al suponer que la ciudad contenía sesenta mil guerreros francos. No eran ni siquiera seis mil, pero «se exponían a las flechas, no retrocedían ante la muerte y decían: "Uno solo de nosotros luchará contra diez, y diez de nosotros resistirán a doscientos"» (p. 326). Finalmente, viendo que las máquinas de Saladino estaban a punto de derribar una de las murallas y que la toma de la ciudad no podía evitarse, los defensores proyectaron una salida en masa durante la noche a fin de intentar coger al enemigo por sorpresa. Fue el patriarca quien se opuso a este proyecto, en realidad desesperado, a la vista del número de sitiadores. No tenían derecho, decía, a dejar a merced de Saladino a las mujeres y a los niños. Más valía negociar la capitulación.

Balián de Ibelin se rindió, junto con varios caballeros, en el campo de Saladino. El sultán exigía una capitulación sin condición de ninguna clase. «Quiero —dijo— tratar a Jerusalén tal

como la trataron los cristianos cuando la tomaron a los musulmanes hace noventa y un años. La inundaron de sangre sin dejarle un instante de reposo. Estrangularé a los hombres y a las mujeres las convertiré en esclavas». Entonces Balián de Ibelin amenazó con destruir la ciudad: «Cuando veamos que la muerte es inevitable, mataremos a nuestros hijos y a nuestras mujeres, quemaremos nuestras riquezas y nuestros muebles; no os dejaremos ni un denario ni un dirham de botín, ni un solo hombre ni una sola mujer para que os los llevéis cautivos. Cuando hayamos terminado esta obra de destrucción, acabaremos con la Qubbat al-Sakhra y la Maschid al-Aqsa, y los otros lugares santos del islamismo. Después de esto, mataremos a los cinco mil prisioneros musulmanes que tenemos en nuestro poder y estrangularemos hasta la última de nuestras acémilas y todos nuestros animales. Finalmente, saldremos todos a vuestro encuentro. Entonces no será muerto uno solo de los nuestros sin que antes haya matado a varios de los vuestros. Moriremos cubiertos de gloria o venceremos». (Ibn al-Athir, pp. 700-701; Al-Imad pone en boca de Balián unas palabras semejantes). Saladino no estaba dispuesto a perder las ventajas morales de su victoria, ni siquiera el beneficio material, dejando que la ciudad santa se convirtiera en un montón de ruinas. Por consiguiente, negoció.

Se convino que la población de Jerusalén saldría con vida y podría ser rescatada mediante el pago de diez besantes por cada hombre, cinco por cada mujer y uno por cada niño. Los que pudiesen pagar se retirarían llevándose sus bienes. Pero se trataba de una suma muy grande. «Por cada hombre que pueda pagar, decía Balián, habrá cien que no tendrán ni siquiera dos besantes [...]. Pues toda la ciudad está llena de gentes campesinas y del pueblo bajo y de niños y de mujeres cuyos padres y maridos habéis matado o hecho prisioneros vosotros». (*Éracles*, II, p. 91). Saladino consintió en aceptar una suma de cien mil besantes para el rescate de veinte mil personas insolventes.

Con estas condiciones se decidió, pues, la capitulación; el sultán se comprometió a hacer respetar el orden y a no hacer ocupar la ciudad por el grueso del ejército hasta que no estuviera resuelta la suerte de la población. Balián y Heraclio se encargaban de recaudar la suma del rescate. Parece ser que, una vez pasada la exaltación del sitio, una vez adquirida la certidumbre de que Jerusalén se había perdido ya, cada uno pensó sólo en sí mismo. Balián de Ibelin tuvo muchas dificultades en recoger el tercio prometido del rescate de los pobres (puesto que no se había atrevido a prometer el total). El patriarca se guardó muy bien de sacrificar su fortuna y de dar a los pobres los tesoros de las iglesias de que se había apoderado. Los templarios y los hospitalarios, más generosos con su sangre que con sus bienes, se negaban a sacar el tesoro de sus órdenes, y el maestre del Hospital sólo se decidió a pagar bajo la amenaza de un levantamiento popular. «Los templarios y los hospitalarios —dice el continuador de Guillermo de Tiro— dieron, pero no tanto como tenían obligación de haber dado».

Balián de Ibelin y Heraclio llevaron a Saladino, instalado en la Torre de David, treinta mil besantes, rescate que se había convenido para siete mil personas. Quedaban aún dieciséis mil pobres sin rescate. Saladino, en un gesto de magnanimidad, y previa súplica del patriarca, concedió la libertad a quinientas personas, mientras que su hermano Malik al-Adil, queriendo rivalizar con él en generosidad, hizo libertar a mil pobres, después de habérselos hecho adjudicar como su parte de botín. Los demás fueron reducidos a la esclavitud.

Según Al-Imad, la población de Jerusalén se elevaba en aquel momento (contando a los refugiados y a los campesinos de los alrededores que se habían retirado al interior de las murallas ante la llegada del ejército enemigo) a más de cien mil habitantes. Los que eran del todo insolventes eran obreros y peones, campesinos, mendigos, artesanos pobres y un gran número de viudas y de

huérfanos. Muchos de ellos se habían beneficiado sin duda de la caridad privada de ricos burgueses o de los servicios asistenciales de la Iglesia. A fin de cuentas, más de los tres cuartos de la población pudo comprar su libertad, suponiendo que la cifra total de cien mil sea algo exagerada.

Esta toma de Jerusalén no se parecía en nada a la de 1099, y ello hay que afirmarlo en honor de Saladino y de su ejército. Fue triste y pacífica, puesto que Saladino puso su empeño en hacer respetar su palabra y en demostrar a los vencidos la superioridad de su religión sobre la cristiana. La liquidación del dominio franco en Jerusalén se efectuaba como una operación administrativa, bajo la vigilancia de una burocracia apoyada por la fuerza armada.

«Se establecieron intendentes para hacer el censo de los habitantes y para recaudar el importe del rescate. En cada puerta, un emir y varios oficiales superiores contenían la salida e impedían que la muchedumbre se precipitase al exterior. Quien había pagado salía, los que no podían pagar eran encarcelados sin esperanza de verse puestos en libertad. Si la suma procedente del rescate se hubiera retenido como debía ser, hubiera contribuido a enriquecer considerablemente el tesoro público. Pero hubo una negligencia absoluta y un desorden general. Al que podía hacer un buen regalo, se le ponía en libertad, y los funcionarios dejaban los caminos de la honradez por los de la corrupción». (Al-Imad, p. 330). El cronista parece querer denunciar aquí las maniobras de los malos contribuyentes deseosos de causar un fraude al fisco, más que describir a la gente enloquecida luchando por su vida. Y, sin embargo, «algunos se dejaron caer por las murallas con ayuda de cuerdas, otros salieron escondiéndose entre los equipajes. Los hubo que huyeron clandestinamente gracias a un disfraz o bajo un traje de militar; y los hubo también que fueron objeto de una protección superior a la que no se podía desobedecer. Los funcionarios más respetados y más impor-

tantes se hacían sustituir por pequeños empleados y, encubriendo sus irregularidades, realizaban grandes beneficios para sí mismos».

Finalmente, Malik al-Adil, hermano del sultán, acabó por poner un poco de orden en medio de este desconcierto administrativo, concediendo a los más pobres ciertas facilidades de pago. «No hay nadie entre nosotros —dice Al-Imad— que no haya obtenido una buena parte en estos beneficios y no se haya aprovechado de esta época de vacas gordas». Muchos de los que pagaban daban toda su fortuna. Al lado de todo lo que podían temer por ley de guerra, representaba para ellos una gran suerte el poder darla y marcharse seguros con el recibo que había que enseñar a los funcionarios que se hallaban en las puertas.

La mayoría de Jos cristianos abandonaron Jerusalén; pero, a los que quisieron quedarse, Saladino se lo permitió mediante un impuesto de capacitación. Este permiso afectó sobre todo a los cristianos indígenas, griegos y sirios, que cultivaban los campos y las viñas en los alrededores de Jerusalén. El rescate, que se exigía más que nada a título simbólico, aunque constituyera una suma muy importante, cayó, según cuenta Al-Imad, en manos de emires rapaces y funcionarios poco escrupulosos. Saladino era el más desinteresado de todos; nunca retuvo dinero en sus manos, se dejaba robar y explotar con buen humor, distribuía limosnas sin parar y había de morir en la miseria.

Lo que es cierto es que, a lo largo de esta campaña que terminó con la conquista casi total de Palestina por el ejército musulmán, Saladino se mostró sin cesar generoso para con los vencidos y, excepción hecha de la matanza de los caballeros-monjes, no hubo que reprocharle ningún otro acto de crueldad. Parece que su brillante victoria inicial, en lugar de envanecerle, le hizo ser consciente de las responsabilidades que asumía respecto de esta tierra que devolvía al islam. Difícilmente se ve en los relatos de los vencidos un concierto semejante de alabanzas dirigidas a los

vencedores (alabanzas desinteresadas que provenían de testigos que no tenían que temer represalias sobre su liberación). Difícilmente se ve a un caudillo militar, al día siguiente de una victoria sobre todos los frentes, usar de tantos miramientos, hacer prueba de tanta cortesía, de simpatía incluso, para los que eran sus adversarios el día antes, adversarios que eran además los enemigos de su religión.

El sultán no sólo se distinguía por su actitud caballeresca para con las grandes damas francas, no sólo se mostraba piadoso para con los que le suplicaban, devolviendo fácilmente la libertad a los padres de familia, a los maridos prisioneros, sino que se ocupaba personalmente del traslado de los emigrantes a tierra cristiana, los mandaba proteger y alimentar a su cargo y ordenaba a los funcionarios de los puertos que velaran para que su embarque se hiciera en buenas condiciones. Parecía como si quisiera, en la medida de lo posible, limitar los destrozos e impedir que decenas de miles de inocentes sufrieran la desgracia en que les sumían sus victorias. Es cierto que dejó que los quince mil pobres francos de Jerusalén fueran llevados como esclavos, al tiempo que lloraba por su suerte; pero ésta no dependía de él, ya que constituían una mercancía que no era de su pertenencia. Sus esfuerzos por causar el menor mal posible son tan evidentes que no se puede sino admirar —tal como lo hicieron por su parte también los cronistas francos— magnanimidad tan rara en un vencedor.

Saladino tenía especial interés en ganarse las simpatías no sólo de las poblaciones cristianas indígenas, sino también de los francos. El condado de Trípoli y el principado de Antioquía resistían aún, gracias a la proximidad de las provincias bizantinas de Asia Menor. Ya no constituían ningún peligro; pero es posible que Saladino, al tratar con más humanidad a los vencidos, esperara apoderarse con mayor facilidad de estas provincias que tenía también intención de conquistar. Tras los clamorosos éxitos que acababa de obtener; el sultán no tenía por qué temer que se le ta-

chara de débil, sino que, cuanto más generoso se mostraba, más se hacía respetar. Este musulmán ferviente y fanático no podía por lo demás encontrar un medio mejor para hacer proselitismo, y el deseo de dar a los cristianos una idea elevada de su religión era ciertamente una de las razones que le movían a mostrarse magnánimo. Con todo, no deja de ser cierto que la Historia ofrece pocos ejemplos de grandes vencedores tan preocupados por no abusar de su poder.

Los refugiados —más o menos toda la población franca de Jerusalén y de sus alrededores— pudieron establecer una triste comparación entre la generosidad del príncipe musulmán y la dureza de sus propios correligionarios. En efecto, los que huyeron hacia el condado de Trípoli, tan pronto como llegaron a tierra cristiana, fueron maltratados y despojados de sus bienes —de lo que de éstos les quedaba— por la nobleza local. Los que querían embarcarse para Occidente —los habitantes de Ascalón— chocaron en Alejandría con la mala voluntad de los capitanes de barcos genoveses, los cuales se negaron a tomar a bordo a viajeros sin recursos económicos. Fue el cadí de Alejandría quien hubo de interceder en favor de los emigrantes y recurrir a la fuerza y la amenaza para asegurar a aquellos desgraciados la vuelta a Europa (Ernoul, p. 234; *Éracles*, II, pp. 100-103). En cambio, los soldados de Saladino a quienes se había encargado que escoltaran a las masas de refugiados, según el testimonio de Ernoul (p. 228), se comportaron de modo admirable durante todo el viaje, cuidando de los enfermos, de las gentes agotadas por el largo camino, llevando ellos mismos a los niños, cediendo sus caballos a los ancianos y a las mujeres… Por estrictas que fueran las órdenes de Saladino, una conducta semejante por parte de los soldados muestra que la preocupación por tratar humanamente a los vencidos era el resultado de una larga disciplina, de una verdadera reeducación que Saladino había llevado a cabo con el ejército de Nur al-Din.

Los francos que quedaban aún en Siria —los de Antioquía y de Trípoli, los de Tiro, los de los castillos de Jordania y una minoría de pobres que se habían quedado en las ciudades conquistadas— estaban demasiado diseminados e incomunicados los unos de los otros, demasiado desanimados incluso, para pensar en reagruparse. Bohemundo OI seguía subsistiendo gracias a compromisos y treguas con Saladino y los turcos de Anatolia. Además, se había casado con una mujer de mala fama que era agente secreto de Saladino, y, bastante hábil, pero poco enérgico, se dejaba arrebatar poco a poco el patrimonio, perdía tierras y castillos en las fronteras del este y del norte, mientras seguía dueño de la gran ciudad y de sus alrededores, con el puerto de San Simeón.

El condado de Trípoli, muy disminuido también y reducido a una estrecha franja costera (de unos cien kilómetros de largo por veinte de ancho), podía ser de un día a otro anexionado a las posesiones de Saladino. Como Raimundo III había conseguido salvar a una gran parte de su caballería, la situación militar del condado era menos desastrosa que la del reino. Pero los caballeros provenzales no estaban bien vistos por los otros francos de Siria: como ocurre siempre después de una derrota, acusaciones recíprocas de traición y de cobardía llovían sobre unos y otros, y el desgraciado Raimundo III era muy vulnerable a ellas. Nadie había olvidado sus pactos de alianza con Saladino. Si los mismos musulmanes veían en él a un traidor a su religión, las gentes del reino de Jerusalén se veían llevadas a juzgarle de modo más severo todavía. Él, el hombre fuerte, de quien se esperaba la salvación, no había sabido hacer nada, sólo había pensado en salvar sus propios dominios y en salir airoso de la terrible batalla. Tampoco le faltaban defensores, pero era difícil negarle una parte de responsabilidad en el desastre. Y él demasiado lo sabía: jamás se rehízo del golpe que le supuso el día de Hattin.

Resistió aún algunos meses, literalmente consumido por los remordimientos y el dolor, sintiéndose demasiado desanimado como para unirse a todo movimiento de resistencia armada. Entre él y lo que quedaba aún del reino, se habían cortado definitivamente todos los puentes. Sobrevivió a la caída de todas las ciudades francas del reino, a la toma de Jerusalén, y no resulta difícil imaginar lo que debieron ser los «espantosos sueños» que Al-Imad le atribuye. A finales de 1187, falleció víctima de una pleuresía, a la edad de cuarenta y ocho años. No había tenido hijos y su sucesor fue el segundo hijo del príncipe de Antioquía, Bohemundo III, el joven Bohemundo, que, a la muerte de su padre y de su hermano mayor, había de reinar a la vez sobre Antioquía y sobre Trípoli[71]. Con Raimundo III, se extinguía en Oriente la dinastía de Raimundo de Saint-Gilles. Este infortunado príncipe que habría podido ser el jefe más indicado para la Siria franca, el «hombre inteligente y perspicaz entre todos», «digno del trono para el que parecía haber nacido», terminaba su vida desconsiderado, deshonrado por la acusación de traición, desengañado de su sincero ideal de amistad francomusulmana, definitivamente vencido en todos los frentes. Lo que se había perdido —en parte también por su culpa— no era sólo una tierra, sino Jerusalén y la Vera Cruz.

Saladino pudo alegrarse de la muerte de este enemigo, que en realidad no se le había escapado y a quien no había tenido necesidad de derribar con su espada para ponerlo fuera de combate. Se creía ya dueño de todo el reino. Después de la toma de Jerusalén, escribía: «El único obstáculo que se opone a tal objetivo (la conquista de todo el país) es la conquista de Tiro, pero no hay de qué preocuparse, porque el nombre del príncipe de los creyentes, En Naser al-Din Illah, es proclamado ya en el país de los francos desde lo alto de treinta púlpitos». Pero la verdad es que había motivos para preocuparse por Tiro, pues constituía un gran obstáculo. Inmediatamente después de la batalla de Hattin,

un barón de Occidente, acompañado de un grupo de caballeros, llegaba a Siria por mar, con la intención de unirse a las tropas del rey de Jerusalén. Venía de Constantinopla y aún no había sabido de la derrota de los francos. Tuvo la sorpresa de ver que las banderas musulmanas ondeaban sobre las torres de Acre. Se dirigió entonces a Tiro, donde se encerró. Era Conrado de Montferrato, hermano de Guillermo Larga Espada, el primer esposo de Sibila, que había muerto muy pronto y, por consiguiente, tío paterno del pequeño Balduino V, de tan corto reinado. La guarnición y los habitantes de Tiro lo eligieron de inmediato para que fuese su jefe. Este italiano, que contaba entre sus parientes al emperador de Alemania y al rey de Francia, era uno de los capitanes más valientes de su época. Era duro, autoritario y ambicioso y, frente a una situación que parecía desesperada, supo reaccionar con la valentía de los grandes hombres de acción. Nada se había perdido, iba a llegar ayuda de Occidente, se predicaría una nueva Cruzada y Saladino iba a ser expulsado rápidamente de Siria. Se trataba sólo de resistir en las plazas que aún estaban en poder de los cristianos.

Saladino creía que cuando hubiera conquistado el resto del país Tiro caería en sus manos como una fruta madura. Pero, defendida por un caudillo como Conrado de Montferrato, la ciudad, casi imposible de tomar desde tierra y sólidamente fortificada por el lado de mar, resistió a todos los ataques. Cuando el sultán, esperando hacer vacilar el ánimo del franco de Occidente, hizo llevar ante las murallas al viejo marqués Guillermo III de Montferrato, padre de Conrado, hecho prisionero en Hattin, y amenazó con dejar al anciano en primera línea, expuesto a los disparos de los cañones, Conrado mandó responder que antes dispararía él mismo contra su padre que rendir la ciudad.

Guido de Lusiñán seguía prisionero. Nadie parecía lamentarlo, y sólo la reina Sibila insistía cerca de Saladino con súplicas y suaves reproches para que su esposo fuera puesto en libertad. El

sultán terminó por acceder a sus deseos, menos por galantería, dicen los cronistas latinos, incluso los favorables a Guido, que por el deseo de poner obstáculos entre los francos. Estimaba tan poco al rey de Jerusalén que pensaba que ponerle en libertad no podía causar ningún perjuicio a los musulmanes, pero sí que sería una fuente de discordias entre los francos y ello los debilitaría todavía más. Ya veremos que el rey Guido era menos inofensivo de lo que Saladino creía; sin embargo, su liberación fue causa, en efecto, de divisiones entre los francos de Siria. Cuando Guido, apenas puesto en libertad, quiso ir con su mujer a Tiro, donde se encontraban reunidos los barones y caballeros del país aún libres de movimientos, Conrado negó al rey y a la reina de Jerusalén la entrada en la ciudad.

Saladino proseguía metódicamente su conquista. En 1188 tomaba las ciudades situadas al norte de Trípoli, al sur de Antioquía (Baniyas, Valenia, Chibal, Sahiyun, Laodicea, Burzey, Qusayr Baghras, Darbessac), y sólo renunciaba a marchar sobre Antioquía, a pesar de la evidente inercia de Bohemundo III, porque sus soldados estaban demasiado fatigados tras dos años de incesantes campañas. El Krak de los Caballeros —la formidable fortaleza de la orden del Hospital— no pudo ser tomado. El castillo de Beaufort, en Palestina, y el Krak de Moab y el de Montréal, en el sur del mar Muerto, resistieron enérgicamente durante largo tiempo y sólo pudieron ser reducidos por el hambre (Montréal en 1189).

La defensa franca comenzaba a organizarse. Tras el azote de 1187, las fortalezas que habían resistido se hacían ahora difíciles de tomar. Las guarniciones, casi inexistentes al principio, se reforzaban gracias a la llegada de jóvenes reclutas y de voluntarios. Soldados peregrinos desembarcaban en Tiro o en San Simeón a ritmo acelerado, burlando los esfuerzos de las escuadras egipcias de Saladino. Los soldados que aceptaban la capitulación contra la promesa de conservar la vida y de quedar libres corrían ensegui-

da a refugiarse en las plazas que aún no habían sido conquistadas. Decididamente, resultaba difícil vencer a los francos. Sobre todo llevando a cabo una guerra humana, respetando en la medida de lo posible a personas y bienes, como Saladino pretendía.

En 1189 Guido de Lusiñán, que había conseguido agrupar a su alrededor a varios centenares de caballeros y de sargentos llegados de Francia o escapados de las fortalezas perdidas, fue a poner sitio a la ciudad de Acre. Era ésta una plaza formidable, un gran puerto marítimo defendido por tierra por un kilómetro de altas murallas provistas de torres, y sólo la guarnición era ya más numerosa que el pequeño ejército del antiguo rey de Jerusalén. Cuando Saladino se enteró de la noticia, creyó que se trataba de una broma o de una simple maniobra de diversión. El gesto de Guido fue de una temeridad tan absurda que impidió reaccionar al adversario. Al comprender por fin que Acre estaba realmente sitiada, Saladino llegó con sus tropas. Los francos se habían refugiado ya en una zona fortificada inaccesible tanto a los hombres de la guarnición como al ejército que llegaba del exterior. Habían conseguido bloquear la ciudad por tierra y al mismo tiempo ocupar la orilla, desde donde podían recibir refuerzos por vía marítima. Y respondieron a los ataques de Saladino con tanto vigor que fue imposible desalojarlos de su campo.

La Tercera Gran Cruzada acababa de comenzar.

Cruz de cruzado (Primer Cruzada). París, Museo de Cluny. Giraudon.

1) Sello de plomo de Bohemundo I, príncipe de Antioquía. Siglo XII, Chaource, col. Chandon de Briailles. Giraudon.

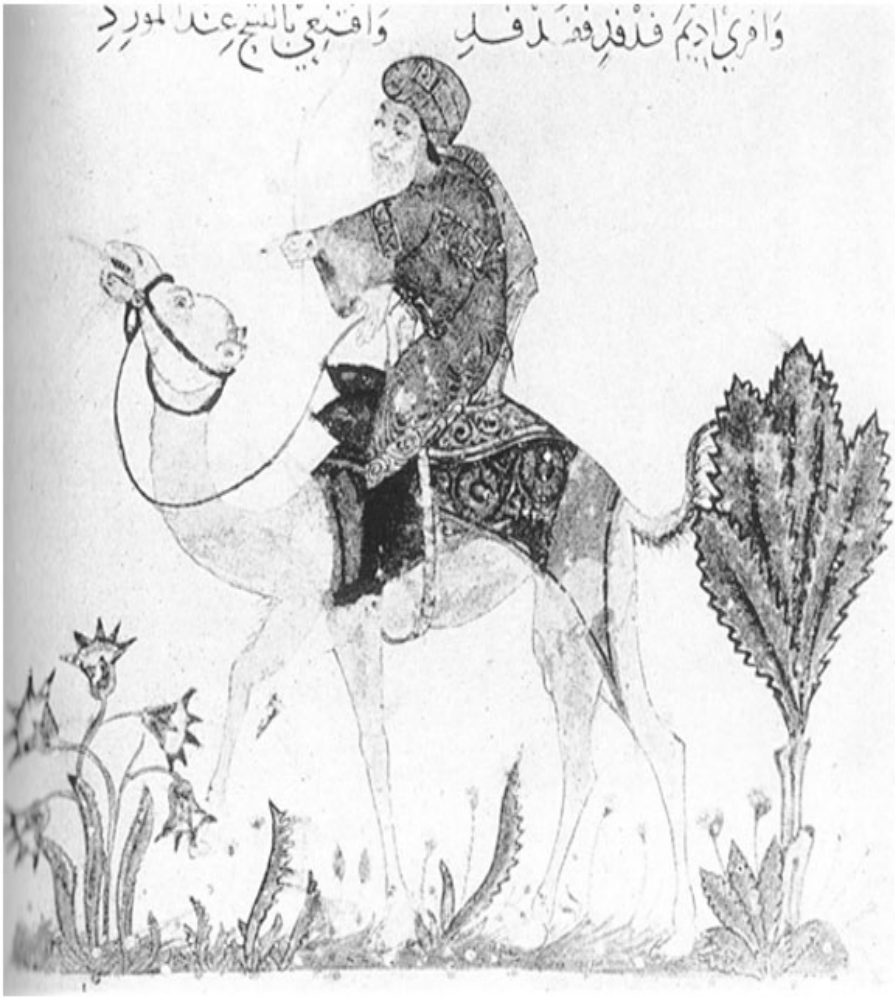
2) Moneda del Oriente latino: moneda de Bohemundo I, príncipe de Antioquía. B. N., París.

3) Moneda de balduino I, conde de

Edesa (entre 1098 Y 1100). B. N., París.

Cruz relicario, procedente de Jerusalén, con un fragmento de la Vera Cruz (tomada como emblema heráldico por la casa de Anjou y adoptada luego por los duques de Lorena, origen de la "cruz de Lorena"). Boudot-Lamotte.

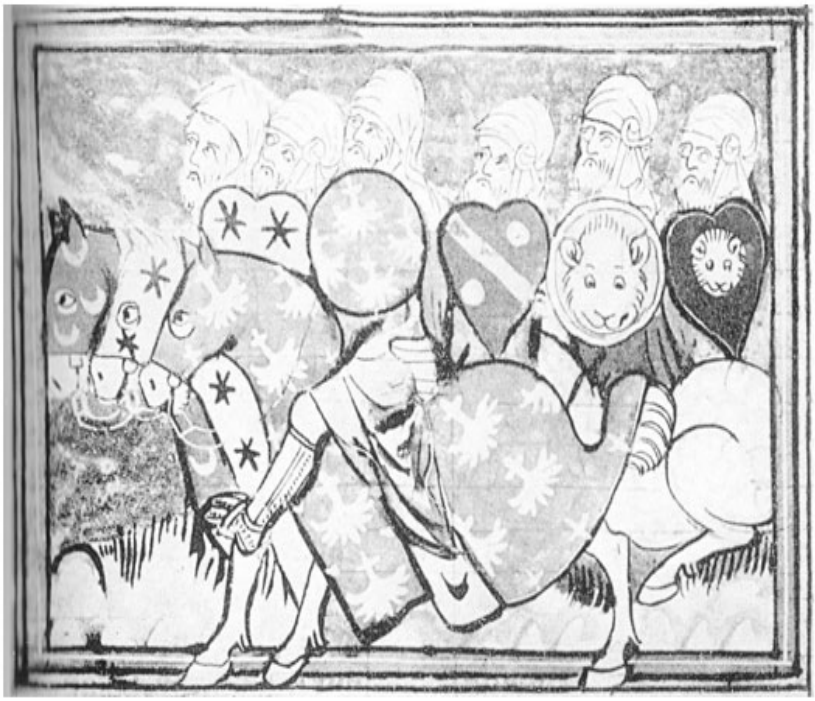
Sello de la República de Génova. Siglo XIII, Archivo de Francia.



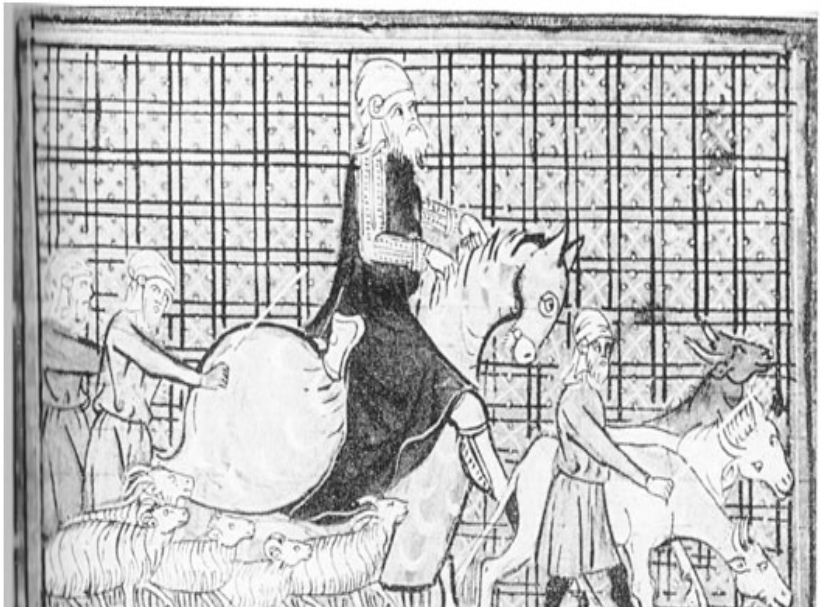
Árabe en el desierto. Miniatura de las *Séances de Harari*. Siglo XII. B. N., París.

Ejército árabe en marcha. Pelotón de los estandartes de la guardia del califa. B. N., Giraudon.

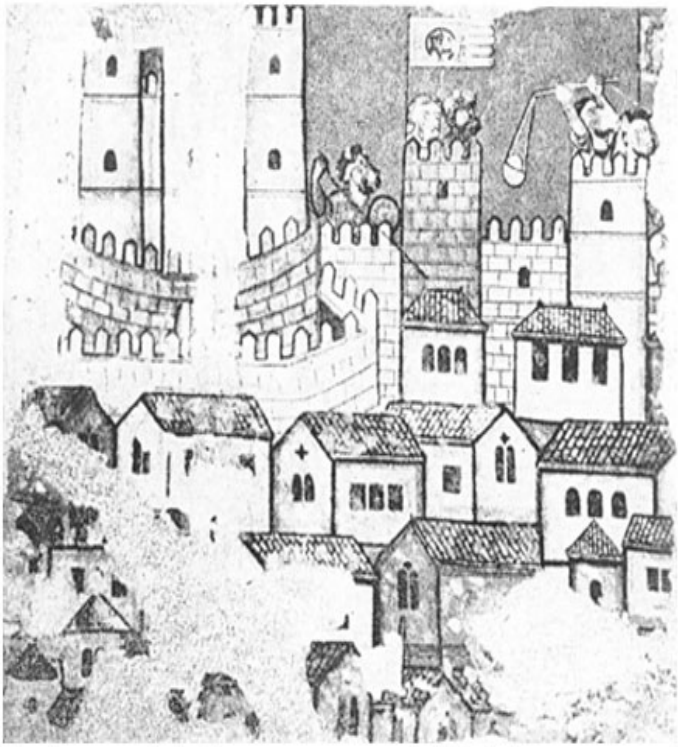
Nave árabe. Miniatura del siglo XIII.
Archivos fotográficos.



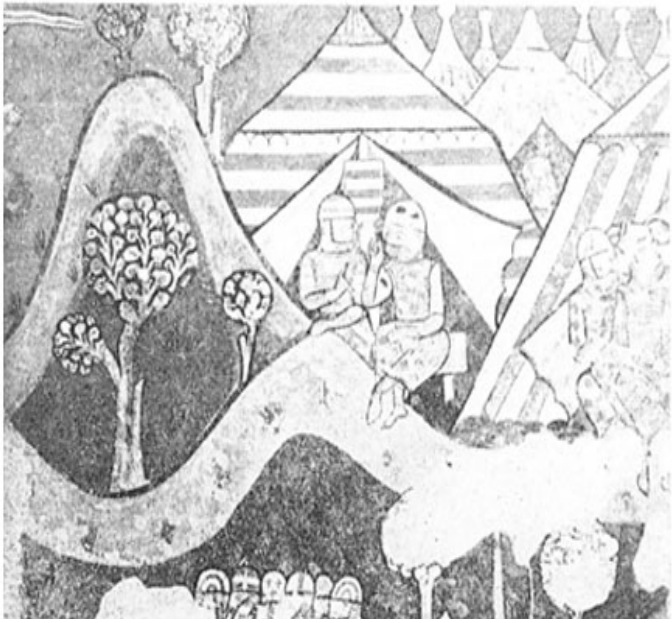
Saladino cabalgando. Miniatura del siglo XIV, procedente del *Roman de Godefroi de Bouillon et de Saladin*. B. N., París



Señor turco con su rebaño. *Roman de godefroi de Bouillon et de Saladin*. B. N., París

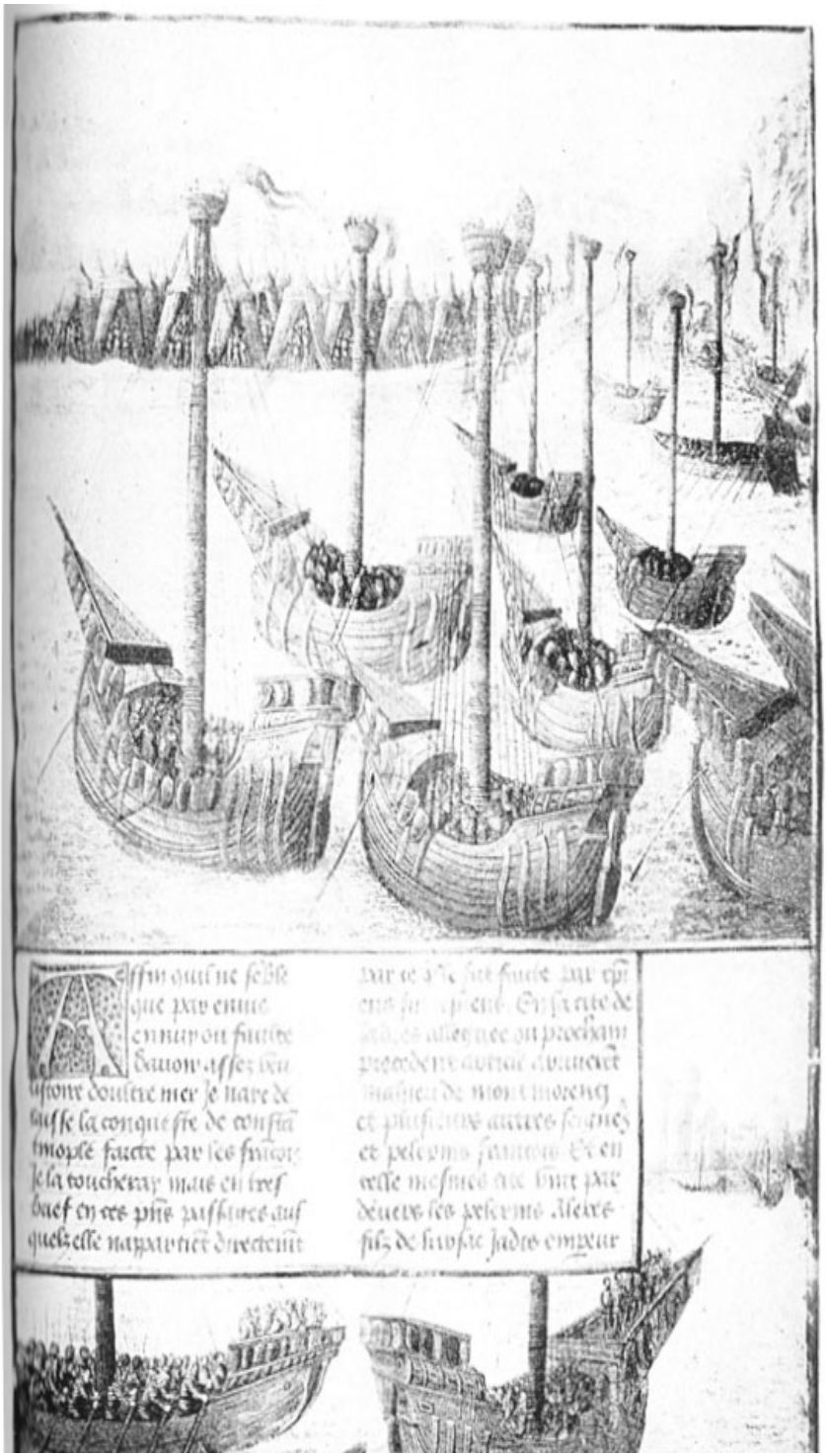


Sitio de una ciudad. Fresco español del siglo XII. Barcelona, Palacio Berenguer de Aguilar. Boudet-Larmotte.



Po

Escena e guerra de una campaña de Jaime I. Fresco español del siglo XII. Barcelona, Palacio Berenguer de Aguilar. Boudot-Lamotte.

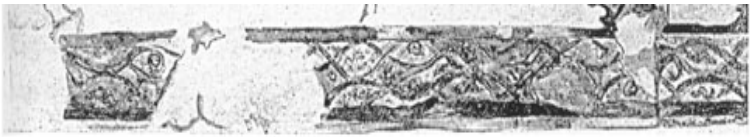


Assin qui ne sebl
que par ennuy ou fiutive
bauon assez ieu
stome doulce mer se mare de
cusse la conquesse de constan
tinople faicte par les fuiors
se la vouchera mais en tres
bacf en ces pitz passures auf
quelz elle na par tiet directenit
par ce ... fut faicte par esp
ces ... esp ... En ... de
... ... procham
precedente avoit ... ...
... de ... moreny
et plusieurs autres sonnes
et peleyns ... ... et en
celle mesmes ... par
deuers les peleyns Aleyes
filz de ... ...

Marina medieval. Flota de los cruzados en el Bósforo. Miniatura del siglo XV, procedente del *Livre des passages d´outremer*. Giraudon.

Guerreros. Mosaico del pavimento de la iglesia de
San Juan Evangelista en Rávena.
Anderson-Giraudon.

Batalla. Muerte de Roger el Valiente. Miniatura del siglo XIV, procedente del R*oman de Godefroi de Bouillon et Saladin*. B. N., París.

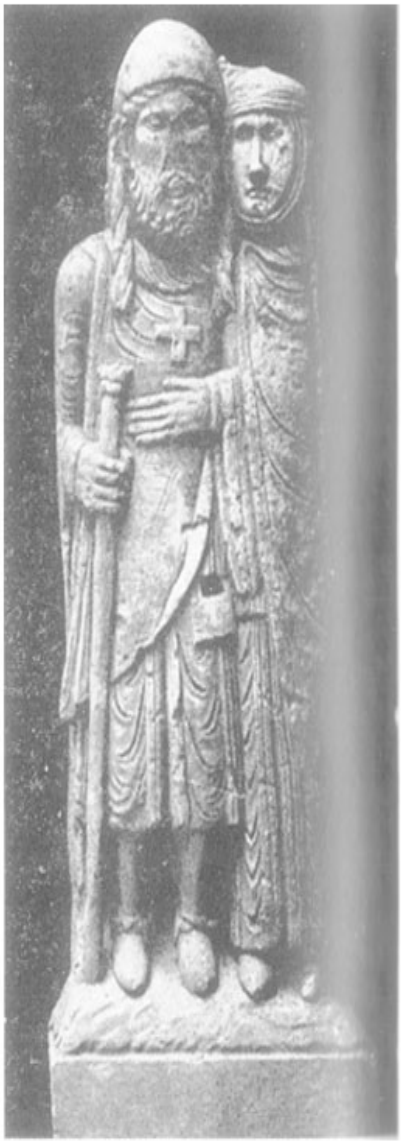


Caballero cruzado. Fresco de la iglesia de Cressac.
Siglo XII. Archivos fotográficos.

Peregrino. Fresco de la cripta de la iglesia de Tavant.
Archivos fotográficos.

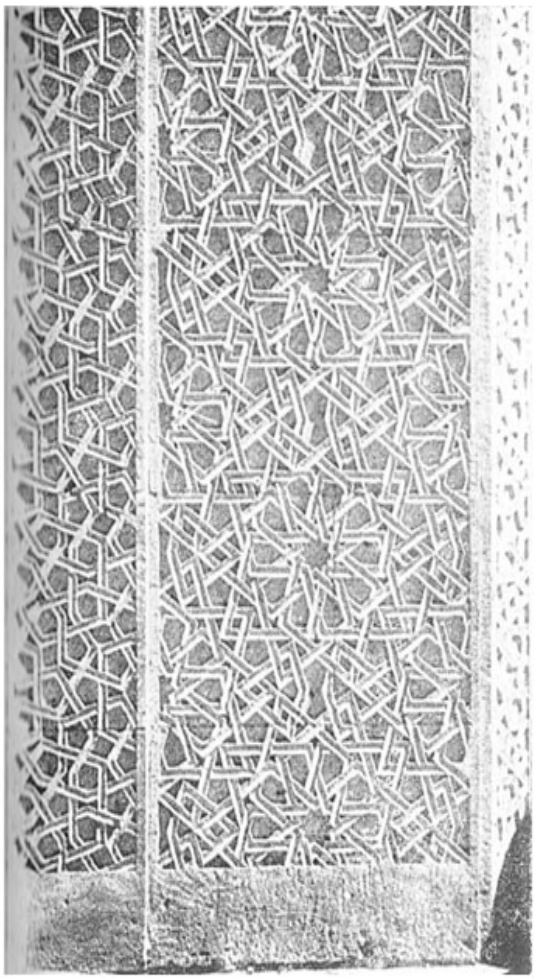
Guerrero. Escultura del siglo XII procedente de San Marcial de Limoges. Boudot-Lamotte.

Retrato de Godofredo Plantagenet. Esmalte del siglo XII. Museo de Le Mans.

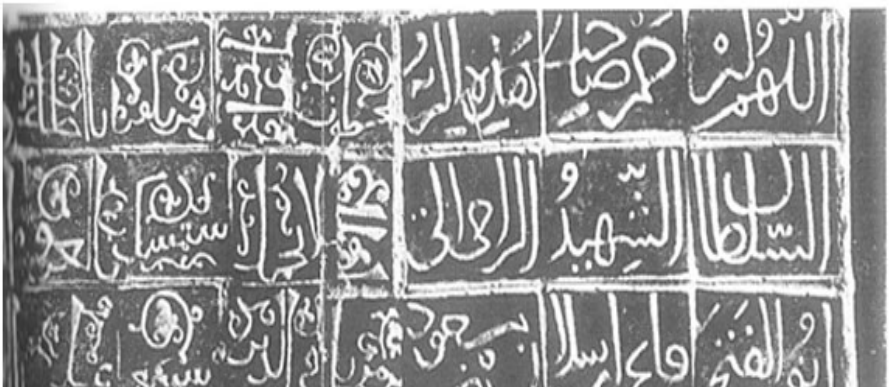


Lápida sepulcral de gerardo I, conde de Vaudemont, y de su mujer (?). Siglo XII. Capilla de los Franciscanos, Nancy. Archivos fotográficos.

Estatua retrato del conde Timo (?), catedral de Naumburgo. Siglo XIII, Boudot-Lamotte.



Decoración mural árabe. Boudot-Lamotte.

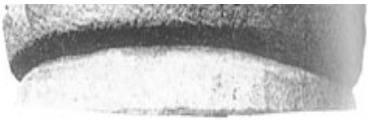


Decoración e inscripciones de las tumbas de los sultanes selchuquíes, en konia. Boudot-Lamotte.

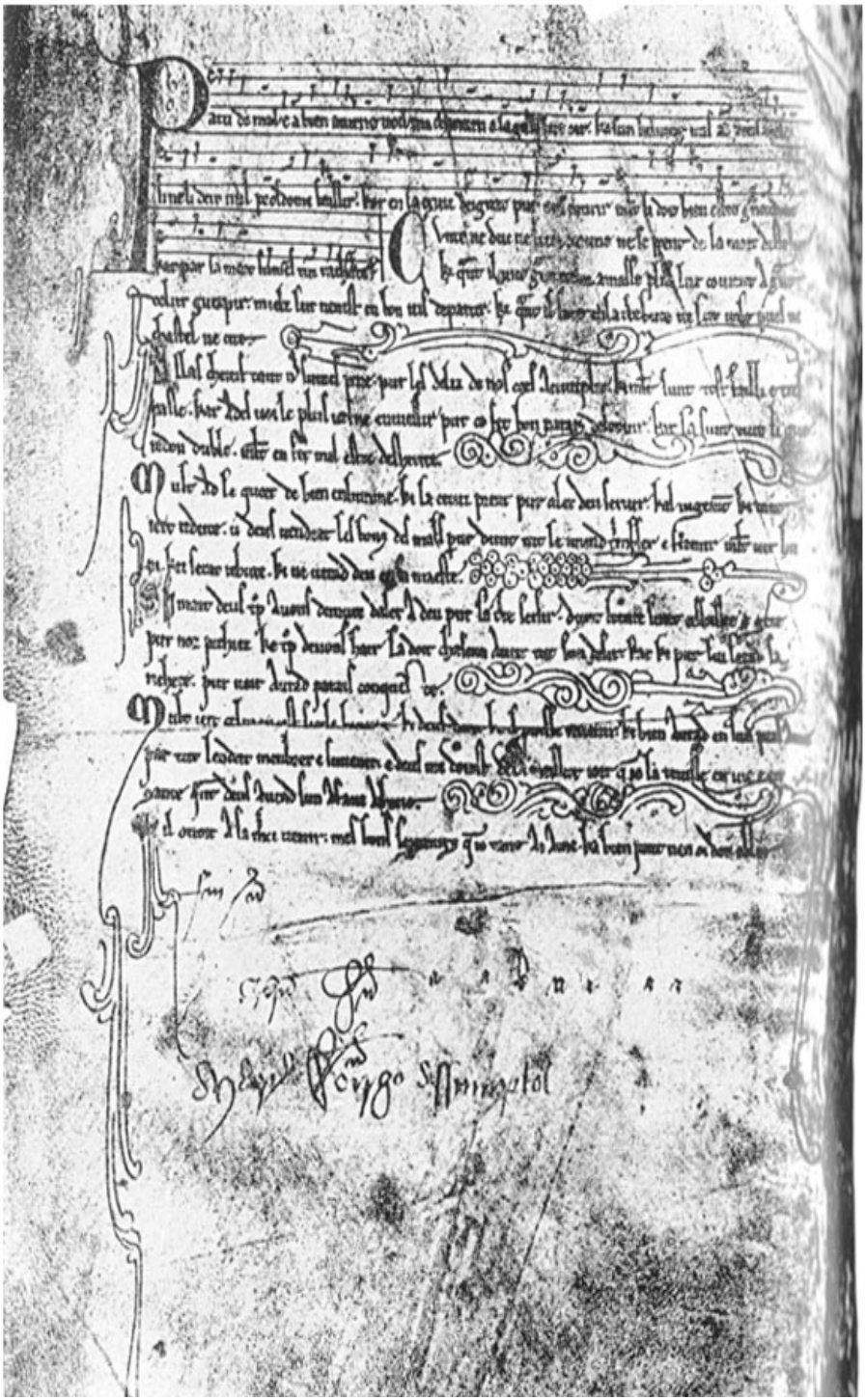
Mosaico bizantino del siglo XII (Sicilia normanda). Palacio de Palermo, habitación del rey Roger. Boudot-Lamotte.

Escultura de la Siria franca:

Escultura de la Siria franca: resto de un capitel de la iglesia de Naplusa. Boudot-Lamotte.



Mosaico bizantino romano del siglo XIII. El Papa y el emperador. Roma, capilla de San Silvestre. Boudot-Lamotte.



Manuscrito de una canción de Cruzada. Siglo XII. British Museum, Londres.

Capítulo 9

La Cruzada de los reyes (1188-1192).

Occidente y Jerusalén

Al asumir después de Nur al-Din la responsabilidad de llevar a cabo la guerra santa contra la infidelidad franca, Saladino sabía que se trataba de una guerra de religión. Desde hacía más de treinta años en todo el Oriente Próximo musulmán se estaba haciendo una gran propaganda contra la herejía y la impiedad de los «politeístas», y en particular de los politeístas francos y latinos que habían tenido la audacia de arrebatar a los musulmanes Palestina y Jerusalén.

Los primeros cruzados, que habían ahogado a Jerusalén en sangre, que habían perpetrado otras muchas matanzas, profanado mezquitas, llevado al suplicio a religiosos musulmanes, habían provocado el espanto que inspira una manada de fieras sanguinarias; pero en realidad el islam sirio había reaccionado de manera bastante blanda. Y los sultanes de Anatolia, que, ellos sí, habían aniquilado varios ejércitos de cruzados, no se veían empujados por un celo religioso, y hubieran atacado a cualquier invasor; incluso musulmán. Hemos visto cómo a principios de siglo el fanatismo islámico era el patrimonio de los devotos, de las sectas pietistas, a veces de muchedumbres de burgueses excitadas por un predicador. Los príncipes, los emires y el ejército estaban dispuestos a pactar con los francos con tal de sacar un provecho de ello, y así lo comprendieron enseguida los francos. Ya Balduino II, cuando aún no era más que conde de Edesa, había hecho ejecutar a un musulmán convertido al cristianismo que se permitía hablar mal de su antigua religión. Durante más de noventa

años, los francos instalados en Siria se habían comportado como una fuerza militar de ocupación, muy poco diferente de los gobiernos militares autóctonos, deseosa de honrar su propia religión, pero tolerante para con la religión de los indígenas. Incluso sus relaciones con los cristianos indígenas —sobre todo los griegos— eran a veces peores que con los musulmanes.

De Zenghi a Nur al-Din y de Nur al-Din a Saladino, el deseo de conquista de los príncipes sirios había desembocado —y a ello había contribuido en mucho la opinión pública— en un auténtico entusiasmo por la guerra santa y en un despertar del panislamismo. Los francos eran responsables de ello sólo por el hecho de ser un elemento extranjero. Por santa que fuese Jerusalén, por deplorable que fuera la profanación de la mezquita de Al-Aqsa por el culto cristiano, Palestina no era más que una marca fronteriza. La vida profunda del islam no se vio afectada por su pérdida, y por lo demás los cristianos habían tenido siempre derechos inalienables sobre los Santos Lugares. Los daños causados por las primeras Cruzadas estaban ya lejos y el reino cristiano que se había constituido en Siria era un factor político entre otros, tanto menos peligroso cuanto que estaba en malas relaciones con Bizancio, tanto más útil cuanto que su presencia neutralizaba las ambiciones de reyes y *atabegs* ávidos de conquistas. Nur al-Din, gracias a una predicación sistemática, incansable y apasionada, había terminado por despertar la opinión pública musulmana y por demostrar que una dominación cristiana en un país antaño sometido al islam era un verdadero escándalo. Y no obstante eran a menudo los vecinos inmediatos de los francos, quienes, al tiempo que luchaban contra ellos, toleraban mejor que nadie este escándalo y temían incluso que un día cesara.

Saladino, poniendo la política al servicio de la religión y la religión al servicio de la política, se había constituido en apóstol de la reconquista y exigía que cada uno de sus soldados fuera un soldado de Dios. No eran los francos en sí mismos a quienes

odiaba, sino su infidelidad. El error de la Trinidad, el politeísmo, la deificación de un ser humano, la idolatría. Se trataba de combatir una religión bárbara y atrasada, de disipar las tinieblas del error, de hacer triunfar la verdad. Era contra este enemigo un tanto abstracto contra quien Saladino hacía la guerra, a la vez implacable y caballeresca.

Animado por la convicción de la superioridad de su fe y del triunfo inevitable de Dios sobre el demonio, Saladino no había quizás acabado de comprender que los francos podían abrigar los mismos sentimientos. Creía estar oponiendo las fuerzas del espíritu a la fuerza bruta y, sin embargo, los francos, por groseras que fuesen sus supersticiones, estaban muy aferrados a ellas, hasta el punto de demostrar que eran capaces de verdaderos milagros de energía. Podía prever que la caída de Jerusalén no iba a ser aceptada fácilmente por los francos de Occidente, que poseían poderosos reinos al otro lado de los mares. La experiencia de 1147, las diferentes Cruzadas privadas, como la de Felipe de Flandes, podían no obstante hacer creer a los musulmanes que Occidente se desinteresaba ya un poco de Tierra Santa. Y Saladino podía pensar que con dejar a los cristianos peregrinar a Jerusalén, mostrándose benévolo y tolerante, daría a entender a los monarcas cristianos que no habían perdido gran cosa.

Se había negado a hacer destruir la iglesia del Santo Sepulcro, como sus lugartenientes le pedían que hiciera: «¿Por qué arruinar y destruir, cuando el objeto de su adoración es el emplazamiento de la Cruz y del Santo Sepulcro, y no el edificio exterior? Si lo arrasáramos, ¡las comunidades cristianas no cesarían de llegarse a él!» (Ibn al-Athir, p. 706). Hizo, pues, que en el Santo Sepulcro se mantuviera el culto cristiano, así como en muchas otras iglesias, e hizo instalar en ellas al clero griego ortodoxo, que recuperaba así los privilegios que había perdido en 1099. Toleró también en ellas al clero latino, y devolvió solemnemente al culto musulmán la mezquita de Aqsa, la tercera en santidad entre to-

das las mezquitas, que en tiempo de los francos se había visto ocupada por los caballeros del Temple; y naturalmente «se borraron todos los rastros de cristianismo» que en ella se encontraron. Pero permitió a los peregrinos cristianos las peregrinaciones y el acceso a los Santos Lugares, mediante el pago de un impuesto, tal como habían hecho los príncipes musulmanes en siglos anteriores. Después de todo, los cristianos, tanto los de Oriente como los de Occidente, se habían conformado bastante bien durante cerca de cinco siglos con este estado de cosas.

Los cruzados de 1189-1190

Tal como era de esperar, la noticia de la batalla de Hattin, y más todavía la de la toma de Jerusalén, provocaron en Occidente una inmensa conmoción y tuvieron una mayor resonancia aún que la conquista de Jerusalén en 1099. En el momento en que la Tierra Santa podía aún salvarse para la cristiandad por una intervención masiva de las fuerzas occidentales —durante los años de 1160 a 1170, cuando Amalarico I y Balduino IV suplicaban a los reyes de la cristiandad que les enviaran su socorro—, la Europa católica permanecía más bien indiferente a las llamadas de auxilio, aunque de cuando en cuando grandes barones se cruzaran a título privado.

En general los cruzados de Occidente se veían desfavorablemente impresionados por el género de vida y la mentalidad de los francos de Siria. Llegaban en peregrinación, echaban ocasionalmente una mano a los ejércitos locales, sin gran entusiasmo y sin tener la impresión de participar en una guerra verdaderamente santa, y volvían cargados de indulgencias y de reliquias. Algunos, como Felipe de Flandes, llegaban a negarles su ayuda, estimando la operación poco ventajosa para ellos. El conde Esteban de Blois y el duque de Sajonia Enrique el León, en 1171, el rey normando de Sicilia Guillermo II, en 1174; Enrique el Liberal, conde de Champaña, en 1180; Godofredo III, duque de Brabante, y Raúl de Mauléon, en 1183; Guillermo III de Montferrato,

en 1185; todos estos grandes señores habían participado, según sus energías y sus medios, en las guerras que el reino de Jerusalén se veía obligado a hacer para defenderse. Escuadras militares y comerciales de genoveses, písanos y venecianos arribaban periódicamente a las costas de Siria, y sus marinos, una vez cumplidas en Jerusalén sus devociones religiosas, se enrolaban en los ejércitos del rey por una o dos campañas, y el papel de estas escuadras en la protección de la costa contra las flotas egipcias era muy apreciable. También llegaban a título privado pequeños grupos de peregrinos militares, algunos se instalaban en el país esperando hacer fortuna —como Amalarico de Lusiñán o Gerardo de Ridefort— o simplemente servir a Dios, y entonces se hacían miembros de las órdenes militares. El contingente de los ejércitos francos, que se veían diezmados sin cesar, era regularmente repuesto por los soldados que llegaban de ultramar los cuales, por poco hábiles que fuesen, tenían siempre la posibilidad de casarse con la viuda o la heredera de un barón local muerto en la guerra. Pero, desde el principio hasta el final de la existencia del reino, la Siria franca tuvo siempre que hacer frente al mismo problema: la insuficiencia de la fuerza armada, la falta de caballeros y de soldados de profesión. Esto muestra hasta qué punto la aventura de Oriente tentaba poco a la belicosa sociedad feudal de los países de Europa.

Es cierto que el viaje era costoso y también lleno de peligros, y los provechos que de la empresa iban a sacarse eran muy aleatorios y sobre todo de tipo espiritual. Con todo, en estas condiciones, el número de feudales que se cruzaron durante el siglo XII no deja de ser sorprendente y prueba que la «peregrinación» había entrado en las costumbres y gozaba del favor de la opinión pública. Pero, en último término, los cruzados de Occidente, engañados por las apariencias, parecían considerar Jerusalén y las demás tierras francas como un feudo inalienable de la cristiandad católica, y se veían más llevados a criticar la conducta

de los francos de Oriente que a compartir sus inquietudes y sus esperanzas.

Al no poder contar con la ayuda sustancial de las potencias occidentales, los francos se habían lanzado, muy a pesar suyo, en busca de la alianza bizantina, y este hecho acabó de enfriar a los príncipes católicos con respecto a ellos. Manuel Comneno, como es sabido, era favorable a un acercamiento a Occidente, e intentaba por un lado una alianza con los francos, mientras que por el otro lo intentaba con las repúblicas de mercaderes italianos. Pero la derrota que sufrió en Miriokéfalon, donde su ejército fue sorprendido por los turcos de Qilich-Arslan II en un estrecho desfiladero y fue aniquilado por completo, asestó un golpe decisivo a su política y a su prestigio; tras su muerte (1180) y la corta regencia de su viuda, la bella e impopular María de Antioquía, Andrónico, primo de Manuel, se apoderó del gobierno y rompió con los «latinos»: su reino comenzó con terribles revueltas populares, en el transcurso de las cuales la colonia italiana de Constantinopla (más de cincuenta mil personas) fue casi totalmente aniquilada. Dos años más tarde (1185), Andrónico moriría trágicamente derrotado por el partido de los nobles y linchado de la manera más cruel por el populacho, que perdía con él, sin embargo, a uno de los pocos emperadores que hubieran tomado el partido del pueblo en contra de los grandes. Liquidada, pues, la dinastía Conmeno, el trono imperial quedaba en manos de las intrigas de los nobles y era ocupado por personajes sin autoridad y sin prestigio: Isaac Angelo y luego su hijo Alejo. La Siria franca ya no podía contar con la ayuda de los griegos, ya que éstos estaban demasiado absorbidos por las luchas intestinas, por las guerras que sostenían contra los normandos y por la creciente hostilidad con Venecia.

Acabamos de ver cómo Saladino había liquidado con bastante facilidad al reino franco, y pensaba reducir en breve plazo lo que quedaba de los Estados francos de Siria; pero su ejército estaba

fatigado y poco acostumbrado a tan largas campañas. Sus emires, así como los barones feudales, le debían en principio un servicio limitado a un cierto número de días por año; pero el entusiasmo por la guerra santa y el regocijo de la gran victoria los había mantenido en activo durante casi dos años. Por otra parte, las poblaciones de Alepo y de Damasco se agitaban, añoraban su independencia y sus antiguos dueños zenghíes. Los ismaelíes eran menos contrarios que nunca a la guerra santa contra el sunnismo triunfante; el sultán selchuquí de Konia, no teniendo que temer de momento a los griegos, no veía con buenos ojos el creciente poder de este jefe kurdo que se proclamaba apóstol de la religión. Saladino tenía toda clase de motivos para temer la llegada de un gran ejército franco de Occidente, y hacía cuanto estaba a su alcance por evitar una nueva Cruzada.

Pero había ya actuado de manera peligrosa: al querer conquistar para el islam Palestina y Jerusalén, se enfrentaba con una potencia mayor que un pequeño reino cristiano en posesión de una ciudad santa del islam. En realidad, daba en pleno corazón a toda la cristiandad. Por lo menos a la cristiandad de Occidente, ya que para Bizancio la conquista de Jerusalén por Saladino no era sino una catástrofe a medias.

Como hemos observado, el gran sultán hacía lo posible por ganarse las simpatías de los cristianos indígenas; se mostraba igualmente magnánimo para con los judíos, los cuales, bastante maltratados por los francos, no pudieron sino felicitarse de haber cambiado de dueño. Con los francos, Saladino adoptó una política de mansedumbre, de lealtad caballeresca, que le valió la admiración personal de sus enemigos. Pero, si hubiera pasado Jerusalén a sangre y fuego, el efecto que en Occidente hubiera causado la toma de la ciudad santa no hubiera sido mucho mayor.

Esto es precisamente lo que los cronistas musulmanes constatan llenos de sorpresa. Así Ibn al-Athir cuenta la historia de un prisionero franco que había llegado de Europa después de la to-

ma de Jerusalén: «Un prisionero cristiano me contó que tenía por madre a una mujer que no tenía más hijos que a él. Toda su riqueza consistía en una sola casa que su madre vendió, y con el precio de la misma le equipó. Ella le hizo luego partir a reconquistar Jerusalén, y fue hecho prisionero. Los francos actuaron empujados por móviles religiosos y espirituales cuya fuerza era tal como acabamos de exponer» (Ibn al-Athir, p. 4). El historiador árabe cuenta aquí, en pocas palabras, la historia de decenas de miles de pobres gentes que lo vendieron todo, lo dejaron todo, no por una Jerusalén desconocida y que había que conquistar; sino esta vez por una Jerusalén que se acababa de perder y que había que salvar. El amor hacia Jerusalén volvió a despertar; más doloroso que nunca, más exaltado. Nadie se preocupaba por saber si la conquista había sido humana; sólo se sabía una cosa: la Vera Cruz estaba en poder de los musulmanes y Jerusalén se había perdido.

El patriarca Heraclio salió de Jerusalén con todas sus riquezas y las de una parte de las iglesias de la ciudad, y se embarcó hacia Europa. Por indigno y desacreditado que fuese, su título le imponía ciertas obligaciones. Marchó primero a Roma, y desde allí recorrió las capitales cristianas hablando de las desgracias de Jerusalén y predicando una nueva Cruzada. Ibn al-Athir nos muestra al patriarca y a su escolta vestidos de negro, exponiendo a la contemplación de los fieles una «representación de la figura del Mesías con la figura de un árabe al lado que le golpeaba, y ensuciaron con la sangre la imagen del Mesías. "Esta imagen —decían—, es la del Mesías, golpeado por Mahoma, el profeta de los musulmanes. Lo ha herido y matado". Este espectáculo fue terrible para los francos» (*Op. cit.*, p. 3). Los cronistas latinos no nos dan detalles sobre esta elocuente imaginería popular. Es posible que estos procedimientos de propaganda fueran utilizados, entre otros, para excitar la indignación y el dolor de las masas.

Desde antes de la toma de Jerusalén, Conrado de Montferrato, instalado en Tiro, envió a Europa al arzobispo de la ciudad, Josse, para que pidiera auxilio urgentemente. Guillermo II, el rey normando de Sicilia, se conmovió hasta el punto de concluir a toda prisa una paz con Bizancio, su eterno adversario, y de armar una escuadra. Pero Guillermo, al igual que el resto de príncipes cristianos, estaba demasiado ocupado con los asuntos de su reino para poderse entregar en cuerpo y alma a la reconquista de Tierra Santa. La noticia de la caída de Jerusalén constituyó un gran motivo de luto para toda la cristiandad, aunque los jefes de Estado, por sincero que hubiese sido su dolor; tardaron un cierto tiempo en reaccionar. La presión pública y las llamadas del Papa acabaron consiguiéndolo.

Desde principios de siglo, el reino de Jerusalén se presentaba desde un doble aspecto: era ante todo un Estado concreto, localizado en el tiempo y en el espacio, y sometido a los problemas comunes a todos los Estados, la necesidad de defender sus fronteras, de asegurar su equilibrio económico, de adquirir una estabilidad interior, etc. El otro aspecto, más difícil de definir, era la importancia que la posesión de Jerusalén presentaba para la cristiandad occidental. El reino era, ciertamente, un Estado francés por lengua y tradición; sus príncipes, su aristocracia y la mayor parte de su población latina eran francos, pero por derecho era un Estado internacional, y los Santos Lugares que se hallaban confiados a su custodia eran propiedad de cualquier cristiano, y sobre todo de cualquier cristiano occidental. Ingleses, italianos, alemanes y escandinavos iban a Jerusalén en peregrinación y tomaban la cruz bajo las banderas del reino, sin tener por ello la impresión de ponerse al servicio de franceses: allí todos los hombres estaban al servicio de Dios. Las diferencias y las rivalidades nacionales que existían en Europa estaban en principio subordinadas a los intereses de la religión. Para Europa, Palestina era en el siglo XII la Tierra Santa antes que un Estado cristiano, y como

tal pertenecía a todo el mundo. Su situación real interesaba mucho menos a la opinión pública que su carácter espiritual y eterno.

La posesión de Tierra Santa guardaba un valor místico innegable y garantizaba en cierta manera a los pueblos católicos la presencia material de Dios entre ellos; por ello la existencia del reino de Jerusalén era un gran factor de unión entre los pueblos cristianos, los cuales, de cerca o de lejos, tenían la sensación de participar en una gran obra común. Limosnas y donaciones llegaban a Jerusalén de todos los rincones de Europa, y hombres de todos los países se enrolaban en las órdenes militares.

Y, sin embargo, el entusiasmo colectivo por la causa de Tierra Santa no se había manifestado (después de las Cruzadas de 1096 y de 1101) más que en 1146, en parte gracias a la predicación de san Bernardo. Sabemos que la Cruzada de Luis VII y de Conrado III fue un fracaso, y que la tentativa de guerra santa en Siria desembocó en la discordia entre cruzados y francos de Oriente. Moralmente, el fracaso de esta gran empresa que, con todo, había sido el resultado de una verdadera campaña propagandística, se explica por la aparente mediocridad de los objetivos que se proponía alcanzar: no se trataba de tomar Jerusalén; ni siquiera de defenderla contra un peligro inmediato. San Bernardo, que después de todo había visto las cosas muy claras, comprendía que Tierra Santa corría un peligro real y que era necesario a toda costa oponerse a la potencia creciente de la dinastía zenghí. Pero su predicación, que era extraordinariamente elocuente, ponía más el acento sobre el lado espiritual de la cuestión que sobre el lado práctico. Hablaba de la patria de Jesucristo, de la obligación que el cristiano tiene de abandonarlo todo por la tierra donde Dios había redimido a los hombres… Si hubiera pasado el tiempo explicando a su auditorio que era necesario impedir que el *atabeg* de Alepo se apoderara de Damasco, y hacer retroceder a los turcos al otro lado del Éufrates, no hubiera seguramente en-

tusiasmado a las masas. Y la Cruzada quedó liquidada por el peor de los malentendidos: no sólo Jerusalén no tenía que ser defendida, sino que sus barones habían preferido liquidar rápidamente la Cruzada antes que pelearse con sus vecinos musulmanes. Se había olvidado de atacar al verdadero adversario, porque sus posesiones se encontraban lejos de Jerusalén.

Es muy posible que Luis VII sintiera remordimientos al enterarse, una vez de regreso a Francia, de la trágica muerte de Raimundo de Poitiers, cuyas súplicas había despreciado de modo tan brutal. De todas maneras, era ya demasiado tarde para lanzarse a una nueva Cruzada. Demasiado dinero, demasiada energía y demasiado entusiasmo —sin contar las vidas humanas— habían sido sacrificados inútilmente.

Pero Tierra Santa, si bien era el término de una gran peregrinación, no era en el siglo XII el centro de las preocupaciones de los cristianos; como tampoco lo era Roma. Sólo al enterarse de la caída de Jerusalén, Occidente comprendió lo que para la cristiandad representaba poseer Tierra Santa. Mientras que ningún rey había participado en la Primera Cruzada, se reconoció ahora y se admitió por parte de todo el mundo que la reconquista de los Santos Lugares era un deber ineludible para todo cristiano, y en primer lugar para los jefes de Estado, El papado, cuyo prestigio había realzado en gran manera la Primera Cruzada y que consideraba la Tierra Santa como un feudo de la Iglesia (aunque nunca hubiera ejercido sobre ella su derecho de soberanía), reaccionó con el mayor vigor; impuso a los clérigos el deber de predicar la Cruzada y promulgó la creación de un impuesto especial y considerable —el diezmo Saladino— destinado a financiar el equipaje del ejército cruzado. En todos los países se desarrolló una propaganda intensa, bien organizada, y organizada de modo espontáneo, pues respondía a un sentimiento profundo de la población.

No había lugar a dudas: la salvación de Tierra Santa era ahora sinónimo de salvación común; nadie podía desinteresarse de ello, la afrenta que se había infligido a la religión cristiana era demasiado sangrienta, pues era al mismo Jesucristo a quien se acababa de golpear, humillar; pisotear, en tanto eso se le había hecho a su tierra; era Él mismo quien llamaba a los cristianos en su ayuda.

Los reyes ahora no podían escapar al deber de la Cruzada, no podían alegar razones tales como los intereses de su reino o la seguridad de sus súbditos; los mayores impedimentos no hubieran sido reconocidos como válidos y tenían que cruzarse bajo pena de pasar por traidores a la cristiandad. Lo mismo ocurría con los grandes barones; si no se cruzaban ellos, tenían por lo menos que mandar a su hijo o a su hermano, con un contingente apropiado de caballeros, porque era un deshonor no ver figurar la propia bandera entre las de los ejércitos de Dios.

Federico Barbarroja

El rey de Francia y el de Inglaterra —los soberanos cristianos más interesados, como franceses, en la cuestión de Tierra Santa— tuvieron, desde comienzos de 1188, que renunciar públicamente a sus rivalidades y hacer juntos el voto de cruzarse (Gisors, 21 de enero). Ambos reyes estaban muy poco dispuestos a abandonar sus tierras para ir a guerrear a Oriente: Enrique II Plantagenet era ya viejo, se encontraba enfermo y estaba comprometido desde hacía tiempo en la guerra contra el rey de Francia y contra sus propios hijos. El rey de Francia, el joven Felipe II (Felipe Augusto), tenía tantos motivos para temer por la suerte de su reino que las desgracias de Tierra Santa no podían preocuparle mucho. Desde que el divorcio de Luis VII de Leonor de Aquitania había convertido a los Plantagenet en dueños de un territorio tres veces mayor que el reino de Francia, los Capetos, en teoría soberanos de los reyes de Inglaterra, corrían el peligro de pasar definitivamente a la categoría de poder secunda-

rio en el territorio francés —su táctica consistía en mantener y en fomentar la rebelión de los hijos de Enrique II contra su padre, las luchas de estos hijos entre ellos, y las revueltas de los vasallos del gran Plantagenet— y pasaban, por supuesto, muchas dificultades para hacerse obedecer por sus propios grandes vasallos. Felipe Augusto tenía, pues, miedo a cruzarse, incluso si Enrique II lo hacía al mismo tiempo que él, puesto que ello hubiera sido equivalente a entregar el reino a la voluntad del hijo del rey de Inglaterra, Ricardo, tan dudoso aliado como mal hijo. Ricardo, es cierto, pensaba también hacerse cruzado, e incluso mostraba un gran celo por la guerra santa, aunque más por demagogia que por convicción. En una palabra, los reyes franceses, a pesar de los reproches y de las amenazas del Papa y de la fuerza de la opinión pública, hacían cuanto podían por retrasar el cumplimiento de su voto. Con todo, se vieron obligados a equiparse y ponerse en camino, ya que su conducta estaba suponiendo un verdadero escándalo y les hacía cada vez menos populares.

Enrique II no pudo cumplir su voto porque murió en 1189. El rey de Inglaterra que se cruzó fue Ricardo. Pero fueron muchos los grandes barones de Francia que, sin esperar a sus monarcas, partieron entre 1188 y 1190: el conde de Bar, el conde de Brienne y el conde de Champaña, sin contar a los señores de menos importancia de las provincias del Norte y del Mediodía. Toda la caballería francesa se levantaba en masa y no resultaba exagerado decir que esta vez los que partían eran la mayoría. Jamás se había visto marchar en dirección a Oriente a un tal contingente de fuerzas francas.

Si los franceses eran muy numerosos, la caballería de los otros países participó con el mismo entusiasmo en la guerra de reconquista: primero escuadras de písanos y de genoveses, normandos del Mediterráneo y luego ingleses, daneses, noruegos y flamencos se hicieron a la mar durante los dos años que siguieron a la

caída de Jerusalén y adquirieron rápidamente el dominio de la costa siria.

Tiro permanecía siempre en manos de Conrado de Montferrato, y la caballería cruzada desembarcaba sin dificultad ante Acre, que seguía sitiada por Guido de Lusiñán. Ahora ya no eran un puñado de francos de Siria los que sitiaban la fortaleza, sino un imponente ejército de cruzados, y el campamento franco aumentaba de día en día. Cerrado por una parte por la ciudad sitiada y el mar y por el ejército de Saladino por la otra, aquel campamento, de dimensiones monstruosas y superpoblado, hervía como un hormiguero y se convertía en el punto de reunión de las fuerzas militares de toda la caballería de Occidente.

Había un tercer monarca cristiano, el más poderoso de todos, que ponía en cumplir su voto de cruzado mucho más ardor que los reyes de Francia e Inglaterra: era el emperador de Alemania Federico de Hohenstaufen, llamado Barbarroja. Se había cruzado también en 1188 y, con la ayuda de sus vasallos y de los obispos alemanes, había equipado a un ejército que, según los cronistas, constaba de cien mil hombres (lo que significa que constaba en realidad de cincuenta mil). Era un verdadero ejército, sin civiles y sin seguidores. Federico I era un buen estratega, y cuarenta y dos años antes había hecho la Cruzada al lado de su tío, el emperador Conrado, por lo que esta vez pensaba evitar los errores que habían causado la pérdida del ejército alemán en el año 1147.

Mientras que los ejércitos de Francia, Italia y los países nórdicos tomaban el camino del mar, el emperador encontró más cómodo atravesar Hungría y los Balcanes y pasar luego por Constantinopla. No albergaba, a decir verdad, sentimientos hostiles hacia los griegos, enemigos tradicionales de Sus enemigos, los normandos; pero las inevitables fricciones del ejército con la población del Imperio bizantino y, sobre todo, los temores y los fallos del nuevo emperador de Bizancio, Isaac Angelo, estuvieron

a punto de provocar un conflicto armado. El incapaz Isaac, menos diplomático que sus predecesores, los Comneno, no sabía bien cómo tratar a este temible emperador y a su impresionante ejército: los griegos, duramente tratados en aquel momento por Qilich-Arslan II en Anatolia, buscaban la alianza de Saladino y temían que, al dejar pasar a Federico a Asia Menor, se operaría una reconciliación entre los selchuquíes de Konia y el nuevo dueño de Siria. Por otra parte, apoderarse de Constantinopla en aquel momento hubiera sido un juego para el ejército alemán.

Pero Federico Barbarroja, que había partido para defender el Santo Sepulcro, no tenía por qué conquistar Constantinopla; y, aunque sus relaciones con Isaac hubieran empeorado hasta el punto de hacerle pensar en una Cruzada contra los griegos, se contentó finalmente con el recurso de las amenazas para obtener el paso de su ejército a Asia, y continuó su camino hacia Tierra Santa.

Esta vez la situación era bastante diferente a la de 1147. Los griegos, amenazados por Qilich-Arslan II, intrigaban junto a Saladino, y le advertían de los movimientos del ejército alemán. Por su parte, el selchuquí, poco favorable a Saladino, lejos de atacar a Federico como su antepasado había atacado a Conrado III, llegó a pactar con el emperador de Alemania y le dejó pasar por su territorio casi sin impedimentos. Delante de Konia tuvo lugar un acuerdo que redundó en favor de los cruzados, y el sultán tuvo que abrir a Federico las puertas de su capital. Los dos príncipes se testimoniaron el mayor afecto y llegaron a efectuar un tratado de alianza recíproco contra Saladino. Éste parecía estar perdido. Federico, con su ejército casi intacto y mantenido en una estricta disciplina, penetraba en Cilicia seguro de un fácil y rápido triunfo. Pero el gran emperador tenía sesenta y dos años. Un día, fatigado por el calor y el largo cabalgar, llegó a la orilla del río Selef, quiso bañarse en él y, víctima de una congestión, pereció ahogado[72].

Había sido un gran jefe. Su fuerte personalidad imponía un respeto casi supersticioso a sus tropas, y su súbita desaparición fue sentida por todo el ejercito como una desgracia tal que puede decirse que desde el día de su muerte el ejército dejó virtualmente de existir. Su hijo, Federico de Suabia, carecía de autoridad, y no supo mantener la disciplina en un ejército ya cansado y, por si fuera poco, desesperado por la muerte de su jefe. Ibn al-Athir escribiría: «Si Dios no se hubiera dignado mostrar su bondad a los musulmanes haciendo morir al rey de los alemanes en el momento en que iba a penetrar en Siria, hoy se escribiría: Egipto y Siria pertenecieron en otro tiempo al islam». (*Op. cit.*, II, p. 5).

El ejército alemán había dejado de existir. Las tropas partieron a la desbandada. Una parte de los barones regresó a Europa, otros siguieron el camino hacia el sur, por Antioquía. Un gran número de ellos fueron capturados por los soldados de Saladino y convertidos en esclavos. Una epidemia diezmó pronto a los supervivientes que pudieron llegar hasta Antioquía, y Federico de Suabia no pudo llevar consigo a Acre más que a un millar o dos de soldados. Parecía que los alemanes estaban destinados a no alcanzar jamás Tierra Santa. Su primer gran ejército fue destruido en 1101, el segundo en 1147 por los selchuquíes y el único que llegó a neutralizar a los turcos de Anatolia (hecho sin precedentes para un ejército cruzado) se deshizo lamentablemente a causa de un accidente tan estúpido como imprevisible. Federico, aunque viejo, parecía todavía lleno de vigor y capaz de cabalgar al frente de sus tropas durante años. Su cuerpo fue transportado por su hijo hasta Tierra Santa para ser enterrado en Jerusalén; pero había sido mal embalsamado y se corrompió por el camino sin que quedara más que su cráneo, que en realidad llegó a Jerusalén sólo tres años más tarde.

En Alemania se creó una leyenda en tomo a la persona del emperador, que se mantuvo durante largo tiempo, aunque la tra-

dición popular confundió su nombre con el de otro gran emperador Federico II. Decía la leyenda que el viejo emperador no había muerto, sino que había desaparecido, que vivía en una montaña de Suabia y que volvería a aparecer un día para llevar a los alemanes a una victoria definitiva sobre todos sus enemigos. Los musulmanes, en cualquier caso, podían con razón creerse objeto de un favor especial de Dios: la batalla de Hattin, la conquista de Jerusalén, el inmenso esfuerzo de la cristiandad ante Acre y en el litoral sirio, las decenas de millares de muertos por uno y otro lado, todo ello se hubiera revelado inútil o hubiera cambiado de significado ante la Historia si el 10 de junio de 1190 un anciano hubiera resistido mejor la impresión del agua fría. Ningún filósofo de la historia puede evaluar en su justa medida la inexplicable e incalculable importancia de la personalidad humana cuando se trata de un verdadero conductor de hombres.

El sitio de Acre

Federico, el único monarca cristiano que se había tomado realmente en serio su papel de cruzado, había muerto. Los demás reyes no iban a tardar en emprender el viaje, pero sí en desembarcar en Tierra Santa. Decididamente, no tenían ninguna prisa, ninguno de ellos quería partir antes que el otro, ni perderlo de vista. Se pararon en Sicilia, donde Ricardo tenía que arreglar una cuestión de familia, la situación de su hermana Juana, viuda de Guillermo II; luego Felipe, el más concienzudo de los dos reyes, acabó por emprender el camino de Tierra Santa, y desembarcó en Acre el 20 de abril de 1191, tres años después de su voto de Cruzada, en compañía de dos grandes vasallos, el duque de Borgoña Hugo III y el conde de Flandes Felipe de Alsacia, que antaño había impresionado de manera tan desfavorable al rey leproso y a sus barones. En cuanto a Ricardo Corazón de León, después de haber aterrorizado Sicilia, decidió conquistar Chipre a los bizantinos, empresa nada difícil, ya que llegaba con una espléndida armada y el ejército de Bizancio estaba en plena desintegración,

a imagen de su gobierno. Esta conquista servía a los objetivos de la Cruzada: una vez dueño de Chipre, Ricardo podría reorganizar con mayor facilidad el ejército sitiador. Llegó allí en persona y, aunque se había hecho esperar largo tiempo, fue recibido con el mayor entusiasmo, puesto que su fama de fuerte y valiente era inmensa. Se decía que era el primer caballero de la cristiandad.

Hijo de Leonor de Aquitania y de Enrique II Plantagenet, descendiente de los condes de Blois y de los duques de Aquitania, parecía haber heredado, sobre todo, la energía brutal de sus lejanos antepasados normandos. Era de la raza de Bohemundo y de Roberto Guiscardo, dotado de menos inteligencia y tenacidad, pero con el mismo don de infundir el entusiasmo a las tropas y de hacerse obedecer por los soldados. Durante el sitio de Acre, hizo gala de un verdadero temperamento de jefe militar y dirigió las operaciones con un extraordinario ímpetu, a pesar de una grave enfermedad que le impidió combatir durante largo tiempo. Felipe Augusto estaba también enfermo. Pero no eran los únicos: el ejército, desde principios de siglo (1189), y a medida que aumentaba el número de sus efectivos, se veía diezmado por terribles epidemias, que se agravaban debido a la falta de alimentos, al frío y a la humedad en invierno y al exceso de calor en verano. Los nuevos refuerzos llegaban constantemente, la moral permanecía siempre muy elevada y la presencia de los dos reyes daba al ejército la seguridad de una próxima victoria.

La guarnición de Acre, aislada del mundo exterior desde hacía más de un año, seguía resistiendo con una valentía que causaba la admiración de los asaltantes. Saladino, que había dispuesto su campamento alrededor del de los cristianos, se veía reducido a la impotencia, ya que si los cruzados se hallaban inmovilizados delante de Acre, él no lo estaba menos que ellos. No podía ni levantar el campamento ni reducir sus efectivos, porque el enorme ejército cristiano se hubiera aprovechado de ello para atacarlo por detrás e invadir el país. Acre había de caer con sus torres des-

truidas por los cañonazos, con su guarnición exhausta y agotada por el hambre, el 12 de julio de 1191, después de tres años de sitio. Fue una gran victoria, a la que siguió una batalla en campo abierto favorable a los cruzados y la reconquista de varias ciudades importantes en el litoral. Pero era, en realidad, una victoria engañosa.

El sitio de Acre (agosto de 1187-julio de 1191) fue la más sangrienta de las operaciones militares francas en Siria. Los desastres de Anatolia en 1107 y 1147 pueden comparársele por el número de vidas humanas sacrificadas, pero se sitúan, militar y psicológicamente, en otro plano: fueron éstas derrotas relativamente rápidas, casi accidentales, en las que la sed y la fatiga fueron causa de la destrucción de los ejércitos y de su matanza por hordas casi salvajes. Delante de Acre, la situación era muy diferente. Los cruzados habían desembarcado en Tierra Santa, poseían un innegable dominio del mar y permanecían encerrados en su inmenso campamento con la intención de no salir de él antes de haber tomado la ciudad. Los refuerzos por vía marítima llegaban sin cesar, y con ellos nuevos motivos de esperanza. Por difícil que sea calcular los efectivos de cruzados que desembarcaron frente a Acre durante los tres años de sitio, puede estimarse que sobrepasaron los cien mil hombres, a juzgar por el número de escuadras que trajeron sucesivamente a cruzados genoveses, venecianos y pisanos (desde abril de 1189), y luego a daneses; a frisones y champañeses en septiembre; a finales de ese mismo mes, a italianos del norte y a alemanes; en octubre, a franceses del centro y del Midi y a italianos y escandinavos; luego, en la primavera de 1190, a los ejércitos del conde de Champaña y de sus principales vasallos; luego, a los del rey de Francia, los del duque de Borgoña y los del conde de Flandes; finalmente a los del rey de Inglaterra. Hay que contar también las tropas de Federico de Suabia, que había logrado conservar junto a él a la élite de su caballería.

El sitio había empezado con efectivos ridículamente débiles. No puede por menos que admirarse la tenacidad del antiguo rey de Jerusalén, a quien Saladino había liberado sabiendo «que el rey Guido era desafortunado y que en la guerra no era ni duro ni terrible» (Ambrosio, v. 2, pp. 616-618). Guido había querido desmentir esta fama tan extendida, considerando que no tenía ya nada que perder. No era Tiro —la inexpugnable residencia de su rival Conrado de Montferrato—, sino Acre la que se convertía en el punto de reunión de las fuerzas de reconquista. Hacia finales de 1189, el campamento cruzado se había convertido en una inmensa ciudad de tiendas con numerosos barrios, repartidos por nacionalidades, en la que se hablaban veinte lenguas y dialectos, y el francés esta vez ya no predominaba. Toda la cristiandad estaba allí representada por caballeros y barones de las mejores familias y también por la multitud inconmensurable y anónima de voluntarios civiles; pero civiles ya equipados y entrenados para la guerra, pues no se trataba, como en 1096, de un reclutamiento en masa de pobres de Dios que aspiraban a hacer la gran peregrinación. Esta Cruzada tenía un carácter declaradamente militar; reyes y barones no querían bocas inútiles.

Los cruzados eran, pues, en su mayoría soldados, ya sea profesionales, ya sea improvisados: burgueses ricos y pobres, artesanos, campesinos que habían vendido todo o parte de sus bienes para procurarse armas y el dinero del viaje. Entre los combatientes, había incluso mujeres, como demuestran la mujer «cubierta con una capa verde» experta en el tiro al arco, que describe Baha al-Din (p. 331), y las tres mujeres que lucharon a caballo, vestidas de hombres (Ibn al-Athir, p. 13). Otras mujeres, sin vestirse de soldados, prestaban servicios apreciables en los trabajos auxiliares. Otras, si hemos de creer a Ibn al-Athir, llevaban su piedad hasta el extremo de entregarse gratuitamente a los soldados para elevarles la moral (es probable que se tratara de cortesanas más o menos arrepentidas). Parece no obstante que las mujeres que par-

ticiparon en la empresa no fueron más que en cualquier ejército de la época, y quizá incluso menos, ya que el cronista normando Ambrosio advierte una catastrófica carencia de mujeres.

Este gran ejército establecido en un territorio relativamente reducido —todas las tentativas para romper el bloqueo de Saladino alrededor del campamento fracasaron— tardó poco en ser presa de las epidemias. Los hombres, nórdicos en su mayoría, soportaban mal el clima del país, sobre todo en las duras condiciones en que se veían obligados a vivir. En el transcurso del invierno de 1189-1190, y más aún durante el invierno y la primavera de 1191 (los efectivos se habían por lo menos triplicado), hubo una verdadera epidemia de hambre. Los combates, tanto por el lado de la ciudad sitiada como del campamento de Saladino, eran bastante sangrientos, pero las privaciones y las enfermedades mataban a más hombres que la guerra.

En julio de 1191, una parte de la infantería se había rebelado y se había precipitado —unas diez mil personas— al asalto de las tiendas de Saladino. La caballería desaprobó la empresa y no los apoyó, y la mayor parte de aquellos desgraciados fueron asesinados. Sus cuerpos quedaron en el foso que separaba los dos campamentos y, debido a la descomposición, el aire se hizo irrespirable durante varias semanas y las nubes de moscas transmitieron otras enfermedades. En pleno calor de agosto y mal alimentados, los soldados no resistían la enfermedad, y la mortalidad era terrible; la incesante llegada de refuerzos compensaba de momento las pérdidas, pero los hombres, tras haber desembarcado, caían también enfermos. El conde de Flandes, Felipe, murió delante de Acre a los pocos días de su llegada. Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León estuvieron a punto de morir por la guerra santa sin haber tenido tiempo de combatir; atacados por una extraña enfermedad: la piel se les desgajaba a tiras y habían perdido casi por completo la vista. Ambos reyes, jóvenes, fuertes y bien

cuidados, se curaron; pero los soldados que morían eran innumerables.

En el combate murieron el conde Andrés de Brienne, Aubry Clement, mariscal de Francia, y Gerardo de Ridefort, el gran maestre del Temple. Gerardo había sido una vez más hecho prisionero y fue inmediatamente decapitado, lo que parece demostrar que no hay razón para reprocharle ninguna traición oculta, ya que, además, había luchado con gran valentía. La guarnición de Acre se defendía con una energía ejemplar acribillando con disparos a los sitiadores y regándoles con nafta ardiendo. Saladino, por su parte, realizaba muchos ataques contra el campamento, pero era en las salidas que intentaban los cruzados donde perecía el mayor número de ellos.

Las pérdidas de los musulmanes, que en resumidas cuentas permanecían a la defensiva y disponían para su avituallamiento y movimientos del país que estaba a su espalda, eran mucho menos importantes que las de los cruzados. Sus tropas eran también menos duras en el combate porque para ellos el gran estímulo de la guerra santa había decaído un poco y su situación no era tampoco dramática. Los francos permanecían, en cambio, aferrados a esa franja de tierra, aunque ello les costara la muerte. Ambrosio, testigo del sitio, nos muestra que a pesar de la inevitable desmoralización causada por las enfermedades y el hambre, el ejército cruzado estaba seguro de su victoria final y que en su seno reinaba una verdadera atmósfera de guerra santa, el deseo de vencer o morir para reconquistar Jerusalén y la Vera Cruz.

En las altas esferas, entre los jefes, a pesar de las enfermedades y de los combates, las intrigas se sucedían mientras duraba el sitio: querían reconquistar Jerusalén, pero quedaba por ver en beneficio de quién se realizaba la empresa. De los dos candidatos al trono, Conrado de Montferrato y Guido de Lusiñán, uno estaba apoyado por los barones francos de Siria y otro por los cruzados de ultramar. Si Federico Barbarroja hubiese vivido, hubiera re-

suelto la cuestión en favor de Conrado, que era pariente suyo. Los dos reyes, Felipe y Ricardo, militaban cada uno en favor de su candidato: Ricardo, en favor de Guido de Lusiñán; Felipe, en favor de Conrado de Montferrato. Ambos invocaban sus lazos de parentesco, pero obraban impulsados por simpatías de tipo político.

Ricardo estaba efectivamente emparentado con los Lusiñán, y Guido y sus hermanos le habían ayudado a conquistar Chipre, atravesando el mar para ir a su encuentro cuando se enteraron de que había desembarcado en la isla. Apoyando a Guido, el rey de Inglaterra esperaba ganarse aliados seguros en Tierra Santa para poder establecer allí su hegemonía. Felipe Augusto, al ver que Conrado se beneficiaba del apoyo de la nobleza local, creía más hábil apoyar al príncipe italiano, para echar a perder así las pretensiones de Ricardo. Pero, durante el sitio de Acre, Guido de Lusiñán había perdido los pocos derechos que le quedaban sobre la corona de Jerusalén. La reina Sibila y sus dos hijas habían muerto en octubre de 1190, y Guido, cuyos derechos le venían de parte de su mujer, no podía, pues, legalmente abrigar ninguna pretensión; aunque bien es verdad que había sido coronado en Jerusalén y no podía ahora renunciar a su título sin pasar por cobarde ante los suyos. Conrado de Montferrato no tenía más derechos que su presencia en Tiro y su innegable valor militar[73]. Los barones sirios estaban unidos a él desde 1187 y, aunque extranjero, parecía capaz de defender la causa de la Siria franca, mientras que Guido se veía condenado a ser un instrumento en manos de los cruzados de ultramar.

La heredera legítima al trono era Isabel, segunda hija de Amalarico I. Para hacer de Conrado un rey legítimo, no había más que una solución: casarlo con Isabel. Por suerte, el marido de Isabel, un hombre a quien nadie tomaba en serio, era Onfroi de Toron, quien antaño se había sustraído de una manera tan lamentable a los deseos de los barones que querían hacerle rey en

contra de su voluntad. Era guapo, cultivado, pero de costumbres tan afeminadas que se le creía incapaz de cumplir con sus deberes conyugales; pero Isabel lo amaba tal como era. Onfroi protestó, pero se le hizo callar, lo que no resultó difícil. María Comneno, madre de Isabel y esposa de Balián de Ibelin, supo vencer la resistencia de la joven princesa. El matrimonio fue declarado nulo con pretexto de no consentimiento de la novia en el momento de la boda (pues Isabel tenía sólo ocho años cuando fue prometida a Onfroi), mientras que esta vez, por el contrario, había pleno y entero consentimiento por parte de la esposa. Una vez divorciada, Isabel de Jerusalén contrajo acto seguido matrimonio con Conrado de Montferrato, el cual, en virtud de la costumbre dinástica, se convertía, si no en rey de Jerusalén, por lo menos en el primer candidato legal a este título.

Los cruzados que se interesaban por la política y el futuro del reino se dividían, pues, en dos bandos: el de Lusiñán y el de Conrado de Montferrato. Con ello el espíritu combativo del ejército no se vio disminuido, ya que antes de disputarse el reino había que conquistarlo, y frente a los musulmanes los partidarios de uno y otro mostraban ejemplar solidaridad. Llegó incluso a verse a Guido de Lusiñán, durante una salida contra el campo enemigo, arrojarse en medio de la refriega para libertar a Conrado, que se hallaba rodeado de caballeros enemigos y a punto de sucumbir No sabemos si Conrado, por su parte, hubiera hecho a Guido un favor parecido. Era el más apto de los dos, pero también el más duro y el menos escrupuloso.

Ricardo Corazón de León

Después de la caída de Acre, el ejército cruzado estaba agotado y terriblemente reducido, pues el número de soldados muertos delante de Acre fue tal que puede estimarse que pereció un hombre de cada cuatro, o incluso de cada dos, ya en el combate, ya víctima de la enfermedad. La sola enumeración de los barones y de los caballeros de alto rango muertos durante el sitio da una

idea de lo que fue la mortalidad general. El sitio de Acre había de permanecer en la memoria de toda una generación de caballeros cristianos como «el sitio», comparable a lo que fue para los combatientes de 1914-1918 la batalla de Verdón, salvando las distancias, ya que, si el número de víctimas fue menor, también lo fue el número de combatientes, y las pérdidas, para la época, fueron escalofriantes. Los cronistas contemporáneos hablan de más de cien mil muertos y testimonian que las epidemias y el hambre causaron muchas más víctimas que las armas de los musulmanes. Los supervivientes quedaron, en su mayoría, en un triste estado.

La fortaleza, que durante cerca de tres años había tan magníficamente resistido, caía al fin, después de rendirse su guarnición, la cual, exhausta, había querido negociar en contra de la voluntad de Saladino. Los defensores, en número de unos tres mil, fueron saludados por los mismos cruzados como héroes y encerrados en un campo en espera del rescate que el sultán había de pagar para liberarlos. El rescate era enorme: doscientos mil denarios de oro, la liberación de dos mil quinientos prisioneros francos y la restitución de la Vera Cruz. La caída de Acre era un triunfo para los cruzados y un motivo de desesperación para los musulmanes. Saladino había hecho en vano un llamamiento a todas las potencias del islam y había intentado, a ejemplo de los francos, provocar un levantamiento en masa de los voluntarios de la *jihad*, desde Bagdad a Granada. Pero tuvo que darse cuenta de que Jerusalén no significaba para los musulmanes lo mismo que para los cristianos; sus propios emires, fatigados, le proporcionaban sólo contingentes de tropas temporales, y tenía grandes dificultades en mantener fuerzas suficientes en el país.

Acre, ciudad cristiana durante ochenta y siete años, volvía a serlo después de cuatro años de dominación musulmana y, aunque hubiese existido siempre una minoría musulmana en las ciudades de litoral sirio, el islam no tenía un interés vital por la posesión de estas ciudades. Para los cristianos, en cambio, la toma

del Acre había sido una necesidad a causa de la cantidad de sacrificios que el sitio había exigido, aunque este gran puerto, una de las claves de la afluencia de peregrinaciones a Jerusalén, no era, ni mucho menos, la misma Jerusalén.

El ejército, instalado en los barrios de Acre y alrededor de la ciudad, cayó pronto en un estado de relajamiento y de inercia. La victoria que tan cara había costado no ofrecía las ventajas que de ella se esperaban. En la cumbre, las rivalidades y las intrigas tomaban un cariz cada vez más áspero y Ricardo Corazón de León se aprovechaba de su popularidad entre los soldados y de las inmensas riquezas que había llevado de Chipre[74] para actuar como jefe absoluto de la Cruzada. Pero se trataba de una empresa verdaderamente internacional y la mayoría de príncipes y jefes cruzados sentían como una injuria la actitud altiva del rey de Inglaterra. La insolencia de Ricardo frente a sus compañeros de combate no se arredraba ante nada: cuando Leopoldo, duque de Austria, hizo plantar su estandarte sobre una de las torres de Acre —algo que hacía con indiscutible derecho—, Ricardo lo hizo quitar públicamente y echar en las letrinas, y Leopoldo buscó en vano la manera de obtener la reparación de este ultraje[75].

Felipe Augusto, que no había saqueado Chipre, y que además estaba gravemente enfermo, no podía oponerse a las veleidades dictatoriales de su contrincante. La oposición entre Guido de Lusiñán y Conrado de Montferrato dividía el campamento de los vencedores en dos partidos adversos, abiertamente hostiles el uno para el otro. Ricardo hacía lo posible para envenenar las cosas, al no querer reconocer en Tierra Santa más autoridad que la suya propia. El odio entre los barones sirios, tanto poseedores como desposeídos de las provincias de Oriente, y los cruzados recién llegados —superiores en número y en fuerza— se hacía cada vez más intenso. Felipe Augusto, por su parte, para contrarrestar la política de Ricardo, insistía sobre los derechos de Con-

rado. Ricardo fue quien salió vencedor. Se obtuvo un compromiso, según los términos del cual Guido seguía siendo rey y Conrado era su presunto heredero y se quedaba con Tiro, Beirut y Sidón (estas dos ciudades estaban aún por conquistar). Pero Conrado corría el riesgo de tener que esperar largo tiempo su herencia, pues tenía cerca de cuarenta años y Guido apenas sobrepasaba los treinta y cinco.

En resumen, los barones francos, viéndose injustamente despreciados, ya no disimularon su desconfianza hacia el Plantagenet. Felipe Augusto, cuyo estado de salud inspiraba las mayores inquietudes, decidió abandonar aquella Siria malsana y regresar a Francia. Hay que advertir que su marcha no fue una deserción, puesto que dejaba todo su ejército en su sitio y confío su mando al duque de Borgoña, Hugo III. Dejó especificado que todas las plazas que se conquistaran con la ayuda de los franceses pasarían a Conrado de Montferrato, lo cual muestra hasta qué punto le indignaban los procedimientos de Ricardo. De todas maneras, cualesquiera que fuesen los defectos del rey de Inglaterra, es evidente que el ejército necesitaba en aquel momento de un jefe único y fuerte, y Ricardo era el único capaz de asumir esta función.

La marcha del rey de Francia provocó un cierto malestar en el ejército, sobre todo en los medios franceses y de los vasallos de la corona. La popularidad de Ricardo entre los soldados se vio acrecentada, al igual que su arrogancia. Menos de seis semanas después de la capitulación de Acre, comoquiera que Saladino tardaba en mandarle los doscientos mil dinares de oro y la Vera Cruz (rescate de la guarnición de Acre), Ricardo mandó decapitar a todos los prisioneros. La matanza tuvo lugar fuera de la ciudad en un espacio al aire libre, frente a Teil Kaisan, donde estaba todavía acampada una parte del ejército de Saladino. El número de víctimas fue tres mil (dos mil setecientos, según Ambrosio, que a pesar de ser partidario de los ingleses no se enorgullece del

hecho). Era la primera vez que las tropas cruzadas se entregaban a sangre fría a una matanza de prisioneros de aquella índole. El responsable de la acción fue sin duda Ricardo, ya que el crimen fue perpetrado por orden suya.

Pero Saladino no quería dejar de cumplir los acuerdos (que, dicho sea de paso, fueron tomados sin su consentimiento) entre los cruzados y la guarnición de Acre. No había hecho más que pedir un plazo para reunir la cantidad exigida; el gesto de Ricardo era pues, oficialmente, un perjurio, porque el sultán no había sido ni siquiera prevenido de ello. La *Historia de Éracles* nos dice que los francos de Siria mostraron gran espanto e indignación por este acto de barbarie, que les perjudicaba mucho más a ellos que a los cruzados que habían de volverse a sus tierras. La indignación de Saladino es fácil de imaginar. La Vera Cruz, que estaba ya en su campamento, preparada para ser devuelta solemnemente a los cristianos, fue llevada de nuevo a Damasco, donde el sultán la hizo guardar en un almacén de muebles. No se pensó ya en liberar a los prisioneros francos, y Saladino tuvo aún la generosidad de no hacerlos ajusticiar como represalia, pero hizo saber que en adelante no haría más prisioneros.

Ricardo era ante todo un hombre de guerra. Desde el punto de vista estrictamente militar; la ejecución de los cautivos es bastante explicable: quería volver al campo de batalla lo más pronto posible, ante el temor de ver decaer por completo la moral de su ejército y a Saladino reorganizar sus fuerzas; no quería dejar a tres mil prisioneros —que bien sabía que eran temibles guerreros — en una ciudad medio desmantelada, guardada por soldados debilitados y desmoralizados; y tampoco podía llevar consigo a estos prisioneros ni asegurar su mantenimiento ni su vigilancia. Lo más sencillo era pues suprimirlos. La continuación de la guerra importaba más que el oro del rescate. En cuanto a la vida de los cautivos, aquellos «perros» —como dice Ambrosio—, no parece que el Plantagenet les hubiera dado ninguna importancia,

ya que no tenía ni siquiera la excusa de haber obrado impulsado por el odio o el fanatismo, sino a lo sumo por un movimiento de irritación. El *Éracles* pretende que las víctimas fueron en número de dieciséis mil, lo cual es a todas luces falso; pero Ricardo hubiera a buen seguro hecho asesinar también a dieciséis mil hombres.

Decidido a emprender la conquista del litoral, Ricardo, después de haber sacudido un poco la indolencia de sus soldados imponiéndoles el espectáculo de un baño de sangre, se las arregló para reunir el mayor número posible de tropas en estado de combatir, y abandonó Acre con un ejército todavía bastante fuerte y en cualquier caso sometido a una buena disciplina. Gracias a ésta y a la solidez de sus armaduras, los francos pudieron resistir todos los ataques laterales de Saladino. Delante de Arsuf (el 7 de septiembre de 1191), la valentía de la caballería Cruzada y sobre todo las dotes de estratega de Ricardo permitieron a los francos triunfar sobre el ejército de Saladino, muy superior en número. Una vez más pudo verse que, cuando la caballería franca estaba bien dirigida y lograba tomar la iniciativa de una carga, nada podía resistírsele.

Saladino tuvo que retirarse desesperado y con enormes pérdidas. Los francos avanzaban a lo largo de la costa sembrando el terror, pues las ciudades, dominadas desde hacía cuatro años por guarniciones musulmanas, no iban a defenderse durante largo tiempo. Los emires declararon a Saladino: «Si quieres defender Ascalón, entra tú mismo en ella o haz entrar a uno de tus hijos mayores; de otro modo, ninguno de nosotros irá, después de lo que les ha ocurrido a los defensores de Acre» (Kamil al-Tewarik, pp. 50-51). La política de brutalidad practicada por Ricardo daba su fruto. Con el alma dolorida, Saladino se decidió a destruir las murallas de Ascalón para impedir que los francos utilizaran la fortaleza. Destruyó también Jaffa, la segunda en importancia de las plazas fuertes del litoral que estaban todavía en sus manos.

Ricardo alcanzó Jaffa, abandonada por las tropas musulmanas, y se impuso el deber de reconstruirla. Durante este tiempo, Saladino organizaba la defensa de Jerusalén.

El ejército cruzado, definitivamente desalentado, a pesar de la brillante victoria de Arsuf, permanecía en los arrabales de Jaffa, donde, como en Acre, se encontraba gran número de mujeres de mala vida, traídas por mar desde Occidente por especialistas en la trata de blancas decididos a sacar partido de la Cruzada. «¡Ah!, misericordia —suspiraba Ambrosio—, ¡qué malas armas para conquistar el reino de Dios!» (v. 6950-51). En efecto, delante de Acre, el ejército había agotado en parte su entusiasmo y su combatividad; marchó dos veces sobre Jerusalén (Navidad de 1191 y junio de 1192); pero no había de alcanzarla jamás. No era muy numeroso y estaba solicitado en todas direcciones por diferentes intereses. La pasión por el «reino de Dios» se despertaba sólo de vez en cuando, como en Betenoble, a veinte kilómetros de Jerusalén, hacia finales de 1191, donde, según Ambrosio, el fervor y la emoción de los soldados llegaron a su punto máximo: se creían realmente en vigilias del sitio de Jerusalén. Allí, los que no habían visto nunca el Santo Sepulcro, que eran la mayoría, semejaban los cruzados de Godofredo de Bouillon.

Pero Ricardo, por consejo de francos de Siria y de las órdenes militares —que conocían mejor que él la situación—, se hizo atrás ante los peligros de un sitio más difícil que el de Acre y en condiciones mucho más desfavorables. Para impedir que los francos se instalaran de nuevo en la región, Saladino la había convertido en un desierto. La retirada, desde el punto de vista estratégico, estaba plenamente justificada; pero la moral del ejército se resintió de ello de manera peligrosa.

El mismo Ricardo, comprendiendo las dificultades de la tentativa de reconquista, negociaba con Saladino y proyectaba dar a su hermana Juana (viuda de Guillermo II de Sicilia) en matrimonio a Malik al-Adil, hermano del sultán. El matrimonio había de

reinar sobre Jerusalén, donde la dominación musulmana se mantendría, pero con amplios privilegios para los cristianos. Era ya prácticamente el abandono de la reconquista de los Santos Lugares. El rey de Inglaterra, que no tenía ilación en sus ideas, se sentía de pronto lleno de simpatía hacia Saladino, cuyos fieles guerreros había hecho ejecutar unos meses antes. Saladino no podía sentir ninguna simpatía por Ricardo, pero debía estimar su talento militar y respetar su título de rey. El extraño trato —que por otra parte no comprometía a Saladino a gran cosa— estuvo a punto de realizarse; pero la reina Juana se negó a casarse con el musulmán[76].

Las repentinas disposiciones amistosas de Ricardo respecto del enemigo de la cristiandad se explican por su violenta antipatía hacia los francos de Siria. Pero eran estos últimos y no los cruzados quienes tenían realmente interés por la conquista del reino. Mientras que Ricardo negociaba con Saladino, Conrado de Montferrato hacía lo mismo por su lado, y así cada partido buscaba la manera de ganarse el apoyo del sultán, para contrarrestar las ambiciones del otro. Se estaba ya lejos de la atmósfera de guerra santa de los primeros meses del sitio de Acre. En abril de 1192, Ricardo convocó en Ascalón (que había reconquistado y reconstruido parcialmente) a todos los barones francos del reino y a los jefes cruzados, y les pidió que terminaran de una vez para siempre con el antagonismo que enfrentaba a Guido de Lusiñán y Conrado de Montferrato. ¿Pensaba acaso que Guido, que era su candidato, se llevaría la mayoría de los votos? En cualquier caso, los barones designaron a Conrado de modo casi unánime, lo que constituyó una afrenta para el rey de Inglaterra, quien no obstante tuvo que disimular su indignación. Conrado fue coronado en Acre y, con el consentimiento de las potencias occidentales y de los francos de Siria, fue nombrado rey de Jerusalén o, para decirlo con mayor exactitud, rey de Tiro, Acre, Jaffa y Ascalón.

En lo que quedaba de la colonia franca de Siria, la alegría fue inmensa, pues se esperaba mucho de Conrado. Era un hombre de mucha voluntad y de grandes ambiciones, hábil y tenaz, intrépido y astuto. Pero su alegría, al igual que la de sus partidarios, fue muy breve, pues unos días después de su coronación moría víctima del puñal de los Asesinos.

Los causantes del delito, dice Baha al-Din, designaron a Ricardo como el instigador del asesinato. Ibn al-Athir, por su parte, acusa abiertamente a Saladino; y los cronistas francos de Siria creen en una venganza de los ismaelíes por su propia cuenta. La segunda hipótesis parece la más plausible, dado el número de detalles que Ibn al-Athir suministra. En efecto, a ojos de Saladino, no se trataba de un asesinato, en el sentido actual del término, pues los ismaelíes le debían la sangre de un enemigo de su religión, y pagó a estos herejes por un asesinato ritual, del tipo del que él mismo había cometido en la persona de Reinaldo de Châtillon. Tenía por lo demás muchos motivos para temer el reinado de un hombre como Conrado en la Siria franca. Una maniobra tal por parte de Ricardo hubiera parecido sorprendente, ya que le hubiera sido más fácil poner el puñal en manos de uno de sus caballeros, entre los cuales no faltaban los enemigos de Conrado; y lo que sabemos de su manera de ser no nos induce a creer que fuera un hombre capaz de ponerse de acuerdo con los musulmanes para dar muerte a un príncipe cristiano. La deposición de los que le habían dado muerte no significa nada por sí misma, sino que el jefe de los Asesinos tenía interés en envenenar aún más la discordia entre los francos.

Comoquiera que fuese, la muerte de Conrado de Montferrato debió llenar de alegría a Ricardo y a Saladino a un tiempo. Este último se había librado de un jefe franco enérgico, decidido a quedarse en el país y a luchar hasta el final por la reconquista de los Santos Lugares. Ricardo no tenía ya ahora rival alguno en Tierra Santa: se convertía en el árbitro supremo de la Cruzada.

Pero, en cuanto a ésta, que era para los francos la última oportunidad de recuperar sus provincias perdidas, el rey de Inglaterra sólo soñaba, en el fondo, con liquidarla lo antes posible sin arriesgarse demasiado. Desde Francia e Inglaterra le llegaban ya noticias de la secesión de su hermano Juan, de los ataques de Felipe Augusto contra sus provincias normandas, y consideraba que la Cruzada era una empresa de gran envergadura, que necesitaba mayor cantidad de dinero y de hombres de la que él jamás podría disponer.

A la muerte de Conrado, Ricardo ya no pensó en imponer a los barones de Siria a Guido de Lusiñán, sino que encontró un pretendiente más neutral y capaz de ganarse todos los sufragios: el conde de Champaña, Enrique II, que era a la vez sobrino suyo y del rey de Francia[77]. De esta manera el partido inglés y el partido francés podían considerarse satisfechos. El joven conde no tenía demasiado interés en terminar sus días en Tierra Santa, y aceptó la corona de Jerusalén por deber, sin ningún entusiasmo, ya que además, para llegar a reinar, tenía que casarse con Isabel de Jerusalén, la cual (según Ibn al-Athir y Ernoul) estaba todavía encinta en aquel momento, y la corona iba a recaer por derecho en la persona de su hijo, si era varón.

Isabel, apenas hubo enviudado de su segundo esposo, fue pues unida a un tercero, a pesar de su resistencia y de sus protestas, porque así lo querían la razón de Estado y el interés de la cristiandad. Tenía veintidós años y era, afirma Ambrosio, muy bella. Parece que ni ella ni Enrique de Champaña hubieron de arrepentirse de este improvisado matrimonio. Una semana después del asesinato de Conrado de Montferrato, las bodas se celebraron en Tiro con gran pompa, «con procesiones, las calles llenas de tapices y en las ventanas y delante de las casas incensarios llenos de incienso». No había habido tiempo para llorar al marqués coronado, aclamado y festejado dos semanas antes, cuando ya otro poseía su corona y su mujer Enrique no era sin embargo un gran

jefe militar, ni tenía tampoco una gran personalidad; poseía sólo su título de gran feudatario y su parentesco real. Era un joven de carácter dulce y plácido, dotado de bastante sentido común y no exento de valentía.

Si el ejército cruzado y los barones y burgueses latinos de Tierra Santa manifestaban de esta manera su alegría ante esta coronación, es que tanto unos como otros esperaban que Ricardo, teniendo al fin en el trono de Jerusalén a un candidato de su gusto, no tardaría en volver a emprender la reconquista de los Santos Lugares. Pero Ricardo no tenía el menor deseo de ello; el ejército tuvo literalmente que forzarlo. Ambrosio, que se muestra siempre favorable hacia Ricardo, es tajante en este punto; no había nadie, dice, que no mostrara una gran alegría (ante la idea de marchar sobre Jerusalén), excepto el rey. «No se alegró lo más mínimo y se acostó afligido por las noticias que había recibido» (Ambrosio, v. 9500-9505). Pensaba sólo en la manera de embarcarse de nuevo hacia Europa. Y mientras el ejército avanzaba hacia la Ciudad Santa en medio de un entusiasmo indescriptible, llorando de alegría y creyendo que finalmente empezaba la verdadera Cruzada, el rey dudaba, contemporizaba y situaba su campamento a veinte kilómetros de Jerusalén, en previsión de las dificultades del sitio en un campo desierto y sin agua potable, en pleno verano y con los pozos y las fuentes envenenados por Saladino (junio de 119a). Pensaba realizar una maniobra de distracción por el lado de Egipto, dirigiendo el ejército entre Bayt-Nuba (Betenoble) y Ramala y, a pesar de las instancias de los barones —en primer lugar el duque de Borgoña, jefe de las tropas francesas—, se negó a emprender el sitio de la Ciudad Santa.

Pero, según Baha al-Din, una gran desazón reinaba en el campamento de Saladino, que era casi el único que quería defender a toda costa Jerusalén. Sus emires, cansados, abrumados, conocían por experiencia hasta dónde podía llegar la energía del rey de In-

glaterra y la tenacidad de los cristianos, y casi le aconsejaban que abandonara la lucha diciéndole: «Durante largo tiempo, nuestros ejércitos han sabido defender el Imperio musulmán sin haber necesitado Jerusalén». (*Vida de Yusuf*, pp. 312-313). En aquel momento, si Ricardo lo hubiera querido realmente, hubiera podido intentar un ataque decisivo contra una ciudad que los musulmanes poseían desde hacía sólo cinco años, mal repoblada, y defendida a disgusto y sin gran convicción. El mismo Saladino, medio decidido a abandonarla, vertía amargas lágrimas prosternado en la mezquita de Al-Aqsa. Ante la gran indignación de todo el ejército cruzado, Ricardo hizo levantar el campamento y ordenó la retirada el 4 de julio.

Consternación entre los cruzados y alegría en el campo de Saladino. El rey de Inglaterra volvía a negociar, y lo hacía con los más corteses términos. Lo que Ricardo ofrecía a Saladino era la creación de un reino de Jerusalén sometido al protectorado musulmán: Enrique de Champaña, rey del litoral sirio, ya que no de Jerusalén, pasaría a ser vasallo del sultán y le ayudaría contra sus enemigos. En Jerusalén, los cristianos poseerían el Santo Sepulcro y tendrían libre acceso a los Santos Lugares.

Después de haber logrado reconquistar Jaffa, tomada por las tropas musulmanas, y renunciado a la esperanza de conservar Ascalón, Ricardo firmó la paz con Saladino. Hubo un intercambio de buenas maneras y de palabras corteses, que son testimonio de la prisa de los dos príncipes por terminar con las hostilidades más que un espíritu de comprensión mutua. Para Saladino, las disposiciones de Ricardo constituían una oportunidad inesperada y se mostraba satisfecho de poder facilitar la tarea al soberano inglés llenándolo de manifestaciones de afecto, e incluso de admiración. Para Ricardo, que no era nada diplomático, se trataba más bien de salir airoso de la situación adulando a su adversario y fingiendo así renunciar a sus proyectos, no tanto por debilidad como por un deseo de mostrarse humano y por simpatía hacia el

gran jefe de los musulmanes. («Lo que yo quiero —escribía— es vuestra amistad y vuestro afecto. No os está permitido entregar a la muerte a todos vuestros musulmanes ni tampoco a mí a todos nuestros francos». «Baha al-Din, p. 318»). No es necesario decir que el duque de Borgoña y sus barones franceses no aprobaban en modo alguno esta política y que se veían con desagrado unidos a lo que consideraban una vergonzosa deserción. Su descontento se tradujo en reproches, burlas amargas, canciones satíricas…, pero no llegó a la revolución armada, ya que también ellos estaban cansados de aquella guerra.

Ricardo llegó incluso a intervenir cerca de Saladino para hacer que se prohibiese a todos los soldados del rey de Francia la peregrinación a Jerusalén; y el sultán se dio el placer de avergonzar al rey por su mezquindad. («Hay aquí —respondió, hablando de los franceses— gentes que han venido de muy lejos para visitar los Santos Lugares. Nuestra religión nos prohíbe impedírselo». «Baba al-Din, p. 350»).

El 9 de octubre de 1192, Ricardo Corazón de León liquidaba sus sueños abandonando Tierra Santa, junto con la mayor parte de los soldados y caballeros cruzados. Ya no había Cruzada, puesto que se había firmado la paz. Esta ratificaba el abandono de Jerusalén, de Galilea, de Judea y de Transjordania; del reino franco de Jerusalén no quedaban más que las ciudades del litoral: Tiro, que nunca fue conquistada, Acre, Haifa, Cesarea, Arsuf y Jaffa, y, hacia el interior del país, la mitad de las tierras de Lydda y de Ramala. Un «rey de Jerusalén» reinaba en Acre, bajo la protección declarada del sultán. El condado de Trípoli y el principado de Antioquía, que se habían mantenido apartados de la Cruzada, no eran más que unas estrechas franjas de tierra metidas entre posesiones armenias, ismaelíes y alepinas. Los dos antiguos grandes feudos del reino, que continuaban siendo provincias francas y que eran ahora también vasallos del imperio de Saladino, gobernados por príncipes más bien pacíficos (Bohemun-

do III en Antioquía y su hijo menor Bohemundo IV en Trípoli) habían caído a la altura de los pequeños principados armenios de Cilicia, débilmente atacados y débilmente defendidos, víctimas de la pequeña guerra feudal, sin inspirar odio ni temor a los musulmanes, ni codicia a los griegos —que tenían otras preocupaciones—, ni interés a los occidentales.

Liquidación de la Cruzada

La Cruzada, las Cruzadas, no habían terminado todavía. Escuadras italianas y ejércitos alemanes intentarían realizar por su cuenta la guerra de Oriente. Cristianos y musulmanes iban aún a tomar y perder plazas en Siria. Ya no había de hecho ni Siria franca ni reino de Jerusalén, sino sólo una especie de colonia franca estrechamente ligada a Occidente y algunos puestos comerciales.

La conquista de Chipre por Ricardo resultó duradera. La gran isla concedida a título de compensación a Guido de Lusiñán, pasó, después de la muerte de éste, a su hermano Amalarico, excondestable de Jerusalén y examante de Inés de Courtenay, quien sacaría el mayor provecho de las desgracias que él mismo había en parte provocado. Tras la muerte accidental de Enrique de Champaña, Amalarico, rey de Chipre, se convirtió en el cuarto marido de Isabel de Jerusalén y ostentó el título de rey de Jerusalén con el nombre de Amalarico II.

El «reino» se había convertido en una ficción jurídica, y en Occidente, en un pretexto de ambiciones, de luchas de prestigio, de sueños políticos quiméricos y faltos de un auténtico objetivo; así, doce años después de la liquidación de la gran Cruzada de 1189-1192; un gran ejército cruzado tomaría Constantinopla (1204). De esta trágica manera se resolvía la larga rivalidad entre el Occidente y el Oriente cristianos, rivalidad que las Cruzadas habían avivado y envenenado. Veinticinco años más tarde, el emperador de Alemania Federico II lograría la cesión de Jerusa-

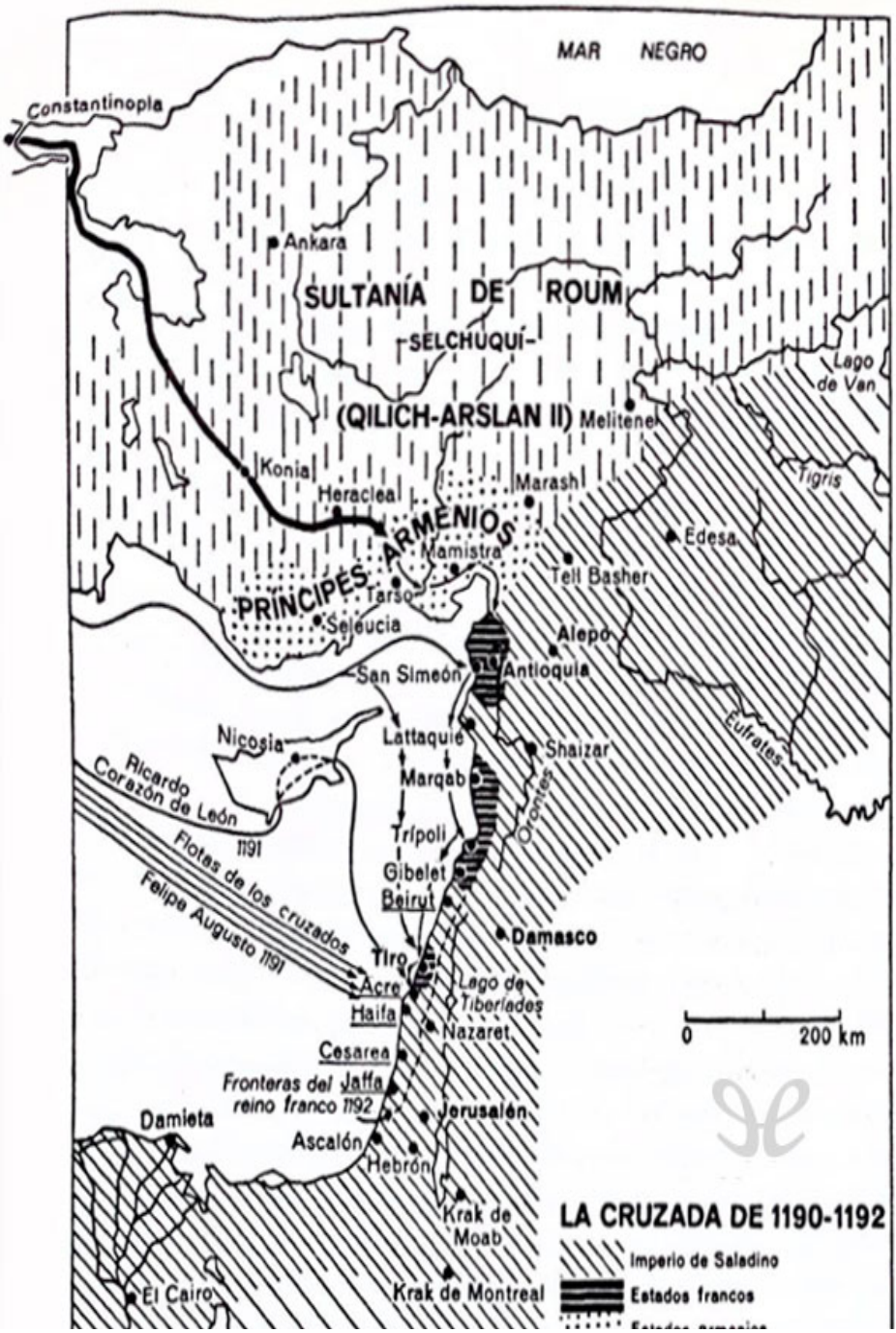
lén por medio de un tratado (1229), para perderla quince años más tarde (1244). San Luis intentaría sin éxito conquistar los Santos Lugares en 1249, y volver allí en 1270 dando un rodeo por el norte de África, donde moriría. Durante la segunda mitad del siglo XIII, la suerte de Palestina y de Siria iba a decidirse efectivamente en el este. En 1291, unos doscientos años después de la predicación de la Primera Cruzada, las últimas plazas francas, puertos comerciales de población latina, caerían en poder de los mamelucos.

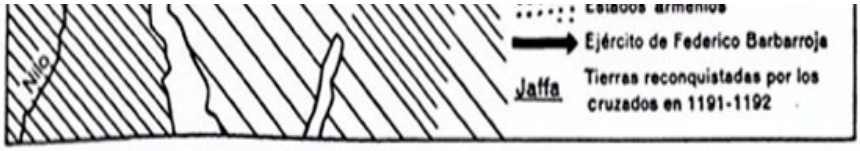
El ideal de la Cruzada y de la reconquista de Jerusalén iba a constituir todavía durante dos siglos uno de esos deseos colectivos, de esos pensamientos obsesivos que forman la conciencia o, más exactamente, la mala conciencia de una civilización. Grandes papas, como Inocencio III y Gregorio IX, seguirían considerando la liberación de los Santos Lugares como uno de los primeros objetivos de su política. En plena guerra de los Cien Años, grandes señores emprenderían aún peregrinaciones armadas no ya para reconquistar una Tierra Santa perdida para siempre, sino por lo menos para hacer frente a los infieles y sufrir —o morir— por Jerusalén. En 1213 iba a haber una «Cruzada de los niños», la más trágicamente inútil de todas; y en 1290, en vísperas de la caída del esquelético «reino», una Cruzada popular. Durante todo el siglo XIII, a pesar de la doble desviación del ideal cruzado —primero hacia Constantinopla, luego hacia el Lenguadoc hereje (sin citar las Cruzadas españolas)—, Jerusalén continuaría siendo el verdadero objetivo de la piedad guerrera occidental. Pero constituiría un objetivo —primero de modo inconsciente y luego casi conscientemente— cada vez más quimérico e inaccesible; símbolo de la gran aspiración al heroísmo condenada por definición al fracaso.

Las comunidades cristianas orientales, cuyo fervor por Jerusalén no fue nunca inferior, y de donde a lo largo de los siglos miles de peregrinos salían en dirección a los Santos Lugares, no co-

nocieron este ardor ni esta necesidad de encarnar en un dominio terrestre el fervor del cristiano por la patria de Jesucristo; no conocieron este sentimiento inconfesable y profundo de un fracaso irremediable.

Vamos a intentar explicar sumariamente lo que fue el reino de Jerusalén propiamente dicho, y el intento de crear un Estado occidental en Tierra Santa, después de reseñar la historia política y militar de este reino único en su género. Su historia se resume en el eterno juego de equilibrio entre varias potencias rivales y en la obra de unos grandes hombres de Estado o de unos grandes aventureros. Lo más interesante de la historia del reino es, por un lado, el carácter particular de la doble guerra de religión que fundó y destruyó este Estado y, por el otro, el encuentro, en un suelo predestinado, de dos civilizaciones y tradiciones que hasta entonces se habían ignorado completamente.


MAR NEGRO
Constantinopla
Ankara
SULTANÍA DE ROUM
-SELCHUQUÍ-
(QILICH-ARSLAN II)
Melitene
Lago de Van
Konia
Heraclea
Marash
Tigris
Edesa
Mamistra
Tell Basher
PRINCIPES ARMENIOS
Tarso
Seleucia
Alepo
San Simeón
Antioquía
Eufrates
Nicosia
Lattaquié
Shaizar
Ricardo Corazón de León
Marqab
Orontes
1191
Trípoli
Flotas de los cruzados
Gibelet
Felipe Augusto 1191
Beirut
Damasco
Tiro
Acre
Lago de Tiberíades
Haifa
Nazaret
0
200 km
Cesarea
Fronteras del reino franco 1192
Jaffa
Jerusalén
Damieta
Ascalón
Hebrón
Krak de Moab
LA CRUZADA DE 1190-1192
Imperio de Saladino
Estados francos
El Cairo
Krak de Montreal


Nilo
Estados armenios
Ejército de Federico Barbarroja
Jaffa
Tierras reconquistadas por los cruzados en 1191-1192

Capítulo 10

La Siria franca, reino perdido

La muerte de Saladino

El reino franco de Siria había durado ochenta y siete años; tanto como una vida humana. En el momento de la toma de Jerusalén por Saladino, se encontraba aún en la ciudad un anciano centenario que había venido de niño a Siria con las tropas de Godofredo de Bouillon y asistido a la toma de la ciudad santa por los cruzados.

Jerusalén había conocido a ocho reyes francos (nueve contando al pequeño Balduino V), de los cuales el primero no fue más que el defensor del Santo Sepulcro —y durante apenas un año— y el último había reinado sólo un año para acabar perdiendo el reino y morir unos años más tarde como rey de Chipre. Sólo seis reinaron efectivamente. Si hubo una decadencia de la realeza propiamente dicha, la razón hay que buscarla en la enfermedad de Balduino IV, el cual, si no hubiera sido leproso, hubiera sabido proteger con mano firme el reino gravemente amenazado, pero no perdido, y procrear hijos que hubieran podido continuar su obra. Por frecuente que fuera la lepra en la Edad Media, el caso de un rey leproso, y leproso desde su primera infancia, es único en la historia; y es curioso pensar que precisamente esta singular excepción tuvo que producirse en este reino, ya de por sí singular en otros muchos aspectos.

Saladino había reconquistado Palestina, dejando a los cristianos sólo una parte de la costa, a pesar del inmenso esfuerzo que los ejércitos cruzados de Occidente habían llevado a cabo; y Ricardo de Inglaterra había liquidado a toda prisa una empresa internacional que no era obra suya, por la que no se interesaba directamente, y cuya importancia no era capaz de medir. Menos

de seis meses después de la marcha de Ricardo, moría Saladino. El inmenso Imperio ayyubí se desmembraba; los hijos, hermanos y sobrinos del gran sultán se disputaban la herencia. Si el ejército cruzado hubiera permanecido en el lugar, por desmoralizado que se encontrara, hubiera reconquistado en aquel momento Jerusalén con suma facilidad. Por otra parte, este ejército, abundantemente equipado por todas las escuadras marinas de Occidente, no se hubiera arriesgado demasiado acampando cerca de los puertos de Siria. Pero nadie podía prever la muerte de Saladino; tenía cincuenta y seis años y parecía lleno de vigor.

La Tercera Gran Cruzada había cambiado bruscamente de rumbo y condenado lo que quedaba de la Siria franca a una existencia artificial, sin verdadero porvenir, sin independencia, sin personalidad propia. La pequeña colonia oriental sólidamente aferrada a la costa siria iba a emplear un siglo en luchar por su supervivencia. Lo que quedaba de la antigua población del reino, en particular de la antigua nobleza franca, constituyó hasta el final su elemento más resistente, más lúcido y más vivo.

Hemos visto que Saladino estuvo a punto de ser víctima de la ola de entusiasmo cruzado. La dominación musulmana en Siria fue posible en aquel momento gracias a la muerte de Federico Barbarroja, y luego a la incapacidad de Ricardo Corazón de León. En ninguna parte como en Palestina, provincia cosmopolita, privada desde hacía diez siglos de unidad nacional y religiosa, entregada desde siempre a la voluntad de los conquistadores, el destino de un país se había visto unido hasta aquel punto a la suerte de las batallas y de la personalidad del gran jefe del momento. Puede decirse, es cierto, que, si los barones alemanes y el ejército de Federico hubieran estado animados por un verdadero celo de cruzados, hubieran, incluso sin el emperador; constituido una fuerza temible; los cruzados de 1192 hubieran podido prescindir de Ricardo y continuar a pesar suyo la guerra santa si lo hubiesen querido realmente. La cuestión es difícil de resolver;

pero otros muchos ejemplos muestran que la voluntad del pueblo por sí sola nunca ha conquistado ni creado nada, que es un factor determinante, pero que no tiene ningún efecto si no se encama en la acción de un jefe. La desaparición o la ausencia de un jefe condenan al fracaso movimientos perfectamente viables en sí mismos.

La masa de peregrinos cruzados de 1189 estaba seguramente animada por un celo más ferviente, más desinteresado que el que había llevado a la ruta de Oriente a los soldados de la Primera Cruzada; su número era mayor, sus razones de combatir más fuertes; no tenía ante ella un islam unido y organizado, sino solamente a un conquistador ocasional, bastante mal instalado en la posesión de un imperio demasiado extenso. (Es cierto que la idea de la solidaridad islámica había hecho bastantes progresos desde hacía un siglo, pero permanecía siempre subordinada a los intereses y a las ambiciones de los príncipes, y Federico Barbarroja no había tenido ninguna dificultad en entenderse con Qilich-Arslan II en contra de Saladino). La Cruzada, una vez más, se había jugado como una partida de ajedrez, o de póquer en la que la casualidad tenía tanta importancia como la habilidad de los jugadores. Cuando Saladino vio que los cruzados ingleses y franceses se embarcaban tras Ricardo Corazón de León, debió vivir la jomada más bella de su vida: sólo aquel día pudo considerar la conquista de Palestina como definitiva, o por lo menos duradera. El tiempo iba a trabajar para el islam.

El interior del país estaba prácticamente limpio de colonos latinos. Para impedir que los francos se establecieran de nuevo en sus antiguas posesiones, Saladino había destruido las fortalezas, quemado las propiedades, destruido los huertos y las viñas; hasta el siglo XII, que fue relativamente próspero, Judea no iba a levantarse de este golpe. Lo que para los reyes de Jerusalén era una necesidad vital —la riqueza de la tierra— no tenía en cambio tanta importancia a los ojos del gran guerrero kurdo, nómada por ata-

vismo y por temperamento. En última instancia, Palestina era y seguía siendo una provincia secundaria para el islam.

Ya no había guerra. La seguridad de los peregrinos estaba garantizada para todos, tanto cristianos como musulmanes. Saladino se preparaba por fin a emprender su peregrinación a La Meca, su gran deber religioso que todos los años dejaba para más tarde, por falta de tiempo y de dinero. Pero este hombre, modelo de piedad, no llegó jamás a conocer el supremo consuelo de ver La Meca: murió el 4 de marzo de 1193, tras una corta enfermedad. No parece cierto que hubiese hecho el viaje aunque hubiese vivido hasta muy viejo, ya que era de esos hombres siempre absorbidos por los trabajos más urgentes, incapaces de pensar en sí mismos, por más que se trate de una satisfacción tan legítima y necesaria como la gran peregrinación. Después de su muerte se encontraron en sus cofres sólo «cuarenta y siete dirhams naceríes y una pieza de oro sirio. No dejaba ni bienes, ni casas, ni palacio, ni jardín, ni pueblo, ni tierra sembrada, ni ninguna clase de propiedad». (*Vida de Yusuf*, p. 8). «Él, que había poseído tantas riquezas», dice su biógrafo. En realidad, nunca había tenido nada porque nunca había codiciado nada.

Este hombre tan ambicioso era en su vida privada simple y modesto, despreocupado por el protocolo y de una bondad que rayaba con la debilidad. Baha al-Din nos lo muestra durante una reunión reclamando varias veces la bebida, sin que nadie se molestara en traerle un vaso de agua. Nada puede hacer más honor a un gran jefe que un rasgo de este tipo: los Césares tienen siempre aduladores pendientes de sus labios y temiendo no adivinar sus menores deseos. Para que el poderoso sultán estuviese tan mal servido, era necesario que inspirase una confianza total y sin reservas.

Hemos visto que los comienzos de este hombre extraordinario no fueron los de un santo. No le faltó crueldad ni duplicidad, y fue un político ferozmente arribista, calculador, frío, astuto y

sin escrúpulos. Poseyó también el arte de maniobrar con una soberana distinción y de aparentar la mayor dignidad incluso en sus acciones menos leales, como por ejemplo su conducta para con Nur al-Din y su hijo. Sólo después de su decisiva victoria sobre los cristianos en Hattin alcanzó su plena personalidad, y, aun siendo un hombre de origen humilde, pareció intentar eclipsar con su magnanimidad a reyes y emperadores. No era un simple lujo de nuevo rico, sino que parece que fue siempre por naturaleza directo, sin dobleces y poco preocupado por la opinión de los demás. Dígalo sino este detalle de una puerilidad inesperada, citado por Ibn al-Athir: después de la toma de la plaza de Mainbedch, se encontró en el tesoro de la ciudad un cierto número de objetos preciosos sobre los cuales aparecía grabado el nombre de Yusuf, un hijo del jeque vencido. Saladino tomó estos objetos para sí gritando: «Yusuf soy yo, y me apodero de lo que han guardado para mí». (*Op. cit.*, p. 182). No pudo conservarlos durante mucho tiempo. El hombre que se apoderaba de un vaso de oro porque encontraba divertido ver su nombre grabado en él, daba cuanto ganaba para la guerra, daba a los vencidos, a las mujeres y a los niños; y tanto musulmanes como cristianos lo alababan como «limosnero».

Hacía ejecutar a los caballeros de las órdenes militares con una constancia que muestra que se trataba de un escrúpulo religioso o de un cumplimiento de un voto. Pero, en lo que a los otros adversarios concierne, cualesquiera que fuesen, hay que decir que su humanidad superó las más veces la que otras épocas más «civilizadas» acostumbran a ver practicar a los generales vencedores. Sin embargo, cuando en cierta ocasión se enteró de que un «joven llamado Sohrauerdí no reconocía las prescripciones de la ley y consideraba como nulos los dogmas de la fe», ordenó a su hijo que hiciera ajusticiar al culpable (*Vida de Yusuf*, p. 11). No hay duda de que fue un fanático; pero tan entregado a la acción, tan consciente de las realidades humanas que implicaba su actividad

que supo, en la práctica, y como sin querer, elevarse a una amplitud de espíritu bastante excepcional para su época, y también para todos los tiempos.

Los francos de Siria y los cristianos de Occidente pudieron sacar un triste consuelo del hecho de no haber sido vencidos por un adversario mediocre; y esta consideración contribuyó mucho a la gloria póstuma de Saladino en Occidente. Por otra parte, si el gran sultán pensaba que haciendo bien daba testimonio de la excelencia de su religión, no convenció a los francos, que se contentaron con contarle entre los infieles casi dignos de ser cristianos. Murió. Todo el mundo admiró su humildad y su simplicidad. La alegría de los francos que habían permanecido en Siria debió ser bastante amarga: el grande y efímero imperio se veía desmembrado, repartido entre los hijos del sultán, jóvenes e incapaces, que su tío, Malik al-Adil intentaba ganarse a su favor. La ocasión de reconquistar el reino era buena, pero ya no había ejército cruzado. Y esta ocasión no podría ya volver a presentarse.

El reino desaparecido ya desde hacía cinco años estaba ahora completamente muerto. Había que esperar diez, veinte años, para que nuevos contingentes de cruzados se decidieran de nuevo a emprender la ruta de Tierra Santa.

El reino latino de Jerusalén

En sus días de prosperidad el reino de Jerusalén había ocupado todo el litoral sirio, desde Gaza hasta Cilicia, toda la región al este hasta más allá del valle del Jordán, y se extendía unos cincuenta kilómetros al este y al sudeste del mar Muerto. Era más extenso que los reinos de Damasco y Alepo (si incluimos en el reino los grandes feudos de Trípoli y Antioquía); militarmente era lo bastante poderoso como para servir de contrapeso a las ambiciones de Estados como el reino de Mosul y de árbitro entre Egipto y Damasco; era relativamente rico gracias a la creciente impor-

tancia de sus puertos comerciales y la afluencia de peregrinos a Jerusalén. ¿Iba a poder mantenerse, y su existencia respondería a necesidades locales o internacionales? Es decir, ¿era un país en formación, o un simple accidente histórico sin verdadero alcance?

Los Santos Lugares, como había constatado Saladino, no iban a dejar de ser nunca los Santos Lugares de la cristiandad, y nada iba a poder impedir nunca a los cristianos que fueran allí en peregrinación. Pero, tal como hemos visto, desde el punto de vista de los intereses de los peregrinos, el reino de Jerusalén era una gran adquisición para los cristianos. Y la mayoría de los occidentales lo consideraban sobre todo desde este ángulo. El despertar de 1187 fue muy duro: se daban cuenta de que Dios no había concedido para siempre a los cristianos el cuidado de los Santos Lugares. Jerusalén había vuelto a perderse, y naturalmente, se hacía responsable de esta pérdida a los cristianos de Siria, los francos de Siria.

Para explicar el escándalo de la ocupación de los Santos Lugares por los musulmanes, era necesario que los francos se hubieran hecho indignos de la protección divina, y que Saladino hubiera resultado digno, por sus virtudes, de ser el instrumento de la cólera de Dios. Una parte de los francos de Siria —en particular los clérigos— se avenía a esta opinión. Pero el reino era también algo más que un lugar de peregrinación que guardaban los cristianos de Occidente, buenos o malos; era un Estado, un Estado medieval, feudal y, por consiguiente, particularista, celoso de su independencia, orgulloso de sus costumbres y donde se formaba, con una rapidez que hoy nos parecería sorprendente, un complejo, pero vivo, sentimiento nacional.

Hemos visto cómo los reyes de Jerusalén llamaron varias veces en su ayuda a los reyes Capetos, ya que se reconocían implícitamente vasallos del rey de Francia, aunque en realidad no lo eran: Godofredo de Bouillon había sido barón del imperio y

Balduino I no había prestado homenaje a nadie (en todo caso, al patriarca de Jerusalén, aunque este juramento era una pura ficción jurídica). La nobleza del reino era en su mayoría de origen francés (de Picardía, de Valonia, de las Ardenas, de Champaña, de Borgoña; normanda en Antioquía y provenzal en Trípoli); la relación tradicional con la casa real de Francia parecía bastante natural. El rey estaba lejos y, si hubiera abrigado pretensiones de orden material sobre las tierras francas de Siria, seguramente no hubiera sido bien recibido. Los Balduinos, e incluso Fulco de Anjou, llevaban la corona de Jerusalén como dueños absolutos después de Dios. Y sus súbditos lo veían de la misma manera.

Carácter de la colonización franca

Los colonos de origen latino se instalaban preferentemente en las ciudades, salvo en Judea y en Galilea, donde los campesinos francos ocuparon poco a poco el lugar de los campesinos musulmanes que habían emigrado en 1099; pero incluso en esta región los campesinos continuaron siendo en su mayor parte indígenas, es decir; tanto musulmanes como cristianos llegados de las provincias de Transjordania.

Era la ciudad oriental la que debía subyugar a los cruzados y a los inmigrantes de Europa, modificar poco a poco sus costumbres y su mentalidad y, con ello, influir en el mismo lejano Occidente.

Desde 1097, los cruzados se habían apoderado de una de las mayores ciudades del Próximo Oriente: Antioquía. Dos años más tarde, tomaban Jerusalén, en unas circunstancias que no les dejaron el placer de apreciar sus bellezas. Diez años más tarde, se apoderaron de Trípoli, la primera ciudad de la costa, famosa por su riqueza, su actividad comercial, industrial e intelectual. Las ciudades de menos importancia, como Jaffa, Arsuf, Tortosa, Arqa, etcétera, sobrepasaban en riqueza, limpieza y confort a las mayores ciudades de Occidente. En una palabra, las Cruzadas

habían permitido, por primera vez, a multitudes de todos los países de Occidente tomar contacto con otro género de vida y con una civilización más evolucionada, rica y compleja que la suya.

El hecho es que, durante los primeros contactos, los cruzados se comportaron como verdaderos bárbaros, lo que puede con toda seguridad imputarse al carácter particular de su infantería anárquica y fanatizada. Pero en aquella época incluso las tropas no cruzadas creían tener derecho al pillaje. Parece que Antioquía no fue saqueada con demasiada crueldad, ya que a pesar de todo era una ciudad cristiana y dependiente en principio del Imperio bizantino.

Sabemos de qué manera Jerusalén fue pasada a sangre y fuego. Los vencedores respetaron sólo los santuarios cristianos, la Torre de David, los palacios de que los jefes se habían apoderado el primer día. La ciudad no había quedado destruida, pero sí tan arruinada y despoblada que los reyes de Jerusalén tuvieron al principio muchas dificultades en devolverle una cierta prosperidad. Sabemos que Trípoli, donde los cruzados no tenían ni siquiera la «excusa» de haber actuado llevados por el fanatismo, fue parcialmente saqueada y objeto de pillaje por los marinos genoveses, despreciando el tratado de capitulación. La biblioteca de los Banu Ammar, en particular, fue dispersada y destruida; era la primera de Siria, tanto por la cantidad como por la calidad de los libros que en ella se conservaban. Constituía ésta una riqueza que los soldados cruzados eran incapaces de apreciar en su justo valor.

Los soldados saqueaban; los jefes les daban ejemplo de ello y los representantes de la Iglesia, como hemos visto, no tenían ningún escrúpulo en despojar a sus colegas orientales. La Vera Cruz, esta reliquia venerada entre todas y que hasta la caída de Jerusalén desempeñaría un papel tan importante en la vida del reino, había sido arrancada por la fuerza y con amenazas a sus

primeros propietarios, los monjes griegos del Santo Sepulcro. No hay que deducir de ello que todas las ciudades fueran sistemáticamente saqueadas y todos los habitantes expropiados; los cruzados no eran ni siquiera lo suficientemente numerosos para poder hacerlo, y no tenían tampoco ningún interés en ello. La toma de Jerusalén y la de Cesarea fueron dos grandes excepciones, ya que por lo demás estas ciudades sufrieron con las Cruzadas lo que toda ciudad sufre en tiempo de guerra y en una época en que el soldado era naturalmente brutal, pero en que la gran parte de la población no hacía la guerra, sino que se contentaba con agachar la cabeza y dejar pasar la tormenta.

Durante los asaltos, había a veces combates por la calle en los que no se respetaba a la población civil, y sobre todo las mujeres eran consideradas como parte del botín legítimamente adquirido. Incluso en estos casos la mayor parte de la población lograba escapar; y al cabo de algunos días la vida volvía a tomar su curso normal. Aunque empobrecidas por la guerra, el saqueo, la marcha o la expulsión de una parte de sus habitantes, las ciudades de Oriente ocupadas por los cruzados continuaron siendo ciudades opulentas, activas, centros de una vida comercial, industrial y artesana más intensa que en Occidente. Y hay que tener en cuenta que los colonos latinos —italianos o franceses— no formaban más que una minoría en su población.

Entre una ciudad de Occidente, capital incluso de un reino, y una ciudad oriental como Antioquía, por ejemplo (y ya no digamos Constantinopla o Bagdad), el contraste era sorprendente. No había sólo una diferencia de civilización, sino una innegable superioridad de cultura y de nivel de vida; esta superioridad que los occidentales no podían apreciar en el plano intelectual o moral, no ya por su grosería natural, sino simplemente por ignorancia de la lengua, podían constatarla en cambio en el plano de las realizaciones técnicas, del refinamiento de las costumbres y de las

facilidades externas de la vida; y, como puede suponerse, se adaptaron enseguida a ellas.

De todos modos, el contraste entre las dos civilizaciones era mucho menor de lo que sería en nuestros días, ya que ambas eran herederas directas o indirectas de la civilización grecorromana y luego bizantina: las civilizaciones oriental y occidental estaban todavía unidas por un lazo bastante estrecho de parentesco. No hay que olvidar que los edificios religiosos o militares de Siria o de Palestina eran a menudo obra de arquitectos griegos, mientras que las iglesias prerrománicas de Francia, Alemania e Italia eran todavía de inspiración bizantina, que la influencia musulmana había penetrado en el sur y centro de Francia a través de España, que en el sur de Italia y en Sicilia la tradición griega coexistía con la tradición árabe, que el arte sacro de Occidente era todavía casi por completo tributario del bizantino, y que sus artes decorativas estaban fuertemente influidas por el Oriente musulmán, sobre todo por Persia. En esta época, Oriente era todavía para Occidente el país no sólo de la riqueza y del lujo, sino del progreso técnico y artístico, es decir, el modelo que no podía pensarse siquiera en igualan pero que se imitaba en la medida de lo posible.

En este aspecto, los latinos podían compararse a los pueblos llamados subdesarrollados de nuestros días, pueblos que envidian a Occidente su superioridad técnica sin reconocer en modo alguno su superioridad moral, y que a menudo no ven más que el lado técnico de una civilización cuyo contenido espiritual se les escapa. Comparación muy aproximada, naturalmente, ya que las relaciones que se veían obligados a mantener el Occidente latino medieval y el Oriente griego o musulmán no eran de ninguna manera comparables a las que existen hoy día entre la civilización occidental y el resto del mundo. Ni Oriente ni Occidente concedían a esta faceta puramente externa de una civilización la importancia que generalmente se le concede en nuestros días. A

un árabe del siglo XII le hubiera parecido extraño enorgullecerse del hecho de que su ciudad poseyera una canalización y casas de varios pisos, y para el habitante de Troyes o de Chartres el confort oriental era una ventaja cierta, pero de un interés absolutamente secundario. En cambio, el árabe admiraba por encima de todo el refinamiento de pensamiento o de estilo de un poeta o el fervor religioso de un derviche; y los latinos, por su parte, poco letrados, tenían también su tradición espiritual y moral, que juzgaban superior a todas las demás.

No obstante, el confort y sobre todo la riqueza del país donde se habían instalado no podían dejar de sorprender a los cruzados; y, ya que estas riquezas estaban a su alcance, querían aprovecharse de ellas en la medida de lo posible. Sabemos que los cruzados que llegaron de Occidente fueron sorprendidos muy pronto por el comportamiento «afeminado» de sus compatriotas convertidos en ciudadanos de Siria. Afeminado porque habían adoptado la costumbre de bañarse con frecuencia, el uso de perfumes y aromas y de camisas de tela fina; porque dormían entre sábanas, comían en vajillas de metal o de maderas preciosas y se hacían servir comidas compuestas de platos numerosos y refinados, con especias variadas; porque se hacían rodear de numerosos esclavos, llevaban joyas, vestidos tejidos de oro, a veces incluso turbantes… Con esto no hacían más que imitar a los señores orientales, y les hubiera parecido extraño no vivir como lo hacían las gentes del país.

Las grandes ciudades de Oriente poseían canalizaciones de agua corriente, alimentadas a partir de cisternas o fuentes de montaña (sabemos que Antioquía tenía agua en todas las estaciones, llevada por canales subterráneos de decenas de kilómetros de longitud). En todas partes había numerosas piscinas y baños públicos, cosa necesaria en un país islámico, ya que la religión imponía a los musulmanes frecuentes abluciones (cuatro veces al día), y además muy útil en un país cálido. Las calles estaban em-

pedradas, a menudo con verdaderos mosaicos de piedras de colores diferentes; las casas, grandes inmuebles de varios pisos, albergaban a docenas de familias, estaban provistas de terrazas sobre el techo, de galerías y de balcones interiores, de una fuente en medio del patio; en todas las ciudades había muchos jardines y, en los arrabales, había grandes huertos donde crecían naranjos, limoneros, manzanos y cerezos… Basta con recordar las miniaturas persas para imaginar la gracia y el refinamiento de la vida oriental que llevaban los nobles y los ricos; porque, aunque Siria no era como Persia, la misma civilización había creado desde hacía tiempo una cierta uniformidad en las formas de vida. Los latinos descubrían un modo de vida del que en sus países se habían podido formar sólo una idea lejana por medio de cuentos, narraciones o viajes un poco fantásticos y cuyos ecos apuntan en poemas como la *Peregrinación de Carlomagno* y, más tarde, *Flores y Blancaflor*. Es cierto que las cortes de los príncipes de Occidente ofrecían también el espectáculo de un fasto que hoy se calificaría de «oriental» (y que en realidad lo era, pues los bellos tejidos, los tapices e incluso parte de la orfebrería eran casi siempre importados de Oriente); el lujo no era exclusivo de las iglesias, pero la riqueza conservaba todavía en Occidente un carácter hierático y de aparato, y ni el mismo rey de Francia hubiera pensado en instalarse una piscina de mármol con surtidores de agua caliente y fría y en hacerse construir jardines llenos de flores sabiamente cultivadas y de pájaros exóticos…

Las mujeres, en Oriente, salían sólo cubiertas con un velo (incluso las cristianas), y las que eran ricas permanecían encerradas en sus casas y rodeadas de numerosas esclavas, de eunucos y de guardias de corps. Se bañaban todos los días —incluso varias veces—, se untaban el cuerpo con aromas, se vestían de seda y de muselina y con velos tejidos de oro y plata y llevaban en el cuello, en las muñecas y en los tobillos brazaletes y cadenas de metales preciosos labrados como el encaje, con perlas y piedras pre-

ciosas incrustadas. Muchas de estas nobles damas fueron presa de los soldados y los francos pudieron así descubrir en estas criaturas de lujo que la casualidad ponía sobre su camino un aspecto de la mujer que les había sido desconocido hasta entonces. Se casaron con armenias y aprendieron a tratar con cortesía a las mujeres musulmanas prisioneras.

Las mujeres francas adoptaron con bastante rapidez el traje oriental o al modo oriental, y también el uso del velo. Rivalizaron en elegancia y refinamiento con las damas árabes o armenias; pero en cambio conservaban su libertad de movimiento y su sociabilidad, aunque parece ser que los hombres, inspirándose en las costumbres locales, pensaron muchas veces en encerrarlas. El cambio de actitud del hombre con respecto de la mujer, este cambio bastante difícil de explicar y que engendró —por lo menos en literatura, y también en las costumbres mundanas— lo que se ha dado en llamar «amor cortés» ¿es un producto de las Cruzadas? ¿Es acaso debido a la influencia musulmana, árabe en particular? Si hubo una influencia árabe, bien pudo venir de España. Pero es cierto que los cruzados descubrieron en Oriente, entre otras virtudes de la civilización, una forma de respeto de la mujer que en Occidente no existía.

No podían ser sensibles a la poesía amorosa y mística de los árabes, porque los francos que llegaron a conocer y a admirar la literatura árabe fueron muy pocos y además vivieron en la segunda mitad del siglo. En cambio, podían constatar que para los musulmanes la mujer era objeto de un respeto incondicional, absoluto, celoso, que hacía de ella un objeto tabú: no es sólo en el deseo de subyugar a la mujer donde hay que buscar la privación de libertad de las mujeres orientales, sino también (y quizá, sobre todo) en un reconocimiento del carácter sagrado de ésta, aunque este carácter le sea negado en principio por la religión. Aunque polígamos, tanto los árabes como los turcos testimonian siempre hacia la mujer, y sobre todo hacia su madre, un respeto que no

tiene equivalente en el Occidente medieval. A pesar de su posición oficial de dependencia, a la mujer musulmana se confían tareas importantes, como la regencia durante la minoría de edad de su hijo, el gobierno o la defensa de una ciudad durante la ausencia de su marido, exactamente como ocurría en Occidente. La mujer, pues, no estaba considerada como «subyugada», sino que era protegida contra las miradas y los contactos impuros que hubieran corrido el riesgo de mancillarla…

Hemos visto que los musulmanes de Siria se escandalizaban ante la libertad de movimiento de las mujeres francas, y su indignación reposaba en parte sobre un malentendido. Pero el culto del hombre oriental por el austero y casi místico pudor femenino no estaba exento de nobleza. ¿Los cruzados habían sentido y comprendido esta actitud? No hay ningún texto que permita afirmarlo, ya que, siempre que en las crónicas de los historiadores de la Siria franca se habla de mujeres, su actitud a este respecto es exactamente la misma que en Occidente. Pero no hay duda de que algo del concepto oriental de la mujer pasó a sus costumbres. En cualquier caso, el ideal de la amada inasequible, muy típico de los poetas árabes, místicos o no, influyó probablemente, aunque de modo indirecto, en los poetas occidentales.

Durante los primeros años de su establecimiento en Siria, los cruzados, o más bien los que habían escogido quedarse en Tierra Santa y no eran ya los cruzados propiamente dichos, al verse frente a un género de vida nuevo, a otra civilización, a pueblos de raza y religión diferentes de la suya, no manifestaron ni curiosidad ni intolerancia, puesto que se veían demasiado solicitados por la tarea urgente de mantenerse en el país, de atacar o de defenderse. Trataban al indígena poco más o menos como hubiesen tratado al habitante de un país cristiano en las mismas circunstancias. Poco a poco, e incluso bastante deprisa, esta actitud les llevó a una comprensión casi perfecta de los conflictos que disgregaban tanto al mundo musulmán como a las comunidades

cristianas indígenas. Unos años después de su subida al trono, Balduino I era ya, sobre el tablero político de Oriente Próximo, un príncipe oriental bastante parecido a los emires turcos y árabes de Siria, que formaba alianzas, se ganaba tan pronto a un vecino como a otro y sabía explotar las rivalidades mutuas de los Estados vecinos, inclinándose a los usos de la cortesía y de la diplomacia locales como si hubiera nacido en el país. Tancredo y Balduino de Bourg adoptaron la misma actitud, pues era la única posible.

La diferencia de lengua no impedía a los grandes barones feudales de Siria entenderse entre ellos, y en cualquier caso comprenderse, cuando se trataba de sus propios intereses. Permanecía irreductible, sin embargo, el antagonismo religioso: como hemos visto, ni siquiera con la única clase social cuyos intereses y género de vida eran comparables a los suyos —la aristocracia militar musulmana— los latinos podían unirse por lazos matrimoniales, los cuales constituyen la base de alianzas feudales.

Así pues, del lado de los francos hubo una adaptación bastante superficial a las costumbres orientales y unas relaciones relativamente buenas con la población indígena, pero una indiferencia casi total hacia esta misma población. Era una indiferencia de casta. Los nobles musulmanes no se sentían mucho más cerca del pequeño pueblo de Siria que los francos. En esta tierra nueva para ellos, los francos intentaban edificarse su propio Oriente, hecho a imagen de Occidente y reservado a su propio uso, al uso de una comunidad bastante restringida.

Fueron unos extraordinarios constructores de iglesias y de castillos, y aquel frenesí constructor que se había apoderado de la Europa occidental a finales del siglo XI y a principios del XII se encuentra también en la Siria franca en una escala que puede sorprender, si se piensa en la escasa densidad de la población latina en estos países. Los albañiles y los obreros eran naturalmente indígenas —peor pagados aún que en Occidente— y prisioneros

de guerra. Desde 1098 en Al-Bara, cerca de Antioquía, los cruzados vencedores empezaron a edificar una iglesia, que quedó construida en pocos años. Y, sin embargo, las iglesias cristianas —la mayor parte de ellas transformadas en mezquitas— eran muy abundantes en el país; y fueron casi todas devueltas al culto cristiano. Pero los príncipes cruzados estaban poseídos por la ambición de construir nuevas iglesias, de embellecer y agrandar las ya existentes, sin contar las casas, los conventos, los palacios de veraneo y sobre todo las fortalezas.

Siempre en guerra, siempre faltos de dinero, gastaban, a juzgar por el número y magnificencia de los edificios que mandaron construir, sumas enormes. En estas provincias constantemente amenazadas por todos lados por el enemigo —Edesa y Antioquía vieron varias veces a los turcos a los pies de sus murallas, y por tres veces como mínimo Jerusalén fue seriamente amenazada —, en este país extranjero, mantenido por las armas con grandes dificultades, los francos construían como jamás se hubiera podido hacer en Flandes, en Provenza o en Italia; porque lo que su aventura oriental les había proporcionado era sobre todo una voluntad de poderío y un gusto por la fastuosidad y el orgullo de ser los libertadores de Tierra Santa. Una gran parte de estos trabajos, principalmente las fortalezas de las órdenes militares y las fundaciones piadosas, era financiada por medio de donaciones llegadas de Occidente. Sabemos, sin embargo, que los reyes de Jerusalén, en particular la reina Melisenda y luego sus dos hijos, consagraban una gran parte de su presupuesto personal, que por otra parte era insuficiente, al embellecimiento de Jerusalén y de sus alrededores. El gran prestigio de la ciudad santa así lo exigía.

Lo que Jerusalén fue para los francos en aquel tiempo no volvería a serlo para ninguno de sus ocupantes sucesivos.

Población

Hemos ya notado que los francos constituían en el reino sólo una débil minoría. Según los trabajos de historiadores recientes (Waas y Runciman), la clase dominante —la nobleza— franca en Oriente apenas sobrepasó jamás la cifra de cinco mil personas. La inmigración era débil; la mortalidad, elevada; la natalidad, en comparación, más baja que en los países de Occidente en la misma época. El número de colonos de origen burgués o campesino debía de ser mayor, pero no es posible ninguna evaluación precisa; lo mismo ocurre con los «pollinos», criollos procedentes de matrimonios mixtos, pero que hablaban francés y eran considerados como francos. Contando incluso a los italianos, los colonos de origen latino, en los cuatro Estados tomados conjuntamente, debían de ser menos de cincuenta mil. Y el país contaba con cerca de un millón de habitantes. En este reino «franco», incluso la minoría judía (muy reducida después de 1099) era numéricamente mayor que la minoría franca.

Según el texto citado por Reinaldo en la *Historia de los patriarcas de Alejandría*, en la época de la toma de Jerusalén por Saladino, se estimaba que la mayor parte de la población de la ciudad santa estaba compuesta por griegos. Esta afirmación parece exagerada; pero los griegos y los sirios de rito griego eran seguramente lo bastante numerosos para que resulte plausible. Sabemos, por Al-Imad, que en aquel momento se encontraban también en Jerusalén por lo menos varios millares de armenios, la mayoría de ellos refugiados procedentes del condado de Edesa. La base de la población estaba constituida, sin embargo, por sirios de diferentes confesiones cristianas. Los griegos eran muy numerosos en el principado de Antioquía, y los armenios, en Edesa y en Cilicia. Todas estas comunidades vivían unas al lado de las otras, algunas desde hacía varios siglos, mezclándose muy poco y manteniendo sólo las relaciones que la estricta necesidad exigía; los sentimientos recíprocos eran rara vez cordiales, las más de las veces, francamente hostiles. Pero en la mayoría de los

casos las diferentes comunidades se ignoraban y llevaban cada una vida aparte en su pueblo o en su barrio. El fenómeno del gueto, símbolo en nuestra época de persecución racial o de fanatismo religioso, era en la Edad Media casi general y parecía lo más natural del mundo, al igual que ocurre hoy día en las ciudades del África negra, donde las gentes viven sólo entre los de su tribu o de su pueblo.

Los sirios —miembros maronitas, jacobitas, nestorianos, griegos («melquitas»), coptos— tenían sus pueblos, y en las grandes ciudades, sus barrios. Al igual naturalmente que los musulmanes y los judíos; lo mismo que los italianos, y entre ellos los pisanos no tenían reparos en mezclarse con los genoveses. Los francos, que eran los menos particularistas, ya que estaban más dispuestos a las alianzas matrimoniales con los indígenas, tenían asimismo pueblos alrededor de Jerusalén y barrios donde se agrupaban según sus oficios. El clero secular era en su mayoría de origen francés, pero la proporción de italianos era bastante grande. El clero regular era más cosmopolita; pero, como es natural, los religiosos alemanes y escandinavos no se beneficiaban de tantas donaciones como los franceses, y sus conventos eran más pequeños y más pobres.

La población franca no era tampoco enteramente de origen francés, sino que incluía también flamencos y alemanes venidos con las primeras Cruzadas; y, por supuesto, entre los peregrinos que decidían instalarse en Tierra Santa había gentes de todos los países. El francés —algo mezclado con palabras del país, si hay que creer el testimonio de Foucher de Chartres— se había convertido rápidamente en la lengua común de los francos. Era también la lengua oficial hablada por la nobleza y los jefes.

En el condado de Trípoli se hablaba el provenzal; y el condado, a pesar de la presencia de caballeros de otros países que, como Gerardo de Ridefort, venían a prestar sus servicios, siguió siendo provenzal hasta el fin y más consciente que los demás Es-

tados francos de su pertenencia a la lejana madre patria. Hemos visto los temores que la llegada de Alfonso Jourdain, conde de Tolosa, había provocado: si él hubiera querido, habría obtenido fácilmente los sufragios de la población franca local. Raimundo III, al morir sin herederos, no se había resignado de muy buena gana a dejar su condado a Bohemundo IV de Antioquía, y especificó en su testamento que el condado quedaría a disposición de los condes de Tolosa por si querían reclamarlo.

Excepción hecha del condado de Trípoli, los Estados francos de Siria eran, poco tiempo después de su formación, unos Estados netamente «sirios», que habían olvidado su pasado occidental; y sirio se considerará Guillermo de Tiro, el único escritor nativo del reino franco que dejó testimonio duradero de la vida de este reino. Las familias nobles abandonaron pronto sus apellidos —el nombre del castillo de sus antepasados— para tomar el de las posesiones de Tierra Santa. Picardos y champañeses llevarán desde entonces los apellidos de Toron, Ibelin, Gibelet, Marash, Kerek, Sidón, Ramala, etc. Jocelin de Courtenay se convirtió primero en Jocelin de Turbessel y luego en Jocelin de Edesa, y los señores de Saint-Omer encontraron más glorioso llamarse señores de Tiberíades. Estos nobles, que en su mayoría no habían sido grandes señores en su país, no conocían el esnobismo de la antigüedad de su apellido; en cambio, amaban sus nuevas posesiones con la vieja pasión propia de los terratenientes occidentales y bastante poco familiar a los emires turcos.

Los clérigos, en cambio, conservaron sus nombres de origen, los de su ciudad natal: Raúl de Domfront, Aimerí de Limoges, Foucher de Angulema, Bernardo de Valence… No hubo grandes nombres entre los prelados de ultramar; y, si en Occidente la costumbre quería que el hijo menor de una familia noble fuera elevado al rango de obispo, los grandes dignatarios de la Iglesia franca de Siria se reclutaban entre los clérigos de origen humilde. Habremos de insistir más adelante en el papel que desempeñó la

Iglesia franca de Siria. Bástenos aquí recordar con brevedad su situación dentro del reino. La Iglesia, que comprendía oficialmente dos patriarcados entre los más venerables de la cristiandad —el de Antioquía, tan antiguo como el patriarcado romano, y el de Jerusalén—, era rica, sin ninguna proporción con su importancia real para la vida del país; poderosa en la medida en que era la Iglesia de la clase dirigente; dependiente en mucho del poder laico; y gozaba en cambio de una independencia bastante grande respecto de la Santa Sede. En efecto, la influencia de los papas en los asuntos del reino fue siempre muy débil, pues los prelados de ultramar santos varones o aventureros, parecían tener todos en común una cierta repugnancia de someterse a las directivas de un poder lejano y extranjero; los papas, por su parte, testimoniaban una extraña indiferencia respecto de estas provincias eclesiásticas de nombre demasiado glorioso. La protección que el papado concedió a las órdenes militares, enemigas notorias de la Iglesia local, muestra bastante bien que esta Iglesia no era tomada muy en serio en Roma.

Sometidos al poder laico que determinaba la elección de los prelados, los patriarcas y los obispos, aunque entraran a veces en conflicto con la autoridad real, no tenían una influencia política efectiva; el número de sus fieles era tan reducido que debían sus privilegios sólo a la fuerza de las armas y, por consiguiente, a la caballería franca; y eran, entre los cristianos indígenas, mucho más impopulares que los señores laicos. Es decir, el clero franco de Siria, tan numeroso en los grandes centros como el de las ciudades de Occidente, formaba también una especie de sociedad autónoma que se bastaba casi a sí misma. Los patriarcas de Jerusalén y de Antioquía reinaban sobre ciudades cuya población, en su mayor parte, les ignoraba y reconocía la autoridad de otros prelados; y entre los fieles católicos veían que su autoridad era suplantada por las órdenes militares que constituían, en el reino, un poderío bastante considerable. La influencia del clero podía

ser muy grande en los períodos de interregno o de ausencia de poder laico; las más de las veces la Iglesia dependía de la realeza, y ya hemos visto, con motivo de la regencia de Melisenda, hasta qué punto el partido del clero soportaba de mala gana esta dependencia: la reina madre, por incapaz que fuese, gozaba del apoyo total del clero, porque para ella los asuntos de la Iglesia pasaban por encima de los del Estado.

Los francos de condición humilde —«soldados, comerciantes, artesanos y campesino»— formaban, en Jerusalén en particular; una colonia lo bastante potente como para que su opinión y sus intereses fuesen tomados en consideración por el poder; y, en general, lo que los cronistas en su relación de los acontecimientos llaman «el pueblo» designa, ante todo, esta minoría franca, la única que participó activamente en la vida pública, por lo menos por su necesidad de manifestar su alegría o su descontento. Los cristianos jacobitas y armenios y los colonos italianos participaban también de este espíritu de ciudadanía en ciertas ocasiones, pero en menor grado. Los griegos, los judíos y los musulmanes seguían siendo un elemento irreductiblemente extranjero, aunque, de los tres, los musulmanes eran los menos hostiles a los francos.

Lo que recibe el nombre de «Siria franca» era en definitiva un país gobernado por una nobleza franca, clase que poseía a la vez las tierras, el gobierno de las ciudades, la justicia, las finanzas y, sobre todo, el poder militar.

Organización

A la cabeza de esta nobleza, se encontraba el rey y, en los grandes feudos, el conde o el príncipe. Como en Occidente, el rey poseía un dominio bastante reducido (en el reino el dominio real comprendía Jerusalén, Acre, Turo y Jaffa, y más tarde Ascalón y las tierras inmediatas vecinas a estas ciudades); el resto del país estaba enfeudado a los grandes vasallos, quienes a su vez te-

nían otros vasallos. Lo mismo ocurría en Antioquía, Trípoli y Edesa. Al igual que en Occidente, pequeños y grandes feudatarios extraían, en principio, su riqueza de la tierra que les había sido confiada. En realidad, las tierras no daban lo suficiente: si el litoral, el valle del Jordán, los alrededores de Antioquía y la región que circundaba Edesa eran provincias fértiles, el macizo de Judea, el Líbano y las regiones montañosas de Cilicia eran bastante pobres. El episodio que hemos citado en el capítulo VI, en el que vemos a Balduino de Bourg expropiar a su primo Jocelin, que había llegado a ser demasiado rico gracias a los beneficios de su tierra, muestra que en Oriente los feudales francos contaban, como en Occidente, más con el trigo, la viña y el ganado que con el botín de guerra para llenar sus cofres. Los beneficios de la tierra eran a menudo insuficientes. Los príncipes y los grandes feudatarios añadían a ello impuestos de orígenes muy diversos: derechos de peaje y de aduana, derechos sobre los contratos de compra y venta, Impuestos sobre la peregrinación. El rey tenía el derecho de exigir una contribución especial para las necesidades de la guerra, en caso de amenaza grave para la seguridad del país. Los campesinos estaban obligados a pagar un impuesto de capitación, además de los productos de la tierra que debían proporcionar al señor (en general, la mitad de la cosecha).

Todo esto no constituía una gran fuente de riqueza. Sabemos que las arcas de los reyes de Jerusalén estaban siempre vacías y que los jefes de Estado estaban continuamente acosados por las deudas. Bien es verdad que vivían con lujo y que construían mucho. Pero, en lo que al dinero se refiere, el rey, primer ciudadano del reino, era considerado como un simple particular, y hemos visto que Amalarico I no rehusaba, cuando arbitraba pleitos, los regalos que las partes interesadas le ofrecían… Los jefes de las comunidades indígenas daban a los príncipes francos regalos para obtener su favor en las contiendas que les oponían a una comunidad rival. Es decir, que los francos, una vez instalados en el

país, no manifestaron ninguna intención de despojar a sus súbditos por la violencia.

El poder real era bastante limitado: el rey mandaba el ejército, presidía los consejos de los barones y los tribunales de justicia, nombraba a los altos funcionarios, no podía tomar ninguna decisión importante por su cuenta y en la justicia su voluntad permanecía subordinada a la del tribunal. El gobierno del país corría en principio a cargo de la Alta Corte (*Haute Cour*), compuesta por grandes barones, dignatarios eclesiásticos, representantes de las comunas extranjeras y jefes de las órdenes militares; en general prevalecían las decisiones de los militares: los caballeros, laicos o monjes, estaban en mayoría dentro de la corte. La sociedad feudal había ignorado siempre la noción de monarquía absoluta, y los caballeros de Occidente consideraban bárbaro el sistema gubernamental griego, en el que, por lo menos en teoría, la voluntad del *basileus* podía tener fuerza de ley. Veían en una tal concepción del gobierno un síntoma de la debilidad de los griegos, una inexplicable renuncia de su dignidad de hombres libres. Es por eso que, como les reprocha amargamente Ana Comneno, a los barones latinos les gustaba tanto discutir. Según ellos, una decisión sólo podía ser tomada después de que cada gran señor hubiera expuesto su punto de vista, el cual entendía así usar de su derecho —o poder— de consejo. En el reino de Jerusalén, más que en los reinos occidentales, la Alta Corte guardaba celosamente sus privilegios, y se ha podido decir que fue el reino más republicano, o por lo menos parlamentario, de la Edad Media. El rey era obedecido sólo cuando su personalidad, su inteligencia y su fuerza de persuasión eran lo suficientemente fuertes como para ganarse la adhesión de la Corte a sus proyectos.

El rey, primer administrador de los bienes del Estado, podía distribuir feudos —tomados de su dominio personal— y, otro aspecto del mismo derecho, casar a su antojo a las herederas de los feudos que habían quedado sin sucesión masculina; podía al

mismo tiempo impedir a sus vasallos que vendieran sus dominios, si la venta que proyectaban le parecía perjudicial a los intereses del Estado. En cuanto a las funciones de juez supremo, o de presidente del tribunal de justicia, las prerrogativas del rey se extendían sólo a la nobleza franca, ya que el derecho feudal prescribía que todo hombre debía ser juzgado por sus iguales. La alta justicia (para los crímenes susceptibles de pena de muerte) correspondía sin embargo, en última instancia, a la justicia de los funcionarios reales.

La sociedad feudal, que comprendía al rey y a los grandes y pequeños vasallos, vivía como en Occidente su propia vida, bastante aislada de la del resto de la población; y sus relaciones con el «pueblo» no diferían en lo esencial de las de la nobleza occidental, para la cual el burgués y el campesino eran casi tan extranjeros como podían serlo para el barón franco los armenios o los sirios.

Relaciones con los indígenas

Y en cambio, en lo que a relaciones personales respecta, obligados por su situación especial, los señores feudales latinos se veían obligados a tener contactos frecuentes con el medio indígena. No era sin motivo que se les reprochaba que fueran «arabizados», incluso «medio musulmanes». A causa de la lengua predominante, ya que el árabe había sido desde hacía varios siglos la lengua administrativa del país, los francos habían de estar siempre rodeados de escribas, de intérpretes, de secretarios indígenas, sirios o musulmanes. Los sirvientes eran siempre indígenas; una gran parte de los cargos administrativos estaba en manos de los indígenas, a veces musulmanes; la mayor parte de los francos poseía rudimentos de árabe o de armenio, y según las regiones algunos hablaban con naturalidad ambas lenguas; hacia finales de siglo es corriente ver que grandes señores se convierten en arabizantes letrados, como Onfroi de Toron, el esposo de Isabel, o Reinaldo de Sidón. Estos casos son, no obstante, excepciones: la

curiosidad por las letras árabes o sirias era bastante rara entre los nobles, ya de por sí poco curiosos por la literatura francesa o latina. A los clérigos, las más de las veces les bastaba con el latín. Sabemos que Guillermo de Tiro hablaba no sólo el francés y el italiano, sino también el griego y un poco de árabe y de hebreo; pero también él era una *excepción*. Los clérigos, llamados por sus funciones de secretarios a contactos con colegas indígenas, conocían a menudo una de las dos lenguas del país. Había además muchas lenguas y dialectos; si el árabe había sustituido desde hacía mucho tiempo al griego como lengua administrativa, los francos, por su parte, no tuvieron ni tiempo ni, sin duda, deseos de imponer al país su propia lengua; y las actas oficiales redactadas en latín y a veces en francés concernían sólo a la colonia franca.

Así pues, esta colonia, gobernada según un sistema feudal parecido a los de Occidente, era un Estado dentro del Estado; el rey, sus altos funcionarios y sus vasallos se ocupaban de la defensa del territorio y de la percepción de los impuestos; para los demás asuntos, las diferentes comunidades locales gozaban de una autonomía casi completa. Los judíos y musulmanes no tenían derecho a llevar armas, excepción hecha de los mercenarios «turcoples», las más de las veces convertidos al cristianismo. En cambio, los sirios y sobre todo los armenios constituían una buena parte de las guarniciones de los castillos y de la infantería; salvo en el condado de Edesa, no ocupaban en el ejército más que cargos subalternos. Es frecuente que los cronistas latinos acusen a los sirios de falta de valentía en el combate y a los armenios de falta de organización; pero en realidad los contingentes indígenas, peor armados que los francos, fueron tropas de segundo orden porque éstos no se fiaban de ellos y no les dejaban la defensa de los castillos.

Para los cristianos del país, los francos eran unos protectores eficaces por poco deseosos que estuviesen de escapar del yugo

musulmán. Pero hemos visto que muchos de ellos preferían a los turcos. Los sirios, indígenas eternamente oprimidos, no tenían verdaderas razones para preferir a unos u otros; los que eran de rito griego preferían claramente a los turcos; los «herejes» de las diferentes confesiones eran favorables a los francos, en la medida en que estos últimos eran adversarios de los griegos. Tanto unos como otros se acomodaban bien a la dominación musulmana, porque los musulmanes no se mezclaban en su vida religiosa, y era en el terreno religioso donde había que buscar el origen de la rivalidad entre sirios y latinos. Si los gobiernos laicos de los francos tenían la buena voluntad de comprender y de mostrarse tolerantes, no ocurría lo mismo, en cambio, con las autoridades eclesiásticas, ni tampoco con el hombre del ejército o del pueblo. Los cristianos indígenas sentían como una ofensa la preferencia que se concedía al rito latino, el acaparamiento de sus iglesias por el clero católico, la actitud a menudo altiva de los prelados francos. No obstante, después de los primeros años —años de conquista brutal en que las tropas cruzadas cometieron muchos excesos—, la población de Siria y de Palestina no tuvo otros motivos de queja de los francos que las luchas de tipo religioso, que los jefes de Estado arbitraban a menudo en provecho de los indígenas. Y los prelados latinos estaban lejos de ser siempre intolerantes; se les vio mantener las más cordiales relaciones con los jefes de la Iglesia maronita y los patriarcas armenios. Los sirios jacobitas eran monofisitas; y parece que el clero latino de Oriente no se interesaba suficientemente por la teología como para intentar luchar contra la herejía de los jacobitas.

«Aunque los francos —advierte el jacobita Miguel el Sirio— estuviesen de acuerdo con los griegos sobre la dualidad de la naturaleza de Cristo, estaban en cambio bastante alejados de ellos en sus costumbres. No suscitaban nunca discusiones a propósito de la fe, ni para llegar a una sola fórmula entre todos los pueblos y todas las lenguas de los cristianos» (*Op. cit.*, III, 2, p. 228). En

1140, el *katholikos* armenio Gregorio III Bahlavouni asistió al concilio latino de Jerusalén; deseoso de trabajar por la obra de reunificación de las Iglesias, prometió incluso a los prelados latinos revisar algunos puntos de doctrina en que las dos Iglesias discrepaban. En 1152 la curación milagrosa de un niño franco fue atribuida a san Barsuma, santo de la Iglesia siria jacobita; Reinaldo de Châtillon y Constancia, que reinaban entonces en Antioquia, hicieron construir una iglesia en honor de este santo y la inauguraron con gran pompa en medio del fervoroso regocijo de francos, sirios y armenios. En 1180 los cristianos maronitas decidieron unirse a la Iglesia de Roma, gracias a la mediación del patriarca de Antioquía Aimerí de Limoges; a partir de esta fecha los maronitas fueron autorizados a frecuentar las iglesias latinas y a celebrar sus oficios con los ornamentos del clero latino.

Veremos más tarde que la actitud de este último, a menudo demasiado ocupado en enriquecerse a expensas de las otras comunidades cristianas, comprometió aquellos intentos de acercamiento en que los francos eran los primeros interesados. Lo que sí es cierto es que los francos manifestaron en general una tolerancia hacia las poblaciones que gobernaban hasta entonces desconocida en las sociedades cristianas de la época.

No teniendo ni el tiempo ni los medios suficientes para reorganizar el país a su manera, guerreros más que legisladores y hombres de acción más que teorizantes, los barones francos dejaron a los indígenas sus antiguas formas de gobierno, postulando que cada comunidad había de ser gobernada por sus propias leyes, obedecer a sus propios jefes —en todo aquello que no concernía directamente a las operaciones militares— y ser juzgada por sus propios jueces. La tolerancia, bastante grande en el terreno religioso, era pues total en los demás terrenos. En caso de proceso entre miembros de comunidades diferentes, los tribunales reales servían de árbitros, y las partes litigantes se veían obligadas a prestar juramento sobre el libro santo de sus religiones

respectivas: los cristianos sobre el Evangelio, los judíos sobre la Biblia y los musulmanes sobre el Corán; los cronistas musulmanes dan testimonio de la imparcialidad de estos tribunales; y, en efecto, los francos se habían adaptado con bastante rapidez a las costumbres del país para no establecer diferencias, en materia civil, entre un cristiano y un «infiel».

Dada su debilidad numérica, se veían obligados a llevarse bien con los indígenas; y lo hacían, a lo que parece, con más tacto que los turcos, que estaban demasiado seguros de su fuerza y de su derecho de musulmanes.

En lo que concierne a los campesinos, la política de los feudales francos estaba inspirada en la costumbre occidental, más suave que la que se practicaba en los países de Oriente. Al imponer a los campesinos un tributo en especies y en dinero comparable al que hubieran exigido en sus tierras de Champaña o de Provenza, hacían, sin saberlo, que las condiciones de vida del campesino sirio fuesen más soportables de lo que habían sido hasta entonces. Ibn Chubair, que visitó la Siria franca en 1184, nos aporta un testimonio elocuente e imparcial: «Abandonamos Tibnin —escribe— el lunes al alba y seguimos un camino que bordeaba sin cesar propiedades vecinas las unas a las otras, todas ellas habitadas por musulmanes que viven en un gran bienestar bajo los francos. Las condiciones que se les impone son la entrega de la mitad de la cosecha en el momento de la recolección y el pago de una capitación de un diñar y cinco *qirats*. Los cristianos no piden nada más, salvo un ligero impuesto sobre los árboles frutales, pero los musulmanes son dueños de sus casas y se administran como quieren. Estas son las condiciones en todo el territorio ocupado por los francos en el litoral de Siria, de todos los *rastaq*, es decir; de las alquerías y pequeñas aldeas habitadas por los musulmanes. La mayoría se ven tentados por el demonio al comparar su situación a la de sus correligionarios que viven en los cantones gobernados por los musulmanes, y que soportan todo lo contra-

rio a la seguridad y el bienestar. Una de las desgracias que afligen a los musulmanes es que bajo su propio gobierno tienen siempre que quejarse de las injusticias de sus jefes, mientras que no tienen más que alabanzas para la conducta de sus enemigos [los francos], de la justicia de los cuales pueden fiarse» (Ibn Chubair, p. 448).

Hay que añadir que las condiciones de los campesinos cristianos eran todavía mejores, ya que pagaban menos impuestos y no estaban sujetos a la dima como los musulmanes. Los francos tenían especial interés en tratar bien a los campesinos; después del gran éxodo de campesinos musulmanes de Judea en 1099, las tierras estaban cultivadas de modo insuficiente; incluso las regiones más fértiles no producían lo indispensable para cubrir las necesidades del país, y los francos necesitaban tanto colonos para sus campos como soldados. Pero su política descansaba sobre todo en el concepto del derecho feudal, ya que, si hubiesen exigido las tres cuartas partes de las cosechas, sus súbditos hubieran encontrado natural tenérselas que entregar; los campesinos estaban, bajo los príncipes musulmanes, a merced de la voluntad de los recolectores gubernamentales, los cuales tomaban lo que querían tomar; sin fijar límite legal a sus exigencias. Hay que anotar que, si un musulmán español observa ya que los campesinos sirios estaban «tentados por el demonio», los príncipes musulmanes de Siria podían encontrar inadmisibles las condiciones que los francos imponían a los campesinos. (Consideraciones del mismo orden caben hoy día en la actitud de los gobiernos de ciertos países árabes hacia el Estado de Israel).

Al enfrentarse con la coexistencia de dos religiones rivales, los francos habían admitido, con bastante rapidez, el derecho de los musulmanes a practicar su culto, incluso en territorio cristiano. Ibn Chubair nos cita el caso de iglesias en que había un rincón reservado a las oraciones de los musulmanes, concretamente en Acre, en la antigua mezquita convertida en iglesia, cerca de la

tumba del profeta musulmán Salih. En la misma ciudad, otro edificio era una mezquita donde los cristianos se habían reservado una capilla; «de esta manera el musulmán y el infiel se reúnen en esta mezquita y cada uno hace en ella su oración volviéndose hacia el lugar de su fe» (pp. 450-451).

Hemos visto ya cómo Usama, mientras se hallaba rezando en una iglesia de Jerusalén con la cara vuelta hacia La Meca, fue interrumpido dos veces en sus devociones por un peregrino que acababa de desembarcar de Occidente y que le obligaba a volverse hacia Oriente, diciéndole: «¡Mira cómo se reza!». Por dos veces los templarios que se hallaban presentes en aquella iglesia intentaron calmar al intolerante personaje y acabaron por echarle fuera, y luego se excusaron con el huésped musulmán y le instaron a que continuara su oración; a lo cual Usama contestó con un mal humor que no supo disimular, que ya había «rezado bastante por hoy» (Aut., p. 359). Si el emir munquidí se escandalizó con razón de la falta de educación del peregrino franco, se vio forzado a reconocer que para los francos de ultramar el espectáculo de un infiel que profanaba con sus oraciones una iglesia cristiana era un escándalo infinitamente mayor. («Salí sorprendido de ver cómo aquel diablo tenía la cara descompuesta, cómo temblaba, y qué impresión debía de haber sentido al ver a alguien que rezaba en dirección a la Qibah»). La conducta de los templarios, que Usama encuentra natural, pudo parecer tan extraña a los occidentales que más tarde la orden será acusada de inteligencia secreta con el islam; podemos imaginar fácilmente lo que pudo pensar el peregrino en cuestión. Pero los caballeros del Temple actuaban como huéspedes corteses y como guardianes del orden público. Desde la primera mitad del siglo XII existía entre francos de Siria y peregrinos de Occidente un abismo de incomprensión mutua, tanto más profundo cuanto que los primeros no eran capaces de explicar a los segundos las verdaderas causas de esta incomprensión.

Un aprendizaje de tolerancia

«Aquellos francos —dirá Usama— que se han establecido entre nosotros y que han frecuentado la sociedad de los musulmanes son muy superiores a los que han venido más recientemente a vivir con nosotros». (Aut., p. 465). El escritor árabe se equivoca al atribuir esta «superioridad» a la influencia musulmana; debería hablar más bien de influencia armenio-siria, ya que los cristianos indígenas fueron quienes mostraron a los francos la tolerancia religiosa respecto del islam: en Oriente, varios siglos de vida unos al lado de otros, de contactos cotidianos exigidos por las necesidades administrativas o comerciales, habían acostumbrado a cristianos y musulmanes a estimarse mutuamente e incluso a comprenderse. Los mismos griegos, que si bien eran intolerantes frente a los cristianos disidentes, manifestaban frente a la fe coránica un respeto hecho a la vez de cortesía y de indiferencia, y los *basilei*, que exigían de sus dignatarios armenios la conversión a la ortodoxia griega, no imponían el bautismo a sus jefes de mercenarios musulmanes. Mantenían relaciones diplomáticas con los príncipes musulmanes y los trataban con los mismos miramientos que si hubieran sido príncipes cristianos; y, cuando Ana Comneno se muestra hostil a los turcos, denuncia con indignación sus malas costumbres o su crueldad, pero no se le ocurre jamás en reprocharles su «falta de fe».

Pero los cristianos de Oriente, tanto griegos como armenios o jacobitas, estaban más alejados que los francos de todo tipo de indiferencia religiosa. Más versados que los cristianos de Occidente en las cuestiones de dogma y de especulación teológica, ligados de manera apasionada a sus tradiciones y a su rito, eran, en sus luchas recíprocas, capaces de un fanatismo incomprensible a los ojos de los francos; y, sin embargo, el islamismo era para estos últimos una religión auténtica, errónea naturalmente, pero respetable por sí misma, una religión que tenía sus santos, sus sabios, sus filósofos, con la que se podían mantener relaciones fra-

ternales. Desde hacía varios siglos, los cristianos de Persia, de Mesopotamia y de Egipto habían aprendido a honrar en los califas a los señores legítimos impuestos por la voluntad de Dios y, dada la tolerancia real de los musulmanes con respecto de los cristianos, éstos no se quejaban de la dominación del islam: sólo los hombres ambiciosos o belicosos podían sentirse molestos frente a un gobierno que reservaba los primeros lugares en la organización del Estado y en el ejército a los musulmanes; excepto para esto, el cristiano y el judío eran ciudadanos como los otros, e incluso el impuesto que pagaban al Estado no era en realidad un motivo de humillación: se había introducido tan íntimamente en sus costumbres y las comunidades no musulmanas eran tan importantes que las gentes no pensaban en quejarse de una medida fiscal que era común a todos ellos. Los que se convertían al islam, sinceramente o en apariencia, eran mal vistos, como lo son hoy día los que en un Estado totalitario se afilian a un partido político dominante; pero se comprendía desde hacía mucho tiempo que esta religión no cristiana era una gran religión.

Los francos, apenas instalados en Siria, se encontraron primeramente en contacto con estos cristianos que estuvieron tentados de considerar como medio paganos; no obstante, muchas veces la actitud de los indígenas les demostró que se trataba de hermanos en la fe: en Antioquía, en Galilea, en Jerusalén, en todas las ciudades reconquistadas a los musulmanes, los clérigos y los prelados indígenas salían a su encuentro con las cruces en alto, con procesiones y cánticos de alegría, y los llevaban a iglesias donde el culto cristiano se había mantenido desde los primeros siglos del cristianismo. Los que no fueron despreciados por la barbarie de los cruzados se convirtieron en valiosos aliados, en guías para los primeros contactos con el país. Hemos visto el papel que los armenios desempeñaron en el norte de Siria. Los sirios jacobitas, que poseían un clero bien organizado, pero no una élite militar o burguesa, tenían la ventaja de hablar árabe, y su odio hacia sus

compatriotas ortodoxos hizo de ellos los auxiliares de los francos, por lo menos en la provincia de Jerusalén, donde los «melquitas» eran numerosos. Cuando Foucher de Chames habla del gran número de matrimonios de francos con mujeres indígenas, alude sobre todo a las sirias en el sur, y a las armenias en las provincias del norte. El hombre que «vivía rodeado de parientes políticos indígenas» adquiría fácilmente la manera de pensar de dichos parientes.

Cualesquiera que fuesen el orgullo natural de los francos y el sentimiento de superioridad del soldado vencedor, los cruzados, un puñado de hombres en medio de una población indígena rica en tradiciones, adoptaron bastante deprisa esta mentalidad «oriental» que sus compatriotas de Occidente habían de reprocharles. Descubrir que los musulmanes —los infieles— son hombres como los otros quizá no sea muy difícil: basta con un poco de sentido común, y los francos de Siria lo poseían en gran medida; pero no por ello dejaba de ser un descubrimiento capital, que, en aquella época, no fue apreciado en lo más mínimo y que más tarde Occidente había de olvidar.

Era difícil, en un tiempo en que la fe era el primer criterio para juzgar a los hombres, hablar simplemente de fraternidad humana, aunque ésta, en Oriente, existiera realmente, pero de manera implícita. La religión continuaba siendo una barrera prácticamente infranqueable; y a causa de este punto se rompió finalmente la primera tentativa de fraternización entre el islam y el Occidente cristiano. La aventura había comenzado con la guerra y la violencia. Y la Siria franca, por orientalizada que estuviera, se hallaba condenada a vivir en una perpetua atmósfera de guerra de religión, aunque no sintiera ni el deseo ni la necesidad de ello.

Al llegar a Siria, los francos sabían muy pocas cosas sobre el islam y, salvo algunas excepciones, no aprendieron gran cosa durante la breve existencia de su reino; los contactos permanecían superficiales. Los guerreros francos, cuando no combatían, e in-

cluso cuando lo hacían, estaban demasiado preocupados por cumplir con las obligaciones que les imponía su propia religión como para mostrar curiosidad por la religión del vecino de enfrente. Los cronistas latinos del siglo XII —y el más eminente y el más perspicaz de ellos, Guillermo de Tiro— son todos ellos hombres de iglesia, intransigentes en el capítulo de la fe. Guillermo de Tiro expone la historia de las divergencias en el seno del islam, mostrando una marcada preferencia por el chiismo, y nos dice que Ali, yerno de Mahoma, fue «el mejor caballero, dotado de mayor animosidad y valentía que los otros califas [...]», y que la Shiia «no está tan lejos de la verdadera fe cristiana» como la Sunna. Pero allí donde se discute el mayor o menor alejamiento de la fe cristiana hay posibilidad de diálogo, porque los cristianos de Oriente, y los francos después de ellos, consideraban a los musulmanes como hermanos desencaminados, que adoraban al mismo Dios, al Dios Padre; habían caído en lamentables errores por culpa de Mahoma, pero eran sinceramente piadosos y deseaban obtener su salvación.

En Tierra Santa muchos santuarios, principalmente los que conmemoraban a los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento, eran igualmente venerados por los musulmanes y los cristianos, así como por los judíos. Allí había realmente fraternidad en la fe y comprensión mutua. Y, cuando se descubrieron reliquias de patriarcas, francos, sirios y musulmanes participaron con el mismo fervor en las excavaciones, unidos en una misma alegría. En Siria, las dos religiones adversas tenían contactos directos con un patrimonio religioso común, y los cristianos de Occidente descubrían que los musulmanes veneraban no sólo a santos del Antiguo Testamento, sino incluso a la Virgen, a san Juan Bautista e incluso a Jesús, al cual la devoción popular musulmana atribuía más milagros de los que admiten los libros canónicos cristianos. Los musulmanes realizaban peregrinaciones a los diferentes santuarios de la Virgen. Y, si los cristianos podían

admirarse e indignarse del hecho de que después de la revelación cristiana unos hombres hubieran sido inducidos al error por Mahoma, podían también comprobar que los preceptos de Mahoma incitaban a sus fieles a la caridad, al ascetismo, al cumplimiento de la palabra dada; en resumen, a toda clase de virtudes loables y asimilables a las cristianas. La «infidelidad» sólo podía ser odiada de lejos.

Parece que por parte de los musulmanes —por lo menos de aquellos cuyo testimonio ha llegado hasta nosotros— la incomprensión frente a los cristianos fue mayor que la dé los francos frente al islam. Si los cristianos consideraban a los musulmanes como unos disidentes alejados de la verdadera fe por un falso profeta, los musulmanes miraban a los cristianos —y sobre todo a los francos, los más bárbaros de entre éstos— como a unos atrasados o, peor aún, unos auténticos paganos, capaces de creer que hay tres dioses y de divinizar a un hombre: es decir, que estaban todavía peor situados para comprender al cristianismo que los cristianos para comprender al islam.

Capítulo 11

Siria franca, provincia de Oriente

El mundo musulmán

En los siglos XI y XII, el islam ya no era una religión joven. De su pasado glorioso como religión conquistadora de una gran parte del mundo entonces conocido conservaba un plácido orgullo, un sentimiento de superioridad absoluta en todos los dominios (y, en esto, sólo Bizancio le hacía todavía sombra), de derecho imprescriptible a dominar sobre los demás pueblos. En cinco siglos de historia, la religión de Mahoma había tenido tiempo de conocer cismas, herejías, graves disensiones internas; de ver desarrollarse en su seno escuelas místicas y filosóficas que iban desde el más puro e interior de los sentimientos religiosos al más guerrero de los fanatismos, desde la más alta exaltación a un escepticismo panteísta lindante con el ateísmo.

La civilización islámica contaba con la aportación de varias religiones que el islam había asimilado al convertir a pueblos de todas las razas y de todas las culturas: el cristianismo oriental, el zoroastrismo persa, el hinduismo, el judaismo, el totemismo africano y el chamanismo mogol. Todas estas influencias le daban, según las provincias en que dominaba, una gran variedad de aspectos bajo el rígido control de la ley coránica, ya que sólo el Corán eran admitido como una revelación de origen divino y por consiguiente absolutamente indiscutible.

Aquí, la piedad musulmana llegaba más lejos que la cristiana respecto del Evangelio, ya que, si los cristianos creían en la autenticidad de la revelación de los Apóstoles y los profetas, admitían a pesar de todo (y en un grado mínimo) el origen humano de las Sagradas Escrituras, mientras que el Corán había sido directa y literalmente dictado por Dios a su Profeta. Cada versícu-

lo del libro santo era un milagro en sí mismo; era la misma voz de Dios, revelada al Profeta en el momento en que en su oración era presa de éxtasis. Y los musulmanes que reprochaban a los cristianos el crimen dé la idolatría (divinización de un ser humano) eran merecedores del mismo reproche por parte de cristianos y judíos, pues su devoción por la persona del Profeta era ferviente y absoluta.

Desde el primer siglo de existencia del islam, y por un fenómeno análogo al de la formación, en el cristianismo, de una Iglesia depósito de la tradición sagrada y sagrada ella misma al igual que Cristo, la religión musulmana admitió la existencia de una tradición (la Sunna) paralela a la inspiración coránica, que la completaba y la explicaba; y la mayoría de los musulmanes profesaba por la Sunna una devoción que no disminuía en nada la autoridad absoluta del Corán, pero que era considerada como obligatoria para una auténtica práctica de la religión. La Shiia, que sólo admitía como auténtico el Corán, obra del mismo Profeta, podía ser (abstracción hecha de las diferencias entre las dos religiones) comparada con las corrientes de pensamiento cristiano que rechazan la autoridad de la Iglesia para referirse directamente a las Escrituras; el chiismo, que tomaba igualmente diferentes formas según el país donde dominaba, tenía, por regla general, tendencia a un rigorismo moral mayor, unido a una mayor libertad de interpretación del Corán; era muy influyente en Persia y contaba con numerosos adeptos en Bagdad y en Siria; en el siglo X ganó, como hemos visto más arriba, derecho de ciudadanía al crear en El Cairo un califato independiente del de Bagdad —los califas chiitas (fatimíes) pretendían descender; más o menos directamente, de Fátima, la hija del Profeta, esposa de Ali.

Si la Sunna era la religión de la mayoría de los musulmanes (y la conversión de pueblos mogoles del nordeste, de turcos y de turcomanos, había en los siglos X y XI acrecentado todavía más su fuerza), la Shiia le disputaba duramente el terreno en las pro-

vincias del Mediterráneo y en Persia, ya que en el plano intelectual, al igual que en el filosófico, el literario y el teológico, las diferentes corrientes de pensamiento chiitas daban testimonio de una profundidad y de una vitalidad iguales por lo menos a las de la tradición ortodoxa; y el ismaelismo era un verdadero movimiento de renovación religiosa e intelectual, que con demasiada frecuencia se tiende a confundir con la actividad de la secta militante de los Asesinos.

Vasto imperio teóricamente unido por su pertenencia a una misma religión, el islam se había extendido desde el Indo hasta Gibraltar, progresando continuamente, entre los pueblos negros de África por el sur, por el nordeste entre los mogoles y los escitas y hasta China, y, como el grano de mostaza, había partido de una oscura tribu de nómadas para convertirse en el siglo XI en la primera potencia mundial. No era el suyo un poderío político, porque el universo islámico comprendía decenas de Estados, a menudo rivales, a menudo indiferentes los unos hacia los otros; y había, entre los musulmanes de España, del Sudán o de Bengala, más parecido con sus vecinos cristianos o paganos que con sus hermanos de religión del otro extremo del mundo. Pero sí era un poderío moral y cultural, porque el aspecto dominante de una civilización es su religión. Desunido, dividido y heterogéneo, el islam —conjunto de los fieles del Corán— formaba al cabo de cinco siglos de existencia un todo infinitamente complejo, vivo, original, rico en valores humanos y ávido de progreso que, en nuestros días, a falta de un término mejor; llamamos una gran civilización.

Civilización a la vez oriental y mediterránea, en la que las influencias de Zoroastro y de Manes, de Aristóteles y de Platón, del Talmud y de los Padres de la Iglesia habían contaminado subterráneamente la pureza primitiva de la revelación coránica; donde, en los medios populares, al igual que en Occidente, subsistía el más antiguo paganismo, bajo la forma de tradiciones y

supersticiones inarrancables; donde se llevaba a cabo sin cesar una lucha encarnizada, ardiente por parte de los doctores de la fe —más numerosos que en cualquier otra religión— por la purificación constante de ésta y la fidelidad absoluta a las enseñanzas del Profeta. Los musulmanes concebían el islam como un todo, una sola gran nación de fieles (por lo menos en teoría); y es frecuente ver que los historiadores medievales relatan los acontecimientos de las diferentes provincias islámicas —Siria, Asia Menor, Persia, España, África del Norte y Egipto— como si se tratase de la historia de un solo pueblo.

Pueblo dominador, pueblo soberano por pleno derecho, al cual Dios había confiado la misión de conquistar y de regenerar al mundo; ardientemente proselitista, sobre todo cerca de las naciones social y económicamente atrasadas; que ganaba sin cesar terreno y estaba convencido de que seguiría haciéndolo siempre; tan consciente de su superioridad en todos los planos que incluso en países como España o Sicilia, donde la población autóctona era aún en su mayoría cristiana, los musulmanes se sentían los dueños legítimos y consideraban a los príncipes cristianos nativos del país que les hacían la guerra como unos usurpadores. Si no imponían, como lo hizo Carlomagno, su religión a la fuerza, sí se mostraban en general tolerantes y humanos para con los pueblos conquistados, aunque no por ello dejaban de considerar a los no musulmanes como hombres de una especie inferior; que no se merecían que se les prestara demasiada atención.

Era en resumidas cuentas una actitud común a todas las religiones, aunque más marcada aún entre los judíos, que, habiendo perdido desde hacía mucho tiempo la esperanza de dominar por la fuerza, no buscaban ya convertir a sus vecinos (salvo cuando se trataba de pueblos bárbaros o paganos) y se contentaban con esperar un trastorno apocalíptico para asegurar el triunfo de su fe. Por su parte, los cristianos, más «bárbaros» que los musulmanes, o más apasionados, manifestaban su interés por el prójimo inten-

tando salvar almas por todos los medios, a veces por los más brutales. Los musulmanes, que seguían en esto los preceptos de Mahoma, mostraban en general más respeto por sus súbditos y evitaban las conversiones forzosas. Hemos visto que Mahoma prescribió que se hiciera pagar la *qurat* (impuesto) sólo a los infieles y no a los auténticos creyentes, con lo que la tolerancia religiosa era en parte interesada, y admitía el principio de la división de los ciudadanos en señores (los musulmanes) y súbditos (los infieles). Es cierto que los progresos de la religión islámica fueron tales que, en dos siglos, más de la mitad de los infieles sometidos se hicieron musulmanes y ciudadanos con plenos derechos en Arabia, África del Norte, Mesopotamia, Irán e Iraq. En todas partes, no obstante, los no musulmanes seguían siendo lo bastante numerosos como para justificar con su presencia los sentimientos de orgullo del islam, raza escogida hecha para gobernar a los otros pueblos.

Entre Europa occidental y el Oriente musulmán no había comparación posible desde el punto de vista cultural, económico o artístico: al lado de Bagdad, París, Maguncia, Londres o Milán no eran ni siquiera como nuestras ciudades de provincia comparadas con una capital; algo más que poblados africanos o aldeas, donde sólo las iglesias y a veces las residencias principescas atestiguaban la presencia de un centro importante. Bagdad, El Cairo e incluso ciudades menores como Damasco, Alepo, Ispahan, Alejandría, Tiro y Trípoli, Granada y Túnez, Mosul y Hamadan eran ya ciudades de los tiempos modernos cuya decadencia Occidente iba a presenciar sólo en el siglo XVII o incluso en el XIX. Ciudades que contaban con cientos de miles de habitantes (la población de Bagdad en el siglo XVI había alcanzado un millón de almas), que poseían decenas y a veces centenares de mezquitas^ sin contar las iglesias y las sinagogas (recordemos que en Alepo, en tiempos de las Cruzadas, en plena guerra y en el momento de la decadencia económica de esta ciudad, había todavía varias

iglesias cristianas); ciudades en que había escuelas públicas, gratuitas para los niños pequeños, y algunas gratuitas para los estudiantes de las universidades; y en las que también había baños públicos en cada esquina de la calle, sin contar las piscinas privadas.

La mayor parte de las casas eran edificios de varios pisos, con un gran patio interior, y muchas poseían agua corriente gracias a un sistema de canalización y de cloacas, cuyo uso se hallaba extendido ya desde la Antigüedad; las calles estaban generalmente pavimentadas, a veces cubiertas de un tejado al otro con telas destinadas a proteger del sol o de la lluvia; y en los barrios ricos las condiciones de higiene y de confort estaban más cercanas de las de finales de nuestro siglo XIX que de las de la Edad Media o incluso del siglo XVIII en Europa. Hay que reconocer que el lujo de los palacios superaba todo lo que la civilización occidental ha podido imaginar desde entonces en este campo y, en cambio, los barrios pobres eran siniestros tugurios, aunque incluso allí la limpieza era relativamente mayor que en Occidente a causa del uso obligatorio de los baños.

Estas ciudades cosmopolitas, en que las diferentes comunidades vivían en barrios separados, eran naturalmente grandes centros comerciales; las caravanas llegaban a ellas procedentes de todas las provincias de Oriente y Occidente. Centros administrativos que empleaban a millares de funcionarios, centros culturales en cuyas bibliotecas públicas y privadas se conservaban a veces decenas de miles de manuscritos, donde se enfrentaban escuelas filosóficas y literarias de todas las tendencias, donde la mayor parte de la población masculina sabía leer y escribir y donde los hombres se reunían en las plazas públicas y en las esquinas de las calles para comentar el Corán. Ciudades de mucho trajín, en las que todo se vendía, desde libros preciosos y objetos de arte hasta esclavos. Ciudades piadosas con santuarios que albergaban tumbas o reliquias de santos de tres religiones, y sobre todo de gran-

des hombres musulmanes, que contaban con numerosos conventos y escuelas de teología. Ciudades de placer con barrios enteros reservados a acompañantes de ambos sexos, y de todos los precios. Cada una de estas grandes ciudades era un mundo en miniatura.

Incluso las pequeñas ciudades, las fortalezas feudales como Homs o Shaizar, gozaban de una opulencia y un confort que hubiesen ambicionado los reyes de Occidente.

El islam y los cristianos

1. Los cristianos de Oriente

Puede pues comprenderse que, al llegar a Oriente, los occidentales se hubiesen sentido llenos de respeto por una civilización que —por lo menos en el plano material podían advertirlo sin dificultad— era netamente superior a la suya. Los musulmanes, en cambio, consideraban a estos cristianos llegados de lejos como a unos salvajes.

El islam, aun guardando su altiva conciencia de ser el poseedor de la Verdad y el pueblo destinado a reinar sobre todos los demás, admitía la existencia de religiones rivales; en Occidente y en el Próximo y Medio Oriente chocaba sobre todo con otras dos grandes religiones de la Biblia: el judaismo y el cristianismo. Si los judíos eran todavía una fuerza en el plano filosófico y religioso, políticamente ya no eran un peligro para el islam, pues al igual que los cristianos de los países de Oriente, hacía demasiado tiempo que se veían privados de un gobierno como para poder reconstituir un Estado. Los judíos, que formaban una minoría bastante fuerte, duramente perseguida en un principio por el islam, luego tolerada, pero mantenida bajo tutela, se encontraban en Siria en la misma situación que los jacobitas y los coptos: habiéndose visto siempre oprimidos por el gobierno cristiano (griego), preferían la dominación islámica, que era más laxa. El islam no convertía a nadie entre ellos; sus costumbres eran, exte-

riormente, bastante parecidas a las de los musulmanes; pasaban por súbditos leales, y la hostilidad entre ambas religiones no llegaba nunca al conflicto abierto, dada la indiscutible inferioridad numérica de los judíos.

En lo que al cristianismo concierne, el islam se había visto desde sus comienzos enfrentado a una fuerza cristiana políticamente formidable y superior desde el punto de vista cultural: el Imperio de Bizancio. En el siglo IX y luego en el X, Bizancio era todavía lo bastante poderosa como para contener las fuerzas del islam en Asia Menor y en Siria, y durante cuatro siglos Rum (Roma: Constantinopla) fue para los reinos musulmanes el único verdadero peligro, el grande y poderoso adversario ante el cual, a pesar de los extraordinarios progresos alcanzados por el islam, guardaban siempre un inconsciente sentimiento de inferioridad, como una civilización todavía joven ante una civilización vieja, antaño dueña del mundo y todavía poderosa… La cultura de aquellos cristianos rivalizaba con la musulmana en el plano técnico y científico, en el refinamiento de las costumbres y en el plano intelectual; y los musulmanes no olvidaban todo lo que le debían. Por falsa que fuera la religión de aquellos «trinitarios», no podía ser despreciada mientras se mostrase como una fuerza tan considerable. Incluso hacia finales del siglo XII, cuando el imperio, minado por el interior y acosado por todas partes por el exterior, no conservaba ya más que las apariencias de su grandeza pasada, Saladino le temía más que a los príncipes de Occidente. Escribía al califa, hablándole de Manuel Comneno: «El señor de Constantinopla, déspota orgulloso, Goliat de la infidelidad, soberano de un imperio que dura desde hace largos años, jefe de la cristiandad, la cual reconoce en todas partes su supremacía y se inclina bajo su yugo». (*Dos jardines*, II, p. 169).

Bizancio era la gran potencia cristiana; la única en realidad digna de ser comparada con el islam. Había, naturalmente, otros Estados cristianos cuya «maldad» los musulmanes conocían por

experiencia: al norte de Siria, en el Cáucaso, entre el mar Caspio y el mar Negro, los georgianos y los armenios, pueblos de montañeses belicosos, de una vieja cultura cristiana influida por Bizancio, atacaban sin cesar a sus vecinos musulmanes. Si los armenios habían sido neutralizados parcialmente gracias a la política opresiva de Bizancio, que intentando hacerlos vasallos suyos, los había debilitado considerablemente, los georgianos, desde sus montañas casi impenetrables, emprendían de cuando en cuando guerras santas esperando reconquistar toda la región del Taurus. En España, los reyes castellanos y catalano-aragoneses luchaban periódicamente desde hacía varios siglos contra los príncipes musulmanes del país, porque aquellos cristianos latinos, por islamizada que estuviese la península, no se resignaban a la dominación musulmana y llamaban en su ayuda a los cristianos del norte y de Italia. Finalmente, los peores de todos, los cristianos últimos en evangelizarse —los normandos— se habían lanzado en los siglos X y XI a la conquista del Mediterráneo, que hasta entonces se habían repartido griegos y árabes, y se habían apoderado de Sicilia y del sur de Italia y hacían a los árabes una guerra sin cuartel; la aparición de estos terribles marinos guerreros hizo que en el siglo XI se inclinase a favor de Occidente el equilibrio de fuerzas establecido hasta entonces en el Mediterráneo. En aquel momento el despertar del islamismo magrebí se convertía en un peligro tan grande para las rutas marítimas y las provincias costeras de los países mediterráneos que los normandos aparecieron como unos salvadores; el Papa les concedió su protección y, gracias a su escuadra de guerra, fundaron, en detrimento de árabes y bizantinos, temibles reinos, e incluso el mismo Saladino consideraba al rey de Sicilia como al más temible de los príncipes cristianos después del emperador de Bizancio. Cuando los primeros cruzados llegaron a Siria, los musulmanes los tomaron primeramente por mercenarios griegos, luego por una nueva variedad de normandos y, según Ibn al-Athir, fue el normando

Roger de Sicilia quien les dirigió hacia Oriente para disuadirles de un proyecto de conquista del norte de África, que él deseaba para sí mismo.

2. Los francos

Estos recién llegados, bárbaros que no se parecían ni a los cristianos ni a los musulmanes, causaron primeramente en el islam el efecto de una horda de guerreros nómadas, una especie de hunos, ávidos sólo de matanzas y de pillajes. El islam estaba en aquel momento abatido por las recientes conquistas turcas, y más abatido aún de lo que los historiadores, que escribían en una época muy posterior, dan a entender. Aunque campeones del islam y restauradores del «orden», los turcos eran también unos bárbaros, unos extranjeros, usurpadores, tolerados a disgusto; por débil que fuera en aquella época el sentimiento puramente nacional comparado con el religioso, la dominación turca era sentida en Oriente Próximo como una desgracia, tanto más cuanto que las guerras y las razias incesantes de los ejércitos turcos y turcomanos arruinaban los campos y empobrecían las ciudades.

El efímero, aunque formidable Imperio selchuquí pudo ser, para los musulmanes, una causa de legítimo orgullo, en la medida en que destruía el poder de Bizancio y aplastaba los pequeños reinos cristianos de Cicilia y el Cáucaso; pero no era tarea fácil para los árabes, antaño dueños de la mitad del mundo, pasar bajo la tutela de descendientes de mercenarios paganos. Ibn al-Athir invoca como una de las causas de las Cruzadas las intrigas de los fatimíes de Egipto, quienes, por miedo a los selchuquíes, habrían llamado en su ayuda a los francos de Occidente. La actitud de señores palestinos como el cadí de Trípoli o el emir de Shaizar respecto de los cruzados en 1099 y en 1100 muestra que estos príncipes árabes (incluso en 1100, ¡después del saco de Jerusalén!) eran todavía más hostiles a los turcos que a los conquistadores latinos.

Al principio, aunque los francos fuesen notoria y agresivamente cristianos, los musulmanes de Siria no entendieron la Cruzada como una guerra provocada por motivos de orden religioso; consideraban a los cruzados, del mismo modo que los normandos, como a unos cristianos algo fanáticos y enemigos declarados del primer poderío de la cristiandad: el Imperio griego. En 1098, cuando el visir de El Cairo, Al-Afdal, proponía a los jefes cruzados un repartimiento de Siria, dejándoles el norte y conservando para él el sur con Jerusalén, parecía ignorar que el objeto de toda la expedición era precisamente la toma de la ciudad; pero, cuando Jerusalén y, durante los años que siguieron, la mayor parte de las ciudades del litoral y del interior cayeron en manos de los cruzados, los musulmanes pudieron constatar que se trataba de una reconquista cristiana, consciente y organizada. Y que los francos habían venido al país con el deseo de una *jihad* o guerra santa, y seguían recibiendo sin cesar de sus países refuerzos de peregrinos que creían trabajar por la salvación de su alma luchando por Jerusalén.

Los historiadores musulmanes se muestran, sin embargo, extraordinariamente discretos sobre este punto: los francos no les inspiran la menor curiosidad; están allí, combaten, oprimen a los musulmanes, vencen gracias a su valentía casi legendaria o son vencidos, gracias a Dios y al heroísmo de los musulmanes. Apenas nos damos cuenta de que se trata de seres humanos. Los cronistas que tratan acontecimientos más tardíos (segunda mitad del siglo) muestran más interés por estos «malditos», a los cuales se prometen, naturalmente, las penas del infierno. Algunos, como Onfroi II de Toron, son francamente admirados por sus virtudes caballerescas; el rey Amalarico (Murri) goza de una simpatía inconfesada que asoma por entre las maldiciones obligatorias, ya que este rey de Jerusalén no sólo había sabido ganarse la estima de los musulmanes, sino que les había casi hecho admitir la legitimidad de su dominación en Siria. Las crónicas, que citan abun-

dantes documentos contemporáneos relativos a los acontecimientos, muestran que en los treinta últimos años de su existencia, por lo menos, el reino franco formaba ya, a los ojos de sus vecinos, parte integrante de Siria. Y fue en aquel momento, cuando el espíritu de contracruzada no cesaba de progresar, cuando se estableció, paralelamente, y quizás en los mismos medios, un espíritu, si no de fraternidad, por lo menos de comprensión hacia los francos, un inconsciente reconocimiento de su dignidad humana, reconocimiento que no se formula nunca o casi nunca, que se muestra apenas, pero que aparece bajo la pluma de algunos musulmanes como un caso excepcional.

3. El islam y los francos: Usama

De todos los musulmanes que tuvieron en el siglo XII contactos más o menos frecuentes con los francos, uno sólo ha dejado unas *Memorias*, donde ha tratado, entre otros temas, uno muy poco digno de atención para los verdaderos creyentes. No sabremos nunca lo que pudieron ser estos contactos —frecuentes sin embargo y a veces amistosos, a juzgar por los historiadores latinos— si no es por la autobiografía de Usama ibn-Munqid, procedente de la noble familia de los emires de Shaizar, culto, guerrero, diplomático y hombre de espíritu aventurero. Usama se hace sin duda eco de los sentimientos de su medio, aunque no es del todo cierto; es un espíritu original, rebelde, y en cualquier caso más preocupado por exponer sus propias opiniones que por conformarse a las de todo el mundo.

Usama, como es natural, sentía poca simpatía hacia los francos. Hijo del emir de Shaizar cuyas posesiones sufrían constantemente las agresiones de los francos de Antioquía, combatió personalmente, siendo joven aún, en los ejércitos de Il-Ghazi y de Tughtekin, en 1119, durante la batalla del Ager Sanguinis. Vio, diecinueve años más tarde, cómo el poderoso ejército francobizantino sitiaba su ciudad natal (y pudo constatar que los griegos atacaban Shaizar más ensañadamente que los francos). Era un

hombre muy unido a su tierra y a su familia, pero ambicioso; al igual que los hijos segundones de las grandes casas feudales que se ponían al servicio de los soberanos vecinos, servía en la corte del *atabeg* de Damasco, y fue, en tiempos del visir Unur, amigo de los francos (visitó varias veces el reino de Jerusalén, una de ellas en compañía del mismo Unur). Ejercía como embajador y era por ello tratado con grandes miramientos; parece que habló con bastante libertad con los francos (algunos de ellos, como los templarios, debían de hacerse entender en árabe, aunque el uso de intérpretes estaba tan extendido que las conversaciones entre personas que no hablaban la misma lengua no presentaba ninguna dificultad).

Las relaciones entre francos y damascenos eran en aquel momento muy cordiales; Fulco de Anjou (Fulk ibn-Fulk) pretendía basar su política en una alianza defensiva con Damasco contra Zenghi; y Unur (Muir al-Din Unur, antiguo mameluco de Tughtekin) gobernaba el reino de Damasco en nombre del nieto de su señor; era un anciano enérgico, celoso de la independencia de su país, tanto más hostil a Zenghi cuanto que este último se había ya señalado en Baalbek (ciudad damascena) por sus crueldades incalificables, pues había hecho despellejar vivo al gobernador, lugarteniente de Unur, y crucificar a toda la guarnición, y ello después de haberles prometido perdonarles la vida «por el Corán y el divorcio de sus mujeres». Al lado de Zenghi, el rey franco Fulk ibn-Fulk parecía un modelo de lealtad y de humanidad.

Unur, cuya prudencia y valentía alaban los cronistas musulmanes (Ibn al-Athir y Kamal al-Din), no encontraba en modo alguno indigno de él mantener relaciones amistosas con el Malik franco; y fue personalmente a Acre para negociar con Fulco; pero el indiscreto Usama es el único que menciona este hecho: los historiadores oficiales prefieren silenciarlo para no comprometer la memoria del viejo visir. Esto deja suponer que si otros musul-

manes además de Usama hubieran escrito sus memorias estaríamos hoy mejor informados sobre las alianzas que podía haber entre francos y musulmanes. Estas alianzas existían; los francos hablan poco de ellas, y los musulmanes lo hacen sólo para denunciarlas como una traición.

No sabemos cuáles eran los sentimientos de Unur (que los historiadores latinos llaman, a la francesa, Aynard). Usama, con su orgullo de aristócrata, de intelectual y de musulmán, habla de los francos como hablaría de un pueblo de salvajes. Los observa con un cierto interés, pero nunca se le ocurre tomarlos en serio. Poseen, naturalmente, cualidades que los hacen útiles como aliados y son excelentes soldados. Ello se comprende con facilidad: son seres primarios e incultos, cuya valentía es pura inconsciencia. «Quienquiera que haya tenido contactos con los francos ha visto en ellos a unas bestias que tienen la superioridad de la valentía y ardor en el combate, pero ninguna otra, al igual que los animales tienen la superioridad de la fuerza y de la agresión». (Aut., p. 356). (En nuestros días se ven todavía europeos sostener opiniones del mismo tipo, al hablar de la valentía de tal tribu africana, o incluso de los musulmanes).

Y en cambio, hemos visto cómo el mismo Usama llega a hacer una distinción entre los francos del país y los francos de Occidente que acababan de desembarcar; estos últimos son «más inhumanos» que los otros. Sin duda el embajador del visir de Damasco (además de su aventura con el franco que le había molestado en su oración) tuvo que quejarse de la falta de civismo de algunos cruzados escandalizados de encontrarse en compañía de un infiel. Y aun estos cruzados debían de ser más comprensivos de lo que Usama dice, ya que parece contradecirse a sí mismo, pues se había hecho amigo precisamente de uno de estos peregrinos que acababan de desembarcar; «un caballero franco respetable que había venido de sus tierras para cumplir con su peregrinación y volverse luego». En cuanto a la amistad, era sin duda el

caballero respetable el que la sentía por Usama, y no a la inversa; este franco llegó a llamar al noble musulmán «hermano mío» y a proponerle encargarse de la educación de su joven hijo. Sabemos que, según las costumbres feudales, esto era, entre caballeros, una gran prueba de estima y de amistad. «Verá allí, decía el franco, a nuestros caballeros y aprenderá el arte de la caballería» (pero lo que no parece tan claro es si este señor a su vez hubiera llegado a confiar a Usama a su propio hijo). Como es de suponer; nuestro narrador no se dejó tentar por este ofrecimiento, ya que, según él mismo dice, no hubiese podido temer para su hijo una suerte más terrible… Ello equivaldría a verlo prisionero en un calabozo. Rehusó de manera muy cortés, diciendo que no podía enviar a su hijo a países tan lejanos, por miedo de afligir a su anciana madre. «"Así pues, ¿tu madre vive todavía?", me dijo el caballero franco. "Sí, contesté yo". Y me dijo: "No la entristezcas"». (Aut., p. 97).

Hay sin embargo en este relato algo de patético. Este franco desconocido, cautivado por la gentileza del noble árabe y tomando al pie de la letra unas simples frases corteses, no notaba seguramente que topaba con un muro de hielo; su benevolencia era quizá superficial (es difícil saberlo), pero debía de ser sincera; y sin embargo era un occidental, de los que «nunca han visto rezar a nadie sin volverse hacia Oriente», de los que tenían la costumbre de mostrarse fanáticos e inhumanos. La falta de humanidad estaba aquí del lado de Usama, que no podía ni siquiera por un instante imaginar la posibilidad de una relación humana con un franco.

Si consideraba a los francos como una raza tan deplorablemente inferior, es que sin duda lo que podía ver en el reino parecía darle la razón: describe, no sin cierto humor, unas curaciones médicas de una escalofriante brutalidad y nota la misma brutalidad primitiva en un duelo judicial —juicio de Dios— donde los dos contendientes se pelean literalmente a bastonazos; relata una

anécdota bastante escabrosa donde un caballero franco se muestra muy poco preocupado del pudor de su esposa. Estos rasgos —tomados de la vida real, aunque a veces de segunda mano, y donde el narrador; divertido o escandalizado, exagera seguramente la verdad— muestran una gran dosis de barbarie. Tanto los árabes como los griegos denuncian de modo tan unánime la brutalidad de las gentes de Occidente que hemos de hacer un esfuerzo de imaginación para comprender, a ocho siglos de distancia, lo que podía ser la diferencia entre las dos civilizaciones y en qué cosas se manifestaba la grosería franca que tanto chocaba a los orientales.

Los restos del pasado —monumentos artísticos o literarios— no dan ningún o casi ningún testimonio de ello, ya que son representaciones idealizadas de la realidad; las crónicas históricas o los códigos de leyes nos revelan, en los orientales, unos rasgos de barbarie que nos sublevan tanto como los que se encuentran en Occidente. Lo que nadie ha pensado en describir, porque se daba por sabido, el detalle de las costumbres, la vida cotidiana, los buenos y los malos modales, son datos que sólo unos pocos testigos anotan para mostrarse sorprendidos. Así pues, Usama es un testigo precioso, pero incomprendido y mal informado.

Se indigna, con razón, de la falta de escrúpulos de aquel caballero que deja que en el baño a su mujer desnuda la sirva un hombre musulmán; los francos ignoraban el falso pudor, y con una libertad propia de los nórdicos no se avergonzaban de su desnudez. Las canciones de gestas nos revelan igualmente este rasgo de las costumbres: damas y damiselas ayudan cortésmente a los hombres a lavarse; y los novelistas del siglo XII no creen transgredir las normas de la decencia al describir las más íntimas bellezas de una noble y pura muchacha. Pero Usama, musulmán rígido, encuentra bárbaras e indecentes unas costumbres que provienen simplemente de una concepción distinta de la vida social. Un franco, dice, se pasea con su mujer por la calle, encuen-

tra a otro franco y deja que su mujer dé la mano a este último y que hable libremente con él; ¡y mucho más!: si ella se entretiene hablando demasiado con él, la deja sola con el extranjero para ir a ocuparse de sus asuntos. (Sabemos que las costumbres de la educación occidental permitían el beso entre hombres y mujeres, de lo que nuestro musulmán no da testimonio).

Usama ve en este hecho, que narra con estupefacción, un desprecio ultrajante del marido por el honor de su mujer; las mujeres francas, si sus maridos las hubieran tratado de otra manera, hubiesen visto en ello una ofensa y un atentado a su dignidad. ¿Qué hubiese dicho el emir munquidí si hubiera podido saber que las mujeres musulmanas, unos siglos más tarde, iban a reclamar, como un signo de progreso, esta vergonzosa libertad de maneras concebibles sólo en un pueblo atrasado? La mujer franca, aunque fuese un modelo de virtudes, se mostraba en público con el rostro descubierto (en realidad, en la calle, las mujeres ricas se cubrían con un velo, pero lo hacían para proteger su cutis contra el sol); pero sabemos que para la mujer musulmana mostrar su rostro era el colmo de la indecencia. Nuestro autor; que admira y venera a su madre y a sus hermanas, que siente por el honor de las mujeres de su familia un respeto casi religioso, no puede sino compadecerse de las desgraciadas mujeres de los francos y cree que todas, o casi todas, son abandonadas por sus maridos en manos del primero que llega. Los francos, dice, ignoran lo que son los celos. Para demostrarlo, cita una anécdota que, desde el punto de vista occidental, podía tomarse como la historia de un marido complaciente[78] o, por lo menos, es en esto donde reside su lado cómico; pero Usama llega a la conclusión inversa: he aquí el límite extremo adonde pueden llegar los celos de un franco, porque ha creído de buena fe que le contaban la historia de un marido celoso. No es necesario decir que los francos no desconocían los celos; la crónica privada de la sociedad medieval de Occidente es rica en dramas conyugales con venganzas san-

grientas del marido en la persona del amante o de la esposa, pero Usama no sabe nada de ello ni tampoco se preocupa de informarse. El tema en realidad le interesa tan poco que no se preocupa de si cimenta su juicio sobre un malentendido. Aunque es verdad que la libertad de costumbres de la sociedad franca de Siria era notoria.

Hoy día nos es difícil tomar por un signo de barbarie la libertad que se concedía a las mujeres de mezclarse en la sociedad masculina. Hay otros detalles que ni siquiera Usama nos revela, sin duda porque debían de parecerle demasiado conocidos de todo el mundo y que debían de dar a los francos este aspecto de rústicos que les reprochan los orientales: trajes más groseros (por lo menos los de los occidentales de paso) y una mayor vivacidad en los movimientos y en el hablar. Según Ana Comneno, podemos suponer que gesticulaban mucho, elevaban continuamente la voz y controlaban bastante mal su natural emotividad. Su código de buenos modales, que tenía también sus matices y sus refinamientos, no correspondía al de los orientales, y pasaban, pues, por maleducados con facilidad; y a menudo lo eran, pues un gran número de cruzados que llegaban a Oriente eran —como Reinaldo de Châtillon— unos militarotes cuya falta de educación causaba escándalo y desprecio entre los mismos francos.

Los caballeros de Godofredo de Bouillon, e incluso sus sucesores, de los cuales la iconografía de la época (muy escasa) nos muestra sólo unas rudas y hieráticas imágenes de piedra, eran, según imaginamos, unos personajes bastante rudos con largos cabellos, barba abundante, el rostro cosido de cicatrices, curtido por el sol, con las manos callosas y los gestos bruscos; oliendo a caballo y a grasa, como los templarios que san Bernardo admira. Aunque se orientalizaron con bastante rapidez, pasaban casi todo el tiempo haciendo la guerra. Eran hombres sin miedo a la sangre, educados para matar, que se lanzaban sobre el enemigo como bólidos y bramaban en los combates como fieras; su sola ar-

madura y el peso de sus armas ya inspiraban miedo, y aún más el ímpetu con que lanzaban hacia delante esta masa de hierro y de músculos. Los orientales no buscaban asimilarse a esta técnica de guerra, que era sin embargo visiblemente eficaz: la suya tenía otros méritos y no pensaban en rivalizar con los bárbaros en su propio terreno. Era como si aquel armamento y aquella manera de hacer la guerra pertenecieran a los francos, de la misma forma que los dientes y las garras son propias de las fieras.

Terribles en el combate, mediocres para todo lo demás, bastos, ignorantes, groseros… Había una parte de antipatía racial en este juicio. El tipo étnico de los francos se diferenciaba netamente del de los orientales (tanto musulmanes como cristianos): eran en general más robustos, más altos, de piel más blanca y a menudo rubios con los ojos claros, más peludos y menos ligeros; además eran más dados a la comida y a la bebida que los hombres de los países cálidos, y este apetito que parecía inmoderado les hacía parecer todavía más salvajes. Los musulmanes debían estar acostumbrados a esta diferencia racial, ya que el número de esclavos de raza europea en los mercados y en los harenes era bastante grande, gracias a las campañas de los piratas y a las batallas de los cruzados desde 1101. Pero la vista de tantos francos reunidos en Jerusalén, Acre y otras ciudades de Siria debía de causar una impresión muy considerable.

Eran bastante salvajes, pero, después de todo, los turcomanos lo eran todavía más. Y encima eran cristianos. A su manera, naturalmente, más bárbara y más supersticiosa que la de los cristianos del país. Usama nos relata esto, como un caso curioso: un templario preguntó un día a Unur, en el momento en que este último visitaba al rey Fulco, si quería ver al «Dios niño». El visir, por educación, consintió. Su interlocutor le mostró una imagen de la Virgen con el Niño Jesús. «El templario nos precedió hasta mostrarnos la imagen de María con el Mesías (¡que Dios guarde!) en su regazo. “He aquí —dijo el templario—, al Dios niño”.

¡Quiera Dios elevarse por encima de lo que dicen los impíos!». Viviendo en un país en donde los cristianos habían sido siempre muy numerosos, el emir árabe no podía ignorar el dogma de la divinidad de Jesucristo y su sorpresa es, pues, poco explicable. Sin duda ningún cristiano sirio o griego (y conocía a muchos) había tenido la ingenuidad de pretender mostrarle al Dios niño; incluso cuando los cristianos indígenas intentaban hacer proselitismo sus argumentos debían ser más sutiles. Y Usama, como buen musulmán, veía sólo en la imagen santa que se le mostraba un grosero ídolo.

4. Los adoradores de la Cruz

No obstante, la devoción de los griegos y de los otros cristianos de Oriente por las reliquias y las imágenes santas era bien conocida. Pero, cosa extraña, no causaba ninguna sorpresa, aunque fuera severamente condenada. En primer lugar, en lo que a las reliquias se refiere, los musulmanes las veneraban tanto como los cristianos; y el pueblo que se dirigía a los santuarios de la Virgen (la peregrinación a Nuestra Señora de Tortosa, entre otros, era muy frecuentada por los musulmanes) estaba acostumbrado a ver que los cristianos veneraban en ellos imágenes que simbolizaban la figura humana de María. Parece que el culto de las imágenes tal como lo practicaban los francos apareció como cosa escandalosa, primero porque los francos, al adueñarse del país, comenzaron a colocar imágenes en todas partes y multiplicaron su número donde ya existían. Sabemos que eran grandes constructores y, por consiguiente, buenos decoradores.

En el siglo XII, época de pleno esplendor de la escultura románica, la figura humana invade toda la decoración pintada y esculpida de los edificios religiosos y profanos; los observadores musulmanes que visitaban las ciudades de la Siria franca, sorprendidos por esta proliferación de capiteles, de pórticos y de frescos en los que las representaciones de escenas bíblicas y evangélicas

se repetían sin cesar, concluyeron fácilmente que los francos eran los hombres más idólatras que existían.

Los musulmanes reprochaban bastante a los cristianos que fueran adoradores de la Cruz —«servidores del leño»— y, cuando querían insultarlos, dirigían en primer lugar sus injurias a la Cruz. Porque los francos de Siria rendían precisamente un culto muy especial a la Vera Cruz, reliquia sin precio encontrada en Jerusalén, que no era toda la Cruz, sino como es sabido un trozo de ella incrustada en una gran cruz y venerada en la iglesia del Santo Sepulcro. Los días de fiesta era llevada en procesión a través de las calles de Jerusalén, y durante las grandes batallas acompañaba el ejército del rey. He aquí lo que dice Al-Imad, después de la batalla de Hattin:

«Delante de esta cruz extendida o levantada y enarbolada todo cristiano se prosterna en oración; pretenden que está hecha de la madera donde fue atado el Dios que ellos adoran. La han cubierto de un revestimiento de oro fino y han incrustado en ella perlas y joyas. La tienen preparada para los días de gran peligro y para la celebración de sus fiestas habituales. Cuando sale escoltada por los clérigos y llevada por los jefes, todos los cristianos acuden y se apretujan en masa alrededor de ella; a nadie se permite abandonarla y se dispone de la vida de quien rehúse seguirla. La captura de esta cruz es más importante a sus ojos que la del rey; es el mayor desastre que les haya podido ocurrir en esta batalla [...]. Les está prescrito adorarla: es su Dios, delante del cual las frentes se inclinan hasta el suelo y los labios bendicen. Se pasman ante ella, no se atreven a levantar la vista y se humillan en su presencia; cuando la ven, caen en éxtasis y se lamentan de su aspecto. Por ella sacrifican su vida; de ella esperan la salvación. Moldean a su imagen otras cruces a las cuales dirigen en sus templos el culto, el homenaje y todas sus promesas» (Dos *jardines*, p. 247).

Lo que resulta extraño, en este texto, es la mezcla de observaciones, sin duda auténticas, con una ignorancia del cristianismo que resulta rara en un hombre cultivado y de espíritu curioso. El secretario de Saladino confunde aquí la significación simbólica de la Cruz con el objeto material que es la reliquia, y se imagina que todas las cruces veneradas a través de todos los países cristianos no tienen más sentido que reproducir la forma de una reliquia particular que se encuentra en Jerusalén; el escritor musulmán parece ver sólo la Cruz y hacer abstracción total del Crucificado, sin contar todas las implicaciones teológicas y místicas de la Pasión. En cuanto a la devoción sin límites que inspiraba la preciosa reliquia, Al-Imad debe de exagerar muy poco al describir las prosternaciones, las lágrimas y los éxtasis de los francos ante la Vera Cruz, sobre todo en momentos de peligro.

Juzga severamente a los idólatras que adoran un trozo de madera (la devoción de los musulmanes por la *Qibah* de la Meca hubiera parecido asimismo extraña a los cristianos; más extraña todavía, ya que la Cruz, por lo menos, era como el signo tangible de la Encarnación del mismo Dios y, por consiguiente, un objeto que superaba en significación a cualquier otro objeto material). Pero el escritor musulmán no imagina siquiera que pueda hacerse ninguna comparación, y que la adoración de los cristianos pueda dirigirse, no a la reliquia, sino a Dios. La culpa era de los cristianos, los cuales, en lugar de guardar un objeto tan sagrado en un sanctasanctórum inviolable, alejado de los ojos de los profanos y descubierto sólo en las ceremonias solemnes después de un largo ritual de purificaciones y de oraciones, lo paseaban en pleno campo en medio de los soldados, exponiéndolo a los tiros de las flechas y a los contactos impuros. Tanta imprudencia unida a tanto fervor era como para hacer dudar del sentido común de los francos. Y su fe parecía superficial y grosera, porque estaba —más aún que la de los cristianos orientales— ávida de encarnación, de familiaridad con lo sagrado y de milagro continuo.

Parece, sin embargo, que en el momento de la toma de Jerusalén por Saladino —el día de la muerte del reino— los musulmanes sintieron finalmente que para los cristianos había allí algo muy precioso y respetable en sí mismo; y que la fe de aquellos politeístas, por errónea que fuese, no estaba exenta de nobleza, por lo menos en el plano humano. El mismo Al-Imad, al hablar del sitio de la ciudad santa, intenta por un momento, de buena fe, comprender a los cristianos; aunque no sea más que por un esfuerzo de imaginación, trata de simpatizar con ellos. Hay que creer que la terrible energía de esta población desesperada, aislada, privada de sus soldados y resuelta a luchar hasta el final por Jerusalén había impresionado a los vencedores.

Al-Imad intenta, pues, comprender: sí, para aquellas gentes este lugar es también un lugar sagrado. Consigna o, más bien imagina, las frases que intercambian Balián de Ibelin, el patriarca Heraclio, los caballeros del Hospital, etc. Aquí, decían, nuestras cabezas deberían caer y nuestras almas escaparse junto con nuestra sangre; deberíamos morir heridos por la espada. Acosados por los golpes, cubiertos de heridas, tendremos paciencia y daremos nuestra vida para salvar el hogar de nuestra existencia [Jerusalén]. Es aquí donde está nuestro Santo Sepulcro (lit. "nuestra Komamah" «basura»), nombre dado a esta iglesia por los musulmanes, de aquí hemos de resucitar; de aquí nuestra alma volará gimiendo con un arrepentimiento sincero [...]. Aquí está nuestro ardiente deseo, la absolución de nuestra deuda. Nuestro honor está en rendir homenaje a este lugar santo. Nuestra salvación depende de la suya [...]. Si lo abandonamos, la vergüenza se apoderará de nosotros y mereceremos el deshonor [...]. Aquí se encuentran las imágenes y las figuras, los recuerdos y las semblanzas, los retratos y las formas, las columnas y los cuadros, los cuerpos y las almas. Aquí, la representación de los discípulos en sus conversaciones, de los padres en sus enseñanzas, de los monjes en sus monasterios, de los clérigos en sus concilios, de los ma-

gos en sus encantos. Aquí están representados la Virgen y el Señor; el altar y la Natividad, la mesa y el pez, que está esculpido y tallado, el discípulo y el maestro, la cuna y el niño que habla; el cuadro del macho cabrío y del asno, del cielo y del infierno; las campanas y los himnos. Y decían también: «Es en estos lugares donde el Mesías fue crucificado, y la víctima fue inmolada en sacrificio; aquí se encarnó la divinidad, Dios se hizo hombre, la mezcla [de las dos naturalezas] se realizó, la Cruz fue levantada, la luz descendió y disipó las tinieblas, la humanidad se unió a la hipóstasis divina, y la existencia a la nada; aquí se realizó el bautismo de Dios, la Virgen dio a luz con dolor». Y a estas mentiras, que son el objeto de su culto, añadían las ilusiones que alejan de la verdad y gritaban: «Moriremos ante el sepulcro de Nuestro Señor; antes que perderlo, perderemos la vida, combatiremos por él y por nosotros [...]. ¿Se nos podría excusar de haber abandonado el sepulcro, de permitirles que nos quitaran y robaran lo que hemos arrancado de sus manos?» (Dos *jardines*, pp. 321-322).

En este largo pasaje, es evidente que el autor intenta hacer resaltar los errores del cristianismo, que opondrá acto seguido a la Verdad musulmana proclamada por Saladino; pero hay también la sincera curiosidad de un intelectual que intenta comprender una manera de pensar extraña a la suya. Lo consigue bastante mal. Si algunas afirmaciones como «Moriremos ante el sepulcro de Nuestro Señor» o «si lo abandonamos, la vergüenza se apoderará de nosotros» parecen auténticos ecos de las palabras de los defensores de Jerusalén, el tono general es de una inverosimilitud que muestra que Al-Imad no ha debido de escuchar nunca conversaciones de francos, ni siquiera haciéndoselas traducir por un intérprete. Al poner en el mismo plano al asno y al buey (el «macho cabrío»), la imagen de la Virgen, las columnas y los altares, toma a los habitantes de Jerusalén por unos amantes del arte que son (como lo fue él mismo) sensibles sobre todo a la belleza

de las pinturas y de las esculturas de sus edificios —y sin duda lo eran—, y por unos ingenuos que creen que no puede haber en ningún otro sitio representaciones de los santos y de los Apóstoles y que adoran una fútil imaginería.

Las imágenes piadosas o profanas que cubrían los muros de las iglesias o de los palacios de Jerusalén fueron casi todas destruidas por los vencedores, y sólo fueron toleradas en la iglesia del Santo Sepulcro, conservada para el culto cristiano. Ésta fue igualmente la suerte de la mayoría de los monumentos erigidos por los francos en las otras ciudades, ya que la representación de la figura humana estaba, como es sabido, proscrita por la religión musulmana. El placer del pillaje sirvió aquí de estímulo al fanatismo religioso. El mismo Al-Imad, que nada tiene de vándalo, testimonia en esta ocasión un sentimiento completamente moderno de respeto por los tesoros artísticos y culturales de un pueblo enemigo. «Vi antaño Lattaquié —escribe—. Era una ciudad rica en edificios hermosos; en todas partes había viviendas de piedra tallada, pórticos de mármol con sólidas arcadas, ninguna casa sin su jardín, árboles frutales al alcance de la mano, extensos mercados, una luz brillante y un clima sano. Al apoderarse de estos hermosos mármoles, nuestros emires los han hecho transportar a sus palacios de Siria. Han alterado la belleza de los edificios y empañado su esplendor [...]. Había en las afueras de Lattaquié una iglesia grande, hermosa y antigua, recubierta de pórfido, rica en cuadros y en figuras de todas clases [...]. Cuando nuestros soldados tomaron la ciudad, se llevaron los mármoles, echaron a perder sus bellos edificios, la condenaron, tan rica como era, a la pobreza, la dejaron miserable y arruinada. Derruida y devastada, parecía quererse mantener sobre sus pilares y agarrarse a sus bases». (*Dos jardines*, pp. 361-363). Vemos que entre quienes rodeaban a Saladino había hombres cultivados capaces de entristecerse ante la destrucción de obras que no podían dejar de encontrar bellas; y de estos testimonios se desprende que Jerusalén y las de-

más ciudades francas sorprendieron a los musulmanes por su belleza. Y, sin embargo, Al-Imad había visto Damasco, Bagdad y El Cairo y no debía de ser fácil de impresionar.

Lo que resulta conmovedor en la descripción de Jerusalén que pone en boca de los francos es la involuntaria confesión de la turbación que debió de sentir él, un musulmán, educado en una concepción austera y casi abstracta del arte, al ver tantos edificios, tantos muros, bóvedas, columnas, tapices, desde donde los «discípulos», los «padres», los «monjes» e incluso los «magos» lo contemplaban desde todas partes con sus grandes ojos bizantinos, pintados o incrustados, alucinantes por su vida interior como los ojos de las efigies romanas. Parece impresionado por estas imágenes y estas figuras, «los recuerdos y las semblanzas, los retratos y las formas [...], los cuerpos y las almas»; y sin duda cualquiera que fuese el valor de las esculturas y los frescos a los ojos de los cristianos, el escritor musulmán, fascinado, les atribuye aquí una significación misteriosa y mágica mayor todavía. Los cristianos no eran adoradores de imágenes; su devoción se dirigía al lugar sagrado o a la reliquia, raramente a una representación figurada, por hermosa que fuera; y la imagen era venerada en la medida en que había dado garantías por medio de algún milagro y podía así ser considerada una reliquia. Pero la pasión creadora del siglo XII que se había apoderado de la civilización occidental era tan resueltamente figurativa y humanista que la figura humana surgía de las gárgolas y de las comisas, se deslizaba entre las hojarascas de piedra, coronaba los cuerpos de animales, se encamaba en los vicios y las virtudes, los meses y las estaciones, los astros y las fuerzas de la naturaleza, y el arte usaba y abusaba de la alegoría como para transformar mejor el mundo a imagen del hombre.

Jerusalén era la ciudad en la que no se escatimaban materiales ni decoración; para adornar sus iglesias, las donaciones llegaban de toda Europa; sabemos que poseía, además de las iglesias, de

una riqueza incomparable, palacios de pórticos de mármol, con salas pavimentadas de mármol, con muros cubiertos de frescos; en las plazas públicas había fuentes de mármol esculpido, y las plazas parecían grandes jardines; y las columnatas que las rodeaban, según Al-Fadhel, parecían árboles, de tan esculpidos con hojas como estaban sus capiteles (Röhricht, *Beiträge*, I, p. 200). Los francos habían heredado de sus predecesores una parte de los medios técnicos y habían hecho trabajar —según sus instrucciones— a los artistas del país, griegos en general. Pero, al ver hasta qué punto las ciudades de Palestina habían sido embellecidas durante la estancia de los francos, los musulmanes difícilmente podían tratar a estos últimos de bárbaros. O, por lo menos, había que reconocer que estos bárbaros se habían adaptado a la civilización con una facilidad sorprendente.

Fracaso de las Cruzadas: pérdidas y ganancias

Para los musulmanes piadosos, los francos se convertían, durante la segunda mitad del siglo, en un peligro en la medida en que aparecían como vecinos tolerantes y tolerables; en la medida en que se habían acostumbrado a su presencia y en que su dominación comenzaba a pasar como una cosa natural. Mucho más, incluso: sus súbditos musulmanes pasaban por más felices que los de los países vecinos y eran «tentados por el demonio». Saladino, que tenía sus razones para indignarse de la política de los sucesores de Nur al-Din en Damasco, y denunciaba a los ministros de éstos como a «estúpidos mamelucos creados para obedecer y no para mandar», declara que en Damasco y en Alepo «cada uno de ellos [de los mamelucos] tiene acuerdos secretos con los francos y busca en ellos un apoyo. Estamos convencidos de que, si no estamos atentos a los medios con que tomar Jerusalén, si no nos preocupamos enérgicamente de extirpar la religión de los infieles, extenderá sus raíces y llevará graves daños a la religión verdadera». (*Dos jardines*, p. 179). Pero en general no se acusaba a los francos de hacer proselitismo; a lo sumo favorecían la conver-

sión al cristianismo de mercenarios musulmanes, a menudo reclutados entre los prisioneros de guerra y cuya conversión era una muestra de fidelidad. Eran un peligro para la religión verdadera porque habían arraigado en el país hasta el punto de tener amigos en todos los campos; y su presencia daba la sensación de que los intereses políticos de los reinos de Siria eran más importantes que los intereses del islam. Saladino, si quería someter a su dominación toda Siria, necesitaba una guerra santa; pero los musulmanes de Siria ya no tenían necesidad de ella, ya no les interesaba.

Sabemos que en casi todas partes los súbditos musulmanes del reino, fieles a su religión, hicieron causa común con Saladino y lo festejaron como a un libertador; Los campesinos no ganaban gran cosa con ello (más bien perdían), pero por lo menos tenían la satisfacción de no pagar ya ningún impuesto a los infieles; los ciudadanos, en cambio, ganaban mucho. Pero el reino estaba en gran parte poblado por cristianos. Los alepinos y los damascenos perdían más que ganaban con la desaparición del reino franco. La tierra franca de Siria, que en noventa años había llegado, después de las catástrofes de los primeros años de las Cruzadas, a un estado de prosperidad y estabilidad relativas, no se rehízo nunca más de las campañas de Saladino. En cuanto al derecho de los francos de Siria sobre la tierra que habían ocupado y la viabilidad de la tentativa de implantación occidental en Oriente, la cuestión ha sido discutida tan a menudo y ha dado lugar a respuestas tan contradictorias que es difícil examinarla de manera objetiva.

El fracaso de las Cruzadas (la gran Cruzada de 1190 había sido sin lugar a dudas una terrible derrota para Occidente) fue en el siglo XIII una causa de legítimo orgullo para el islam. El mundo musulmán, siempre desunido políticamente y al mismo tiempo consciente de su unidad espiritual, ganaba un gran prestigio y volvía a encontrar, en Oriente Próximo, la indiscutible hegemonía que había parecido que se resquebrajaba durante el siglo XII.

Doce años después del final de la Tercera Cruzada, los occidentales liberaban al islam (y en cualquier caso por mucho tiempo) de su más viejo y tenaz enemigo: el Imperio bizantino.

El siglo XIII iba a conocer sólo Cruzadas fracasadas, no por la incapacidad de sus jefes, ni por la debilidad numérica de las tropas, sino fracasadas porque el islam había comenzado a tomar una conciencia más clara del antagonismo irreductible que le oponía a los cristianos. La preponderancia del islam en Oriente, a pesar de las invasiones mongólicas, no hará sino crecen reduciendo poco a poco la resistencia de los cristianos indígenas de Grecia, de Asia Menor; y, en el siglo XV, una gran parte de Europa oriental se convertirá en provincia del islam, más islamizada y más oprimida de lo que en la Edad Media lo habían estado Siria y España.

Así, pues, las Cruzadas y su fracaso habían sido una de las etapas decisivas del progreso del islam hacia Occidente. Para Europa occidental, un siglo de dominación cristiana en Palestina había sido una causa de orgullo y de despertar patriótico, de un enriquecimiento considerable en el dominio material e intelectual, pero la vida profunda de los países cristianos no se había visto comprometida y la causa de Tierra Santa permaneció siempre extraña a los intereses vitales de la cristiandad; la Cruzada había sido ante todo un gran sueño. La palabra *cruzada*, aún en nuestros días, designa una empresa en principio laudable, pero en modo alguno dictada por la necesidad. Nadie hablaría de una «cruzada» para defender a la patria en peligro.

La patria siria

Los francos de Siria defendían ya su país. Durante varias décadas, hubo una patria franca, que después de 1190 se redujo a algunas ciudades, en las cuales, sin embargo, subsistió un patriotismo local bastante vivo durante un siglo, al lado de influencias extranjeras cada vez más poderosas.

Lo que fue digno de mención en la creación de este Estado en cierto modo artificial fue la rápida eclosión de una conciencia nacional, fundada (un poco como la de los ciudadanos del Estado de Israel) sobre un pasado cristiano, bíblico, el eterno pasado de Tierra Santa. Balduino I, primer rey del reino, se supo el primer servidor, el primer ciudadano de un país que era el suyo, y puso toda la abnegación de su patriotismo sincero en defenderlo; llegado a Jerusalén a los cuarenta años, «rey» gracias a una serie de felices coincidencias, este hombre de espíritu eminentemente práctico parecía haberse identificado sin reparos con los reyes que, de Saúl a Herodes, gobernaron y lucharon en estos mismos lugares. La potencia de esta tierra y del nombre de Jerusalén era tan grande que Palestina podía ser para los cristianos una verdadera patria, de modo espontáneo y sin equívoco.

Es cierto que la mayoría de los cruzados, sintiéndose inadaptados o desanimados, habían preferido volver a sus provincias natales; los que se quedaban tenían conciencia de convertirse en ciudadanos de la verdadera patria de los cristianos. Hemos visto que se adaptaron fácilmente a su nuevo país; en primer lugar, porque llevaban en él una vida más rica y más confortable que la que habían conocido en Occidente, por lo menos cuando no luchaban; y, en segundo lugar, porque el país en sí les gustaba. La mayor parte de los que decidieron quedarse no tenía vocación de sacrificio. Los barones que, para proteger su tierra, no vacilaban en aliarse con el vecino musulmán, no se sentían traidores a su raza, sino que creían defender su más legítimo derecho. ¿Hasta qué punto permanecieron en ella como unos extranjeros tolerados tan sólo a causa de su fuerza militar?

1. Causas de la caída del reino

Eran extranjeros por su lengua y su religión, por sus costumbres en parte inalteradas y por la constante dependencia en que permanecían de un Occidente en principio fraternal pero que cada vez les comprendía menos. Los turcos eran también unos ex-

tranjeros, pero se habían adaptado más a las costumbres del islam que los francos a las costumbres de los cristianos de Oriente. Se ha considerado que el temperamento nórdico de los francos se acomodaba mal al clima y a las condiciones de vida de Siria. En lo que concierne a los participantes de la Primera Cruzada, los que habían sobrevivido a la travesía de Asia Menor; al sitio de Antioquía y a la campaña de Palestina debían de poseer una resistencia física excepcional; entre aquellos cuyos nombres nos han transmitido los cronistas, junto a Godofredo de Bouillon, muerto de enfermedad y seguramente de fatiga, vemos sobre todo a hombres muertos en el combate o muertos a causa de las heridas, o llegados a una edad respetable, como Balduino II. El clima era menos maléfico que las condiciones de vida; la guerra era para estos hombres su pan de cada día.

No parece que hubiera habido, aunque se haya dicho a menudo, un fenómeno de degeneración de la raza franca de ultramar: resultaría arriesgado, en cualquier caso, hablar de degeneración a propósito de todos los hijos mediocres de padres remarcables. Jocelin Il de Courtenay era inferior a su padre, pero no le faltaban cualidades y parece que fue un personaje calumniado. Las hijas de Balduino II no tuvieron la suerte de nacer varones, pues al menos las dos mayores, si algún defecto tenían, éste era su exceso de energía. Balduino IV, representante de la cuarta generación de los francos de Siria, era, a pesar de su enfermedad, un modelo de energía física y moral. Las familias de Saint-Omer (Tiberíades), de Ibelin, de Sidón (descendientes de Eustaquio Garnier), etc., se contaron, en el siglo XII, entre los elementos más vivos de lo que quedaba de la Siria franca. Es cierto que el heroico Onfroi II de Toron, nacido en Siria e hijo de un compañero de Balduino I, tuvo un nieto afeminado y poco heroico: en otras circunstancias y en otro país este joven demasiado hermoso y demasiado dulce no hubiese llamado la atención a los historia-

dores; y no era naturalmente ningún representante típico de la sociedad franca.

Lo que sí es cierto es que los francos de Siria, pequeña minoría de dirigentes en un país incesantemente amenazado desde el exterior; se encontraban con dificultades mayores que las que conoce una sociedad normal. No son sus defectos, por desgracia demasiado frecuentes, lo que hace que Inés y Jocelin II de Courtenay, Guido de Lusiñán, Heraclio sean condenables a los ojos de la Historia o Gerardo de Ridefort (estos tres últimos no eran francos de Siria); es la fatalidad, bastante banal de por sí, lo que quiso que un Estado, en un momento crítico de su existencia, hubiese tenido dirigentes incapaces y egoístas.

Hubo un hombre, por lo menos, que desempeñó un papel decisivo en la caída del reino; es lícito imaginar, dada la complejidad de la situación política del momento, que el reino de Jerusalén, a fuerza de diplomacia y de intrigas, hubiera podido neutralizar la amenaza que para él representaba Saladino; este último no era ni eterno ni invencible, y su situación, en 1187, estaba lejos de ser fácil. Hemos dicho que Reinaldo de Châtillon no hubiese maniobrado mejor si hubiese sido un agente provocador al servicio de Saladino. Su conducta fue una verdadera obra maestra, no precisamente de torpeza, sino de habilidad diabólica, al exasperar al adversario en el momento en que había que tener el máximo cuidado en no provocarlo. Y, sin embargo, Reinaldo tenía sus partidarios, ante todo sus propios vasallos y luego el gran maestre de la orden del Temple y Jocelin III de Courtenay, quienes veían en él, ante todo, a un hombre capaz de enfrentarse con el conde de Trípoli. Sus otros aliados —y no los más despreciables— eran los beduinos de Transjordania. Se sabía que Reinaldo no era un amigo fiel para nadie y que podía ser un enemigo para todo el mundo. Antes de su cautiverio, se habían podido ver sus obras. Y, apenas salido de la prisión, se confió a este hombre irresponsable uno de los más grandes feudos del reino. Si

Balduino IV hubiese querido, hubiera podido disponer de otra manera de la mano de la castellana del Krak de Transjordania; pero había llegado a pensar en confiar a Reinaldo el mando supremo de las tropas del reino, incluso la misma regencia. Era, pues, una intriga dirigida contra el conde de Trípoli la que había dado a Reinaldo de Châtillon la posibilidad de ejercer de nuevo su talento.

Puede decirse que, después de la muerte de Amalarico I y del asesinato de Milón de Plancy, la corte de Jerusalén había perdido la noción de los verdaderos intereses del país. El reino se perdió por las luchas feudales, por las intrigas en las que los celos, la ambición y las envidias personales desempeñaron un papel preponderante; y aquí la responsabilidad de Balduino IV no debe minimizarse: el rey leproso sabía muy bien hacerse obedecer cuando realmente lo quería: era lúcido y perspicaz. Su extremada juventud y su orgullo exasperado de enfermo le llevaron a una lucha a ultranza contra el único hombre capaz todavía de salvar el reino: cuando finalmente se resignó a reconocer los derechos de Raimundo DI, era ya demasiado tarde.

De esta manera, el gobierno llevaba el reino a la ruina, en un momento en que en su base, en los medios de la pequeña nobleza y de la burguesía, se formaba y se consolidaba un patriotismo franco y en que la sociedad franca de ultramar echaba realmente raíces en el país. Esta sociedad hubiera podido permanecer en él y convertirse, entre los otros pueblos de Siria, en un pequeño pueblo diferente pero, como los demás, con derecho a la existencia, con sus tradiciones, su personalidad propia, su riqueza interior y su porvenir.

2. Los «sirios».

Los sirios, decía Guillermo de Tiro, no «gustaban» a las gentes de Occidente. Estaban, por otra parte, llenos de defectos, que los prelados locales y los peregrinos de ultramar denunciaban. Apar-

te de los italianos, a quienes todo el mundo acusaba de ser todos ellos «o piratas, o mercaderes o usureros», y que, por otro lado, permanecían fieles a su madre patria, había en todas las ciudades, en particular en el interior de las tierras, una población franca de raíz francesa, a la cual se reprochaba sobre todo una excesiva libertad de costumbres. Cesáreo de Heisterbach (*Dial, mirac.*, IV, c. 15) reprocha a los burgueses de Jerusalén, incluso a los ricos, «ofrecer, por el dinero, a sus hermanas, a sus hijas e incluso a sus esposas a la lujuria de los peregrinos», porque los peregrinos que iban a Jerusalén no pasaban todo el tiempo en oración. La peregrinación era a menudo para los unos una fuente de distracciones y un pretexto para viajes, mientras que para los otros era una fuente de provechos lícitos e ilícitos. Muchos burgueses francos e indígenas vivían de las peregrinaciones como hoy día los habitantes de Venecia o de Atenas viven del turismo. Ernoul nota, además de la excesiva ambición de algunos burgueses, la relativa frecuencia de los casos de homosexualidad, fenómeno bastante raro en Occidente y casi oficialmente tolerado en el Oriente musulmán. Desde los primeros tiempos de la Cruzada, la facilidad de que gozaban los soldados francos de apoderarse de las mujeres indígenas había dado lugar a un relajamiento de las costumbres. Pero las leyes que castigaban los delitos contra las costumbres eran tan severas en el reino como en todas partes.

Además de la nobleza —invariablemente guerrera— y de una parte de la burguesía que vivía del comercio de lujo, de la usura (bancos) y de la explotación de los peregrinos, había en la mayoría de las ciudades —incluso en las pequeñas aldeas— colonias francas compuestas de artesanos de todas clases, de cultivadores, de granjeros, población laboriosa asimilable a la población indígena; por lo demás, el campesino franco empleaba la mayoría de veces para los trabajos pesados a campesinos del país. Minoría privilegiada —ya que el gobierno tenía especial interés en impulsar el establecimiento de colonos occidentales en el país—,

esta población franca estaba sometida, si no al servicio militar en el sentido moderno del término, por lo menos a la obligación de abastecer y equipar un cierto número de soldados, y en algunos dominios de asegurar el servicio de vigilancia o incluso de defensa en caso de ataque. Sabemos pocas cosas sobre estos «pobres francos», estos pequeños colonos, bastante asimilados, vinculados a la tierra, a menudo casados con indígenas, que hablaban árabe, pero que poseían su estatuto propio, su propia jurisdicción, como todas las otras comunidades; que fundaban a veces «ciudades nuevas» cerca de las aldeas y poblaciones de nestorianos, samaritanos o musulmanes. En las guerras eran naturalmente las primeras víctimas, no porque hubiera nada grave que reprocharles, sino porque eran los más visiblemente extranjeros. Y fue su desaparición, después de 1190, lo que marcó el fin de la Siria franca como país.

Después de 1187, una gran parte de la caballería —más de un tercio sin duda— había terminado por agruparse en las ciudades y unirse a los cruzados de Occidente, porque es sabido que Saladino daba libertad a los prisioneros nobles con bastante benevolencia y dejaba marchar a los defensores de las plazas que se le rendían. Los burgueses ricos, arruinados por la guerra, se dispersaron: unos buscaron refugio en Antioquía, otros embarcaron hacia Europa y otros intentaron instalarse en las ciudades del litoral reconquistadas por los cruzados en 1190 —allí faltaba espacio y la lucha por la vida era dura—. La masa de los pobres francos desapareció sin dejar rastro; aparte de los pocos millares que pudieron embarcarse hacia Alejandría y de algunos otros que se unieron a las tropas de cruzados, la población franca acabó, tarde o temprano, en las grandes rutas y mercados de esclavos. Lo que puede suponerse es que, dada la conocida clemencia de Saladino, no hubo matanza sistemática. Sabemos que los occidentales —colonos de Trípoli y marinos italianos— se mostraron más duros que los musulmanes con respecto a esta nube de emigrantes, que

eran cogidos y vendidos fácilmente porque nadie se preocupaba de defenderlos.

Los francos —Usama habla de ellos basándose en hechos datados hacia 1140— eran un «pueblo maldito» al que repugnaba unirse en matrimonio a los otros pueblos. Bien es verdad que los ejemplos que cita conciernen a matrimonios con musulmanes, lo que hace suponer que los cristianos indígenas mostraban más tolerancia con los matrimonios con infieles. Pero, tanto para los francos como para los cristianos del país, debía tratarse en general de matrimonios forzados, impuestos por la ley de la guerra.

Desde hacía varios siglos, en este país, sin cesar conquistado y reconquistado, la suerte de las gentes llegadas como esclavos no impresionaba a nadie, sino que era una desgracia aproximadamente tan corriente como en nuestros días el paro, una crisis económica o, en las democracias populares, la industrialización de una región. En cualquier caso, la conducta de los francos de que habla Usama no tendría para nosotros nada de irritante: una mujer vendida siendo joven como esclava se convirtió en la favorita de un emir; del cual tuvo un hijo; dicho hijo, ya mayor, heredó un castillo, y a nuestra esclava franca, como madre que era de su dueño, se confió el mando de la plaza; pero, en lugar de alegrarse de su suerte, esta mujer abandonó su castillo por la noche dejándose caer por una cuerda desde lo alto de la muralla, corrió a refugiarse a la ciudad franca más próxima y allí se casó con un compatriota que hacía de zapatero. Usama cree que ello es el colmo de la estupidez, y lo dice con más intención de burlarse que de criticar. Otro franco fue hecho prisionero al mismo tiempo que su padre y, muy joven aún, fue obligado a abrazar el islamismo; practicó incluso, nos dice, la verdadera religión con un celo digno de alabanza; fue animado por sus maestros, quienes le dieron a una musulmana por esposa; tuvo varios hijos y vivió feliz hasta el día en que, no sabemos por qué, se marchó

llevándose a su mujer y a sus hijos y fue a reunirse con los francos, volvió al cristianismo y arrastró a su familia a la apostasía.

Estos ejemplos muestran en cualquier caso que los francos pasaban por gentes muy ligadas a su religión y a sus costumbres; en un país donde existía un reino franco al que se podía entrar con algunos días de camino a pie, la cosa no tiene nada de sorprendente. Los esclavos francos (que en su mayoría no habían sido convertidos al islamismo ni eran padres de familia) debían de ser perpetuos candidatos a la evasión; las mujeres francas, que naturalmente raras veces tenían la oportunidad de convertirse en castellanas, no podían escaparse, pero, como bien testimonia el mal humor de Usama, debió de exasperar a sus señores por su actitud callada y hostil. Es un poco abusivo reprochar a las gentes el no estar satisfechas de la esclavitud —por suave que ésta fuese—, pero lo que chocaba a los musulmanes en el comportamiento de los servidores francos era su natural orgullo debido al hecho de que pertenecieran, en el reino de Jerusalén, a una raza de señores.

Este pequeño pueblo de «pollinos», a los que los occidentales reprochaban que fuesen «medio musulmanes», mientras que los musulmanes les reprochaban precisamente el que se mezclaran demasiado poco con los otros pueblos, ¿estaba acaso condenado a permanecer siempre así, a mitad de camino entre Oriente y Occidente, tan extranjero para los unos como para los otros? A pesar de lo que Usama piense, parece ser que eran más bien orientales «muy superiores» (tal como nuestro autor reconoce) a los francos recién desembarcados de Europa, es decir; adaptados al medio oriental pero fieles a su religión y a su lengua, y dotados de un orgullo nacional un tanto agresivo. (El de Usama, como el de Zenghi o de Saladino, no lo era menos, pero ¿cómo tolerar tanta arrogancia por parte de un pequeño pueblo, y de un pueblo de medio salvajes?).

Los francos, por el contrario, no se extrañaban ni se indignaban del orgullo musulmán; parece más bien que lo aprobaban. Su actitud fue desde muy pronto la de un simple respeto, fundado en el reconocimiento implícito de los derechos del adversario. Y este adversario era, como sabían, el más fuerte; el más fuerte numéricamente, incluso cuando lo vencían (y ello ocurrió varias veces) por completo, y poseía reinos diez veces más extensos y más ricos que los Estados francos y una reserva de hombres inagotable; y fuerte por su religión, cuya irreductible potencia los francos constataron muy pronto. Estos campeones de la cristiandad trataban a los musulmanes como a los infieles de una religión rival, pero casi equiparable en derechos a la cristiana; actitud diplomática, pero que terminaba por convertirse en una actitud moral. Los musulmanes eran, por definición, los enemigos, aunque los únicos enemigos eran los soldados que luchaban; pero los campesinos, los mercaderes, los viajeros, los pastores nómadas, los peregrinos y los artesanos, fuesen ciudadanos del reino o de otros países, no eran enemigos, o se convertían en tales sólo durante el saqueo de una ciudad cuya población resistía (aunque esto ocurría también en tierra cristiana).

«Combatían por sus vidas, por su país y sus derechos… defendían de buena fe a sus mujeres y a sus hijos, que estos perros desleales matarían hasta el último si lograban tomar la ciudad[79]…». Estas líneas son de Guillermo de Tiro; las gentes de que habla son los habitantes de El Cairo, sitiados por el ejército de Amalarico I en 1169; los perros desleales son los francos. Guillermo de Tiro, historiador del reino, eclesiástico, patriota sirio siempre dispuesto a exaltar la victoria de los suyos, podía estar dotado de un mayor sentido moral que la mayoría de sus compatriotas, pero hay que creer que su manera de sentir no era excepcional y que no desempeñaba el papel de un revolucionario. En cualquier caso, tales líneas bajo la pluma de un musulmán o de un cronista occidental son del todo impensables. En esta época, como en

cualquier otra, era necesaria una fuerza moral bastante rara para poderse permitir el tratar a los propios compatriotas, culpables de atacar a los infieles, de perros desleales. Pero esta fuerza no ha sido nunca propia de conquistadores.

Sabemos que a los francos no les faltó nunca energía cuando se trató de defender Jerusalén; tampoco les faltó en Hattin, donde la caballería iba acompañada de considerables tropas de infantería reclutadas entre las milicias burguesas y donde se encontraba la mayor parte de los hombres capaces de llevar armas; las ciudades francas, excepción hecha de Acre, que se rindió en un momento de pánico poco después de Hattin, resistieron todas, aunque desprovistas de defensores, y, si la mayoría de ellas fueron tomadas rápidamente, fue porque la desproporción de fuerzas era demasiado aplastante. Sin embargo, la población civil franca —y a menudo la siria— se armó y corrió a las murallas. Las fortalezas donde quedaban aún caballeros resistieron incluso cuando ya no había ninguna esperanza de que les llegara auxilio, durante varias semanas, algunas durante varios meses; tal fue el caso del Krak de Moab durante un año y el de Montréal durante un año y medio, mientras que el Krak de los Caballeros no llegó a ser tomado jamás.

Es cierto que estos hombres podían esperar resistir hasta la llegada de los cruzados de Occidente; pero en muchos casos se dejaron matar estoicamente sobre las murallas antes que capitular; mientras Saladino les prometía la libertad, salvar su vida y respetar sus bienes; y era sabido que cumplía su palabra. En Darbessac (Darbsak), castillo defendido por los templarios, los disparos de cañón habían abierto una brecha en la muralla y los mismos soldados se situaron delante de la brecha, cubriéndola de este modo con sus cuerpos. «Yo notaba —escribe Baha al-Din— que cada vez que uno de ellos resultaba muerto otro ocupaba su lugar. Se mantenían inmóviles y totalmente al descubierto.» (Dos *jardines*, P. 317).

Reinaldo, señor de Sidón y de Beaufort, era uno de los primeros barones del reino, nieto del condestable Eustaquio Garnier: Ni ambicioso ni belicoso, este señor, que fue, entre otros, el cuarto marido de Inés de Courtenay, era, hecho bastante raro entre los francos, un hombre cultivado, tan orientalizado que hablaba y leía corrientemente el árabe y admiraba la poesía musulmana. En 1188, viendo sus dominios amenazados por los ejércitos de Saladino, fue en persona al encuentro del sultán, declarándose dispuesto a entregarle su castillo de Beaufort (Qalat al-Sharif) a cambio de un alojamiento en Damasco con una importante renta vitalicia, y pidió sólo a Saladino que le concediera un plazo, el tiempo de hacer evadir de Tiro a su familia, que no quería exponer a las venganzas del marqués de Montferrato. «Su cortesía —dice Baha al-Din— era tal que obligaba [...]. Este señor se presentaba en su casa [Saladino] muy a menudo. Discutía con nosotros a propósito de la religión y nosotros razonábamos con él a fin de demostrarle la vanidad de sus creencias. Hablaba muy bien y se expresaba con mucha mesura y educación». (*Dos jardines*, p. 400). Saladino acabó por darse cuenta de que el franco pretendía engañarle y de que no tenía ninguna intención de entregarle su fortaleza. Detenido y llevado ante los muros de Beaufort, Reinaldo dio en árabe la orden de capitular a los soldados que defendían la plaza y les gritó, en francés, que no hicieran nada de ello. Fue, por orden de Saladino, largamente torturado al pie de las murallas del castillo y, al fin, según el continuador de Guillermo de Tiro (*Éracles*, II, p. III), acabó por ceder y por dar a sus soldados la orden de rendir la plaza. Ellos, sin embargo, no lo hicieron y, según Al-Imad, Beaufort se rindió sólo seis meses más tarde reducido por el hambre.

Reinaldo de Sidón acabó sus días con bastante tranquilidad; Saladino, que en el fondo le estimaba, le devolvió la mitad de sus dominios de Sidón, que se mantuvieron como tierra franca bajo el protectorado del sultán; sus descendientes poseyeron Sidón y

Beaufort hasta 1260. Reinaldo era, entre los francos de Siria, quien se tenía por el más asimilado al medio oriental; y tenía que serlo de una manera muy ostensible para que el mismo Saladino le hubiera podido creer dispuesto a cambiar su señorío por un palacio de Damasco; pero su fidelidad a la causa franca no se perdió jamás. La clemencia de Saladino y su generosidad para con los vencidos provocaron una legítima admiración, pero ni defecciones ni alianzas. La testarudez de los francos, que asombraba a los musulmanes, era debida en parte a la esperanza de una reconquista rápida gracias a los refuerzos de los occidentales; se explica también por una larga tradición de orgullo caballeresco, que prohibía a estos hombres unirse con el vencedor. Mientras el reino había permanecido en pie, Raimundo III de Trípoli podía valerse del apoyo del sultán para deshacer los planes de sus rivales; y fue, con bastante justicia, acusado de traición. Los francos de Siria ya no eran occidentales, ni eran en principio hostiles al islam; habían, desde el principio del siglo, adquirido una conciencia nacional bastante viva que descansaba sobre la idea de que su tierra era la tierra de Nuestro Señor y de que ellos eran, a los ojos de toda la cristiandad, quienes ostentaban el título de defensores.

Su piedad cristiana, según testimonios de la época, no tenía nada de excesiva; se sentían sobre todo cristianos frente al enemigo, y la Cruz era en cierta manera su bandera. Cuando cabalgaban al lado de aliados musulmanes o partían en campaña para levantar el bloqueo de Damasco, luchaban siempre, en principio, por la Cruz y por Jesucristo, ya que para los soldados cristianos, sobre todo en Tierra Santa, no había otra manera de combatir. Porque eran una raza de soldados, la fe era para ellos un estimulante más: no se trataba de dejarse achicar por gentes de otra religión. Dios —lo habían constatado desde hacía tiempo— no concedía infaliblemente la victoria a los suyos, y sólo los clérigos

explicaban las derrotas por la cólera divina a causa de los pecados de los cristianos.

Los francos, acostumbrados a ver rezar a Dios e incluso a Jesucristo de tantas maneras diferentes, no eran fanáticos, pero permanecían profundamente fieles a su fe; como las otras minorías cristianas, estaban ligados a ella porque les era necesario defenderla sin cesar. Los historiadores citan pocos casos de militares convertidos al islam bajo amenaza de muerte, porque durante este siglo había guerras corteses y guerras feroces, prisioneros tratados con miramientos y prisioneros ejecutados en masa, y prisioneros situados ante un terrible dilema: la abjuración o la muerte. Incluso a los templarios Saladino ofrecía esta elección. Los soldados preferían la muerte. Las mujeres, y sobre todo los niños, capturados en las frecuentes razias, eran muy a menudo convertidos a la fuerza. Lo mismo ocurría a veces con los cautivos musulmanes. Conocemos pocos casos de ejecuciones de prisioneros musulmanes por los francos. Estos últimos tenían demasiado miedo de las represalias para con sus compatriotas prisioneros, ya que podrían permitirse perder menos hombres. Y, porque tenían siempre conciencia de su terrible inferioridad numérica, llegaron a unir una tolerancia efectiva respecto de su adversario con un aferramiento feroz a su fe; y, aun para los menos creyentes, esta fe era el símbolo de su honor.

No había, pues, ninguna esperanza de ver que esta minoría ocupante y dominante, bastante parecida a la minoría armenia de Cilicia, se fundiera un día con la masa de la población indígena, cristiana o musulmana; con su lengua francesa y su rito latino, los francos estaban condenados a ser siempre «extranjeros». Por su alejamiento de Occidente, con el cual mantenían, sin embargo, un contacto permanente, se veían cortados de la vida profunda de sus países de origen. Permanecieron ajenos a los movimientos literarios y culturales que en el siglo XII dieron lugar, en el norte y sur de Francia, a la poesía de los trovadores, y la nove-

la caballeresca y cortés; su arte románico permaneció como un compromiso entre las tendencias nuevas mal asimiladas y el arte bizantino; la cultura local, griega o árabe, les era, a pesar de todo, vedada. No habían asimilado de ella más que el lado exterior o puramente técnico.

Cultura

La caballería era de una casta de hombres ocupados en pelear; por más que se les reprochase el lujo y la comodidad en que vivían, eran gentes que, aunque lo hubiesen querido, no podían conocer un momento de descanso; incluso los más «indolentes», los más dados a los placeres, pasaban la mayor parte de su vida cabalgando, en los sitios, razias y batallas. El balance de la actividad de Jocelin Il de Courtenay, que, según Guillermo de Tiro, pensaba sólo en «borracheras», «actos lujuriosos» y otras «delicias», es bastante impresionante por sí mismo: se le ve tomar parte en todas las grandes batallas del reino, atacar tan pronto a los turcos ortuquíes como a los zenghíes, y perder sus tierras menos por falta de energía que como consecuencia de la inercia de sus vecinos francos.

Si la nobleza occidental era ya bastante inculta por falta de tiempo libre, la nobleza franca de Siria lo era todavía más. Sabemos que Balduino III y su hermano Amalarico habían hecho estudios bastante avanzados, especialmente en Derecho, pero eran hijos de rey; Raimundo III de Trípoli, para instruirse, había tenido que esperar a ser prisionero, y hubiera querido ahorrarse estos ocho años de reposo forzado; Guillermo de Tiro nos dice que Raimundo de Poitiers no era letrado, pero sí al menos era muy aficionado a la poesía: era un occidental y no en vano el hijo del primero de los trovadores. Reinaldo de Sidón y Onfroi IV de Toron son citados como ejemplos de hombres cultivados; pero eran de cultura árabe.

Los señores conocían el uso de los baños y del agua corriente, se vestían, en tiempo de paz, con vestidos de seda, se perfumaban, comían en vajilla de plata y se hacían servir por un gran número de indígenas, pero permanecían bastante ignorantes en materia de cultura.

Cuando Usama —señor feudal musulmán, de vieja nobleza árabe— nos habla de su familia, describe con ternura y admiración las virtudes de su padre: este docto y piadoso emir había copiado con su propia mano cuarenta y tres veces el Corán, añadiendo, al final, el fruto de sus propias meditaciones, cada vez diferentes. «Había un ejemplar de gran formato, escrito en letras de oro, que contenía en apéndice una disertación sobre las ciencias relativas al Corán, como sus variantes, sus particularidades, su lengua, lo que manda y lo que prohíbe, su explicación, las causas de su revelación y su jurisprudencia. En esta disertación, llamada el *Gran* Comentario, alternaban el sepia, el rojo y el azul. Mi padre había escrito en letras de oro otro ejemplar que no contenía su comentario. En cuanto a las otras copias, la tinta se empleaba para el texto, pero el oro para las décadas, las quintillas, cesuras y hemistiquios, las capitales de los ciento catorce capítulos y las capitales de las treinta secciones». (Aut., p. 39).

Murshid ibn-Munqid, emir de Shaizar, era, como los señores francos, un guerrero; cabalgaba también a la cabeza de sus tropas y organizaba la defensa de sus castillos. Pero eran ocupaciones secundarias al lado de la gran obra que era su meditación activa sobre el Libro santo, del cual copiaba los capítulos con tanto arte y amor. Su objetivo no era, como podía creerse, el dar a conocer mejor a los fieles un texto que, como él suponía, no tenía necesidad de su humilde contribución para ser revelado a los hombres: pretendía hacer colocar todos sus manuscritos en su tumba. Y así se hizo; sólo tres, según Usama, no fueron destinados a ser enterrados. De la noble familia de los emires de Shaizar; Al-Imad dirá: «En cuanto a la literatura, son sus antorchas resplandecientes,

los huertos deliciosos, los pozos abundantes. En cuanto a la poesía, son los caballeros de su hipódromo, los héroes de entre sus caballeros, las almas de sus cuerpos» (Imad al-Din, Kharidat al-Kasr, en *Nouveaux Mélanges*, Or., p. 121).

Si los munquidíes, esta gran familia desaparecida de manera tan trágica durante el terremoto de 1157, eran una excepción, incluso entre los nobles árabes, estos últimos daban en general mucha importancia a la cultura intelectual; y los cronistas, al hablar de un gran personaje, del cual quieren hacer un elogio, hablan primero, como es natural, de su piedad, pero justo después, de la belleza de su estilo, de su bella escritura, de su arte de expresarse correctamente. Incluso los jefes de origen plebeyo o medio plebeyo, como Saladino y Nur al-Din, eran hombres muy versados en las ciencias coránicas y grandes escritores de epístolas.

Los francos, en cambio, dejaban a los clérigos las especulaciones teológicas, e incluso los más letrados de ellos limitaban su saber a las cuestiones de orden práctico. Guillermo de Tiro alaba a Balduino III y, en menor grado, a Amalarico, por haber sido «letrados». Balduino III era, según se dice, el mejor jurista de su reino (ello le honora, pero no da una alta idea de las capacidades de los otros juristas, ya que lógicamente tenía otras cosas que hacer que estudiar Derecho).

El mismo Guillermo nos transcribe una conversación que tuvo con el rey Amalarico, el cual, un día en que estaba enfermo y se aburría, hizo acudir junto a él al arcediano Guillermo para hablar de «cosas que tocaban a la divinidad». Pidió entre otras cosas al arcediano que «demostrara por la razón» la inmortalidad del alma. Como Guillermo se refiriese a las Sagradas Escrituras, el rey le pidió que dejara a un lado este argumento, porque no tenía valor para los no cristianos. Guillermo «le respondió: "Os lo demostraré [...]. Imaginaos que sois uno de estos infieles y contestadme cómo lo haría él: sabéis perfectamente que Dios exis-

te". "Es verdad, dijo el rey". "Posee todo el Bien en Él; de otra manera no sería Dios, si le faltase algo que fuese un bien. Así pues, es justo; devuelve el bien por el bien y el mal por el mal; de otra manera no obraría con justicia". El rey dijo: "No dudo de que así sea". Guillermo continuó: "Veis que no obra siempre así en este mundo, porque los hombres buenos sufren en esta vida muchos tormentos [...]. Los malos son ricos y poderosos y gozan de toda clase de placeres [...]. Así pues, veis que Nuestro Señor no hace justicia a los hombres en esta vida. Pero sabed que lo hará en la otra vida, pues de otro modo los malos serían recompensados y los buenos castigados; así pues, habrá otra vida donde los que han hecho bien recibirán su recompensa y los otros pagarán por sus crímenes". Cuando el rey oyó esto, fue invadido por una gran alegría y dijo que contra estos argumentos nadie podría defenderse y decir que no hay vida futura» (pp. 886-888).

Este texto es interesante desde el punto de vista del carácter de Amalarico, cuyo espíritu serio y vagamente escéptico apreciamos. La simplicidad de la argumentación de Guillermo y la fácil satisfacción de Amalarico muestran que ni el arcediano ni el rey se sentían atraídos por las sutilezas filosóficas y metafísicas. Un árabe, si se hubiese planteado la cuestión de la inmortalidad del alma, hubiera quizá dicho también: «Demostradme que Dios existe y que tiene que ser necesariamente justo». Porque, en esta misma época, ciertos pensadores musulmanes llevaban muy lejos la melancolía de la duda y la angustia ante el destino del alma.

Guillermo de Tiro parece haber sido uno de los hombres más finos y más cultivados que haya dado la Siria franca; a decir verdad, no podría medirse sobre este ejemplo el nivel intelectual de los francos, aunque fuesen clérigos; un hombre notable debe ser siempre considerado aparte, y Guillermo, por el vigor de su inteligencia y la nobleza de su carácter, hubiese hecho honor a cualquier país y a cualquier época. La Siria franca no produjo

ningún otro escritor de talento y tuvo la desgracia de no ver a este hombre a la cabeza de su Iglesia en un momento en que se decidía el destino del reino. Excomulgado por Heraclio, su afortunado rival, Guillermo se había dirigido a Roma en 1184 para pedir al Papa la revisión de su sentencia (sin duda con la intención de comprometer a la Santa Sede a intervenir en los asuntos de la Iglesia de Jerusalén); pero murió apenas llegado a Italia y se habló de un crimen: Heraclio, temiendo las revelaciones del arzobispo de Tiro, lo habría hecho envenenar por su médico. El gran prelado no habría de asistir a la caída del reino; pero, con el corazón lleno de dolor; la había previsto. Ernoul le atribuye estas palabras, dictadas quizá por una legítima cólera contra el extraño patriarca de Jerusalén: «Jerusalén fue reconquistada por un Heraclio[80]; y bajo el reino de otro Heraclio será perdida».

Sabemos pocas cosas sobre los orígenes de Guillermo, al margen de que se le cree hijo de burgueses de origen italiano y nacido en Jerusalén. Un clérigo no tiene otra patria más que la Iglesia; pero Guillermo era un patriota de la tierra franca, orgulloso de la belleza de sus ciudades, de la riqueza de sus campos, de la antigüedad de sus santuarios, sin contar el «más santo lugar del mundo»: el Santo Sepulcro. Había pasado varios años en Occidente, donde había sido enviado por sus superiores, quienes veían en él a un hombre particularmente dotado; tenía unos treinta y cinco años cuando volvió a Siria y ascendió rápidamente. Su inteligencia y sus vastos conocimientos debían de inspirar tanta más admiración cuanto que no eran frecuentes en los medios eclesiásticos de Siria: porque parece ser que Guillermo no estaba dotado para la intriga ni devorado por la ambición, y vio, además de su gran trabajo como historiador emprendido por petición del rey Amalarico, confiársele la educación del príncipe heredero y misiones diplomáticas en Roma y en Bizancio. Fue nombrado en 1174 canciller del reino, luego arzobispo de Tiro y a punto estuvo de llegar a ser patriarca. Era mucha actividad para

un solo hombre, si pensamos que además de su *Historia del reino de Jerusalén* había escrito otras obras, en particular una *Historia de los príncipes orientales*[81] en la que relataba la historia de los diferentes reinos musulmanes. Historiador ante todo, Guillermo de Tiro no fue ni un teólogo ni un filósofo; fue un moralista, dotado de un juicio muy seguro, de un gran conocimiento de los hombres y de una auténtica amplitud de espíritu; y en esto da testimonio de la Siria franca, donde la coexistencia de civilizaciones diferentes había permitido entrever la posibilidad de un humanismo fundado en el conocimiento y el respeto mutuo de los pueblos. El hecho es raro. Entre el cristianismo y el islam, este tipo de comprensión existió en España antes del siglo XII; y en la Siria franca estuvo a punto de desarrollarse de una manera más visible aún y con mayores consecuencias.

Usama, al hablar de los monjes cristianos (latinos) de San Juan de Sebaste, declara: «Fui allí testigo de un espectáculo que conmovió mi corazón, pero me entristecí y sufrí por no haber visto nunca en los musulmanes un celo como el suyo[82]». En el terreno religioso por lo menos, los francos, a pesar de la falsedad de su doctrina, no podían ser vistos por los musulmanes como simples bárbaros; como los musulmanes no podían ser tampoco para los latinos unos «incrédulos»: el fervor religioso da testimonio por sí mismo y no engaña. Hemos visto que, para los francos acostumbrados al país, era natural el respetar la oración del prójimo y admitirla por consiguiente como una oración real. Una iglesia no se consideraba profanada porque los fieles del Corán veneraran en ella a Dios según los preceptos de Mahoma. Como sabemos, los francos no pecaban tampoco de indiferencia hacia su propia fe; su actitud era simplemente la de los cristianos indígenas, aunque tenían en ello más mérito, porque eran, a pesar de todo, vencedores. Pero el Occidente latino no comprendió nunca esta actitud y no la adoptó jamás.

Capítulo 12

Cristianos de Oriente

Francos y cristianos

Los francos no eran «colonizadores» en el sentido que hoy damos a la palabra. En los tiempos modernos y en particular después del descubrimiento de América, este término tomó un sentido peyorativo o glorioso según la opinión de los que de él se servían, pero bien definido: un pueblo conquistador —y occidental— se apodera, en general por la fuerza, de territorios habitados por otros pueblos no occidentales, impone sus propias leyes en la medida de lo posible, explota las riquezas del país para su provecho y domina con la certeza de ser el más civilizado y superior, tanto en el plano religioso como en el racial o en el técnico. Este pueblo «coloniza» el país. Hubo colonizaciones violentas, en las que los nativos eran aniquilados casi por completo o reducidos a la esclavitud y desposeídos de sus bienes, y colonizaciones más suaves, en las que el indígena conservaba una parte de su autonomía, pero era tratado deliberadamente como inferior y, como tal, explotado.

El sentimiento de superioridad cristiano es de fuente romana y bizantina; en el siglo XII no existe todavía en Occidente. Los francos, demasiado débiles para intentar imponer su religión, demasiado poco civilizados para imponer su civilización y demasiado poco organizados para explotar a fondo el país conquistado, fueron una clase dirigente, un ejército, una minoría étnica, pero no una potencia colonizadora.

No eran unos opresores; pero, como toda fuerza militar y además extranjera, despertaban pocas simpatías. Los campesinos, a los que trataban bastante bien, estaban siempre dispuestos a levantarse contra ellos: los musulmanes, por fidelidad a su fe; los

sirios, por razones más complejas, a la vez hostilidad religiosa y temor a las represalias de los turcos. Los griegos los detestaban, con el orgullo de cristianos de raza (o sea, de religión) superior sometidos a unos cristianos extranjeros; sólo los armenios, a pesar de las múltiples expoliaciones de que los francos habían sido culpables hasta 1120, eran conscientes de que existía una solidaridad de intereses entre ellos y los latinos; y durante el siglo XIII los principados francos de Trípoli y de Antioquía se armenizaron progresivamente, e incluso los armenios se afrancesaron, gracias a una completa política de matrimonios y de alianzas, de guerras feudales y de reconciliaciones.

En el norte de Siria existía una feudalidad armenia; pero ni en Siria ni en Palestina existía una feudalidad siria ni griega. Si los francos no pudieron en Palestina integrarse a la vida del país, fue porque no existía una clase dentro de la población a la cual les fuese posible integrarse: los feudales de aquellas provincias eran musulmanes y, por tanto, gentes con las cuales no les era posible concluir alianzas matrimoniales.

En la historia de la dominación franca de Siria —en lo que concierne a las poblaciones civiles—, no hay que perder nunca de vista la preponderancia constante del factor religioso. Es cierto que los historiadores que trataron de estos acontecimientos fueron todos eclesiásticos o, si eran musulmanes, juristas que se sentían estrechamente ligados a los intereses de la religión; es decir; por lo menos en teoría, no se hacía ninguna diferencia entre religión y política. Los que, conscientemente o no, adoptaban otro punto de vista, pasaban en general por gentes sin fe ni ley: eran los grandes comerciantes y los ladrones —y si nos está permitido citarles de esta manera irnos al lado de otros es porque el gran comercio, en aquella época, estaba más cercano en espíritu de la piratería que del orden feudal, aunque fuera el más imperfecto.

Hemos visto lo que había podido ser la actitud de los mercaderes genoveses de Alejandría respecto de los emigrantes de la Siria franca: una falta de solidaridad humana o cristiana, causada por el fanatismo exclusivo de las ganancias. «Entre nuestros enemigos —escribía Saladino en 1175—, había también soldados de Venecia, de Pisa y de Génova, pero todos ellos tan pronto se comportaban como unos guerreros, que provocaban terribles daños y actuaban con un odio inextinguible, como ejercían de viajantes que se imponían al islam por medio del comercio y escapaban al rigor del reglamento… Hemos establecido contactos con ellos y concluido tratados de paz muy ventajosos». (Dos *jardines*, I, p. 170). El capitalismo comercial musulmán o cristiano es por lo común olvidado por los historiadores contemporáneos, que dan explicaciones de orden moral y religioso, incluso a las operaciones más claramente inspiradas por intereses comerciales, como la agresión de Venecia a Constantinopla. Si existe en ello un error de visión, es debido en realidad a que los móviles de orden económico pasaban por tener sólo un carácter secundario y parecían subordinados a las cuestiones de prestigio y de orgullo nacional o religioso.

Los cruzados, por lo menos una buena parte de ellos, habían llegado a Siria con la esperanza de enriquecerse a expensas de los orientales; éste era el derecho del soldado vencedor. Aprovechándose de este mismo derecho, los clérigos del ejército expropiaron al clero local, al sirio y sobre todo al griego, la mayor parte de sus riquezas; pero estas riquezas iban emparejadas con la supremacía de los griegos en el patriarcado de Jerusalén; y, si los latinos no hubiesen arrebatado a los griegos ni un solo céntimo, estos últimos hubieran sentido amargamente la humillación de ver sus oficios despreciados y sustituidos en las iglesias por oficios latinos. Esta humillación era grave y difícil de soportar; los latinos habían, al principio, llevado su arrogancia hasta el punto de suprimir todos los demás oficios cristianos en la Iglesia del

Santo Sepulcro y, según Mateo de Edesa, fue necesario un milagro para forzar a los francos a una actitud más tolerante. Las lámparas del Santo Sepulcro, que se encendían solas el Sábado Santo, no quemaron en 1101, y este hecho fue interpretado como un presagio de desgracia y un signo de la cólera divina; y no volvieron a encenderse hasta que los francos hubieron devuelto a los cristianos indígenas una parte de sus privilegios.

En realidad, los francos mantenían buenas relaciones con los clérigos locales; pero estos últimos, sobre todo los griegos, no por ello dejaban de sentirse oprimidos. Los sirios y los armenios podían todavía alegrarse de la relativa tolerancia de los obispos y de los príncipes francos; los griegos no podían exigir menos que una igualdad total de derechos, e incluso la supremacía. Sabemos que en 1187 la población melquita de Jerusalén rogaba por Saladino y estuvo a punto de sublevarse y de lanzarse a la matanza de la población franca; y no había más razón para ello que un odio religioso, desinteresado por así decirlo, porque los cristianos de rito griego no estaban ni sometidos al impuesto ni veían sus libertades restringidas, ni eran maltratados ni humillados de manera alguna: pero sus oficios eran celebrados sólo de cuando en cuando en las principales iglesias y como por tolerancia. Era más que suficiente para justificar el odio más vivo.

Los sirios

Las crónicas de Miguel el Sirio y Mateo de Edesa cuentan cada una la historia de un pueblo o, lo que es lo mismo, de una comunidad religiosa; los acentos nacionalistas son más fuertes en el armenio mientras que los acentos religiosos lo son en el sirio. Paralelas, en cuanto a los acontecimientos, a las de los cronistas musulmanes y latinos, relatan los mismos hechos sin olvidar jamás que el pueblo más digno de interés, aquel cuya historia tiene más importancia, es el suyo propio.

Los sirios (jacobitas) estimaban que sólo ellos tenían derecho al nombre de cristianos. Los otros eran calcedonianos: griegos, latinos o armenios eran todos ellos herejes, a causa de su doctrina errónea sobre la naturaleza de Cristo. Esta herejía era tan grave en sí misma que la de los musulmanes resultaba apenas más odiosa. Los francos tenían el gran mérito de no levantar demasiadas discusiones sobre la fe. Pero sus prelados, orgullosos y ambiciosos, tendían a subyugar a las Iglesias cristianas, y por fortuna ocurría que los príncipes francos llegaban a dar a veces la razón a los prelados jacobitas contra los obispos latinos.

Es bastante evidente que los sentimientos de los sirios respecto de los francos oscilan sin cesar entre la simpatía y la hostilidad, y que para este pueblo sometido la dominación de los turcos parece a veces preferible: los turcos no les imponen una Iglesia cristiana rival; por el contrario, admiten tácitamente la primacía de la Iglesia jacobita sobre las demás, allí donde los jacobitas están en mayoría, e incluso allí donde son los menos fuertes, como en Edesa y, por consiguiente, los menos peligrosos. («Dios socorre a nuestro pueblo», escribirá Miguel el Sirio, *R. H.* C., Or., III, p. 339, en ocasión del terremoto de 1170, cuando las iglesias jacobitas de Antioquía permanecieron en pie mientras que las basílicas latina y griega se hundieron, «quizá porque no había entre nosotros ni rey ni rico». Ni reyes ni ricos, ya que los únicos jefes de la comunidad eran los prelados, bastante ricos de por sí. Los únicos tesoros de los jacobitas eran sus iglesias y sus conventos, sus reliquias, sus *libros*, los ornamentos y objetos dedicados al culto).

Esta población de campesinos, artesanos y comerciantes debía sólo fidelidad a una aristocracia de obispos y de monjes, sometida a su vez al patriarca. Los acontecimientos que apasionaban a la vida interior de esta comunidad cristiana (una de las más antiguas del mundo cristiano) eran en primer lugar disputas eclesiásticas, la influencia que sus prelados podían tener en los asuntos

públicos, la mayor o menor consideración que a su religión concedían los diferentes gobiernos. Sería injusto acusar a los jacobitas de «traición» o de «defección» cada vez que se muestran hostiles a los gobiernos cristianos y favorables a los turcos, porque eran, como los judíos, un pueblo falto de existencia política y ligado únicamente a su religión, dispuesto a respetar cualquier poder que le garantizase el máximo de independencia moral.

Sabemos que, después de la primera toma de Edesa, Zenghi, que tenía fama de cruel, supo ganarse a la población jacobita de Edesa por medio de una meritoria clemencia. Sin embargo, a un guerrero victorioso no le era fácil arrancar a sus oficiales el rico botín de que se habían apoderado. Ibn al-Athir (p. 445) menciona, a título de ejemplo, el descontento de un emir que se vio forzado a renunciar a una hermosa muchacha que se había adjudicado como esclava; la cual, en la segunda toma de Edesa, había de convertirse de nuevo en su presa y ya no le sería arrebatada. Todos los conquistadores comprendían lo que el respeto por sus bienes y sobre todo por su religión podía significar para los sirios, este pueblo eternamente humillado. Cuando querían, los musulmanes resultaban más hábiles en el manejo de esta carta que los francos, al no tener a su lado a un clero cristiano celoso de sus propios privilegios. «Viendo que el obispo era animoso y hablaba el árabe de modo agradable [la comunidad de lengua era un lazo más entre musulmanes y jacobitas, porque el árabe se había prácticamente convertido en la lengua vulgar de los sirios], Zenghi mandó revestirlo con su túnica y lo hizo entrar en su tienda. Consiguió que le aconsejara para la reconstrucción de la ciudad [...]. Zenghi honró a Basilio, le confió la ciudad para repoblarla y llevó habitantes a ella. Mientras Zenghi reinó en Edesa, es decir, hasta su asesinato, el venerable obispo fue muy influyente». (Miguel el Sirio, III, II, p. 262). «Zenghi fue a Edesa y vivió en ella durante algún tiempo. Animaba a los sirios que se encontraban en la ciudad. Estaba dispuesto con toda su alma a usar

de la misericordia hacia los cristianos [sirios] que vivían en ella». (*Op. cit.*, p. 263).

¿Por qué, ante una actitud tal por parte de los señores turcos, los jacobitas habían de preferir a los francos? Estos últimos tenían también en Edesa a su arzobispo, el cual, en ausencia del conde, asumía el gobierno; tenía la primacía sobre los demás prelados y poseía inmensas riquezas. En el momento del sitio de Edesa, el arzobispo latino Hugo se negó a ofrecer su tesoro para pagar a los soldados, lo cual levantó la legítima indignación por parte de los sitiados, armenios y sirios, que se defendían valientemente y pagaban sobre las murallas con sus propias personas. El arzobispo resultó muerto durante la refriega que siguió a la toma por asalto. El obispo jacobita llevado ante el vencedor, medio desnudo, arrastrado por una cuerda, vio cómo se le confiaba la administración de la ciudad; esta plaza, a los ojos de los sirios, le era debida y le había sido siempre negada por los cristianos.

Hay que notar que el elemento sirio era favorable a los musulmanes, sobre todo en las localidades donde existía una fuerte minoría armenia, y todavía más allí donde los armenios estaban en mayoría. Los armenios inspiraban a los jacobitas todavía más odio que los francos. En el condado de Edesa, donde los Courtenay —Jocelin I y Jocelin II— habían llegado a vivir con buena inteligencia con unos y con otros, los sirios no dejaban de sentir como una afrenta la preferencia de los príncipes francos por los armenios; y Jocelin II, más armenio que franco, era ya odiado como armenio.

Cuatro años después de la caída de Edesa, Jocelin II se presentó en el convento jacobita de Mar Barsuma con sus guerreros francos y armenios, lo saqueó completamente, llevándose «los vasos de plata, las patenas, los cálices, las cruces, los incensarios, los candelabros, los evangelios y los libros» y todo lo que pudo encontrar «de oro, de plata, de cobre, de ornamentos, de tapices», y llevó consigo a Turbessel, como esclavos, a una parte de

los monjes, tras haber distribuido el botín entre sus compañeros. Ello constituyó más una venganza de armenio que un acto de bandidaje de un franco. Jocelin reprochaba a los sirios jacobitas su traición a sus compañeros armenios, y quería mostrar públicamente su desprecio por Mar Barsuma, el santo de los jacobitas. San Barsuma había de triunfar sobre su agresor: no sólo se apareció en sueños a varios caballeros amenazando al impío conde con la cólera divina, sino que le persiguió hasta la muerte, según los testimonios de los cronistas sirios. Jocelin, cegado y hecho prisionero, fue, durante los nueve años de su cautiverio, privado de los auxilios de la religión y en su lecho de muerte se le negó la presencia de un sacerdote latino o armenio; y fue un obispo jacobita quien le dio la absolución, después de haberle obligado a reparar la ofensa a san Barsuma (Miguel el Sirio, p. 295).

En general, los príncipes francos tenían la sagacidad de no unirse a la causa de una Iglesia local contra otra y se esforzaban en ser árbitros imparciales en las luchas eclesiásticas. Conocemos los repetidos esfuerzos de Jocelin I para reconciliar al obispo jacobita de Edesa con su patriarca, que le había excomulgado. Jocelin se cuidó tanto de favorecer a los armenios en detrimento de los jacobitas que en 1130 el obispo sirio Juan Maudiana, elegido patriarca, vino ex profeso a hacerse consagrar a la iglesia latina de Turbessel, y hacer así honor al conde de Edesa, que por su influencia había contribuido a su elección. En 1137 la reina Melisenda intervino en favor de la comunidad jacobita de Jerusalén, durante un litigio del obispado jacobita con un caballero franco llamado Gauffier, que se había apoderado antaño de dos pueblos que habían pertenecido a dicho obispado y volvía para reclamarlos después de treinta y tres años de cautiverio en Egipto; la reina hizo desagraviar al caballero y devolvió los pueblos a los sirios. No sólo Melisenda, sino los otros príncipes y reyes francos, e incluso las órdenes militares, hicieron donaciones de tierras a los prelados y a los conventos indígenas. La misma princesa

Constancia de Antioquía dedicó una iglesia a san Barsuma. Es cierto que los turcos no hubieran llevado su mansedumbre hasta tan lejos; la actitud de los francos no respondía sólo a planes políticos. Eran cristianos. Lo que es sorprendente no es que hubiesen inspirado sentimientos hostiles a los otros cristianos, sino que hubiesen inspirado tan pocos.

Armenios, griegos y sirios

Al leer a los cronistas armenios y sirios, podría creerse que todo el mal de la tierra venía de los griegos; y no tanto de los emperadores y de sus generales como de los patriarcas, metropolitanos y obispos ortodoxos, y de los griegos del país, invariablemente pérfidos y animados por el odio hacia los cristianos. Estaban siempre a punto para alegrarse de las desgracias de los jacobitas; se afligían cuando los cristianos tenían motivos para alegrarse. Así, Miguel el Sirio, a propósito del milagro de san Barsuma y de las solemnidades que se ordenaron con ocasión de la consagración de la iglesia, dice: «En esta consagración se encontraron presentes el príncipe de Cilicia, Thoros, la princesa de Antioquía, los príncipes francos, el pueblo de los armenios y de los sirios y una multitud de clérigos, de diáconos y de monjes, tanto de los nuestros como de los francos y de los armenios. Pero los griegos llenos de odio se afligían en medio de sus celos». (*Op. cit.*, p. 304). Tanto en Antioquía como en Jerusalén, el odio que inspiraban los griegos era el mejor comodín de los francos con respecto a la población siria; los armenios del condado de Edesa preferirán exiliarse antes que pasar bajo la dominación griega.

Hemos visto cómo un Thoros o un Gabriel, que, siendo dignatarios del imperio, habían tenido que abrazar la fe ortodoxa, no tenían la consideración de sus propios compatriotas, cuya libertad sin embargo defendían; y, con todo, la doctrina de la Iglesia armenia no estaba muy alejada de la Iglesia griega, y entre los armenios el nacionalismo era más fuerte que el sentimiento religioso. Así pues, estos príncipes armenios eran doblemente

odiados por los jacobitas, como armenios y como griegos. En 1180, Gabriel había contribuido a la elección del patriarca jacobita Atanasio VII, mientras que otro prelado le ofrecía ricos presentes; y, cuando este príncipe se adelantó ante el patriarca para recibir su bendición, Atanasio lo rechazó con desprecio: «Retírate, porque eres griego y nosotros somos sirios». Este desprecio era el único lujo que podía permitirse una comunidad oprimida. Los soberanos turcos no pensaban en pedir la bendición de los prelados sirios, y eran infinitamente menos detestados. Pero Gabriel, «por griego que fuese», era un auténtico armenio, y los armenios odiaban a los griegos.

En 1179 el príncipe armenio Kakig II, hermano del *katholikos*, se apoderaba de la ciudad griega de Cesarea, detuvo al obispo griego de esta ciudad y le hizo morir encerrándolo dentro de un saco con un perro rabioso. Poco tiempo después, Kakig caía en una emboscada que le tendieron los griegos y fue ejecutado. Los armenios hacían una guerra feroz contra los griegos, incesantemente complicada por alianzas temporales contra los agresores turcos; desposeídos de una parte de sus tierras en la Gran Armenia, de donde los griegos les habían eliminado pensando poder así defender mejor el país, los armenios habían emigrado en masa a Cilicia en el siglo XI, como hemos visto, y allí su política era a la vez coherente y contradictoria. Más hábiles que los francos, jugaban sin cesar en los dos tableros, sometiéndose tan pronto a los griegos como a los turcos, y no pensando en realidad más que en preservar su propia independencia y en agrandar sus dominios.

Pueblo —hecho raro en la época— más ligado a sus particularidades nacionales que a su religión, los armenios detestaban en Bizancio al gran imperio centralizador y burócrata que exigía la unidad religiosa en nombre de la unidad del Estado. Había sin embargo jefes armenios que se convertían por política; pero, claro está, nunca se convirtieran al islam. Rara vez se les vio vol-

verse seriamente hacia, la alianza turca; a lo sumo llegaban, como Thoros, a ofrecer a los turcos un tributo para que les dejaran en paz. Al no set, como los sirios, unos eternos oprimidos, sino unos dominadores en potencia y a menudo de hecho, tenían todavía más que perder sometiéndose a los turcos que aceptando una lejana soberanía griega.

En el plano religioso, sus divergencias con el dogma ortodoxo no eran infranqueables: la prueba está en la relativa facilidad con que aceptaron unirse a la Iglesia de Roma, cuya doctrina era prácticamente idéntica a la griega. En cambio, nunca hubieran pensado en someterse a la Iglesia griega: una tal sumisión, aunque aceptable desde el punto de vista dogmático, les hubiera parecido el colmo de la humillación. Ni Mateo de Edesa ni los otros autores armenios pecan por un exceso de fanatismo religioso; para ellos el enemigo es siempre el turco en primer lugar, luego el griego, y el franco en tercera posición, y esto menos por razón de las divergencias religiosas que por razón de las crueldades y las violencias que habían cometido contra el pueblo armenio. Finalmente, la alianza política y militar con los francos había de llevar como consecuencia la adhesión de los armenios a la Iglesia romana, adhesión formal quizá, pero gesto lleno de significación. Los armenios eran los únicos pueblos de Oriente Próximo que se acercaban a Occidente, y lo hacían por hostilidad hacia los griegos.

Los derechos de los griegos

Ningún autor griego de Siria ha dejado recuerdos ni crónicas que traten de la dominación de los cruzados en Oriente. Los historiadores bizantinos del siglo XII, originarios de Constantinopla o de Asia Menor, olvidan en general los acontecimientos de Siria, y tratan sobre todo de la política occidental del imperio y de las guerras con los selchuquíes. Ana Comneno había sido la única que había hablado de las Cruzadas, y aún había visto en ellas un fenómeno inquietante, interesante y asombroso, pero des-

pués de todo secundario. Sobre la Cuarta Cruzada —la de 1204—, los testimonios griegos abundan, lo que resulta muy natural; pero en aquella ocasión no se trataba de Tierra Santa, ni de Jerusalén ni de los intereses del imperio en Palestina.

Los acontecimientos daban la razón a Ana Comneno. Toda esta avalancha de bárbaros occidentales hacia el este era, en sus diversos aspectos, una vasta empresa que tenía por objeto la destrucción del Imperio romano de Oriente, y estos pretendidos cristianos eran más peligrosos que los musulmanes.

Ésta era, *grosso modo*, la opinión de los griegos acerca de las Cruzadas. No estaba falta de exactitud, si es que se considera el conjunto de los hechos con perspectiva histórica. Como todo gran imperio, Bizancio se consideraba el centro del mundo; el único país verdaderamente civilizado, el único que poseía la verdad en materia religiosa, heredero de la grandeza romana, del pensamiento griego, de la revelación cristiana; el imperio erigía como era natural la preocupación por sus propios intereses en ley moral, y la expresión de «perfidia bizantina» hubiera sido inconcebible para un griego. El más orgulloso de los Estados totalitarios de nuestra época no podría jamás igualar a Bizancio en esta tranquila conciencia de sus derechos soberanos, este inarrancable sentimiento de superioridad. Sentimiento religioso en gran parte, pues la Iglesia era una Iglesia de Estado, el emperador era el jefe laico de la Iglesia y, si Bizancio no era propiamente hablando una teocracia, intentaba serlo, uniendo al absolutismo romano el ideal teocrático del judaismo, mezclado de recuerdos de despotismo oriental. Sabemos que la realidad en el siglo XI y en el XII desmentía esta orgullosa certidumbre; pero no hay nada tan contrario al espíritu de un gran pueblo como el reconocimiento de su propia debilidad; para llegar a ello son necesarios varios siglos de decadencia seguidos de varios siglos de esclavitud. Acosados en todos los frentes, perdiendo una provincia tras otra, continuamente en plena crisis económica y al borde de la

ruina, los soberanos de Constantinopla se comportaban siempre como dueños del mundo. Y la alta sociedad griega concedía más importancia a las intrigas de corte y a las luchas de partidos que dividían la capital que a los combates llevados a cabo por los ejércitos en las puertas del imperio.

Pero en las provincias del Oriente Medio, perdidas por el Imperio bizantino en el siglo VIl, quedaban incluso después de varios siglos de dominación islámica minorías griegas o de rito griego; no sólo en Palestina y en Siria, sino en Mesopotamia y en Egipto. Quedaban también en Italia y en Sicilia, donde Bizancio disputaba continuamente el terreno a la vez a los árabes y a los normandos.

Heraclio en el siglo IX y Nicéforo Focas en el X habían logrado confinar a los árabes en Siria y, si no alcanzaron Jerusalén, no por ello su objetivo había dejado de ser no sólo la conquista de Tierra Santa, sino también la de Egipto. No era una Cruzada, sino la afirmación por medio de las armas de los derechos del imperio. Sabemos que a finales del siglo XI Alejo Comneno no miraba tan lejos: Qilich-Arslan había instalado su capital en Nicea, casi enfrente de Constantinopla. Con la ayuda de los cruzados, los griegos lograron arrebatar de nuevo a los turcos una gran parte de sus provincias de Asia Menor y, si el primer golpe asestado al selchuquí de Anatolia fue obra de los cruzados, fue en realidad Alejo Comneno quien reconquistó estas provincias. No es necesario decir que sus ambiciones no acababan allí; sabemos que no admitió jamás ninguna posibilidad de compromiso respecto de Antioquía; no soñaba con la conquista de Jerusalén, a falta de medios suficientes para mantenerse en ella; pero para Bisando Palestina era, por derecho, provincia del imperio, y en 1142 Juan Comneno no dejó de hacer valer sus derechos implícitos sobre Jerusalén.

No todos los griegos de Siria eran de nacionalidad griega: en el sur, en la provincia de Jerusalén, la mayoría de los cristianos

de rito griego eran sirios. Los griegos eran numerosos en la provincia de Antioquía y en Cilicia. Para Bizancio, todos eran, en principio, súbditos del imperio, sometidos —bajo un gobierno extranjero— a sus obispos y patriarcas nombrados en Constantinopla; el emperador; como jefe temporal de la Iglesia, era directamente responsable de ellos, y no en vano, en su país, eran tratados de «melquitas», es decir, súbditos del rey y, por consiguiente, bizantinos; y su lealtad hacia Bizancio no se vio jamás desmentida.

Hemos visto cómo, en tiempos de Tancredo, los ejércitos bizantinos pudieron tomar fácilmente a los francos numerosas plazas en Cilicia y en los alrededores de Antioquía, gracias a la población griega local que espontáneamente les abría las puertas y se ponía bajo su protección. Incluso en Antioquía, el partido griego fue siempre poderoso y, si favoreció las revueltas de la princesa Alix, si contribuyó a la reconciliación de Raimundo de Poitiers con Juan Comneno, si supo ganarse para su causa una parte de los barones francos, fue en general objeto de sospecha y tanto más despreciado cuanto que representaba una fuerza real. Los turcos, durante su breve ocupación de la ciudad habían eliminado de ella a la nobleza griega, casta militar por definición y poco numerosa, ya que en 1170 el gobierno era confiado a un general armenio, Filaretos. Los griegos de Antioquía eran, pues, clérigos, comerciantes, artesanos, si es posible agrupar en esta última categoría a los técnicos y a los artistas.

Hemos dicho más arriba que su presencia no es atestiguada por los autores de la época más que en ocasión de sus manifestaciones de hostilidad, ya sea para con los francos, o para con otros cristianos. Se trataba, no obstante, de una parte importante de la población, importante a la vez por el número y por su nivel económico y cultural. Se fingía ignorarles; ellos mismos se mantenían apartados de los otros por orgullo y por prudencia. Pero tuvieron una gran satisfacción: Bohemundo III, su príncipe fran-

co, cuñado del emperador Manuel, llegó en 1165 de Constantinopla acompañado de su patriarca, el titular de la silla patriarcal de Antioquía, el cual no había puesto nunca los pies en ella y residía en la corte del emperador: el imperio no había reconocido jamás la autoridad de los patriarcas latinos y continuaba nombrando prelados griegos que heredaban el título de Juan IV, antaño expulsado por Tancredo; y los habitantes griegos de Antioquía estaban sometidos a la autoridad de patriarcas en el exilio. Atanasio II, patriarca de Antioquía, había bendecido el matrimonio del emperador Manuel con la princesa María de Antioquía, afirmando así sus derechos de patriarca latino. Bohemundo III, prisionero de Nur al-Din, liberado gracias a su lazo de parentesco con el emperador había ido al encuentro de su poderoso cuñado para pedirle que le pagara el rescate. Manuel no sólo pagó, sino que además colmó al joven príncipe de regalos; la restauración del patriarca había de sellar el buen entendimiento entre las dos eones, y Atanasio II fue solemnemente entronizado en la ciudad, a despecho del patriarca Aimerí y de todo el clero latino. En medio de su indignación (legítima, ya que no podía haber dos patriarcas para una misma ciudad), Aimerí puso Antioquía en entredicho, y se retiró a su castillo de Qusayr.

Se habla más de la cólera de los francos y de la solidaridad del clero jacobita respecto del patriarca exiliado que de la alegría de la población griega. Esta alegría había de durar poco tiempo: en 1170 un terrible terremoto destruyó la provincia. Fue, junto con el de 1157, uno de los más graves cataclismos del siglo. Ciudades enteras se convinieron en montones de escombros. Millares de personas perecieron. En Antioquía, una gran parte de las casas de piedra y de las iglesias se hundieron sepultando a cuantos se encontraban en ellas, pues el temblor fue tan brusco que nadie tuvo tiempo de huir. El patriarca Atanasio, que celebraba la misa en la catedral griega en el momento del siniestro, fue retirado de entre los escombros herido mortalmente. Y no sólo fue esto: el prínci-

pe Bohemundo, creyendo, como todos los francos, que la catástrofe era un castigo del cielo provocado por la entronización del prelado griego, «se afeitó la cabeza, se vistió con su saco, reunió al pueblo, y subió a Qusayr a pedir perdón al patriarca [Aimerí de Limoges]. Revestidos de cilicios fueron a postrarse a sus pies y a suplicarle que volviera a la ciudad porque sus anatemas habían sido la causa de la desgracia. Él les dijo: "Expulsad primero al patriarca griego, que es un intruso". Al ir a cumplir esta orden, encontraron al patriarca griego en su lecho de muerte. Pero el príncipe mandó que le llevaran en una litera fuera de la ciudad. El patriarca Aimerí volvió entonces a Antioquía, y la ciudad se consoló» (Miguel el Sirio, III, p. 339). Hay que suponer que los griegos de Antioquía fueron los últimos en considerarse «consolados» por este acontecimiento, pero su aflicción era indiferente a los francos, y era motivo de alegría para los sirios. De todas maneras, ya no se planteó la cuestión de colocar a un griego en el trono patriarcal de Antioquía.

Si los sirios no eran para los francos unos súbditos siempre seguros —a menudo los primeros cronistas latinos, e incluso Guillermo de Tiro, se lamentan de sus defecciones—, es evidente que los griegos eran un elemento francamente hostil. En los momentos críticos, después de una grave derrota o durante un sitio, eran sometidos a todas las humillaciones que se infligen a las gentes de quienes se sospecha que pactan con el enemigo; interrogatorios, arrestos, incluso ejecuciones y venganzas. En Antioquía, donde formaban más de la mitad de la población, se sentían como los primeros habitantes y los legítimos poseedores de la ciudad, oprimidos por una potencia extranjera; y se comprende la obstinación de los Comnenos en reclamar que Antioquía fuera puesta de nuevo en sus manos: defendían los derechos de sus súbditos, y ni siquiera la presencia de una numerosa colonia franca cambiaba demasiado el problema; los griegos de Antioquía, por su parte, tenían motivos para acusar más bien a los em-

peradores de demasiada suavidad. (Sabemos que, de 1870 a 1914, el problema de Alsacia y Lorena preocupó incesantemente a los franceses; esta comparación puede darnos una idea de la actitud de los griegos respecto a Antioquía).

En Jerusalén, el emperador estaba lejos, y los recuerdos de la dominación griega hacía tiempo que habían quedado olvidados; las relaciones con los señores francos eran, por consiguiente, menos tirantes. Sabemos que, a pesar de todo, eran hostiles. Y ello menos a causa de la conducta de los mismos francos que a causa de los odios de las comunidades cristianas rivales, que los francos favorecían en perjuicio de los ortodoxos. Aunque hubiesen adoptado la conducta más estrictamente imparcial, los ortodoxos griegos no podían sino estar indignados de verse puestos en el mismo plano que unos herejes; en tiempos de los musulmanes, gracias a la protección de los emperadores, se beneficiaban de un estatuto privilegiado. Bajo los francos, eran —aun siendo miembros de una Iglesia en principio hermana de la Iglesia de Roma — asimilados a los jacobitas, a los armenios, a los nestorianos, mas después de 1180 eran situados por debajo de los maronitas. Pero las negociaciones para la unión de las Iglesias y el fin del cisma se continuaban sin cesar y, hasta las Cruzadas, los latinos no hubiesen nunca puesto en duda la autoridad de un prelado griego. Dos de los reyes francos de Jerusalén se casaron con princesas griegas; y estas últimas no tuvieron ninguna influencia política, pues, si María Comneno la tuvo, no fue ni como reina ni como griega, sino como esposa de uno de los jefes de la nobleza local. Casadas muy jóvenes y reinas sólo durante algunos años, ni Teodora ni María tuvieron manera de transformar la actitud de la corte de Jerusalén respecto de la población ortodoxa local. De una manera bastante curiosa, Al-Imad menciona a María Comneno (con ocasión del relato de la caída de Jerusalén) como «una princesa griega que sentía devoción por el Santo Sepulcro» y que por esta razón no abandonaba Jerusalén. En realidad, María, ca-

sada con Balián de Ibelin, no debía gozar de las simpatías de la colonia griega de Jerusalén, pues sucedía que, mientras el mismo Balián, a la cabeza de la población latina, gastaba sus últimas energías en la defensa de la ciudad, los melquitas, dispuestos a sublevarse, deseaban la victoria de Saladino. Este solo detalle muestra con bastante claridad que una reconciliación entre los francos y la población griega era prácticamente imposible.

Fiel a su política de benevolencia para con todas las poblaciones cristianas, excepto los francos, al apoderarse de Jerusalén Saladino devolvió a los griegos que encontró en los distintos lugares los privilegios de que habían disfrutado sus antepasados antes de 1099. Es cierto que la ciudad volvía a ser musulmana, que la mayor parte de las iglesias iban a convertirse en mezquitas, pero griegos y jacobitas conservarían sus conventos, y era el obispo ortodoxo quien se convertiría en el jefe oficial de los cristianos de Jerusalén (ya no había francos, excepto algunos sacerdotes y monjes autorizados a permanecer cerca del Santo Sepulcro). Y la colonia griega se aprovechó con toda naturalidad de la expulsión de la población latina, porque hacía falta tiempo para repoblar la ciudad de musulmanes. ¿Podían unos cristianos alegrarse sinceramente al ver que la ciudad santa caía de nuevo bajo el yugo musulmán? Aquí, el sentimiento de los griegos era el mismo de las minorías herejes de Turquía perseguidas por Bizancio: más valía la dominación de los infieles que la de una Iglesia rival. Los francos, a decir verdad, no perseguían; pero su clero era arrogante y celoso de sus privilegios.

Sólo una amplia política de reconciliación de las Iglesias, una colaboración entre el papado y el patriarca de Constantinopla y una intervención enérgica de una y otra en los asuntos de Palestina hubiesen quizá podido acabar con este inevitable antagonismo; pero ni Roma ni Constantinopla se ocupaban de la suerte de las minorías cristianas de Oriente; las dos buscaban, a lo largo del siglo XII, resolver la cuestión de Siria en el plano militar o es-

trictamente político. En este plano, había tan pocas posibilidades de acuerdo entre el Oriente y el Occidente cristianos que los reyes de Jerusalén, que fueron los únicos que intentaron en toda la mitad del siglo XII un acercamiento con Bizancio, se vieron sistemáticamente entorpecidos en esta empresa por sus aliados de Occidente y por sus propios vasallos. Los griegos de Judea y de Galilea no esperaban poderse volver a encontrar un día bajo el dominio de los emperadores bizantinos; durante siglos se habían acostumbrado a considerar la dominación musulmana como normal y legítima. En 1099 habían acogido ellos también a los libertadores latinos con alegría, yendo a su encuentro cantando himnos y llevando oriflamas y cruces; no podían olvidar la afrenta que les había sido infligida en aquel momento.

Los desastres de la guerra o la suerte de los indígenas cristianos

1. Un país dividido

Todos los cronistas han constatado que el gobierno de los francos de Siria fue en general humano y razonable; que trataban a las poblaciones de los países ocupados aproximadamente como hubiesen tratado a burgueses y campesinos de sus propios países e incluso a veces de una manera más liberal. Tenían que enfrentarse con susceptibilidades nacionales y religiosas y, sabiéndose extranjeros, reconocían a sus súbditos el derecho de vivir sometidos a sus propias leyes. Pero lo que sí es cierto es que su presencia era por sí misma una fuente de graves problemas, cuando no lo era de verdaderas calamidades, porque habían llegado al país como una fuerza armada y conquistadora y hacían la guerra sin cesar.

Estas guerras, ofensivas y defensivas, y casi todas inevitables por la misma naturaleza de la sociedad franca, perturbaban gravemente la vida de las regiones donde se hacía la guerra; el país no era muy extenso; si hubo ciudades y campos que tuvieron la

suerte de permanecer durante docenas de años alejadas de las operaciones militares, muchas localidades en cambio fueron tomadas y vueltas a tomar, o sitiadas, o arruinadas por el incendio de los campos cultivados y el robo de ganado, en ocasiones más de diez veces a lo largo del siglo. Ya fuera franco, turco o egipcio, un ejército ocasionaba sensiblemente los mismos daños. No eran los francos quienes habían llevado la guerra al país; estaba ya instaurada en él desde hacía más de treinta años.

Las Cruzadas eran guerras; y como tales causaron todas las desgracias que han causado siempre las guerras. Además eran, si no guerras de religión, por lo menos guerras entre pueblos de religiones diferentes. Esta diferencia de religiones fue una causa suplementaria de desgracias para la población civil.

Los civiles musulmanes, como puede suponerse, sufrieron principalmente los primeros ataques de los ejércitos cruzados: los soldados estaban animados por un verdadero fanatismo religioso y, como hemos visto, no distinguían siempre a un cristiano de un «pagano». Los civiles cristianos sufrieron igualmente; el acercamiento de un potente ejército cristiano exasperaba a los gobernadores musulmanes contra unos súbditos sospechosos *a priori*, culpables de simpatía por el enemigo, y acusados abiertamente de haber atraído aquella plaga sobre el país. Guillermo de Tiro nos dice que los cristianos de Palestina fueron perseguidos duramente porque se creían que sus mensajes al Papa y a los reyes de Occidente eran lo que había provocado las Cruzadas. Los cristianos de Antioquía habían sido expulsados de la ciudad ante la noticia del acercamiento de los cruzados. En las otras ciudades se actuó de la misma manera: sin que hubiera matanzas masivas, se mataba con suma facilidad a los cristianos a lo largo de los primeros años de las Cruzadas. Despojados de sus bienes, desarmados, estos emigrantes caían bajo la mano de soldados vagabundos, de nómadas, de campesinos deseosos de vengar en ellos las derrotas del islam.

En Jerusalén, el odio entre las dos comunidades, cristiana y musulmana, no había esperado el pretexto de la Cruzada para estallar: ni unos ni otros olvidaban la terrible matanza de cristianos llevada a cabo en la ciudad santa por orden del califa fatimí Al-Hakim[83]; ni la matanza de musulmanes en 1076 por el turco Atziz (en aquella ocasión, los cristianos quedaron a salvo). Los turcos, que desconfiaban de los árabes, protegían a los cristianos. Después de Dorilea, y sobre todo después de la toma de Antioquía, los cristianos de todas las confesiones se hicieron odiosos a los turcos. Pero Soqman, el sucesor de Atziz, lugarteniente de los selchuquíes, perdió Jerusalén en 1098; y los fatimíes que ocuparon entonces la ciudad santa veían en los cristianos a la vez a unos aliados de los turcos y de los cruzados. Durante la breve ocupación de Jerusalén por los egipcios, los cristianos, odiados por sus conciudadanos musulmanes y judíos, tratados como enemigos por la fuerza militar de ocupación, huían en masa hacia el campo o hacia las ciudades del litoral, donde por otra parte no eran bien recibidos. La culpa era de los ejércitos cruzados, los cuales, porque iban a socorrer a estos mismos cristianos, hacían de ellos unos sospechosos y unos traidores.

2. La cristiandad traicionada

Cuanto más terribles parecían los francos, fuerza todavía desconocida, misteriosa y lejana, más oprimidos se veían los cristianos, supuestos cómplices de estos francos. A la llegada de los cruzados, quedaban tan pocos cristianos en Jerusalén que, después de la matanza de la población musulmana y judía, los cronistas podrán constatar que la ciudad no tenía literalmente más habitantes: hubo que repoblarla haciendo llegar colonos de Transjordania, melquitas y jacobitas. La Cruzada, pues, había sido una catástrofe para los cristianos indígenas, antes de serlo para los no cristianos. Allí donde no eran muertos, ni reducidos a la esclavitud ni expulsados, los cristianos eran víctimas de la hostilidad y de la desconfianza, mientras que antes habían sido ciuda-

danos como los demás, de segunda categoría, es verdad, pero estaban demasiado acostumbrados a este trato para poder quejarse de él.

Para ellos, la Cruzada había sido, por un momento, un motivo de grandes esperanzas, tantas como sufrimientos. La manera como los cruzados vencedores fueron recibidos por todas partes muestra que, por una vez, olvidando sus odios mutuos, todas las comunidades cristianas locales se habían unido espontáneamente en la misma alegría, el mismo orgullo: finalmente una fuerza cristiana expulsaba al infiel de los Santos Lugares, la Cruz triunfaba definitivamente sobre la Media Luna. No sabemos en qué medida los cristianos indígenas participaron en la gran matanza de Jerusalén, es probable que hicieran todo lo posible para ayudar a los vencedores. Si el clero local, aproximadamente el único elemento cristiano que había permanecido en la misma ciudad, no puede suponerse que hubiese tomado parte activa, no debió oponerse tampoco al frenesí sangriento que siguió a la toma de la ciudad; tomó parte en las fiestas, en las procesiones y en las acciones de gracias. Los laicos, que entraron en Jerusalén después de los ejércitos cruzados, sabían muy bien dónde encontrar al enemigo y a quién golpear; y tenían muchos ultrajes que vengar.

Sabemos que desde los primeros días la alegría de estos cristianos demasiado confiados o demasiado ingenuos se cambió en rencor. Tanto aquí como en Antioquía, los salvadores providenciales, después de haber causado la ruina de sus hermanos en la fe, los trataban como población conquistada. Aquí la responsabilidad incumbe ante todo a los clérigos del ejército; quizá Ademaro de Monteil, si hubiese vivido, hubiese logrado impedir este injustificable deterioro del espíritu mismo de la guerra santa, ya que en aquel momento era aún posible el establecimiento de una fraternidad religiosa (si alguna verdadera iniciativa cristiana podía ser aún posible después de la atroz matanza del 15 de julio). Los barones, al instalarse en la ciudad inundada de sangre,

encontraban, si así puede decirse, sitio libre; no había nadie para disputarles sus trofeos. Los clérigos encontraban un clero rival, pero actuaron exactamente como si este clero —estos cleros— no hubiese existido. No es sorprendente que los cristianos indígenas hubiesen tenido la sensación de perder en todos los planos. Porque ellos también habían sufrido por la causa de Jesucristo, sin haberlo buscado, sin haber tomado la cruz, pero con la conciencia de ser perseguidos por su fe (y por ello, según el Evangelio, podían considerarse superiores a los cruzados).

La actitud de los francos fue la de unos soldados que por principio desprecian a los civiles; e incluso cuando los tratan con benevolencia. Los obispos y los clérigos del ejército cruzado no eran soldados, pero algunos de ellos —empezando por el legado Ademaro— no habían desdeñado tomar parte personalmente en los combates; y todos se consideraban como miembros del ejército de Dios, ejército en modo alguno simbólico ni espiritual. Su actitud respecto de las clerecías orientales se resintió de ello: al igual que los barones francos despreciaban a los griegos y a los sirios por su pretendida debilidad, de la misma manera los clérigos cruzados parecían reprochar a sus colegas sirios su falta de combatividad. Los trataron como a gentes que habían perdido todo valor, ya que habían soportado durante tan largo tiempo el yugo de los infieles; y tenían la tendencia de considerar como cobardía lo que a los ojos de los orientales pasaba por una heroica paciencia.

No hay que olvidar que el clero oriental, obedeciendo a una tradición de más de mil años (y que fue, hasta las Cruzadas, la de la mayoría del clero occidental), era rigurosamente pacífico y pacifista. Podía llegar a rezar por la victoria de los cristianos y a absolver el crimen de homicidio si era cometido con intención pura y para la defensa de la fe o de la patria; pero era, por principio, hostil al derramamiento de sangre. Recordemos el trágico diálogo entre el príncipe Gabriel y el obispo jacobita de Melitene: «Sé

misericordioso, ¡oh príncipe!; se están matando fuera [de la ciudad], que no se maten en el interior». «Y tú —responde Gabriel —, ¿quieres, pues, entregar la ciudad a los turcos?». Un prelado cristiano podía preferir legítimamente la dominación de los infieles a una guerra incluso victoriosa, pero que llevara consigo una gran pérdida de vidas humanas. Este natural y religioso horror por el asesinato, la Iglesia occidental no lo había perdido, pero era menos fuerte en Occidente que en Oriente; y entre los prelados y sacerdotes cruzados es de creer que era prácticamente inexistente. Dios en persona había concedido la victoria a los suyos: un sacerdote podía, pues, sin pecar, tomar las armas, porque ¿no se veían santos y ángeles descender del cielo para combatir al lado de los soldados de Cristo? ¿Cómo no se hubiera instintivamente despreciado a este clero blando y resignado, que bajo pretexto del deber sacerdotal rehusaba tomar parte en la lucha, que había durante varios siglos concedido a los infieles los honores que se deben a los jefes impuestos por Dios? Esta actitud era la de la Iglesia primitiva; pero en Occidente ya no existía desde hacía mucho tiempo.

Podía decirse, es verdad, que la actitud poco fraternal de hombres como Arnaldo Malecorne o Daimberto no necesitaban explicaciones de orden moral; estos clérigos ambiciosos no tenían ante ellos más que su interés o, mejor dicho, el interés de su casta. Pero los clérigos latinos que tomaron parte en la Cruzada eran numerosos, y entre ellos los había, sin duda, de lo peor pero también de lo mejor; triunfó el elemento más ambicioso, más autoritario, pero sin gran resistencia por parte de la mayoría. El crimen de traición respecto de la cristiandad oriental fue cometido, según parece, con una total despreocupación; y el lúcido y serio Guillermo de Tiro, al relatar estos acontecimientos (la instalación de la cristiandad latina en Jerusalén) habla de las intrigas y de los discursos con ocasión de la elección del patriarca, de las fricciones entre el partido de los barones y el de los clérigos, y

condena altamente las ambiciones de Arnaldo Malecorne; pero, al oírlo, uno llega a dudar que había en aquellos lugares obispos y sacerdotes orientales que hubiesen podido también tener voz en el capítulo. Es verdad también que cronistas contemporáneos, como Raimundo de Agiles, denuncian la ambición del primer patriarca latino de Jerusalén (Raimundo de Agiles, p. 301) y las expoliaciones de que fue culpable respecto del clero indígena; pero el mismo Raimundo no piensa ni un instante en una colaboración de igual a igual entre los vencedores y los que ellos habían ido a «liberar».

3. Unos protectores peligrosos

Podemos, pues, decir que para los cristianos indígenas las Cruzadas fueron ante todo una fuente de desgracias y luego de una gran desilusión; las desgracias habían de continuar en la medida en que continuaban las guerras; en las regiones vecinas de los Estados musulmanes la vida de los cristianos se hacía insoportable y en las ciudades musulmanas, difícil. Muchos emigraron a tierra franca, donde, protegidos por los ejércitos cruzados, tomaron el lugar de los campesinos y de los burgueses musulmanes muertos o emigrados. Balduino I —bastante tarde, hacia 1115— emprendió una verdadera campaña de propaganda a fin de hacer venir del Hawrán y de Transjordania al mayor número posible de cristianos para repoblar Jerusalén y sus alrededores. Desde hacía mucho tiempo los francos habían comprendido que no podían tratar a estos indígenas como a un pueblo conquistado; desde 1101 las comunidades religiosas indígenas recuperaban una parte de sus privilegios, y los inmigrados, de los cuales el país tenía gran necesidad, veían cómo se les concedían tierras y casas y se les eximía del impuesto que antes pagaban a los musulmanes; el patriarcado, ya fuese por ambición, ya por el deseo de provocar conversiones al rito latino intentó sin embargo varias veces imponer a los cristianos de otras confesiones un impuesto del que los católicos estaban libres; estas tentativas fracasaron, pero

los cristianos se confirmaron en la idea de que la Iglesia los trataba como a una raza inferior.

El país estaba sin cesar en guerra; allí donde los turcos se hallaban cerca, la suerte de las poblaciones cristianas era infinitamente más precaria de lo que había sido antes de las Cruzadas; en aquella época, los cristianos tenían por lo menos la ventaja de set, en principio, neutros; ahora se veían reducidos a la esclavitud o asesinados porque eran cristianos. Las matanzas de armenios en el Éufrates, en 1110, muestran bastante bien lo que eran las consecuencias de la instalación de los francos en un país de soberanía turca: el gran éxodo, seguido de la matanza en masa, se decidió porque la vida para los cristianos más allá del Éufrates se había convertido en un infierno.

Durante las guerras en el norte de Siria, se vio a menudo a los indígenas —al acercarse un potente ejército turco— intentar traicionar a los gobernadores francos, parlamentar con el enemigo, agitarse e incluso sublevarse abiertamente, la mayoría de las veces por miedo a los turcos y a veces por odio hacia los francos. Los francos reaccionaban con violencia y Mateo de Edesa lo testimonia en varias ocasiones, al mismo tiempo que se muestra favorable a los francos. Hemos visto que, durante la primera y ya bastante sangrienta toma de Edesa por los turcos, Zenghi había hecho lo posible por ganarse las simpatías de los cristianos del país; después del segundo sitio de la ciudad, todos los cristianos sin distinción fueron muertos o vendidos como esclavos. La mayoría de ellos no pedían sino poder vivir en paz, fuese bajo los francos o bajo los turcos.

Paradójicamente, e incluso allí donde manifestaban la mejor voluntad del mundo, los francos eran un gran peligro para los cristianos, porque eran también cristianos.

Capítulo 13

Balance general

Mitos y calamidades

Las Cruzadas, glorificadas, discutidas, denigradas, juzgadas por los historiadores de manera muy diversa, siguen siendo un gran episodio de la historia del Occidente cristiano. Fenómeno extremadamente complejo si se considera de cerca, salido sin embargo, a diferencia de la mayor parte de grandes movimientos históricos, de una idea simple en sí misma, las Cruzadas han permanecido a pesar de todo como el símbolo de una empresa desinteresada —y hasta quimérica— y gloriosa. Sus detractores, que no han faltado a partir del siglo XVIII, han dicho inútilmente que en estas guerras santas había poco de espíritu desinteresado y en cambio muchas atrocidades; han asegurado que era una empresa de bandidaje donde los instintos más bajos sé dieron libre curso bajo el pretexto de un celo religioso; han afirmado que sólo el fanatismo o el nacionalismo estrecho pueden todavía aprobar el principio de esta serie de batallas y matanzas llevadas a cabo en nombre de Cristo (no olvidemos que Simone Weil ha dicho de las Cruzadas que eran las guerras «más bajas» que han existido).

Las Cruzadas fueron, en el plano militar, un fracaso, ya que el Occidente cristiano perdió Jerusalén al cabo de noventa años, tras haber involuntariamente provocado la reunificación del islam en Oriente Próximo, reforzado el celo belicoso del mundo musulmán, debilitado y luego arruinado el Imperio bizantino y, con ello, agravado el peligro turco y mongol. Fueron para Occidente un éxito de tipo moral, lo cual es ya considerable; y una causa de enriquecimiento indirecto a la vez material y cultural, gracias a un contacto prolongado entre el mundo occidental y

Oriente. Las Cruzadas se inscribían en un movimiento general de expansión de Occidente, expansión que no hacía entonces más que comenzar y que había de tomar a lo largo de los siglos proporciones inesperadas.

Pudo haber una «desmixtificación» —o más bien una desmitización— de las Cruzadas; no por ello dejan de formar parte de los mitos de Occidente, de un Occidente cristiano y bárbaro, conquistador por definición, militarista con buena conciencia, aventurero, acostumbrado a confundir el heroísmo con el valor guerrero. La grandeza de esta aventura de conquista, por otra parte fracasada, reside en el nombre de Jerusalén. Jerusalén liberada, Jerusalén perdida, siguen siendo momentos significativos de la toma de conciencia del Occidente latino. Existió Jerusalén y existieron una serie ininterrumpida de calamidades —guerras, matanzas, asesinatos, saqueos, devastaciones…—, los beneficios apreciables que el Occidente sacó de las Cruzadas sirven todavía para explicarlas y justificarlas en nuestros manuales de historia. Sabemos que las Cruzadas se liquidan con un extraordinario derroche de vidas humanas; y es desde este ángulo que vamos a considerarlas aquí.

Los cruzados derramaron mucha sangre, es cosa notoria, y el escándalo de la matanza de Jerusalén es suficiente para desacreditarlas para siempre como «guerras santas». Las primeras víctimas de las Cruzadas fueron, en 1096, los judíos de Metz, de Maguncia, de Worms, de Praga y de Spira, más de mil, hombres, mujeres y niños, y quizá varios millares. A continuación, húngaros, serbios, griegos, habitantes de las regiones por donde pasaron las bandas de cruzados; luego los habitantes de los alrededores de Crisópolis en Asia Menor, todos cristianos. Estos crímenes fueron expiados con usura, los «cruzados» que se entregaban a estas vigorosas violencias fueron casi todos exterminados como bestias feroces, los unos en Hungría, los otros en Asia Menor; cerca de Nicea. «Cuando se recogieron los cadáveres de los guerreros

degollados que yacían por todas partes se hizo no un inmenso montón, ni siquiera una colina, sino como una alta montaña de una superficie considerable» (Ana Comneno, cap. VI, y. 4). La «alta montaña» existe quizá sólo en la imaginación de Ana Comneno, pero los muertos fueron más de veinte mil; no todos eran unos asesinos, sino que había muchas mujeres, niños, ancianos y enfermos entre ellos. Y su número, tanto en Europa como en Asia, sobrepasó de lejos el de sus víctimas.

Los ejércitos regulares, los de normandos, provenzales, franceses o loreneses, que se adentraron por las rutas de Asia Menor en 1097 tuvieron la suerte de señalarse desde el principio por grandes victorias y llegar hasta Jerusalén. Pero las narraciones de los contemporáneos, con su interminable enumeración de las desgracias que unas tras otras caían sobre estos ejércitos, parecen hechas para desanimar a los voluntarios deseosos de imitar las hazañas de los cruzados. La guerra santa hacía muchos más mártires que héroes victoriosos.

La Primera Cruzada

Vencedores en Nicea, pero privados del fruto de su victoria por el acuerdo de los griegos con el sultán, los cruzados estuvieron a punto de ser derrotados en Dorilea, donde chocaron con multitudes de turcos tan grandes que «todas las colinas, todos los valles, todas las llanuras en el interior y en el exterior estaban cubiertas de soldados enemigos; estos turcos que rechinaban con los dientes, lanzaban gritos resonantes con una voz demoníaca, atacaban con furor, se retiraban, volvían a la carga, sumergiendo con olas sucesivas el campo cruzado; eran tan terribles que sólo la ayuda de Dios podía explicar su derrota. ¿Quién será lo bastante sabio para describir la sagacidad, los dones guerreros y la valentía de los turcos?». (*Gesta*, Bréhier; p. 53). Durante largo tiempo, los cruzados sufrieron estas cargas aterradoras, el infierno de los gritos de los guerreros, el trueno del galope de los caballos, el silbido de los arcos, el granizo denso y mortal de las

flechas y de las jabalinas; no nos dicen el número de muertos ni de heridos, no había tiempo para contarlos. La infantería se agarraba al suelo con los grandes escudos y las lanzas mientras que la caballería cargaba, y las mujeres, que «fueron de gran ayuda», corrían a las primeras líneas para dar de beber a los combatientes. Hubo victoria, persecución, inmenso botín, «oro, plata, caballos, asnos, camellos, ovejas, bueyes y muchas otras cosas».

Pero la marcha era dura. Atravesaron centenares de kilómetros de tierra árida, en pleno verano, bajo un sol abrasador Hubo que subir montañas (llamadas por los cronistas «la montaña diabólica», el Anti-Tauro), «tan elevada y tan angosta que, en el sendero situado en la ladera, nadie se atrevía a preceder a los demás; los caballos se precipitaban por las brechas y cada bestia de carga arrastraba a otra». Los hombres y las mujeres morían de insolación, de sed, de cansancio, caían en los precipicios y los que se quedaban rezagados eran muertos por los turcos. El ejército empleó cuatro meses en atravesar Asia Menor, durante un verano tórrido como los peregrinos no habían visto jamás en sus países. Ante Antioquía tuvo lugar el largo sitio, durante el invierno, con lluvias torrenciales y heladas. Con un viento glacial, sin abrigos suficientes, acampaban y dormían en terrenos pantanosos, los pobres morían de agotamiento y el hambre acababa con los enfermos ya vencidos por el frío. Los historiadores se contentaban con decir que allí también murieron «muchos» peregrinos.

Los combates continuaban con el intercambio casi ritual de cabezas cortadas. Cabezas de turcos y de francos blandidas sobre las lanzas, echadas de un campo a otro, llevadas como regalo a los jefes; hubo cabezas de prisioneros que Bohemundo hizo asar para hacer creer que las comía, y las trescientas cabezas que los francos mandaron a san Simeón, a los embajadores del califa de Egipto, enemigo de los selchuquíes… Las victorias eran sangrientas, tanto para los vencedores como para los vencidos. El 6 de marzo, durante una refriega en las puertas de Antioquía, «las

aguas rápidas del río [Orontes] corrían rojas por la sangre de los turcos» (Anónimo, p. 94). Los cadáveres se apilaban en el puente a montones. Antioquía fue tomada y la guarnición turca asesinada; Kurbuqa, *atabeg* de Mosul, al llegar en ayuda de los sitiados forzó el paso a la ciudad y mató a la guarnición franca que guardaba el puente. Luego, cuando ya no se combate, vuelven de nuevo el hambre, las epidemias y el desánimo.

«Quien encontraba un perro o un gato muerto se lo comía con delicia [...]. Allí podían verse caballeros y sargentos que habían sido tan valientes, tan fuertes y tan animosos en todas las operaciones guerreras volverse tan débiles y flacos que iban por las calles apoyándose en bastones, con las cabezas bajas y pidiendo pan». (G. de Tiro, p. 254). Si los caballeros se veían reducidos a aquel estado, ¿en qué situación se encontrarían las gentes del pueblo?

Hasta las mentes más ponderadas, los jefes que habían calculado con antelación lo mejor posible las dificultades de la empresa, debían de sentirse vencidos por los acontecimientos; sólo la imposibilidad material de renunciar a esta guerra que había comenzado tan mal a pesar de los éxitos del principio obligaba al ejército a perseverar en su objetivo de conquista. Hubo deserciones, que hubiesen sido sin duda más numerosas si la huida en desorden a través de un país hostil y árido no hubiese sido más peligrosa todavía que continuar en la guerra. El mismo Pedro el Ermitaño intentó huir. Esteban, conde de Blois, al huir con sus caballeros para buscar la protección de los ejércitos del *basileus*, sabemos que contó que los cruzados habían sido ya —seguramente— derrotados por Kurbuqa y que era inútil ir en su ayuda; probablemente, en medio de su abatimiento, lo deseaba en secreto, pues tan absurda y cruel le parecía toda aquella aventura. Si había de pagar cara su defección, por lo menos había tenido él, el hombre más rico de Francia, los medios para huir con el máximo de garantías de salir vivo de la empresa. El grueso del ejército

que había quedado en su sitio fue salvado por el milagro de la Santa Lanza.

En efecto, se trataba de vencer o morir; en Antioquía como en Dorilea, fue la energía de la desesperación lo que obró el milagro y valió a los francos una fama inmortal. Los relatos de los contemporáneos nos enseñan bastante bien lo que había en esta energía de exaltación casi mística, de salvaje rechazo a confesarse vencidos, de brutal agresividad y de puro heroísmo. La suerte, si así puede llamarse, de los cruzados residió siempre en su relativa debilidad y en las situaciones críticas en que se encontraban continuamente.

Puede estimarse que cerca de una cuarta parte del ejército que atravesó el Bósforo salió de Antioquía para tomar la ruta de Jerusalén. No sabemos cuál fue la proporción de desertores, la mayoría de los cuales terminaron como esclavos, cuando no fueron asesinados *in situ*. El número de muertos debió de ser inmenso; los historiadores se consuelan afirmando que todos estos peregrinos, que llegaron a ser mártires, rezaban a Dios por sus compañeros, se juntaban desde aquel momento a las milicias celestes y combatían, invisiblemente, al lado de los soldados de Dios. Para cualquier otro ejército, tales pérdidas hubieran significado la derrota y el fin de la guerra. Pero los cruzados no podían ni volver a sus casas ni siquiera pedir la paz. Una paz concluida, por ejemplo, en Antioquía, hubiera llevado consigo la disgregación inmediata del ejército y una retirada con unas pérdidas más terribles que las que ya habían sufrido. Los turcos, cuya valentía pasaba no obstante por inigualable, podían permitirse una derrota porque sabían adonde huir.

El ejército franco avanzaba hacia Palestina, tanto más agresivo cuanto que estaba más debilitado, reducido, exasperado y terriblemente endurecido por los sufrimientos; después de lo que habían soportado, los soldados de Dios no tenían nada que temer ni por qué preocuparse. Ni las crónicas, ni los cantares de gesta

históricos pueden rendirnos cuentas de lo que pudo ser la vida en el campo de los cruzados: miserable y heroica, llena de sudor, de lágrimas, de barro, de sangre. A veces, con ocasión de un sitio particularmente difícil, los historiadores mencionan el intolerable mal olor que se desprendía de los cadáveres y de los enfermos, las nubes de moscas negras, los alimentos corrompidos… Para unos hombres al límite de sus fuerzas, encerrados en un espacio estrecho, ello era causa de un sufrimiento intolerable; pero mal olor, moscas e insectos eran de todas maneras plagas habituales y cotidianas. La mugre reinaba en los campos donde el agua, en tiempo caluroso, era siempre racionada, donde había que dar de beber primero a los animales, donde había que temer por el avituallamiento y el forraje; hombres, caballos, acémilas y animales para el sustento se arrastraban por los caminos en filas de varios kilómetros de longitud y, estacionados en anchos espacios descubiertos bordeados de fosos, impregnaban el aire de pesados olores, de sudores agrios, de estiércol, de carne asada, de carne podrida, dejando tras sí campos asolados y llenos de basura.

El ruido: relinchos, maullidos, cantos, blasfemias, llanto de niños, gemidos y doblar de los tambores, música militar y de salmos… Había más procesiones, sermones, rogativas públicas en esta ciudad ambulante que en ninguna otra; los ricos tenían sus prelados y sus capellanes, los pobres sus sacerdotes y sus profetas, el olor a incienso se mezclaba sin cesar con olor de sangre y de cadáveres, los cantos religiosos con los gritos de guerra; y antes de la batalla los sacerdotes marchaban delante de las filas de soldados, levantando al aire la cruz, levantando el cáliz; los hombres se prosternaban en el polvo, llorando y golpeándose el pecho, extendiendo los brazos hacia las imágenes santas, y después se echaban sobre el enemigo, gritando, rugiendo, golpeando a ciegas.

En cada carga los infantes se veían diezmados por las flechas enemigas, lanzadas en tal cantidad que el enemigo no tenía ninguna necesidad de apuntar; llovían —describen los testigos— con la fuerza del granizo. Cuando el combate se convertía en una refriega general, los caballos pisaban a los heridos, amigos o enemigos; algunos caían aplastando a sus jinetes; otros, desbocados, sangrientos, daban vueltas, mordían, saltaban. Una batalla era un infierno de ruido de cascos de caballo, de gritos, de estrépito, de hierro que golpeaba en el hierro, de nubes de polvo caliente que se levantaban, ahogaban y cegaban. En medio de este ruido ensordecedor; cada combatiente hacía lo que podía por gritar más fuerte que los otros. El grito era un arma de guerra, un medio de intimidación, signo de unión: el soldado que estaba próximo a sucumbir volvía a cobrar vigor al oír los gritos de los suyos dominar sobre los de los demás, los gritos de sus compañeros acercándose… En los ejércitos cruzados, se encontraban siempre obispos y sacerdotes lo bastante animosos para lanzarse en medio del combate, blandiendo una gran cruz, levantada por encima de su cabeza, para que los soldados la vieran de lejos.

Después de dos, tres años de esta vida cruel, los más débiles se acostumbraron tanto a la vista de la sangre que les impresionaba menos que la del agua, más escasa la mayoría de veces. La sed, en las guerras medievales, y en Oriente sobre todo, era uno de los peligros más temidos. Sabemos que fue la sed lo que hizo sucumbir al ejército franco en Hattin; las peleas por el agua, las campañas que fracasaban por falta de agua eran cosa corriente; y naturalmente unos y otros, en tiempo de guerra, se las ingeniaban para destruir la poca agua que una tierra pobre contenía aún después de los meses de sequía: envenenaban las fuentes, tiraban basura en los pozos y en los lechos de pequeños riachuelos. El agua era preciosa, en verano, e incluso en un país fértil. La sangre era derramada fácilmente, más fácilmente que en ninguna otra guerra: la del enemigo complacía a Dios; la de los fieles, igual-

mente, pues era sangre de mártires. Había también la sangre de los caballos, que nadie deseaba derramar: el caballo era el botín más deseado por todos, la primera arma de guerra. En las diversiones apacibles, este gusto de la sangre se encontraba como elemento natural de la vida del soldado: conocemos la famosa anécdota del jeque árabe que llevó un gran camello a Godofredo de Bouillon y pidió al jefe franco que decapitase al animal para demostrar su fuerza, lo que Godofredo realizó al instante con la misma facilidad que si se hubiese tratado del «cuello de una oca». Podemos imaginar el charco de sangre en que se sumergiría el camello sacrificado.

Los cruzados de 1099

Estos hombres llenos de polvo y de grasa, comidos por los parásitos y la fiebre, sobreexcitados, descentrados, embrutecidos, eran unos pobres «soldados de Dios», pero, a pesar de todo, unos buenos soldados. A los orientales, les parecieron extraños y salvajes; y, después de lo que las Cruzadas habían hecho de ellos, hubiesen parecido con toda seguridad igualmente extraños a sus propios compatriotas. Durante el sitio de Antioquía, los jefes habían decretado que todo hombre sorprendido en acto de «adulterio o de fornicación», todo hombre culpable de jugar a los dados, de beber o de jurar en falso, era susceptible de pena de muerte: la santidad de la causa autorizaba tales medidas. Pero no podían ser puestas en práctica durante mucho tiempo. Las mujeres de mala vida eran expulsadas periódicamente fuera del campamento (y se convertían en presa de los turcos) y al tomar las ciudades se encontraban otras mujeres, nunca en número suficiente; el soldado no conocía la obsesión sexual más que bajo la forma más simple: la violación; las mujeres indígenas, sobre todo las musulmanas, eran violadas y luego se convertían en soldaderas. Pero en un ejército santo las cosas no eran nunca tan simples: los peregrinos de buena fe eran muy numerosos y éstos predicaban la pureza y denunciaban frenéticamente el vicio, aunque a veces se entrega-

ran a él como Pedro Barthélemy, el visionario. Pedro Barthélemy había tenido la suerte o el ingenio de descubrir la Santa Lanza, y sus visiones fueron creídas por el ejército. Los visionarios surgían en todos los rincones del campamento, profetizando desgracias o victorias. Se formaban cofradías militantes, como la de los *Tafurs* de que habla el Anónimo, formada por pobres tan salvajes y de aspecto tan terrorífico que daban miedo a los mismos cruzados; eran intrépidos y feroces y tan desinteresados que mataban a aquellos de sus compañeros que sorprendían mientras pillaban; pero su finalidad era la de destruir y no la de enriquecerse. Si desenterraban cadáveres de enemigos para comérselos, era por hambre, pero se enorgullecían de ello como de una hazaña.

Como hemos visto, fue una revuelta de la infantería lo que obligó a los barones cruzados a abandonar Antioquía y a marchar sobre Jerusalén. Parece que los jefes estaban más asustados ante las dificultades de la empresa que sus soldados; se demoraban y entretenían en sitiar las ciudades más cercanas a Antioquía que les parecían más accesibles y de las que podían sacar ventajas. Temían la potencia de Egipto y no querían comprometerse en una campaña que corría el riesgo de ser un suicidio puro y simple. No obstante, llegaron hasta Jerusalén y emprendieron el sitio, comprendiendo que era entonces demasiado tarde para echarse atrás y que ya no había más remedio que arriesgar el todo por el todo. Era el único medio de mantener la moral del ejército.

La narración del sitio de Jerusalén es también una larga enumeración de sufrimientos, de privaciones y de sangrientos combates para los asaltantes; el calor fue sofocante, faltaba el agua, que había que ir a buscar a decenas de kilómetros de distancia y, para dar de beber a tantos millares de hombres, de caballos y de animales, hacía falta traerla en gran cantidad. Mientras que los ingenieros y los carpinteros, dirigidos por los barones, cons-

truían torres de asalto y máquinas de guerra, el ejército con sus peregrinos organizaba procesiones alrededor de la ciudad, alrededor del Monte de los Olivos, hacia el Jordán, hacia Belén, en medio de una exaltación que crecía junto con la exasperación por el sufrimiento, ya que se hacía cada vez más evidente que Dios no podía ya negar a los suyos el milagro.

La toma de Jerusalén fue, en efecto, un milagro que quizá los jefes de la Cruzada, en su fuero interno, apenas se atrevían a esperar y que les pareció un signo manifiesto de la voluntad divina: ni Al-Afdal, el visir de El Cairo, ni el sultán de Persia o sus lugartenientes se tomaron la molestia de mandar un ejército para defender la ciudad santa sitiada; y los francos, relativamente poco numerosos y mal equipados, no encontraron en Judea, por así decirlo, más adversarios que la guarnición fatimí de Jerusalén. Dos excelentes soldados como Godofredo de Bouillon y Raimundo de Saint-Gilles, con toda seguridad, no habían esperado esto. Y el sitio había durado más de un mes.

Por difícil y penoso que fuese el sitio, parece incomprensible que pudieran apoderarse de Jerusalén en tan poco tiempo, como si se hubiera tratado de una ciudad cualquiera, mientras que un ejército mucho mayor había tenido que permanecer un año delante de Antioquía y había estado a punto de ser derrotado por fuerzas turcas muy superiores en número. Resulta sobrecogedor pensar que esta sorpresa y este deslumbramiento se tradujeran en un inimaginable frenesí de muerte. Los soldados estaban acostumbrados a la sangre desde hacía tiempo, estaban ebrios de sangre; para señalar una victoria tan esplendorosa, no era una simple matanza propia de un asalto lo que necesitaban, sino torrentes, ríos de sangre. Esta sangre que, en la mezquita de Al-Aqsa llegaba hasta los tobillos de la gente (e incluso hasta el vientre de los caballos)[84], es, con todo, algo difícil de imaginar. El interior de la mezquita tenía varios cientos de metros cuadrados de superficie; los cadáveres extendidos por el suelo estaban ahogados

en sangre, y los vencedores, de pie, se bañaban y se salpicaban con ella.

No podemos aquí librar de la responsabilidad a los jefes, o por lo menos al grueso de los caballeros, que, en medio de la furia de la batalla, debieron perder la cabeza. Pero fue sobre todo una venganza de pobres. Los pequeños, los humildes, los miserables, los desheredados, los locos, los desesperados, los exaltados, la multitud que se acostumbra llamar la masa del pueblo, y que si no lo eran se había convertido en tales después de tres años de miserias, se vengaban de su pobreza, de siglos de desgracias y de abatimiento, concediéndose esta horrible fiesta porque no tenían derecho a ninguna otra: aquí eran los auténticos vencedores y justicieros de Dios. Para los mismos jefes, para los ricos, eran un objeto de respeto y una prueba del favor divino; ya no eran los últimos, sino que por su presencia estos pobres de Dios justificaban la guerra: para ellos, se había conquistado Jerusalén.

Los palacios y las casas ricas fueron ocupadas por los barones y por los eclesiásticos; pero entre los pobres también hubo quienes se convirtieron en ciudadanos de Jerusalén y se instalaron en las propiedades de los infieles muertos. Sabemos que la mayor parte de los peregrinos volvieron a embarcarse en cuanto les fue posible; Jerusalén no era el Paraíso. Sabemos también que los armadores no admitían a pasajeros insolventes y que los caballeros que volvían a embarcarse, por caritativos que fuesen, no podían pagar el pasaje de cientos de pobres. Entre los que se quedaron, sólo los más fuertes y los más hábiles tenían alguna posibilidad de sobrevivir; el país estaba en aquel momento infestado de bandidos y los víveres eran escasos y caros.

Los pioneros del reino

Quedaron unos centenares de caballeros y sargentos, pero los cronistas no hacen ninguna mención de los pobres ni de los civiles, porque, cualquiera que fuera su número, no eran ni comba-

tientes ni gentes fáciles de clasificar entre los burgueses. Sin embargo, desde los países cristianos de Occidente nuevas multitudes acudían hacia la Jerusalén libertada. Sabemos sin embargo que no llegaron jamás. Lombardos, provenzales y franceses resultaron muertos en número de casi cincuenta mil en Qastamuni, en Paflagonia. Unos quince mil niverneses cerca de Eregli. Unos cincuenta mil aquitanos y bávaros cerca de Eregli. Ejércitos enteros más los peregrinos. Era necesario todo el prestigio de la guerra santa, todo el fervor de los cristianos por el Santo Sepulcro, para que estas expediciones no apareciesen a los ojos de los contemporáneos como la locura más desastrosa. Incluso después de 1101, el ideal de Cruzada seguía siendo popular en Occidente: ya no se iba a Tierra Santa en masa, sino que se soñaba con las victorias de los cruzados y con Jerusalén liberada; los fracasos más estrepitosos eran minimizados, pasados en silencio, atribuidos a causas fortuitas; lo que contaba era la reconquista de los Santos Lugares. Podemos decir, no obstante, que las primeras y principales víctimas de esta guerra llevada a cabo bajo el signo de la cruz fueron los cruzados.

Por lo menos ellos mismos la habían buscado, cuando aquellos a quienes atacaban no pedían sino que se les dejara en paz. Los ejércitos turcos y turcomanos realizaban matanzas sin ninguna piedad, y sin arriesgarse, de millares y millares de estos intrusos; Qilich-Arslan y Ghazi Gumushtekin no tenían ningún motivo para mostrarse más compasivos de lo que lo habían sido los vencedores de Jerusalén. El islam, una vez hubo salido de su primera sorpresa, comprendió que no se trataba de una invasión, que no se enfrentaban con un pueblo de conquistadores, sino con unos cuerpos de expedición aislados. Los raros supervivientes de estos ejércitos sacrificados se encontraron en Tierra Santa; tuvieron el consuelo de llevar a cabo la peregrinación a Jerusalén y de poner sus espadas al servicio del Santo Sepulcro. No se reprochó bastante a estos jefes el que hubieran salido ellos solos airosos de una

aventura en la que todos sus soldados y todos los civiles que habían partido bajo su protección habían perdido la vida. Eran como los supervivientes de un cataclismo natural, de un desastre de tal envergadura que los que se salvan pasan por hombres de suerte más que por cobardes.

Era como si se hubiesen evadido del infierno. El hambre, la sed, el calor y las flechas turcas; las flechas y luego los sables hacían volar las cabezas por docenas; millares de cuerpos sangrientos y vivos eran pisoteados por la caballería lanzada al galope. Se vio a obispos y a condes escapar a pie, medio desnudos, arrastrarse durante días y días por montañas pedregosas y sin agua y presentarse muertos de fatiga a las puertas de la ciudad cristiana más próxima: Hugo de Vermandois, hermano del rey Felipe I, herido en la batalla, llegó hasta Tarso, donde murió. Guillermo IX de Aquitania tuvo más suerte y había de volver a su país para adquirir la fama como trovador que le hizo olvidar sus aventuras y sus desgracias en Tierra Santa. El número de los supervivientes menos ilustres nos es desconocido, pero todos los historiadores afirman que fue muy pequeño.

En Siria, donde los cruzados no tenían que enfrentarse con adversarios tan temibles como Qilich-Arslan o como los danishmandíes, la guerra era posible. Se hacía la guerra. Los ejércitos egipcios, subiendo a lo largo de la costa, atacaban lo que quedaba del primer ejército cruzado. Balduino I era de aquellos hombres que defienden su tierra. Se trataba, una vez más, de vencer o de morir. «Si os matan, ganaréis la corona del martirio. Si salís vencedores, una gloria inmortal. Pero, si queréis huir, es inútil: Francia está demasiado lejos». Acompañado por la Vera Cruz que llevaba el obispo Gerardo, el rey de Jerusalén se lanzaba a la cabeza de sus caballeros, sobre unas tropas diez veces superiores a las suyas. En Ramala había perdido a sus mejores compañeros, Bervoid y Geldemar Carpenel, caídos con todos sus caballeros; pero él salió vencedor. Ocho meses más tarde había una nueva

matanza de caballeros francos, acompañada de una derrota completa: Hugo de Lusiñán, Godofredo de Vendóme y Esteban de Blois, por nombrar sólo a los personajes más importantes, resultaron muertos. «No había habido todavía una matanza tal de caballeros en Siria y el poder de la cristiandad en esta tierra se debilitó considerablemente. Los que conocían mejor el país estaban más consternados que los otros y pensaban huir de aquella tierra; ya que era demasiado peligroso permanecer en ella», escribiría Guillermo de Tiro en 1102, tres años después de la toma de Jerusalén. Se habló de doscientos caballeros muertos, cifra irrisoria comparada con la de los efectivos de los grandes ejércitos cruzados, pero para la Siria franca era ya enorme. Era peligroso quedarse, pero lo hicieron a pesar de todo.

No solamente se quedaron —los de Jerusalén y los del norte, esto es, Antioquía, Edesa, Líbano—, sino que se permitieron el lujo de hacerse la guerra entre ellos. No muy a menudo, pero todo lo a menudo que les era materialmente posible. Ya no había un gran ejército, pero sí recién llegados y refuerzos temporales. Diez años después de la gran marcha hacia la Primera Cruzada, existía ya en Siria un núcleo de francos que se sentían en su casa y que luchaban por unas tierras que eran ya sus propias tierras. Unos habían perdido en ellas a sus compañeros y a sus hermanos, otros, como Balduino I, a su mujer y a sus hijos. Y todos compartían el orgullo de poseer el más glorioso —porque era el más santo— país del mundo. Pero también se sentían ligados a él por otras razones.

La Tierra Santa

El país era hermoso. Demasiado cálido para unos hombres venidos de Normandía o de Flandes; algunas de sus regiones, como una parte de Judea y de Galilea, bastante áridas. Había provincias, como la llanura costera o la del Jordán o la región del Orantes, tan providencialmente fértiles que se hacían en ellas tres cosechas por año se cultivaba no solamente el trigo, la viña y

el manzano, sino también árboles frutales desconocidos en Europa como el naranjo y el limonero, hortalizas nuevas como el tomate y la caña de azúcar, sin contar los bosques del Líbano, de Baniyas, que eran una buena reserva de madera para vigas y reserva de caza, y las praderas de Jordania y la costa libanesa. Como buenos terratenientes, los francos apreciaban todo esto. Apreciaban, admiraban el confort y la belleza de las ciudades, las soberbias fortificaciones y los aparatos de defensa, que les entusiasmaron tanto que se pusieron a llenar el país de fortalezas.

El país, con sus montañas cubiertas de bosques, sus pueblecitos tranquilos y blancos y sus bosques de cipreses, los caminos pedregosos por donde cabalgaban asnos cargados de odres o de cestos de olivas, las anchas vías por donde pasaban las grandes caravanas, este país con un cielo de un azul radiante, con las noches frías y estrelladas, era una tierra que se podía amar, incluso si no hubiera sido la de Jesucristo.

Los primeros ocupantes —por lo menos los de las ciudades— fueron desalojados con más o menos brutalidad; los dejaron en sus tierras, pero poniéndoles siempre dificultades en Edesa y en Antioquía; fueron exterminados en Jerusalén y también en Cesarea, la otra ciudad de Palestina que sufrió una matanza; si eran musulmanes, fueron expulsados de las demás ciudades de la costa: Haffa, Trípoli, Beirut y Tiro vieron marchar a sus habitantes musulmanes y sólo permanecieron los pobres. Por cada ciudad tomada, hubo sangrientos combates, sobre todo para los asaltantes, pero los marinos italianos proporcionaban el grueso del esfuerzo, y tenían bien merecidos los privilegios que por ello obtuvieron. Los cruzados se enriquecieron, pues, considerablemente gracias al derecho del vencedor; y «quien no poseía ni siquiera un pueblo» se veía en Oriente «señor de toda una ciudad». Foucher de Chartres decía la verdad: pero se olvidaba añadir que se trataba de una minoría de supervivientes y que la mayoría de peregrinos guerreros, lejos de convertirse en señores de cualquier

cosa, se habían convertido simplemente en «mártires». Oriente no tenía tampoco tantas ciudades, ni siquiera tantos pueblos, a disposición de los aventureros occidentales.

Durante los diez primeros años, los caballeros ávidos de tierras y de gloria conquistaron tantas plazas como sus medios les permitían, y luego establecieron un plan de acción sumario: había que intentar agrandar las posesiones ya adquiridas, apoderándose de las ciudades de la costa y de los territorios inmediatamente vecinos de Palestina y de los Estados de Antioquía y de Edesa; no había que aventurarse demasiado lejos; había que vivir en paz con los vecinos más fuertes, o por lo menos no tenerlos a todos a la vez como enemigos.

El estado de guerra permanente no molestaba demasiado a los caballeros francos: ellos cumplían con su profesión. En Oriente, tenían mejores ocasiones de ejercerla que en Occidente, donde no obstante las guerras civiles se habían convertido desde hacía largo tiempo en una plaga. Aquí luchaban con buena conciencia, ya que la Iglesia, lejos de condenar sus guerras como fratricidas, las proclamaba agradables a Dios. Sacaban relativamente más provecho de sus guerras; en los países no cristianos, el derecho de saqueo se aplicaba de una manera más amplia. Rápidamente se estableció un *modus Vivendi* que redujo los provechos de la guerra santa a las proporciones de los de cualquier otra guerra; pero en las fronteras había siempre algunas fortalezas para conquistar, o por lo menos así cabía esperarlo.

La caballería

Durante todo el tiempo que duró el reino franco, estas guerras, pequeñas y grandes, fueron muy sangrientas. Lo fueron —a diferencia de lo que ocurría en Occidente— casi tanto para la caballería como para la infantería.

Los guerreros francos no habían renunciado en Oriente a sus pesadas armaduras: eran su mejor protección, la experiencia lo

había mostrado. A unos hombres menos endurecidos les hubiese podido parecer un instrumento de suplicio, cuando había que combatir en plena canícula. Cuando hacía un calor que era apenas soportable para quienes iban ligeramente vestidos, llevar una camisa de hierro, un casco de hierro o unas polainas de hierro en las piernas —aunque forradas en su interior para amortiguar los golpes— debía de ser una prueba que sólo los hombres excepcionalmente robustos y acostumbrados a llevar la armadura desde la infancia podían soportar largo tiempo. Los cascos iban protegidos por gonfalones de plumas y las cotas por túnicas de tela clara, y este traje era mucho más caluroso que el de los guerreros orientales, que llevaban —cuando eran ricos— ligeras cotas de malla debajo de sus capas de lana blanca. El escudo y la lanza del caballero franco eran mucho mayores y más pesados que los de sus adversarios. Los caballos de combate —igualmente protegidos por caparazones de cuero forrados de crin y reforzados con placas de hierro— llevaban sobre su lomo, además del peso del jinete, cincuenta kilos de hierro.

El caballero, dice Al-Imad —quien se extraña de ello todavía después de noventa años de presencia franca en Oriente—, era prácticamente invulnerable: ni las flechas, ni las jabalinas, ni los golpes de espada podían nada contra él. Podía, pues, decirse con razón que uno solo de los caballeros francos valía por diez caballeros musulmanes. Podía recibir diez veces más golpes, y resistir allí donde diez hubiesen resultado muertos. Pero —y éste es el reverso de la medalla, tal como lo constata el mismo Al-Imad— una vez que caía del caballo, se veía reducido a la impotencia, ya que no tenía la agilidad de movimiento necesaria para librarse rápidamente de las armas. «Era necesario que el caballo resultara herido o muerto para que el jinete pudiera caerse de su montura». Los musulmanes no poseían lanzas lo suficientemente fuertes para derribar a un caballero del caballo, mientras que en las batallas entre occidentales, o en los torneos, ello ocurría con har-

ta frecuencia. Era más fácil matar un caballo que a un hombre; pero hay que aclarar que los soldados no gustaban de matar a los caballos y no lo hacían más que en última instancia: el caballo era la mejor parte del botín, sobre todo cuando se trataba de un caballo capaz de soportar el peso de un caballero y soportar el esfuerzo, el ruido y el terror de una batalla. Pero, si el caballo caía, el caballero resultaba medio desarmado y se le podía coger fácilmente. Resulta incluso difícil reprochar a algunos de estos caballeros invulnerables que no se dejaran matar en el mismo sitio, porque las flechas y los sables no podían nada contra las armaduras y, si el enemigo quería cogerlos vivos, necesitaban una voluntad excepcional para dejarse matar; era más fácil asestarles un golpe y amordazarlos que matarlos.

Muchos de ellos fueron muertos en el combate. Las matanzas de prisioneros eran bastante raras. Hubo una impresionante después de la batalla del Ager Sanguinis, y hubo también otras con ocasión de la toma de algunas fortalezas; pero nunca de manera sistemática. La política de Saladino frente a los caballeros-monjes a partir de 1187 es una excepción de esta regla, ya que antes de esta fecha no se ejecutaba ni a templarios ni a hospitalarios. Si el caballero era rico, en general salía del cautiverio mediante el pago de un rescate, salvo bajo el reino de Nur al-Din, que no quería nunca devolver la libertad a los soldados enemigos. Lo mismo ocurría con los cautivos de importancia musulmanes. El prisionero de guerra pobre era convertido en esclavo. No se le obligaba a abjurar, o a veces sólo cuando era juzgado reo de la pena de muerte, y en la mayoría de estos casos los prisioneros cristianos preferían la muerte. Los que preferían morir a rendirse eran muy numerosos: quien lograba salir airoso de treinta batallas acababa por caer en la que hacía treinta y uno, y los generales no morían nunca en sus lechos.

De los reyes de Jerusalén, ninguno resultó muerto en una batalla: la persona del rey era considerada como sagrada y era obje-

to de una protección especial, incluso en plena refriega; y el adversario prefería coger a un rey vivo que matarlo. Sólo Balduino I murió como consecuencia de una herida que recibió durante una razia contra los beduinos, a quienes su realeza importaba muy poco. Balduino II fue hecho prisionero dos veces y no fue nunca herido gravemente. Murió siendo persona de avanzada edad. Recordemos que Fulco murió, estando todavía lleno de fuerza, de un accidente de caza. Sus dos hijos, Balduino III y Amalarico I murieron jóvenes, por enfermedad. Balduino IV, condenado ya por su lepra a no vivir durante mucho tiempo, fue víctima de una fiebre que acortó su calvario. Todos, sin ninguna excepción, fueron excelentes soldados.

De entre los príncipes de Antioquía, sólo Tancredo murió por enfermedad. Roger de Salerno murió en el Ager Sanguinis, Bohemundo Il fue muerto en Sicilia, Raimundo de Poitiers lo fue en Fons Murez; los tres cayeron con la mayor parte de sus compañeros, pero podían haberse rendido para ser rescatados luego, ya que todo el mundo sabía que sus cabezas costaban caras. Sólo dos condes reinaron en Edesa: Jocelin I, muerto como consecuencia de un accidente acaecido durante unos trabajos de derribo, y Jocelin II, muerto siendo prisionero de Nur al-Din. Entre los dueños del condado de Trípoli, sólo Bertrán de Tolosa falleció de muerte natural, a los tres años de haber llegado a Tierra Santa; Raimundo de Saint-Gilles murió pasados los sesenta años, fruto de las heridas recibidas durante un incendio; Guillermo Jourdain de Cerdeña murió por una flecha, quizá por orden de Bertrán; Pons, el hijo de Bertrán, murió mientras huía, vencido, a través del campo; su hijo Raimundo II pereció a manos de los *Asesinos*; Raimundo III, el último de la dinastía, murió después de la caída de Jerusalén, más bien de dolor que de enfermedad, y puede considerarse que fue una muerte natural, más triste aún, dadas las circunstancias, que la de Roger de Salerno o Raimundo de Poitiers.

Había jefes que se dejaban matar, como estos dos últimos príncipes, por la desesperación de haber llevado su ejército al desastre: era la misma desesperación de los generales romanos que se lanzaban sobre su propia espada para evitar el deshonor. Balduino I, que después de su derrota de Ramala (1102) escapó solo para ir a formar un nuevo ejército, hizo prueba de un valor quizá mayor aún, porque su pasión por su reino era más fuerte que cualquier otro sentimiento. La valentía de los francos era proverbial y generalmente admirada, porque los caballeros tenían el culto del honor, y en Tierra Santa éste había tomado proporciones extraordinarias a causa del estimulante que constituía la presencia de los infieles.

El misticismo de la guerra

Usama había comparado la valentía y la agresividad de los francos a la de los animales salvajes del mismo modo que lo harían siglos más tarde los europeos al explicar la intrepidez de los guerreros «salvajes», africanos o indios. Y, sin embargo, sabemos que no hay nada tan poco animal como la valentía de los pueblos llamados primitivos, valentía adquirida con gran esfuerzo gracias a largas pruebas de iniciación, a lo largo de las cuales, desde la infancia, los futuros guerreros se ven sometidos a veces a verdaderas torturas, y a una sabia educación psicológica destinada a hacerles vencer el miedo bajo todas sus formas y a exaltar la resistencia al dolor. La educación del guerrero medieval era más rudimentaria, aunque menos ritual y «mágica», ya que el cristianismo había prescrito como impío todo cuanto podía sobrevivir de prácticas de este género entre los escandinavos y los germanos. Pero esta educación existía; era ruda, y el adolescente noble sentía estrechamente ligada la idea de lo sagrado al culto de la valentía en sí misma y de la resistencia física. Que el impulso de las Cruzadas proporcionara a este misticismo guerrero, natural por así decirlo, el más precioso estimulante es un hecho indiscutible y que ya habíamos señalado al principio de esta obra. Se ha ha-

blado mucho del fervor caballeresco, del fervor cortés, fervor que encontraba su expresión suprema en la valentía. Es conveniente resaltar que los caballeros de Tierra Santa no eran seguramente más piadosos que los de Occidente, pero sí eran por lo general más valientes.

Podría creerse que sentían menos repugnancia en verter sangre «pagana» que cristiana; pero la historia de las guerras occidentales nos dice que la sangre cristiana no atemorizaba a nadie, y que los rudos guerreros de los siglos XI y XII no temían condenarse dando muerte a sus compatriotas. Las Cruzadas aportaban a la guerra un clima de poesía y de grandeza, incluso de sacrificio y de pureza, que antes no tenía.

Sabemos que las aspiraciones de los jefes cruzados y de sus vasallos eran muy terrenas; incluso el piadoso Foucher de Chartres no duda en presentar la Cruzada como una operación ventajosa en el plano material ante todo. Sería temerario creer que en este ejército de voluntarios los jefes eran unos vulgares ambiciosos, mientras que el grueso de los caballeros —que, ricos o pobres, pertenecían al mismo nivel social que sus jefes— estaba formado por puros soldados de Cristo. En aquel ejército había desde lo mejor a lo peor, desde los Emich de Leisingen hasta los Hugos de Payns. El testimonio de los historiadores y de los cantares de gesta parece indicar que, cuando se trataba de luchar, todos se dejaban arrastrar por un entusiasmo guerrero que les transformaba en héroes de la religión y en candidatos al martirio. Lo que de grave, de exaltado, de profundamente humano había en esta civilización fundada en el amor por la guerra, mal podemos imaginárnoslo. Los musulmanes de la época se extrañaban de ello —a pesar que ellos tenían también su tradición de misticismo guerrero—, quizá porque creían que se las tenían que ver con unos ignorantes o unos salvajes.

Pero la fuerza de los francos no residía sólo en sus armaduras y en su estrategia. Era verdaderamente una civilización fuertemen-

te consciente de sí misma la que se enfrentaba a Oriente con sus propias armas, porque no poseía otras. Una civilización ya enriquecida por un largo pasado de tradiciones, de valores morales, de mitos y de sueños.

Los cantares de gesta —que no iban destinados a una élite de letrados— exaltan el sufrimiento y la muerte más que la victoria. Un pueblo o una clase social cuya concepción del mundo es esencialmente trágica significa que ha alcanzado un nivel bastante elevado de madurez moral. El mismo *Cantar de Roldán*, redactado (por lo menos por escrito) en la época de las Cruzadas, sin ser una historia de cruzados en el sentido estricto de la palabra, nos revela muchas más cosas sobre la caballería que los historiadores. El héroe es temible para sus enemigos, dulce y humilde para sus amigos; el hombre «de mirada clara, de anchos hombros, estrechas caderas», prodigiosamente fuerte, provisto de un caballo de excepcional valor, de armas centelleantes, de una espada milagrosa cargada de reliquias, es el santo de un nuevo paraíso. San Mauricio y sobre todo san Jorge, con su armadura blanca, su caballo blanco, son los hermanos de combate del caballero. Pero lo que más se ama en el caballero no es su fuerza, sino su debilidad. Ha derrotado a cien enemigos, a cuatrocientos; con el menor puñetazo rompe yelmos de hierro y hace saltar ojos y cerebros… Ello le es necesario para mantener su reputación, pero lo importante es que finalmente resulte vencido. Ya no puede más, se arrastra cubierto de sangre, el cerebro le sale por los oídos, se desmaya de debilidad. Sintiéndose morir busca los cadáveres de sus compañeros, llora, se lamenta y ruega por sus almas, desfallecido de ternura y de piedad; y muere tendiendo su guante a Dios y recordando todos los países que ha conquistado. Y, si al fin los ángeles vienen a buscar su alma para llevársela al Cielo, no por ello el desenlace resulta feliz; sus amigos, y el mismo Carlomagno, vienen a inclinarse ante su cuerpo, pero llegan demasiado tarde. Lloran, se mesan los cabellos, lamentan la fuerza y la ju-

ventud de los desaparecidos: nada podrá en adelante reparar su pérdida. La venganza llega; pero resulta pobre e inútil: la belleza de la gesta reside en la historia de una gran desgracia.

Historias de un amor apasionado; pero ¿por quién?, ¿por la guerra? Sí, en la medida en que la guerra es el símbolo de la última prueba, del mayor dolor. Los pasajes fúnebres de los cantares de gesta tienen el valor de exorcismos: nadie tenía interés en compartir la suerte de Roldán y de sus doce pares, cuya muerte heroica revivida con el pensamiento por generaciones de luchadores daba cauce libre a la emoción, pero la muerte de Roldán era la justificación moral de toda guerra y daba al soldado más embrutecido la conciencia de la grandeza espiritual de su vocación. Se podía matai; pillar, violar, quemar ciudades, pero la alta figura de Roldán estaba allí para recordar que el guerrero —sobre todo si es soldado de Cristo— lleva en él un poder de salvación por el sufrimiento y una misteriosa pureza.

Esta nota pasional se encuentra en todas las civilizaciones guerreras, pero cobra todavía más fuerza en el guerrero cristiano por efecto de un peligroso equívoco. El héroe moribundo representa inconscientemente la Pasión de Cristo, y, golpeado, herido, cubierto de sangre, reducido al estado de una gloriosa llaga, en su agonía se acerca a Dios crucificado. El prestigio del héroe gozaba de la misma intensidad de emoción que se reservaba para Dios, «que sufrió por nuestros pecados», y no es en vano que, de todos los compañeros de Carlomagno, el más popular haya sido Roldán, de quien no se sabe más que fue derrotado y muerto en Roncesvalles (sin embargo, los ejércitos de Carlomagno conocieron infinitamente más victorias que derrotas…).

De esta manera, armados de un heroísmo patético y purificador, los caballeros del siglo XII tenían siempre buenas razones para pelear. Y la fe era una de las formas del honor guerrero. En el *Cantar de Antioquía* aparece Guido, el hermano de Bohemundo, que, al enterarse de la noticia (falsa, pero él lo desconocía) de la

destrucción del ejército cruzado, exclama: «¡Dios, si has podido permitir esto, nadie te servirá más, porque ya no habrá más honor para servirte!». Dios tenía el deber de ser un soberano leal que protege a sus vasallos. Sus soldados habían de luchar por Él, porque, por todopoderoso que fuese, no podía reconquistar; por sus propios medios, una tierra que quería poseer; una tierra que había que devolverle. Había también una profunda necesidad de lealtad y de sumisión en la piedad cruzada, necesidad que no se saciaba desde hacía largo tiempo y que se hacía recaer con la imaginación sobre la persona de Carlomagno, el gran Carlos, el bueno, el sabio, el fuerte, encarnación de Dios Padre y del Dios de los Ejércitos.

En Alemania, el sueño de un gran imperio y de un emperador soberano intentaba encarnarse en los emperadores germánicos, cuyo poder permanecía la mayoría de veces en el plano teórico y era duramente discutido. En Francia, no había ni siquiera la sombra de un emperador; sino un rey todavía demasiado débil para rivalizar, aunque fuese de lejos, con el recuerdo de Carlomagno. Dios, el emperador indiscutible, pues el nombre de emperador aparece corrientemente referido a Dios en los cantares de gesta, estaba más lejos aún que Carlomagno, pero vivía y ejercía su poder por toda la eternidad. Era el perfecto señor a quien era sumamente glorioso servir.

Pero en la práctica no resultaba nada fácil servirle, pues no se le veía cabalgar a la cabeza de su ejército y dar órdenes. La autoridad de los jefes reales de la Cruzada se hallaba siempre vacilante y estaba sujeta a discusión. Pero el soldado de Dios se veía promocionado a una dignidad que le situaba por encima de los demás soldados. Y se amaba la cruz que se cosía sobre el traje, que era signo de protección divina y de vocación, porque por ella se pertenecía a Dios como el esclavo pertenece a su dueño. Se creía en su virtud purificadora que justificaba a veces los peo-

res excesos. El único crimen que no pudo nunca justificar era la cobardía.

En todos los textos de la época, aparece un auténtico y obsesivo terror por la cobardía, tanto si son obras de laicos como de eclesiásticos. La valentía era la gran virtud que había de servir de base a todas las demás. El hombre medieval, y sobre todo el caballero medieval, estaba sometido a una ley moral de un orden particular, bastante poco cristiana, aunque teñida de cristianismo, basada en un estoicismo o incluso un ascetismo guerrero y el culto del honor. El viejo paganismo germánico, en apariencia vencido y olvidado, tomaba su revancha.

Los oyentes de los cantares de gesta encontraban natural —aunque censurable— el orgullo de Roldán, que se niega a tañer el olifante para pedir auxilio. Roldán teme que se le tome por un cobarde y que ello traiga como consecuencia el deshonor para toda su familia. Por motivos parecidos, los menos valientes no se atrevían a echarse atrás ni un dedo en una batalla, y preferían morir allí mismo. En Siria, las derrotas francas eran más a menudo seguidas de matanzas de la caballería que de desbandada y huida, aunque también los francos a veces huían o capitulaban, porque tampoco eran suicidas voluntarios. Pero, por lo general, a los ojos de los musulmanes, su resistencia tenía algo de milagroso. Y lo mismo su furia en el combate.

Cuando se les hacía prisioneros, se mostraban dóciles, como jugadores que hubiesen perdido la partida. No tenían, como los guerreros de la Antigüedad, el peligroso recurso de poner fin a sus días para evitar el deshonor, ya que la religión prohibía el suicidio. Sin embargo, Al-Fadhel fue testigo del suicidio de un templario, el comandante de la fortaleza de Bayt al-Ahzan, quien, al ver que su castillo era tomado por asalto e incendiado, «cuando las llamas llegaron a su lado [...] se echó en un hoyo lleno de fuego sin temor a las quemaduras, y de este brasero cayó enseguida al otro [el del infierno]». (*Dos jardines*, p. 208). Una pa-

labra venenosa o imprudente podía bastar para enviar un cuerpo de ejército a la muerte. («Amáis demasiado vuestra rubia cabeza…». Y, sin embargo, en mayo de 1187, cuando ya el reino estaba amenazado de muerte, la pérdida deliberada de ciento cincuenta hombres templarios era un crimen; pero el caballero a quien sólo esperaba una muerte cierta no razonaba ya).

Hay que aclarar que este orgullo caballeresco era más propio de los hermanos del Hospital o del Temple que de la caballería laica. Los monjes soldados no tenían nada que perder. Se comprometían de antemano con terribles juramentos: no podían hacerse atrás, no podían calcular el número de sus adversarios; entre ellos el desprecio total a la muerte era considerado como un dogma. Y, sin embargo, estos hombres, lejos de ser los combatientes más cristianos, eran los que con mayor facilidad se entregaban a una exaltación en el combate totalmente pagana. Sabemos las dudas que más tarde iba a inspirar su religiosidad. Acusados de herejía en el momento en que las órdenes militares, tras la evacuación de los últimos puertos francos de Siria, perdían toda razón de ser; los templarios no confesaron nada concreto. Su ritual y su regla tendían a formar hombres de acero, endurecidos contra todos los temores, incluso contra el del infierno (éste podría ser el sentido de la misteriosa abjuración de Cristo que se imponía a los postulantes), porque un caballero podía verse expuesto a combatir en estado de pecado mortal, y ninguna consideración debía hacerle recular frente a la muerte. Lo que en las enseñanzas del Temple había de doctrina herética proviene de una deformación lógica de este misticismo guerrero, que aparece ya en los cantares de gesta. Y las influencias ismaelíes proporcionaban un elemento nuevo a este misticismo: los hermanos de las sectas ismaelíes estaban consagrados a la muerte como a una novia, y tanto si se hallaban como si no bajo los efectos del hachís durante su exaltación mística, se les preparaba para la muerte —a la muerte por orden de un jefe— como para la felicidad supre-

ma, y como un fin en sí misma. El culto de la muerte ritual por el cumplimiento del deber era tan fuerte que se veía a madres celebrar la muerte heroica de sus hijos como un triunfo y ponerse de luto al enterarse de que su hijo había escapado a los enemigos en lugar de haber muerto. Los templarios, menos exaltados y cristianos a pesar de todo, ignoraban este culto del asesinato y este deseo de la muerte. Pero el espíritu de desmesura y de indiferencia ante el riesgo era cultivado en ellos conscientemente, y ello les convertía en seres útiles y peligrosos a un tiempo para la seguridad del reino.

Por una coincidencia bastante natural, los caballeros francos de Siria se encontraban sin cesar en la situación de Roldán y de sus pares, con la única diferencia de que allí no había traición ni ningún emperador invencible podía correr a su encuentro con sólo tañer sus olifantes. Siempre se hallaban frente a estos enemigos demasiado numerosos, estos paganos que surgían de detrás de las montañas, por millares, por decenas de millares; siempre la misma ansiedad: «y no tenemos más que una pequeña compañía». Según los casos, era necesario rehusar el combate y mantenerse a la defensiva, apretados los unos contra otros como una muralla, o cargar hacia delante con el máximo ímpetu. Las famosas cargas de los guerreros francos eran prodigios de audacia calculada; para preparar a los hombres para una disciplina tal era necesario un entrenamiento que absorbía las fuerzas físicas y morales de los caballeros: como unos deportistas profesionales obligados sin cesar a mantenerse en forma, estos hombres, de quince a sesenta años, pasaban la mayor parte del tiempo combatiendo o ejercitándose para futuros combates. Sus ratos libres eran muy breves.

En este país no se interrumpía la guerra en invierno; los inviernos no eran muy crudos, y todos los meses eran aptos para la guerra. Dada la frecuencia de las batallas, cualquier caballero podía esperarse con toda certeza que iba a terminar por morir; y

los que eran hechos prisioneros no estaban siempre seguros de recobrar la libertad. Los más ricos, más pronto o más tarde, eran rescatados. Pero muchos acababan sus días como esclavos o encerrados en las prisiones. Después de Hattin, hubo un cierto número de combatientes liberados pagando su rescate; pero la mayor parte —eran más de diez mil— no pudieron ser rescatados jamás. Había entre ellos caballeros pobres, escuderos, sargentos y soldados de las milicias burguesas. Al-Imad describe las lamentables procesiones de decenas, de centenares de hombres conducidos en hileras, atados a una cuerda; llevados a Damasco junto con cabezas de cristianos «tan numerosas como sandías», vendidos en los mercados, a un precio irrisorio, porque había tantos que no se sabía qué hacer de ellos.

«Uno de los faquires que acompañaban al ejército obtuvo en el reparto un prisionero, que cambió por un par de sandalias que necesitaba. Y, como alguien se extrañase de tal cambio, respondió: (He querido que se hable de ello y que pueda decirse: "Estos esclavos cristianos eran tan numerosos y tan despreciados que uno de ellos ha sido vendido por un par de sandalias"). ¡Alabemos a Dios!». (Abu Shama, *Dos jardines*, p. 289).

Los esclavos

¿Cuántos prisioneros cristianos habría de 1096 a 1192? Su número fue muy elevado en 1101 en Asia Menor. Fueron sobre todo mujeres y niños, porque los hombres murieron todos en la refriega. Mujeres todavía jóvenes, adolescentes, niños, todos cuantos pudieran servir. Nadie quería cargar con los viejos y los enfermos. Los vencedores escogían y se quedaban a las mujeres hermosas para su placer, y los niños de rostro agradable; los demás, dispersados por los mercados, eran comprados como el ganado que se destina al uso doméstico.

Los niños no se pagaban muy caros. Se vendían a un precio diez veces menor que el de un hombre y cinco veces menor que

el de una mujer. Eran una mercancía utilizable a largo plazo, que había que alimentar y educar durante largo tiempo, y corría el riesgo de morir antes de poder ser útil. Naturalmente, los niños eran convertidos al islamismo, ya que había que procurar salvar sus almas. Y muchos resultaban excelentes musulmanes y servidores, olvidaban su lengua materna y no se distinguían de los otros más que por sus cabellos y sus ojos más claros. Si vivían, daban mayor rendimiento que los adultos, porque no añoraban ni su libertad ni su país. Se compraba incluso a los niños de pecho. (Saladino hizo, en 1191, rescatar y devolver a una mujer franca un niño de tres meses, que la madre, en medio de su alegría, se puso a amamantar al instante. Quizás el comprador se hubiese visto obligado a procurar a su pequeño «esclavo» una nodriza).

Las mujeres, por lo general, eran destinadas a los trabajos domésticos, o bien se las empleaba en los talleres de tejidos e hilados, etc., caso de que fueran lo suficientemente jóvenes para aprender un oficio. Si aún eran adolescentes o muy bellas, podían ser compradas para los harenes de gente rica, se convertían en esclavas de las mujeres de sus dueños, y tenían incluso la posibilidad de llegar a ser favoritas. En 1101 fueron vendidos varios millares de mujeres francas, y hubo también, como es de suponer; cautivas que se fueron haciendo durante las campañas a lo largo del siglo. Muchas se cogieron en 1147, en el ejército de Conrado III, junto con los hombres que fueron también vendidos. A ello hay que añadir los vencidos de Hattin y los mil pobres francos de Jerusalén.

Para los adultos, la esclavitud equivalía a la muerte. Las familias eran dispersadas, a menos que a un comprador rico y piadoso se le ocurriese comprar una familia entera. Por regla general, la selección ya había sido hecha por el mercader de esclavos, a quien no le interesaba quedarse en su caravana con las familias.

Era mejor agrupar a la gente según el precio y el uso a que se les destinaba.

Los esclavos se cotizaban según su capacidad, su oficio o su fuerza física. Cuenta una leyenda que un obispo cristiano, escultor de talento, fue martirizado por haberse negado a esculpir un «ídolo», mientras que, si se hubiese mostrado dócil, hubiese podido ganar mucho oro. Los musulmanes no tenían por costumbre hacer esculpir ídolos, pero los esclavos que eran hábiles en un arte, cualquiera que fuese, eran llamados a ejercerlo, a menudo a cambio de remuneración. Los hombres jóvenes y fuertes eran empleados en los trabajos de construcción, y lo mismo se hacía con los prisioneros de guerra musulmanes en la Siria franca. Su suerte no era mucho más dura que la de cualquier obrero, ya que la mano de obra era siempre muy mal pagada. El esclavo era alimentado y alojado, y el dueño no tenía, en principio, el derecho de infligirle malos tratos; pero, de hecho, el esclavo era un muerto civil, ya que no tenía ninguna posibilidad de recurso contra su dueño y, si se escapaba, era severamente castigado.

La esclavitud era una institución tan anclada dentro de las costumbres que nadie pensaba que fuera injusta. En Occidente ya había prácticamente dejado de existir; pero en Oriente los francos se acostumbraron a ella muy deprisa. Había mercados de esclavos en todas las ciudades francas y los ejércitos del rey de Jerusalén capturaban y vendían como esclavos a los habitantes de las plazas conquistadas. Los mismos francos practicaban la esclavitud de una manera bastante modesta: los grandes señores tenían esclavos a su servicio y los prisioneros de guerra eran a veces obligados a practicar trabajos forzados, aunque por un tiempo limitado. En cualquier caso, en la sociedad franca esta institución no penetró jamás en las costumbres. El comercio de esclavos era un comercio como otro y, si los profesionales de este tráfico no encontraban dificultades para el ejercicio de su profesión (era además una corporación demasiado poderosa como para que

un gobernador intentara suprimirla), puede decirse que los francos no veían en ello más que una costumbre local que se respetaba sin que uno se viera obligado a adoptarla.

Si los esclavos francos gozaban de mala reputación, pues se les reprochaba que no se adaptasen bien a la servitud, es porque venían de un país donde las gentes no se vendían en los mercados. Lo cual no quiere decir que los otros se resignasen fácilmente. Los pocos detalles que los cronistas árabes observan de pasada nos hacen ver que los francos, más expansivos quizá que los orientales, manifestaban su dolor de modo más vivo. Y los casos, ya citados, que Usama consigna muestran que una repugnancia tal por la esclavitud era muy poco frecuente.

Y es que la idea de degradación en Oriente no se hallaba necesariamente implícita en la palabra «esclavo». La relación entre dueño y esclavo, considerando incluso las operaciones de compra y venta, formaba parte de las relaciones humanas normales, ya demasiado consagradas por un uso secular como para que pudiesen excitar a la revuelta.

Una «esclava» escogida para concubina podía, aun siendo esclava, ser honorada y considerada. Y el esclavo capaz y concienzudo podía llegar a ser amigo de su dueño. Haber sido vendido como consecuencia de un revés de la fortuna o de una derrota no era necesariamente algo infamante, y el comprador no adquiría propiamente a la persona, sino el derecho a su trabajo.

En nuestros días, la única forma de esclavitud practicada oficialmente es el trabajo forzado a que se condena a los prisioneros de guerra, lo cual constituye una costumbre tan antigua como el mundo. Los sistemas de concentración, que son las otras empresas de esclavos, descansan sobre el principio de sanciones disciplinarias respecto de los individuos culpables de alguna infracción contra la ley, incluso cuando la infracción es imaginaria y está destinada a justificar la práctica de los trabajos forzados. En la

Edad Media, la esclavitud tenía también este aspecto: las gentes que no podían pagar sus deudas y los delincuentes insolventes que eran condenados a pagar una multa eran vendidos como esclavos. Podría decirse que en nuestra época la condición del trabajador de fábrica, del minero e incluso del que trabaja la tierra se acerca a veces a la del esclavo, pues la falta de libertad real del hombre que se ve mal pagado, que depende enteramente del empresario y que es relegado para siempre a una condición servil puede ser enorme. Los esclavos que vivían en un lugar desde varias generaciones y que tenían sus familias, su alojamiento y un trabajo asegurados podían sentirse libres mientras no tuvieran intención de abandonar el país. No ocurría lo mismo con el hombre que antes había sido libre: entonces se trataba de un hundimiento social.

Para los extranjeros, era el alejamiento total y sin esperanzas; para las familias separadas el mayor destrozo moral, de tal manera que la esclavitud, que era corrientemente admitida por la ley y las tradiciones, y en tiempo de paz asimilable a un sistema de utilización de la mano de obra mal pagada, en tiempo de guerra se convertía en el mayor de los desastres.

Pero, en Oriente, desde las invasiones turcas, la guerra era un estado permanente. En los siglos XI y XII el número de armenios, griegos, árabes, sirios y francos reducidos a la esclavitud al azar de las campañas de los diferentes ejércitos era inmenso y equivalente a todo un pueblo de «personas desplazadas». A estos desgraciados se unían los viajeros capturados por los piratas y bandidos salteadores de caminos, que eran tan numerosos como las víctimas de la guerra. Estos últimos, que no estaban sometidos a ninguna ley de guerra, sino al simple capricho de los profesionales de este tráfico, estaban perdidos de una manera más irremediable aún que los otros, pues a un caudillo militar podía hacerse responsable de sus cautivos y se le podían rescatar. Recordemos que Manuel Comneno había conseguido negociar con Nur

al-Din la libertad de seis mil cristianos prisioneros de guerra, la mayor parte de ellos esclavos desde hacía más de diez años; en cambio, a un pirata, cuyo tráfico era ilegal por definición, nadie le podía arrebatar sus víctimas, que con toda seguridad había ya vuelto a vender a otros traficantes también medio piratas: se trataba de una mercancía de la que nadie había de conocer el origen.

Es difícil imaginar cuál podía ser la situación de tantos peregrinos occidentales, viajeros o cruzados, arrastrados a los mercados, examinados, comprados, llevados a las minas, a los corrales de las casas rurales, a los harenes o a las casas burguesas, en un país del que no comprendían la lengua, cuyo clima y costumbres les eran totalmente desconocidos, donde podían a veces encontrar compatriotas, lo cual era una suerte apreciable, pero donde se hallaban a menudo cortados de todo contacto con su vida pasada. Y, si ya no eran jóvenes o tenían poca facilidad, no aprendían más que vagos rudimentos de árabe, llegaban a olvidar su propia lengua y se veían condenados a embrutecerse progresivamente.

Su ignorancia de la lengua y su tipo étnico hacían que la evasión les fuese imposible. Y, además, ¿cómo iban a evadirse si había que recorrer a pie centenares de kilómetros? Se mandaba a los esclavos cristianos a los países más alejados posible de los Estados francos, o a las grandes ciudades, donde la policía estaba bien organizada. Las mujeres pasaban el resto de su vida llevando jarras de agua del pozo a la casa, o fregando el suelo, como animales de carga anónimos y mudos, esperando siempre su ración de comida o el descanso de la noche en algún pajar; o a veces en el mismo suelo. Y las más jóvenes, las más bellas, si tenían la suerte de escapar de las brutalidades de la soldadesca en el campo de batalla, la atención que el dueño les dispensaba se convertía en una felicidad que, si bien les costaba muy cara, las salvaba por lo menos de un lento amortecimiento, pues la mujer que era esco-

gida por concubina, aunque fuese subalterna, era tratada con honor y, si tenía hijos, podía subir de categoría dentro del harén.

(Resulta extraño pensar que una leyenda popular diese a Zenghi por madre a la margravina Ida de Austria, pues esta gran dama tan piadosa como valiente hubiese sin duda preferido ser colocada entre los mártires de la fe. Desaparecida, y sin duda muerta o asesinada en medio de la refriega, desfigurada, despojada de sus ricas vestiduras y su cuerpo dejado como presa de los cuervos y de los chacales en medio de una enorme extensión de cadáveres de hombres y de caballos, esta pobre mujer hubiese temblado de indignación en lo que podríamos llamar su tumba si se hubiese visto, ella, una de las primeras damas de Alemania, transformada por la posteridad en concubina de un musulmán. Por otra parte resulta difícil también imaginar a unos musulmanes atribuir a la memoria de una gran princesa árabe tan dudoso honor. Los francos, es un hecho, se mostraban relativamente poco celosos del honor de sus mujeres. Pero la leyenda de la margravina era una inconsciente revancha popular; pues los padres, los maridos y los hermanos de las mujeres desaparecidas podían ilusionarse con esta esperanza, la única que les era permitida: habrá podido escapar a lo peor, vivirá en alguna parte, rica, honrada, feliz y madre de unos hermosos hijos, qué más da si son paganos… Tienen que ser aún nuestras mujeres quienes den a nuestros enemigos los más valientes guerreros).

Las esclavas que se consideraban lo bastante hermosas como para merecer una vida feliz eran muy pocas. Las adolescentes y las niñas eran vendidas a las casas públicas, tanto de gran lujo como de poca categoría, y no permanecían en ellas mucho tiempo. La suerte de las vigorosas matronas aptas para los trabajos más duros era a pesar de todo más envidiable. Los muchachos jóvenes, si eran hermosos, eran destinados a los placeres de sus dueños; tanto los turcos como los árabes no tenían ningún prejuicio contra la homosexualidad (aunque estaba mal vista por las gentes

piadosas, era tolerada por la costumbre y muy extendida). Grandes jefes, Zenghi el primero, se rodeaban de pajes y de queridos; los califas y los sultanes podían tener lo mismo favoritas que favoritos. El niño esclavo tenía muchas posibilidades de caer bajo un dueño a quien le gustaran los jóvenes. Si además era inteligente, poseía una buena voz y era dulce y se le consideraba apto para el servicio de los harenes, corría el riesgo de ser castrado.

Los niños francos de todas las edades —y hubo muchos en los ejércitos cruzados en 1101 y entre los cautivos civiles de cien años de guerras— se fundieron poco a poco entre la masa de los esclavos de todos los países y hoy día tienen aún seguramente descendientes turcos o árabes que no se sienten en nada avergonzados de llevar una ínfima proporción de sangre occidental en sus venas. Los adultos, los de más de treinta años, podían considerarse perdidos, pues, a menos que fueran artesanos altamente calificados, estaban condenados a una vida de trabajo duro, casi propio de animales, sin más recursos que el recuerdo y la nostalgia de su país natal, demasiado lejano y diferente. Hubo también esclavos que fueron puestos en libertad, pero fueron una minoría muy pequeña. Cuando el emperador Manuel, en lugar de conquistar Alepo, prefirió rescatar a seis mil cristianos, no fueron ciertamente los prisioneros liberados quienes pensaron en acusarle de traición hacia la cristiandad.

Reinaldo de Châtillon permaneció dieciséis años en prisión, lo que para un personaje de su categoría era un auténtico récord. Como príncipe de Antioquía, no se le tenía en un calabozo subterráneo ni trabajaba en las minas, sino que llevaba una existencia confortable. Pero, para un hombre devorado por una pasión ferviente por la acción, estos dieciséis años debieron de ser un período de fortuna. Balduino II pasó seis años de su vida en el cautiverio. Raimundo III de Trípoli, ocho años. Jocelin II, nueve años, hasta su muerte. No sabemos el número de los caballeros que murieron en el cautiverio, pero hubo muchos, sobre todo

entre los hermanos de las órdenes militares, que no pagaban rescate. E incluso a veces, a pesar del rescate, había jefes turcos, como Nur al-Din, que no querían dar libertad a sus prisioneros. Un hombre del que no se tenían noticias desde hacía más de siete años se consideraba que había muerto, y su mujer podía volver a contraer matrimonio. Algunos de ellos a veces volvían. Por ejemplo, el caballero Gauffier, capturado por los egipcios en 1101, volvió al cabo de treinta y tres años, puesto en libertad sin rescate alguno (pues ¿quién había de pagarlo, si se le había olvidado desde hacía mucho tiempo?) porque era viejo y debió parecerles vano conservarlo durante más tiempo. Así, simples soldados que lograban escapar, o a quienes sus dueños libertaban por clemencia, regresaban de vez en cuando y, si no eran aún demasiado viejos, volvían al servicio activo o se embarcaban hacia Europa…

No se ha conservado el recuerdo de las mil extravagantes odiseas, trágicas, o banales a fuerza de repetirse, o incluso inverosímilmente felices, que, a lo largo de un siglo de Cruzadas, constituyeron la suerte de decenas de miles de peregrinos. Aquellos que tenían la suerte de volver a encontrar a sus compatriotas contaban sus aventuras, y sus parientes y amigos se acordaban de ellas. En Oriente, todo el mundo había visto muchas, y en Occidente no faltaban los charlatanes y ya no era posible distinguir lo que era cierto de lo que no lo era. La mayor parte de estos hombres perdidos —y de estas mujeres— no tuvieron a nadie a quien contar sus historias y acabaron sus días en una granja árabe o en un lugar de trabajos forzados, muertos para los suyos mucho antes de su muerte real.

Conclusión.

Si se consideran las Cruzadas desde el punto de vista de su influencia en la evolución de la historia de Europa, hay un hecho que salta a la vista ante cualquier otro: el conflicto, primero latente y luego abierto, entre el Occidente latino y Bizancio y la eliminación final del Imperio bizantino. Pero las Cruzadas no son el único responsable de esta catástrofe que fue, sin lugar a dudas, una gran pérdida para la civilización europea. El viejo Imperio se encontraba acechado desde hacía largo tiempo por muchos enemigos; y por eso en el presente estudio no nos hemos propuesto narrar lo que se ha convenido en designar con el nombre de Cuarta Cruzada, que constituye una de las páginas más vergonzosas de la historia del Occidente cristiano.

En 1203 la ambición y también el comprensible rencor de Venecia fue la causa real del cambio de rumbo de la nueva Cruzada, concebida en su origen como una empresa de reconquista de Tierra Santa. El papa Inocencio III protestó —aunque sin mucho efecto— sinceramente contra el escándalo de una guerra santa transformada de aquel modo en una empresa de bandidaje. Los barones cruzados se habían visto forzados por los venecianos, de quienes se habían convertido en deudores. Basta con leer la crónica de Villehardouin para ver cómo aceptaron dócilmente todos los medios de propaganda veneciana y, a pesar de las amonestaciones del Papa, se crearon a su medida una conciencia de estar obrando rectamente. El odio y el desprecio hacia Bizancio que se habían acumulado durante un siglo de guerras de Oriente les permitían lanzar sus ejércitos contra un país cristiano, mientras conservaban la cruz cosida sobre los vestidos y las banderas.

Hemos intentado analizar y seguir la evolución de este lento deterioro de las relaciones entre griegos y latinos. El papel de las Cruzadas fue, hay que reconocerlo, de capital importancia, por-

que hicieron que el viejo antagonismo entre las dos civilizaciones cristianas se pusiera de manifiesto.

Ya en 1097 Alejo Comneno había temido una toma por asalto de su capital por los bárbaros latinos. En 1146 Manuel Comneno temía a los alemanes y a los franceses más que a los turcos. Y, en 1190, la falta de tacto y la debilidad de Isaac Angelo estuvieron a punto de adelantar catorce años la caída del imperio. Pero, cualquiera que fuese su odio hacia los griegos, el gran Hohenstaufen recordaba muy bien que había tomado la cruz para liberar Jerusalén y no para tomar Constantinopla. En 1204, no obstante, la emoción del Occidente latino ante la pérdida de Tierra Santa se había debilitado. El gran ejército cruzado, ocupado en construir en Oriente un nuevo imperio latino de Constantinopla, en saquear los conventos y las iglesias, así como los palacios, en violar a las mujeres griegas en masa, ya no pensaba siquiera en volver a tomar el camino de Jerusalén. En esta Cruzada se olvidó por completo de Tierra Santa.

Bizancio, bruscamente reducida a sus provincias de Asia Menor, siempre amenazadas por los turcos, no se amilanaba jamás. La nobleza y el ejército griego habían de terminar por tomar Constantinopla en 1261, cincuenta y cinco años después de la creación del Imperio latino. En realidad, el Imperio bizantino estaba ya herido de muerte, y en el plano político ya no volvió a ser una gran potencia. A pesar de sus desesperados esfuerzos por sobrevivir, de las tentativas para ganarse a Occidente por medio de gestiones con vistas a un eventual reconocimiento de la autoridad de Roma, Bizancio había perdido la confianza de Occidente, que no podía perdonarle ni su propio crimen ni su propio fracaso. El imperio así debilitado había de durar dos siglos, para ser finalmente liquidado por los turcos. En 1453, cuando las provincias orientales de Europa cayeron en manos de los musulmanes, el Occidente latino apenas sintió este acontecimiento como una pérdida para la cristiandad, ya que los Estados cristianos estaban

demasiado absorbidos por sus propias dificultades y sus rivalidades mutuas y habían excluido desde hacía mucho tiempo la cuestión de Oriente del campo de sus preocupaciones.

La Cruzada de 1204 había sido seguida de cerca por otra Cruzada (sin contar las Cruzadas de España, las primeras en el tiempo y además permanentes, porque eran dirigidas por los mismos españoles), que fue la llamada Cruzada de los Albigenses, y que iba dirigida, no contra los musulmanes, sino contra unos disidentes de la cristiandad, unos herejes del sur de Francia. Fue una auténtica Cruzada, porque, aunque fuese dirigida contra unos príncipes católicos y unas poblaciones católicas en su mayoría, los voluntarios que en 1209 respondieron al llamamiento de Inocencio III estaban guiados por motivos de tipo religioso, por lo menos con la misma fuerza con que lo estaban los primeros jefes cruzados. Esta Cruzada, que degeneró del modo más natural en una empresa de conquista personal y luego en la anexión del Lenguadoc por parte de la monarquía capeta, venía a demostrar que la idea de guerra santa respondía siempre a una necesidad profunda de la conciencia occidental. Y, sin embargo, fue única en su género: emprendida por instigación expresa del papado, fue una empresa de la Iglesia y no llegó a obtener la adhesión profunda de las masas populares. La Iglesia no volvió a repetir esta tentativa, y sólo las guerras contra los infieles siguieron llevando el nombre de guerras santas y dando a los voluntarios que participaban en ellas el derecho de llevar la cruz[85].

El siglo XIII fue testigo de las dos Cruzadas de san Luis; la política de Federico II, precedida por la Cruzada predicada por el papa Honorio III después del concilio de Letrán. Aunque en Constantinopla existía ya entonces un «imperio» latino y católico, la ruta tradicional de los cruzados se hizo entonces más difícil que nunca, pues ya no podía contarse con los griegos de Asia Menor para facilitar a los occidentales la reconquista de Jerusalén. El esfuerzo de los cruzados iba a dirigirse desde entonces a

Egipto; pero sin éxito, a pesar de la existencia de bases francas como la isla de Chipre y de algunos puertos de la costa palestina que habían permanecido también en manos de los francos. Para aniquilar el poder de los turcos, san Luis iba a buscar incluso la alianza de los invasores mogoles, una parte de los cuales eran cristianos nestorianos. De hecho, los francos habían perdido completamente la partida en 1192: el reino latino, implantado en el suelo de Siria durante irnos noventa años, había muerto y la reconquista ya no tenía una auténtica razón de ser.

Una parte de la nobleza occidental —sobre todo la francesa— seguía cumpliendo su período de servicio, ya fuera en los puertos de la costa de Palestina (Acre o Jaffa), o en Constantinopla o en Chipre; y los caballeros se enrolaban de buen grado en las órdenes militares, que seguían siendo poderosas. Los papas no abandonaban la esperanza de reconquistar Tierra Santa, predicaban guerras de reconquista y excomulgaban a los monarcas que se sustraían a este deber cristiano. El más piadoso de los soberanos hizo de tal deber la gran obra de su vida, consagró a ello una gran parte de las rentas de su reino y por dos veces emprendió costosas campañas que acarrearon la muerte de muchos de sus participantes y la suya propia. Pero san Luis no era ninguna excepción, sino que era el representante más calificado de una cierta nobleza piadosa y consciente de sus deberes para con Dios; para agradar a Dios, había que esforzarse en reconquistar su «reino». Se seguía pensando en Jerusalén. El año que precedió al nacimiento de san Luis, ejércitos de muchachos campesinos, siguiendo la llamada de un pequeño pastor visionario, abandonaron sus casas y descendieron el valle del Ródano, esperando obtener por su pobreza y su ignorancia lo que los ricos y los fuertes no habían podido ganan Sabemos el desastre que constituyó la Cruzada de los niños, y la Jerusalén que ellos buscaban no tenía mucho que ver con la vieja ciudad palestina ocupada por los turcos.

Si las Cruzadas del siglo XII fracasaron, ello no fue debido solamente a que el islam se hubiera hecho más fuerte y la cristiandad —como consecuencia de la ruina de Bizancio— más débil. En Occidente, después del fracaso de 1192 y la desviación de la Cruzada de 1203, se había perdido el verdadero interés por Tierra Santa, que se estaba convirtiendo más en un sueño piadoso que en una necesidad, y la época en que Jerusalén era una ciudad franca se perdía cada vez más en el pasado. La cristiandad no prorrumpió en cantos triunfales cuando Federico II, en virtud de un tratado, se hizo otorgar Jerusalén, que, por ello pasaba bajo la dominación de un monarca cristiano. Es cierto que Federico estaba en aquel momento excomulgado, precisamente por causa de su morosidad en cumplir su promesa de cruzado, y que su éxito diplomático no hacía disminuir en nada la potencia del islam. En efecto, el Occidente latino, con un comprensible realismo político, se resignaba a dejar al islam el dominio de Oriente, tras haber destruido con sus propias manos el poder cristiano que tenía verdadero interés en seguir haciendo frente a los turcos.

Hemos insistido con mayor detalle en la historia del reino cristiano de Jerusalén, porque, por efímero que fuese, representaba el aspecto positivo del movimiento de las Cruzadas. Fue un Estado de importancia política secundaria, pero digno de ser tenido en cuenta, un Estado un tanto artificial, pero no carente de realidad, un Estado cuyas posibilidades de duración eran débiles, pero no inexistentes. Este pequeño reino con un nombre demasiado ilustre comenzaba a adquirir sus verdaderos derechos a la vida cuando fue aniquilado. Las varias decenas de millares de francos dispersados, tras la batalla de Hattin, por los mercados de esclavos, por los harenes, por las grandes rutas de Oriente y de Occidente, no constituían un pueblo, pero habían ya perdido una patria al mismo tiempo que su libertad o su seguridad. No sabemos lo que hubiera podido producir este contacto, sobre

una base de relativa igualdad, entre orientales y occidentales. Hubo un principio de acuerdo recíproco, pero muy pronto se demostró imposible. Y nunca más iba a poderse repetir la experiencia.

La existencia del reino franco era completamente independiente de los diferentes movimientos de Cruzada que a lo largo del siglo XII crearon un contacto permanente e intenso entre Oriente y Occidente; era algo paralelo en cierto modo. La finalidad inicial de los promotores de la Primera Cruzada no fue crear un pequeño Estado feudal en Palestina. Su objetivo era más modesto, hacer retroceder a los selchuquíes de Asia Menor, o más ambicioso, eliminar definitivamente al islam de Oriente Próximo.

Se ha podido decir que al llamar a los cristianos en auxilio de la Tierra Santa, la Iglesia —en la persona de Urbano II— había buscado liberar a los Estados de Occidente de sus militares sin empleo, de sus obreros parados y de sus campesinos arruinados, que eran categorías de ciudadanos inútiles e incluso peligrosos para el orden público. Ello es cierto en lo que a los militares se refiere, porque la caballería, que era cada vez más numerosa y, por consiguiente, cada vez más pobre y agresiva, se estaba convirtiendo en una auténtica llaga para lo que se podía ya llamar Estados, y sobre todo para la Iglesia. El sermón de Urbano II insiste expresamente en este hecho: las guerras fratricidas e impías arruinan a la cristiandad; para reparar sus crímenes, los guerreros han de dirigir sus armas contra los enemigos de Dios, y con ello ganarán más riquezas y tierras de las que pueden encontrar en sus propios países.

Para los «pobres», es natural que esta llamada hubiera seducido a aquellos que, siendo siervos de un señor, al cruzarse se convertían en hombres libres y siervos sólo de Dios, y a los que, faltos de pan, huían de su miseria esperando encontrar algo mejor en otra parte.

Pero sabemos que la mayor parte de los nobles que se cruzaron tuvieron que liquidar a toda prisa, y a veces a precios irrisorios, sus posesiones, con el fin de poderse equipar, y fue la mayoría de veces la Iglesia quien se aprovechó de ello, porque las abadías y los obispados avanzaban el dinero. Los segundos en beneficiarse fueron las comunas burguesas, a menudo enriquecidas por el comercio que las propias Cruzadas favorecían. Los nobles, es un hecho conocido, rapiñaban cuanto podían, sobre todo al principio, pero se enriquecían poco, porque el dinero que se ganaba era ante todo dinero para la guerra. Tanto si estaban ávidos de ganancias materiales como espirituales, los cruzados nobles, a menos de ser grandes barones, habían de comenzar por arruinarse. Lo mismo ocurría a los burgueses que poseían algunos bienes e incluso a los pobres que no eran auténticos mendigos. La mayor parte de los cruzados que llegaron a establecerse en Siria se enriquecieron, y a veces de una manera espectacular; pero no fueron más que una débil minoría, incluso entre los caballeros. De los pobres, apenas puede decirse que uno de cada cien hubiese terminado su peregrinación satisfactoriamente.

La verdad es que Urbano II no había deseado entregar a la muerte a multitud de cristianos. No había previsto la marcha en masa de las pobres gentes, y la Iglesia buscó —aunque con bastante timidez— frenar el movimiento; en realidad, todo había ocurrido como si, por un procedimiento nuevo y radical, la sociedad hubiese encontrado un medio de deshacerse de una gran cantidad de bocas inútiles. Hasta el más esquemático de los manuales de historia nota que las Cruzadas fueron un factor de estabilización para los Estados de Occidente, porque diezmaron y empobrecieron la nobleza y contribuyeron así a la centralización de los poderes en las manos de la Iglesia y de los jefes de Estado. En lo que a los pobres se refiere, la desaparición de varios centenares de miles de ellos —quizá más de un millón, si contamos todas las expediciones de peregrinos— no parece haber afectado

la vida de los países de donde habían salido estos pobres. Por otra parte, gracias al desarrollo del comercio, las Cruzadas habían significado para el Occidente latino un aumento de su prosperidad. Pero no fue gracias a los cruzados, sino indirectamente.

Fracaso en el plano militar —a pesar de los primeros éxitos—, terrible pérdida de vidas humanas, incluso contando sólo las vidas de los cruzados, operación provechosa en definitiva, pero provechosa ante todo para las repúblicas de comerciantes, y gracias a ellas; empresa poco cristiana de todas maneras, porque se basaba en el asesinato y la expropiación, las Cruzadas fueron sin embargo celebradas durante largo tiempo como una aventura gloriosa. Y fue gloriosa en la medida en que Jerusalén podía ser considerada como algo más que una ciudad terrenal. Pero las ciudades celestiales no se toman por asalto y no se mata a sus habitantes. El equívoco que pesaba sobre la finalidad inicial de las Cruzadas no fue nunca disipado por completo. Los pueblos de Occidente se habían enriquecido con el mito de la Jerusalén reconquistada y de la Jerusalén perdida.

Lo que importa destacar es que la Cruzada (o el ideal de Cruzada) había proporcionado a las jóvenes naciones occidentales un ideal común y un medio en apariencia preciso y concreto de realizar este ideal. Sólo en apariencia, porque es siempre la Jerusalén celestial la que se sobreentiende, consciente o inconscientemente, en los sermones, los discursos y las aspiraciones de los cruzados. Si hubo una irrupción de misticismo en la política, y si las aspiraciones materiales se vieron coloreadas por los pretextos místicos, puede decirse que el caso no es único en la Historia; pero lo que sí es cierto es que nunca hubo una fusión tan perfecta de los dos motivos. Las Cruzadas fueron, de modo indirecto, pero claro, el catalizador del orgullo nacional de los pueblos de Occidente; y estos pueblos, unidos en la lucha por una misma causa, aprendían a conocerse mejor y a odiarse, igual que aprendían a despreciar aún más a su gran aliado y rival, el Imperio de

Bizancio. Un orgullo nacional profundo experimenta siempre la necesidad de buscar otra cosa además de la gloria y la prosperidad de la patria, y de superar el ideal de patria. Bajo este aspecto, el impulso de las Cruzadas fue uno de los factores de la creación de los nacionalismos occidentales.

Si, tal como hemos visto, la vida de los pueblos de Occidente no parece haberse visto demasiado influida por el drama de las Cruzadas (salvo quizá, brevemente, en 1190), el sentimiento de la superioridad latina, del imprescriptible e implícito derecho de los pueblos católicos a dominar el mundo hacía subterráneamente su camino en las conciencias, gracias a estas guerras lejanas y en apariencia gratuitas a lo largo de las cuales una caballería latina había poseído durante cerca de un siglo el Santo Sepulcro.

Es cierto que la segunda y ya previsible etapa de esta aventura era Constantinopla, cuya conquista, en la época, fue considerada igualmente como una gloria para Occidente. El nacionalismo prevalecía en este caso frente a los móviles de tipo religioso que podía aún haber en el movimiento cruzado. Conviene no olvidar que en 1103 una parte de la caballería Cruzada fue lo suficientemente objetiva como para considerar que esta desviación de la Cruzada había sido un escándalo, y ésta era también la opinión de Inocencio III. Simón de Montfort y sus compañeros abandonaron el ejército cruzado para dirigirse directamente a Tierra Santa; sin embargo, la mayor parte de la caballería, lejos de seguir su ejemplo, les criticó, y las crónicas de Villehardouin y de Roberto de Clari muestran a las claras que el ideal de guerra santa había sido sustituido en aquel momento por el más brutal y egoísta nacionalismo. Pero lo que ocurrió fue que los cruzados de 1204 seguían siendo soldados de Dios, llevaban la cruz y cambiaban alegremente el odio santo que se debía a los infieles por un odio hacia unos cristianos que eran considerados pérfidos y en cualquier caso cismáticos. Un fenómeno análogo iba a producirse al poco tiempo en el Lenguadoc.

Más tarde, cuando hacía mucho tiempo ya que no se hablaba de Cruzadas, las guerras de conquista occidentales habían de seguir siendo tributarias de este mismo espíritu de falsedad. Bastaba con que el enemigo fuese, de una manera o de otra, considerado como enemigo de la religión o de cualquier otro valor moral superior (incluso cuando no lo era, era siempre fácil pretender que sí) y cualquier guerra podía ser considerada santa.

Las Cruzadas en la literatura occidental de los siglos XII y XIII

Y, sin embargo, este estado de espíritu parece ser más bien el producto de la derrota que el de las primeras victorias. Al considerar la evolución del ideal de Cruzada en la opinión pública medieval (por lo menos por lo que puede verse a través de los testimonios escritos), parece ser que fue, sobre todo en el siglo XIII, cuando el movimiento iba debilitándose, que se debió formar este ideal de cruzado del que san Luis es el mejor ejemplo.

La mayor parte de los escritos de propaganda o de controversia glorificando las Cruzadas datan de finales del siglo XII o del XIII. Los cantares de Conon de Béthune o del castellano de Coucy celebran la gloria de servir a Dios y de servir a su dama sirviendo a Dios; y hubieron de coincidir ya sea con la Cruzada de 1190, ya con la de 1204. La literatura eclesiástica del siglo XIII está llena de elocuentes llamadas a la caballería de Occidente invitándola a ponerse al servicio del único verdadero soberano, que es Jesucristo. Antes de la caída de Jerusalén, la Cruzada era considerada según parece mucho más un medio de salvación que una fuente de gloria. El siglo XII nos ha dejado numerosos cantares de gesta, de los cuales sólo uno, o más bien un solo ciclo, tiene relación directa con las Cruzadas. Se trata de la obra que se ha convenido en llamar el *Cantar de Antioquía*, pues el sitio de Antioquía es su tema central. Escrito quizá por un testigo ocular,

probablemente por un poeta del círculo de Bohemundo, este cantar es una narración en versos asonantes de hechos auténticos. No es una obra de ficción, aunque sea un cantar de gesta de inspiración popular y destinado a un vasto público. Lo mismo ocurre con el poema de Ambrosio, pero este juglar normando, que no tiene ciertamente un talento épico, se contenta con poner en verso su relación concienzuda y detallada de los acontecimientos de que fue testigo.

Por regla general, los contemporáneos de las Cruzadas, cuando intentaban crear una obra literaria, no parecían en absoluto inspirados por estos acontecimientos demasiado cercanos y por consiguiente demasiado a ras de tierra. No podemos sino imaginar los cantares de gesta que hubiesen podido tener por argumento las brillantes y dramáticas batallas de Balduino I, la tragedia del Ager Sanguinis, la historia de Reinaldo de Châtillon o la de Jocelin de Courtenay. Los hechos y las gestas de los barones de Oriente, por «soldados de Dios» que éstos fuesen, no tentaban en absoluto a los poetas occidentales, quienes, como sabemos, se veían más llevados a celebrar a héroes ya legendarios. El *Cantar de Antioquía* conoció, sin embargo, un verdadero éxito en el siglo XII, y su prestigio fue aún muy grande a principios del siglo XIII, ya que el autor de la *Canzon de la Crozada* (cantar sobre la Cruzada de los Albigenses) se refiere a él como a su modelo. Y el ejemplo de esta misma obra muestra que los acontecimientos contemporáneos no eran siempre considerados indignos de inspirar un poema épico. Parece, simplemente, que los acontecimientos de Siria no interesaban más que de un modo relativo al público occidental.

De los numerosos poemas épicos del siglo XII, los del ciclo de Carlomagno y los del ciclo de Guillermo de Orange tienen a menudo por argumento las luchas contra los sarracenos, y en ellos se siente pasar a veces un hálito de Cruzada; pero Carlomagno es en ellos el gran conquistador, a quien no se haría la

afrenta de compararlo a los reyezuelos de Siria, y Guillermo defiende contra los paganos unas tierras cristianas, unas tierras francesas que los sarracenos vienen a ocupar. Un solo poema trata de las relaciones de Occidente con Bizancio: es la *Peregrinación de Carlomagno a Jerusalén*. Sabemos que el gran emperador no visitó jamás los Santos Lugares, pero una tenaz leyenda quiso que lo hiciera, aunque que se trató sólo en la realidad del establecimiento de relaciones amistosas con el califa Harun al-Rashid.

En cualquier caso, el poema, de inspiración más bien popular que clerical, revela de modo bastante curioso los sentimientos del Occidente medieval respecto de Oriente. Compuesto sin duda a principios del siglo XII, no hace mención alguna de las Cruzadas, cuando parece natural que el autor hubiera tenido que hacer alusión a ellas. No se percibe en él ni el odio hacia los infieles ni el orgullo de las recientes conquistas de los franceses. Carlomagno, que ha vencido a todos los reyes de la Tierra, no necesita luchar para llegar a Jerusalén. Emprende el gran viaje: atraviesa toda Europa con ochenta mil hombres y sus doce pares, llega sin ningún obstáculo a Jerusalén y entra en una iglesia donde se encuentra un gran trono rodeado de otros doce, menores. Carlos y los doce pares ocupan estos sitiales providenciales y he aquí que un judío que entra de pronto en la iglesia cree estar viendo a Dios con sus doce Apóstoles y se convierte al instante. Pero esta aventura que parece hacer de Carlomagno el representante de Dios sobre la Tierra, no es más que un simple preámbulo. En efecto, Carlos no había emprendido su peregrinación sólo por devoción.

El pretexto de la peregrinación fue el siguiente: la emperatriz, esposa de Carlomagno, había declarado a éste que en algún lugar existía un soberano más rico y más poderoso que él: Hugo el Fuerte, emperador de Constantinopla. Irritado por este desafío, Carlos, tras haber golpeado a su mujer en la cara, decide asegurarse en persona del verdadero poderío de este emperador, o más

bien «rey», pues el autor siente repugnancia por conceder a un griego la dignidad imperial. Con sus doce pares, parte en dirección a Constantinopla y pasa por Jerusalén.

El poeta da aquí libre curso a su fantasía, y su historia tiene mucho de panfleto y sobre todo de cuento popular. Hugo el Fuerte es un extraño personaje, quien, ya que no es un verdadero monarca al estilo franco, trabaja él mismo la tierra, pero con un arado de oro. Esta ocupación servil le sitúa ya de entrada por debajo de Carlos y, por lo demás, su actitud respetuosa muestra que considera la visita de su colega de Occidente como un honor insigne. Sin embargo, Carlomagno y sus doce pares no pueden evitar asombrarse por las maravillas de orden puramente técnico que ven en Constantinopla: palacios que giran, estatuas que se mueven y hablan, maravillas que en verdad existían en Bizancio y cuya descripción, aunque fantástica, se funda en narraciones de viajeros; se muestran igualmente sorprendidos por la extraordinaria riqueza del país, simbolizada en el arado de oro. La hija del emperador; una hermosa doncella rubia, merece también algunas alabanzas y atrae los deseos del audaz Oliveros.

Recibidos con los mayores honores, los visitantes occidentales caen, un poco por su culpa, en una especie de trampa que se les tiende: el malicioso Hugo el Fuerte se esconde en una pilastra hueca situada en medio del dormitorio, donde sus huéspedes se alojan, y escucha sus propósitos llenos de extravagantes bravatas. Efectivamente, los esplendores de Constantinopla y los refinamientos técnicos de los griegos imponen muy poco a los nobles de Carlomagno, quienes se consideran capaces de aniquilar estas maravillas con la sola fuerza de sus brazos. Al día siguiente, la cólera de Hugo estalla y les conmina a que cumplan sus bravatas. Naturalmente, los doce pares demuestran entonces que nada puede resistírseles, y el pobre emperador; viendo su palacio medio destruido y su hija violada, suplica a los visitantes que cese esta demostración de fuerza y que abandonen el país…

El autor del poema es evidente que no pretende ser fiel a la verdad histórica ni hace tampoco alusiones políticas, sino que utiliza el tema tradicional del héroe que, habiendo oído hablar de otro más fuerte que él, siente la necesidad de ir a medir sus fuerzas con las de su lejano rival. Pero el sentimiento que inspira el poema parece reflejar casi de modo inconsciente la actitud del hombre occidental frente a Bizancio y, en medio de su extravagancia heroico-cómica, el poema toma un cariz vagamente amenazado, casi profético, pues el fin inconfesado de los «bárbaros» era, bajo el pretexto de una peregrinación, la toma de Constantinopla, no por ansias de saqueo, como podría creerse, sino por el deseo de afirmar la superioridad latina y de humillar al viejo imperio, demasiado rico, cuya civilización, incomprensible, se presentaba a los ojos de Occidente sólo bajo la forma de frívolas e inútiles maravillas. Y, sin embargo, las Cruzadas habían permitido a los latinos apreciar el ingenio técnico de los griegos en el plano militar, y de inspirarse en sus obras para mejorar sus fortificaciones y sus máquinas de guerra. En la época en que fue escrito el poema sobre la peregrinación de Carlomagno, Alejo Comneno no aparecía a los barones de Occidente bajo los rasgos del inofensivo Hugo el Fuerte. Tan pronto bondadoso como pérfido, permanece a los ojos de la historiadores latinos como el más poderoso de los monarcas cristianos. La imaginación popular; poco preocupada por la historia, incluso por la contemporánea, se contentaba con evocar la prodigiosa figura de Carlomagno, que superaba en mucho a todos los monarcas de la tierra, y a quien sólo Cristo, rodeado de sus Apóstoles, era digno de compararse.

Los héroes de la Primera Cruzada —excepción hecha quizá de Bohemundo— no podían admitir la comparación con los doce pares, Guillermo de Orange o Aymerí de Narbona. Cuando un poeta se proponga glorificar a Godofredo de Bouillon, deberá llenar los dos tercios de su historia con la leyenda del misterioso

nacimiento de los antepasados de su héroe, y recrear el tema del «caballero del Cisne» (que más tarde inspirará a Wagner su *Lohengrin*), lejano recuerdo de la leyenda de Eros y de Psique. Las verdaderas hazañas de Godofredo y de sus hermanos pasan a segundo plano, y la «gloria inmortal» que Balduino I prometiera a sus compañeros no llegará a cruzar el mar, pues Balduino fue más estimado por los musulmanes que por los franceses de Francia.

Gracias en parte a las Cruzadas, Oriente inspiró a veces a los novelistas franceses, que fueron los pioneros de la literatura novelesca de Occidente. Si la literatura medieval toma muchos de sus temas del folclore oriental, las obras literarias cuya acción se sitúa por lo menos en parte en Oriente son raras. Si novelas como el *Escoufle, o el Cligés* de Chrétien de Troyes (finales del siglo XI) dejan aparecer en su acción a un bastante vago «emperador de Constantinopla», es únicamente para resaltar el prestigio de sus héroes por la evocación de un personaje a la vez fabuloso y dotado de una apariencia de realidad. El encantador orientalismo de *Flores y Blancaflor*, por ejemplo, es completamente fantasioso y fundado en narraciones de segunda mano. Bien es verdad que en la época los novelistas se preocupaban muy poco del realismo, a no ser en el plano del análisis de los sentimientos, y sin embargo el autor de *Flores y Blancaflor* parece realmente querer describir la vida del harén de un gran señor musulmán, e incluso fundarse en algunas observaciones auténticas; pero, sin acabar de aceptar la idea de poligamia, se imagina —inspirándose en la leyenda de Sherezade— que el emir se casa, cada año, con una nueva doncella, a la que manda ejecutar una vez que el año termina. Si, a pesar de este detalle siniestro, parecía que en Occidente se hacían una idea bastante agradable de los harenes, a la vez cárceles y lugares de delicias, donde las muchachas llevan una vida ociosa y llena de lujos, el poema de los *Chétifs* (cautivos), del ciclo de Antioquía, cuenta las penalidades de la vida de

los prisioneros de guerra con unos detalles que parecen inspirados por auténticos relatos de cautivos. Salvo estas dos excepciones, la curiosidad de los países occidentales por Oriente no se refleja en absoluto en la literatura de la época, por lo menos en la medida en que ello puede observarse en las obras literarias que han llegado hasta nosotros.

Sabemos pocas cosas sobre la tradición oral; resulta incluso difícil medir su importancia. Debió de ser más importante en los siglos X y XI que en el XII, ya que es sobre todo en este último siglo cuando se hizo común redactar por escrito canciones, poemas épicos y novelas. Una literatura aprendida de memoria y transmitida de viva voz se demostraba insuficiente y, si bien la mayor parte del público seguía siendo iletrado, el respeto por lo escrito había aumentado. La mayor parte de los manuscritos de la época se han perdido; lo que nos queda —con las diferentes variantes y copias de los textos que debieron de ser más populares— es a pesar de todo bastante considerable. Pero, aparte del *Cantar de Antioquía* y de los poemas que en él se inspiran, y de una adaptación de la narración de Raimundo de Agiles, no quedan obras literarias del siglo XII en lengua vulgar que traten de las Cruzadas. Son bastantes las crónicas escritas en latín, obras tanto de autores franceses como de autores alemanes. Estaban reservadas a un público culto, al público cultivado de la época, que eran los clérigos y los pocos grandes señores que entendían el latín. Sólo en el siglo XIII, tras la destrucción del reino de Jerusalén, se sentirá la necesidad de traducir al francés la *Historia de Éracles* de Guillermo de Turo; y fue en esta misma época cuando Godofredo de Villehardouin y Roberto de Clari redactaron sus crónicas directamente en lengua vulgar. El número de auténticos lectores había aumentado de un modo considerable, y hay que creer que el interés por la historia contemporánea y las cuestiones de Oriente se había hecho más vivo.

La tradición oral, a juzgar por los ecos que pudo dejar en las obras escritas, no estaba tampoco muy influida por las Cruzadas. La poesía lírica del siglo XII aparece también muy poco contaminada por este tema. Existen una o dos canciones sobre la mujer, la amante que se queja porque su marido se ha ido a la Cruzada y está expuesto a los peligros de un largo viaje por mar (pues, en una época en que las batallas eran algo muy corriente, el mar atemorizaba más que las espadas de los musulmanes). Un sirventés de Marcabrú hace alusión, de modo bastante discreto pero claro, al fracaso de la Cruzada de 1148 y deplora la muerte de Raimundo de Poitiers, príncipe de Languedoc, amigo de poetas e hijo del primer gran trovador. Pero Guillermo IX pone todo su cuidado en evitar mencionar en sus canciones su poco gloriosa empresa de 1101, aunque sólo hubiera sido para llorar la desgracia de los cruzados, en las cuales él también había tenido su parte. Pero tales temas en la época no parecían ser del dominio de la literatura cortés.

A finales del siglo, la caída de Jerusalén inspiró a poetas como el castellano de Coucy y Conon de Béthune canciones en las que proclaman su deseo de ir a defender el reino de Dios. Estas piezas reflejan, sin embargo, un conformismo bastante vulgar pues toda la caballería occidental, hacia 1190, se creía obligada a manifestar su celo por la causa de los Santos Lugares. Ni Conon de Béthune ni el castellano de Coucy parecían arder con una verdadera pasión por Jerusalén. El primero hace estallar su indignación contra las personas que malversan los fondos recogidos para la guerra santa, e insiste más sobre la vergüenza que recae sobre los que no quieren marchar que sobre las desgracias de Tierra Santa[86]. Y el castellano de Coucy parece afligido, sobre todo por tener que dejar a su amada.

Podríamos decir que en Francia la poesía lírica no se tomaba muy en serio, y pasaba —incluso cuando trataba accidentalmente acontecimientos graves— por una diversión mundana o por

una de las formas del galanteo cortés. Y, sin embargo, se encuentra sinceridad incluso en los poemas que no son amorosos, como, por ejemplo, en Bertrán de Born, cuando se lamenta de la muerte del joven Enrique de Inglaterra o celebra la alegría de luchar; en Ricardo Corazón de León, cuando lamenta su cautiverio. En el siglo XIII, los sirventeses de Bertrán de la Barthe, de B. Sicart de Marvejols o de Ghuilhem Figueyras tomarán acentos apasionados para llorar las desgracias de su país y atacar las injusticias de Roma. La poesía era ya una forma de expresión consagrada y que se adaptaba a una gama bastante variada de sentimientos. Pero ningún trovador, ningún «trouvère» lloró la pérdida de Jerusalén, sino bajo una forma piadosa convencional. Los poetas alemanes, más ardientes, insisten igualmente más sobre el aspecto místico que sobre el terrenal de la aventura cruzada.

En cuanto a los poetas francos de Siria, si los hubo, ni sus obras ni sus nombres han llegado hasta nosotros. Y Dante, el más sublime de todos los poetas de la Edad Media, que escribió un siglo después de estos acontecimientos, situó a Saladino en el Paraíso de los justos no cristianos; pero no creyó oportuno hablar de los pobres desgraciados adversarios del gran sultán.

Tierra Santa seguía siendo, para la inmensa mayoría de los occidentales del siglo XII, un país medio legendario, donde era a la vez envidiable y peligroso ir en peregrinación. Como el Languedoc conservaba con el condado provenzal de Trípoli unos lazos más estrechos que los que podían existir entre el resto de la Siria franca y Francia, una princesa de Trípoli tuvo el honor de entrar en la leyenda poética de las *Vidas* de los trovadores. Sin duda para vengar a la joven Melisenda de los desprecios de Manuel Comneno, el poeta Jaufré Rudel se enamoró, en gran manera según se dice, de esta princesa sin haberla visto jamás y se dirigió a Trípoli, donde, moribundo, recobró por un instante el conocimiento entre los brazos de Melisenda, su «amor lejano». Murió tras haber recibido un beso de ella, y la princesa se retiró a un

convento. Esta decisión tendría, pues, por causa, no un sentimiento de orgullo herido, sino un misterioso amor por Jaufré Rudel.

En el siglo XIII, si, gracias a las cruzadas de san Luis, los poetas discuten todavía sobre la necesidad o la oportunidad de la guerra santa (Rutebeuf, en su «Dit del cruzado y del descruzado», Thibaut de Champaña, etc.), los novelistas parecen decididamente considerar Tierra Santa como un lugar donde se manda a los personajes indeseables, que se ven obligados a hacerse templarios u hospitalarios para expiar sus faltas. Así en la *Châtelaine de Vergi*, donde el duque de Borgoña muestra los defectos de su mujer; o en la *Rosa*, el senescal que ha calumniado a la prometida del emperador[87]. Pero la cruz sigue tomándose. En 1285, Thibaut de Champaña declara con altivez: «Todos los malos, que no aman ni a Dios, ni el honor; ni la gloria, se quedarán [...]. Desde ahora partirán los caballeros valientes que aman a Dios y el honor en este mundo [...]». Llamadas singularmente abstractas, pues está claro que si en el mismo poema Cristo dice a los cruzados «Vosotros que me ayudasteis a llevar la cruz», los cristianos ya no pueden entender cómo una guerra en Oriente puede realmente ayudar a Cristo.

Lo extraño es que, durante más de un siglo, una parte de los cristianos de Occidente creyeron realmente en este mito, y de una manera inexplicable confundieron a Cristo con el lugar de su vida terrena, hasta el punto de representárselo como un expulsado de su tierra natal o como un prisionero torturado en su propia tierra por sus enemigos. Este sentimiento, preciso y fuerte, despertado durante dos o tres veces a lo largo del siglo y sobre todo después de la caída de Jerusalén, fue para la mayoría de los cruzados el pretexto para una aventura mística personal, antes de convertirse en un anacrónico lugar común. La idea en sí misma era demasiado absurda para ejercer una verdadera influencia sobre la opinión y el pensamiento occidentales.

Cronología

Resumen de los principales acontecimientos de los siglos anteriores, en particular de aquellos relacionados con el origen de las Cruzadas.

610	Predicación de Mahoma.
632	Muerte de Mahoma.
634	Conquista de Persia por los árabes.
636	Conquista de Palestina y Siria.
642	Conquista de Egipto.
962-710	Conquista de África del Norte.
714	Conquista de España.
732	Batalla de Poitiers.
800	Coronación de Carlomagno.
831-840	Los árabes se adueñan del sur de Italia.
	Siglos IX y X: expediciones normandas por las costas de los mares occidentales en el Mediterráneo y por los ríos de la gran llanura occidental y ataques en dirección a Constantinopla.
961-968	Reconquista de Bizancio: los griegos recuperan Creta, Chipre, Cilicia y el norte de Siria.
969	Conquista de Egipto por los fatimíes (chiitas).

988	Conquista de Siria por los fatimíes.
997	Comienzo de la dominación turca: los ghaznevíes se adueñan de Irán.
	Finales del siglo X y comienzos del XI: conversión al cristianismo de la mayor parte de los pueblos escandinavos y de los eslavos del norte y del oeste.
1012-1030	Establecimiento de los normandos en el sur de Italia y en Sicilia.
1038-1092	Los turcos selchuquíes se adueñan de Persia, Mesopotamia, Siria y Asia Menor.
1046	El papado queda a merced del emperador germánico Enrique III.
1053	Conflictos entre el papado y los normandos (Roberto Guiscardo).
1054	Proclamación oficial del Gran Cisma de Oriente (ruptura entre las Iglesias romana y griega).
1055	Los almohades en España.
	Los califas abasíes pasan a depender oficialmente de los sultanes turcos.
1066	Conquista de Inglaterra por los normandos de Francia. Guillermo el Conquistador; rey de Inglaterra.
1071	Los turcos invaden Asia Menor. Derrota bizantina en Malazgerd (Manzikert).

Roberto Guiscardo toma Bari. Los normandos de Italia eliminan a los griegos de su territorio.

1071 El turco Atziz arrebata Jerusalén a los fatimíes.

1076 Lucha de las investiduras.

1077 Humillación de Enrique IV en Canosa.

Segunda toma de Jerusalén por Atziz y matanza de los musulmanes.

1077-1092 Luchas entre el papado y el imperio y alianza del Papa con los normandos (Roberto Guiscardo).

1078 Dominación selchuquí sobre Damasco y toda la Palestina interior.

1082 Subida al trono de Alejo Comneno.

1084 Alejo Comneno otorga privilegios comerciales a Venecia.

1085 Muerte de Gregorio VII en su exilio de Gaeta y pontificado del antipapa Clemente III.

1089 El papa Urbano II recupera Roma.

1090 Urbano II es expulsado de Roma por el emperador.

1093 Urbano II vuelve a Roma tras la derrota de Enrique IV en Canosa, gracias a la ayuda de los normandos.

1095 Alejo Comneno dirige una llamada al

Papa pidiéndole ayuda para luchar contra los turcos.

Concilio de Plasencia. Concilio de Clermont y predicación de la Cruzada contra los turcos.

Principales acontecimientos de las Cruzadas

1096 Predicación de Pedro el Ermitaño.

(Primavera). Salida de las Cruzadas populares francesas y alemanas; matanza de judíos en Alemania.

(Septiembre-octubre). Derrota de las tropas de Pedro el Ermitaño cerca de Nicea.

(Finales). Salida de las Cruzadas de los barones.

1097 (Pascua). El ejército de Godofredo de Bouillon llega a Constantinopla

(Mayo). Bohemundo llega a Constantinopla.

(Finales mayo). Raimundo de Saint-Gilles llega a Constantinopla.

(29 de junio). Toma de Nicea por los cruzados y los griegos.

(5 de julio). Victoria de los cruzados en Dorilea.

(Finales). Los cruzados llegan ante Antioquía.

(Finales). Balduino de Bolonia en Edesa.

(Finales). Los cruzados llegan ante Antioquía.

(Finales). Balduino de Bolonia en Edesa.

1098 Toma de Antioquía por los cruzados (3 de junio).

Sitio de Antioquía por Kurbuqa (5-28 de junio).

(Agosto). Los fatimíes vuelven a tomar Jerusalén (Al-Afdal).

1099 (Enero). El ejército cruzado marcha hacia Palestina.

Las escuadras genovesas en la costa palestina; toma de Jaffa.

(15 de julio). Toma de Jerusalén por los cruzados. Godofredo de Bouillon, defensor del Santo Sepulcro.

(Finales julio). Muerte de Urbano II.

(12 de agosto). El ejército egipcio es derrotado en Ascalón por los cruzados.

(Otoño). Salida de los ejércitos cruzados hacia Europa.

(Finales). Las escuadras pisanas en la costa siria. Daimberto, arzobispo de Pisa, es elegido patriarca de Jerusalén.

1100 (Julio). Muerte de Godofredo de Bouillon.

(Agosto). Bohemundo es hecho prisionero por los danishmandíes.

(Septiembre). Balduino de Bolonia es coronado rey de Jerusalén.

(Octubre). Tancredo, regente de Antioquía.

(Finales). Salida de las cruzadas lombarda, nivemesa y bavaroaquitana.

1101 Contracruzada fatimí; victoria de Balduino I en Ramala.

(Agosto). Aniquilamiento de la Cruzada lombarda en Merzifon.

(Finales de agosto). Aniquilamiento de la Cruzada nivemesa cerca de Eregli.

(Principios de septiembre). Aniquilamiento de la Cruzada bavaroaquitana.

1102 Conquista de Tortosa por Raimundo de Saint-Gilles.

(Mayo). Derrota de Balduino I en Ramala y matanza de la caballería franca. Victoria de Balduino frente a los egipcios en Jaffa.

1103 Balduino I conquista Acre.

Muerte de Duqaq, rey de Damasco, y subida al poder de Tughtekin (comienza

la dinastía de los *atabegs* buríes).

Liberación de Bohemundo.

1103-1105 Raimundo de Saint-Gilles sitia Trípoli.

1104 Batalla de Harrán, derrota de los francos y cautiverio de Balduino de Bourg y de Jocelin de Courtenay.

Salida de Bohemundo hacia Europa.

1105 (Febrero). Muerte de Raimundo de Saint-Gilles.

1108 Sitio de Durazzo por Bohemundo y capitulación del mismo ante Alejo Comneno.

1109 Liberación de Balduino de Bourg y guerras entre Balduino de Bourg y Tancredo.

Llegada a Palestina de Bertrand de Toulouse y de escuadras genovesas.

(12 de julio). Toma de Trípoli por los francos (fundación del condado de Trípoli: Guillermo Jourdain y Bertrand).

1109 Muerte (¿asesinato?) de Guillermo Jourdain.

1110 Contracruzada de Mawdud, *atabeg* de Mosul. Matanzas de Armenia.

1112 Muerte de Tancredo.

Muerte de Bertrán de Tolosa.

Patriarcado de Arnaldo Malecorne.

1113 Derrota de los ejércitos francos en Sinn'al Nabra.

Asesinato de Mawdud en Damasco. Tughtekin, aliado de los francos. Muerte de Ridwan, rey de Alepo.

Boda de Balduino I con Adelaida de Sicilia.

1113-1115 Balduino de Bourg conquista la Cilicia oriental a los príncipes armenios.

1115 Roger de Salerno, príncipe de Antioquía, derrota el ejército de Bursuqi, *atabeg* de Mosul, en Tell Danith.

1117 Balduino I repudia a Adelaida. Disputa con los normandos de Sicilia.

1118 Expedición de Balduino I a Egipto.

(2 de abril). Muerte de Balduino I.

Reinado de Balduino de Bourg (Balduino O); Jocelin de Courtenay, conde de Edesa.

Fundación de la orden de los templarios.

1119 Roger de Salerno es derrotado por el ortuquí Al-Ghazi cerca de Al-Balat (Ager Sanguinis).

(28 de junio). Matanza de la caballería normanda,

(Julio). Balduino II, regente de Antioquía.

(14 de agosto). Balduino II detiene a Al-Ghazi y a Tughtekin en Tell Danith.

1119-1120 Al-Ghazi devasta los condados de Edesa y Antioquía. Reinado de los ortuquíes en Alepo.

1123 (Abril). Balduino II, prisionero de Balak. Regencia del condestable Eustaquio Garnier.

(Mayo). Cruzada veneciana. La flota veneciana del dux Domenico Michiel destruye la flota egipcia en Ascalón.

(29 de mayo). Victoria de los francos de Jerusalén sobre los egipcios en Ibelin. Balak (emir ortuquí de Diyar Bakr), dueño de Alepo.

1124 (15 de febrero). Sitio de Tiro por los francos y los venecianos.

Muerte de Balak.

(7 de julio). Los francos toman Tiro.

1125 Balduino II es puesto en libertad. Coalición francomusulmana contra Alepo (Balduino II y Dubeis).

Sitio de Alepo.

Bursuqi, *atabeg* de Mosul, dueño de Alepo.

1126 (25 de enero). Victoria de los francos unidos contra Tughtekin en Tell al-Saqhab.

(Finales de 1126). Mayoría de edad de Bohemundo II.

Desembarco en Siria y boda con Alix de Jerusalén.

1127 Asesinato de Bursuqi (ismaelíes).

Guerra del califa de Bagdad contra el sultán Mahmud. Zenghi derrota a las tropas del califa.

1128 Zenghi es nombrado atabeg de Mosul.

Muerte de Tughtekin.

Zenghi se adueña de Alepo.

1129 Boda de Melisenda, heredera del trono, con Fulco de Anjou.

Expedición de Balduino II y Fulco contra Damasco.

1130 Muerte de Bohemundo II. Sublevación de Alix. Balduino II, regente de Antioquía.

1131 (21 de agosto). Muerte de Balduino IL Reinado de Fulco de Anjou.

1132 Amores de Hugo de Puiset y de Melisenda. Escándalo y muerte de Hugo.

1136 Boda de Raimundo de Poitiers con Constancia de Antioquía.

1137 (Marzo). Muerte de Pons, conde de Trípoli.

Juan Comneno sitia Antioquía.

Fulco es sitiado en Montferrand por Zenghi.

Pacto francobizantino. Sitio de Shaizar. Ruptura con Juan Comneno.

1138 Alianza francodamascena (Fulco y Muir al-Din Unur, regente de Damasco).

1142 Vuelta de Juan Comneno a Antioquía. Ruptura con Raimundo de Poitiers.

1143 (8 de abril). Muerte de Juan Comneno.

(Noviembre). Muerte de Fulco de Anjou. Regencia de Melisenda.

1144 Zenghi toma Edesa.

1145 Predicación de la Cruzada en Occidente.

1146 (15 de septiembre). Muerte de Zenghi. Nur al-Din, su hijo, hereda Alepo.

(Noviembre). Sublevación de Edesa. Toma de Edesa por Nur al-Din y destrucción de la ciudad.

Ruptura del reino de Jerusalén con Damasco.

(31 de marzo). Predicación de san Bernardo en Vézelay. Luis VII toma la cruz.

(25 de diciembre). Predicación de san Bernardo en Espira. El emperador Conrado III toma la cruz.

1147 Guerra de Manuel Comneno contra los turcos de Anatolia (sultán Masud).

(Primavera). Conrado III en Constantinopla.

Manuel firma la paz con Masud.

Desastre de la Cruzada alemana.

Dificultades de la Cruzada francesa en Asia Menor.

Conrado III en Constantinopla.

1148 (Marzo). Luis VII en Antioquía. Proyecto de una campaña contra Alepo.

Disputa de Luis VII con Leonor de Aquitania y ruptura con Raimundo de Poitiers.

(Abril). Muerte de Alfonso Jourdain, conde de Tolosa, en Cesarea. Disputa de los cruzados contra el conde de Trípoli.

(Mayo-junio). Luis VII marcha hacia Jerusalén.

Reunión de los príncipes cruzados en Jerusalén.

(23-28 de julio). Sido de Damasco por los francos y los cruzados. Retirada.

(Septiembre). Regreso de Conrado III

a Europa.

1149 (Pascua). Regreso de Luis VII a Europa.

Guerra de Nur al-Din contra Antioquía. (29 de julio). Derrota y muerte de Raimundo de Poitiers en Fons-Murez.

1150 (Mayo). Cautiverio de Joselin II de Edesa.

(Agosto). Los restos del condado de Edesa son vendidos a los griegos (Turbessel).

1151 Nur al-Din se adueña de Turbessel. Fin de la regencia de Melisenda. Reino de Balduino III; guerra entre Melisenda y su hijo.

Asesinato de Raimundo II, conde de Trípoli.

1153 Constancia de Antioquía se casa con Reinaldo de Châtillon.

(19 de agosto). Balduino III arrebata Ascalón a los fatimíes.

1154 Nur al-Din se adueña de Damasco.

1156 Reinaldo de Châtillon saquea Chipre.

1157 Razia de Balduino III contra los rebaños de Paneas. Guerra con Nur al-Din. Derrota de los francos.

(Agosto). Terremoto en el norte de Si-

ria. Destrucción de Shaizar.

(Octubre). Enfermedad de Nur al-Din.

Cruzada de Thierry de Flandes, sitio y abandono de Shaizar.

1158 (Septiembre). Alianza del rey de Jerusalén con Manuel Comneno. Balduino III se casa con Teodora Comneno.

Federico I en Italia.

(Octubre). Manuel Comneno marcha sobre Antioquía. Humillación de Reinaldo de Châtillon.

1159 (Abril). Entrada solemne de Manuel en Antioquía.

Coalición francoarmeniobizantina. Manuel se niega a marchar contra Alepo.

1160 Reinaldo de Châtillon, prisionero de Nur al-Din.

Balduino III, regente de Antioquía durante la minoría de edad de Bohemundo III.

1161 Manuel Comneno rompe su compromiso matrimonial con Melisenda de Trípoli y se promete a María de Antioquía. El 25 de diciembre se casan en Constantinopla.

1162 (10 de febrero). Muerte de Balduino III.

(18 febrero). Reinado de Amalarico I.

Qilich-Arslan II en Constantinopla: los selchuquíes de Anatolia, vasallos de Bizancio. Protectorado bizantino sobre Asia Menor y la Siria franca.

1163 Decadencia del califato fatimí. Revoluciones en El Cairo. Intervenciones de Nur al-Din y Amalarico I en los asuntos de Egipto. Primer conflicto entre Amalarico y Shirkuh.

Victoria franca sobre Nur al-Din en La Boquea.

(11 de agosto). Los ejércitos francos unidos son derrotados en Harim por Nur al-Din. Raimundo III, Bohemundo III y Jocelin III son hechos prisioneros.

1164 Segunda expedición de Amalarico a Egipto; retirada de Shirkuh.

1165 Bohemundo III es puesto en libertad; patriarca griego en Antioquía.

Amalarico busca la alianza bizantina y se casa con María Comneno.

Contraataques armenios en Cilicia: Thoros II detiene a Nur al-Din por el oeste.

1167 Shirkuh ataca Egipto; el visir Shawar llama a los francos. Egipto, protectorado franco (pacto entre Amalarico y el califa).

1168 Proyecto de expedición francobizantina contra Egipto. Embajada de Guillermo de Tiro.

(Octubre). Agresión sorpresa de Amalarico contra Egipto. Toma de Bilbays. Resistencia de El Cairo.

Sawar llama a Nur al-Din.

Los ejércitos francos abandonan Egipto.

1169 (Enero). Shirkuh y Saladino en Egipto. Asesinato de Sawar. Triunfo de Shirkuh.

1169 (23 de marzo). Muerte de Shirkuh; Saladino dueño de Egipto.

(Agosto). Revuelta y matanza de la guardia negra de los califas fatimíes.

(Octubre-diciembre). Fracaso del sitio de Damieta por los francos y la flota bizantina.

1170 Gran terremoto en el norte de Siria. Tregua entre francos y musulmanes.

1171 Nur al-Din se adueña de Mosul.

(Primavera). Amalarico en Constantinopla; nuevos proyectos de alianza francobizantina.

(10 septiembre). Egipto es oficialmente reintegrado a la ortodoxia sunní. Extinción del califato fatimí.

1173 Ruptura entre Nur al-Din y Saladino.

1174 Muerte de Nur al-Din.

(11 de julio). Muerte de Amalarico I. Reinado de Balduino IV, leproso y menor de edad (13 años). Regencia de Milón de Plancy.

Saladino se adueña de Damasco. Alianza de los francos con el reino de Alepo (Al-Salih, hijo de Nur al-Din, menor).

(Finales de 1174). Asesinato de Milón de Plancy. Regencia de Raimundo III, conde de Trípoli.

1176 Boda de Sibila de Jerusalén con Guillermo de Montferrato. Muerte de Guillermo de Montferrato.

Liberación de Reinaldo de Châtillon y boda de éste con Estefanía de Milly, castellana del Krak de Moab.

Derrota de Manuel Comneno en Miriokéfalon y fin de la hegemonía bizantina en Asia Menor.

1177 (Noviembre). Cruzada de Felipe de Flandes. Fracaso del sitio de Flarim.

(25-26 de noviembre). Victoria franca en Montgisard, cerca de Ascalón (Balduino IV contra Saladino).

1179 Los francos son derrotados en Paneas. Muerte del condestable Onfroi II de To-

rón.

1180 Tregua con Saladino.

(Pascua). Boda de Sibila con Guido de Lusiñán.

Heraclio es elegido patriarca.

Muerte de Manuel Comneno.

1182 Reinado de Andrónico Comneno.

1183 Expediciones de Reinaldo de Châtillon al mar Rojo y hacia Arabia. Ruptura de la tregua.

(Junio). Saladino se adueña de Alepo.

(Finales). Boda de Isabel de Jerusalén con Onfroi IV de Toron. Sitio del Krak de Moab por Saladino. Balduino IV salva el Krak.

Desgracia de Guido de Lusiñán.

1184 Segunda regencia de Raimundo III de Trípoli.

1185 (Marzo). Muerte de Balduino IV, reinado de Balduino V (menor) y regencia de Raimundo III.

Revolución en Constantinopla, muerte de Andrónico Comneno. Reinado de Isaac Angelo.

Los normandos de Sicilia invaden el Epiro y Macedonia.

Saladino intenta apoderarse de Mosul.

(Verano). Raimundo III acuerda con Saladino una tregua por cuatro años.

1186 (¿Septiembre?). Muerte del niño Balduino V. Evicción de Raimundo III y coronación de Sibila y de Guido de Lusiñán.

Pacto de alianza entre Raimundo m y Saladino,

(Finales). Reinaldo de Châtillon asalta la caravana de Damasco. Declaración de la guerra.

1187 (Mayo). Derrota de los templarios cerca de Séforis.

Reconciliación entre Guido de Lusiñán y Raimundo III.

(4 de julio). Batalla de Hattin. Destrucción del ejército franco. Ejecución de Reinaldo de Châtillon y de los templarios y hospitalarios.

(5 de julio). Saladino toma Tiberíades.

(9 de julio). Toma de Acre.

(14 de julio). Conrado de Montferrato llega a Tiro.

(Julio). Toma de Jaffa, Haifa, Cesarea, Toron (Tibnin) y Sidón por Saladino.

(Agosto-diciembre). Predicación de la

Cruzada en Occidente.

(6 de agosto). Toma de Beirut.

(5 de septiembre). Toma de Ascalón.

(20 de septiembre-2 de octubre). Sitio y toma de Jerusalén. Éxodo de la población franca.

(Finales). Muerte de Raimundo III de Trípoli.

1188 (21 de enero). Encuentro de Enrique II de Inglaterra y de Felipe II de Francia (Felipe Augusto) con vistas a reconciliarse y tomar la cruz.

1188-1189 Resistencia de los últimos castillos del reino de Jerusalén (Beaufort, Krak de Moab, Krak de Montréal, Krak de los Caballeros). Resistencia de Tiro (Conrado de Montferrato). Llegadas de contingentes de cruzados a Tiro.

1189 (Mayo). Salida de Federico Barbarroja y de la Cruzada alemana.

(Agosto). Guido de Lusiñán sitia Acre.

(Agosto). Federico Barbarroja en Constantinopla. Muerte de Enrique II de Inglaterra.

1190 (Mayo). Federico Barbarroja en Konia; entente con Qilich-Arslan II.

(10 de junio). Muerte de Federico Barbarroja en Cilicia. Disgregación de su

ejército.

(Julio). Salida de la Cruzada de Felipe Augusto y de Ricardo Corazón de León.

(Julio). Sitio de Acre. Revuelta de los sargentos y matanza de éstos por los turcos.

(Julio). Sitio de Acre. Llegada de la Cruzada champañesa (Enrique de Champaña).

(Octubre-marzo 1191). Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León en Sicilia.

(Invierno 1190-1191). Sitio de Acre. Hambre.

Muerte de Sibila de Jerusalén (octubre) y boda de Isabel con Conrado de Montferrato (noviembre).

1191 (20 de abril). Felipe Augusto llega a Acre con Hugo III de Borgoña y Felipe de Flandes.

(Mayo). Ricardo Corazón de León conquista Chipre.

(7 de junio). Ricardo llega a Acre.

(12 de julio). Capitulación de Acre.

(3 de agosto). Salida de Felipe Augusto hacia Europa.

(20 de agosto). Matanza de la guarnición de Acre.

(22 de agosto). Marcha del ejército cruzado hacia el Sur.

(7 de septiembre). Victoria del ejército cruzado en Arsuf.

(Verano-otoño). Reconquista del litoral por los cruzados. Primera marcha sobre Jerusalén.

1192 (Enero). Los cruzados renuncian a sitiar Jerusalén.

Negociaciones con Saladino.

(Abril). Conrado de Montferrato es elegido rey de Jerusalén.

(28 de abril). Conrado de Montferrato es asesinado.

(5 de mayo). Isabel contrae matrimonio con Enrique de Champaña.

(Junio). Segunda marcha sobre Jerusalén.

(4 de junio). Retirada hacia Ramala.

(1 de agosto). Reconquista de Jaffa por Ricardo,

(Agosto). Conversaciones de paz con Saladino.

(2 de septiembre). Paz con Saladino.

(9 de octubre). Reembarco hacia Europa de Ricardo y el ejército cruzado.

1193 (4 de marzo). Muerte de Saladino.

1193-1196 Luchas por la sucesión de Saladino. Triunfo de Malik al-Adil, hermano de Saladino.

1197 Muerte de Enrique de Champaña. Isabel se casa con Amalarico de Lusiñán, rey de Chipre. Unión de las coronas de Jerusalén y Chipre.

El emperador germánico Enrique VI prepara una nueva cruzada. Los cruzados alemanes recuperan Beirut. Muerte de Enrique VI.

1198 Inocencio III, papa.

1199 Predicación de la nueva Cruzada para la reconquista de Jerusalén.

1201 Los cruzados firman un tratado con Venecia. Muerte de Bohemundo III de Antioquía. Su hijo Bohemundo IV reina a la vez sobre Antioquía y Trípoli.

1203 Venecia y los cruzados deciden atacar Constantinopla.

1204 Los cruzados toman Constantinopla. Balduino de Flandes, emperador de Constantinopla.

Los francos vuelven a tomar Sidón.

1208 Predicación de la Cruzada contra los albigenses.

1209 Cruzada contra los albigenses. Saco de

Béziers. Simón de Montfort, vizconde de Béziers y de Carcasona.

1213 La Cruzada de los niños.

1216 El papa Honorio III predica la quinta cruzada.

Quinta Cruzada, bajo el mando del legado Pelagio y de Juan de Brienne.

1218 Muerte de Simón de Montfort y fracaso de la Cruzada contra los albigenses.

1219 Los cruzados toman Damieta.

1221 Desastre de la Mansurah. Abandono de Damieta.

Fin de la quinta cruzada.

1227 Excomunión de Federico II.

1228 Federico II desembarca en Siria.

1229 Tratado entre Federico II y el sultán de Egipto: Jerusalén es cedida al emperador.

1231 Tratado de París (Meaux): fin de la guerra con los albigenses. Intervención de los Capetos en el Languedoc.

1243 Invasión mogola; los mogoles en Asia Menor:

1244 Los turcos toman Jerusalén.

1248-1252 Cruzada de san Luis.

1249 Toma de Damieta.

1250	Capitulación de la Mansurah. Luis IX en Siria.
1250-1252	Los mamelucos se adueñan de Egipto.
1254	San Luis regresa a Francia.
1256	Segunda Cruzada de los niños; matanza de los «Pastorcillos».
1258	El kan mongol Hulagu se adueña de Bagdad.
1260	Hulagu toma Alepo y Damasco.
1260-1277	El sultán de los mamelucos, Baibars, restablece el califato de El Cairo y reconquista Siria a los mogoles.
1268	Baibars arrebata a los francos Jaffa y Antioquía. Fin del principado de Antioquía.
1270	Segunda Cruzada de san Luis. Muerte de san Luis en Túnez.
1280	Alianza de los francos y de los mogoles contra Qalawun, sultán de los mamelucos.
1289	Qalawun se adueña de Trípoli.
1291	Fin del condado de Trípoli. Fin de los Estados francos de Levante: caída de Acre, Tiro, Sidón y Beirut.
1307-1312	Proceso de los templarios y supresión de la orden del Temple.

Principales acontecimientos contemporáneos a las Cruzadas

1094	España: el Cid se adueña de Valencia.
1097	Francia: guerras del príncipe Luis el Gordo en el Vexin.
1098	Fundación de la abadía de Cîteaux.
1087-1100	Inglaterra: reinado de Guillermo II el Rojo.
1099	Muerte de Urbano II y pontificado de Pascual II (1099-1118).
	España: muerte del Cid.
1100	Francia: el futuro Luis VI es asociado al trono.
	Inglaterra: Enrique Beauclerc, rey de Inglaterra.
	España: Yusuf, sultán de los almorávides, dueño de la España musulmana.
1101	Italia: muerte de Roger I, rey normando de Sicilia.
1102	Francia: docencia de Abelardo (1102-1136).
	España: los almorávides se adueñan de Valencia.
1104	Francia: absolución de Felipe I.
	Imperio germánico: sublevación de Enrique, segundo hijo de Enrique IV.

1106	Imperio: muerte de Enrique IV.
1108	Francia: muerte de Felipe I; reinado de Luis IV.
1107-1111	Noruega: peregrinación del rey Sigurd a Jerusalén.
1111	Italia: muerte de Roger Borsa, hermano de Bohemundo, príncipe de Apulia y de Calabria, del cual hereda Roger II de Sicilia.
1114	Francia: tratado de Gisors: Enrique Beauclerc, soberano del Maine y de la Bretaña.
1115	San Bernardo funda la abadía de Clairvaux.
1118	España: Alfonso el Batallador toma Zaragoza.
1118-1119	Muerte de Pascual II y pontificado de Gelasio II.
1122	Francia: Suger, abad de San Denis.
	Imperio: Concordato de Worms; fin de la lucha de las investiduras.
1124	Muerte de Calixto II; Honorio II, papa.
1125	Imperio: muerte de Enrique V.
1126	Francia: el emperador Enrique V invade la Champaña y es derrotado ante Reims.

España: Alfonso VII, rey de Castilla.

1127 Francia: muerte de Guillermo IX, duque de Aquitania.

Francia: asesinato de Carlos el Bueno, conde de Flandes.

Italia: muerte de Guillermo, hijo de Roger Borsa.

Victoria de Roger II sobre el Papa.

1128 Italia: Roger II de Sicilia, duque de Apulia.

1130 Italia: Roger II es coronado rey de Sicilia.

Muerte de Honorio II y pontificado de Inocencio II.

El antipapa Anacleto.

1131 Inocencio II en Francia. El futuro Luis VII es coronado rey por el Papa. Suger en el gobierno.

1134 España: derrota y muerte de Alfonso el Batallador, rey de Aragón.

1137 Reconquista de Cilicia por Juan Comneno.

Francia: muerte de Guillermo X de Aquitania. Su hija Leonor es nombrada heredera. Boda de Luis VII y de Leonor. Muerte de Luis VI.

Imperio: reinado de Conrado III

Hohenstaufen.

1138 Muerte del antipapa Anacleto.

1139 Victoria de Roger II sobre el Papa; tratado de Mignano.

1140 España: creación del reino de Portugal.

1141 Francia: Luis VII es excomulgado.

1142 Francia: guerra contra Thibaut de Champaña.

1143 Roma se subleva contra el Papa. Arnaldo de Brescia (funda la Comuna). Muerte de Inocencio II.

1143-1144 Pontificado de Celestino II.

1145 Eugenio III, papa. Llamada del Papa al emperador

1146 Italia: Roger II toma Trípoli (en África), Gabés, Barka y Caruán.

1147 Cruzada de los príncipes alemanes contra los wendes.

1148 Italia: conflicto entre normandos y bizantinos. Roger II ocupa los Abruzos y saquea Corfú y Grecia.

1149 Los normandos sitian Constantinopla.

1151 Francia: divorcio de Luis VII y Leonor de Aquitania.

Inglaterra: muerte de Godofredo Plantagenet. Enrique Plantagenet se casa con

Leonor.

1152 Federico I Hohenstaufen (Barbarroja), emperador.

1153-1159 Anastasio IV, papa.

1154 Italia: los normandos toman Bône.

Inglaterra: Enrique II Plantagenet, rey.

1154-1159 Adriano IV, papa.

1155 Roma: victoria del papado y suplicio de Arnaldo de Brescia. Coronación de Federico I; expulsión de Federico I y sublevación de Roma.

1157 Ruptura del emperador con el Papa.

España: los almohades vuelven a tomar Almería.

1158 Francia: tratado con Inglaterra.

1159 Paz entre Guillermo I de Sicilia y Manuel Comneno.

Federico I es excomulgado.

Alejandro III, papa; Víctor IV, antipapa imperial.

1162 Federico Barbarroja destruye Milán. El papa Alejandro III se refugia en Francia.

1163 La España musulmana, bajo la dependencia de los almohades del norte de África.

1165 Francia: nacimiento del príncipe Felipe

(Felipe Augusto).

Alemania: canonización de Carlomagno.

1166 Italia: muerte de Guillermo I de Sicilia. Minoría de Guillermo II. Revueltas en Mesina y Palermo.

1166-1173 Campañas de Luis VII contra los feudales.

1167 Federico I se adueña momentáneamente de Roma.

1170 Inglaterra: asesinato de Tomás Becket.

1171 Manuel Comneno concede privilegios a Génova y Pisa en detrimento de Venecia.

1173 Victoria de Florencia y Pisa en Castelfiorentino.

1174 Sitio de Alejandría por Federico I.

Francia-Inglaterra: tratado de Mondouis entre Enrique III y sus hijos; reparto del reino de los Plantagenet.

1176 Federico I es derrotado por los italianos en Legnano.

1177 Paz de Venecia entre Federico y el papa Alejandro III.

1178 Ruptura entre Enrique II y el rey de Francia.

1179 Coronación del futuro Felipe II de

Francia.

1180 Muerte de Luis VII Reinado de Felipe II Augusto.

Alianza de Inglaterra y la Champaña contra Felipe II.

Los ingleses desembarcan en Francia. Tratado de Gisors.

Roma: fin del cisma.

Lucio III, papa.

1183 Paz de Constancia entre el emperador y las comunas italianas.

1185 Urbano III, papa.

Los normandos toman Durazzo y Salónica.

Francia: tratado de Amiens. Felipe Augusto obtiene Amiens y el Vermandois.

1187 Felipe Augusto obtiene Tournai. Ruptura con Enrique II.

1187-1188 Felipe Augusto toma el Berry y entra en Touraine.

1187-1191 Pontificado de Clemente III.

1188 Asia: Gengis Kan unifica Mongolia.

Francia: guerra con Inglaterra. Felipe Augusto en Touraine. Revuelta de los hijos de Enrique II apoyada por Felipe.

Clemente III reconoce la comuna de

Roma.

1189 Italia: muerte de Guillermo II de Sicilia.

Inglaterra: muerte de Enrique II. Reinado de Ricardo Corazón de León.

1190 Italia: los cruzados saquean Mesina.

1191 Alemania: coronación imperial de Enrique IV, hijo de Federico.

Invasión alemana en Italia; fracaso de Enrique VI ante Nápoles.

1191-1198 Pontificado de Celestino III.

1193 Ricardo Corazón de León, prisionero en Alemania.

Francia: Felipe Augusto se casa con Ingeburge de Dinamarca y la repudia.

1194 Enrique VI, a la muerte de Tancredo de Lecce, hereda el reino de Sicilia.

Ricardo, una vez puesto en libertad, recupera los feudos ingleses de Francia.

1199 Muerte de Ricardo. Juan sin Tierra, rey.

1202-1205 Guerra entre Francia e Inglaterra. Los ingleses pierden Normandía, el Poitou, Touraine y Anjou.

1212 España: batalla de las Navas de Tolosa; Pedro II de Aragón, vencedor frente a los almohades.

1213	Batalla de Muret; muerte de Pedro II.
1214	Batalla de Bouvines.
1215	Cuarto concilio ecuménico de Letrán. La Carta Magna.
1216	Muerte de Inocencio III. Pontificado de Honorio III.
	Inglaterra: muerte de Juan y reinado de Enrique III.
1224	Europa oriental: invasión mogola. Batalla de la Kalka.
1226	Luis IX, rey. Regencia de Blanca de Castilla.
	Formación de la Liga lombarda: güelfos y gibelinos.
1227	Muerte de Gengis Kan.
1231	Creación de la Inquisición dominica.
1236	Los españoles toman Córdoba.
1239	Federico II invade los Estados Pontificios.
1242	Muerte del papa Gregorio IX.
1243	Pontificado de Inocencio IV.
1250	Muerte de Federico II.
1261	Toma de Constantinopla por Miguel Paleólogo. Fin del imperio franco de Constantinopla.

1285 Muerte de Felipe III; reinado de Felipe IV el Hermoso.

1303 Atentado de Anagni: Felipe el Hermoso desafía al papado.

1305 Los papas en Aviñón.

Bibliografía.

NOTA: Las obras dedicadas a las Cruzadas son tan numerosas que me veo obligada a citar una bibliografía sumaria, indicando sobre todo las fuentes y documentos de autores contemporáneos a los acontecimientos y las principales obras de conjunto que existen sobre este tema.

Fuentes.

Historiadores latinos

ALBERTO DE AIX, monje alemán. Escribió hacia 1130. No estuvo nunca en Siria, pero se basa, al parecer, en relatos de testigos oculares. Escribió una historia completa de las primeras cruzadas: *Liber Christianae Expeditionis pro Ereptione, Emmundatione et Restitutione Sanctae Hierosolymitanae Ecclesiae*.

AMBROSIO, cronista y trobador normando. Escribió *Estoire de la Guerre Sainte*, una historia en verso bastante detallada sobre la Tercera Cruzada, de la que fue testigo ocular.

ANÓNIMO, *Gesta Francorum et Aliorum Hierosolymitorum*, crónica escrita por un soldado de Bohemundo y que termina con la batalla de Ascalón (1099). El relato del Anónimo fue utilizado por Ekkehardo de Aura y Tudeborde. Fue también refundido por Guiberto de Nogent, quien añadió fragmentos tomados de Foucher de Chartres. El mismo relato fue adaptado por Baudry de Bourgueil (hacia 1109) y por Roberto de Reims hacia 1122.

EKKEHARDO, abad de Aura. Fue a Palestina en 1101 y escribió su crónica *Hierosolymita* hacia 1115.

ERNOUL, franco de Siria de la casa de Ibelin. Escribió también una continuación de la *Historia de Guillermo de Tiro*, en francés, a Finales del siglo XII.

FOUCHER DE CHARTRES, *Gesta Francorum Jherusalemi Peregrinantium*. Foucher de Chartres asistió al Concilio de Clermont y siguió al conde Esteban de Blois a Tierra Santa. Luego fue nombrado capellán de Balduino de Bolonia y permaneció en Palestina el resto de su vida. Escribió su *Historia* entre y 1101 y la continuó hacia 1124.

GUILLERMO DE TIRO, nacido en Jerusalén hacia 1130. Arzobispo de Tiro, político, preceptor del príncipe heredero e

historiador del reino franco de Jerusalén, comenzó su *Historia* hacia 1169, y, en 1186, cuando la muerte le sorprendió, se hallaba escribiendo los hechos de 1184. Su obra *Historia Rerum in Partibus Transmarinis Gestarum*, sobre los acontecimientos de la primera mitad del siglo XII, está inspirada en obras de historiadores anteriores y en relatos de testigos oculares. A partir de 1160, habla sólo de aquellos hechos en los cuales participa. La obra de Guillermo de Tiro fue traducida al francés a principios del siglo XIII, con el título de *Estoire d'Éracles*. El traductor, un francés de Occidente, añade a menudo comentarios personales al texto de la traducción. La historia de Guillermo de Tiro fue continuada hacia 1194 por un escritor franco de Siria.

ODÓN DE DEUIL escribió la historia de la Cruzada de Luis VII: *De Ludovici VII Probatione in Orientum*.

ORDERICO VITAL, cronista normando. Vivió en Sicilia y describió los acontecimientos anteriores a 1138, en especial los relativos al principado de Antioquía.

OTTO DE FREISINGEN escribió la historia de la Cruzada alemana de 1147 en su *Gesta Fredirici*.

RAIMUNDO DE AGILES (o D'AIGUILHERS), provenzal. Siguió al ejército del conde de Tolosa, de quien fue capellán. Describió el sitio de Antioquía, la campaña de Judea y la toma de Jerusalén (1099).

RAÚL DE CAEN llegó a Siria en 1108. Escribió la historia de Tancredo: *Gesta Tancredi Siciliae Regis in Expeditione Hierosolymitana*.

Historiadores griegos

ANA COMNENO es el único historiador griego que habla de las Cruzadas. Autora de la *Alexiada*, biografía de su padre Alejo Comneno, trata sobre las Cruzadas en los libros X y XI de su obra. Habla sólo de los acontecimientos anteriores a la

muerte de Su padre (1118) y aporta principalmente información sobre las relaciones de los cruzados con los griegos.

Historiadores orientales

Los documentos contemporáneos de las primeras Cruzadas han desaparecido.

Historiadores árabes

ABU SHAMA, nacido en Damasco en 1201. Hacia 1251 escribió la historia de los reinados de Nur al-Din y de Saladino: *El libro de los dos jardines*, en el que transcribe grandes fragmentos de las obras de Ibn al-Qalansi, Ibn al-Athir, Baha al-Din, Al-Fadhel e Imád al-Din.

ABUL'FIDA, príncipe de Hama a principios del siglo XIV. Hizo una compilación de las obras de los historiadores anteriores.

BAHA AL-DIN, formó parte de la corte de Saladino a partir de 1118. Escribió una vida de Saladino: *Vida de Yusuf*.

IBN AL-ATHIR, de Mosul, gran historiador de principios del siglo XIII (1160-1233). Escribió una historia general del mundo islámico: *Kamil al-Tewarik*. Es también autor de la historia de los *Atabegs* de Mosul.

KAMAL AL-DIN es autor de una crónica de Alepo que quedó inacabada. Escribió durante la segunda mitad del siglo XIII, pero utilizando fuentes más antiguas, hoy desaparecidas.

IBN AL-QALANISI, originario de Damasco. Escribió entre 1140 y 1160. El título de su obra, en la que relata sobre todo los acontecimientos relativos a Damasco, es *Continuación de la Crónica de Damasco*.

IBN CHUBAIR, musulmán español. Escribió el relato de su *Viaje a Tierra Santa* (en 1181).

IMÁD AL-DIN (Al-Imad), funcionario en la corte de Iraq y luego secretario de Nur al-Din y de Saladino. Escribió una historia de los selchuquíes y la historia de las guerras de Saladino.

USAMA IBN-MUNQIDH, emir de Shaizar (1095-1187). Diplomático y aventurero, frecuentó las cortes orientales, en especial las de Damasco y Egipto, y escribió, ya anciano, su *Autobiografía*.

Historiadores cristianos de Oriente

GREGORIO EL SACERDOTE, armenio de Kaysiln. Escribió una *Crónica* en la que trata especialmente las cuestiones de Cilicia y del norte de Siria (1162).

MATEO DE EDESA, sacerdote armenio. Escribió antes de 1140. En su *Crónica* habla de los acontecimientos ocurridos entre 951 y 1136.

MIGUEL EL SIRIO, patriarca jacobita de Antioquía de 1166 a 1199. Escribió una historia general de Siria y de la iglesia siria. Nersés Schnorali, *katholikos* entre 1161 y 1172 y poeta. Escribió una *Elegía a la caída de Edesa*.

Historiadores judíos

BENJAMÍN DE TUDELA, judío español que escribió narraciones de viajes en las que cuenta la vida de las colonias judías en la Siria franca (1166-1170).

Las obras de estos historiadores fueron editadas a lo largo del siglo XIX (con traducción francesa de los textos árabes, armenios y hebreos) bajo el título general de *Recueil des Historiens des Croisades*:

Historiens occidentaux, vols. I al VI. París, 1844-1895.

Historiens grecs, vols. VII y VIII. París, 1875-1881.

Historiens orientaux, vols. IX al XIII. París, 1872-1906.

Historiens arméniens, vols. XIV y XV. París, 1869-1906.

El volumen XVI está dedicado a la obra *Assises du royaume de Jérusalem* y es un conjunto de leyes y de actas oficiales que datan del siglo XIII.

La *Vie d'Usama* ha sido editada por Derenbourg, quien ha publicado el texto árabe y un volumen de explicaciones y de comentarios.

La *Revue de l'Orient latín* ha publicado numerosos documentos, entre ellos *Lettres de chrétiens en Terre Sainte*, editado por Delaborde (1894), e *Itinéraires à Jérusalem* (Ginebra, 1882).

HAGENMEYER, *Kreuzzugsbriefe aus den Jahren, 1088-1100*. Innsbruck, 1902.

RÖHRICHT, *Regesta Regni Hierosolymitani, 2* vols. Innsbruck, 1893-1904.

TOBLER Y MOLINIER, *Itineraria Hierosolymitana et Descriptiones Terrae Sanctae, z* vols., Ginebra, 1879.

Historiadores modernos

ALPHANDÉRY, P., *La Chrétienté et l'idée ele croisade*. París, 1954. *[La Cristiandad y el concepto de cruzada, z* vols., México, UTEHA, 1959-1962].

BLOCH, M., *La Société féodale*, París, 1939-1940. *[La sociedad feudal, z* vols., México, UTEHA, 1958].

BRÉHIER, L., *Les Croisades*, París, 1907.

CAHEN, C., *La Syrie du Nord à l'époque des Croisades et la Principauté franque d'Antioche*, París, 1940.

CHALANDON, F., *Essai sur le règne d'Alexis Comnène*, París, 1907.

—, *Les Comnènes: Jean et Manuel*, Paris, 1912.

—, *Histoire de la première croisade*, Paris, 1925.

DIEHL, C., *Figures byzantines*, París, 1948.

—, *Les Grands Problèmes de l'Histoire byzantine*, París, 1943. [*Grandeza y servidumbre de Bizancio*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943].

DODU, Étienne (Abbé), *Essai sur la formation de l'idée de croisade*, Toulouse, 1941-1944.

GROUSSET, R., *Histoire des Croisades et du royaume franc de Jérusalem*, 3 vols., París, Plon, 1934-1936.

HAGENMEYER, *Chronologie de la première croisade*, París, 1902.

—, *Chronologie du Royaume de Jérusalem*, París, 1902.

LA MONTE, John L., *Feudal Monarchy in the Latin Kingdom of Jerusalem*, Cambridge, Massachussets, 1932.

LONGNON, A., *Les Français d'outre-mer au Moyen Âge*, Paris, 1929.

MUNRO, D. C., *The Kingdom of the Crusaders*, Nueva York, 1936.

REY, E. G., *Les colonies franques en Syrie aux XIIe et XIIIe siècles,* París, 1883.

RÖHRICHT, *Geschichte des Ersten Kreuzzuges*, Innsbruck, 1901.

—, *Geschichte clés Königreichs Jerusalem*. Innsbruck, 1898.

SCHLUMBERGER, G., *Byzance et les Croisades*, París, 1917.

—, *La fin de la domination franque en Syrie*, Paris, 1914.

Obras recientes

History of the Crusades, Publicaciones de la Universidad de Filadelfia.

Obras generales sobre la época de las Cruzadas

COHN, N., *Les Fanatiques de l'Apocalypse*, París, Julliard, 1962. *Encyclopédie de la Pléiade. Histoire Universelle*, vol. II: *De l'Islam à la Réforme*.

Histoire des civilisations, vol. DI: *Le Moyen Âge*, Paris, Presses Universitaires de France.

LÓPEZ, R., *Naissance de l'Europe*, París, A. Colin (Destins du Monde). *El nacimiento de Europa*, Barcelona, Labor, 1965.

LOT, F., *L'Art militaire et les armées au Moyen Âge*, París, Payot, 1946.

OLLIVIER, A., *Les Templiers*, París, Seuil Le Temps qui court.

PERNOUD, R., *Les Croisés*, París, Hachette, 1959.

—, *Lumière du Moyen Âge*, París, Grasset, 1946.

PIRENNE, A., *Les Grandes Courants de l'Histoire universelle*, vol. III: *De l'expansion musulmane aux traités de Westphalie*, París, A. Michel. *[Las grandes corrientes de la Historia Universal*, vols. I y II, Barcelona, Luis de Caralt, 1951-1952. *Historia Universal. Las grandes corrientes de la Historia*, vols. III al VIII, Barcelona, Ediciones Leo, 1953-1958].

RICHARD, J., *Le Royaume Latin de Jérusalem*, París, Presses Universitaires de France, 1953.

ROUSSET, R, *Histoire des Croisades*, París, Payot, 1957.

RUNCIMAN, S., *La Civilisation byzantine*, Paris, Payot, 1952. *[La civilización bizantina*, Madrid, Pegaso, 1942].

—, *A History of the Crusades*, 3 vols., Cambridge, 1951. *[Historia de las Cruzadas*, 3 vols., Madrid, *Revista de Occidente*, 1956-1958].

WAAS, A., *Geschichte der Kreuzzüge*.

WALTER, G., *La Ruine de Byzance*, Paris, A. Michel, i960.

ZOÉ OLDENBOURG. Escritora francesa de origen ruso, se especializó en novela histórica con la que obtuvo diversas menciones, adquirió notoriedad a partir de haber ganado el *premio Femina* en 1953 con su libro *La piedra angular*, una novela ambientada en el siglo XII.

Nacida en San Petersburgo en 1916, cuando tenía nueve años su familia emigró a Francia. Impulsada por su padre, un novelista frustrado, comienza a escribir muy joven y con doce años compuso un drama lírico en cinco actos. Posteriormente estudió teología mientras sus inquietudes artísticas se centraban en la pintura y en la decoración. Se casó en 1947 y vivió básicamente de las traducciones.

La historia era su gran pasión y muchas de sus obras tienen como escenario la Edad Media, entre ellas figuran *Barro y cenizas,*

Las Cruzadas, Los quemados, La alegría de los pobres y *La hoguera de Montsegur*. Los problemas de la emigración rusa en Francia también ocuparon su quehacer literario. A ella dedicó obras significativas como *Réveillés de la vie* y *Joie-souffrance*. Este último está entre sus mejores libros y describe la primera emigración rusa a Francia tras la revolución de 1917.

Murió en Francia en 2002.

Notas

[1] Este número es imposible de valorar. Es muy probable que no llegara a constituir más de la cuarta parte de los ejércitos de los barones. <<

[2] Foucher de Chartres, *H. Oc.*, III, p. 323; Robert le Moine, íd., III, p. 727; Guibert de Nogert, íd., III-IV. p. 137; y Chalandon (*A. Comnène*), pp. 325-326. <<

[3] Guibert de Nogent, *H. Oc.*, IV, pp. 131-132. <<

[4] Ana Comneno, L. X, cap. X. <<

[5] El cardenal Humberto de Moyenmoutier, jefe de la delegación enviada por el Papa a Constantinopla en 1054, acusó a los griegos de haber borrado el *filioque* del Credo de Nicea. <<

[6] Este suplicio, que se infligía a menudo a los emperadores destronados, equivalía a la exclusión de todo derecho. Sabemos que Román Diógenes murió de resultas de la operación. En cambio, en un Estado bizantinizado como era Rusia en la Edad Media, el príncipe moscovita Basilio II volvió a empuñar las riendas del poder después de haber sido cegado, sin que ello le impidiera mostrarse un soberano enérgico. <<

[7] Ana Comneno. *Alexiada*, L. X, cap. V, $ 4. <<

[8] Ana Comneno valora en 12 000 caballeros y 70 000 soldados sólo el ejército de Godofredo. Foucher de Chartres habla de 800 000 cruzados, Ekkehard de 300 000 y Raimundo de Agiles de 100 000. Comparando las cifras dadas por los distintos historiadores al referirse a las batallas, cabe suponer que el total de

componentes de estos ejércitos alcanzó las sumas de 6000 o 7000 caballeros y 60 000 soldados de infantería. <<

[9] El número de no combatientes resulta imposible de valorar. Se duda de que llegara a exceder la tercera o cuarta parte del total del ejército. <<

[10] Guillermo de Tiro. t. I, cap. XVII; Anón, p. 65. <<

[11] Guillermo de Tiro, *H. Oc.*, I, p. 401. <<

[12] Guillermo de Tiro, *H. Oc.*, I, p. 403. <<

[13] Guillermo de Tiro, *Op. cit.*, I, cap. XVII, p. 143. <<

[14] *Op. cit., H. Oc.*, I, p. 254. <<

[15] Había recibido, sin embargo, algo de instrucción. Habría de descubrirse después que sabía leer, aunque él pretendiera primero lo contrario. <<

[16] Guillermo de Tiro, I, p. 190. <<

[17] *Op. cit., H. Oc.*, III, pp. 279-285. <<

[18] Fue un duro golpe para los cruzados, quienes hasta entonces podían contar con la neutralidad de Egipto. Este hecho explica su aversión a dirigirse a Jerusalén. <<

[19] Anón., p. 203. <<

[20] Téngase en cuenta que Alberto de Aix no es un testigo presencial, pues nunca estuvo en Siria. <<

[21] Mahoma exterminó a casi toda la clase campesina judía del sur de Palestina. <<

[22] Saint-Gilles. <<

[23] Para la genealogía de los príncipes selchuquíes, véase el cuadro del principio de la obra. <<

[24] Los arzobispados eran Karikos, Tarso, Mamistra, Cirro, Hierópolis, Edesa y Apamea, y los obispados Al-Bara, Laodicea, Gabala, Velania, Antaradus, Trípoli y Biblos. <<

[25] Mateo de Edesa, H. Or., IV, pp. 93-94. <<

[26] Véase al principio de la obra el cuadro genealógico de las familias principescas de la Siria franca. <<

[27] La lucha que en el siglo XII los papas sostuvieron contra el imperio no les permitió prestar su apoyo activo al reino de Jerusalén, pero sí, en cambio, estimular cualquier movimiento de Cruzada. <<

[28] Con toda probabilidad, Balduino había designado como heredero a su hermano Eustaquio; pero no expresó este deseo de forma lo bastante categórica como para imponerlo a los barones. <<

[29] Foucher de Chartres, *H. Oc.*, III, p. 442; G. de Tiro, *H. Oc.*, I, p. 520. <<

[30] Guillermo de Tiro, tr. L, p. 589. <<

[31] Guillermo de Tiro, H. Oc., I, pp. 590-601. <<

[32] Cecilia de Francia, viuda de primeras nupcias de Tancredo, era la hija de Bertrade de Montfort, esposa de Fulco IV de Anjou y luego de Felipe I de Francia. <<

[33] Es probable que fuera Manasés de Hierges. <<

[34] La *sotie* era un género del teatro profano de la Edad Media, cuyos personajes eran supuestos locos. (*N. de la T*). <<

[35] Ibn al-Athir, *H. Or.*, I, p. 419. <<

[36] Guillermo de Tiro, *H. Oc.*, I, p. 460. <<

[37] Ana Comneno, XIV, 2, $ 4. <<

[38] Ana Comneno, XIV, 2, $ 6. <<

[39] Juan Vinuames y N. Coniates. <<

[40] Sin embargo, el elemento sirio salió favorecido, lo cual explica el descontento de los armenios. <<

[41] Miguel el Sirio, *H. Or.*, III, p. 276. <<

[42] Ibn al-Athir, *H.* O., I, pp. 469-470. <<

[43] Guillermo de Tiro, *H. Oc.*, I, p. 773. <<

[44] Ibn al-Qalansi, *H. Or.*, n, p. 62 (*Dos jardines*). <<

[45] Guillermo de Tiro, *H. Oc.*, I, p. 787. <<

[46] Guillermo de Tiro. *H. Oc.*, I, pp. 782-783. <<

[47] Ibn al-Qalansi, pp. 298-299. <<

[48] *Op. cit.*, pp. 837-838. <<

[49] Guillermo de Tiro, *H. Oc.*, I, p. 842. <<

[50] Cf. Derenbourg, Vida de Usama, II, pp. 241-248; Ibn al-Arthur, H. Or., I, pp. 492-493, 520-521; Dos jardines, p. 107; Guillermo de Tiro, pp. 888-834. Después del asesinato del califa Al-Zafir (asesinato del cual Usama fue uno de los instigadores), los visires gobernaron en nombre de los príncipes menores (1154-1163). Después de varios golpes de Estado en los que perecieron sucesivamente tres visires, Shawar tomó el poder. <<

[51] Véase más adelante pp. 639-640. <<

[52] Ibn al-Athir, p. 224. <<

[53] Guillermo de Tiro, *H. Oc.*, I, pp. 1004-1005. <<

[54] El rey de Jerusalén había conseguido entenderse con los partidarios de los antiguos califas fatimíes, y había proyectado restablecer en el trono al hijo del califa tras el asesinato de Saladino por los conjurados. Pero el complot fue descubierto y reprimido brutalmente. <<

[55] *Atabys*, p. III, Kamal al-Din, p. 535. <<

[56] Dos jardines, *H. Or.*, IV, p. 20. <<

[57] *Atabegs*, p. 220. <<

[58] Para la evolución de la situación de los reinos de Alepo y de Damasco, véanse los cuadros genealógicos al principio de la obra. <<

[59] Reinaldo, señor de Marash, muerto en 1149 en Fons-Murez, al mismo tiempo que Raimundo de Poitiers. <<

[60] Era el hijo de Thierry de Alsacia, que había hecho ya dos campañas a Tierra Santa y que se había llevado a su país la valiosa reliquia de la Preciosa Sangre. Su mujer, la princesa Sibila, hija de Fulco de Anjou, se había quedado en Tierra Santa. <<

[61] Reinaldo había sido liberado en 1175 y se había casado con la castellana del Krak de Moab, lo cual le daba de nuevo derecho al título de príncipe. <<

[62] El primer marido de Estefanía (o Étiennette) de Milly había sido Onfroi III de Torón, y el segundo, Milón de Plancy, asesinado en 1174. <<

[63] Op. cit., *H. Or.*, II, p. 258. <<

[64] Guido de Lusiñán y Sibila le pidieron cuentas del dinero que había gastado durante su regencia. Ofendido por la falta de delicadeza del procedimiento, el conde se sirvió de ello como pretexto para pelearse con el nuevo monarca. <<

[65] Ernoul cree que la hermana de Saladino se encontraba en esta caravana. <<

[66] *Éracles*, II, p. 49. <<

[67] Ibn al-Athir, p. 678. <<

[68] Al-Imad, *Dos jardines*, p. 270. <<

[69] Cita de un versículo del Corán: «Se les presentarán vasos de oro a su alrededor y copas llenas de todo lo que su gusto pueda apetecer». <<

[70] Noche de predestinación y de misterios inefables, que se celebra el 27 de Ramadán. <<

[71] Raimundo III había designado como heredero a Raimundo, su ahijado, el hijo mayor de Bohemundo III. Pero el príncipe de Antioquía se había negado a separarse de su hijo mayor. <<

[72] Según otros cronistas, cayó del caballo al querer atravesar el río. De todas maneras, su muerte parece que se debió a la congestión. <<

[73] Recordemos que Conrado era hermano del primer marido de Sibila. Pero este parentesco no le confería, naturalmente, ningún derecho. <<

[74] Había vendido Chipre a los Templarios y disponía de mucho dinero líquido. <<

[75] Sabemos cómo había de vengarse Leopoldo. El cautiverio de Ricardo después de su marcha de Tierra Santa acabaría por hacer de él un personaje de leyenda. <<

[76] Parece que ambos tenían interés en que la negociación diera resultado. Sabemos que Ricardo sentía un gran afecto por su hermana, lo que prueba su buena fe en el asunto. Y Malik al-Adil, cuando se le propuso convertirse al cristianismo, no rehusó con indignación, sino que, hecho inaudito, pidió que se le permitiera reflexionar (aunque luego no aceptó). <<

[77] Enrique era hijo de María de Francia, la hija de Luis VII y Leonor de Aquitania. <<

[78] Derenbourg, Vie *d'Ousâma*, I, p. 45, y *Autobiographie* de Usama, R.D.L., 1894, 3-4, p. 460. (Un franco, al encontrar a otro hombre en el lecho de su mujer, comienza a discutir y acepta, de mala gana, las poco verosímiles explicaciones de su rival). <<

[79] *Éracles*, p. 963. <<

[80] Guillermo de Tiro comenzó su Historia del *reino latino* con la evocación de las guerras del emperador Heraclio contra el rey de los persas Cosroes; Heraclio reconquistó Jerusalén en 628. <<

[81] Guillermo de Tiro escribió una *Historia de los príncipes orientales*, hoy perdida, pero que era conocida y utilizada por los historiadores occidentales del siglo XIII. <<

[82] 1. Derenbourg, *Vie d'Ousâma*, I, p. 589. <<

[83] Al-Hakim, califa fatimí chiita (996-1020), llevó a cabo sangrientas persecuciones contra los cristianos. Esta política intole-

rante no fue practicada por ningún otro califa. Al-Hakim era un iluminado que se consideraba como una encamación de la divinidad. <<

[84] Anón., p: 203. <<

[85] En Alemania oriental, durante los siglos XIII y XIV, la caballería alemana (en particular la Liga Hanseática y la orden de los Caballeros Teutones) continuó haciendo periódicamente guerras de conquista, que con bastante certeza fueron consideradas como Cruzadas, pues sus adversarios, lituanos, letones o eslavos, eran todavía paganos. Estos pueblos fueron convertidos, la mayoría de veces a la fuerza, por los alemanes y los escandinavos. <<

[86] Sabemos que Canon de Béthune, lejos de ser un ferviente defensor del «reino de Jesucristo», fue uno de los que colaboraron en el sitio de Constantinopla, y que permaneció en Grecia hasta su muerte, acaecida quince años después de la «Cruzada» de 1204. <<

[87] Es cierto que la obligación de cruzarse se convierte en una medida de castigo, que se aplicaba generalmente a los militares culpables de delitos que no merecían ni la pena de muerte ni la cárcel, o que servía para sustituir estas penas. Después de la creación de la Inquisición (1232) en particular, un gran número de caballeros meridionales acusados de tolerancia frente a la herejía partieron para Tierra Santa. <<

ÍNDICE

Las Cruzadas 2
Cuadros Genealógicos 4
Prólogo 17
Capítulo 1. El hombre medieval 22
Mapa. Europa y Oriente Próximo a finales del siglo XI 88
Capítulo 2. El occidente latino y Bizancio 90
Mapa. El Imperio turco en 1096 121
Capítulo 3. La Primera Cruzada (1096-1099) 123
Mapa. La Primera Cruzada 207
Capítulo 4. Los pioneros de la Siria Franca (1099-1102) 209
Capítulo 5. La formación de los Estados francos en Siria (1102-1112) 267
Mapa. El reino latino de Siria (hacia 1140) 325
Capítulo 6. El reino franco y sus vecinos (1112-1131) 327
Capítulo 7. Los francos entre Bizancio y el islam (1131-1174) 454
Mapa. El reino zenghí y los territorios vasallos (fin del reinado de Nur al-Din, 1170) 562
Capítulo 8. La caída del reino franco (1174-1188) 564
Capítulo 9. La Cruzada de los reyes (1188-1192) 668
Mapa. La Cruzada de 1190-1192 707
Capítulo 10. La Siria franca, reino perdido 709

Capítulo 11. Siria franca, provincia de Oriente 745
Capítulo 12. Cristianos de Oriente 793
Capítulo 13. Balance general 819
Conclusión 856
Cronología 875
Bibliografía 910
Fuentes 911
Autora 918
Notas 920